MEMORIAS DE UN MÉDICO- JOSÉ BÁLSAMO

de Alejandro Dumas (Padre)



Publicado por Libros Gratis Online. Visita el sitio para Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica, libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos.

Memorias de un médico- José Bálsamo de Alejandro Dumas (Padre)

-
-
-
-
-
-

Alejandro Dumas

MEMORIAS DE UN MÉDICO: JOSÉ BALSAMO

INTRODUCCIÓN

Memorias de un médico: José Balsamo *es la primera de una serie de cuatro novelas cuya acción se extiende desde las postrimerías del reinado de Luis XV hasta la época del Terror, en plena Revolución Francesa, es decir, durante el período más dramático y agitado de la historia de Francia. Las otras tres son*: *El collar de la reina, Ángel Pitou y La condesa de Charny*. *Memorias de un médico: José Balsamo fue publicada entre 1846 y 1848 (París, Cadot, nueve volúmenes) a lo largo de un trienio en que su autor se mostró singularmente fecundo pues, además de esta novela, publicó también, entre otras: El caballero de Casa Roja, La Dama de Monsoreau, Las dos Dianas, Aventuras de John Davys, Los Cuarenta y Cinco, El vizconde de Bragelonne y De París a Cádiz. Fue también la época en que fundó el Teatro Histórico y la de su viaje a España, que relata en la última de las obras antes citadas*.

Poco antes de su muerte, Alejandro Dumas inició una adaptación teatral de Memorias de un médico: José Balsamo, pero la dejó inacabada. Su hijo, el famoso autor de La dama de las camelias, la terminó y fue estrenada en el teatro del Odeón el 18 de marzo de 1878 —Dumas murió el 5 de diciembre

de 1870— con el título de José Balsamo, drama en cinco actos y ocho cuadros. Ni tuvo éxito, ni llegó a ser impreso.

PRÓLOGO

I

CAMINAR A CIEGAS

A la margen izquierda del Rin, cerca de la imperial ciudad de Worms, y hacía el sitio donde nace el pequeño río Selz, empiezan a elevarse las primeras cordilleras de innúmeras montañas, cuyos erizados picos parecen alejarse hacia el Norte, simulando una manada de espantados búfalos que se pierden entre la bruma.

Estas montañas, que desde la cumbre dominan ya aquel país casi desierto, y que semejan la comitiva de la más alta, tiene cada una un nombre particular que expresa su forma o recuerda alguna tradición.

Llámase una la Silla del Rey, la otra la Piedra de los Agavanzos, ésta la Roca de los Halcones y aquélla la Cresta de la Serpiente.

La más alta de todas, la que parece llegar al cielo, ceñida la granítica frente de una corona de ruinas, es la Montaña de los Truenos. Cuando la noche condensa la sombra de los árboles y el crepúsculo vespertino dora las altas cumbres de esta familia de gigantes, parece que el silencio desciende lentamente desde las sublimes gradas del cielo hasta la llanura, y que un brazo invisible y poderoso desenvuelve de sus flancos, para extenderlo sobre el mundo cansado por los ruidos y penalidades del día, ese inmenso manto azulado, en cuyo fondo brillan las estrellas. Entonces todo pasa insensiblemente de la vigilia al sueño, todo enmudece sobre la tierra. Únicamente en medio de este silencio solemne, el riachuelo a que nos hemos

referido prosigue día y noche su curso misterioso bajo los abetos de la orilla, hasta desembocar en el caudaloso Rin, que es su muerte. La arena de su seno es tan fresca, sus cañas tan flexibles y sus peñas se hallan tan cubiertas de suave musgo y saxífragas, que sus ondas no producen el más pequeño ruido desde Morsheim, donde principia, hasta el lugar en donde termina.

Poco más arriba del punto de su origen, un sendero tortuoso y lleno de malezas conduce a Danenfels. Pasado este pueblo, el camino se reduce a una senda, que también disminuye hasta que termina. Inútilmente busca algo la vista en el suelo, pues sólo se ve la inmensa pendiente de la Montaña de los Truenos, cuya misteriosa cumbre, acariciada con tanta frecuencia por el fuego del cielo, que le ha dado su nombre, ocúltase tras un círculo de frondosos árboles, que forman impenetrable muro.

Pocas veces bajo estos árboles tan altos como las encinas de la antigua Dodona, el viajero puede continuar su camino sin ser visto desde la llanura, ni aun en la mitad del día; pues, aunque su caballo llevara más campanillas que una mula española, no se percibiría ruido alguno; y si fuera enjaezado de terciopelo y oro como un caballo de emperador, ni un rayo de oro o de púrpura atravesaría el espeso ramaje: tanto apaga el ruido la frondosidad de este inmenso bosque, como disminuye los colores la oscuridad de su sombra.

Ahora, que las más elevadas montañas han llegado a ser meros observatorios, y que las leyendas más poéticamente terribles no inspiran más que una sonrisa de duda en los labios del viajero; ahora aterra aún aquella soledad y hace venerable aquel sitio, en que sólo se hallan algunas casas de pobre apariencia, a semejanza de centinelas avanzados de los vecinos pueblos, para indicar la presencia del hombre en aquel país que parecía el más a propósito para ser teatro de escenas misteriosas y fantásticas.

Los habitantes de esas casas esparcidas por aquellas soledades son, o molineros que dejan alegremente al río moler su trigo, cuya harina transportan ellos luego a Rockenhausen y a Alcey, o pastores que al conducir sus ganados a pacer en la montaña, estremécense ellos y sus perros al estruendo producido por algún abeto secular, que al peso de su vejez rueda a los abismos desconocidos del bosque. Porque, como hemos dicho, los recuerdos del país son lúgubres, y la senda que se extiende al lado opuesto al sitio que antes indicamos en medio de la maleza de la montaña, no ha conducido siempre, según los más valientes y buenos cristianos, al puerto de su salvación.

Probablemente alguno de sus actuales habitantes habrá oído referir a sus ascendientes lo que nosotros vamos a relatar.
El día 6 de mayo de 1770, cuando las aguas del gran río se tiñen de un reflejo blanco matizado de rosa, es decir, en el momento en que para todo el Rhingan se oculta el sol tras la aguja de la catedral de Strasburgo, dividiéndolo en dos hemisferios de fuego, un hombre que venía de Mayenza, después de haber recorrido la distancia que le separaba de la senda, llegó a ella, siguiéndola en tanto fue visible, y después que ésta desapareció, apeóse de su caballo, y tomándole por la brida, atóle al primer árbol de aquella selva pavorosa.
El caballo, inquieto, relinchó.
—Bueno, bueno —dijo el viajero—, cálmate, mi buen *Djerid*; hemos caminado ya doce leguas, y por lo menos tú has conseguido llegar al término de tu jornada.
Dicho esto, trató de penetrar con la vista la espesura del bosque; pero las sombras eran tan opacas, que sólo podían verse inmensas masas negras destacándose sobre otras más negras todavía, y tan espesas como las primeras.
Después de este inútil esfuerzo, dirigióse el viajero hacia su caballo, cuyo nombre árabe expresaba a la vez su origen y velocidad, y cogiendo con las dos manos la parte inferior de su cabeza, y aproximándola a sus labios:
—Adiós, valeroso caballo —le dijo—, adiós, por si no nos volvemos a ver.
Estas palabras fueron acompañadas de una rápida ojeada que el viajero echó alrededor de sí, como si temiera y al mismo tiempo deseara ser oído.
Sacudió el animal las sedosas crines, hirió fuertemente el suelo con la herradura y relinchó del mismo modo que anunciaba, en los desiertos, la llegada del león.
El viajero hizo un expresivo movimiento de cabeza, acompañado de una sonrisa, como si hubiera querido decir:
—No te equivocas, *Djerid*; el peligro está próximo.
Pero resuelto sin duda a no combatirlo nuestro desconocido, sacó del arzón dos hermosas pistolas, cuyos cañones se hallaban lujosamente cincelados, y las descargó tirando al suelo la pólvora y las balas.
Concluida esta operación, colocólas nuevamente en su sitio.
No estaba todo hecho.
Llevaba colgada de su cintura una espada con puño de acero, desabrochó el

cinturón, y arrollándolo alrededor de ella, colocóla bajo la silla, sujetándola con el estribo, de modo que la punta correspondiese a la ingle del caballo, y el puño al brazuelo.

Terminadas estas extrañas formalidades sacudió el viajero las empolvadas botas, quitóse los guantes, buscó en sus bolsillos, y como hallase unas pequeñas tijeras y un cortaplumas, arrojó ambos objetos por encima de su hombro sin mirar el sitio donde iban a caer.

Después de haber vuelto a pasar la mano por la grupa de *Djerid*, y de respirar con fuerza como para dar a sus pulmones toda la dilatación posible, trató en vano de encontrar alguna senda y se internó en el bosque.

Pensamos que ésta será la mejor ocasión de dar a nuestros lectores una idea exacta del viajero que hemos presentado ante su vista, y que está destinado a desempeñar un papel muy principal en nuestra historia.

El hombre que se había apeado de su caballo para internarse en el bosque con tanto valor, representaba de treinta a treinta y dos años de edad. Su estatura era algo más que mediana, y su cuerpo, perfectamente formado, demostraba al mismo tiempo la flexibilidad y fuerza de sus miembros ágiles y nerviosos. Vestía una especie de casaca de viaje, de terciopelo negro con ojales bordados de oro, y por bajo de los últimos botones de ella, aparecían las puntas de una chupa también bordada. Unos calzones de ante ceñían sus piernas que podían servir de modelo a un estatuario, distinguéndose su forma elegante, aun al través de las botas de charol.

En su rostro, que demostraba toda la viveza del tipo meridional, se percibía una extraña reunión de fuerza y astucia: su mirada, que podía expresar todas las sensaciones, despedía, al fijarse en alguno, dos rayos de luz que parecían querer llegar hasta el alma. Y sus morenas mejillas demostraban haber sido quemadas por un sol más ardiente que el nuestro. Por último, su boca grande, pero de una forma bellísima, dejaba ver al abrirse una doble hilera de perfectísimos dientes, que aparecían más blancos por el contraste que hacían con el color moreno de su cutis. El pie era elegante, aunque largo, y la mano pequeña, pero nerviosa.

No habría aún andado diez pasos en medio de la oscuridad del bosque el desconocido que acabamos de retratar, cuando percibió presurosas pisadas hacia el lugar donde había dejado su caballo. En el primer momento pensó retroceder; pero se contuvo: mas no pudiendo resistir al deseo de conocer la suerte de *Djerid*, se empinó sobre las puntas de los pies, dirigiendo su vista al

través de las ramas, y vio que había desaparecido, desatado quizá del árbol por alguna mano invisible.
La frente del viajero se plegó ligeramente, y algo parecido a una imperceptible sonrisa, asomó a sus labios.
Luego continuó tranquilo su camino hasta el centro de la selva.
Durante un breve instante el crepúsculo exterior que penetraba al través de los árboles, guió sus pasos, mas faltándole a poco aquella tibia claridad, se encontró en una oscuridad tal, que, tal vez temeroso de extraviarse, detuvo su marcha.
—Creo no confundirme —dijo en alta voz—; porque de Mayenza a Danenfels hay un camino que he seguido, y luego por una senda hasta el Matorral Negro; desde este último punto he venido hasta aquí, pues a falta de camino o sendero, el bosque me ha guiado: ahora ya nada veo, y estoy obligado a detenerme.
Apenas había dicho estas palabras en un dialecto mitad francés, mitad siciliano, cuando de repente brilló una luz a distancia de unos cincuenta pasos del lugar donde se hallaba.
—Gracias —exclamó—, mientras vea esta luz, la seguiré.
Siguió la luz delante de él caminando sin la menor oscilación y con un movimiento siempre igual, parecido a esas luces fantásticas que vemos a veces en los teatros.
Unos cien pasos habría dado nuestro viajero, cuando parecióle oír un extraño ruido a su lado.
—Eres muerto si te vuelves —dijo una voz a su derecha.
—Bien —repuso sin inmutarse el intrépido viajero.
—Si hablas, mueres —dijo otra voz a su izquierda.
Ante esta amenaza se inclinó sin contestar.
—Si tienes miedo —añadió una tercera voz que parecía salir de las entrañas de la tierra—, retrocede, comprenderemos que desistes, y te dejaremos regresar al punto de donde has venido.
Hizo el viajero una ligera señal con la mano, y prosiguió su camino.
Era tan oscura la noche, y la selva tan espesa, que a pesar de la escasa luz que le servía de guía, el desconocido tropezaba a cada paso.
De este modo siguió a la luz durante una hora sin manifestar ningún temor, mas de pronto la luz desapareció.
Nuestro viajero comprendió que estaba ya fuera del bosque, y alzando la vista

distinguió algunas estrellas a través del sombrío azul del firmamento.
Prosiguió su marcha en la dirección que llevaba la luz al ocultarse, cuando de repente aparecieron ante su vista unas ruinas como de algún castillo antiguo.
El viajero tropezó en los escombros.
En aquel mismo momento sintió un objeto helado sobre sus sienes y le cubrió los ojos, no permitiéndole ver ni aun las tinieblas.
Una venda de lienzo mojado oprimía su cabeza.
Sería cosa convenida, pues no manifestó la menor sorpresa ni trató de quitársela, y sólo extendió silenciosamente su mano, como un ciego cuando solicita un guía.
Su solicitud fue comprendida al momento, pues una mano fría, áspera y huesosa, se cogió a la suya.
Conoció que era la mano de un esqueleto, que dotado de sensibilidad, hubiera advertido que la del viajero no temblaba.
Se vio súbitamente arrastrado como unas cien toesas por aquella mano, pero de repente quedó libre la suya, la venda cayó, y el desconocido, parándose, se encontró en la cumbre de la Montaña de los Truenos.

II

EGO SUM QUI SUM

En medio de un bosque de abedules deshojados por el tiempo, se alzaba la planta baja de unos de esos arruinados castillos edificados en otro tiempo por los señores feudales a su regreso de las Cruzadas.
Los pórticos magníficamente esculpidos, encerraban en sus nichos, en vez de las estatuas mutiladas, y arrojadas al pie de la muralla, matorrales y flores silvestres, sobresaliendo sus ojivas medio derruidas sobre el fondo de un cielo descolorido.
Al abrir los ojos, el viajero hallóse ante las gradas húmedas y mohosas del pórtico principal. El fantasma que le había acompañado estaba allí, se

encontraba de pie sobre la primera.
Un largo sudario lo envolvía por completo. Brillaban sus órbitas sin vista bajo los pliegues de la mortaja, y la descarnada mano señalábale el interior de las ruinas, mostrando al viajero el término de su camino: una sala, cuya elevación por encima del piso ocultaba las piezas inferiores, en donde se veía oscilar una luz fantástica dentro de las bóvedas.
El viajero bajó la cabeza indicando su asentimiento; el fantasma subió las gradas con lentitud, e internóse en las ruinas. Con paso majestuoso y reposado, le seguía el viajero, y, subiendo los mismos escalones que su guía, penetró en el sombrío edificio.
La puerta del pórtico cerróse enseguida, vibrando como una muralla de bronce. El fantasma se detuvo a la entrada de una sala circular, alumbrada por tres lámparas que despedían verdes reflejos.
El viajero detúvose a diez pasos.
—Abre los ojos —dijo el esqueleto.
—Veo —respondió él.
Con ademán altanero, el fantasma desenvainó una espada de dos filos que escondía bajo el sudario, y dio un golpe con ella sobre una columna de bronce, que contestó con una vibración metálica.
Alrededor de toda la sala se levantaron al punto las losas, apareciendo numerosos fantasmas semejantes al primero, empuñando como él espadas de dos filos, colocándose en círculo sobre unas gradas en que se reflejaba vivamente el resplandor verdoso de las tres lámparas, confundiéndose con el mármol por su fría inmovilidad, semejante a las de las estatuas sobre sus pedestales.
Todas estas visiones contrastaban con el negro cortinaje que cubría las paredes.
Hallábanse colocados siete sillones delante de la primera grada; vacío el uno, y los otros seis ocupados por otros tantos fantasmas que parecían los jefes.
Levantóse el que ocupaba el asiento de en medio e interrogó a la asamblea:
—¿Cuántos estamos reunidos aquí, hermanos míos?
—¡Trescientos! —respondieron todos con voz de trueno que fue a extinguirse de repente en las fúnebres colgaduras de las paredes.
—Trescientos —repitió el presidente—, que representan a diez mil socios cada uno, trescientas espadas, que valen por tres millones de puñales.
Enseguida, dirigiéndose al viajero, le preguntó:

—¿Qué solicitas?
—Luz —replicó éste.
—Las sendas que conducen a la Montaña de los Truenos, son demasiado ásperas y escabrosas; ¿no temes perderte en ellas?
—No temo nada.
—Mira que si das un paso hacia adelante, te será prohibido volver atrás.
—No me detendré hasta llegar al fin.
—¿Estás decidido a jurar?
—Dictad el juramento, y juraré.
Con majestuoso y solemne acento, el presidente, levantando su mano, dijo las siguientes palabras:
—En nombre del Hijo Crucificado, jura la destrucción de los lazos carnales que puedan aún enlazarte a tu padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, queridas, reyes, bienhechores, o a cualquiera a quien hayas prometido en el mundo sumisión, gratitud u obediencia.
Con voz firme, el viajero repitió las frases que dictara el presidente, el cual continuó con la misma lentitud y solemnidad:
—Quedas libre desde este instante de la pretendida promesa hecha a la patria y a las leyes; jura descubrir al nuevo jefe a quien has reconocido, todo cuanto hayas visto o hecho, leído u oído, cuanto hayas aprendido o descubierto, y hasta investigar y espiar lo que no se presenta a tu vista.
El presidente se calló, y el desconocido repitió las palabras que acababa de oír.
—«Honra y respeta el *aqua toffana* —prosiguió el presidente con igual tono —, que es el medio más rápido, seguro y preciso para purgar el globo, con matar o inutilizar los sentidos de aquellos que intentan envilecer la verdad, o arrancárnosla de las manos.»
El desconocido repitió tan exactamente como un eco aquellas palabras. El presidente continuó:
—«Huye de España y Nápoles, huye de toda tierra maldita, huye de la tentación de revelar cuanto vas a oír y ver; porque el rayo no es más rápido para herir, que lo será para alcanzarte doquiera que te halles, el puñal tan invisible como inevitable.»
—«Vive en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»
Todavía después de la amenaza que estas frases encerraban, el rostro del desconocido siguió impasible, repitiendo hasta el fin el juramento y la

invocación subsiguiente con igual lentitud con que la había pronunciado al principio.
—En prueba de recepción —prosiguió el presidente—, orna tu frente con la cinta sagrada.
El viajero inclinó la cabeza, y dos fantasmas se aproximaron a él. El uno le puso en la frente una cinta aurora con algunos signos plateados y la imagen de la Virgen de Loreto, y el otro le ató los extremos. Terminada esta operación se retiraron y volvieron a dejar solo al incógnito.
—¿Qué es lo que deseas? —dijo el presidente.
—Tres cosas.
—Exponlas.
—La mano de hierro, la espada de fuego, y la balanza de diamante.
—¿Para qué quieres la mano de hierro?
—Para poner fin al despotismo.
—¿Y la espada de fuego?
—Para expulsar del mundo al hombre impuro.
—¿Y la balanza de diamante?
—Para pesar con ella los destinos de la humanidad.
—¿Estás dispuesto a ejecutar las pruebas?
—El hombre enérgico está dispuesto a todo.
—¡A las pruebas! ¡a las pruebas! —gritaron muchas voces.
—Vuélvete —dijo el presidente.
Obedeció el viajero, y se encontró cara a cara con un hombre oprimido por fuertes ligaduras, con una mordaza en la boca, y pálido como la muerte.
—¿Qué ves? —preguntó el presidente.
—Un criminal, o una víctima.
—Es un traidor, que después de jurar como tú, ha descubierto los secretos de la Orden.
—Luego es un criminal.
—Sí. ¿Y qué pena merece?
—La de muerte.
—¡La muerte!... —exclamaron los trescientos fantasmas.
—A pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, el sentenciado fue arrastrado en el acto a la parte interior de la sala. El viajero le vio luchar y resistir contra sus verdugos; al través de la mordaza, oyó su voz angustiada; un puñal brilló al fulgor de las lámparas, y el ruido de un cuerpo cayendo sobre el pavimento

resonó fúnebremente.
—La justicia se ha cumplido —dijo el desconocido volviéndose hacia el espantoso grupo que con anhelantes miradas había presenciado aquel horrible espectáculo.
—¿Apruebas la ejecución que has visto? —preguntó el presidente.
—La apruebo, si en efecto era criminal.
—¿Y brindarías por la muerte de cualquiera que descubriese los secretos de esta santa sociedad?
—Brindaría sin violencia.
—¿Con cualquiera bebida?
—Con cualquiera.
—Venga la copa —dijo el presidente.
Enseguida se aproximó uno de los verdugos al desconocido presentándole un cráneo humano, con pies de bronce, lleno de un licor rojo y tibio.
Cogió él la copa de manos del verdugo, y la levantó sobre su cabeza, diciendo:
—Brindo por la muerte de todo aquel que venda los secretos de nuestra santa sociedad—. Y llevándola luego a la altura de sus labios, bebió hasta la última gota, devolviéndola con la mayor indiferencia al que se la había ofrecido.
La sociedad expresó con rumores su aprobación y los fantasmas se miraron al parecer asombrados al través de sus antifaces negros.
—Muy bien —prorrumpió el presidente—. ¡La pistola!
Llegóse un fantasma al presidente con una pistola en una mano, una bala y pólvora en la otra.
Ni aun quiso el desconocido dirigir una mirada de curiosidad hacia aquellos preparativos.
—¿Prometes obediencia pasiva a la santa sociedad? —preguntó el presidente.
—La prometo.
—¿Aun en el caso de que debiera perjudicarte esa obediencia?
—El que entra en este lugar no se debe a sí, sino a los demás.
—¿Obedecerás enseguida que recibas mi orden?
—Obedeceré.
—¿Sin vacilar?
—Sin vacilar.
—Toma esta pistola y cárgala.
El desconocido la tomó, la cargó y la cebó en un momento.

Los sombríos habitantes de aquella horrible morada le miraban en silencio profundo y aterrador que a veces interrumpía el viento que se estrellaba contra los ángulos de los arcos derruidos.
—Ya está —dijo con frialdad el desconocido.
—¿Lo afirmas? —preguntó el presidente.
Una imperceptible sonrisa apareció en los labios del extranjero, y como para satisfacer la pregunta, tiró de la baqueta, introduciéndola en el cañón, excediéndole unas dos pulgadas.
Inclinándose el presidente, dijo:
—Efectivamente, está bien cargada.
—¿Y ahora?
—Amartíllala.
Hízolo así el iniciado resonando el ruido especial del gatillo en medio del profundo silencio que reinaba en los intervalos de este diálogo.
—Ahora —continuó el presidente —coloca la boca del cañón sobre tu sien.
No vaciló un instante al ejecutarlo.
Más profundo que nunca fue el silencio de la asamblea: las lámparas despedían un fulgor pálido; los fantasmas lo eran realmente, pues ni se les oía respirar siquiera.
—¡Fuego! —exclamó el presidente.
Despidió chispazos la piedra al chocar contra el gatillo, pero ninguna detonación siguió al efímero fogonazo.
Los asociados no pudieron evitar un grito de admiración, y el presidente extendió la mano dirigiéndose al desconocido por un movimiento instintivo.
Pero no bastaban tal vez dos pruebas a los más exigentes, pues algunos exclamaron:
—¡El puñal!... ¡el puñal!...
—¿Lo queréis? —preguntó el presidente.
—Sí, ¡el puñal! ¡el puñal! —repitieron.
—Que traigan el puñal —dijo el presidente.
—Es inútil —repuso el desconocido, moviendo la cabeza con desprecio.
—¡Cómo inútil! —gritó la reunión.
—Inútil, sí —replicó el viajero, dominando con su voz a las demás—: inútil, repito, supuesto que perdéis un tiempo precioso.
—¿Qué decís? —exclamó el presidente.
—Que conozco todos vuestros secretos, que esas pruebas son juegos

infantiles e incapaces por lo tanto de ocupar a hombres serios: que ese hombre no ha perecido; que lo que bebí, no es sangre, sino vino encerrado en una bota y oculto bajo sus vestidos; que la pólvora y la bala han caído en la culata de la pistola cuando al montarla he levantado la válvula que lo impedía. Tomad, pues, esta inofensiva arma, capaz de amedrentar sólo a cobardes. Levántate, engañoso cadáver, que no lograrás espantar a los corazones bien templados.

—¿Conoces nuestros misterios? —preguntó el presidente—. ¿Eres traidor, o profeta?

—¿Quién eres? —interrogaron a un tiempo las trescientas voces, mientras que brillaban veinte espadas en las manos de los fantasmas que se encontraban más próximos y que por un movimiento regular como el de una falange aguerrida, llegaron hasta reunirse cercando con sus aceradas puntas el pecho del incógnito que sonrió levantando la cabeza, y sacudiendo su cabellera sin polvos, sujeta por una cinta que rodeaba su desnuda frente:

—*Ego sum qui sum* —respondió—. Yo soy quien soy. Y fijando al mismo tiempo su vista sobre la humana muralla que le rodeaba, las espadas se bajaron con movimientos desiguales, según la resistencia que pudieron oponer los que sufrieron aquella dominadora mirada.

—Has pronunciado una palabra, imprudente, y así lo has hecho, ignorando tal vez su significado —dijo el presidente.

El extranjero, sonriendo, hizo un movimiento de cabeza, y dijo:

—He contestado lo que debía.

—Entonces, ¿de dónde vienes? —preguntó el presidente.

El desconocido contestó tranquilamente:

—Del país de la luz.

—Según nuestros informes, de Suecia.

—Quien viene de Suecia, puede venir de Oriente —repuso el extranjero.

—Habla, no te conocemos. ¿Quién eres?

—¿Quién soy?... —replicó el desconocido—. Pues demostráis no comprenderme, me explicaré; pero deseo decir antes quiénes sois vosotros mismos.

Conmoviéronse los fantasmas, y chocaron sus espadas al pasar de sus manos izquierdas a las derechas, levantándolas a la altura del pecho del desconocido.

—Primero a ti —replicó el extranjero, refiriéndose al presidente—, a ti, que me hablas creyéndote un Dios, y sólo eres su precursor, a ti, que representas

las Sociedades Suecas, voy a decirte tu nombre. Dime, Swendemborg, ¿los ángeles a quienes tan familiarmente tratas, no te han dicho que aquel a quien aguardabas se hallaba en camino?
—Cierto —contestó el presidente levantándose el sudario para descubrir mejor las facciones de su interlocutor.
Y el que alzaba el sudario, no obstante los ritos y costumbres de la Orden, ostentaba un rostro majestuoso y una barba blanca, aparentando tener ochenta años.
—Perfectamente —replicó el extranjero. —Ahora al de tu izquierda, el representante de la Sociedad Inglesa y presidente de la logia de Calcedonia, salud, milord; si hierve de nuevo en vos la sangre de vuestro abuelo, puede esperar la Inglaterra que la luz ya apagada volverá a brillar.
Las espadas se rindieron, porque la ira se convertía en asombro.
—¡Ah! ¿sois vos, capitán? —continuó el desconocido dirigiéndose al último jefe situado a la izquierda del presidente—. ¿En qué puerto dejasteis vuestra gallarda nave a quien amabais como a una mujer querida? Es una hermosa fragata: se llama la *Providencia* y llevará la felicidad a América.
Luego, dirigiéndose al que ocupaba la derecha del presidente, le dijo:
—Ahora tú, profeta de Zurich, mírame de frente, tú que has llegado hasta la adivinación en la ciencia fisonómica, y di en voz alta si las líneas de mi rostro te indican el objeto de mi misión.
Aquel a quien hablaba retrocedió.
—Vamos —prosiguió dirigiéndose al que se encontraba a su lado—, acércate, descendiente de Pelayo. Se aspira a expulsar segunda vez a los moros de España, y se conseguirá fácilmente, si los castellanos no han perdido para siempre la espada del Cid.
Este jefe continuó mudo y sin movimiento. Parecía que la voz del desconocido lo había convertido en estatua.
—Y a mí —repuso el sexto, adelantándose a la pregunta—, ¿nada me dices?
—Sí —contestó éste fijando sobre él una de aquellas espantosas y penetrantes miradas que parecen leer los secretos del corazón—, sí, te diré muy pronto lo que Jesús dijo a Judas.
Al escuchar esta contestación, el jefe se puso más pálido que el sudario que le envolvía, y un murmullo resonó en la asamblea cual si demandara al incógnito las pruebas de tal acusación.
—¿No te acuerdas del representante de Francia? —preguntó el presidente.

—Sabes bien tú mismo— contestó el extranjero con altivez—, que no está en nuestro seno. Su silla no está ocupada, y recuerda que el que ve en las tinieblas, hace frente a los elementos y vive a despecho de la muerte, desprecia esos lazos.
—Eres muy joven —repuso el presidente—, y hablas con la autoridad de un dios. Advierte que la audacia no es capaz de aturdir más que a los ignorantes e irresolutos.
El desconocido sonrió desdeñosamente.
—Contra mí, nada podéis; sois hombres poco decididos, y también ignorantes, pues no sabéis quién soy yo, mientras yo sé quiénes sois vosotros: además, sólo con la audacia pienso poderlo todo sobre vosotros; ¿pero de nada sirve la audacia al que es todopoderoso?
—¡Pruébanos ese poder —dijo el presidente—, pruébanoslo!
—A vosotros, ¿quién os llamó? —interpeló el desconocido cambiando así el papel de interrogado por el de juez severo.
—La Sociedad Suprema.
—Alguno será el motivo —dijo el extranjero dirigiéndose al presidente y a los cinco jefes—, para que habéis venido vos de Suecia, vos de Londres, vos de Nueva York, vos de Zurich, vos de Madrid, vos de Varsovia, y todos vosotros en suma —prosiguió dirigiéndose a la muchedumbre de las cuatro partes del mundo—, a reuniros en el santuario de la terrible fe.
—Sí, en verdad —respondió el presidente—. Venimos a buscar a aquel que ha formado un misterioso imperio en Oriente, que ha reunido ambos hemisferios en una comunidad de creencias, y que ha enlazado las fraternales manos de la humanidad.
—¿Y tiene alguna señal que le conozcáis?
—Sí, y Dios me la ha revelado por conducto de sus ángeles.
—¿Entonces, únicamente vos conocéis esa señal?
—Yo sólo la conozco.
—¿A nadie la habéis revelado?
—A nadie.
—Decidla en voz alta.
El presidente dudó.
—Decidla —insistió con imperio el desconocido—, ha llegado ya el día de la revelación.
—Una placa que traerá sobre el pecho —dijo el jefe supremo—, y sobre ella,

brillarán las tres primeras letras de una divisa que únicamente él conoce.
—¿Cuáles son esas tres letras?
—L. P. D.
Abrió el extranjero rápidamente su casaca y chaleco; sobre su camisa, de holanda finísima, fulguró tan brillante como una estrella de fuego una medalla de diamante, sobre la cual centelleaban tres letras de rubíes.
—¿Él?... —exclamó asustado el presidente—; ¿él?
—¿El que espera el mundo? —preguntaron los jefes confusos.
—¿El gran Cophte? —murmuraron trescientas voces.
—¡Y bien! —exclamó triunfante el extranjero—, ¿me creeréis ahora cuando por segunda vez diga: yo soy, quien soy?
—Sí —contestaron los fantasmas inclinándose.
—Hablad, maestro —dijeron el presidente y los cinco jefes inclinándose decididamente—; hablad y obedeceremos.

III

EL SANTO Y SEÑA

Un profundo silencio reinó por breves instantes, durante el cual, nuestro desconocido reconcentró todos sus pensamientos.
Después pronunció las siguientes palabras:
—Rendid, señores, esas espadas que de nada sirven en vuestras manos y oíd mis palabras, que van a enseñaros cosas de mucho más interés para vosotros.
La expectación fue mayor.
—El manantial de los grandes ríos es con frecuencia divino y desconocido por lo tanto; como el Nilo, el Ganges y el Amazonas conozco adonde voy, pero ignoro de dónde vengo. Todo lo que recuerdo es el día en que los ojos de mi alma se abrieron para distinguir los objetos exteriores, y me hallé en la santa ciudad de Medina, recorriendo los jardines del Muphti Salaaym. Amé como a mi padre a aquel hombre venerable que me trataba con cariño, y me

hablaba muy respetuosamente. Tres veces al día se apartaba de mí viniendo en su lugar otro anciano cuyo nombre pronuncio con la mayor gratitud y admiración. Althotas era el nombre de este varón respetable, receptáculo augusto de todas las ciencias humanas, habiendo sido instruido por los siete espíritus superiores de todo cuanto necesitan los ángeles para comprender a Dios. Él fue mi director y mi maestro: es mi amigo, amigo venerable; pues dobla la edad al más anciano de entre vosotros.

Lenguaje tan solemne, tan majestuosos ademanes y aquel acento lleno de unción al par que de severidad, causaron sobre toda la asamblea, una de esas impresiones que se convierten en violentos vértigos de ansiedad.

El viajero prosiguió:

—A la edad de quince años pude comprender los arcanos de la Naturaleza. Conocía la botánica, no como esa ciencia limitada que cada sabio reduce al estudio del lugar que habita en el mundo, sino con un exacto conocimiento de las sesenta mil familias de plantas que vegetan por todo el Universo. Cuando mi director me obligaba colocándome las manos sobre la frente y haciendo descender un rayo de celestial luz sobre mis ojos, yo podía, por medio de una contemplación casi sobrenatural, penetrar con mi vista las olas de los mares y clasificar esas vegetaciones monstruosas e inconcebibles que flotan y se mecen sordamente entre dos capas de agua cenagosa, ocultando con sus gigantescas ramas la cuna de esos monstruos espantosos y deformes, que la vista del hombres nunca pudo alcanzar, y que Dios mismo habrá quizá olvidado, desde el día en que los ángeles rebeldes le decidieron a crearlos.

«También estudié las lenguas vivas y muertas. Conocía todos cuantos idiomas hay desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Magallanes. Leía los jeroglíficos misteriosos incrustados en esas páginas de granito que se llaman pirámides. Abracé todos los conocimientos humanos, desde Sanchoniathon hasta Sócrates, desde Moisés hasta San Jerónimo, y desde Zoroastro hasta Agripa.

»Estudié la medicina, lo mismo en Hipócrates, Galeno y Averroes, que en ese gran autor a quien llaman Naturaleza.

«Sorprendí todos los secretos de los coptos y de los drusos. Me apoderé de todas las semillas buenas y malas, pudiendo, al pasar rugiendo el simún y el huracán sobre mi cabeza, entregar a un soplo simientes ignoradas que llevaban lejos de mí la muerte o la vida, conforme yo había condenado o bendecido la región hacia la cual dirigía mi semblante airado o risueño.

«Llegué a los veinte años en medio de estos estudios, de estos trabajos, de estos viajes.
»Mi director vino un día a verme a la cueva de mármol donde acostumbraba a retirarme durante las horas más calurosas del día. Su rostro era al par severo y benévolo... En la mano traía un frasco de cristal, y ofreciéndomelo, me dijo:
"—Acharat, siempre te he dicho que nada nacía ni moría en el mundo; que la cuna y el ataúd se daban la mano, y que únicamente necesitaba el hombre, para ver con toda claridad en sus existencias pasadas, esa lucidez que le hará semejante a Dios; pues, como Él, será inmortal después que la adquiera. ¡Pues bien! Ya hallé la bebida que disipa las tinieblas, muy pronto encontraré la que aniquila la muerte. Ayer bebí lo que falta al frasco; bebe tú hoy lo que queda.
«Tenía una gran confianza y una suprema veneración para mi digno maestro, y no obstante, al tomar el frasco que me ofrecía, tembló mi mano, como debió estremecerse quizá la de Adán al recibir la manzana que le ofrecía Eva.
»-Bebe —me dijo sonriendo, y yo bebí.
«Entonces él colocó las manos sobre mi cabeza como acostumbraba a hacer cuando deseaba momentáneamente dotarme de la doble vista.
"—Duerme —me dijo—, y recuerda después.
»No tardé en dormirme. Soñé que me encontraba recostado sobre una pira de leña de sándalo y alcea, y que un ángel que se dirigía de Oriente a Occidente, conductor de la voluntad del Señor, tocó la pira con la extremidad del ala, encendiéndose al punto. ¡Cosa extraordinaria! En vez de turbarme temeroso de las llamas, me extendí voluptuosamente en medio de aquellas lenguas flameantes, como el fénix que viene a tomar una nueva vida en el principio de todas.
«Desapareció entonces todo lo que había de material en mí, quedó únicamente el alma conservando la forma del cuerpo, pero transparente, impalpable, más ligera que la atmósfera donde habitamos, sobre la cual se elevó. Entonces, lo mismo que Pitágoras recordó haberse encontrado en el sitio de Troya, así yo recordé las treinta y dos existencias porque había pasado.
»Yo vi desfilar ante mis ojos, los siglos como una serie de grandes ancianos, reconociéndome por los diferentes nombres que había llevado desde el día de mi primer nacimiento hasta el de mi última muerte; pues no debéis desconocer, hermanos míos, que uno de los puntos más positivos de nuestra

creencia es que las almas, esas innumerables emanaciones de la divinidad, que se escapan del pecho de Dios cuando respira, ocupan todo el aire, dividiéndose en numerosas jerarquías desde las más elevadas hasta las más inferiores; y el hombre que en el instante de nacer aspira a la felicidad, tal vez una de esas almas preexistentes lo restituye al morir a una nueva carrera, y a transformaciones sucesivas.

Quien de esta forma hablaba con un acento tan convincente y dirigiendo unas miradas tan sublimes hacia el cielo, fue interrumpido en este período, en el que su pensamiento resumía todas sus creencias, por un rumor producido por la admiración, que ya había reemplazado al asombro, lo mismo que éste había también sucedido a la ira.

"—Al despertarme —prosiguió el iluminado—, comprendí que era más que el hombre, por cuanto me hallaba más cerca de un Dios. Entonces me decidí a sacrificar no sólo mi actual existencia, sino más aún: todas las que me restasen que vivir para dicha de la humanidad. Al siguiente día, como si Althotas hubiese adivinado mi proyecto, vino y me dijo:

"—Hace ya veinte años, hijo mío, que vuestra madre expiró al daros a luz; y desde entonces un obstáculo invencible imposibilita a vuestro ilustre padre para manifestarse a vos: vamos a continuar nuestros viajes, y entre las personas que hallemos, estará él. Os abrazará, pero sin que le conozcáis.

»De manera es que todo en mí como en los escogidos del Señor debía ser misterioso; pasado, presente y futuro.

»Me despedí de Muphti Salaaym, el cual me colmó de obsequios al darme su bendición y nos reunimos a una caravana que se dirigía a Suez.

«Perdonad, señores, si me conmueve este recuerdo. Llegó el día en que un hombre venerable me abrazó y un extraño estremecimiento agitó todo mi ser, al sentir los latidos de su corazón.

»Era cherif de la Meca, príncipe muy e ilustre. Se había hallado en cien batallas, y viniendo de su brazo, bajaban con humildad las frentes tres millones de hombres.

«Althotas volvióse para no conmoverse, pues no podíamos interrumpir nuestro camino.

«Nos internamos en Asia; y subiendo de nuevo el Tigris, visitamos a Palmira, Damasco, Smirna. Constantinopla, Viena, Berlín, Dresde, Moscow, Stokolmo, Petersburgo. Nueva York, Buenos Aires, el cabo de Aden, nos encontramos entonces casi en el mismo lugar donde habíamos partido, y

entramos en Abisinia: bajando el Nilo, desembarcamos en Rhodes y Malta. Salió un buque a recibirnos a veinte leguas del puerto, y dos caballeros de la Orden que venían en él me saludaron, y después de abrazar cariñosamente a Althotas, nos llevaron en triunfo al palacio del gran Maestre.

»Quizá extrañaréis, señores, que siendo Acharat musulmán se le recibiese con tanta pompa por aquellos mismos que juran en sus votos la destrucción de los infieles; pero es preciso que sepáis que Acharat, además de ser cristiano, era también caballero de la Orden de Malta. Al hablarme de Dios me dijo tan sólo que era poderoso y universal, y que con el auxilio de sus ángeles, ministros suyos, había establecido la armonía general, dando a toda ella el nombre de Cosmos. Por último llegué por sus instrucciones a ser teósofo.

»Ya habían terminado mis viajes, y la vista de todas esas ciudades con diferentes nombres y opuestas costumbres, no me había causado la menor admiración; pues de cuanto alumbra el sol, nada era nuevo para mí, habiendo ya visitado esas mismas ciudades durante el curso de las treinta y dos existencias que ya había vivido. Solamente me impresionaron algo, las mudanzas que se habían realizado entre los hombres que las habitaban. Llegando a elevarme como los espíritus y conocer la marcha de la humanidad, supe que todos los hombres siguen al progreso, y que el progreso es el camino de la libertad. También vi que todos los profetas que habían aparecido sucesivamente, habían sido impulsados por Dios para que sostuviera la marcha vacilante de la humanidad, que, naciendo ciega, avanza cada siglo un paso hacia su civilización; porque los siglos son los días de los pueblos.

Decidíme entonces a no encerrar en mí cuanto se me había revelado de grande y sublime, conociendo cuan inútil es que oculte la montaña sus vetas de oro, y la mar sus perlas; pues al interior de la una llega el minero tenaz, y desciende el buzo sin espanto a las profundidades de la otra. Conocí asimismo que en vez de semejarme al mar y a la montaña, debía, imitando al sol, esparcir mis rayos sobre todo el Universo.

»Habréis adivinado, señores, que no vine de Oriente para cumplir tan sólo con unos ritos masónicos; pues he venido a deciros: Tomad, hermanos, míos, las alas y la vista del águila, elevaos sobre el mundo, ascended conmigo a la cúspide de la montaña donde Jesús fue conducido por Satán, y tended la vista sobre todos los reinos de la tierra.

»Los pueblos constituyen una inmensa falange. Nacidos en diversas épocas y en distintas condiciones, se ha colocado cada uno en su fila, y deben llegar por turno al fin para que han sido creados. Marchan sin vacilar, aunque parezcan que descansan, y si acaso retroceden, no es que caminan hacia atrás, sino que toman impulso más grande para saltar por encima de algún obstáculo, o para destruir alguna dificultad. Francia está a la vanguardia de las naciones: coloquémosla un hachón en la mano, y aun cuando la llama la devore, el incendio será beneficioso, pues alumbrará al mundo.
«Este es quizá el motivo de que el representante de Francia no esté en su puesto; sin duda retrocedería al saber su misión... es necesario un hombre que nada tema... Yo iré a Francia.
—Estáis en ella —replicó el presidente.
—Sí; es el puesto más importante, y será el mío; es la obra más peligrosa... y de ella me encargo.
—A lo que parece, conocéis lo que sucede en Francia —dijo el presidente.
El iluminado se sonrió.
—No puedo ignorarlo, pues yo mismo lo he dispuesto: un rey viejo, timorato, corrompido; pero menos viejo, menos timorato, menos corrompido y menos desesperado que la monarquía que representa, ocupa el trono de Francia. Pocos años le restan de vida. Tenemos que preparar convenientemente el porvenir para cuando muera. Francia es la piedra fundamental del edificio. Es indispensable que los seis millones de brazos que deben levantarse a la señal de la sociedad suprema, la arranquen de raíz, para que se derrumbe el edificio monárquico: y el día en que sepa el mundo que la Francia no tiene rey, los soberanos de Europa, aquellos que con más insolencia se sientan en sus tronos, se sentirán anonadados y se arrojarán en el abismo abierto por el hundimiento del trono de San Luis.
—Perdonadme, mi muy venerable señor —dijo el jefe que ocupaba la derecha del presidente, a quien se conocía enseguida como suizo por su acento germánico montañés—. Vuestra inteligencia lo habrá quizá previsto todo.
—Todo —respondió con brevedad el gran Cophte.
—A pesar de esto me permitirá que hable el muy venerable señor. En las cimas de nuestras montañas, en medio de nuestros valles, y a la orilla de nuestros lagos, estamos todos acostumbrados a hablar tan libremente como lo hacen el soplo del viento y el murmullo de las aguas; creo, sin embargo, poco

oportuna esta ocasión, pues se avecina un suceso gravísimo, al cual la monarquía francesa deberá toda su regeneración. El que tiene el honor de hablaros, muy venerable y gran señor, ha visto a una hija de María Teresa encaminarse a Francia con solemne pompa, para reunir la sangre de diecisiete cesares, con la del sucesor de sesenta y un reyes, y también ha visto a los pueblos regocijarse ciegamente, como lo hacen cada vez que se debilitan o doran sus cadenas. Insisto en nombre mío y en el de mis hermanos, en que, a mi parecer, el momento es inoportuno.

Volviéronse todos muy respetuosamente hacia aquel que con tanta serenidad y atrevimiento osaba arrostrar el enojo del gran señor.

—Habla, hermano —dijo el gran Cophte sin demostrar la más leve alteración —: habla, y si tu opinión está bien fundada, la adoptaremos. Nosotros, los escogidos del Señor, a nadie rechazamos, ni sacrificamos nunca a nuestro amor propio el interés de todo el mundo.

El representante de Suiza prosiguió, aprovechando el silencio que reinaba:

—He logrado, venerable y gran señor, convencerme con mis estudios, de esta verdad: que la fisonomía del hombre revela, al que sabe leer en ella, sus vicios y sus virtudes. El hombre compone su rostro, suaviza su mirada, ofrece la sonrisa en sus labios, dominando en absoluto estos movimientos musculares; pero el principal distintivo de su carácter, queda a la vista como ostensible e irrefragable testimonio de lo que sucede en su corazón. El tigre dirige también cariñosas miradas, y encanta con su sonrisa; pero por su frente achatada, salientes pómulos, enorme colodrillo y sangrienta boca, se le reconoce enseguida. Por el contrario, el perro frunce el entrecejo y enseña sus dientes aparentando ferocidad; pero en su dulce y franca mirada, en su faz inteligente y en sus movimientos cariñosos, conocéis también, al punto, que es servicial y amigable.

»Sobre el rostro de todas las criaturas escribe Dios el nombre y la condición de cada una. ¡Pues bien! Yo he leído en la frente de esa joven que ha de reinar en Francia, y veo en ella arrogancia, valor y esa caridad compasiva que distingue a las hijas de Alemania. Al mismo tiempo he leído en el rostro del que está destinado a ser su esposo, y demuestra serenidad de ánimo, mansedumbre cristiana, y un carácter minucioso y observador. Pues bien, ¿cómo un pueblo, y con más razón el francés, que perdona el mal y recuerda el bien, pues le han bastado Carlomagno, San Luis y Enrique IV, para respetar la vida de veinte reyes cobardes y crueles? ¿Cómo, repito, un pueblo

que espera siempre y nunca desespera, dejaría de amar y respetar a una joven reina, bella y virtuosa, y a un rey pacífico, clemente y buen administrador, después de la infausta y derrochadora época de Luis XV, después de sus públicos desórdenes y ocultas venganzas, y, en resumen, después del imperio de las Pompadour y de las Dubarry? ¿Podrá jamás Francia dejar de bendecir a unos príncipes que serán el modelo de las virtudes que he enumerado, y que le traerán por dote la paz europea? La princesa heredera María Antonieta cruzará en breve la frontera. En Versalles la esperan el ara y el lecho nupcial. ¿Es acaso esta la ocasión oportuna de comenzar por Francia, cuando ella es vuestra obra de reforma? Perdonadme, repito, muy venerable señor, si he manifestado cuanto sentía en lo íntimo de mi alma, pues creo que he cumplido con un deber sagrado sometiéndolo a vuestra infalible sabiduría.
Dichas estas palabras, el que terminaba de hablar, a quien el desconocido había designado con el nombre de Apóstol de Zurich, se inclinó, respondiendo al halagüeño murmullo de aprobaciones unánimes, y esperando la contestación del gran Cophte.
No se hizo esperar mucho, porque éste le contestó al punto:
—Vos leéis en las fisonomías, muy ilustre hermano, pero yo leo en el porvenir. María Antonieta es altanera; se empeñará en la lucha y sucumbirá por nuestros ataques. El príncipe heredero, Luis Augusto, es pacífico y clemente, será débil en la lucha y sucumbirá lo mismo que su esposa y con su esposa, diferenciándose en que sucumbirán ambos por la virtud o el vicio contrario. Ahora se aprecian nada más el uno al otro, no les concederemos el suficiente tiempo para amarse, y dentro de un año se despreciarán. ¿Y de qué sirve este debate para averiguar el punto en donde nace la luz, cuando esta luz me ha sido revelada y cuando se me ha conducido desde Oriente, lo mismo que a los pastores, por una estrella que anuncia la segunda regeneración? Mañana empezaré la obra, y exijo para cumplirla veinte años y vuestra vida. ¡Veinte años nos serán bastantes si caminamos con unión y fuerza hacia un mismo fin!
—¡Veinte años! —repitieron algunos fantasmas—, ¡es mucho tiempo!
El gran Copthe volvióse hacia los impacientes, y dijo:
—Mucho tiempo es, no cabe la menor duda, para aquellos que creen que se puede matar a un príncipe como a otro cualquier hombre con el cuchillo de Santiago Clemente, o con el cortaplumas de Damiens. ¡Necios!... Concedo que el cuchillo mata al hombre; pero semejante al acero regenerador que

corta una rama para que otras diez broten de la cepa, en lugar del real cadáver tendido en su sepulcro, trae en pos de sí un Luis XIII, tirano estúpido; un Luis XIV, déspota inteligente; un Luis XV, ídolo bañado con lágrimas y la sangre de sus adoradores, semejantes a esas horribles divinidades que he contemplado en la India, pasando las ruedas de su carro con una glacial sonrisa sobre mujeres y niños que arrojaban a sus pies guirnaldas de flores. ¡Ah! ¿y creéis que veinte años son suficientes para borrar el nombre de reyes del corazón de treinta millones de hombres, que ofrecían no ha mucho a Dios la vida de sus hijos para rescatar la del joven rey Luis XV? ¡Ah! ¿y suponéis que es fácil empresa la de hacer repugnantes a la Francia esas flores de lis, brillantes como las estrellas del firmamento, cariñosas como el aromático olor de la flor que representan, y que han llevado a todos los ámbitos del mundo, durante mil años, la civilización, la caridad y la victoria? Haced la experiencia, hermanos míos, y os doy, no veinte años, sino un siglo.

»Os encontráis dispersos, ignorados unos de otros; yo solo conozco vuestros nombres, yo solo puedo apreciar y reunir vuestros alientos desunidos, y yo solo, en fin, represento la cadena que os une al gran lazo fraternal. De nuevo os repito, filósofos, economistas e ideólogos, que quiero que, transcurridos veinte años, proclaméis en alta voz, y a la luz del sol, esos principios que murmuráis encerrados en vuestros antiguos castillos, llenos de temor y de inquietud, y que los propaléis por toda Europa por medio de emisarios pacíficos, o en las puntas de las bayonetas de quinientos mil soldados que se levantarán peleando por la libertad con esos principios escritos en sus estandartes; quiero, en suma, que os conmováis al nombre de la torre de Londres; vos al de los calabozos de la Inquisición, y yo al de esa Bastilla, cuyas cadenas voy a arrostrar: riamos de lástima y hollemos con desprecio las ruinas de esas espantosas prisiones sobre las cuales bailarán vuestras esposas y vuestros hijos. Pues todo eso no puede suceder hasta después de la muerte, no del monarca, sino de la monarquía; de la anulación del poder religioso, del absoluto olvido de toda inferioridad social, de la destrucción de las castas aristocráticas y de la división de los bienes señoriales. Veinte años exijo para demoler un mundo viejo, y volver a reedificar otro nuevo; veinte años, por mejor decir, veinte segundos de la eternidad, ¡y creéis que es demasiado!...

Un prolongado murmullo de admiración y asentimiento sucedió al discurso del sombrío profeta. Indudable es, que había conquistado todas las simpatías de aquellos misteriosos mandatarios y de la opinión europea.

El gran Cophte disfrutó un instante de su triunfo y prosiguió diciendo:
—Ahora, hermanos, veamos, ahora que voy a atacar al león en su guarida, y a exponer mi vida por la libertad del mundo, lo que vosotros haréis por el feliz éxito de la causa a la cual hemos dedicado nuestras vidas, nuestra fortuna y nuestra libertad.
¿Qué haréis vosotros? decid. He aquí lo que yo deseo saber.
Un silencio, espantoso por lo solemne, sucedió a estas palabras. No se percibía más en aquella sombría estancia que inmóviles fantasmas abstraídos en el pensamiento austero que debía conmover veinte tronos.
Los seis jefes se apartaron de los grupos y se acercaron después de algunos momentos de deliberación al jefe supremo.
El presidente fue el primero que habló: —Yo, que represento a la Suecia; en su nombre y en el de los mineros que han defendido el trono de Vasa, ofrezco cien mil escudos de plata para destruirlo.
El gran Cophte escribió en su libro de memorias la promesa que acababan de hacerle.
Entonces el que se encontraba a la izquierda del presidente tomó la palabra:
—Yo, que soy el emisario de las sociedades irlandesas y escocesas, no puedo ofrecer nada en nombre de esa Inglaterra ardientemente deseosa de destruirnos; pero en el nombre de la pobre Irlanda, y en el de la pobre Escocia, yo me atrevo a prometer una contribución de tres mil hombres y tres mil coronas por año.
El jefe supremo anotó este ofrecimiento junto al anterior.
—¿Y vos? —preguntó al tercero.
—Yo, cuyo vigor y cuya ruda actividad se manifiestan en el incómodo traje del iniciado, yo represento a América, en donde no hay piedra, ni árbol, ni gota de agua, ni gota de sangre que no pertenezcan a la revolución. En tanto que poseamos oro lo daremos, mientras haya sangre en nuestras venas la derramaremos; no podemos dar un paso más que siendo libres. Divididos, cercados, numerados, representamos una cadena gigantesca de eslabones separados. Si una mano poderosa soldase los dos primeros eslabones, los otros se soldarían a sí mismos. Por eso es preciso empezar por nosotros, nuestro muy venerable señor. Si deseáis que los franceses se vean libres de la monarquía, emancipadnos de la dominación extranjera.
—Así se hará —replicó el gran Cophte—, vosotros seréis libres los primeros, y la Francia nos ayudará. "Dios ha dicho en todos los idiomas: «Ayudaos los

unos a los otros». Confiad, y pronto quedará realizada mi promesa. Después dirigióse al diputado de Suiza, interrogándole: —Yo sólo puedo ofrecer mi contribución personal; los hijos de nuestra república son desde hace mucho tiempo los aliados de la monarquía francesa, a la que le venden su sangre desde Marinan y Pavía. Son fieles, y entregarán lo que han vendido. Por primera vez, muy venerable y gran señor, me avergüenzo de nuestra lealtad.
—Esta bien, nosotros triunfaremos, sin ellos y a pesar de ellos... ¡A vos os toca, diputado de España!
—Soy pobre —replicó éste—, pues únicamente puedo ofrecer tres mil hermanos; pero cada uno contribuirá con mil reales al año.
—Está bien —dijo el gran Cophte—. ¿Y vos? Aquel a quien había sido hecha la pregunta, contestó: —Yo represento a la Rusia y a las sociedades polacas. Nuestros hermanos son, o ricos descontentos, o pobres esclavos, consagrados a un trabajo sin descanso y a una muerte temprana. Nada puedo ofrecer en nombre de estos desgraciados que nada poseen, pues ni la vida les pertenece; pero por tres mil ricos, prometo veinte mil luises cada año en nombre de cada uno.
Los demás diputados se acercaron a él como representantes de alguna pobre nación, o de algún gran principado, haciendo inscribir sobre el libro del supremo jefe el ofrecimiento a que cada cual podía comprometerse, obligándose a cumplirlo con juramento.
—Ahora —dijo el gran Cophte—, el santo y seña simbolizado por las tres letras con las cuales me habéis reconocido, ha sido comunicado a una parte del Universo, y se va a repartir en la otra. Cada iniciado debe grabarla sobre su corazón, pues Nos, soberano jefe de las logias de Oriente y Occidente, mandamos la destrucción de las flores de lis, a vosotros hermanos de Suecia, de Escocia, de América, de Suiza, de España y de Rusia, LILIA PEDIBUS DISTRUE.[1]
Una aclamación poderosa, como la voz del rugiente mar, se difundió en el interior de aquella caverna, extendiéndose en lúgubres vibraciones que resonaron en las gargantas de las montañas.
—Ahora, en el nombre del Padre y del Señor, retiraos —dijo el supremo jefe después que Vio que había cesado aquel rumor—, y marchaos con orden a los subterráneos que comunican con las veredas de la Montaña de los Truenos, separándoos antes de salir el sol. Vosotros me veréis todavía una

vez; ésta será el día de nuestro triunfo. Marchaos.
Terminó este discurso con un signo masónico, que sólo entendieron los seis jefes principales, los cuales se colocaron alrededor del gran Cophte después que desaparecieron enteramente todos los iniciados de orden inferior.
El jefe supremo, llamando aparte al sueco, dijo:
—Eres realmente un hombre inspirado, Swendemborg, y te doy las gracias a nombre de Dios. Mandarás a Francia, con la dirección que yo te indique, el dinero que has ofrecido.
Y marchóse estupefacto de aquel sitio al ver que había sido revelado su nombre al gran Cophte.
—Salud, bravo Fairfax —continuó—; sois el digno descendiente de vuestro abuelo. Cuando escribáis a Washington, os agradeceré que le renovéis mis afectos.
—Fairfax se inclinó también, y se alejó en la misma dirección.
Siguió idéntico camino que el de Suecia.
—Acércate, Pablo Jones —dijo Cophte al americano—, aproxímate, tú hablaste perfectamente. No esperaba yo menos de ti: serás uno de los héroes de América. Ella y tú estad dispuestos a mi primer aviso.
El americano, conmoviéndose al sentir el poderoso impulso de un dios, se retiró a su vez.
—¡Y tú, Lavater! —continuó el elegido—, abjura de las teorías, porque es ya hora de llegar a la práctica. No pienses en lo que es el hombre, sino lo que puede ser. Infelices aquellos de entre tus hermanos que osaran alzarse contra nosotros, pues la venganza será tan rápida y devoradora como la de Dios.
El diputado suizo se inclinó temblando y se alejó.
—Oídme, Jiménez —dijo el gran Cophte dirigiéndose al que había hablado en nombre de España—. Eres celoso, pero desconfías. Tu país duerme según tú afirmas, pero duerme porque no le despiertan. Ve a España, que aquélla es siempre la hermosa y valiente patria del Cid.
El último principió a acercarse, pero se detuvo ante un ademán del supremo jefe.
—Tú, Scieffort de Rusia, venderás tu causa antes de un mes, pero dentro de un mes perecerás.
El enviado moscovita cayó de rodillas, el gran Cophte lo hizo levantar con un gesto amenazador: el condenado para el porvenir salió tembloroso.
El hombre misterioso que hemos introducido como personaje principal de

este drama, miró a su alrededor, y advirtiendo que la sala de recepción había quedado silenciosa y vacía, abrochó su casaca de terciopelo negro, y tirando del resorte de la puerta que se había cerrado a su llegada, perdióse entre los desfiladeros de la montaña, atravesando todo aquel bosque sin luz y sin guía, como si alguna mano poderosa e invisible dirigiese sus pasos.
Llegado al otro lado del sendero del bosque, buscó su caballo, y no hallándole escuchó. Entonces creyó oír un relincho lejano. Un silbido especial salió de la boca del viajero. Un momento después acudió *Djerid*, fiel y sumiso como un perro juguetón. Cophte subióse ligero sobre él y ambos desaparecieron confundidos en la oscuridad de los matorrales que se extienden entre el pueblo a que hemos hecho referencia, y la Montaña de los Truenos.
Todo quedó en silencio al desaparecer el viajero.
Momentos después se había interrumpido la misteriosa calma de aquel sitio.
¿Dónde terminó aquella vertiginosa carrera del veloz *Djerid?* ¿Cuál fue el término del misterioso viaje que aquel jinete casi fantástico había emprendido?

* * * * * * *

I

RAYOS Y TRUENOS

Un carruaje, tirado por cuatro caballos que guiaban dos postillones, y que había dejado atrás a Pont-à-Mousson, pequeña ciudad situada entre Nancy y Metz, dirigíase a París, una semana después de la escena que hemos referido.
Veinte muchachos y diez comadres que se habían detenido alrededor de él mientras se paraba para remudar caballos, entraron en sus respectivas casas

expresando con sus ademanes y exclamaciones, extraordinaria hilaridad los unos, y los otros la más profunda admiración.
No había atravesado aquel puente ningún carruaje como aquél, desde que el buen rey Estanislao lo había mandado construir en el Mosela, cincuenta años antes, para facilitar las comunicaciones de su pequeño reino con Francia, sin excepción siquiera de esas galeras de Alsacia, tan curiosas como raras, que en los días de feria conducen fenómenos con dos cabezas, osos bailadores y tribus errantes de saltimbanquis, gitanos de los países cultos.
Aun sin ser burlón ni amigo de la sátira, podía cualquiera pararse sorprendido al ver pasar aquel vehículo monumental, que no obstante ir suspendido sobre cuatro ruedas de igual diámetro, y sostenido por firmes y sólidos resortes, caminaba con suficiente rapidez para justificar la siguiente exclamación escapada a algunos curiosos:
—¡Vaya un carruaje para correr la posta!
Nuestros lectores, que felizmente no lo han visto pasar, nos perdonarán que lo describamos.
La caja principal (la llamamos de este modo porque la precedía una especie de birlocho) estaba pintada de un azul celeste, y ornada con una preciosa diadema de barón, sobre la cual aparecían las letras J y B enlazadas artísticamente.
En lugar de portezuelas tenía dos ventanas con cortinas de muselina blanca, a través de las cuales penetraba fácilmente en el interior suficiente claridad, y casi invisibles al profano vulgo por estar colocadas en la delantera del coche, dando vista al cabriolé.
Una rejilla permitía fácilmente hablar con el habitante de aquel cajón, y apoyarse al mismo tiempo sobre los cristales, encima de los cuales se hallaban colgadas las cortinas; lo que no hubiera podido verificarse sin aquella precaución.
La caja posterior, que en apariencia era la parte más importante de aquel extraño faetón, tendría unos ocho pies de largo, y como seis de ancho, no percibiendo más luz que la que se introducía por aquellas ventanas, ni más aire que el que penetraba por un postiguillo guarnecido de vidrios, que daba al imperial. Se completaban las muchas singularidades que aquel extraño cofre ofrecía a la vista de los transeúntes, con un enorme cañón de chimenea que se elevaba un pie poco más o menos por encima del carro, y arrojaba un humo azulado que emblanquecía los aires a manera de columna, dilatándose

por el surco aéreo que trazaba su veloz carrera.
Rareza semejante hubiera tenido por resultado en nuestro siglo confundirla con alguna nueva invención, en la que combinase prudentemente el maquinista la fuerza del vapor con la de los caballos.
Hubiera parecido bastante probable, porque detrás del extraño carruaje seguía un caballo ensillado y atado con un ronzal mostrando con su bonita y bien cortada cabeza, delgadas piernas, pecho estrecho, espesa crin y ondulante cola, las señales características de la raza árabe, e indicando que alguno de los misteriosos viajeros encerrados en aquella nueva arca de Noé, era aficionado a la cabalgata, galopando al lado del carruaje para cuyo tiro este alazán no podía ser destinado.
El postillón de la parada anterior recibió en el primer pueblo además del valor de su posta, doble propina de una mano blanca y muscular que se había deslizado por entre las cortinas de cuero que cerraban la parte anterior del extraño vehículo, tan herméticamente casi, como las de muselina cerraban la parte anterior del cajón.
El postillón, asombrado al ver tal generosidad, dijo quitándose el sombrero con servil prontitud:
—Gracias, señor.
Y una voz sonora le contestó en alemán, lengua que todavía se entiende, aun cuando ya no se hable, en los alrededores de Nancy:
—*¡Schnell! ¡Schneller!*
O lo que es lo mismo: ¡de prisa, más de prisa!
Los postillones entienden todas las lenguas cuando cierta música metálica acompaña a frases que se les dirigen, pues ningún viajero debe ignorar que son con especialidad golosos; y así es que al punto hicieron todo cuanto pudieron por salir a galope, no logrando a pesar de sus esfuerzos, más que un trote bastante regular, con el cual podían caminarse dos leguas y media o tres por hora.
Debía variarse el tiro a las siete, en Saint Michel. La misma mano pagaba al través de las cortinas el precio de la posta anterior, y la misma voz hacía igual encargo.
Sería inútil repetir que este extraño vehículo excitaba la misma curiosidad que en el pueblo donde había parado primero, tanto más cuanto que aproximándose la noche, la oscuridad lo hacía fantástico.
A corta distancia de este último punto en donde se detenía, comienza la

montaña; allí fue necesario que los viajeros se contentasen con ir al paso; pues para caminar un cuarto de legua, se precisa el espacio de media hora.
Se detuvieron los postillones sobre la cima de la montaña para que los caballos descansasen y los viajeros pudieran contemplar un extenso horizonte que oscurece con lentitud las brumas precursoras de la noche.
El calor era insufrible y sofocante, porque el día había estado despejado y caluroso hasta las tres de la tarde. Una blanquecina y espesa nube que llegaba de la parte del Sur, seguía al carruaje, al parecer con premeditación, y amenazaba alcanzarle antes del sitio en donde los postillones se habían propuesto detenerse a toda costa para pasar la noche.
La montaña estrechaba por un lado el camino, y del otro por una pendiente escarpada, descendiendo hacia un valle, en cuyo fondo serpentaba el Meuse, y presentaba en el espacio de media legua un declive tan rápido, que no podía bajarse sin peligro más que al paso. Esta fue la marcha prudente que adoptaron los postillones cuando llegaron a él.
La nube seguía avanzando, dilatándose por grados y juntando los vapores que subían de la tierra a la que casi tocaban, y rechazando al mismo tiempo con su siniestra blancura todas las demás nubes azuladas que parecían colocarse a sotavento como las naves en un día de combate.
Se extendió después en el cielo con la rapidez de la marea creciente, e interceptó bien pronto los postreros rayos del sol, despidiendo al través de ella con dificultad sobre la tierra una claridad parda y sin brillo. Agitáronse las hojas de los árboles, adquiriendo el color negruzco de que se revisten a la aproximación de las tinieblas de la noche.
Un relámpago la cruzó de repente; el cielo se rasgó en llamaradas de fuego, y la vista del hombre descubrió las inconmensurables profundidades del firmamento, tan ardientes como las del mismo infierno.
Un horrísono trueno retumbó en aquel momento chocando de árbol en árbol hasta la selva dividida por el camino; hizo retemblar la tierra, y empujó el nubarrón que voló con la rapidez de un caballo desbocado.
Entretanto avanzaba el carruaje y el humo negro y denso que antes despedía por la chimenea, se tornó ligero y de un color de ópalo.
El cielo se oscureció más y más, y el postiguillo del imperial se iluminó entonces con un vivo resplandor, permaneciendo alumbrado; lo cual denotaba que el morador de aquella celda ambulante, extraño sin duda a las ocurrencias exteriores, adoptaba sus precauciones contra la noche, para no ser

interrumpido en sus importantes operaciones.
No empezaba a bajar la pendiente el carruaje que estaba en la explanada de la montaña, cuando un segundo trueno más violento y cargado de vibraciones metálicas que el primero, descargó el agua de las nubes, que principió a descender gota a gota, y luego tan espesa, continuada y rápida, como haces de flechas que se hubieran disparado del cielo.
Pararon los postillones los caballos y meditaron sobre el partido que habían de tomar.
—Y bien, ¿qué debemos hacer? —interrogó la misma voz que hablaba ahora en correcto francés.
—Dudábamos si continuar o no —contestaron los postillones.
—Creo que soy yo y no vosotros quien ha de resolverlo-contestó—, ¡andando!
Había en aquella voz un acento de autoridad tan poderoso, que al momento obedecieron los postillones, y el carruaje empezó a bajar la cuesta de la montaña.
—¡Está bien! —replicó, y las cortinas entreabiertas un momento se interpusieron de nuevo entre los viajeros y el avantrén del coche.
Empero el camino, que era gredoso y húmedo, empapado también por los torrentes de la lluvia, se hizo tan resbaladizo, que los caballos se resistían a continuar.
—Caballero —dijo el postillón que montaba el del tronco—, no podemos seguir adelante.
—¿Por qué? —preguntó la voz conocida.
—Porque los caballos ya no andan, sino patinan.
—¿Falta mucho para llegar a la primera parada?
—¡Ay! caballero, faltan cuatro leguas.
—Está bien, pondrás a tus caballos herraduras de plata y volarán —dijo el extranjero abriendo las cortinas y dándole cuatro escudos.
—Mil gracias, caballero —dijo el postillón recibiéndolos en su desmesurada y tosca mano, y guardándolos en una de sus anchas botas.
—Creo que el amo te ha hablado —dijo el segundo postillón a su compañero, al oír aquel sonido metálico, deseando no ser excluido de una conversación que tomaba un giro tan interesante.
—Sí —repuso aquél—, dice... que prosigamos.
—¿Y tenéis algo que oponer a este deseo, amigo mío? —dijo el viajero con

acento afectuoso al par que firme, que indicaba no consentiría la menor contradicción.
—¡Yo! No, señor, son los caballos que se niegan a continuar.
—¿Y para qué lleváis espuelas?
—Aun cuando las hundiera hasta los acicates, no darían un paso más: que me confunda el cielo si...
No terminó el postillón de proferir aquella blasfemia, porque un cárdeno rayo le hizo callar.
—Lo que es el tiempo no es muy católico —dijo amedrentado el pobre hombre—. Ahora sí... el carruaje anda solo ¡Dios mío! ya empieza a rodar a pesar nuestro.
El pesado coche, descansando sobre la grupa de los caballos, que ya no podían sujetarlo, progresaba en su carrera, que se trocó al poco tiempo en una violenta e impetuosa rotación, causada por la multiplicación del peso.
Se arrebataron de dolor los caballos, y el equipaje rodó sobre la oscura pendiente con la velocidad de una flecha, dirigiéndose visiblemente al precipicio.
La voz y la cabeza del viajero salieron en aquel momento del coche.
—¡Torpe! —gritó—: vas a matarnos; ¡a la izquierda tus guías! ¡a la izquierda!
—Yo desearía conocer lo que haríais en mi lugar —contestó el postillón asustado, tratando inútilmente de reunir las riendas, y de adquirir sobre sus caballos la superioridad perdida.
—¡José! —exclamó entonces una voz femenil que se oía por primera vez— ¡José! ¡Socorro! ¡socorro! ¡Ay, Virgen santa!
El peligro podía ciertamente motivar esta invocación de la madre de Dios, pues era urgente, terrible y supremo.
El carruaje, que continuaba violentamente arrastrado por su peso, faltándole una mano diestra que le dirigiera, avanzaba hacia el precipicio, sobre el cual uno de los caballos estaba ya casi suspendido, y sólo faltaba que las ruedas diesen tres vueltas más, para que caballos, coche y postillones cayesen al abismo en completo destrozo. Saltó el viajero del cabriolé a la lanza del coche, y agarrando al postillón por el cuello y la cintura, lo levantó con la misma facilidad que a un niño, arrojándolo a diez pasos de distancia. Ocupó al punto su lugar, reunió las guías, y dirigiéndose al otro postillón le gritó con voz fuerte y terrible:

—Vuelve a la izquierda, gran tuno, o te levanto la tapa de los sesos.
Aquel poderoso mandato causó su efecto, pues el postillón que dirigía los dos caballos delanteros, al oír las voces lastimeras de su infeliz compañero, hizo un esfuerzo sobrehumano, y dando el impulso necesario al carruaje, lo volvió con el poderoso auxilio del viajero a la mitad del camino, y siguió rodando con la rapidez y estruendo del trueno, contra el cual en apariencia luchaba.
—¡A galope! —gritó el viajero— a galope, y si te detienes, paso sobre tu cuerpo y sobre el de tus caballos.
El postillón conoció que ésta no era una frívola amenaza, dobló la energía, y el carruaje siguió bajando con una rapidez tan espantosa, que se hubiera creído al verle descender con tanta rapidez por la oscuridad, con aquel ruido sordo y terrible, la chimenea inflamada y sofocados gritos, que eran algún carro infernal conducido por fantásticos caballos, y arrastrado por el huracán.
Nuestros viajeros no habían evitado aquel peligro, sino para caer en otro. La eléctrica nube que se cernía en los aires avanzaba con una rapidez igual a la de los caballos. El viajero levantaba de cuando en cuando su cabeza, notándose sobre su rostro, al destellar de los relámpagos, una impresión de inquietud que no disimulaba, porque sólo Dios fuera susceptible de conocerle. En el instante en que el coche llegaba al final de la pendiente, y rodaba arrastrado por su rápida carrera sobre un terreno más llano, el aire varía de pronto, combina ambas electricidades, rásgase la nube con horrorosa detonación vomitando un relámpago seguido de un rayo. Una llamarada de color de violeta que se convirtió luego en verdosa y blanquecina, envolvió a los caballos. Los del tronco se alzaron de manos y respiraron aquel aire azufrado, y los delanteros cayeron al suelo. Aquel en que cabalgaba el postillón se alzó al punto, y sintiendo que se habían roto sus tirantes en aquel violento suceso, escapó, desapareciendo con su jinete en las tinieblas, en tanto que el carruaje, que había rodado unos diez pasos más, se detenía al tropezar con el cadáver del caballo herido del rayo.
Acompañaron a este episodio los agudos gritos de la señora del birlocho.
Era un cuadro espantoso.
Reinó un momento de terrible confusión, durante el cual nadie supo si estaba muerto o vivo. El desconocido se palpó a sí mismo para justificar su identidad. Nada le había ocurrido; pero la viajera se había desmayado.
Si bien aquél no tenía la menor duda de cuanto sucedió, porque el más profundo silencio había seguido de pronto a los gemidos que se percibían en

el birlocho, sus primeros cuidados no fueron para la mujer desconsolada; pues, por el contrario, apenas se hubo apeado se dirigió presuroso hacia la parte posterior del carruaje.
Allí se veía el fogoso alazán que ya hemos mencionado, asombrado, envarado, erizadas las crines, estremeciendo al mismo tiempo la puerta a la cual se hallaba sujeto, y estirando fuertemente el ronzal. El brioso animal, con la vista fija y la boca espumosa, después de estériles tentativas por romper aquel lazo, había quedado fascinado por el horror de la tempestad; y cuando su amo le pasó la mano por la grupa para acariciarlo, silbándole al mismo tiempo según acostumbraba, dio un bote y relinchó a la vez como si lo desconociera.
—¡Hum! ese maldito caballo —murmuró una voz quebrada en el interior del carro— estremece de nuevo mis muros, ¡maldito sea!
Y esforzándose, esta voz continuó gritando en árabe con tono impaciente y amenazador:
—*¡Nhe goullac hogoud shaked haffrit!* ¿No has oído que te estés quieto, diablo?
—No os enfadéis con *Djerid*, señor —dijo el viajero desatando el caballo para amarrarlo a una de las ruedas traseras del carruaje—; se ha espantado y ciertamente con justa razón.
Al decir estas palabras, abrió la portezuela y entró en el coche, cerrándolo después.

II

EL ELIXIR MARAVILLOSO

Encontróse nuestro viajero en presencia de un anciano de ojos pardos, nariz retorcida, manos trémulas pero activas, que, hundido en un gran sillón, tenía en su derecha un grueso manuscrito de pergamino rotulado *Chiave del Gabinetto*, y en la izquierda una espumadera de plata.

La actitud y aquella ocupación, aquel rostro surcado de innobles arrugas, cuyos ojos y boca eran los que únicamente parecían tener vida, aquel conjunto, en fin, que le será extraño al lector, era de un aspecto familiar al extranjero que no se dignó dirigir ni una mirada a su alrededor, a pesar de que lo merecían los muebles y adornos de aquella parte del carruaje.

Tres murallas (no olvidemos que el anciano llamaba así a las paredes del coche) en las que se veían estantes con libros, rodeaban el sillón, asiento ordinario y sin rival de este raro personaje, para cuyo uso se veían por cima de los libros numerosas redomas, vasijas, cajas y tablitas embutidas en estuches de madera, de la misma manera que se colocan en los navíos la loza y los vasos. El anciano, para alcanzar más fácilmente estos objetos, hacía rodar su sillón, y llegado éste al punto que deseaba lo alzaba o bajaba por medio de un resorte unido al mismo asiento.

La habitación (pues tal nombre damos a este compartimiento) tenía ocho pies de largo, seis de ancho, y seis de alto. Frente a la portezuela y cerca del cuarto tablero que permanecía libre para la entrada y salida, se elevaba una estufa con su cobertizo, fuelle y rejilla, que estaba entonces sirviendo para enalbar un crisol, y hacer hervir una mixtura, que dejaba escapar por el tubo aquel humo, que salía por el imperial, y había producido el asombro y la curiosidad de los transeúntes de todas edades y sexos. Además de las redomas, cajones, libros y cartones dispersos por el pavimento desordenada y pintorescamente, había un gran número de pinzas de metal, carbones mojados en vasijas para diversas operaciones, un vaso con agua y gran cantidad de manojos de hierbas colgados con hilos en la techumbre, de los cuales los unos, indicaban que se habían cogido la víspera, y cien años antes los otros. El odorífero aroma que despedía este conjunto, hubiera podido llamarse perfume en un laboratorio menos grotesco.

Al penetrar el viajero, el anciano, empujando su sillón, con una destreza y agilidad admirables, acercóse a la estufa y empezó a espumar su mixtura con suma atención; interrumpido luego por la persona que se presentaba a su vista, se encasquetó con la mano derecha el gorro de terciopelo, negro en otra época, que cubría su cabeza hasta por debajo de las orejas, del cual salían algunas cortas guedejas de brillante pelo, como hilada plata, y sacó debajo de las ruedecillas de su sillón el faldón de su amplia bata de seda acolchada que después de diez años de servicio parecía un andrajo sin color y sin forma. Estaba al parecer de mal humor el anciano, y refunfuñaba entre dientes

mientras que espumaba su mezcla, y levantaba su bata.
—¡Se espanta ese animal endiablado!... ¿y de qué? pregunto... ha bamboleado mi puerta, conmovido mi estufa, y vertido en el fuego la cuarta parte de mi elixir. ¡Acharat! en nombre de Dios, dejad esa bestia en el primer desierto que atravesemos.
El viajero sonrióse, y dijo:
—En primer lugar, señor, ya no cruzamos desierto alguno; pues estamos en Francia, y por otra parte no puedo decidirme a abandonar así a un caballo que vale mil luises[2], o lo que es lo mismo: que no tiene precio por ser de la casta de Al-Borach.
—¡Mil luises!, ¡mil luises! yo os daré cuando deseéis esos mil luises u otra cosa equivalente. Vuestro caballo me costado ya más de un millón, sin contar los días de vida que me ha quitado.
—Vamos a ver: ¿que ha hecho ese pobre *Djerid* ahora?
—¿Preguntáis qué ha hecho? A no ser por él mi elixir hubiera hervido dentro de pocos minutos, sin verterse una gota; lo que en verdad no indican ni Zoroastro ni Paracelso, pero lo que con seguridad Berri previene.
—¡Vamos, querido maestro! tened paciencia, y dentro de poco hervirá la esencia.
—¿Cómo ha de hervir, Acharat? Si parece una maldición... hasta mi fuego se extingue... No sé qué cae por esa chimenea.
—Yo bien lo sé —contestó el discípulo riendo—, es agua.
—¿Qué decís...? ¡Agua!... ¡Ay, Dios mío! Mi elixir se evapora, necesitaré hacer otra operación, ¡como si el tiempo me sobrara! ¡Dios mío, Dios mío! —repitió aquel sabio anciano levantando desesperadamente sus manos al cielo —, ¡agua! ¿y qué agua es ésa, Acharat?
—Agua pura... del cielo... está lloviendo a cántaros. ¿No lo habréis acaso advertido?
—¿Acaso me distrae algo cuando estoy en mi laboratorio? ¡Ya!... ¿conque es agua?... sin la menor duda... Mirad, Acharat, ya esto me molesta mucho. ¡Cómo! Hace seis meses que estoy pidiendo un tejadillo para mi chimenea... ¿Seis meses dije?... Si hace un año. ¡Pues bien! ni aun siquiera os acordáis, aunque sois joven, y nada tenéis que hacer. ¿Y cuáles son los resultados de vuestro olvido? Que hoy la lluvia, mañana el viento, confunden todos mis cálculos, destruyen todas mis operaciones; siendo necesario, no obstante, que

me apresure, ¡voto a Júpiter!, bien lo sabéis vos mismo; mi hora se aproxima, y si para ese tiempo no he tomado todas mis medidas, si no he llegado a obtener esa esencia vital, ¡adiós docto, adiós sabio Althotas! Mi centésimo año empieza el dieciséis de julio a las once de la noche, y es indispensable que para esa fecha mi elixir haya alcanzado su mayor perfección.
—Pues me parece —dijo Acharat—, que todo va saliendo a satisfacción nuestra.
—No hay que dudar —repuso el anciano—, ya he hecho experimentos por absorción, y mi brazo izquierdo que estaba casi paralítico, ha recobrado ya toda su elasticidad, ganando además el tiempo que empleaba en mis comidas, pues una cucharada de mi elixir, aunque no sea perfecto, me sostiene durante el espacio de tres o cuatro días. ¡Oh! Cuando recuerdo que sólo me restan quizás una planta o una hojita de esa planta, para que mi esencia quede perfecta, que habremos pasado quinientas mil veces cerca de ella, que habrá sido pisoteada por nuestros caballos y por las ruedas de nuestro coche. ¡Sí, Acharat..., esa planta de que hace mención Plinio, y que los sabios no han podido hallar o reconocer, porque nada, nada se pierde! ¡Ah, sí!... Será preciso que preguntéis cómo se llama a Lorenza en alguno de sus éxtasis: ¿me lo prometéis, no es cierto?
—Descuidad, querido maestro, yo se lo preguntaré.
—Entretanto —prosiguió el sabio con un profundo suspiro—, mi esencia, otra vez disipada, necesitando tres veces quince días para conseguir lo que hoy he perdido. Os hago observar, Acharat, que perderéis tanto como yo el día que deje de existir... ¿Pero qué estrépito es ése? ¿Es que rueda el coche?
—No, señor, un trueno.
—¿Un trueno?
—Sí, y por poco nos hiere un rayo que cayó hace poco y a mí, especialmente, aunque es verdad que me preservé por ir vestido de seda.
—¿Lo vais viendo? —dijo el anciano, dándose un golpe con la mano en la rodilla—, ¿lo veis a lo que me exponen vuestras inocentadas? a morir de un rayo; a que me mate una llama eléctrica, que si no estuviera tan entretenido en este momento, haría bajar a mi estufa para cocerme la olla. ¿Creéis que no es bastante estar expuesto a todos los accidentes producidos por la torpeza y la maldad de los hombres, sino que además es preciso estarlo también a los que vienen del cielo, que son los que más fácilmente se evitan?
—Perdonad, señor, pero no me habéis explicado todavía...

—¿Acaso no os he demostrado mi sistema de conductores de electricidad? Cuando perfeccione mi esencia os lo repetiré; pero bien conocéis que estoy muy ocupado en este momento.
—¿Conque creéis que se puede dominar el rayo? —interrogó con interés.
—No sólo dominarle, sino conducirle donde desee. Cuando mi segunda cincuentena haya transcurrido, y pueda esperar en paz la tercera, me entretendré un día en ponerle riendas de acero, y lo conduciré con tanta facilidad como vos a *Djerid*. Ahora os ruego, Acharat, mandéis que pongan un cobertizo a mi chimenea.
—Descuidad; así lo haré.
—¡Lo haré! ¡lo haré! siempre para el porvenir, ¡como si el porvenir fuese nuestro! ¡Ay! ¡nunca me concluirán de entender! —exclamó el sabio agitándose en su sillón y torciéndose las manos con desesperación—. ¡Descuidad!... ¡Me dice descuidad!... y todo concluirá para mí si dentro de tres meses no he perfeccionado mi elixir. Pero llegue yo a pasar mi segunda cincuentena, vuelva yo a recuperar mi juventud, la elasticidad de mis miembros, la facultad de moverme, y entonces ninguno me hará falta; no me volverán a decir, lo haré; y yo podré contestar, he hecho.
—¿No diréis lo mismo acerca de nuestra gran obra? ¿Habéis pensado en ella?
—Ah, si estuviese tan seguro de encontrar mi elixir, como lo estoy de hacer el diamante...
—¿Conque tenéis esa seguridad?
—Sí, la tengo, pues ya he hecho alguno.
—¿Qué habéis hecho alguno?
—Podéis convenceros buscándolo.
—¿Dónde?
—Ahí a vuestra derecha, en ese pequeño recipiente... justamente ese es.
El viajero lo tomó con ansiedad; era un vaso de cristal muy fino, cuyo fondo se hallaba cubierto de un polvo casi impalpable y adherente a sus paredes.
—¡Polvos de diamantes! —exclamó el joven.
—Buscad en el medio.
—¡Oh!, sí: un diamante tan grande como un grano de mijo.
—Poco importan sus dimensiones, consigamos unir todo ese polvo, y el grano de mijo se hará más grueso que un garbanzo; pero por amor de Dios, Acharat, mandad poner un tejadillo a mi chimenea, y un conductor a vuestro coche, para que el agua no inunde mi cuarto y el rayo tome otro camino.

—Descuidad.
—Siempre la misma respuesta; los demonios me lleven. ¡Juventud! ¡loca y presuntuosa juventud! —gritó con una fúnebre sonrisa, que descubría sus encías sin dientes y que parecía profundizar más las hundidas órbitas de sus ojos.
—Señor, el fuego se apaga y vuestro crisol se enfría: ¿qué teníais en él?
—Miradlo.
El joven obedeció, y al abrir el crisol, halló una partícula de carbón vitrificado del tamaño de una avellana.
—¡Un diamante! —exclamó; luego casi al mismo tiempo—: es cierto; pero manchado, imperfecto y sin valor.
—Porque el fuego se ha apagado; porque no tenía cobertizo mi chimenea; ¿lo habéis oído, Acharat?
—Vamos, dispensadme, querido maestro —dijo el joven mirando y remirando el diamante, que tan pronto despedía brillantes reflejos, como permanecía opaco—; dispensadme, repito, y tomad algún alimento para sosteneros.
—De nada serviría, pues hace dos horas tomé una cucharada de elixir.
—Os equivocáis, señor, la habéis bebido esta mañana a las seis.
—¡Bueno!, ¿y qué hora es?
—Pronto serán las ocho y media de la noche.
—¡Jesús! —exclamó el sabio anciano, uniendo sus manos—; otro día transcurrido, inutilizado y perdido. Decidme: ¿han acortado los días? ¡no son como antes, de veinticuatro horas!
—¡Si no deseáis comer, dormid al menos algunos instantes!
—Bien, consiento: dormiré dos horas; pero mirad vuestro reloj y despertadme sin falta.
—Os lo prometo.
—Que no dejéis de espabilarme.
—No me olvidaré de hacerlo.
Hubo un instante de silencio.
—Veis, Acharat —prosiguió el anciano con un acento cariñoso—, cuando me duermo, siempre temo despertar en el otro mundo. Me llamaréis, ¿es verdad?, no conforme con vuestra promesa, deseo que lo juréis.
—Lo juro.
—¿Dentro de dos horas?

—Dentro de dos horas.
En aquel instante oyóse en el camino un ruido parecido al galope de un caballo, y fue seguido de un grito que expresaba a la vez inquietud y asombro.
—¿Qué sucede? —exclamó el viajero, abriendo con precipitación la puerta y saltando del carruaje.

III

EL GRITO DE ALARMA

Lo que ocurrió durante la conversación del viajero con el sabio fue lo que sigue.
Ya dijimos que al caer el rayo, la señora del cabriolé se había desmayado. Algunos momentos quedó sin sentido, y como sólo el miedo había causado su desmayo, volvió de él poco a poco.
—¡Ay, Dios mío! —exclamó—, estoy sola y sin auxilio. ¡No habrá quien se compadezca de mí!
—Señora —murmuró una voz tímida—, aquí estoy yo si puedo serviros en algo.
La joven se incorporó al oír estas palabras, y asomándose por las cortinas del cabriolé, vio a un joven que se hallaba de pie sobre el estribo.
—¿Sois vos, caballero, quien me ha dirigido la palabra?
—Yo soy —contestó el joven.
—¿Y me habéis ofrecido socorro?
—Sí.
—¿Qué ha ocurrido?
—Una exhalación que ha descendido casi sobre vos y ha roto los tirantes de los caballos delanteros, uno de los cuales ha huido con el postillón.
La mujer miró entonces a su alrededor, manifestando la mayor inquietud.
—Y... el que dirigía los caballos del tronco, ¿dónde está? —preguntó.

—Ha entrado en el coche.
—¿No le ha ocurrido nada?
—Nada.
—¿Me decís la verdad?
—Por lo menos se apeó sano y salvo.
—¡Ay! gracias a Dios —dijo la joven respirando con más libertad.
—¿Dónde estabais, caballero, para venir tan a tiempo en mi socorro?
—Cuando me sorprendió la tempestad me guarecí en esa oscura cantera, y vi llegar vuestro coche a escape. Al pronto supuse que los caballos estaban desbocados; pero comprendí luego que venían guiados por una mano diestra y vigorosa. De repente cayó el rayo con un estruendo tan formidable, que permanecí durante algunos instantes anonadado, creyéndome también herido. De todo cuanto acabo de relataros, me acuerdo como de un sueño.
—De modo, ¿que no estáis seguro de que el que dirigía los caballos del tronco, se halla en el coche?
—¡Ah! sí, señora; ya había vuelto en mí, y le vi entrar
—Hacedme el obsequio de enteraros si todavía está en él.
—¿Cómo?
—Con sólo escuchar, pues si se halla en el interior del coche, se oirán dos voces distintas.
El joven saltó del estribo, se acercó a la pared exterior de la caja, y escuchó. Después volvió y dijo:
—Se encuentra dentro.
La joven inclinó la cabeza en señal de gratitud; pero permaneció con su frente apoyada sobre la mano, y sumida, en apariencia, en una profunda meditación. El servicial desconocido pudo durante este tiempo contemplarla.
Era una joven de veintitrés a veinticuatro años, la tez morena, pero de una delicadeza más agraciada y hermosa que el más subido sonrosado; sus hermosos ojos negros, levantados al cielo, a quien al parecer interrogaban, brillaban como dos luceros; y los cabellos negros, que conservaba sin polvos contra la moda del tiempo, caían en voluptuosos bucles sobre el busto.
De pronto demostró tomar alguna resolución:
—Caballero —dijo—, ¿en qué sitio nos encontramos?
—En el camino de Estrasburgo a París.
—¿Y en qué lugar de él?
—A dos leguas de Piedrafita.

—Ignoro qué es Piedrafita.
—Una villa.
—¿Hay después de esta villa alguna población?
—Bar-le-Duc.
—¿Es ciudad?
—Sí, señora.
—¿Está muy habitada?
—Creo que tiene de cuatro a cinco mil almas.
—¿Existe alguna trocha más directa que la carretera, para ir a Bar-le-Duc?
—No, o al menos la desconozco.
—*¡Peccato!* —pronunció entre dientes, volviéndose a sumergir en el cabriolé.
Y permaneció silenciosa un momento.
El joven esperó un instante más, por si le dirigían alguna otra pregunta; pero trató de alejarse y dio algunos pasos para verificarlo al observar que aquella mujer guardaba el silencio más profundo.
Este movimiento la distrajo, al parecer, de su meditación, pues se asomó con ligereza a la delantera del cabriolé.
—Caballero —exclamó.
El joven retrocedió diciendo:
—Estoy aquí, señora.
—Por favor, otra pregunta.
—Hacedla.
—¿No había un caballo atado a la parte trasera del carruaje?
—Sí, señora.
—¿Está todavía?
—No, señora; el caballero que entró en el interior, le desató sujetándole luego a la rueda del coche. —¿No le ha pasado tampoco nada?
—Creo que no.
—Es un animal de gran precio, y que estimo mucho: quisiera convencerme por mí misma que nada le ha acontecido; ¿pero de qué medios me valdré para no pisar lodo?
—Yo lo traeré hasta aquí —dijo el joven.
—Está bien —contestó agradecida la señora—, os suplico que lo hagáis, y os quedaré muy reconocida.
Al aproximarse el joven al caballo, levantó éste la cabeza, y relinchó.

—No tengáis miedo —prosiguió la señora del cabriolé—, es tan manso como un cordero —y bajando la voz, murmuró—: *¡Djerid! ¡Djerid!*
El animal conoció esta voz por ser la de su ama, pues alargó su inteligente cabeza hacia la parte donde ésta se hallaba.
Procuró el joven desatarle mientras tanto; pero apenas conoció el caballo la poca destreza de la mano que sujetaba su ronzal, cuando tirando con fuerzas quedó libre, y dando un salto, se apartó veinte pasos del carruaje.
—*¡Djerid!* —repitió la mujer con el más cariñoso acento—, aquí, *Djerid*, aquí.
El árabe movió su hermosa cabeza, bufó estrepitosamente, y se acercó piafando hasta el cabriolé, como si siguiera un compás musical.
Sacó entonces la señora medio cuerpo fuera de las cortinas, diciendo:
—¡Ven acá, *Djerid*, ven acá!
El obediente animal presentó enseguida su cabeza a la mano que se alargaba para acariciarle.
La joven asióse de la crin del caballo con su afilada mano, se apoyó con la otra en el alero del cabriolé, y saltó sobre la silla con tanta ligereza como esas fantasmas de las baladas alemanas que brincan sobre la grupa de los caballos, cogiéndose a la cintura de los viajeros.
El joven se lanzó rápidamente hacia ella; pero un ademán imperioso de su mano, le detuvo.
—Escuchadme —dijo ésta—: aunque joven, o más bien porque lo sois, tendréis sentimientos humanos y generosos. No impidáis mi partida. Huyo de un hombre a quien amo; pero ante todo, soy romana y buena cristiana. Ese hombre perdería mi alma si continuase más tiempo a su lado; es un ateo y un nigromántico a quien Dios acaba de prevenir por medio de un rayo. Ojala se aproveche de este aviso. Referidle lo que acabáis de escuchar y Dios os bendiga por el auxilio que me habéis prestado. ¡Adiós!
Al terminar de hablar, ligera como los vapores que se mecen sobre los pantanos, se aleja y desaparece llevada por el galope aéreo de *Djerid*.
Al verla huir el joven, no pudo reprimir un grito de asombrosa sorpresa.
El grito del joven fue el que se oyó en el interior del carruaje y el que alarmó al desconocido.

IV

EN DEMANDA DE HOSPITALIDAD

Lo que en primer término llamó la atención de nuestro viajero al salir del coche, fue el joven que estaba de pie y azorado. Un relámpago que centelleó en aquel mismo instante le permitió examinarle detenidamente, según acostumbraba siempre que algún objeto extraño o algún personaje desconocido se ponía delante de él.

Era un joven que tendría de dieciséis a diecisiete años, de pequeña estatura, delgado y nervioso. Los negros ojos se fijaban con resolución sobre el objeto que menos impresión le produjera, y aunque faltos de dulzura, no dejaban de tener gracia; la nariz aguileña, labios delgados y pómulos salientes, revelaban astucia y circunspección, en tanto que la decisión se manifestaba en él por la prominencia de su redonda barba.

—¿Sois vos el que ha gritado? —interrogó el extranjero.

—Sí, señor —contestó el joven.

—¿Y por qué gritasteis?

—Porque...

Nuestro joven quedóse indeciso.

—¿Por qué? —repitió el viajero.

—¿No había una señora en el cabriolé? —prosiguió el joven.

—Efectivamente.

Y los ojos de Balsamo se dirigieron hacia aquel punto, como deseando atravesar con su mirada las paredes del coche.

—¿No había además un caballo sujeto a las ruedas?

—Sí: ¿y dónde diablos está?

—La señora del cabriolé se ha marchado montada en él.

No lanzó el viajero exclamación alguna, ni dijo la menor palabra, saltó sobre el cabriolé, descorrió las cortinas de cuero, y al resplandor de un relámpago que en aquel momento brillaba en el cielo, vio que se hallaba desocupado.

—¡Sangre de Cristo! —exclamó con un rugido tan espantoso como el trueno

que le acompañó—; y mirando a su alrededor para descubrir alguna forma de perseguirla, reconoció su inutilidad.
—Con uno de estos caballos —prosiguió moviendo su cabeza—, sería una necedad tratar de alcanzar a *Djerid*, como lo sería enviar una tortuga en persecución de una gacela... pero yo averiguaré dónde se halla, a no ser que...
Y llevando con febril rapidez la mano al bolsillo de su chupa, sacó una cartera y la abrió, encontrando un papel doblado, en el que guardaba un rizo de cabello negro.
Se serenó el viajero a su vista, y todo su ser se tranquilizó, al menos aparentemente.
—Vamos —dijo pasándose una mano por la frente, que se empapó en sudor —; vamos, bueno; ¿y nada os dijo al marchar?
—Sí, señor.
—¿Qué os ha dicho?...
—Que os participe que el temor y no el odio era el que ocasionaba su separación, y que siendo fiel cristiana, cuando vos por el contrario...
El joven dudó.
—¿Cuando yo por el contrario? —repitió el viajero.
—Ignoro si deberé decir... —dijo el joven.
—¡Decidlo, pardiez!
—Cuando vos, por el contrario, erais un ateo y un infiel, al que Dios se había dignado avisar por última vez esta noche, y que habiendo conocido este aviso del cielo, os invitaba a meditar sobre él.
Una sonrisa de desprecio apareció en los labios del viajero.
—¿Nada más os dijo? —preguntó.
—Nada más.
—Bien; pues ahora hablaremos de otra cosa.
Y las últimas señales de inquietud y disgusto, desaparecieron de su frente.
El joven advertía estas alteraciones del corazón reflejadas en su rostro, con una curiosidad, que probaba estar también dotado de cierta dosis de observación.
—Decidme ahora cómo os llamáis, amigo mío —dijo el viajero.
—Gilberto.
—¿Gilberto sólo? Supongo que ése es nombre de bautismo.
—A mí me sirve de apellido.
—Pues bien, mi querido Gilberto, la Providencia os envía para sacarme de

apuros.
—Todo cuanto pueda hacer en vuestro servicio, caballero...
—Lo haréis, y lo agradezco. Sé que a vuestra edad se sirve por sólo el placer de servir. Por otra parte no es muy difícil el favor que solicito: se reduce a que me indiquéis un abrigo para esta noche.
—Ahí está esa roca —dijo Gilberto—; que me ha servido de resguardo todo el tiempo que duró la tormenta.
—Sí —contestó el viajero—; pero preferiría alguna casa donde pudiera hallar buena cama y cena.
—Esto es más difícil.
—¿Nos encontramos muy distantes de la primera población?
—¿De Piedrafita?
—¿Se llama Piedrafita?
—Sí, señor, y dista sobre legua y media.
—¿Legua y media? Con la noche que hace, y con sólo estos dos caballos, tardaríamos dos horas. Vamos, amiguito, pensadlo bien: no hay ninguna habitación por aquí cerca?
—El castillo de Taverney estará unos trescientos pasos lo más.
—¡Ah! ¡Pues entonces...! —dijo el viajero.
—¿Qué? —interrogó el joven con la mayor admiración.
—¿Por qué no lo habéis dicho antes?
—Pero ese castillo no es una posada.
—¿Habita alguien en él?
—Seguramente.
—¿Quién?
—¿Quién ha de ser? El barón de Taverney
—¿Quién es ese barón?
—El padre de la señorita Andrea.
—Esa noticia es interesante para mí —dijo sonriendo el viajero—; pero sólo deseaba informarme qué especie de personaje es el barón.
—Es un antiguo hidalgo de sesenta a sesenta y cinco años, y que según refieren ha sido rico en otro tiempo.
—Y ahora pobre; el mismo refrán de todos. Amigo mío, os ruego que me conduzcáis a su casa.
—¿A casa del barón de Taverney? —dijo el joven, asombrado.
—¿Acaso no deseáis prestarme ese servicio?

—Sí..., pero... pero...
—¿Qué?
—No os recibirá...
—¡Cómo! ¿se negará a recibir a un caballero que habiéndose extraviado solicita hospitalidad? ¿Es alguna fiera ese barón?
—Pudiera ocurrir algo parecido —contestó el joven.
—Sin embargo —dijo el viajero—, quiero aventurarme.
—¡No os lo aconsejo! —respondió Gilberto.
—¡Quia! por poco social que sea, no ha de tragarme vivo.
—No, pero os cerrará quizá su puerta.
—Entonces se la echaré abajo, y a menos que os neguéis a guiarme...
—Caballero, yo no me niego.
—Decidme, pues, cuál es el camino.
—Con mucho placer.
El viajero subió al cabriolé, y sacó una linterna.
El joven esperó, al ver que estaba apagada, a que el extranjero entrase en el interior del carruaje y le permitiese ver por la abertura de la puerta lo que en él se ocultaba; pero el desconocido se la entregó sin aproximarse siquiera al cajón. Volvióla a uno y otro lado, y terminado este examen interrogó:
—¿Qué deseáis que haga con esta linterna?
—Alumbrar el camino mientras yo dirijo los caballos.
—¡Cómo! ¡si está apagada!
—La encenderemos.
—¡Ah! —dijo Gilberto— ¿lleváis luego en el interior del coche?
—Y en mi bolsillo también —repuso el viajero.
—Mucho trabajo ha de costar encender yesca con esta lluvia.
—Abrid la linterna —dijo aquél sonriéndose.
Gilberto lo hizo así.
—Poned vuestro sombrero por encima de mis dos manos.
Obedeció Gilberto y observaba estos preparativos lleno de curiosidad, porque no conocía otro medio de procurarse fuego sino por el eslabón y la piedra.
Sacó el desconocido un cerillo de una cajita de plata que guardaba en su bolsillo, y abriéndola por debajo, lo introdujo en una pasta inflamable sin duda, porque enseguida salió encendido.
Fue tan instantánea e inesperada la acción, que Gilberto se estremeció.
Sonrióse su compañero al ver esta sorpresa tan natural en una época en que

únicamente muy contados químicos conocían los efectos del fósforo, y reservaban este secreto para sus experimentos personales. Comunicó entonces aquella mágica llama a la mecha de la bujía, cerró luego la caja guardándola en su faltriquera.
Seguía el joven aquel precioso recipiente, con ardientes miradas de codicia. Claro es que hubiera hecho muchos sacrificios por poseer aquel tesoro.
—¿Queréis guiar nuestra marcha ahora que tenemos luz? —preguntó el viajero.
—¡Vamos! —dijo Gilberto.
Adelantóse el joven y tras él el desconocido con el caballo cogido del freno. El tiempo se tornó también más tolerable, la lluvia casi había cesado, y la tormenta se alejaba mugiendo.
El viajero fue el primero que intentó reanudar la conversación.
—¿Creo que conocéis bastante al barón de Taverney?
—Vivo con él desde mi infancia.
—¿Es vuestro pariente?
—No.
—¿Vuestro tutor?
—Tampoco.
—¿Dueño?
A estas palabras el joven se sonrojó, y sus mejillas, que de ordinario estaban pálidas, se colorearon de pronto.
—Caballero —dijo—, yo no soy criado de nadie.
—Sin embargo, algo seréis.
—Soy hijo de un antiguo colono del barón, y mi madre crió a la señorita Andrea.
—Ya comprendo, estáis en la casa como hermano de leche de aquella joven, porque supongo que la hija del barón lo es.
—Cuenta diez y seis años —contestó Gilberto desentendiéndose de una de las dos preguntas que se le dirigían y era la que le interesaba personalmente.
El viajero reflexionó, y encaminando su interrogatorio hacia otro punto, preguntó:
—¿Por qué circunstancia os hallabais en el camino a pesar del tiempo que ha hecho?
—Yo no me hallaba en el camino, sino debajo de aquella cantera.
—¿Y qué hacíais allí?

—Leía.
—¿Leíais?
—Sí.
—¿Y qué leíais?
—El *Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau.
El viajero contempló entonces al joven con admiración.
—¿Cogisteis ese libro de la biblioteca del barón? —preguntó.
—No, señor: lo he comprado.
—¿Donde... en Bar-le-Duc?
—No, a un mercader de libros que pasaba por este sitio. Hace algún tiempo que esos buhoneros pasan con frecuencia por estos pueblos con buenos libros.
—¿Quién os ha dicho que el *Contrato social* es un buen libro?
—Lo he conocido al leerlo.
—¿Habéis leído algunos malos que os den motivo para hacer esa comparación?
—Sí, señor.
—¿Cuáles?
—El *Sofá, Tanzai, Neadarmo* y otros.
—¿Dónde diablos los hallasteis?
—En la biblioteca del barón.
—¿Y cómo se vale para adquirir estas novedades en un paraje como el que habita?
—Se los envían de París.
—Si es tan pobre como decís, ¿cómo es que gasta su dinero en semejantes simplezas?
—No los compra, se los dan.
—¡Ah! ¡Con que se los dan!
—Sí, señor.
—¿Y quién?
—Un gran señor, que es amigo suyo.
—¿Y sabéis cómo se llama?
—Se llama el duque de Richelieu.
—¡Cómo! ¿El viejo mariscal?
—Sí, el mariscal.
—Supongo que no consentirá que vea estos libros la señorita Andrea.

—Muy al contrario, pues andan por toda la casa.
—¿Y esa joven piensa como vos con respecto a ellos? —preguntó sonriendo con malicia el viajero.
—La señorita Andrea no los lee, señor —repuso secamente Gilberto.
El viajero guardó silencio un instante. Sin duda aquella singular naturaleza, mezcla de bueno y malo, cortedad y atrevimiento, le interesaba a pesar suyo.
—¿Y por qué habéis leído esos libros, sabiendo que eran malos?
—Porque los desconocía al abrirlos.
—Sin embargo, lo habéis sabido al principio.
—Sí, señor.
—¿Y con qué fin los continuáis leyendo?
—Porque decían cosas que yo ignoraba.
—¿Y el *Contrato social?*
—Demuestra lo que yo ya había pensado.
—¿Qué?
—Que todos los hombres son hermanos, que toda sociedad que se compone de amos y siervos, está mal constituida, y que llegará un día en que todos los individuos sean iguales.
Transcurrido un momento de silencio, el viajero continuó:
—¿Desearíais instruiros?
—Ese ha sido siempre mi mayor deseo.
—¿Veamos: qué quisierais aprender?
—Todo —contestó el joven
—¿Y con que fin?
—Con el de instruirme.
—¿Hasta dónde?
Gilberto dudó. Era evidente que un pensamiento ocupaba su imaginación; pero este pensamiento nacía sin duda de un secreto que procuraba ocultar.
—Hasta donde pueda alcanzar el hombre —contestó.
—¿Habéis estudiado algo?
—¿Cómo queréis que estudie siendo pobre, y viviendo en Taverney?
—¡Cómo! ¿No sabéis de matemáticas, física o química?
—Nada, sólo sé leer y escribir, pero todo lo aprenderé.
—¿Cuándo?
—Algún día.
—¿Por qué medios?

—Lo ignoro, pero lo aprenderé.
—¡Qué joven tan especial! —murmuró el viajero.
—¡Y entonces...! —prosiguió Gilberto hablando consigo mismo.
—¿Y entonces?
—Nada.
Ya hacía un cuarto de hora que andaban Gilberto y su compañero; la lluvia cesó, y la tierra comenzó a exhalar el acre perfume que substituye en la primavera a las emanaciones abrasadoras del huracán.
Pasados algunos instantes, el joven preguntó dirigiéndose de repente al viajero:
—¿Sabéis lo que es una tormenta? ¿conocéis las causas del rayo?
—Es —respondió aquél sonriendo— la combinación de dos electricidades; la de la nube, y la tierra.
—Yo no comprendo eso —dijo Gilberto suspirando.
El viajero se había quizá propuesto dar al pobre joven una explicación más clara, cuando una luz brilló desgraciadamente al través de las ramas.
—¿Qué claridad es ésa?
—Es Taverney.
—Entonces, ¿hemos llegado ya?
—Sí, señor; y ved la puerta carretera.
—Abridla.
—¡Ay, caballero! la puerta de Taverney no se abre tan fácilmente.
—¿Es acaso alguna plaza fuerte vuestro Taverney? Tened la bondad de llamar.
El joven dio un golpe con la mayor timidez.
—No os oirán —dijo el viajero—: llamad fuerte.
—¿Os hacéis responsable de cuanto acontezca?
—Nada temáis.
Gilberto abandonó entonces la aldaba y suspendiéndose del cordón de la campanilla, la hizo repicar de tal manera, que se pudiera oír a una legua de distancia.
—A fe mía —dijo el viajero—, que si vuestro barón no ha oído ahora, debe ser sordo.
—¡Ah! dijo el joven—, ya ladra Mahón.
—¡Mahón! replicó el viajero— será quizá una memoria de vuestro barón, en obsequio a su amigo Richelieu.

—No comprendo lo que decís.
—Que Mahón es la última conquista del Mariscal.
—Caballero —dijo Gilberto suspirando tristemente—, ya os dije hace poco que soy un ignorante.
El extranjero descubrió en aquellos dos suspiros una serie de ocultos tormentos, y ambiciones comprimidas o fracasadas.
En este momento se oyeron pasos cerca de la puerta. —¿Quién es? —pregunto el desconocido.
—Es el buen La-Brie —respondió el joven.
Abrióse la puerta; pero La-Brie, que pensaba hallar solo a Gilberto, trató de cerrarla al ver al extranjero.
—Poco a poco, amigo mío —dijo el viajero—, venimos también a esta casa; de modo que no está bien que me deis con las puertas en la cara.
—Sin embargo, caballero, debo anunciar al señor barón... una visita inesperada...
—Creedme, no es necesario avisarle. Estoy decidido a sufrir su mal humor, y si me echan, aseguro que no saldré hasta después de haberme calentado, secado y comido. He oído alabar mucho el vino de esta tierra; deberéis estar bien enterado, ¿eh?
La-Brie trató de resistir, en vez de responder a aquella pregunta, pero nuestro viajero estaba resuelto e hizo avanzar los caballos y carruaje en tanto que Gilberto cerraba la puerta. Vencido La-Brie, adoptó el partido de ir a anunciar él mismo su derrota y entró tan presuroso como se lo permitía la pesadez de sus viejas piernas, y gritando con todas sus fuerzas:
—¡Nicolasa, Legay, Legay!
—¿Quién se llama aquí Legay? —preguntó el extranjero avanzando hacia el castillo con la mayor tranquilidad.
—Es —contestó el joven bastante turbado— la doncella de la señorita Andrea.
A los desaforados gritos de La-Brie, se presentó una luz alumbrando el rostro encantador de una joven.
—¿Qué quieres, La-Brie? —preguntó aquélla—; ¿qué alboroto es ése?
—Corre, Legay —gritó con voz trémula el anciano—; ve corriendo a decir al señor barón, que un forastero, sorprendido por la tormenta, solicita hospitalidad por esta noche.
La joven no esperó que se lo repitieran, y tan ligera se dirigió al castillo, que

un instante después, va se había perdido de vista.
La-Brie se detuvo a tomar aliento, seguro ya de que el barón no sería sorprendido.
El mensaje tuvo rápido resultado, pues pronto se oyó una voz destemplada e imperiosa, que desde lo alto de las gradas del umbral de la puerta, repetía con tono poco hospitalario:
—¡Un forastero!... ¿quién es? Creo que el que se presenta en una casa, debiera al menos manifestar su nombre.
—¿Es ése el barón? —preguntó a La-Brie, el causante de todo aquel barullo.
—Sí, señor, ¡ay de mí! —repuso aquel infeliz con aire contrito—; ¿habéis oído lo que pregunta?
—Pregunta mi nombre... ¿No es verdad?
—Sí, señor. ¡Y a mí que se me olvidó preguntároslo!...
—Anuncia al barón José Balsamo —dijo el viajero—, el parecido del título desarmará tal vez a tu amo.
La-Brie cumplió su encargo, reanimado un poco por el título que el desconocido se apropiaba.
—Bien: entonces —murmuró la voz—, ya que esta ahí, que pase...adelante, caballero; por aquí...
El incógnito avanzó resueltamente, pero al llegar a la primera grada del umbral, se volvió por ver si Gilberto le seguía... y había desaparecido.

V

COMIDA FRUGAL

El que se anunciaba bajo el nombre del barón José Balsamo, sorprendióse extraordinariamente de la prevención que Gilberto le había hecho por anticipado de la pobreza del barón de Taverney, al ver aquella triste morada tan pomposamente bautizada con el nombre de castillo.
La casa, que sólo tenía un piso, formaba un cuadrilátero a cuyos extremos se

alzaban dos pabellones en forma de torrecillas. Presentaba cierto atractivo pintoresco aquel irregular conjunto, visto al pálido resplandor de la luna que se deslizaba entre las nubes desgarradas por el huracán.
En la planta baja seis ventanas, dos en cada torrecilla y una mediana fachada, cuyas dislocadas gradas formaban pequeños precipicios en cada una de sus junturas; tal era el conjunto que presentóse a la vista del recién venido antes de llegar al umbral, donde dijimos que el barón lo aguardaba envuelto en una bata, y con una luz en la mano.
Era un anciano de poca estatura, que representaba de sesenta a sesenta y cinco años, con ojos vivos y frente espaciosa; cubría su cabeza una mala peluca, de la cual las bujías de la chimenea habían consumido los pocos rizos que habían respetado las ratas del armario. Tenía en su mano una servilleta no muy limpia, señal de que le habían incomodado en el momento de sentarse a la mesa.
Aquel malicioso semblante, entre el cual y el de Voltaire hubiérase hallado alguna semejanza, se animaba en aquel momento con doble expresión fácil de conocer; la política exigía por un lado que sonriese amistosamente a su desconocido huésped; pero su impaciencia trocaba esta disposición en un gesto atrabiliario y ceñudo; de manera que estando alumbrado por los temblorosos resplandores de la bujía, cuyas sombras surcaban sus principales facciones, la fisonomía del barón de Taverney podía fácilmente pasar por la de un hidalgo bastante feo.
—¿Podéis decirme, caballero —preguntó—, qué dichosa casualidad me ha proporcionado el gusto de saludaros?
—Sólo la tempestad que ha espantado mis caballos, los cuales, al escapar, han estado a pique de destrozar mi carruaje. Me encontraba en medio de la carretera sin postillones: uno se cayó del caballo, el otro se salvó en el suyo; cuando un joven a quien encontré, me indicó el camino de vuestro castillo, asegurándome que podía confiar en vuestra conocida hospitalidad.
El barón levantó la luz para alumbrar más dilatado espacio, pretendiendo descubrir mejor al imprudente que le proporcionaba aquella *feliz casualidad* de que acababa de hablar.
El viajero miró también a su alrededor para convencerse si se había en efecto alejado su joven guía.
—¿Sabéis cómo se llama el que os ha encaminado a mi castillo, caballero? —preguntó el barón de Taverney, afectando gran deseo de conocer aquel a

quien debía expresar su reconocimiento.
—Creo que se llama Gilberto.
—¡Ah! ¡Ah! ¡Gilberto!... Jamás supuse que fuese útil ni aun para eso. ¡Ah! ¡Conque es el holgazán Gilberto!... ¡El filósofo Gilberto!...
Conoció el recién llegado por este flujo de epítetos acentuados con tono de amenaza, que se miraban con pocas simpatías el señor feudal y su vasallo.
—En fin —dijo el barón después de un momento de silencio, no menos expresivo que sus palabras—; hacedme el favor de pasar.
—Dejadme antes, señor barón, que mande introducir mi carruaje en la cochera, pues tengo en él objetos de mucho valor.
Y dijo esto de manera tan expresiva, que obligó a ser creído.
—La-Brie! —gritó el barón—, ¡La-Brie! colocad el coche del señor bajo el cobertizo, pues estará mejor resguardado que en medio del patio, puesto que todavía no está enteramente destechado. En cuanto a los caballos, es cosa muy distinta, no puedo aseguraros si encontrarán o no algo qué comer, pero os será indiferente, puesto que siendo de la posta, no os pertenecen.
—De todos modos, caballero —dijo con impaciencia el viajero—, si no os molesto demasiado... y así me va ya pareciendo...
—¡Oh! Nada de eso, caballero —interrumpió con agrado el barón—, no me molestáis; vos sólo seréis el incomodado.
—Podéis contar con mi gratitud.
—No me ilusiono —dijo el barón alzando de nuevo la bujía para dirigir el círculo de luz hacia la parte donde José Balsamo, ayudado de La-Brie conducía su carruaje; y levantando la voz a medida que su huésped se alejaba — no me ilusiono —repitió—: Taverney es muy triste, y sobre todo muy pobre morada.
El viajero se hallaba demasiado ocupado para responder; pues aprovechándose de la invitación del barón, buscaba el paraje menos arruinado del cobertizo para resguardar su coche, y cuando lo halló, volvió a reunirse al barón, dejando antes un luis de oro en la mano de La-Brie.
Este último lo guardó en su bolsillo, creyendo que sería una moneda cuando más de cinco reales, dando gracias al cielo por aquella inesperada ganancia.
—Dios no consienta que forme el concepto que vos demostráis haber formado de vuestro castillo —repuso Balsamo saludando al barón, que en prueba de haber dicho verdad, le condujo, moviendo la cabeza, al través de una espaciosa y húmeda antesala, murmurando al mismo tiempo:

—¡Bien! ¡bien! sé lo que digo, conozco desgraciadamente la escasez de mis recursos. Señor barón, si fuerais francés, aunque vuestro acento alemán me indica lo contrario, y vuestro nombre italiano... Pero en fin, esto importa poco; si fuerais francés, el nombre de Taverney traería a vuestra memoria recuerdos de lujo: en otros tiempos decían Taverney-el-Rico.
Balsamo creía que aquella frase concluiría con un suspiro, pero se equivocó.
—¡Filósofo tenemos! —dijo para sí.
—Por aquí, señor barón, por aquí —continuó el de Taverney y franqueando la puerta del comedor—. ¡Ea! tío La-Brie, servidnos como si vos solo representaseis a cien lacayos de casa real.
El criado se apresuró a obedecer a su amo.
—Caballero —dijo Taverney—, sólo este lacayo tengo, y por cierto que estoy muy mal servido. Mis facultades no me permiten tener más, y hace veinte años que este imbécil permanece conmigo sin haber recibido un maravedí de salario, y yo me encargo de su manutención... como me sirve sobre poco más o menos... ¡Veréis cuan estúpido es!
Balsamo seguía mientras el curso de sus observaciones.
—¡Mal hombre! —pensó—; pero tal vez sea todo afectación.
El barón cerró la puerta del comedor, y gracias a la bujía que levantaba por encima de la cabeza, pudo abrazar con la vista toda su extensión.
Era una gran sala baja que en otros tiempos había sido la pieza principal de una granja, elevada al rango de castillo por su propietario, y estaba tan pobremente amueblada, que a primera vista parecía vacía. Todo su adorno consistía en algunas sillas de paja, con espaldares esculpidos de grabados que representaban las batallas de Lebrun, guarnecidas de marcos de madera negra barnizada, y un armario de roble ennegrecido por el humo y el tiempo. En medio había una pequeña mesa, sobre la cual humeaba un plato de perdices y coles, y una ancha botija de barro con vino. La vajilla, que se componía de tres cubiertos y un cubilete, estaba ennegrecida y abollada por el uso, exceptuando un salero que por su peso, excelentes y lujosos cincelados parecía un diamante de gran valor en medio de guijarros, sin mérito ni brillo alguno.
—Sentaos, caballero —dijo el barón ofreciendo un asiento a su huésped, cuya escrutadora mirada había seguido con su vista—. ¡Hola! habéis observado mi salero; lo contempláis sorprendido, es de mucho gusto; es el único objeto de la casa digno de presentarse; pero no: me equivoco, ¡a fe mía que aun tengo

otra alhaja de mucho valor! ¡es mi hija!
—¿La señorita Andrea? —dijo Balsamo.
—La señorita Andrea, sí señor —dijo el barón extrañando que su huésped estuviese tan bien enterado—; y deseo presentaros a ella. ¡Andrea! ¡Andrea! ven, hija mía, no temas —Yo no temo, padre mío —contestó con voz dulce y sonora al mismo tiempo, una alta y linda joven que se presentó a la puerta, sin manifestar turbación ni osadía.
Balsamo se inclinó respetuosamente ante aquella soberana beldad, a pesar de ser, como ya sabemos, plenamente dueño de disimular sus sensaciones. Efectivamente, Andrea de Taverney, que acababa de llegar, parecía dar brillo, adorno y belleza a cuanto la rodeaba. Sus cabellos de oro flotaban con negligencia sobre su ebúrneo cuello; los ojos negros, brillantes y rasgados, poseían una mirada fija como la del águila, y más suave que la perfumada brisa matutina. La púrpura de sus labios que formaban arcos caprichosos de transparente coral, blancas y afiladas manos, unidas a unos brazos torneados, y su talle esbelto al par que flexible, la semejaban a una bella estatua del paganismo a quien animara un soplo prodigioso. Diana, al atravesar los bosques armada del carcaj, tuviera envidia de la brevedad de su planta, y diríase que no podía sostener el peso de su cuerpo sino por un milagro de equilibrio. Su ropaje, aunque modesto, era de tan exquisito gusto y tan bien ajustado a los contornos de su cuerpo, que un traje completo del guardarropa de la reina, hubiera quizá parecido menos elegante y menos rico que su sencilla vestidura.
Todos estos prodigiosos detalles, se imprimieron en Balsamo al primer golpe de vista; todo lo vio y notó en el instante en que la señorita de Taverney se presentó en el comedor. No se le ocultaron tampoco al barón las sensaciones que aquel singular conjunto de perfecciones habían ocasionado a su huésped.
—Razón tenéis —dijo Balsamo en voz baja dirigiéndose a Taverney—, esta señorita es de una prodigiosa hermosura.
—No lisonjeéis tanto a esa pobre Andrea, caballero —contestó fingiendo la mayor indiferencia el barón—; hace poco salió del convento, y podría creer con sencillez lo que decís. No os hago esta observación —añadió— porque tema su coquetería; creo, por el contrario, que no tiene la que debiera, y os aseguro que como buen padre, procuro desarrollar en ella esta cualidad, que es el principal poder de las mujeres.
Andrea sonrojóse y bajó la vista al verse obligada a oír de los labios de su

padre aquella teoría singular.
—¿Enseñaban esas máximas a esta señorita en el convento? —preguntó riendo Balsamo al barón—; ¿formaban también parte de la educación dada por las religiosas?
—Caballero —contestó Taverney—, ya habréis acaso conocido que tengo ideas que son exclusivamente mías.
Balsamo se inclinó, manifestando que se adhería a esta presunción del barón.
—No —prosiguió—: no deseo imitar a esos padres de familia, que dicen a sus hijas: «Sé recatada, inflexible y ciega; muéstrate honrada, generosa y delicada». ¡Imbéciles! Se parecen a esos padrinos que llevan su campeón a la liza, después de haberle desarmado, para combatir con un adversario armado de punta en blanco. ¡No! ¡voto a Dios! no ocurrirá eso mismo a mi hija, aunque educada en este rincón retirado de la corte.
Por más convencido que Balsamo se hallase de que el nombre dado por el barón a su castillo era el más apropiado, con todo, parecióle que lo debía contradecir por política.
—Basta, basta —replicó el anciano, respondiendo al juego de la fisonomía de su huésped—; conozco a Taverney, insisto, y por muy apartados que vivan de ese sol resplandeciente que llaman Versalles, mi hija comprenderá el mundo lo mismo que yo lo conocí en otros tiempos. Se presentará en él, y lo hará de un modo digno y conforme a mi experiencia y recuerdos... Pero os declaro, amigo mío, que todo lo ha echado a perder el convento... Yo me entiendo: mi hija es la pensionista que más se ha aprovechado del fruto de la enseñanza, y seguido la letra del evangelio. Y... ¡por Dios, barón! convenid conmigo en que es una desgracia.
—Es un ángel —contestó Balsamo—; y en verdad os digo que nada me admira de cuanto decís.
En prueba de gratitud y simpatía, Andrea saludó al barón, y obedeciendo a un gesto de su padre, se sentó.
—Tomad asiento, si os place, barón —dijo Taverney—, y comed si tenéis apetito. Buen guiso nos ha preparado ese animal de La-Brie.
—¡A las perdices llamáis mal guisado! —dijo sonriendo el huésped al barón —; calumniáis vuestra mesa. ¡Cómo! ¿perdices en mayo? ¿son quizá de vuestras posesiones?
—¡De mis posesiones! Hace ya mucho tiempo que todas cuantas mi buen padre me dejó, fueron vendidas y gastadas... ¡Dios mío!... gracias al cielo, ya

no poseo una pulgada de terreno. Es Gilberto, ese holgazán que sólo sirve para delirar y leer, que habiendo robado, no se dónde, una escopeta, pólvora y plomo, va a matar estas aves, cazando furtivamente en las tierras de mis vecinos. Irá a presidio cualquier día y le dejaré ir con gusto, pues así estaré libre de él, pero mi hija es aficionada a la caza, y es preciso le perdone.
Balsamo contempló entonces el hermoso rostro de Andrea, sin manifestar el menor indicio de impaciencia, inquietud o rubor.
Sentóse a la mesa entre ella y el conde: ésta le sirvió su parte de aquel manjar suministrado por Gilberto, sazonado por La-Brie, y tan despreciado del barón, sin que la penuria de la mesa la turbase.
En este tiempo, el pobre La-Brie, que no perdía ni una palabra de las alabanzas que Balsamo a él y a Gilberto tributaba, servía los platos con aire contrito, que se cambiaba en triunfante a cada elogio que el barón hacía de su guisado.
—¡Ni aun siquiera le ha puesto sal! —exclamó el barón luego que hubo devorado dos alones de perdiz servidos por su hija con una amarillenta capa de coles.
—Andrea, ofrece ese salero al señor barón.
Con inimitable gracia obedeció la joven.
—¡Hola! barón, otra vez os sorprendo examinando mi salero —dijo Taverney.
—Os engañáis —contestó Balsamo—, pues sólo admiraba la mano de esta señorita.
—¡Oh! ¡es correctamente a la Richelieu! Puesto que reconocéis su mérito desde luego, examinadlo despacio. El regente lo mandó hacer al platero Lucas; representa los amores de los sátiros y bacantes; aunque algún tanto libre, es precioso el cincelado.
Entonces advirtió Balsamo por primera vez que aquel grupo de figurillas, aunque obra del mayor gusto y primor, no era libre, sino obsceno. También observó al mismo tiempo el sosiego e indiferencia de Andrea, que seguía comiendo después de haberle presentado por orden de su padre aquel salero, indiferente y sin sonrojarse.
Pero como el barón se propusiese levantar aquel barniz de inocencia que cubría a su hija, semejante al vestido virginal de que habla la Escritura, prosiguió refiriendo detalladamente la perfección de aquella obra, a pesar de los esfuerzos de Balsamo por variar el curso de la conversación.

—¡Ea! seguid comiendo, barón —dijo Taverney, porque os prevengo que no hay más platos. Quizá esperaréis asados e intermedios; desengañaos, o quedaréis completamente burlado.
—Creo —repuso Andrea con su acostumbrada frialdad—, que si Legay me ha comprendido, ya debe haber preparado una torta, cuya receta le he entregado.
—¡Cómo la receta!... ¡habéis enseñado una receta a vuestra doncella, a vuestra doncella para que guise! Ya no falta más sino que os pongáis vos misma a cocinar. ¿Habéis oído decir en alguna ocasión que la duquesa de Chateauroux, o la marquesa de Pompadour guisasen para el rey? Pues muy al contrario, el rey era quien preparaba para ellas tortillas de huevos... ¡Vive Dios! ¡que haya de ver yo esto en mi casa!... Barón... os lo ruego... perdonad a mi hija.
—Supongo que es preciso que comamos —contestó tranquilamente Andrea, y dirigiéndose a Legay añadió:
—¿La has hecho?
—Sí, señorita —contestó aquélla presentando un plato que convidaba por su exquisito olor.
—Dios no consienta que lo pruebe —gritó Taverney enfurecido, tirando su plato.
—Es posible que al señor le agrade —dijo con frialdad Andrea.
Y dirigiéndose a su padre:
—Recordad, señor —le dijo—, que sólo quedan diecisiete platos de ese servicio que viene de mi madre.
Y enseguida partió la humeante torta que su doncella había presentado.

VI

ASOMBRO DE TAVERNEY

El espíritu de observación de José Balsamo encontraba un campo amplio en

cada detalle de esta existencia extraña y aislada, perdido en un rincón de la Lorena. Sólo el salero ya le revelaba toda una cara del carácter del barón de Taverney, o más bien, su carácter bajo todas sus caras.
Ya sea curiosidad o movido por otro sentimiento, Balsamo consideraba a Andrea con una perseverancia tal, que dos o tres veces, en menos de diez minutos, las miradas de la joven chica debieron encontrar los suyos. Primero, la pura y casta criatura aguantó esta singular mirada sin confusión, pero por fin su fijeza se hizo tal, que mientras el barón despedazaba un trozo con su cuchillo de la obra maestra de Nicolasa, una impaciencia febril, que le hizo montar la sangre a las mejillas, comenzó a apoderarse de ella. Pronto, sintiéndose turbada bajo esta mirada casi sobrehumana, trató de desafiarlo, y fue a ella, a su vuelta, quien miró al barón de sus grandes ojos claros y dilatados. Quedó otra vez vencida, y sus párpados inundados del fluido magnético que exhalaba la ardiente pupila de su huésped; se cerraron tímidos y pesados para no volverse a alzar sino vacilantes.
Mientras se sostenía esta secreta lucha, el barón reñía, reía y renegaba, pellizcando al mismo tiempo el brazo de La-Brie, que desgraciadamente encontró cerca en el momento en que su irritación nerviosa le obligaba a pellizcar algún objeto. Ya intentaba quizá hacer lo mismo a Nicolasa, cuando su vista se detuvo por primera vez sin duda sobre las manos de la joven doncella.
—¿No reparasteis qué dedos tan lindos tiene esta muchacha? ¡qué uña tan afilada!... sí, señor... y se torcería con mucha gracia sobre la piel, si no fuese por esas malditas tareas domésticas.
Poco acostumbrada a las alabanzas del barón, la joven observaba sonriendo, más admirada que envanecida.
—Ciertamente —prosiguió el barón conociendo lo que pasaba en el corazón de la coqueta doncella—. Déjate querer... toma mi consejo... Os advierto, querido huésped, que esta señorita no es beata como su ama, y que no le disgusta algún requiebro.
Miró Balsamo a la hija del barón, y vio que el más profundo desdén se reflejaba en su hermoso semblante. Intentando entonces armonizar el suyo con el de la altiva joven, observó que aquélla se lo agradeció sin duda, pues desde aquel momento le miró con menos dureza, o mejor dicho con menos inquietud que hasta entonces.
—¿Creeríais, caballero —continuó el barón pasando el dorso de su mano por

la mejilla de Nicolasa, decidido a galantearla aquella noche—, que esta señorita ha venido también del convento con mi hija, que ha recibido alguna educación y que jamás abandona a su ama? Es una abnegación que volvería locos de alegría a los señores filósofos que creen que están dotados de alma los señores de esta especie.
—Si no se separa de mí, no es por abnegación, sino porque se lo tengo expresamente ordenado —contestó Andrea disgustada.
Entonces miró Balsamo a Nicolasa para observar la sensación que causarían en ella las orgullosas palabras de su ama, y conoció por la crispatura de sus labios, que no era indiferente a las humillaciones propias de su clase.
Dejó de reflejarse esta impresión como un relámpago en la faz de la doncella, cuando al volverse con el fin de ocultar sin duda alguna lágrima, su vista se fijó en una ventana del comedor que daba al patio. Balsamo, que al parecer entrevió algún nuevo descubrimiento, siguió la mirada de Nicolasa, y divisó el rostro de un hombre asomado a los cristales.
—¡Demonio! —dijo para sí—, esto se va haciendo interesante; en esta casa hay, por lo que veo, muchos secretos. No obstante, antes de una hora pienso descubrir los de la niña. Ya sé los del padre, y llevo casi adivinados los de la criada.
El silencio se generalizó durante algunos instantes, y el barón, que lo advirtió, se apresuró a interrumpirlo, diciendo.
—¿En qué pensáis, amigo mío? Os ruego dejéis para la cama estas cavilaciones, puesto que el esplín es un mal muy contagioso. En testimonio de ello, ved a mi hija, ya está meditabunda; lo mismo sucede a su doncella, y me atrevo a asegurar que ese holgazán que nos ha traído las perdices, anda también haciendo calendarios.
—¿Quién? ¿Gilberto?
—Sí, señor, ese filósofo del temple de La-Brie. Ya que incidentalmente he hablado de ellos, decidme, barón: ¿sois partidario suyo por ventura?
—Ni partidario ni enemigo, puesto que a ninguno conozco.
—Mucho me complace que no tengáis trato con esa casta de animales ponzoñosos, pues con sus disparatadas máximas han conseguido corromper toda la monarquía. En Francia nadie ríe ya, sólo se ocupan en leer. ¿Y qué leen? Frases semejantes a estas: «Es imposible que el pueblo sea virtuoso, bajo un gobierno monárquico[3]». «La verdadera monarquía, no es otra cosa

que una constitución imaginaria, que sólo sirve para corromper la moral y dominar a los pueblos[4]». «Si el poder del soberano no emana de Dios, debe compararse con las plagas y castigos del género humano[5]». Decidme, ¿no os parece que son en extremo halagüeñas estas palabras? ¿Para qué serviría un pueblo virtuoso? ¡Ay! Su Majestad lo echó a perder todo desde el momento en que habló con M. de Voltaire, y leyó las obras de Diderot.
Balsamo distinguió entonces el mismo rostro que antes apareció en los cristales; pero se retiró al momento que fijó en él su mirada.
—¿Esta señorita es filósofa también? —preguntó sonriendo el viajero.
—Aun cuando desconozco en absoluto qué cosa es filosofía, comprendo que todo lo que es severo y formal es de mi aprobación.
—Sea enhorabuena —exclamó el barón—. Vamos, hija mía, nada es tan severo como vivir bien: si así lo haces, se cumplirán tus deseos.
—Supongo que esta joven no ha de tener motivo alguno para odiar la vida.
—Según y conforme —replicó Andrea.
—¡Otra palabra necia! —dijo el barón—, y lo que siento es que mi señor hijo me saltó el otro día con esa misma contestación al pie de la letra.
—¡Hola! ¿Conque además tenéis un hijo? —preguntó Balsamo.
—Sí, señor, desgraciadamente tengo un vizconde de Taverney, que ahora es teniente de guardias del Delfín: ¡otra buena alhaja!...
Estas últimas palabras las pronunció el barón con marcada acentuación como si hubiese querido tragarlas.
—Amigo mío, os felicito.
—Sí, señor —añadió el anciano—, otro filósofo... que ya me desespera... ¡Pues si se atrevió a decir en cierta ocasión que debería libertarse a los negros! ¿Qué sería del azúcar? —pregunté—. ¿No sabes que me gusta el café muy dulce como al rey Luis XV? Más valdría —replicó— que nos privásemos de él, y no presenciáramos el cruel y bárbaro tratamiento que sufre esta raza... —de monos, agregué—, y los favorezco mucho. El niño trató de sostener entonces que todos los hombres son hermanos... ¡No cabe duda, es preciso que tenga la cabeza a pájaros para decir tan enormes disparates! ¿Qué os parece?... ¡hermano yo de un mozambique!...
—No, sin duda, esa es una exageración.
—Sin embargo, convendréis conmigo en que estoy lucido con mis dos hijitos. No podrán ciertamente decir que se parecen a su padre. La niña es un ángel y

su hermano un apóstol. En fin, ¡cómo ha de ser!... Bebed un trago amigo, aunque es detestable este vino...
—A mí me parece excelente —dijo Balsamo mirando al mismo tiempo a Andrea.
—¡Vamos! ¡Vamos! basta ya de filósofos, o cuidadito conmigo, no os haga predicar un sermón para mi hija. Pero no, los filósofos no tienen religión, aun cuando es muy útil. En otros tiempos se cumplía con creer en un solo Dios y el rey, pero por falta de creencia, nos vemos hoy obligados a estudiar en tantos autores, y creer en tantas cosas que... vamos, prefiero no dudar nada. En mi época se aprendían cosas agradables, y así todos sabíamos jugar al faraón, biribí, tres dados, tirar a la espada a pesar de cuantos edictos y prohibiciones publicaban, y arruinar duquesas para arruinarse luego por las bailarinas. No es este prójimo el que menos ha hecho, puesto que malgasté toda mi hacienda de Taverney con las artistas de la Ópera. Y os ruego que me creáis, ahora me pesa, porque el hombre sin dinero no es hombre. Tal cual me veis, os pareceré viejo, ¿es verdad? ¡Y qué queréis que parezca, estando arruinado, y viviendo en una cueva con mi peluquín raído y este gótico frac! Que miren y comparen a mi amigo el mariscal, y al verle tan engalanado y elegante, habitando en París con doscientas mil libras de renta, se le creerá joven, lozano, dispuesto y afortunado, aunque tiene diez años más que yo. ¡Diez años! ¡Sí señor!
—¿Os referís a M. Richelieu?.
—Claro está.
—¿Al Duque?
—¡A quién ha de ser, al cardenal! ¿Por qué soy yo tan viejo como éste?
—Mucho extraño que viváis lejos de la corte, contando allí con amigos tan poderosos.
—¡Qué! Ésta es una escapatoria momentánea, pues pienso volver pronto a ella —contestó Taverney, dirigiendo al mismo tiempo una significativa mirada a su hija.
—A pesar de todo, el mariscal protegerá, sin duda, a vuestro hijo en su carrera.
—¡Ah mi hijo! ¡Bah! Ni pensarlo; lo aborrece.
—¡Cómo!, ¿al hijo de un amigo?
—Sí, señor, y yo le doy la razón.
—¿Y eso lo decís vos?

—¡Y cómo queréis que no lo deteste! ¿No os he dicho que es filósofo?
—Nada le queda Felipe a deber —interrumpió Andrea muy sosegadamente.
Y enseguida, dirigiéndose a su doncella, añadió:
—Nicolasa, quita esta mesa.
—¡Ay! —exclamó el barón lanzando un suspiro—, ¡ay! cuando recuerdo aquellos tiempos en que estaba en la mesa hasta las dos de la madrugada... Entonces lo merecía la cena, y cuando había satisfecho el apetito, bebía buenos tragos. ¿Pero cómo queréis que beba ahora esta aguachirle?
Y hablando con Nicolasa añadió:
—Oye, muchacha, mira si hay todavía marrasquino, y tráenos un frasco.
—Ve —dijo Andrea a su criada, que se detenía esperando a que su señorita confirmase aquella orden.
Encontrábase el barón recostado en su sillón y con los ojos cerrados, exhalando melancólicos y grotescos suspiros.
—Íbamos hablando del mariscal de Richelieu —continuó Balsamo, decidido a continuar aquella conversación.
—En efecto —contestó Taverney tarareando al mismo tiempo un aria tan tétrica como sus suspiros.
—¿Aun cuando aborrezca a vuestro hijo, y habéis dicho que con razón por ser filósofo, mantendréis las relaciones con él, puesto que vos no lo sois?
—¡Quién! ¡Yo filósofo! Ni pensarlo.
—Supongo que tendréis honores: ¿habéis servido al rey?
—Durante quince años. Fui edecán del mariscal, hicimos juntos la campaña de Mahón, y nuestra amistad data... esperad... sí... desde el célebre sitio de Filipsburgo, es decir, desde 1742 ó 1743.
—¡Hola! ¿Conque estuvisteis en el sitio de Filipsburgo? Yo también me encontré en él.
Se incorporó el anciano en su sillón, y mirando a Balsamo cara a cara con ojos espantados, le dijo:
—¡Cómo!... ¿Pues qué edad tenéis?
—No tengo edad —contestó éste, acercando al mismo tiempo su vaso para que el marrasquino le fuese servido por la hermosa mano de Andrea.
El conde interpretó a su modo aquella respuesta convenciéndose de que Balsamo tenía algún motivo particular para ocultar sus años.
—Dispensadme, caballero, que os diga que no representáis la edad que tendría un soldado de Filipsburgo. Veintiocho años han trascurrido desde el

sitio de aquella ciudad, y si no me engaño no representáis más de treinta.
—¡Bah! ¿Quién no tiene treinta años? —dijo con indiferencia el viajero.
—¡Yo, pardiez! —interrumpió el conde—, pues hace justamente treinta que dejé de tenerlos.
Andrea miraba al extranjero con una insistencia que indicaba el irresistible atractivo de la curiosidad. Efectivamente, aquel hombre se mostraba cada instante a ella con calidades distintas.
—Por mi vida —replicó el barón—, que me confundís... aunque creo más probable que estéis engañado, tomando a Filipsburgo por alguna otra ciudad. Cualquiera diría que no tenéis más de treinta años: ¿es cierto, Andrea?
—Efectivamente —contestó ésta, queriendo otra vez, aunque en vano, sostener la poderosa mirada de su huésped.
—No, no —replicó éste— sé lo que digo, y digo verdad. Hablo del famoso sitio de Filipsburgo, en el que el duque de Richelieu mató en duelo al príncipe de Lixen su primo. No hay duda, que el desafío se verificó al volver de la trinchera... en el camino real... sobre la izquierda... y por cierto que le atravesó de una estocada. Pasé precisamente en el momento en que el príncipe de Dos-Puentes le sostenía agonizante entre sus brazos, y estaba sentado a la orilla del foso, en tanto que M. de Richelieu limpiaba con tranquilidad la hoja de su espada.
—Me desconcertáis, caballero —dijo el barón—; en efecto... Sucedió como decís.
—¿Os han referido el lance? —preguntó Balsamo con indiferencia.
—¡Cómo! si yo lo presencié: si tuve el honor de asistir como testigo del mariscal, que por cierto no lo era todavía, aunque esto no es del caso.
—Aguardaos... —dijo Balsamo observando atentamente al barón.
—¿Qué?
—¿No usabais el uniforme de capitán en aquella época?
—En efecto.
—¿Servísteis en el regimiento de caballería ligera de la reina, que fue derrotado en Fontenoi?
—¿Os hallasteis también en Fontenoi? —preguntó el barón con ironía.
—No —contestó pacíficamente Balsamo—, cuando lo de Fontenoi, ya había muerto.
El barón abrió asombrado sus ojos, Andrea se estremeció y Nicolasa persignóse.

—Pues como iba diciendo... —continuó Balsamo—, ahora recuerdo, como si lo viera aún, que vestíais el uniforme de caballería ligera, y observé al pasar que llevabais del diestro vuestro caballo y el del mariscal, durante el desafío. Me acerqué entonces a vos, y me contasteis todos los pormenores de aquel lance.
—¡Quién! ¿yo?
—¡No lo dudéis! ¡vos mismo! Os reconozco muy bien, y me acuerdo que teníais entonces el título de caballero, por más señas, que comúnmente os llamaban el caballerito.
—¡Diantre! —exclamó Taverney maravillado.
—Perdonadme, si no os he reconocido antes; pero no debéis ignorar que treinta años desfiguran mucho a un hombre. ¡Brindemos por el mariscal de Richelieu, barón! —agregó Balsamo vaciando su vaso.
—¿Que me visteis en aquella época? —insistió éste—. ¡Es imposible!
—Os vi —contestó Balsamo.
—¿En la carretera?
—En la carretera.
—¿Sujetando los caballos?
—Sí señor: sujetando los caballos.
—¿Durante el duelo?
—Ya os he dicho que cuando el príncipe murió.
—Pues entonces contaréis cincuenta años.
—Tengo los suficientes para haberos visto.
El barón se removió en su sillón con movimiento tan desesperado, que Nicolasa no pudo reprimir la risa: Andrea se quedó pensativa, con los ojos fijos en los de Balsamo.
Se creería que éste sólo esperaba aquel momento que ya había previsto, pues, levantándose enseguida, lanzó dos o tres miradas a la joven, que se estremeció como si le hubiera tocado una emoción eléctrica.
Sus brazos se entorpecieron, e inclinando su frente sonrió a pesar suyo al extranjero, y cerró sus ojos.
Éste le tocó un brazo, y ella se estremeció nuevamente.
—¿Y vos también, señorita, creéis que miento cuando pretendo haberme encontrado en el sitio de Filipsburgo?
—No, señor: yo lo creo —articuló Andrea haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Entonces yo estoy chocheando, a menos que el señor sea duende o alma del otro mundo.
Nicolasa abrió sus ojos llena de estupor.
—A saber —contestó Balsamo con una gravedad, que concluyó de cautivar a la joven.
—Vamos, formalmente —dijo el anciano que demostraba no estar satisfecho hasta haberlo aclarado todo—. ¿Tenéis más de treinta años? Repito que en efecto no los representáis.
—¿Queréis creerme, aunque os diga cosas aparentemente imposibles?
—No os lo aseguro —contestó el barón moviendo malignamente su cabeza, mientras que Andrea no perdía ni una palabra de aquella sorprendente conversación—. Os hago observar que soy muy incrédulo.
—¿Y por qué hacéis preguntas, si no creéis en las respuestas?
—Bien... bien... os creeré, os creeré. ¿Estáis satisfecho?
—Os repito como antes, que no sólo os vi sino que además os conocí en el sitio de Filipsburgo.
—Seríais un niño.
—Quizá.
—Por lo menos tendríais cuatro o cinco años.
—Os engañáis, tenía cuarenta y uno.
El barón y Nicolasa se echaron a reír a carcajadas, mientras que Balsamo añadía con gravedad:
—¡Y bien, barón! ¿no os anuncié que no ibais a creerme?
—¿Cómo queréis que os crea? ¡Veamos!... dadme una prueba.
—Fácil es —añadió Balsamo sin desconcertarse—. He dicho que tenía entonces cuarenta y un años, pero no que entonces fuese el mismo hombre que soy ahora.
—¡Bah! ¡Bah! esto se convierte en gentilismo. ¡Pues si hubo un filósofo griego que se abstenía de comer habas, sosteniendo que tenían alma, ni más ni menos que mi hijo afirma que los negros también la tienen! No me acuerdo quién inventó eso. Fue... ¿cómo diablos se llamaba?
—Pitágoras —dijo Andrea.
—El mismo; los jesuitas me lo enseñaron, y el padre Poreas me hizo componer unos versos sobre este asunto en competencia con otro niño del colegio llamado Arouet. Todavía recuerdo que le parecieron los míos infinitamente mejores que los suyos. ¡Ya lo creo! Pitágoras; ese mismo.

—¿Y quién os ha dicho que yo no sea Pitágoras? —repuso Balsamo con indiferencia.
—No osaré negarlo —dijo el barón—; pero sí que no estaba en el sitio de Filipsburgo, o al menos, yo no le vi.
—Es verdad —contestó Balsamo—, pero veríais al conde Juan Des-Barreaux, que militaba en los mosqueteros negros.
—¡Toma! A ése sí... y no era seguramente filósofo; pues, aunque aborrecía las habas, bien que las comía cuando carecía de otro alimento más sustancioso.
—Ahora recordaréis que el día siguiente al desafío de M. de Richelieu, estuvisteis en las trincheras con Des-Barreaux.
—¡Vaya si me acuerdo!
—No habréis tampoco olvidado que los mosqueteros negros y la caballería ligera, hacían juntos la guardia cada siete días.
—Es muy cierto, ¿y después?
—Que la metralla llovía como agua aquella noche: Des-Barreaux estaba triste, y acercándose a vos, os pidió un polvo que le ofrecisteis en una caja de oro.
—¿Que tenía un retrato de mujer?
—¡Verdad! Me parece que la estoy viendo ahora: era rubia, ¿es verdad?
—¡Vive el cielo! —dijo el barón asombrado—; ¡tenéis razón! ¿y después?
—Después —continuó Balsamo—, una bala rasa le deshizo la cabeza, mientras saboreaba el polvo, como ocurrió en otro tiempo a M. de Berwik.
—¡Así es! —dijo el barón—. ¡Pobre Des-Barreaux!
—¿Negaréis que os vi y reconocí en Filipsburgo, como que yo era el mismo Des-Barreaux?
El conde se dejó caer atemorizado contra el respaldar, adquiriendo con su estupor una gran ventaja el extranjero.
—Éstas son hechicerías, querido huésped: os hubieran quemado un siglo antes. ¡Dios mío! ¡si me parece que ya esto huele a duendes, ahorcado y chamusquina!...
—Señor barón —contestó Balsamo sonriendo—: debéis conocer de una vez que nunca ahorcan ni queman al que es verdaderamente hechicero, pues sólo necios son los que tienen cuentas que ajustar con la hoguera y los cordeles. Si os parece, acabaremos por esta noche, porque esta señorita se está ya durmiendo. Por lo que veo, muy poco le interesan las discusiones metafísicas

y las ciencias ocultas.
Así era en efecto: Andrea, dominada por un irresistible poder, balanceaba con suavidad su frente, semejante a una flor cuyo cáliz se inclina por la gravedad de una pesada gota de rocío.
Al escuchar las últimas palabras del barón para rechazar la dominadora invasión de un fluido que la oprimía, sacudió con energía su cabeza, e incorporándose, salió vacilante del comedor, y sostenida por Nicolasa.
En aquel momento desapareció aquella cara que Balsamo había visto por los cristales de la ventana, la que reconoció por la de Gilberto.
Oyóse poco después pulsar las teclas del clave vigorosamente por Andrea y exclamó Balsamo con aire de triunfo al verla cruzar la estancia, temblando.
—¡ Vamos! ya puedo decir como Arquímedes: *¡Eureka!*[6]
—¿Quién es Arquímedes? —preguntó el barón.
—Un pobre sabio a quien hace dos mil ciento cincuenta años que conocí.

VII

¡DORMIDA!

Ya que esta fanfarronada pareciera muy exagerada, o que no lo entendiese, el barón no perdió de vista a su hija hasta que desapareció. Después, cuando el eco de su clave le probó que estaba en la sala vecina, se decidió a despedir a aquel extraño huésped, y le propuso darle un guía que le condujera hasta la ciudad más próxima.

—Ahí tengo un matalón —dijo—, que aun cuando reviente llegará, y al menos estaréis seguro de dormir como corresponde. No quiero decir con esto que falte un cuarto y cama en Taverney; pero cada cual entiende a su manera la hospitalidad: tengo por divisa *bien o nada*.

—Luego ya veo me tratáis como a un importuno, y me arrojáis de vuestra casa —contestó Balsamo disimulando con una sonrisa el disgusto que aquella contrariedad le producía.

—¡No por Dios! Os considero un buen amigo, y daría pruebas de quereros mal, al permitir que pasaseis aquí la noche. Mucho siento verme obligado a expresarme con tanta franqueza; pero lo hago para descargar mi conciencia, porque os declaro que me habéis cautivado.

—Si lo que decís es cierto, ¿por qué me obligáis a levantarme cuando estoy cansado, y a correr a caballo, pudiendo reposar tranquilo y a gusto en una cama? Vamos, amigo mío, no me exageréis tanto vuestra medianía, o tendré que molestarme, y creer que hay mala intención de vuestra parte.

—No insisto más; os quedaréis en el castillo, pues así lo deseáis—; y dirigiéndose entonces a La-Brie: —Ven acá, pícaro viejo —le dijo.

Tímidamente se adelantó La-Brie.

—¡Acércate, tunante, no te detengas! dime: ¿crees tú que el cuarto rojo esté habitable?

—Sí, señor, pues ya sabéis que en él se aloja el señorito Felipe cuando viene al castillo.

—No digo que no valga para un pobre teniente, que viene a pasar tres meses en casa de un padre arruinado; pero pregunto si está capaz de recibir a un rico y gran señor que viaja en posta con cuatro caballos.
—Sea cualquiera la disposición que presente, le parecerá bueno —contestó Balsamo.
Taverney dio a entender por un mohín que sabía lo que decía, y agregó en voz alta:
—Bien; pues que el señor se ha empeñado en quedarse aquí, condúcele para que se le quiten las ganas de volver a Taverney. ¿Conque estáis resuelto a pernoctar en esta casa?
—Completamente.
—Vamos a ver si arreglamos...
—¿Qué?
—Que tengáis que ir a caballo.
—¿Adonde?
—¿Adonde ha de ser?... a Bar-le-Duc.
Balsamo decidióse a esperar hasta su fin el desenlace de aquella proposición.
—¿No llegasteis hasta aquí con caballos de posta?
—A no haber venido con Satán... es muy evidente...
—Dificultaría el creerlo así, puesto que según me ha parecido estáis con él en buenas relaciones.
—Agradezco infinito la buena opinión que, según veo, habéis formado de mí.
—¡Está bien! Pero decidme: ¿qué obstáculo ponéis para continuar vuestro viaje de la misma manera que hasta aquí?
—Porque es imposible. ¿No os he dicho ya que de cuatro caballos sólo restan dos? Además, que el carruaje es muy pesado y esos animales necesitan también descansar.
—Basta: ya veo que os halláis enteramente decidido a pasar la noche en esta casa, y que serían inútiles todas mis observaciones.
—En efecto, y lo hago para poderos expresar mañana mi gratitud...
—Y lo podréis hacer a poca costa.
—¡Decidme de qué modo!
—Es claro, que siendo tanta la intimidad que tenéis con los moradores del infierno, alcanzaréis por medio de ellos que descubriese yo el sitio donde se oculta la piedra filosofal.
—Si tenéis en ello mucho empeño...

—Me sorprende esa pregunta. ¿Y quién no lo desearía?
—En tal caso, podéis dirigiros más fácilmente a otra persona.
—Mostrádmela...
—¡Yo mismo! y repito lo que me dijo Corneille en cierta ocasión que pasábamos juntos el Puente Nuevo en París: cabalmente hace cien años de esto...
—La-Brie —gritó el conde interrumpiendo aquella conversación que, en hora avanzada y con semejante hombre, se hacía extraña y peligrosa—. La-Brie, apresúrate, bribón, y busca una bujía para alumbrar al señor.
Cumpliendo la orden, llamó a Nicolasa para que precediese al viajero y orease la habitación.
Agradeció Andrea aquel pretexto que permitía alejar a su doncella, y quedarse a solas con sus pensamientos.
El conde saludó y se retiró a su aposento. Entonces recordó el huésped la promesa hecha a Althotas, sacó el reloj y conoció que se habían perdido treinta minutos, puesto que ya habían transcurrido dos horas y media, desde que el anciano quedó dormido. Preguntó a La-Brie si el carruaje se hallaba en el mismo sitio, y éste le contestó afirmativamente. Se informó del mismo, que Gilberto era, en efecto, un holgazán, que hacía ya una hora cuando menos que dormía. Dirigióse entonces hacia el cobertizo para despertar a su maestro, fijándose en la topografía del camino para volver a su habitación.
Conoció que no era exagerada la manifestación hecha por el dueño de aquel castillo sobre su miseria, porque los muebles de que tenía que ser el dichoso propietario por aquella noche, contrastaban con los restantes de la casa. Un lecho de encina, cuya colcha de viejo damasco verde estaba convertida en amarillenta por el uso; una mesa de la misma madera con pies torneados; una gran chimenea de piedra de la época de Luis XIII rellena de antiguas gacetas, a la que prestaría alguna suntuosidad el fuego en invierno, pero que por no tener caballete, leña y demás utensilios necesarios, presentaba un desconsolador aspecto: por último, dos sillas y un carcomido armario pintado de un color parduzco, componían el mueblaje de aquella habitación.
Oreada ésta, Nicolasa se marchó a la suya; La-Brie trató de arreglar algún tanto los muebles, y Balsamo, después de cumplir durante este tiempo con la palabra que había dado a su maestro, regresaba, no sin haberse detenido de paso, a escuchar en la puerta de Andrea.
Ésta había conocido que en el momento en que salió del comedor, se hallaba

libre de la misteriosa influencia que el viajero ejerciera sobre ella durante la cena.
Después que se alejó de aquel hombre tan extraño, se puso a tocar su clave para procurarse una distracción y luchar con sus ideas.
Al pararse aquél ante su puerta, hizo ciertos signos y ademanes que parecían, o eran, quizá, conjuros.
El aria que pulsaba la joven se fue debilitando por grados, y en aquel instante apoderóse de ella la misma sensación que antes había experimentado. Sus hermosos brazos cayeron inertes sobre sus rodillas, y su cuerpo adormecido se volvió lentamente hacia el lugar donde estaba el viajero, semejante al de una persona que obedece a su pesar, al imperioso poder de un extraño influjo.
Cual si penetrara con su vista al través de aquella puerta, Balsamo sonrió su triunfo en la oscuridad.
Conoció sin duda que se habían realizado sus deseos, pues en aquel mismo instante subió la escalera que conducía a su aposento.
En tanto que éste se alejaba, Andrea se volvía hacia su clave con movimiento tan pausado como antes, y el viajero oyó, al llegar a la última grada, la continuación del aria interrumpida.
Enseguida que entró en su dormitorio, despidió al criado; pero éste, aunque acostumbrado a obedecer a una señal, se detuvo junto a la puerta.
—¿Qué hay? —preguntó Balsamo.
Aquél introdujo entonces la mano en el bolsillo de su chupa, y sin despegar sus labios se puso a tocar un objeto que en él se ocultaba.
—¿Tenéis que decirme algo, amigo mío? —preguntó Balsamo acercándose a él.
Aquel hombre hizo un supremo esfuerzo sobre sí mismo, sacó entonces su mano, y dijo:
—Señor, quería advertiros que habéis sin duda sufrido una equivocación esta noche.
—¿Yo? ¿y en qué?
—Me habéis dado un luis, creyendo sin duda que eran cinco reales—; y abriendo su mano a la vez le enseñó una moneda nueva y reluciente.
Contempló Balsamo a aquel pobre viejo, sorprendiéndose de encontrar en él una honradez tan poco común entre los hombres; y sacando una moneda de igual valor, la puso junto a la otra.
La alegría que sintió La-Brie es imposible describirla, al ver tan

extraordinaria generosidad. ¡Hacía más de veinte años que sus ojos no habían visto brillar oro!...
Casi no se convencía de que era poseedor de aquel tesoro, y fue necesario, para que lo creyera, que el mismo desconocido las introdujese en su bolsillo.
Entonces se retiró, andando hacia atrás como el cangrejo y haciendo reverencias: pero Balsamo le detuvo.
—¿Qué acostumbras a hacer por las mañanas en este castillo? —preguntó.
—El señor barón despierta muy tarde; pero la señorita Andrea madruga siempre.
—¿A qué hora se levanta?
—A eso de las seis.
—¿Duerme alguien en la habitación que cae encima de ésta.
—Señor, yo.
—¿Y en la de abajo?
—Nadie, porque allí está el portal.
—¡Bueno! ¡gracias, amigo! Puedes retirarte.
—Buenas noches, caballero.
—Buenas noches, y no me descuides el carruaje.
—¡Ah! señor, podéis dormir tranquilo.
—No tengáis miedo si oís ruido o veis luz, porque está habitado por un antiguo criado impedido que me acompaña. Advertidlo también a Gilberto, no sea que vaya a incomodarle, y decirle además que necesito hablar con él mañana. Conque no lo olvidaréis, ¿es cierto, amigo mío?
—Os digo con seguridad que no. ¿Pero nos vais a abandonar tan pronto?
—No lo sé todavía —repuso Balsamo sonriendo—, aunque necesitaba llegar a Bar-le-Duc mañana en la noche.
Exhaló La-Brie un profundo suspiro de resignación, y dirigiendo su última mirada al lecho, acercó su bujía a la chimenea para caldear la habitación, quemando todos aquellos papeles.
—No —le dijo Balsamo deteniéndole—, dejad esas gacetas, pues si no duermo, me distraeré leyéndolas. La-Brie se inclinó, y se retiró.
Balsamo aproximóse entonces a la puerta, para escuchar las pisadas del viejo criado, que primero se oyeron en la escalera, y después siguieron resonando hasta el cuarto en que vivía.
Enseguida se asomó a la ventana, y divisó en la otra nave del pabellón el aposento o más bien boardilla de La-Brie; y gracias a la luz, que aun

permanecía encendida, pudo observar a la joven que se desnudaba, asomándose a veces a la ventana para mirar hacia el patio.
Balsamo la examinó con una atención que seguramente no había querido dispensarle durante la cena. —¡Extraña semejanza! —murmuró. Apagóse entonces la luz de la boardilla, a pesar de no haberse acostado la joven que la habitaba, y el barón siguió recostado en la pared, mientras que sonaban las cuerdas del clave.
Escuchó si algún otro ruido se agregaba al del instrumento; y cierto ya de que sólo velaba la armonía en medio de aquel silencio general, abrió la puerta que La-Brie había cerrado al retirarse: bajó la escalera, y empujó con tanta suavidad la de la sala principal, que giró sin ruido sobre sus usados goznes.
Andrea paseaba sus bonitas manos, de una blancura mate, sobre las teclas de marfil del instrumento. Veíase incrustado en el esculpido pavimento un espejo, cuya desconchada doradura había desaparecido tras una mano de color pardo.
El aria que tocaba la joven, era melancólica y triste. Tal vez improvisaba y recapacitaba en el clave recuerdos de su pensamiento o fantásticas visiones de su joven fantasía. Acaso su alma, contristada por su mansión en Taverney, se separaba un momento del castillo, para confundirse en los umbrosos y floridos vergeles de la *Anunciada*[7] de Nancy, tan frecuentado por gozosas colegialas. Su vacilante y turbia mirada se confundía entonces en la oscura luna del espejo, suspendido ante ella, reflejando las tinieblas que no llegaba a iluminar en la extremidad de aquella espaciosa sala, la llama de la única bujía, que colocada sobre el clave, bañaba de luz el rostro seductor de la joven.
La música se amortiguaba por momentos... Andrea repasaba en su memoria las extrañas visiones de aquella noche, y las extrañas sensaciones que había experimentado; pero antes que su pensamiento pudiera fijar alguna de sus ideas, se agitaron sus miembros, como si el contacto de algún ser animado en medio de aquella soledad la llenase de estupor.
Aun no había terminado Andrea de darse la razón de tan singulares impresiones, cuando tornaron a presentarse ante su vista, y todo su ser se conmovió como si una descarga eléctrica la agitara. Volvió los ojos en su alrededor y fijáronse sus ideas, pues pudo divisar entonces en su espejo el movimiento que hacía la puerta al abrirse, y una sombra que se deslizó

lentamente hacia el interior de la pieza.
Quedaron los dedos de la joven inmóviles y entorpecidos sobre las teclas. Sin embargo, aquella sombra no debía inquietarla, porque sumergida en las tinieblas, pudiera fácilmente ser la de su padre o Nicolasa. Nada más natural, por otra parte, que La-Brie, antes de acostarse, viniera con cualquier pretexto a aquel salón. Esto ocurría con frecuencia, y el discreto y fiel doméstico lo hacía con la mayor cautela para ocasionar el menor ruido posible. Sin embargo, Andrea distinguía con los ojos de su alma, que no era ninguna de aquellas tres personas.
Con paso lento y silencioso, la sombra continuaba avanzando, naciéndose cada vez más distinta en medio de la oscuridad; y cuando llegó al círculo que marcaba la luz de la bujía, Andrea conoció al viajero, que tanta inquietud le había producido, pálido, y con su casaca de terciopelo negro.
Algún misterioso y extraño motivo le habría tal vez obligado a despojarse del vestido de seda que antes le cubriera.
Quiso retroceder y gritar; pero Balsamo, extendiendo sobre ella sus brazos, le cortó la palabra.
Hizo un poderoso esfuerzo, y se dirigió a su huésped, exclamando:
—¡Caballero!... ¡caballero!... ¡por amor de Dios! ¿qué os proponéis?
Sin contestar sonrióse Balsamo, y Andrea cogió con avidez aquella expresión de su rostro que reflejó en el espejo.
Trató de incorporarse por segunda vez, pero fue inútil porque un poder invencible y un letargo que tenía algo de encantador la imposibilitaba para levantarse de su sillón, mientras que su mirada fija parecía clavada en el mágico espejo.
Al pasar por esta nueva sensación, el horror se apoderó dé ella, pues conoció que estaba a merced de aquel hombre que le era desconocido.
Con su esfuerzo sobrenatural abrió su boca para implorar socorro; y extendió Balsamo sus manos sobre la cabeza de la joven, la cual no pudo pronunciar una palabra.
Quedóse muda, y su pecho palpitaba con un calor narcótico, que subiendo paulatinamente al cerebro, invadió como un vapor todo su cuerpo.
Creyó Balsamo percibir en este instante un ligero ruido hacia la parte de la ventana, y, al movimiento que hizo, vio el rostro de un hombre que huía por la parte exterior de los cristales.
Sus cejas se fruncieron, y cosa extraordinaria, el semblante de la joven imitó

aquella misma expresión de desagrado.
Dirigiéndose al lado de Andrea, bajó las manos que tenía sobre la cabeza de la joven, las volvió a levantar con suavidad, bajándolas de nuevo, aglomerando así, en pocos instantes, numerosas columnas de electricidad.
—¡Dormid! —dijo.
Y, como opusiera aún alguna resistencia a aquel mandato:
—¡Dormid! —repitió con imperioso acento—: ¡dormid! yo lo quiero.
Andrea apoyó el codo sobre el clave, descansó la cabeza en su mano, y se quedó dormida, cediendo desde entonces a la poderosa voluntad del extranjero.
Se retiró éste enseguida, andando hacia atrás; y cerrando la puerta tras de sí, subió la escalera en dirección a su cuarto.
En el momento que se cerró la puerta del salón, el rostro que Balsamo había visto asomado a los cristales, apareció de nuevo. Era el de Gilberto.

VIII

ASOMBRO DE GILBERTO

Siendo Gilberto de inferior condición, estaba excluido de la sala del castillo de Taverney, y espió a todos los personajes que por su rango figuraba en él. Observó, mientras que duró la cena, que Balsamo reía y gesticulaba; echó en olvido las atenciones con que Andrea le había favorecido, la inaudita amabilidad del barón, y el celo respetuoso de La-Brie.
Para evitar que Nicolasa le viese después que se levantaron de la mesa, se escondió en un bosquecillo de lilas, pues así se libraba de que interrumpieran su espionaje.
Nicolasa había dejado abierto, cuando hizo su acostumbrada ronda, uno de los postigos de la sala por estar inservibles sus goznes.
Aprovechó Gilberto esta ocasión para seguir el curso de sus observaciones, después que aquella se hubiera acostado.

No se nos oculta, que al decir sus observaciones, esta palabra parecerá ciertamente vaga al lector, pues ¿qué observaciones pudiera hacer Gilberto? ¿Ignoraba acaso algunas de las circunstancias del castillo de Taverney, habiendo nacido en él? ¿Le eran ajenos sus moradores, no habiendo transcurrido sin verlos ni un solo día, durante el espacio de diecisiete o dieciocho años, o es que aquella noche, no sólo estaba preocupado en acechar, sino que, además, aguardaba alguna cosa?

Así que salió Nicolasa de la casa, y después de haber lenta y descuidadamente cerrado sus puertas y ventanas, fue a pasearse al jardín manifestando con sus miradas que alguien la esperaba; mas como nada viera, se retiró, dirigiéndose a su habitación.

Mientras, Gilberto, inmóvil y oculto tras de un árbol, respirando apenas, observó todos los movimientos y ademanes de la doncella. Cuando ésta desapareció, y hubo visto luz por las ventanas de la boardilla, cruzó de puntillas el espacio vacío, llegó hasta la ventana, y protegido por la oscuridad, devoró con su vista a Andrea que estaba sentada con pereza delante del clave; esperó sin siquiera saber lo que esperaba.

En este momento José Balsamo penetró en la sala.

Se estremeció, y su ardiente mirada se fijó en los dos personajes de la escena que anteriormente hemos referido.

Creyóse que Balsamo cumplimentaba a Andrea por su habilidad, que ésta le contestaba con su acostumbrada indiferencia, que insistía él sonriendo, y que ella suspendía su tocata para despedir a su huésped.

Miró la gracia con que éste se retiraba; pensó comprenderlo todo, y no había entendido nada, porque la realidad de aquella escena era el silencio.

Tampoco pudo escuchar nada: sólo percibió la gesticulación de los labios y los ademanes de los brazos. ¿Y cómo había de venir, por buen observador que fuese, en conocimiento de un misterio, cuando aparentemente todo pasaba con naturalidad?

En cuanto salió Balsamo, siguió Gilberto contemplando la belleza de Andrea en su negligente y graciosa postura; mas se sorprendió cuando después de algunos segundos de observación, conoció que dormía. Se detuvo algunos minutos más en aquella actitud para convencerse si era el sueño quien ocasionaba su inmovilidad, y, convencido de ello, levantóse estrechando con ambas manos su cabeza, como si temiera que estallase por la multitud de pensamientos que le acosaban, y dirigiéndose hacia la joven, en un ímpetu de

voluntad semejante a un vértigo de furor, exclamó:
—¡Sólo una vez... acercar a mis labios su mano... y después... la muerte! ¡Sí, Gilberto, sí!... ¡yo la quiero!...
Y obediente a su propio mandato, se precipitó a la antesala y llegó a la puerta, que se abrió tan silenciosa para él como para Balsamo.
Pero al verla abierta, y hallarse ante la joven, conoció cuan temeraria e imprudente era la acción que comenzaba a ejecutar. ¡Él!... ¡Gilberto!... ¡el hijo de un labrador y de una aldeana!... ¡él!... ¡tímido y respetuoso que apenas osara alzar los ojos delante de la altanera y desdeñosa joven, iba a tocar con sus labios la extremidad del vestido o las punta de los dedos de aquella majestad dormida, que pudiera al despertar confundirle con su mirada!...
Los engañosos y enloquecedores rayos de esperanza que un momento extraviaron su imaginación y trastornaron su cerebro, se disiparon con este recuerdo. Recostado en el dintel de la puerta, sintió sus rodillas vacilar, y temió caer al suelo.
Pero la meditación o el sueño de Andrea era tan profundo, que ignorando Gilberto a cual de estas dos cosas estaba entregada, ni se movió siquiera aun cuando pudiera escuchar fácilmente los latidos de su corazón, inútilmente comprimidos en su pecho.
La admiró tan bella, con la frente apoyada en la mano, los largos cabellos, sin polvos, esparcidos por su cuello y espalda, que su deseo adormecido pero no apagado por el temor, ardió en su corazón con mayor violencia.
Se apoderó de él un nuevo vértigo, parecido a una embriagadora locura, y una poderosa necesidad de tocar algo que estuviese en contacto con la joven, le impulsó a dar un paso más hacia ella.
El entarimado crujió; un sudor glacial inundó su frente; pero Andrea no dio señales de oír nada.
—¡Duerme! —exclamó—. ¡Oh ventura! ¡está durmiendo!
Y se detuvo a tres pasos, admirado del no acostumbrado brillo de la lámpara que próxima a extinguirse, despedía sus postrimeros resplandores, precursores de las tinieblas.
No obstante, el más profundo silencio reinaba en todo el castillo, pues La-Brie estaría seguramente dormido, y la luz no se veía en el cuarto de Nicolasa.
—¡Adelante! —dijo.
Y avanzó por segunda vez; crujió también el entarimado, pero Andrea no se

movió. Tan extraordinario sueño produjo en Gilberto admiración y terror.
—¡Duerme! —repitió con esa volubilidad del pensamiento, que hace variar veinte veces en un minuto las resoluciones de un amante o de un cobarde; pues cobarde es el hombre que es impotente para dominar su corazón. ¡Dios mío, duerme! ¡Dios mío!
Y luchando con estas febriles alternativas de temor y de esperanza, continuó avanzando hasta llegar a dos pasos de ella. Todo cuanto le sucedió en aquel momento, fue efecto de algún encanto. Al entrar en el luminoso círculo en que dormía la joven, se sintió como detenido por algún oculto poder, y si en aquel instante hubiese intentado escapar, la fuga le habría sido absolutamente imposible. Sólo tuvo fuerzas para caer de rodillas.
Silenciosa e inmóvil continuaba Andrea como una estatua. Tomó entonces Gilberto con ambas manos la extremidad de su traje, lo estrechó contra sus labios, y levantando después su cabeza lentamente sin atreverse a respirar, trató de encontrar y fijar las miradas de Andrea, cuyos ojos, aunque abiertos, no tenían vista.
Desconociendo Gilberto la causa de aquel maravilloso éxtasis, permanecía de rodillas, fascinado por la sorpresa. Vagó un momento en su mente la espantosa idea de si estaría muerta; y para desengañarse cogió su mano, que encontró tibia; y si bien su pulso latía uniforme, quedó inmóvil en la suya.
Arrobado por tan voluptuosa presión, se figuró que Andrea veía, sentía y había adivinado su insensata pasión. Su ciego corazón llegó además a creer que ella esperaba su visita, que el silencio expresaba su consentimiento, y la inmovilidad su favor.
Entonces levantó la mano de Andrea a la altura de sus labios, e imprimió en ella delirante un apasionado beso.
Se estremeció entonces la joven, y Gilberto sintió que ella le rechazaba.
—¡Soy perdido! —murmuró tocando el suelo con su frente, y abandonando pesaroso la mano.
Alzóse ella de improviso con la cabeza erguida como si obedeciera al impulso de algún resorte, o arrastrada por alguna oculta fuerza, pasó junto a Gilberto rozándole el hombro, sin dignarse siquiera fijar su vista en él, que humillado en tierra, abismado de vergüenza y terror, le faltaba aliento, hasta para implorar un perdón que no esperaba alcanzar, y continuó avanzando hacia la puerta con paso violento y penoso.
Al ver Gilberto que se alejaba Andrea, se levantó sobre una de sus manos, y

volviéndose lentamente, la siguió con la vista extraviada.
Ella, en tanto, prosiguió en dirección a la puerta, la abrió, y cruzando la antesala, llegó junto a la escalera.
Gilberto, pálido y trémulo, la siguió arrastrándose sobre sus rodillas.
—¡Ay de mí! —exclamaba—, es su enojo tal, que ni aun se ha dignado manifestármelo. Busca a su padre tal vez, le referirá mi vergonzosa locura, y me echarán a la calle como a un lacayo.
El joven enloqueció con la idea de que se vería obligado a abandonar a Taverney, que no vería más a la que era su luz, su alma y su vida, la desesperación le hizo cobrar ánimo: levantóse y se lanzó hacia Andrea gritando:
—¡Perdonadme, señorita, perdonadme por Dios!
Pero ésta no dio indicios de haberle oído y pasó adelante sin detenerse en el cuarto de su padre.
Gilberto se tranquilizó.
Subió Andrea la primera grada de la escalera y luego la segunda...
—¡Dios de bondad! —murmuró Gilberto—, ¿adonde va? Esa escalera sólo conduce al cuarto que habita el extranjero y a la boardilla de La-Brie. Si buscara a éste llamaría o tiraría de la campanilla. Irá acaso... ¡Oh! no es posible.
Y sus puños se crisparon por la rabia, sólo al pensar que Andrea se atreviese a entrar en la habitación del extranjero.
Sin embargo, la joven se detuvo ante la puerta de éste.
Un sudor frío bañó la frente de Gilberto, y se cogió a los hierros de la escalera para no caer en tierra. Todo cuanto veía y creía adivinar, le parecía horroroso y fatal.
La puerta de Balsamo estaba entornada. Sin llamar Andrea la empujó. La luz iluminó de pronto sus facciones tan nobles y puras, y se reflejó como oro en sus ojos, que llevaba abiertos.
Fácilmente nuestro joven pudo conocer al extranjero, que estaba de pie en medio de la habitación con la vista fija, entrecejo arrugado y el brazo extendido en actitud imperiosa.
La puerta se cerró.
Gilberto se sintió desmayar. Una de sus manos soltó los hierros, su abrasada frente se apoyó lánguida sobre la otra, y girando sobre sí mismo a semejanza de una rueda que escapa del eje, cayó exánime sobre la helada losa de la

primera grada, con la vista fija sobre aquella puerta maldita que concluía de ocultar todos sus ensueños pasados y esperanzas, para el porvenir.

IX

SESIÓN DE SOMNAMBULISMO

Balsamo salió al encuentro de la joven, que tan firme en su marcha como la efigie del Comendador, había llegado hasta su aposento sin apartarse en nada de la línea recta.
Por sorprendente que esta aparición fuese, para cualquier otro, no causó ningún asombro a nuestro desconocido.
—Os he mandado dormir —le dijo—; ¿habéis obedecido?
Andrea suspiró y no contestó.
Acercóse entonces Balsamo, amontonó sobre ella más cantidad de fluido.
—Deseo que habléis —le dijo.
Al escuchar esta orden, Andrea se estremeció.
—¿Me habéis oído bien? —preguntó el extranjero.
La joven hizo un signo afirmativo con la cabeza.
—¿Y por qué no habláis?
Andrea llevó su mano a la garganta, expresando que no podía pronunciar las palabras.
—Bien —dijo Balsamo—, sentaos.
Cogióla de la misma mano que poco antes besara Gilberto, sin que ella lo advirtiese, y a este leve contacto, sufrió la misma conmoción que un momento antes había experimentado al recibir el poderoso fluido.
La joven, conducida por Balsamo, dio tres pasos hacia atrás y se sentó en un sillón.
—¿Ahora veis? —preguntó el viajero.
Los ojos de Andrea se abrieron más, como si quisieran abrazar todos los luminosos rayos que esparcían en la habitación los divergentes fulgores de las

dos bujías.
—No os mando ver con los ojos —agregó Balsamo—, ved por el pecho.
Y al decir esto, sacó una varilla de acero, que ocultaba bajo su chupa bordada, apoyó un extremo sobre el seno palpitante de la joven, que se agitó con tal violencia como si una flecha le hubiera atravesado el corazón y cerró sus ojos.
—Vamos —dijo el viajero—, ¿es cierto que veis? Contestó Andrea con un gesto afirmativo; llevándose al mismo tiempo la mano a su frente en ademán de sufrir agudos dolores.
—¿Sentís algo? —preguntó Balsamo.
—¡Ay!... sufro mucho.
—¿Cuál es el motivo?
—Que me forzáis a ver y a hablar.
Alzó el viajero entonces sus dos manos sobre la frente de Andrea, disolviendo una porción de fluido próximo a hacerla estallar.
—¿Sufrís todavía? —preguntó.
No tanto —contestó la joven.
—Muy bien: mirad dónde estáis.
Los párpados de aquélla permanecieron cerrados, pero su rostro se puso sombrío expresando la mayor admiración.
—En el cuarto rojo —murmuró.
—¿Con quién?
—Con vos —añadió estremeciéndose.
—¿Qué tenéis?
—Miedo... vergüenza.
—Pero, ¿de qué? ¿No estamos quizá unidos por la simpatía?
—Sí, señor.
—Vos misma, ¿no conocéis la pureza de mis intentos?
—Ay, sí, cierto es.
—¿Y que os trato con el respeto que a una hermana? —Sí, bien lo sé.
Serenóse un instante su rostro, y a poco se entristecía otra vez.
—Algo me ocultáis. ¿No me perdonáis todavía?
—Aun cuando conozco que no tratáis de causarme mal, veo, sin embargo, que deseáis hacerlo a otros.
—Bien puede ser —dijo Balsamo—; pero no penséis en eso —añadió con imperioso tono.

Andrea recobró su serenidad acostumbrada.
—¿Duermen todos en la casa?
—No lo sé —replicó aquélla.
—Miradlo bien.
—¿Hacia dónde queréis que mire?
—Primero hacia vuestro padre. ¿Dónde se encuentra?
—En su habitación.
—¿Qué hace?
—Está acostado.
—¿Duerme?
—No; lee.
—¿Qué lee?
—Uno de esos malos libros que pretende que yo lea.
—¿Y que vos no queréis leer?
—Sí, señor —contestó la joven con desprecio.
—Perfectamente. Podemos estar tranquilos por ese lado—. Mirad ahora hacia el cuarto de Nicolasa.
—Está sin luz.
—¿Y os hace falta para ver?
—Si me lo mandáis, no.
—Bien, os lo ordeno.
—¡Ah! ya lo veo.
—¿Qué hace?
—Está desnuda... abre con precaución su puerta... ahora baja por la escalera.
—¿Dónde se dirige?
—Se detiene en la puerta del patio... se esconde tras esa puerta... acecha... espera...
Balsamo preguntó entonces sonriendo:
—¿Es a vos a quien acecha y espera?
—No.
—Entonces podemos estar tranquilos. Cuando una joven está libre de su padre, y de su doncella, nada tiene que temer, a no ser que...
—No —contestó ella.
—¡Ah! ¡respondéis a mi pensamiento!
—Sí: porque lo veo.
—¿A nadie amáis, según eso?

—¿Yo? —replicó desdeñosamente la joven.
—Sin duda; creo que no sería un absurdo que amaseis a alguien. No habréis salido del convento para vivir encerrada, pues al par que con el cuerpo, se da libertad al corazón,
Andrea movió su cabeza, y repuso tristemente.
—¡Ay! el corazón está libre.
Fulguró en su semblante una candida aureola de virginal modestia, hasta el extremo de hacer exclamar a Balsamo con gozo inexplicable, juntando sus manos como dando gracias al cielo:
—¡Una pupila, una somnámbula! Y volviéndose a la joven, repuso: —Si no amáis, no faltará quien os ame.
—No lo sé —contestó la joven dulcemente.
—¡Cómo! ¿que lo ignoráis? —replicó Balsamo con dureza—. Considerad, que cuando pregunto, exijo que se me conteste.
Entonces apoyó de nuevo la extremidad de la varita contra el pecho de la joven.
Volvió ésta a estremecerse con la impresión del dolor aunque al parecer menos agudo que antes.
—Ya sí, ya veo —exclamó—; pero, ¡ay! tened cuidado, pues de lo contrario me mataréis. —¿Qué veis? —preguntó Balsamo.
—No... es imposible... —replicó Andrea.
—Contestad, ¿qué veis?
—Un joven que desde que salí del convento me persigue y acecha sin apartar de mí sus ojos, pero siempre se oculta.
—¿Quién es?
—No distingo su rostro, y únicamente su traje: Está vestido al parecer de artesano.
—¿Dónde está?
—Al final de la escalera: sufre... llora...
—¿Por qué no miráis su rostro?
—Porque lo oculta con sus manos.
—Mirad al través de ellas.
Andrea, haciendo un gran esfuerzo, exclamó:
—¡Gilberto! Bien decía yo que no podía ser.
—¿Por qué motivo?
—Porque no se atrevería a amarme —contestó con orgullo la hija del barón.

Balsamo se sonrió, pues comprendía muy bien a los hombres, y no ignoraba que el corazón iguala toda distancia, aun cuando sea un abismo.
—¿Y qué hace al final de la escalera?
—¡Silencio! En este momento separa las manos de la frente... se apoya en el pasamano... se levanta... sube...
—¿Dónde sube?
—Aquí... pero es inútil; no se decidirá a entrar.
—¿Y por qué no?
—Porque tiene miedo —contestó Andrea sonriendo despreciativamente.
—No obstante, podrá escuchar.
—Sin duda; ahora aplica su oído a la puerta.
—¿Os molesta?
—Sí, porque puede oírme.
—¿Será capaz de abusar, aun de vos misma, a quien ama?
—Sí, en un arrebato de cólera o de celos... ¡oh! no lo dudéis, es capaz de todo en uno de sus ímpetus.
—Desembaracémonos de él —dijo el viajero, avanzando con presteza y ruidosamente hacia la puerta.
No había llegado aún la hora de probar el valor de Gilberto, quien, para no ser sorprendido, se subió a la baranda, deslizándose hasta el fin de la escalera. Andrea se sobresaltó y dio un grito de espanto. Acudió entonces el extranjero, diciéndole:
—No volváis a mirar hacia ese punto, pues los amores vulgares son poco interesantes.
—¿Me hablaréis de vuestro padre el barón?
—Hablaré —contestó Andrea suspirando.
—Decidme, ¿de verdad es tan pobre como dice?
—Sí, señor.
—¿Y lo es tanto que no le sea posible procuraros distracción alguna?
—Ninguna absolutamente.
—De modo que os hallaréis aburrida en este castillo.
—Con exceso.
—¿Sois ambiciosa quizá?
—No.
—¿Amáis a vuestro padre?
—Sí —contestó casi titubeando.

—Según me pareció anoche —dijo Balsamo sonriendo—, no es muy sólido ese amor filial.
—Estoy disgustada, porque ha derrochado sin consideración los bienes de mi madre, de manera que el pobre Casa-Roja se aburre en su guarnición, careciendo de medios para dar al nombre de nuestra familia el timbre que corresponde.
—¿Quién es ese Casa-Roja?
—Mi hermano Felipe.
—¿Por qué le llamáis Casa-Roja?
—Porque éste es, o mejor dicho, era el nombre de uno de nuestros castillos, y los primogénitos de la casa lo usaban, hasta que por muerte de su padre tomaban el de Taverney.
—¿Amáis mucho a vuestro hermano?
—¡Ay, mucho, sí, mucho!
—¿Más que a nadie?
—Más que a nadie.
—¿Y por qué lo queréis con tanta pasión siendo así que amáis tan moderadamente a vuestro padre?
—Porque su corazón es noble y sacrificaría gustoso su vida por mí.
—En tanto que vuestro padre...
Andrea permaneció silenciosa.
—¿No respondéis?
—No quiero responder.
El viajero no creyó oportuno violentar en aquel momento la voluntad de la joven. Además, que tal vez estaría ya suficientemente instruido sobre aquel asunto.
—¿Dónde se encuentra vuestro hermano?
—De guarnición en Strasburgo.
—¿Le veis?
—¿En dónde?
—En Strasburgo.
—Yo no le veo.
—¿Conocéis la ciudad?
—No.
—Vamos, pues yo la conozco: ¿os desagrada que vayamos en su busca?
—De ningún modo. Al contrario.

—¿Está en el teatro?
—No.
—¿Y en el café de la plaza con los demás oficiales?.
—Tampoco.
—Mirad el aposento de vuestro hermano, y respondedme si está en él.
—Nada veo: sospecho que ya no está en Strasburgo.
—¿Conocéis el camino?
—No.
—Poco importa; yo le conozco. Vamos a ver. ¿Está en Savernia?.
—No.
—¿Y en Sarbruck?
—Tampoco.
—¿En Nancy?
—Esperad, esperad...
La joven permaneció muda y pensativa; su corazón latía violentamente.
—¡Lo veo, lo veo! —gritó con estrepitosa alegría— ¡ay... qué felicidad!... ¡mi querido Felipe!...
—Sepamos, ¿qué hay?
—¡Querido Felipe! —continuó Andrea, con ojos radiantes de emoción.
—¿Dónde está?
—Cruza a caballo una ciudad que conozco perfectamente.
—¿Cuál es?
—¡Nancy, Nancy! ¡donde estuve en el convento!
—¿Estáis segura de que es él?
—¡Oh... sí! los hachones que le rodean alumbran muy bien su rostro.
—¡Hachones decís! —exclamó Balsamo admirado—. ¿Qué hachones son esos?
—¡Está a caballo, a caballo, próximo a la portezuela dé un magnífico coche, brillante como el oro!
—¡Ah!... —exclamó el viajero, que al parecer conocía aquel suceso—, ¿y a quién lleva en ese coche?
—¡Una joven!... ¡Oh, y qué majestuosa... qué linda... y qué hermosa es!... ¡Ay, se me figura haberla visto en otra ocasión! No, no me engaño; pero... es muy parecida a Nicolasa.
—¡Cómo! ¿Nicolasa se parece a esa joven tan altiva, tan majestuosa y tan bella?

—Sí; pero se parece como el jazmín a la flor de lis.
—Respondedme: ¿qué ocurre en este momento en Nancy?
—La joven se inclina hacia la portezuela... hace una señal para que se acerque Felipe: éste obedece, y se aproxima saludando muy respetuosamente.
—¿Podéis oír su conversación?
—Escucharé —dijo, y con un ademán hizo callar a Balsamo, para que ningún ruido pudiese distraer su atención.
—¡Oigo, oigo! —dijo.
—¿Qué habla la joven?
—Le dice con sumo agrado, que mande activar la marcha, y que esté dispuesta la escolta para las seis de la mañana, porque desea detenerse durante el día.
—¿Dónde?
—La misma pregunta le hace Felipe. ¡Santo Dios! ¡quiere parar en Taverney y conocer a mi padre!... ¡Cómo! ¡detenerse en tan pobre casa una princesa de un rango tan alto!... ¿Cómo nos vamos a arreglar sin vajilla y casi sin mantelería?
—Sosegaos. Todo se arreglará.
—¡Ay, gracias, gracias!
Andrea se incorporó un momento, y cayó rendida en su sillón, lanzando un profundo suspiro. Balsamo se aproximó a ella, variando por medio de pases magnéticos la dirección de las corrientes de electricidad, devolvió la tranquilidad del sueño a aquel hermoso cuerpo rendido de cansancio, y a aquella frente que, abrumada, caía sobre su palpitante seno.
Un sueño dulce y tranquilo apoderóse de la joven.
—Recobra tus fuerzas —le dijo Balsamo, contemplándola con un sombrío éxtasis—, porque pronto necesitarás toda tu lucidez.
—Oh ciencia —exclamó con exaltación, —sólo tú no engañas! Luego por ti sólo debe el hombre sacrificarlo todo. ¡Qué hermosa es esta mujer!... ¡Oh Dios mío, qué ángel más puro!... ¡Tú lo sabes, tú que crías los ángeles y las mujeres! Pero... en este instante, ¿qué atractivo tiene para mí la hermosura?... ¿Qué vale la inocencia?... ¡Una simple lección, que únicamente pueden darme la hermosura y la inocencia!... ¡Perezca la criatura, por más hermosura, por más pura y por más perfecta que sea, con tal que hable!... ¡Concluyan los placeres del mundo entero, amor, pasión, éxtasis, con tal que yo pueda caminar siempre con fijo y cierto paso!

»Y tú, joven, tú, que con algunos segundos de sueño has recobrado, sólo por el imperio de mi voluntad, tantas fuerzas como si hubieses dormido veinte años, despierta, o mejor decir, vuélvete a sumergir en tu divinatorio sueño. Necesito todavía que hables. Sólo para mí vas a hablar esta vez.
Y extendió de nuevo sus manos hacia Andrea, obligándola a incorporarse bajo la influencia de un soplo potente.
Cuando después conoció que estaba en disposición, y sumisa, sacó de su cartera un papel doblado, que encerraba un rizo de pelo, tan negro y brillante como el azabache. Los perfumes de que se hallaba impregnado, habían vuelto transparente el papel.
Balsamo puso el rizo en la mano de Andrea, y la dijo: —Ved.
—¡Otra vez! —exclamó la joven con la mayor angustia—. ¡Ay, por Dios, dejadme descansar, sufro mucho! ¡Qué bien me hallaba ahora poco, Dios mío!
—Ved —repuso Balsamo, apoyando sin piedad la extremidad de su vara de acero en el pecho de la joven.
Ésta torció convulsivamente sus manos, intentando evadirse de la tiranía que experimentaba. Sus labios se llenaron de espuma, como ocurrió en otro tiempo a la sacerdotista de Apolo, sentada sobre el trípode sagrado.
—¡Jesús! ya veo, ya veo —exclamó con la desesperación de su voluntad abatida.
—¿Qué veis?
—Una mujer.
—Bueno —exclamó Balsamo con salvaje alegría—; la ciencia no es una palabra vana como la virtud; Mesmer venció a Bruto. Veamos: describidme esta mujer para que yo conozca si os habéis equivocado.
—Alta y morena, ojos negros, brazos robustos...
—¿Qué hace?
—Corre, vuela y huye en un hermoso caballo cubierto de sudor.
—¿Hacia dónde va?
—En esa dirección... —contestó la joven señalando al Oeste.
—¿Por la carretera real?
—Sí.
—¿De Châlons?
—Sí.
—Perfectamente. Por el mismo camino que yo. Como yo, camina a París; allí

la alcanzaré.
Se dirigió a la joven y le arrebató el rizo que ésta no había abandonado.
—Descansad —le dijo.
Los brazos de Andrea cayeron sin fuerza a lo largo de su cuerpo.
—Sentaos ante el piano.
La hija del barón dirigióse a la puerta, y al llegar a ella vaciló, porque sus rodillas no la sostenían, a causa del cansancio que las quebrantaba.
—Recobrad fuerzas y continuad —gritó Balsamo envolviéndola con mayor cantidad de fluido.
Andrea, semejante al generoso alazán que toma aliento para obedecer la voluntad de su amo, por más injusta que sea, marchó.
Balsamo abrió entonces la puerta, y Andrea, que aun estaba dormida, bajó con lentitud la escalera.

X

LOS CELOS DE NICOLASA

Gilberto sufrió horriblemente, mientras Andrea estuvo en el aposento de Balsamo, víctima del sueño magnético que éste le infundiera.
Agazapado en la escalera, no osaba Gilberto acercarse a la puerta para escuchar lo que pasaba en la cámara roja, concibió tal desesperación, que visto el impetuoso arrojo de su carácter podía esperarse que uno de sus arrebatos pusiese fin a aquel drama.
Tan horrible desesperación se aumentaba, porque estaba convencido de su inferioridad y flaqueza; Balsamo no era más que un hombre; porque Gilberto, filósofo y *espíritu fuerte*, creía poco en hechicerías; pero aquel hombre era vigoroso, Gilberto débil, aquél valiente, y éste excesivamente joven para serlo. Veinte veces se levantó para subir la escalera y ponerse frente al viajero, si la ocasión lo exigía, y otras tantas sus piernas se doblaron trémulas, cayendo sobre sus rodillas.

Recordó entonces que La-Brie, que era a la vez cocinero, lacayo y jardinero, utilizaba una escalera de manos para emparrar en la pared los jazmines y madreselvas, quiso buscarla para apoyarla contra la galería de la escalera y escuchar desde allí todo cuanto sucediera en el aposento del extranjero.
Presuroso se encaminó al jardín para apoderarse de ella, pero al bajarse a cogerla, oyó un ligero ruido en la casa, y volvió hacia ella los ojos.
Creyó ver en la oscuridad una sombra que cruzó el fondo oscuro que trazaba la puerta del todo abierta, tan rápida y silenciosa, que más parecía la de un espectro que la de un viviente.
Abandonó la escalera, y se dirigió hacia el castillo, dándole fuertes latidos el corazón.
Existen ciertas imaginaciones supersticiosas por precisión; y de ordinario las mejor dotadas y más exaltadas, aceptan la ficción con más facilidad que lo verdadero, encontrando lo natural demasiado común, se dejan siempre dominar por su instinto hacia lo imposible, o al menos hacia lo ideal.
Esta es la razón porque se apasionan de algún bosque sombrío, pensando hallar cavernas tenebrosas, pobladas de espíritus y fantasmas. Los antiguos, esos célebres poetas, soñaban con ellas en pleno día, con la diferencia de que su sol, foco de luz incandescente, del cual sólo nos quedan los reflejos, ahuyentaba la idea de las larvas y fantasmas, representando en su lugar las risueñas Dríadas y las ligeras Oréades.
Nacido Gilberto en un país nebuloso donde las ideas son más lúgubres, imaginóse que pasaba una visión, y esta vez, a pesar de su incredulidad, todo cuanto le había dicho aquella joven al huir de Balsamo, se presentó en su mente. ¿No podía aquel hechicero invocar un fantasma, teniendo, como lo había probado, la facultad de arrastrar al mal, al ángel mismo de la pureza?
Gilbert llamaba siempre en auxilio de su imaginación, un segundo impulso más pernicioso que el primero, y era la reflexión. Reunió todos los argumentos de los espíritus fuertes contra las sombras, y el artículo *Espectros del Diccionario filosófico*, le animó aumentando su terror con mayores fundamentos.
Si algo había visto, debía ser persona viva, e interesada
en espiarle.
Por una parte le mostraban sus temores a M. de Taverney, y su conciencia, por otra, le dictaba el nombre de otra persona.
Alzó los ojos hacia la boardilla de Nicolasa, y no pudo descubrir claridad

alguna al través de los cristales, pues ya hemos dicho que había apagado la bujía.
Profundo silencio reinaba en toda la casa, a excepción del cuarto del forastero. Miró y escuchó atentamente, y no sintiendo nada, volvió a apoderarse de su escalera, convencido ya de que no tendría sus ojos turbados como los de un hombre a quien el miedo hace palpitar el corazón apresurado, y que aquella visión sería más bien, efecto de una intermitencia de su facultad perceptiva, que la consecuencia de su ejercicio.
Cuando apoyaba la escalera en la pared y puso el pie en el primer escalón, la puerta de Balsamo se abrió, para dar salida a Andrea, que descendió a oscuras y silenciosamente, como si un poder sobrenatural guiase y sostuviese sus pasos.
Así llegó a la meseta de la escalera, rozó con el traje el sitio donde se había ocultado Gilberto, y continuó su camino.
Con la seguridad de no ser sorprendido por estar todos los de la casa encerrados en sus aposentos, nuestro joven hizo un poderoso esfuerzo, y siguió a Andrea andando de puntillas y acomodando sus pasos al de aquélla, para que no lo oyese.
Juntos atravesaron la antesala; pero Gilberto, con el corazón partido, se detuvo en la puerta mientras Andrea volvió a sentarse junto a su clave, sobre el cual continuaba encendida la bujía.
Heríase Gilberto el pecho con sus uñas, recordando que en aquel mismo sitio y una hora antes besara la mano de aquella joven sin que se disgustase, y que allí había esperado ser feliz. La indulgencia de Andrea dimanaba sin duda de esa escéptica corrupción, tal como Gilberto había leído en las novelas de la biblioteca del barón, o de algunas de esas desilusiones de los sentidos, semejante a las que él había visto analizadas en algunos tratados de fisiología.
—¡Ah! —exclamó luchando entre ambos pensamientos— puesto que el ángel levanta su túnica virginal, puesto que arroja al viento su pureza y candor, yo también disfrutaré algún pedazo de su virtud, yo también exploraré su corrupción, y me aprovecharé como todos del error de sus sentidos.
Decidido a realizarlo, se lanzó hacia la sala; pero en el momento de entrar, una mano que salió de la oscuridad, se apoderó fuertemente de su brazo.
Gilberto se volvió espantado, creyendo que el corazón le saltaba.
—¡Ah! ¿me lo negarás ahora?, ¡insolente! —pronunció a su oído una voz enérgica— di, ¿me negarás que tienes citas con ella?... ¿podrás decir que no

la adoras?...
Faltaron las fuerzas a Gilberto para arrancar su brazo de aquella opresión. Lo hubiera hecho fácilmente, porque el puño de hierro que tan enérgicamente le aprisionaba, era la débil mano de una joven, y esta joven era Nicolasa.
—Veamos: ¿qué intentas tú ahora? —le preguntó en voz baja y en tono impaciente.
—¡Hola! ¿con que deseas que nos oigan? —dijo Nicolasa alzando la voz.
—¡No! ¡no! lo que deseo es que te calles —contestó Gilberto apretando los dientes y empujando a Nicolasa hacia la antesala.
—Pues entonces, acompáñame.
Gilberto deseaba alejarse de Andrea y dijo resignado:
—Lo que tú quieras. Vamos andando.
Siguió efectivamente a Nicolasa, quien le hizo entrar en el jardín teniendo cuidado de cerrar muy bien la puerta.
—Pero mira que la señorita se irá a su cuarto; y te llamará para que la ayudes a acostarse, y no podrás oírla.
—Te engañas si crees que estoy ahora para pensar en eso. Me importa muy poco que me llame o no me llame; lo que quiero es hablar contigo.
—Mujer, hablaremos mañana. Bien sabes que la señorita es muy severa y que...
—¡Eso faltaba! ¡y conmigo! ¡que venga!...
—Nicolasa; te juro que mañana...
—¡No me vengas con mañana! ¡buenas promesas tienes para que una confíe! ¿No quedamos en que me esperarías a las seis cerca de la Casa-Roja? ¿Y dónde estabas a esa hora? di. ¿No fuiste tú quien trajo a ese forastero? quien se fíe de tus palabras... ¡vaya!... tanto caso hago de ellas, como de las del rector del convento de la Anunciada, que, obligado a guardar el secreto de la confesión, le falta tiempo para revelar nuestros pecados a la superiora.
—Nicolasa, si se enteran, te despedirán.
—¿Y a ti no te despedirán también? ¡Ya! como eres el galán de la señorita... el barón se asustará tal vez.
—¡A mí! —dijo Gilberto—, no hay razón alguna para que me despidan.
—Oye, ¿te ha dado permiso el barón para que hagas el amor a su hija? No me figuraba yo que fuese tan filósofo.
Con una sola palabra le bastaría a Gilberto para justificarse con Nicolasa, o al menos para demostrarle que no había complicidad por parte de Andrea, pues

sólo con referirle cuanto había presenciado, por más increíble que pareciera, gracias a esa buena opinión que las mujeres forman unas de otras, no hubiera dudado en creerlo. Pero una idea oculta detuvo al joven en el momento mismo de hacer aquella revelación. El secreto de la hija del barón era de aquellos que hacen rico a un hombre, bien ambicione los tesoros del amor, bien codicie otros materiales y positivos.

Del primer género eran los que pretendía nuestro joven, calculó que la indignación de la doncella era menos peligrosa, que apetecible la posesión de su ama. Y, por lo tanto, decidióse a ocultar las novelescas aventuras de aquella noche.

—Pues lo quieres, expliquémonos.

—Muy pronto —respondió Nicolasa, cuyo carácter completamente opuesto al de Gilberto, no le hacía dueña de disimular ninguna de sus sensaciones—; Pero ahora comprendo que tenías razón al decir que no estábamos bien aquí: vamos a mi aposento.

—¡A tu cuarto! —repuso temeroso el joven; —no puede ser.

—¿Y por qué?

—¿Y si nos sorprendieran?.

—¡Eres demasiado miedoso! —replicó aquélla con desdeñosa sonrisa—; ¿quién vendrá a sorprendernos? ¿La señorita quizá? Efectivamente, estará muerta de celos por tan esbelto doncel; pero poco se teme a las personas cuando se conocen sus secretos. ¡Ah! ¡ah! ¡con que la señorita Andrea tiene celos de Nicolasa! Por mi vida que nunca esperé tal honor.

Y una sarcástica carcajada y terrible como el sordo rumor de una lejana tormenta, sobresaltó a Gilberto más que pudiera hacerlo una invectiva o amenaza.

—Nicolasa, yo no temo por la señorita, sino por ti.

—¿Sí?... ¡ya te comprendo!... Ahora recuerdo que te he oído afirmar que donde no hay escándalo, no existe culpa. A veces se vuelven jesuitas los filósofos, aunque el vicario de la Anunciada me ha dicho también eso mismo antes que tú. Por *eso* tal vez os citáis la señorita y tú durante la noche. En fin, basta ya de malas razones; vamos a mi cuarto.

—¡Nicolasa!... —dijo Gilberto rechinando los dientes.

—¡Qué!...

—¡Cuidado conmigo!... —contestó aquél con un ademán amenazador.

—¡Bah! no me espantas. Una vez me pegaste porque tenías celos... Entonces

me querías todavía... ocho días después de nuestro *día feliz; y* yo me estuve quieta. Pero hoy, no sufriré que me pegues, ¿lo entiendes?... ¡No! ¡no! porque ahora soy yo la celosa y tú no me quieres.
—¿Qué harás? —dijo aquél, cogiéndola por la muñeca.
—¿Que qué haré? Gritar tanto, que la señorita vendrá a enterarse con qué derecho das a Nicolasa lo que es de ella sola en este momento. Con que haz el favor de soltarme, que te conviene.
Dejó libre la mano de la doncella, y arrastrando con precaución su escalera, Gilberto la colocó en la parte exterior del pabellón de manera que alcanzase casi a la ventana de Nicolasa.
—Para que veas lo que es la buena suerte, esa escalera que tú destinabas seguramente para asaltar la estancia de la señorita, va a servir para que bajes con el mayor primor de la boardilla de Nicolasa Legay. ¡Qué agradable es esto para mí!
Creyendo la doncella tener el triunfo asegurado, se apresuró a aprovecharse de él con la precipitación de aquellas mujeres, que si no son en efecto superiores a sí mismas en el bien o en el mal pagan siempre muy caro este tan decantado primer triunfo.
Gilberto, que conoció lo falso de su situación, siguió a la joven, reuniendo todas sus ideas y preparándose para la lucha que iba a sostener.
Como hombre prudente, se cercioró de dos cosas. Primero, se informó al pasar por la ventana de la hija del barón, que ésta continuaba en la sala; y luego que llegó al cuarto de Nicolasa, que podía, sin peligro de romperse la cabeza, ganar el primer escalón y deslizarse hasta el suelo.
El aposento de Nicolasa era un desván, cuyas paredes se hallaban ocultas bajo un papel de fondo gris con ramos verdes. Sus muebles consistían en un catre, una gran maceta de geranio, colocada junto a la ventanilla, y una enorme caja de cartón, que Andrea le había prestado, la cual desempeñaba al mismo tiempo los oficios de cómoda y mesa.
Nicolasa se tranquilizó mientras subía la escalera; Gilberto, por el contrario, temblando aún por el recuerdo de las agitaciones que había sufrido, no podía adquirir su carácter sereno, y se irritaba a medida que la joven se tranquilizaba por el conocimiento de su superioridad.
Hubo algunos instantes de silencio, que Nicolasa, dirigiendo una mirada ardiente e irritada, interrumpió diciendo:
—¿De modo que adoras a la señorita, y me has engañado?

—¿De dónde has sacado eso?
—¡Es claro, tienes citas con ella!...
—¿Y cómo lo has sabido?
—¿Pues con quién estabas ahora en el pabellón? ¿Con el hechicero?
—Tal vez; ya sabes que soy ambicioso.
—Di mejor envidioso.
—Es la misma idea, pero expresada de distinto modo.
—Ya que hablas de ideas, dejemos las palabras. No me quieres, ¿es cierto?
—Yo sí... te quiero como siempre.
—¿Pues por qué te apartas de mí?
—Porque cada vez que nos encontramos no haces más que armar quimeras.
—Precisamente es porque no hacemos más que encontrarnos de paso.
—Tú sabes que siempre fui poco sociable, y que soy amante de la soledad,
—Perdón: yo no sabía que para buscar la soledad fuese preciso una escalera.
Gilberto resultó vencido en este primer punto.
—Vamos, di la verdad, si es que puedes decirla, y confiesa que ya no me quieres, o que por lo menos, nos quieres a las dos.
—Bien, y si así fuera, ¿qué dirías?
—Diría que eres un infame.
—Eso no es una infamia, sino un engaño.
—¿De tu corazón?
—No, de nuestra sociedad. Tú misma sabes que existen pueblos donde cada hombre tiene siete u ocho mujeres.
—Sí, pero no son cristianos —repuso Nicolasa llena de impaciencia.
—Pero en cambio son filósofos —dijo con orgullo Gilberto.
—Está bien. Veamos, señor filósofo, ¿qué os parecería si os imitara, y buscase un segundo galán?
—No quiero ser injusto ni tirano contigo; tampoco trato de coartar los instintos de tu corazón... siempre ha consistido la santa libertad en respetar el libre albedrío... Bueno; consiento en que varíes tu amor, pues no pretendo obligarte a una fidelidad que, según mi opinión, no es natural.
—¿Lo ves? —gritó Nicolasa—, ¿negarás ahora que ya no me quieres?
La fuerza principal de Gilberto estaba en la discusión, no porque su entendimiento tuviese la lógica necesaria, sino porque era paradójico. Por muy cortos que sus conocimientos fueran, siempre superaban a los de Nicolasa, que había únicamente leído libros de recreo, mientras que aquél,

por el contrario, se entretenía en estudiar los que juzgaba instructivos y útiles. Por eso mismo iba recuperando con la discusión la serenidad que la otra no podía tener.

—¿Tenéis memoria, señor filósofo? —interrogó con irónica sonrisa la doncella.

—De vez en cuando —contestó Gilberto.

—¿Recordáis lo que me dijisteis cuando llegué cinco meses ha de la Anunciada con la señorita?

—No, pero tú puedes recordármelo.

—Me dijiste: mira, ¡soy pobre! y por cierto que era un día que leíamos al *Tantai*, bajo una bóveda del antiguo castillo hundido.

—Está bien; continúa.

—Temblabas mucho aquel día.

—Bien puede ser, pues soy tímido de naturaleza, y trato de corregir ese defecto como todos los que tengo.

—De modo, que cuando logres corregirlos todos, quedarás perfecto —dijo la joven riendo.

—Al menos seré vigoroso, porque la fuerza emana de la sabiduría.

—¿Quieres decirme dónde has leído eso?

—¿Qué te importa? Prosigue con lo del día de la bóveda.

La doncella comprendió que iba perdiendo cada vez más terreno.

—Pues bien, soy pobre, me dijiste, nadie me ama, porque no saben lo que siento aquí... y al mismo tiempo dabas golpes en tu corazón.

—Te engañas, Nicolasa, si yo daba golpes en alguna parte al decir eso, no sería en el corazón, sino en la cabeza. El corazón no es más que una bomba que comprime la sangre, dirigiéndola a las extremidades. Para que te convenzas, lee en el *Diccionario filosófico* el artículo *Corazón*.

Y el que antes se humillaba ante Balsamo, alzaba ahora erguida su frente con presuntuosa altanería.

—Es verdad, era en la cabeza donde golpeabas. Digo, pues, que golpeándote la cabeza proseguías: «aquí me tratan como a un perro, y peor que a un perro, porque al fin Mahón es más dichoso que yo». Te contesté que hacían mal en no quererte, y que si hubieras nacido hermano mío, yo te hubiera amado mucho. Quisiera no equivocarme, pero me parece que al decir esto no hablaba con la cabeza, sino con el corazón, porque a fe mía, no he leído el *Diccionario filosófico*.

—Pues te equivocas.
—Entonces me estrechaste en tus brazos. «Eres huérfana, me dijiste, lo mismo que yo: si la Naturaleza no nos ha unido por los vínculos de la sangre, nos ha hecho hermanos en la miseria y en la abyección. Nos querremos, pues, como hermanos, y aun más, porque si lo fuésemos se nos prohibiría amarnos como quiero que me ames, y...» acompañaste estas últimas palabras con un ardoroso beso.
—Bien, no puedo negarlo.
—Y, ¿pensabas lo que decías?
—Seguramente. ¿Has dicho tú alguna vez una cosa sin pensar en ella antes de pronunciarla?
—De modo que hoy...
—Hoy tengo cinco meses más; sé cosas que entonces ignoraba; acierto muchas sin verlas, y ahora pienso de diferente manera.
—¡Hola! ¡Conque confiesas que eres falso, embustero e hipócrita! —exclamó Nicolasa enfurecida.
—Yo no. Pues entonces también lo sería un caminante a quien preguntasen al atravesar un valle qué tal le parecía aquel país, haciéndole igual pregunta cuando estuviese en la cumbre de la montaña que le ocultaba su extensión. Ya lo ves, esta comparación es exacta, puesto que abrazo ahora con mi vista un horizonte más amplio.
—¿De suerte que no nos casaremos?
—Jamás te lo he prometido —respondió Gilberto, despreciativamente.
—¡Ah, ah! —pronunció la joven, irritada—. Tened entendido, caballero, que Nicolasa Legay no vale menos que Sebastián.
—Todos los hombres son iguales —contestó aquél—. Pero la educación y la Naturaleza han establecido entre ellos una diferencia en valor, que consiste en el mayor o menor desarrollo de sus aptitudes.
—De modo que teniendo tú facultades más desarrolladas que yo, ¿tendrás también más valor?
—Es claro. Ya veo que si no raciocinas, principias al menos a comprender.
—Sí, señor —exclamó Nicolasa exasperándose—, sí señor, ya comprendo...
—¿Qué comprendes?
—Que eres un infame.
—Quizá lo sea. Hay muchos que nacen con perversas inclinaciones; pero también tienen voluntad para dominarlas. M. Rousseau nació con

inclinaciones hacia el mal, y se corrigió a pesar de todo. Yo espero hacer lo mismo.
—¡Dios mío! —gritó la joven, ¿cómo he podido amar a un hombre como éste?
—Tú no me has amado nunca —replicó fríamente Gilberto—, no he hecho más que agradarte. Viniste de Nancy, donde sólo habías visto seminaristas que te causaban risa o militares que te asustaban. Ambos éramos jóvenes, inocentes y deseosos de dejar de serlo; la Naturaleza nos hablaba con su lenguaje irresistible. Hay una cosa en nuestras venas que se enciende, cuando anhelamos algo; cierta inquietud cuyo remedio se busca en los libros, que lejos de aminorarla, la fomentan. Acuérdate que estábamos leyendo, no cuando cediste, porque bien sabes que nada tuve que solicitar de ti, puesto que nada me rehusaste; sino cuando hallamos el nombre de un secreto desconocido, y ese nombre fue durante uno o dos meses *felicidad*. En este tiempo, en vez de existir, no hemos hecho otra cosa que vegetar. ¿Y quién diría que hemos de ser eternamente infortunados el uno por el otro, porque hemos sido dos meses felices el uno por el otro? Calla, mujer, si se comprometiera uno de tal manera al dar y recibir la felicidad, sería preciso renunciar al libre albedrío, y esto es un absurdo.
—¿Son esas las máximas que enseña la filosofía?
—Estas son.
—¿Luego los filósofos nada respetan?
—Respetan la razón.
—De modo, que yo que deseaba ser honrada...
—Perdóname, si te digo que es ya muy tarde...
Enrojeció y palideció a un tiempo el rostro de la joven, como si una rueda hiciera que cada gota de su sangre diera vueltas en rededor de su cuerpo.
—Honrada, según tú mismo; recuerda que frecuentemente has dicho, para consolarme, que una esposa es honrada, cuando guarda fidelidad a aquel a quien ha entregado su corazón. ¿Has olvidado ya esa teoría sobre los casamientos?
—Yo no hablé de casamientos, sino de uniones, pues siempre he estado decidido a no casarme.
—¿Que nunca te casarás?
—Nunca. Tengo el empeño de ser sabio y filósofo. La ciencia impone el aislamiento del espíritu, y la filosofía el del cuerpo.

—Sois un hombre despreciable, señor Gilberto, y ahora comprendo que valgo más que vos.
—En una palabra —dijo aquél levantándose—, no perdamos el tiempo tú injuriándome y yo escuchando. Me has amado porque has querido, ¿no es así?
—Así es.
—Luego no es razón para hacerme desgraciado que hayas hecho tu gusto.
—¡Qué necio! —dijo la doncella—, me cree pervertida y finge no temerme.
—¡Temerte yo! Estás loca, ¿qué harás contra mí? Vamos, los celos te ofuscan.
—¡Celos! —contestó con febril sonrisa la joven—, ¡bah! no desatines. ¿Y de quién había de tenerlos? ¿Hay quizás una muchacha más linda que yo, en estos contornos? ¿Si tuviera las manos blancas, como las tendré el día que no trabaje, no valdré tanto como la señorita? ¿y mis cabellos? míralos —y la joven soltó la cinta que los sujetaba—; mis cabellos pueden cubrirme desde la cabeza hasta los pies. Soy alta, estoy bien formada —y Nicolasa apretaba su talle entre sus manos—. Mis dientes son perlas. Si miro a alguno y me sonrío, se sonroja y estremece no pudiendo resistir la penetración de mi mirada, y aunque seas el primer amante que haya tenido, no eres el primer hombre con quien he coqueteado. Escucha, Gilberto —añadió la joven imperativamente—, ¿te ríes? pues créeme, no me obligues a declararte la guerra, no quieras que me aparte en absoluto del estrecho sendero en que me detiene todavía no sé qué vago recuerdo de los consejos de mi madre, y qué monótona prescripción de mis plegarias de la niñez. Teme, Gilberto, si pierdo simplemente el pudor, porque no sólo responderás de las desgracias que recaigan sobre ti, sino también de las que resulten a los demás.
—Enhorabuena —replicó éste—, veo que te vas elevando excesivamente, y me voy convenciendo de una cosa.
—¿De qué cosa?
—De que si pretendiera ahora casarme contigo...
—Bien.
—No habías de querer.
Después de algunos instantes de meditación, Nicolasa contestó crispando sus manos y rechinando los dientes:
—No te equivocas, Gilberto. Me figuro que también principio a subir esa montaña de que hace poco hablaste; creo además que mi horizonte se

ensancha; creo que estoy predestinada a figurar en el mundo, y que es muy pobre suerte ser mujer de un sabio o de un filósofo. Toma ahora tu escalera, y procura no romperte la cabeza, aunque me parece que esto sería una gran felicidad para los demás y aun tal vez para ti mismo.
Al decir esto, nuestra joven volvió la espalda a su amante, y empezó a desnudarse como si no estuviera presente.
Gilberto permaneció un instante impasible, indeciso, dudoso; porque la poesía de la cólera y la llama de los celos, habían revestido a Nicolasa de irresistible encanto, pero decidido a realizar su propósito de romper con ella, resistió aquella tentación que perjudicaría a un mismo tiempo a su amor y su ambición.
Transcurridos algunos segundos, Nicolasa, que había notado que el mayor silencio reinaba en su habitación, tendió la vista en torno suyo, y se halló sola.
—¡Marchó! —murmuró—. ¡Sí..., marchó!
Se asomó a la ventana... nada vio... todo estaba en la oscuridad... acordándose entonces de su ama, bajó de puntillas la escalera y se aproximó a la puerta del aposenté
de aquélla.
Escuchó unos momentos.
Nada oyó; el silencio era absoluto.
—Bien —murmuró—, se ha acostado sola y duerme.
Hasta mañana. ¡Ay! o he de poder muy poco, o descubriré si ella le ama.

XI

LA DONCELLA Y LA SEÑORITA

Muy inquieta retiróse Nicolasa a su boardilla, aun fingiendo tranquilidad, pues en vez de la astucia y serenidad de que había alardeado, tenía una dosis más que suficiente de fanfarronería para hacerse temible y aparecer

pervertida.
Aquella imaginación, naturalmente extraviada, y el espíritu viciado por las leyendas inmorales, combinábanse y alentaban el ardor de sus sentidos; pero su alma no estaba corrompida; y si en ocasiones su imperioso amor propio contenía las lágrimas que asomaban a sus ojos, éstas, con violencia rechazadas, caían sobre su corazón tan corrosivas y ardientes, como gotas de plomo derretido.
La sola manifestación efectiva y verdadera en ella, fue la sonrisa de desprecio con que acogió las primeras groserías de Gilberto; y aquella sonrisa descubría todas las heridas de su corazón. No hay para qué ocultar que nuestra joven carecía de virtud y buenos principios; mas su victoria tenía a sus ojos cierto precio, y consistía en que habiendo entregado el corazón al mismo tiempo que su cuerpo, creía haber hecho no despreciable presente. La fatuidad e indiferentismo de Gilberto la rebajaban a sus propios ojos. Veíase cruelmente castigada por la culpa que había cometido; y aunque en extremo sensible a aquel dolor, lo resistió con firmeza jurándose a sí propia devolver a su desagradecido amante cuando no todo, al menos parte del mal que le había ocasionado...
Joven, vigorosa y dotada de la facultad de olvidar, tan apreciable para el que pretende dominar al que le ama, Nicolasa consiguió con relativa facilidad dormir después de haber combinado el plan de venganza con toda la astucia que podía encerrar su tierno corazón de dieciséis años. Bien pensado, la señorita de Taverney le parecía más culpable que Gilberto. Aquella joven noble, orgullosa, que trataba con tercera persona y con suma confianza a las princesas, tuteando a las duquesas y marquesas, aquella estatua de mármol, en apariencia helada y sensible a pesar de su frialdad, le parecía ridícula y mezquina al verla convertida en mujer por un Pigmaleón de aldea como Gilberto.
Indudablemente Nicolasa conocía por medio de la excelente inteligencia de que la mujer se halla naturalmente dotada, que Gilberto era superior a ella en talento, aunque inferior en todo lo demás. Sin esta superioridad de alma que aquél había adquirido con cinco o seis años de lectura, ella, la doncella de un barón arruinado, se creía rebajada al entregarse a un simple aldeano.
¿Y sería mucho mayor la culpa de su ama, si se había efectivamente entregado a Gilberto?
Después de pensarlo con detenimiento Nicolasa, comprendió que sería una

bajeza revelar al conde, no lo que vio, sino lo que creía haber visto. En primer lugar tenía el convencimiento de que el barón, obrando según su carácter, únicamente reiría de aquel suceso después de haber abofeteado y despedido a Gilberto, y sabía también que éste despreciaría su venganza, por mezquina y ruin que fuese.

La idea de que Gilberto sufriese por Andrea, de verlos palidecer o sonrojarse en presencia de una criada, dominar a ambos como señora absoluta, y obligar quizás a que su amante suspirase por aquellos días en que besara su mano sólo ruda en la superficie, fue lo que halagó su imaginación, lisonjeó su orgullo, y le pareció realmente favorable para ella. Combatida por estos pensamientos, que se dispuso a ejecutar, se quedó dormida.

Era ya muy de día cuando despertó, fresca, ligera, y dispuesto el ánimo para llevar a efecto su plan. Consumió en el tocador el tiempo demasiado corto de una hora, y decimos corto, porque una mano menos hábil, o más escrupulosa que la suya, hubiera necesitado el doble, sólo para arreglar su larga cabellera. Miró con placer sus ojos en un triángulo de vidrio azogado que le servía de espejo; jamás le habían parecido tan hermosos. Los labios, de un suave carmín, se redondeaban levemente bajo la sombra de una nariz afilada, y el cuello, oculto muy cuidadosamente a los ardores del sol, brillaba con la blancura de la flor de lis. Nada podía compararse con la hermosura de su pecho, y el talle extremadamente oprimido, la asemejaba a una liviana flor que dulcemente se columpia sobre el tierno tallo que la sostiene.

Viéndose tan bella, creyó fácilmente que podría despertar los celos en su ama. No estaba del todo corrompida, puesto que jamás pensó en un capricho o fantasía, y se sobresaltó al sospechar que otra persona pudiera amar a Gilberto.

Tenía autorización de Andrea para entrar en la alcoba de ésta, si no había despertado a las siete, y nuestra doncella empujó la puerta, pertrechada como sabemos en lo físico y moral.

Andrea, pálida, con la frente inundada de sudor en que nadaban sus hermosos cabellos, se encontraba tendida en su lecho; su respiración era penosa, y estremeciéndose a menudo en medio de su letárgico sueño, una sombría tinta de dolor cruzaba por su rostro. Las sábanas, arrolladas, no habían cubierto su cuerpo medio desnudo, y en el desorden que denunciaba su agitación incesante, apoyando la mejilla sobre una de sus manos, estrechaba con la otra el seno de alabastro. Detenida a intervalos la respiración, escapábase como

estertor doloroso exhalando débiles e inarticulados gemidos.
Nicolasa la contempló silenciosa algunos segundos, y con un movimiento de cabeza parecía hacer justicia a Andrea, porque había conocido que no había belleza que pudiera competir con la de ella.
Dirigiéndose a la ventana abrió los postigos. La onda de luz que rápidamente invadió el aposento, hizo temblar los amoratados párpados de la señorita de Taverney, que despertando entonces quiso incorporarse; pero oprimida por un agudo dolor, inclinóse con languidez, volviendo a caer sobre las almohadas sin poder contener un ¡ay! lastimero.
—¡Válgame Dios! ¿qué tenéis, señorita? —interrogó Nicolasa.
—¿Es ya tarde? —preguntó Andrea restregándose los ojos.
—Sí, señorita, y muy tarde; habéis permanecido en la cama una hora más de lo acostumbrado.
—No sé lo que tengo —añadió Andrea mirando en torno suyo y tratando de concentrar sus ideas—. Estoy estropeada, y me duele tanto el pecho...
Nicolasa, antes de responder, fijó sobre ella una mirada investigadora.
—Eso será sin duda principio de un constipado que habréis cogido anoche.
—Anoche —repitió aquélla, asombrada, y viendo después el desorden de su traje, añadió:
—¡Qué es esto, Señor! ¿no me he desnudado yo esta noche?
—¡Quién sabe! Sólo podréis recordarlo vos.
—Nada recuerdo —dijo Andrea oprimiéndose con ambas manos la frente—. ¿Pero qué me ha ocurrido, estoy loca?
E incorporándose segunda vez, dirigió una mirada afanosa alrededor, y haciendo un esfuerzo, prosiguió:
—¡Ah! sí... ya me acuerdo: ayer estaba tan inquieta y aniquilada... sin duda sería la tormenta... y luego...
Al llegar a este punto detúvose recordando al extranjero que le había dirigido miradas tan extrañas.
Nicolasa señaló entonces hacia la cama que no se había descubierto en toda la noche, aunque se encontraba desaliñada y en el mayor desorden.
—¿Y luego? —preguntó con el más vivo interés—. Paréceme, señorita, que indicasteis acordaros de alguna cosa.
—Después —prosiguió Andrea—, me dormí, en el taburete de mi clave. De allí en adelante de nada me acuerdo, y naturalmente habré subido medio dormida a mi aposento, dejándome caer sobre la cama sin tener fuerza ni aun

para desnudarme.
—¿Por qué no me llamasteis? —interrumpió Nicolasa con tono halagüeño—. ¿No soy quizá vuestra doncella?
—Sí; pero no me habré acordado, o no habré podido — repuso Andrea con acento candoroso.
—Hipócrita —murmuró Nicolasa.
Y añadió:
—Pero, señorita, os habréis quedado hasta muy tarde junto al clave, pues antes que hubieseis podido regresar a vuestro aposento, tuve que bajar porque oí ruido...
Al llegar a esta palabra se detuvo creyendo que sorprendería algún signo, algún gesto, pero su ama continuó serena, revelándose la tranquilidad de su alma, al través del transparente cristal de su rostro.
—Sí, señorita, bajé —repitió Nicolasa.
—Y bien —dijo Andrea.
—Que no estabais en el clave.
La hija del barón alzó su cabeza; pero en sus hermosos ojos no podían reflejarse más las señales de una extraordinaria admiración.
—Vaya si es extraño eso —exclamó.
—Pues es como lo he dicho.
—Afirmas que no me has visto en la sala, y no he salido de ella.
—Dispensadme, señorita, pero creo que sí.
—¿Adonde he ido?
—Mejor que yo debéis vos saberlo —dijo aquélla encogiéndose de hombros.
—Me parece que te equivocas —dijo Andrea con benignidad—; repito que no me levanté de mi asiento, y sólo recuerdo vagamente haber tenido frío, una gran pesadez en todo el cuerpo, y mucha dificultad para andar.
—¡Oh! —agregó la criada con hipócrita sonrisa—, pues cuando yo os vi andabais sin embargo muy bien.
—¡Cómo! ¿me viste tú?
—Sí, por cierto.
—¿Entonces, por qué decías hace poco, que no estaba en la sala?
—Porque no fue en la sala donde os vi señorita.
—¿Pues en dónde?
—En la entrada, junto a la escalera.
—¡A mí!

—A vos, a vos, señorita; me parece que os conozco bien.
—A pesar de eso, te digo que estoy segura de no haberme movido de la sala —replicó Andrea tratando con la mayor ingenuidad de reunir sus recuerdos.
—Y yo repito que estoy segura de haberos visto en el vestíbulo. Me figuré —añadió fijándose atentamente en el rostro de su ama— que volvíais de pasear por el jardín... como estaba tan hermosa la noche después de la tormenta... ¡es tan agradable pasear de noche!... ¡el aire es tan puro y fresco...! ¡tan grato el olor de las flores!... que... ¿no es cierto, señorita?
—¿Por qué preguntas eso? —interrogó ésta sonriendo—, ¿no sabes que no me atrevería a cruzar de noche el jardín y que soy muy medrosa?
—Sí, pero... cuando se va acompañada... no hay que tener miedo.
—¿Y quién me había de acompañar? —contestó Andrea muy ajena de sospechar que las preguntas de la doncella se iban convirtiendo en interrogatorio.
Esta no juzgó oportuno proseguir sus investigaciones, porque la serenidad de su ama le parecía el colmo del más terrible disimulo; y juzgando prudente dar nuevo giro a la conversación, prosiguió:
—¿No dijisteis que padecíais, ahora poco?
—En efecto —contestó Andrea—; y sufro en este instante también. Me siento tan abatida y desanimada sin saber por qué, pues anoche no hice más de lo que acostumbro a hacer siempre. ¡Dios mío! si iré a estar enferma.
—Señorita, algunas veces se tienen ciertos disgustos...
—¿Y qué?
—Que causan el mismo efecto que el cansancio. Yo misma los he sufrido.
—¡Bah! ¿qué disgustos pueden atormentarte a ti? Fue tan desdeñoso el acento de la hija del barón al decir aquellas palabras, que la doncella, tomando aliento, se decidió a hablar con más claridad.
—Sí, señorita —insistió, bajando la vista—; sí, tengo disgustos.
Andrea bajó de su lecho con languidez, y añadió al mismo tiempo que se desnudaba para vestirse nuevamente.
—Vaya; cuéntame.
—Con mucho gusto, puesto que sólo vine para referiros...
Nicolasa se detuvo.
—¿Para referirme? ¡Dios mío! ¡qué alterado está tu rostro!
—Sí, pareceré tan agitada como vos rendida por la fatiga; ambas estaremos disgustadas sin duda.

La palabra *ambas* no gustó a Andrea, que, frunciendo las cejas, dejó escapar una ligera exclamación.
No causó asombro a Nicolasa, aunque el tono con que fue pronunciado pudiera haberla obligado a pensar algo.
—Ya que así lo deseáis, señorita, voy a comenzar.
—Sepamos —dijo aquélla.
—Principio por anunciaros que quiero casarme.
—¡Hola! ¡Ya estás con ese antojo, y no has cumplido dieciséis años todavía!
—Señorita. La misma edad tenéis vos.
—¿Y bien?
—¡Y bien! que aun cuando no tenéis más de dieciséis años, decidme: ¿no pensáis también en ocasiones en casaros?...
—¿En qué has podido conocerlo?... —preguntó Andrea con acritud.
Dispuesta estaba Nicolasa a responder con una impertinencia; pero se detuvo comprendiendo el carácter de su ama, y sabiendo que únicamente lograría cortar una conversación que no había llegado aún al término deseado.
—Es verdad —contestó—. No puedo saber lo que pensáis, siendo una pobre aldeana que no conoce más que lo que le inspira la naturaleza.
—¡Vaya una expresión singular!
—¡Cómo! ¿No creéis que sea natural amar a alguno y hacerse amar por él?
—Puede ser; continúa.
—Pues bien... amo.
—¿Y eres amada?
—Me figuro que sí.
Nicolasa pensó que tenía poca fuerza una duda, y que en aquella ocasión era preciso afirmar rotundamente. Así, pues, añadió:
—Quiero decir que estoy segura.
—¡Muy bien! Por lo que veo, no pierdes el tiempo en Taverney.
—Debe pensarse en el porvenir. Vos, como sois señorita, heredaréis quizá con el tiempo algunos bienes de fortuna por muerte de algún rico pariente; pero yo, que no los tengo, no puedo esperar nada.
Andrea, naturalmente bondadosa, hizo que le parecieran muy sencillas aquellas palabras, y olvidó poco a poco el tono con que las anteriores fueron pronunciadas. —En fin —agregó—, ¿con quién tratas de casarte?
—¡Ah! Con uno a quien conocéis muy bien —respondió Nicolasa, fijando en los de Andrea sus expresivos ojos.

—¿A quien yo conozco?
—Perfectamente.
—Pues di quién es, porque me impacientas haciéndome esperar tanto.
—Temo que no os agrade mi elección.
—¿A mí?
—Sí, señorita.
—¿Es que tú misma conoces que será poco decente?
—No, no es eso.
—Pues entonces, habla sin temor. Los amos están obligados a interesarse por el criado que les haya servido bien, y yo siempre estuve muy satisfecha de ti.
—Sois muy indulgente.
—Vaya, dilo enseguida, y acaba de ponerme los corchetes.
Reunió Nicolasa todas sus fuerzas, y apelando a toda su perspicacia, dijo:
—Pues bien, es... Gilberto.
Pero al ver que el rostro de su ama permanecía impasible y sereno, quedó sorprendida.
—¡Cómo! ¿Gilberto, Gilbertillo el hijo de mi nodriza?
—Sí, señorita, el mismo.
—Pero... ¿es cierto que piensas casarte con él?
—Sí, señorita, con él.
—¿Y te ama?
Vio Nicolasa que había llegado el momento decisivo, y contestó:
—Mil veces me lo ha repetido.
—Pues entonces, puedes casarte —dijo Andrea muy tranquilamente—, no encuentro obstáculo alguno. Tú no tienes familia, y él es huérfano: ambos sois dueños de hacer lo que creáis más conveniente.
—Sin duda —tartamudeó la doncella, asombrada de ver aquel incidente concluido de un modo tan contrario al que ella esperaba—. ¡Cómo, señorita! ¿dais vuestro consentimiento?...
—Desde luego: lo que me parece es que sois aún demasiado jóvenes.
—Así viviremos más tiempo juntos.
—Sí, pero como sois pobres los dos...
—Trabajaremos.
—¿En qué trabajará él, si para nada sirve?
Nicolasa no consiguió contenerse más tiempo.
—Dispensadme que os diga que tratáis muy mal a ese pobre Gilberto.

—Lo trato nada más que como se merece. ¡Ignoras que es un perezoso?
—¡Cómo! ¡si está siempre leyendo, y sólo trata de instruirse!
—Incapaz de hacer nada por nadie —añadió Andrea.
—Eso no podéis decirlo vos —replicó Nicolasa.
—¿Por qué?
—¿Debéis saberlo mejor que nadie, pues vos sois quien le ordena que vaya a cazar para la mesa.
—¡Yo!
—Y quien consiente que ande diez leguas en ocasiones, antes de hallar una sola pieza.
—Te aseguro que hasta ahora no he reparado...
—¿En la caza?... —dijo con malévola sonrisa la doncella.
Si el espíritu de Andrea se hubiese encontrado en su estado normal, hubiera hecho muy poco caso de aquella indirecta, y quizá no hubiese conocido el veneno que contenía el sarcasmo de su doncella; pero sus nervios sufrían un estremecimiento a cada acto de su voluntad; cada movimiento de su cuerpo se hacía ostensible con violentos sacudimientos, y la menor agitación de su alma era para ella un obstáculo casi insuperable. Reanimóse, al punto, y recobrando con la impaciencia toda la penetración que su abatimiento le había impedido tener desde el principio de la escena:
—¿Qué charla la sabidilla? —preguntó, dirigiéndose a su doncella.
—Señorita, yo no afirmo que tenga saber, eso queda para las grandes señoras. Soy una pobre muchacha, y digo sencillamente la verdad.
—¿Y cuál es la verdad?
—Que calumniáis sin motivo a Gilberto, puesto que él está siempre desviviéndose por agradaros.
—Bien; no hace más que lo que debe, y a eso está obligado en su condición.
—Pero, señorita, Gilberto no es criado, porque no cobra salario alguno.
—Con todo, es hijo de nuestros antiguos arrendadores; le damos casa y comida, y como nada hace él en cambio, puedo decir que nos roba. Pero dime, en suma, cuál es tu propósito al defenderle con ese calor, cuando nadie trata de ocasionarle el menor daño.
—¡Ah! demasiado sé yo que no pretendéis hacerle daño alguno —contestó Nicolasa con maliciosa sonrisa.
—¡Otra respuesta que tampoco comprendo!
—Porque no queréis comprenderla sin duda.

—Basta —dijo Andrea con áspero tono—; vas a explicarme enseguida lo que quieres dar a entender con tus palabras.
—¡Ay, señorita! de qué serviría explicarme, si lo sabéis mejor que yo misma.
—Todo lo contrario: nada sé; ni me es posible descifrar esos enigmas. ¿No solicitabas mi consentimiento para casarte?
—Sí, señorita, y os ruego también que no me aborrezcáis porque Gilberto me quiere.
—¿A mí qué me importa que Gilberto te quiera o te deje de querer? En verdad que ya me tienes mareada.
La cólera de Nicolasa contenida tanto tiempo, comenzó a exteriorizarse.
—Quizás habréis dicho estas mismas palabras a Gilberto.
—¿Hablo yo nunca a tu Gilberto? Vamos, déjame en paz; estás loca.
—Sin embargo, señorita, aun cuando decís que no le habláis, no debe, según me figuro, hacer mucho tiempo.
Andrea dio algunos pasos hacia Nicolasa, cubriéndola con una mirada altiva y desdeñosa.
—Hace una hora que andas con rodeos, y al fin sales con una impertinencia. Quiero que esto concluya de una vez.
—Pero... —interrumpió Nicolasa muy alterada.
—Dices que he hablado con Gilberto.
—Sí, señorita, lo digo.
Acudió entonces a la imaginación de Andrea un pensamiento que hasta entonces había creído imposible.
—Esta infeliz está celosa; Dios me perdone —exclamó riéndose a carcajadas —. Vamos, pobrecilla, descuida; jamás miro a tu Gilberto, y no podría decirte ni siquiera de qué color son sus ojos.
Decidida estaba ya Andrea a perdonar lo que en su opinión era no ya una impertinencia sino una locura. La doncella, antes al contrario, considerándose ofendida, no se creía en el caso de ser perdonada.
—¡Es claro! No es muy a propósito la noche para distinguir los colores.
—¿Qué has dicho? —preguntó Andrea, que a pesar de ir ya entendiendo, no podía suponer tanta audacia.
—Digo, que si habláis con Gilberto siempre de noche como ayer, es mala hora para ver detalladamente sus facciones.
—¡Mira lo que dices! —repuso Andrea palideciendo—. Explícate enseguida.
—Abandonando mis planes de prudencia, esta noche vi...

—Calla, que llaman.
Oyóse efectivamente en aquel momento una voz que repetía desde el jardín el nombre de Andrea.
—Es vuestro padre con el forastero que ha pasado aquí la noche.
—Baja; dile que no puedo responder, porque estoy indispuesta, y vuelve a terminar esta extraña disputa.
—¡Andrea! —gritó el barón—; este caballero desea saber cómo has pasado la noche.
—Anda —repitió Andrea señalando a Nicolasa la puerta con ademán imperioso.
La criada obedeció sin pestañear ni replicar del modo que era preciso obedecer a Andrea siempre que mandaba alguna cosa. Ésta experimentó una singular sensación al salir su doncella, y por más resuelta que estuviese a no presentarse, se sintió impulsada irresistiblemente hacia la ventana que Nicolasa había abierto.
Vio entonces a Balsamo, que, fijando su vista en ella, la saludaba con respeto. Temblaron sus rodillas y tuvo que apoyarse en un postigo para no perder el equilibrio.
—Buenos días, caballero —respondió.
Nicolasa quedó asombrada sin poder adivinar la causa de aquella contradicción, pues en aquel mismo instante acababa de decir al barón que su hija no podría contestar.
Balsamo continuaba con la vista fija en la joven, que cayó desmayada en un sillón.

XII

DONDE EL CONDE SE BURLA Y LUEGO SE ASOMBRA

Despuntaba el día cuando ya se había levantado el viajero, para enterarse del estado de salud de Althotas.

Exceptuando a Gilberto, todos los moradores del castillo dormían profundamente. Oculto tras los barrotes de su cuarto, situado en el portal, había observado con el mayor interés todas las maniobras de Balsamo, seguido todos sus pasos, e interrogado todas sus acciones.
Cuando aquél se retiró, dejando cerrada la puerta del compartimiento que su maestro habitaba, quedó muy sorprendido de la variación que la luz del día había obrado en aquel cuadro que le había parecido tan triste la víspera.
El castillo, cuya edificación de piedras y ladrillos presentaba bandas de color blanco y rojo, estaba dominado por un bosquecillo de sicómoros y numerosos ébanos silvestres, cuyos aromáticos festones caían sobre su techo ciñendo aparentemente sus pabellones con guirnaldas de oro.
Había en el jardín un estanque de treinta pies en cuadro, a cuyo alrededor se extendía una mullida alfombra de césped y un cercado de florecientes saúcos que formando delicioso y ameno paisaje, deleitaba la vista que no divisaba por otro lado más que castaños sombríos, altos y frondosos álamos.
Una amplia alameda de robles, plátanos y tilos, extendiéndose desde cada ángulo de los pabellones, subía hasta un espeso bosquecillo, en donde anidaban multitud de aves, cuyos delicados gorjeos al despuntar la aurora, se oían en el castillo. Dirigióse Balsamo por el sendero de la izquierda, y a los veinte pasos se encontró en una floresta, donde las rosas y violetas, regadas la víspera por la lluvia de la tormenta, despedían aromas deliciosos. La madreselva y los jazmines, aparecían al través de los arbustos, y una larga calle de cárdenos lirios, salpicada de fragarias, perdíase en un bosque de enmarañadas floridas zarzas y espinas rosadas.
Al llegar a la parte culminante del terreno, percibió las ruinas de un antiguo y majestuoso castillo, edificado sobre una peña. Sólo restaba medio torreón que aparecía entre un enorme amontonamiento de piedras y escombros, sobre los cuales ascendían largas guirnaldas de yedra y vides silvestres, como hijos salvajes de la destrucción, a quienes la Naturaleza ha puesto sobre ruinas, para probar al hombre que hasta en ellas mismas se halla fecundidad.
Si lo pensamos bien, el señorío de Taverney, aunque reducido a siete u ocho aranzadas de tierra, no carecía ni de grandeza ni de gracia. El aspecto que presentaba el edificio parecíase al de esas grutas cuyos contornos se complace en embellecer la Naturaleza con sus flores, enredaderas y caprichosas fantasías de esos grupos formados por imponentes peñascos, que con su escabrosa desnudez asustan al caminante que llega extraviado a

pedirles un asilo para guarecerse durante la noche.
Dirigíase Balsamo ya hacia su aposento, después de haber empleado una hora en admirar aquellas ruinas, cuándo vio al barón envuelto en una ancha bata de indiana grabada, que saliendo de la casa por una puerta lateral que comunicaba con la escalera, iba a pasearse por el jardín deshojando las rosas y pisando los caracoles que hallaba a su paso.
Diose prisa el viajero a alcanzarlo; y cuando lo consiguió, le dirigió las siguientes palabras con una cortesía tanto más refinada, cuanto que había profundizado hasta donde era posible, su pobreza:
—Permitidme, caballero, que os haga presente mis afectos, y perdonadme si para bajar no he aguardado a que estuvieseis despierto; porque la perspectiva que desde mi ventana ofrece Taverney es tan seductora, que he deseado ver de cerca este delicioso jardín y esas majestuosas ruinas.
—Efectivamente, son magníficas —repuso el barón después de devolver el saludo a su huésped—; y es lo único de mérito que encontraréis aquí.
—¿Esto sería un castillo? —preguntó el viajero.
—Sí; era el mío, o por mejor decir, el de mis abuelos. Llamábase Casa-Roja, y durante mucho tiempo, hemos llevado ese nombre unido al de Taverney. Pero os suplico, querido huésped, que mudemos de conversación... ¿a qué hemos de hablar de lo que ya no es?...
Balsamo se inclinó en señal de aprobación.
—En cuanto a mí —continuó el barón—, también quería disculparme con vos. Es muy pobre mi casa, y así os lo advertí por anticipado.
—Estoy perfectamente en ella.
—No es más que una perrera, barón, una perrera —interrumpió Taverney—; un nido a que van tomando afición las ratas desde que los lagartos, zorros y culebras las han expulsado del otro castillo. Pero ahora, si mal no recuerdo, sois hechicero, o cosa parecida, y bien pudierais con vuestra varita levantar esa antigua Casa-Roja, sin olvidar las dos mil aranzadas de tierra que formaban su recinto; pero no hallo obstáculo en apostar que en vez de soñar en esto, habréis tenido la santa paciencia de dormir en una incómoda cama.
—¡Qué decís! Señor barón.
—No pretendáis negármelo; la conozco muy bien, es la de mi hijo.
—Os aseguro, señor barón, que la he hallado excelente. De todos modos, vuestra bondad me anonada, y desearía con todas las venas de mi corazón, demostraros mi gratitud prestándoos algún servicio.

El anciano, aunque bromeándose, no despreció el ofrecimiento.
—Pues entonces —dijo refiriéndose a La-Brie que traía un vaso de agua sobre un precioso plato de Sajonia—, ved una buena ocasión. Haced en obsequio mío lo que nuestro Señor hizo para las bodas de Canaán; haced que esta agua se convierta en vino... como el de Borgoña o Chambertin, por ejemplo, y será el mayor favor que pudierais hacerme...
Balsamo se sonrió; y el anciano tomó aquella risa por una negativa, cogió el vaso y bebió de un trago todo el líquido que contenía.
—¡Excelente específico! —dijo Balsamo—. Es el más noble de todos los elementos, puesto que sobre él era llevado el espíritu de Dios antes de formar el mundo. Nada se opone a su acción; penetra la piedra, y quizá llegue el día en que conozcamos que puede disolver el diamante.
—Entonces podrá disolverme —repuso Taverney—. ¿Queréis brindar conmigo? Es mejor que el vino por sus virtudes especiales; aun hay bastante; no ocurre igual con mi marrasquino.
—Si hubieseis dispuesto que trajesen otro vaso para mí, tal vez hubiera encontrado la forma de seros útil por medio de esa atención.
—Explicaos; y si todavía es tiempo...
—Pues claro está. Decid a ese buen hombre que lo traiga al instante.
—¿Lo oíste? —dijo el barón a La-Brie, que acto continuo se alejó para obedecer.
—Es decir que el vaso de agua pura que bebo cada mañana, contiene propiedades o secretos que hasta ahora yo desconocía. Será posible que sin apercibirme de ello siquiera, haya yo hecho experimentos de alquimia por espacio de diez años, tan fácilmente como Mr. Jourdain escribía.
—Ignoro lo que habréis hecho —contestó Balsamo con gravedad—, pero conozco lo que hago.
Y aproximándose a La-Brie, que había cumplido su encargo con la actividad de costumbre, dióle las gracias, tomó el vaso y alzándolo a la altura de sus ojos, contempló su contenido, en el cual aparecían por el reflejo de la luz, mil variados colores.
—¡Diablos! ignoraba yo que fuera cosa tan linda lo que se ve en un vaso de agua —dijo Taverney.
—En efecto, señor barón, en particular hoy es hermosísimo.
Parecía que Balsamo redoblaba su atención, mientras el barón continuaba embobado con su plato en la mano.

—Decidme, querido huésped, decidme por Dios qué estáis viendo —dijo el barón con soflama—. ¡Jesús! Estoy impaciente. ¿Hay una herencia para mí?... ¿Una casa roja nueva? ¡con eso soy dichoso!
—Veo una invitación que voy a transmitiros, para que estéis alerta.
—¡Cómo! ¿irán a atacarme?
—No, señor, pero esta misma mañana os harán una visita.
—Cuidado, que si tenéis cita con alguno en mi casa, no lo pasará muy bien, porque las perdices se han concluido.
—Os digo que hablo con formalidad —replicó Balsamo—, y el personaje que en este instante se dirige hacia Taverney, es de la mayor importancia.
—¡Dios mío!... por qué casualidad... ¿y qué especie de visita es? decídmelo por favor, pronto; porque debo declararos, y no debéis ignorarlo, si recordáis el recibimiento nada halagüeño que os hice, que para mí, el que me visita me molesta. Así, acabad, mi querido hechicero, acabad, si podéis, de una vez, si os es posible.
—¿Posible? Para que tengáis eso menos que agradecerme os diré que es fácil.
Y Balsamo fijó nuevamente su vista en la capa de ópalo que ondeaba en el vaso.
—¿Veis? —preguntó el barón.
—Muy claramente.
—Pues entonces hablad.
—Veo venir una persona muy distinguida.
—¿Es posible? ¿de veras? ¿Y viene de ese modo sin que le inviten?
—Se ha invitado a sí misma, y viene acompañada de vuestro hijo.
—¡De Felipe!
—En efecto.
Al oír esto el barón soltó una carcajada poco halagüeña para el hechicero y añadió:
—¡Ah, ah! con mi hijo... ¿sostenéis que esa persona llega con mi hijo?
—Sí, barón.
—¿Conocéis a mi hijo?
—No.
—Y ahora, ¿dónde se encuentra?
—A menos de media legua.
—¿De aquí?
—Sí, señor; de aquí.

—Pero, amigo mío, ignoráis que mi hijo está de guarnición en Estrasburgo, y que sin exponerse a que le declaren desertor, lo que os juro no hará, no puede venir con nadie.
—Sin embargo, es cierto lo que he dicho —replicó Balsamo, con la vista fija en el vaso.
—Y la persona a quien acompaña, ¿es hombre o mujer?
—Es una señora, o por mejor decir, una gran señora. Mirad qué cosa tan extraordinaria.
—¿Es importante? —repuso Taverney.
—En efecto, muy importante.
—Concluid.
—Debéis alejar a vuestra criada.
—¿Y por qué?
—Porque sus facciones en parte son parecidas a las de la persona que se dirige a vuestro castillo.
—¡Y decís que es una señora... una gran señora que se parece a Nicolasa! ¿No advertís, amigo mío, que esa es una contradicción?
—¿Y por qué? Una vez compré una esclava tan parecida a la reina Cleopatra, que se intentó conducirla a Roma para que figurase en el triunfo de Octavio.
—¡Eh, eh! ¿volvemos a las mismas de siempre? —dijo el barón.
—Haced lo que gustéis, puesto que vos, y no yo, sois el interesado en este asunto.
—¿Y por qué se habrá de ofender esa señora por su parecido con Nicolasa?
—Supongamos que fueseis rey de Francia, que a fe mía no os lo deseo, y decidme, ¿os agradaría mucho que al entrar en una casa hallaseis entre los criados una falsificación de vuestro augusto rostro?
—Poderosísimo es, en verdad, vuestro dilema: ¿y cuál sería la consecuencia?
—Que la muy alta y poderosa señora que está próxima a llegar, se molestaría al ver su viva imagen vestida con saya corta y pañoleta de algodón.
—Bueno —dijo el barón sin cesar de reír—, todo se subsanará; pero lo que más me regocija es mi hijo, ¡válgame Dios!... qué casualidad nos trae a ese pobre Felipe, sin decir siquiera: *¡allá voy!*
Y la risa de Taverney se aumentó.
—Observo —dijo Balsamo con seriedad— que mi pronóstico os ha llenado de gozo: lo celebro mucho; pero en lugar vuestro...
—¿Qué haríais?

—Dictaría algunas órdenes...
—Tenéis razón.
—No lo dudéis.
—No hay que disgustarse, querido huésped, pensaré en ello.
—Si todavía es tiempo...
—Pero... ¿habláis formalmente?
—Con formalidad, barón, y si queréis recibir como corresponde a la persona que viene a honraros con su visita, no podéis desperdiciar un segundo.
Taverney movió la cabeza.
—¡Cómo! ¿dudáis todavía? —dijo Balsamo.
—Os declaro que tratáis con el incrédulo más obstinado.
En este instante dirigióse el barón al gabinete de su hija con el objeto de comunicarle la predicción de su huésped. Ya dijimos del modo que Andrea respondió a la invitación de su padre, y cómo Balsamo la atrajo a la ventana con su fascinadora mirada. Nicolasa estaba allí, sin entender algunas señas que le hacía La-Brie.
—Me parece imposible, y a no verlo...
—Ya que para creer necesitáis ver, volveos —dijo Balsamo extendiendo su brazo en dirección a la calle de árboles, en cuyo extremo se veía un jinete a caballo que corría a rienda suelta, haciendo retemblar la tierra bajo su casco.
—¡Ah!... —gritó el barón, asombrado—, he aquí en efecto...
—¡El señorito Felipe! —gritó Nicolasa empinándose.
—¡Él es! —dijo La-Brie con acento de alegría.
—¡Es mi hermano! —gritó Andrea tendiendo sus brazos desde la ventana.
—¿Será acaso ese joven vuestro hijo? —preguntó con socarronería Balsamo.
—Sí, señor, por Cristo... ¡Él es! —contestó el barón lleno de asombro y de terror.
—Esto no es más que el principio —replicó aquél.
—En fin; ¿queréis confesar de una vez si sois hechicero?
A los labios del extranjero asomó la sonrisa del triunfo. Cuanto más se acercaba, tanto mayores parecían las dimensiones del caballo. Bien pronto bañado en sudor, y envuelto en un vapor húmedo, cruzó las últimas hileras de árboles, y un joven oficial, de mediana estatura, lleno de lodo y con el rostro animado por la velocidad de la carrera, saltando de él con rapidez, se dirigió hacia su padre para abrazarlo.
—¡Jesús! —decía a la vez el conde viéndose vencido en sus principios de

incredulidad—. ¡Jesús!
—Sí, padre mío —exclamó Felipe al ver retratado sobre el semblante del anciano un resto de duda—, ¡yo soy! ¡yo! —¡Por Cristo! ¡ya lo creo!... ¡si lo estoy viendo!... ¡qué extraña casualidad!
—Es necesario que sepáis —añadió Felipe—, que una ilustre visita se dirige hacia este punto, y que dentro de una hora, María Antonieta Josefa, archiduquesa de Austria, y princesa heredera de Francia, llegará a Taverney.
El conde, desanimado, dejó caer ambos brazos con tanta humildad, como ironía y sarcasmo había mostrado hasta entonces.
—Perdonad —dijo dirigiéndose a Balsamo.
—Caballero —le respondió éste—, os dejo con vuestro señor hijo, pues habiendo estado tanto tiempo sin veros, no es extraño que tengáis uno y otro mil cosas que comunicaros.
Y saludando a Andrea, que gozosa por el feliz arribo de su hermano corría a su encuentro, se alejó haciendo una seña que Nicolasa y La-Brie entendieron sin duda, porque le siguieron desapareciendo con él bajo los frondosos árboles que se hallaban a la entrada.

XIII

DONDE FELIPE DE TAVERNEY ANUNCIA LA VISITA DE UNA PRINCESA

Felipe de Taverney, caballero de Casa-Roja, no se parecía a su hermana más que en la hermosura en que ambos corrían parejas con relación a su sexo. Verdaderamente la expresión dulce, al par que altanera de su mirada, la elegante armonía de sus facciones, la finura de sus manos, la bella forma de su pie y la gallardía de su talle, le prestaban un aire noble, gracioso y marcial. Como esas almas nobles y distinguidas a quienes la vida y el mundo mortifican, Felipe, sin ser sombrío, era por naturaleza triste. Tal vez la dulzura que resplandecía en sus ojos nacía de aquella tristeza, pues sin ella,

hubiera naturalmente sido dominante, soberbio y poco accesible. La precisión de vivir con todos los pobres sus iguales de hecho, y con los ricos que lo eran de derecho, doblegaba aquel carácter que el cielo había criado duro, imperioso y susceptible; y si en ocasiones mostraba mansedumbre, semejante a la del león era algún tanto despreciativa.

Tan pronto abrazó a su padre, cuando su hermana, libre ya del entorpecimiento magnético por la sorpresa que aquel feliz suceso le ocasionara, se apresuró, como ya dijimos, a echarse en sus brazos, expresando con sollozos de alegría lo importante que era aquel inesperado encuentro para el corazón de nuestra casta joven.

Felipe, que deseaba hablar a solas, tomó de la mano a Andrea y a su padre, llevándolos al salón, donde les obligó a sentarse junto a él.

—Sois incrédulo —dijo dirigiéndose a su padre—, y tú, hermana mía, te has sorprendido. Sin embargo, nada es tan cierto como lo que acabo de comunicaros: algunos momentos más, y tendremos en nuestro pobre castillo a la princesa heredera que viene a visitaros.

—¡Voto va! De ninguna manera lo consiento, pues quedaríamos para siempre deshonrados. ¡Voto a bríos! Si esa señora espera encontrar aquí el tipo de la nobleza francesa, va a quedar soberanamente chasqueada. Mas dime, ¿qué casualidad le ha hecho elegir esta casa con preferencia a otras?

—¡Oh! Eso es una novela.

—¿Una novela? —repitió Andrea—, refiérela.

—Sí, y que haría alabar a Dios hasta a aquellos que olvidan que es nuestro salvador y nuestro padre.

El barón manifestó con un gesto de incredulidad estar poco conforme con que el supremo árbitro de la Naturaleza se hubiese dignado inclinar su vista hasta él, y mezclarse en sus asuntos; pero Andrea, al observar el gozo de su hermano, le estrechaba la mano, como para mostrarle su agradecimiento por la buena noticia que les había comunicado, y la dicha que experimentaba, murmurando al mismo tiempo:

—¡Mi hermano! ¡Mi buen hermano!

—*¡Mi hermano! ¡Mi buen hermano!* —repetía su padre—, me atrevo a jurar que está gozosa por lo que nos sucede.

—¿Pero no veis, padre mío, qué alborozado está Felipe?

—Porque vuestro señor Felipe es un entusiasta; pero yo, que por mi suerte o por mi desgracia, peso todas las cosas —dijo Taverney fijando una mirada

melancólica en los muebles de su sala, nada agradable encuentro esta circunstancia.
—Mudaréis de opinión —dijo el joven—, cuando os refiera lo que me ha pasado.
—Acaba, pues, de contarlo —murmuró entre dientes el anciano.
—Sí, sí, cuenta, Felipe —agregó Andrea.
—Bueno. Ya sabéis que estaba de guarnición en Estrasburgo, y tampoco ignoráis que la reina debía hacer su entrada en Francia por esta población.
—¡A buena parte vienes! —dijo Taverney—, ¿cómo quieres que sepa todas estas noticias viviendo en esta madriguera?
—Decías, hermano, que por Estrasburgo debía la reina...
—Sí, la aguardábamos en la explanada desde por la mañana; llovía a mares, y teníamos ya los vestidos empapados. Como ningún aviso teníamos de la hora en que llegaría Su Alteza, mi mayor me destacó para reconocer el séquito. Andaría una legua, cuando al volver el camino, me encontré de frente con los primeros caballos de la escolta. Me detuve un momento a conversar con ellos, y advertí que Su Alteza Real se asomó a la portezuela del coche y preguntó quién era yo.
—Fui a escape para llevar la contestación afirmativa al que me había enviado, cuando me pareció oír que me llamaban; pero no me detuve. El cansancio de seis horas de servicio había desaparecido como por encanto.
—¿Y la princesa? —preguntó Andrea.
—Es tan joven como tú, hermosa como todos los ángeles.
—Dime... Felipe... —preguntó balbuceando el barón.
—¿Qué deseáis, padre mío?
—¿No tiene parecido esa señora a alguna de las personas que tú conoces?
—i Qué yo conozco!
—Eso he dicho.
—Nadie se parece a Su Alteza Real —contestó el joven entusiasmado.
—Piénsalo.
Al cabo de unos instantes de meditación, el hermano de Andrea contestó negativamente.
—Veamos... por ejemplo... a Nicolasa.
—¡Ah!... sí... en efecto —exclamó Felipe sorprendido—, la que acabáis de nombrar se parece mucho a la ilustre viajera; pero en grado muy inferior. ¿Cómo sabéis eso, padre mío?

—Me lo ha dicho un hechicero.
—¡Un hechicero! —dijo Felipe admirado.
—Sí, y me anunció también tu viaje.
—¿El forastero? —preguntó Andrea con timidez.
—¡Cómo! ¿ese hombre que hablaba con vos y se retiró a mi llegada?
—Cabalmente, ese mismo; pero prosigue tu narración.
—¿No sería mejor preparar alguna cosa? —interrumpió Andrea.
—Mientras más prevenciones hagamos —repuso Taverney—, más nos ridiculizaremos. Continúa, Felipe, continúa. —Así que llegué a Estrasburgo cumplí con mi encargo, y enseguida avisaron a Mr. de Stainville, quien se apresuró en acudir a su encuentro; mas al llegar al glacis, oímos batir marcha y nos encaminamos todos hacia la puerta de Kehl, desde donde divisamos la comitiva. El gobernador estaba a mi lado...
—¡Mr. de Stainville!... —dijo el barón—. sí... espera... yo he conocido uno que tenía ese nombre...
—Cuñado del ministro Mr. de Choiseul.
—Eso es... vamos, prosigue.
—La princesa, que siendo joven, creo que gusta también de gente joven, oyó distraída los cumplidos del gobernador, y fijando su vista en mí, que me encontraba retirado a una distancia respetuosa:
«-¿No es ese el joven a quien enviaron a mi encuentro? —preguntó.
“—Sí, señora —contestó Mr. de Stainville.
“—Aproximaos, caballero —me dijo.
»Obedecí con satisfacción.
“—¿Cuál es vuestro nombre? —me preguntó con su encantadora voz.
“—Taverney de Casa-Roja —contesté tartamudeando.
“—Apuntad ese nombre, querida mía —añadió dirigiéndose a una señora anciana (que he sabido después era su aya la condesa de Langershausen), quien apuntó efectivamente mi nombre en su libro de memorias. Y después, dirigiéndose hacia mí, me dijo:
“—Siento muchísimo, caballero, qué os hayáis puesto en camino con un tiempo tan lluvioso. En verdad que no puedo perdonarme al considerar cuánto habéis padecido por mí.
—¡Qué palabras tan cariñosas! —exclamó Andrea juntando sus manos.
—Nunca las olvidaré, ni tampoco el acento y miradas con que las pronunció.
—¡Bien! ¡muy bien! —murmuró el barón con una sonrisa que expresaba a la

vez la petulancia paternal y la mala opinión que tenía formada de las mujeres, sin exceptuar a las reinas—. ¡Bien! Prosigue, Felipe.
—¿Qué le respondiste? —preguntó Andrea
—Nada; me incliné hasta el suelo y pasó.
—¡Cómo! ¿nada le contestaste? —exclamó el barón.
—Me quedé cortado. Toda la sangre se me heló en las venas y mi corazón latía fuertemente.
—¡Me agrada! ¡Bonito papel hubiera yo hecho si nada hubiese podido decir a la princesa Leszczynska a quien me presentaron cuando tenía tu misma edad.
—Sí, pero vos tenéis mucho talento, padre mío —repuso Felipe inclinándose, mientras Andrea le apretaba la mano.
—Me aproveché —añadió— de la partida de Su Alteza, para regresar a mi alojamiento y mudar de ropa, pues estaba mojada y llena de lodo.
—¡Pobre hermano! —murmuró Andrea.
—Entretanto —continuó aquél—, la princesa llegó a la casa del Ayuntamiento, y recibía las felicitaciones de los habitantes. Cuando éstos se marcharon, Su Alteza se sentó a la mesa.
"—El mayor, que me envió al encuentro de Su Alteza, me dijo después, que la princesa dirigió muchas veces escudriñadoras miradas hacia los oficiales que asistieron al convite.
"—No veo —dijo así que hubo inútilmente hecho aquella investigación— al joven oficial que salió a mi encuentro esta mañana. ¿No le han avisado que deseo mostrarle mi gratitud?
"—Señora —contestó el mayor—, el caballero de Taverney se ha retirado a su casa para variar de traje, y presentarse a Su Alteza Real como corresponde.
«Llegué —un momento después, y enseguida, viéndome la princesa, me hizo una seña para que me acercase.
"—Caballero —me dijo—, ¿tendríais inconveniente en acompañarme hasta París?
"—¡Oh señora! muy al contrario; esto sería para mí la suprema felicidad; pero estoy sirviendo de guarnición en esta ciudad, y...
—¿Y...?
"—Quiero decir, señora, que no pueden cumplirse mis deseos.
"—¿De quién dependéis?
"—Del gobernador militar.
"—Bien... se arreglará.

»Me autorizó para que me retirara y lo verifiqué.
«Aquella noche, llamando al gobernador, le dijo:»-Caballero, tengo que satisfacer un capricho.
"—Decidlo, señora; y será para mí una orden.
"—Hice mal en calificar de capricho lo que sólo es una promesa que debo cumplir.
"—De ese modo, señora, será todavía más sagrada.
"—Pues bien: he prometido unir al servicio de mi persona, el primer francés, cualquiera que fuese, a quien encontrara al pisar la primera población de Francia, y hacer su felicidad y la de su familia, si es que los príncipes tienen poder para hacer la felicidad de alguno.
"—Señora, los príncipes representan a Dios en la tierra. ¿Y cuál es la persona que ha tenido esa dicha?
"—El caballero de Taverney Casa-Roja, joven teniente, que os ha comunicado mi llegada.
"—Todos tendremos que envidiar su suerte, señora, pero nos guardaremos de perturbarle en la prosperidad que le ha cabido; y no obstante estar sujeto por su consigna y empeño, le dejaremos libre de una y otra obligación, para que marche a París al mismo tiempo que Vuestra Alteza Real.
—Efectivamente, recibí orden de montar a caballo y acompañar a la princesa el día mismo que ésta salió de Estrasburgo, y desde entonces no he abandonado la portezuela de su carruaje.
—¡Eh! ¡eh! —dijo el barón con su eterna sonrisa—, sería extraño... aunque no imposible...
—¿Qué, padre mío? —preguntó con naturalidad el joven.
—¡Oh! yo me entiendo... —replicó aquél—, yo me entiendo... ¡eh! ¡eh!
—Pero, hermano mío —dijo Andrea—, aun no comprendo la causa que obliga a la señora princesa a detenerse en Taverney.
—Escucha: anoche, sobre las once, llegamos a Nancy, y cruzamos la ciudad a la luz de los hachones, cuando la princesa me llamó para manifestarme que deseaba caminar más aprisa. Hice seña a los de la escolta, que se apresuraron a obedecer. Entonces añadió:
"—Quiero salir mañana muy temprano.
"—¿Vuestra Alteza querrá tal vez hacer mañana una larga jornada?
"—No, pero pienso que haya detención en el camino.
»Al escuchar estas palabras, quedé turbado por un oculto presentimiento.

“—¿En el camino? —repetí.
“—Sí —repuso la princesa.
»Permanecí silencioso.
“—¿No adiviináis en qué sitio? —me preguntó sonriendo.
“—No, señora.
“—En Taverney.
“—¡Dios mío! ¿para qué? —exclamé.
“—Para conocer a vuestro padre y a vuestra hermana.
“—¡A mi padre!... ¡a mi hermana!... ¡Cómo! ¿Vuestra Alteza Real sabe...?
“—Me he informado, y sé que habitan a unos doscientos pasos de nuestro camino; por tanto, ordenaréis que se detengan en Taverney.
»Mi frente se inundó de un sudor frío, y me apresuré a decir a Su Alteza Real con un temblor cuya causa ya adivinaréis:
“—Señora, la casa de mi padre es indigna de recibir a tan alta princesa como vos.
“—¿Y por qué? —interrogó.
“—Señora..., somos pobres...
“—Con más razón: al recibirme lo haréis con mayor majestad y sencillez. Además, que por muy pobre que sea Taverney, no faltará una taza de leche para una amiga que desea olvidar un instante que es archiduquesa de Austria, y princesa heredera de Francia.
“—¡Ah, señora! —contesté inclinándome. Pero quedé cortado sin poder pronunciar otra palabra.
—Sin embargo, creí que aquella idea se le disiparía durante la noche; pero me equivoqué. En la parada que hicimos en Pont-à-Mousson, Su Alteza se informó de si estábamos ya próximos a Taverney, y me vi precisado a responderle que sólo distábamos tres leguas.
—¡Torpe! —exclamó el barón.
—Pero la princesa, que según creo, advirtió mi embarazo: «No temáis nada —me dijo—; mi detención será corta; y pues me amenazáis con un recibimiento algo molesto, quedaremos pagados, puesto que yo también os molesté a mi llegada a Strasburgo». ¿Cómo queréis, padre mío, que pudiera oponerme a tan cariñosas palabras?
—¡Oh! sería imposible —interrumpió Andrea—, y Su Alteza Real, según parece bondadosa, se conformará, como ha dicho, con mis flores y una taza de leche.

—Sí, pero no quedará contenta de mis sillones que le estropearán los huesos, ni con mis techos que le entristecerán. ¡Lleve el diablo esos caprichos!... ¡Estamos bien! La Francia estará bien gobernada por una mujer con tales antojos!... ¡Qué tal! ¡He ahí la aurora de un reinado venturoso!
—¡Dios mío! ¡que digáis semejantes cosas de una princesa que nos honra con exceso!...
—Di más bien que nos deshonra —gritó el anciano—. ¿Quién va a acordarse ahora de los Taverney? ¡Nadie! El nombre de nuestra familia se sepultó bajo las ruinas de Casa-Roja, y nunca esperé que de allí saliera hasta que la ocasión fuese propicia; pero no; hice mal al creerlo así: el capricho de una niña, va a resucitarle empañado, lleno de polvo, mezquino y miserable; y las gacetas siempre en acecho de todo lo ridículo, para propagarlo con escándalo, pues de ese modo comen, consignando en sus innobles columnas la visita de la gran princesa en el zaquizamí de Taverney. ¡Vive Cristo!... haré lo que he meditado.
Pronunció el barón con entonación tan diabólica sus últimas palabras, que los dos jóvenes se llenaron de asombro.
—Padre, ¿qué vais a hacer? —preguntó Felipe.
—Digo —contestó Taverney mascullando las palabras—, que yo me entiendo, y que si el duque de Mediana incendió su palacio para quemar a una reina, bien puedo pegar fuego a un casucho para dispensarme de tener que recibir a una princesa... Dejad que venga.
Los dos hermanos, que sólo entendieron las últimas palabras, se miraban inquietos.
—Dejadla venir —repitió el barón.
—Pues debe tardar breves instantes —repuso Felipe—. Tomé la vereda que atraviesa los bosques de Pierrefitte para ganar algunos minutos a la escolta; pero ésta debe estar ya muy cerca.
—Pues entonces no hay tiempo que perder —añadió Taverney.
Y tan ligero como si tuviera veinte años, salió de la sala, entró presuroso en la cocina, y sacando del fogón un leño ardiendo, se dirigió corriendo hacia los trojes, atestados de paja, alfalfa y habichuelas secas. Ya acercaba el fuego a los haces de forraje, cuando Balsamo apareció, y le detuvo el brazo.
—¿Qué hacéis, caballero? —le dijo arrebatando con violencia el leño de las manos del anciano—: la archiduquesa de Austria no es un condestable, cuya presencia mancille y denigre una casa, hasta el extremo de pegarle fuego

antes de dejarle poner en ella los pies.
Sin sonreír como acostumbraba, el anciano se detuvo, pálido y tembloroso. Habíale sido necesario reunir todas sus fuerzas para adoptar por punto de honor (al menos así lo creía), una decisión que convertía su medianía, aún tolerable, en una absoluta miseria.
—Id, señor barón, id —continuó Balsamo—; pues apenas tenéis el tiempo preciso para despojaros de esa bata y vestiros con decencia. El barón de Taverney era, cuando le vi en Filipsburgo, caballero gran cruz de San Luis. No conozco traje que no parezca rico y elegante con esa condecoración.
—Pero, caballero —repuso Taverney—, de esa manera la princesa verá lo que quería que vos mismo ignoraseis, y es que soy un infeliz.
—Descuidad, barón; de tal modo se la distraerá que ni aun podrá reparar si vuestro castillo es nuevo o viejo, rico o pobre. Sed más hospitalario, que a ello estáis obligado como caballero. ¿Qué harán los enemigos de Su Alteza Real, que por cierto son muchos, si los amigos incendian sus casas para no admitirla bajo su techo? No adelantemos las enemistades futuras: cada cosa a su tiempo.
Resignado, obedeció Taverney, y unióse a sus hijos, que inquietos por su ausencia, le buscaban en todas partes.
Retiróse Balsamo con el más misterioso silencio, como para terminar alguna obra comenzada.

XIV

SORPRESA EXTRAORDINARIA

Como indicó Balsamo, no había en efecto ni un momento que perder, pues a pocos minutos un gran estruendo de carruajes, caballos y voces, oyóse en el camino que conducía al castillo del barón de Taverney, tan silencioso de ordinario.
De repente aparecieron tres coches. Veíase brillar, especialmente en uno, a

pesar del polvo y fango que le cubría, la magnificencia de sus dorados y bajos relieves mitológicos. Detuviéronse junto a la gran puerta que tenía abierta Gilberto, cuyos ojos dilatados y con un temblor febril, indicaban la viva emoción que experimentaba su alma a vista de tanta grandeza.

Veinte jóvenes y brillantes jinetes se colocaron junto al coche principal, en tanto que se apeaba, apoyada en un caballero vestido de negro y condecorado con el gran cordón de la Orden, una joven de quince a dieciséis años, cuya cabellera, aunque sin polvos y arreglada sencillamente, no era parte para que dejara de alzarse un pie sobre su frente.

María Antonieta llegaba a Francia con una reputación de hermosura, poco frecuente en las princesas destinadas a sentarse en el trono de San Luis. Conseguiríamos difícilmente hacer la exacta descripción de sus ojos que, aun sin estar dotados de extraordinaria belleza, podían expresar todas las sensaciones, y en su mirada poseían la facultad de volverse a su antojo, tan pronto dulces y afables, como imperiosos y altaneros. Su nariz era bien formada; el labio superior, encantador y gracioso; pero el inferior, aristocrática herencia de diecisiete Césares, excesivamente grueso y caído, contrastaba algún tanto con las demás facciones de aquel hermoso rostro, y sólo convenía con ellas cuando en su semblante se dibujaba la expresión de la cólera o de la indignación. Su tez era admirable; vélasele circular la sangre bajo el tejido delicado de su piel; el pecho, la garganta y espaldas, eran de asombrosa belleza, y sus manos, verdaderamente reales. Su paso, ora se mostraba altanero, noble y algún tanto apresurado; ora por el contrario, afeminado, muelle y aun cariñoso. Jamás mujer alguna saludó con más coquetería, ni reina con más majestad. Con inclinar su cabeza una sola vez ante diez personas, todas quedaban satisfechas, y a todas daba lo que les correspondía con aquella única reverencia. La sonrisa y la mirada expresaban ventura y satisfacción, y se hallaba al parecer decidida a no manifestarse como princesa en todo aquel día. Dulce tranquilidad brillaba en su semblante, y sus ojos hallábanse animados de la más encantadora bondad. Vestía un traje de seda blanco, y una manteleta de espesos encajes pendía graciosamente de sus brazos, completamente desnudos.

Apenas puso el pie en el suelo, volvióse con el objeto de dar la mano a una de sus damas de honor de avanzada edad, y rechazando el brazo con que le brindaba el caballero con vestido negro y cordón azul, se adelantó, tendiendo ávidas miradas a cuanto la rodeaba. Su corazón tomó desconocida expansión,

y parecía aprovecharse completamente de aquella libertad que tan raras veces disfrutara.
—¡Oh! ¡qué delicioso es este sitio! ¡qué hermosa la arboleda! ¡qué linda es esa casita! ¡dichoso el que respira este aire tan perfumado y puro, y puede vivir bajo la sombra de estos árboles!
En esto llegó Felipe de Taverney, seguido de Andrea, con sus cabellos trenzados y un traje de seda gris, que daba el brazo al barón, vestido con elegante frac de terciopelo azul, últimos restos de su antigua grandeza, sin olvidar, según la recomendación de Balsamo, su gran cruz de San Luis.
La princesa detúvose al descubrir aquellas personas que avanzaban hacia ella, y en torno suyo se agrupó su corte, compuesta de oficiales con los caballos del diestro, y cortesanos con los sombreros en la mano, sosteniéndose unos en los brazos de los otros y hablándose al oído.
Acercóse Felipe con profunda emoción, y con una nobleza que encerraba algo de melancolía:
—Señora —dijo—, si Vuestra Alteza Real lo consiente tendré el honor de presentaros al barón de Taverney Casa-Roja, mi padre, y a la señorita Clara Andrea de Taverney, mi hermana.
Inclinóse cortésmente el barón, como un hombre que está acostumbrado a saludar a las reinas, y Andrea desplegó toda la gracia de una elegante timidez, y la halagüeña política de un sincero respeto.
Contempló María Antonieta a los dos jóvenes, y recordando cuanto Felipe le había dicho sobre la pobreza de su padre, conoció cuan grande debía ser su padecimiento.
—Señora —dijo el barón con voz grave—, Vuestra Alteza Real honra excesivamente el castillo de Taverney. Tan humilde morada no es digna de recibir tanta nobleza y hermosura.
—Sé que me encuentro en la casa de un antiguo soldado de Francia —contestó la princesa—; y mi madre la emperatriz María Teresa, que ha hecho largo tiempo la guerra, me ha contado que en este país los más ricos en gloria, son casi siempre los más pobres de recursos.
Y tendió con inefable gracia su linda mano a Andrea, quien la besó arrodillada.
El barón, dominado por la idea que le agitaba, permanecía asustado al ver aquella muchedumbre que iba a invadir su pequeña casa, en que faltarían los asientos, cuando la princesa le sacó de su perplejidad, pues dirigiéndose a los

que componían su escolta:
—Señores —dijo—, no sufriréis la inoportunidad de mis antojos, ni tampoco quiero que disfrutéis del privilegio de una princesa: por tanto, tendréis la bondad de aguardarme aquí, volveré antes de una hora. Acompañadme, mi querida Lanjershausen—, añadió en alemán a la señora a quien había ayudado a descender del coche—. Venid vos también, prosiguió dirigiéndose hacia el caballero vestido de negro. Éste, que aun con la sencillez de su vestido sobresalía por su elegancia, tendría a lo sumo treinta años, buen semblante y aire agradable. Apartóse al oír la orden de la princesa, para dejarla libre el paso. Ésta llamó a Andrea, e hizo una seña a Felipe para que se aproximase a su hermana.
El barón quedó en compañía de aquel personaje, ilustre seguramente, a quien la princesa concedía el honor de seguirla.
—¿Conque sois un Taverney Casa-Roja? —dijo éste al barón, tocando con impertinencia aristocrática su magnífica pechera de encaje inglés.
—Reveladme vuestro tratamiento para contestaros —repuso aquél con un descaro semejante al del caballero vestido de negro.
—Podéis llamarme lisa y llanamente *príncipe* o *vuestra eminencia*; como os acomode.
—Pues, sí: digo a *vuestra eminencia* que soy un verdadero Taverney Casa-Roja —contestó el barón sin dejar el tono de burla que pocas veces olvidaba. Su Eminencia, que tenía aquel tacto escrupuloso de los grandes señores, conoció que el que con él conversaba, no era, como se había imaginado, un hidalgo cualquiera.
—¿Este castillo será vuestra casa de recreo en la temporada de verano?
—Y en invierno también —replicó Taverney, deseando evitar aquellas desagradables preguntas, y acompañando sin embargo cada respuesta con una refinada cortesía.
Mientras, Felipe volvía de vez en cuando la vista llena de inquietud hacia su padre. La casa principiaba en efecto a verse, amenazando revelar irónica y despiadadamente su pobreza. Ya señalaba con resignación el barón hacia el umbral, cuando la princesa, volviéndose hacia él, le dijo:
—Perdonadme, caballero, si no entro: de tal modo me agradan estas sombras, que en ellas pasaría gustosa todo lo que me resta de vida. Estoy cansada de salones, y hace quince días que en ellos me reciben; a mí a quien sólo agradan el aire, la arboleda y el aroma de las flores.

Y dirigiéndose a Andrea:
—Tendréis la bondad de ordenar que me traigan una taza de leche bajo estos frondosos árboles.
—¡Cómo —dijo el barón con una palidez mortal—, nos atreveríamos a ofrecer a Vuestra Alteza tan miserable colación!...
—Prefiero a todo leche y huevos frescos, pues de esto se componían mis banquetes.
La-Brie, radiante y henchido de orgullo con una magnífica librea y una servilleta en la mano, presentóse tras un emparrado de jazmines, a cuya sombra hacía ya algunos instantes que la princesa deseaba sentarse.
—Su Alteza Real está servida —dijo con acento tan sonoro como respetuoso.
—¡Cómo! Según veo, esta casa es de algún hechicero —dijo la princesa riendo; y se dirigió rápidamente hacia el odorífero emparrado.
Con extraordinaria inquietud y olvidando la etiqueta, el barón siguió a María Antonieta, abandonando al caballero a quien acompañaba.
Felipe y Andrea se observaban con admiración y ansiedad.
La princesa dio un grito de sorpresa, al llegar bajo los verdosos arcos, y el barón no pudo reprimir un suspiro de satisfacción. Andrea, dejando caer sus manos, parecía querer decir en su asombro:
—¿Qué significa esto, Dios mío?
María Antonieta observó aquella pantomima; su inteligencia podría descubrir aquellos misterios, si su corazón no se los hubiera ya revelado.
Bajo las frescas enredaderas formadas por clefátidas, jazmines y madreselvas, de cuyos nudosos tallos nacían multitud de frondosas ramas, había una mesa, que deslumbraba por el brillo del cincelado servicio de plata sobredorada, y la blancura de los manteles de damasco que la cubrían.
Diez cubiertos esperaban a otros tantos convidados.
Una exquisita merienda atrajo al punto, por su singularidad, la atención de la princesa.
Frutas exóticas rociadas de azúcar, dulces secos de todos los países, bizcochos de Alepo, naranjas de Malta, limones y toronjas de extraordinario tamaño colocadas en anchas copas, componían la merienda. En fin, los vinos más exquisitos y notables, por su origen, brillaban con los diversos matices del rubí y del topacio en cuatro magníficas garrafas, vaciadas y grabadas en Persia.
Un jarro de plata sobredorada contenía la leche que la princesa había pedido.

Observó en torno suyo, y vio a sus huéspedes pálidos y azorados. Los de la escolta se admiraban y regocijaban, sin comprender nada.
—¿Me esperabais, caballero? —preguntó la princesa al barón de Taverney.
—¿Yo, señora? —se atrevió a balbucear éste.
—Es claro; no es posible hacer semejantes preparativos en el espacio de diez minutos que hace que llegué a vuestra casa.
Al concluir esta frase, miró a La-Brie como dando a entender:
—¡Y con sólo ese criado!
—Señora —contestó Taverney—, es verdad que esperaba a Vuestra Alteza Real, o mejor dicho, estaba advertido de
su llegada.
—¿Os ha escrito vuestro hijo? —preguntó aquélla señalando a Felipe.
—No, señora.
—Nadie sabía que hubiese de detenerme aquí, y casi diré que aun yo misma lo ignoraba; pues deseando ocultarme ese capricho, para no motivar la molestia que causo, hasta esta noche pasada no he hablado de ello a vuestro señor hijo, quien hace una hora escasa se separó de mí, y sólo habrá podido adelantárseme unos minutos.
—En efecto, señora, un cuarto de hora cuando más.
—Será una hada la que os revelará todo esto, la madrina de esta señorita quizás —añadió María Antonieta, sonriendo y mirando a Andrea.
—Señora —dijo el barón invitándola a sentarse—, no ha sido una hada la que me ha noticiado tan fausto suceso, es...
—¿Es...? —repitió la princesa advirtiendo que aquél balbuceaba.
—Un hechicero.
—¡Un hechicero! ¡Cómo!
—Nada podré deciros, puesto que nada entiendo de magia, pero sí deberé afirmar que a él sólo debo haber podido recibiros y obsequiaros con alguna decencia.
—Pues ya que esta colación es obra de hechicería, a nada tocaremos; y Su Eminencia se ha dado mucha prisa —continuó dirigiéndose al caballero del vestido negro—, en partir ese pastel de Estrasburgo, pues aseguro no lo hemos de probar. Y vos, amiga mía —añadió a su camarista—, desconfiad como yo de ese vino de Chipre.
Mientras así hablaba llenó un cubilete de oro, del agua que tenía una garrafa de cristal redonda como un globo.

—Ciertamente —dijo Andrea con asombro—, Su Alteza tiene quizá razón...
Estremecíase sorprendido Felipe, e ignorando los acontecimientos de la víspera, miraba alternativamente a su padre y a su hermana, pretendiendo adivinar en sus semblantes lo que ellos mismos ignoraban.
—Faltáis, señor cardenal —dijo la princesa—, a los dogmas de la religión.
—Señora —repuso el prelado—; nosotros, príncipes... de la Iglesia, somos excesivamente mundanos para creer que las cóleras celestes se estrellen sobre vituallas, y muy humanos para echar al fuego a un hechicero por obsequiarnos con tan ricos manjares.
—No os burléis, monseñor —interrumpió el barón—. Juro a Vuestra Eminencia, que el autor de cuanto tenéis delante, es un hechicero, el cual me profetizó con una hora de anticipación la llegada de Su Alteza y de mi hijo.
—¡Una hora antes! —repitió la princesa.
—Sí, a lo sumo.
—¿Y pudisteis durante ese tiempo preparar esta mesa y poner en contribución las cuatro partes del mundo para reunir estas frutas y traer vinos de Tokey, Constanza, Chipre y Málaga? Si es como lo afirmáis, sois vos más hechicero que ese a quien os referís.
—No, señora; ha sido él y siempre él.
—¡Cómo! ¿aseguráis que él?...
—Ha hecho brotar de la tierra esta mesa, tal cual la veis.
—¿Podéis jurarlo? —preguntó María Antonieta.
—Por mi fe de caballero —contestó Taverney.
—¡Canario! —dijo el cardenal poniéndose serio y abandonando su plato—; creí que os bromeabais.
—No, Eminentísimo Señor.
—¿Conque tenéis en vuestra casa un hechicero?
—Un verdadero hechicero... y no me sería difícil creer que el oro de que está construida esa vajilla es hechura suya.
—¡Cómo! ¡Conoce la piedra filosofal! —gritó el cardenal centelleándole los ojos de codicia.
—¡Hola! —dijo la princesa—, sea enhorabuena, señor cardenal: feliz hallazgo para vos, que habéis empleado toda vuestra vida en buscarla sin poder dar con ella...
—Confieso a Vuestra Alteza —contestó Su Eminencia mundana—, que nada es para mí tan maravilloso como lo sobrenatural, y nada tan curioso como lo

imposible.
—Me parece que he tocado vuestro punto vulnerable —repuso María Antonieta—. No hay hombre grande sin misterio, y mucho menos si es diplomático. Debo preveniros, sin embargo, que también entiendo de sortilegios y a veces descubro cosas; que aun cuando no sean imposibles ni sobrenaturales, nadie las cree.
Aquello era, sin duda, un enigma, que únicamente podía comprender el cardenal; pero no pudo disimular su turbación. Tampoco debemos negar, que la mirada tan dulce de la princesa, se había encendido al hablarle en una forma que anunciaba una tormenta interior.
Sin embargo, sólo brilló el relámpago, y María Antonieta, algo más tranquila, prosiguió:
—Vamos, señor Taverney, para completar la fiesta presentad a ese hechicero. ¿Dónde está? ¿En qué cajita le tenéis oculto?
—Creo —replicó el barón—, que él sí que podría ocultar en una cajita a mí y a toda la casa.
—Lo cierto es, que vais excitando mi curiosidad. Llamadle, deseo verle.
El barón, que seguía de pie junto a sus hijos, conoció que el acento con que la princesa pronunciaba estas palabras, no admitía réplica, a pesar de ir acompañadas del mayor agrado. Hizo, por tanto, una señal a La-Brie, que en vez de servir, observaba a todos aquellos ilustres personajes, y manifestaba con aquella contemplación, hallarse compensado de veinte años de atraso en el pago del salario.
Como La-Brie levantase la cabeza, Taverney le dijo:
—Id y anunciad al señor barón José Balsamo, que Su Alteza Real, la princesa María Antonieta, desea conocerlo.
El criado obedeció.
—¡José Balsamo!... ¡qué nombre tan particular! —dijo la princesa.
—¡José Balsamo!... —repitió pensativo el cardenal—. Me parece que conozco...
Pasaron cinco minutos de silencio, sin que nadie lo interrumpiese.
Andrea temblaba... Algunos pasos hirieron su oído antes que los oyesen los demás.
El follaje se conmovió; apartáronse las ramas, y Balsamo se presentó ante María Antonieta.

XV

LA GARRAFA

Saludó humildemente el extranjero; y alzando después su rostro lleno de inteligencia y de expresión, fijó, aunque con respeto, su mirada sobre la princesa, y esperó en silencio que ésta le preguntase.
—Si sois vos de quien ha hablado el señor de Taverney —dijo María Antonieta—, aproximaos, caballero, y veremos cómo es un hechicero.
Inclinóse nuevamente Balsamo, y dio un paso hacia adelante.
—¿Pronosticáis por oficio? —dijo la princesa observándole con más curiosidad que ella mismo quisiera concederle, y bebiendo a sorbos la leche.
—Aunque no pronostico profesionalmente, pronostico, señora.
—Educados en la verdadera fe, únicamente creemos en los misterios de la religión católica.
—Son muy respetables, sin duda —contestó Balsamo con profundo recogimiento—. Sin embargo, he aquí al señor cardenal de Rohán, quien aun siendo príncipe de la Iglesia, dirá a Vuestra Alteza que existen otros misterios dignos también de respeto.
Conmovióse el cardenal: a nadie había dicho su nombre: nadie lo había pronunciado; y el extranjero lo sabía.
Fingiendo no advertir esta circunstancia, María Antonieta continuó:
—Confesaréis, sin embargo, que son los únicos que se veneran.
—Señora —contestó Balsamo con el mismo respeto y firmeza—; próxima a la fe está la certeza.
—Son algún tanto misteriosas vuestras palabras, señor mago, y aun cuando mi corazón es en todo francés, mi inteligencia conoce todavía poco las sutilezas de la lengua. Me han asegurado que monsieur de Bièvre me instruiría de todo; pero mientras se verifica, me veo precisada a deciros que seáis menos enigmático, si deseáis que os entienda.
—Y yo —contestó Balsamo moviendo la cabeza con melancólica sonrisa— pido autorización a Vuestra Alteza para continuar hablando como hasta

ahora. Sentiría demasiado rasgar un velo que mostraría a tan alta princesa un porvenir tan diferente quizá del que se figura.
—¡Oh! ¡oh! Esto es más importante, y este caballero quiere excitar mi curiosidad con la esperanza de que le obligue a decirme la buena ventura.
—Todo lo contrario: Dios me libre de verme obligado a ello —replicó fríamente el extranjero.
—Tal creo, pues os veríais muy comprometido —dijo la princesa riendo.
No obstante, esta risa cesó, sin que alguno de sus cortesanos la acompañara. Sobre todos pesaba la poderosa influencia de aquel hombre singular, que era en aquel momento foco de la atención general.
—Vamos confesadlo francamente.
Balsamo se inclinó sin contestar.
—¿No sois vos quien ha anunciado mi llegada al señor de Taverney? —preguntó María Antonieta con algunas manifestaciones de impaciencia.
—Señora, yo he sido.
—¿Queréis decirme cómo? —preguntó la princesa comenzando a experimentar deseo de escuchar otra voz en el extraño diálogo que ya acaso sentía haber empezado, pero que no quería abandonar.
—Muy sencillamente —contestó Taverney—; mirando un vaso de agua.
—¿Es cierto? —dijo la princesa dirigiéndose a Balsamo.
—Sí, señora —contestó éste.
—Si ese es vuestro libro mágico, lo juzgo inocente. Quiera Dios que vuestras palabras sean tan claras.
Sonrióse el cardenal. Taverney se aproximó entonces y dijo:
—Es mi opinión, señora, que Vuestra Alteza Real tendrá que aprender muy poco de Mr. de Bièvre.
—Señor barón —respondió con agrado la princesa—: o no me aduléis o aduladme mejor. No existe mérito en lo que he dicho. Volvamos al señor.
Y María Antonieta se dirigió al viajero, hacia el cual se veía impulsada irresistiblemente, como ocurre en ocasiones cuando nos encaminamos hacia un punto en que nos espera un infortunio.
—Ya que para el señor habéis leído el porvenir en su vaso, supongo que no tendréis inconveniente en hacerlo para mí en una garrafa.
—Seguramente —contestó Balsamo.
—¿Y por qué os oponíais?
—Porque es incierto el porvenir, señora, y podría encontrar en él alguna

nube...
El viajero no habló más.
—¿Y bien? —dijo la princesa.
—Quedaría, como tuve el honor de decir hace poco, con la pena de haber entristecido a Vuestra Alteza Real.
—¿Me conocíais antes, o me veis ahora por primera vez?
—Tuve el honor de ver a Vuestra Alteza Real con su augusta madre en su país natal.
—¡Qué! ¿Conocéis a mi madre?
—Sí, señora: es una augusta y poderosa reina.
—Emperatriz querréis decir, caballero.
—Quiero decir reina, por su corazón y talentos; y no obstante...
—¡Reticencias hablando de mi madre! —dijo María Antonieta despreciativamente.
—Los más nobles corazones tienen sus flaquezas, y mucho más cuando piensan que se trata de la felicidad de sus hijos.
—Me parece que jamás podrá la historia justificar ni una sola falta a María Teresa.
—Porque no sabrá lo que sólo la emperatriz María Teresa, Vuestra Alteza Real y yo, sabemos.
—¡Cómo! ¿Hay algún misterioso secreto entre los tres? —dijo sonriéndose desdeñosamente la princesa.
—Entre los tres, señora —contestó Balsamo con calma—; entre los tres.
—Reveladlo, caballero.
—Si lo digo, ya no será secreto.
—Sin embargo; veamos.
—¿Lo desea Vuestra Alteza Real?
—Lo quiero.
Balsamo se inclinó y dijo:
—Hay en el palacio de Schoebrunn un aposento llamado el gabinete de Sajonia, a causa de los preciosos vasos de porcelana que encierra.
—Es cierto. Continuad.
—Este gabinete forma parte del gabinete particular de Su Majestad la emperatriz María Teresa.
—Efectivamente.
—Y en él acostumbra a escribir su correspondencia íntima.

—Así es.
—Sobre un magnífico bufete de Boule que Luis XV regaló a Francisco I...
—Todo lo que hasta ahora habéis dicho, es verdad —interrumpió la princesa —; pero todo el mundo puede saberlo fácilmente.
—Dígnese Vuestra Alteza tener paciencia. Un día, serían las siete de la mañana, y aun permanecía en el lecho la emperatriz, cuando Vuestra Alteza entró en ese gabinete por una puerta que le era particularmente conocida, pues entre las augustas hijas de Su Majestad la emperatriz, Vuestra Alteza era constantemente la más preferida.
—Proseguid, caballero.
—Vuestra Alteza se acercó al bufete, sobre el cual había una carta abierta que el día anterior fue escrita por la emperatriz.
—¿Y bien?
—¡Y bien! Vuestra alteza enteróse de su contenido.
Un vivo carmín sonrojó las mejillas de María Antonieta.
—Algunas palabras disgustaron seguramente a Vuestra Alteza; pues después de leerla, tomó la pluma, y con su propia mano...
La princesa esperaba al parecer con ansiedad. Balsamo prosiguió:
—Tachó tres palabras.
—Decid cuáles eran —gritó prontamente María Antonieta.
—Las primeras de la carta.
—No os pregunto-el lugar que ocupaban, sino su significación.
—Expresaban sin duda mucho afecto hacia la persona a quien se dirigían, y esta es la debilidad de que he afirmado, que una vez al menos hubieran podido acusar a vuestra augusta madre.
—¿Recordáis esas tres palabras?
—Perfectamente.
—¿Podéis repetírmelas?
—Con toda seguridad.
—Decidlas.
—¿En alta voz?
—Sí.
—*Mi querida amiga*.
—María Antonieta mordióse los labios, y palideció.
—¿Vuestra alteza real quiere que ahora diga a quién iba dirigida la carta?
—No... es mejor que lo hagáis por escrito. Sacó Balsamo un librito de

memorias con manecillas de oro, escribió algunas palabras en una de sus hojas con un lápiz del mismo metal, la desgarró, e inclinándose, la entregó a la princesa.
Tomó María Antonieta la hoja de papel, y leyó: «La carta se dirigía *a la marquesa de Pompadour*, favorita del rey Luis XV.»
Levantó María Antonieta la vista con asombro hacia aquel hombre, cuyas secas palabras, y su enérgica y clara voz, parecían ejercer predominio sobre ella a pesar de saludarla humildemente.
—Es cierto cuanto acabáis de decir; y aun cuando desconozco los medios de que os valdríais para sorprender este secreto, como no puedo mentir, repito en voz alta que es cierto.
—Ahora —dijo Balsamo—, ruego a Vuestra Alteza, me autorice para retirarme, y quede satisfecha, con este inocente testimonio, de mi ciencia.
—No, señor —contestó María Antonieta—. Cuanto más sabio parecéis a mis ojos, mayor es mi deseo de oír vuestros pronósticos. Sólo hablasteis del pasado; ahora deseo me manifestéis el porvenir.
Dijo la princesa estas palabras con una agitación febril, que en vano pretendía ocultar a los que la escuchaban.
—Estoy pronto —repuso Balsamo—; y no obstante reitero a Vuestra Alteza Real mi súplica anterior.
—Nunca he manifestado dos veces un deseo, y recordad que ya lo he hecho una vez.
—Permitidme al menos, señora, que consulte el oráculo —dijo el viajero en tono suplicante—, y comprenderé si puedo revelar el porvenir a Vuestra Alteza Real.
—Bueno o malo lo exijo. ¿Me entendéis, caballero? —dijo María Antonieta con creciente exaltación—. Si es bueno, no lo creeré, considerándolo una lisonja; y malo lo tomaré por un aviso; pero de cualquier manera os estaré agradecida. Ya podéis comenzar —añadió con un tono que no admitía réplica ni tardanza.
Callaron todos, y Balsamo, tomando la esférica garrafa de que antes hicimos mención, la colocó sobre una copa de oro.
De este modo iluminada, el agua brilló con cambiantes reflejos, que mezclados con las nacaradas paredes y el diamante del centro, parecían decir algo a las atentas miradas del adivino.
Alzóla entonces éste con ambas manos, y después de observarla durante

algunos instantes con la mayor atención, meneó la cabeza y la volvió a colocar sobre la mesa.
—¿Y bien? —preguntó la princesa.
—No puedo hablar —contestó el extranjero.
—Ya veréis cómo obligo a hablar a los que se niegan —murmuró María Antonieta. Y alzando la voz, agregó—: Porque nada tenéis que revelarme.
—Hay algunas cosas que nunca deben decirse a los príncipes —replicó Balsamo con un acento que expresaba la decisión a resistirse a la orden de María Antonieta.
—Y especialmente cuando esas cosas se traducen por la palabra nada.
—Muy al contrario, señora, no es eso lo que hace detenerme.
Sonrióse desdeñosamente la princesa.
Balsamo estaba al parecer turbado: el cardenal principiaba a burlarse, y el barón se acercó gruñendo.
—¡Qué tal! ¡Conque mi hechicero ha perdido ya su virtud!... ¡Válgame Dios qué poco ha durado! Supongo que sólo falta que ahora todas esas tazas de oro se conviertan en hojas de viña, como en el cuento oriental.
—Con seguridad me hubiera alegrado más de ver sólo esas hojas que decís, que tanta ostentación como ha desplegado el señor, para alcanzar serme presentado.
—Señora —dijo Balsamo palideciendo—, debierais recordar que no solicité ese honor.
—Sí; pero no era muy difícil suponer que yo solicitara veros.
—Dispensadlo, señora —dijo Andrea en voz baja—, ha creído hacer bien.
—Y yo digo que ha hecho mal —replicó María Antonieta con voz que sólo pudo ser oída del viajero y de Andrea—, no es lícito humillar a un anciano para realzarse; y cuando una princesa de Francia puede beber en el vaso de estaño de un caballero, no se la obliga a beber en una copa de oro de un charlatán.
Estremecióse Balsamo como si hubiera sentido la picadura de la víbora.
—Señora —contestó con colérica voz—, estoy pronto a haceros saber vuestro destino, puesto que vuestra ceguedad os impulsa a conocerlo.
Y terminó estas palabras con tono tan firme y amenazador, que los presentes sintieron su sangre helarse en sus venas, y la joven archiduquesa perdió el color.
—No le oigáis, hija mía —dijo en alemán la señora anciana a María

Antonieta.
—Dejadla que escuche, ha querido saber y sabrá —respondió Balsamo en el mismo idioma.
Estas palabras, que fueron dichas en acento extranjero, y que sólo pudieron comprender algunas personas, aumentaron el misterio de aquella situación.
—Vamos —dijo la princesa a pesar de los esfuerzos de su tutora—, vamos, que hable. Si le ordenase callar ahora, creería que tengo miedo.
Apareció una furtiva sonrisa en los labios del vaticinador al oír estas palabras.
—Bien dije —murmuró— que todo era fanfarronada.
—Hablad —dijo la princesa—, hablad, caballero.
—¿De modo que Vuestra Alteza Real lo manda?
—Cuando tomo una decisión, nunca retrocedo.
—Pues entonces, sólo a vos, señora.
—Enhorabuena —dijo María Antonieta—: quiero estrecharle hasta en sus últimas trincheras. Alejaos.
Así lo hicieron, pues con una señal que hizo manifestó que la orden era general.
—Este es un subterfugio como otro cualquiera para obtener una audiencia particular —dijo la princesa volviéndose a Balsamo—; ¿no es así, caballero?
—No tratéis de exacerbarme, señora —contestó éste—; yo no soy más que el instrumento de que Dios se sirve para que os ilumine. Increpad a la suerte; nada le quedaréis a deber, pues tarde o temprano se vengará de vos; yo sólo descubro sus caprichos. No hagáis recaer sobre mí la ira que produce en vos mi tardanza, no hagáis que pague las desgracias de que soy únicamente el siniestro precursor.
—¿Afirmáis que son desgracias? —dijo la princesa tranquilizada por la respetuosa expresión de su interlocutor, y desarmada con su resignación aparente.
—Sí, señora, y muy terribles.
—No me ocultéis ninguna.
—Os obedeceré.
—Veamos.
—Preguntad.
—En primer término, decidme: ¿vivirá feliz mi familia?
—¿Cuál? ¿la que habéis dejado, o la que os espera?
—Mi verdadera familia; mi madre María Teresa, José mi hermano, y mi

hermana Carolina.
—Vuestro infortunio no les alcanzará.
—¿Conque están destinadas personalmente a mí?
—Y a vuestra futura familia.
—¿Podéis decírmelas claramente?
—No puedo.
—La familia real se compone de tres príncipes.
—Así es.
—El duque de Berry, y los condes de Provenza y Artois.
—Exacto.
—¿Cuál es su sino?
—Reinarán los tres.
—¿Y yo no tendré hijos?
—Sí, los tendréis.
—¿Pero no varones?
—Sí, señora, varones.
—¿Y tendré el disgusto de verlos morir?
—Lloraréis la muerte del uno y la existencia del otro.
—¿Me amará mi esposo?
—Sí.
—¿Con vehemencia?
—¡Excesivamente!
—No adivino qué desgracias puedan alcanzarme, querida de mi esposo y protegida de mi familia.
—Uno y otra os faltarán.
—Me restará el amor del pueblo, y él me protegerá.
—El amor y la protección del pueblo... es el Océano en bonanza... ¿Habéis visto sus embravecidas olas durante la tempestad?
—Obrando bien, evitaré esa tempestad; y si con todo se suscita, me ensalzaré con ella.
—¿Desconocéis que mientras más alta es la oleada, tanto mayor es el abismo?
—Dios me amparará.
—Tened presente que Dios no defiende una cabeza por él mismo sentenciada.
—¡Qué decís, caballero! ¿no llegaré a ser reina?

—¡Muy al contrario, señora; ojala no lo fueseis!
Sonrió con desprecio la joven.
—Oídme, señora —añadió Balsamo—, y no echéis nunca en olvido lo que os voy a decir. —Os escucho —repuso la princesa.
—¿Fijasteis la vista en las colgaduras que cubrían las paredes del primer aposento en que pernoctasteis al entrar en Francia?
—Sí —contestó muy conmovida María Antonieta.
—¿Qué representaban?
—La degollación... de los inocentes.
—Declarad que no habéis podido desechar de vuestra memoria los siniestros rostros de los asesinos.
—Efectivamente, caballero.
—Y durante la tormenta, ¿nada reparasteis?
—Un rayo que abrasó a mi izquierda el tronco de un árbol que, al caer, estuvo a pique de destruir mi carruaje.
—Paréceme que esos acontecimientos pueden llamarse presagios —dijo Balsamo con fúnebre acento.
—¿Funestos?
—Difícilmente pudiera interpretarse de manera distinta.
Inclinó María Antonieta la cabeza sobre su seno, y alzándola después de un instante de silenciosa meditación,
prosiguió:
—¿Cómo morirá mi esposo?
—Decapitado.
—¿Y el conde de Provenza?
—Sin piernas.
—¿El de Artois?
—Sin corte.
—Y yo, ¿cómo he de morir?
Balsamo movió su cabeza sin responder.
—Hablad, caballero, hablad —gritó María Antonieta.
—Nada más me es posible.
—¡Yo deseo que habléis! —repitió exaltada la princesa.
—¡Señora... por compasión!
—¡Oh!... hablad...
—¡Jamás!... Señora, ¡jamás!

—Hablad, caballero —gritó de nuevo María Antonieta con voz amenazadora —, hablad o me obligaréis a creer que esto sólo ha sido una farsa ridícula. Además, quiero que recordéis, que nadie se burla impunemente de una hija de María Teresa; de una mujer... que dispone de la vida de treinta millones de hombros.
Balsamo permaneció mudo a pesar de esta amenaza.
—Vamos, confesad que no sabéis más —añadió la princesa encogiéndose de hombros despreciativamente—; o más bien, que vuestra inventiva está ya agotada.
—Os repito que nada ignoro, y pues absolutamente lo deseáis...
—Sí, lo deseo.
Balsamo cogió la garrafa, la depositó en el interior de un oscuro pabellón, formado a manera de gruta por algunos peñascos artificiales, y asiendo de la mano a la archiduquesa, la condujo a aquella oscura bóveda. María Antonieta se sobresaltó al ver la vehemente acción del extranjero.
—¿Os halláis en disposición? —la preguntó.
—Sí.
—Pues entonces... de rodillas, señora, de rodillas, y estaréis en posición de rogar al cielo que os evite el terrible fin que vais a presenciar.
Obedeció automáticamente la princesa, y cayó postrada en tierra.
Balsamo tocó con su varilla la esfera de cristal, en cuyo centro apareció sin duda, alguna sombría y pavorosa figura.
María Antonieta se esforzó extraordinariamente por levantarse; pero vaciló un momento, volvió a caer, exhaló un grito terrible y perdió el conocimiento.
El barón acudió con precipitación y la encontró sin sentido.
Volvió en sí después de algunos minutos, y llevando sus manos a la frente, como una persona que trata de reunir sus ideas, exclamó con un acento de indescriptible espanto:
—¡La garrafa! ¡la garrafa!
Presentósela el barón: el agua estaba limpia y transparente.
Balsamo había desaparecido.

XVI

DONDE LA PRINCESA ANUNCIA UN BRILLANTE PORVENIR A LOS SEÑORES DE TAVERNEY

Ya hemos dicho que el primero que se enteró del desmayo de la señora princesa fue el barón de Taverney, pues se hallaba espiando con inquietud porque un oculto presentimiento le advertía lo que iba a suceder entre ella y el hechicero. Al oír el grito que arrojó la princesa, fue presuroso hacia el sitio donde ésta se encontraba, y pudo ver a Balsamo que se lanzaba fuera del pabellón.

La primera frase de María Antonieta fue para pedir la garrafa, y la segunda, para ordenar que no se hiciese daño al profeta. Era tiempo, pues Felipe de Taverney se detuvo a esta orden, cuando ya corría como un león irritado en persecución de Balsamo.

Su dama de honor aproximóse entonces a ella y le hizo algunas preguntas en alemán, a las que sólo respondió que en nada le había perdido Balsamo el respeto, y que cansada sin duda por la duración de aquel viaje y por la tormenta del día anterior, se veía acometida por algún acceso de fiebre nerviosa.

Se le tradujo esta contestación a M. de Rohán, que sin atreverse a preguntar, esperaba que le aclarasen el asunto.

Siendo costumbre en la corte quedar satisfechos con media respuesta, nadie opuso la menor objeción, aun cuando la de la princesa no satisfizo completamente a ninguno: por tanto, Felipe, dirigiéndose a ella, dijo:

—Para cumplir exactamente la orden de Su Alteza Real, vengo a pesar mío a recordarle que ya ha transcurrido la media hora que tenía destinada para descansar, y que los caballos están dispuestos.

—Muy bien, caballero —contestó con agraciado ademán de penoso abandono—, pero me veo precisada a derogar mi orden anterior. No estoy en situación de ponerme en camino en este momento, y... si durmiese algunas horas... me aliviaría.

El barón perdió el color, y Andrea le observó con inquietud.

—Bien sabe vuestra alteza cuan indigno de vos es este castillo —dijo Taverney, muy confuso.

—¡Ah! os lo suplico, caballero... —contestó María Antonieta, con el tono de una persona próxima a desmayarse—, todo está bien con tal que descanse.
Andrea se alejó enseguida para mandar preparar su habitación, que aun no siendo la mayor ni la más adornada, se encontraban en ella (como habitación de una joven aristócrata, aun cuando fuera pobre como Andrea) ciertos visos de coquetería que siempre agradan y recrean la vista de otra mujer.
Todos se apresuraron a servir a María Antonieta; pero ésta, como si careciese de alientos para hablar, hizo una señal con su mano, acompañada de melancólica sonrisa, manifestando que deseaba estar sola.
Todos se retiraron de nuevo. La vista de la princesa los siguió atentamente hasta que desaparecieron, y apoyando sobre una mano su frente pálida, quedó en meditación.
Los augurios que la acompañaban a Francia, ¿no eran verdaderamente terribles? ¡Aquel aposento donde durmió en Estrasburgo, el primero donde puso los pies al tocar el suelo donde iba a reinar y cuyos tapices representaban el degüello de los inocentes!... ¡Aquella exhalación que había destrozado la víspera un árbol junto a su coche, y el pronóstico que le hiciera aquel hombre extraordinario, seguido de la extraña aparición cuyo secreto estaba al parecer decidida a no revelar!...
Pasados unos diez minutos, la hija del barón volvió para anunciar que estaba ya dispuesta la habitación, y penetró hasta la enramada, no conceptuando lo que a ella también se refiriese la orden de Su Alteza Real.
Estaba al parecer tan abstraída en profunda meditación, que la hija del barón permaneció de pie y con el mayor silencio, temerosa de interrumpirla; pero María Antonieta levantó su cabeza, e hizo, sonriéndose, una señal con la mano.
—El aposento de Vuestra Alteza está preparado, y sólo osamos suplicarla...
María Antonieta le cortó la palabra.
—Mucho os lo agradezco. Hacedme la merced de avisar a la condesa de Lanjershausen, y sed nuestro guía.
Obedeció Andrea, y la anciana señora se aproximó con premura.
—Dadme el brazo, mi buena Brígida, pues no tengo realmente fuerzas para andar sola.
Así lo hizo la condesa, y Andrea se adelantó para auxiliarla.
—¡Cómo! ¿Conocéis el alemán, señorita? —preguntó María Antonieta.
—Sí, señora —contestó aquélla—, y lo hablo, aunque poco.

—Mucho me alegro —exclamó la princesa, llena de emoción—. ¡Oh, cuánto conviene a mi plan!
No obstante el deseo que la hija del barón tuviera en conocer esos proyectos, no se atrevió a preguntarlos.
La princesa apoyóse en el brazo de la condesa de Lanjershausen, y sus rodillas se doblaban, a pesar de andar despacio.
Al dejar el bosquecillo, oyó la voz de M. de Rohán, que decía:
—¿Os atrevéis, señor Stainville, a hablar a Su Alteza Real no obstante la consigna?
—Es indispensable —contestó con voz firme el gobernador—, y estoy seguro que me dispensará.
—No sé, en verdad, caballero, si debo...
—Dejadle paso —dijo la princesa, apareciendo a la entrada del follaje—, aproximaos, caballero de Stainville.
Inclináronse todos, abriendo paso al cuñado del ministro omnipotente que mandaba entonces la Francia.
Observó éste en torno suyo, por ver si podían escucharle. María Antonieta conoció que tenía que participarla alguna conferencia secreta; pero todos se alejaron antes que ella hubiese podido expresar su deseo de hallarse sola.
—Señora, un pliego de Versalles —dijo en voz baja M. Stainville, mostrándole una carta que hasta entonces ocultaba bajo su sombrero bordado.
Tomóla María Antonieta, y leyó el sobre:

Al señor barón de Stainville, gobernador de Estrasburgo.

—Esta carta no es para mí, sino para vos; abridla, y leédmela si contiene algo que me interese.
—Aun cuando el sobre se halla a mi nombre, Vuestra Alteza Real puede ver la señal en que hemos convenido con mi hermano M. de Choiseul, indicando que es únicamente para Vuestra Alteza.
—¡Ah! es cierto, no había visto esa cruz; entregádmela.

Está resuelta la presentación de madame Du Barry, si encuentra una madrina. Sin embargo, aun esperamos que no podrá hallarla; pero el medio más seguro de impedirlo sería que Su Alteza Real se apresurara, pues nadie se atreverá a proponer semejante disparate tan pronto como llegue a

Versalles.

—Perfectamente —dijo María Antonieta, no sólo sin manifestar la menor alteración, mas sin aparentar que pudiese inspirarla el menor interés lo que había leído.
—¿Vuestra Alteza Real va a descansar? —preguntó Andrea tímidamente.
—No: gracias, señorita; el aire fresco me ha reanimado; ved qué dispuesta y alentada me encuentro en este momento.
Y dejando el brazo de la condesa, dio algunos pasos con tanta rapidez y firmeza, como si nada le hubiese ocurrido.
—Los caballos; voy a marchar.
Dirigió una mirada M. de Rohán, lleno de asombro, a M. de Stainville, como interrogándole la causa de tan repentina mudanza.
—El príncipe está impaciente —contestó el gobernador en voz baja al cardenal.
Se urdió aquel embuste con tanto disimulo, que M. de Rohán quedó enteramente satisfecho, creyendo que era una indiscreción.
En cuanto a Andrea, aleccionada por su padre a respetar el menor capricho de las testas coronadas, nada le extrañó aquella mudanza de María Antonieta; así es, que al volverse ésta hacia ella, no pudo advertir en su rostro más que una expresión de inefable bondad.
—Mil gracias, señorita, y quedo íntimamente agradecida a vuestra generosa hospitalidad—. Dirigiéndose al barón, le dijo:
—Sabréis, caballero, que al salir de Viena prometí hacer la felicidad del primer francés que viese al poner el pie en la frontera de Francia. Este francés ha sido vuestro hijo... pero no quedaré contenta con eso; y la señorita... ¿qué nombre tiene vuestra hija?
—Andrea, señora.
—Y la señorita Andrea no quedará en el olvido...
—¡Ah! Vuestra Alteza... —balbuceó la joven.
—Sí; voy a nombrarla camarista: me parece estamos en ocasión de hacer las pruebas; ¿no es así, caballero? —prosiguió, dirigiéndose a Taverney.
—¡Ay, señora! —exclamó el barón, al oír con aquellas palabras realizados, todos sus sueños—; en cuanto a este punto estamos descuidados, pues somos más nobles que ricos... sin embargo... tanto honor...
—Es merecido... El hermano defenderá al rey en el ejército, y la hermana

puede servir a la princesa en palacio: el padre aconsejará al hijo la lealtad, y a la hija la virtud... Decidme, caballero, ¿no tendré dignos servidores? —agregó María Antonieta, dirigiéndose hacia el joven, que sólo pudo caer de rodillas, y a quien su viva emoción ahogó las palabras en sus labios.
—Pero... —murmuró el barón, que fue el primero en adquirir la facultad de pensar.
—Sí, lo comprendo —dijo la princesa—, ¿tenéis que hacer varios preparativos?
—Es cierto, señora —contestó Taverney. —Admito esa disculpa, pero será de escasa duración. Una triste sonrisa, apareciendo en los labios de Andrea y de Felipe, al mismo tiempo que se dibujó amarga en los del barón, la detuvo con aquella explicación que se hacía cruel para el orgullo de los Taverney.
—No, indudablemente, si he de juzgar por el deseo que tendréis de complacerme —añadió María Antonieta—, pero... aguardad: os dejaré un carruaje, y vendréis en mi séquito. Vamos, señor gobernador, venid en mi ayuda. Este se aproximó.
—Cedo un coche al señor de Taberney a quien llevo a París con la señorita Andrea, su hija. Elegid a alguno para escoltarle, y hacerle reconocer como mío.
—Al instante, señora —respondió el barón de Stain-Ville—. Acercaos, caballero Beausire.
Un joven de veinticuatro a veinticinco años salió de las filas de la escolta, y aproximóse con el sombrero en la mano. Su paso era firme, y su mirada viva e inteligente.
—Separaréis un carruaje para M. de Taberney —dijo el gobernador—; tendréis que ir acompañándolo.
—Haced que nos alcance pronto —añadió María Antonieta—, por lo cual os autorizo para mudar los caballos siempre que creáis que sea necesario.
El barón y sus hijos no sabían cómo demostrar su gratitud.
—Esta marcha precipitada no os ocasiona mucho disgusto, según creo; ¿no es así, caballero? —preguntó la princesa.
—Sólo servimos a Vuestra Alteza —contestó el barón.
—Adiós, adiós —dijo sonriendo María Antonieta—. ¡A vuestros carruajes, señores! ¡A caballo, M. Felipe!
Obedeció éste después de besar la mano de su padre y abrazar a su hermana. Pasado un cuarto de hora, no quedó de toda esta bulliciosa y elegante

cabalgata en la avenida de Taverney, más que un joven sentado en el pilar de la puerta, que pálido y triste, seguía con ansiosas miradas las últimas densas polvaredas que el rápido trote de los caballos levantaba a lo lejos del camino. Era Gilberto.

Mientras, el barón había quedado solo con Andrea, y era tanta su turbación que no podía todavía articular una palabra.

El aspecto que ofrecía el salón de Taverney era ciertamente bien particular. Andrea, con las manos cruzadas, pensaba en aquella multitud de extraños sueños inesperados, que acababan de pasar súbita e inopinadamente por su vida, antes tan tranquila, y creía soñar.

El barón arrancaba los largos pelos que sobresalían entre sus cejas grises y desgarraba la holanda de su pechera.

Nicolasa, recostada contra la puerta, observaba a sus amos, y La-Brie, con los brazos caídos y la boca abierta, contemplaba a la doncella.

El primero que interrumpió aquel silencio fue Taverney.

—¡Malvado! —gritó a La-Brie—, estás ahí como una estatua, en tanto que ese hidalgo exento de los guardias del rey está esperando ahí.

Dio un brinco aquel a quien fueron dirigidas estas palabras, enredáronse sus piernas y desapareció tropezando. Un momento después volvió.

—Señor —dijo—, el hidalgo abajo está.

—¿En qué se ocupa?

—Da de comer a su caballo las pimpinelas.

—No le hace. ¿Y el coche?

—A la salida.

—¿Le han puesto el tiro?

—De cuatro caballos. Válgame Dios, señor, ¡qué animalitos! Se están comiendo los granados del jardín.

—Los caballos del rey están autorizados para comer lo que mejor se les antoje. Dime: ¿y el hechicero?

—Ha desaparecido.

—¿Y ha abandonado la mesa puesta? No es creíble; él volverá o mandará alguien en su lugar.

—Creo que no; porque Gilberto le ha visto marcharse en su carro.

—¿Gilberto le ha visto alejarse en su carro? —repitió el barón meditabundo.

—Así lo ha dicho.

—Todo lo ve ese holgazán. Corre y arregla el baúl.

—Ya está arreglado.
—¿Cómo que está?
—Sí, señor, pues enseguida que oí la orden de la señora princesa, entré en vuestro aposento y dispuse toda vuestra ropa.
—¿Quién te ha ordenado eso, pícaro?
—Creí que ibais a quedar satisfecho porque me adelantaba a vuestro deseo.
—¡Imbécil! Ve y ayuda a mi hija.
—Gracias, padre mío, me ayudará Nicolasa.
—Volvió el barón a quedarse pensativo.
—Óyeme, triple bribón —dijo a La-Brie—: aquí veo una cosa imposible.
—¿Cuál, señor?
—Y en la que tú no has pensado, porque no eres capaz de pensar en nada.
—No acierto, señor.
—Es que su Alteza Real se marchase sin dejar nada a M. de Beausire, y que el hechicero desapareciera sin entregar alguna carta a Gilberto.
Sonó un silbido en el patio.
—¡Señor barón! —dijo La-Brie.
—¿Qué sucede?
—Llaman.
—¿Quién?
—Aquel caballero.
—¿El exento de guardias?
—Sí, señor: y además veo a Gilberto que está dando vueltas como si quisiera decir algo.
—Pues entonces, ¿qué haces que no acudes, animal?
La-Brie obedeció con la ligereza que acostumbraba.
—¡Padre mío! —dijo Andrea aproximándose al barón—, conozco lo que ahora os mortifica. Ya sabéis que tengo unos treinta luises y aquel reloj adornado con los diamantes que la reina María Leszczynska regaló a mi madre.
—Ya lo sé, hija mía; pero guarda eso porque es indispensable que le hagas un vestido de lujo para tu presentación... y mientras tanto, yo estoy obligado a buscar recursos. Silencio, que se acerca La-Brie.
—¡Señor! —exclamó éste al entrar, mostrando en una mano una carta, y en la otra unas monedas de oro—: ved lo que la princesa ha dejado para mí, ¡diez luises, señor, diez luises!...

—Y esa carta, ¿para quién es, gran tunante?
—¡Ah! es para vos... del hechicero.
—¡Del hechicero! ¿Y quién te la entregó?
—Gilberto.
—¿No te lo dije, gran bruto? Dámela pronto.
Arrancó el barón la carta de la mano de La-Brie, y después de abrirla precipitadamente, leyó en voz baja:

Señor barón: la vajilla es de vuestra propiedad desde que tan augusta mano la ha tocado en vuestra casa; guardadla como una reliquia, y acordaos alguna vez de vuestro agradecido huésped

José Balsamo.

—¡La-Brie! —exclamó el barón después de un momento de meditación.
—¿Señor?
—¿No se encontrará un buen platero en Bar-le-Duc?
—¡Oh! Sí, señor el que soldó la tembladera de plata de la señorita.
—¡Muy bien! Guardad el vaso en que bebió su alteza y mandad que conduzcan al carruaje lo restante del servicio; y tú, ganapán, ve corriendo a la bodega y lleva a ese hidalgo todo el buen vino que haya.
—Una botella, señor —dijo aquél con melancolía.
—¡Bien! Con eso basta.
El criado salió.
—Y tú, Andrea —continuó el barón estrechando las manos de su hija entre las suyas—, aproxímate, hija mía. Vamos a la corte, donde hay muchos títulos que proveer, muchas abadesas que nombrar, gran número de regimientos sin coronel, y de pensiones en barbecho. La corte es un país magnífico, a quien el sol alumbra muy bien. Colócate siempre en él sitio donde más brille, porque eres hermosa. Anda, hija mía, anda.
Andrea salió seguida de Nicolasa.
—¡Hola, monstruo! —dijo Taverney a La-Brie—, sirve esmeradamente al exento, ¿entiendes?
—Sí, señor —gritó desde el interior de la bodega.
—Y yo —dijo el barón marchando al trote hacia su aposento—, voy a poner en orden mis papeles... Te advierto, Andrea, que antes de una hora deseo que

salgamos de este tugurio. ¡Gracias a Dios que pierdo de vista a Taverney! ¡Qué bueno es ese hechicero! —Ciertamente que me voy haciendo supersticioso como una beata—. ¿Pero qué diablos haces, La-Brie?
—¡Ay, señor! si he tenido que bajar a oscuras. ¡No hay ya ni una bujía en todo el castillo!
—Según veo, ya era hora —dijo para sí Taverney.

XVII

RUPTURA DE RELACIONES

Mientras que Andrea en su habitación se ocupaba en activar los preparativos de su viaje, ayudábala Nicolasa con tanto ardor, que bien pronto se desvaneció el resentimiento que les había ocasionado el diálogo de aquella mañana.
Mirábala ésta a hurtadillas, y se sonreía al ver que ni aun tendría necesidad de perdonar.
—Es una buena muchacha —decía para sí—, servicial... agradecida... tiene sus debilidades como todos tenemos en el mundo... ¡Olvidemos!
Nicolasa, por su parte, sin dejar de observar la fisonomía de su ama, consideraba la creciente bondad que aparecía en su hermoso y sereno rostro.
—¡Qué boba soy! He estado a punto de romper por ese tunante de Gilberto con mi señorita que me lleva a París, donde casi siempre se consigue hacer fortuna.
No era fácil que estas dos simpatías que se dirigían rodando sobre aquella rápida pendiente la una hacia la otra, no se hallasen, y al encuentro dejaran de ponerse en contacto.
Andrea fue la primera en hablar.
—Pon mis encajes en una caja de cartón.
—¿En qué caja, señorita?
—¿Qué sé yo?... ¿No nos queda ninguna?
—Sí, señorita; en mi cuarto está la que me disteis.
Y corrió a buscarla tan solícita y diligente, que Andrea se decidió a perdonarlo todo.
—Pero es tuya —dijo a su doncella cuando volvió—, y podrás necesitarla.
—¡Ya! pero si os hace más falta que a mí... y como en definitiva a vos pertenece...
—Cuando tiene una que establecerse en una nueva casa, nunca sobran muebles: luego tú eres quien más la necesita.
Sonrojóse Nicolasa.
—Necesitas precisamente algunas cajas —prosiguió Andrea—, para que guardes tus adornos de boda.

—¡Ah, señorita! —contestó alegremente la doncella moviendo la cabeza—, mis vestidos de boda ocuparán poco sitio, y quedarán fácilmente guardados.
—¿Por qué? si te casas, deseo que seas feliz y... rica.
—¡Rica!
—Sí, aunque con proporción.
—¿Me habéis encontrado algún banquero?
—No; pero te he encontrado una dote.
—¿De veras, señorita?
—¿Sabes cuánto guardo en mi bolso?
—Sí, señorita. Veinticinco luises de oro.
—¡Pues bien! tuyos son.
—¡Veinticinco luises! Eso es un caudal —exclamó la doncella, emocionada.
—Me alegro, si piensas con formalidad.
—¿Y me los regaláis, señorita?
—Te los regalo.
Nicolasa, absorta al principio, bien pronto quedó llena de agitación: aparecieron las lágrimas en sus ojos, y se arrojó sobre la mano de su ama, besándola apasionadamente.
—Y entonces tu marido estará contento —prosiguió la hija del barón.
—¡Vaya que sí! y muy contento —repuso la doncella—, al menos así me lo figuro.
Y sospechó que la negativa de Gilberto habría sido sin duda ocasionada por el temor a la miseria; pero ahora que ya era rica, sería también más apreciada por aquel ambicioso joven. Decidióse a ir a ofrecerle enseguida la parte que le correspondía de aquella corta cantidad, queriendo atraerle por la gratitud, e impedirle se lanzara en la senda del delito. He aquí lo que había de generoso sin disputa en el proyecto de Nicolasa; pero acaso algún malévolo comentador de su conciencia, hubiera fácilmente descubierto en aquella liberalidad, algún germen de orgullo, unido a la involuntaria necesidad de rebajar a aquel por quien había antes sido despreciada.
Sin embargo, añadiremos sin detenernos, para objetar a este temerario intérprete, que ahora estamos plenamente convencidos de que la suma de sus buenas intenciones, excedía con mucho a la de las malas.
Andrea, que la observó todo el tiempo que duró su meditación, exhaló un suspiro, y dijo:
—¡Pobre niña! Pudiera ser tan feliz sin esas enojosas cavilaciones.

Heridos con estas palabras los oídos de la frívola doncella, no pudo menos de conmoverse, y columbrando un porvenir de sedas, diamantes, encajes y amor, en el cual Andrea, para quien consistía la felicidad en una vida tranquila, no había siquiera pensado.
Con todo, resistióse la doncella, y separando su vista de aquella nube de oro y púrpura que cruzaba su horizonte, dijo mirando a su ama:
—¡Quién sabe! puede que sea feliz en mi medianía.
—Piénsalo bien, hija.
—Sí, señorita, lo pensaré.
—Debes obrar con prudencia. Hazte dichosa como mejor te parezca, y deja de ser loca.
—Verdad es, señorita, y aprovecho con regocijo la ocasión que se presenta, de poderos confesar que he sido en efecto muy loca, o, por mejor decir, muy culpable; pero debéis perdonarme. ¡Ay! cuando llega una mujer a amar...
—Formalmente, ¿amas a Gilberto?
—Sí, señorita, le... le amaba —respondió la doncella.
—No es creíble —dijo Andrea—. ¿Qué has encontrado en él para amarlo tanto? La primera vez que vea a ese señor Gilberto que abrasa los corazones, voy a contemplarle detenidamente.
Miró la doncella a su ama con cierta desconfianza. ¿No podía usar, al hablar así, de la más profunda hipocresía, o era que se veía arrastrada por la más completa inocencia?
—Concedo —murmuraba para sí Nicolasa— que no haya mirado a Gilberto; pero nadie podrá convencerme de que éste no haya mirado a mi ama.
Antes de hacer la petición que pensaba, quiso quedar en todo segura.
—Decidme, señorita, ¿no viene Gilberto a París con nosotras?
—¿Para qué? —respondió Andrea.
—Pero...
—¿Ignoras que no es criado nuestro? No sirve para mayordomo de una casa en París. Los ociosos de Taverney son como los pájaros que cantan en los árboles de mi jardín y en los vallados de la alameda. Por muy pobre que sea el terreno, produce lo necesario para sostenerlos; pero un holgazán cuesta mucho en París, y no le permitiríamos que estuviera sin hacer nada.
—¿Y si se casara conmigo? —dijo entre dientes la doncella.
—Entonces te quedarás con él aquí —contestó con firmeza la hija del barón —, y guardaréis esta casa que tan querida fue de mi madre.

Tan terminante respuesta dejó turbada a la doncella: no era posible entrever la menor ficción en las palabras de su ama. Renunciaba a Gilberto sin oculta intención y sin algún síntoma de pena. Era imposible imaginarse que pudiera dejar entregado a otra aquel a quien hubiera honrado el día antes con su amor.
—¿Tal vez será éste el proceder de las señoritas de rango? —dijo Nicolasa para sí—: por eso he visto tan pocos sentimientos profundos, y tantas intrigas en el colegio de las Anunciadas.
Indudablemente adivinó Andrea la causa que hiciera vacilar a Nicolasa, y acaso comprendió que sus pensamientos fluctuaban entre la ambición de los placeres parisienses, y la dulce y tranquila medianía de Taverney, pues con voz dulce al mismo tiempo que severa, dijo:
—Mira, Nicolasa, que la resolución que tomes va a decidir quizá de toda tu vida. Reflexiona, hija mía; una hora te resta. Es bien corto espacio, no lo niego, pero creo que acostumbras a resolverte con rapidez; o mi servicio o tu marido; elige. No quiero ser servida por una persona casada; detesto los secretos de familia.
—Una hora, señorita —repitió Nicolasa—, tan sólo una hora.
—Efectivamente.
—Pues bien; tenéis razón, sobra tiempo.
—Vamos, reúne todos mis trajes sin olvidar los de mi madre, que sabes venero como si fueran reliquias, y vuelve a comunicarme tu resolución. Sea cual fuere, toma tus veinticinco luises. Si te casas, será tu dote; si me sigues, serán el salario de los dos primeros años.
Nicolasa besó el bolso que su ama le entregaba.
La joven no quería, sin duda, perder ni un segundo de la hora que le habían concedido, pues lanzándose fuera del aposento, bajó con precipitación la escalera, cruzó el patio y desapareció en la calle de árboles de la entrada.
Andrea murmuró viéndola alejarse:
—¡Pobre loca! ¡podría ser tan feliz! ¿será tan dulce el amor?
Cinco minutos después, Nicolasa, por no desperdiciar tiempo, golpeaba suavemente los vidrios del aposento que habitaba Gilberto, condecorado tan generosamente por Andrea con el nombre de ocioso, y por el barón con el de vago.
Éste, vueltas las espaldas a la ventana que daba vista a la entrada, parecía mover en un rincón de su cuarto cierto objeto que no podía percibirse.
Al oír el ruido que hiciera Nicolasa golpeando los vidrios con los dedos,

abandonó la obra que le ocupaba, lo mismo que un ladrón sorprendido in fraganti, y se volvió tan presuroso, como si le impulsara un resorte.
—¡Ah! —dijo—, ¿eres tú?
—Sí, otra vez yo —contestó Nicolasa al través de los cristales con voz decisiva, pero risueña.
—Enhorabuena —dijo dirigiéndose a la ventana para abrirla.
Sensible en extremo a esta primera demostración, la joven tendió su mano a Gilberto, que la estrechó.
—Hola, no se pone esto muy mal —pensó la doncella—. Adiós viaje.
Nicolasa fue digna de alabanzas; pues sólo acompañó con un suspiro aquella reflexión.
—¿Sabes —dijo apoyando sus codos en la ventana— que se van de Taverney?
—Lo sé —contestó Gilberto.
—Ya, pero no sabrás adonde van.
—A París.
—¿Y has sabido que yo también?
—No lo sabía.
—Y bien.
—Si es de tu agrado, te felicito.
—¿Qué dijiste? —preguntó la doncella.
—He dicho, que si te agrada...
—Eso... según y conforme.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Que de ti depende el que no me agrade.
—No entiendo —dijo Gilberto sentado en la ventana de forma que sus rodillas tocaban los brazos de la joven, pudiendo continuar la conversación ocultos con las enredaderas de campanillas y capuchinos enrolladas sobre sus cabezas.
Cariñosa y tiernamente miró Nicolasa a su amante, que se encogió de hombros, manifestando ignorar el sentido de aquella mirada, tanto como el de las palabras.
—Bien, ya que es preciso descubrírtelo todo, escucha.
—Escucho —contestó aquél indiferente.
—La señorita me invita a que la acompañe a París.
—Bueno.

—A no ser que...
—¿A no ser qué?
—Me resuelva a casarme.
—Según veo, sigues con tu idea de casarte —dijo impasible el joven.
—Sí, y mucho más ahora que puedo considerarme rica.
—¡Ah! ¿eres rica? —preguntó con tanta frialdad que defraudó las esperanzas de Nicolasa.
—Y muy rica, Gilberto.
—¿Es cierto?
—Sí.
—¿Y cómo se ha realizado ese prodigio?
—La señorita me ha dotado.
—Eres muy afortunada, y recibe por ello mi felicitación.
—Mira —dijo la joven mostrando en su mano los veinticinco luises y mirando al mismo tiempo a su amante por si advertía en sus ojos un rayo de gozo o cuando menos de ambición, de avaricia; pero éste prosiguió con la misma indiferencia.
—No es mala cantidad por mi fe.
—Pues no es esto sólo —añadió Nicolasa—: el barón va a ser nuevamente rico: se trata de reedificar la Casa-Roja y hermosear a Taverney.
—Ya lo considero.
—Y en este caso, será preciso cuidar el castillo.
—Es evidente.
—Pues bien; la señorita da el empleo de...
—De portero al feliz esposo de Nicolasa —interrumpió Gilberto con una ironía tan marcada, que aquélla no pudo dejar de molestarse: sin embargo, se contuvo y añadió:
—Sí, al feliz esposo de Nicolasa, ¿no adivinas quién es?
—Ignoro a quién querrás referirte.
—Dime... ¿te vas volviendo tonto, o es que ya no hablo yo francés? —gritó la joven que empezaba a perder casi del todo la paciencia.
—Os comprendo muy bien, señorita; me ofrecéis vuestra mano, ¿no es así?
—Sí, señor Gilberto.
—En verdad —añadió éste con presteza—, quedo muy agradecido al verte con tales propósitos, tanto más ahora que has llegado a ser rica.
—¿En verdad?

—Seguramente.
—Pues entonces —dijo con ternura la joven—, dame esa mano.
—¿Yo?
—Aceptas, ¿no es así?
—Al revés, la rehuso.
—¡Gilberto! —dijo aquélla estremeciéndose— tienes mal corazón, o al menos malas ideas. Dios te castigará por lo que has hecho. Si te quisiera todavía, si lo que te he propuesto no lo hubiera únicamente hecho por punto de honor y honradez, me hubieras destrozado el alma. Pero, gracias a Dios, sólo he tratado de que jamás dijeran que Nicolasa despreciaba a Gilberto porque se había hecho rica, y que le hacía sufrir por una venganza. Todo ha terminado entre nosotros.
Sólo hizo Gilberto un gesto indiferente.
Nicolasa continuó:
—Nunca adivinarás lo que pienso de ti: ¡resolverme yo, yo, cuyo carácter es como sabes, tan libre e independiente como el tuyo, resolverme, repito, a enterrarme aquí, cuando París me aguarda! París, que será mi teatro, ¿entiendes?, ¡resolverme a ver cada día, cada año y toda la vida, ese frío e impenetrable rostro, tras el cual se esconden tan mezquinos pensamientos! ¡Desgraciado! ¿Pues no has conocido cuan grande era mi abnegación? No quiero decirte por eso que me echarás de menos, no, Gilberto; pero me temerás y te avergonzarás al ver hasta dónde va a arrastrarme tu conducta, y el desprecio que de mí haces. Pudiera haber sido honrada; sólo me restaba una mano, una mano amiga que me detuviese en el borde del abismo, al que me inclino, resbalo y estoy próxima caer. Te he gritado: ¡ayúdame, sostenme! y lejos de hacerlo, me has despreciado. Ya ruedo, caigo y me pierdo. Dios te tomará en cuenta este crimen. ¡Adiós, Gilberto! ¡Adiós!...
Alejóse la altiva joven, ni iracunda, ni impaciente, y terminó, como todas las naturalezas privilegiadas, dejando aparecer en la superficie toda la generosidad de su alma.
Gilberto cerró con tranquilidad la ventana, y entró en el interior de su cuarto, donde continuó la misteriosa ocupación interrumpida por Nicolasa.

XVIII

ADIÓS A TAVERNEY

La doncella detúvose en la escalera antes de presentarse a su ama, para comprimir los últimos clamores de la ira que resonaran aún en su interior. El barón, pasando junto a ella, la encontró inmóvil y pensativa, apoyada en una mano su mejilla, arrugado el entrecejo, y, a pesar de hallarse tan ocupado, al verla tan hermosa, no pudo reprimirse, y le dio un beso como lo hiciera M. de Richelieu a los treinta años.

Abstraída en su meditación la joven por tan atrevida galantería, subió precipitadamente al cuarto de su ama, que estaba en aquel momento entretenida en cerrar un cofrecillo.

—Vaya —preguntó ésta—, ¿has reflexionado ya?

—Sí, señorita —contestó Legay resueltamente.

—¿Te casas?

—No, al contrario.

—¡Ah! ¡bah! ¿y ese amor tan firme?

—No vale lo que las bondades con que me favorecéis. Soy toda vuestra, y deseo serlo para siempre, ya que conozco tan bien al ama a quien me he entregado, y no sé si conocería al amo que yo misma me diera.

Conmovióse Andrea con esta manifestación, que revelaba unos sentimientos que estaba tan lejos de esperar en su atolondrada doncella; y, aun cuando aquélla desconocía que ésta abrazaba aquel partido como su único recurso, sonrió alegre al hallar una criatura humana con mejores inclinaciones que ella se había imaginado.

—Haces bien en dedicarte a mi servicio —repuso la hija del barón—, lo recordaré siempre: confíame tu suerte, hija mía, y te prometo que si es dichoso el porvenir que me espera, tú tendrás también parte.

—¡Oh, señorita! estoy decidida a seguiros.

—¿Sin sentimiento?

—Ciegamente.

—No te pregunto yo eso, y no quiero que llegue un día en que puedas reconvenirme por haberme seguido sin meditarlo.

—Nada tendré jamás que reprochar a nadie, y, si tal ocurriese, a mí sola

culparía.
—¿Has quedado conforme con tu novio?
—¿Yo? —dijo ruborizada la doncella.
—Sí, tú; te he visto hablar con él.
Nicolasa mordióse los labios recordando que había una ventana paralela a la de Andrea, desde la cual podía fácilmente verse la de Gilberto.
—Es cierto, señorita —contestó.
—Y le has dicho...
—Le he dicho —replicó ásperamente aquélla, figurándose que su ama trataba de examinarla—, le he dicho que ya no le quiero.
Aquellas dos mujeres parecían destinadas a no entenderse nunca, la una con su virginal pureza, y la otra con su natural tendencia hacia el vicio. Andrea siguió interpretando benignamente las desagradables contestaciones de su doncella.
El barón entretanto disponía su equipaje, que se componía del antiguo espadín que llevaba en Fontenoy, los pergaminos que acreditaban su derecho a montar en los carruajes de Su Majestad, una colección de la *Gaceta*, y ciertas correspondencias. Concluida la operación, colocó todo aquel tren bajo el brazo, y se dirigió hacia el carruaje.
La-Brie iba abrumado, y haciendo como si sudase mucho con el peso de un baúl, que llevaba casi por completo vacío.
Encontráronse a la salida al exento, que se había ya bebido todo el líquido que contenía su botella durante aquellos preparativos, y corría incesantemente desde el estanque a los castaños, deseoso de encontrar a la linda criada, cuya delgada cintura y bien torneada pierna, habían llamado su atención al verla atravesar presurosa el bosquecillo.
M. de Beausire, ya dijimos que así se llamaba, fue interrumpido en su acecho por el barón, que le invitaba que mandara acercarse el carruaje.
Saludó respetuosamente, y cumplió su encargo con la mayor prontitud.
Adelantó entonces el coche, y La-Brie, satisfecho y alegre, depositó en él su cofre, murmurando al mismo tiempo con extraordinario júbilo, creyendo que nadie le escuchaba:
—¡Qué placer! ¡Voy a viajar en un coche real!
—Tanto no, mi buen amigo —replicó Beausire con aire de protección—, os situaréis detrás.
—Si viene con nosotros La-Brie —dijo Andrea a su padre—, ¿quién queda al

cuidado del castillo?
—El filósofo holgazán.
—¡Gilberto!
—Sin duda; tiene escopeta...
—¿Y con qué ha de mantenerse?
—¡Con ella, pardiez! No pases cuidado, hija mía, que no lo ha de pasar muy mal. Lo que sobran son tordos y mirlos en Taverney.
Volvióse Andrea hacia Nicolasa, y al verla sonriente, la dijo:
—¿Ese es el sentimiento que demuestras, mal corazón?
—¡Oh, señorita! Es tan habilidoso, que nada debéis temer por él.
—No obstante, es preciso dejarle uno o dos luises —dijo aquélla a su padre.
—¿Para que se pervierta? Ya es bastante vicioso sin eso.
—No, para que pueda vivir.
—Le mandaremos algo, si nos lo pide.
—¡Bah! —dijo Nicolasa— podemos marchar descuidados: no ocurrirá nada.
—Sin embargo —replicó Andrea—, déjale tres o cuatro doblones.
—No los aceptará.
—¡Que no los aceptará! ¿Con que es tan orgulloso tu señor Gilberto?
—¡Ay! gracias a Dios, ya no es mío, señorita.
—Vamos, vamos —dijo Taverney, interrumpiendo aquel diálogo, que ya molestaba su egoísmo—. Llévese el diablo al señor Gilberto; el coche nos aguarda; montemos, hija mía.
Andrea nada objetó; despidióse con una mirada del pequeño castillo, y penetró en el pesado y sólido carruaje. Su padre se colocó junto a ella. La-Brie, con su magnífica librea, y Nicolasa, que se hallaba tan tranquila como si no hubiese conocido jamás a Gilberto, se instalaron en el pescante.
—¿Y el caballero exento dónde se coloca?
—A caballo, señor barón, a caballo —contestó Beausire, observando al mismo tiempo de reojo a Nicolasa, cuyas mejillas se colorearon de satisfacción, al ver que había reemplazado tan pronto a un rudo aldeano con aquel elegante jinete.
Poco después, bamboleábase el carruaje por los esfuerzos de cuatro vigorosos caballos, y los árboles de la alameda comenzaron a desfilar por ambos lados, desapareciendo uno tras otro, inclinándose tristemente con el soplo de un viento del Este, como haciendo la última despedida a sus dueños, que le abandonaban.

No tardaron mucho en llegar los viajeros a la puerta cochera.
Junto a ella estaba Gilberto, inmóvil, con el sombrero en la mano; diríase que a nadie miraba; pero veía a Andrea, que asomada a la portezuela del lado contrario, deseaba contemplar todo el tiempo que le fuera posible, aquella triste y querida morada.
—Un momento —gritó Taverney al postillón.
—¡Hola, señor holgazán! —dijo luego que aquél hubo obedecido—, vais a vivir contento. Ahí os quedáis solo; así debe vivir un verdadero filósofo. Nadie podrá en lo sucesivo reprenderos; y nada tenéis que hacer. Tened cuidado siquiera de que no se incendie el castillo mientras dormís, y os recomiendo a *Mahón*.
El joven inclinóse con respeto. Experimentaba un peso insoportable, y temía cual el contacto de un hierro ardiente tropezar con la mirada de su ex amante, y ver su sonrisa triunfante e irónica.
—¡Anda, postillón! —gritó Taverney.
Mas Nicolasa, en vez de reír como imaginaba Gilberto, necesitó todas sus fuerzas y valor para no gritar, condoliéndose de aquel desventurado a quien abandonaban, sin pan, sin porvenir y sin consuelo, y tuvo que mirar, para distraerse, a M. de Beausire, no pudiendo ver que Gilberto devoraba con su vista a Andrea.
En nada se fijó la hija del barón, pues al través de sus lágrimas, únicamente contemplaba aquella casa en que había nacido, y donde su madre exhalara el último aliento.
Desapareció el coche, y los viajeros, que un momento antes pensaban en Gilberto, comenzaban ya a olvidarle por completo.
Parecióles haber entrado en un mundo nuevo al atravesar por última vez el umbral del castillo, y cada uno tenía un pensamiento que interiormente le ocupaba.
Iba el barón pensando que podrían fácilmente prestarle cinco o seis mil francos por la vajilla de Balsamo.
Andrea recitaba en voz baja una oración que su madre le había enseñado, para ahuyentar al demonio del orgullo y de la ambición.
Nicolasa cerraba su pañoleta, que el viento no separaba todo lo que hubiera deseado M. de Beausire.
La-Brie contaba los diez luises de la reina y los dos de Balsamo en el interior de su bolsillo.

Cuando sus amos hubieron salido de Taverney, cerró Gilberto la puerta, corrió hacia su cuarto, y sacó un lío de ropa que ocultaba tras una cómoda de roble. Introdujo después la punta de su bastón por los nudos de una servilleta en que lo tenía envuelto, y descubriendo su cama, que se componía de un catre y un jergón de paja, descosió éste, y sacó un papel doblado que encerraba un escudo de seis francos. Eran quizá todos sus ahorros de tres o cuatro años.

Desdobló el papel, para convencerse de que no se lo habían cambiado, y, envolviéndolo nuevamente, lo guardó en uno de los bolsillos de sus calzones.

Entretanto, *Mahón* se desesperaba saltando hasta donde se lo permitía la cadena a que estaba sujeto, aullando al mismo tiempo al ver que se marchaban todos sus amigos, y adivinando con su admirable instinto que Gilberto iba a abandonarle también, redoblaba por momentos sus lastimosos ladridos.

—¡Calla, *Mahón*! -le gritó el joven.

Y sonriendo de aquel contraste que se presentaba a su vista, agregó:

—Si me han abandonado como a un perro, ¿por qué no te he de abandonar yo como a un hombre?

Pero después de reflexionar un instante, prosiguió:

—Pero me han desamparado con libertad al menos; sí, con libertad para poder buscarme la vida como mejor me parezca. Pues, bien, *Mahón*, haré por ti exactamente lo mismo que han hecho por mí.

Y desatando la cadena:

—¡Ya estás libre! Puedes buscar tu vida como se te antoje.

El perro corrió hacia la casa, cuyas puertas halló cerradas, y dirigiéndose entonces a las ruinas, desapareció por entre los matorrales.

—Veamos ahora quién tiene más instinto, si el perro o el hombre.

Nuestro joven salió por la puerta falsa, cerrándola con dos vueltas, y tiró la llave al estanque por encima de la pared, con esa destreza que los aldeanos tienen para arrojar piedras.

Sin embargo, como la Naturaleza, aunque monótona en la reproducción de los sentimientos, es varia al manifestarlos, Gilberto experimentó al separarse de Taverney, una impresión algún tanto parecida a la de Andrea, con la diferencia que, por parte de ésta, era el sentimiento que le ocasionara el recuerdo del tiempo pasado; y por la de Gilberto, la esperanza de un porvenir más halagüeño.

—¡Adiós! —exclamó, volviéndose para contemplar por última vez aquel castillo cuyo techo divisaba al través del espeso ramaje de sicómoros, y entre las flores de los castaños—. ¡Adiós, mansión donde tanto he padecido, despreciado por todos; donde me han arrojado el pan, diciendo que lo robaba! ¡Adiós! ¡Maldita seas!... Mi corazón gime de gozo, y se siente libre desde que abandono para siempre el recinto que forman tus paredes. ¡Adiós, cárcel! ¡adiós, infierno! ¡cueva de tiranos, adiós, adiós para siempre!...

XIX

¡SIN DINERO Y CON HAMBRE!

Después de media hora de desenfrenada carrera, Gilberto exhaló un grito de gozo. Había percibido el coche del barón, que subía una pendiente, caminando al paso. Un verdadero movimiento de orgullo hizo que dijese para sí, que sólo con los recursos de su vigorosa juventud y de su inteligencia, poseía iguales medios a los que proporcionan las riquezas, el poder y la nobleza.

Entonces sí que pudiera calificarlo de filósofo el barón, al verle con el bastón en la mano, su reducido equipaje colgado de un ojal, marchando rápidamente y parándose en cada cuesta, como diciendo desdeñosamente a los caballos:

—Andáis con mucha pesadez, y me obligáis a que os tenga que esperar.

¡Filósofo! Lo era, en efecto, aquel joven, si ese nombre puede darse al desprecio de todo goce y toda comodidad. No estaba en verdad habituado a vivir regaladamente; pero, ¡a cuántos hombres no ha vuelto afeminados el amor!

No podemos negarlo, era un espectáculo grandioso, digno de Dios, padre de las criaturas enérgicas e inteligentes, el que presentaba aquel joven polvoriento y sudoroso, corriendo durante dos horas hasta alcanzar el carruaje, y descansando alegremente cuando ya no podían más los caballos. Sólo pudiera inspirar admiración al que lo siguiese con los ojos de la

inteligencia, como le vamos siguiendo nosotros; ¿y quién sabe si la orgullosa Andrea se hubiese impresionado al verle, y si aquella indiferencia que mostrara hablando de su pereza, se hubiera convertido en estimación por su energía?

Así pasó el primer día. El barón se detuvo una hora en Bar-le-Duc, permitiendo así a Gilberto, no sólo alcanzarle, sino adelantarle. Nuestro joven rodeó la ciudad, habiendo oído la orden de detenerse en casa de un platero; y luego, cuando vio el carruaje que salía, se ocultó en un bosquecillo, prosiguiendo como antes la carrera des pues que hubo pasado.

Al oscurecer sería cuando el barón alcanzó la escolta de la princesa, en Brillon, y los habitantes de esta población, agrupados en lo alto de la colina, lanzaban al viento sus felicitaciones y gritos de alegría.

Gilberto no había comido durante todo el día más que un poco de pan que sacó de Taverney; pero en cambio había bebido a discreción el agua de un magnífico arroyo que cruzaba el camino, cuyas puras y cristalinas aguas, extendiéndose en desiguales surcos, acariciaban dulcemente los tiernos berros y variadas flores que festoneaban sus orillas. No pudiendo Andrea resistir su atractivo, mandó parar el carruaje y bebió en la copa de oro de la princesa que se había reservado a ruegos de su padre. Gilberto lo observó todo escondido tras el tronco de un álamo, y, después que los viajeros se alejaron, se dirigió a aquel sitio, colocándose en el mismo otero en que Andrea había apoyado su pie, y bebió el agua con sus manos a imitación de Diógenes, en el lugar en que había poco antes apagado su sed la señorita de Taverney.

Sólo le intranquilizaba una cosa, y era que ignoraba si la princesa pasaría la noche en Saint-Dizier. Si así sucedía (y era muy posible, pues según manifestara en Taverney, necesitaba algún descanso), nuestro joven se veía libre de aquella angustia, pues con dos horas que durmiera en un pajar, sus piernas, que ya empezaban a debilitarse, recobrarían toda la elasticidad y podría proseguir su marcha adelantándose cinco o seis leguas "durante las horas que faltaran de noche. ¡Se camina con tanto vigor a los dieciocho años, con una hermosa noche de mayo!...

Llegó ésta envolviendo progresivamente el horizonte con sus tinieblas, hasta oscurecer la parte del camino donde corría Gilberto, y al poco tiempo ya no le fue posible divisar más que la linterna colocada al lado izquierdo del coche, reflejando en el camino, semejante a un fantasma que envuelto en una blanca mortaja huye despavorido.

La oscuridad no podía ser más completa. Ya habían andado doce leguas cuando llegaron a Combles, donde se detuvieron un instante. Pensó Gilberto que el cielo se había declarado ya en su favor, y acercóse para poder siquiera oír la voz de Andrea. Breve fue la detención del carruaje en aquel sitio, y se introdujo en el sombrío callejón de una casa. Entonces logró ver a la hija del barón al resplandor de los hachones, y la oyó preguntar qué hora era. Una voz contestó: «las once». Habiendo obtenido lo que deseaba, el joven se sintió menos cansado; y, loco de alegría hubiera rehusado con desprecio un carruaje, si se lo hubieran brindado.

Porque a los ardientes ojos de su imaginación se presentaba Versalles dorado y brillante; Versalles, morada de reyes y aristócratas... y luego... París, sombrío... negro... inmenso. París, la gran ciudad del pueblo... y en cambio de estas visiones que recreaban su alma, Gilberto habría rehusado todo el oro del Perú.

Interrumpió su éxtasis el ruido que produjeron los carruajes al partir, y el golpe que recibió contra un arado que por descuido habían abandonado en el camino.

Iban faltando fuerzas también progresivamente a su estómago; pero, en cambio, decía él: «tengo dinero, soy rico», pues no habrán olvidado nuestros lectores, que Gilberto poseía un escudo.

Los coches siguieron rodando hasta las doce, a cuya hora llegaron a Saint-Dizier, que era donde Gilberto esperaba que se detendrían a dormir, puesto que habían caminado dieciséis leguas en el espacio de doce horas. Contra los deseos del errante joven, sólo hicieron una corta parada para mudar caballos, y a poco oyó el sonido de las campanillas que se alejaban. Los ilustres viajeros habían únicamente refrescado rodeados de hachones y flores.

Gilberto se vio obligado a apelar a todo su valor y continuó caminando con una energía que le hizo olvidar que diez minutos antes, sus piernas debilitadas se habían resistido a sostener el peso de su cuerpo.

—¡Bien! —dijo— andad... andad... También yo procuraré pararme en Saint-Dizier; compraré un poco de jamón y pan, beberé un vaso de vino, y con sólo el gasto de un real, quedaré más confortado que los *amos*.

Subrayamos la palabra amos, porque Gilberto la pronunció con el énfasis que acostumbraba.

Cuando, según se lo había prometido, entró en aquella población, empezaba a cerrar puertas y ventanas, por haber pasado ya enteramente la escolta.

El filósofo improvisado vio una posada de no muy mala apariencia, cuyos criados, a pesar de ser la una de la madrugada, estaban engalanados con sus vestidos de día festivo. Sobre grandes platos aparecían los restos de alguna opípara comida.
La dueña estaba presente vigilándolo todo y contando sus utilidades.
—Señora —le dijo Gilberto—, vendedme un pedazo de pan y un poco de jamón.
—Amiguito, no hay jamón, ¿queréis gallina?
—No, he pedido jamón porque es lo que deseo; no me agradan las aves.
—Lo siento; pero no hay otra cosa. Hacedme caso -añadió sonriendo—, tomadla; no os costará más caro, os daré media o una entera por dos reales, y podréis guardar algo para mañana. Creíamos que Su Alteza Real entraría algunos momentos en casa del señor baile, y que venderíamos nuestras provisiones a su comitiva; pero como ha estado sólo de paso, nuestros comestibles van a perderse.
Creer que Gilberto aprovecharía la única ocasión que se le ofrecía de comer regularmente, sería desconocer por completo su carácter.
—Gracias —contestó—, con menos me conformo; ni soy príncipe, ni lacayo.
—Pues os lo regalo, hijo mío, y que Dios os acompañe.
—Tampoco soy un pordiosero, señora —repuso humillado—. Compro y pago.
Y para que acompañase el efecto a las palabras, introdujo majestuosamente su mano en el bolsillo, desapareciendo hasta el codo; pero por más que registró y volvió a registrar palideciendo, sólo halló el papel en que estaban envueltos sus seis francos. El escudo había gastado, con el movimiento que hiciera Gilberto al andar, la antigua cubierta, roto su faltriquera ya maltratada, y deslizándose por la liga que él había desatado para dar más elasticidad a sus piernas.
Pudiera ocurrir que hubiese quedado a la orilla del arroyo, y el desgraciado joven había pagado con seis francos el agua que bebiera en el hueco de su mano. Al menos Diógenes, cuando discurrió acerca de la inutilidad de las horteras, ni tenía bolsillos que romper, ni escudos de seis francos que perder.
El estremecimiento y la palidez de Gilberto conmovieron a aquella pobre mujer. No faltaría quien se alegrase al ver el castigo de un orgulloso; pero ella sufrió por aquel profundo dolor que se manifestaba tan fuertemente en el inmutado rostro del joven.

—Vamos, hijo mío —le dijo—; cenad y dormid aquí, y si es absolutamente necesario que marchéis, mañana proseguiréis vuestro viaje.
—¡Ay! sí, sí, no hay remedio, es indispensable... no mañana, sino ahora mismo.
Tomó su lío y sin escuchar más, salió precipitadamente de la casa, para ocultar en la oscuridad su vergüenza y dolor.
La puerta del parador cerróse en el acto, apagóse la ultima luz de la población, y hasta los perros, cansados de aquel día, cesaron de ladrar.
Quedaba Gilberto solo en el mundo: nadie tan aislado en la tierra, como el hombre que acaba de perder su último escudo, y mucho más, cuando es el único que ha poseído en toda su vida.
La noche con su oscuridad le circundaba; ¿qué hacer? Vaciló. Retroceder para buscar su moneda, era por una parte operación harto precaria, y se separaba también para siempre o por largo tiempo al menos, de aquellos carruajes que no volvería a alcanzar.
Decidióse, pues, a continuar, y así lo hizo; mas apenas había caminado una legua, cuando el hambre, sosegada o por mejor decir, distraída por aquel tormento moral, renació en el infeliz más aguda y aterradora.
El cansancio aumentó en breve la angustia de su posición. Con un esfuerzo desesperado, consiguió llegar otra adonde estaba la comitiva, pero parecía que todo había conspirado en contra suya.
Tan sólo se detenían los carruajes para variar el tiro y lo hacían con tanta prontitud, que apenas el pobre caminante pudo descansar cinco minutos en la primera parada.
Prosiguió, sin embargo: la aurora comenzaba a dar sus primeros resplandores al horizonte, y el sol aparecía lentamente al través de densos y sombríos vapores con todo el brillo y majestad de un dominador, prometiendo uno de esos calurosos días de mayo que se anticipan dos meses al verano. ¿Sería posible que Gilberto resistiese en el estado en que se encontraba los ardores del Mediodía?
Halagó su amor propio con la idea que a su imaginación se presentaba, de que caballos, hombres y el mismo Dios, se habían unido en perjuicio suyo. Semejante a Ayax, increpó al cielo mostrando sus puños, y si no dijo como éste: «escaparé a pesar de los Dioses», fue porque conocía menos la *Odisea* que el *Contrato social*.
Pero llegó el momento en que como ya lo había él mismo previsto, conoció la

inutilidad de sus fuerzas y la angustia de su situación. Espantoso fue aquel instante en que luchó el orgullo contra su impotencia. Fue mayor su energía a impulsos de la desesperación, y a favor de un último esfuerzo consiguió aproximarse a la escolta que ya había perdido de vista, distinguiéndose al través de una nube de polvo, a que la sangre que brotaban sus ojos prestaba fantásticos colores, resonando en sus oídos, unido a las palpitaciones de las arterias, el estrépito que hicieran rodando los carruajes.

Abierta la boca, la mirada fija en un punto y el cabello pegado a su frente inundada de sudor, asemejábase a un hábil autómata imitando los movimientos del hombre aunque con mayor formalidad e insistencia.

Eran veinte o veintidós leguas lo que había andado desde la víspera.

El instante tan temido por él llegó al cabo y sus piernas destrozadas negáronse a sostenerle; ya no veía ni oía, y la tierra parecía dar vueltas a su alrededor; quiso pedir socorro, faltóle la voz, y queriendo sostenerse al conocer que caía, golpeó el aire con sus brazos como un insensato.

Su acento resonó por fin con gritos de rabia. Mirando hacia París, o mejor dicho, en la dirección en que creía que estaba aquella ciudad, dejó escapar mil terribles imprecaciones contra los que habían vencido su valor y fuerzas, y mesando desesperadamente sus cabellos con ambas manos, giró sobre sus pies y cayó a tierra convencido y, por tanto, con el consuelo de haber luchado lo mismo que un héroe de la antigüedad hasta el último momento.

Presa de mortal angustia quedó tendido en el polvo con los puños crispados y la mirada amenazadora.

Cerráronse sus ojos, aflojáronse sus músculos y cayó desvanecido.

—¡Eh!... ¡eh!... cuidado —gritó en aquel instante una voz ronca acompañada de los chasquidos de un látigo.

Gilberto nada pudo oír.

—¡Eh, eh, apártate o te aplasto, demonio!

Estas voces fueron acompañadas de un latigazo que alcanzó a Gilberto en la cintura; pero éste permaneció insensible e inmóvil a pesar de aquel estimulante.

Oyóse en el coche un grito de terror cuando ya estaba el joven a punto de ser destrozado por las ruedas. El postillón hizo un esfuerzo sobrenatural, no pudiendo, sin embargo, contener al caballo delantero que saltó por encima de Gilberto. Los otros dos se detuvieron, y una señora, asomándose a la portezuela, exclamó con acento angustiado:

—¡Pobre criatura, ay, Dios mío! ¡Ya estará muerto sin duda!
—Señora..., tal creo —respondió el postillón, procurando ver al joven al través del polvo que levantaban los
caballos.
—Pobrecito... no paséis adelante... parad el coche —dijo
la viajera saltando precipitadamente al camino.
También se había apeado el postillón y se ocupaba en apartar de entre las ruedas el cuerpo de Gilberto, que creía encontrar ensangrentado y muerto.
—¡Qué felicidad! —exclamó—; nada le ha ocurrido.
—Pero ha perdido el sentido.
—De miedo quizá; le pondremos junto a la zanja y, como tenéis prisa, continuaremos nuestro camino.
—Imposible, no puedo abandonarle en ese estado.
—¡Bah! no tiene ni siquiera una contusión, y volverá en sí, sin necesitar auxilio alguno.
—No, no, pobrecito... tan joven, acaso sea un desertor de colegio que habrá querido emprender un viaje superior a sus fuerzas. Observad qué pálido está: se moriría. No, no le abandonaré. Colocadle con cuidado en la berlina.
El postillón obedeció enseguida, y la señora, que había vuelto a ocupar su asiento durante aquella operación, dijo: —¡Adelante! y si recuperáis estos diez minutos que hemos perdido, os regalo un doblón.
Crujió el látigo del cochero, y los caballos, con este aviso, partieron a todo escape.

XX

GILBERTO EMPIEZA A CONSOLARSE DE LA PÉRDIDA DE SU DINERO

Fue grande la sorpresa del joven, cuando al volver de su desmayo, hallóse colocado a los pies de una joven que atentamente le miraba.
Representaba unos veinticuatro o veinticinco años; tenía los ojos pardos,

nariz remangada, y mejillas tostadas por el sol del Mediodía, la delicada y pequeña boca, delineada caprichosamente, imprimía a aquel franco y alegre semblante, cierto carácter de astucia y circunspección. Sus brazos, hermosísimos, estaban cubiertos en aquel instante con mangas de terciopelo color de violeta, realzadas con botones de oro. Llenaba casi el carruaje con los ondulantes pliegues de su traje de seda gris, adornado con grandes ramos. Extraordinaria fue la sorpresa de Gilberto al conocer que se hallaba en un coche llevado al galope por tres caballos de posta.

El semblante de aquella señora era risueño, y manifestaba interés hacia él; y se puso a contemplarla hasta cerciorarse completamente de que no era un sueño cuanto le sucedía.

—Vamos, hijo mío —le dijo después de un momento de silencio—, ¿estáis mejor ahora?

—¿Dónde estoy? —preguntó el joven, acordándose de esta frase que había leído en las novelas, y que únicamente en ellas se suele pronunciar.

—En sitio seguro —contestó la señora, con acento enteramente meridional —; pero habéis estado hace poco en gran peligro de ser destrozado por mi carruaje. ¿Qué os ha ocurrido para caer así en medio de la carretera?

—Sentí un desfallecimiento tan grande...

—¡Cómo! ¿y de qué os provenía esa debilidad?

—Había andado mucho.

—¿Hace mucho tiempo que estáis viajando?

—Desde ayer a las cuatro de la tarde.

—¿Habéis caminado desde esa hora?...

—Dieciséis o dieciocho leguas, según pienso.

—¿En doce o catorce horas?

—Pues si no he dejado de correr.

—¿Adonde os dirigís?

—A Versalles, señora.

—¿Y habéis salido?...

—De Taverney.

—¿Qué lugar es ése?

—Es un castillo situado entre Pierrefitte y Bar-le-Duc.

—¿No habréis tenido siquiera tiempo de comer?

—No sólo me ha faltado tiempo, sino también proporción.

—¡Cómo!

—Perdí mi dinero en el camino.
—¿Y no habéis comido desde ayer?
—Sólo unos mendrugos de pan que saqué del castillo.
—¡Pobrecito!; pero ¿por qué no habéis pedido de comer en cualquier sitio?
A los labios del joven asomó una sonrisa de desprecio, y respondió:
—Porque soy orgulloso, señora.
—¡Orgulloso!, ¿y en eso pensáis cuando vais a morir de hambre?
—Vale más morir, que deshonrarse.
La señora examinó con una especie de admiración al sentencioso interlocutor.
—¿Y quién sois para expresaros así?
—Un huérfano.
—¿De qué?
—De nada.
—¡Cómo! —dijo la joven, cada vez más asombrada, mientras su compañero se consideraba satisfecho al ver que se había atraído el interés de la hermosa viajera—. Sois muy joven para andar solo por esos caminos.
—Dejáronme sin amparo en un viejo castillo que sus amos abandonaron, y al encontrarme solo, hice como ellos.
—¿Sin objeto?
—El mundo es bien grande, y según afirman, hay sitio para todos bajo el sol.
—Éste es —dijo para sí la señora —algún bastardo de aldea, que huye de su solar—. ¿Decís que habéis perdido vuestro bolsillo? —agregó en voz alta.
—Sí, señora.
—¿Llevabais mucho dinero?
—Tan solo un escudo de seis francos, pero me hubiera sido suficiente —contestó, sintiendo la vergüenza de descubrir su pobreza, el peligro de hacer alarde, aumentando un capital que pudiera suponer mal adquirido.
—¡Tan exigua cantidad para un viaje tan largo! ¡Si apenas teníais bastante para comprar pan durante dos días! ¿Y desde Bar-le-Duc hasta París habéis dicho?
—Sí, señora.
—¡No es nada! De sesenta a setenta y cinco leguas, según opino.
—No las he contado; lo que únicamente dije: es necesario ir.
—¡Pobre loco! ¿Y decidisteis caminar?
—¡Bah! tengo buenas piernas.
—Por muy buenas que sean, ya veis que también se cansan.

—No fueron ellas las que me faltaron, sino las esperanzas.
—Ciertamente, paréceme que estabais cuando os vi, muy desesperado.
Gilberto sonrió dolorosamente.
—¿En qué pensabais? Os golpeabais la frente y os arrancabais los cabellos.
—Ilusión vuestra, señora —respondió Gilberto, turbado
—Segura estoy, y sin duda vuestra desesperación no os dejó oír los caballos.
Pensó el joven que podría engrandecerse con la narración de la verdad desnuda: su instinto le anunciaba que era interesante su situación, y mucho más para los ojos de una mujer.
—En efecto, estaba muy desesperado —contestó.
—¿Y por qué? —preguntó la señora.
—Porque no podía alcanzar el carruaje que seguía.
—¡Hola! —dijo sonriendo la joven—; ¿será esto alguna aventura? ¿la habrá acaso motivado el amor?
No era aún el joven bastante dueño de sus sensaciones para evitar el sonrojo.
—Decidme, ¿qué carruaje era ése?
—Uno de los del séquito de la princesa.
—¡Cómo! —prorrumpió admirada la joven—, ¿van delante de nosotros?
—Seguramente.
—Pensé que iban detrás, y que apenas habrían llegado a Nancy. ¿No la hacen honores por el camino?
—Sí, señora; pero según creo, Su Alteza lleva mucha prisa.
—¿Quién os ha enterado de todo eso?
—Lo supongo.
—¿Que lo suponéis? ¿Por qué?
—Porque anunció que descansaría dos o tres horas en Taverney, y apenas se detuvo tres cuartos de hora.
—¿Sabéis si ha recibido algún mensaje de París?
—Observé que entraba un caballero con uniforme bordado, y una carta en la mano.
—¿Oísteis su nombre?
—No, pero supe que era el gobernador de Estrasburgo.
—M. de Stainville, el cuñado de M. de Choiseul. ¡Cáspita! Más ligero, postillón, más ligero.
Un vigoroso latigazo contestó a esta orden, y Gilberto conoció que el coche, a pesar de ir a escape, aumentó su velocidad.

—¿Decíais que la princesa va delante?
—Sí, señora.
—Bien, pero se parará para almorzar —murmuró la desconocida, como hablando consigo misma—, y entonces podremos adelantarla, a no ser que esta noche... ¿Se ha detenido en algún punto esta noche?
—En Saint-Dizier.
—¿A qué hora?
—A las once, próximamente.
—Sería para cenar. También tendrá que almorzar. Postillón, ¿cuál es la primera ciudad de alguna importancia que hay en este camino?
—Vitry, señora.
—A qué distancia nos encontramos?
—A tres leguas.
—¿Dónde se mudan caballos?
—En Vauclère.
—Proseguid, y si veis una hilera de coches avisadme.
Se había desmayado otra vez Gilberto durante el diálogo que precede, y cuando la viajera volvió a sentarse, le encontró pálido y cerrados los ojos.
—¡Infeliz! Vuelve a perder el conocimiento y por causa mía, pues le hago hablar cuando está muriéndose de hambre y de sed, en lugar de darle lo que necesita.
Y con el fin de aprovechar el tiempo perdido, sacó inmediatamente de uno de los bolsos del coche un frasco cincelado, de cuyo cuello pendía con una cadenita de oro un cubilete de plata.
—Ahora bebed un poco de esta agua de la Costa —dijo llenando el vaso y ofreciéndoselo al joven.
Éste bebió sin necesidad de que se lo repitieran, ya fuera por el influjo que para él tuviese la mano que se lo daba, ya porque su necesidad fuese más imperiosa que en Saint-Dizier.
—Ahora, comed este bizcocho, y de aquí a una o dos horas os daré mejor almuerzo.
Gilberto le dio las gracias.
—¡Bien!; pues ya que estáis más dispuesto, decidme: si no halláis dificultad en admitirme por confidente vuestra, qué móvil os inducía a seguir ese carruaje que, según me habéis indicado, es uno de los del acompañamiento de la princesa.

—Os voy a decir la verdad en dos palabras —repuso Gilberto—. Yo vivía en casa del señor barón de Taverney cuando Su Alteza llegó y llevó consigo al barón que he nombrado. Como soy huérfano, nadie se acordó de mí, y me dejaron sin dinero ni provisiones. Al ver esto juré que puesto que todos iban a Versalles con la ayuda de buenos caballos y brillantes coches, yo iría también a pie, y llegaría al mismo tiempo que ellos. Desgraciadamente me faltaron las fuerzas, o mejor dicho, la fatalidad se declaró contra mí. Si no hubiese perdido mi dinero hubiera comido anoche y pudiera haberlos alcanzado esta mañana.
—¡Muy bien! Eso es tener valor —exclamó la señora—, y os felicito. Pero veo una cosa que acaso ignoraréis...
—¿Cuál?
—Que en Versalles no se vive únicamente con tener ánimo.
—Iré a París.
—Es lo mismo.
—Pero si no se vive sólo con valor, se podrá vivir con el trabajo.
—Muy bien contestado. ¿Con qué trabajo? Vuestras manos no son las de un jornalero ni de un mozo de cordel.
—Entonces estudiaré.
—Me parece que ya estáis bien adelantado.
—Sí, porque conozco que nada sé —contestó de un modo sentencioso Gilberto recordando el dicho de Sócrates.
—¿Me diréis qué ciencia estudiaríais preferentemente?
—Creo, señora, que la mejor de todas, es la que hace al hombre ser útil a sus semejantes. Y como la criatura es tan poca cosa en el mundo, creo qué debe estudiar el secreto de su flaqueza para conocer el de su fuerza. Deseo saber algún día el motivo por qué la debilidad de mi estómago ha ocasionado la de mis piernas, y conocer si es ella misma la que atrajo a mi cerebro la ira, la fiebre y el desvanecimiento que me abatieron.
—Conozco que podéis ser un excelente médico, y me parece que poseéis ya no pocos conocimientos de esa ciencia. Os ofrezco mi visita para dentro de diez años.
—Haré los esfuerzos imaginables para merecer ese honor, señora.
En aquel momento se detuvo el postillón, habiendo llegado a la parada sin haber visto carruaje alguno. Se informó la joven viajera, supo que la princesa había pasado por aquel sitio hacía un cuarto de hora, debiendo detenerse en

Vitry para almorzar y mudar los tiros.
Ordenó la señora que el nuevo postillón saliese de la población al paso ordinario, y luego que estuvo enteramente fuera:
—Postillón —le dijo—, ¿os atrevéis a alcanzar los coches de Su Alteza?
—¡Pues es claro!
—¿Antes que llegue a Vitry?
—¡Cómo! si iban a un trote largo.
__Ya, pero yendo a escape... os daré triple gratificación.
—Si eso me lo hubieseis dicho al salir, ya nos encontraríamos a un cuarto de legua de aquí.
—Ahí tenéis un escudo de seis francos a cuenta de lo que os he ofrecido, y tratad de recuperar el tiempo perdido.
Tomólo el postillón, y el carruaje salió con la rapidez del viento.
Bajóse Gilberto durante la parada para lavarse la cara y las manos, habiéndose mejorado mucho con esta operación, y se ocupó luego en alisar sus cabellos, que eran hermosísimos.
—En verdad que no es muy mal parecido mi futuro médico —dijo para sí su compañera al mismo tiempo que le miraba sonriendo cuando volvió a subir.
Sonrojóse Gilberto cual si adivinara lo que daba motivo a la sonrisa de la viajera.
Cuando ésta terminó su diálogo con el postillón, dirigióse hacia el joven filósofo, cuyas paradojas, viveza de carácter y máximas, le habían agradado en extremo.
Interrumpíase, no obstante, en medio de alguna carcajada, provocada por alguna respuesta que olía a filosofismo a una legua en circunferencia, para asomarse y extender una mirada a lo largo del camino; pero si tocaba ligeramente su brazo el rostro de Gilberto, o su torneada rodilla se apoyaba sobre su cuerpo, la hermosa viajera se divertía al observar el contraste que formaban los ojos del futuro médico, humildemente inclinados, con el vivo carmín que coloreaba sus mejillas.
Una legua habrían caminado ya, cuando la joven dio un grito de alegría, e inclinándose al mismo tiempo sobre el banquillo del coche con tan poca precaución, que cubrió con su cuerpo completamente al de su compañero.
Había divisado los últimos carruajes de la escolta que subían trabajosamente una cuesta sobre la cual se veían ordenados veinte coches, distinguiéndose también casi todos los viajeros que habiéndose bajado, la subían a pie para

aliviar algún tanto a los caballos.
Gilberto separó el vestido, y deslizándose, asomó su cabeza por encima del hombro de la viajera, hincándose sobre el asiento intentando descubrir con sus abrasadoras miradas a la señorita de Taverney en aquella multitud de ascendientes pigmeos, entre los que le pareció reconocer a Nicolasa.
—¿Qué hago ahora? —preguntó el postillón.
—Adelantar a toda esa comitiva.
—No es posible, señora; no se puede dejar atrás a la princesa.
—¿Por qué?
—Porque está prohibido. ¡Diablo! ¡Pasar delante de los caballos del rey! Iría a presidio.
—Pues es indispensable que así lo hagas! arréglate de la mejor manera posible.
—¡Cómo, señora! ¿No formáis parte de la escolta? — preguntó Gilberto creyéndose que aquel era un carruaje rezagado, y que toda aquella prisa era sólo ocasionada por, el afán de ocupar cuanto antes su puesto.
—El deseo de instruirse es laudable —replicó la joven—, pero la indiscreción es inconveniente.
—Perdonad, señora —dijo Gilberto abochornado.
—¡Vamos! ¿qué hacemos? —preguntó la señora al postillón con imperiosa voz.
—Iremos detrás hasta Vitry, y si Su Alteza se detiene, pediremos permiso para proseguir el viaje.
—Pero se enterarán y sabrán que yo... no, eso no conviene; veamos otro medio.
—Si me permitieseis os daría un consejo —interrumpió Gilberto.
—Vamos a ver, amigo mío, y si es bueno lo seguiremos
—Si tomásemos una trocha y rodeásemos la población, nos hallaríamos delante de la princesa sin acusarnos de perder el respeto.
—¡No dice mal este joven, postillón! ¿Conocéis travesía alguna?
—¿Qué conduzca adonde?
—Dondequiera, con tal de que nos adelantemos a la princesa.
—¡Ya! sí... A la derecha está el camino de Marolle que pasa alrededor de Vitry, y, se une con la carretera en La Chaussée.
—¡Bien!, eso es.
—Pero sabéis, señora —añadió aquél—, ¿que al hacer ese rodeo duplico la

posta?
—Dos luises, si estamos en La Chaussée antes que Su Alteza.
—¿Y si se rompe el coche?
—Continuaré a caballo.
El carruaje giró enseguida sobre la derecha, y entrando en un carril, siguió por la orilla de un riachuelo, cuyas aguas desembocan en el Mame entre La Chaussée y Mutigni.
Fiel a su palabra, el postillón hizo cuanto fue humanamente posible para destrozar el coche, y llegar cuanto antes.
Lo menos veinte veces fue arrojado Gilberto sobre su compañera, quien otras tantas cayó en los brazos del joven filósofo.
Consiguió éste ser cortés sin ser molesto, y ni una sola sonrisa apareció en sus labios, aun cuando manifestaban sus ojos bien a las claras que la viajera no le era desagradable.
La soledad es causa generalmente de la intimidad: después de dos horas de caminar por trocha, nuestros viajeros se contemplaban ya como si fueran amigos desde la niñez.
Las once serían cuando llegaron al camino real que conduce de Vitry a Châlons. Informado por un correo a quien hallaron, supieron que Su Alteza se detendría no sólo para almorzar, sino que, encontrándose muy cansada, haría en Vitry dos horas de descanso. También les manifestó que era enviado a la próxima parada para decir a los palafreneros que estuviesen dispuestos a las tres de la tarde.
Enterada de esta noticia la viajera con el mayor placer, dio al postillón los dos luises que le había prometido, y dirigiéndose a Gilberto:
—A fe mía que nosotros también vamos a comer en la próxima parada.
Sin embargo, el destino lo dispuso de otro modo.

XXI

BUSCANDO CABALLOS

Veíase fácilmente desde la cumbre de la cuesta que la silla de posta tocaba en aquel momento, el lugar de La Chaussée, donde debían hacer parada. Hallábase formada esta población por un corto número de casas, distribuidas graciosamente según el capricho de sus habitantes, unas a un lado del camino, otras a la sombra de un bosquecillo, cerca de una fuente, y la mayoría, siguiendo la corriente del arroyo que hemos mencionado, sobre el cual y en la puerta de cada casa habían colocado ligeras tablas a manera de puente.

Pero lo que más llamaba la atención en aquel momento, era un hombre que estaba a un lado del arroyo y en medio del camino como cumpliendo con alguna consigna, ya dirigiendo ansiosas miradas hacia la carretera, ya contemplando un hermoso caballo que sujeto al postigo de una choza, hacía bambolear con repetidos golpes sus tableros con una impaciencia que pudiera disculparse al verle ensillado, indicando de este modo que esperaba a su dueño.

Sin duda ya cansado de explorar inútilmente el camino, el desconocido se acercaba al caballo y le examinaba al parecer con inteligencia, arriesgándose a pasarle por la grupa su adiestrada mano o a pellizcarle sus delgadas piernas. Tan pronto como evitaba la coz con que contestaba el animal a cada una de sus tentativas, volvía a su observación dirigiendo de nuevo su vista a la carretera completamente desierta. En fin, viendo que nadie venia, se decidió a dar golpes en el postigo.

—¡Hola! ¿No hay nadie? —gritó.

—¿Quién llama? —preguntó un hombre abriendo al mismo tiempo la ventana.

—Si está de venta ese caballo —dijo el extranjero—, ya habéis hallado comprador.

—Amigo mío, ésta no es feria —contestó el aldeano cerrando de nuevo el postigo.

No satisfizo esta respuesta al extranjero, y volvió a llamar de nuevo.

Era un hombre que representaba cuarenta años, alto y robusto, color tostado, barba roja, la nerviosa mano se ocultaba bajo los encajes del ancho puño de su camisa. Cubría su cabeza un sombrero con galones, e inclinado sobre la sien izquierda a la usanza de los oficiales de provincia cuando quieren atemorizar a los parisienses.

Llamó por tercera vez, e impacientándose al ver que nadie respondía:
—¿Sabéis, buen amigo —le dijo—, que sois poco cortés, y que si no os asomáis hago pedazos la ventana?
Abrióse con esta amenaza, y apareció el mismo rostro.
—¡Qué diablos! ¿Cuántas veces es necesario deciros que no está de venta ese caballo? Me parece que debiera bastaros con la primera.
—Tampoco habréis puesto en olvido que también os dije que lo necesitaba.
—Si le necesitáis podéis ir a la casa de postas y escoger entre los sesenta que allí hay pertenecientes al rey; pero dejad éste que es el único que posee su amo.
—Lo creo; pero insisto en que éste es el que deseo.
—Se conoce que no tenéis mal gusto. ¡Un caballo árabe!
—Por ese motivo tengo en ello más empeño.
—Es muy posible; pero tendréis que dejarle donde está, pues ya os he dicho que no se vende.
—¿De quién es?
—Sois muy curioso.
—Y tú un indiscreto.
—Os lo diré para terminar. Es de una persona hospedada en mi casa, que lo quiere como a una criatura.
—Deseo hablar con esa persona.
—Está durmiendo.
—¿Es hombre o mujer?
—Mujer.
—Pues dile que estoy pronto a darle por su caballo cuatro duros.
—¡Vaya un capricho!
—Añade, si quieres, que es un antojo del rey.
—¿Del rey?
—Sí.
—Ea, ¿pretendéis hacerme creer que vos sois el rey?
—No, pero lo represento.
—¿Que lo representáis? —dijo el campesino quitándose rápidamente el sombrero.
—Sí, date prisa, que urge —contestó el hércules mirando atentamente a lo largo de la carretera.
—Descuidad, hablaré con la señora enseguida que despierte.

—¡Ya!; pero yo no puedo aguardar tanto tiempo.
—Entonces, ¿qué haremos?
—Despertarla. ¡Pardiez!
—¡Ay! no me atrevo.
—Pues espera; allá voy yo a quitarle el sueño —dijo el personaje que pretendía representar a Su Majestad, aproximándose para llamar al postigo superior con un látigo con puño de plata.
La mano tenía ya alzada para llamar cuando se detuvo al ver una silla de posta que hacia aquel punto se dirigía a escape, tirada por cuatro caballos, y le era sin duda muy conocida, pues corrió a su encuentro con una precipitación que hubiera honrado al caballo árabe, cuya posesión deseaba. Venía en este carruaje la viajera, ángel tutelar de Gilberto.
Le hacía señas al postillón al ver aquel hombre que detuvo sus caballos, pues ignoraba dónde quería pararse la viajera.
—¡Chon, querida Chon! —gritó el extranjero—, ¡vamos, has llegado ya, sea enhorabuena! ¡Dios te guarde!
—Sí, Juan, ya llegué —contestó la viajera que había sido interpelada con tan particular nombre—, ¿y tú qué es lo que haces?
—¡Vaya una pregunta! te estoy aguardando —contestó el hércules saltando sobre el estribo. Pasó los brazos por la portezuela y estrechó a la joven llenándola de besos. Pero fijándose en Gilberto, que ignorante de las relaciones que existían entre estos nuevos personajes que hemos introducido en la escena, miraba con enfado semejante al perro a quien arrebatan un hueso:
—¡Demonio! ¿qué traes ahí? —preguntó.
—Un filósofo en extremo divertido —contestó la joven sin meditar que aquella respuesta podía ofender a su ahijado.
—¿Dónde le encontraste?
—En la carretera; pero eso no es lo que nos interesa
ahora.
—Tienes razón —contestó Juan—. ¿Y nuestra viajera condesa de Bearne?
—Está conforme.
—¿Qué quieres decir?
—Que vendrá.
—¿Qué vendrá?
—Sí, sí

—respondió la señorita Chon moviendo la cabeza.
—¿Qué le has contado?
—Que yo era la hija de su abogado M. Flajeot, y que cumpliendo con el encargo de mi padre para cuando pasase por Verdún, me apresuraba a notificarle que su pleito estaba próximo a verse.
—¿Nada más?
—También le dije, que para cuando eso ocurriese era indispensable marcharse a París.
—¿Qué hizo entonces?
—Abrió los ojos admirada; sorbió un polvo, y dijo que M. Flajeot era el hombre más sabio del mundo. Concluidas sus exclamaciones, ordenó que se dispusiese su viaje.
—¡Perfectamente! Te nombro mi embajador extraordinario; pero entretanto vamos a almorzar.
—Sí, porque este pobre joven se muere de debilidad; pero vamos aprisa.
—¿Por qué?
—Porque viene ahí.
—¿Quién, la vieja del pleito? ¡bah! en llegando dos horas antes que ella...tenemos tiempo para prevenir a M. de Maupeou...
—No: es la princesa.
—No puede ser. La princesa debe estar todavía en Nancy.
—Está en Vitry.
—¿A tres leguas de aquí?
—Efectivamente.
—¡Fuego! ¡Esto ya es otra cosa! ¡Adelante, postillón, adelante!
—¿Adonde vamos, caballero?
—A la posta.
Partió el carruaje, y cinco minutos después se detuvo en la fonda de la Posta.
—Pronto, a escape —gritó Chon—, chuletas, pollos, huevos, una botella de Borgoña; cualquier cosa; no podemos detenernos ni un instante.
—Señora —dijo el dueño de la fonda—, si os vais al instante, tendréis que hacerlo con vuestros caballos.
—¡Cómo! ¿Con nuestros caballos? —repuso Juan saltando a tierra.
—Pues ya, o con los que os han traído.
—No puede ser —contestó el postillón—; ved como vienen esos animalitos; ya han doblado la posta.

—Sin duda —replicó Chon—, no es posible que puedan andar más.
—¿Quién impide que me deis otros caballos? —interrogó el vizconde.
—Nadie; pero no los tengo...
—Vuestra obligación es tenerlos... y según el estatuto...
—El estatuto me obliga a tener quince en mis cuadras.
—¿Exactamente?
—¡Pues bien!, tengo dieciocho.
—¡Vaya! pues siendo así...
—Pero no están aquí.
—¿Los dieciocho?
—Sí, señor.
—¡Mil rayos!...
—¡Vizconde!... ¡Vizconde!, ¡cuidado! —interrumpió la joven.
—Es verdad —contestó el perdonavidas—; descuida, procuraré reprimirme —y dirigiéndose al dueño de la casa, añadió—: ¿Cuándo vuelven tus rocines?
—Según: de aquí a una hora o dos acaso; eso depende de los postillones.
—¿Pensáis acaso —dijo el vizconde encasquetándose el sombrero y doblando la pierna derecha—, que estoy para bromas?
—Desearía que así sucediese.
—Conque veamos si enganchan enseguida, o si no...
—Venid conmigo a la cuadra, y si encontráis algún caballo, os lo regalo.
—¿Y si encuentro sesenta, qué harás, pícaro socarrón?
—Sería igual que si no encontrarais ninguno, puesto que pertenecen a Su Majestad, y no puedo alquilarlos.
—Entonces, ¿para qué los tienes aquí?
—Para el servicio de la señora princesa.
—¿Has dicho que hay sesenta caballos en los pesebres y que no puedo disponer de ninguno?
—Sin duda. Ya comprenderéis...
—Lo único que conozco es que debo marchar.
—Lo siento...
—Y como la princesa no llegará hasta la noche...
—¿Qué decís? —preguntó aturdido el dueño de la posta.
—Que los caballos podrán regresar antes de su llegada.
—Caballero —exclamó aquel pobre hombre—; ¿os atreveríais?
—¡Ya lo creo! —dijo el vizconde dirigiéndose hacia la cuadra—, aguárdame

y lo verás.
—Pero, caballero...
—Me conformo con tres, no exijo ocho como las altezas reales, aun cuando tengo derecho... al menos por la alianza; no, con tres tengo bastante.
—Ni uno solo os llevaréis —dijo el maestro de postas colocándose entre sus caballos y el vizconde.
—¿No sabes quién soy, gran pillo? —gritó éste palideciendo de cólera.
—¡Vizconde! —gritaba Chon—. ¡Por Dios, vizconde; sin escándalo!
—Tienes razón, querida mía.
Y con excesiva amabilidad dijo al dueño después de un momento de reflexión:
—Vamos, amigo mío; basta ya de palabras, y acudamos a los hechos. Voy a descargaros de toda responsabilidad.
—¿Cómo? —preguntó aquel desconfiado a pesar de la afabilidad de su interlocutor.
—Tomándolos yo mismo. Aquí veo tres caballos de talla exactamente igual, y me los llevo.
—¿Que os los lleváis?
—Sí.
—¿Y es eso dejarme libre de toda responsabilidad?
—Es evidente. No los dais, pues os lo quitan.
—Repito que es imposible.
—Ea, vamos pronto, ¿dónde tenéis colgados los arreos?
—Todos quietos —gritó el maestro a dos o tres mozos de cuadra que andaban por las caballerizas y el patio.
—¡Ah, imbéciles!
—¡Juan!, ¡querido Juan! —gritó Chon al oír las voces—. No te arrebates, amigo mío. Es preciso sufrirlo todo con paciencia.
—Pero no una detención —contestó aquél tratando de tranquilizarse—; y estoy seguro que me detendría si esperase a que estos tunos me ayudaran a enganchar. Voy a hacerlo yo mismo.
Y, poniendo por obra su amenaza, desató tres arreos que colocó sobre los tres caballos.
—¡Por piedad, Juan! —exclamó Chon juntando sus manos; ¡por piedad!
—¿Deseas llegar a tiempo o no? —repuso el vizconde rechinando los dientes.
—¿Pues no he de desearlo? Lo perdemos todo, si no llegamos a tiempo.

—En este caso déjame hacer —dijo el vizconde separando los tres caballos que había elegido, y dirigiéndose hacia el coche conduciéndolos del diestro.
—Mirad lo que hacéis —gritaba el maestro de postas siguiendo a Juan—: es un delito de lesa majestad robar esos caballos.
—Yo no los robo, imbécil, los llevo prestados. ¡Vamos, negrillos, adelante!
Nuevamente intentó oponerse el maestro; pero Juan lo rechazó con energía.
—¡Hermano!, ¡hermano! —gritó Chon.
—¡Hola! con que es su hermano —murmuró Gilberto respirando con más libertad que en el interior del carruaje.
Abrióse en este instante una ventana en la otra acera de la calle, y una bellísima joven se asomó azorada al oír aquel ruido.
—¡Ah!, ¿sois vos, señora? —dijo el vizconde variando el rumbo de la conversación.
—¡Como yo! —repuso la señora en mal francés.
—Pues os habéis levantado ya, me alegro. ¿Queréis venderme vuestro caballo?
—¿Mi caballo?
—Sí, señora, aquel árabe que estaba amarrado al postigo.
—No, señor —contestó la joven cerrando la ventana.
—Está visto, tengo hoy mala suerte: no puedo encontrar quien venda ni alquile. ¡Pero, por vida de Sanes, he de llevarme el árabe, y reventaré estos rocines! Patricio —dijo volviéndose hacia su lacayo que obedeció enseguida —. Ven acá.
—Engancha a escape.
—¡Acá, mozos! ¡Acá! —gritó el posadero.
Acudieron dos palafreneros a estas voces.
—¡Vizconde! ¡Juan! —exclamaba la viajera pretendiendo, aunque inútilmente, abrir la portezuela—: ¿Estás loco?; mira que esos pícaros van a matarnos.
—¡A matarnos! Nosotros sí que no vamos a dejar uno con vida: somos tres contra tres. ¡Ea, joven filósofo! —añadió dirigiéndose a Gilberto, que lejos de moverse permanecía impasible en el carruaje—. ¿Oyes?, ¡abajo!, ¡abajo!, y nos ayudarás a dar garrotazos, pedradas, pescozones o lo que creas más conveniente. ¿No oyes? ¡Por Cristo, que según estás arrinconado, pareces un santo de yeso!
Gilberto quiso conocer el deseo de su protectora y le dirigió una mirada

inquieta y suplicante. La dama le detuvo por el brazo.
Mientras esto ocurría, se desgañitaba el maestro de postas dando voces y tirando de los caballos que Juan sujetaba con todas sus fuerzas.
Por fin llegó el término de aquella lucha. Hostigado, fatigado e impacientado, el vizconde propinó tan recia puñada al defensor de los caballos, que éste cayó rodando a un estanque en medio de los patos y gansos espantados.
—¡Socorro! ¡que me matan! ¡Al asesino! —gritaba el posadero, en tanto que el vizconde, que sabía lo que valía cada minuto, se daba prisa a enganchar—.
¡Socorro! ¡Que me matan! ¡Al asesino! ¡Favor al rey! —repetía aquél, confiando en que los dos palafreneros le ayudasen.
—¿Quién pide favor al rey? —gritó un hombre a caballo que entró a galope en el patio de la casa de postas y paró, en medio de los actores de aquella escena, su caballo fatigado y sudoroso.
—¡M. Felipe de Taverney! —murmuró Gilberto, encogiéndose para ocultarse cuanto le fue posible en un rincón del coche.
Chon, que en todo estaba, pudo oír el nombre del jinete.

XXII

DUELO IMPROVISADO

Observando la curiosa escena que principiaba a atraer a todos los niños y mujeres de aquella población en la puerta de la hostelería, el joven teniente de gendarmes reales apeóse de su caballo, y el maestro de postas acudió así que pudo verle, a echarse a los pies de aquel inesperado protector que la Providencia le deparaba.
—¿No sabéis lo que sucede, señor oficial?
—No, amigo mío —contestó con frialdad Felipe—; pero podéis contármelo.
—Es que pretenden llevarme a viva fuerza los caballos de Su Alteza Real.
—¿Quién se atreve a tanto? —preguntó aquél abriendo, asombrado los ojos, como un hombre a quien refieren una cosa increíble.

—El señor —contestó el posadero, refiriéndose al vizconde.
—¿El señor? —repitió Felipe.
—Sí..., yo, yo —repuso Juan.
—Estáis equivocado —añadió Taverney moviendo la cabeza—; o el señor está loco, o no es caballero.
—El que está equivocado sois vos sobre ambos extremos, mi querido teniente —replicó el vizconde—: tengo muy firme la cabeza, y estoy habituado a subir en los coches de Su Majestad.
—¿Cómo es posible, siendo como acabáis de decir, que os atreváis a faltar a la princesa, arrebatando sus caballos?
—En primer lugar, aquí hay sesenta, y Su Alteza sólo necesita ocho; sería una gran desgracia si al tomar tres al azar me llevase precisamente los suyos.
—Verdad es que hay los que habéis dicho. No niego que la princesa sólo se sirve de ocho; pero no es motivo para que dejen de pertenecer a Su Alteza desde el primero hasta el último, y no podéis conocer los que están destinados para su servicio.
—Muy pronto veréis, sin embargo, lo contrario —repuso el vizconde irónicamente—, puesto que me llevo el tiro. ¡Es decir, que os proponíais que yo caminara a pie, mientras esa chusma de lacayos corría con cuatro caballos! ¡Vive Dios! ¡Que se conformen con tres, y gracias!
—Si los lacayos van con cuatro caballos —dijo Felipe alargando hacia el vizconde su brazo para disuadirle de aquella terquedad—, es porque el rey así lo ordena. Por esta causa tendréis la bondad, caballero, de disponer que vuestro criado lleve esos caballos al sitio de donde los habéis tomado.
Dijo aquellas palabras con tanta firmeza como cortesía, y a no ser un impolítico, era preciso responder con alguna delicadeza.
—No creo que fuera en vos desacertado tomar como parte de vuestra consigna cuidar de estos animalitos; pero desconocía hasta ahora que los gendarmes reales hubiesen ascendido al decoroso empleo de palafrenero. Conque haced la vista gorda, amigo mío, y buen viaje.
—¡Caballero!, repito que os equivocáis, pues sin haber ascendido o descendido al grado de palafrenero, lo que hago en este momento está dentro de mis atribuciones; pues Su Alteza me envía para cuidar que estén dispuestos sus tiros.
—¡Ah! Entonces es otra cosa —repuse Juan—; pero, mi teniente, me permitiréis os advierta que es poco honroso ese servicio, y si esa joven

comienza a tratar de ese modo al ejército...
—¿De quién os atrevéis a hablar en tales términos, caballero? —interrumpió Taverney.
—¡Voto va! de la austríaca.
—Y os atrevéis a decir... —gritó palideciendo el joven.
—No sólo me atrevo a decir, sino también a hacer —añadió Juan—. Vaya, amigo Patricio, engancha cuanto antes, que tenemos prisa.
—Caballero —dijo tranquilamente Felipe cogiendo la brida del primer caballo—, ¿podréis hacerme la merced de decirme quién sois?
—Si os empeñáis...
—Os lo ruego.
—Pues soy el vizconde Juan Du Barry.
—¡Cómo! ¿Sois el hermano de la...?
—Que hará que os pudráis en la Bastilla, señor oficial, si no os calláis — contestó el vizconde subiéndose en el coche.
—Señor vizconde —dijo Taverney acercándose a la portezuela—, ¿me haréis el favor de bajar, no es así?
—¡Bah! ¡Bah! ¡A buena hora! No puedo detenerme — contestó intentando cerrar el carruaje.
—Si tardáis en obedecer un segundo —replicó Felipe sujetando con la mano izquierda la portezuela—, os juro que os atravieso de parte a parte.
Y al decir esto, desenvainó su espada.
—¡Cómo! —exclamó la viajera—, ¡sería un asesinato! Renunciad a esos caballos, renunciad.
—¿Es amenaza? —preguntó irritado el vizconde al tomar su espada que tenía colocada en el pescante.
—Y la obra seguirá a la amenaza, si tardáis un segundo: ¿lo oís?
—No podemos salir de aquí —dijo Chon al oído del vizconde—, si no ganamos la amistad de ese oficial.
—Ni a buenas ni a malas, pueden hacerme variar de rumbo en cumplimiento de mi deber —respondió Felipe acompañando estas palabras con una respetuosa reverencia al oír el encargo de la viajera—, aconsejadle vos misma la obediencia, o en nombre del rey a quien represento me veré precisado a matar al señor, si consiente batirse, o a mandar que lo prendan si rehusa.
—Y yo debo advertiros que a vuestro pesar partiré — gritó enfurecido el vizconde desenvainando la espada y saliendo fuera del coche.

—Eso lo veremos —dijo Felipe colocándose en guardia—. ¿Estáis preparado?
—Mi teniente —dijo el sargento que mandaba seis hombres de escolta—; mi teniente, permitís...
—Todos quietos —repuso—: es cuestión personal: estoy a vuestras órdenes, señor vizconde.
Lanzaba la viajera gritos dolorosos, y Gilberto deseaba que el coche fuese más profundo que un pozo, para poder esconderse mejor.
Juan comenzó el ataque. Era muy diestro en el ejercicio de las armas que exige más cálculo que habilidad física; pero la ira le hacía perder la mayor parte de su fuerza, al paso que Felipe manejaba al parecer su espada tan fácilmente como si se tratara de un florete.
Se movía el vizconde; avanzaba y saltaba de izquierda a derecha gritando como los maestros de esgrima. Felipe, por el contrario, apretados los dientes, fijos sus ojos, inmóvil como una estatua, todo lo veía, todo lo adivinaba.
Los circunstantes asistían con el más profundo silencio a aquella escena.
Dos o tres minutos duró el combate sin que el vizconde adelantase nada con sus acometidas, gritos y retiradas, y sin que Felipe, que estudiaba el manejo de su adversario, atacase una sola vez; pero de pronto dio Du Barry un salto hacia atrás lanzando un grito. Su puño se ensangrentó al mismo tiempo, y la sangre corrió a lo largo de sus dedos.
Habíale atravesado Felipe el brazo de una estocada.
—Caballero —le dijo—, os encontráis herido.
—Ya lo sé, ¡voto a Cristo! —contestó Juan palideciendo y soltando la espada.
Recogiéndola Felipe del suelo se la entregó, diciendo:
—Id en paz, caballero, y no volváis a hacer semejantes locuras.
—¡Pardiez! ¡si las hago, las pago! —murmuró el vizconde—. Ven enseguida, querida Chon; ven —añadió volviéndose a su hermana que bajaba apresuradamente del coche para auxiliarle.
—Creo, señora, me haréis justicia, conociendo que no ha sido por culpa mía, y siento mucho haber tenido que tirar de la espada ante una señora —dijo Taverney saludando, al retirarse, a la viajera.
—Desenganchad ese tiro, amigo mío —díjole al maestro de postas, y conducid los caballos adonde anteriormente estaban.
El vizconde amenazó con la mano a Taverney, que se encogió de hombros

sin responder.
—¡Ah! —gritó el maestro de postas—; ¡precisamente llegan ahora tres caballos! ¡Courtin! ¡Courtin!, engánchalos.
—Pero, señor... —dijo el postillón.
—Pronto y sin replicar —repuso el posadero—; el señor tiene prisa; y dirigiéndose al vizconde añadió—: No os impacientéis, caballero; ahí vienen tres caballos.
—Bueno: bien pudieran haber llegado hace media hora—; refunfuñó Du Barry golpeando el suelo con el pie y contemplando su brazo pasado de parte a parte que su hermana vendaba con un pañuelo.
Felipe, ya montado a caballo, daba sus órdenes con igual tranquilidad que si nada hubiera ocurrido.
—Vámonos, hermano, vámonos —dijo Chon llevándose a Du Barry hacia el coche.
—¿Y mi árabe? ¡Ea! que se le lleven los diablos, estoy de desgracia hoy — dijo subiendo en el carruaje.
—¿Qué es esto? —interrogó al ver a Gilberto—; vamos, ¿no podré ni aun estirar mis piernas?
—Caballero —respondió el joven—, sentiría mucho molestaros...
—Vamos, Juan —dijo la viajera—, deja tranquilo a mi filósofo.
—¡Que se siente en el pescante, pardiez!
—Yo no soy lacayo para ir en ese sitio —contestó Gilberto confundido.
—¡Hola! Ahora salimos con esas —añadió Juan.
—Si me autorizáis para que baje, me marcharé.
—¡Bajad con mil diablos! —gritó Du Barry.
—No, no; colocaos frente a mí —interrumpió Chon sujetando con el brazo a Gilberto— y de esta manera no incomodaréis a mi hermano.
Y acercándose al oído del vizconde, prosiguió: —Conoce al que te ha herido.
—¡Perfectamente! entonces que no se marche —dijo el vizconde, radiantes los ojos de alegría—. ¿Cómo se llama ese caballerito?
—Felipe de Taverney.
En este instante el joven pasaba junto al coche.
—¡Hola! ¡estáis aquí, buen mozo! —gritó el vizconde— estaréis muy ufano, pero a cada uno le llegará su hora.
—Cuando gustéis podemos verlo —respondió con sosiego el oficial.
—Sí, sí, lo veremos, señor Felipe de Taverney —repitió Juan, procurando

distinguir el asombro que el joven experimentaría al oírse nombrar tan inopinadamente.
Alzó éste efectivamente la cabeza con inquietud; pero tranquilizándose al punto y quitándose con el mayor agrado el sombrero, contestó:
—Buen viaje, caballero Du Barry.
Y el carruaje salió rodando con rapidez.
—¡Mil rayos! —exclamó el vizconde— ¿sabes, querida Chon, que sufro de un modo horrible?
—Cuando lleguemos a la primera parada, haremos que llamen a un cirujano mientras almuerza este joven —contestó la viajera.
—Es cierto, todavía no hemos almorzado: yo he perdido el apetito con el dolor, pero tengo mucha sed.
—¿Quieres un vaso de la Costa?
—Bien, lo beberé.
—Si lo permitieseis, caballero, os haría una observación —dijo Gilberto.
—Podéis hacerla.
—Que no es buena bebida en el estado en que os halláis.
—Tenéis razón —dijo el vizconde, y dirigiéndose a su hermana, preguntó:
—¿Es médico también tu filósofo?
—No, señor —replicó éste—, pero, si Dios quiere, lo seré algún día. Únicamente he leído en un autor, que lo primero que debe prohibirse a los heridos es el uso de licores, vino y café.
—Está bien; seguiré vuestro consejo.
—Si gustáis, señor vizconde, prestarme vuestro pañuelo, iré a empaparlo en aquel arroyo, y envolviendo en él vuestro brazo, os aseguro que experimentaréis mucho alivio.
—Hacedlo, amigo mío: ¡para, postillón! —gritó la viajera.
El coche se detuvo, y Gilberto fue a mojar el pañuelo de Juan en la corriente.
—Este chico va a molestarnos excesivamente para hablar —dijo Du Barry.
—Hablaremos en *patuá*[8] —contestó su hermana.
—Tentaciones me dan de decir al postillón que siga adelante, y le abandonemos ahí con mi pañuelo.
—Harías mal; puede sernos muy útil.
—¿Por qué?
—Ya me ha participado cosas del mayor interés.

—¿Sobre qué?
—Con respecto a la princesa; y ya viste que nos dijo hace poco el nombre de tu adversario.
—Vaya, pues bien, que continúe.
A poco regresó el joven, y envolvió en el pañuelo empapado en agua fresca el brazo del vizconde, que experimentó alivio como lo había anunciado Gilberto.
—Tenía razón tu ahijado: estoy en efecto mejor: hablemos.
Púsose a escuchar Gilberto atentamente después de haber cerrado sus ojos; pero fue vana su esperanza, porque Chon contestó a la invitación que le hiciera su hermano, en el dialecto de que anteriormente hablamos, y no obstante del dominio que nuestro joven tuviera sobre sí mismo, no pudo reprimir un movimiento de despecho. Al notarlo la viajera, le dirigió para consolarle una sonrisa muy afectuosa.
Comprendió el joven en aquella sonrisa que no le miraban con indiferencia, y que había llegado a granjearse la estimación de un vizconde, honrado con las bondades del rey.
La idea de que Andrea supiera su felicidad, halagó su amor propio; pero ni siquiera se acordó de Nicolasa.
—¡Hola! —exclamó de repente el vizconde, mirando hacia atrás por la portezuela del coche.
—¿Qué sucede? —preguntó Chon.
—El caballo árabe que nos viene siguiendo.
—¿Qué caballo árabe es ése?
—El que intenté comprar.
—¡Ay, sí!... viene montado por una mujer; ¡hermosa criatura!
—¿De quién dices eso?... ¿de la mujer o del caballo? —De la mujer.
—Llámala: acaso sea más expansiva contigo que conmigo... Daría muy gustoso mil doblones por el caballo.
—¿Y por la mujer?... —preguntó sonriendo su hermana.
—Me arruinaría... Llámala, llámala.
—¡Señora! —gritó ésta—, ¡señora!
Pero la joven de los ojos negros, envuelta en una capa blanca y cubierta la cabeza con un sombrerillo de fieltro, pasó rápida como la flecha por un lado de la carretera gritando:
—*¡Avanti, Djerid, avanti!*

—Es italiana —dijo el vizconde—, ¡qué lindísima es! Juro por mi vida, que si no me molestara tanto este brazo, saltaba del coche y corría en pos de ella.
—La conozco —dijo Gilberto.
—¿Es quizá este aldeano almanaque para la provincia? Conoce a todo el mundo.
—¿Como se llama? —preguntó Chon.
—Lorenza.
—¿Quién es?
—La esposa del hechicero.
—¿Qué hechicero?
—El barón José Balsamo.
Miráronse con asombro ambos hermanos.
—¿Hice bien en recogerle? —dijo la viajera.
—Ciertamente —contestó el vizconde.

XXIII

ALIANZA

Nuestros lectores nos permitirán que abandonemos por ahora a la señorita Chon y al vizconde Juan, corriendo en posta por la carretera de Châlons, y que los conduzcamos a casa de otro personaje de la misma familia.
En las habitaciones que en Versalles habitara *madame*[9] Adelaida, hija de Luis XV, había instalado este príncipe, hacia ya un año, a su querida la condesa Du Barry, sabiendo de antemano el efecto que este golpe de Estado produciría en la corte.
La favorita había logrado transformar aquel silencioso palacio en un turbulento caos, con sus modales libres, afectados melindres, humor placentero y escandalosas extravagancias; no permitiéndose allí ningún habitante, sino a condición de divertirse con inmoderada alegría.
De aquella, que pudiéramos llamar reducida morada, a juzgar por el poder del

que la ocupaba, salían a cada momento la invitación para una solemnidad, o la orden para alguna función campestre. Lo que no dejará de parecer extraordinario, es el incalculable número de personas que la visitaban, engalanadas y brillantes, y que desde las nueve de la mañana subían por la magnífica escalera de aquella parte del palacio, para acomodarse humildemente en una antecámara llena de curiosidades, menos admirables que el ídolo a quien los elegidos venían a tributar en aquel santuario sus rendidas adoraciones.

El día anterior a aquel en que se desarrolló la escena que ya referimos, en la casa de postas de la villa de La Chaussée, sobre las nueve de la mañana, es decir, a la hora ordinaria, Juana de Vaubernier, envuelta en una blusa de muselina bordada, bajo cuyos huecos encajes se dibujaban los contornos seductores de sus piernas y brazos de alabastro, Juana de Vaubernier, llamada más tarde señorita de Langes, y al fin condesa Du Barry, por la gracia de M. Juan Du Barry, su antiguo protector, abandonaba el lecho, no podemos decir semejante a Venus; pero todo hombre que diese preferencia a la verdad sobre la ficción, la encontraría más hermosa que la diosa de los amores al surgir del mar sobre la espuma de las olas.

Sedosos rizos de color castaño claro, brillando sobre nevado cutis, con vetas azul de cielo; ojos que en su afectada languidez parecían espiritualizarse; labios, cuyo suave color hubiera envidiado la rosa al entreabrir los pétalos aromáticos de su cáliz, y que mostraban una doble hilera de brillantes perlas; garganta, a la que parecía haber servido de modelo la Venus de Milo, y una flexibilidad como la de la palma del desierto; tales eran los atractivos que la joven condesa Du Barry se aprestaba a presentar a los elegidos de su corte. Este era el conjunto que la majestad de Luis XV, aunque su predilecto nocturno, no dejaba de ir, no obstante, a contemplar durante la mañana, poniendo en práctica aquel proverbio, que aconseja a los ancianos no desaprovechar las migajas que caen de la mesa de la vida.

La favorita había despertado hacía ya algún tiempo. Llamó a las ocho, para que diesen entrada a la luz, su primer cortesano. Por entre espesas cortinas primero, y al través de otras más transparentes después, el sol, radiante aquel día, habíase introducido con lentitud, y recordando sus aventuras mitológicas, llegó a acariciar dulcemente a aquella hermosa ninfa, que lejos de evitar la pasión de los dioses como Dafne, se humanaba hasta el punto de ir al encuentro del amor de los mortales. Centelleaban ya sus ojos como dos

rubíes; contemplóse en un espejito de mano, con marco de oro y adornado de ricas perlas, y deslizóse del lecho en que había dormido, acariciada por los más dulces ensueños, hasta una alfombra de armiño donde se hallaban preparadas dos chinelas, de las cuales una sola hubiese bastado para enriquecer a cualquier habitante de su país nativo.
Un valiosísimo sobretodo de encajes de Malinas, cubrió después los hombros de aquella animada y seductora estatua, y sus delicados pies se escondieron bajo unas medias de color de rosa, tejidas con tan maravilloso primor, que difícilmente hubieran podido distinguirse del cutis que acababan de ocultar.
—¿No hay noticia alguna de Chon? —preguntó enseguida que entró su camarista.
—No, señora —contestó ésta.
—¿Y del vizconde Juan?
—Tampoco.
—¿Se sabe si Bischi las recibió?
—Ya han ido esta mañana a averiguarlo a casa de vuestra hermana.
—¿Ya no hay cartas?
—No, señora.
—¡Ay, qué enojoso es esperar! —añadió la condesa, con un gesto lleno de encanto—. ¡Y no acabarán de inventar un sistema para recibir noticias de cien leguas en un momento! A fe mía, me compadezco de los que vengan a visitarme esta mañana; lo van a pasar bien mal. ¿Hay muchos aguardando en la antecámara?
—¿Y preguntáis eso, señora?
—Nada tiene de particular. Ya sabes que se acerca la princesa, y no sería extraño que me abandonasen por ese sol, pues no soy más que una pobre estrella. ¿Quiénes han venido? Veamos.
—M. d'Aiguillon, el príncipe de Soubise, M. de Sartines y el presidente Maupeou.
—¿Y el duque de Richelieu?
—Todavía no se ha presentado.
—¡Ni ayer ni hoy! ¿No te lo he dicho, Dorotea? Está temeroso de comprometerse. Enviarás mi correo al palacio de Hannover a saber si el duque está enfermo.
—Así lo haré: decidme, señora, ¿podrán entrar todos juntos, o daréis audiencia particular?

—Daré audiencia particular. Es necesario que hable con M. de Sartines: le introducirás solo.
A poco de haber transmitido la camarista aquella orden, a un lacayo que se hallaba en el corredor, cuando M. de Sartines se presentó, vestido de negro, y amortiguando la severidad de sus ojos con una sonrisa del más feliz agüero.
—Buen día, mi enemigo —dijo sin mirarle la princesa, que le veía en su espejo.
—¡Vuestro enemigo yo, señora!
—Sí, sí; ¡quién lo ignora! He dividido el mundo en dos clases, amigos y enemigos. Tengo por costumbre no admitir a los indiferentes, o considerarlos como contrarios míos.
—Hacéis muy bien; pero tened la bondad de decirme, señora, ¿por qué a pesar del afecto que públicamente os profeso, he merecido ser colocado en una de las dos últimas clases?
—Por haber consentido que impriman, repartan, vendan y entreguen al rey multitud de versos, folletos y libelos lanzados contra mí. ¡Eso es bajo, odioso y estúpido!
—Pero, señora, yo no soy responsable...
—Vaya si lo sois, pues que sabéis quién es el infame autor de todo.
—Si fuese uno solo, señora, nos evitaríamos el trabajo de encerrarle en la Bastilla para que allí se consumiera, pues moriría de cansancio bajo el peso de sus obras.
—De gran consuelo me sirven vuestras palabras...
—Siendo vuestro enemigo, no hablaría seguramente con tanta claridad.
—Es verdad: basta ya sobre este asunto. Conozco que por ahora estamos en buena armonía, pero aun falta algo que me llena de intranquilidad.
—¿Qué es?
—Que sois también amigo de los Choiseul.
—M. de Choiseul es primer ministro, señora; manda, y debo obedecer.
—Conque si ese caballero dispone que me martiricen y maten a pesares, dejaréis obrar libremente a mis perseguidores, ¿no es así? Debo estaros agradecida.
—Discutamos —contestó M. de Sartines, atreviéndose a tomar asiento, sin que la favorita aparentase resentirse, pues tanto se disimulaba y consideraba al hombre que más al corriente estaba de todos los negocios de Francia—. ¿Qué hice hace tres días en obsequio vuestro?...

—Avisarme que salía un correo de Chanteloup para aligerar la llegada de la princesa.
—¿Es esto cosa de un enemigo?
—Y en todos los asuntos relativos a mi presentación, en la cual, como sabéis, estriba todo mi amor propio, ¿cuál ha sido vuestra conducta?
—La mejor posible.
—No sois bastante franco, señor de Sartines.
—¡Ah! me ofendéis, señora; ¿quién halló en menos de dos horas y en una taberna al vizconde Juan, a quien necesitabais para enviarle donde nadie sabe, o, mejor dicho, donde yo sé?
—Mejor fuera —repuso sonriendo la condesa— que hubieseis dejado perdido a mi cuñado. Bien sabéis que está aliado a la familia real de Francia.
—Pero no podéis negar que éstos son servicios.
—¡Bien! eso fue hace tres días: también estoy conforme con lo de anteayer; pero ayer, ¿qué hicisteis en mi obsequio ayer?
—Señora, ayer...
—¡Ah! no recordáis... Pues me parece que tuvisteis que hacer algo en obsequio de otros...
—No os entiendo, señora.
—¡Sí! pero me entiendo yo. ¡Veamos! decidme: ¿qué hicisteis ayer?
—¿Por la mañana o por la noche?
—Primero por la mañana.
—Trabajé como acostumbro.
—¿Hasta qué hora?
—Hasta las diez.
—¿Y luego?
—Invité a comer a un amigo de Lyón que había hecho la apuesta de venir a París sin que yo pudiese tener noticia, y a quien esperaba en la barrera uno de mis lacayos.
—¿Y después de comer?
—Remití al subdelegado de policía de Su Majestad, el emperador de Austria, las señas de un ladrón muy famoso a quien no había podido hallar.
—¿Dónde estaba?
—En Viena.
—¿Conque no es sólo en París donde alcanza vuestra policía, sino también en todas las demás cortes extranjeras?

—Señora, en mis ratos de ocio...
—No lo olvidaré... ¿Y después de haber despachado ese correo, en qué os ocupasteis?
—Asistí a la Ópera.
—¿Para ver a la joven Guignard? ¡Pobre Subisa!
—No, sino para ordenar que prendieran a un ratero a quien había dejado en libertad mientras se había sólo ocupado en registrar los bolsillos de los asentistas; pero habiendo tenido la avilantez de dirigirse a tres grandes señores...
—Creo que debierais decir la torpeza. ¿Y después de la Ópera?
—¿Después de la Ópera?
—Sí. Es muy indiscreta mi pregunta, ¿no es cierto?
—Señora... no... Después de la Ópera... ¡Ah, vamos... ya me acuerdo!
—Me alegro.
—Entré en casa de una señora que tiene casa de juego y la conduje yo mismo al fuerte del Obispo.
—¿En su coche?
—No, en un carruaje de alquiler.
—Continuad.
—Ya he concluido.
—Vaya, algo quedará todavía.
—Volví a subir en el coche.
—¿No os esperaba nadie en él?
Sonrojóse M. de Sartines.
—¡Hola! —exclamó palmoteando la condesa—, ¿conque he tenido la suerte de abochornar a un subdelegado de policía?
—Señora... —tartamudeó éste.
—¡Muy bien! Yo misma diré quién os esperaba en el carruaje: era la duquesa de Grammont.
—¡La duquesa de Grammont! —exclamó M. de Sartines.
—La misma, sí señor. Venía a rogaros le facilitaseis la entrada en la cámara del rey.
M. de Sartines, revolviéndose en su sillón, dijo entonces:
—Voy a entregaros mi cartera. Sois vos, y no yo, quien desempeña en Francia la subdelegación de policía.
—Efectivamente, ya habéis podido conocer que también tengo quien vigile.

Conque estad alerta. ¡Ah, ah! La duquesa de Grammont en un carruaje a media noche con el señor subdelegado de policía y marchando al paso. ¿Queréis saber lo que dispuse enseguida?
—No; pero estoy con el mayor recelo. Felizmente era ya muy tarde...
—¿Qué importa eso? la oscuridad es favorable para la venganza.
—¿Puedo saber qué hicisteis, señora?
—Así como tengo mi policía secreta, también tengo mi literatura ordinaria, compuesta de estudiantinos sucios, andrajosos y hambrientos como comadrejas.
—¿Tan mal los alimentáis?
—Nada les doy de comer: porque si engordasen se volverían tan estúpidos como M. de Soubise. Todos saben que la gordura consume la hiel.
—Me hacéis estremecer: proseguid, señora.
—Herida en mi amor propio al recordar cuántas maldades han hecho contra mí los Choiseul con vuestra autorización, di a mis Apolos los siguientes programas:
1.° M. de Sartines, con traje de procurador, visitando en la calle del Árbol Seco, cuarto piso, a una joven inocente, a quien no se sonroja de entregar trescientos francos al fin de cada mes.
—¿Siendo una acción loable tratáis de infamarla?
—¿Se infaman otras, acaso?
2.° M. de Sartines, disfrazado de reverendo padre misionero, introduciéndose en el convento de Carmelitas de la calle de San Antonio.
—Señora, llevaba a aquellas religiosas noticias de Oriente.
—¿Del chico o del grande?
3.° M. de Sartines, con uniforme de subdelegado de policía, recorriendo las calles a media noche en un coche a solas con la duquesa de Grammont.
—Señora —dijo con el mayor aturdimiento M. de Sartines—, ¿queréis ridiculizar hasta este punto mi administración?
—¿Y no habéis permitido que ridiculicen la mía? —contestó riendo la condesa—; pero dejad que termine.
—Os escucho.
—Pusieron mis escolásticos manos a la obra, y esta mañana recibí un epigrama, una copla y un sainete que han escrito.
—¡Oh Dios mío!
—Extraordinariamente divertidos: quiero regalarlos al rey esta mañana,

unidos al nuevo *Pater noster* que habéis tolerado circule en contra suya. ¿Recordáis?

«Padre nuestro que estás en Versalles, infamado sea cual merece tu nombre, tu reino está perturbado, y tan desobedecida tu voluntad en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día, que tus favoritas nos han arrebatado, devuélvenoslo, perdona a tus parlamentos que sostienen tus derechos, como nosotros perdonamos a tus ministros que los han enajenado, y no te dejes caer en las tentaciones de la Du Barry mas líbranos de tu perverso canciller. Amén.»

—¿Dónde habéis encontrado eso? —preguntó M. de Sartines juntando sus manos y exhalando un suspiro.
—¡Bah! nada tengo que buscar, pues me hacen el obsequio de enviarme diariamente lo mejor que se publica en esta clase de composiciones, y a vos estoy agradecida por estos cotidianos obsequios.
—¡Ah, señora!
—Y para pagaros en la misma moneda, mañana tendréis el epigrama, la copla y el sainete a que me he referido.
—¿Y por qué no ahora mismo?
—Porque es necesario algún tiempo para distribuirlos. ¿No es costumbre, acaso, que la policía sea la última en averiguar cuánto pasa? ¡Dios mío! ¡Cómo os vais a divertir! Tres cuartos de hora lo menos me he estado yo riendo esta mañana: el rey se indispuso de tanto reír, y ése es el motivo de su tardanza.
—Soy perdido —exclamó M. de Sartines dándose fuertes palmadas en la peluca.
—¿Os creéis perdido porque os dedican coplas? ¿Lo estoy yo quizá por la hermosa Borbona? No; pero no negaré que me desespero y deseo vengarme. ¡Dios mío, qué versos tan lindos! Tanto me han gustado que he mandado dar vino a mis literatos, que estarán ya sin duda beodos en este momento.
—¡Ay! ¡condesa! ¡condesa!
—Os recitaré primero el epigrama.
—¡Sí, por favor!

¿Por qué tu cetro, ¡oh Francia mía!,

a femenina mano así se fía?

—No... no... me equivoco; esos son los que habéis consentido circulen contra mí. Hay tantos, que me confundo. Esperad... esperad... ya recuerdo; poco más o menos expresaban el siguiente pensamiento:

Ved, amigos, la muestra ridícula, que un dibujante de San Lucas pintó para un perfumista: en un gran frasco, dibuja a manera de píldoras los retratos de Boynes, Sartines, Maupeou y Terry, y abajo estampa este rótulo: Vinagre superior de los cuatro ladrones.

—¡Ah, cruel, me convertiréis en tigre!
—Pasemos a la copla. La señora de Grammont es quien habla:

La suavidad de mi cutis,
conoces tú, ¡oh policía!
Si te agrada,
tal secreto al rey confía.

—¡Señora! ¡señora! —gritó M. de Sartines irritado.
—¡Bah! sosegaos. Sólo se han impreso diez mil ejemplares todavía. ¡Oh! ¡el sainete sí que es obra maestra!
—¿Tenéis, tal vez, alguna prensa?
—¡Pregunta extraña! ¿No la tiene también M. de Choiseul?
—Cuidad mucho vuestro impresor.
—No podéis causarle daño alguno; la licencia está a mi nombre.
—¡Eso es terrible! ¡Y el rey se ríe de todas esas infamias!
—No sólo se ríe, sino que él mismo facilita consonantes, cuando mis poetas no los encuentran.
—Y tan mal me tratáis, cuando sabéis que os sirvo.
—Lo que yo sé es que me estáis vendiendo. La duquesa es Choiseul, y desea mi perdición.
—Os juro que he sido sorprendido.
—¡Ah! ¿conque lo confesáis?
—Es preciso.
—¿Y por qué no me habéis avisado?

—A eso he venido.
—No creo...
—¡Lo juro por mi honor!
—Apuesto el doble.
—Os pediré perdón —exclamó el subdelegado postrándose en tierra.
—Así os conviene.
—Paz, condesa, en nombre del cielo.
—¿Es posible que un hombre, un ministro, se asuste porque le hablen de unos versos?
—¡Ah! poco me interesaría si fuera eso sólo.
—¿Y no habéis podido calcular cuántas horas de disgusto puede ocasionar una copla a mí, que soy mujer?
—Pero sois reina, señora.
—Es verdad, pero no he sido todavía presentada.
—Juro, señora que nunca os he hecho daño alguno.
—Convenido; pero habéis tolerado que otros lo hagan.
—También he evitado cuanto ha sido posible.
—¡Vamos! me aventuro a creerlo así.
—No lo dudéis.
—Trataremos ahora de hacer todo el bien posible.
—Si cuento con vuestra protección, no puedo menos de conseguirlo.
—¿Sois de mi partido, sí o no?
—Lo seré, señora.
—¿Será tanta vuestra lealtad que llegará hasta sostener mi representación?
—Vos misma fijaréis las condiciones.
—Meditadlo con madurez: mi imprenta está preparada; trabaja noche y día; mis estudiantes estarán hambrientos dentro de veinticuatro horas, y cuando tienen hambre, muerden.
—Seré discreto. ¿Qué deseáis?
—Que no se oponga impedimento alguno a mis pretensiones.
—Os juro que no pondré ninguno por mi parte.
—No me conformo con esa promesa —dijo la condesa golpeando el suelo con el pie—: trasciende a griego, cartaginés, y hasta a fe púnica.
—¡Condesa!...
—Es una disculpa, y aunque en la apariencia nada hagáis, M. de Choiseul lo hará. Así es que no puedo conformarme: todo, o nada; ¿entendéis? Si no me

entregáis a los Choiseul maniatados, vilipendiados y arruinados, os quito el poder y os dejo sujeto y miserable. Os advierto además, que mis armas no serán únicamente las coplas; conque estad alerta.
—No me amenacéis, señora; vos no sabéis cuan difícil se ha hecho esa presentación —repuso M. de Sartines meditabundo.
—Decís que se ha hecho: es la palabra más oportuna en este caso, porque se han interpuesto mil inconvenientes.
—¡Ay!...
—¿Os decidís a destruirlos?
—Solo, no puedo; necesitamos cien personas.
—Las reuniremos.
—Un millón.
—Eso corresponde a Terray.
—¿Y la autorización del rey?
—Yo la obtendré.
—No la dará.
—La tomaré.
—Y cuando hayáis alcanzado todo esto necesitaréis una madrina.
—Se buscará.
—Será inútil; todos han conspirado contra vos.
—¿En Versalles?
—Sí, han rehusado ya todas las señoras por inclinarse ante M. de Choiseul, madame de Grammont, y al partido mojigato.
—Ese último partido tendrá que variar de nombre si madame de Grammont pertenece a él, y ésa es ya una gran desventaja.
—Creedme, os esforzáis en vano.
—Ya estoy casi en el término.
—¡Hola! Y con ese fin habéis enviado a Verdún a vuestra hermana; veo que estáis bien informado —dijo la condesa, disgustada.
—Es que yo también dispongo de mi policía —replicó riendo el subdelegado.
—¿Y espías?
—También.
—¿Dónde, en las caballerizas, o en las cocinas?
—En vuestras antecámaras, en vuestro salón, en vuestra alcoba, y hasta en vuestra cabecera.
—Pues bien, para primera prueba de alianza reveladme el nombre de esos

espías.
—¡Ay, condesa! no deseo que os indispongáis con vuestros amigos.
—Entonces, guerra.
—¡Guerra! ¿eso decís?
—Lo digo como lo pienso; marchaos, no quiero volver a veros.
—Sois mi testigo esta vez. ¿Es permitido descubrir un secreto de... Estado?
—Decid más bien un secreto de alcoba.
—Eso quise decir: ¿no se halla hoy en ella el Estado?
—¡Mi espía! ¡mi espía! —gritó la condesa.
—¿Qué pretendéis hacer de él?
—Echarle.
—Entonces será preciso que dejéis limpia vuestra casa.
—Es terrible lo que habéis dicho.
—Y, sobre todo, muy positivo. Pero, ¡Dios mío! ¿hay acaso otros medios de gobernar? Vos que sois en política tan inteligente, ya conocéis que no.
—Verdad; pero dejemos eso —dijo la condesa apoyando su codo sobre una mesa de laca. Proponed entonces las condiciones del tratado.
—Proponedlas vos misma, que sois la vencedora.
—Soy tan generosa como la Semíramis. ¿Qué deseáis?
—Que no habléis jamás al rey sobre las reclamaciones de las harinas, pues no habréis olvidado, traidora, que ofrecisteis vuestra protección.
—Cierto: en ese cofre tenéis cuantos memoriales me han dirigido sobre ese asunto. Tomadlos.
—Y a mi vez, en cambio, os entrego estas notas de los pares del reino, sobre la presentación.
—¿Os habían hecho el encargo de que las entregaseis a Su Majestad?
—Efectivamente.
—¿Como si hubieseis dispuesto que las hicieran?
—Sí.
—¿Y qué les diréis?
—Que las he entregado. Así ganaremos algún tiempo: sois excesivamente astuta para no aprovecharlo.
En este instante las dos hojas de la puerta se abrieron, y un ujier entró anunciando:
—¡El rey!
Los aliados se apresuraron a esconder las prendas de su coalición, y se

volvieron para saludar a Su Majestad Luis XV.

XXIV

EL REY Y LA FAVORITA

Entró Luis XV con la frente erguida, arrogante apostura, expresando en su sonrisa y mirada, satisfacción y alegría.
Veíase a su paso por la puerta cuyas hojas estaban de par en par abiertas, una hilera de cortesanos, con la frente inclinada, y deseando ser introducidos, desde que veían en la llegada del rey una ocasión de hacer su corte a dos poderes a un mismo tiempo.
Las puertas se cerraron después, y no habiendo autorizado a nadie para que lo siguiera, el rey se encontró solo con la condesa y M. de Sartines, sin que hagamos mención de la camarista íntima, y de un negrillo, por ser personajes de escasa importancia.
—Muy buenos días, condesa —dijo el rey besando la mano de madame Du Barry—. A Dios gracias, veo que habéis descansado. Buenos días, Sartines: ¿se trabaja aquí? ¡Dios mío! papeles, por favor, escondedlos. ¡Oh! ¡hermosísima fuente!
Y con su curiosidad versátil y displicente, los ojos de Luis XV se fijaron en un chinesco de colosales dimensiones, que adornaba desde la víspera solamente uno de los ángulos de la alcoba de la condesa.
—Señor —repuso ésta—, es una fuente de China, ya lo habrá conocido Vuestra Majestad. Al torcer la llave, las aguas hacen silbar pájaros de porcelana, nadar peces de vidrio, y las puertas de la *pagoda*[10] se abren dando paso a una hilera de *mandarines*.
—Es admirable, condesa.
Enseguida pasó el negrillo con— el traje fantástico y caprichoso con que se vestían en aquel tiempo los Orosmanes y Otelos. Lucía un turbante con plumas colocado sobre la oreja, una chupa de brocado de oro que dejaba ver

sus brazos de ébano, unos anchos calzones de raso blanco, bordado, que le llegaban hasta las rodillas, un cinturón de colores vivos que sujetaba este calzón a un chaleco bordado, y finalmente, un puñal incrustado de pedrería brillaba en su cintura.

—¡Demonio! —exclamó el rey—, ¡qué lindo está hoy Zamora!

Paróse éste a contemplarse con orgullo ante un espejo.

—Tiene que solicitar un favor de Vuestra Majestad.

—Paréceme —contestó Luis XV sonriendo— que se va haciendo muy ambicioso tu protegido

—¿Por qué?

—Porque ya le habéis concedido lo que más pudiese desear.

—¿Qué es?

—Lo mismo que a mí.

—No os entiendo, señor.

—Lo habéis hecho esclavo vuestro...

Se inclinó M de Sartines, mordiéndose los labios sonriendo al mismo tiempo.

—¡Oh! sois muy galante, señor —dijo la favorita.

—Veamos —prorrumpió Luis sonriendo—, ¿qué pretendéis para Zamora?

—La recompensa de sus largos y numerosos servicios.

—No tiene más que doce años.

—De sus largos y numerosos servicios futuros.

—¡Ah, ah!

—Claro es; pues creo que cuando durante tantos años se han estado premiando servicios pasados, ya es tiempo de que se recompensen los venideros, y así ya se estará seguro de no ser premiados con ingratitud.

—No me parece mala esa idea —dijo el rey—; ¿qué os parece, M. de Sartines?

—Que todo el que se precie de leal, verá en ella una prueba de vuestra gratitud, y por lo tanto, señor, no puedo menos de apoyarla.

—En fin, sepamos, condesa, ¿qué deseáis para Zamora?

—¿Conocéis, señor, mi pabellón de Luciennes?

—He oído hablar de él.

—Vos tenéis la culpa; cien veces os he invitado para que le honréis con vuestra visita.

—Sí, pero ya conocéis la etiqueta, querida condesa, y, a no estar de viaje, el rey no puede pernoctar más que en castillos reales.

—He ahí precisamente la gracia que solicito de vos. Convirtamos en castillo real a Luciennes, nombrando por gobernador a Zamora.
—Eso sería una comedia, condesa.
—Bien sabéis que me agradan mucho, señor.
—Se quejarán los demás gobernadores.
—Eso no es obstáculo.
—Y esta vez sus quejas serán justas.
—Mejor. ¡Se han quejado tantas sin motivos! Vamos, arrodillaos, Zamora, y dad las gracias al rey.
—¿De qué? —preguntó Luis XV.
—Del premio que le concedéis por haber llevado la cola de mi vestido, y hecho rabiar así a tanto cortesano de reata y mojigatas de la corte.
El negro arrodillóse, y al verle Luis XV:
—Es feo si los hay —exclamó riéndose a carcajadas.
—Alzaos, Zamora —dijo la condesa—, ya estáis nombrado.
—Pero en verdad, señora...
—Me obligo a ordenar que se expidan los despachos, circulares y provisiones. Desde hoy tenéis un castillo más, mi rey, donde podréis deteneros cuando os plazca.
—Vamos, Sartines, ¿hay medio de negarle alguna cosa?
—Si lo hay, no se ha encontrado todavía.
—Y si se encuentra os puedo asegurar que M. de Sartines será el que consiga hacer ese descubrimiento.
—¿Cómo, señora? —preguntó con temblor convulsivo el subdelegado.
—Figuraos, señor, que hace tres meses estoy pidiéndole un favor y aun no he podido alcanzarlo.
—¿Qué pretendéis? —dijo el rey.
—¡Oh! él bien lo sabe.
—¡Yo, señora! os juro...
—¿Está en sus atribuciones? —interrogó el rey.
—En las suyas o en las de su sucesor.
—En verdad, señora, me tenéis intranquilo.
—Sepamos, ¿qué le habéis pedido?
—Que me busque un hechicero.
Tranquilizóse algún tanto M. de Sartines.
—¿Para que le quemen? —repuso el rey—. ¡Bah! hace mucho calor ahora,

esperad el invierno.
—No es eso, señor; es para darle una varita de oro.
—¿Os ha vaticinado, quizá, alguna desgracia y no ha sucedido?
—No, señor; me anunció felicidades y acertó.
—¿Del todo?
—Con escasa diferencia.
—Contadme eso, condesa —dijo Luis XV recostándose en su sillón como un hombre que no sabe si va a divertirse o fastidiarse.
—Con mucho gusto, señor; pero os debo prevenir que es preciso tengáis parte en la recompensa...
—O en toda si es necesario.
—Como queráis, he ahí una palabra real.
—Os escucho.
—Comienzo —dijo la condesa. Pues señor, en cierta ocasión ocurrió...
—Esto principia como un cuento de brujas.
—Y lo es efectivamente.
—Vaya, me alegro mucho; me gustan extraordinariamente los hechiceros.
—Prosigo: era, pues, una pobre joven, que en aquella época no tenía ni pajes, ni carruajes, ni negro, ni cotorra, ni tití.
—Ni rey —dijo Luis XV.
—¡Oh señor!
—¿Y qué hacía esa infortunada joven?
—Trotaba.
—¡Cómo!
—Sí, señor, por las calles de París, a pie como una simple mortal; pero andaba ligera, porque se decía que era muy hermosa, y abrigaba el temor de que su hermosura le valiese algún tropiezo.
—Esa joven, ¿era por ventura una Lucrecia? —preguntó el rey.
—Ya sabe Vuestra Majestad que no las hay desde el año... no sé cuántos de la fundación de Roma.
—¡Oh Dios mío! condesa, ¿os vais volviendo erudita?
—No, porque si así fuese, habría citado una fecha cualquiera.
—Es verdad —dijo el rey—, continuad.
—Ya os dije que corría... corría... y cruzando las Tullerías observó de repente que iban siguiéndola.
—¡Demonio! —dijo el rey—, se detendría entonces.

—¡Ah, Dios mío! ¡qué opinión tan mala habéis formado de las mujeres! Bien se advierte que sólo habéis tratado con marquesas, duquesas y...
—Y princesas, ¿no es verdad?
—Soy demasiado atenta para permitirme el contradeciros. Por lo que más miedo tenía, era por una niebla que cada momento se hacía más densa.
—¿Sabéis, Sartines, lo que hace la niebla?
—No, señor —contestó el subdelegado de policía, que distraído entonces, se estremeció al oírse nombrar tan inesperadamente.
—Pues ni yo tampoco —repuso el monarca—. Proseguid, querida condesa.
—Asustada la joven, echó a correr cuanto le permitieron sus piernas; había ya parado y se encontraba en la plaza que tiene el honor de llevar vuestro nombre, cuando de repente lanzó un grito, al ver frente a ella al desconocido que la había seguido y de quien creía estar ya bien lejos.
—Pues qué, ¿era tan feo?
—Todo lo contrario, señor, pues era un hermoso joven de veintiséis a veintiocho años, moreno, ojos negros y rasgados, y voz dulce y armoniosa.
—¿Y se asustó vuestra heroína? ¡diablo! ¡qué tímida era!
—Su intranquilidad se calmó, no obstante, algún tanto al verle, aun cuando su situación no podía inspirarle confianza, pues si el viajero hubiera tenido malas intenciones, aprovechándose de la niebla, no había medio de poder recibir socorro. Por tanto, juntando sus manos, exclamó afligida:
"—Caballero, por el amor de Dios, no me hagáis daño alguno.
"—Dios es testigo que no son tales mis propósitos —dijo el desconocido balanceando su cabeza con una sonrisa encantadora.
"—Entonces, ¿qué es lo que pretendéis?
"—Que me hagáis una promesa.
"—¿Qué deseáis que prometa?
"—Que me habéis de otorgar el primer favor que de vos solicite, cuando...
"—¿Cuándo? —repitió con curiosidad la joven.
"—Cuando seáis reina.
—¿Y entonces qué hizo?
—No creyendo obligarse a nada, prometió.
—¿Y el hechicero?
—Desapareció.
—¿Y M. de Sartines se niega a buscarle? hace mal.
—No es que me niego, señor, es que no le hallo.

—¡Ay! señor subdelegado —dijo la condesa—, esa palabra no debiera existir en el diccionario de la policía.
—Le seguimos la pista.
—¡Bueno! esa es la frase sacramental.
—No, señora; es la verdad; pero no podréis ignorar que son muy vagas las señas que dais.
—¡Cómo! joven, hermoso, moreno, cabellos y ojos negros, voz sonora...
—¡Diablos! ¡cómo habláis de él! Sartines, no le busquéis, os lo prohibo.
—Hacéis mal, señor, pues sólo pretendo preguntarle una cosa.
—¡Hola! ¿conque se trata de vos?
—¿Quién lo duda?
—¿Y qué vais a pedirle ahora? ¿No está acaso cumplido ya el pronóstico?
—¿Lo pensáis así?
—Es indudable; sois reina.
—Casi, casi.
—Luego nada tiene ya que revelaros.
—Al contrario. Deseo que me diga cuándo se celebrará mi presentación. No basta reinar sólo por la noche, señor; no estaría demás reinar también un poco durante el día.
—El hechicero nada puede hacer en ese asunto —dijo Luis XV frunciendo la frente como un hombre que ve que la conversación toma un carácter desagradable.
—¿Pues quién puede entonces?
—Vos.
—¿Yo?
—Es evidente: buscad madrina.
—¿Entre las idiotas de vuestra corte? Vuestra Majestad sabe muy bien que no es posible; todas están vendidas a los Choiseul y a los Praslin.
—Si no recuerdo mal habíamos convenido en no volver a hablar más de ellos.
—Nunca lo prometí, señor.
—Pues ahora os exijo un favor.
—¿Cuál?
—Que los dejemos donde se encuentran, y quedéis donde estáis. Creedme, ocupáis el mejor puesto.
—¡Pobres negocios extranjeros! ¡infeliz marina!

—Condesa, no hablemos de política, os lo ruego.
—Está bien; pero no podréis evitar que cuando esté sola me ocupe de ella.
—¡Oh! de ese modo cuando os plazca.
Tendió la favorita una de sus preciosas manos para alcanzar dos naranjas de un frutero y las hizo saltar alternativamente al aire diciendo con sarcasmo:
—Salta, Praslin; salta Choiseul. Salta Praslin; salta Choiseul.
—¡Bien! —dijo Luis—, ¿qué hacéis?
—Uso del permiso que Vuestra Majestad me ha concedido; hago saltar el ministerio.
Entró Dorotea en este instante, y después de hablar al oído de su señora:
—¡Ay! ¡de veras! —exclamó ésta.
—¿Qué ocurre —preguntó el rey.
—Que Chon ha llegado de su viaje, y solicita permiso para hacer su homenaje a Vuestra Majestad.
—¡Que pase! Estaba conociendo que me faltaba una cosa, sin saber cuál, desde hace tres o cuatro días.
—Gracias —dijo Chon entrando apresurada; y acercándose a la condesa, añadió en voz baja:
—Todo está arreglado.
La favorita no pudo reprimir un grito de gozo.
—¿Qué es esto? —preguntó Luis XV.
—Estoy loca de placer al ver a mi hermana querida.
—Y yo también. Sea enhorabuena, mi querida Chon, sea enhorabuena.
—Si lo consiente Vuestra Majestad —repuso ésta—, tengo que decir una cosa a mi hermana.
—Dila, dila, hija mía. Mientras, preguntaré de dónde vienes a M. de Sartines.
—Señor —interrumpió éste pretendiendo evitar la pregunta—, dígnese Vuestra Majestad concederme un instante.
—¿Para qué?
—Para tratar de negocios de la mayor urgencia e interés.
—Estoy muy ocupado ahora, M. de Sartines —contestó el rey bostezando.
—Dos palabras nada más, señor.
—Acerca de...
—Acerca de esos profetas, desenterradores de milagros.
—¡Bah! son unos charlatanes. Llamadlos juglares y dejarán de ser temibles.
—Sin embargo, me atrevería a insistir, para anunciar a Vuestra Majestad, que

la situación es más grave de lo que suponéis. Nuevas logias masónicas se abren cada día; ya no se trata de una sociedad, es una secta, en la cual toman partido los ideólogos, enciclopedistas, filósofos, y en fin, cuantos enemigos tiene la monarquía. Dentro de poco recibirán con solemne pompa a M. de Voltaire.
—Se está muriendo.
—¿Quién, él? Estáis en un error: no piensa en tal cosa.
—Se ha confesado ya.
—Es una astucia.
—Con hábitos de capuchino.
—¡Una impiedad! Todos se agitan, escriben, hablan, facilitan cantidades, intrigan, amenazan, y hasta se ha descubierto por algunas palabras escapadas indiscretamente a uno de los socios, que esperan a un jefe.
—No importa, Sartines: cuando llegue le prenderéis, le encerraréis en la Bastilla, y todo esté terminado.
—Pero, señor, es que esa sociedad dispone de grandes recursos.
—¿Y vos que sois subdelegado de policía de un gran reino, contáis acaso con menos?
—¡Ay, señor! han conseguido de Vuestra Majestad la expulsión de los jesuitas, cuando debieran haber solicitado antes la de los filósofos.
—Vamos, vamos, me desagrada hablar de esos cortadores de plumas.
—Pero no debéis olvidar, señor, que son muy peligrosas las que se preparan con el cortaplumas de Damiens.
Luis XV palideció y M. de Sartines prosiguió:
—Y esos filósofos a quienes despreciáis, señor...
—¿Qué?
—Os lo repito, concluirán con la monarquía.
—¿Cuánto tiempo necesitan para ello?
—¿Es posible que yo lo sepa, señor? quince, veinte, treinta años quizá —contestó el subdelegado, confuso, contemplando a Luis XV.
—Entonces, amigo mío, hablad de eso con mi sucesor. Dentro de quince años ya habré pasado a mejor vida —repuso el monarca volviéndose hacia la condesa que aparentemente sólo esperaba aquel momento.
—¡Ay, Dios mío! ¿qué me dices, querida Chon? —exclamó dando un amargo suspiro.
—Sí, ¿qué ha dicho? —preguntó el rey—: ¡parecéis triste!

—¡Ah, señor! —repuso la favorita.
—¡Vaya! hablad, ¿qué ha ocurrido?
—¡Pobre hermano!
—¡Pobre Juan!
—¿Y crees que será preciso cortárselo?
—Confío que no.
—Cortarle, ¿el qué? —preguntó Luis XV.
—Un brazo, señor.
—¡Cortar un brazo al vizconde! ¿pero por qué causa?
—Porque se encuentra gravemente herido.
—¿Le han herido gravemente en un brazo?
—¡Ay! sí señor.
—En alguna sarracina, garita, casa de baños...
—No, señor, en el camino real.
—¿Cómo ha ocurrido eso?
—No hay más, sino que pretendieron asesinarle.
—¡Ay, pobre vizconde! —exclamó el rey Luis XV, que aunque jamás se compadecía del prójimo, tenía, sin embargo, el arte de fingir lo contrario. ¡Asesinado! ¡ah! es un asunto muy formal: ¿qué pensáis de esto, Sartines? Pero éste, que aun cuando manifestaba menos inquietud que el rey en apariencia, se compadecía mucho más en realidad, aproximóse a las dos hermanas, preguntando con ansiedad:
—¿Es posible, señoras, que haya ocurrido esa desgracia?
—Sí, señor, y por desgracia muy posible —contestó Chon con voz lastimera.
—¡Asesinado!... ¿y cómo?
—¡Oh! En una emboscada.
—¿En una emboscada?... Creo, Sartines, que este negocio es de vuestra incumbencia.
—Contadlo, señora —dijo el subdelegado—, pero os ruego que no exageréis con vuestro natural sentimiento las circunstancias del lance. Siendo justos, seremos más severos, porque los sucesos, considerados imparcialmente y de cerca, pierden generalmente parte de su gravedad.
—¡Oh! no me han referido nada, lo he visto con mis propios ojos.
—¿Qué has visto, querida Chon? —interrogó el rey.
—Un hombre que se precipitó sobre mi hermano, y obligándole a tirar de la espada, le hirió gravemente.

—¿Iba solo? —preguntó M. de Sartines.
—No, señor, seis le acompañaban.
—¡Pobre vizconde! —dijo Luis XV sin separar su vista de la condesa, tratando de conocer el grado de su aflicción y arreglar por ella la suya—. ¡Pobre vizconde!... ¡Obligado a batirse!... ¡Y herido! —añadió con voz melancólica al descubrir en los ojos de su favorita que estaba efectivamente acongojada.
—Pero veamos, ¿cuál ha sido la causa de esa pendencia? —preguntó al subdelegado, procurando averiguar la verdad, a pesar de los rodeos que hacia por evadirse.
—Por la más insubstancial del mundo: unos caballos de posta que disputaron al vizconde, el cual tenía gran prisa por conducirme junto a mi hermana a quien yo había prometido llegar esta mañana mismo.
—Esto clama venganza —dijo el rey—, ¿no es verdad, Sartines?
—En efecto, señor —repuso el subdelegado—, y voy a tomar mis informaciones. Os ruego, señora, me digáis el nombre, calidad y profesión del agresor.
—¿Profesión? creo era militar... oficial de gendarmes. En cuanto a su nombre, me parece que... Barverney, Faverney... Taverney... sí, Taverney, así es.
—Señora —dijo M. de Sartines—, mañana dormirá en la Bastilla.
—¿Cuánto apostamos que no? —gritó la favorita que había observado hasta entonces el más diplomático silencio.
—¿Cómo que no? —dijo el rey—, ¿por qué no se ha de prender a ese tuno? ¿Ignoráis que odio a los militares?
—Y yo, señor —dijo la condesa con igual firmeza—, repito que no se impondrá castigo alguno al que ha pretendido asesinar a M. Du Barry.
—¡Cómo! condesa, es extraño lo que estáis sosteniendo. Explicaos, explicaos.
—Fácil es: creo que no ha de faltar quien lo defienda.
—¿Quién?
—Aquel a cuyas instigaciones ha obedecido.
—¿Y le defenderá contra nosotros? ¡oh! no digáis eso condesa.
—Señora —balbuceó M. de Sartines al ver cada vez más próximo el golpe que en vano trataba de evitar.
—Contra vos, sí, contra vos; y no hay ¡oh! ¡oh! que valga. Pues qué, ¿sois

vos acaso quien manda?
Sintió el rey el golpe que espejaba ya M. de Sartines, y se puso en guardia.
—Nuevamente volveremos a las discusiones de Estado, y a alegar para un simple duelo razones del otro mundo.
—¿Lo veis? —dijo la condesa—, ya me abandonáis, y el que hace un instante era un asesinato, ahora no es más que un simple duelo, porque sospecháis su origen.
—¡Vamos! como gustéis —repuso el rey Luis XV soltando la llave de la fuente, que principió a correr.
—¿Desconocéis de dónde nos han dirigido el golpe? —preguntó la condesa manoseando las orejas de Zamora, echado a sus pies.
—No, a fe mía.
—¿Tampoco lo sospecháis?
—Os lo juro. ¿Y vos, condesa?
—Lo sé; voy a decíroslo, y puedo aseguraros que no os revelaré nada nuevo.
—Condesa, condesa —repitió Luis XV deseando recobrar su dignidad—. ¿Osaréis desmentir al rey?
—No negaré, señor, que he sido tal vez algo ligera, mas si creéis que podré tolerar con calma que M. de Choiseul mate a mi hermano...
—¡Vamos! ¿ahora es M. de Choiseul? —interrumpió el rey encolerizado, como si escuchase desprevenido aquel nombre que ya hacía diez minutos temía que saliese en la conversación.
—Si persistís, señor, en desconocer que es mi más encarnizado enemigo, yo, por mi parte, no puedo ignorarlo; pues ni aun quiere tomarse la molestia de encubrir el odio que me profesa.
—Entre aborrecer y asesinar, querida condesa, hay una diferencia muy grande.
—Para los Choiseul ambas cosas son lo mismo.
—¡Ah, querida amiga! vuelta a las razones de Estado.
—¡Dios mío! Ved, M. de Sartines, si no hay razón para desesperarse.
—No, señora, si lo creéis...
—Lo que creo es que no me defendéis, y aun añadiré que estoy convencida de que me abandonáis —gritó irritada la favorita.
—Vamos, vamos, no os molestéis, condesa —repuso Luis XV—: no sólo no seréis abandonada, sino que seréis defendida, y tan bien...
—¡Tan bien!

—Sí, tan bien, que ha de costar muy caro al agresor de ese pobre Juan.
—Sí, justamente; destruiréis el instrumento, y estrecharéis la mano.
—¿Es injusto tal vez castigar al que ha cometido el atentado? ¿a ese M. de Taverney?
—No; pero lo que hacéis por mí, lo haríais también por cualquier mercader de la calle San Honorato, a quien atropellase un soldado en el teatro. Es necesario que sepáis que no debéis tratarme como a todo el mundo. Si por aquellos a quienes amáis no hacéis más que por los indiferentes, es preferible el aislamiento y la soledad de estos últimos, pues al menos están libres de enemigos que los asesinen.
—¡Ay! condesa, condesa —dijo tristemente Luis XV— Casualmente había despertado tan alegre, dichoso y contento, y os proponéis disgustarme para todo el día.
—¡Me gusta por cierto lo que decís! y yo, ¿cómo estaré sabiendo que asesinan a mi familia?
Al escuchar la palabra *asesinan*, el rey no pudo contener una sonrisa a pesar del temor con que veía la tormenta que a su alrededor le amagaba.
Levantóse llena de cólera la favorita gritando:
—¡Ah! ¡ah! ¿ésa es la lástima que nos tenéis?
—¡Vamos, vamos! no hay que irritarse.
—Quiero irritarme.
—Hacéis mal: sois tan hermosa al sonreír, y os ponéis tan fea cuando os enfadáis...
—¿Qué me importa a mí la hermosura? ¿me libra acaso de las asechanzas de mis enemigos?
—Sosegaos, querida condesa.
—No, no, elegid: o yo, o vuestro Choiseul.
—Imposible, hermosa mía, a los dos os necesito.
—En este caso me retiro.
—¿Vos?
—Sí, dejo libre el campo a mis enemigos. ¡Ay! moriré de angustia; pero vos quedaréis tranquilo viendo a Choiseul dichoso.
—Os juro, condesa, que lejos de odiaros como os figuráis, os estima mucho, y es hombre muy honrado —añadió Luis XV procurando que M. de Sartines oyese estas últimas palabras.
—¡Un hombre honrado! ¿y os empeñáis en llamar honrado a un asesino?

—¡Cómo! —dijo el rey— todavía no se sabe.
—Además—, añadió el subdelegado de policía—, que un duelo entre militares, es tan corriente... tan natural...
—¡Ah! ¡Ah! —replicó cada vez más ensoberbecida la favorita—; y vos también, M. de Sartines.
Sabiendo el valor de aquel *tu quoque*, el subdelegado retrocedió algunos pasos.
A las últimas palabras de la condesa sucedió un silencio sordo y amenazador.
—Vos, Chon —dijo el rey en medio de aquella consternación general—, vos sois la culpable.
Inclinó ésta su vista, y contestó con hipócrita modestia.
—Perdonad, señor, si el dolor de una hermana, ha superado a la lealtad de una súbdita.
—¡Buena alhaja! —murmuró entre dientes Luis XV—. Ea, condesa, nada de rencor.
—No guardo rencor... pero estoy decidida a partir para Luciennes y desde allí para Boloña.
—¿Por mar?
—Sí, señor: quiero abandonar un país donde el ministro atemoriza al rey.
—¡Señora! —gritó ofendido Luis XV.
—Consentidme, señor, que me retire para no faltar más tiempo al respeto debido a Vuestra Majestad —dijo levantándose la condesa y observando a hurtadillas la impresión que ocasionaría este movimiento en el ánimo del rey.
Exhaló éste al mismo tiempo un suspiro, expresando estar fastidiado ya de aquella escena.
Conociólo Chon y sujetó a su hermana por el vestido, conociendo que sería peligroso para ella seguir adelante aquella disputa, y dirigiéndose al rey, exclamó:
—Señor, el amor que profesa mi hermana al vizconde, la ha arrastrado excesivamente... Pero yo soy la culpable, y yo debo reparar la falta. Sólo, señor, pido justicia para mi hermano, como el vasallo más humilde, y a nadie acuso, confiando en la rectitud de Vuestra Majestad.
—¡Dios mío! si lo que yo también pretendo, es que se haga justicia; pero con imparcialidad. Si un hombre ha cometido un crimen, que se le castigue; pero si es inocente, ¿por qué se le ha de imputar?
Y al pronunciar estas palabras, Luis XV miraba a la condesa, deseando

recobrar, si era posible, la alegría que experimentaba al despertar.
La favorita era tan bondadosa, que se compadeció del rey cuya ociosidad le tenía triste y aburrido en todas partes excepto a su lado, y volviéndose, pues ya había comenzado a dirigirse hacia la puerta, dijo con hechicera resignación:
—¿Exijo yo acaso otra cosa? pero deseo que no se rechacen mis sospechas cuando las expreso.
—Vuestras sospechas son sagradas para mí —repuso el rey—; y ya veréis hasta dónde llega mi deseo de hacer justicia, si se confirman. Pero ahora que recuerdo... hay un recurso muy sencillo.
—¡Y cuál, señor?
—Que llamen a M. de Choiseul.
—Sobradamente sabe Vuestra Majestad que nunca viene aquí; se desdeña de entrar en el aposento de la amiga del rey. Su hermana, al contrario, bien lo desea.
—M. de Choiseul sigue las huellas del príncipe heredero para hacérsele agradable —añadió la favorita, advirtiendo que el rey se reía—. Nadie quiere compromisos.
—El príncipe es muy religioso, condesa.
—Y M. de Richelieu un hipócrita.
—Os repito, querida amiga, que vais a tener la satisfacción de verle, porque le voy a mandar llamar. Se trata del servicio del Estado; no podrá excusarse, y le obligaremos a explicarse en presencia de Chon, que es testigo ocular. Va a ser un careo: así se le llaman en el palacio de justicia; ¿no es cierto, Sartines? Que vayan a buscar a M. de Choiseul.
—Y a mí, que me traigan mi tití, Dorotea, mí tití, mi tití —gritó la condesa.
A estas palabras, dirigidas a la camarista que se encontraba en la pieza de tocador, y que pudieron ser oídas desde la antecámara, puesto que fueron dichas en el momento mismo en que se abría la puerta para dar paso al ujier enviado a casa de M. Choiseul, una voz cascada respondió tartamudeando:
—El tití de la señora condesa, soy yo sin duda; presentóme, corro, heme aquí.
Y se vio llegar a un hombre de pequeña estatura, jorobado y risueño, vestido con la mayor magnificencia.
—¡El duque de Tresmes! —gritó impaciente la condesa—; ¿quién os ha llamado, duque?
—Señora —contestó éste saludando a un mismo tiempo al rey, a la favorita y

al subdelegado—; pedíais un titi, y como seguramente no hay entre los cortesanos mico más feo que yo, no dudé que me llamabais a mí, y he entrado sin vacilar.
Y al concluir la frase, se echó a reír, mostrando unos dientes tan largos, que la condesa no pudo menos de acompañarle en su hilaridad.
—¿Permanezco? —interrogó como si fuese el favor que más hubiera ambicionado en su vida.
—El rey os lo dirá, señor duque, él es dueño soberano aquí.
Volvióse con aire suplicante hacia Luis XV.
—Quedaos, duque, quedaos —dijo éste deseoso de multiplicar distracciones a su alrededor.
El ujier de servicio abrió la puerta en aquel momento.
—¡Ah! —preguntó el rey con cierto aire de disgusto—, ¿es M. de Choiseul?
—No, señor —contestó aquél—, es Monseñor[11] que desea hablar a Vuestra Majestad.
Dio la favorita un brinco de alegría, suponiendo que el príncipe pretendía amistarse con ella: pero Chon, que estaba en todo, arrugó el entrecejo.
—¡Y bien! ¿dónde está el príncipe? —preguntó impaciente el monarca.
—En la cámara de Vuestra Majestad, esperando que Vuestra Majestad regrese.
—Mi destino me impone el tormento de no disfrutar un instante de tranquilidad —murmuró el rey.
Pero se alegró recordando que la audiencia que el príncipe solicitara, le evitaba por el pronto, al menos su escena con M. de Choiseul.
—Podéis decir que voy —añadió—, decid que voy. ¡Adiós, condesa, ved cuan desgraciado soy! Todos me reclaman privándome de vuestra compañía.
—¡Vuestra Majestad se retira— exclamó la favorita—, cuando va a llegar M. de Choiseul!
—¿Qué queréis? ¡paciencia! El rey es el primer esclavo. ¡Ah! ¡si supieran los señores filósofos lo que es ser rey! ¡y sobre todo, rey de Francia!
—Pero, señor, esperad.
—¡Oh! no puedo hacer esperar al príncipe, pues no ha faltado ya quien haya murmurado que amo sólo a mis hijas.
—¿Y qué voy a decirle a M. de Choiseul?
—Que vaya a buscarme a mi aposento.

Como deseaba evitar toda observación, besó la mano de la condesa, que temblaba de cólera, y desapareció corriendo, según acostumbraba cada vez que temía perder el fruto de alguna batalla ganada con sus astucias y nada delicadas contemplaciones.
—¡Ah! ¡de nuevo se nos escapa! —gritó la condesa, dando con despecho una fuerte palmada.
Luis XV no pudo oír esta exclamación, pues la puerta se había ya cerrado, y cruzaba en aquel momento la antecámara, diciendo:
—Adelante, caballeros, adelante. La condesa os va a recibir, aunque os prevengo que la hallaréis muy triste por la desgracia ocurrida a ese pobre Juan.
Los cortesanos miráronse estupefactos, ignorando qué accidente pudiese haber ocurrido al vizconde. Creyendo algunos que había muerto, entraron en la estancia de la condesa usando de la licencia que el rey les concediese, acomodando sus rostros a las circunstancias y manifestando en sus semblantes la más profunda tristeza.

XXV

EL PADRE Y EL HIJO, EN LA SALA DE LOS RELOJES

En un amplísimo salón del palacio de Versalles, conocido con el nombre de los Relojes, se paseaba con los brazos caídos y la cabeza inclinada, un joven que tendría unos dieciséis o diecisiete años. Era de color sonrosado, mirada apacible y de andar bastante común.
En su pecho lucía, realzada por el terciopelo de color violeta de su uniforme, una placa de diamantes, pendiente de un cordón azul que llegaba hasta la cintura, rozando con la cruz que de él estaba pendiente, una chupa de raso blanco bordada de plata.
Difícilmente se hubiera desconocido aquel perfil severo y afable, majestuoso y risueño, que formaba el tipo característico de los Borbones de la primera

rama, del cual, el joven que presentamos a la vista de nuestros lectores, era en efecto la imagen más viva y con mayor exageración reflejada. Sólo al ver los rasgos quizá degenerados de aquellos nobles semblantes, desde Luis XIV y Ana de Austria, se podría afirmar que el joven de que hablamos no podía trasmitir sus facciones a un heredero, sin alguna alteración del tipo primitivo, sin que la belleza natural se convirtiese en una fisonomía de facciones exageradas, y sin que el dibujo, en fin, pareciese una caricatura.

Porque, efectivamente, Luis Augusto, duque de Berry, príncipe heredero de Francia, que reinó después con el nombre de Luis XVI, tenía la nariz borbónica; larga y aguileña más que los de su linaje; la frente algún tanto aplastada, era todavía más espaciosa que la de Luis XV, y tan desarrollada la papada que heredó de su abuelo, que aunque delgado como estaba en aquella época, le ocupaba aún casi la tercera parte de su rostro.

Por otra parte, tenía un paso lento y pesado, y si bien su talle era bien formado, movía las piernas y los hombros con alguna dificultad; pero en sus brazos y dedos había la actividad, flexibilidad, fuerza, y, por decirlo así, esa fisonomía que en los demás se refleja en la frente, la boca y los ojos.

Pensativo se paseaba el príncipe en aquel mismo salón de los Relojes, en que ocho años antes, Luis XV entregó a madame de Pompadour el decreto del parlamento que expulsaba a los jesuitas del reino.

Más que cansado de esperar, distraído de la idea que ocupara su imaginación, se puso a examinar uno por uno los relojes que adornaban aquel salón, entreteniéndose como Carlos V en observar las diferencias siempre inevitables que aparecen hasta en los relojes mejor organizados; expresión extraña y significativa, aunque con claridad formulada, de la desigualdad de las cosas materiales, dispuestas por la mano de los hombres.

A poco se detuvo frente al gran reloj, colocado entonces en el extremo del salón, sitio que ocupa todavía en el día, el cual, por medio de una hábil combinación de mecanismos, marca los días, meses, años, cuartos de luna, y, en fin, el curso de los planetas con todo cuanto interesa a esa otra máquina mucho más admirable, a quien llaman hombre, en el movimiento progresivo de su vida hacia su muerte.

El príncipe contemplaba, como inteligente, aquel reloj que siempre había llamado su atención. Luego que hubo examinado aquella parte del reloj, se puso a mirarle de frente, siguiendo con su vista el escape de la rápida aguja, que se deslizaba sobre los segundos, semejante a esas moscas de agua que

vagan por los estanques y fuentes, rozando apenas con sus largas patas el líquido cristal el que constantemente se agitan.
En aquel instante recordó que ya hacía muchos segundos que esperaba, habiendo además dejado pasar un gran número antes de avisar al rey. Repentinamente detúvose la aguja sobre la que el príncipe tenía entonces fija su vista. Al mismo tiempo, y como por encanto, todas las ruedas de bronce suspendieron su equilibrada rotación, los ejes de acero descansaban en sus agujeros de rubíes, y un silencio absoluto sucedió al ruido y movimiento acompasado que poco antes reinara en aquella máquina, que quedó parada y muerta habiendo cesado sus sacudimientos, repercusiones metálicas, y el movimiento veloz de sus agujas, péndola y muelles.
¿Quizá algún grano de arena tan sutil como un átomo, que habiéndose introducido entre los dientes de alguna rueda, había ocasionado aquella repentina paralización, o sería tal vez que el genio de aquel maravilloso mecanismo, descansaba fatigado de su eterna agitación?
Al notar tan repentina muerte, tan fulminante apoplejía, el joven príncipe olvidó por completo el motivo de su venida y hasta el tiempo pasado desde que esperaba; olvidó también que la hora no es lanzada en la eternidad por los movimientos de una péndola, o retardada sobre el declive de los tiempos por la inopinada detención de un movimiento de metal, sino que está bien determinada en el reloj eterno, que ha precedido a los mundos, debiendo sobrevivirles, por la mano invariable del Todopoderoso. Consiguió abrir la puerta de cristal de la Pagoda, donde dormía el Genio, y miró al interior del reloj, para ver desde más cerca. Incómodo en su observación, por la péndola, deslizó con cuidado sus adiestrados dedos por la abertura, logrando descolgarla; pero no le fue posible descubrir el motivo que ocasionara aquel letargo.
Creyendo entonces que el relojero del palacio había tal vez olvidado armar aquel reloj, y que se había parado naturalmente, tomó la llave colgada en su zócalo, y comenzó a subir los resortes con todo el aplomo y destreza de un hombre perito; pero hubo de detenerse a la tercera vuelta, prueba de que aquella paralización era motivada por algún imprevisto accidente, y el resorte, aunque tirante, no hizo movimiento alguno.
Con un pequeño raspador de concha que sacó de su bolsillo, dio movimiento a una rueda, con cuyo impulso rechinaron todas durante el espacio de un segundo, volviendo enseguida a quedar en silencio. Desarmó entonces varias

piezas colocando cuidadosamente los tornillos sobre una repisa, y siguiendo adelante en su operación, exhaló un grito de alegría al descubrir que un tornillo de presión, al jugar en su espiral, había aflojado un resorte, y detenido la rueda motriz.
Dio vuelta entonces a aquel tornillo, y con una rueda en una mano y el raspador en la otra, introdujo nuevamente su cabeza en la caja.
En aquel momento, y cuando más absorto estaba en la contemplación de la máquina, la puerta se abrió de repente, y una voz anunció:
—¡El rey!
Luis, sin embargo, nada oyó, sino el tic-tac melodioso, producido por él, como los latidos de un corazón que un hábil facultativo torna a la vida.
El rey miró a su alrededor con curiosidad, no pudiendo durante algún tiempo hallar al príncipe, del cual sólo podían verse las piernas, teniendo oculto todo su cuerpo con el reloj, y la cabeza dentro de la caja.
Luis XV se acercó sonriendo, y tocándole en el hombro, le preguntó:
—¿Qué diablos hacéis ahí?
Luis se retiró precipitadamente, aunque con todas las precauciones necesarias para no maltratar el hermoso mueble, cuya reparación había emprendido.
—Ya lo ve Vuestra Majestad —respondió confundido el joven al verse sorprendido en aquella ocupación—; me distraía mientras llegabais.
—Sí, en estropearme el reloj; ¡bonita diversión por cierto!
—Todo lo contrario, señor, lo estaba arreglando. No daba vueltas ya la rueda principal; entorpecida por este tornillo; le he apretado, y ya marcha muy bien.
—Te volverás ciego con tanto mirar ahí dentro. Por todo el oro del mundo no introducía mi cabeza en semejante avispero.
—¡Oh señor! soy inteligente: yo mismo limpio, armo y desarmo el hermoso reloj con que Vuestra Majestad me obsequió el día que cumplí catorce años.
—Bueno, pero deja por ahora tu máquina, si es que deseáis hablarme.
—¿Señor, yo? —dijo él sonrojándose.
—Es claro, me han avisado que me aguardabas.
—Así es, señor —contestó el joven bajando la vista.
—Está bien: ¿qué querías? habla. Si no tienes que decirme nada, me marcho a Marly —dijo Luis XV procurando evadirse, según acostumbraba.
El príncipe dejó en un sillón el raspador y las ruedas, lo cual manifestaba que tenía en efecto alguna cosa urgente que decir al rey, pues interrumpía su importante obra.

—¿Necesitas algún dinero? —preguntó éste con prontitud, dando algunos pasos hacia la puerta—. Si es lo que deseas, espera, voy a enviártelo.
—No, no, señor —tartamudeó el joven—; tengo aún mil escudos de mi asignación mensual.
—Económico eres —exclamó el rey—; ¡y qué bien me lo ha educado M. de Lavauguyón! Creo, en verdad, que le ha dado justamente las virtudes que yo no poseo.
—Señor —se atrevió a preguntar el joven, naciendo un supremo esfuerzo sobre sí mismo—, ¿está todavía muy distante la princesa?
—¿No lo sabes tú tan bien como yo?
—¿Yo? —tartamudeó el príncipe turbado.
—Sin duda: ayer nos leyeron el boletín de viaje, y debió llegar a Nancy el lunes pasado. En este momento debe encontrarse a unas cuarenta y cinco leguas de París.
—¿No os parece, señor, que camina con excesiva lentitud?
—No, no —repuso Luis XV—, creo por el contrario, que viene muy de prisa; porque a pesar de los festejos que hacen en todas partes donde llega, obligándola a detenerse, anda al menos diez leguas cada día.
—Muy poco es —dijo el príncipe con timidez.
Luis XV quedaba cada vez más admirado al ver la impaciencia que nunca había podido suponer.
—¡Hola! —exclamó con sonrisa burlona—, ¿conque tanta prisa tienes?
—Puedo aseguraros, señor, que no es la causa la que Vuestra Majestad supone —balbuceó el joven sonrojándose nuevamente.
—Mucho peor; desearía fuese esa la causa. ¡Qué diablos! tienes dieciséis años, aseguran que la princesa es muy linda, no hay por qué extrañar estés impaciente. ¡Vamos! no pases cuidado, no te faltará.
—Y decid, señor, ¿no se pudieran abreviar esas ceremonias en su tránsito?
—Imposible; ya ha pasado sin detenerse por dos o tres ciudades donde debió pararse.
—Pues entonces ese viaje será eterno. Y es más... que también me he figurado una cosa —se aventuró a decir con timidez el príncipe.
—¿Que te has figurado? ¡vamos, habla!
—Que el servicio está mal dirigido, señor.
—¡Cómo! ¿qué servicio?
—El del viaje.

—¡Qué desatino! Si he enviado treinta mil caballos, treinta coches, sesenta galeras, ¡y quién sabe cuántos cajones! Si todo se colocase en una sola línea, llegaría desde París hasta Estrasburgo. ¡Cómo has podido comprender que el servicio está mal hecho, disponiendo de tantos recursos!
—Aunque sé las bondades de Vuestra Majestad, casi tengo la evidencia de lo que he dicho, aunque no niego me habré tal vez explicado mal, y, en vez de decir que el servicio está mal hecho, hubiera acaso debido decir que está mal organizado.
Al escuchar Luis XV estas palabras, levantó la cabeza y fijó la penetrante mirada en los ojos del príncipe, adivinando que en las pocas palabras que Su Alteza había pronunciado, se ocultaban muchas ideas.
—Treinta mil caballos —repitió—, treinta coches, sesenta galeras, y dos regimientos empleados para este servicio. ¿Podéis decirme, señor sabelotodo, si jamás visteis entrar princesa alguna en Francia con semejante comitiva?
—No puedo negar que todo ha sido efectivamente dispuesto, y como Vuestra Majestad sabe disponer; ¿pero Vuestra Majestad ha ordenado que todos esos caballos, carruajes, en una palabra, que todo ese material, fuese exclusivamente para la princesa y su séquito?
El rey miró nuevamente a Luis: una leve sospecha le hirió el corazón, un recuerdo casi imperceptible comenzaba a dar luz a sus ideas, mientras que una confusa analogía entre la manifestación del príncipe, y la escena desagradable que había sufrido recorría su memoria.
—¡Extraña pregunta! —respondió el rey—; ¿por qué razón? sólo debe emplearse para el servicio de la princesa, y esta es la causa por la que te he dicho que no puede tardar; vamos, ¿por qué me miras de esa manera? —añadió con una firmeza que pareció amenazadora al príncipe—: ¿te estás entreteniendo tal vez en estudiar mis facciones como la máquina del reloj?
El príncipe se disponía a responder; mas se contuvo al oír esta observación de Luis XV.
—Bueno —prosiguió éste con viveza—; creo que nada tienes ya que decir, ¿en?... ¿Ya estás satisfecho, no es así?... Viene la princesa, se hace su servicio a pedir de boca, y eres tan rico como Creso. Pues ahora que nada debe inquietarte, hazme el favor de armar de nuevo mi reloj.
El príncipe permaneció inmóvil.
—¿Sabes —prorrumpió Luis XV con su eterna sonrisa —que estoy tentado de concederte el empleo de primer relojero de palacio, con un sueldo

correspondiente?
El príncipe, atemorizado por la mirada del rey, bajó la cabeza y volvió a tomar su raspador y la rueda que había dejado sobre el sillón, mientras aquél se dirigía durante este tiempo hacia la puerta, diciendo:
—¿Qué diablos quería decir con el servicio mal hecho? Vamos, por fin evité esta escena; pero queda disgustado.
En efecto, el príncipe, tan sufrido de ordinario, golpeaba con el pie el pavimento.
—Cada vez está esto peor —añadió Luis riendo—: decididamente no me queda tiempo más que para escapar.
Mas en el momento en que abría la puerta, encontró en el umbral a M. de Choiseul respetuosamente inclinado.

XXVI

EL REY SE ESCURRE

Luis XV retrocedió un paso al hallar de un modo tan inesperado a aquel nuevo actor, que venía a mezclarse en la escena, para dificultar su salida.
—Demonio —murmuró para sí—, ya no me acordaba de éste. No me disgusta, sin embargo, su venida; él pagará por todos.
—¡Ah!... ¿sois vos? —exclamó—. Os he mandado llamar, ¿lo sabíais?
—Sí, señor —contestó francamente el ministro—, y cuando recibí la orden, me disponía a ver a Vuestra Majestad.
—Está bien. Tengo que tratar con vos de negocios formales —dijo Luis XV frunciendo el entrecejo, con objeto de atemorizar, si era posible, a su ministro; pero desgraciadamente M. de Choiseul era de los hombres menos asustadizos del reino.
—También yo, si lo consiente Vuestra Majestad, tengo que hablar de asuntos del mayor interés —contestó el ministro inclinándose y dirigiendo una ojeada al príncipe que estaba casi oculto tras el reloj.

—No hay escape —dijo para sí Luis XV confuso—, heme aquí cogido también por este lado, y encerrado en un triángulo de donde no es posible escapar.
Pero procurando descargar el golpe primero sobre su antagonista, dióse prisa a decir en alta voz:
—Ya habréis sabido que el pobre vizconde Juan, ha estado en peligro de ser asesinado.
—O, por mejor decir, que ha recibido en el brazo una estocada. Deseaba hablar a Vuestra Majestad de este suceso.
—Ya, ya os entiendo; queréis precaver los rumores.
—Pretendo anticiparme a los comentarios, señor.
—¿Es decir que conocéis este asunto? —preguntó el rey con aire significativo.
—Perfectamente.
—¡Hola! —exclamó Luis XV—, ya lo sabía yo de buena tinta.
M. de Choiseul oyó impasible las palabras del rey El príncipe ocupábase en examinar una tuerca de bronce y, aunque con la cabeza inclinada, escuchaba sin perder el menor detalle de aquella conversación.
—Voy a relataros ahora los pormenores de ese lance.
—¿Vuestra Majestad cree estar bien informado? —preguntó M. de Choiseul.
—¡Oh! Seguramente...
—*Os escuchamos*, señor.
—¿Escuchamos? —repitió Luis XV.
—Sin duda, Monseñor y yo.
—¿Monseñor? —repitió el rey mirando alternativamente de Choiseul a Luis Augusto—. ¿Qué pueden interesar al príncipe las circunstancias de ese lance?
—Mucho —replicó el ministro volviéndose cortésmente hacia Luis Augusto —, como todo cuanto se relaciona con Su Alteza Real madame la princesa.
—¡Con madame la princesa! —exclamó turbado el monarca.
—Pues qué, ¿lo ignorabais, señor? Si así es, Vuestra Majestad está mal informado.
—¡Madame la princesa y Juan Du Barry! Curiosísimo ha de ser esto. Vamos, explicaos enseguida, y nada me ocultéis, aun cuando la princesa misma sea quien haya herido a Du Barry.
—Su Alteza Real no ha sido, señor —dijo M. de Choiseul sosegadamente—, sino uno de los oficiales de la escolta.

—¡Ah! ¿Conocéis quizás a ese oficial? —exclamó con seriedad Luis XV.
—No, señor; pero Vuestra Majestad debe conocerle, si recuerda a sus buenos servidores. El nombre de ese oficial Se hizo célebre en la persona de su padre, en Filisburgo, Fontenoy y Mahón. Es un Taverney Casa-Roja.
—¡Casa-Roja!... —repitió Luis XV—, efectivamente, no me es desconocido; conozco ese nombre. ¿Y por qué se ha batido con Juan, a quien quiero?... ¿Porque le quiero tal vez?... Rivalidades y quejas absurdas... parcialidades...
—Si Vuestra Majestad me permite explicarme... —dijo M. de Choiseul.
Conociendo Luis XV que sólo encolerizándose podría salir de aquel atolladero, exclamó:
—Os confieso, señor, que descubro en esto un germen de conspiración contra mi sosiego, y una persecución contra mi familia.
—¡Ay, señor! —repuso M. de Choiseul—, el valiente joven que defendió a la princesa, nuera de Vuestra Majestad, ¿merece acaso semejantes reconvenciones?
—Yo —exclamó Luis Augusto adelantándose y cruzando los brazos— declaro que le estoy agradecido por haber expuesto su vida por la que de aquí a quince días será mi esposa.
—¡Expuesto su vida!... —murmuró Luis XV—. ¿Y por qué motivo? Es preciso saberlo.
—Porque el vizconde Du Barry, que deseaba viajar con mucha rapidez, trató de apoderarse de sus caballos en la casa de postas donde debía mudar de tiros, sin más razón que la de querer ir más aprisa.
Palideció el monarca y mordióse el labio inferior al vislumbrar, como si fuese un amenazador fantasma, la analogía que hacía poco le inquietara.
—No es posible: conozco los detalles, y vos, duque, estáis mal informado —repuso el monarca deseando ganar algún tiempo.
—No, señor: estoy bien informado, y lo que tengo el honor de exponer a Vuestra Majestad, es la verdad. El vizconde Juan ultrajó a la princesa, apoderándose de los caballos destinados para su servicio, y ya se los llevaba a viva fuerza cuando el caballero Felipe de Taverney se presentó enviado por Su Alteza Real; y después de reconvenirle atenta y amistosamente...
—¡Oh! ¡oh! —murmuró con acritud el rey.
—Amistosamente y atentamente, lo repito, señor.
—Sí, y yo lo sostengo —añadió el príncipe.
—¿Tenéis también conocimiento de este suceso? —preguntó asombrado Luis

—Sí, señor, e informes positivos.
—Si Su Alteza tiene a bien proseguir —dijo M. de Choiseul, alegre por su triunfo y haciendo una reverencia—, imagino que Su Majestad dará seguramente más crédito a las palabras de su augusto hijo que a las mías.
—Sí, señor —continuó el príncipe—, estoy muy bien informado, y he venido para decir a Vuestra Majestad que M. Du Barry había no solamente faltado al respeto que se debe a la princesa, sino que se había también opuesto con violencia a un oficial de mi regimiento que le reprendía por aquel insulto.
—Es preciso que nos informemos, sí, es preciso informarnos —dijo el rey moviendo la cabeza.
—Yo lo estoy —respondió con afabilidad el príncipe—, y no tengo duda alguna de que M. Du Barry tiró de la espada.
—¿El primero? —interrogó Luis XV, satisfecho porque se presentaba aquella ocasión de igualar la lucha.
El príncipe ruborizóse y dirigió su vista hacia el ministro, quien, al verle turbado, se apresuró a acudir en su ayuda, diciendo:
—La verdad es, señor, que dos hombres han cruzado las espaldas, uno de ellos insultaba, y el otro defendía a la princesa.
—Bien, ¿pero quién fue el agresor? —interrogó Luis XV—, conozco a Juan, es manso como un cordero.
—Según yo he sabido, el agresor es quien insultó —contestó el príncipe con su moderación acostumbrada.
—Delicado asunto es éste —prosiguió el rey—, ¡el agresor es quien insultó!... ¿y si a pesar de todo, el oficial ha sido insolente?
—¡Insolente! —repitió el ministro—, ¿insolente contra el que pretendía llevarse a viva fuerza los caballos de la princesa? ¿Es posible, señor?
Nada contestó Luis Augusto; no obstante, perdió el color.
—Pronto quise decir —añadió el rey queriendo enmendar lo que antes dijera, al ver el efecto que habían producido sus palabras.
—Y por otra parte —prosiguió M. de Choiseul aprovechando aquella retirada para avanzar un paso—, Vuestra Majestad debe conocer que un servidor leal nunca puede insultar ni ofender a nadie.
—Mas decidme: ¿cómo habéis sabido este acontecimiento? —preguntó Luis XV a su hijo, sin apartar su vista de M. de Choiseul, a quien desagradó aquella brusca interpelación.

—Por medio de una carta —contestó Luis Augusto.
—¿De quién?
—De una persona que se interesa por la princesa y que considera sin duda muy extraño que se la ofenda.
—¡Vaya! —exclamó el rey—, tenemos misterios... correspondencias secretas... conspiraciones... Ya comienzan de nuevo a ponerse de acuerdo para atormentarme como en tiempo de madame de Pompadour.
—No, en verdad —respondió el ministro —no puede ser más claro este asunto: se trata de un delito de lesa majestad cometido contra la princesa. Castíguese con severidad al culpable, y todo queda terminado.
El rey creyó ver ya a la condesa levantarse enfurecida, y a Chon azorada, cuando oyó la palabra *castigo*. Figuróse que desaparecería la paz doméstica, que durante toda su vida había buscado sin poderla hallar, apareciendo en su lugar la guerra intestina, con sus uñas corvas, ojos encendidos y henchidos de lágrimas.
—Castigar —replicó—, sin oír a las partes y sin conocer quién tenía mejor derecho. ¡Un golpe de Estado! ¡Oh! ¡qué proposición!, ¡qué proposición tan acertada me hacéis, señor duque! ¡En buen negocio queréis envolverme!
—Pero, señor, ¿quién ha de respetar en lo sucesivo a la princesa, si no se hace un severo ejemplar con el primero que se ha atrevido a ofenderla.
—Sería un escándalo —añadió Luis Augusto.
—¡Un ejemplar!, ¡un escándalo! —repitió el rey—. ¡Ah! ¡pardiez! haced un ejemplar por cada escándalo, y pasaré mi vida firmando cartas órdenes. Adiós gracias no son pocas las que firmo.
—Pues es preciso, señor —dijo M. de Choiseul.
—Señor, suplico a Vuestra Majestad... —añadió el príncipe.
—¡Cómo! ¿todavía no conceptuáis bastante castigo, la estocada que recibió?
—No, señor —respondió el ministro—, porque hubiera sido fácil herir a M. de Taverney.
—Y entonces, ¿qué hubierais pedido?
—Su cabeza.
—No se llegó a tanto con M. de Montgomery, por haber matado al rey Enrique II —replicó Luis XV.
—Sí; pero M. de Montgomery mató casualmente al rey, y M. Juan Du Barry ha insultado con propósito de hacerlo así, a la princesa.
—Y vos —dijo el rey dirigiéndose a Luis Augusto—, ¿pedís también la

cabeza de Juan?
—Sabe bien Vuestra Majestad —replicó con dulzura el príncipe—, que no estoy por la pena de muerte, y, por tanto, me limito a solicitar su destierro.
—Su destierro, sólo por una disputa de mesón —dijo temblando Luis XV—. Sois excesivamente severos, Luis, a pesar de vuestras ideas filantrópicas.
—Señor —dijo el príncipe—, yo no odio personalmente a M. Du Barry.
—¿Pues a quién?
—Al que ha ultrajado a madame la princesa.
—Excelente modelo —dijo Luis XV con ironía—, pero por fortuna a mí no se me engaña con facilidad, y sé muy bien hasta dónde se me quiere arrastrar con esas exageraciones.
—No imaginéis, señor, que se exagera —contestó M. de Choiseul—; el público está realmente indignado ante tanta insolencia.
—¡El público! otro monstruo que os forjáis, y con el que tratáis de amedrentarme. ¡El público! ¿hago yo caso de él, por ventura, cuando por medio de sus mil bocas, los libelistas y folletistas, coplistas y sediciosos me dicen que me están robando, vendiendo y mofándose de mí? ¡Bah! ¡me río de sus declamaciones! Haced lo que yo hago: oídos sordos y dejadlo que chille hasta que se canse. ¡Vamos! ¡vamos! me saludáis disgustado: ved a Luis que también lo está. ¡Extraño es, en verdad, que no me sea permitido disfrutar lo que disfruta el último de mis súbditos! ¡Que no me han de dejar vivir a mi gusto! ¡Que han de aborrecer incesantemente lo que yo amo, y amar lo que yo detesto! ¿Soy prudente o loco? ¿Soy o no el soberano?
El príncipe tomó otra vez el raspador, y prosiguió su obra, mientras M. de Choiseul volvió a inclinarse como la vez primera.
—Bien está: nadie contesta...¡pero por vida de Sanes! responded alguna cosa. ¿Os habéis convenido para matarme a sofocaciones con vuestras proposiciones y vuestro silencio?
—No aborrezco yo a M. Du Barry, señor —contestó sonriendo Luis Augusto.
—Ni yo le temo, señor —añadió arrogantemente M. de Choiseul.
—¡Ay! conozco que tenéis malas intenciones —exclamó Luis XV fingiendo furor, cuando sólo experimentaba despecho—: ¿queréis hacerme servir de fábula a Europa entera, y exponerme a la mofa de mi primo el rey de Prusia? O por mejor decir, ¿pretendéis que se realice la *casa sin gobierno* de ese bribón de Voltaire? Pues no, no será así; no os daré ese placer. Yo tengo mi concepto formado sobre el honor, y lo observaré como me parezca.

—Señor —dijo el príncipe con su acostumbrada dulzura, aunque con su eterna constancia—, Vuestra Majestad se equivoca; no es de su honor de lo que se habla sino de la dignidad de la princesa insultada.
—Monseñor dice bien; una sola palabra de Vuestra Majestad será suficiente para que no se repita ese delito.
—¿Cómo ha de repetirse sin existir el primero? Juan es tonto, pero no tiene mal corazón.
—Sea —contestó el ministro—, atribuyámoslo a tontería, y que se excuse como pueda de ella ante M. de Taverney.
—Ya os he dicho —continuó el rey—, que nada tengo que ver en eso. Que dé Juan sus disculpas, o que no las dé, si así te acomoda, tiene derecho para hacerlo así.
—No obstante tengo el honor de anunciar con tiempo a Vuestra Majestad —añadió M. de Choiseul—, que va a escandalizar ese negocio, si se abandona por completo a su voluntad.
—Mejor —respondió Luis XV—: por mucho que sea el escándalo, permaneceré sordo, y no escucharé vuestras necedades.
—Es decir, que me autoriza Vuestra Majestad —prosiguió M. de Choiseul con su implacable serenidad—, para que haga público que da la razón a M. Du Barry.
—¿Yo, yo dar la razón a nadie en tan negro asunto? —exclamó el rey—. ¡Estáis decididos a conducirme al último extremo!... ¡Oh! Cuidado conmigo, señor duque... Y vos, Luis, os prevengo que seáis por vos mismo más comedido conmigo en lo sucesivo... reflexionad sobre lo que os he dicho, porque ya estoy tan fatigado y desesperado, que no puedo más. Adiós, señores, voy a ver a mis hijas, y a escaparme a Marly, donde acaso podré disfrutar de alguna tranquilidad.
En el instante mismo, y cuando Luis XV se encaminaba hacia la puerta, se abrió ésta, y un ujier, apareciendo en el umbral, dijo:
—Señor, Su Alteza Real madame Luisa, espera en la galería para despedirse de Vuestra Majestad.
—¡Para despedirse de mí! —dijo el monarca azorado—; ¿a dónde va?
—Su Alteza Real dice que Vuestra Majestad le ha autorizado para dejar el palacio.
—Ea; ya tenemos otro acontecimiento. ¡Se trata de mi santurrona que hace de las suyas! ¡Soy el más desgraciado de los hombres! —exclamó Luis XV

saliendo precipitadamente.
—Su Majestad se aleja sin contestarnos —dijo el duque al joven príncipe—. ¿Qué piensa Vuestra Alteza Real?
—Ya se oye —exclamó Luis Augusto, prestando oído con una alegría aparente o real, a las ondulaciones del reloj puesto en movimiento.
Frunció el entrecejo M. de Choiseul, y abandonó la Sala de los Relojes, dejando solo al príncipe.

XXVII

LA HIJA MAYOR DE LUÍS XV

La hija mayor del rey esperaba a su padre en la gran galería de Lebrún.
Al extremo de esta galería, opuesto a aquel por donde debiera llegar el rey, dos o tres damas de honor estaban al parecer consternadas.
Cuando apareció Luis XV, los grupos comenzaban a formarse en el vestíbulo, pues la resolución que aquella mañana había adoptado la princesa, comenzaba a divulgarse en palacio.
De estatura imponente, y belleza enteramente real, pero cuya frente virginal a veces se arrugaba por una oculta tristeza, madame Luisa de Francia imponía a toda la corte, por el ejercicio de las más austeras virtudes, aquel respeto hacia el poder del Estado, que en el transcurso de cincuenta años, sólo se veneraba en Francia, o por interés, o por temor.
Es más, en aquel momento en que el pueblo expresaba el poco afecto que profesaba a sus amos (a quienes, aun no llamaba en alta voz tiranos), la amaban porque no había aspereza ni retraimiento en su virtud.
Demostraba que latía su corazón en un pecho cuyos buenos sentimientos se revelaban a cada paso, mientras los otros sólo daban señales de escándalos inauditos.
Luis XV la respetaba porque también la estimaba, y hasta a veces se envanecía de ella; he aquí por qué era la única entre sus hijas con la que se

contenía en sus chanzas picantes y familiaridades triviales, y en tanto que apellidaba a Adelaida, Victoria y Sofía, *Loque, Chiffe y Grailte*, llamaba a Luisa de Francia, *Madame*.

Desde que el mariscal de Sajonia había llevado consigo al sepulcro el alma de los Turenas y Condes, todo se empequeñecía alrededor de aquel trono agonizante, y entonces madame Luisa, cuyo carácter enteramente real, parecía rayar en el heroísmo, realzaba la corona de Francia, a la que únicamente restaba aquella perla fina, en medio de su oropel y falsas piedras. Sin embargo, no podremos decir que Luis XV amaba a su hija, pues ya sabemos que sólo se amaba a sí mismo: pero aseguramos que la prefería a todas las demás.

Al entrar vio a la princesa sola en medio de la galería, recostada sobre una mesa con tablero de jaspe.

Vestía un traje negro. Sus hermosos cabellos sin polvo, se ocultaban bajo un doble encaje, y aunque su frente expresaba en aquel momento menos severidad que de costumbre, parecía, sin embargo, más triste. A veces dirigía sus melancólicas miradas hacia los retratos de los reyes de Europa, a la cabeza de los cuales, brillaban sus antepasados los reyes de Francia.

El traje negro era el que vestían de ordinario las princesas en sus viajes, ocultando las largas faltriqueras que se usaban también en aquella época, como en tiempo de las reinas caseras, y madame Luisa, siguiendo el ejemplo de aquéllas, llevaba en su cintura, pendiente de un anillo de oro, las numerosas llaves de sus baúles y armarios.

El rey quedóse meditabundo al ver la silenciosa atención con que se esperaba el término de aquella escena.

El espectador parecía falto de discreción y de respeto para los actores: veían y no oían: estaban autorizados para lo primero, y les estaba prohibido lo segundo.

La princesa adelantóse algunos pasos al encuentro de su padre, y besó su mano.

—Me han dicho que pensáis marcharos, señora —preguntó Luis XV—. ¿Vais a Picardía?

—No, señor —repuso la princesa.

—Entonces, supongo —dijo el rey alzando la voz— que iréis en romería a Noirmontiers.

—Tampoco, señor; deseo retirarme al convento de Carmelitas de San

Dionisio, del cual ya sabéis que puedo ser abadesa.
El rey se conmovió, y aunque su corazón estuviera efectivamente turbado, su rostro permaneció sereno.
—¡Oh!, no, hija mía, no os separaréis de mí, ¿no es cierto? ¡No es posible!
—Mucho tiempo hace, padre mío, que estoy decidida, y Vuestra Majestad me ha autorizado para ello. Os ruego que no tratéis ahora de resistiros.
—Es cierto que he dado esa autorización; pero después de haberla mucho tiempo combatido: bien lo sabéis vos misma; y si la di, fue creyendo que os faltaría el ánimo en el momento de marchar. Por otra parte, no debéis sepultaros en un convento, es ya muy antigua esa costumbre: sólo se entra en un claustro o por algún sentimiento grande, o por falta de bienes de fortuna. La hija del rey de Francia no es pobre, que yo sepa, y si es desgraciada todos deben ignorarlo.
Iba elevándose la entonación y el pensamiento de Luis XV conforme adelantaba en su papel de rey y de padre que nunca está mal representado por el actor cuando el uno lo aconseja el orgullo, y el sentimiento impulsa al otro. Luisa respondió cada vez más enternecida a pesar de ver la emoción del rey.
—Señor, no debilitéis mi alma expresándome vuestro afecto. Mi sentimiento no es vulgar; he aquí por qué mi decisión es extraña para las costumbres de nuestro siglo.
—¿Conque sufrís mucho? —exclamó el rey con muestras de enternecimiento —. ¡Penas tú, pobre niña!
—Crueles, inmensas, señor —repuso madame Luisa.
—Pero, hija mía, ¿por qué me las ocultas?
—Porque son de aquellas que ninguna mano humana puede aliviar.
—¿Ni la de un rey?
—Ni la de un rey, señor.
—¿Ni la de un padre?
—Tampoco, señor, tampoco.
—¿Y sostenéis eso, vos, Luisa, vos, que sois religiosa y sacáis tantas fuerzas de la religión?
—No tanto como es necesario, señor, y me retiro al claustro para hallar más. En el silencio, Dios habla al corazón del hombre; en la soledad, el hombre habla al de Dios.
—Meditad que hacéis al Señor un inmenso sacrificio que nada podrá compensar. El trono de Francia extiende una augusta sombra sobre sus hijos.

—Todavía es más profunda la de la celda, padre mío; fortalece el corazón, y es tan dulce para el fuerte como para el débil, para el grande como para el pequeño.
—¿Pensáis que os amenaza algún peligro? Si así es, Luisa, el rey mismo está pronto a defenderos.
—Que Dios le defienda a él primero.
—Un celo mal entendido os extravía, debo repetíroslo. Luisa. Bueno es retar, pero no siempre. ¿Mas, de qué os sirve rogar tanto, a vos que sois tan buena y tan piadosa?
—Nunca oraré lo suficiente, ¡oh padre mío!; jamás rogaré bastante, ¡oh rey mío!, para evitar el golpe que está próximo a descargarse sobre nosotros. La bondad que Dios me ha dado, la pureza que hace veinte años me esfuerzo en conservar, todavía no satisfacen la necesaria candidez e inocencia que exige a la víctima expiatoria.
Retrocedió un paso el monarca, y contemplando absorto a madame Luisa, dijo:
—Nunca me habéis hablado así; vais extraviada, hija mía; el ascetismo os pierde.
—¡Ah, señor!, no califiquéis con ese nombre mundano al sacrificio más verdadero, y sobre todo, más preciso que jamás ofreciera súbdita a su rey ni hija a su padre en tan extrema necesidad. Vuestro trono, señor, cuyo protector amparo me ofrecíais hace poco inspirado por el orgullo, vuestro trono, señor, se estremece bajo los golpes que vos mismo desconocéis, y que yo he adivinado. Un abismo profundo en donde de un modo repentino puede sepultarse la monarquía, sordamente se ahonda. ¿Os han dicho en alguna ocasión la verdad, señor?
La princesa dirigió curiosas miradas en torno suyo para cerciorarse de que nadie podía oírla, y viendo que todos estaban distantes, prosiguió:
—Pues bien: sí, yo lo sé, yo, que con el traje de una madre de la Misericordia, he recorrido veinte veces las calles sombrías; las pobres buhardillas, y las encrucijadas donde sólo se oyen gemidos de dolor; pues en esas calles, en esas encrucijadas, en esas buhardillas, señor, perecen de hambre y de frío, en el invierno, de sed y calor durante el verano. Como vos únicamente vais de Versalles a Marly, y de Marly a Versalles, no veis los campos que ya no tienen grano, no diré para mantener a los pueblos, pero ni siquiera para sembrar la tierra, que devora sin producir frutos, maldecida por

no sé qué enemigo poder, y aquellos a quienes falta el pan, rugen sordamente. Vagos y desconocidos rumores se oyen en los aires, en el crepúsculo, durante la noche, hablándoles de esposas, cadenas, tiranías... y a estas voces, despiertan, suspenden sus gemidos y comienzan nuevamente a murmurar.
»Por su parte los parlamentos exigen el derecho de representar al pueblo y la facultad de decirnos en alta voz: ¡rey, *tú nos pierdes! o sálvanos, o solos nos salvaremos*.
«Con vano esfuerzo excava el militar haciendo uso de una espada ociosa, la tierra de donde va a surgir la libertad que los enciclopedistas han sembrado a manos llenas.
»Los publicistas (y advertid, señor, cómo la vista del hombre comienza a descubrir lo que antes se le ocultaba) los escritores conocen el mal al mismo tiempo que le cometemos, y lo revelan al pueblo, que ahora frunce irritado el ceño cada vez que ve pasar a sus señores. ¡Vuestra Majestad casa a su hijo! En otro tiempo, cuando la reina Ana de Austria casó al suyo, la gran ciudad de París ofreció ricos presentes a la princesa María Teresa. Hoy, por el contrario, no tan sólo permanece en silencio, no solamente nada ofrece, sino que Vuestra Majestad se ha visto obligado a aumentar las contribuciones para pagar los carruajes que deben conducir una hija del César a casa del hijo de San Luis. El clero, que desde hace mucho tiempo no rogaba a Dios, vuelve ahora a hacerlo por lo que llama la felicidad del pueblo, conociendo que las tierras están mal distribuidas, agotados los privilegios, y por completo exhaustos los fondos públicos. Por último, señor, ¿será preciso que os diga lo que vos sabéis también, lo que habéis observado con tanta amargura y a nadie habéis querido revelar? Nuestros hermanos los reyes, aquellos que en otros tiempos nos envidiaban, se alejan de nosotros. Las hijas del rey de Francia, no se han casado habiendo veinte príncipes en Alemania, tres en Inglaterra, dieciséis en los estados del Norte, sin mencionar nuestros parientes los Borbones de España y Nápoles, que nos olvidan, o se desdeñan de nosotras como los demás. Acaso nos habría querido el turco, si no fuéramos hijas del rey cristianísimo. ¡Ay! no hablo por mí, padre mío, yo no me quejo. Dichoso estado el mío, pues me veo libre, sin que ninguno de mi familia me necesite, pudiendo en el retiro, en la pobreza, en la meditación, rogar a Dios aparte de vuestra cabeza y la de vuestro sucesor, esa horrible tempestad que oigo resonar allá, a lo lejos, en el cielo del porvenir.
Cruzó Luis XV sus brazos, e inclinando con tristeza la cabeza sobre su pecho

dijo:
—Hija mía, vuestro lenguaje es muy severo; esas desgracias que me reprocháis, ¿son acaso obra mía?
—No permita Dios que tal piense; pero son obra del tiempo en que vivimos; os veis arrastrado como todos. Oíd, oíd los estrepitosos aplausos del teatro ante la menor alusión contra el trono: ved por la noche los alegres y bulliciosos grupos, descendiendo las pequeñas gradas de los entresuelos con gran estrépito, mientras la magnífica escalera de mármol está sombría y desierta. Las clases del pueblo y de los cortesanos, señor, se han procurado diversiones independientes de las nuestras, y no sólo se divierten sin nosotros, sino que se entristecen cuando alguna vez nos presentamos en ellas. ¡Ay de mí! —prosiguió la princesa, con encantadora melancolía—, ¡ay de mí! pobres graciosos mancebos! ¡pobres adorables vírgenes! ¡amad!... ¡cantad!... ¡olvidad!... ¡sed felices!... Aquí era una molestia para vos, mientras allí os serviré; aquí reprimís vuestra alegría, temiendo molestarme: allí, allí, rogaré, ¡ah rogaré con todo el fervor de mi alma, por el rey, por mis hermanas, por mis sobrinos, por el pueblo de Francia, por todos vosotros, en fin, a quienes amo con la energía de un corazón que pasión alguna ha podido hasta ahora aminorar.
—Hija mía —exclamó con ternura el monarca pasado un instante de silencio —, no me abandonéis en este instante al menos, os lo suplico; vuestras palabras acaban de destrozar mi corazón.
Luisa de Francia cogió la mano de su padre, y fijando con amor su vista en la noble fisonomía de Luis XV:
—No —prorrumpió—, no, padre mío; ni una hora más quiero seguir en este palacio. No es ya hora de dedicarnos a la oración, tengo fuerza suficiente para redimir con mis lágrimas todos los placeres a que aspiráis, vos todavía joven, vos tan buen padre, vos que sabéis perdonar.
—Continúa con nosotros, Luisa, continúa con nosotros —dijo el rey estrechando a su hija en sus brazos.
—Mi reino no es de este mundo —respondió Luisa moviendo tristemente la cabeza y separándose de los brazos del rey—. Adiós, padre mío; os he dicho hoy cosas que pesaban sobre mi corazón, hace diez años. Ese tormento me abrumaba. Adiós, ya estoy contenta. ¿Veis cómo sonrío? Hoy principio a ser dichosa, y nada hecho de menos al apartarme del mundo.
—¿Ni aun a mí mismo, hija mía?

—¡Ah! os echaría de menos si no debiera volver a veros; pero vendréis algunas veces a San Dionisio; no me olvidaréis por completo.
—¡Oh!...¡jamás, jamás!
—Procurad no conmoveros» señor, no demostremos que nuestra separación es duradera. Por lo menos, mis hermanas supongo que nada saben todavía, y sólo mis camaristas conocen este secreto. Estoy haciendo los preparativos hace ocho días, y deseo fervientemente que el ruido de mi partida no resuene sino después del de las pesadas puertas de San Dionisio.
Luis XV leyó en la mirada de su hija que su propósito era irrevocable. Prefería, por otra parte, que fuese ignorada de todos su partida, pues si madame Luisa deseaba evitar el llanto que pudiera ocasionar su resolución, él temía mucho más por su salud.
Había además pensado ir a Marly, y los disgustos de Versalles debían necesariamente suspender aquel viaje.
Por último, se figuraba que no había de volver a encontrarse al salir de sus orgías, indignas a la vez de un rey y de un padre, aquel rostro grave y triste que le parecía como una condenación de su indolente y perezosa existencia.
—Cúmplase tu voluntad, hija mía —dijo—, pero recibe antes la bendición de tu padre, que fue siempre feliz a tu lado.
—Dadme permiso únicamente para que bese vuestra mano, señor, y dadme mentalmente esa grata bendición.
Para los que estaban enterados de su resolución, era un espectáculo grande y solemne el que ofrecía esta noble princesa, que a cada paso que daba, avanzaba hacia sus antepasados, cuyos retratos, desde el fondo de sus marcos de oro, parecían expresarle su reconocimiento por venir a sepultarse viva en su sepulcro.
El rey acompañó a su hija hasta la puerta, y después de saludarla, volvió sin pronunciar ni una palabra.
En cumplimiento a las leyes de la etiqueta, los cortesanos le siguieron.

XXVIII

CONTRARIEDADES

Luis XV dirigióse al gabinete; allí tenía la costumbre de detenerse, antes de alguna cacería o paseo, algunos instantes para dar sus órdenes particulares, según la clase de servicio que necesitaba para el resto del día.
—En cuanto llegó a la galería hizo una seña a sus cortesanos, dando a entender que deseaba quedar solo.
Así que lo consiguió, se adelantó por un corredor que comunicaba con las habitaciones de sus hijas, y al hallarse ya ante la puerta de éstas, que ocultaba una mampara, detúvose un instante moviendo la cabeza.
—Una sola había buena —murmuró entre dientes—, y acaba de partir.
Un estrépito de voces contestó a este axioma nada satisfactorio para las que quedaban: abrióse la mampara, y Luis XV se oyó saludar por estas palabras que le dirigió en coro un trino furioso:
—Gracias, padre mío.
Y el rey viose rodeado de sus tres hijas.
—¡Ah! eres tú, Loque —dijo al dirigirse a la mayor, es decir, a madame Adelaida—. ¡Ah! ¡cómo ha de ser! Lo mismo si te incomodas, que en caso contrario, he dicho la verdad.
—Por mi fe —respondió Victoria—, que no nos sorprende lo que acabáis de decir, señor, pues sabemos que siempre habéis preferido a Luisa.
—No puedo negarlo, Chiffe, acabas de decir una gran verdad.
—¿Pero por qué motivo habéis de preferir a Luisa? —preguntó madame Sofía con voz destemplada.
—Porque nunca me atormenta —respondió con aquella afabilidad de que en sus momentos de egoísmo Luis XV ofrecía un tipo tan perfecto.
—¡Oh! descuidad, padre mío, también os atormentará —añadió madame Sofía con irritado tono.
—¿Por qué decís eso, Graille? ¿Acaso te ha confiado Luisa sus secretos? Mucho me asombraría, pues te ama bien poco.
—¡Entonces estamos pagadas! —contestó Sofía.
—Perfectamente —prosiguió el rey—; aborreceos, detestaos, despedazaos, poco me interesa, como no vengáis nunca a molestarme para restablecer el

orden en el reino de las amazonas. Quisiera, no obstante, que me dijeseis en qué debe incomodarme la pobre Luisa.
—¿En qué os debe incomodar? Os lo diré, padre mío.
Luis se recostó en un gran sillón colocado junto a la puerta, procurando tener siempre fácil la retirada.
—Porque madame Luisa —contestó Sofía— está algo atormentada del mismo demonio que torturaba a la abadesa de Chelles, y se retira al convento para hacer ensayos.
—Vaya, vaya —dijo el rey—, hacedme el obsequio de no andar ahora con equívocos, tratando de la virtud de vuestra hermana. Nadie ha podido jamás decir de ella lo más mínimo, a pesar de lo mucho que hablan; conque no empecéis *vos*.
—¿Yo?
—Sí, *vos*.
—Yo no me refiero a su virtud —respondió sumamente ofendida Sofía, de la acentuación especial que diera su padre a la palabra *vos*, y de su afectada repetición—, sólo he dicho que hará ensayos.
—Bueno, aun cuando se haga alquimista, construya armas y ruedas para sillones, y tocara la gaita y el tamboril, ¿qué daño habría en todo eso?
—Lo que quise decir, es que se ha metido a hablar de política.
El rey se estremeció al oír estas palabras.
—Estudiar filosofía, teología, y continuar los comentarios sobre la bula *unigénitas*; de suerte que estrechadas por sus teorías políticas, por sus sistemas metafísicos y por su teología, pareceremos las inútiles de la familia...
—Mas si de ese modo se salva vuestra hermana, ¿qué mal encontráis en eso? —replicó Luis XV bastante admirado, a pesar de la conexión que había entre la acusación de Graille y la diatriba política de madame Luisa al despedirse —. ¿Envidiáis su beatitud?
—De ningún modo —contestó Victoria—; la dejo ir donde quiera, y no pienso acompañarla.
—Tampoco yo —contestaron a una voz Adelaida y Sofía.
—Es que ella nos odiaba —dijo madame Victoria.
—¿A vosotras? —preguntó Luis XV.
—Sí, a nosotras, a nosotras —respondieron las otras dos hermanas.
—Ya veréis —dijo Luis XV—, cómo esa pobre Luisa ha elegido el cielo para

no estar con su familia.
Con una risa franca contestaron a esta agudeza las tres hermanas; y la primogénita, madame Adelaida, reuniendo toda su lógica:
—Señoras —interrumpió, con el acento satírico que le era particular al despojarse de la indolencia que le había hecho merecer el epíteto de Loque—; señoras, es que no habéis hallado, o que no os habéis atrevido a decir al rey la verdadera causa que ha ocasionado la partida de madame Luisa.
—Vamos, otra acusación tenemos —dijo el rey—. Callaos, Loque, callaos.
—¡Ah, señor! —replicó ésta—, conozco bien que tal vez os vaya a disgustar.
—Mejor diréis que lo deseáis.
Mordióse los labios Adelaida, y continuó:
—Pero diré la verdad.
—Bien: esto va mejor cada vez. ¡La verdad! Absteneos de decir tales cosas. ¡La verdad! ¿La digo yo acaso nunca? y no obstante, gracias a Dios, estoy bueno y sano.-dijo el monarca encogiéndose de hombros.
—Hablad, hermana, hablad —dijeron las otras dos princesas, impacientes por saber lo que debía desagradar tanto al rey.
—¡Qué corazoncitos tan tiernos! —murmuró Luis XV—; ¡ved cómo aman a su padre!
Pero calmó su desconsuelo, pensando que nada le quedaban a deber.
—Decía —continuó Adelaida—, que lo que más temía nuestra hermana, ella tan afectada a la etiqueta, era...
—Era... —repitió Luis XV—, vamos, terminad al menos, ya que os habéis insinuado.
—Pues bien: era la intrusión de caras nuevas...
—¿La intrusión, decís? —exclamó el rey, disgustado con aquel principio, adivinando anticipadamente la idea de su hija—. ¿Por ventura hay intrusos en mi casa? ¿Me obligan tal vez a recibir los que no quiero?
Este medio parecía bastante a propósito para variar por completo el sentido de la conversación; pero madame Adelaida era demasiado astuta y maliciosa para perder tan fácilmente la pista cuando se proponía decir alguna cosa desagradable.
—Me equivoqué, señor, me equivoqué, no es el término propio. En vez de intrusión yo debía haber dicho introducción...
—Vaya —dijo el rey—, esto ya es distinto: confieso que me disgustaba la otra palabra: prefiero introducción.

—Y sin embargo, señor —respondió madame Victoria—, creed que tampoco es ese el verdadero nombre que debe emplearse.
—¿Cuál es al fin?
—Es presentación.
—¡Ah! ¡sí! —gritaron las otras hermanas uniéndose a la mayor—, ya creo que le hemos hallado.
—¿Lo creéis así? —preguntó el rey mordiéndose los labios.
—Sí —replicó Adelaida—. Pues yo decía que mi hermana temía mucho las nuevas presentaciones.
—¡Qué! —dijo el rey, deseando concluir aquella conversación—, ¡terminad!
—Que habrá temido sin duda ver introducida en la corte a madame la condesa Du Barry.
—¡Vamos! —gritó el rey con irresistible movimiento de despecho—, ¡vamos! ¡por Cristo! decid pronto esa palabra, y no deis tantos rodeos. Ya estoy aburrido con vuestras verdades.
—Señor —repuso madame Adelaida—; si he tardado tanto en decir a Vuestra Majestad lo que ya he manifestado, es porque me lo impidió el respeto, y sobre semejante asunto, no hubiera abierto la boca a no habérmelo vos mismo ordenado.
—¡Es claro! ¡Siempre la tenéis cerrada, nunca bostezáis, habláis, ni mordéis!...
—Cierto es, señor —prosiguió Adelaida—, que, según creo, he dado con el verdadero motivo que ha originado la separación de mi hermana.
—Os equivocáis.
—¡Oh! señor —repitieron a una voz, y moviendo de arriba a abajo la cabeza Victoria y Sofía—; ¡oh! señor, estamos seguras.
—¡Bah!... —interrumpió el rey imitando a un padre de los que Moliere presenta en sus comedias—, ¡hola! ¡hola! tengo conspiradores en mi familia: por eso, según creo, no ha podido realizarse esa presentación: y por esta razón esas señoras nunca están en casa cuando van a visitarlas: por eso no responden cuando les dirigen memoriales o les piden audiencia.
—¿A qué memoriales? ¿a qué audiencias? —preguntó madame Adelaida.
—¡Cómo! —dijo madame Sofía—, ¿lo ignoráis? A los memoriales de la señorita Juana Vaubernier.
—No, a la solicitud de audiencia de la señorita Langes —interrumpió madame Victoria.

El rey se incorporó encolerizado: aquella mirada dulce casi siempre, fulguró de modo tal que debía inspirar poca confianza a las tres hermanas; pero como no había en aquel trío regio ninguna heroína capaz de arrostrar la cólera paternal, todas bajaron asustadas su vista.
—Queréis demostrar con esto que me equivocaba al decir que la mejor de las cuatro se había ido.
Madame Adelaida interrumpió diciendo:
—Señor, Vuestra Majestad nos trata peor que a perros.
—Y no me falta razón, pues ellos siquiera me acarician al verme. ¡Los perros! Esos sí son verdaderos amigos, Conque, adiós, señoras. Voy a ver a Charlotte, Bellefille y Gredinet. ¡Pobres animales! sí; los amo y los amaré siempre, porque al menos ellos no ladran la verdad.
Y hecho una furia salió de allí el rey; pero apenas había dado tres pasos en la antecámara, cuando oyó a sus tres hijas que cantaban en coro:

En París, ciudad famosa,
Todos son sin excepción
Muy blandos de corazón,
Y siempre están suspirando.
¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

La querida del buen Blas
Se halla en cama tendida,
Y el infeliz ve perdida,
La ilusión de consolarla.
¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

Tales eran las dos primeras estrofas de un sainete contra madame Du Barry, que era conocida en toda Francia con el título de *La bella Borbonesa*.
En poco estuvo que Luis XV retrocediera y no lo hubieran tal vez pasado muy bien sus tres hijas; pero se contuvo y siguió adelante, gritando para no oírlas:
—¡Eh, señor capitán de galgos!
El oficial que había sido condecorado con tan extraño título, se presentó.
—Que abran la habitación de los perros —dijo el rey.
—¡Oh! señor —exclamó el oficial interceptando el paso a Luis XV—; que

Vuestra Majestad no siga adelante.
—¿Qué sucede? —exclamó el monarca parándose en el umbral de la puerta, por bajo de la cual pasaban silbando los alientos de los perros que olían a su amo.
—Señor —añadió el oficial—, perdonadme, pero no puedo permitir que Vuestra Majestad entre donde están los perros.
—Sí, sí —replicó el rey—, ya entiendo: el gabinete no está en orden... ¡ea! bien, dejar salir a *Gredinet*.
—¡Ah, señor! —tartamudeó el oficial demostrando una viva consternación —; hace dos días que no ha comido ni bebido nada, y se teme que esté rabioso.
—Es indudable —exclamó Luis XV—, soy el más desgraciado de los hombres... ¡*Gredinet* rabioso! ¡Esto faltaba para colmo de mis pesares!
Creyó el oficial de galgos que sería indispensable derramar una lágrima para animar la escena.
Luis XV se retiró a su gabinete, donde le esperaba su ayuda de cámara, quien al ver el rostro desconcertado del rey, se ocultó en el alféizar de una ventana.
—Estoy seguro, segurísimo —murmuró Luis XV sin reparar en aquel fiel servidor que no era un hombre para él—, ¡ah! bien lo veo; M. de Choiseul se burla de mí; el príncipe se cree ya medio soberano, y se imagina serlo del todo luego que consiga sentar a su austriaca en el trono. Luisa me ama, pero con demasiada dureza, pues me predica moral y se marcha; mis otras tres hijas cantan canciones en las que me llaman Blas; el conde de Provenza traduce *Lucrecia*; el de Artois anda cortejando; mis perros están rabiosos y pretenden morderme. Lo cierto es que nadie me ama, exceptuando a esa pobre condesa. Lleve el diablo a quien pretenda ocasionarla disgustos.
Sentóse luego con desesperación cerca de la misma mesa en que Luis XIV firmaba, y que había recibido el peso de los últimos tratados, y de las gloriosas cartas del gran rey.
—Comprendo el motivo por qué todos tratan de apresurar la llegada de la princesa; me figuro que en cuanto llegue me volveré su esclavo, o seré dominado por su familia. ¡Vaya, vaya! no me faltará tiempo para ver a mi querida nuera, y mucho más si su llegada me ocasiona nuevas inquietudes. Debemos vivir en paz, sí, todo el tiempo que sea posible; y para conseguirlo, entorpezcamos su marcha. Tenía que pasar por Reims y Noyon sin detenerse hasta llegar a Compiègnes; mantengamos el primer ceremonial: tres días de

recibo en Reims, y uno... no, dos... tampoco: tres días de funciones en Noyon, y así ganaré seis, sí, seis hermosos días.
Tomó la pluma y dictó él mismo a M. de Staniville la orden de detenerse tres días en Reims, otros tres en Noyon: y llamando después al correo de servicio:
—A todo escape —dijo, hasta que llegue esta orden a
quien va dirigida.
Y después, con la misma pluma, escribió lo siguiente:

«*Querida condesa: hoy debemos instalar a Zamora en su gobierno, y marcho a Marly. Iré esta noche a deciros en Luciennes lo que pienso en este momento*.
La Francia.»

—Toma, Lebel, entrega esta carta a la condesa, y procura ponerte bien con ella: es un consejo que te doy. Inclinóse el ayuda de cámara reverentemente y salió.

XXIX

LA CONDESA DE BÉARN

El primer motivo de aquel terrible enojo, la piedra de todos aquellos escándalos deseados o temidos en la corte, la señora condesa de Béarn, dirigíase rápidamente hacia París, según había comunicado Chon a su hermano.
Este viaje era el término de una de las maravillosas ideas que venían en auxilio del vizconde Du Barry en sus mayores apuros.
No siendo posible hallar entre las señoras de la corte aquella madrina tan deseada como necesaria, pues sin ella no podía efectuarse la presentación de madame Du Barry, había dirigido su pensamiento hacia la provincia, examinando su estado, y registrando ciudades, encontró lo que buscaba sobre

las orillas del *Meuse* en una casa, que, aunque por completo gótica, estaba elegantemente amueblada.
Buscaba a una de esas viejas que se enredan en algún antiguo pleito y que hacen depender del fallo su porvenir.
La condesa de Béarn reunía estas dos circunstancias.
Poco tiempo hacía que M. de Maupeau se había unido a madame Du Barry, llamándola prima por haber descubierto un grado de parentesco desconocido hasta entonces. Tenía además por la favorita todo el fervor de una amistad de la víspera, amistad que le había valido el título de vicecanciller.
Efectivamente, la señora de Béarn era una litigante muy parecida a la señora de Pimbeche, excelentes tipos de aquella época, llevando además, como ya hemos dicho, un nombre de los más retumbantes.
Angulosa, ligera, delgada, siempre alerta, y fijando sus ojos de gato azorado, que brillaban bajo sus canosas cejas, madame de Béarn no había desamparado el ropaje de las jóvenes de su tiempo, y como a pesar de sus caprichos, la moda tolera tal cual vez ser racional, aquel vestido de las jóvenes de 1740 podía fácilmente pasar por un traje de vieja de 1770.
Blondas anchurosas, manteleta de encajes, una cofia de extraordinarias dimensiones, inmensas faltriqueras, amplio bolso y corbata de raso bordado, tal era el traje con el que Chon, hermana querida y fiel confidenta de la condesa Du Barry, halló a madame de Béarn al presentarse en su casa con el nombre de la señorita Flajeot, es decir, como hija de su abogado.
Por capricho y por economía, vestía la condesa de aquel modo, pues no se ruborizaba, como otras, de su pobreza. Sólo un sentimiento tenía: que no le era fácil dejar una fortuna digna de su nombre a su hijo, un joven provinciano, tímido como una doncella y más aficionado al regalo de la vida material, que a los honores y ventajas que la gloria proporciona.
En el último caso le quedaba el recurso de decir *mis tierras*, a las que su abogado disputaba contra los Saluces; pero, como era mujer de bastante inteligencia, conocía que si pedía dinero prestado sobre aquellas tierras, ningún usurero, aun cuando los había en Francia muy osados en aquella época, le prestaría con sola aquella garantía, ni le adelantaría la suma más insignificante sobre aquella restitución.
Limitada a la renta de sus tierras y a los tributos no comprometidos en aquel pleito, la condesa de Béarn, con mil escudos de renta poco más o menos, huía de la corte, donde se gastaban doce libras diarias, únicamente para el alquiler

del carruaje que le era necesario para ir a solicitar la protección de los *señores jueces*, e instruir a los *señores abogados*.
Viose obligada además a vivir en aquel retiro por haber perdido las esperanzas de que llegase su turno antes de cuatro o cinco años, y poder sacar sus legajos.
Mucho, muchísimo duran en el día los pleitos, pero, en fin, sin vivir la edad de un patriarca, el que se decide a entablar alguno, puede hacerlo esperando ver la sentencia, mientras en otros tiempos duraba dos o tres generaciones, y semejante a esas plantas fabulosas de *Las Mil y una Noches*, no florecían hasta después de doscientos o trescientos años.
La señora de Béarn no tenía intención, pues, de consumir el resto de su patrimonio, para recuperar las diez duodécimas partes empeñadas. Según hemos ya dicho, era una mujer sagaz, prudente, fuerte, avara, y hubiera podido, con seguridades de acierto, emplazar, defender y ejecutar, mejor que cualquier procurador o abogado; pero se llamaba Béarn, y este nombre le dificultaba muchas cosas.
Por esta causa, atormentada por sentimientos y angustias mortales a semejanza del divino Aquiles, que, retirado en su tienda, sufría mil muertes a cada toque del clarín, madame de Béarn pasaba los días en interpretar, con sus anteojos en la nariz, antiguos pergaminos; y sus noches, envuelta en un traje de persiana y con su cana cabellera al aire, en defender ante su almohada la causa de aquella sucesión, reclamada por los Saluces, causa que siempre ganaba con una elocuencia que le satisfacía tanto, que en semejante momento hubiera deseado con ahínco que su abogado pudiese poseerla.
Imagínese qué agradable sorpresa debió producir a madame de Béarn la llegada de Chon, presentándose con el nombre de la señorita Flajeot.
El joven conde se encontraba a la sazón en el ejército.
Muy pronto se cree lo que se desea; así es que la condesa se dejó fácilmente seducir por la narración de aquella joven.
Sin embargo, la condesa hubiese podido caer en sospecha, pues hacía ya veinte años que conocía a M. Flajeot, y le había visitado doscientas veces en su casa, calle *Petit-Lion-Saint-Sauveur*, sin haberle conocido familia alguna. Pero la vieja pleitista, lejos de pensar en hacer la menor observación, ni en recorrer su memoria, creyó cándidamente todo cuanto a la supuesta señorita Flajeot se le antojó decir.
Además, era casada, y finalmente, para no dar ocasión al menor pensamiento

de malicia, no venía expresamente a Verdún, pues iba a reunirse con su marido a Estrasburgo.
La señora de Béarn debería quizá exigir a la señorita de Flajeot una carta que acreditase aquel aviso; pero si un padre no puede enviar a su propia hija sin carta, ¿a quién podía entonces encargar una misión de confianza? Y, por otra parte, ¿a qué conducían aquellos temores? ¿por qué tales sospechas? ¿con qué fin caminar sesenta leguas para hacer semejante relación?
Si hubiera contado con bastantes riquezas, si como la esposa de un banquero, asentista o partidario, tuviera que llevar consigo algún lujoso equipaje, con vajilla y diamantes, quizá dudara de que fuese alguna invención de ladrones; pero madame de Béarn reíase con sobrado motivo cuando pensaba a veces en el solemne chasco que llevarían, si desgraciadamente para ellos trataban de robarla.
De modo que apenas hubo Chon desaparecido en el vetusto calesín tirado por un solo caballo que había tomado en la última posta, donde dejó su coche cuando madame de Béarn, convencida de que había llegado el momento de hacer un sacrificio, subió en un antiguo carruaje, dando tanta prisa a los postillones, que pasó por la Chaussée una hora antes que la princesa, y llegó a la barrera de San Dionisio cinco o seis horas después que la señorita Du Barry.
Deseando llegar lo antes posible para los informes, madame de Béarn, cuyo equipaje era excesivamente reducido, mandó detener su coche en la calle del León, ante la puerta de M. Flajeot.
Esta operación no pudo realizarse sin que una multitud de curiosos se detuviese a contemplar aquel venerable carruaje, que parecía haber pertenecido a las caballerizas de Enrique IV, cuyo predilecto vehículo parecía, por su solidez, monumental arquitectura y cortinas de cuero arrugado, corriendo con descomunales rechinamientos sobre una varilla de cobre verdoso.
Como la calle era sumamente estrecha, la señora de Béarn la ocupó majestuosamente, ordenando a los postillones, después de haberles pagado, que condujesen su coche a la posada donde acostumbraba alojarse, es decir, al *Gallo Cantador*, calle San Fermín de los Prados.
Al subir luego la tenebrosa escalera de M. Flajeot, cogióse a la mugrienta soga que servía de pasamano y percibió el fresco ambiente que allí reinaba, que no desagradó a la señora de Béarn, cansada de la rapidez y del ardor del

camino.
El licenciado Flajeot, en cuanto oyó anunciar por su criada Margarita a madame la condesa de Béarn, corrió diligente a apretarse las calzas que con motivo del calor tenía bastante caídas; encasquetóse rápidamente su peluca, de que estaba también despojado, y envolviéndose en una bata de bombasí, avanzó sonriendo hacia la puerta, expresando en su semblante tan marcada admiración, que, al verle la litigante, exclamó con extrañeza:
—¡Yo soy, mi querido M. Flajeot! ¡Soy yo!...
—Sí, sí —contestó el abogado—, ya lo veo, señora condesa.
Entonces cruzó castamente la bata el curial y condujo a la vieja hacia un sillón de cuero, que había en el ángulo más alumbrado del gabinete, alejándola así de los papeles de su bufete, temeroso de su curiosidad. El licenciado dijo con la más delicada galantería: —Permitiréis que me felicite por tan agradable sorpresa.
—La señora de Béarn, reclinada ya en su sillón, levantaba en aquel momento sus pies, con objeto de dejar entre el suelo y sus zapatos bordados, el intervalo necesario para dar paso a un cojín de cuero que Margarita colocaba en el suelo.
—¿Cómo sorpresa? —dijo incorporándose con rapidez y colocando sobre la nariz sus antiparras que había sacado del estuche para contemplar mejor a Flajeot.
—Es claro: yo creía que estaríais en vuestras *posesiones* —replicó el abogado, usando de esta amable lisonja para calificar las cuatro fanegas de tierra sembradas de hortaliza, que poseía la condesa.
—Es cierto: en ellas he estado; pero, al primer aviso vuestro, me he apresurado a venir.
—¿A mi primer aviso? —repitió atónito el abogado.
—A vuestro primer aviso, a vuestra primera señal, a vuestra primera cita, como os plazca.
Abrió M. Flajeot unos ojos tamaños, como los espejuelos de la condesa.
—He venido pronto, ¿eh?; debéis estar satisfecho.
—Como siempre, señora; pero permitidme os manifieste que ignoro lo que debo hacer en este caso.
—¿Cómo! —dijo la condesa—, ¿lo que debéis hacer?... Todo, o más bien, ya lo habréis hecho.
—¿Yo?

—Es evidente: vos... ¡Cómo! ¿ha habido alguna novedad?
—¡Oh! sí, señora: se asegura que el rey está meditando un golpe de Estado contra el Parlamento... pero, señora, ¿queréis tomar alguna cosa?
—¿Qué me interesa a mí el rey? ¿qué me importan sus golpes de Estado?
—Pues entonces, señora...
—Mi pleito, mi pleito, con referencia a él me interesaba saber si había alguna novedad.
—¡Oh! en cuanto a eso —dijo M. Flajeot inclinando lentamente la cabeza—, nada, señora, absolutamente nada.
—Queréis decir, nada...
—No, nada.
—Nada, desde que vuestra señora hija fue a hablarme. Así es que, como hablé anteayer con ella, no es extraño que nada haya ocurrido de nuevo desde entonces.
—Señora, ¿mi hija...?
—Sí.
—¿Habéis dicho que mi hija?
—En efecto, vuestra hija, la que habéis enviado a verme.
—Señora, perdonad —replicó M. Flajeot—, pero es imposible que os haya enviado mi hija.
—¡Imposible!
—Por una razón muy sencilla, y es que no la tengo.
—¿Estáis seguro? —dijo la condesa.
—Señora —respondió Flajeot—, tengo el honor de ser soltero.
—¡Cómo! —dijo la condesa.
El curial, muy alarmado, llamó a Margarita para que trajese el refresco que había ofrecido a la condesa, y para que la vigilase.
—Pobre mujer —dijo para sí—, ha perdido el juicio.
—¡Cómo! —insistió madame de Béarn— ¿no tenéis una hija?...
—No, señora.
—¿Casada en Estrasburgo?...
—No, señora, no, mil veces no.
—¿No la encargasteis —prosiguió la condesa—, que me anunciara al pasar por Verdún, que el pleito debía verse?
—No.
La condesa se movió lentamente en su sillón, dándose con despecho sobre

sus rodillas dos fuertes palmadas.
—Un trago, señora condesa, os aprovechará.
Hizo al mismo tiempo una seña a Margarita, que le acercó dos vasos de cerveza en una batea; pero la vieja, que ya no tenía sed, la rechazó tan violentamente, que la criada, que al parecer gozaba de ciertos privilegios en la casa, se resintió de aquel desaire.
—Vamos —dijo la condesa mirando por debajo de los anteojos a M. Flajeot —, explicadme, si gustáis, lo que esto significa.
—Convengo —contestó el curial—; quedaos, Margarita, puede que esta señora quiera beber luego; expliquémonos.
—Sí, expliquémonos, porque estáis hoy incomprensible, mi querido M. Flajeot; y por todos los santos, que parece habéis perdido la razón con estos calores.
—Señora, no os incomodéis —repuso el abogado desviando hacia atrás su sillón para alejarse de la condesa—; no os irritéis: hablemos.
—Sí, hablemos. ¿Conque afirmáis que no tenéis hija alguna, eh, M. Flajeot?
—Y lo siento muchísimo, pues conozco que os hubierais alegrado, aunque...
—¿Aunque...? —repitió la condesa.
—Aunque por mi parte, prefiero a los varones, porque tienen mejor salida, o por mejor decir, no toman tan mal giro como las hembras en estos tiempos.
—¡Cómo! —dijo la de Béarn cruzando sus manos con una profunda inquietud, ¿no habéis hecho que me llamaran por una hermana... sobrina... prima...
—No he pensado en tal cosa, señora, pues conozco cuan costosa es la residencia en París.
—¿Y mi asunto?
—He pensado teneros siempre al corriente, tan luego como ocurriese alguna novedad.
—¿De modo, que no la hay?
—Que yo sepa, no, señora.
—¿No han señalado día para la vista?
—No, señora.
—¿Y no hay esperanzas de que lo señalen?
—¡Señora, no! ¡Dios mío, no!
—Entonces —dijo la vieja gritando al levantarse—, entonces se han mofado, sí, indignamente mofado de mí.

—Tal creo, señora —balbuceó M. Flajeot izando su peluca hasta lo alto de la frente.
—¡M. Flajeot! —exclamó la condesa.
Flajeot dio un salto disponiéndose a la defensa, e hizo una seña a Margarita que se preparó a defender a su amo.
—M. Flajeot —prosiguió la condesa—, no sufriré de ningún modo semejante humillación. Ahora mismo veré a la mujerzuela que se ha atrevido a insultarme de este modo.
—¡Vamos! ¡eso es muy dudoso! —contestó M. Flajeot.
—Y así que la halle —prosiguió madame de Béarn arrebatada de cólera—, entablaré demanda contra ella.
—¡Nuevo pleito! —dijo tristemente el abogado.
En cuanto oyó estas palabras, el furor de la litigante se desvaneció.
—¡Ay! —exclamó—, ¡venía tan alegre!
—¿Pero qué os dijo esa mujer, señora?
—En primer lugar que vos la enviabais.
—¡Qué intriganta!
—Y me anunció de parte vuestra la vista de mi pleito; conocí que debía venir con la mayor rapidez, pues por mucha prisa que me diese no sería demasiada.
—¡Ay de mí, señora! —dijo entonces M. Flajeot—; ¡qué lejos está esa vista!
—Nos han olvidado, ¿no es así?
—Olvidado, sepultado, enterrado, señora; sólo un milagro nos puede salvar, y los milagros son tan raros...
—¡Oh! seguramente —murmuró suspirando la condesa. Contestó el licenciado con otro suspiro acomodado al de su cliente.
—¿Queréis, M. Flajeot, que os diga una cosa?
—Decidla, señora.
—Que no sobreviviré a este golpe.
—Mal hecho.
—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la pobre condesa—, si ya no tengo fuerzas.
—Animaos, señora, animaos —dijo Flajeot.
—¿Pero no tenéis nada que aconsejarme?
—Sí, señora: que regreséis a vuestra casa, y no creáis en lo sucesivo a nadie que se presente de mi parte, sin llevar una esquela mía.
—Es preciso que lo haga así.

—Es lo más prudente.
—Podéis creerme, M. Flajeot —dijo tristemente la condesa—; no nos veremos más, al menos en este mundo.
—¡No digáis eso, señora!
—¡Ah, qué enemigos tan encarnizados tengo!
—Sin duda es obra de los Saluces.
—Bien, bien se conducen conmigo.
—Efectivamente son muy miserables —añadió M. Flajeot.
—¡Oh! ¡la justicia! ¡la justicia!, amigo mío, es la cueva de Caco.
—¿Por qué razón decís eso? —replicó M. Flajeot—, ¿porque ya no es lo que antes era, porque molestan al Parlamento y porque M. de Maupeou ha querido ascender a Canciller, en lugar de ser presidente?
—Vamos, M. Flajeot, ahora es cuando bebería a gusto.
—¡Margarita! —gritó éste.
La sirvienta, que había salido al ver la marcha pacífica del diálogo, entró con la batea y vasos de cerveza que se había llevado. Madame de Béarn bebió con lentitud un vaso de cerveza, y se dispuso a salir haciendo una triste reverencia, acompañada de una despedida aún más triste.
—M. Flajeot la siguió con la peluca en la mano. Había ya llegado la condesa al rellano, y extendía el brazo para agarrarse a la cuerda, cuando una mano se colocó sobre la suya, y una cabeza tropezó en su pecho. La mano y la cabeza eran de un escribiente, que subía de cuatro en cuatro los empinados escalones.
La vieja compúsose la saya refunfuñando y renegando, y siguió descendiendo, mientras que el amanuense, llegado a la meseta, empujaba la puerta gritando con la voz franca y alegre de los curiales de todas las épocas, mostrando un papel:
—Tomad, M. Flajeot, es sobre el negocio de Béarn. Saltar hacia atrás al oír aquel nombre, dar un empellón al amanuense, arrojarse sobre M. Flajeot y arrebatarle el papel, he aquí lo que la vieja condesa ejecutó antes que el amanuense recibiera dos bofetones que le aplicaba Margarita, o fingía aplicarle, en cambio de otros tantos besos.
—Sepamos —dijo la condesa—, ¿que he oído decir aquí? ¿qué dice ese papel?
—Todavía no lo sé, señora condesa, pero podré decírselo, si tenéis a bien devolvérmelo.

—Cierto, mi querido M. Flajeot, leed, leed enseguida.
—Letra de nuestro procurador M. Guildou —dijo el licenciado después que hubo examinado la firma.
—¡Ay! ¡Dios mío!
Y M. Flajeot continuó cada vez más admirado. Me invita a prepararme para hacer la defensa el martes, porque han señalado este día para la vista.
—¡Para la vista! —gritó la vieja dando saltos—. ¡Para la vista!... ¡Ah! miradlo bien, M. Flajeot, no lo tomemos a broma esta vez, porque moriría del disgusto.
—Señora —replicó el curial aturdido con tan inesperada noticia—; si alguno se bromea, sólo puede ser M. Guildou, y lo haría por primera vez en su vida.
—Ved si es efectivamente suya la esquela.
—Está firmada por él —dijo el licenciado—: vedlo.
—¡No hay duda! ¡Mañana es el día señalado, y para la defensa el martes! ¡Ay, señor licenciado! Ya veo que la señora que me avisó no era una intriganta.
—Así parece.
—¿Lo sabéis con seguridad que no fue enviada por vos?
—Sin duda, pardiez.
—Pues entonces, ¿por quién?
—Eso es lo que yo también deseo averiguar.
—Porque al fin, alguno la enviaría.
—Yo me vuelvo loco.
—¡Ay! permitid que lea nuevamente; así es: lo veo escrito aquí; se verá ante el presidente Maupeou.
—¡Demonio! ¿Dice eso?
—Eso dice.
—Mucho lo siento.
—¿Por qué?
—Porque el presidente Maupeou es íntimo amigo de los Saluces.
—¿Podéis afirmarlo?
—No sale de su casa.
—¡Ay, señor! ¡Cuan grande es mi desgracia! Ahora estamos peor que antes.
—Y no obstante —dijo el letrado—, es preciso verle.
—¿Y me recibirá mal?
—¡Quién sabe!

—¡Gran Dios! ¿Qué me decís, M. Flajeot?
—La verdad, señora.
—¡Cómo! No sólo os desaniméis, sino que me hacéis perder a mí también las esperanzas.
—No podemos esperar nada bueno de M. de Maupeou.
—De modo que os acobardáis, vos que sois un Cicerón.
—Cicerón hubiera visto perdida la causa que defendía, si hubiese tenido por juez a Verres, y no al César —contestó el licenciado Flajeot, que no halló contestación más modesta para rechazar el insigne honor que acababa de hacerle su cliente.
—¿Es decir, que pensáis que no debo visitarlo?
—No quiera Dios, señora, que os aconseje semejante irregularidad; pero sí me compadezco de que os veáis obligada a esa entrevista.
—Os expresáis, M. Flajeot, como lo haría un soldado que pretende abandonar su puesto. No parece sino que teméis defender el asunto.
—Señora —respondió el abogado—, algunos he perdido, llevando probabilidad de escapar mejor que en el vuestro.
La condesa exhaló un profundo suspiro; pero reuniendo toda su fuerza de ánimo:
—No dejaré por agotar recurso alguno —añadió con una energía que contrastaba muchísimo con la grotesca fisonomía de aquella conferencia, y no se dirá que teniendo el derecho he retrocedido en presencia de una pandilla; se perderá el pleito quizá, pero tendré el placer de haber mostrado a esos prevaricadores la frente de una mujer de clase, como existen muy pocas hoy día en la corte. ¿Queréis que me apoye en vuestro brazo, M. Flajeot, para acompañarme a casa de vuestro vicecanciller?
Con toda la dignidad posible contestó el licenciado:
—Señora, señora, nosotros, miembros opositores del Parlamento de París, hemos prometido no tener relaciones fuera de las audiencias con los que le abandonaron en el asunto de M. d'Aiguillon. La unión constituye la fuerza, y como M. de Maupeou intervino en este negocio, dándonos motivo de queja, permaneceremos en nuestro campamento hasta que enarbole una bandera.
—En peor ocasión no podía verse mi pleito, según entiendo —dijo suspirando la condesa—; los abogados, enemistados con sus jueces; los jueces, con las partes. No importa, sostendré mi derecho a pesar de todo.
—Dios os preste su auxilio, señora —dijo el abogado, colocando sobre el

brazo izquierdo su bata, como hubiera hecho con su toga un senador romano.
—Bien poco vale este abogado —murmuró entre dientes Madame de Béarn.
—Temo ser más desafortunada con él ante el Parlamento, que lo era yo en mi casa ante la almohada.
Y levantando la voz y fingiendo una sonrisa, con la que trataba de disimular su inquietud, continuó:
—Adiós, M. Flajeot, estudiad bien la causa, ¡quién sabe lo que puede ocurrir!
—Ya, ya —respondió éste—, no temo yo la defensa, porque será brillante, os lo prometo, y tanto más, cuanto que estoy decidido a hacer en ella unas alusiones tan terribles...
—¿Contra quién, señor, contra quién?
—Contra la corrupción de Jerusalén, estableciendo la semejanza con las ciudades malditas e invocando contra ella la ira de Dios. Os aseguro, señora, que nadie ignorará que Jerusalén es Versalles.
—¡Ay! ¡M. Flajeot! —repuso la vieja—, no os comprometáis, por Dios, o por mejor decir, no comprometáis mi pleito.
—Pero, señora, ya os dije que está perdido ante M. de Maupeou. Ahora nuestros esfuerzos deben encaminarse a ganarlo ante nuestros contemporáneos, y puesto que no nos hacen justicia, escandalicemos.
—M. Flajeot...
—Seamos filósofos. Señora... caiga toda nuestra indignación sobre los culpables.
—¡Malos demonios la descarguen en ti! —refunfuñó la vieja—, ignorante maldito, que no tienes más interés que el de adornarte con esa andrajosa túnica filosófica. Veamos ahora a M. de Maupeou; él no es filósofo y podré sacar acaso mejor partido que contigo.
Dicho esto, la vieja condesa despidióse de M. Flajeot, y se alejó de la calle de *Petit-Lion*, habiendo recorrido en el espacio de dos días todas las gradas de la escala de las esperanzas y de las desilusiones.

XXX

EN DEFENSA DE UN PLEITO

Temblaba la infeliz condesa como una azogada, al encaminarse a casa del canciller.
Sin embargo, una idea algo tranquilizadora se le había ocurrido en el trayecto. Tenía probabilidad de que en hora tan avanzada no la recibiese M. de Maupeou, en cuyo caso se contentaría con avisar al portero de su próxima visita.
En efecto, no había anochecido aún, cuando ya eran las siete de la tarde, y la costumbre que había adoptado la nobleza de comer a las cuatro, suspendía por regla general todos los negocios desde aquella hora hasta el día siguiente. Si bien era cierto el extraordinario deseo de madame de Béarn por ver al vicecanciller, la idea de que no la recibirían, le sirvió, no obstante, de consuelo. He aquí una de esas contradicciones tan frecuentes en el hombre, que serán siempre comprendidas y nunca explicadas.
Por lo tanto presentóse la condesa, con el convencimiento de que el portero le prohibiría la entrada, y llevando de antemano preparado un escudo de tres libras para domesticar aquel cerbero, esperando por medio de aquella propina que inscribiese su nombre en la lista de los que solicitaban audiencia.
Al llegar frente a la casa, vio al portero hablando con un ujier, de quien al parecer recibía una orden. Entonces, por prudencia detúvose a una distancia respetable, suponiendo que si se acercaba interrumpiría a los interlocutores; mas el ujier se retiró al momento que la vio llegar en un coche de alquiler, y el portero, aproximándose enseguida al carruaje, preguntó el nombre de la solicitante.
—¡Oh! —respondió ésta—, bien sé que no obtendré probablemente el honor de su excelencia.
—Eso no es obstáculo, señora —prosiguió el portero—, podéis hacerme el honor de decir vuestro nombre.
—La condesa de Béarn.
—Su excelencia está en casa —replicó el portero.
—¿Qué decís? —exclamó la vieja condesa de Béarn, llena de asombro.
—Que su excelencia está en casa —repitió éste.
—¿Pero no recibe a esta hora, sin duda?
—A vos os recibirá, señora condesa.

Bajó ésta del coche, pensando que era un sueño, y el portero, tirando de un cordón, dio dos campanadas. Enseguida apareció un ujier, y el portero hizo seña a la condesa que entrase.
—¿Deseáis hablar con su excelencia, señora? —preguntó el ujier.
—Deseaba ese honor, sin atreverme a esperar que me fuese otorgado.
—Tened la bondad de seguirme, señora condesa.
—Tanto como se habla en descrédito de este magistrado —decía para sí la condesa mientras seguía al ujier—, y sin embargo tiene una cualidad muy apreciable: tener franca su puerta a todas horas. ¡Un canciller!... ¡es muy extraño!...
A pesar de todo temblaba pensando dar con un hombre más intratable e indigesto, porque había merecido este privilegio por su asiduidad en el cumplimiento de su deber.
Oculta la cabeza bajo una ancha peluca y vestido con su traje de terciopelo negro, M. de Maupeou trabajaba en un gabinete, cuyas puertas estaban de par en par abiertas.
Al entrar dirigió la condesa una rápida ojeada alrededor, y quedó asombrada al ver que estaba sola, y que su semblante y el del canciller, pálido y aterrado, se reflejaban tan sólo en los espejos.
Así que anunció a la señora condesa de Béarn, levantóse M. de Maupeou prontamente, quedando de espaldas a su chimenea.
La señora hizo las tres reverencias de costumbre, y balbuceó con bastante turbación el breve cumplimiento que seguía, manifestando que no esperaba tener el honor de... que no sabía cómo un, ministro, tan lleno de ocupaciones, tuviese valor para ocupar sus horas de descanso...
Contestó M. de Maupeou que el tiempo era tan precioso para los súbditos de Su Majestad como para sus ministros; pero que a pesar de ello atendía a las personas que tenían asuntos urgentes, y por lo tanto sacrificaba sus horas de descanso para las que merecían esta distinción.
La condesa renovó sus exageradas reverencias, a las que se siguió una silenciosa turbación, pues, terminadas las cortesías, debían comenzar las demandas.
El magistrado, pasándose la mano por la barba, esperaba la relación de madame Béarn.
—Monseñor —dijo ésta, al fin—; he solicitado el honor de hablar con vuecencia para hacerle humildemente la relación de un asunto grave, del cual

depende toda mi suerte.
El ministro hizo un movimiento de cabeza como indicándole que continuase y dijo:
—Hablad.
—Efectivamente, monseñor —continuó—, habéis de saber que todos mis bienes, o por mejor decir, los de mi hijo, penden del pleito que actualmente estoy siguiendo con los Saluces.
El vice-canciller continuaba mientras acariciándose la barba.
—Pero estoy tan segura de vuestra integridad, que a pesar de estar enterada del interés, o mejor dicho, del afecto que vuecencia profesa a mi parte contraria, no he titubeado un segundo en decidirme a solicitar esta conferencia.
Sonrió el ministro así que oyó elogiar su equidad, semejante a las virtudes apostólicas de Dubois, a quien se elogiaba también por ellas cincuenta años antes.
—Tenéis razón, señora condesa —contestó el canciller—, en decir que soy amigo de los Saluces; pero tampoco os equivocáis al creer que al recibir los sellos, me he desentendido de toda amistad, y por tanto, voy a responderos prescindiendo de toda preocupación particular, como está obligado al soberano jefe de la justicia.
—¡Oh! ¡Dios os proteja, monseñor! —exclamó la anciana.
—Voy, pues, a estudiar vuestro asunto como simple jurisconsulto —prosiguió el canciller.
—Sumamente agradecida quedaré a vuecencia, tan ilustrado en esta materia.
—El pleito debe, según creo, verse muy pronto.
—Está citado para la semana próxima.
—¿Qué es lo que solicitáis ahora?
—Que vuecencia tome conocimiento de los antecedentes.
—Ya lo he hecho.
—Y... —preguntó temblando la condesa—, ¿qué pensáis, monseñor?
—¿Del pleito?
—Sí.
—Creo, que sin la menor duda...
—¿Se gana?
—No; se pierde.
—¡Cómo, monseñor! ¿Se pierde?

—Con seguridad, y voy a daros un consejo.
—¿Cuál? —interrogó la condesa— todavía con algún resto de esperanza.
—Que si necesitáis hacer algún pago para cuando se sentencie el pleito...
—¿Qué?
—Que preparéis vuestros fondos.
—¡Ay, monseñor!, quedamos arruinados.
—¡Oh!, no desconocéis, señora, que la justicia no puede hacerse cargo de esa clase de consideraciones.
—Pero, monseñor, junto a la justicia, justicia ciega.
—He ahí por qué nos representan a la justicia ciega.
—Sin embargo, vuecencia no tendrá inconveniente en darme un consejo.
—¿Cómo lo deseáis? Decid.
—¿No queda medio alguno de transacción, y que recaiga una sentencia menos cruel?
—¿Tenéis amistad con alguno de los jueces que han de fallar?
—Ninguna.
—Sensible es, porque los Saluces están muy bien relacionados con las tres cuartas partes del Parlamento.
Estremecióse la condesa.
—Sin embargo, debo advertiros —prosiguió el vicecanciller—, que esto es de escasa importancia; pues un juez jamás se deja llevar de influencias particulares.
Era tan cierto esto, como la equidad del canciller, y las decantadas virtudes apostólicas de Dubois.
La condesa estaba a punto de desmayarse.
—Pero, en fin —añadió el ministro—, sin faltar a la integridad, el juez se acuerda mejor del amigo, que del desconocido; y no falta a la justicia, cuando la demanda de aquel a quien se inclina es también justa. Como es muy justo que perdáis el pleito, bien podrán esmerarse en procuraros las más desagradables consecuencias.
—Es demasiado terrible cuanto vuecencia tiene el honor de decirme.
—En cuanto a mí, me abstendré de mezclarme en esto, no tengo que recomendar nada a los jueces, y como no he de ser yo mismo quien falle, puedo hablaros claramente.
—¡Ay, monseñor!, ya me había yo figurado una cosa.
Los diminutos ojos pardos del presidente se fijaron en la litigante, al escuchar

estas palabras.
—Y es que, residiendo en París los Saluces, estarían relacionados con todos los jueces y serían omnipotentes.
—En primer término, porque tienen derecho.
—¡Ah!... Cuan cruel es, monseñor, oír esas palabras en boca de un hombre tan infalible como vuecencia.
—Concedo; pero al hablar así —añadió M. de Maupeou con fingida franqueza—, os juro que desearía complaceros en algo.
La condesa se estremeció; parecíale entrever cierta confusión, si no en las palabras, al menos en las ideas del vicepresidente, y confiaba en que, si estas se aclaraban descubriría tal vez alguna cosa favorable para ella.
—Además —continuó Maupeou—, vuestro nombre, que es uno de los más esclarecidos de Francia, os recomienda singularmente.
—Pero eso no será inconveniente para que pierda yo mi pleito.
—¡Qué hemos de hacer! Eso no depende de mí.
—¡Ah, monseñor, monseñor!, al menos tal creo —dijo la de Béarn balanceando la cabeza—, ¡cómo están en el día las cosas!
—¿Conque pensáis, señora, que en nuestros tiempos marchaban mejor?
—Indudablemente, monseñor, o al menos me inclino a creerlo así. ¡Ah! con cuánta alegría me acuerdo del tiempo en que simple abogado pronunciabais en el Parlamento aquellos elocuentes discursos, que iba yo, aún joven, a aplaudir entusiasmada. ¡Qué elocuencia, qué virtud! ¡Ay! Todavía no había intrigas ni favoritismo en aquella época; entonces sí que habría yo ganado mi pleito.
—Aunque entonces no teníamos a madame Phalaris que pretendía reinar en los momentos en que se descuidaba el regente, y a la Souris, que se introducía en todas partes, por ver si podía también sacar tajada.
—¡Sí, pero la una era señora tan principal, y la otra tan buena muchacha!
—Es claro, que era imposible negarles cosa alguna.
—Como que ellas nada podían rehusar.
—¡Ah!..., señora condesa—, dijo el canciller con una risa tan sincera y natural, que la vieja litigante no pudo menos de asombrarse—; no hagáis que desacredite mi administración, por amor a mi juventud.
—Pero a pesar de todo, vuecencia no me prohibirá que llore mis bienes perdidos, y mi casa para siempre arruinada.
—Esas son las consecuencias de no ser del día, condesa; sacrificad a los

ídolos del siglo, sacrificad.
—Por desgracia, monseñor, esos ídolos no hacen caso alguno de los que van a adorarles con las manos vacías.
—¿Cómo podéis afirmar eso?
—¿Yo?
—Está claro: pues según creo no habéis hecho aún la prueba.
—¡Ah!, monseñor, sois tan bondadoso, que me habláis como un amigo.
—¿No tenemos la misma edad, condesa?
—Ojalá tuviera yo veinte años, y fueseis todavía simple abogado; vos me defenderíais, monseñor, y nada podrían contra nosotros los Saluces.
—Desgraciadamente no es como deseáis, condesa-dijo el canciller suspirando con galantería—; es, pues, indispensable acudir a los que los tienen, pues vos misma reconocéis que es la edad de la influencia... ¿No conocéis a nadie en la corte?
—Antiguos hidalgos ya retirados, que se avergonzarían de su antigua amiga, porque se ha quedado pobre. Si quisiera, monseñor, iría a Versalles, pues estoy autorizada para ello; pero qué conseguiría? ¡Ay! Que posea yo otra vez mis doscientas mil libras de renta, y entonces me buscarán. ¿Por qué no hacéis ese milagro, monseñor?
Fingió el canciller no haber oído esta última frase, y continuó:
En vuestro lugar, yo olvidaría a los viejos, puesto que ellos os han olvidado, y me dirigiría a los jóvenes, que se esfuerzan en adquirir prosélitos. ¿Tenéis algún conocimiento con las princesas?
—No se acuerdan ya de mí.
—Tampoco pueden nada. ¿Y con el príncipe?
—No.
—Es verdad que está demasiado distraído con su archiduquesa, para pensar en otros asuntos. Veamos entre los favoritos.
—Ni siquiera recuerdo los nombres.
—¿M. de Alquillon?
—Mal haya sea, es un charlatán de quien refieren infamias, y que se ocultó en un molino mientras los demás se batían.
—Nunca debe darse enteramente crédito a semejantes hablillas. Pensemos, no obstante... —dijo el canciller.
—Sí, pensad, monseñor, pensad.
—¿Y por qué no? Sí... No... Si...

—¿Qué es, monseñor, qué es?
—¿Por qué no veis a la condesa misma?
—¿A madame Du Barry? —interrogó la litigante abriendo su abanico.
—Sí, sus sentimientos son muy buenos.
—¿Es cierto?
—Y sobre todo, es muy servicial.
—Soy de casa muy antigua para agradarla, monseñor.
—No; me parece que os equivocáis, condesa; lo que ella quiere es relacionarse con buenas familias.
—¿Sí? —dijo la vieja vacilando ya en su oposición.
—¿La conocéis?
—No, señor.
—Eso es lo peor, porque tiene mucho poder.
—Es verdad; pero no la he visto nunca.
—¿Y a su hermana Chon?
—Tampoco.
—¿Ni a Buchi?
—Tampoco.
—¿Ni al conde Juan, su hermano?
—Tampoco.
—¿Ni a su negro Zamora?
—¿Cómo a su negro?
—Sí, a su negro, es un gran personaje.
—¡Quién! ¿Ese ridículo enano que parece un doguillo disfrazado, cuyos retratos venden en el Puente Nuevo?
—Ése, ese mismo.
—¿Yo conocer a ese negro? —repuso la condesa dándose por ofendida—, ¿y cómo queréis que lo conozca?
—Vamos, señora, observo que no tenéis deseos de ganar el pleito.
—¿Por qué?
—Porque despreciáis a Zamora.
—¿Y de qué puede serviros en esto?
—Puede nacer que ganéis el pleito.
—¡Cómo! ¿Ese mozambique? ¿De qué manera?
—Diciendo a su señora que tendría gusto en que le ganaseis. Ya sabéis lo que son influjos. Su ama le complace en todo, y el rey hace cuanto se le antoja a

su ama.
—¡Es decir que es quien gobierna en Francia!
—¡Hum! —murmuró sordamente el vicecanciller meneando la cabeza—; mucha influencia tiene, y preferiría por mi parte indisponerme con... con la princesa, por ejemplo, antes que con él.
—¡Dios mío! —exclamó madame de Béarn—. ¡Es posible que una persona tan formal como vos sostenga semejantes cosas!
—No soy yo solo: todo el mundo dice eso mismo. Interrogad a los duques y pares, si cuando van a Marly o a Luciennes, olvidan los confites para la boca o las perlas para las orejas de Zamora. Yo mismo, que os estoy hablando, sí, yo que soy el canciller de Francia, o poco menos, ¿cuál pensáis que era mi ocupación cuando llegasteis? Extendía para él un despacho de gobernador.
—¿De gobernador?
—Sí: han nombrado al caballero Zamora gobernador del castillo de Luciennes.
—Ese fue el título que otorgaron al señor conde de Béarn, después de veinte años de servicio.
—Nombrándole gobernador del castillo de Blois, ¿es cierto?
—¡Qué ignominia, Dios del cielo! —exclamó la vieja—: ¿conque está absolutamente perdida la monarquía?
—O muy enferma cuando menos; mas ya sabréis que de un moribundo debe sacarse el mejor partido posible.
—Es evidente; mas para ello es preciso poder aproximarse a él.
—¿No sabéis por qué medio seríais bien recibida de madame Du Barry?
—No.
—Llevando este despacho a su negro Zamora.
—¡Yo!
—¡Magnífica introducción!
—¿Lo suponéis así? —dijo la condesa entristecida.
—Estoy cierto; pero...
—Pero... —repitió madame de Béarn.
—¿No tratáis a ningún amigo suyo?
—¿Y vos, monseñor?
—Sí; pero yo...
—¿Qué?
—Sería muy difícil.

—Al cabo, no hay remedio —exclamó la pobre litigante fatigada de tantas alternativas—, decididamente la suerte se ha declarado contra mí. Vuecencia me ha recibido cuando ni aun esperaba el honor de hablarle. Es más, no tan sólo yo estoy dispuesta a hacer la corte a madame Du Barry, sino que para llegar hasta ella estoy pronta a servir de mandadera a ese horrible negro, a quien no hubiera honrado con un puntapié si le hubiese encontrado en la calle, y ni aun puedo aproximarme a él...

Meditaba nuevamente M. de Maupeou pasándose la mano por la barba, cuando el ujier anunció.

—El señor vizconde Juan Du Barry.

Oyendo esto, el canciller dio una palmada, expresando su admiración, y la condesa cayó sobre un sillón sin aliento y sin pulso.

—Ahora podréis decirme que estáis abandonada de la suerte —exclamó monsieur Maupeou—. ¡Ay, condesa, condesa!, ¡ya veis que el cielo combate por vos, os ayuda!

Y dirigiéndose al ujier sin dejar a la pobre vieja tiempo para volver en sí de su estupor:

—Que pase —dijo.

El ujier se retiró volviendo enseguida precediendo al vizconde, el cual entró con aire arrogante y el brazo encabestrillado.

Después de los saludos de costumbre y cuando la condesa sin resolución y trémula iba a levantarse para despedirse, pues ya el canciller la saludaba con una ligera inclinación de cabeza, indicando de este modo que la audiencia había concluido:

—Dispensadme, monseñor —dijo el vizconde—, dispensadme, señora, si os molesto; permaneced, señora, permaneced, os lo suplico... Con su permiso, sólo dos palabras tengo que decir a su excelencia.

La condesa, se sentó de nuevo sin hacerse rogar; su corazón rebosaba de satisfacción y latía de impaciencia.

—Pero si tal vez os incomodo, caballero... —balbuceó.

—¡Ah!, no: sólo tengo que decir dos palabras a su excelencia, quitarle diez minutos de su precioso trabajo, solamente el tiempo preciso para exponer una queja.

—¿Quejas habéis dicho? —preguntó el canciller a monsieur Du Barry.

—Sí, monseñor, han querido asesinarme: ya conoceréis que no puedo pasar en silencio tan grave delito: que se nos ultraje, que se nos insulte, que se nos

denigre, a todo esto se sobrevive; ¡pero que no traten de degollarnos, porque entonces, ¡vive Cristo!, ¡la muerte segura!
El canciller dijo con fingido asombro:
—Explicaos.
—No os molestaré mucho tiempo ¡oh Dios mío! ¡Cuánto siento interrumpir la audiencia de esta señora!
—La señora condesa de Béarn —dijo el canciller presentándola al vizconde Juan Du Barry.
Éste retrocedió graciosamente para hacer su reverencia: la condesa le imitó, y ambos se saludaron con tanta ceremonia como si se hallasen en la corte.
—Cuando terminéis, señor vizconde.
—Señora condesa, no me atrevería a cometer un delito de lesa galantería.
—Hablad, hablad, caballero, que mi asunto es de intereses, el vuestro de honor, y por tanto, deberéis tener más prisa que yo.
El vizconde contestó:
—Señora, me aprovecharé de vuestra bondad.
Y dio noticia de su asunto al canciller, que le escuchó gravemente.
—Se necesitan testigos —dijo M. de Maupeou después de un momento de silencio.
—¡Ah! —exclamó Du Barry—, reconozco en vos un juez íntegro, sobre quien nada influye sino la irrevocable verdad... ¡pues bien! os presentaré testigos.
—Monseñor —dijo la condesa—, aquí tenéis uno...
—¿Quién es? —interrogaron a la vez el vizconde y M. de Maupeou.
—Yo —contestó la vieja del pleito.
—¡Vos, señora! —exclamó el canciller.
—Oíd, señor, ¿no ha ocurrido ese acontecimiento en la villa de La Chaussée?
—Sí, señora, al mudar de tiros en la casa de postas.
—¡Bueno! yo seré vuestro testigo. Pasé por el sitio del atentado dos horas después de cometido.
—¿Es cierto? —preguntó el canciller.
—¡Ah! ¡Cuánto os lo agradezco! —añadió el vizconde.
—Y en efecto —continuó la condesa—, todo el pueblo estaba refiriendo todavía el suceso.
—¡Cuidado, señora —exclamó el vizconde—, tened cuidado!, pues si queréis servirme en esta cuestión, es muy posible que los Choiseul hallen medios de

haceros arrepentir de vuestro generoso comportamiento.
—Sí —añadió el canciller—, y les será tanto más fácil, cuanto que la señora condesa tiene en este instante un pleito, cuyo éxito me parece bastante dudoso.
Y ésta, llevándose las manos a la frente, exclamó: —Monseñor, ¡salgo de un abismo para caer en otro!
—Apoyaos en el señor —dijo en voz baja el canciller—, él os prestará un brazo fuerte.
—Sí, pero solamente uno —dijo Du Barry en son de broma—, conozco a quien tiene dos buenos y largos, y os los ofrece.
—¡Oh, señor! —exclamó la anciana condesa—, ¿es formal este ofrecimiento?
—Condesa, amor con amor se paga: acepto vuestros servicios; aceptad los míos. ¿Estáis satisfecha?
—¡Que si lo estoy!... infinitamente, y doy gracias a Dios.
—Perfectamente: ahora mismo voy a visitar a mi hermana; dignaos ocupar un asiento en mi coche...
—¿Sin preparativos ni objeto?... No me atrevo.
—Uno tenéis, señora —dijo el canciller poniendo en la mano de la condesa el despacho de Zamora.
La condesa exclamó casi sin pestañear:
—Sois mi Dios tutelar, y vos, señor vizconde, la flor de la nobleza.
—Podéis contar conmigo —repitió éste señalando el camino a la condesa, que partió prontamente.
—Gracias por mi hermana —dijo en voz baja Juan a M. de Maupeou—, gracias, primo. He representado bien mi papel ¿eh?
—Está bien —respondió Maupeou—; pero contad también allá cómo he representado yo el mío; sin embargo, os prevengo que estéis alerta, pues la vieja es muy astuta.
En este momento se volvió la condesa, no pudiendo ver más que la ceremoniosa reverencia que hicieron al despedirse el canciller y el vizconde. Un magnífico carruaje con regias libreas aguardaba en la puerta. La condesa se instaló en él, henchida de orgullo. Juan hizo una seña y partieron.
Así que salió el rey del cuarto de la Du Barry, e hizo un recibimiento tan corto como triste a los cortesanos, según tenía anunciado, la condesa quedó por fin sola con Chon y su hermano, el cual no se había presentado desde

luego, a fin de que no se pudiera averiguar el estado de su herida, bastante leve en realidad.
Lo que resultó del consejo de familia fue que en vez de salir la duquesa para Luciennes como lo había anunciado al rey, se dirigió a París, donde tenía en la calle de Valois un pequeño palacio que servía de hospedaje a esta familia, continuamente errante, siempre que lo exigían sus negocios o sus placeres.
Instalóse la condesa en su estancia, tomó un libro y quedó en expectativa.
Entretanto el vizconde preparó sus baterías.
La favorita nunca atravesaba por las calles de París sin asomarse frecuentemente a la ventanilla, porque una de las propiedades de las mujeres bonitas es hacerse ver porque están convencidas que son buenas para ello. Lo hizo así, no tardando en extenderse por la ciudad la noticia de su llegada, y que desde las dos hasta las seis recibió veinte visitas. La Providencia parecía mirar por la infeliz condesa que si se hubiese encontrado sola se hubiese muerto de fastidio. Gracias a esta distracción, pasó el tiempo meditando, mandando y coqueteando.
Marcaba la gran esfera de San Eustaquio las siete y media de la tarde, cuando pasó el vizconde por delante de aquel templo, acompañando a la condesa de Béarn a casa de su hermana.
Lo que hablaron en el coche revelaba toda la indecisión de la condesa en aprovecharse de su buena suerte.
Por su parte el vizconde simulaba cierta dignidad protectora, y prorrumpía en admiraciones sin número sobre la singular circunstancia que había proporcionado a madame de Béarn el conocimiento y relaciones de madame Du Barry.
La condesa no cesaba de elogiar la afable cortesía del vicecanciller, y durante estas recíprocas mentiras, el carruaje avanzaba velozmente, pudiendo llegar a casa de la condesa a las ocho menos algunos minutos.
—Perdonadme, señora —dijo el vizconde dejándola en un salón de recibo—, vaya a anunciar a madame Du Barry el honor que la espera.
—De ningún modo caballero: no permitiré que se la moleste.
Pero aproximándose a Zamora, que por las ventanas del vestíbulo había estado acechando su llegada, el vizconde le dio en voz baja una orden.
—¡Jesús, qué negrito tan mono! —exclamó la condesa—: ¿es de vuestra señora hermana?
—Sí, señora; es uno de sus favoritos —contestó el vizconde.

—Le doy la enhorabuena.
Las dos hojas de la puerta abriéronse entonces y el lacayo introdujo a la condesa de Béarn en el gran salón, donde madame Du Barry daba sus audiencias.
La condesa observaba con detenimiento, suspirando, el lujo de aquella deliciosa morada, y durante este tiempo el vizconde fue a buscar a su hermana.
—¿Es ella? —preguntó ésta.
—En carne y hueso.
—¿No ha sospechado nada?
—Absolutamente nada.
—¿Y el vicecanciller?
—Muy bien. Todo, querida mía, conspira en favor nuestro.
—Separémonos, para que no caiga en malicia.
—Tienes razón, porque según tengo entendido, nada tiene de tonta. ¿Y Chon?
—En Versalles, ¿no lo sabes?
—Recomiéndale muchísimo que no se deje ver.
—Mucho se lo he recomendado.
—Vamos, princesa, haced vuestra entrada.
La favorita empujó la puerta de su gabinete y entró en el salón.
Ni siquiera una de las muchas ceremonias de etiqueta que se usaban para semejantes casos en aquel tiempo, fue omitida por nuestras dos actrices, impelidas del deseo de agradarse recíprocamente.
Primero habló la Du Barry, diciendo:
—Ya, señora, he dado las gracias a mi hermano, por haberme proporcionado el honor de vuestra visita; ahora me toca dároslas a vos, por vuestra mucha bondad.
—Pues yo, señora —dijo con inmensa alegría la anciana—, no sé de qué términos valerme para expresaros mi gratitud, por el amable recibimiento que me dispensáis.
—Señora —añadió la condesa con una respetuosa reverencia—, tengo el deber de ponerme a la disposición de tan distinguida persona por si puedo serviros en alguna cosa.
Ya terminadas por ambas partes las tres reverencias, la condesa ofreció un sillón a la condesa de Béarn, y tomó asiento en otro.

XXXI

LAS DOS CONDESAS

—Podéis hablar cuando gustéis —dijo la favorita a la condesa—, ya os escucho.
—Debo decirte, hermana mía —dijo Juan que se mantenía de pie—, permite que te diga, que esa señora no viene a solicitar, pues ni aun pensaba en venir. Únicamente te trae un encargo que le ha recomendado el canciller.
Madame de Béarn destelló una mirada llena de gratitud al vizconde, y presentó el despacho firmado por el vicecanciller, que convertía en castillo real a Luciennes, concediendo a Zamora el título de gobernador.
—Os estoy sumamente agradecida, señora, por este servicio —dijo la condesa pasando una rápida ojeada por el despacho—, y mi mayor deseo consiste en hallar una ocasión de pagaros...
—No os será difícil —dijo la pleitista con una viveza que dejó encantados a los dos hermanos.
—¿Cómo, señora?
—Según habéis indicado, no os es desconocido mi nombre.
—¡Pues ya; una Béarn!
—Habréis oído hablar de un pleito, en el que se disputan los bienes de mi casa.
—Contra los Saluces, según tengo entendido.
—¡Ay!, sí señora.
—Ya, ya estoy enterada de ese asunto. La otra noche habló Su Majestad de él en casa, con mi primo M. de Maupeou.
—¡Su Majestad! —exclamó la vieja—. ¿Su Majestad ha hablado de mi pleito?
—Sí, señora.
—¿Y en qué sentido?

—¡Ay!, ¡pobre condesa! —exclamó madame Du Barry moviendo la cabeza.
—Negocio perdido, ¿no es verdad? —preguntó la vieja, angustiada.
—Si he de decir verdad, creo que sí.
—¿Lo dijo Su Majestad?
—Sin expresar su parecer, porque tan delicado como circunspecto, Su Majestad habló como si juzgase esos bienes propios ya de los Saluces.
—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si Su majestad conociera el asunto, si supiera que se trata de una cesión procedente de una obligación ya satisfecha, sí señora, satisfecha, pues ya tienen recibidos los doscientos mil francos! Verdad es que no poseo los recibos, pero hay pruebas morales, y si pudiese presentarme yo misma a defender mi causa ante el Parlamento, manifestaría por deducción...
—¿Por deducción? —interrumpió la condesa, que aunque no comprendía una palabra de cuanto había dicho madame de Béarn, hacía, sin embargo, como si oyera con suma atención sus informes.
—Sí, señora, por deducción.
—¡Ah! pues esa clase de pruebas la admiten los tribunales —dijo Juan.
—¿Estáis cierto, señor vizconde? —exclamó la vieja.
—Ya lo creo.
—Pues yo demostraré por deducción que esa obligación de doscientas mil libras, que con los intereses constituyen hoy un capital de más de un millón, esa obligación fechada en 1406, debió ser satisfecha por Guy-Gastón IV, conde de Béarn, en su última enfermedad y próximo a la muerte, en los años de 1417, pues en su testamento se ve escrito de su puño y letra: «En la hora de mi muerte, *no debiendo nada a los hombres*, y dispuesto a presentarme ante Dios».
—Bien, ¿y qué? —dijo la condesa.
—Que si nada debía a los hombres, es porque habría pagado a los Saluces, pues de lo contrario, hubiera dicho: «debiendo doscientas mil libras», en lugar de decir: «no debiendo nada».
—Evidente —interrumpió Juan—, así lo hubiera dicho.
—¿Pero no poseéis otra prueba?
—¿Nada más que la palabra de Gastón IV? No señora; pero es de notar, que le apellidan el *Irreprochable*.
—Sin embargo, nuestros contrarios tienen la escritura.
—Es claro, y justamente he ahí lo que *embrolla* el pleito.

Si hubiese dicho madame de Béarn lo que *le aclara*, hubiera estado en lo cierto; pero ella veía las cosas bajo el punto de vista que mejor le acomodaba.
—Así es —repuso el vizconde—, tenéis el convencimiento de que los Saluces están ya pagados.
—Sí, señor vizconde —replicó la vieja con ahínco—, convencidísima.
—¿Sabes, Juan —dijo la condesa—, que según mi parecer, esa deducción, como dice madame de Béarn, cambia completamente el aspecto del negocio?
—Completamente, sin duda —repuso el vizconde.
—Sí, cambia de un modo terrible para mis enemigos —añadió la condesa—: los términos del testamento son terminantes: *no debiendo nada a los hombres*.
—Es que no tan sólo claros, sino lógicos —continuó Juan—. No debía nada a los hombres; luego había pagado lo que les debía.
—Efectivamente: había pagado —repitió también madame Du Barry.
—¡Ay, señora!, ¡si fueseis mi juez! —exclamó la litigante.
—En otro tiempo —dijo el vizconde—, no hubieran acudido al tribunal en circunstancias como éstas, y el juicio de Dios hubiera decidido. Estoy tan persuadido por mi parte de la justicia de vuestra causa, que juro, que sí en el día estuviesen en práctica esos combates, me ofrecería a ser campeón vuestro.
—¡Oh!, ¡caballero!...
—Sin duda alguna; bien que no haría en este caso más de lo que hizo mi abuelo Du Barry Moore, quien tuvo el honor de aliarse a la familia real de los Estuardos, ofreciéndose a combatir en palenque por la joven y hermosa Edith de Scarborough, apremiando a su contrario a declarar que mentía como un bellaco; pero por desgracia —continuó el vizconde suspirando con tristeza— ya no vivimos en aquellos gloriosos tiempos, y los hidalgos deben someter hoy sus causas al juicio de un hato de golillas, que ni siquiera interpretan bien una frase tan clara como ésta: *No debiendo nada a los hombres*.
—Debes, a pesar de todo, tener presente, querido hermano —se atrevió a decir madame Du Barry—, que hace ya trescientos años que se escribió esa frase, y es preciso no olvidar lo que los tribunales llaman, según creo, *prescripción*.
—No importa, no importa —repuso Juan—, estoy seguro de que si Su Majestad oyese a la señora defender su pleito, como lo ha defendido delante de nosotros...
—Sí, sí, quedaría convencido, ¿no es verdad?, estoy muy segura, señor

vizconde.
—Y yo también.
—Sí, ¿pero cómo alcanzaré que me oiga?
—Sería necesario que me hicierais el honor de visitarme un día en Luciennes, y como Su Majestad me favorece con frecuencia...
—No hay duda, querida mía, pero eso depende de la suerte.
—Vizconde, vamos —repuso con halagüeña sonrisa la condesa—, bien sabes que confío bastante en ella, y que no tengo motivo alguno para quejarme.
—En verdad es que la suerte puede hacer que en ocho, quince o veinte días no pueda ver esta señora a Su Majestad.
—Es cierto.
—Y se verá su pleito el lunes o martes.
—El martes, señor vizconde.
—Y ya es viernes hoy —dijo la condesa casi desesperanzada—, no podemos contar con eso.
—¿Cómo arreglarnos? —dijo el vizconde sumergido al parecer en una profunda meditación—. ¡Qué diablos!...
—Si solicitáramos una audiencia en Versalles... —dijo madame de Béarn muy tímidamente.
—¡Qué!, no se conseguiría.
—¿Ni con vuestra protección, señora?
—Nada significaría mi protección: Su Majestad aborrece los actos judiciales, y en estas circunstancias sólo un asunto excita su interés.
—¿La cuestión de los parlamentos? —preguntó madame de Béarn.
—No, la de mi presentación.
—¡Ah! —dijo asombrada la condesa.
—Pues ya debéis saber, señora, que a pesar de los inconvenientes opuestos por M. de Choiseul, de las intrigas de M. de Praslin, y de las proposiciones de madame de Grammont, el rey ha decidido que yo sea presentada.
—No lo sabía, señora —replicó la litigante.
—¡Ah! pues está enteramente resuelto —dijo Juan.
—¿Y cuándo se verifica esa presentación?
—Lo antes posible.
—Sí, porque querrá Su Majestad que todo esté concluido para cuando llegue la princesa, a fin de poderse llevar consigo a mi hermana a las fiestas de Compiègne.

—Ya, ya comprendo. De modo que esta señora se halla en disposición de ser presentada —repuso con cortedad la condesa.
—En efecto; y la señora baronesa de Alogny... ¿conocéis a la baronesa de Alogny?
—Si ya no me relaciono con nadie: hace veinte años que salí de la corte.
—Esa señora es quien la sirve de madrina. El rey está enteramente decidido a protegerla, su marido es gentilhombre de cámara, su hijo pasa a la guardia con promesa de ser nombrado para la primera tenencia que vaque: la baronía ha sido erigida en condado, sus créditos contra el tesoro real han sido en acciones de la ciudad, debiendo a más recibir veinte mil escudos al contado el día de la presentación. Por esta razón nos están dando una prisa...
—Pues ya lo creo —dijo la condesa con sonrisa afable.
—¡Por vida de!... ahora me acuerdo... —exclamó Juan.
—¿De qué? —preguntó madame Du Barry.
—¡Qué lástima! —agregó—. ¡Qué lástima que yo no hubiese conocido ocho días antes a esta señora!
—¿Por qué?
—Porque entonces no nos habíamos aún comprometido con la baronesa de Alogny.
—Hablas como un esfinge, querido vizconde; pero no te comprendo.
—¡Cómo! ¿No has caído en lo que quiero decir?
—No.
—¿Qué apostamos a que esta señora me ha entendido ya?
—Perdonadme; pero inútilmente me esfuerzo en comprender...
—¿Que hace ocho días no teníais madrina?
—Sin duda.
—¡Pues bien!, la señora... pero temo le desagrade...
—Continuad, caballero, continuad.
—Decía yo que la señora hubiera podido servirte, y el rey la hubiera protegido como protege a madame de Alogny.
—¡Cómo ha de ser! —contestó la condesa abriendo tamaños ojos y exhalando un suspiro.
—¡Ay! —prosiguió Juan—, si supierais cuan generosamente ha otorgado el rey todos esos favores. No ha sido necesario pedírselos, pues se ha anticipado a todo, y al punto que supo que la baronesa se brindaba a ser madrina de Juana, exclamó: «Me alegro infinito, ya estaba fastidiado de esas presumidas,

que, según parece, ostentan más orgullo que yo. Me presentaréis esa señora, ¿no es así, condesa? ¿Tiene pendiente algún pleito... deudas... atrasos?
La condesa abría cada vez más los ojos.
—Sólo —añadió el rey— una cosa me disgusta.
—¡Ah! ¿conque disgustaba solamente una cosa a Su Majestad?
—Sí, una sola. «Una sola cosa me disgusta, y es que para la presentación de madame Du Barry, yo hubiera preferido un nombre histórico.» Y diciendo estas palabras, Su Majestad contemplaba el retrato de Carlos I hecho por Van Dick.
—Entiendo —repuso la litigante—, Su Majestad lo diría aludiendo a esa alianza de los Du Barry Moore con los Estuardos, a que hace poco os referíais.
—En efecto.
—Pues yo, por lo que a mi toca, os aseguro —añadió madame de Béarn con acento imposible de describir—, que jamás oí hablar de los Alogny.
—Con todo —replicó la condesa—, es buena familia, y según creo, tienen ya hechas todas sus pruebas.
Juan dio un grito de pronto, haciendo grotescos movimientos en su sillón e incorporándose.
—¿Qué es eso? ¿Qué te sucede? —preguntó madame Du Barry haciendo todos los esfuerzos posibles para contener la risa al ver las contorsiones de su cuñado.
—¿Alguna punzada? —preguntó con interés la pleitista.
—No —repuso Juan sentándose de nuevo—, es que se me ha ocurrido una idea.
—¿Qué idea? —preguntó la condesa—, mucha fuerza tendrá, pues creí que te derribaba.
—Será magnífica —añadió la vieja.
—¡Oh!... sí, magnífica.
—Pues comunícanosla al momento.
—Sí, pero tiene una contra.
—¿Cuál?
—Que es imposible realizarla.
—Explícala, no obstante.
—Sentiría disgustar a cierta persona.
—No importa; habla, Juan, habla.

—Pensaba yo, que si dijeses a madame de Alogny la observación que hizo el rey mirando el retrato de Carlos I...
—¡Oh! eso le desagradaría mucho, vizconde.
—Es verdad.
—Nada, olvida eso.
La vieja exhaló tristemente un suspiro.
—Es sensible —prosiguió el vizconde como hablando consigo mismo—; todo estaba ya tan bien arreglado... Esta señora, que tiene un nombre distinguido y es persona de talento, se ofrecía a ocupar el lugar de la baronesa de Alogny. El pleito se fallaría conforme a sus deseos, su señor hijo obtendría una tenencia en la real casa, y como esta señora ha hecho grandes gastos en sus diferentes viajes a París con motivo del pleito, se le concedería una indemnización. ¡Ah! tan feliz oportunidad no se presenta dos veces en la vida.
—¡Ay! ¡bien seguro que no! —exclamó sin poder contenerse la condesa, sobrecogida por aquel golpe imprevisto. Es necesario conocer que cualquiera que se hubiese encontrado en la situación de la pobre condesa habría prorrumpido en la misma exclamación, quedando lo mismo que ella, abismada en un sillón.
—¿Lo ves, Juan? dijo la condesa con profunda conmiseración—, ¿estás viendo cómo has disgustado a esta señora? ¿No bastaba que yo la hubiese probado que nada podía con el rey antes de mi presentación?
—¡Ay! ¡si yo pudiese demorar mi pleito!
—Aunque no fueran más de ocho días —añadió Du Barry.
—Sí, ocho días eran bastantes, pues entonces ya habría podido verificarse la presentación de vuestra hermana.
—Ya, pero el rey concurrirá a las fiestas de Compiègne, porque la princesa habrá ya tal vez llegado.
—Evidente —dijo Juan—, pero...
—¿Qué?
—Esperad... se me ha ocurrido otra idea.
—¡Veamos! ¡exponedla, señor! —exclamó la litigante.
—Paréceme que sí; ¡no, sí, sí!
Madame de Béarn pronunciaba con indecible ansiedad los monosílabos de Juan.
—¿Creéis que sí, señor vizconde? —preguntó.

—Ya creo haber hallado un medio que allane todas las dificultades.
—¿Cuál es?
—Prestadme atención.
—Ya oímos.
—¿No es todavía un secreto para todos tu presentación?
—Sin duda, y sólo esta señora...
—¡Por mi parte podéis estar descuidada! —exclamó la litigante.
—¿Es decir, que nadie sabe que has encontrado madrina?
—Claro está; el rey quiere que esta noticia estalle como una bomba.
—Enhorabuena; ya hemos vencido.
—¿Es cierto, señor vizconde? —preguntó madame de Béarn.
—Vencimos —repitió Juan aproximando su sillón a los otros dos.
La litigante y la hermana de Juan prestaron oído atento, mientras que sus ojos se dilataron con ansiedad.
—¿Luego esta señora ignora como todos, que has encontrado madrina, y vas a ser presentada?
—Si vos no me lo hubieseis participado, todavía lo ignoraría.
—No revelando a nadie esta entrevista, en el supuesto de que nada sabéis, os presentáis a solicitar vuestra audiencia al rey.
—Ya, pero vuestra señora hermana presume que no se la concederá Su Majestad.
—Pediréis audiencia, ofreciéndoos a ser madrina de mi hermana. ¿Estamos? Supongo que no sabéis si la ha encontrado. Decía yo, que pediréis audiencia, ofreciendo ser madrina de mi hermana. Esta oferta, hecha por una persona de vuestra categoría, debe agradar mucho al rey. Os recibe, os da las gracias, os pregunta en qué puede seros útil. Entonces habláis de vuestro negocio, dais valor a vuestras deducciones. Su Majestad se hace cargo de todo, os recomienda, y ganáis el pleito que ya creéis perdido.
Madame Du Barry fijó sus ardientes miradas en la condesa, quien, conociendo probablemente el lazo que la tendían, exclamó con prontitud:
—¡Cómo! ¡yo, pobre criatura! Queréis que Su Majestad...
—Basta. Ya creo que he hecho lo suficiente por serviros en este apuro —contestó Juan.
—Si deseáis tan sólo servirme... —añadió la condesa.
—Mi intención no puede ser otra —contestó sonriendo madame Du Barry—; pero acaso repugnen a esta señora semejantes supercherías, aun para ganar su

pleito.
—No, no son supercherías —exclamó Juan—. ¡Vamos! ¿suponéis que ha de saberlo nadie?
—Dice bien madame Du Barry —dijo la condesa, procurando salir por este medio de aquella dificultad—; mas preferiría prestarla un servicio verdadero, para conciliar realmente su amistad.
—¡Cuan bondadosa sois! —repuso madame Du Barry con cierta ironía, que no se ocultó a la vieja condesa.
—Pues aun tengo yo otro medio —continuó Juan.
—¿Otro medio?
—Justamente.
—¿De prestar ese servicio?
—Mira, hermano —dijo madame Du Barry—; ¿te vas volviendo poeta? No sería más fecunda en recursos la imaginación de M. de Beaumarchais.
Esperaba la vieja con ansiedad la manifestación del medio anunciado.
—Déjate de bromas —dijo Juan—. Vamos a ver, hermanita; ¿no te relacionas íntimamente con madame de Alogny?
—¡Ya lo creo!... ¿no lo sabes tú?
—¿Y se ofendería, si no te presentase?
—Pudiera suceder.
—Creo que no iréis a contarla de sopetón lo que el rey ha dicho sobre su nobleza, y, como eres mujer de talento, sabrás prepararla...
—¡Bien! ¿y qué?
—Que cedería a esta señora la ocasión de servirte y hacer fortuna.
La vieja se estremeció al oír la proposición del vizconde, conociendo que aquel ataque tan directo no admitiría evasivas de ningún género.
Una encontró sin embargo.
—Sentiría en el alma indisponerme con esa señora —dijo—; las personas de nuestra condición se deben mutuas atenciones.
Madame Du Barry dio a conocer su despecho con un movimiento, pero su hermano la tranquilizó con una seña.
—Considerad que nada os propongo. Esperáis la resolución de un pleito pendiente, a cualquiera le sucede; deseáis ganarle, es muy natural. Muy mal se presenta, y estáis desesperada; en medio de vuestra desesperación aparezco yo, simpatizamos, me intereso en vuestro asunto, busco medios de que salga bien, cuando ya están perdidas sus tres cuartas partes. Si hago mal, lo siento y

punto concluido —dijo Juan levantándose.
—¡Ay, señor vizconde! —gritó la vieja con el corazón oprimido, temerosa de que los Du Barry, indiferentes hasta entonces, se ligasen en adelante contra su pleito—. ¡Ay!, ¡muy al contrario, señor vizconde, yo reconozco y admiro vuestra excesiva bondad!
—Porque ya habréis conocido —prosiguió Juan con la mayor indiferencia, aunque aparente—, que a mí me interesa muy poco que mi hermana sea presentada por madame de Alogny, de Polastron o de Béarn.
—Así es, señor vizconde.
—Es verdad: reconozco que me hallaba encolerizada, temiendo que los beneficios del rey recayesen en un mal corazón, que incitado por un sórdido interés, capitulase con nuestra influencia, conociendo la imposibilidad de combatirla.
—Indudablemente eso es lo que ocurriría —añadió madame Du Barry.
—Y entretanto, esta señora a quien no se le ha solicitado, y que apenas conocemos, se ofrece generosamente, me parece más digna de aprovecharse de las ventajas de esta posición.
La vieja iba a protestar contra aquel generoso ofrecimiento a que se había referido el vizconde; pero madame Du Barry no le dio tiempo para ello.
—Lo indudable es que semejante comportamiento sería en extremo agradable al rey, y nada podría negar a la persona que así procediera.
—¿Que nada le podría negar el rey?
—En tales términos, que se anticiparía a los deseos de esa persona, y por vuestros propios oídos le oiríais decir al vicecanciller: «Deseo que se sirva a madame de Béarn; ¿lo entendéis, M. de Maupeou?» Mas como madame de Béarn encuentra mil obstáculos para ello, concluyo. No obstante, sólo pretendo —añadió inclinándose el vizconde—, que esta señora quede persuadida de mis buenas intenciones.
—¡Ah! —prorrumpió la vieja con expresión de gratitud.
—¡Cuánto desinterés! —exclamó el vizconde.
—Pero...
—¿Cómo?
—Que madame de Alogny no transigiría con ceder sus derechos —dijo la litigante.
—Pues como decíamos al principio, vuestro ofrecimiento no tendrá por eso más valor, ni Su Majestad quedará menos agradecido.

—Pero supongamos que madame de Alogny se conformase —añadió madame de Béarn—, no por eso perderá las
ventajas...
—La bondad del rey es inagotable para conmigo —contestó la favorita.
—¡Oh! ¡qué golpe tan terrible sería éste para los Saluces, a quienes aborrezco!
—Si os brindara con mis servicios, señora —añadió la vieja cada vez más impelida, tanto por el interés, como por la ridícula comedia que representaban con ella—, no por eso esperaría ganar mi pleito, pues al fin, si todo el mundo lo cree hoy perdido, difícilmente podría ganarse mañana.
—¿Y quién podría oponerse si el rey lo deseara? —contestó el vizconde apresurándose a desvanecer aquel nuevo temor.
—Mi opinión —dijo la favorita—, es la de esta señora.
—¡Cómo! —exclamó el vizconde abriendo extraordinariamente sus ojos.
—Para una persona que lleva un nombre tan ilustre, me parece muy decoroso dejar que su pleito siga los trámites legales, aunque esto no es obstáculo para que la voluntad del rey sea absoluta, ni su munificencia inagotable. Y si Su Majestad no quiere, sobre todo en la posición en que se encuentra con sus parlamentos, dificultar el curso de la justicia, no por eso dejará de poder ofrecer a esta señora una indemnización.
—Honrosa —añadió con presteza el vizconde—. ¡Ah! en ese caso soy también de tu opinión.
—Pero, ¡ay! —dijo con profunda tristeza la litigante—, ¿ cómo ha de indemnizarme de la pérdida de un pleito que asciende a veinte mil libras?
—En primer término —contestó madame Du Barry—, con un regalo regio de cien mil, por ejemplo.
—Los dos hermanos miraron ansiosamente a su víctima.
—Tengo un hijo —añadió ésta.
—Mejor, será un defensor más para el Estado, y un partidario más para el rey.
—¿Y vos pensáis que harán algo en favor suyo?
—Sí: respondo que lo menos que han de concederle es una tenencia de gendarmes.
—¿Tenéis más parientes? —interrogó la favorita.
—Un sobrinito.
—Algo se inventará también para él.

—Y te lo confiamos, vizconde, pues hace poco nos probaste cuan fértil eres en invenciones —dijo riendo la favorita.
—Vamos a ver, señora, ¿qué opinaríais del rey, si hiciese cuanto hemos dicho? —añadió el vizconde que, siguiendo el precepto de Horacio, apresuraba al desenlace.
—Lo que a mí me parecería el rey en este caso, sería generoso sobre todo encarecimiento, y quedaría enteramente agradecida a esta señora, convencida de que a ella se lo debía todo.
—¿No os bromeáis, señora? —preguntó la favorita.
—Hablo formalmente —contestó la litigante perdiendo el color al pensar en la obligación que iba a contraer.
—¿Conque me autorizáis para que hable de vos a Su Majestad?
—Me haréis este honor —contestó suspirando madame de Béarn.
—Esta noche misma quedará todo arreglado —dijo madame Du Barry abandonando su asiento—. Creo, señora, poder contar desde ahora con vuestra amistad.
—La vuestra es para mí tan estimable —replicó la litigante, comenzando la serie de sus reverencias—, que me parece hallarme bajo la influencia de un sueño.
—Ea, resumamos —dijo Juan queriendo dar al espíritu de la condesa toda la fijeza necesaria para la ejecución de aquella empresa material—. En primer término, cien mil libras en concepto de indemnización, de los gastos ocasionados por el pleito, viajes, honorarios de abogados, etcétera, etc., etc.
—Sí, señor.
—Una tenencia para vuestro hijo.
—¡Oh! ¡no empezaría mal su carrera!
—Y alguna cosa para vuestro sobrino.
—¿Alguna cosa?
—Sí, yo me encargo de hallarla.
—¿Y cuándo tendré el honor de volver a veros, señora condesa?
—Mañana por la mañana os mandaré mi coche para que vayáis a Luciennes, donde estará el rey. Para las diez habré cumplido mi palabra. Su Majestad estará ya avisado, y no aguardaréis.
—Si me lo permitís, os acompañaré, señora condesa —dijo Juan ofreciéndola el brazo.
—No puedo consentirlo de ningún modo —contestó ésta—; os ruego, señor,

que no paséis de aquí.
—Supuesto que os empeñáis... —insistió Juan.
—Os habéis empeñado... —contestó la vieja, apoyándose en el brazo del vizconde.
—¡Zamora! —gritó la condesa.
—El negro se presentó.
—Que alumbren a la señora y acerquen el carruaje de mi hermano.
Zamora salió corriendo, para obedecer el mandato de su ama.
—Me confunden vuestras atenciones, señora —dijo madame de Béarn.
Y entrambas condesas hicieron la última reverencia.
Tan pronto como llegaron a la escalera, abandonó el vizconde el brazo de madame de Béarn, para volver con su hermana, mientras bajaba majestuosamente la pleitista.
Zamora iba delante seguido de dos lacayos con luces, y detrás venía la condesa de Béarn, cuya cola, algo corta, llevaba otro lacayo.
Los dos hermanos se asomaron a la ventana, queriendo seguir con su penetrante mirada aquella simpática madrina, con tanto esmero buscada, y hallada con tanta dificultad.
Llegaba ya madame de Béarn al vestíbulo en donde le esperaba el carruaje, cuando una silla de posta entró en el patio, de la cual se apeó una joven.
—¡Ay! ¡la señorita Chon! —prorrumpió el negro Zamora abriendo extraordinariamente sus abultados labios ¡buenas noches, señorita Chon!
Madame de Béarn quedó con un pie levantado; había reconocido en la recién llegada a la fingida hija del licenciado Flajeot.
Como Du Barry hubiese abierto precipitadamente su ventana, hacía desde allí infinidad de señas a su hermana que no le veía.
—¿Está aquí ese tonto de Gilberto? —preguntó Chon a los lacayos sin ver a la condesa.
—No, señora —respondió uno—, no le hemos visto.
Dirigió entonces su vista hacia la ventana, y advirtió las señas de Juan.
Entonces siguió la dirección de su mano, que indicaba a madame de Béarn.
En cuanto Chon la reconoció, dio un grito, calóse su cofia, y ocultóse en el vestíbulo.
Sin demostrar que había reparado en aquella pantomima, la vieja subió al carruaje, dio las señas de su casa al cochero y partió al momento.

XXXII

DONDE EL REY SE FASTIDIA Y SE DUERME

Había partido el rey para Marly según tenía anunciado, y ordenó a cosa de las tres de la tarde que le condujesen a Luciennes.
Suponía que tan pronto como hubiese madame Du Barry recibido su esquela, se apresuraría también a salir de Versalles, e iría a esperarle en el delicioso palacio que se había mandado edificar, y que ya había el rey visitado los o tres veces, aunque sin pernoctar en él nunca, bajo el pretexto de ser castillo real.
De tal manera, que fue extraordinaria su sorpresa cuando al llegar vio a Zamora, que poco envanecido por su nuevo título de gobernador, entreteníase en arrancar plumas a la cotorra, que procuraba defenderse a picotazos.
Rivales eran los dos favoritos, como lo eran M. de Choiseul y la condesa Du Barry.
El monarca se instaló en el salón y despidió a su comitiva.
Aunque era el caballero más curioso de su reino, nunca acostumbraba preguntar a criados ni lacayos, pero Zamora no debía entrar en esta categoría, pues ocupaba su rango entre el tití y la cotorra.
Interrogó Luis XV a Zamora.
—¿Se encuentra en el jardín la señora condesa?
—No, mi amo —contestó.
Con el tratamiento precedente se sustituía el título de Majestad, de que la favorita había despojado al monarca en Luciennes por uno de sus innumerables caprichos.
—¿Ha ido al estanque de las carpas?
Gastando el oro a manos llenas, habían abierto un lago en medio de la montaña, que se surtía con las aguas del acueducto, y habían llevado a él las carpas más hermosas de Versalles.
—Tampoco, mi amo —repitió Zamora.
—Pues ¿dónde se encuentra?

—En París.
—¡Cómo en París!... ¿No ha venido la condesa a Luciennes?
—No, mi amo, pero ha mandado a Zamora.
—¿Con qué fin?
—Para que reciba al rey.
—¡Cómo! —exclamo el rey—; ¿te confían el cuidado de recibirme? ¡A fe mía, que es agradable la compañía de Zamora! Lo agradezco, condesa, lo agradezco —repitió el monarca levantándose despechado.
—No, mi amo —repuso el negrillo—, el rey no tendrá la sociedad de Zamora.
—¿Por qué?
—Porque se marcha.
—¿Y adonde vas?
—A París.
—Está bien; me quedaré solo. Esto va cada vez peor. ¿Qué vas a hacer en París?
—Voy a buscar a mi ama Du Barry, para comunicarle la noticia de que el rey está en Luciennes.
—¡Ah! ¿de modo que la condesa te ha encargado que me digas eso?
—Sí, mi amo.
—¿Y no te ha dicho lo que debo hacer mientras regresas?
—Me dijo que durmierais.
—En fin —dijo consigo mismo el rey—; esto será que no debe tardar, y quiere sorprenderme.
Y luego alzando la voz añadió:
—Corre, y tráeme a la condesa... Pero... dime, ¿en qué te vas?
—En el gran caballo blanco, con la mantilla encarnada.
—¿Cuánto tiempo tardas en llegar a París en ese caballo?
—No sé —contestó el negro—, pero es muy ligero, muy ligero. A Zamora le gusta correr mucho.
—Vaya, no es lo peor eso —dijo Luis XV acercándose a la ventana para verle marchar.
Ayudóle su lacayo a encaramarse sobre el caballo, y con esa feliz ignorancia del peligro, propia de la infancia, el negrillo salió a escape sobre su gigantesca cabalgadura.
Cuando quedó solo el rey, preguntó al criado si había alguna novedad que ver

en Luciennes.
El criado contestó:
—Ahí está M. Boucher pintando en el gran gabinete de la condesa.
—¡Ah! ¡Boucher! ¡El buen Boucher se encuentra aquí! —exclamó Luis XV con cierta satisfacción—; ¿dónde has dicho que está?
—En el gabinete del pabellón. ¿Quiere Su Majestad que le acompañe?
—No —contestó el rey—, prefiero ir a ver las carpas. Trae un cuchillo.
—¿Un cuchillo, señor?
—Sí, y un pan grande.
El lacayo obedeció, y trajo en una batea del Japón un pan grande, en el cual habíase clavado un cuchillo.
Indicó entonces Luis XV al lacayo que le acompañara, y se dirigió alegre hacia el estanque...
Había como tradición de familia, la costumbre de echar pan a las carpas. El gran rey no la olvidó un solo día.
Luis XV se sentó en un banco de césped, desde donde se admiraba un delicioso paisaje.
En primer término, se veía el estanque cercado de césped, luego la aldea entre dos colinas, una de las cuales, parecida a la alfombrada Roca de Virgilio, se eleva al Oeste, y sostiene las chozas techadas de paja, parecidas a una capa de juguetes cubiertos de helecho.
Allá, más lejos, distinguíanse las torrecillas de San Germán, sus gigantescas gradas, y las innumerables copas de los arbustos de su azotea, y más lejos aún, las laderas azuladas de Corneilles, y en el fondo, en fin, el cielo con tintas de color de rosa, rodeándolo todo como cúpula de metal brillante.
Era el tiempo tempestuoso, y el follaje se destacaba oscuro sobre las verdes praderas; el agua, inmóvil y lisa como una extensa superficie de aceite, a veces se agujereaba, cuando de su centro surgía algún pez refulgente y plateado, para coger la mosca de los estanques, que arrastraba veloz sus largas patas sobre el agua.
Marcábanse entonces en el agua círculos que se extendían progresivamente, surcando la superficie con negras y blancas vetas.
En la orilla veíanse aparecer los enormes hocicos de algunos peces silenciosos, que seguros de nunca tropezar con el anzuelo ni la red, acudían a chupar los pendientes tréboles, y a fijar sus ojos, al parecer sin vista, en los lagartos y ranas que jugueteaban entre los juncos.

Así que contempló el rey con detenimiento todos los ángulos del paisaje, como hombre experimentado en la manera de emplear el tiempo, y después de contar las casas de la aldea más cercana y las poblaciones que alcanzaba con la vista, tomó el pan del plato que junto a él estaba, y empezó a cortarle en rebanadas.

Los peces oyeron rechinar el acero en la corteza, y acostumbrados a aquel ruido que les anunciaba la comida, acudieron presurosos a presentarse, aproximándose cuanto les fue posible a Su Majestad para que se sirviera suministrarles su alimento cotidiano. Por el último de los lacayos hubieran hecho lo mismo; pero el monarca creyó sencillamente que sólo a él guardaban aquellas atenciones.

Empezó, pues, a lanzar consecutivamente los pedazos de pan, que sumergiéndose al principio, salía; luego sobre la superficie del estanque, eran durante algunos instantes disputados, y desmigajándose disueltos por el agua, desaparecían pronto.

Después de media hora, Su Majestad, que había tenido la paciencia de cortar unas cien rebanadas, disfrutaba también de la satisfacción de no ver sobrenadar ni una sola, aburrióse; y recordando que M. Boucher podría proporcionarle una distracción secundaría, aun cuando fuese menos divertida que la de las carpas, se convenció de que en el campo es preciso conformarse con lo que se encuentra.

Dirigióse hacia el pabellón, y Boucher, que ya estaba prevenido, le seguía con la vista, sin dejar de pintar, o más bien, aparentando que pintaba. Tan pronto como se convenció de que él venía a visitarle, arregló enajenado de gozo su guirindola, y subió a la escalera, pues le habían especialmente encargado que fingiese ignorar la presencia del rey en Luciennes. Apenas oyó crujir el pavimento bajo las plantas del amo, empezó a bosquejar a una pastorcita vestida de un traje de raso azul, y cubierta con un sombrerillo de paja.

Temblaba su mano, y el corazón le latía violentamente.

Luis XV se detuvo en la puerta, y dijo:

—¡Hola! ¡M. Boucher! ¡cómo oléis a trementina!

Y se adelantó.

El infeliz pintor aguardaba otra cosa a pesar de lo poco artista que era el monarca y estuvo próximo a caer de la escalera.

Bajó y se fue con los ojos llenos de lágrimas, sin raspar su paleta, ni lavar sus

pinceles, cosa que nunca omitía al terminar su tarea.
Miró el rey el reloj: eran las siete.
Habiendo vuelto al castillo hizo rabiar al mono, hablar a la cotorra, y sacó uno por uno todos los objetos de china que había en los armarios.
Anocheció entretanto, y el rey, a quien no le agradaba la oscuridad, ordenó que encendieran; y en fin, cada vez más fastidiado, pues tampoco quería estar solo.
—Que estén preparados mis caballos para dentro de un cuarto de hora —gritó.
Y luego añadió hablando consigo mismo:
—Sí, un cuarto de hora la aguardo todavía... pero ni un minuto más.
Y reclinóse en el canapé frente a la chimenea, imponiéndose la obligación de esperar que los quince minutos, o sea novecientos segundos, transcurriesen.
Habían pasado cuatrocientas ondulaciones de la péndola del reloj que representaba un elefante azul, montado por una sultana, color de rosa. Su Majestad dormía.
Como era muy natural, el lacayo que entró para decirle que estaba enganchado el coche, no tuvo el atrevimiento de despertarle. Semejante respeto al augusto sueño dio por resultado que al despertar el rey se hallase a frente con madame Du Barry, que le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Zamora aguardaba órdenes junto a la puerta.
—¡Hola! ¿estáis aquí, condesa? —dijo el rey sin levantarse, pero adoptando una posición vertical.
—Aquí estoy, sí, señor, ya hace bastante tiempo.
—¡Cómo! ¡cómo! mucho tiempo...
—Lo menos hace una hora. ¡Jesús! ¡cuánto duerme Vuestra Majestad!...
—¿Y qué había de hacer, condesa? Aburrido por no encontraros aquí; además, como duermo tan poco de noche... ¿pero sabéis que me iba?
—Sí, vi enganchados los caballos de Vuestra Majestad.
—¡Son las diez y media! —dijo el rey después de mirar el reloj—, ¡he dormido cerca de tres horas!
—Así es, señor; luego diréis que no se duerme bien en Luciennes.
—No trato de desmentiros; pero, ¿qué veo ahí? —añadió Luis XV divisando a Zamora.
—El gobernador de Luciennes.
—Más despacio, más despacio, aún no lo es —replicó el rey—, ¿por qué usa

ese tuno el uniforme antes de ser nombrado? ¿Tanta confianza tiene en mi palabra?
—Por ser sagrada, señor, confiamos todos en ella. Os haré, no obstante, observar que ya tiene también su despacho.
—¡Cómo!
—Vedle: el vicecanciller me lo ha enviado. La única circunstancia que ahora le falta para su instalación, es el juramento. Permitid que lo haga enseguida y desde luego quedará obligado a custodiarnos.
—Acercaos, señor gobernador —dijo el rey.
Adelantóse Zamora con paso sereno y reposado: vestía una casaca con cuello bordado, calzón corto, media de seda, capa larga y charreteras de capitán. Completaba su uniforme un sombrero de tres picos de extraordinaria magnitud, que llevaba debajo del brazo.
—¿Podrás tú pronunciar siquiera el juramento? —preguntó Luis XV.
—Sí, señor, haced la prueba.
—¡Veamos! —continuó el rey mirando con curiosidad aquel bronceado muñeco.
—De rodillas —dijo la condesa.
—Prestad juramento —agregó Luis XV.
El negrillo puso una mano sobre su corazón y la otra sobre las del rey, diciendo:
—Juro fe y homenaje a mis amos: juro defender hasta la muerte el castillo cuya guardia se me confía, y tragarme hasta el último tarro de conserva antes de entregarme si me atacan.
Prorrumpió el monarca en una carcajada, tanto por la ridícula fórmula del juramento, como por la gravedad con que lo había pronunciado Zamora.
—En cambio de ese juramento —contestó revistiéndose de la dignidad conveniente—, os confiero, señor gobernador, el derecho soberano de alta y baja justicia sobre cuantos habitan el aire, la tierra, el fuego y el agua de este palacio.
—Gracias, mi amo —replicó levantándose el negro.
—Bueno —añadió el rey—, ahora anda a lucir tu hermoso uniforme en las cocinas y déjanos en paz.
Zamora obedeció, y cuando se alejaba por una puerta, Chon aparecía por la otra.
—¡Ahí ¿eres tú, mi Chon? Muy buenos días —dijo el rey, sentándola sobre

sus rodillas y abrazándola—. Vaya, veamos si tú me dices la verdad.
—Buen auxilio buscáis, a buena parte venís —respondió la hermana de la favorita—, ¡la verdad! ¿la he dicho yo quizá alguna vez en mi vida? Debierais dirigiros más bien a mi hermana, que no sabe mentir.
—¿Es verdad eso, condesa?
—Demasiado buen concepto tiene de mí Chon: el ejemplo me ha perdido, mentiré de aquí en adelante como una verdadera condesa, pues he conocido que casi siempre amarga la verdad.
—Me parece —replicó el rey—, que Chon me oculta alguna cosa.
—No por cierto.
—Quizá un duque, algún marqués o algún vizconde a quien habrá ido a visitar.
—Creo que no —replicó la condesa.
—Responde, Chon.
—Creemos que no, señor.
—¿Será necesario que me facilite informes la policía?
—¿De la de M. Sartines o de la mía?
—De la de M. Sartines.
—¿Cuánto le pagaréis?
—No regatearé si me revela cosas curiosas.
—Preferidme a mí y recibid mis informes. Os serviré... regiamente.
—¿Cómo, os venderéis a vos misma?
—¿Por qué no, si me pagan con esplendidez el secreto?
—¡Está bien! Da principio a tu informe, pero nada de mentir.
—Me ofendéis, Francia.
—Sin rodeos quise decir.
—Pues venga el dinero: aquí tenéis los informes.
—Ya está —repuso el rey agitando algunas monedas de oro en su bolsillo.
—Empiezo, señor. En primer lugar, que han visto en París a la condesa Du Barry a las dos de la tarde.
—Ya lo sé, proseguid.
—En la calle Valois.
—Tampoco lo niego.
—A las seis fue Zamora a buscarla.
—También lo creo; ¿pero adónde se dirigía madame Du Barry por la calle Valois?

—Iba a su casa.
—Ya entiendo ¿pero con qué objeto iba a su casa?
—Para aguardar a su madrina.
—¡Su madrina! —repitió el rey, sin que pudiese ocultar un gesto de despecho —, ¿se va tal vez a bautizar?
—Sí, señor, en las pilas de Versalles.
—Muy mal hecho, el paganismo la sentaba tan bien...
—¡Cómo ha de ser, señor! Ya conocéis el refrán: Siempre *se desea lo que no se tiene*.
—¿Desea ella una madrina?
—Y la tiene.
Luis XV encogióse de hombros con extrañeza.
—Me agrada mucho ese movimiento, señor, pues me prueba que a Vuestra Majestad le mortificaría mucho la derrota de las Grammont, Guemenée y de todas las mojigatas de la corte.
—¡Cómo decís!...
—Sí, señor, estáis ligados con todos ellos.
—¿Ligado?... Sabed, condesa, que el rey jamás se liga sino con otros reyes.
—Es verdad; pero ellos son todos amigos de M. Choiseul.
—Condesa, hablemos de vuestra madrina.
—Mejor será.
—¿Es decir que habéis conseguido elaborar alguna?
—La he encontrado muy hábilmente fabricada; es nada menos que una condesa de Béarn, familia que ha ocupado tronos. Nunca se deshonrará a una aliada de los aliados de los Stuardos.
—¡Condesa de Béarn! —exclamó el rey sorprendido—: sólo conozco una que debe vivir hacia Verdún.
—La misma es; ha venido con sólo ese fin.
—¿Y os dará la mano?
—Las dos.
—¿Cuándo?
—Mañana a las once tendrá el honor de ser recibida por mí en audiencia secreta; aprovechando esa oportunidad, pues no la tacharán de indiscreta, pedirá al rey se sirva fijar día, y el rey le fijará lo más pronto posible, ¿no es cierto, señor Francia?
—Claro es que sí, por supuesto —contestó Luis XV besando la mano de la

condesa.
Pero exclamó de pronto:
—¡Mañana a las once!
—Sí, a la hora de almorzar.
—No puede ser, querida amiga.
—¿Qué decís?
—Me voy esta noche misma, y no almorzaré aquí.
—¡Pues me agrada! —exclamó madame Du Barry sintiendo helársele el corazón—. ¿Que os vais, habéis dicho?...
—Es preciso, condesa; tengo citado a Sartines para un asunto muy urgente.
—Hágase vuestro gusto, señor; pero al menos cenaréis aquí.
—Sí, tal vez... cene... Efectivamente, tengo hambre, cenaré.
—Que pongan la mesa, Chon —dijo la Condesa a su hermana, haciéndola una seña particular que se relacionaba con algún convenio arreglado anticipadamente.
Chon salió.
En el fondo de un espejo había visto el rey la seña y, aunque no pudo comprenderla, conoció que le preparaban una celada.
—Por vida de... —dijo—; tampoco puedo quedarme a cenar, tengo que marcharme ahora mismo para firmar; es sábado.
—Como gustéis; entonces dispondré que enganchen los caballos.
Algunos momentos después, oyóse su voz que gritaba en la antesala:
—Los caballos de Su Majestad.

XXXIII

SU MAJESTAD SE DIVIERTE

Luis XV, satisfecho con aquel rasgo de autoridad, encaminóse hacia la puerta, considerando que era aquello un castigo para la condesa por haberlo hecho aguardar, evitándose al mismo tiempo el obstáculo de la presentación.

Chon entró en aquel momento.
—¿Habéis visto mi servidumbre?
—No he hallado ni a un solo criado de Vuestra Majestad en las antecámaras.
—¡Mi servidumbre! —gritó entonces Luis XV saliendo hasta la puerta.
La respuesta fue el silencio: habríase dicho que ni aun eco tenía aquel silencioso palacio.
—¡Quién diablos creería —dijo regresando al salón —que soy nieto del que dijo: *Tuve casi que esperar*.
Dirigióse entonces hacia la ventana, pero la explanada estaba tan desierta como las antecámaras: ni caballos, ni cocheros, ni guardias. La noche únicamente se presentaba a los ojos y al pensamiento con su silenciosa majestad, iluminada por una hermosa luna, que mostraba, trémulas como las olas embravecidas, las copas de los árboles del bosque de Châlons, haciendo brotar millares de luminosas lentejuelas al Sena, serpiente gigantesca y perezosa, cuyas ondulaciones pueden seguirse desde Bougival hasta Maisons; esto es, durante cuatro o cinco leguas de vueltas y revueltas.
Por otra parte, un ruiseñor que se columpiaba en las ramas de un árbol, improvisaba uno de esos melifluos cantos, que sólo se escuchan en el florido mes de mayo, como si sus alegres notas no pudiesen hallar una naturaleza digna, sino en esos primeros días de primavera, que vemos alejarse tan pronto como aparecen.
Aquella sublime armonía era, pues, indiferente para Luis XV, rey poco observador, poco poeta, poco artista; pero muy material.
—Vamos —dijo desesperado—, condesa, tened la bondad de dar órdenes. ¡Qué diablos! basta ya de bromas.
—Señor —interrumpió ésta con aquella dulce amabilidad que casi siempre la reconciliaba con Luis XV—, yo no dispongo aquí.
—Pues yo tampoco; ya veis qué modo tienen de obedecerme.
—Ni vos tampoco, señor. —¿Pues quién? ¿Sois vos, Chon?
—¡Yo! —exclamó ésta sentada al otro extremo del aposento—. Bastante me cuesta obedecer, para tomarme la molestia de mandar.
—¿Quién es el amo entonces?
—¿Quién queréis que sea? El señor gobernador.
—¿Zamora?
—Sí.
—Es cierto, podéis llamar.

Tendió la condesa la mano con adorable negligencia, y tiró de un cordón se seda que remataba en una bellota de perlas.
—Un lacayo, prevenido sin duda por anticipado, se presentó.
—¿Y el gobernador? —preguntó el rey.
—El gobernador —contestó muy respetuoso el criado—, vela por la interesante vida de Vuestra Majestad.
—¿Dónde anda?
—Rondando.
—¿Rondando? —repitió Luis XV.
—Con cuatro oficiales —agregó el lacayo.
—Como Mambrú —exclamó la condesa.
—No está malo el lance —dijo el rey sin poder contener una sonrisa— pero esto no es inconveniente para que enganchen.
—El señor gobernador ha ordenado que se cierren las caballerías, para que no se oculte en ellas ningún malhechor.
—¿Dónde están mis cocheros?
—En las habitaciones de la servidumbre.
—¿Qué hacen?
—Dormir.
—¿Dormir, has dicho?
—Tienen esa orden.
—¿Quién la ha dictado?
—El señor gobernador.
—¿Y las puertas? —interrogó el rey.
—¿Qué puertas, señor?
—Las del castillo.
—Cerradas.
—¡Bien! pero podrán buscarse las llaves.
—El señor gobernador las lleva pendientes de su cintura.
—¡Vaya un castillo bien guardado! —dijo el rey—. ¡Demonio, qué orden!...
Viendo el lacayo que el rey no le dirigía otra pregunta, se retiró.
Reclinada la condesa en su sillón mordía una rosa, a cuyo lado, sus labios parecían de coral.
—Vamos, señor —dijo con aquella sonrisa de languidez que le distinguía—; me compadezco de Vuestra Majestad. Tomad mi brazo, e iremos a buscarlos. Alúmbranos. Chon.

Salió ésta la primera, formando la avanzada pronta a dar aviso de cualquier obstáculo que pudiera presentarse.
Al llegar al primer ángulo del pasillo, el rey percibió un perfume capaz de excitar el apetito del más delicado gastrónomo.
—¡Ah!... ¿qué olorcillo es éste, condesa? —dijo parándose.
—El de la cena, señor. Deseaba que me hubieseis hecho el honor de cenar conmigo en Luciennes, y adopté mis medidas.
Luis XV aspiró repetidas veces el aroma apetitoso, y considerando al mismo tiempo que su estómago le estaba dando señales de existencia, que se necesitaría media hora al menos para despertar sus cocheros; un cuarto de hora para enganchar; diez minutos para llegar a Marly; que en Marly no le esperaban, y sólo encontraría algunas prevenciones *por si acaso*, aspiró otra vez el incitante olorcillo, y se detuvo en la puerta del comedor, donde había dos cubiertos sobre una mesa espléndidamente alumbrada, y suntuosamente servida.
—¡Diablos! —dijo Luis XV—, ¡qué buen cocinero tenéis, condesa!
—Pues este era precisamente el primer ensayo, y el infeliz se había esmerado para conseguir la aprobación de Vuestra Majestad. Sería capaz de suicidarse como el pobre Vatel.
—¿Es cierto? —dijo Luis XV.
—Hay principalmente una tortilla de huevos de faisán, con la cual esperaba...
—¡Qué lástima!
—Bueno, condesa... no desairemos a vuestro cocinero —dijo el rey sonriendo —, y puede que mientras cenamos vuelva Zamora de su ronda.
—¡Magnífica idea! —dijo la condesa sin ocultar su alegría al ver que se realizaban sus deseos—. Entrad, entrad.
—¿Pero quién nos servirá? —preguntó el rey, buscando inútilmente algún lacayo.
—¿Os parece malo el café cuando yo misma os lo sirvo?
—No, condesa, y aún diré que me agrada mucho más, cuando sois vos quien lo hace.
—Pues entonces, aproximaos.
—¡No veo más que dos cubiertos! —dijo el rey—. ¿No cena Chon?
—Sin la orden expresa de Vuestra Majestad no habríamos osado...
—¡Qué tontería! —exclamó el rey llevando por sí mismo un cubierto a la mesa—. Ven, querida Chon, colócate ahí, frente a nosotros.

—Señor... —dijo Chon.
—Sí, échala de humilde y obediente vasalla: ¡hipócrita! Colocaos aquí, condesa, cerca de mí. ¡Qué bello perfil tenéis!
—¿Hasta ahora no os habíais fijado en ello, señor Francia?
—Tomó la condesa una botella y sirvió a Luis XV.
Los dedos de la graciosa copera, tornáronse blancos y las uñas de color de rosa, al oprimir el cuello de la botella.
—Seguid echando, condesa; así, despacio —dijo el rey.
—¿Para no enturbiar el licor?
—No, para estar mucho tiempo contemplando vuestra mano!
—Vamos, Vuestra Majestad se ha empeñado esta noche en hacer descubrimientos.
—Sí, hasta creo —replicó Luis XV volviendo a su acostumbrada alegría— que estoy ya próximo a descubrir...
—¿Otro mundo? —preguntó la favorita.
—¡No! no soy tan ambicioso, tengo bastante con un reino: pero... una isla, algún rinconcito de tierra, algún cerro encantado, con un palacio cuya Armida fuese una hermosa amiga mía, y cuya puerta quedase guardada por monstruos de todas clases, cuando se me antojara olvidarlo todo.
—¡Cabalmente! repuso la condesa presentando una garrafa de vino de champaña helado—, he aquí una invención que Vuestra Majestad desconoce todavía. Ésta es agua cogida en el Leteo.
—¡En el Leteo! ¿de veras, condesa?
—Sí, señor; ese pobre Juan me la trajo de los infiernos, donde ha estado a punto de quedar para siempre.
—¡Brindo por su feliz resurrección, condesa! —dijo el rey elevando su vaso —; pero repito que nada de política.
—Entonces nada tengo que agregar: pero si Vuestra Majestad, que se luce tanto contando cuentos, quisiera referirnos uno...
—No; pero voy a recitaros unos versos.
—¡Unos versos! —exclamó la favorita.
—Sí, unos versos... ¿Qué encontráis de particular en eso?
—Que nunca le han gustado a Vuestra Majestad.
—¡No lo dudo! Si de cien mil que escriben, los noventa mil son contra mí.
—¿Y los que Vuestra Majestad va a recitarme, forman parte de los diez mil que no han obtenido su perdón para los otros noventa mil?

—No, condesa, los que voy a recitaros están dedicados a vos.
—¿A mí?
—Sí, condesa.
—¿Por quién?
—Por M. de Voltaire.
—Y ha confiado a Vuestra Majestad...
—No, no; los enviaba directamente a Vuestra Alteza.
—¿Sin carta?
—Al contrario, venían en una carta muy expresiva.
—¡Ah! ya comprendo: Vuestra Majestad habrá estado trabajando esta mañana con su director de correos.
—Precisamente.
—Vamos, señor, esa composición de M. de Voltaire. Desdobló Luis XV un papelito, y leyó:

¡Ahí madre de las gracias y diosa del placer,
de Paptios en las fiestas. ¿Por qué quieres mezclar
angustias indecibles, horrendo padecer,
de un héroe la derrota con furia meditar?

Continuaban otras estrofas hablando de Ulises y de la diosa Venus, como una alegoría en la cual figuraban Luis XV y la Du Barry.
La última estrofa decía así:

Ese convicto caudillo que su poder humilla,
y que se rinde al peso de tu cruel furor,
y la belleza adora e inclina la rodilla
ante la voz sublime del inefable amor.

—¡Lo veo! —dijo la condesa más ofendida que agradecida del poético obsequio—, está visto que M. de Voltaire intenta reconciliarse con Vuestra Majestad.
—En balde se esfuerza, si es así —contestó Luis XV—, porque es tan entrometido y trapisondista, que me lo revolvería todo si viniese a París. Que se vaya con mi primo Federico II que es amigo suyo. Ya tenemos bastante que hacer con Rousseau; pero conservad estos versos, condesa, y meditadlos

bien.
La condesa tomó el papel, lo enrolló, y colocó junto a su plato.
El rey la contemplaba mientras tanto.
—Vamos, señor —dijo Chon—, un poco de Jockey.
—Viene de las bodegas de Su Majestad el emperador de Austria —dijo la condesa—: bebedle con confianza.
—¡Cómo! ¡de las bodegas del emperador! —dijo el rey—, únicamente yo lo tengo de allí.
—Ya, pero me lo ha proporcionado vuestro despensero.
—¿Lo habéis seducido?
—No, se lo he ordenado.
—Bien dicho: el rey es un necio.
—¡Ah! sí, pero el señor Francia...
—El señor Francia tiene al menos la candidez de amaros con todo su corazón.
—¡Ah! Si fuerais siempre el señor Francia y nada más.
—Condesa, que no habléis de política.
—¿Desea Vuestra Majestad café? —preguntó Chon.
—Sin duda.
—¿Y lo hará Vuestra Majestad arder como de costumbre? —interrogó la condesa.
—Si no lo impide la señora del castillo...
La condesa se levantó.
—¿Qué hacéis?
—Voy a servir a Vuestra Majestad.
—Vamos —exclamó el monarca recostándose en su silla, como hombre que ha cenado opíparamente, y cuyos humores ha puesto en completo equilibrio una buena comida—; vamos, condesa, no puedo hacer otra cosa mejor que dejaros hacer vuestro gusto.
La favorita vino enseguida con una estufilla de plata, sobre la cual había una cafetera que contenía el humeante moka, y luego ofreció al rey en un plato, una taza de plata sobredorada, junto a la cual dejó un papel enrollado en forma de pajuela.
Luis XV calculó el azúcar matemáticamente, con la profunda atención que de ordinario prestaba a esta operación, midió después el café, y echando lentamente el ron, para que el alcohol sobrenadase, cogió el papelito que

encendió en la bujía, y comunicó la llama al licor inflamable, arrojándole después en la estufilla, donde concluyó de consumirse.
Pasados cinco minutos, saboreaba su café con toda la voluptuosidad de un gastrónomo consumado.
Enmudeció la favorita durante este tiempo; pero cuando apuró la última gota, exclamó:
—¡Qué lástima, señor! Habéis encendido vuestro café con los versos de M. de Voltaire. ¡Qué desgracia para los Choiseul!
—Me he equivocado —contestó Luis XV riendo—, cuando os creía una hada: ya veo que sois un demonio.
—Si queréis, señor —exclamó la favorita levantándose—, me informaré si ha vuelto el gobernador.
—¿Quién, Zamora?... ¿Y para qué?
—¿No pensáis ir a Marly?
—Es cierto —contestó el rey, haciendo un esfuerzo para apartar de sí aquel dulce encanto—; bien, condesa, veamos si ha vuelto.
Chon desapareció a una señal de su hermana.
Luis XV comenzó nuevamente su investigación, aunque su espíritu no se hallaba en el estado que al principio de su pesquisa. Han dicho los filósofos que la manera triste o alegre con que el hombre mira las cosas, procede casi siempre del estado de su estómago.
Y como el estómago de los reyes no se diferencia en nada del de los hombres, y aun puede afirmarse que son menos buenos, en general, que los de sus súbditos, pero que comunican su bien o malestar al resto del cuerpo, exactamente como los demás, hallábase el rey de tan buen humor, cuanto le pueden tener los reyes.
Habría dado el rey diez pasos por el pasillo, cuando un nuevo perfume salió a su encuentro.
Abrióse la puerta de un aposento magnífico, colgado todo de raso azul, recamado de flores naturales, pudiendo el observador distinguir alumbrada por una luz misteriosa la alcoba, a la cual hacía ya dos horas que la linda encantadora procuraba conducir a Luis XV.
—Sigue nuestra reclusión —dijo aquélla—, pues según parece no ha vuelto todavía Zamora, y como no salgamos del castillo por las ventanas...
—¿Con las sábanas de la cama? —preguntó el rey.
—Señor —dijo la favorita—, se puede usar sin abusar. El rey abrió los

brazos, y la condesa dejó caer la linda rosa, que se deshojó sobre la alfombra.

XXXIV

CONTRA LOS FILÓSOFOS

Era un verdadero prodigio la alcoba de Luciennes, así por su construcción como por su adorno.
Hallábase situada hacia Oriente, y estaba tan herméticamente cerrada con persianas doradas y cortinas de raso, que jamás llegaba hasta ella la luz, sin que antes solicitase permiso como un cortesano.
Invisibles ventiladores agitaban durante el verano un aire suavísimo, parecido al que pudieran producir miles de abanicos.
Las diez serían cuando salió el rey de la cámara azul, y hacía ya una hora que sus carruajes lo esperaban en el patio principal.
Con los brazos cruzados Zamora daba o fingía dar órdenes.
Aproximóse Luis XV a la ventana y pudo ver todos estos preparativos de viaje.
—Pero, condesa, ¿qué es esto? —preguntó—: ¿no almorzamos? ¿Pensáis, acaso, despedirme en ayunas?
—No, en verdad, señor —replicó la favorita—; pero como suponía que estabais citado en Marly con M. de Sartines...
—Sí: mas sería mucho mejor prevenirle que viniese aquí; ¡está tan cerca!
—Me figuro que Vuestra Majestad me hará el honor de creer —dijo la condesa sonriendo—, que no es el primero a quien le ha ocurrido esa idea.
—Y además, la mañana está bastante hermosa para trabajar: almorcemos.
—Espero, sin embargo, me concedáis algunas firmas.
—¿Para madame de Béarn?
—Justo, y fijáis el día.
—¿Para qué?
—Y hora.
—¿Qué hora?
—El día y la hora de mi presentación.

—¡No es posible negar que la habéis ganado bien, condesa! Fijad vos misma el día.
—Cuanto más próximo, sería mejor.
—¿Conque todo está ya corriente?
—Sí.
—¿Aprendisteis a hacer las tres reverencias?
—¡Ya lo creo! Un año hará que las estoy ensayando.
—¿Tenéis traje?
—En veinticuatro horas está hecho.
—¿Y madrina?
—La espero dentro de una hora.
—¡Bien! pues hagamos un trato.
—¿Cuál?
—Que no me hablaréis del lance del vizconde con el barón de Taverney.
—¿Es decir que sacrificamos a mi pobre hermano?
—Es preciso, condesa.
—Bien, me conformo... Señalad el día.
—Pasado mañana.
—¿A qué hora?
—A las diez de la noche, como se acostumbra.
—¿Convenido?
—Convenido.
—¿Palabra de rey?
—A fe de caballero.
La favorita, tendiendo su mano a Luis XV, dijo con una gracia inimitable:
—Esos cinco, Francia.
Y el rey dejó caer su mano sobre la de ella.
La alegría del rey se comunicó a todo Luciennes. Había transigido en una cuestión sobre la cual hacía tiempo estaba resuelto a ceder, ganando, sin embargo, infinitamente en otra. Daría cien mil libras a Juan, con condición de que se marchase a jugarlas a los baños de los Pirineos o de Auvernia, y esto pasaría por un destierro a los ojos de los Choiseul. Diéronse luises de oro a los pobres y bizcochos a las carpas, y tributáronse elogios a las pinturas de Boucher.
Aunque había cenado a las mil maravillas la víspera, Su Majestad almorzó con gran apetito.

En esto dieron las once y la condesa miraba sin cesar el reloj que, según sus deseos, caminaba con demasiada lentitud. El rey mismo se había molestado en decir, que cuando llegara madame de Béarn, se la introdujese en el comedor.
Pero contra las ilusiones de la favorita se hizo el café, y se bebió muy sosegadamente sin que su madrina llegase.
A las once y cuarto oyóse el galope de un caballo en el patio.
La condesa se asomó precipitadamente, mientras un emisario del vizconde se apeaba de un caballo empapado en sudor.
Tembló la favorita, llena de inquietud; pero como para mantener al rey en sus buenas intenciones, era preciso que no conociese su turbación, volvió a sentarse enseguida a su lado.
No tardó mucho en presentarse Chon con una esquela en la mano.
No era posible retroceder; era necesario leerla.
—¿Qué es eso, querida —preguntó el rey—, alguna carta amorosa?
—Precisamente, señor.
—¿Y de quién es?
—Del pobre vizconde.
—¿De veras?
—Vedlo, si no.
En efecto, el rey reconoció la letra, y temeroso de que tal vez se ocupasen en aquella carta de la aventura de La-Chaussée:
—Basta, basta —dijo, no queriendo verla—, quedo satisfecho.
La condesa estaba violentísima.
—¿Es para mí? —preguntó.
—Sí, hermana.
—¿Consiente Vuestra Majestad...?
—¿Por qué no? leed. Chon me contará un cuento mientras tanto —repuso Luis XV, sentándola sobre sus rodillas y cantando con la voz más inarmónica de su reino, como decía Juan Jacobo:

Ya perdí a mi servidor
y con él perdí mi dicha...

La favorita se retiró al hueco de una ventana y leyó:

«No aguardes a la pícara vieja, porque dice que no le es posible salir, pretextando haberse quemado anoche un pie. A Chon tienes que agradecer este contratiempo, por su oportuna visita de ayer: la maldita bruja la conoció, y por eso nos juega esta pasada.
»Bien puede dar gracias a Dios ese pelafustán de Gilberto, que de todo es culpable; si no se hubiese perdido, ya le hubiera yo retorcido el pescuezo; pero que esté alerta, pues va a llevar una buena paliza si le encuentro.
»En fin, ven pronto a París, o perderemos cuanto hemos hecho.
Juan.»

—¿Qué significa eso? —preguntó el rey que advirtió la súbita palidez de la condesa.
—No es nada, señor: un boletín de la salud de mi cuñado.
—¿Y continúa mejor?
—Mejor cada día —replicó la favorita—. Tantas gracias. Pero oigo un coche que entra en el patio.
—¿Será acaso la condesa?
—No, señor, es M. de Sartines.
—¿Adonde vais? —interrogó el rey al ver que madame Du Barry se dirigía hacia la puerta.
—Paso a mi tocador, para dejaros solo con él.
—¿Y madame de Béarn?
—Tan pronto como llegue, tendré el honor de avisar a Vuestra Majestad —repuso la condesa ocultando la carta en el fondo del bolsillo de su blusa.
—¿ Es decir que me abandonáis, condesa? —preguntó Luis XV con un tierno suspiro.
—Es domingo —repuso la favorita—, ¡esas firmas! ¡esas firmas!...
Presentó al monarca sus mejillas de rosa, en cada una de las cuales estampó aquél un beso.
Y salió rápidamente del comedor.
—¡Llévese el diablo las firmas —dijo Luis XV—, y a los que vienen a buscarlas! ¡Quién habrá inventado los ministros, las carteras y el papel sellado!
No había el rey concluido de formular esta maldición, cuando al mismo tiempo entraron el ministro y la cartera por la puerta opuesta a la que diera paso a la condesa.

Exhaló el monarca otro melancólico suspiro.
—¡Hola! ¡Ya estáis aquí, Sartines? ¡qué puntual sois!
Dijo con tal acento estas palabras, que difícilmente habríase podido conocer si contenían un elogio, o una reconvención.
El ministro abrió la cartera apresurándose a sacar los papeles, cuando se oyó rodar un carruaje sobre la arena de la alameda.
—Esperad, Sartines —dijo Luis XV dirigiéndose presuroso hacia la ventana —. ¡Qué veo! —añadió con admiración—, ¿parte la condesa?
—Sí, señor —repuso el ministro.
—Creí que esperaba a madame de Béarn.
—Me figuro, señor, que cansada ya de aguardar irá en persona a buscarla.
—Sí, pero como había dicho que vendría esta mañana...
—Casi estoy seguro de que no vendrá.
—¡Cómo, Sartines! ¿Vos también sabíais eso?
—Es preciso que sepa un poco de todo para tener contento a Vuestra Majestad.
—¿Pues qué ha ocurrido? Contádmelo, Sartines.
—¿A la vieja?
—Sí.
—Lo que sucede con frecuencia: que se han encontrado dificultades.
—Pero, en fin, ¿vendrá o no vendrá?
—¡Hum!, ¡hum!, mejor le hubiera podido asegurar eso ayer que hoy.
—¡Pobre condesa! —prosiguió Luis XV sin que pudiera ocultar, sin embargo, un destello de alegría que brilló en sus ojos.
—¡Ah, señor! Bien poco eran el pacto de familia y la cuádruple alianza comparados con esta presentación.
—¡Pobre condesa! —dijo de nuevo moviendo la cabeza el monarca—, nunca llegarán a realizarse sus planes.
—Mucho lo temo, como Vuestra Majestad no se incomode.
—¡Ya creí haberlo logrado!...
—Y lo peor —continuó el ministro —es que si no la presentan antes que llegue la princesa, es muy probable que nunca la presenten.
—Tenéis razón, Sartines, es más que probable. Afirman que mi nuera es muy devota como también muy severa. ¡Pobre condesa!
—Estoy seguro de que madame Du Barry tendrá un sentimiento muy grande si no la presentan; pero también es cierto que Vuestra Majestad se ahorrará

no pocos disgustos.
—¿Por qué?
—Porque así no habrá ese motivo más de murmuración para los envidiosos, para los maldicientes, para los copleros, para los aduladores y para las gacetas. Si la condesa es presentada, necesitaremos emplear cien mil francos más en policía secreta.
—¿De veras, Sartines? ¡Pobre condesa! ¡Tiene tanto empeño!
—Si Vuestra Majestad lo ordena, se cumplirá.
—¡Qué dijisteis! —exclamó Luis XV—, ¿puedo yo acaso mezclarme de buena fe en esos asuntos? ¿Es posible que yo firme una orden para que se ayude a la condesa? ¿Y sois vos, Sartines, vos, el hombre de talento, quien me propone dar un golpe de Estado para satisfacer caprichos de una mujer?
—¡Oh, no por cierto, señor! Me limitaré a decir como Vuestra Majestad: ¡pobre condesa!
—Además —prosiguió el monarca—, no se ha perdido todo aún, y vos, Sartines, miráis las cosas por su aspecto peor. ¿Podéis asegurar que madame de Béarn no cambiará de opinión? ¿Aseguraréis que la princesa no llegará tan pronto? Faltan aún cuatro días antes que entre en Compiègne, y en cuatro días se puede adelantar mucho... ¿Conque vamos a trabajar hasta mañana, Sartines?
—Tres firmas hay no más —contestó el subdelegado sacando un papel de su cartera.
—¡Ah! —exclamó el rey—, ¿es un auto de prisión?
—Sí, señor.
—¿Contra quién.
—Examínelo Vuestra Majestad.
—¿Contra el señor Rousseau? ¿Quién es este Rousseau, Sartines? ¿qué ha hecho?
—El *Contrato Social*, señor.
—¡Ah! ¡ah! ¿conque es contra Juan Jacobo? ¿y pretendéis encerrarle en la Bastilla?
—Señor, va escandalizando...
—¿Y cómo queréis que se entretenga?
—En fin, yo tampoco pretendo encerrarle ahora.
—¿Pues para qué queréis esa orden?
—Con el fin de que esté dispuesta para cuando se necesite.

—No lleguéis a creer que me intereso por esos filósofos —añadió Luis XV.
—Muchísima razón tiene Vuestra Majestad para no hacerlo —repuso Sartines.
—Pero se debe tener en cuenta que podrán alzar el grito; además, yo creí que estaba en París con autorización.
—En efecto, señor; pero a condición de que no se presentaría en público.
—¿Y se presenta?
—A cada momento.
—¿Con su traje de armario?
—¡Oh, no, señor!, le hemos prohibido usarlo.
—¿Y ha obedecido?
—Sí, pero protestando contra esta orden.
—¿Cómo se viste ahora?
—Como todos, señor.
—Pues entonces, me parece que el escándalo no es tan grande.
—¿Cómo que no? ¿Sabéis, señor, a qué sitio concurre todos los días ese hombre a quien se le ha prohibido mostrarse en público?
—¿Tal vez a casa del mariscal de Luxemburgo... de madame de Alembert... de madame de L'Épinay?...
—No, señor: va al café de la Regencia, y allí juega al ajedrez todas las noches por obstinación solamente, porque siempre pierde. Una brigada necesito tan sólo para observar los grupos que se forman alrededor de la casa.
—Observo —dijo el rey—, que los habitantes de París son aún más estúpidos de lo que yo creía. Dejadlos en paz, Sartines, y que se distraigan jugando; ese tiempo menos murmurarán contra la miseria.
—Pero si cualquier día le da por pronunciar discursos semejantes a los de Londres...
—¡Ah! Entonces habrá delito, y delito público, en cuyo caso no sería necesario el mandamiento de prisión. ¿Estamos, Sartines?
El ministro comprendió que el rey no quería aceptar la responsabilidad de la prisión de Rousseau, y no insistió más.
—Entonces, señor —continuó el subdelegado—, vamos a tratar de otro filósofo.
—¿De otro? —repitió el rey como disgustado—, ¿no lograremos concluir nunca con ellos?
—¡Ay, señor!, ellos son los que no cesarán hasta acabar con nosotros.

—¿Y de quién se trata?
—De Voltaire
—¿También ha regresado a Francia?
—No, señor, y más valdría tal vez que así sucediese, porque siquiera podríamos vigilarle.
—¿Y qué ha hecho?
—Él nada; pero sus amigos y discípulos piensan nada menos que en erigirle una estatua.
—¿Ecuestre?
—No, señor, aunque es un famoso conquistador.
Luis XV se encogió de hombros.
—Desde Poliorcete no ha habido otro como él —continuó M. de Sartines—, tiene espías en todas partes, y en todas partes entra: dedícanse al contrabando para introducir sus obras las personas más distinguidas del reino. Ocho cajas llenas embarcó el otro día nada menos, y dirigidas a M. Choiseul venían dos.
—¡Ah! es un autor que entretiene mucho.
—Ya, pero mientras tanto, observe Vuestra Majestad que hacen por él lo que por los reyes: le erigen estatuas.
—Nadie se las erige a los reyes sino ellos mismos. ¿Y quién se ha encargado de tan linda obra?
—Figale, el escultor que ha ido a Ferney para hacer el modelo, y entretanto las suscripciones aumentan. Seis mil escudos tienen ya recaudados, debiéndose tener presente que sólo a los literatos está permitido el suscribirse. El mismo M. Rousseau ha contribuido con dos luises.
—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Luis XV—, yo no soy literato, y no debo intervenir en eso.
—Yo pensé —contestó M. de Sartines—, proponer a Vuestra Majestad prohibiese esas demostraciones.
—¡Qué desatino, Sartines! La erigirían entonces en oro en vez de bronce. Dejadlos: más feo ha de estar todavía en bronce que en carne y hueso.
—¿De modo que Vuestra Majestad desea que el proyecto no se suspenda?
—¿Desear? Poco a poco, Sartines, no es esa la palabra categórica. Sería muy natural que yo intentase evitarlo todo; pero conozco que es imposible. Ha pasado la época en que los monarcas podían decir al espíritu filosófico como Dios al Océano: «No pasarás de aquí». Gritar sin resultado, amenazar sin herir, sería demostrar nuestra impotencia. Apartemos la vista, Sartines, y

finjamos que no vemos.
Exhaló un triste suspiro el subdelegado y repuso:
—Ya, señor, que no castigamos a los hombres, destruyamos al menos sus obras. He aquí una lista de las que es necesario denunciar: unas atacan al trono, y otras a la Iglesia: las unas son rebeldes, y sacrílegas las otras.
El monarca, tomando la lista, leyó con voz apagada: —El Sagrado Contagio, o Historia natural de la superstición; Sistema de la Naturaleza, o Leyes del mundo físico y moral; Dios y los Hombres, o Discurso sobre los milagros de Jesucristo; Instrucciones del capuchino de Ragusa a Fray Peduicloso, al marchar para la Tierra Santa...
Todavía no había llegado Luis XV a la cuarta parte de la lista cuando la soltó: su rostro, sereno ordinariamente, tomó una expresión singular de tristeza y desaliento, y así estuvo algunos minutos pensativo, confuso y anonadado.
El subdelegado le observaba con esa inteligencia que agradaba tanto a Luis XV en sus ministros, porque se evitaba el trabajo de pensar y ejecutar.
—Tranquilidad, ¿no es así, señor?; tranquilidad, ¿no es eso lo que el rey desea?
Éste balanceó de arriba abajo su cabeza, y dijo: —Pero ¡Dios mío!, ¿pretendo yo otra cosa por ventura de esa turba de filósofos, enciclopedistas, taumaturgos, iluminados, poetas, economistas y folletistas, que saliendo de no sé dónde, bullen, escriben, guznan, calumnian, vociferan y predican? Que los coronen, que les erijan estatuas y les edifiquen templos; pero que me dejen tranquilo.
Sartines se levantó, saludó al rey, y salió murmurando: —Afortunadamente nuestra moneda dice: *Domine salvum fac regem*.
Luis XV quedó solo, tomó una pluma, y escribió al príncipe las siguientes líneas:

«Me habéis pedido que acelere el viaje de la princesa, y voy a complaceros.
»He ordenado que no se detenga en Noyon, debiendo llegar por consiguiente el martes por la mañana a Compiègne.
»Yo mismo llegaré allí a las diez en punto, es decir, un cuarto de hora antes que ella.»

Continuó hablando consigo mismo: «Me veré libre de esa maldita presentación que me molesta ya más que el mismo Voltaire y que Rousseau y

todos los filósofos habidos y por haber. La cuestión será entonces entre la pobre condesa, el príncipe y la princesa. Tiempo es ya ¡vive Dios! de que recaigan todos los disgustos, los odios y las venganzas sobre personas jóvenes que tienen fuerza para luchar. Aprendan los niños cómo se sufre, que así se forma la juventud».

Y satisfecho por haber sabido vencer todos aquellos inconvenientes, y seguro además de que nadie tendría razón para acusarle de haber favorecido o estorbado la presentación, de que todo el mundo hablaba en París, montó en su coche y partió para Marly, donde toda su corte le esperaba.

XXXV

TOMA Y DACA

La pobre condesa (debemos respetar la calificación que el rey le había dado, pues le convenía por cierto en aquel momento) corría como alma en pena por condición a París.
Tan asustada Chon como su hermana, ocultaba con el penúltimo párrafo de la carta de Juan en Luciennes su dolor e inquietud, maldiciendo la fatal ocurrencia de recoger a Gilberto en el camino real.
Había llegado ya la favorita al puente de Antin, construido en el albañal que desemboca en el río, rodeando a París desde el Sena hasta la Roqueta, cuando halló un coche que la esperaba.
Iba dentro el vizconde acompañado de un procurador, con el cual, al parecer, sostenía una discusión acalorada.
Tan pronto como distinguió a la condesa, el vizconde se separó del procurador, y se apeó haciendo seña al cochero de su hermana de que se detuviese.
—¡Pronto, hermana! —gritó—, sube pronto en un carruaje y corre a la calle de San Germain-des-Prés.

—¿Es decir que la vieja se divierte con nosotros? —exclamó madame Du Barry cambiando de coche, mientras hacía lo mismo el procurador obedeciendo a un ademán del vizconde.
—Así me lo parece, condesa; sin duda pretenderá pagarnos con la misma moneda.
—¿Pero qué ha sucedido?
—Lo siguiente en dos palabras: Quédeme en París porque dudé siempre, y ya ves que con fundamento. Dieron las nueve y me puse en acecho frente a la posada sin notar el menor movimiento ni la menor visita capaz de alarmarme; así creí poder dormir. Me fui y me acosté.
»Al rayar el día, despierto: llamo a Patricio, y le ordeno que vaya a ponerse de centinela en la esquina.
»A las nueve (una hora antes de la designada) fui allá en coche: nada había observado Patricio que le llamara la atención; subo, pues, la escalera bastante confiado. En la puerta me detiene una criada y me dice que la condesa no puede salir hoy, y tal vez ni en una semana.
«Confieso que iba prevenido para cualquier desgracia, menos para ésta.
“—¿Cómo que no sale? —exclamé—; ¿pues qué le ocurre?
“—Está enferma.
“—¿Enferma? ¡No es posible! ¡Si ayer estaba tan buena!
“—Es cierto; pero la señora acostumbra a hacerse ella misma el chocolate, y esta mañana, cuando ya hervía, se le cayó sobre un pie, y se le abrasó todo. A los gritos que daba acudí y la hallé casi sin sentido. La llevé a su cama y ahora creo que duerme.
»Palidecí hasta ponerme del color de tu encaje, condesa, y grité:
“—¡Eso es mentira!
“—Mi querido M. Du Barry —prorrumpió con triste y doliente voz la condesa—, no es mentira, ¡ay!, sufro horriblemente.
»Corro hacia el lugar de donde salía la voz abriendo una vidriera que estaba muy bien cerrada, y me veo a la vieja que estaba en efecto metida en su cama.
“—¡Ay, señora!... —exclamé.
»No pude hablar más: estaba desesperado, y la hubiera ahogado.
“—Ahí está, señor vizconde —me dijo señalando unos pedazos de porcelana que había en el suelo—, ahí tenéis la cafetera que ha ocasionado todo el daño.
“—¿Ésta? —pregunté, saltando sobre ella a pies juntillas—, por vida de... que no has de hacer más chocolate.

“—¡Es una desgracia!... —exclamó la vieja con acento dolorido—. Madame de Alogny tendrá seguramente que ser la madrina de vuestra señora hermana. ¡Este es el destino!, como dicen los orientales.
—¡Juan, Juan!, yo pierdo todas las esperanzas.
—Pues yo no, si te presentas a ella, y para eso he venido en tu busca.
—¿Y en qué confías?
—En que puedes tú lo que yo no puedo: en que siendo mujer puedes mandarle quitar la venda del pie y se descubre el embuste. Amenazándola entonces de que su hijo será un pelón toda su vida, y de que jamás recibirá un cuarto de la herencia de los Saluces, podrás representar las imprecaciones de Camila, con más verosimilitud, que yo los furores de Orestes.
—¿Y ahora te bromeas? —preguntó la favorita.
—Bien sabe Dios que no estoy para bromas.
—¿Dónde vive nuestra Sibila?
—¿Lo ignoras? En el *Gallo Cantante*, calle de San Germain-des-Prés, en un oscuro caserón que tiene un gallo enorme pintado en una muestra de cobre. Cuando rechina el cobre, el gallo canta.
—Va a ser una escena interesante.
—Es preciso; soy de opinión que debemos arrostrarla ¿Quieres que te acompañe?
—No, no; todo se echaría a perder.
—Escucha, para que te sirva de gobierno, lo que me ha dicho nuestro procurador a quien acabo de consultar. Pegar a una persona en su domicilio, se castiga con multa y cárcel. Pegarle fuera...
—Con nada; mejor lo sabes tú que nadie.
Hizo un gesto el vizconde que parecía una sonrisa.
—¡Ay! las deudas que se pagan tarde, aumentan mucho en intereses; si algún día tropiezo con ese hombre...
—No dejemos ahora a esa mujer, vizconde.
—Nada más tengo que decirte; adiós y márchate.
Separóse Juan para que pasase el coche.
—¿Dónde me esperas?
—En la misma posada: pediré una botella de vino, y si necesitas auxilio, subiré.
—Anda, cochero —agregó la condesa.
—Calle San Germain-des-Prés, posada del *Gallo Cantante* —añadió el

vizconde.
El coche partió con rapidez, cruzando los Campos Elíseos.
Después de un cuarto de hora deteníase junto a la calle Abbatiales, y el mercado de Santa Margarita.
La favorita apeóse temerosa de que el ruido del carruaje pusiese sobre aviso a la astuta vieja, que sin duda acecharía, y pudiese, ocultándose tras alguna cortina, conocer a quien la visitaba, con tiempo bastante para no verse precisada a recibirla.
Resultado; que la condesa entró sola con una lacayo que la seguía en la estrecha calle Abbatiales, que sólo tenía tres casas. En la de en medio estaba la posada.
Madame Du Barry entró en aquel portal, que más bien parecía la boca de una cueva.
No la vio entrar nadie; pero tropezó con la posadera al llegar al pie de la escalera.
—¿Madame de Béarn? —preguntó la favorita.
—Está muy enferma y no puede recibir.
—¡Que está enferma! —repitió la condesa—; precisamente me trae el deseo de averiguar el estado de su salud.
Y rápida como un pájaro subió la escalera en menos de un segundo.
—Señora, señora —gritó la posadera—, que van a forzar vuestra puerta.
—¿Quién? —preguntó la pleitista desde el interior de su aposento.
—Yo —respondió la favorita presentándose de repente en el umbral, con una fisonomía completamente adecuada a las circunstancias, pues expresaba la sonrisa de política, juntamente con la contracción propia del sentimiento.
—¡Vos aquí, señora! —exclamó la condesa, pálida de espanto.
—Sí, amiga mía, vengo a significaros lo mucho que he sentido vuestro accidente, del cual me han informado ahora mismo. ¿Cómo ha sucedido? Referídmelo.
—¡Ay! ni aun me atrevo a ofreceros un asiento en este cuchitril.
—Sé que tenéis un castillo en Turena, y me hago cargo de lo que es hospedarse en una posada.
Sentóse la favorita, y la vieja conoció que no era para poco tiempo.
—¿Os molesta mucho? —preguntó madame Du Barry.
—Horriblemente.
—¿Y es la pierna derecha? ¡Válgame Dios! ¿De qué modo os habéis

quemado?
—Del modo más sencillo: tenía cogida la cafetera, se me resbaló el mango de la mano, y un cuartillo de agua que contenía cayó hirviendo sobré mi pie.
—¡Qué dolor!...
—¡Ay, sí! ¡Pero cómo ha de ser! Siempre vienen juntas las desgracias.
—¿Sabéis que os estuvo esperando el rey esta mañana?
—¡Jesús!, cuánto lo siento, señora...
—¡Y que sintió mucho que hubieseis faltado!
—Tengo pensado, tan pronto como pueda, presentarme a Su Majestad y disculparme con mis padecimientos.
—Observad que no digo esto por afligiros —añadió la favorita advirtiendo la sequedad de la vieja—, sino para manifestaros lo mucho que Su Majestad estimaba y agradecía vuestra visita.
—Ya veis mi posición, señora.
—Sin duda; ¿pero queréis que os diga una cosa?
—Señora; tendré mucho gusto en oírla.
—Pues yo tengo la opinión, y es muy probable, de que esa desgracia ha de provenir de alguna fuerte emoción que habréis sufrido.
—No diré que no —repuso la vieja pleitista, inclinando con una reverencia la parte superior de su cuerpo—: me produjo mucha sensación el honor que me hicisteis de recibirme con tanta amabilidad.
—Creo que aún ha de haber otra causa.
—¿Otra? Que yo sepa, no, señora.
—Vaya, sí, un encuentro...
—¿Mío?
—Sí, cuando salisteis de casa.
—Señora, iba en el coche de vuestro señor hermano y a nadie hallé.
—Antes de subir a él.
La vieja manifestó, quedando pensativa, que procuraba recordar.
—Cuando bajabais los últimos escalones.
La de Béarn fingió que prestaba mayor atención.
—Sí —prosiguió la favorita con una sonrisa de impaciencia—; ¿cuando salíais no entró una persona en casa?
—Perdonad, señora; estoy desmemoriada... no recuerdo...
—Una mujer... Ya habéis dado en el *quid*.
—Tan corta es mi vista, señora, que os encontráis a dos pasos y no os

distingo. Conque por ahí podéis juzgar.
—Vamos, puede más que yo —dijo entre sí la condesa—. Dejémonos de astucias, porque me vencería.
—Ya que no habéis visto a esa señora —prosiguió en voz alta—, voy a deciros quién era,
—¿Cuál? ¿La que entró cuando yo salía?
—Efectivamente. Era mi cuñada, la señorita Du Barry.
—¡Ah! muy enhorabuena; pero como yo no tenía el honor de conocerla...
—Sí, porque la habíais visto ya otra vez.
—¿Yo?.
—Sí, y hablado.
—¿A la señorita Du Barry?
—Sí, a la señorita Du Barry; pero en aquella ocasión se llamaba la señorita Flajeot.
—¡Ah! —exclamó la vieja con una aspereza que no pudo ocultar—. ¡Ah! ¿conque la fingida señorita Flajeot, que vino a visitarme y me obligó a ponerme en camino, era vuestra cuñada?
—En persona.
—¿E iba enviada con el objeto de mofarse?
—No, para serviros, y para que me sirvieseis.
—Creo —dijo la vieja arrugando sus pobladas y cenicientas cejas— que no ha de serme muy beneficiosa esa visita.
—¿Os recibió tal vez mal M. de Maupeou?
—El hombre propone y Dios dispone.
—Vamos, señora, a hablar seriamente —dijo madame Du Barry.
—Ya os oigo.
—¿Os quemasteis el pie?
—Viéndolo estáis.
—¿Y es grave la quemadura?
—De un modo espantoso.
—¿Y no podéis, a pesar de esa herida, que seguramente será dolorosa, pero que no puede ofrecer peligro, no podéis hacer un esfuerzo, sufrir el movimiento del carruaje hasta llegar a Luciennes, y estar de pie un segundo en mi gabinete delante del rey?
—No es posible, señora, sólo al pensar en levantarme, tiemblo.
—¿Tan terrible es esa quemadura?

—Terrible, sí, señora.
—¿Y quién os cura, os visita y asiste?
—Conservo, como toda persona que ha tenido casa, recetas para quemaduras, y me aplico un bálsamo que yo misma he confeccionado.
—¿Y se puede sin indiscreción ver ese específico?
—En ese frasco que veis sobre la mesa está.
—¡Hipócrita! —exclamó para sí la favorita—, ¡hasta qué punto ha llevado el disimulo! Mucho se sostiene, pero aguardemos el desenlace.
—También yo —añadió en voz alta— tengo un aceite admirable para esas heridas, más no se puede aplicar sin conocer antes de qué clase es la quemadura.
—¿Cómo?
—Hay llagas, ampollas y desolladuras; no sé medicina, ¿pero quién no se ha quemado alguna vez en su vida?
—Lo que yo tengo es desolladura —dijo la vieja.
—¡Cuánto os mortificará, Dios mío! ¿Queréis que os aplique mi aceite?
—Con mucho gusto, señora. ¿Le traéis?
—No; pero lo enviaré...
—Muchas gracias.
—¡Ya! pero será preciso que yo examine la gravedad de la herida.
Hizo la vieja un ademán de sorpresa y exclamó:
—¡Oh!... no, señora, no quiero ofrecer a vuestra vista tan desagradable espectáculo.
—Vamos —pensó la favorita—, ya la cogí.
—Nada temáis —continuó en voz alta—, estoy familiarizada con las heridas.
—No obstante, señora, las leyes del decoro me prohíben...
—Cuando se trata de socorrer al prójimo, deben olvidarse esos miramientos.
Y extendió con ligereza su mano hacia la pierna que tenía la condesa apoyada en su sillón.
Todavía no la había tocado cuando un terrible y doloroso grito se escapó del pecho de la vieja.
—Perfectamente representado —murmuró madame Du Barry, observando, crispación por crispación, el descompuesto rostro de madame de Béarn.
—¡Me muero! —gritaba ésta—. ¡Ay, señora! ¡Qué susto he pasado!
Y como si fuera a desmayarse, se inclinó hacia atrás, con la vista amortiguada y cubierta de mortal palidez sus mejillas.

—¿Puedo proseguir? —preguntó la favorita.
—Como queráis —contestó con melancólico acento la litiganta.
Quitó la condesa sin perder un minuto el alfiler que prendía los primeros paños que envolvían la pierna y desató presurosa la venda.
Extraordinariamente sorprendida concluyó su operación, al ver que la vieja no oponía resistencia alguna.
—Espera tal vez que llegue al cabezal, para exhalar nuevos gritos —dijo entre sí la condesa—; pero primero la ahogo, que dejar de verla la pierna. Y prosiguió su operación.
La vieja seguía quejándose, mas no hizo el menor movimiento.
Levantado el cabezal, una verdadera llaga se presentó a los ojos de madame Du Barry: allí no había engaño. La quemadura, cárdena y sanguinolenta, hablaba elocuentemente. Podía muy bien madame de Béarn haber visto y conocido a Chon; pero en este caso se elevaba a la altura de Porcia Mucio Escévola.
Fue tanto el asombro de la favorita, que no le permitió pronunciar ni una sola palabra.
Respuesta un tanto, gozaba plenamente de su victoria, fijando triunfante sus pardos ojos en la condesa, arrodillada a sus pies.
Puso ésta de nuevo el cabezal, con el delicado esmero propio de las mujeres, cuya mano es tan ligera para una herida; y colocando de nuevo sobre el almohadón la pierna de la litigante, dijo sentándose a su lado:
—Observo que sois más fuerte de lo que yo suponía, y os suplico me perdonéis de no haber entrado desde luego en la cuestión, como convenía a una mujer de vuestro mérito. Exponed vuestras condiciones.
Centellearon los ojos de la vieja; pero aquel brillo, pasajero como el del relámpago, desapareció enseguida.
—Decid claramente vuestros deseos —contestó—, y veré en qué puedo serviros.
—Deseo —replicó la condesa —que me presentéis en Versalles, aun cuando os cueste una hora de los terribles dolores que habéis sufrido esta mañana.
Sin pestañear, escuchaba la de Béarn.
—¿Y qué más?
—Nada; hablad vos ahora.
—Yo deseo —repuso la vieja con una energía que demostró claramente a la condesa que trataba de potencia a potencia—, yo quisiera que se me

asegurasen las doscientas mil libras de mi pleito.
—Pero si le ganáis, se convertirán en cuatrocientas mil.
—No, porque considero como si fuesen mías las doscientas mil que me disputan los Saluces. Las otras serán como un regalo que sumaré al honor de haberos conocido.
—¡Bien! Se os darán esas doscientas mil libras. ¿Qué más, señora?
—Un hijo tengo a quien amo con ternura. Siempre llevaron los Béarn honrosamente la espada, y, nacidos para mandar, son, como debéis conocer, malos soldados. Es preciso, pues, que se otorgue a mi hijo el mando de una compañía, y un despacho de coronel para el año que viene
—¿Y quién ha de sostener ese regimiento, señora?
—El rey, porque si empleo en él las doscientas mil libras de mi beneficio, me quedaré mañana tan pobre como hoy.
—De manera que ya eso asciende a seiscientas mil.
—Cuatrocientas mil, suponiendo que el regimiento valga doscientas mil, que es apreciarle muy caro.
—Corriente, quedaréis complacida.
—También deseo pedirle al rey la restitución de mi viña de Turena, cuatro fanegas de tierra, que los ingenieros reales me arrebataron para el canal, hace dos años.
—Os las pagarían.
—Sí; pero lo que resolvieron los peritos, y exactamente las tasaba yo en el doble que ellos.
—Muy bien, os las pagarán segunda vez. ¿Queda algo?
—Sí, señora. Como podéis considerar, estoy ahora bastante atrasada, y tengo con M. Flajeot una cuentecilla pendiente, que asciende a nueve mil libras.
—¡Nueve mil libras!
—¡Oh! ¡esto es preciso! M. Flajeot es un excelente consejero.
—Ya lo creo —dijo la favorita—. Bien, se pagará esa deuda de mi propio peculio. Ya habéis visto que he sido en extremo complaciente.
—¡Ah! sois bastante bondadosa: por mi parte se me figura haberos demostrado también mi buen deseo.
—¡Oh! ¡Si supierais cuánto siento esa quemadura! — dijo madame Du Barry.
—Pues yo no, porque a pesar de ello, espero que mi afecto me dará fuerzas para serviros como si nada hubiese ocurrido.
—Concretemos el asunto —dijo la favorita.

—Poco a poco.
—¿No os olvidáis de nada?
—Un detalle.
—Veamos.
—Jamás creí tener el honor de presentarme al gran rey. ¡Ay de mí! Ya hace mucho tiempo que Versalles y sus esplendores han cesado de serme familiares; de suerte que estoy sin traje.
—Ya tenía yo prevista esa circunstancia, señora, y ayer, tan pronto como nos separamos, se principió un vestido de presentación para vos, cuidando de encargarle a otra modista distinta de la mía, para que tenga menos trabajo. Para mañana a medio día, quedará terminado.
—Alhajas tampoco tengo.
—Mañana os entregarán los señores Boemer y Bossange, por orden mía, un aderezo de doscientas diez mil libras, que recibirán pasado mañana por doscientas mil. De esta suerte, vuestra indemnización quedará satisfecha.
—Muy bien, señora; nada más deseo.
—Yo me alegro mucho.
—¿Y el despacho de mi hijo?
—Os lo entregará el mismo rey en persona.
—¿Y la promesa de los gastos para la organización del regimiento?
—Se incluirán en el despacho.
—Muy bien. Sólo nos resta tratar ahora de mis viñas.
—¿Y cuánto creéis que valen esas cuatro fanegas, señora?
—En seis mil libras cada una. Son tierras sobresalientes.
—Firmaré una obligación de doce mil libras, que con las doce mil que ya habéis recibido, forman exactamente las veinticuatro mil.
—Ahí tenéis recado de escribir, señora —dijo la vieja indicando con el dedo.
—Yo misma tendré el honor de llevároslo —repuso la Du Barry.
—¿A mí?
—Sí.
—¿Con qué objeto?
—Con el de que os dignéis escribir a Su Majestad la carta que voy a tener el honor de dictaros. *Toma y daca*.
—Es justo.
—Pues escribid, si lo creéis conveniente.
La vieja aproximó a la mesa un sillón, preparó el papel, y tomó la pluma, y

esperó.
La favorita dictó lo siguiente:

«Señor: El placer que experimento al ver aceptada por Vuestra Majestad la oferta que he hecho de ser madrina de mi querida amiga la condesa Du Barry...»

Los labios de la vieja se contrajeron nerviosamente y apretó sobre el papel la pluma, hasta ser imposible escribir.
—Esa pluma está mala, condesa —dijo la favorita—, tomad otra.
—No es necesario, señora, ya se acostumbrará.
—¿Lo creéis?
—Sí.
Madame Du Barry continuó:

«Me da aliento a rogar a Vuestra Majestad que se sirva mirarme con ojos propicios, cuando mañana me presente en Versalles, pues os dignáis consentirlo. Me atrevo a esperar, señor, que Vuestra Majestad me honrará con una buena acogida, perteneciendo a una familia cuyos jefes han derramado su sangre en servicio de los príncipes de vuestra augusta estirpe.
—Firmad ahora. La condesa firmó:
»Anastasia-Eugenia-Rodolfina, Condesa de Béarn.»

Con pulso sereno escribió la vieja; los caracteres tenían tamaño de media pulgada, e iban adornadas sus palabras de una numerosa cantidad de faltas de ortografía.
Luego que hubo firmado apretó con una mano su carta, y con la otra presentó tintero, papel y pluma a la condesa Du Barry, quien en renglones derechos y rasgueados redactó una obligación de veintiún mil francos; doce mil para indemnizar la pérdida de las viñas, y nueve mil para pagar los honorarios del licenciado Flajeot.
Enseguida escribió una esquela a los señores Boemer y Bossange, joyeros de la real casa, manifestando que entregasen al portador el aderezo de diamantes y esmeraldas llamado *Luisa*, porque procedía de la princesa, tía del joven Luis-Augusto, príncipe heredero, que lo había enajenado para sus limosnas.
Concluida esta operación, madrina y ahijada se entregaron recíprocamente

sus papeles.
—Perfectamente —dijo la favorita—, ahora dadme una prueba de vuestra amistad, querida condesa.
—Con todo mi corazón, señora.
—Estoy convencida de que no hallaréis obstáculos en instalaros en mi casa. Trochin os curará en menos de tres días. Venid, y al mismo tiempo probaréis mi aceite, que es prodigioso.
—Señora, perdonad —dijo la prudente vieja—, aun tengo que despachar aquí varios asuntos.
—¿Me desairáis?
—Al contrario, señora, acepto vuestra oferta, pero no en este momento. La una acaba de dar en la Abadía; concededme hasta las tres, y a las cinco en punto me encontraré en Luciennes.
—¿Permitís que a las tres venga a buscaros mi hermano en su coche?
—Con mucho gusto.
—Bien, que os cuidéis hasta entonces.
—No temáis nada, os he dado mi palabra, y aun cuando me hubiese de costar la vida, me hallaré mañana en Versalles.
—Hasta la vista, querida madrina.
—Hasta más ver, adorable ahijada.
Separáronse, y la condesa continuó acostada con una pierna sobre los almohadones, una mano en sus papeles y la favorita, mucho más ligera que a su llegada, pero con el corazón algún tanto oprimido por haber sido más débil que una vieja; ella, que con tanta facilidad vencía siempre al rey de Francia.
Cuando pasó por la puerta del salón vio a Juan que, para no ser sospechoso por su tardanza, acababa de atacar la segunda botella.
En cuanto vio a su cuñada, saltó de su silla y corrió hacia ella.
—¿Qué hay? —preguntó.
—Acuérdate de cuando el mariscal de Sajonia dijo al rey mostrándole el campamento de Fontenoy: «Señor, por este espectáculo conoceréis cuan cara y dolorosa es una victoria».
—¿Pero vencimos? —preguntó Juan.
—Oye otra sentencia de los antiguos: «Otra victoria como ésta, y quedamos arruinados».
—¿Pero tenemos madrina?
—¡Ya lo creo!, pero nos cuesta cerca de un millón.

—¡Cáspita! —exclamó Juan haciendo un horrible gesto.
—¿Qué quieres, hijo? Se aprovecha de la ocasión.
—¡Eso clama al cielo!
—Y hemos de estar calladitos, porque podría ocurrir, si se nos escapa una palabra, que nos quedáramos sin madrina o nos costase el doble.
—¡Voto a bríos! ¡qué mujer!
—Es una romana.
—Di mejor una griega.
—Sea lo que quiera, prepárate para ir por ella a las tres y conducirla a Luciennes. Estaré intranquila hasta tenerla bajo llave.
—De aquí no me muevo —dijo Juan.
—Voy a disponerlo todo —repuso la favorita. Y subiendo a su coche, gritó:
—A Luciennes, y mañana a Marly.
—Por mi fe —murmuró Juan siguiendo con su vista al carruaje—, que somos muy costosos a la Francia... pero esto honra a los Du Barry.

XXXVI

CONSPIRACIÓN

Luis XV había vuelto a Marly en donde acostumbraba a recibir a su corte. No es tan esclavo de la etiqueta como Luis XIV, deseoso como siempre de hallar en las reuniones de la corte ocasiones de ensayar su poder; antes al contrario, el rey Luis XV concurría solamente a ellas para adquirir noticias que escuchaba con interés, o para observar con detenimiento la variedad de fisonomías, distracción que prefería a todas, y sobre todo, cuando en ellas aparecía retratada la alegría.
La noche de la entrevista que ya conocen nuestros lectores, y dos horas después de haberse instalado madame de Béarn en el gabinete de la condesa Du Barry, Luis XV, sentado en el salón azul, jugaba acompañado de la duquesa de Ayen y de la princesa de Guemenée.

Aparecía Su Majestad sumamente pensativo, y a causa de esta distracción perdió ochocientos luises. Esta pérdida le tenía ya predispuesto a tratar de asuntos graves, porque Luis XV, digno descendiente de Enrique IV, deseaba como él ganar siempre, se levantó a las nueve para ir a hablar en el alféizar de una ventana con M. de Malesherbes, hijo del ex canciller, cuando M. de Maupeou, que estaba conversando con M. de Choiseul en otra ventana que había enfrente, observaba la conversación con miradas llenas de inquietud.
Luego que el rey se levantó, formóse un corro junto a la chimenea, compuesto de las princesas Adelaida, Sofía y Victoria, que regresaban por los jardines, seguidas de sus damas de honor y gentileshombres.
El rey, preocupado por asuntos del mayor interés, pues era notoria la austeridad de M. de Malesherbes, y como en torno suyo había una multitud de oficiales de tierra y mar, y grandes dignatarios, retenidos discretamente por el respeto, la pequeña corte de la chimenea, bastándose a sí misma, preludiaba ya una conversación más animada, con algunas escaramuzas que únicamente podrían considerarse como lances de vanguardia.
Eran las principales de aquella reunión, además de las tres hijas del rey, las señoras de Grammont, Guemenée, Choiseul, Mirepoix y Polastron.
Cuando observamos este grupo, madame Adelaida refería la historia de cierto obispo encerrado en la penitenciaría de la diócesis. Nos abstendremos de repetir todas las circunstancias de esta narración, que era en extremo escandalosa, y en particular en boca de una princesa real; pero la época que pretendemos describir, no estaba, como es sabido, bajo la advocación de la diosa Vesta.
—Pues sin embargo, señores —dijo Victoria—, ese obispo estuvo aquí apenas hace un mes.
—En el palacio de Su Majestad estaríamos expuestos a peor encuentro —repuso madame de Grammont—, si se admitiese a los que pretenden entrar aunque nunca han entrado aquí.
Todos comprendieron por el tono con que fueron pronunciadas aquellas palabras, a quién aludía, y sobre qué terreno iba a plantearse la conversación.
—Afortunadamente hay gran diferencia de querer a poder, ¿no es cierto, duquesa? —dijo, mezclándose en la conversación un personaje de pequeña estatura, que aunque había cumplido setenta y cuatro años, representaba escasamente cincuenta, si se atiende a su elegante talle, viveza de sus ojos, blanco cutis y hermosa mano.

—¡Bueno! —dijo la duquesa—, aquí tenemos a M. de Richelieu lanzándose a la escala como en Mahón, y tomando nuestra pobre conversación por asalto. Nunca dejará de brillar en vos algo de talento militar.
—¡Algo!; me ofendéis, decid mucho.
—¿Conque es cierto lo que yo decía?
—¿Cuándo?
—Ahora mismo.
—¿Qué decíais?
—Que las puertas del rey no se violentan...
—¿Como cortinas de alcoba? Justamente, duquesa; ahora como siempre participo de vuestra opinión.
Algunos rostros se ocultaron tras los abanicos al oír esta contestación; pero produjo efecto, aunque los detractores de todo lo antiguo supusieran que la gracia del duque se había ya agotado.
La de Grammont se sonrojó, pues a ella iba principalmente dirigido el epigrama.
—Señoras —continuó—, si por lo que se ve el duque sigue diciéndonos semejantes cosas, no terminaré mi historia, y a fe que perderéis mucho, como no pidáis al mariscal que os cuente otra.
—¡Interrumpiros yo —exclamó éste—, cuando vais indudablemente a murmurar de algún amigo mío! ¡Dios me libre!; escucharé, por el contrario, con todo el oído que me resta.
El corro fue estrechándose alrededor de la duquesa, quien lanzó una ojeada hacia la ventana para convencerse de que el rey continuaba allí.
Efectivamente, estaba allí; pero aunque hablando con M. de Malesherbes, no perdía de vista el grupo, y su mirada se cruzó con la de madame de Grammont.
Dejó a esta muy intimidada la expresión que a su parecer leyó en los ojos del rey; pero había comenzado y no podía retroceder.
—Ya sabéis —continuó dirigiéndose principalmente a las tres princesas—, que una señora (importa poco el nombre, ¿no es verdad?) tuvo deseos de vernos a nosotras las elegidas del Señor, en el trono de nuestra gloria, cuyos rayos la matan de envidia.
—¡Vernos! ¿dónde? —preguntó el duque.
—En Versalles... Marly... Fontainebleau...
—¡Vamos!¡vamos!

—La infeliz criatura no había conseguido ver nuestras reuniones, sino en los banquetes del rey a que son admitidos los papanatas tras las cortinas para ver comer a Su Majestad y sus invitados, desfilando por su puesto bajo la varita del ujier de servicio.
En esto Richelieu tomó un polvo que fue estrepitoso, de una caja de porcelana de Sèvres.
—Pero para contemplarnos en Versalles, en Marly o en Fontainebleau es indispensable ser presentado —repuso el duque.
—Es claro: y la señora de quien se trata solicitó su presentación.
—Cualquier cosa apostaré a que le fue otorgada —dijo el duque—, ¡es tan bueno el rey!
—Sí, pero desgraciadamente no basta el permiso de Su Majestad; es necesario además una persona que presente.
—Es verdad —repuso madame de Guemenée—; como si dijésemos, una madrina...
—Sí, pero no todos la encuentran —añadió madame de Mirepoix—; testigo la bella borbonesa, por ejemplo, que la busca y no la encuentra. Y se puso a cantar:

La hermosa borbonesa
encuéntrase afligida...

—¡Vaya! mariscala, mariscala —interrumpió Richelieu—, dejad todo el honor de su relación a la señora duquesa.
—Sí; sí, continuad, duquesa —añadió madame Victoria-, no nos vayáis a dejar a media miel, después de habernos abierto el apetito.
—No por cierto: tengo muchísimo gusto en narrar mi historia hasta el final. Como no tenía madrina, trató de buscarla. «Buscad y hallaréis», dice el Evangelio; y buscó con tanto afán, que logró encontrarla; ¡pero qué madrina! ¡Dios mío! Una buena mujer del campo, muy simple, muy cándida. La sacaron de su palomar, la mimaron, la obsequiaron y la adornaron.
—¡Qué escándalo! —exclamó madame de Guemenée.
—Pero de repente, cuando la pobre provinciana estaba tan mimada, regalada y lujosa, he aquí que baja rodando la escalera de su casa...
—¿Y qué? —interrogó M. de Choiseul.

Una pierna se quebró.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! —dijo la duquesa, agregando un verso de circunstancias a los dos de la mariscala de Mirepoix.
—¿De modo —preguntó la de Guemenée—, que ya no habrá presentación?
—Ni sombra, querida.
—¡Oh Providencia! —exclamó el mariscal alzando las manos al cielo.
—Por mi parte —repuso madame Victoria—, compadezco mucho a esta pobre provinciana.
—Antes al contrario —dijo la duquesa—, debéis felicitarla, pues de dos males, ha elegido el menor.
La condesa contúvose de pronto: acababa de encontrarse con otra mirada del rey.
—¿Y esa señora quién es? —preguntó el mariscal como deseando conocer a la persona de quien se trataba.
—No han dicho el nombre.
—¡Qué lástima!
—Haced lo que yo, que he tenido el trabajo de adivinarlo.
—Si permaneciesen fieles a los principios de honor de la antigua aristocracia francesa las señoras presentadas —dijo madame de Guemenée irónicamente —, irían todas a dejar sus nombres en casa de esa provinciana que ha tenido el sublime pensamiento de romperse una pierna.
—Es cierto —dijo M. de Richelieu—, apruebo la idea; pero sería conveniente conocer el nombre de esa honrada señora que nos salva de tan gran peligro, porque ya no deberemos temer nada; ¿no es así, querida duquesa?
—Nada absolutamente; la pobre señora se encuentra en cama con la pierna empaquetada, e incapaz de dar un paso.
—¿Y si por casualidad esa mujer —dijo madame de Guemenée— hallase otra madrina? ¡Es tan traviesa!...
—No hay que tener miedo: no la encontrará tan fácilmente.
—¡Es claro! —agregó el mariscal tomando una de las prodigiosas pastillas, que según se decía, conservaban su eterna juventud.
En aquel momento dio el rey un paso como para acercarse, y todos callaron. Su voz tan clara y tan conocida, resonó en el salón.
—Adiós, señora; buenas noches, caballeros.
Levantáronse todos enseguida; pero no bien hubo dado el monarca algunos

pasos hacia la galería, cuando volviéndose agregó:
—Ahora que me acuerdo, mañana habrá presentación en Versalles.
Como un rayo cayeron aquellas palabras sobre la asamblea. El rey paseó su vista sobre aquel grupo de mujeres que se contemplaban unas a otras, pálidas como la cera, y salió sin añadir la menor palabra. Tan pronto como cruzó el umbral del salón con su numerosa comitiva, estalló la mina entre las princesas y demás personas que permanecieron después de su partida.
—¡Una presentación! —murmuró la duquesa de Grammont con tono balbuciente y rostro lívido—. ¿Qué es lo que ha querido decir Su Majestad?
—¿Tal vez será la vuestra, duquesa? —preguntó el mariscal con una de aquellas sonrisas maliciosas, que no le perdonaban ni sus mejores amigos.
Las hijas del rey mordiéronse con despecho los labios.
—Vamos; eso no puede ser —decía repetidas veces con apagada voz madame de Grammont.
—Sí; pero en nuestros tiempos —añadió el mariscal—, se curan muy bien las piernas rotas.
Se acercó M. de Choiseul a su hermana, y le apretó el brazo para contenerla; pero estaba demasiado irritada y ofendida para obedecer aquella seña.
—¡Sería una infamia! —exclamó.
—Sí, ¡una infamia! —repitió madame de Guemenée. M. de Choiseul se retiró, comprendiendo cuan estériles serían todas sus observaciones.
—¡Ah, señoras! —exclamó la duquesa dirigiéndose a las hijas del rey—, vosotras sois nuestro único recurso. ¿Es posible que siendo las primeras del reino, consintáis que nos veamos expuestas a tropezar en el inviolable asilo de las personas de nuestra clase, con una compañera que despreciarían nuestras camaristas?
Sin responder las princesas bajaron tristemente la cabeza.
—¡En nombre del cielo! —repitió madame de Guemenée.
—El rey es el amo —contestó Adelaida exhalando un suspiro.
—Y es muy justo —repuso el duque de Richelieu.
—¡Pero es que está comprometida toda la corte de Francia! —exclamó la condesa—. ¡Ah! caballeros, ¡qué poco os importa el honor de vuestras familias!
—Señoras —dijo M. de Choiseul intentando sonreír—, como esto huele a conspiración, no os ofenderéis porque me retire acompañado de M. de Cartines. ¿Venís, duque? —continuó dirigiéndose al mariscal.

—No, porque las conspiraciones son mi elemento y deseo quedarme, y me quedo.
Retiróse Choiseul, llevándose a M. de Sartines. Los pocos caballeros que estaban presentes, lo imitaron.
Solamente quedaron en compañía de las princesas las señoras de Grammont, Guemenée, Ayen, Mirepoix, Polastron y otras ocho o diez que habían abrazado con ahínco la causa contra la presentación.
Richelieu era el único hombre que allí había, y le miraban las señoras tan inquietas como a un troyano en el campamento de los griegos.
—Podéis hablar sin temor —dijo el duque—, yo represento a mi hija la condesa de Egmont.
—Hay un medio, señoras —dijo la duquesa de Grammont—, un recurso para protestar contra la ignominia que pretenden imponernos, y por mi parte estoy resuelta a emplearle.
—¿Cuál es? —preguntaron a la vez todas las mujeres.
—Nos han dicho «el rey es el amo».
—Y yo he respondido: «me parece justo que lo sea» —dijo el duque.
—El rey es amo en su casa, no lo niego; pero en la nuestra lo somos nosotras; luego, ¿quién puede estorbarme que diga esta noche a mi cochero: a Chanteloup, en lugar de decirle, a Versalles?
—Es cierto —repuso M. de Richelieu—; pero aunque protestéis, ¿qué resultará, duquesa?
—Que se reflexionará.
—Y se reflexionaría mucho más —exclamó madame de Guemenée—, si todas hiciésemos lo mismo.
—¿Por qué razón no hemos de seguir el ejemplo de la duquesa? —preguntó la mariscala de Mirepoix.
—¡Ah! Señoras —continuó entonces madame de Grammont, dirigiéndose nuevamente a las hijas del rey—: ¡qué lección podríais dar a la corte!
—¿Se molestaría Su Majestad? —preguntó madame Sofía.
—Estén seguras Vuestras Altezas de que no —exclamó la rencorosa duquesa —. Su Majestad tiene un tino exquisito, y os lo agradecería muchísimo, porque, debéis creerme, el rey no violenta a nadie.
—Todo lo contrario —dijo el duque de Richelieu, refiriéndose por segunda o tercera vez a una invasión que madame de Grammont había hecho una noche en la cámara del rey—; a él sí que le violenta; a él sí que le toman por asalto.

Aquellas palabras causaron en aquel círculo una impresión parecida a la que se observa en una compañía de granaderos cuando estalla una bomba.
Pero aquella impresión pasó a los pocos segundos.
—Es verdad que nada ha dicho Su Majestad viéndonos cerrar nuestra puerta a la condesa —dijo madame Victoria estimulada por la algazara de la asamblea—; pero podría ocurrir que en una ocasión tan solemne...
—¡Es claro! —insistió madame de Grammont—; mas para eso era preciso que vosotras fueseis las únicas que os revelaseis; pero cuando advierta que todas hemos desertado...
—¿Todas? —exclamaron las mujeres.
—¡Todas! —volvió a decir el viejo mariscal.
—Según veo sois también del complot —dijo madame Adelaida.
—Es indudable, y aun para eso pido la palabra.
—Hablad, duque, hablad —dijo madame de Grammont.
—Procedamos con orden —continuó M. de Richelieu—: no basta clamar: «¡todas, todas!» Nadie habrá capaz de desgañitarse gritando: «haré tal cosa», y cuando llegue la ocasión, hará enteramente lo contrario. De tal modo, que siendo yo del complot, como he tenido el honor de confesar, no quiero verme abandonado, como lo fui siempre que conspiré en tiempo del difunto rey o en la época de la regencia.
—Me parece, duque —dijo con ironía reconcentrada madame de Grammont —, que olvidáis donde estáis: en el país de las Amazonas, habláis con humos de jefe.
—Señora —repuso Richelieu—, perdonadme el honor de creer que tengo algún derecho a ese título que me disputáis. Aborrecéis a madame Du Barry, ea, se me escapó su nombre, pero nadie lo ha oído, ¿es cierto?; aborrecéis a madame Du Barry más que yo, pero no negaréis que estoy más comprometido que vos.
—¿Vos comprometido, duque? —preguntó la mariscala de Mirepoix.
—Y de un modo horrible: hace ocho días que no he estado en Luciennes, y cuatro que no voy a Versalles. Tan verdad es, que ayer la condesa envió al pabellón de Hannover a preguntar si estaba enfermo. Rafe contestó que me hallaba bien, que no había vuelto desde la víspera. Pero no soy ambicioso, abandono mis derechos, os dejo la primera fila, y hasta os coloco en ella. Todo lo habéis hecho conmover en sus cimientos; habéis sido el botafuego; a quien ha revolucionado las conciencias, corresponde el bastón de mando.

—Después de las princesas —dijo respetuosamente la duquesa.
—Concedednos el papel pasivo —dijo madame Adelaida—. Hemos de ir a ver a nuestra hermana Luisa a San Dionisio, nos detiene, no volvemos, y nadie nos puede censurar.
—Absolutamente nadie —repuso el duque—: ¿quién tendría tan malas intenciones?
—Por lo que a mí toca —dijo la duquesa—, estoy resuelta a marchar a Chantaloup, para inspeccionar mis cosechas.
—¡Magnífico! —exclamó el duque—: he ahí una buena excusa.
—Yo —repuso madame de Guemenée—, tengo un hijo enfermo, y me quedaré en casa para cuidarle.
—Yo me siento bastante indispuesta —dijo madame de Polastron—, y seré capaz de enfermar peligrosamente si Trochin no me sangra mañana.
—Y yo —dijo majestuosamente la mariscala de Mirepoix—, no voy a Versalles, porque no se me antoja; esta es la razón que alego; el libre albedrío.
—Muy bien —exclamó Richelieu—, todo eso es muy lógico, pero falta el juramento.
—¿Qué juramento?
—En todas las conspiraciones se jura; desde la de Catilina hasta la de Cellamare, de que tuve el honor de formar parte, siempre ha sido necesario ese requisito: es verdad que no por eso han resultado mejor, pero debemos respetar la costumbre. Juremos, pues; es un acto muy solemne; ahora veréis.
Y diciendo esto, tendió su mano sobre el grupo de mujeres con voz majestuosa y solemne:
—«Juro.»
Exceptuando a las princesas que habían desaparecido, todos los demás repitieron la palabra sacramental.
—Entonces —dijo el mariscal—, se levanta la sesión: después de jurar en una conspiración, nada más se hace.
—¡Cómo se pondrá cuando se vea sola en el salón! —exclamó madame de Grammont.
—Vamos a ver si nos destierra Su Majestad —continuó Richelieu.
—Y en este caso, ¿qué será de la corte, duquesa? —exclamó madame de Guemenée—. ¿A quién verá Su Majestad danesa cuando llegue a Versalles? ¿Quién saldrá a recibir a la princesa? Pero jamás se destierra a toda una corte;

lo que se hace, es elegir algunas personas.
—Verdad: ésa es la costumbre —dijo M. de Richelieu—, y aun podré agregar que siempre ha dado la casualidad de entrar yo en el número de los escogidos. Y lo fui por la cuarta vez, pues debo advertir, señoras, que ésta es la quinta conspiración en que intervengo.
—Nada hay que temer, duque —dijo madame de Grammont—; la sacrificada seré yo.
—O M. de Choiseul —añadió el mariscal.
—A él le ocurrirá lo que a mí, perderá el favor de Su Majestad, pero no tolerará una afrenta.
—Ninguno de vosotros irá desterrado —dijo la mariscala de Mirepoix—. A mí sí, pues el rey no perdonará nunca que sea menos tolerante con la condesa, de lo que he sido con la marquesa.
—Cierto es —añadió el duque—. ¡Vos, conocida con el nombre de la favorita de la favorita! ¡Pobre mariscala! ¡Nos desterrarán juntos!
—Seremos todos desterrados —repuso levantándose madame de Guemenée —; porque confío en que ninguno desistirá de lo que se ha convenido.
—Y de los juramentos que aquí hemos hecho —añadió M. de Richelieu.
—Tengo un plan —dijo la de Grammont—, de tomar con tiempo mis medidas por lo que pueda ocurrir.
—¿Vos? —interrogó con interés el duque.
—Sí; porque para ir mañana a las diez a Versalles, se precisan tres cosas.
—¿Cuáles?
—Un peluquero, un vestido y un coche.
—Seguramente.
—¿Y qué?
—Que la borbonesa no estará a las diez en Versalles; se impacientará el rey, despedirá su corte, y como debe llegar muy pronto la princesa, la presentación se aplazará hasta las calendas griegas.
Estrepitosos aplausos acogieron este nuevo episodio de la conjuración, y a pesar de aplaudir con no menos entusiasmo que los demás concurrentes, M. de Choiseul y madame de Mirepoix cruzaron una mirada de inteligencia. Las once habían dado cuando los conjurados fueron retirándose por el camino de San Germán y Versalles, alumbrado por una hermosa luna, a excepción de M. de Richelieu que, montado en el caballo de su lacayo, se dirigía a París por un atajo, en tanto que su coche, con las persianas caídas, corría a más y mejor

por la carretera de Versalles.

XXXVII

TODO FALTA, Y TODO LLEGA A TIEMPO

El buen tono exigía que la condesa Du Barry no saliese de su casa en Versalles para encaminarse al gran salón de presentaciones, por ser ciudad muy pobre de recursos para día tan solemne.
Siempre llegaban los que iban a ser presentados con el esplendor y la magnificencia de embajadores, ora desde su palacio de Versalles, ora desde su casa de París.
Habiendo elegido este último punto de partida, llegó la favorita a las once de la mañana a la calle de Valois en compañía de la condesa de Béarn a quien tenía siempre bajo llave, cuando no bajo el influjo de su sonrisa, y cuya herida procuraba constantemente aliviar con todos los secretos que proporcionaban en aquella época la medicina y la química.
Juan Du Barry, Chon y Dorotea habíanse desvivido desde la víspera, y el que los hubiera observado en aquella ocupación, podría difícilmente formar una idea de la influencia del oro, y del poder del ingenio humano.
Ésta procuraba apoderarse del peluquero; la otra aguijoneaba a las costureras; Juan, que tenía el suministro de coches, había también tomado a su cargo ejercer vigilancia sobre costureras y peluqueros, mientras la condesa que se ocupaba sólo de las flores, diamantes y encajes, estaba rodeada de alhajas, y cada hora recibía correos de Versalles, ya anunciando la orden de iluminar el salón de la reina, ya afirmando que no ocurría la menor novedad. A las cuatro de la tarde, poco menos, entró el vizconde pálido y agitado, pero alegre.
—¿Qué sucede? —interrogó la condesa.
—Todo está preparado.
—¿Y el peluquero?
—A Dorotea la he encontrado en su casa y hemos quedado conformes. La

entregué un vale de cincuenta luises, y deberá venir a comer a las seis en punto, de manera que por esa parte podemos estar descuidados.
—¿Y el vestido?
—Será de lo más elegante: quien cuida de él es Chon, en tanto veintiséis costureras están cosiendo las perlas, cintas y guarniciones. Así quedará en breve concluida, paño por paño, esa gran obra que hubiera costado ocho días a otras personas menos activas.
—¿Cómo paño por paño? —preguntó la condesa.
—Sí, hermanita, la tela tiene trece paños, hay dos costureras para cada uno. Una cose por la izquierda y otra por la derecha, adornándose cada paño separadamente de modo que no se unirán hasta el último momento. Para las seis de la tarde tendremos el vestido, pues ya no faltan más que dos horas de trabajo.
—Juan, ¿estás seguro?
—El ingeniero y yo hicimos ayer el cálculo de las puntadas: diez mil necesita cada paño, cinco mil por cada costura. En este tejido grueso no puede dar una mujer más que una puntada en cinco segundos; resultan doce por minuto, setecientas veinte por hora, y siete mil doscientas en dos horas. Dejo las dos mil doscientas para los descansos precisos y picaduras falsas, y nos quedan todavía cuatro horas de ventaja.
—¿Y el coche?
—¡Ah! Por lo que respecta al coche, ya sabes que respondo de él; el barniz se está secando en un gran almacén cuya temperatura se ha elevado expresamente a cincuenta grados. Carretela magnífica junto a la cual desmerecerán muchísimo las carrozas enviadas para recibir a la princesa. Además de los blasones que forman el fondo de los Du Barry, *¡Avancemos!*..., he mandado que pinten en los dos del costado dos palomas arrullándose, y un corazón traspasado por una flecha, realzado todo con arcos, aljabas y antorchas. Es incalculable el número de personas que acuden a casa de Francian para verlo: a las ocho en punto estará aquí.
En este momento llegaron Chon y Dorotea, y confirmaron cuanto había dicho Juan.
—Gracias, queridos lugartenientes —dijo la condesa.
—Hermanita —dijo Juan—, tienes hinchados los ojos, puedes dormir una hora, y te será muy provechoso.
—¿Dormir? Bastante dormiré esta noche; muchos no podrán decir otro tanto.

Mientras que estos preparativos se hacían en casa de la Du Barry, circulaban por la ciudad la noticia de la presentación, y por indiferente que parezca, no hay pueblo tan novelero como el parisiense. Ninguna como la insípida generación del siglo dieciocho, ha conocido mejor los personajes de la corte y sus rencorosas intrigas, a pesar de no ser jamás admitida a solemnidad alguna interior, y de tener que conformarse con admirar las jeroglíficas portezuelas de los carruajes, las libreas misteriosas de los lacayos y mensajeros nocturnos. Nada extraño era en aquella época, que tal o cual cortesano fuese conocido en todo París, pues la corte representaba el primer papel en los teatros y paseos. Por eso Richelieu en su palco de la ópera italiana, y madame Du Barry en su coche brillante como el de una reina, eran considerados por el público como un autor predilecto, o como una actriz favorita de nuestros días. Natural es que nos interesen particularmente los semblantes conocidos. Generalmente la favorita era conocida en París por su ardiente deseo de ostentarse en los teatros, paseos y almacenes, como las jóvenes más elegantes, ricas y hermosas. Habían aumentado su popularidad el negro Zamora, y multitud de retratos y caricaturas. La historia de la presentación ocupaba, pues, tanto a París como a la corte misma. En la plaza del palacio real hubo aquel día gran reunión, pero con perdón de la filosofía, no era por hallarse M. Rousseau jugando al ajedrez en el café de la Regencia, sino para admirar a la favorita en su brillante carroza, y con su elegante vestido de que tanto se había hablado. La frase de Juan Du Barry *Costamos caro a la Francia*, era sentencia muy profunda. ¿Había cosa más natural que Francia, representada por París, quisiera gozar de un espectáculo que a tan subido precio pagaba?

Conocía la Du Barry perfectamente su pueblo, porque el pueblo francés fue con más razón el suyo que el de María Leszczynska. Sabía que le agradaba la ostentación, y, como era tan condescendiente, se esmeraba porque el espectáculo fuese proporcionado a los gastos.

No se acostó como lo aconsejara su cuñado, sino que tomó, de cinco a seis, un baño de leche; y se entregó luego a sus camareras, aguardando la llegada del peluquero.

Imagínese el lector un edificio completo, el preludio de esos castillos que la corte del joven rey Luis XVI se edificaba almenados sobre la cabeza, como si la moda frívola, eco de las pasiones sociales que socavaban la tierra bajo los pasos de cuanto era o parecía grande, hubiera ordenado que la aristocracia

gozase poco tiempo de sus títulos, que los ostentase por tanto en su frente; y por último, predicción mucho más fatídica, pero no menos exacta, como si la hubiese anunciado, que debiendo llevar poco tiempo la cabeza sobre los hombros, debía adornarla hasta la exageración, elevándola cuanto pudiese sobre las vulgares.

Para que aquellos hermosos cabellos se trenzasen y pudieran levantarse alrededor de una almohadilla de seda, y luego, enrollarlos sobre moldes de ballena, sembrarlos de piedras, perlas y flores, dejarlos caer aquella capa de finísima nieve que daba brillantez a los ojos, frescura a la tez, y por último, para conseguir armonizar aquellos tonos de carne, nácar, rubí, ópalo, diamantes y flores omnicoloras y multiformes, era necesario ser no solamente gran artista, sino también hombre de paciencia.

De tal suerte que los peluqueros, entre todos los gremios de oficios, eran los únicos que podían llevar espada como los estatuarios; así se explica la circunstancia de los cincuenta luises que entregara Juan Du Barry al peluquero de la corte, y el temor de que el gran Lubin fuese menos exacto o menos diestro de lo que se apetecía.

Pronto se justificaron aquellos temores; dieron las seis, luego las seis y media, y por último las siete menos cuarto, sin que el peluquero llegase. Lo único que infundía esperanzas a aquellos corazones palpitantes, era que un hombre del mérito de M. Lubin, debía naturalmente hacerse esperar.

Mas el vizconde, al dar las siete, no queriendo que se sufriese, y no quedase satisfecho el artista, se resolvió a enviar un lacayo a su casa para avisarle. Regresó éste al cuarto de hora.

Sólo esperando en semejantes circunstancias, puede conocerse cuántos minutos comprende aquel espacio de tiempo.

El lacayo habló con madame Lubin, quien dijo había salido su esposo, y que si no estaba ya en casa de madame Du Barry, sería por haberse detenido en el camino.

—Bien —exclamó el vizconde—, le habrá estorbado el paso algún carruaje: aguardemos.

—No se ha perdido nada; puedo peinarme medio vestida, porque hasta las diez no debe verificarse la presentación. Tres horas nos quedan, y con una nos basta para ir a Versalles. Ea, Chon, enséñame mi vestido, y así entretanto podré distraerme. ¿Pero dónde ha ido? ¡Chon!, ¡mi vestido, mi vestido!

—Si aun no le ha traído —respondió Dorotea—: hace diez minutos que salió

la señorita Chon a buscarle.
—¿Has oído? —exclamó Du Barry—: un coche suena; será sin duda el nuestro.
Conoció que se engañaba el vizconde al ver que era Chon la que llegaba en su carruaje, tirado por dos caballos bañados en sudor.
Aun no había entrado Chon cuando ya gritó la, favorita: —¡Mi vestido, mi vestido!
—¡Cómo! —respondió asombrada la recién llegada—, ¿todavía no le han traído?
—No. —No tardará —continuó tranquilizándose—: me dijeron que la modista había salido con dos oficialas para traerle y probarle.
—En efecto —dijo el vizconde—, vive en la calle Bac, y no puede llegar tan pronto en un ¿acre, como tú, con dos buenos caballos.
—Es cierto —replicó Chon, sin poder desechar la intranquilidad.
—Juan —dijo la Du Barry—, podíais enviar por el coche, y así nos tranquilizaríamos por ese lado.
—Está bien —contestó el vizconde.
Abrió la puerta y gritó:
—Que corran a buscar el coche a casa de Francian, y que lleven el tiro para engancharlo desde luego.
Todavía resonaba el ruido de los pasos del cochero, que se encaminaba presuroso a la calle de San Honorato, cuando entró Zamora con una carta en la mano, diciendo:
—Carta para mi ama Barry.
—¿Quién la trajo?
—Un hombre a caballo.
—¿Y por qué te le ha entregado a ti?
—Porque yo estaba en la puerta.
—Juana, lee, no te detengas en preguntas —dijo el vizconde.
—Es verdad.
—Quiera Dios que no traiga alguna noticia desagradable —murmuró Juan.
—¡Ah, bah! —dijo la condesa—, será algún memorial para Su Majestad.
—Según está doblado no creo que sea memorial.
—Vamos, vizconde, el miedo no te deja vivir —dijo la favorita rasgando el sobre.
Así que hubo leído algunas líneas, cuando lanzó un terrible grito, y cayó

exánime en un sillón, exclamando:
—¡Ni peluquero, ni vestido, ni coche!
Chon acudió en socorro de la condesa, mientras Juan se apoderaba de la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Señora: desconfiad, esta noche no podéis tener ni peluquero, ni vestido, ni coche. Supongo que recibiréis con tiempo este aviso. Omito mi nombre por no precisaros a estarme agradecida. Adivinad quien soy, si deseáis conocer una amiga sincera.»

—¡Ay! este golpe es el que nos mata —exclamó el vizconde en el colmo de la desesperación—. ¡Sangre de Cristo!, necesito matar a alguno. ¡No viene el peluquero! Si llego a encontrarle lo despedazo. ¡Las siete y media!... ¡y todavía no llega ese tuno! ¡Ah!, ¡maldición!
Y Du Barry, aunque no era el que debía ser presentado aquella noche, se vengó en sus cabellos arrancándoselos despiadadamente.
—No siento más que el vestido —repuso Chon—; porque un peluquero podría hallarse todavía.
—¿Y de quién podrías echar mano? ¡Voto a cribas! ¿De algún chapucero? Mil rayos los confundan.
Mientras la favorita guardaba silencio, y sólo lo interrumpía tal cual vez con algunos suspiros capaces de conmover a los mismos Choiseul, si pudiesen oírlos.
—Vamos —dijo Chon—, tengamos calma; busquemos un peluquero, volvamos a casa de la modista, para averiguar qué es del vestido.
Y la condesa exclamó abatida: —¡Ni peluquero, ni vestido, ni coche!
—Ni coche, claro está —interrumpió Juan—: ya debiera estar aquí. ¡Ay, condesa, aquí hay complot!
—¡Y los autores de está trama se escaparán sin que los prenda Sartines y sin que Maupeou los mande ahorcar! ¿Y no quemarán a los cómplices en la Grève? He de ver enrolado al peluquero, atenaceada la costurera, y desollado al maestro de coches.
Cuando volvió en sí la condesa, sentía más intensamente el horror de su posición, y murmuraba angustiada: —¡Ahora sí que puedo decir que estoy perdida! ¡Dios mío! Los que han seducido a Lubin, son bastante poderosos para haber también alejado todos los buenos peluqueros de París. Sólo se

hallarán torpes que me arranquen los cabellos... ¡Y mi vestido!, ¡mi pobre vestido!... ¡Y mi coche nuevo que iba a dar tanta envidia!...
Lanzaba el vizconde terribles miradas, dando vueltas por la sala sin responder, cayendo a cada instante contra las paredes, y destrozando los muebles que encontraba al paso.
En el confuso torbellino de esta escena de desolación que desde la pieza del tocador se había comunicado a las antecámaras y al paño, mientras que aturdidos los lacayos por veinte órdenes distintas y contradictorias, iban, venían, corrían y tropezaban unos con otros, un joven, vestido con casaca verde, chupa de raso, calzón lila, y medias blancas de seda, descendiendo de una calesa, atravesaba el patio saltando de puntillas de losa en losa, subía la escalera y llamaba a la puerta del tocador.
En este momento iba Juan a derribar una bandeja de porcelana que se había enganchado en el faldón de su casaca, al impedir la caída de un hermoso jarro del Japón, al que había apostrofado con un puñetazo.
Se oyeron tres golpecitos en la puerta, suaves, misteriosos y modestos.
Silencio profundo siguió a aquella señal, pues tanta era la ansiedad general, que nadie se atrevía ni aun a responder.
—Si me lo permitís —dijo una voz extraña—, desearía hablar a madame Du Barry.
—¡Caballero, caballero!, no es ese el modo de entrar en una casa —gritaba el portero corriendo en pos del desconocido, intentando impedir pasase más adelante.
—Despacio, veamos, ya nada peor puede sucedemos. ¿Deseáis ver a la condesa? —dijo Du Barry abriendo la puerta con violencia capaz de desquiciar aun cuando fuesen las de Gaza.
El recién venido se libró del choque saltando hacia atrás, y cayendo en tercera contestó:
—Como la señora condesa, según creo, está de ceremonia, venía a ofrecerla mis servicios.
—¿Qué servicios son esos?
—Los de mi profesión.
—¿Y cuál es?
—Peluquero —contestó el desconocido.
—¡Ah! —gritó Juan arrojándose en sus brazos—. ¡Sois peluquero! ¡Adelante, querido mío, adelante!

—Venid, venid —dijo Chon, sujetando por la mitad del cuerpo al azorado artista.
—¡Un peluquero! —exclamó la favorita alzando al cielo sus manos—. ¡Un peluquero! ¡sois mi ángel tutelar! ¿Os ha enviado Lubin?
—No me envía nadie. Leí en una gaceta que ibais a ser esta noche presentada; dije para mí; si la señora condesa no tuviese peluquero, que, aun cuando no es probable, es muy posible, ¿qué mal habría en que yo me ofreciese?
—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó con más frialdad la favorita.
—Leonardo, señora.
—¡Leonardo!, ¿no sois conocido?
—Todavía no; pero si aceptáis mis servicios, lo seré mañana.
—Vaya —murmuró Juan—: ¡como si no hubiese más que ponerse a peinar!
—Si desconfía la señora condesa, me retiraré.
—Es que no tenemos tiempo para andar en pruebas — repuso Chon.
—¿De qué servirían las pruebas? —exclamó en un momento de entusiasmo el artista, después de haber examinado con atención a la condesa—. Sé que la señora quiere asombrar con su peinado, y ya tengo inventado el que hará, a no dudarlo, un sorprendente efecto.
Y un movimiento del joven, que manifestaba la mayor confianza, principió a vencer el recelo de la condesa, mientras que infundió esperanzas a sus dos hermanos.
—¿De veras? —dijo la favorita satisfecha del desembarazo del joven, que se contoneaba cual si fuese el gran Lubin en persona.
—Sin embargo, convendría que viese yo el vestido, para que guarden armonía los adornos.
—¡Mi vestido! —exclamó madame Du Barry volviendo a la terrible realidad —; ¡mi pobre vestido!
—Es verdad —dijo Juan dándose una palmada en la frente—, somos víctimas de infames intrigas... ¡Amigo mío, nos han robado vestido, costurera y todo! ¡Chon!, ¡querida, Chon! —agregó sollozando, cansado ya de arrancarse los cabellos.
—Si fuesen de nuevo a casa de la modista... —dijo la favorita a su hermana.
—¿Y para qué? —repuso ésta—; ¿no te he dicho que salió para traerle?
—¡Ay! —exclamó madame Du Barry recostándose en un sillón—. ¿De qué me sirve el peluquero si me falta el vestido?

La campanilla resonó en ese instante. Temeroso el portero de que volviesen a introducirse como la vez anterior, cerró las puertas y echó los cerrojos.
—¡Que llaman! —gritó la favorita.
—¡Ay! ¡una caja! —gritó Chon que se había dirigido con precipitación hacia la ventana.
—¿Una caja? —repitió la condesa—. ¿Entran con ella?
—Sí, no... sí, la entregan al portero.
—¡Corre, Juan, corre por Dios!
Bajó éste apresuradamente la escalera atropellando a los lacayos, y arrancó la caja de manos del portero.
El vizconde levantó precipitadamente la tapa, metió ambas manos en la caja, y lanzó un grito de alegría.
Ésta encerraba un magnífico vestido de seda de China con flores de adorno, y una guarnición de encajes de un valor inmenso.
—¡Un vestido!, ¡un vestido! —exclamó Chon palmoteando.
—¡Un vestido! —repitió madame Du Barry tan próxima a sucumbir a la alegría, como poco antes al dolor.
—¿Quién te ha entregado esto? —preguntó Juan al portero.
—Una mujer, señor vizconde.
—¿Pero qué mujer?
—Yo no la conozco.
—¿Dónde está?
—Lo ignoro. No hizo más que dejar la caja delante de la puerta y decir: «Para la señora condesa»; subió enseguida al cabriolé en que había venido, y se marchó a escape.
—Por último —dijo Du Barry—, ya tenemos vestido, que es lo principal.
—¡Juan, sube, sube ligero —gritó Chon—, mi hermana está impaciente.
—Mirad —dijo el vizconde— lo que el cielo nos envía.
—Sí; pero cómo me ha de estar bien, si no se ha hecho para mí. ¡Qué lástima! ¡Dios mío! ¡Qué hermoso es!
Acto seguido tomó Chon una medida.
—Igual largo, igual ancho.
—¡Qué tela tan rica! —exclamó Du Barry.
—¡Esto es maravilloso! —dijo Chon.
—¡Admirable! —añadió la favorita.
—Y prueba —continuó el vizconde—, de que aunque tenéis grandes

enemigos, tenéis también amigos sinceros.
—De un amigo no puede ser —dijo Chon—, porque, ¿cómo es posible que supiese lo que se fraguaba contra nosotros? Es seguro que será algún silfo, algún duende.
—¡Sea el diablo! —exclamó madame Du Barry—, con tal que me ayude a derribar a los Grammont, que son peores que el mismo Satanás.
—Otra cosa recuerdo ahora —observó Juan.
—¡Cuál!
—Que puedes confiar tu cabeza a la habilidad de nuestro improvisado peluquero.
—¿Quién te da esa seguridad?
—¡Por Dios! ¿Cómo es posible que no venga enviado por el mismo que nos ha regalado el vestido?
—¿Yo? —exclamó Leonardo con natural sorpresa.
—¡Vamos!, ¡vamos! —dijo Juan—, vuestra gaceta es una invención, ¿eh, amigo?
—Es la verdad, señor vizconde.
—Ea, sed franco —añadió la condesa. —Señora, aquí tengo el papel en el bolsillo; lo he conservado para hacer papillotes.
El artista sacó una gaceta de su chupa: en ella se anunciaba la presentación.
—Ea, pues, manos a la obra —dijo Chon—, que están dando las ocho.
—Nos sobra tiempo —contestó el peluquero—; una hora es bastante para ir a Versalles.
—Eso es si tenemos carruaje —repuso la condesa.
—Es cierto, por vida de... —dijo Juan—, y ese canalla de Francian que no acaba de venir.
—¡Gran Dios! —exclamó la condesa-, ¡ni peluquero, ni vestido, ni coche!
—¡Ah!... —dijo Chon con profunda pena—. ¿Faltará también de ese modo a su compromiso?
—No —repuso Juan—, aquí está ya.
—¿Y el carruaje? —preguntó la favorita.
—A la puerta habrá quedado —contestó Du Barry—. Ya está abriendo el portero: ¿pero qué demonios trae el maestro de coches?
En efecto, Francian se lanzó casi al mismo tiempo en el salón con ademán azorado, diciendo:
—¡Ay, señor vizconde!, el coche estaba ya en camino, cuando al volver la

calle Taversière, fue detenido por cuatro hombres, que después de arrojar al suelo al criado que lo conducía, huyeron a escape, por la calle de San Nicasio.
—Bien lo sospechaba yo —gritó Du Barry en tono de triunfo y sin levantarse de su sillón—, ¿no lo decía yo?
—¡Esto es una infamia! —gritó Chon—, menéate, hermano.
—¿Menearme yo? ¿y para qué?
—Para que busques un carruaje, pues aquí no hay más que caballos escuálidos, y coches sucios. No es posible que Juana vaya a Versalles en semejantes simones.
—¡Vaya! —replicó el vizconde—, el que pone freno al furor de las olas, alimenta los pajarillos, envía un peluquero como el señor, y un vestido como éste, no permitirá que vayamos a pie.
—¡Calla! —dijo Chon—, un coche se acerca.
—Y se para —añadió Du Barry.
—Sí; pero no entra —dijo la condesa.
—Es cierto —repuso Juan, y aproximándose a la ventana gritó—: Corred, voto a Cribas: corred o llegaréis tarde. ¡Aprisa! ¡Aprisa! que al menos conozcamos quién es nuestro bienhechor.
Los lacayos, batidores y demás criados corrieron al oír esta voz; pero ya no era tiempo. Un elegante coche forrado de seda blanca y tirado por dos magníficos caballos, habíase detenido delante de la puerta: empero ni el más leve rastro de cocheros ni lacayos pudo indicar su procedencia; pues sólo un mozo de cordel sujetaba los caballos por la brida.
Seis libras había éste recibido del que los había conducido, quien se marchó presuroso hacia la plaza de las Fuentes.
Se examinaron las portezuelas; pero una mano diestra había hábilmente sustituido las armas con una rosa.
Juan dispuso que introdujesen el carruaje en el patio, y cerrando la puerta recogió la llave, subiendo enseguida al gabinete del tocador, donde el peluquero se disponía a dar a la condesa las primeras pruebas de su ciencia.
—Amigo —dijo cogiendo del brazo a Leonardo—, si no consentís en nombrarnos a nuestro genio protector, si no queréis hacerle objeto de nuestra eterna gratitud, juro...
—Id con cuidado, señor vizconde —prorrumpió flemáticamente el artista—; si hacéis el honor de apretarme tan fuertemente el brazo, tendré la mano

entorpecida cuando vaya a peinar a la señora condesa, y es necesario darnos prisa, pues son ya las ocho y media.
—Juan, suéltale —gritó la favorita.
Obedeció éste sentándose de nuevo en su sillón.
—¡Ay, qué milagro! —gritó Chon—, ¡qué milagro! el vestido está ajustado a la medida... una pulgada sobra sólo por delante; pero antes de diez minutos quedará arreglado este defecto.
—¿Y el coche es pasadero? —preguntó la condesa.
—Elegantísimo... —respondió Juan—, está guarnecido por dentro de raso blanco, y perfumado con esencia de rosa.
—Todo está ya listo —gritó madame Du Barry palmoteando en señal de alegría—. Vamos, señor Leonardo, si tenéis acierto en el peinado, yo me encargo de vuestra suerte.
No esperó el artista a que se lo repitieran: puso enseguida manos a la obra, y tan luego como comenzó a pasar el peine, manifestó un talento sublime. Rapidez, gusto, delicadeza y maravillosa precisión, gran conocimiento de las relaciones de la parte moral con la física, todo lo desplegó en el desempeño de su importante tarea.
Tres cuartos de hora después dio el peluquero por terminadas sus funciones, saliendo la favorita de sus hábiles enanos, más hechicera que la diosa Afrodita; pues sin ser menos bella, estaba más honestamente vestida.
Tan pronto como el peluquero dio la última mano a aquel espléndido edificio, y probó su solidez, y se le proporcionó agua para lavarse las manos, dando humildemente las gracias a Chon, que enajenada de gozo le servía como a un monarca, solicitó permiso para retirarse.
—Despacio, despacio —dijo Du Barry—, sabréis que soy tan testarudo para estimar como para aborrecer; conque ahora, amigo mío, espero me diréis quién sois.
—No lo ignoráis, señor vizconde: soy un joven principiante, deseo acreditarme, y me llamo Leonardo.
—¡Qué principiante, cáspita!, ¡sois maestro consumado!
—Vos seréis mi peluquero, señor Leonardo —dijo la condesa contemplándose en un espejito de mano—, y os pagaré cincuenta luises cada peinado de ceremonia. Chon, cuenta cien luises y entrégaselos al señor. Por ser el primer peinado os doy el doble: vayan los cincuenta en testimonio de mi gratitud.

—Decía yo bien, señora, que haríais mi reputación.
—Pero no peinaréis a nadie más que a mí.
—Quedaos, pues, con los cien luises; quiero libertad, que es el primer bien del hombre, y a ella debo haber tenido el honor de peinaros hoy.
—Un filósofo peluquero —exclamó Du Barry alzando las manos al cielo—, ¡adonde vamos a parar, Dios mío! Ea, amigo Leonardo, no pretendo enemistarme con vos: tomad esos cien luises, y conservad vuestro secreto y vuestra libertad. Al coche, condesa, al coche.
Dirigíanse aquellas palabras a madame de Béarn que estaba tan erguida y ataviada como una virgen en andas: habíanla sacado de su gabinete precisamente en el instante de servirse de ella.
—Vamos a ver —dijo el vizconde—, que cojan entre cuatro a la señora y la conduzcan despacito hasta el pie de la escalera. Como dé un solo suspiro os desuello vivos.
Mientras que Juan, ayudado de Chon, vigilaba esta interesante maniobra, la favorita buscaba con la vista a Leonardo; pero éste había desaparecido.
—¿Por dónde se fue? —preguntó la Du Barry, apenas recobrada de las diferentes sensaciones que acababan de agitarla.
—¿Que por dónde se fue? —repitió su hermano—, por el suelo o por el techo, que es por donde se van los duendes. Cuidado, hermana, mira no se convierta tu peinado en un nido de zarzales; no se trueque tu vestido en telaraña, y lleguemos a Versalles en una calabaza arrastrada por dos ratones.
Cuando expuso este último recelo el vizconde, Juan subió al coche donde ya habían tomado asiento la condesa de Béarn y su venturosa ahijada.

XXXVIII

DONDE LA CONDESA DU BARRY ES, AL FIN, PRESENTADA

Como todo cuanto es grande, Versalles ha sido y será siempre hermoso. Aunque el moho corroa las piedras de sus edificios desplomados, aunque sus

dioses de plomo, bronce o mármol permanezcan mutilados en sus estanques sin agua y los árboles de sus magníficas alamedas eleven desordenadamente sus ramas hasta el cielo, siempre aparecerá allí, aun cuando sea entre ruinas, un espectáculo admirable y sorprendente para el meditabundo poeta que llegue a admirar los horizontes eternos, después de haber considerado atentamente los efímeros esplendores.

Mas en el apogeo de su gloria era cuando Versalles ofrecía un espectáculo admirable. En aquellos días en que desarmado y contenido por un brillante ejército se agolpaba en tropel en torno de las doradas rejas; en que las magníficas carrozas de terciopelo y raso, tiradas por briosos caballos, rodaban con estrépito alardeando de arrogantes blasones; en que las ventanas, iluminadas como las de un palacio encantado, dejaban ver un mundo deslumbrador de diamantes, rubíes y zafiros, que a la voz de un solo hombre se humillaba, como al pasar el viento doblan su tallo las espigas que doran las campiñas esmaltadas de amapolas, de púrpura y nevadas margaritas.

Luis XIV, fundador de la etiqueta que marcara a cada hombre un espacio reducido, había querido que la iniciación en los esplendores de su vida real infundiera tanta veneración a los elogios, que jamás considerasen al palacio del monarca sino como un templo donde estaban llamados a adorar al dios coronado, colocados más o menos distantes del altar.

Versalles, suntuoso y brillante, aunque algo degenerado, abrió todas sus puertas, iluminó sus numerosos candelabros, y desplegó toda su magnificencia para la presentación de la condesa Du Barry. El pueblo curioso, miserable y famélico, pero olvidando, ¡cosa extraña!, su miseria y su hambre, al aspecto de tan deslumbrador espectáculo, ocupaba la Plaza de Armas y las avenidas de París. Brillaban millones de luces en las ventanas del palacio, y los candelabros parecían a cierta distancia brillantes astros nadando en polvos de oro.

Al dar las diez, Luis XV salió de su cámara, más lujosa y ricamente vestido que de ordinario, pues además de los costosos encajes de que iba adornado, las hebillas de sus zapatos y ligas valían cuando menos un millón.

La tristeza aparecía en su semblante, pues habiéndose enterado por M. Sartines de la conspiración que la víspera tramaran las señoras envidiosas, iba temeroso de no hallar más que hombres en la galería.

Mas se tranquilizó enseguida que llegó la reina al salón, especialmente destinado a las presentaciones, al ver entre una espesa nube de polvo y

encajes a sus tres hijas, a la mariscala Mirepoix, que tanto alboroto ocasionara la víspera, y a todas las damas turbulentas que habían jurado no salir de su casa, y que, sin embargo, se hallaban en primera fila.
Corría Richelieu como un general de unas a otras, diciendo:
—¡Hola! ¿estáis aquí, pérfidas? ¿así se cumple el juramento? ¿qué os decía yo acerca de conspiraciones?
—¿Y no habéis vos faltado también? —contestaban aquéllas.
—Yo decía esto como representante de mi hija la condesa de Egmont. Buscadla; no la veréis aquí: ella sola se ha mantenido firme con las señoras de Grammont y Guemenée. Ya tengo echadas mis cuentas. Mañana aguardo ir a mi quinto destierro, o ser encerrado por cuarta vez en la Bastilla: estoy resuelto a no volver a conspirar.
Luis XV presentóse rodeado de una numerosa comitiva. Reinó profundo silencio en el salón, en medio del cual sonaron las diez, hora solemne. Advirtió el monarca que faltaban en aquella numerosa asamblea las señoras de Grammont, de Guemenée y la condesa de Egmont, y acercándose a M. de Choiseul que procuraba afectar gran serenidad, pero que a pesar de sus esfuerzos sólo conseguía aparentar una falsa indiferencia, le dijo:
—Veo que no está aquí la duquesa de Grammont.
—Mi hermana se encuentra enferma, señor —dijo M. de Choiseul—, y me ha encargado ofrecer a Vuestra Majestad sus más humildes respetos.
—Lo siento —respondió el rey volviendo la espalda. Y dirigiéndose al príncipe de Guemenée, que se hallaba a su lado, añadió:
—¿En dónde está la señora princesa de Guemenée? ¿No la habéis traído, príncipe?
—No le ha sido posible venir, señor, porque está gravemente indispuesta: al pasar por su domicilio la encontré en cama.
—Lo siento mucho —dijo Luis XV—. ¡Vamos, aquí tenemos al mariscal! ¡Buenas noches, duque!
—Señor —dijo inclinándose con la flexibilidad de un joven el antiguo cortesano.
—¿Os encontráis vos también enfermo? —dijo el rey alzando la voz para que monsieur de Choiseul y M. de Guemenée pudiesen oírle.
—En cuanto se trata para mí del placer de ver a Vuestra Majestad —contestó el duque de Richelieu—, me siento muy bueno, señor.
—Mas —prosiguió el rey mirando a su alrededor—, ¿y vuestra hija madame

de Egmont? ¿no está aquí?
—¡Ay, señor! —respondió el duque con acento de profunda tristeza advirtiendo que le escuchaban con interés—, ¡ay, señor! mi pobre hija se ve privada del honor de ofrecer a Vuestra Majestad sus más humildes homenajes, a lo menos por esta noche, porque está enferma, señor, muy enferma.
—Cuánto lo siento —replicó el rey—; enferma madame de Egmont, la mujer que disfruta mejor salud de Francia. Sí, lo siento —añadió el rey apartándose de M. de Richelieu.
Luego concluyó de dar la vuelta por el salón, cumplimentando especialmente a madame de Mirepoix.
—He ahí el premio de la traición —dijo el mariscal a su oído después que se retiró el rey—; mañana os veréis colmada de honores, mientras nosotros...; me estremezco al pensarlo...
El duque exhaló un suspiro.
—Creo que vos mismo habéis faltado también a los Choiseul, puesto que os encontráis aquí, habiendo, sin embargo, jurado...
—Es por mi hija, mariscala, por mi pobre Septimania, que se ve en desgracia por ser demasiado fiel...
—A su padre —dijo con viveza la mariscala.
—¿No creéis que el rey está inquieto? —repuso el duque desentendiéndose de la respuesta de madame de Mirepoix, que pudiera tomarse por un epigrama.
—¡Cáspita, y con razón!
—¿Por qué?
—Son las diez y cuarto.
—Es cierto, y la condesa sin venir. ¿Queréis, mariscala, que os diga una cosa?
—Decidía.
—Temo una cosa.
—¿Cuál?
—Que la pobre condesa haya sufrido algún contratiempo, aunque supongo que vos no debéis ignorarlo.
—¿Por qué?
—Vaya, ¿pues no erais anoche una de las principales conspiradoras?
—Si he de hablaros con franqueza, duque —repuso la mariscala—, temo lo

mismo que vos.
—Cruel enemiga es en efecto nuestra amiga la duquesa, y ataca huyendo a la manera de los partos. Ved cuánta puede permanecer un instante en un mismo sitio, y no pierde de vista al rey. Vaya, decidme francamente, ¿han tramado alguna cosa?
—Lo ignoro, pero soy de vuestra opinión.
—¿Y qué piensan adelantar?
—Pues claro es, ganar tiempo, querido duque. Acaso sobrevenga algún suceso inesperado que retarde indefinidamente la presentación. Acaso mañana llegue a Compiègne la princesa, en vez de llegar de aquí a cuatro días. Quién sabe si únicamente desearán ganar este día.
—Veo, mariscala, que vuestro cuento tiene grandes apariencias de realidad. Está visto, no viene la condesa.
—¡Qué impaciente está el rey!
—Tres veces se ha acercado ya a la ventana.
—Muy grande debe ser su inquietud.
—Pues mayor será ahora.
—¿Por qué?
—¿Son las diez y veinte minutos?
—Efectivamente.
—Entonces ya puedo decirlo.
—¿Qué?
La mariscala, mirando a su alrededor, agregó en voz baja:
—Que no vendrá.
—¡Jesús, mariscala!, sería un escándalo.
—Y motivo para un proceso criminal... porque habrá, lo sé de buena tinta, rapto, violencia y hasta lesa majestad. Los Choiseul han jugado el todo por el todo.
—¡Dios mío! ¡qué imprudencia!
—Qué se ha de hacer, duque, la pasión los ciega.
—Esa es la ventaja de no estar apasionado; al menos nosotros vemos claramente.
—Mirad, mirad; el rey se aproxima de nuevo a la ventana.
Efectivamente, Luis XV, pensativo, irritado e inquieto, se acercaba en aquel instante a la ventana, apoyando las manos en la falleba, y su frente en los vidrios.

Mientras, se oía susurrar, semejante al murmullo del follaje antes de una tempestad, el rumor confuso de las conversaciones de los cortesanos.
Cuando el reloj dio las diez y media, M. de Maupeou, aproximándose al rey, dijo con timidez: —¡Qué hermosa noche!
—Excelente, magnífica —contestó el monarca—: veamos, Maupeou, ¿qué pensáis de esto?
—¿De qué, señor?
—De esta demora, ¡pobre condesa!
—Habrá, acaso, caído enferma, señor —dijo el canciller.
—Que estén enfermas las señoras de Grammont, Guemenée y Egmont, no es extraño; pero la condesa...
—Una fuerte emoción puede poner enfermo a cualquiera, y la alegría de la condesa era tan grande...
—Nada; está visto —interrumpió el monarca—, ya no viene.
A pesar de que el rey pronunció las anteriores palabras en voz baja, el silencio que reinaba en el salón era tan profundo que casi todos los concurrentes las oyeron.
Pero de pronto, el ruido de varios carruajes resonó bajo las bóvedas del pórtico.
Dejando la ventana situóse el rey en medio del salón, desde donde se descubría toda la galería.
—Abrigo el temor de que sea alguna mala nueva —dijo en este instante la mariscala al oído del duque!
Mas de pronto se animó la fisonomía del rey y sus ojos brillaron de júbilo.
—¡La señora condesa Du Barry! —gritó el ujier al maestro de ceremonias.
—¡La señora condesa de Béarn!
Los dos nombres aquellos hicieron palpitar los corazones a todos, aunque de modo muy diferente. Una oleada de cortesanos, impulsados por la curiosidad, se aproximó instintivamente al monarca.
—¡Oh! ¡qué hermosa! ¡qué hermosa es! —exclamó madame de Mirepoix uniendo sus manos como si se dispusiera a algún acto de adoración.
El rey se volvió al oír aquel elogio, y sonrió afablemente a la mariscala.
—Esa no es mujer —repuso el duque de Richelieu—, es un hada.
Luis XV sonrió al oír la galantería del antiguo cortesano.
—En efecto, jamás había estado dotada la favorita de tan extraordinaria belleza. Nunca tan delicada expresión, mirada tan modesta, talle tan noble y

elegante, había excitado el asombro en el salón de la reina que como ya dijimos era el destinado para las presentaciones.
Bella, rica, sin fausto y maravillosamente peinada, se adelantó la condesa, conducida de la mano por madame de Béarn, que aguantó con estoica resignación, sin pestañear ni cojear, los terribles dolores de su quemadura; empero el arrebol se despegaba por átomos secos de sus ardientes mejillas, conmoviéndose violentamente cada una de sus fibras al menor movimiento de su llagada pierna.
Fijó la vista todo el mundo en aquel curioso grupo que hacia el monarca se dirigía.
La de Béarn, descotada como en su juventud, con el pelo que se elevaba un pie sobre su cabeza, con sus grandes ojos hundidos, brillantes como los de la zumaya, su traje magnífico y su andar de esqueleto, parecía la imagen del tiempo pasado, dando la mano al tiempo presente.
Era tan vivo el contraste, que creyó el rey, que madame de Béarn, le traía a su querida más joven, más fresca y más risueña de lo que la había visto hasta entonces. De modo que en el momento en que según la etiqueta la condesa doblaba la rodilla para besarle la mano, la alzó del brazo dirigiéndola tan halagüeñas palabras, que compensaron lo mucho que había sufrido durante el espacio de quince días.
—¡Condesa, vos a mis pies!... —exclamó—. Yo soy el que debiera y sobre todo desearía postrarse a los vuestros.
Y en este momento abrió los brazos como lo exigía la etiqueta; mas en lugar de simular que la abrazaba, la estrechó en realidad, diciendo al mismo tiempo a madame de Béarn:
—Bellísima ahijada tenéis, condesa, pero ella tiene también una ilustre madrina, a quien celebro infinito ver de nuevo introducida en mi corte.
Madame de Béarn se inclinó respetuosamente.
—Id a saludar a mis hijas —dijo en voz baja Luis XV a madame Du Barry—, y mostrad que sabéis hacer la reverencia; creo que no quedaréis descontenta de la que ellas os hagan.
Las dos condesas prosiguieron su marcha en medio del gran círculo que a su alrededor formaban discretamente los cortesanos. Al ver las hijas del rey que la favorita se encaminaba hacia ellas, levantáronse como movidas de un resorte y esperaron.
Mientras esto sucedía, Luis XV dirigió expresivas miradas a sus tres hijas,

queriendo obligarlas de este modo a recibir afectuosamente a la favorita.
No les fue posible a las princesas evitar una ligera señal de turbación al devolver su saludo a la condesa; pero inclinándose ésta más de lo que el ceremonial exigía, y ganando así las simpatías de toda aquella ilustre asamblea, las hijas del rey depusieron enternecidas todo encono y abrazaron a madame Du Barry tan afectuosamente como poco antes lo hiciera su padre. Esto completó el triunfo de la favorita, y fue necesario que los más tímidos o menos diestros de entre los cortesanos, aguardasen una hora, antes de poder acercarse a felicitar a la reina de aquella brillante fiesta.
Recibió ésta aquellas manifestaciones de afecto sin enojo ni recriminaciones, olvidando generosa todas las traiciones de sus enemigos. Y en verdad que no era afectada aquella magnánima benevolencia, pues en su corazón, que rebosaba de alegría, no habría podido abrirse camino en aquel instante impresión alguna de aborrecimiento.
Tomaba entretanto Richelieu militarmente sus medidas como buen veterano, justificando que no en balde ostentaba el título de vencedor de Mahón. Cuando los restantes cortesanos permanecían inmóviles durante las reverencias, y esperaban la conclusión de la ceremonia para incensar o denigrar al ídolo, habíase dirigido al mariscal a tomar asiento al lado de la favorita, y pareciéndose al guía de caballería que va a situarse a cien varas de distancia en una llanura, para aguardar que se despliegue la fila a su punto fijo de conversión, el duque esperaba a madame Du Barry, debiendo precisamente encontrarse junto a ella sin sufrir la incomodidad de verse apretado ni lastimado en medio de aquella confusión. Madame de Mirepoix, que sabía cuan afortunado había sido siempre su amigo en la guerra, imitó su evolución, y logró aproximar insensiblemente su asiento al de la condesa.
En este momento los grupos reanudaron la conversación, en la cual se pasó en revista toda la persona de madame Du Barry. Animada ésta por el amor del rey, por la afable acogida de las princesas y por el favor de la madrina, lanzaba miradas con menos timidez hacía los cortesanos que rodeaban al rey, y segura ya de su victoria, buscaba sin temor sus enemigas entre las señoras concurrentes.
—Vamos, señor duque —exclamó—, ¿conque es preciso venir aquí para veros?
—¿Por qué causa?
—Sí, pues ya hace unos ocho días que nadie os ha visto ni en París, ni en

Versalles, ni en Luciennes.
—Me estaba preparando para tener la satisfacción, de veros aquí —replicó el astuto cortesano.
—¿Lo teníais previsto?
—Estaba seguro.
—Por cierto, duque, no comprendo cómo estando tan bien informado, no habéis querido tomaros la molestia de venir a comunicarme tan fausta noticia, sabiendo que soy vuestra amiga.
—¡Cómo, señora! ¿ignorabais que debíais venir aquí?
—Está claro. Mi situación era semejante a la de Esopo cuando un día le detuvo en la calle un magistrado preguntándole: «¿Dónde vais?» «No lo sé» —contestó el fabulista—. «Pues en este caso os llevo a la cárcel». Ya veis, querido duque, que aun cuando tenía esperanzas de venir a Versalles no estaba suficientemente segura para afirmarlo; así es, que debierais haber venido a visitarme... pero... vendréis en adelante, ¿es verdad?
Richelieu, fingiendo la mayor indiferencia a pesar de la ironía de la condesa, replicó:
—No comprendo por qué no estabais cierta de venir aquí hoy.
—Os lo diré: porque me habían tendido una red —dijo la favorita contemplando fijamente al duque, quien sostuvo imperturbable su mirada.
—¿Una red habéis dicho, condesa? ¡Dios mío!
—En primer lugar me robaron el peluquero.
—¡Jesús! ¡Jesús! ¡el peluquero!
—Sí, señor.
—¿Por qué no se me avisó, y yo os hubiese enviado —pero hablemos quedo —, y yo os hubiese enviado una preciosa alhaja que madame de Egmont ha descubierto; al joven Leonardo, que es superior a cuantos peluqueros y peinadores reales hubo hasta el día?
—¡Leonardo! —exclamó madame Du Barry.
—Sí, el joven que peina a Septimania, y a quien oculta con tanto empeño como Harpagón el arca donde encierra su tesoro. Sin embargo, condesa, no debéis estar disgustada; estáis admirablemente peinada, y en extremo hermosa. Pero ahora me fijo que vuestro peinado es enteramente parecido al que ayer dibujó Bouchard para mi hija, que a no caer enferma, debía haberle traído hoy. ¡Pobre Septimania!
La condesa se conmovió, y fijó su vista en el duque más atentamente que la

vez anterior; empero éste permaneció impenetrable y risueño.
—Pero dispensadme, condesa, si os he interrumpido: ¿hablabais, según creo, de lazos?...
—Sí, después de robarme al peluquero, me quitaron un vestido hermosísimo.
—Increíble parece, pero observo que podíais prescindir del que os han arrebatado, porque el que traéis es admirable... Seda de China con preciosas flores de adorno, ¿es cierto, condesa? Si os hubieseis dirigido a mí, como espero lo haréis en lo sucesivo, yo os hubiese mandado un traje que se mandó hacer mi hija para su presentación, tan semejante a ése que juraría es el mismo.
La favorita estrechó las manos del mariscal, comenzando a penetrarse de que solamente él podía ser el hechicero que la había sacado de aquel apuro.
—¿Ignoráis, duque, de qué modo he llegado?
—Lo probable es que en vuestro coche.
—¡No! También me lo robaron.
—¿Es decir, que era una conspiración general? ¿Y en qué coche vinisteis?
—Decidme antes las señas del de madame de Egmont.
—Me parece que habiendo tenido noticias de la presentación, encargó la hicieran un coche fornido de raso blanco para esta noche: pero me figuro que no han tenido tiempo para pintar sus armas.
—Y siendo tan complicadas las de Egmont y Richelieu, fue seguramente más breve pintar una rosa que un escudo. Observo, duque, que sois hombre de un mérito inapreciable.
Al decir esto, la condesa abandonó sus manos al antiguo cortesano, quien las aproximó a sus labios, cubriéndolas de besos.
Mas de repente sintió éste que la favorita se estremecía, alzó su rostro y mirando en torno suyo:
—¿Qué hay, condesa? —preguntó con inquietud.
—¡Ay, duque!... —exclamó ésta con vista azorada.
—¿Y bien?
—¿Quién es aquel hombre que se encuentra al lado de M. de Guemenée?
—¿Con uniforme prusiano?
—Sí.
—¿De tez morena, negros ojos, expresiva fisonomía? Será tal vez algún jefe superior que el rey de Prusia habrá enviado para que asista a vuestra presentación.

—No debéis reíros, duque, conozco yo a ese hombre: hace tres o cuatro años que estuvo en Francia, y es el mismo a quien he buscado con gran empeño sin haber podido jamás encontrarlo.
—El conde de Fénix, y estáis equivocada, condesa, pues sólo hace uno o dos días que llegó.
—¿No advertís cómo me mira, duque?
—¿Quién habrá que deje de miraros, señora? ¡sois tan hermosa!...
—¡Me está saludando! ¡me está saludando! ¿le habéis visto?
—¿Qué extraño es? Todo el mundo os saludará.
No obstante, la condesa, absorta en su extraordinaria meditación, no escuchaba ya las galanterías del duque, y con la vista clavada en aquel hombre que había cautivado toda su atención, se apartó casi a pesar suyo de su interlocutor para dar algunos pasos hacia el desconocido.
Observó el rey aquel movimiento, y cumpliendo con la cortesía, se acercó sonriendo para felicitarla, pues la preocupación de la favorita era extraordinaria para que sus ideas pudiesen en aquel momento distraerse hacia otro objeto.
—¿Quién es —preguntó— aquel oficial prusiano que vuelve la espalda a M. de Guemenée?
—¿El que nos mira ahora?
—Sí, sí, aquél.
—Un enviado de mi primo de Prusia... algún filósofo como él. Le he traído esta noche deseando que la filosofía prusiana consagre por medio de su embajador el nombre de Cotillón III.
—¿Cuál es su nombre?
—Aguardad, aguardad que recuerde... ¡Ah! sí... el conde de Fénix.
—¡Él es! —murmuró madame Du Barry—, ¡él es, con seguridad!
El rey aguardó algunos instantes por si madame Du Barry tenía que dirigirle alguna otra pregunta; pero viendo que guardaba silencio:
—Señoras —dijo en voz alta—, mañana llegará la princesa a Compiègne y será recibida a las doce en punto. Vendrán todas las damas presentadas, exceptuando, no obstante, las que están indispuestas, porque es incómodo el viaje, y Su Alteza Real sentiría que por su causa se agravasen las enfermedades.
Pronunció el rey este discurso mirando con severidad a M. de Choiseul, M. de Guemenée y M. de Richelieu.

Sucedió un silencio expresivo.
Los concurrentes comprendieron fácilmente que las personas que había nombrado el rey habían caído de su gracia.
La Du Barry, que permanecía junto a Luis XV, le dijo entonces:
—Os ruego perdonéis a la condesa de Egmont.
—¿Y por qué?
—Es hija del duque de Richelieu, que es el amigo más fiel que tengo.
—¿Richelieu?
—Seguramente, señor.
—Bien, condesa, si así lo deseáis...
Y acercándose al mariscal, a quien no se había escapado ni un movimiento siquiera de los labios de la favorita, le dijo:
—Supongo, querido duque, que madame de Egmont estará restablecida para mañana.
—Así lo creo, señor, para esta noche misma si Vuestra Majestad lo desea —respondió Richelieu con una reverencia en señal de respeto y gratitud.
Aproximóse enseguida Luis XV a la favorita y la dijo algunas palabras al oído.
—Señor —repuso ésta inclinándose con adorable sonrisa—, soy vuestra humilde vasalla.
Saludó el rey a toda su comitiva y retiróse a sus habitaciones.
Aun no había cruzado el umbral del salón, cuando la condesa, cada vez más asustada, fijó nuevamente sus ojos en aquel hombre extraño que tan fuertemente la preocupaba.
Inclinóse éste, como todos, al pasar el rey; pero aun cuando saludara, su frente mantuvo cierta expresión de altanería y casi de amenaza. Así que Luis XV desapareció, se abrió camino por entre los grupos, y se detuvo a dos pasos de la favorita. Ésta, guiada por su parte de su invencible curiosidad, avanzó también un paso, de modo que, al inclinarse, pudo el desconocido decirla en voz baja y sin que nadie se apercibiese:
—¿Me habéis conocido, condesa?
—Sí, señor, conozco al profeta de la plaza de Luis XV.
Entonces centelleó el desconocido su clara y enérgica mirada en la favorita, y agregó:
—Ya podéis ver que no mentí cuando os pronostiqué que seríais reina de Francia.

—Verdad es, señor; ya que se cumplieron vuestras promesas, y aquí me tenéis dispuesta a cumplir como debo mi palabra. Hablad: ¿qué deseáis?
—No es a propósito este sitio: y además, aun no es tiempo de haceros presente mi demanda.
—Podéis hacerlo cuando os acomode, y siempre estaré dispuesta a cumplirla.
—¿Prometéis no negarme la entrada, cualquiera que sea la hora y el tiempo en que necesite hablaros?
—Lo prometo.
—Gracias.
—Mas decidme, ¿bajo qué nombre os presentaréis? Será con el del conde de Fénix.
—No, acordaos de José Balsamo.
—¡José Balsamo!... —repitió la condesa, y mientras el misterioso personaje se alejaba confundiéndose en medio de los grupos—: ¡José Balsamo! ¡bien! no se me olvidará.

XXXIX

LA CORTE EN COMPIÈGNE

La ciudad de Compiègne despertó alborotada a la mañana siguiente, o por mejor decir, no durmió aquella noche.
Había preparado ya desde el día anterior los alojamientos el aposentador de la real casa, y mientras que los oficiales reconocían el terreno, los notables, de acuerdo con el intendente, disponían lo necesario para que los habitantes recibiesen el grande honor que les estaba reservado.
El municipio se ocupó en construir los arcos de triunfo y preparar una recepción extraordinaria. Todo se dispuso maravillosamente.
Había llegado el príncipe Luis Augusto de incógnito a la población a las once de la noche anterior, acompañado de sus dos hermanos. Cuando amaneció montó a caballo, y seguido de los condes de Provenza y Artois, uno de los cuales tenía quince años y trece el otro, salió a galope hacia Ribercourt, siguiendo el camino por donde debía llegar la princesa.
Preciso es confesar que la idea galante no le había ocurrido al príncipe, sino a su ayo M. Lavauguyon que, llamado la víspera por el rey, había aceptado el encargo de instruir a su augusto alumno en todos los deberes que le imponían las veinticuatro horas que iban a transcurrir.
Con el objeto de mantener en todo su punto el honor de la monarquía, había el ayo determinado que el duque de Berry imitase el ejemplo de los reyes sus antepasados, Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV, los cuales habían querido contemplar por sí mismos y sin la ilusión del adorno, a sus futuras esposas, menos preparadas en medio de un camino a sostener la inspección de un esposo.
Al ligero galope de los caballos caminaron tres o cuatro leguas. Luis Augusto marchaba serio, y sus dos hermanos risueños. Regresaron a la ciudad a las ocho y media; el príncipe tan serio como había salido, M. de Provenza taciturno, y sólo el conde de Artois más alegre que lo estuvo por la mañana.

Provenía este contraste de que el duque de Berry se hallaba inquieto, el conde de Provenza envidioso, y el de Artois muy alegre de una misma cosa, a saber: de la extremada hermosura de María Antonieta.
El semblante de cada uno de los príncipes, manifestaba su carácter respectivo; grave, envidioso e indiferente.
Las diez daban en el reloj de la casa del ayuntamiento de Compiègne, cuando vio enarbolar el vigía, sobre el campanario de la aldea de Claives, una bandera blanca, que era la señal convenida para cuando se divisase a la princesa.
La campana de señal sonó enseguida, a cuya seña contestó un cañonazo disparado en la plaza del castillo.
En el acto, y como si sólo esperase aquel aviso, entró Luis XV en una carroza de ocho caballos, en medio de dos filas de tropa tendidas en la carrera, y seguido de la inmensa multitud de los coches de su corte.
Cien coches de cuatro caballos, que casi ocupaban el espacio de una legua, escoltados por los cazadores, batidores y pajes, conducían cuatrocientas damas y otros tantos señores de la más linajuda nobleza del reino, e iban seguidos de los gentileshombres de la casa real, jinetes en arrogantes caballos, que formaban un ejército brillante, entre el polvo movido por aquella elegante y numerosa comitiva. Detuviéronse algunos instantes en Compiègne, saliendo luego de la ciudad para llegar al límite convenido, que era una cruz colocada en el camino frente a Magny.
Casi toda la juventud rodeaba al duque de Berry, mientras la antigua nobleza acompañaba al rey.
La princesa, que no había cambiado de carruaje, avanzó calculando su marcha hacia el sitio convenido.
Reuniéronse las dos comitivas y quedaron desocupadas todas las carrozas, menos las que ocupaban el rey y la princesa.
María Antonieta saltó a tierra, dirigiéndose acto seguido al carruaje real; empero Luis XV no bien divisó a su nuera, cuando bajó apresuradamente del suyo. Midió sus pasos la joven princesa, y en el momento en que el rey pisó el suelo, ella se prosternaba en su presencia.
Luis XV se inclinó para levantarla y la abrazó cariñosamente, clavando en ella al mismo tiempo una mirada que la hizo ruborizarse a su pesar.
El rey, presentando a Luis Augusto, lo hizo con las palabras de costumbre. Encontrábase éste de pie detrás de ella sin que oficialmente, al menos, le

hubiese aún visto.
La princesa hizo una graciosa reverencia, a la cual contestó el duque sonrojándose. Enseguida aproximáronse las tres princesas acompañadas de sus tres hermanos, y María Antonieta los recibió atenta y afectuosamente.
A medida que avanzaban las presentaciones, mayor era la ansiedad de madame Du Barry, que estaba de pie tras las princesas. ¿Se haría mención de ella?... ¿Se la olvidaría?...
Tan pronto como terminó el rey la presentación de madame Sofía, la menor de sus hijas, hubo una breve pausa, durante la cual todas las respiraciones permanecieron suspensas.
Luis XV dudó algunos segundos y María Antonieta manifestó que aguardaba con inquietud algún nuevo incidente de que al parecer ya la habían prevenido antes.
El monarca miró en derredor suyo, y viendo cerca a la condesa, la tomó de la mano y se acercó a su nuera.
Apartáronse al punto todos los cortesanos, y Luis XV se vio en medio de un círculo con María Antonieta y la favorita.
Presentó a la favorita después, con las siguientes palabras:
—La señora condesa Du Barry, mi mejor amiga. La princesa se puso pálida, pero una sonrisa agradable apareció en sus descoloridos y trémulos labios.
—Extraordinariamente afortunado es Vuestra Majestad —contestó—, pues tiene tan encantadora amiga, y no me extraña el afecto que puede inspirar.
Sorprendidos se miraban los cortesanos; era evidente que la princesa observaba las instrucciones de la corte de Austria y tal vez repetía palabras dictadas por la misma María Teresa.
Creyendo M. de Choiseul que era necesaria su presencia, se aproximó para ser también presentado: empero el rey hizo una señal, y al punto rompió el estrépito de tambores, clarines y cañonazos.
Luis XV tomó la mano de la joven princesa para acompañarla hasta su carroza, y pasó de esta suerte por delante de Choiseul. Sería difícil afirmar si le vio o no, pero lo cierto es que no hizo señal alguna que pareciese saludo...
Cuando María Antonieta pasó a ocupar su asiento en la carroza regia, las campanas de la ciudad comenzaron a repicar solemnemente.
La Du Barry entró en su coche loca de contento por su triunfo.
En aquel sitio se detuvieron unos diez minutos más, mientras el rey subió a su coche y se encaminó hacia la población, en cuyo espacio estallaron todas

aquellas voces reprimidas por el respeto o por la curiosidad.
Du Barry se acercó al carruaje de su hermana, y ésta le acogió con risueño semblante, esperando la enhorabuena.
—¿Sabes tú, Juana —dijo señalando a un oficial de caballería que estaba al pie de uno de los coches de la comitiva de la princesa—, sabes quién es aquel joven?
—No —respondió la favorita—, pero, ¿tú ignoras qué contestación dio la princesa cuando me presentó el rey a ella?
—Ahora no hablamos de eso. Ese joven es M. Felipe de Taverney.
—¿El que te dio la estocada?
—Justo. ¿Y sabes quién es la admirable criatura con quien habla?
—¿Quién, aquella joven pálida y majestuosa?
—Sí, la que el rey está ahora contemplando, y cuyo nombre pregunta, sin duda, a la princesa.
—¿Y qué?
—Es su hermana.
—¡Ah! —exclamó madame Du Barry.
—Mira, Juana, no sé por qué creo que debes desconfiar tanto de ella como yo de su hermano.
—¿Estás loco?
—Soy prudente. De todas maneras yo me encargo de ese mocito.
—Y yo no perderé de vista a su hermanita.
—¡Chito! —interrumpió el vizconde—, que viene nuestro amigo el duque de Richelieu.
En efecto, el mariscal se acercó.
—¿Qué pasa, querido duque? —preguntó la favorita con sonrisa llena de encanto—, parece que estáis disgustado.
—¡Ay, condesa! —replicó Richelieu—, ¿no es cierto que estamos todos muy circunspectos y casi tristes a pesar del fausto suceso que celebramos? Me acuerdo que en otra época salimos para acompañar a una princesa amable como ésta, hermosa como ésta; era la madre de monseñor el príncipe heredero. ¡Qué diferencia de humor! ¿Sería, acaso, porque éramos más jóvenes?
—No, mariscal —interrumpió una voz detrás del duque—, consistía en que el trono era menos viejo.
Casi se conmovieron los que la habían oído, y el duque, volviéndose, se halló

con un anciano caballero de elegante apostura, que con misantrópica sonrisa le apoyaba una mano en el hombro.
—¡Qué miro! —exclamó el duque—. ¡El barón de Taverney! Condesa —agregó—, es un antiguo camarada, en favor del cual solicito vuestra amistad: el barón de Taverney Casa-Roja.
—Es el padre —dijeron al mismo tiempo Juan y la condesa, inclinándose para saludarle.
—Al coche, señores, al coche —gritó el jefe de la escolta.
Saludaron los dos ancianos a la favorita y al vizconde y se dirigieron hacia un mismo carruaje, muy gozosos de encontrarse después de tan larga ausencia.
—Es necesario que sepas —dijo Du Barry—, que no me ha gustado más el padre que los hijos.
—¡Qué lástima —repuso la condesa— que se haya fugado ese perillán de Gilberto! Nos habría dado noticias, él que los conoce desde tanto tiempo.
—¡Bah! —dijo Juan—, ya le encontraremos, ahora que no tenemos otra cosa en que ocuparnos.
El movimiento de los carruajes interrumpió la conversación.
A la mañana siguiente, después de haber pernoctado en Compiègne, las dos cortes, ocaso de un siglo, aurora de otro, se dirigían unidas hacia París, abismo abierto que había de devorarlas.

XL

GILBERTO ANTE ZAMORA

Hablemos de Gilberto otra vez, ya que conocemos su fuga, por la exclamación imprudente que a Chon se le escapara.
Desde que en los primeros pasos del duelo de Felipe de Taverney con el vizconde Du Barry, supo el nombre de su protectora, se disminuyó considerablemente la admiración que en su principio la profesara.
Frecuentemente en Taverney, cuando oculto en un bosquecillo o detrás de

una enramada, seguía con los ojos ardientes a Andrea que paseaba con su padre, había podido oír al barón hablar categóricamente acerca de la condesa Du Barry. El apasionado rencor del viejo Taverney, cuyos viciosos principios conocemos, había hallado cierta simpatía en el corazón de Gilberto, la cual provenía de que Andrea jamás contradijo las murmuraciones de su padre, porque preciso es confesar que el nombre de madame Du Barry era generalmente despreciado en Francia. Y por último, lo que había decidido a Gilberto en favor del barón, es que muchas veces había oído gritar a Nicolasa: «¡Ah, si yo fuera madame Du Barry!»

Chon estuvo durante el viaje demasiado ocupada en cosas del mayor interés para advertir la mudanza de humor que produjera en Gilberto el conocimiento de sus compañeros, y llegó a Versalles sin pensar más que en explotar cuanto pudiese, en favor del vizconde, la estocada de Felipe, ya que no redundase en su mayor honra.

En cuanto a Gilberto, todavía no había entrado en la capital, si no de la Francia, al menos de la monarquía francesa, cuando olvidó todo mal pensamiento, a fin de poder entregarse a una sincera admiración. Versalles, frío y con imponente majestad, cuyos gigantescos árboles comenzaban ya a secarse y perecer de ancianidad, penetró a Gilberto de ese sentimiento de religiosa tristeza, que ninguna inteligencia bien organizada puede evitar en presencia de las grandes obras, erigidas por la perseverancia humana, o creadas por el poder de la naturaleza.

De tan extraordinaria sensación en Gilberto y contra la cual su orgullo innato luchaba inútilmente, resultó que en los primeros instantes permaneció silencioso de sorpresa y admiración. La convicción de su inferioridad y de su miseria le abrumaba. Veíase pobremente vestido al lado de aquellos señores, cubiertos de brillantes bordados, muy pequeño junto a los porteros, y demasiado torpe cuando con sus zapatones claveteados tuvo que andar sobre los pisos de mosaicos, y sobre los encerados y bruñidos mármoles de las galerías.

Nunca perdonó a Chon las humillaciones que había sufrido.

Sabemos por la primera parte de esta obra, que madame Du Barry ocupaba en Versalles los magníficos aposentos que en otro tiempo ocupara la princesa Adelaida.

El mármol, el oro, los encajes, los aromas, y las alfombras deslumbraron a Gilberto, sensual por instinto y filósofo por voluntad, y embriagada su

inteligencia al contemplar tan extraordinario lujo, no pudo conocer hasta después de largo rato, que se encontraba en un reducido aposento con unas malas colgaduras de sarga, y que un criado le había servido caldo, un resto de carne asada y un plato de crema, diciéndole al retirarse, en tono magistral:
—¡Permaneced aquí!
A pesar de todo, aun estaba encantado Gilberto con una parte de aquel cuadro, que era en efecto la más admirable. Le alojaron en el último piso; pero desde la ventana de su buhardilla veía todo el parque hermoseado con columnas de mármol; observaba las aguas que se escondían bajo la verdosa capa ocasionada por el abandono, y por cima de las copas de los árboles, trémulas como las olas del Océano, las esmaltadas llanuras y los azules horizontes de las montañas próximas. Lo único que se le ocurrió a Gilberto, fue que semejante a los primeros señores de Francia, habitaba en Versalles, esto es, en el palacio del rey.
Mientras comía Gilberto, penetraba Chon, como dijimos, en el aposento de su hermana; la enteraba al oído del resultado de su expedición cerca de madame de Béarn, anunciando en alta voz la desgracia ocurrida a su hermano; desgracia que a pesar del ruido que causó en su origen, la hemos visto ir a perderse y morir en el abismo donde debían ir a perderse otras muchas cosas aún más importantes, en la indiferencia del rey.
Reflexionando estaba Gilberto, cuando llegaron a avisarle que la señorita Chon le invitaba a bajar. Tomó el sombrero, le limpió, comparó a hurtadillas su casaca raída con el traje flamante del lacayo, y aun cuando consideró que el de éste era de librea, no bajó con menos vergüenza al encontrarse tan poco en armonía con las personas que tropezaba, y con las cosas que a su vista sucedían.
Al mismo tiempo que Gilberto, descendía Chon al patio, sólo que ella venía por una escalera principal, y él por otra interior.
Los aguardaba un carruaje de cuatro asientos, semejante en su forma a aquel famoso carricoche en que el gran rey paseaba a la vez a madame de Montespán, a madame de Fortanjes, y a veces también a la reina.
Chon subió y se colocó en la primera banqueta, con un gran cofre y un perrito, quedando otros dos asientos destinados para Gilberto, y para una especie de mayordomo llamado Granje.
Gilberto se apresuró a instalarse detrás de Chon para no rebajarse, mientras el mayordomo, sin picarse ni hacer siquiera caso, tomó asiento detrás del cofre

y el perro.
Chon, que era parecida en espíritu y corazón a los demás seres que ocupaban Versalles, se sentía alegre al dejar el gran palacio, para disfrutar del aire puro de los bosques y de los prados, se hizo comunicativa, y tan pronto como salió de la ciudad, volvióse hacia Gilberto diciéndole:
—Vaya, señor filósofo, ¿qué os parece Versalles?
—Magnífico, señora; ¿pero le abandonamos ya?
—Sí, ahora vamos a *casa*.
—¡Bien! *a vuestra casa* —repuso Gilberto.
—Eso quería decir. Tendré el gusto de presentaros a mi hermana: haced lo posible por agradarla, pues que en eso se ocupan hoy los más notables señores de Francia. A propósito, M. Granje, mandaréis que hagan un vestido completo a este joven.
Gilberto se sintió encendido por la vergüenza.
—¿Qué vestido, señora? —preguntó el mayordomo—: ¿la librea ordinaria?
—¡La librea! —exclamó Gilberto, centelleando una mirada feroz, y saltando sobre su banqueta.
No pudo Chon reprimir la risa viendo la indignación del joven filósofo, y añadió:
—No: mandaréis hacer... luego os lo diré. Tengo una idea que quiero comunicar a mi hermana: cuidad únicamente que su vestido esté dispuesto al mismo tiempo que el de Zamora.
—Está bien, señora.
—¿Conocéis a Zamora? —interrogó Chon a Gilberto que estaba muy inquieto al oír aquel diálogo.
—No he tenido ese honor, señora —contestó.
—Es un compañero que vais a tener, y que será nombrado gobernador de Luciennes. Conquistaos su amistad, porque a pesar de su color es excelente muchacho.
Dispuesto estaba ya Gilberto a preguntar de qué color era Zamora; pero reprimióse al acordarse del sermón de moral que le predicara Chon sobre la curiosidad y temiendo recibir otra reprimenda:
—Haré por atraerme su afecto —contestó Gilberto con una sonrisa llena de dignidad.
Llegados a Luciennes, el filósofo lo había observado todo: el camino recientemente plantado de árboles, las umbrosas laderas, el gran acueducto

que parece obra de romanos, los espesos castaños, y por último, el cuadro maravilloso que presentan las praderas y bosques que acompañan ambas márgenes del Sena en toda la extensión del camino que conduce a Maisons.
—¡Y es éste —decía para sí Gilberto— el pabellón que tanto dinero ha costado a Francia, según decía el barón de Taverney!
Una infinidad de perros alegres, y de criados diligentes que acudían para saludar a Chon, suspendieron las reflexiones aristocrático-filosóficas de nuestro joven filósofo.
—¿Ha llegado ya mi hermana? —preguntó Chon.
—No, señora, pero la esperan.
—¿Quién?
—El canciller, el subdelegado de policía y el señor duque de Aiguillon.
—¡Bien! corred a abrirme el gabinete de China, pues deseo verla antes que nadie, y la avisaréis que estoy aquí, ¿lo entendéis? ¡Ah! Silvia —añadió Chon dirigiéndose a una camarera que acababa de apoderarse del cofre y del perrillo—, entregad *Misapouj* y ese cofrecito a M. Granje, y conducid mi filósofo a presencia de Zamora.
Silvia miró en torno suyo deseando investigar sin duda de qué clase de animal hablaba Chon; pero sus miradas y las de su ama se fijaron al mismo tiempo en Gilberto, y Chon hizo una seña manifestando que se trataba del joven.
—Venid —dijo Silvia.
Gilberto, cada vez más asombrado, siguió a la camarera, mientras su protectora, más ligera que un pájaro, desaparecía por una de las puertas laterales del pabellón.
Sin el tono imperioso con que Chon hablara a Silvia, más bien habría creído Gilberto que era una gran señora, que una doncella de servicio, pues su traje era más semejante al de Andrea que al de Nicolasa. La doncella tomó de la mano a Gilberto, conforme a la orden que recibiera, dirigiéndole una amistosa sonrisa, pues había fácilmente conocido que las palabras dirigidas por Chon al recién llegado, expresaban, si no cariño, capricho al menos.
Silvia era una esbelta y elegante joven, de azules ojos, tez blanca ligeramente sonrosada y hermosísimos cabellos rubios. Los finos y frescos labios, dientes blancos y bien torneados brazos, produjeron a Gilberto una de esas sensuales impresiones a que era tan propenso, recordándole con dulce estremecimiento la luna de miel de que hablara en otro tiempo Nicolasa.

Y como quiera que la inteligencia de la mujer está por naturaleza dotada de la más admirable penetración para esta clase de sensaciones, Silvia pudo enseguida conocer la que produjo en el ánimo del joven filósofo, y con graciosa sonrisa preguntó:
—¿Cómo os llamáis?
—Gilberto.
—Pues bien, señor Gilberto, venid a presentaros al señor Zamora.
—¿Al gobernador del castillo de Luciennes?
—Precisamente.
Gilberto extendió los brazos, limpió su casaca con una de las mangas, y se pasó el pañuelo por las manos. Algo le impresionaba el tenerse que presentar a un personaje de aquella importancia; mas recordando que aludiendo a Zamora, su protectora había dicho: *es excelente muchacho*, siguió adelante con más confianza.
Era ya amigo de una condesa y de un vizconde, e iba también a serlo de un gobernador.
—¿Y hay quien se atreva a calumniar a la corte —dijo para sí—, cuando es tan fácil conquistar amigos en ella? Creo que estas gentes son muy hospitalarias y buenas.
Silvia abrió la puerta de una antecámara, que más semejaba el *Atrium* de Lúculo en vista de los maravillosos mosaicos y ricas incrustaciones del piso y de las paredes.
Hundido entre los cojines de un inmenso sillón, hallábase con las piernas cruzadas y mascullando pastillas de chocolate el señor Zamora, a quien ya conocemos; pero que era aún desconocido para Gilberto.
—¡Ah! —prorrumpió al contemplar con asombro despavorido aquella extraña figura, pues era la primera vez que veía un negro—: ¡oh! ¿qué significa eso?...
Zamora, sin alzar la cabeza, siguió saboreando sus pastillas.
—Este es el señor Zamora —respondió Silvia.
—¿Eso? —preguntó estupefacto Gilberto.
—¡Claro! esto —dijo riéndose la joven.
—¡Cómo! ¿es el gobernador ese mascarón de proa? ¡vamos! ¿os mofáis de mí?
A este apostrofe levantóse Zamora, y mostrando sus dientes blancos:
—Yo, gobernador —contestó—, pero no mascarón.

Paseó Gilberto de Zamora a Silvia una mirada inquieta que se convirtió en colérica, cuando vio que la doncella empezó a reír a carcajadas, a pesar de los esfuerzos que hacía para reprimirse.
En tanto Zamora, que seguía tan impasible y tan grave como un ídolo indio, introdujo otra vez la negra garra en un bolsillo de raso donde guardaba sus confites.
La puerta se abrió, y M. Granje presentóse seguido de un sastre.
—Ahí tenéis —dijo señalando a Gilberto— la persona para quien ha de ser el vestido: tomad, como os he indicado, la medida.
Gilberto alargó maquinalmente los brazos, mientras la doncella y M. Granje conversaban en un rincón de la estancia, riéndose aquélla a carcajadas a cada palabra que la decía el mayordomo.
—¡Oh, debe estar precioso! —exclamó Silvia—; ¿y llevará el gorro puntiagudo como Sgaranelle?
Gilberto no esperó contestación del mayordomo: empujó bruscamente al sastre, y por ningún precio consintió en prestarse al resto de la ceremonia.
Aunque no conocía a Sgaranelle, el nombre, y sobre todo, las estrepitosas carcajadas de la doncella, le daban a entender que debía ser algún personaje eminentemente ridículo.
—¡Basta! —dijo M. Granje—, no le violentéis; ya debéis estar suficientemente enterado.
—Ya lo creo —replicó el sastre—, además, que esa clase de trajes no importa que sean anchos. Lo haré bien holgado.
Retiráronse Silvia, el mayordomo y el sastre, dejando a Gilberto solo con el negrito que seguía mascando sus pastillas y enseñando sus dientes blancos.
Todo eran enigmas para el provinciano, y sobre todo, ¡cuántos temores y angustias para el filósofo que veía o creía ver su dignidad de hombre más gravemente comprometida en Luciennes que en Taverney!
Con todo, decidióse a hablar a Zamora, pues se le había ocurrido la idea de que tal vez sería algún príncipe indio como los que había visto en las novelas de Crébillon, hijo.
Mas el príncipe indio, en vez de responderle, dirigióse a un espejo, miró su magnífico traje con tanta alegría como una novia contempla el que destina para su boda, y colocando las piernas enseguida sobre una silla de ruedas que puso en movimiento con los pies, dio algunas vueltas por la antecámara con una velocidad que demostraba el estudio profundo que había hecho de aquel

ingenioso ejercicio.
De pronto sonó una campanilla, y el negrillo, interrumpiendo al punto sus evoluciones, se dirigió con precipitación por una de las puertas de la antecámara en la dirección del argentino timbre.
Esta rapidez en obedecer aquel llamamiento, acabó de persuadir a Gilberto de que Zamora no era príncipe, como había llegado a figurarse al principio.
De pronto le ocurrió la idea de salir por la misma puerta que el negro; mas al extremo del corredor que daba a un salón, vio tantos cordones azules y encarnados, y tan numerosa cuadrilla de lacayos insolentes y descarados, que tembloroso y con la frente bañada en sudor, se retiró otra vez a su antecámara.
Transcurrió una hora sin que ni Zamora ni la doncella regresasen: con toda su alma deseaba Gilberto ver un rostro cualquiera, aun cuando fuese el del horrible sastre que debía ser ejecutor del chasco que le amenazaba.
Cuando pasó la hora se abrió la puerta y presentóse un lacayo diciendo:
—Venid.

XLI

LA FUGA DE GILBERTO

Mucho sintió Gilberto verse precisado a obedecer a un lacayo, pero como se trataba sin duda de un cambio de estado, y como creía que toda variación debía serle ventajosa, se apresuró a seguirle.
Libre de responsabilidad la señorita Chon, después de haber puesto a su cuñada al corriente de su misión cerca de madame de Béarn, almorzaba muy descansadamente junto a una ventana, donde llegaban las acacias y castaños del más próximo quincunce.
Con mucho petito comía, lo cual disculpó Gilberto al ver sobre la mesa un salmorejo de faisán y una galantina de trufas.
Entonces el filósofo descubrió sobre el velador el sitio de su cubierto,

aguardando que su protectora le invitase; pero ni siquiera le ofreció un asiento, limitándose a mirarle de vez en cuando, y después de beber un vaso de vino:
—Ea, querido médico —dijo—, ¿a qué altura os encontráis con Zamora?
—¿A qué altura? —repitió Gilberto.
—Sí, porque supongo que ya seréis amigos.
—¡Yo amigo de un animal que no habla, y que cuando le dirigen la palabra, no hace más que poner los ojos en blanco y enseñar los dientes!
—Me asustáis —repuso Chon sin suspender su almuerzo y sin que la expresión del rostro correspondiera a sus palabras—; parece que sois muy esquivo en materia de amistad...
—La amistad supone igualdad, señora.
—¡Magnífica teoría! ¿Luego no os conceptuáis igual a Zamora?
—Es decir —repuso Gilberto—, que no le considero igual a mí.
—Verdaderamente —dijo Chon hablando consigo misma—, ¡es muy divertido mi ahijado!
Y dirigiéndose a Gilberto que la contemplaba con altivez, añadió:
—¿Conque decíais, querido doctor, que dais con dificultad vuestro corazón?
—Con mucha, señora.
—¿Conque me equivoqué, cuando supuse que sería una de vuestras más íntimas amigas?
—Experimento cierta inclinación hacia vos personalmente —contestó Gilberto con sequedad—; pero...
—¡Gracias!, ¡me considero indigna de tanto favor! ¿Y qué tiempo es preciso, lindo desdeñoso mío, para que una persona merezca vuestro afecto?
—Mucho, señora; y aun así, hay algunas que, a pesar de cuanto hagan, jamás lo alcanzarán.
—Bueno: no me sorprende ya que, después de dieciocho años en casa de Taverney, la abandonarais de repente. Conque esa familia no ha podido alcanzar la suerte de caeros en gracia, ¿eh? Vamos, ¿no respondéis? —prosiguió Chon.
—¿Qué he de contestar, señora, sino que la amistad y la confianza son cosas que deben merecerse?
—¡Caramba! eso significa que los huéspedes de Taverney nunca pudieron merecerlas.
—Todos, no, señora.

—¿Y qué hicieron los que tuvieron la desgracia de desagradaros?
—Yo no me quejo, señora —repuso con orgullo el joven.
—Claro está —continuó Chon—: el señor Gilberto me excluye a mí también de su confianza. No es el deseo de alcanzarla lo que me falta seguramente, sino el conocimiento de los medios que debo emplear.
Gilberto se mordió los labios.
—Por último, esos Taverney jamás supieron agradaros —añadió Chon con una curiosidad, cuya intención conoció Gilberto—. Vaya, contadme, ¿qué hacíais en su casa?
Bastante apurado se vio Gilberto, pues él mismo desconocía cuál había sido su ocupación en Taverney.
—Yo era... hombre de confianza.
Aquellas palabras, pronunciadas con la calma estoica que a Gilberto caracterizaba, produjeron a Chon tal acceso de hilaridad, que recostándose en su sillón, prorrumpió en estrepitosas carcajadas.
—¿Lo dudáis, señora? —exclamó Gilberto frunciendo el ceño.
—¡No, en verdad! ¿Sabéis, querido mío, que sois tan esquivo que no se puede hablar con vos? Al preguntaros quiénes eran esos Taverney, era con el propósito de serviros, vengándoos.
—Señora, yo no me vengo, o en tal caso, me vengo solo.
—Perfectamente; pero nosotros nos creemos también ofendidos de esa familia, y puesto que a vos también os han ofendido, debemos naturalmente aliarnos para la venganza.
—Estáis equivocada, señora; mi modo de vengarme no es igual al vuestro, porque habláis de Taverney en general, y yo hago algunas excepciones, según la distinta opinión que de ellos he formado.
—¿En qué clase consideráis, por ejemplo, a M. Felipe de Taverney?
—No tengo queja contra él, pues jamás me causó bien ni mal: así es, que ni le amo ni le detesto.
—Y no declararíais ante el rey o ante M. de Choiseul contra el joven de quien hablamos.
—¿Sobre qué?
—Sobre su duelo con mi hermano.
—Si solicitan mi declaración, diré lo que sé.
—¿Y qué sabéis?
—La verdad.

—¿Y a qué llamáis la verdad? Esa es una palabra muy elástica.
—No puede serlo para quien sabe distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.
—Comprendo: el bien es M. Felipe de Taverney; y el mal el vizconde Du Barry.
—Tal es mi parecer, señora, a lo menos según mi conciencia.
—¡Que haya yo protegido a este hombre! —dijo Chon irritada—: ¡Mirad cómo me recompensa el que me debe la vida!
—Podéis decir mejor, el que no os debe la muerte.
—Es lo mismo.
—Todo lo contrario, es distinto.
—¿Pues cómo?
—La vida no os la debo, pues sólo evitasteis que vuestros caballos me la quitaran: y aun esto no lo hicisteis vos, sino el postillón.
Chon miró con insistencia al joven.
—Me figuraba yo que tenía algún derecho —continuó ésta dulcificando la sonrisa y la voz—, para esperar más galantería de parte de un compañero de viaje, que sabía, durante el camino, buscar tan bien mi brazo debajo de un cojín y mi pie sobre su rodilla.
Era tan provocativa la expresión de Chon con esta familiaridad, que Gilberto olvidó a Zamora, al sastre y el almuerzo a que no le habían invitado.
—Vaya, vaya, os vais haciendo más tratable —dijo Chon pasando sus manos por las mejillas del joven filósofo—; declararéis contra Felipe de Taverney, ¿es cierto?
—¡No, no, jamás! —exclamó Gilberto.
—¿Y por qué, testarudo?
—Porque el vizconde Juan procedió mal.
—En insultar a la princesa, mientras M. de Felipe de Taverney por el contrario...
—¿Qué?
—Tenía razón en defenderla.
—¡Hola! ¿De modo que sois partidario de la princesa?
—Yo no soy partidario sino de la justicia.
—Sois un loco, Gilberto; callad, que no os oigan expresaros, como lo hacéis, en este castillo.
—Pues dispensadme de contestar cuando preguntéis.

—Bueno, variemos de conversación. Pero decid —prosiguió Chon con notable actitud—, ¿qué pretendéis hacer aquí, si no intentáis congraciaros?
—¿Y necesito ser perjuro para alcanzar la gracia?
—¿En dónde demonios habéis oído esas palabras?
—Es el deber que cada hombre tiene de permanecer fiel a su conciencia.
—Vaya —continuó Chon—; cuando se sirve a un amo, éste resume en sí toda responsabilidad.
—No tengo amo —murmuró el joven.
—Y al paso que vais, imbécil —dijo Chon levantándose—, tampoco tendréis *ama*. Repito, pues, mi pregunta: responded categóricamente: ¿Qué pensáis hacer aquí?
—Yo creí que no era necesario hacerse agradable, pudiendo ser útil.
—Estáis equivocado: lo más corriente es encontrar gentes útiles, y ya estamos hartos.
—Pues entonces me retiro.
—¿Que os retiráis?
—Claro es; yo no solicité venir, de modo que estoy libre.
—¡Libre! —exclamó Chon a quien comenzaba a irritar aquella resistencia a la que no estaba acostumbrada—: no por cierto. Vamos, vamos —prosiguió la joven—, ¡haya paz! Sois muy virtuoso, por lo cual me parecéis extraordinariamente divertido, aun cuando no sea más que por el contraste que haréis con cuanto os rodea. Conservad, sin embargo, vuestro amor a la verdad.
—Vaya si lo conservaré —repuso Gilberto.
—Pero entendemos de dos maneras distintas el hecho: digo que le guardéis para vos, y no celebréis vuestro culto en los corredores de Trianón, o en las antecámaras de Versalles.
—¡Hum! —murmuró Gilberto.
—No hay ¡hum! que valga, amiguito. No sois tan sabio, caro filósofo, que no necesitéis aprender muchísimas cosas de una mujer; ante todas, primer axioma: callando no se miente.
—¿Y si me preguntan?
—¿Qué han de interrogaros? ¿Estáis loco? ¿Quién ha de acordarse de que existís como no sea yo? Supongo que aun no tenéis escuela, señor filósofo, y es bastante para la especie de que formáis parte. Solamente en los caminos reales o entre peñascos era posible hallaros. Viviréis conmigo, y apuesto que

antes de cuatro días estáis convertido en un cortesano perfecto.
—Me atrevo a dudarlo —dijo majestuosamente Gilberto.
Chon se encogió de hombros, y Gilberto se sonrió.
—Ea, dejemos esto —continuó la joven—; sólo necesitáis agradar a tres personas.
—¿Qué son?
—El rey, mi hermana y yo.
—Y para eso, ¿qué es preciso hacer?
—¿Habéis visto a Zamora? —preguntó la joven esquivando la cuestión.
—¿El negro? —contestó Gilberto en tono despreciativo.
—Sí, el negro.
—¿Qué tengo yo que ver con él?
—Pues el negro posee ya dos mil libras de renta sobre la caja del rey: será nombrado gobernador del castillo de Luciennes, y acaso el que ahora se ríe de sus labios gordos y de su color, le hará la corte, le llamará su señor, y aun monseñor.
—No seré yo, señora —repuso Gilberto.
—¡Vamos! —dijo Chon—, pensé que el primer precepto de los filósofos era que todos los hombres son iguales.
—Por eso no llamaré a Zamora monseñor jamás.
Acometida con sus propias armas, mordióse Chon los labios de despecho, y prosiguió:
—Según eso, ¿no sois ambicioso?
—¡Sí, por cierto! —exclamó Gilberto con ojos centelleantes.
—Si mal no me acuerdo, vuestra ambición se reducía a ser médico.
—Creo que es la más apreciable del mundo, la misión de socorrer a nuestros semejantes.
—Bien, veréis realizados vuestros deseos.
—¿En qué forma?
—Seréis médico, y médico del mismo rey.
—¡Yo! —prorrumpió Gilberto—, ¡yo, que desconozco hasta las primeras nociones de la medicina!... ¡Os burláis, señora!
—¿Pues sabe Zamora acaso lo que es un rastrillo, una contraescarpa? No, seguramente, y no obstante, ni se apura, ni esta ignorancia, le impide ser gobernador del castillo de Luciennes con todos los privilegios inherentes a este título.

—Ya, ya adivino —dijo amargamente Gilberto—, no tenéis más que un bufón, y no es bastante: el rey se fastidia, y necesita dos.
—Ea —gritó Chon—, otra vez le tenemos amoscado, os ponéis tan feo que da gozo, ídolo mío. Guardad esos gestos para cuando tengáis encasquetada la peluca y el gorro puntiagudo: entonces sí que estaréis gracioso.
Frunció Gilberto nuevamente el entrecejo.
—¡Ea! —continuó Chon—, bien podéis aceptar el cargo de médico del rey, cuando el señor duque de Tresmes, pretende el título de tití de mi hermana.
Chon hizo la aplicación del proverbio «quien calla otorga» al ver que Gilberto callaba.
—En testimonio de que comenzáis a disfrutar el favor, ya no comeréis en la cocina.
—¡Ah! gracias, señora.
—Ya he dado órdenes encaminadas a ese fin.
—¿Y dónde comeré?
—Con Zamora.
—¿Yo?
—Pues ya se ve: el gobernador y el médico de su majestad bien pueden comer a la misma mesa. Id ya, si gustáis.
—Yo no tengo hambre —contestó Gilberto con aspereza.
—Bien —repuso Chon con tranquilidad—: ahora no tenéis hambre; pero la tendréis esta tarde.
Gilberto movió la cabeza.
—Y si no es a la tarde, mañana será, señor rebelde, y si dais mucho ruido tenemos a vuestras órdenes al señor corrector de pajes... Vamos, yo os amansaré.
Estremecióse y palideció Gilberto al oír esta amenaza.
—Vamos, marchaos con Zamora —dijo Chon con severidad—: no os pesará; la cocina es buena, mas procurad no ser ingrato, porque os enseñaría a ser agradecido.
Gilberto bajó la cabeza, que era su movimiento acostumbrado, cuando en vez de contestar, acababa de decidirse a obrar.
El mismo lacayo que acompañó a Gilberto le estaba esperando a la salida y le condujo a un comedor contiguo a la antecámara. Zamora estaba a la mesa. Gilberto se dirigió a sentarse cerca de él; pero no se consiguió que comiera.
Marchó a las tres a París madame Du Barry, y Chon, que se había de

incorporar después a ella, dio orden para que domesticasen a su oso. Muchas golosinas si ponía buena cara; grandes amenazas seguidas de una hora de calabozo, si se declaraba en rebeldía.
Serían las cuatro cuando entraron el traje completo del *Médico a palos*. Sombrero puntiagudo, peluca, casaca negra y saco del mismo color. Tampoco faltaba el cuello almidonado, la varilla y el libro.
El lacayo que trajo el disfraz enseñó a Gilberto cada uno de esos objetos, sin que manifestase la menor intención de resistirse.
Detrás del criado entró M. Granje para enseñarle el uso de las diferentes partes del traje, y nuestro joven oyó con la mayor paciencia la manifestación del mayordomo.
—Creo —dijo Gilberto— que los médicos llevaban en otro tiempo un tintero y un rollo de papel.
—Verdad —contestó M. Granje—, traed un tintero largo para que se lo cuelgue a la cintura.
—Con papel y pluma —gritó Gilberto—, deseo que el traje esté completo.
El criado salió presuroso a ejecutar esta orden, debiendo al mismo tiempo enterar a la señorita Chon de la condescendencia del joven filósofo.
Tanto se alegró aquélla, que entregó al mensajero una bolsita con ocho escudos, la cual debía colgarse, con el tintero, de la cintura del médico modelo.
—Gracias —dijo Gilberto—, ahora suplico que se me deje solo para vestirme.
—Sí; pero terminad pronto —repuso M. Granje—, a fin de que la señorita pueda veros antes de marchar a París.
—No necesito más que media hora —contestó Gilberto.
—Si lo necesitáis, tres cuartos de hora, señor doctor —dijo el mayordomo cerrando con tanta precaución la puerta de Gilberto, cual si fuese la de su caja.
De puntillas acercóse el joven a la puerta para cerciorarse de que se alejaban los pasos, y corrió al punto a la ventana que caía sobre unas terrazas cubiertas de arena y rodeadas de árboles.
Entonces, desgarrando el ropón en tres tiras que unió entre sí, colocó sobre la mesa el sombrero y la bolsa, y escribió:

«Señora:

»El primer bien de todos es la libertad: el más sagrado de los deberes del hombre, es conservarla. Me violentáis, y me emancipo.
Gilberto.»

Dobló la carta, escribió el sobre para la señorita Chon, ató los doce pies de sarga a los barrotes de la ventana, por entre los cuales se deslizó como una culebra y saltó al terrado con riesgo de su vida, después que llegó al cabo de la cuerda. Quedó aturdido del golpe, y sin embargo, corrió hacia un árbol por entre cuyas ramas se escurrió hasta la tierra y se alejó a escape con dirección a los bosques de Ville-d'Avray.
Entraron a buscarle cuando se encontraba ya fuera de alcance.

XLII

ENCUENTRO CON UN ANCIANO

Temeroso Gilberto de que le siguieran, separóse del camino real, y fue de bosque en bosque parándose después de haber corrido legua y media en tres cuartos de hora.
Miró a su alrededor y se tranquilizó al verse enteramente solo. Procuró entonces aproximarse al camino que, según sus cálculos, debía ser el de París; pero unos caballos que descubrió cerca de la aldea de Roquencourt, conducidos por lacayos con librea de color naranja, le asustaron en tal forma, que curó de la tentación de andar por caminos reales y se escondió de nuevo en los bosques.
—Vamos a descansar a la sombra de estos castaños —dijo para sí—, pues si me buscan en alguna parte, ha de ser en el camino real; y esta noche, de árbol en árbol, de espesura en espesura, fácilmente entraré en París. He oído decir que es grande, yo soy chico: allí me confundiré.
Le pareció tanto mejor esta idea, cuanto que el tiempo estaba hermoso, sombrío el bosque y el suelo mullido. Los rayos de un sol, intermitente ya,

que principiaban a ocultarse tras los collados, habían secado la hierba y arrancado de la tierra los blandos perfumes de la primavera, que participan a la vez de la flor y de la planta.
Eran ya esos instantes del día en que el silencio desciende más dulce y profundo del cielo que comienza a oscurecerse, esa hora en que, cerrándose las flores, ocultan al insecto dormido en su cáliz.
De pronto, lejos de afligirse, una inmensa alegría arrebató su alma. Aspiraba a torrentes el aire libre y puro, conociendo que en esta ocasión había también estoicamente triunfado de los lazos tendidos a las flaquezas humanas. ¿Qué le importaba carecer de pan, dinero y asilo? ¿No disponía absolutamente de su querida libertad?
Al pie de un gigantesco castaño que le ofrecía un blando lecho entre dos brazos de raíces cubiertas de musgo, se tendió contemplando al cielo que le sonreía: quedóse profundamente dormido.
Las aves le despertaron al amanecer, e incorporándose sobre el codo, lastimado por el contacto del árbol duro, admiró el crepúsculo azulado que con dudosa claridad alumbraba.
El filósofo sintió hambre, pues el lector recordará que no había querido comer la víspera con Zamora, de modo que desde su almuerzo de Versalles, no había vuelto a probar bocado. Creyóse encontrar bajo las sombrías arboledas de Taverney, o en los bosques de Pierrefitte, despertando después de un acecho nocturno, emprendido para Andrea.
Entonces veía siempre a su lado alguna perdiz atraída por el reclamo, algún faisán muerto al detenerse en las ramas de algún árbol, mientras que ahora sólo veía su sombrero, bastante maltratado por el camino y por la humedad de la mañana.
No era un sueño, como creyera al despertar; Versalles y Luciennes eran una realidad, desde su triunfante entrada en la una, hasta su precipitada fuga de la otra.
Lo que más le llevó a la verdad, fue un hambre que crecía por momentos, haciéndose, por consiguiente, cada vez más aguda e insoportable.
Entonces buscó instintivamente a su alrededor las sabrosas moras, las ciruelas silvestres, y las jugosas raíces de sus florestas, cuyo gusto, no por ser más áspero que el de los rábanos, es menos agradable a los trabajadores, que con la azada al hombro salen por las mañanas a buscar el sitio del desmonte.
—Vaya, vaya, iré derecho a París, pues sólo debo estar a distancia de cuatro

leguas; en dos horas andaré el camino. ¿Qué importan dos horas de sufrimiento, cuando está uno seguro de no sufrir después? Todo el mundo tiene pan en París, y al ver a un joven honrado, el primer artesano que encuentre no me le negará a cambio de trabajo. En París se encuentra en un día la comida del siguiente: ¿qué más necesito? Es evidente que nada, con tal que cada día me engrandezca, me eleve y me aproxime... al objeto que me he propuesto alcanzar.

Gilberto redobló el paso, y aunque deseara salir al camino real, le era absolutamente imposible, pues había perdido todo medio de orientarse. En los bosques circunvecinos de Taverney, conocía el Oriente y el Occidente, siendo para él cada rayo de sol un indicio seguro de hora y de camino. Durante la noche, cada estrella, por desconocida que le fuese bajo su nombre de Venus, Saturno, o Lucifer, le guiaba; pero en medio de aquel mundo nuevo, no conocía ya ni las cosas ni los hombres, y era preciso, no obstante, hallar en medio de unos y otros su camino a tientas, y entregado a los azares de la suerte.

—Por fortuna —murmuró entre sí—, he visto pilares que indican a qué parte se dirigen los caminos.

Encaminóse hacia la encrucijada donde había visto aquellos pilares indicadores.

Tres eran: el uno conducía a Marais-Jaune, el otro al campo de la Alondra, y el tercero al Trou-Salé.

Corrió tres horas, sin encontrar la salida del bosque, y sin avanzar terreno. El sudor bañaba su frente: veinte veces había trepado por los castaños colosales; pero al llegar a la cima, no había podido descubrir más que a Versalles, unas veces a la derecha y a otras a la izquierda: Versalles, hacía el cual parecía que la fatalidad le atraía constantemente.

Enloquecido de furor, no atreviéndose a salir al camino real, persuadido de que todo Luciennes corría tras él, y guardando siempre el centro de los bosques, concluyó por pasar a Viroflay, después a Chaville, y por último a Sèvres.

Eran las cinco y media, cuando llegó al convento de los capuchinos, enclavado entre la fábrica y Bellevue, y desde allí, subido sobre una cruz, a riesgo de romperla y ser enrodado como Sirven, por decreto del Parlamento, distinguió el Sena, la población y el humo de las primeras casas.

A un lado del Sena, en medio de la aldea, y por delante del umbral de

aquellas casas pasa el camino real de Versalles, del que tanto interés tenía en apartarse.
Gilberto dejó de sentir el cansancio y el hambre. Veía en el horizonte multitud de casas perdidas entre el vapor de la mañana, y suponiendo que sería París, emprendió presuroso su carrera en aquella dirección, sin detenerse hasta que advirtió que empezaba a faltarle el aliento. Estaba ya en el bosque de Meudon.
—Vamos, vamos —dijo mirando en torno suyo—; fuera la vergüenza. Es imposible que no encuentre algún trabajador de esos que llevan un gran pedazo de pan bajo el brazo. Le diré: «todos somos hermanos, y por consiguiente debemos mutuamente auxiliarnos. Tenéis más pan del necesario, no solamente para vuestro desayuno, sino para todo el día, mientras que yo me muero de hambre»; y me dará entonces la mitad de su pan.
El hambre crecía con las filosóficas reflexiones de Gilberto.
—En verdad —añadía—, ¿no es todo común al hombre sobre la tierra? Dios, ese manantial eterno de todo lo criado, ¿ha dado acaso a éste o aquél el aire que fecunda la tierra, o la tierra que fecunda los frutos? No; pero existen muchos que han usurpado; aunque a los ojos del Señor, como a los del filósofo, nadie posee, y el que tiene no es más que aquel a quien Dios ha prestado.
Y reasumía Gilberto con una inteligencia natural, esas ideas, vagas e indecisas en aquel tiempo, que los hombres sentían fluctuar en el aire y pasar por encima de su cabeza, como esas nubes que empujadas hacia un solo punto, se amontonan y acaban por formar la tempestad.
—Hay hombres —continuaba el joven— que se apoderan injustamente de lo que es de otros, y hay derecho para arrancarles por fuerza lo que no pueden poseer solos, y sobre lo que no tienen más derecho que el de participación. Si mi hermano posee demasiado pan para sí, y me niega un pedazo, yo... yo se lo arrancaré a la fuerza, imitando en esto la ley animal, fuente de todo buen sentido y de toda igualdad; puesto que deriva de toda necesidad natural: a no ser que mi hermano me manifieste: «esta parte que reclamas, es la de mi mujer e hijos»; o bien: «yo soy el más fuerte y comeré este pan a pesar tuyo».
El joven hallábase en esta disposición de lobo hambriento, cuando dio vista a un llano cuyo centro ocupaba una laguna rodeada de espaldañas y juncos. Daban entrada a esta especie de encrucijada seis alamedas; dos de las cuales

parecían subir hasta el sol, que doraba la copa de los árboles lejanos, mientras que las otras cuatro, divergentes como los rayos de una estrella, se perdían en las profundidades azuladas de la selva. Aquella sala ataviada por la Naturaleza, en la que se introdujera Gilberto por una de las sombrías alamedas, parecía más fresca y más florida que ningún otro sitio del bosque.
El primer objeto que divisó, cuando después de haber abarcado con una sola ojeada el horizonte, dirigió más atentamente su vista en torno suyo, fue al borde de un profundo foso, el tronco de un árbol derribado, sobre el cual encontrábase sentado un hombre de peluca gris, y con fisonomía dulce y expresiva. Su traje se componía de casaca de paño basto y oscuro, calzones de igual color, y chaleco de piqué blanco; las medias, de algodón gris, ocultaban una pierna bien formada, y sus zapatos de hebilla, llenos de polvo todavía, estaban mojados por la punta del rocío de la mañana.
Este hombre tenía a su lado una caja verde, abierta y llena de plantas recientemente cogidas. Podía verse entre sus rodillas un bastón de acebo, cuyo redondo puño brillaba en la sombra, y que remataba en una pala de dos pulgadas de ancho sobre tres de largo.
Gilberto abarcó de una sola ojeada los detalles que hemos presentado; pero lo que vio enseguida fue un pedazo de pan, que el anciano dividía en pequeñas fracciones para comerlas, partiéndolas fraternalmente con los pinzones y verderones que observaban desde lejos la codiciada presa, lanzándose sobre ella tan luego le era entregada, y alejándose rápidamente hacia el interior de la floresta.
—Ea, ya conseguí lo que buscaba —dijo Gilberto separando las ramas, y dando cuatro pasos hacia el solitario, que salió al cabo de su meditación.
Mas aun no había llegado a la tercera parte del camino, cuando viendo el aire dulce y pacífico de aquel hombre, paróse y se quitó el sombrero.
Por su parte, el anciano, reparando que no estaba ya solo, dirigió una rápida ojeada a su chaleco y casaca, que abotonó rápidamente.

XLII

EL HERBORISTA

Aproximóse Gilberto, muy decidido, y al abrir la boca para hablar no se atrevió a pronunciar ni una sola palabra. Flaqueaba su ánimo, pues se figuraba que iba a pedir una limosna, y no a reclamar un derecho.
El anciano vio la timidez del joven, y le pareció infundir a éste más ánimo.
—¿Deseabais hablarme, amigo? —preguntó sonriendo y dejando el pan sobre la hierba.
—Sí, señor —contestó Gilberto—. Os he visto echar pan a los pájaros, como si Dios no los alimentase.
—Cierto es, joven —replicó el desconocido—; pero se vale de la mano del hombre como de un medio para realizar este fin. Si tratáis de reconvenirme, no tenéis razón, porque nunca se desperdicia el pan, ya sea arrojado en un bosque desierto, ya en una calle poblada; allí se lo llevan las aves, aquí lo recogen los pobres.
—Pues bien, aunque nos hallamos ahora en un bosque —replicó el joven notablemente conmovido al oír la voz dulce y penetrante del anciano—, sé de un hombre que disputaría ese pan a los pájaros.
—¿Acaso seréis vos, amiguito? —preguntó el desconocido—: ¿tenéis hambre?
—Mucha, os lo aseguro, y si me lo permitís...
El anciano cogió rápidamente el pan, obedeciendo a un impulso de compasión; empero reflexionó y clavó de pronto en Gilberto una mirada tan viva como penetrante.
El joven no presentaba por cierto tales trazas de hambriento, que no inspirara serias reflexiones: vestía ropa decente, aunque algo manchada por el contacto de la tierra, y camisa limpia (pues se la había mudado la víspera en Versalles), si bien arrugada por la humedad. Era, pues, indudable que Gilberto había pasado la noche en el bosque.
Sus manos, y esto llamaba la atención, eran blancas y afiladas, no tan propias del hombre dedicado al trabajo material, como del que pasa la vida entregado a vagas meditaciones.
No careciendo de tacto Gilberto, adivinó desde luego la desconfianza y vacilación del desconocido, y quiso anticiparse a conjeturas que no podían serle favorables.

—El hombre que pasa doce horas sin comer —dijo— tiene hambre; hace veinticuatro que yo no he comido.
La verdad de sus palabras se revelaba en la alteración de su fisonomía, en el temblor de su voz, y en la palidez de su rostro.
El anciano quiso renunciar a su indecisión, o mejor dicho a sus temores, y le presentó al mismo tiempo el pan y un pañuelo de donde sacaba las guindas.
—Gracias —contestó el joven apartando con dulzura el pañuelo—, gracias, con el pan me basta.
Dividiéndolo en dos pedazos, guardó uno, devolvió el otro, y fue a sentarse sobre la hierba a tres pasos del anciano, que le miraba cada vez con mayor asombro.
No duró mucho el refrigerio. El pan era poco, y Gilberto tenía mucho apetito.
El desconocido, sin interrumpirle, proseguía entretanto su silencioso examen, aunque furtivamente, y concediendo en apariencia toda su atención a las plantas y flores de la caja, que enderezándose como para respirar, elevaban su odorífero cáliz hasta la tapa de hoja de lata.
Sin embargo, viendo que Gilberto se acercaba a la charca, exclamó vivamente:
—Joven, no bebáis esa agua, está infectada por la descomposición de las plantas muertas del año pasado, y por los huevos de rana que flotan en la superficie. Mejor es que comáis algunas cerezas que os quitarán la sed tan bien como el agua. Tomadlas, os las ofrezco, pues veo que no os agrada molestar.
—Verdaderamente la importunidad es completamente opuesta a mi carácter, y nada temo tanto como ser importuno. No hace mucho que lo he demostrado en Versalles.
—¡Hola! ¿Venís de Versalles? —preguntó el desconocido contemplando a Gilberto.
—Sí, señor —contestó éste.
—¡Rica población! Muy pobre, o muy orgulloso será el que allí muera de hambre.
—Reúno las dos circunstancias.
—¿Reñisteis con vuestro amo? —preguntó temeroso el botánico dirigiendo al joven miradas escudriñadoras, ínterin colocaba las plantas en su caja.
—Yo no tengo amo, caballero.
—De ambicioso es vuestra respuesta —repuso el desconocido cubriéndose la

cabeza.
—Pero exactísima, no obstante.
—Estáis equivocado, joven: en el mundo todos tenemos quien nos mande, y no comprende bien el orgullo, aquel que dice: «yo no tengo amo».
—¿Cómo?
—Sin duda: no existe hombre alguno, sea joven o viejo, que no obedezca la ley de un poder dominador. Unos son gobernados por hombres, otros por principios, y no son los amos más severos los que ordenan o hieren por medio de la voz o del brazo humano.
—Perfectamente —replicó Gilberto—, entonces declaro que a mí me gobiernan principios; ellos son el único amo que puede reconocer sin vergüenza un ser pensador.
—Y los vuestros, ¿cuáles son? Muy joven sois todavía para tenerlos ya fijos, amigo.
—Yo sé que los hombres son hermanos; que cada cual contrae al nacer ciertas obligaciones para con sus semejantes: sé que Dios me ha dotado de un valor grande o pequeño, y que así como yo reconozco el de los demás, tengo derecho a exigir que reconozcan el mío, siempre que yo no le exagere. Siempre que no se cometa ninguna acción injusta o deshonrosa, soy acreedor al aprecio, aunque sólo fuese en mi calidad de hombre.
—¡Hola!... ¿Conque habéis estudiado?
—No, señor, desgraciadamente: pero he leído el *Discurso sobre la desigualdad de condiciones*, y el *Pacto social*. De esos dos libros proceden todos mis conocimientos, y acaso todas mis equivocaciones.
Al escuchar estas palabras, animáronse los ojos del desconocido con un brillo extraordinario. Con aquel movimiento, faltó poco para que se estropease una siempreviva encarnada de lucientes hojuelas, que se resistía a mantenerse bien colocada en la caja.
—¿Y son esos los principios que profesáis?
—No serán los vuestros tal vez, pero son los de Juan Jacobo Rousseau.
—Ahora —prosiguió el anciano, con una desconfianza demasiado marcada, para no ajar el amor propio de Gilberto — falta saber si los habéis comprendido bien.
—Creo que entiendo el francés; y mucho más cuando es castizo y poético...
—Demostráis lo contrario —repuso sonriendo el botánico—; pues si lo que os acabo de preguntar no es precisamente poético, es claro al menos. Deseaba

saber si vuestros estudios filosóficos os habían colocado en situación de penetrar hasta el fondo del sistema de...
El anciano detúvose avergonzado.
—De Rousseau —continuó el joven—. Es verdad, señor, que no he estudiado filosofía en ningún colegio, pero poseo un instinto, que entre todos los libros que he leído, me ha revelado la excelencia y utilidad del *Pacto social*.
—Materia poco grata para un joven, objeto de contemplación; muy seco para ensueños hechos a los veinte años; flor amarga y poco perfumada para una imaginación que se halla en su primavera —dijo el anciano con dulce tristeza.
—El infortunio forma al hombre antes de tiempo —contestó Gilberto—, y en cuanto a los ensueños, si se les deja seguir su inclinación natural, llevan muy frecuentemente al mal.
El desconocido abrió los ojos, que los tenía cerrados con cierta expresión meditabunda que le era habitual en sus momentos de sosiego, y que prestaba no poco atractivo a su fisonomía.
—¿A quién os referís? —preguntó sonrojándose.
—A nadie, señor —respondió Gilberto.
—Vaya, sí...
—Os aseguro que no.
—Según se ve, habéis estudiado al filósofo de Ginebra. ¿Aludís a su vida?
—No le conozco —contestó candorosamente Gilberto.
—¿No le conocéis? —repuso el desconocido exhalando un suspiro—. Sabed, joven, que es una criatura muy infortunada.
—Es imposible. ¡Juan Jacobo Rousseau infortunado! No habría entonces justicia en el cielo ni en la tierra. ¡Infortunado el hombre que consagra su vida entera a la felicidad de sus semejantes!
—¡Vaya, caya! veo, en efecto, que no le conocéis; pero hablemos de vos, amigo mío, si os parece bien.
—Más quisiera continuar ilustrándome en el asunto de que hablamos, porque, ¿qué he de deciros de mí que no soy nada?
—No me conocéis, además, y temeréis confiaros a un extraño.
—¡Oh! ¿qué puedo yo temer de nadie? ¿Quién puede hacerme más desgraciado de lo que soy en este instante? Recordad de qué manera me he presentado a vos, solo, pobre y hambriento.
—¿Adonde os dirigíais?
—A París.

—¿Sois tal vez parisiense?
—Sí... o, por mejor decir, no.
—¿Qué sois, por fin? —pregunto sonriendo al joven.
—No me gusta la mentira, y advierto a cada instante cuánto se debe reflexionar antes de hablar. Soy parisiense, si por este nombre se conoce al que habita en París hace mucho tiempo, y vive a la manera de París; mas no he nacido en la capital. ¿Con qué objeto me lo preguntáis?.
—Esta pregunta se enlaza, en mi mente, con la conversación que acabamos de tener, pues si vivís en París, debéis haber visto a monsieur Rousseau, de quien hablábamos antes.
—En efecto, algunas veces le he visto.
—Todo el mundo lo mira cuando pasa, lo admiran, y le señalan con el dedo como el bienhechor de la humanidad, ¿no es así?
—No, los muchachos le siguen, y alentados por sus padres suelen lanzarle piedras.
—¡Dios mío! —exclamó Gilberto con doloroso asombro—; pero al menos será rico.
—Frecuentemente se pregunta como vos esta mañana: ¿dónde almorzaré hoy?
—Tendrá siquiera, aunque pobre, influencia, poder, prestigio...
—Nunca al acostarse puede afirmar que al día siguiente no amanecerá en la Bastilla.
—¡Oh! ¡cómo debe odiar a los hombres!
—Ni los aborrece ni los ama; sólo los mira con repugnancia.
—¡No odiar a quien nos maltrata! —exclamó Gilberto—, no lo entiendo.
—Siempre ha sido libre Rousseau, joven, siempre ha tenido la suficiente fuerza para no precisar el auxilio de nadie, y la fuerza y la libertad hacen al hombre tratable y bueno: sólo la esclavitud y la debilidad forman a los malhechores.
—Por eso yo también he querido ser libre —dijo Gilberto con arrogancia—: adivinaba lo que acabáis de explicarme.
—Hasta en la cárcel puede conservarse la libertad, amigo mío; aunque mañana estuviera Rousseau en la Bastilla, lo que no dejará de ocurrirle tarde o temprano, escribiría y pensaría tan libremente como en las montañas de Suiza. Yo mismo he creído que la libertad del hombre consistía, no en hacer lo que desea, sino en que ningún poder humano le obligue a hacer lo que no

quiera.
—¿Ha escrito Rousseau lo que acabáis de decir?
—Me parece que sí.
—¿En el *Pacto social?*
—No, en una publicación reciente que se titula: *Meditaciones de un solitario durante sus paseos*.
—Creo —dijo Gilberto con calor— que tenemos un punto de contacto.
—¿Cuál?
—Ambos amamos y admiramos a Rousseau.
—Hablad por lo que a vos se refiere, joven; estáis en la edad de las ilusiones.
—En cuanto a las cosas, es fácil la equivocación; pero no en cuanto a los hombres.
—¡Ah! ya conoceréis que los más errados juicios son los que se refieren a los hombres, Rousseau será tal vez algo más justo que sus semejantes; pero, creedme, tiene sus defectos, y no pequeños.
Gilberto movió la cabeza manifestando poca convicción: pero el desconocido prosiguió hablándole con la misma afabilidad.
—Volvamos al principio de nuestra relación —añadió—, ya sé que habéis abandonado a vuestro amo en Versalles.
—Aunque os respondí que yo no tengo amo —replicó Gilberto con tono menos seco—, habría podido añadir que en mi mano ha estado servir a uno muy ilustre, y que he rehusado un empleo que muchos hubieran envidiado.
—¿Un empleo?
—El de servir de entretenimiento a unos señores; pero creí que, siendo joven y pudiendo estudiar y hacer carrera, no debía perder la época preciosa de la juventud, ni comprometer en mi persona la dignidad del hombre.
—Bien —dijo con gravedad el desconocido—, ¿pero habéis adoptado algún plan para realizar vuestros deseos?
—Aspiro a ser médico.
—Carrera hermosa y noble, que presenta dos caminos en qué escoger: el de la verdadera ciencia modesta y mártir, y el del charlatanismo, descarado, deslumbrador y repugnante. Si profesáis amor a la verdad, sed médico; si el de la ostentación, haceos médico.
—Pero será necesario mucho dinero para estudiar, ¿no es cierto?
—Se necesita seguramente; pero no tanto como acaso creéis.
—Verdad es —repuso Gilberto—, porque Juan Jacobo Rousseau, que todo lo

sabe, ha estudiado por nada.
—¿Por nada? —preguntó el anciano sonriendo con tristeza—, no estiméis en tan poco lo más precioso que Dios ha dado al hombre: el candor, la salud, el sueño, eso ha costado al filósofo ginebrino lo poco que ha logrado aprender.
—¡Lo poco! —repitió Gilberto con enojo.
—Es claro, enteraos y veréis lo que de él os dicen.
—Primeramente es un gran músico.
—Vamos, no porque el rey Luis XV haya cantado con pasión: *Mi servidor he perdido*, debe considerarse como buena la ópera *Adivino de la aldea*.
—Es un excelente botánico. Sus cartas lo dirán, de las cuales no he podido proporcionarme nunca más que hojas descabaladas; pero vos las conoceréis bien, puesto que también andáis recogiendo plantas.
—Hombre hay que se jacta de ser todo un botánico, cuando no es más que...
—Terminad.
—Más que un herborista... si acaso...
—Y vos, ¿qué sois? ¿herborista o botánico?
—¡Yo! herborista muy modesto y muy ignorante, en vista de esas maravillas de la creación que se llaman plantas y flores.
—¿Sabe latín?
—Con gran imperfección.
—Pues yo he leído en un periódico que había traducido cierto autor de la antigüedad, llamado Tácito.
—Porque guiado por su orgullo, ¿quién no ha sido orgulloso alguna vez?, quiso emprenderlo todo; pero él mismo dice en la advertencia de su primer libro, único que ha traducido, que entiende muy poco el latín, y Tácito, que es autor de prueba, rindió en breve sus fuerzas. No, amigo mío, mal que le pese a vuestra admiración, no existen hombres universales, y casi siempre se pierde en sublimidad lo que se gana en extensión. No hay humilde riachuelo que desbordándose en una tempestad no semeja un lago: pero si os proponéis que sostenga el peso de un buque, tocaréis fondo enseguida.
—Y según vuestra opinión, ¿Rousseau es uno de esos hombres superficiales?
—Sí, acaso presentará una superficie algo más extensa que los demás hombres; pero no pasa de ahí.
—Muchísimos, según pienso, aceptarían con orgullo esa extensión de superficie.
—¿Habláis por mí? —preguntó el botánico con una llaneza que desarmó

enseguida a Gilberto.
—No —contestó éste—, me agrada mucho vuestra conversación, y no quisiera disgustaros.
—Veamos qué méritos tiene para agradaros; porque no creo que tratéis de adularme por un pedazo de pan y algunas cerezas.
—Tenéis razón: no adularía yo ni por el imperio del mundo; pero sois el primero que me habla sin acritud, con bondad, y como se habla a un joven y no a un niño. Si bien no hemos estado conformes en cuanto a Rousseau, advierto al través de vuestro apacible carácter, un espíritu elevado que cautiva el mío. Me parece que al hablar con vos, estoy en un magnífico salón, que tiene cerradas todas sus ventanas, y cuya riqueza adivino a pesar de la oscuridad. Si queréis que un rayo de luz ilumine vuestra conversación quedaré deslumbrado.
—Advierto que os expresáis con cierta corrección, cual si hubieseis recibido una educación mucho más esmerada de lo que me habéis dicho.
—Es la primera vez que me ocurre, y a mí mismo me sorprende los términos en que hablo. Algunos hay cuya significación comprendo apenas, y de que me valgo por haberlos oído una sola vez. Los conozco por los libros pero sin entenderlos.
—¿Habéis leído mucho?
—Mucho, y pienso leer más aún.
El desconocido miró a Gilberto sorprendido.
—Sí —prosiguió éste—, he leído cuanto ha llegado a mis manos, o por mejor decir, bueno o malo, lo he devorado todo. ¡Oh! si hubiese tenido quien me hubiera guiado en mis lecturas, quien me hubiese dicho lo que debía olvidar, y lo que convenía retener en mi memoria... Pero perdonadme, olvido que por muy preciosa que sea para mí vuestra conversación, no debéis pensar lo mismo de la mía. Estabais herborizando, y acaso os molestaré.
Gilberto hizo un movimiento para retirarse.
—No —le respondió el anciano—, ya está casi llena mi caja, y sólo me falta que recoger algunos musgos: me han dicho que crecen muy buenos capilares por estos alrededores.
—Esperad —interrumpió Gilberto—, creo haber visto en una peña lo que buscáis.
—¿Lejos de aquí?
—No, a cincuenta pasos.

—¿Pero cómo sabéis que las plantas a que aludís son capilares?
—Nací en los bosques, y además, la hija de la persona en cuya casa me he criado, era además aficionada a botánica, tenía colección de plantas, y encima de cada una escribía ella misma su nombre. Tenía yo la costumbre de mirar frecuentemente las plantas y los letreros, y me parece haber visto algunos musgos, que yo no conocía más que bajo el nombre de musgos de roca, designados bajo el de capilares.
—¿Y sois aficionado a la botánica?
—¡Ah! sí, señor: en cuanto oía decir a Nicolasa (éste es el nombre de la doncella de la señorita Andrea), en cuanto que la oía decir que su ama estaba buscando inútilmente alguna planta en las cercanías de Taverney, la suplicaba tratase de conocer su forma, y muchas veces, sin saber la señorita Andrea que era para mí, la dibujaba de cuatro rasgos. Nicolasa cogía el dibujo y me lo entregaba. Comenzaba yo entonces a corretear por los campos, prados y bosques, hasta dar con la planta en cuestión. Así que la encontraba, la arrancaba con un azadón, y la trasplantaba durante la noche a la pradera próxima al castillo, de modo que al verla la señorita Andrea al pasearse la mañana siguiente, daba un grito de gozo y decía:
—¡Ay, Dios mío! ¡qué cosa tan rara! ¡he buscado por todas partes esa planta y está aquí!
—Bien, amigo —repuso el anciano—, proseguid estudiando botánica, y ella os conducirá por el camino más corto a la medicina. Nada ha criado Dios inútilmente, creedlo; y cada planta tendrá algún día su significación en el libro de la ciencia. Aprended primero a conocer los simples y luego conoceréis sus propiedades.
—¿Hay colegios en París?
—Los hay hasta gratuitos: el de cirugía, por ejemplo, es uno de los beneficios del reinado actual.
—Asistiré a sus cátedras.
—No hay cosa más fácil; porque es de presumir que vuestros padres os pasen una pensión alimenticia, en vista de vuestras buenas disposiciones.
—Yo no tengo padres; pero por eso no hay miedo: me mantendré con mi trabajo.
—Muy bien, y puesto que habéis leído a Rousseau, habréis visto en sus obras que todo hombre, aun cuando sea hijo de un príncipe, debe saber un oficio mecánico.

—El *Emilio*, donde creo que está ese consejo, no lo he leído, ¿no es así?
—Efectivamente.
—Pero al burlarse M. de Taverney de esa máxima ha manifestado al mismo tiempo pesadumbre de no haber hecho carpintero a su hijo.
—¿Y qué le hizo?
—Oficial.
—Sí, así con todos los nobles —replicó sonriendo el anciano—, en vez de enseñar a sus hijos los oficios que sirven para vivir, los dedican al que sirve para matar: mas venga luego una revolución y tendrán que ir desterrados y pedir limosna en el extranjero, o enajenar su espada, que es peor todavía. Pero vos, que no sois hijo de noble, tendréis alguna profesión.
—Os he dicho que nada sé y os confesaré además que siento un horror invencible a toda profesión que exija del cuerpo movimientos fuertes y brutales.
—¿Qué? —exclamó el desconocido—, ¿sois perezoso?
—No, señor, no lo soy: en vez de ocuparme en trabajos corporales dadme libros, encerradme en un gabinete recogido, y veréis si no paso días y noches enteras dedicado al trabajo que tengo afición.
Examinó el botánico las manos suaves y blancas del joven filósofo.
—Ya ésa es una predisposición —murmuró—, un instinto.
—Antipatías de esa clase han ocasionado a veces excelentes resultados; pero es preciso que sean bien dirigidas. Por último —añadió—, si no habéis estado en ningún colegio, habréis asistido a lo menos a la escuela.
Gilberto movió la cabeza.
—¿Sabéis leer y escribir?
—Pudo mi madre enseñarme a leer antes de morir: ¡pobre madre! Cuando me veía tan delicado de cuerpo decía: «éste jamás será buen jornalero: es preciso que sea cura o sabio». Así que advertía en mí alguna repugnancia a escuchar sus lecciones decía: «Gilberto, aprende a leer, y no cortarás leña, ni guiarás el arado, ni picarás piedras»; y yo me esmeraba más entonces, y aprendía. Por desgracia murió, cuando sabía yo leer apenas todavía.
—¿Y quién os enseñó a escribir?
—Yo solo.
—¿Vos?
—Sí, señor, con un palo de punta aguda, y arena que pasaba al tamiz para que fuese mucho más fina. Estuve dos años haciendo letras de imprenta, copiadas

de un libro, ignorando que hubiese otros caracteres que los que yo había logrado imitar con bastante perfección. Pero un día, habiéndose marchado la señorita Andrea al convento, y haciendo ya tiempo que carecíamos de noticias suyas, trajeron una carta para su padre. Vi entonces que había otra clase de letra que la de imprenta, M. de Taverney abrió la carta, y tiró el sobre; lo recogí, lo guardé, y cuando volvió el cartero, le rogué me lo leyese; estaba concebido en estos términos:

«Al señor barón de Taverney Casa-Roja, en su castillo por Pierrefitte.»

Sobre cada letra puse la correspondiente de imprenta y vi que, excepto seis, estaban comprendidas en estos dos renglones todas las del alfabeto. Imité entonces las escritas por la señorita Andrea, y a los ocho días había copiado aquel sobre, seguramente diez mil veces, y sabía ya escribir. Lo hago, pues, regularmente, y tal vez mejor que era de esperar. Ya veis que no son infundadas mis esperanzas, ya que sé leer y escribir, ya que he leído cuanto ha llegado a mis manos, y ya que he meditado sobre todo cuanto he leído. ¿Por qué causa no he de encontrar un hombre que necesite de mi pluma, un ciego que necesite de mis ojos, o un mudo que necesite de mi lengua?

—¿Os olvidáis de que entonces tendréis amo, y que no queréis admitir ninguno? Un secretario o un lector, son criados de segundo orden ni más ni menos.

—Es cierto —murmuró el joven palideciendo—; pero no importa: yo he de lograr lo que me he propuesto. Arrancaré piedras de las calles, acarrearé agua, si es necesario, y conseguiré mi objeto, o moriré en la demanda, pues de este modo habré también vencido.

—Vaya, vaya —exclamó el desconocido—, veo que estáis lleno de buena voluntad, y que no carecéis de valor.

—Vos mismo —dijo Gilberto—, vos mismo, que me tratáis tan bondadosamente, ¿no desempeñáis también una profesión? Vais vestido como un artista.

—En efecto, tengo una profesión —respondió con dulce y melancólica sonrisa el desconocido—, porque todo hombre está obligado a tenerla, pero es completamente ajena al comercio. Ningún hacendado herborizaría.

—Y vos, ¿lo hacéis por oficio?

—Casi casi.

—¡De modo que sois pobre!

—Sí.

—Los que dan son los pobres, porque la pobreza los hace benéficos; y un buen consejo, vale más que un luis de oro. Dadme, pues, un consejo.
—Tal vez haré más.
—Me lo figuré —repuso Gilberto sonriendo.
—¿Cuánto creéis que necesitáis para manteneros?
—¡Oh! poquísimo.
—¿No conocéis a París?
—Ayer le vi por primera vez desde las alturas de Luciennes.
—Entonces no sabéis que cuesta mucho vivir en la gran ciudad.
—¿Cuánto?... ponedme alguna proporción.
—Voy a satisfaceros con mucho gusto. Lo que vale un sueldo, por ejemplo, en provincia, cuesta tres en París.
—Pues bien —dijo Gilberto—, y en la suposición de que tenga un albergue bueno o malo donde reposar, necesito para la vida material unos seis sueldos diarios.
—Está bien, amigo mío —exclamó el anciano—. Así me agrada el hombre; venid conmigo a París, y os proporcionaré una profesión independiente, con cuyo auxilio podréis vivir.
—¡Tanta bondad!... —exclamó el joven ebrio de alegría.
Y conteniéndose repentinamente añadió:
—Entiéndase que habré de trabajar efectivamente, que no es una limosna.
—Descuidad: no soy tan rico que pueda dar limosna, ni tan imprudente que la dé sin saber a quién.
—Bien —dijo Gilberto a quien esta salida misantrópica infundió más confianza en vez de ofenderle—. Así me agrada que me hablen. Me decido a aceptar vuestra oferta, y os la agradezco.
—Conque vendréis a París conmigo?
—Sí, señor, si os place.
—Así debéis creerlo, puesto que os lo propongo.
—¿A qué me obligo para con vos?
—Únicamente a trabajar, y aún así tendréis derecho a ser joven, feliz, libre, y aun a estar ocioso, siempre que dispongáis de tiempo para ello —dijo el desconocido sonriendo casi a su pesar. Y afeando al cielo sus ojos, exclamó mientras suspiraba—: ¡Oh juventud! ¡Oh vigor! ¡Oh libertad!
Melancólica e indefinible expresión se reflejó a estas palabras en sus delicadas y puras facciones, y levantándose apenas las hubo pronunciado,

agregó más jovialmente apoyándose en su báculo.
—Vamos, ya que estáis colocado, ¿queréis que llenemos otra caja de plantas? Aquí traigo papel de estraza en que colocaremos por orden la primera recolección. Pero ahora que recuerdo: ¿ tenéis todavía hambre?; aquí hay pan.
—Guardémosle para esta tarde, si os parece...
—Siquiera comed las cerezas; pues nos estorbarían.
—Si lo deseáis, enhorabuena; pero permitidme os lleve la caja, y así iréis más cómodo; pues como estoy acostumbrado a andar, temo que os fatigue mi paso.
—Esperad, esperad; vuestro encuentro ha sido de buen agüero: creo ver allá abajo el *vicris hieracioides* que desde esta mañana he buscado en vano; y ahí a vuestros pies, ¡cuidado!, el *cerastium acuaticum*. ¡Cuidado, cuidado!... ¡no arranquéis! Aún no sois herborista, amiguito. La primera está en extremo húmeda ahora; la otra no ha crecido aún lo suficiente. Esta misma tarde, cuando volvamos a las tres, cogeremos el *vicris hieracioides*; el *cerastium* no le arrancaremos hasta después de ocho días. Además que deseo enseñársele en su terreno a un sabio amigo mío, cuya protección pienso solicitar en favor vuestro. Ahora me conduciréis al sitio de que hablabais, donde crecen tan hermosos capilares.
Gilberto empezó a andar seguido del anciano, desapareciendo los dos en la selva.

XLIV

JACOBO OFRECE HOSPITALIDAD A GILBERTO

Extraordinariamente satisfecho Gilberto con la buena suerte que en los casos más desesperados le proporcionaba siempre un apoyo, caminaba delante, no sin volverse para mirar de vez en cuando al hombre extraño, que tan fácilmente había sabido hacerle tan dócil y obediente.
De este modo le condujo hacia los musgos, que eran en efecto magníficos

capilares, y después que el anciano hubo hecho su colección, se dedicaron a buscar nuevas plantas.
Gilberto era mucho más competente en botánica de lo que él mismo creía. Nacido en medio de los bosques, conocía, como amigas de su infancia, las plantas que en ellos crecen. A medida que las designaba bajo sus nombres vulgares, el anciano se las daba a conocer bajo su nombre científico, que Gilberto, al volver a encontrar una planta de la misma familia intentaba repetir, si bien estropeaba dos o tres veces los nombres griegos o latinos. Descomponía entonces su compañero la construcción material de la palabra, y le hacía ver sus velaciones, y el fin de ella; y Gilberto aprendía de esta suerte, no sólo el nombre de la planta, sino además la significación de la palabra griega o latina, con que Plinio, Linneo o Jussieu la habían calificado.
—¡Es lástima que no pueda ganar yo mis seis sueldos buscando plantas con vos todo el día! Os juro que no descansaría un solo momento, y aun no necesitaría seis sueldos: un pedazo de pan como el que teníais esta mañana, bastaría para mi apetito de todo el día. Acabo de beber agua en un manantial tan bueno como los de Taverney, y la noche pasada he dormido tan cómodo al pie de un árbol, como lo hubiera hecho bajo los ricos techos de un hermoso palacio.
—Amigo mío —respondió sonriendo el desconocido—, llegará el invierno, las plantas se secarán, se helará la fuente, el viento del Norte silbará entre las ramas despojadas, en lugar de esta dulce brisa que ahora agita tan blandamente sus hojas. Necesitaréis indispensablemente un abrigo, vestidos, fuego, que no podréis proporcionaros con los seis sueldos diarios.
Gilberto suspiró tristemente, y continuó buscando sus plantas y haciendo nuevas preguntas.
Así recorrieron gran parte del día los bosques de Aulnay, Plessis-Piquet y Clamart-sous-Meudon.
Gilberto había ya trabado familiaridad con su compañero, quien por su parte le observaba con admirable destreza; sin embargo, Gilberto, desconfiado, circunspecto y tímido, se descubría lo menos posible.
En Châtillon compró el desconocido pan y leche, que partió gustoso con su compañero; y enseguida emprendieron el camino de París, para que Gilberto pudiese entrar de día en la gran ciudad.
Palpitaba el corazón del joven sólo con la idea de residir en París, y no pudo disimular su emoción cuando desde las alturas de Vanves descubrió a Santa

Genoveva, el cuartel de los Inválidos, Nuestra Señora y aquel inmenso mar de casas cuyas olas esparcidas van como una marea a azotar los flancos de Montmartre, Belleville y Ménilmontant.
—¡Oh! ¡París! ¡París!... —prorrumpió.
—Sí, París, agrupación, abismo de males —exclamó tristemente el anciano —. En cada una de las piedras que allí veis, veríais brotar una lágrima, o enrojecerla una gota de sangre, si los dolores que encierran sus paredes apareciesen a la vista.
Reprimió Gilberto su entusiasmo, que en breve se desvaneció por sí mismo. Al llegar a la barrera del Infierno, el semblante del joven se inmutó visiblemente, viendo aquel arrabal sucio y hediondo: pobres enfermos, transportados en angarillas al hospital, e infinidad de muchachos que jugaban medio desnudos en el fango, con los perros, las vacas y los cerdos.
—Todo esto os parece horroroso, ¿no es cierto? —dijo el anciano—; pues es muy poco en comparación de lo que veréis más adelante. Cerdos y vacas demuestran riqueza, un niño manifiesta alegría, y el fango... lo encontraréis siempre y en todas partes.
A Gilberto no le desagradaba ver a París bajo un punto de vista siniestro, y aceptó complacido el cuadro, tal como su compañero se lo presentaba.
Como el desconocido llevaba, al parecer, la meditación hasta rayar en inquietud, se atrevió a preguntar Gilberto:
—¿Está aún muy distante vuestra casa?
—Ya estamos cerca —contestó el botánico, cuya tristeza aumentó, al parecer, con esta pregunta.
—Al llegar a la calle del Home, pasaron por delante del opulento palacio de Soissons, que tenía vista y entrada principal a esta calle, pero cuyos hermosos jardines se extendían por los de Grenelle y de los Dos Escudos.
Gilberto miró atentamente a una iglesia, cerca de la cual pasaban, y se detuvo un momento para contemplarla.
—Magnífico monumento —dijo.
—Es San Eustaquio —dijo el anciano.
Y alzando la vista:
—¡Cómo! son las ocho —exclamó—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! venid pronto, joven, venid —añadió apresurando el paso.
—¡Ah! —continuó después de algunos instantes de un silencio tan frío que ya empezaba a inquietar a Gilberto, olvidé deciros que soy casado.

—¿Cómo?
—Sí, y que mi mujer, como verdadera parisiense, reñirá, tal vez, porque regresamos tarde, y os prevengo, además, que desconfía de los forasteros.
—Si queréis que me vaya —dijo Gilberto, cuya expansión heló de repente aquella palabra.
—No por cierto, amigo mío, os he invitado a venir a mi casa, y espero que así lo haréis. —Ya os sigo —repuso el joven.
—A la derecha... por aquí... ya entramos en la calle. Gilberto alzó los ojos, y a la luz de los últimos rayos del día, leyó en el ángulo de la plaza, a un lado de una tienda de comestibles, este rótulo: —*Calle Plastière*.
El anciano aceleró el paso, y cuanto más se aproximaba a su casa, más redoblaba la agitación febril que hemos indicado. Gilberto, que procuraba no perderle de vista, tropezaba a cada momento, ya con los transeúntes, ya con los fardos de los mozos, ya con las lanzas de los coches o con las varas de las carretas.
Su guía, que parecía haberle olvidado en absoluto, seguía marchando con paso acelerado, visiblemente absorto en una idea desagradable.
Se detuvo delante de una puerta, tiró de un cordón, y se abrió aquélla. Volvióse a Gilberto que permanecía perplejo en el umbral, y le dijo: —Venid pronto.
El joven obedeció, y apenas había andado diez pasos en la oscuridad, cuando tropezó con el primer peldaño de una estrecha y lóbrega escalera, mientras su compañero, acostumbrado a las localidades de la casa, había ya subido unos doce escalones.
Gilberto le alcanzó en la meseta donde se había parado el anciano, quien tirando de un cordón hizo sonar una aguda campanilla en lo interior de una habitación. Se oyó al punto el tardo paso de una persona en chanclas, y se abrió la puerta, presentándose en el umbral una mujer de cincuenta a cincuenta y cinco años.
—¿Es muy tarde, querida Teresa? —preguntó con timidez el desconocido.
—A buena hora nos obliga a cenar Jacobo —refunfuñó aquélla.
—Vamos, vamos, todo se arreglará —contestó afectuosamente el anciano cerrando la puerta y tomando de las manos de Gilberto la caja de hoja de lata.
—¡Caramba! no faltaba más. ¡Conque el caballero Jacobo precisa ya un lacayo para tratar sus yerbajos! ¡Qué menos si es un gran señor!
—Vaya, vaya —respondió el desconocido colocando con imperturbable

paciencia sus plantas sobre la chimenea—, vamos, Teresa, tranquilízate un poco.
—Págale a lo menos y despídele; no necesitamos aquí espías.
Gilberto, palideciendo como un difunto, dio un salto hacia la puerta. Jacobo le detuvo.
—Este joven —dijo resueltamente—, no es criado y mucho menos espía: es un huésped que traigo a casa.
—Un huésped —gruñó la vieja dejando caer sus brazos a lo largo de su cuerpo-, ¡no nos faltaba más que eso!
—Teresa —replicó el desconocido con voz cariñosa al par que firme—, enciende luz. Hace calor y tenemos sed. Prorrumpió la vieja en un murmullo que, aunque fuerte al principio, se fue debilitando cada vez más.
Permanecía en tanto Gilberto inmóvil, mudo y como clavado a dos pasos de aquella puerta, que sentía ya en su interior haber pasado.
Comprendiendo Jacobo cuánto sufría su joven compañero, le dijo dulcemente:
—Señor Gilberto, os suplico que entréis.
La vieja, ansiando conocer a la persona a quien su marido trataba con tan afectada política, volvió hacia él su pálido y tétrico rostro. Miróla entonces Gilberto a los primeros rayos de la luz recién encendida.
El rostro arrugado, barroso y como infiltrado de hiel en algunos puntos: aquella cara de ojos más vivos que animados, y más lúbricos que vivos, aquella empalagosa dulzura de sus vulgares facciones, demasiado desmentida por otra parte si atendemos lo desagradable de su voz y poco afectuosa acogida, inspiraron enseguida a Gilberto la más violenta antipatía.
Por su parte la vieja no encontró muy de su gusto tampoco el delicado y pálido semblante, el circunspecto silencio y la gravedad de su joven huésped.
—Señores, supongo que tendréis mucho calor, y por consiguiente mucha sed. En efecto, pasar todo el día a la sombra de los árboles es tan penoso, y fatiga tanto... Y luego bajarse frecuentemente para coger algún yerbajo... ¡Oh! debe ser sumamente molesto, porque supongo que este caballerito herboriza también sin duda: es ejercicio de los que no tienen ninguno.
—Este joven —dijo Jacobo con voz cada vez más segura—, es un hombre honrado y leal que me ha hecho el honor de acompañarme durante el día, y a quien espero que mi buena Teresa recibirá como un amigo.
—Con lo que tenemos hay suficiente para dos personas —murmuró la vieja

—, pero no para tres.
—Somos sobrios —replicó Jacobo.
—Lo conozco, sí; pero te declaro que no hay bastante pan en casa para alimentar tu doble sobriedad, y no me molestaré ciertamente en bajar tres escalones para ir a comprarlo. Además, que a estas horas ya estará cerrada la panadería.
—Pues entonces bajaré yo —dijo Jacobo frunciendo el ceño—; ábreme la puerta, Teresa.
—Pero...
—Lo exijo.
—Bueno, bueno —refunfuñó la vieja cediendo al tono imperioso a que su oposición había gradualmente conducido a Jacobo—. Nos conformaremos con lo que haya: vamos a cenar.
—Venid a sentaros junto a mí —dijo el anciano a su huésped conduciéndole a una mesita colocada en la habitación inmediata, y sobre la cual, al lado de dos cubiertos, había dos servilletas, que enrolladas y sujetas la una con un cordón encarnado y la otra con un cordón blanco, señalaban el sitio de cada uno de los amos de la casa.
Aquella pieza, pequeña y cuadrada, estaba cubierta de papel azul con dibujos blancos. Dos mapas grandes eran el adorno de las paredes, mientras el resto del ajuar reducíase a seis sillas de cerezo con asiento de paja, la mencionada mesa, y un canastillo lleno de medias repasadas.
Gilberto sentóse y la vieja colocó delante de él un plato, un cubierto gastado por el uso, y un vaso de estaño bruñido cuidadosamente.
—¿No bajas? —preguntó Jacobo a su mujer.
—Es inútil —contestó ésta con una aspereza que indicaba el rencor que aún le guardaba por la victoria que había obtenido—, es inútil, he encontrado medio pan en el armario, con él nos conformaremos.
Y puso la sopa sobre la mesa. Primero sirvió a Jacobo, luego a Gilberto y ella comió en la fuente.
Tenían buen apetito los tres, y Gilberto sin apartar de su memoria la discusión de economía doméstica que se había suscitado por causa suya, ponía al suyo todos los frenos imaginables. Sin embargo, fue el primero que terminó su ración.
La vieja dirigió sobre su plato prematuramente vacío tan colérica mirada, que Jacobo, procurando distraerla de aquella idea, preguntó:

—¿Ha venido hoy alguien?
—No han faltado visitas —contestó Teresa—; ofrecí a madame Boufflers sus cuatro cuadernos: a la de Escars sus dos arias; un cuarteto con acompañamiento a madame de Penthièvre. Unas han venido personalmente, y las otras han enviado sus criados; pero como el señorito estaba herborizando, y como no es posible distraerse y trabajar al mismo tiempo, esas señoras se han quedado sin su música.
Jacobo escuchó con calma la descomedida contestación de su esposa con gran admiración de Gilberto, que esperaba verle por fin enfadado.
Después de la sopa sacóse un pedazo de vaca asada servida en un plato de vidrio blanco, todo rayado por la punta de los cuchillos.
El anciano sirvió con bastante moderación, porque se hallaba vigilado por Teresa; tomó para sí una cantidad casi igual, y pasó el plato a su esposa.
Cogió ésta el pan y cortó para Gilberto una rebanada tan pequeña, que Jacobo, ruborizado, esperó que Teresa acabara de servirse, y tomándole el pan de las manos,
dijo:
—Vaya, amiguito, vos mismo lo cortaréis a medida de vuestro apetito: el pan no puede ser tasado sino para los que lo pierden.
Luego presentaron un plato de judías sazonadas con manteca.
—¡Mirad qué verdes están! —dijo Jacobo ofreciendo el plato a su huésped—, estas son nuestras conservas.
—Gracias, señor —contestó el joven—, he comido bastante, y no tengo más apetito.
—Este caballero no es de tu opinión acerca de mis conservas —dijo ásperamente la vieja—, sin duda prefiere las habichuelas frescas; pero es comida muy cara y nuestra posición no nos permite hacer esos gastos.
—Todo lo contrario, señora —contestó Gilberto—, me parecen riquísimas, y las comería con mucho gusto; pero no acostumbro a comer más que de un plato.
—¿Bebéis agua? —dijo Jacobo dándole la botella.
—Siempre.
—Teresa, ahora —dijo el botánico, dejando la botella sobre la mesa, después de haberse servido un dedo de vino en su vaso—, te ocuparás en arreglar una cama para este joven, pues debe estar muy cansado.
Soltó la vieja el tenedor y, clavando sus ojos azorados en su marido, dijo:

—¿Estás loco? ¿Una cama? Eso es que le acostarás en la tuya. No hay remedio, este hombre ha perdido la chaveta. ¿Vas a admitir pupilos? Entonces no cuentes conmigo; busca quien te guise y te sirva; pues bastante hago con ser criada tuya, sin que pretendas que lo sea también de los extraños.

—Teresa —repuso el anciano con su tono grave y firme—, Teresa, te ruego me escuches, querida amiga, es nada más que por esta noche. Nunca ha estado en París este joven, y ha venido bajo mi protección. No consiento, pues, que duerma en la posada, y no lo consentiría aunque tuviese que darle, como dijiste, mi cama.

Teresa, después de esto, mientras hablaba estudió al parecer cada músculo del rostro del anciano, y comprendió que no había lucha posible en aquel momento, y cambió repentinamente de táctica.

Sin duda hubiera quedado vencida obcecándose contra Gilberto, y por tanto se decidió a declararse en su favor; cierto es que lo hizo como una aliada dispuesta a desertar en la primera ocasión.

—Por último —dijo—, ya que este joven te ha acompañado hasta aquí, es prueba de que le conoces bien, y es mejor que se quede en casa. Haré del mejor modo que pueda una cama en tu gabinete junto a los legajos.

—No por cierto —contestó vivamente Jacobo—, un gabinete no es habitación a propósito para dormir, porque podría muy fácilmente prenderse fuego a los papeles.

—¡Qué lástima! —murmuró la vieja.

Y añadió luego en voz alta:

—Entonces en la antesala, frente al armario.

—Tampoco.

—Ya veo que a pesar de nuestros buenos deseos, nos será completamente imposible servir a este joven, pues a no ser que le cedamos tu alcoba o la mía...

—No piensas bien, Teresa.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿No tenemos una buhardilla?

—¿El granero quieres decir?

—No, no es un granero, es un gabinete algo abuhardillado, pero sano, con vista a jardines magníficos, lo cual es raro en París.

—¡Oh! ¿Qué más da? —dijo Gilberto—, aunque fuera un granero, os

confieso que me encontraré perfectamente.
—De ningún modo —repuso la vieja—, allí es donde tiendo mi ropa.
—No descompondrá nada, Teresa. ¿Es verdad, amigo mío, que pondréis cuidado de que no suceda ningún accidente a la ropa de esta señora? Somos pobres y cualquier pérdida sería para nosotros irreparable.
—¡Oh! nada temáis.
—No quiero que este apreciable joven se pierda —continuó Jacobo en voz baja acercándose a Teresa—, París es una población peligrosa, y desde aquí podremos vigilarle.
—Es decir que te encargas de educarlo. Supongo que el discípulo pagará el pupilaje.
—No, pero me atrevo a asegurar que no te costará nada, pues desde mañana ganará para mantenerse. En cuanto al alojamiento, como la buhardilla nos es casi innecesaria, hagámosle esa limosna.
—¡Qué modo de protegerse tienen estos vagos! —murmuró Teresa encogiéndose de hombros.
—Señor —interrumpió Gilberto más molesto que su mismo huésped de aquella lucha que sostenía palmo a palmo por una hospitalidad con la cual se creía rebajado—, jamás he ocasionado disgustos a nadie y no comenzaré seguramente por vos que habéis sido tan bondadoso conmigo, por lo tanto, dejadme que vaya hacia uno de los lados del puente por donde hemos pasado; he visto árboles bajo los cuales hay bancos, y os aseguro que pasaré tan buena noche acostado en uno de ellos como si estuviera en una cama.
—Eso es, para que os prenda la ronda por vago.
—¿Qué es eso? —refunfuñó la vieja quitando la mesa.
—Venid, venid, joven —dijo Jacobo—, si mal no me acuerdo acá arriba hay un jergón que siempre será más cómodo que ese banco de que habláis.
—¡Ah! yo no me he acostado nunca más que en jergones —contestó Gilberto.
E insistiendo en esta verdad procurando disfrazarla por medio de una leve mentira, añadió:
—La lana me sofoca muchísimo.
—En efecto —repuso Jacobo sonriendo—, la paja es más fresca. Ea, coged una de esas velas que están sobre la mesa y seguidme.
Teresa, viéndose vencida, exhaló un profundo suspiro cuando Gilberto, levantándose gravemente, seguía a su protector.

—Señor —dijo—, ¿está cara el agua en París?
—No, amigo mío, mas aún en el supuesto que lo estuviese, el agua y el pan son dos cosas que el hombre no tiene derecho a negar al hombre que las pide.
—En Taverney no costaba nada, y como que el lujo del pobre es el aseo...
—Tomad, amiguito —prosiguió Jacobo mostrando con el dedo una gran jarra de loza—, ahí tenéis agua.
Y empezó a andar siguiéndole y causándole asombro ver en un joven de aquella edad la firmeza del pueblo unida a todos los instintos aristocráticos.

XLV

GILBERTO EN EL DESVÁN DE M. JACOBO

Pendiente y estrecha era la escalera al extremo del corredor y en el lugar en que tropezara Gilberto con su primer peldaño. Llegaron con dificultad éste y su protector a una especie de buhardilla, que con razón había designado Teresa bajo el nombre de granero; pues no era otra cosa en verdad, y estaba dividido en cuatro piezas, abandonadas las tres.
Es verdad que las cuatro, hasta la destinada a Gilberto, eran inhabitables; pues el techo tenía una inclinación tan rápida, que formaba con el pavimento un ángulo agudo, en tanto una ventanilla, abierta al promedio, y guarnecida de un mal bastidor sin vidrios, permitía escasa entrada a la luz, y libre al aire, sobre todo cuando soplaban los aires de invierno.
Por fortuna se acercaba el verano, y aun a pesar de la grata proximidad de la estación calurosa, faltó poco para que al entrar en el desván, se apagase la vela que llevaba Jacobo en la mano.
En efecto, se encontraba en tierra el jergón a que se refería el botánico, y llamaba desde luego la atención como mueble principal del aposento. Papel impreso, esparcido desordenadamente por el suelo, y amarillo ya por los bordes en fuerza de su vejez, se distinguía en medio de una infinidad de libros roídos por los ratones.

Pendientes de dos cuerdas colocadas transversalmente, con la primera de las cuales estuvo Gilberto a pique de estrangularse, bailaban, movidos por el viento nocturno, gran cantidad de cucuruchos llenos de habichuelas secas y hierbas aromáticas, un poco de ropa blanca, y varios trajes viejos de mujer.
—Esto no es elegante, bien lo comprendo —dijo Jacobo—, mas el sueño y la oscuridad no diferencian el más hermoso palacio de la más humilde choza. Podéis dormir como a vuestra edad se acostumbra, amiguito, y nada impedirá que mañana creáis haber pasado la noche en el *Louvre*; pero poned sobre todo mucho cuidado con que no se prenda fuego.
—Sí, señor —contestó el joven algo confuso con lo que acababa de ver y oír.
Jacobo marchó sonriendo, mas volviendo al instante:
—Hablaremos mañana: presumo que no tendréis dificultad en trabajar, ¿verdad?
—Y no ignoráis —replicó el joven—, que ése es mi único deseo.
—Lo celebro —exclamó Jacobo encaminándose hacia la puerta.
—Siempre que sea un trabajo decoroso —añadió el puntilloso Gilberto.
—Es claro. Conque hasta mañana.
—Buenas noches, y gracias por todo.
Salió el anciano, y cerrando por fuera la puerta, dejó solo a Gilberto en su buhardilla.
Gilberto, como creyendo soñar, se preguntaba si era París aquella gran ciudad en que se veían habitaciones como la suya.
Mas pensando luego que M. Jacobo le hacía una limosna, como las había visto hacer en Taverney, no sólo terminó su asombro, sino que vino a reemplazarle la gratitud.
Llevaba en una mano la vela, y no olvidando el encargo de su protector, examinó los rincones del desván, fijándose tan poco en los vestidos de Teresa, que no quiso siquiera tomar una saya vieja, para que le sirviese de manta.
Se detuvo junto a los montones de papel impreso que despertaban su curiosidad, mas no atreviéndose a tocarlos al ver que se hallaban atados, pasó alargando el pescuezo y dilatando su vista a los cucuruchos de judías, que eran de papel muy blanco, impreso también, y sujeto con alfileres.
Al hacer un movimiento brusco tocó la cuerda y dejó caer un cucurucho.
Más pálido y agitado que si hubiera forzado la cerradura de una arca llena de dinero, nuestro joven acudió precipitadamente a recoger las habichuelas

diseminadas por el suelo, y a envolverlas otra vez.
Al hacer esto miró maquinalmente el papel, y maquinalmente también leyó algunas palabras que despertaron su atención. Tomó asiento en el jergón, y dejando a un lado las judías, se puso a leer, porque aquellos párrafos se hallaban tan conformes con sus pensamientos, y principalmente con su carácter, que parecían escritos no sólo para él, sino por él.
Decían así:

«Por otra parte nunca me gustaron las costureras, doncellas de servicio, ni tenderas; yo deseaba señoritas. Todos estamos dominados por algún capricho, y éste ha sido el mío siempre, pues nunca he estado conforme con Horacio sobre este particular. No es la apariencia de la clase lo que más me entusiasma, sino el color mejor conservado, las manos más bonitas, el porte más noble, ese aire de delicadeza y limpieza de toda la persona, ese gusto exquisito en el modo de presentarse y conducirse, los trajes más finos y elegantes, el calzado más ajustado, las cintas, los encajes, el cabello mejor peinado. A mí me agradaba siempre la menos hermosa si reunía tales circunstancias; y yo mismo reconozco que es ridícula semejante preferencia; mas la siento en mi corazón a pesar mío.»

El joven se estremeció, y su frente se bañó en sudor: no era posible expresar con más exactitud sus propios pensamientos, definir mejor sus instintos, analizar con más acierto sus gustos. Sólo que Andrea *no era la menos bella aunque tenía todas aquellas cualidades*; pues, por el contrario, las poseía y era la más hermosa. Continuó su lectura lleno de ansiedad. Después de las líneas que hemos citado, venía una lindísima aventura de un joven con dos muchachas: la historia de una cabalgata acompañada de esos dulces y tímidos gritos, que al paso que declaran la debilidad de la mujer, aumentan sus gracias y encantos, y de un viaje a la grupa de un caballo de una de ellas, seguido de un regreso nocturno, aún más divertido e interesante.
El interés era cada vez mayor; había Gilberto deshecho el cucurucho, y leído todo lo impreso, no sin notar cierta palpitación en su pecho; consultó sus páginas, y miró si seguían por su orden en los demás papeles. La compaginación estaba interrumpida, pero encontró siete u ocho cucuruchos seguidos: los desplegó quitando los alfileres, puso las habichuelas en el suelo, y continuó su lectura.

El contenido era diferente; pues se ocupaba de los amores de un joven, pobre y desconocido, con una señora principal que había descendido hasta él, o mejor dicho, hasta quien él había ascendido, siendo admitido como un igual; haciéndole ella amante suyo, e iniciándole en todos los misterios del corazón, ensueños de la adolescencia cuya realidad es poco duradera, pues al llegar a la segunda mitad de la vida, sólo se presentan a nuestra memoria, como esos meteoros luminosos, pero fugitivos, que se deslizan en medio de un estrellado cielo de primavera.

No se nombraba al joven en parte alguna. Su amante se llamaba madame de Warens, nombre dulce, y de pronunciación inmensamente grata.

Acariciando Gilberto la dicha de pasar la noche leyendo, aumentándose su gozo con la certeza de que todavía le quedaba una larga fila de cucuruchos que examinar, cuando de pronto se oyó un leve chisporroteo; la vela derretida por el recipiente de cobre, caldeado por la llama, se hundió en la grasa líquida; por él se esparció un vapor infecto grasero, y apagándose el pabilo, quedó Gilberto en plena oscuridad.

Tan rápidamente sucedió, que no dio tiempo al joven para acudir a remediarlo: así es, que interrumpido en medio de su lectura, poco le faltó para llorar de rabia. Tiró los papeles sobre las judías amontonadas junto a su lecho, tendióse en el jergón, y no obstante su despecho, quedóse a poco sumergido en el más profundo sueño.

Durmióse como a los dieciocho años se acostumbra, y sólo despertó al ruido que produjera Jacobo abriendo el candado con que había asegurado al retirarse la puerta del desván.

Era ya bien entrado el día, y Gilberto, al abrir los ojos, hallóse con su huésped, que entraba de puntillas en su aposento.

Entonces volvió maquinalmente la vista hacia las habichuelas por el suelo y los cucuruchos doblados para la lectura.

Jacobo miraba hacia otro lado.

Avergonzado Gilberto, y sin saber casi lo que decía, murmuró:

—Muy buenos días.

—Muy buenos, amiguito —contestó su huésped—: ¿dormisteis bien?

—Sí, señor.

—¿Sois acaso somnámbulo?

Sin saber Gilberto lo que era ser somnámbulo, adivinó que la pregunta tenía por objeto pedirle una explicación acerca de aquellas habichuelas sacadas de

sus cucuruchos.
—¡Ay, señor! ya entiendo por qué me lo preguntáis: confieso que soy culpable de esa fechoría, y me acuso humildemente a vos: pero la creo reparable.
—Lo es en efecto. ¿Mas por qué está la vela completamente consumida?
—Porque he velado hasta muy tarde.
—¿Y por qué? —preguntó Jacobo con curiosidad.
—Para leer.
Jacobo miró entonces más desconfiadamente el desván.
—Este pliego —respondió el joven indicando el primer cucurucho que había descolgado y leído—, este pliego en que fijé la vista por curiosidad, me interesó de tal modo, que... Pero vos que tanto sabéis no podréis ignorar a qué libro pertenece.
Jacobo miró indiferentemente el papel y contestó.
—Lo ignoro.
—Tal vez será de una novela —exclamó Gilberto—, de una novela muy preciosa.
—¿Creéis que sea una novela?...
—Sí, porque habla de amores como en las novelas, sólo que lo hace mucho mejor.
—Sin embargo —replicó el anciano—, como al pie de estas páginas leo la palabra *Confesiones*, yo creía...
—*¿Qué?*
—Que podía ser una historia.
—¡Oh! no, no, el hombre que habla así, no habla de sí mismo; hay excesiva franqueza en sus confesiones, demasiada imparcialidad en su juicio.
—Pues yo creo que os equivocáis —repuso con viveza Jacobo—; el autor, por el contrario, ha querido dar al mundo el ejemplo de un hombre que se manifiesta a sus semejantes, tal como Dios ha criado todos los hombres.
—¿Conque conocéis el autor?
—Es Juan Jacobo Rousseau.
—¡Rousseau! —exclamó entusiasmado el joven.
—Sí; ahí tengo algunos pliegos sueltos de su última obra.
—¿Es decir, que ese joven, pobre, ignorado, y que casi iba mendigando por los caminos que recorría a pie era Rousseau, es decir, el hombre que estaba destinado a publicar un día el *Emilio* y escribir el *Pacto Social?*

—Sí, él era, o mejor dicho, no era él —replicó el anciano con una expresión de tristeza difícil de definir— no: él no era; el autor del *Pacto Social y* del *Emilio* es el hombre desengañado del mundo, de la vida, de la gloria y casi de Dios: el otro... el otro Rousseau... el de madame de Warens, es el niño que llega a la vida por la misma puerta que la aurora entra en el mundo, es el niño con sus alegrías y con sus esperanzas. Entre los dos media un abismo, que les impedirá reunirse jamás... Treinta años de desgracia.

Y balanceando la cabeza, dejó caer tristemente sus brazos, y quedó como absorto en una profunda meditación.

—¿Es decir, que, según eso, es cierta la aventura con las señoritas de Galley y Graffenried? ¿Es cierto también que sintió ese amor tan ardiente hacia madame de Warens? ¿Conque no fue una deliciosa mentira la posesión de la mujer que amaba, posesión que le afligía en lugar de trasportarle, como él esperaba, al cielo?

—Joven —respondió el anciano—, nunca mintió Rousseau, recordad su divisa: *Vitam impendere vero*.

—La recordaba —dijo Gilberto—, pero como no sé latín, jamás he podido traducirla.

—Pues eso quiere decir: consagrar su vida a la verdad.

—¿Conque es posible que un hombre salido de donde salió Rousseau, sea amado de una señora hermosa y principal? ¡Dios mío!, ¿sabéis que hay para volverse locos de esperanza los que partiendo de tan bajo como, él, han elevado su vista a objetos superiores?

—¿Amáis acaso —dijo Jacobo—, y halláis analogía entre vuestra situación y la de Rousseau?

Ruborizóse Gilberto y bajó los ojos sin responder a la pregunta.

—Pero no son todas como la señora de Warens: las hay altivas y desdeñosas e inaccesibles, y a esas sería una insensatez amarlas.

—Con todo, joven —repitió el anciano—, más de una vez se han ofrecido a Rousseau ocasiones de esa clase.

—Es cierto —exclamó Gilberto—; pero él era Rousseau. En verdad que si yo sintiera en mi alma una chispa del fuego que ha abrasado su corazón ilustrando su genio...

—¿Qué haríais?

—Declararía que no había mujer por distinguida que sea que pudiera igualarse conmigo, mientras que no siendo nada, ni poseyendo, la seguridad

de mi porvenir, quedo deslumbrado tan pronto como trato de elevar mi vista. ¡Oh! quisiera poder hablar a Rousseau.
—¿Para qué?
—Para preguntar si en el caso de que madame de Warens no hubiese descendido hasta él, ¿no habría él subido hasta ella? Para decirle, ¿si hubieseis visto negada esa posesión que os ha entristecido, no la hubierais alcanzado aun cuando para ello hubiese sido preciso...
Detúvose el joven.
—¿Qué? —preguntó el anciano.
—Un crimen.
Estremecióse Jacobo y trató de variar aquella conversación.
—Teresa se habrá ya levantado: vamos abajo. Por otra parte, jamás comienza el día bastante pronto para el que tiene que trabajar: seguidme, joven, seguidme.
—Es verdad, pero hay conversaciones que me embriagan, ciertos libros que me exaltan, y ciertos pensamientos que me hacen casi perder la razón.
—Vaya, veo que estáis enamorado.
Gilberto no respondió; y se puso a recoger las habichuelas, y a componer los cucuruchos con ayuda de los alfileres. Jacobo no quiso interrumpirle en su faena.
—No tenéis un suntuoso alojamiento —dijo—, pero tenéis lo preciso, y si hubieseis sido más madrugador, habríais podido aspirar por esa ventana emanaciones de hierbas y flores que no carecen de mérito, en medio de los olores nauseabundos que infestan a la gran ciudad; pues ahí tenéis los jardines de la calle Jussiennes, los tilos y ébanos se encuentran en flor, y respirarlos por la mañana, no es para un pobre cautivo acopiar felicidad para el resto del día.
—Comprendo de un modo vago el mérito de todo eso —repuso el joven—, pero estoy acostumbrado a ello para que me llame la atención.
—Lo que podéis decir mejor es que hace poco abandonasteis el campo, para echarlo de menos todavía. Pero vamos a trabajar.
Mostrando el camino a Gilberto le hizo salir, y echó la llave a la puerta. Entonces Jacobo condujo directamente a su compañero a la pieza a que Teresa había dado el nombre de gabinete.
Varias mariposas disecadas, algunos minerales en cajas de ébano, un estante de nogal repleto de libros, una mesa estrecha y larga cubierta con un tapete de

lana verde y negra, raspada por el uso, y sobre la cual se hallaban colocados en orden algunos manuscritos, cuatro taburetes de cerezo forrados de seda negra: tales eran los muebles del gabinete, todo ello brillante, encerado, intachable por su orden y aseo; pero frío a la vista y al corazón: tan débil y escatimada filtraba la luz al través de las cortinas de siamesa gris, y tan lejano parecía hallarse el lujo y hasta el bienestar de aquella helada ceniza y de aquel ennegrecido hogar.

Un clave y un reloj colocado sobre la chimenea eran los únicos objetos que indicaban, el uno con la vibración de sus cuerdas de acero, agitadas al estremecerse el pavimento con el paso de los coches en la calle, y el otro con el acompasado movimiento de su péndola, que vivía algo en aquella especie de sepulcro.

Penetró el joven con el más profundo respeto en el gabinete que hemos descrito, pareciéndole su ajuar casi suntuoso, pues así era con corta diferencia el del castillo de Taverney.

—Sentaos —le dijo, señalándole otra mesita colocada ante la ventana—, voy a manifestaros cuál es la ocupación que os he preparado.

Gilberto se apresuró a obedecer.

—¿Conocéis esto? —preguntó el anciano mostrándole un papel rayado en intervalos iguales.

—Sí, señor —repuso éste—, es un papel de música.

—Bien, pues cuando he llenado por completo una de estas hojas, es decir, cuando he copiado en ella tanta música como puede contener, gano diez sueldos; este es el precio que yo mismo he fijado. ¿Creéis que podréis aprender a copiar música?

—Sí, señor.

—¿No os marea este baturrillo de puntos negros ensartados en rayas sencillas, dobles o triples?

—Aunque al primer golpe de vista no puedo entender gran cosa, no obstante, confío en que, aplicándome, lograré distinguir unas notas de otras. Por ejemplo, mirad un *fa*.

—¿Dónde?

—Aquí, en la línea más alta.

—¿Y esta otra entre las dos bajas?

—También es *fa*.

—¿Y la nota que veis sobre la que está encima de la segunda línea?

—Esa se llama *sol*.
—Hola, ¿conque leéis música?
—Conozco el nombre de las notas pero no su valor.
—¿No sabéis cuando son mínimas, semínimas, corcheas, semicorcheas y fusas?
—¡Oh! eso no lo ignoro.
—¿Y estos signos?
—Este es una pausa.
—¿Y este otro?
—Un sostenido.
—¿Y éste?
—Un bemol.
—Perfectamente —exclamó Jacobo, en cuya mirada comenzó a aparecer la desconfianza que le era habitual—, pero a pesar de vuestra ignorancia, advierto que habláis de música como habéis hablado de botánica y de amor.
—¡Oh! —dijo Gilberto ruborizándose—, no os moféis de mí.
—Al contrario, hijo mío, me admiráis. La música es un arte que no se adquiere sino después de otros estudios, y me habéis confesado que no habíais recibido ninguna educación ni aprendido nada.
—Y es verdad.
—Sin embargo, vos solo no habéis podido imaginar, que ese punto negro, colocado en la última línea, fuese una *fa*.
—Es que —dijo el joven bajando la voz—, en la casa que yo habitaba, vivía una... joven que tocaba el clave.
—¡Ah! sí, la que además se dedicaba a la botánica —exclamó Jacobo.
—Justamente, y tocaba muy bien.
—¿De veras?
—Sí, y yo deliro por la música.
—Ya, pero eso no es motivo para que conozcáis las notas.
—Pues yo leí en Rousseau que es incompleto el hombre que goza del efecto, sin meditar en la causa.
—Es cierto; pero también dice —replicó Jacobo—, que completándose el hombre con esa investigación, pierde su alegría, su candor y sus instintos.
—¿Qué importa —repuso Gilberto—, si encuentra en el estudio un goce igual a los que puede perder?
Jacobo se sorprendió al oír esta respuesta, y volvióse hacia el joven

diciéndole:
—Vamos, veo que no sólo sois botánico y músico sino que además sois lógico.
—¡Ah! por desgracia no soy ninguna de las tres cosas que acabáis de decir; distingo una nota de otra, un signo de otro, y nada más.
—¿Conque solfeáis?
—No por cierto.
—Sin embargo, ¿queréis ensayaros en copiar? Tomad papel rayado; pero no lo echéis a perder, porque cuesta caro, y aun podéis hacer otra cosa mejor; tomad papel blanco, rayadlo, y probad en él.
—Sí, haré lo que me mandéis; pero permitid que os diga que este oficio no me conviene para toda la vida, porque para escribir música que no entiendo, vale más meterme a escribiente público.
—Joven, reflexionad antes de hablar lo que vais a decir.
—¿Yo?
—Sí, vos. ¿Acaso puede un escribiente ejercer de noche su oficio y ganarse la vida?
—No, en efecto.
—Pues un hombre laborioso en dos o tres horas de la noche, puede copiar cinco páginas de estas y hasta seis cuando a fuerza de práctica ha adquirido la suficiente facilidad para escribir y leer, que le ahorra mirar continuamente al modelo. Seis páginas valen seis francos, y un hombre puede vivir con esa cantidad: no diréis que no, cuando os conformabais con seis sueldos.
Resultado: que con esas horas de trabajo de noche puede un hombre seguir los cursos de la escuela de cirugía y medicina y de la botánica.
—¡Ah! —exclamó Gilberto—, ya os entiendo y os doy las gracias con toda la sinceridad de mi alma.
Precipitóse sobre el pliego de papel blanco que le presentaba el anciano.

XLVI

DONDE SE SABE, AL FIN, QUIÉN ERA M. JACOBO

Gilberto trabajaba con fervor sembrando el papel de notas concienzudamente estudiadas, cuando el anciano, después de haberle visto trabajar durante algún tiempo, se sentó en la otra mesa y comenzó a corregir hojas impresas, semejantes a las cubiertas de las judías del granero.
Transcurrieron tres horas y entró Teresa precipitadamente.
Jacobo levantó la vista.
—Vamos, pronto, pronto, pasad a la sala. Ahí tenemos a un príncipe que viene a veros. ¡Dios mío! ¡Cuándo se terminará esta procesión de Altezas! Con tal que no se le antoje almorzar con nosotros como hizo el otro día el duque de Chartres.
—¿Quién es ese príncipe? —interrogó el anciano en voz baja.
—El de Conti.
Al oír este nombre Gilberto, trazó sobre el papel un sol, que si Bridoison hubiese nacido en aquella época, le habría llamado borrón mejor que nota.
—¡Un príncipe!, ¡un Alteza! —exclamó en voz baja.
Jacobo salió sonrosado detrás de Teresa.
Al quedarse solo Gilberto, levantóse con la cabeza trastornada.
—¿Pero dónde me hallo? —murmuró—. ¡Príncipes y Altezas en casa de M. Jacobo! ¡El duque de Chartres, el príncipe de Conti en casa de un copiante!
Acercóse a la puerta para oír.
Habíanse ya hecho el príncipe y Jacobo las primeras salutaciones, y hablaba el primero.
—Deseo que vengáis conmigo.
—¿Para qué, príncipe? —preguntaba Jacobo.
—Para presentaros a la princesa. Entramos en una nueva era para la filosofía, mi querido filósofo.
—Muchas gracias, monseñor; pero no puedo acompañaros.
—Sin embargo, hace seis años que no pusisteis inconvenientes para acompañar a madame de Pompadour a Fontainebleau.
—Entonces contaba yo seis años menos, hoy mis achaques me tienen clavado en un sillón.
—Y vuestra misantropía.
—Aun siendo así, monseñor, no es el mundo cosa tan curiosa, que merezca que nos molestemos por él.
—Ea; me conformo con que no vayáis a San Dionisio ni al gran ceremonial;

pero habréis de venir conmigo a la Muette, donde pernoctará Su Alteza Real pasado mañana.
—¿Conque pasado mañana llega a San Dionisio?
—Con su comitiva. Vaya, dos leguas se andan pronto, y no ocasionan gran molestia. Se asegura que la princesa es excelente música, discípula de Gluck.
No oyó más Gilberto. A estas palabras: «pasado mañana llega a San Dionisio», sólo había tenido un pensamiento, a saber: que al siguiente día se encontraría a dos leguas de Andrea.
Por un momento creyó Gilberto que en aquel reducido gabinete no había suficiente aire para su pecho, y corrió a la ventana con el propósito de abrirla, pero la encontró cerrada con un candado, sin duda para que no se pudiese ver desde la habitación situada enfrente, lo que sucedía en el estudio de M. Jacobo.
Dejóse caer en su silla diciendo:
—¡Oh! no debo escuchar ya detrás de las puertas; no debo penetrar los secretos de mi protector, de ese copiante a quien un príncipe llama su amigo, y desea presentar a la futura reina de Francia, a una hija de emperadores, a quien la señorita Andrea hablaba casi de rodillas.
—Pero si escuchase —agregó—, tal vez oiría alguna cosa de ella. Pero no, no, eso es propio de lacayos. La Brie escuchaba también detrás de las puertas.
Se apartó de la cerradura.
Siéndole más precisa alguna ocupación más poderosa que el pliego de música que estaba copiando, tomó uno de los libros que estaban sobre el bufete de M. Jacobo.
—«*Las confesiones* —leyó con grata sorpresa—, *Las confesiones* de suyo libro he leído unas cien páginas con tanto interés! *Edición adornada con el retrato del autor*.» —prosiguió.
—¡Ay! ¡y yo que nunca he visto el retrato de M. Rousseau! —exclamó—. Veamos, veamos.
Y volviendo la hoja, vio el retrato, y exhaló un grito. Entró Jacobo en aquel momento.
Gilberto comparó la fisonomía de aquél con el retrato que tenía en la mano, y sueltos los brazos, y temblando de pies a cabeza, dejó caer el tomo murmurando:
—¡Me encuentro en casa de Juan Jacobo Rousseau!
—Vamos a ver cómo habéis copiado vuestra música, hijo mío —respondió

sonriendo Juan Jacobo, mucho más satisfecho interiormente de aquella imprevista ovación, que de los mil triunfos que durante su gloriosa vida había obtenido.
Y al pasar por delante del trémulo joven, se acercó a la mesa, y fijando la vista en el papel continuó:
—La nota no es mala; descuidáis algo las márgenes, y no unís bastante con un mismo rasgo las notas que van juntas. Observad que os falta en este compás una pausa, y vuestras rayas de compases no son rectas. Procurad hacer las mínimas de dos semicírculos; poco importa que se junten exactamente. Cuando la nota es redonda carece de gracia, y el conjunto se hace muy mal. En efecto, amigo, estáis en casa de Juan Jacobo Rousseau.
—¡Oh!, perdonad entonces todos los disparates que he dicho —exclamó Gilberto juntando las manos y dispuesto a arrodillarse.
—Es decir, ha sido necesario —dijo monsieur Rousseau encogiéndose de hombros— que viniese aquí un príncipe para que conocieseis al desgraciado filósofo de Ginebra. ¡Desgraciado joven, feliz joven, que desconocéis lo que es persecución!
—¡Oh!, soy muy feliz; pero es porque tengo el placer de hallarme a vuestro lado.
—Gracias, gracias, hijo mío, pero no basta ser feliz: es necesario trabajar. Supuesto que os habéis ya ensayado, tomad este rondó, y procurad copiarle en un verdadero papel de música. Es corto y poco difícil; conque limpieza es lo que os recomiendo sobre todo. ¿Pero cómo habéis podido conocer...?
Recogió Gilberto el volumen de *Las confesiones*, y enseñó el retrato a Juan Jacobo.
—Ya, ya entiendo —dijo éste—, me habéis conocido por mi retrato, de la primera página del *Emilio* quemado en efigie; pero la llama ilumina, ya proceda del sol, ya de un auto de fe.
—¿Y creeréis que lo único que he ambicionado en mis sueños ha sido vivir a vuestro lado? ¿Sabéis que mi aspiración no ha pasado más allá?
—No podréis vivir a mi lado, amigo mío —contestó Juan Jacobo—, porque yo no tengo discípulos, y en cuanto a huéspedes, ya habéis conocido que no soy suficientemente rico para admitirlos, y menos para conservarlos.
Gilberto se conmovió; Juan Jacobo le tomó la mano y prosiguió:
—No obstante, no desesperéis. Desde que os encontré, os estoy estudiando, hijo mío; hay en vos mucho malo, pero hay además mucho bueno; luchad con

la voluntad, contra vuestros instintos; desconfiad del orgullo, gusano roedor de la filosofía, y seguid copiando música, mientras no se presenta otra cosa.
—¡Dios mío! —exclamó el joven—; estoy loco con lo que me sucede.
—Con todo; es muy sencillo y natural: verdad es que las cosas sencillas son las que más impresión producen en los corazones profundos y en las inteligencias bien dotadas. Huíais no sé de dónde, no os pregunto vuestro secreto, ibais huyendo por los bosques, tropezáis con un hombre arrancando hierbas escogidas; ese hombre tiene pan, vos no, os da la mitad: carecéis de albergue, os ofrece un asilo; ese hombre debía ser alguien, tener algún nombre, y se llama Rousseau. Esto es todo. Este hombre os dice ahora: El primer precepto de la filosofía es el que sigue: «Hombre, bástate a ti mismo». Así que, cuando hayáis copiado ese rondó, habréis ganado la comida de hoy: copiadle, por lo tanto.
—¡Ah! ¡Cuan bueno sois!
—En cuanto al alojamiento os le doy de balde; pero no quiero que leáis por la noche si no gastáis velas vuestras, porque, si no, Teresa se enfadaría. Ea, sepamos ahora si tenéis hambre.
—¡Oh!, no, señor —dijo Gilberto casi sofocado.
—De la cena de anoche ha sobrado para almorzar esta mañana, conque no andéis con cumplidos: ésta será la última comida que haréis en mi mesa, a no ser que os convide más adelante, si continuamos siendo amigos.
Respondió Gilberto con un ademán, que interrumpió Rousseau con un movimiento de cabeza.
—En la calle de Pastière —prosiguió—, hay una cocina donde guisan para los jornaleros: allí comeréis por poco dinero, porque os recomendaré. Vamos a almorzar.
El joven, sin replicar, siguió los pasos de su protector. Por primera vez en su vida estaba subyugado: es cierto que lo era por un hombre superior a los demás.
Levantóse a los pocos bocados para volver a trabajar. Había dicho la verdad: su estómago, en extremo contraído por la agitación de su espíritu, se negaba a recibir ningún alimento. En todo el día levantó los ojos de su tarea, y a las ocho de la noche había conseguido copiar su rondó de cuatro páginas con claridad y limpieza, después de hacer tres borradores.
—No os quiero adular —dijo Rousseau—: esto está malo todavía, pero se entiende: vale diez sueldos, aquí están. Inclinóse el joven al recibirlos.

—En esa alacena hay pan, señor Gilberto —dijo Teresa, en quien la discreción, dulzura y aplicación de su huésped había causado un buen efecto.
—Muchas gracias, señora —contestó el joven—; nunca olvidaré tanta bondad.
—Ea, tomad —dijo aquélla presentándoselo.
Deseaba Gilberto rehusarlo, mas miró a Juan Jacobo, y por sus cejas, que comenzaban ya a contraerse sobre sus penetrantes ojos y por sus delgados labios prontos a crisparse, conoció que una negativa podría ofender a su huésped.
—Acepto —dijo.
Retiróse a su aposento llevando en la mano una moneda de seis sueldos en plata, y otros cuatro en cobre, que había recibido de su protector.
—Al fin —dijo al entrar en el desván—, soy dueño de mi persona; pero no, pues todavía tengo este pan que me han dado por caridad.
Si bien tenía hambre, le dejó sobre la ventana y no volvió a tocarle. Suponiendo después que olvidaría su hambre durmiendo, apagó la luz, y se tendió en el jergón.
Encontrólo despierto la aurora, habiendo apenas dormido durante toda la noche. Acordándose entonces de lo que le había dicho Rousseau acerca de los jardines que se veían desde su ventana, se asomó, y vio efectivamente hermosos y frondosos árboles, más allá de los cuales se divisaba el palacio de quien dependía el jardín, que tenía la entrada por la calle Jussienne.
A un extremo se alzaba un pabellón completamente cerrado y rodeado de arbustos y flores.
Creyó Gilberto que las ventanas estarían cerradas por la hora, y que aun no se habrían levantado las personas que en él vivían. Mas advirtiendo después que los árboles vecinos cubrían con sus ramas aquellas ventanas, conoció luego que debía hallarse abandonado desde el invierno anterior cuando menos. Entonces entregóse a la contemplación de los magníficos tilos que ocultaban casi el edificio principal.
Varias veces le había ya obligado el hambre a dirigir su vista hacia el pedazo de pan con que la noche anterior le había obsequiado Teresa; mas dominándose siempre, se abstuvo de tocarle.
Al oír las cinco supuso que estaría ya abierta la puerta de la arboleda; se lavó, acepilló y peinó, pues gracias al celo de Juan Jacobo había encontrado al volver al granero todos los útiles necesarios a su modesto tocador, y cogiendo

el pedazo de pan, se lanzó a la calle.
Aquel día Rousseau no había ido a despertarle, y tal vez por un exceso de desconfianza y por estudiar mejor los hábitos de su huésped, no había cerrado la puerta de su buhardilla, y le oyó bajar, poniéndose en acecho. Vio a Gilberto salir llevando bajo el brazo su pedazo de pan que dio a un pobre que se le acercó, y entrando al punto en una tahona que acababan de abrir, compró otro pedazo.
—Ahora entrará en un bodegón —dijo mentalmente Jacobo—, y desaparecerán sus pobres diez sueldos.
Pero se engañaba; pues Gilberto se comió andando parte del pan, y deteniéndose luego junto a una fuente que había en la esquina de aquella calle, bebió un trago, acabó el pan, volvió a beber, enjuagóse la boca, se lavó las manos y regreso a casa.
—Me parece —dijo Rousseau—, que soy más afortunado que Diógenes, y que he encontrado un hombre.
Y así que oyó que subía por la escalera, salió corriendo a abrirle.
Trabajó Gilberto todo aquel día, aplicando a aquella monótona tarea su actividad, su penetrante inteligencia y su obstinada perseverancia. Adivinaba lo que no comprendía, y su mano, esclava de una voluntad de hierro, trazaba las notas con firmeza y sin error, logrando concluir para la noche una copia de siete páginas, si no elegante, inteligible al menos.
Rousseau la examinó como juez y como filósofo a la vez, criticó la forma de las notas, la delgadez de los rasgos, la separación de las pausas; mas reconoció que había ya un adelanto notable respecto a la copia del día anterior, y dio veinticinco sueldos a Gilberto.
Admiró como filósofo la fuerza de la voluntad humana que puede tener encorvado doce horas consecutivas sobre una mesa a un joven de dieciocho años, de cuerpo flexible y elástico, de temperamento apasionado, pues Jacobo había conocido fácilmente, que una fervorosa pasión inflamaba el corazón de su joven huésped, aunque ignoraba aún si era la ambición o el amor.
Gilberto agitó en la mano el dinero que había recibido, esto es, veinticuatro sueldos en una moneda de plata y otro en cobre; guardó el último en su bolsillo, tal vez con los que le quedaban de la víspera, y estrechando con gran satisfacción la pieza de plata en la mano derecha, dijo:
—Señor Rousseau, debo llamaros mi amo, puesto que encontré trabajo en vuestra casa, y me dais alojamiento gratis. Creo, por lo tanto, que formaríais

mal concepto de mí, si no os diese cuenta de mis acciones.
—¿Y qué tratáis de hacer? —preguntó asombrado Juan Jacobo—, ¿no pensáis trabajar mañana?
—No, señor, con vuestro permiso quisiera disponer del día.
—¿Con qué objeto? —repuso Rousseau—, ¿con el de pasearos?
—Desearía ir a San Dionisio-contestó el joven.
—¿A San Dionisio?
—Sí, señor, porque la princesa llegará mañana allá.
—¡Oh! cierto es, y habrá funciones para agasajarla.
—Eso es —dijo Gilberto.
—Os creía menos curioso al principio, amiguito —prosiguió Rousseau—, me pareció que despreciabais mucho más las pompas del poder absoluto.
—Sí...
—Observadme a mí, cuyo ejemplo queréis imitar muchas veces; ayer vino a rogarme un príncipe real que me presentase en la corte, no como vos, pobre joven, empinándome para ver por encima del hombro de algún guardia el paso de los carruajes del rey a quien presentarán las armas, ni más ni menos que al Santísimo Sacramento, sino para colocarme junto a los príncipes, y para ver la sonrisa de las princesas. Pues bien, el oscuro ciudadano ha rehusado la invitación de esos grandes.
Gilberto hizo un signo de aprobación.
—¿Y por qué? —prosiguió Rousseau—, porque el hombre no puede obrar de dos maneras; porque la mano que ha escrito que la potestad real es un abuso, no puede ir a pordiosear un favor del rey; porque yo, que conozco cuánto perjudican al pueblo esas fiestas, pues en cada una se le arrebata parte de ese bienestar que le queda y que a duras penas basta para que no se insurreccione, yo protesto con mi ausencia contra todas ellas. Sepamos al menos qué pensáis hacer en San Dionisio.
—Soy discreto.
Sorprendieron estas palabras a Rousseau; conoció que tanta obstinación ocultaba algún misterio, y contempló al joven con cierta admiración que le inspiraba aquel carácter.
—Vamos —dijo—, ¿tenéis motivos? Más vale así.
—Uno tengo, sí, señor; y os juro que en nada se parece a la curiosidad que despierta un espectáculo.
—Mejor o quizá peor, porque vuestras miradas son demasiado intensas y en

vano busco en ellas el candor y la calma propias de la juventud.
—Os dije ya que he sido desgraciado, y que para los desgraciados no hay juventud. ¿Conque quedamos en que me autorizáis para disponer del día de mañana?
—Sí, amigo mío.
—Muchas gracias.
—Y mientras vos veréis pasar las pompas mundanas —añadió Juan Jacobo —, yo abriré mi colección de plantas y revistaré todas las magnificencias de la naturaleza.
—Y decid —repuso el joven—, ¿no hubierais abandonado todas las plantas de la tierra el día en que fuisteis a ver a la señorita Galley, después de echarla un ramo de cerezas en el seno?
—Perfectamente —dijo Rousseau—, tenéis razón, sois joven, id a San Dionisio, hijo mío.
Tan pronto como partió Gilberto lleno de alegría y hubo cerrado la puerta al salir, Juan Jacobo murmuró:
—¡No es ambición es amor!

XLVII

LA CONSORTE DEL HECHICERO SOLICITANDO HOSPITALIDAD

En el mismo momento en que Gilberto mascaba en su granero el pan empapado en agua fresca, aspirando al mismo tiempo el aire perfumado de los jardines de las cercanías, una mujer, vestida con una elegancia algo extraña, y cubierta con un largo velo, después de seguir al galope de un brioso caballo árabe el camino de San Dionisio, desierto todavía, pero que debía estar tan concurrido al día inmediato, se apeaba delante del convento de carmelitas de San Dionisio, y llamaba con sus delicados dedos al torno, mientras su caballo, cuya brida llevaba sujeta al brazo, piafaba con violencia, y escarbaba la arena.

No pocos vecinos rodeaban con curiosidad a la desconocida, excitada su atención no sólo por el extravagante traje de la extranjera, sino además por su insistencia en llamar.
—¿Qué deseáis, señora? —preguntó uno de ellos.
—Ya lo estáis viendo —replicó aquélla en acento italiano de los más pronunciados—, quiero entrar.
—Entonces traéis mala dirección. Ese torno se abre únicamente una vez al día para los pobres, y ya ha pasado la hora.
—¿Pues de qué medio me valdré para hablar a la superiora? —preguntó la que llamaba.
—Llamando a la puertecita que hay al extremo de la tapia, o a la puerta principal.
—¿Sabéis, señora —dijo otro acercándose—, que la superiora es ahora Su Alteza Real madame Luisa de Francia?
—Lo sé.
—¡Voto a bríos, qué caballo tan hermoso! —dijo un dragón de la reina examinando la cabalgadura de la extranjera—. ¿Sabéis que si ese caballo no ha cerrado, vale quinientos luises, tan cierto como el mío vale cien doblones?
Causaron extraordinario efecto aquellas palabras en la multitud.
Un canónigo que miraba en aquel instante a la joven sin cuidarse del caballo, se abrió paso hasta ella, y gracias a un secreto que conocía, abrió la puerta del torno.
—Entrad, señora —dijo—, y meted dentro vuestro caballo.
Deseando la viajera evitar las ávidas miradas de la muchedumbre, pues le abrumaban muchísimo, se apresuró a seguir aquel consejo y desapareció detrás de la puerta.
Al hallarse sola en el patio, sacudió las riendas del caballo que agitó tan bruscamente todo su caparazón batiendo al mismo tiempo tan vigorosamente el pavimento con los cascos, que la hermana tornera, que por un momento se había separado de su celda, situada al lado de la puerta, se lanzó de lo interior del convento.
—¿Qué se os ofrece, señora —exclamó—, y cómo habéis entrado aquí?
—Un buen sacerdote me ha abierto la puerta —contestó aquélla—, y desearía, si puede ser, hablar a la superiora.
—No recibe esta tarde.
—Con todo, me han asegurado que las superioras de conventos están

obligadas a recibir en cualquier hora del día o de la noche a aquellas de sus hermanas del mundo que llegan en demanda de algún socorro.
—Puede hacerse así en circunstancias ordinarias, pero no hace más que dos días que Su Alteza se halla en este convento y esta tarde celebra capítulo.
—Señora —repuso la extranjera—, vengo desde muy lejos, vengo de Roma. He caminado sesenta leguas a caballo, y me faltan ya las fuerzas.
—¡Qué le vamos a hacer! La orden de Su Alteza es formal.
—Hermana, es necesario que reveléis a vuestra abadesa cosas de la mayor importancia. —Mañana podéis volver.
—Es imposible... he estado un día en París, durante el cual yo... además, yo no puedo pernoctar en la posada.
—¿Por qué?
—Porque no tengo dinero.
Examinó con asombro la tornera a aquella mujer que, cubierta de piedras preciosas y dueña de un hermoso caballo, pretendía no obstante no tener suficiente dinero para satisfacer el gasto que pudiera hacer una noche en la posada.
—No, no hagáis caso de mis palabras ni de mi traje —agregó la desconocida —; no he hablado con exactitud al decir que carecía de dinero, pues no dudo que me fiarían en cualquier posada que entrase. ¡Ay! no es un albergue lo que solicito aquí, es un amparo, un asilo.
—Pero además de este convento hay otros en San Dionisio, y cada uno tiene su superiora.
—Sí, sí, ya lo sé; pero no es una abadesa vulgar la que busco, ni a la que puedo dirigirme.
—Me parece que nada conseguiréis insistiendo: madame Luisa de Francia no se ocupa ya de las cosas de este mundo.
—¿Qué os importa? Decidle, sin embargo, que deseo hablarla.
—Ya os he manifestado que celebra junta.
—¿Y después?
—Si apenas ha principiado.
—Entraré en la iglesia, y aguardaré rezando.
—Cuánto siento deciros, señora...
—¿Qué?
—Que no podéis entrar.
—¿Que no puedo entrar?

—No.
—¡Ah! ¿de modo que estaba equivocada? ¿Conque es decir que no es esta la casa del Dios misericordioso? —exclamó la recién llegada con tal extraordinaria energía en su mirada y voz, que no atreviéndose la religiosa a cargar sobre sí con la responsabilidad de resistir más tiempo, contestó:
—Bueno: intercederé algo en favor vuestro.
—¡Ah! no olvidéis decir a Su Alteza que vengo de Roma, que no he tenido en el camino más descanso que el preciso para dormir en dos cortas paradas que he hecho, una en Maguncia, otra en Estrasburgo, y por último que hace cuatro días que no he descansado, sino a fin de recobrar las fuerzas necesarias para resistir el galope del caballo, y para darle a el también las que le eran indispensables para sostenerme.
—Bien, hermana —contestó la religiosa alejándose. A poco regresó acompañada de una hermana lega. —¿Y qué? —dijo la extranjera, provocando la respuesta que con tanto anhelo esperaba.
—Ha dicho Su Alteza Real —respondió la hermana lega—, que es absolutamente imposible daros audiencia esta tarde; pero que os ofrece la hospitalidad en el convento, ya que tanta necesidad tenéis de encontrar un asilo. Podéis entrar, hermana, y si os halláis tan cansada como decís, debéis acostaros.
—¿Y mi caballo?
—Se cuidará de él, podéis estar tranquila.
—Es tan manso como un corderillo; su nombre es *Djerid*, y acude cuando se le llama. Os lo recomiendo con interés, porque es un animal que estimo mucho.
—Se le tratará como a los caballos del rey.
—Gracias.
—Ahora conducid a esta señora a su aposento —dijo la hermana lega a la tornera.
—No, acompañadme más bien a la iglesia —repuso la desconocida—: no necesito dormir, sino orar.
—Abierta está la capilla, hermana —dijo la religiosa señalando con el dedo una puertecita lateral que comunicaba con la iglesia.
—¿Y cuándo podré ver a la superiora?
—Mañana.
—¿Temprano?

—Acaso será imposible.
—¿Por qué?
—Porque estará ocupada con una gran recepción.
—¡Oh! ¿a quién podrá recibir que tenga más necesidad o sea más desgraciada que yo?
—La princesa María Antonieta nos dispensa el honor de detenerse dos horas en este convento, al pasar por aquí mañana. Es un señalado favor para nuestra comunidad, una gran función para nuestras pobres hermanas; de manera que ya comprenderéis.
—¡Ay!
—La señora abadesa desea que todo sea digno de los augustos huéspedes que vamos a recibir.
—Pero... —repuso la extranjera mirando a su alrededor con visibles muestras de asombro—: ¿mientras me sea permitido hablar con nuestra augusta superiora, me encontraré aquí segura?
—Sí, hermana mía, nuestra casa es un asilo hasta para los culpables, con mucha más razón para los...
—Fugitivos —prosiguió la desconocida—; bien. De suerte que nadie entrará aquí, ¿no es verdad?
—Sin una orden expresa, nadie.
—¡Ah!... ¡y si obtuviese esa orden, Dios mío! —prosiguió la extranjera—; ¡él es tan poderoso, que su poder me asusta muchas veces!
—¿Quién es él? —preguntó la hermana.
—Nadie, nadie.
—¿Estará loca? —murmuró la religiosa.
—Sí, la iglesia, la iglesia —repitió la desconocida como si pretendiera justificar la opinión que comenzaban a formar de ella.
—Venid, hermana mía. Voy a acompañaros.
—Vamos pronto, conducidme pronto; vienen persiguiéndome.
—Calmaos, señora; las paredes de San Dionisio no pueden violentarse —contestó la hermana lega con una sonrisa compasiva—, y si estáis tan cansada como habéis dicho, seguid mi consejo, y retiraos a descansar en una buena cama, en vez de mortificar vuestras rodillas sobre las losas del templo.
—No, no: lo que quiero es orar, sí, orar para que Dios aparte de mí a los que me persiguen —exclamó la joven desapareciendo por la puerta que la había señalado la religiosa y cerrándola al punto.

La hermana, curiosa a fuer de buena monja, dio la vuelta por la puerta principal, y aproximándose de puntillas, vio al pie del altar a la joven desconocida que oraba, sollozando prosternada en tierra.

XLVIII

EL VECINDARIO DE PARÍS

Se había reunido efectivamente, el capítulo, como habían dicho las religiosas a la extranjera, a fin de convenir los medios de hacer un brillante recibimiento a la hija de los Césares.
Así inauguraba su autoridad suprema en San Dionisio Su Alteza Real madame Luisa.
Tan pronto como se difundió la noticia del esplendor regio de aquella solemnidad, vióse redoblar la ardiente e irresistible curiosidad de los parisienses que en pequeños grupos causan risa, según Mercier, pero que hacen meditar siempre y llorar a veces cuando se reúnen en masa. Desde el alba habían llegado de diez en diez, de ciento en ciento, de mil en mil los habitantes de la gran ciudad, que abandonaban sus cubiles.
Los guardias franceses, los suizos y los regimientos acantonados en San Dionisio, habían empuñado las armas, y colocábanse en fila para contener aquellas oleadas de hombres, que formando terribles remolinos alrededor de los pórticos de la Basílica, subían a las estatuas que se hallaban en la portada de las Casas Consistoriales. Había gente en todos los sitios; muchachos sobre los cobertizos de las puertas, hombres y mujeres asomados a las ventanas; en fin, millares de curiosos, que prefiriendo como Gilberto, su libertad a las exigencias que siempre impone un lugar custodiado y conquistado entre la multitud, o llegando demasiado tarde, trepaban como hormigas por los troncos y se colocaban sobre las ramas de los árboles que de San Dionisio a la Muette formaban dos filas, por en medio de las cuales debía pasar la princesa.

No es difícil imaginarse la muchedumbre que se dirigió a San Dionisio en la mañana del día para el cual las gacetas y carteles habían anunciado la llegada de la princesa, y que fue a agruparse frente al convento de carmelitas, extendiéndose después por todo lo largo del camino por donde debía llegar y pasar María Antonieta y su comitiva, después que ya no hubo medio de hallar sitio en el radio privilegiado.

¡Supóngase el lector ahora ante esa multitud a Gilberto, pequeño, aislado, indeciso, ignorante de las localidades, y tan orgulloso, que por todo el oro del mundo no habría solicitado la menor noticia; pues desde que habitaba París, quería pasar por perfecto parisiense, él, que nunca había visto más de cien personas juntas!

Nada podía distinguir nuestro joven desde algún tiempo: perdido en medio de aquella confusión, seguía el movimiento del gentío que le rodeaba; no sabiendo dónde se dirigía, aunque le era enteramente necesario orientarse. Vio entonces unos muchachos trepar a un árbol, mas no se atrevió a quitarse la casaca para imitarlos, y se contentó con arrimarse al tronco.

Únicamente se descubría en el camino, a un cuarto de legua más allá de San Dionisio, una gran polvareda. Esto era lo que quería saber Gilberto: los coches no habían llegado aún, y sólo se trataba de saber de qué lado vendrían.

En cuanto retrocedió Gilberto, deseando desprenderse de aquella multitud, halló a la orilla de un foso, una familia que se hallaba almorzando. Componíase ésta de una joven de ojos azules, modesta y tímida; su madre, pequeña, rechoncha y risueña, de dientes blancos y fresca tez: el padre envuelto en un grande levitón de barragán, que no se venteaba sino los domingos, y que habiéndole sacado del armario para aquella solemne ocasión, le preocupaba más que su mujer y su hija, seguro de que éstas saldrían por sí solas de cualquier apuro. Aquel cuadro se completaba con una tía alta, flaca y gruñona, y una criada que no cesaba de reír. Había llevado esta última el almuerzo completo, en un enorme cesto, bajo cuyo peso, la vigorosa muchacha, animada por su amo, que la relevaba de vez en cuando, no había cesado de reír y cantar durante todo el camino. Gilberto contempló a hurtadillas aquella escena por completo nueva para él. No sabía lo que era un hombre de la clase media.

En aquella honrada familia, y en el uso natural de las necesidades de la vida, encontró Gilberto practicada su filosofía, que sin proceder de Platón ni de Sócrates, tenía algo de la de Blas, *in extenso*.

Aquella familia llevaba consigo todo cuanto había podido, y pretendía sacar de ello el mejor partido posible.
El padre partía un pedazo de ternera asada que descansaba dorado, frito y grasiento, en el fondo de la cazuela, donde la madre lo había colocado la víspera entre zanahorias, cebollas y pedazos de tocino.
Gilberto escogió un sitio al pie de un olmo, sacudiendo con el pañuelo el polvo que tenía la hierba seca, quitóse el sombrero, y colocando aquel en tierra, se sentó sin prestar la menor atención a sus vecinos, sin embargo de que éstos repararon muy bien en él.
—¡Aseado joven! —dijo la madre.
Ruborizóse la niña, según acostumbraba siempre que se hablaba en su presencia de algún joven, lo cual enajenaba de gozo a los tiernos autores de sus días.
—Es un gallardo mozo —replicó el padre volviendo la cabeza.
Creció con estas palabras el rubor de la joven.
—Parece que está muy cansado —observó la criada—, y, no obstante, no trae nada.
—¡Perezoso! —dijo la tía.
—Caballero —dijo la madre dirigiéndose a Gilberto con esa familiaridad que para interrogar sólo tienen las parisienses—, ¿están todavía lejos los coches del rey?
Volvióse el joven conociendo que a él se dirigían y levantóse para saludar.
—Y es muy político —agregó la madre. Su hija sintió calor en sus mejillas.
—Lo ignoro, señora —respondió Gilberto—, sólo he oído decir, que a un cuarto de legua próximamente, se veía una gran polvareda.
—Acercaos, caballero, y si gustáis... —dijo el padre ofreciéndole el apetitoso almuerzo tendido sobre la hierba.
Gilberto conoció que por la tercera parte de su caudal, podría comprar un almuerzo casi tan suculento como el que le ofrecían, y no quiso aceptar nada de aquellas personas a quienes veía por primera vez.
—Muchas gracias, caballero —contestó— he almorzado ya.
—Observo que sois hombre prevenido —dijo la mujer—, pero os advierto que nada podréis ver desde aquí.
—Ni vos tampoco —respondió el joven con una sonrisa—, pues estáis en el mismo caso que yo.
—¡Bah! nosotros es diferente: tenemos un sobrino sargento de las guardias

francesas. Coloreóse aún más la joven.
—Esta mañana formará —prosiguió la madre—, delante del Pavo Azul: es su puesto.
—Sin ser indiscreto, ¿dónde está el Pavo Azul? —preguntó Gilberto.
—Precisamente frente al convento de Carmelitas —replicó la madre—, y nos ha ofrecido colocarnos detrás de su compañía; tendremos allí un banco, y podremos ver muy bien bajar la gente de los coches.
Ahora tocó a Gilberto ruborizarse: no osaba sentarse a la mesa con aquella honrada familia; pero apenas podía resistir a la tentación de acompañarla. Con todo, su filosofía, o más bien ese orgullo, del cual, según repetidamente le había dicho Jacobo, debía desconfiar, le dijo en voz baja: «Quédese en buen hora para las mujeres tener necesidad de otros: ¿pero tu, que eres hombre, no tienes brazos y hombros?»
—Los que no pueden situarse donde os he dicho —continuó la madre, como si hubiese adivinado el pensamiento de Gilberto y tratase de contestar a él—, no lograrán ver más que coches vacíos, y para eso no es necesario venir a San Dionisio.
—Creo —dijo Gilberto— que muchas personas habrán pensado como vos.
—Sí, pero no todas tendrán como nosotros un sobrino en guardias que les permita pasar.
—¡Ah! cierto es —contestó Gilberto desalentado.
—¿Y quién impide que ese joven venga, si lo desea, en nuestra compañía? —interrumpió el padre, hábil en adivinar los deseos de su esposa.
—Sentiría molestaros.
—Ea, no, señor, todo lo contrario —dijo la mujer—, nos ayudaréis a llegar allá. No teníamos más que un hombre que nos amparase, y así tendremos dos.
Era un argumento sólido, al que Gilberto no podía resistir. La idea de ser útil y pagar de este modo el apoyo que le brindaban, ponía su conciencia a cubierto y le quitaba de antemano todo escrúpulo.
Aceptó sin inconveniente.
—Vamos a ver ahora a quién ofrece el brazo —dijo la tía.
Este auxilio caía del cielo para Gilberto. Efectivamente, ¿cómo salvar el insuperable obstáculo de treinta mil personas, todas más recomendables que él, por el rango, las riquezas, la fuerza y por la costumbre, en fin, de colocarse en aquellas fiestas, donde cada cual se apodera del sitio más ancho que encuentra?

Si el filósofo hubiese sido menos dado a la teoría y más práctico, esto habría sin duda podido ofrecerle un admirable estudio dinámico de la sociedad. Cruzaba el coche de cuatro caballos como una bala por medio de la muchedumbre, y cada cual se apartaba para dar paso al volante, con sombrero de plumas y casaca de colores vivos, quien por lo común venía precedido de dos irresistibles mastines. El de los caballos, daba una especie de contraseña al oído de un guardia, y venía a ocupar su puesto en la plazoleta próxima al convento.

Los jinetes que venían al paso, aunque dominando la multitud, llegaban lentamente, después de arrostrar mil choques, mil encuentros y mil injurias. Los que venían a pie, empinándose por la presión de los que les estrujaban, agitándose como Anteo a fin de hallar esa madre común a quien llaman tierra, buscando su camino para apartarse de aquella confusión, hallándolo y tirando de su familia, compuesta casi siempre de un tropel de mujeres, que solamente el parisiense entre todos los pueblos sabe y se atreve a acompañar a todos por doquier, y a hacer siempre respetar sin baladronadas.

Sobre todo este mar inmenso, el hombre de la hez del pueblo, el hombre de barbudo rostro, cubierta la cabeza con un resto de sombrero, los brazos desnudos, y los pantalones sujetos con una soga; infatigable, ardiente, moviendo a un tiempo codos, hombros y pies, y mirando a todas partes, con extraña sonrisa, se abría camino por entre la gente de a pie, con tanta facilidad como Gulliver por medio de las mieses de Liliput.

Como Gilberto no era gran señor con cuatro caballos, ni magistrado de coche, ni militar a caballo, ni parisiense, ni hombre del pueblo, hubiera sido irremisiblemente estrujado, molido y pulverizado entre aquella multitud, a no sentirse fuerte con la protección del honrado padre de familia a quien acompañaba.

Brindó decididamente el brazo a la madre.

—¡Qué impertinente! —exclamó la tía. Comenzaron a andar, el padre iba entre la joven y la tía, y seguido de la criada con el cesto debajo del brazo.

—Permitid, señores... —decía la madre con sonrisa franca—, señores, por favor... señores, tened la bondad...

La gente se apartó abriéndole paso y por el claro se deslizaba toda la familia. Conquistaron palmo a palmo el terreno que les separaba de la plaza del convento, llegando al fin a la primera fila de las terribles guardias, que eran la esperanza de toda esta familia.

Al llegar a este sitio, el padre, encaramándose sobre los hombros de Gilberto, divisó a unos veinte pasos al sobrino de su mujer que se retorcía el bigote. Hizo con el sombrero tan extravagantes ademanes, que el sargento, reparando en él, se aproximó y solicitó de sus camaradas que se abrieran un poco para dejar paso.
Introdujéronse entonces por aquella abertura Gilberto, la madre, el padre, su hermana y su hija, seguidos de la criada, que no cesó, durante la travesía, de gritar, y de dirigir miradas feroces, aunque sus amos se cuidaron poco de averiguar la causa.
Ya había llegado Gilberto al sitio que tanto deseaba, y se dirigió al padre a quien dio las gracias, recibiendo en cambio mil afectuosas ofertas. Pretendió la madre detenerle, pero la tía le invitó a marcharse, y se separaron para no volverse a ver.
Como en el sitio ocupado por Gilberto había solo privilegiados, éste pudo llegar fácilmente al pie de un elevado tilo, se subió sobre una piedra, y asiéndose a una rama, esperó con impaciencia.
A la media hora rompieron estrepitosamente las bandas de tambores, retumbó el canon, y la majestuosa campana de la catedral, dio a los aires sus primeras vibraciones.

XIL

LA COMITIVA REGIA

Resonaban lejanas mil confusas voces; pero acercándose cobraron tal fuerza e incremento que llamaron la atención de Gilberto estremecido con violenta sensación.
Vociferaba el pueblo: «¡Viva el rey!...», pues aún no había perdido la costumbre de recibir con esta aclamación a su soberano.
Soberbios caballos en tropel, enjaezados con oro y púrpura, se lanzaron relinchando por la carretera: eran los escuadrones de mosqueteros, gendarmes

y suizos que llegaban precediendo una brillante y magnífica carroza en la que distinguió Gilberto una banda azul, y una cabeza cubierta y majestuosa. Vio también brillar fría y penetrante la mirada regia, ante la cual todas las frentes se inclinaban y se descubrían humildemente.
Inmóvil, atónito y jadeante olvidó quitarse el sombrero.
Un violento golpe le sacó de su éxtasis: su sombrero había caído rodando al suelo.
Para recogerlo dio un salto, alzó la cabeza y se encontró con el sobrino de la madre a quien diera el brazo, que le miraba con esa sonrisa burlona, especial de los militares.
—¿Cómo es eso? —preguntó el sargento—, ¿no se saluda al rey?
Palideció Gilberto, miró su sombrero cubierto de polvo, y repuso:
—Le veo por primera vez, señor sargento, y confieso que he olvidado saludarle. Pero yo no sabía...
—¿Qué?, hablad... —interrumpió el veterano frunciendo el ceño.
El joven temió lo arrojasen de aquel sitio desde donde vería a Andrea, y el amor que le abrasaba quebrantó su
orgullo.
—Escuchadme —replicó—, soy forastero.
—¿Habéis venido a educaros en París?
—Sí, señor —dijo ocultando su desesperación.
—Perfectamente, pues tratáis de instruiros —continuó el sargento sujetando la mano del joven que procuraba ponerse otra vez el sombrero—, sabed desde ahora, que no sólo hay obligación de saludar al rey, sino además a la princesa, a los príncipes y a todos los carruajes que lleven flores de lis. ¿Conocéis las flores de lis, o habrá tal vez que enseñároslas?
—No os molestéis; sé cuales son.
—Me alegro —refunfuñó el sargento. Los coches regios pasaron.
Se prolongaba la fila. Gilberto se puso a mirar con ojos ansiosos y extraviados. Llegaban los carruajes a la puerta de la abadía, y se detenían para que bajasen las personas de la comitiva que los ocupaban; operación que de cinco en cinco minutos, producía un alto en toda la línea.
Nuestro joven sintió en uno de ellos tan fuerte conmoción, como si un hierro candente le hubiera traspasado el pecho; un vértigo apoderóse de su frente, nublóse su vista, atacándole al mismo tiempo un temblor tan violento, que hubo de agarrarse a un árbol que junto a él estaba, para no caer en tierra.

Acababa de ver frente a sí a diez pasos de distancia y en una de las carrozas adornadas con flores de lis, que debía saludar, según la orden del sargento, la luminosa, la resplandeciente figura de Andrea, que vestida de blanco, parecíase a un ángel o a un fantasma.
Gilberto dio un débil grito; mas triunfando de todas las sensaciones que a un tiempo se habían apoderado de él, ordenó a su corazón que cesase de latir, y a sus miradas que se clavasen en el sol.
El poderío que el joven ejercía sobre sí mismo, era tan extraordinario, que lo consiguió.
Andrea deseaba saber el motivo por qué hacían alto los coches, se asomó a la portezuela, y pasando en torno suyo sus hermosos ojos azules, divisó a Gilberto y le conoció enseguida.
Éste creía que Andrea se sorprendería al verle, volvería la cabeza y hablaría con su padre que a su lado iba sentado en el carruaje.
No se equivocaba; Andrea se sorprendió, en efecto, y volviendo la cabeza llamó la atención del barón de Taverney, que ataviado con su gran banda encarnada, marchaba majestuosamente en el regio coche.
El barón, sobresaltado, repuso:
—¡Gilberto! ¿Gilberto, aquí? ¿Pues quién es el que cuida de Mahón?
El joven oyó claramente estas palabras, y reuniendo todas sus fuerzas, se apresuró a saludar con estudiado respeto a Andrea y a su padre.
—¡Es cierto! —exclamó el barón después de ver a nuestro filósofo—: allí está el tunante en carne y hueso.
Se encontraba lejos de pensar que Gilberto pudiese haber ido a París, que al principio no había querido dar crédito a los ojos de su hija, y que aun entonces no se lo daba a los suyos propios.
El semblante de Andrea, que Gilberto examinó con detenida atención, marcaba en aquel momento una completa serenidad, alejada ya la ligera sensación causada por la sorpresa.
Sacando el barón la cabeza fuera del coche, hizo una señal para que el joven se acercase.
Decidióse Gilberto a obedecer, pero fue detenido por el sargento.
—Ya veis que me llaman —dijo.
—¿Quién?
—De ese coche.
El sargento se fijó donde señalaba el joven,y vio el carruaje de M. de

Taverney.
—Permitid que pase ese muchacho, sargento, sólo deseo decirle dos palabras.
—Bien, caballero —contestó el militar—, hay tiempo suficiente, pues están leyendo una arenga en el pórtico, y es operación de media hora. Pasad, joven.
—Ven acá, pícaro —dijo el barón a Gilberto que se acercaba sin salir de su paso—, y sepamos a qué coincidencia debes el encontrarte en San Dionisio cuando debieras estar en Taverney.
El joven saludó otra vez a Andrea y a su padre, y contestó.
—No es por casualidad, señor barón, sino por un acto de mi voluntad.
—¿Cómo de tu voluntad, pilludo? ¿Tienes tú voluntad acaso?
—¿Por qué no? Todo hombre libre está autorizado a tenerla.
—¡Todo hombre libre! ¡Cómo! ¿Te presumes que eres libre, miserable?
—Es claro, pues hasta ahora no he cedido mi libertad a nadie.
—¡Tunante! —exclamó M. de Taverney admirado de la tranquilidad con que hablaba Gilberto—, ¿conque tú en París?... ¿Y cómo has llegado?, di, ¿con qué recursos?
El joven contestó:
—¡A pie!
—¡A pie! —repitió Andrea con cierta expresión de lástima.
—¿A qué has venido? —interrogó el barón.
—En busca de educación para poder hacer después fortuna.
—¡A educarte!...
—Creo lograrlo.
—¡A hacer fortuna!...
—Así lo espero.
—¿Y mendigarás entretanto?
—¡Mendigar! —repitió Gilberto con orgullo.
—O robar.
—Caballero —dijo Gilberto con tanta firmeza y altivez que despertó por un instante la atención de la señorita de Taverney sobre aquel extraño joven—, ¿os he robado alguna vez?
—Y bien, ¿qué haces con esas manos, holgazán?
—Lo que un hombre de talento a quien quiero parecer aunque no sea más que por perseverancia —respondió Gilberto—, copio música.
—¿Copiáis música? —dijo Andrea.
—Sí, señorita.

—Pues qué, ¿la sabéis? —añadió ésta desdeñosamente y del mismo modo que si hubiera dicho: mentís.
—Aprendí las notas, y eso sobra —respondió Gilberto.
—¿Dónde demonios las has aprendido, pilluelo? —dijo el barón.
—Sí, ¿dónde? —repitió Andrea sonriendo.
—Señor barón, me entusiasma la música, y como esta señorita pasaba todos los días una hora o dos al clave, me escondía para oírla.
—¡Haragán!
—Primero aprendí las tocatas, y como éstas se hallaban escritas en el método, conseguí poco a poco, y a fuerza de trabajo, llegar a leerlas.
—¡Es mi método! —interrumpió Andrea en el colmo de la indignación—, ¿os propasasteis a tocarle?
—No, señora, jamás me hubiera propasado tanto —contestó el joven—, pero vos le teníais abierto sobre el clave, y sin tocarle le estudiaba yo: con los ojos no podía mancharle.
—Verás cómo este tunante acaba por decirnos que toca el piano mejor que Haynd.
—Quizá le tocara, si me hubiese atrevido a colocar mis dedos sobre las teclas.
Inconscientemente dirigió Andrea otra ojeada a aquel rostro animado con una expresión, a ninguna comparable, a no ser a la del fanático que desea el martirio.
Pero el barón, cuya inteligencia no contaba con la serena y penetrante lucidez de la de su hija, sintió doblarse su cólera al comprender que el joven tenía razón, y que al dejarle con Mahón en Taverney, se había hecho con él un acto de inhumanidad.
Difícilmente se perdonan a un inferior las faltas de que llega a convencernos; así es que acalorándose a medida que se calmaba su hija, el barón prosiguió:
—¿Ah, pícaro!, ¿conque has desertado, te has dado a la vagancia, y cuando se te pide cuenta de tus actos, te presentas con esa faramalla, sin pies ni cabeza? ¡Muy bien! pero no consiento que digan que por mi culpa están las calles del reino llenas de rateros y vagabundos...
Andrea procuró calmar a su padre, pues comprendía que tanta exageración destruía su superioridad: mas el barón, separando la mano protectora de su hija, prosiguió:

—Te recomendaré a M. de Sartines, e irás a dar una vuelta por Bicètre[12], mal engendro de filósofo.
El joven dio un paso hacia atrás, se colocó el sombrero debajo del brazo, y gritó lleno de cólera:
—Sabed, señor barón, que desde que estoy en París, he hallado protectores a quienes hace antesala vuestro M. de Sartines.
—Sí, ¿eh? —exclamó el barón—, pues si te escapas de Bicètre, no te escaparás de un vapuleo. Andrea, Andrea, llama a tu hermano que viene ahí.
Andrea se dirigió hacia Gilberto, y le dijo imperiosamente:
—Ea, pues, señor Gilberto, retiraos.
—¡Felipe! ¡Felipe! —gritó el viejo.
—Retiraos —replicó Andrea al joven que seguía silencioso e inmóvil en su lugar, como en una contemplación extática.
Un hombre a caballo se aproximó a la portezuela: era Felipe de Taverney. La expresión de su rostro manifestaba júbilo; su uniforme de capitán era brillante.
—¡Hola, Gilberto! ¡Tú por aquí! —dijo con amabilidad al reconocer al joven —. Buenos días, Gilberto... ¿Qué deseaba, padre?
El barón, pálido de cólera, gritó:
—Que agarres la vaina de tu espada, y des una zurra a ese gran pillete.
—¿Qué ha hecho? —preguntó Felipe mirando alternativamente y con sorpresa cada vez mayor al barón furibundo y a Gilberto que continuaba impasible.
—Ha hecho... ha hecho... —gritó M. de Taverney—; dale, Felipe, dale, como si fuera un perro.
Cada vez más admirado se dirigió el joven a su hermana.
—Dime, Andrea, ¿te ha insultado quizá?
—¡Yo! —exclamó Gilberto.
—No, Felipe —contestó Andrea—, no ha hecho nada, papá exagera. El señor Gilberto no se halla ya a nuestro servicio y tiene, por lo tanto, derecho a ir donde mejor le plazca. Papá no quiere comprender esto, y se ha encolerizado al verle aquí.
—¿Es eso nada más? —dijo Felipe.
—Sólo eso, hermano, y es incomprensible la cólera de nuestro padre, sobre todo en un asunto como éste, en que la persona de quien pretende estar

ofendido merece apenas una mirada. Mira si podemos marchar, Felipe.
Calló el barón, doblegado por la serenidad majestuosa de su hija.
El joven Gilberto bajó la cabeza avergonzado por tanto desprecio: sintió cruzar por su corazón un rápido impulso, semejante a los que inspira el odio. Habría deseado un golpe mortal de la espada de Felipe.
Poco le faltó para desmayarse.
Afortunadamente acabó en aquel momento la arenga, y los coches volvieron a ponerse en movimiento.
Se separó paso a paso del barón: los otros le siguieron, Andrea desapareció como un sueño.
Así que Gilberto se encontró solo, estuvo a pique de llorar o de prorrumpir en maldiciones, no contando ya con bastante valor para sobrellevar el peso de su desgracia.
Sintió le tocaban en el hombro.
Giró la cabeza y se encontró con Felipe, que habiéndose apeado y entregado su caballo a un soldado del regimiento, le contemplaba con semblante afable y risueño.
—Dime, ¿qué te ha pasado, pobre Gilberto? ¿Por qué te encuentras en París?
Este tono afable y cordial enterneció al joven.
—¿Qué había yo de hacer en Taverney? —contestó con un gemido arrancado a su estoicismo indómito—; ¿morirme de desesperación, de ignorancia y de hambre?
Se estremeció Felipe, pues tan noble como su hermana, no había podido reconocer el doloroso abandono en que había quedado aquel desventurado joven.
—¿Acaso pensáis hacer suerte en París, sin dinero, sin protección y sin medios de ninguna clase?
—Sí, señor, porque el hombre que desea trabajar no se muere de hambre en sitios donde hay otros hombres que anhelan vivir sin hacer nada.
Dejó perplejo a Felipe esta respuesta, pues nunca había visto en Gilberto más que un dependiente sin importancia.
—Pero, en fin, ¿cuentas siquiera para comer?
—Gano el sustento, señor Felipe, y con esto basta para quien nada más tiene que echarse en cara el haber comido hasta ahora el pan que no ganaba.
—Creo que no lo dirás por el que se te ha dado en Taverney, hijo mío. Tus padres fueron excelentes sirvientes de la casa, y tú mismo te esforzabas en

hacerte útil.
—Con mi obligación cumplía.
—Sabes, Gilberto —prosiguió el joven—, que siempre te he querido, y que te he considerado de otro modo que los demás; si he obrado bien o mal, lo dirá el tiempo. A otros parecías insociable y a mí delicado; y tu aspereza la llamaba yo arrogancia.
—¡Señor capitán! —exclamó el joven respirando con desahogo.
—Así es —siguió Felipe—, que te quiero bien.
—¡Oh! mil gracias.
—Siendo más joven, he sido como tú desgraciado en mi posición; de aquí viene tal vez que te haya comprendido. Un día me miró risueña la fortuna, y quiero que me dejes ayudarte hasta que te toque tu vez.
—¡Os agradezco esa bondad!
—Dime, ¿qué piensas hacer? Eres bastante altivo para ponerte a servir.
El joven Gilberto movió la cabeza con sonrisa de desprecio y contestó:
—Quiero estudiar.
—Necesitas maestros, y para tener maestros necesitas dinero.
—Lo gano.
—¡Lo ganas! —replicó Felipe sonriendo— ¿cuánto ganas? vamos a ver.
—Veinticinco sueldos diarios, y confío llegar a treinta y hasta cuarenta.
—Sí, pero eso es lo que necesitas para comer.
Gilberto se sonrió nuevamente.
—Quizá no he acertado con el medio de hacerte admitir mis servicios.
—¡Servirme a mí vos!
—Cabal. ¿Te avergonzarías de aceptarlo?
Calló Gilberto.
—Han nacido los hombres para ayudarse mutuamente —Continuó Casa-Roja —, porque todos son hermanos.
Gilberto levantó la cabeza y clavó sus penetrantes ojos en el noble rostro del joven capitán.
—¿Tal vez extrañas este lenguaje? —preguntó Felipe.
—No, señor —contestó Gilberto—: pues es el de la filosofía; sólo que no lo he oído nunca en boca de personas de vuestra clase.
—Muy bien: a pesar de esto, es el de toda nuestra generación. El mismo príncipe profesa estos principios. Vamos, no seas orgulloso conmigo: cuando puedas me devolverás lo que ahora te preste. Quién sabe si podrás ser algún

día un Colbert o un Vauban.
—Quién sabe si un Tronchín —añadió Gilberto.
—Ciertamente. Ea, aquí tienes mi bolsillo: partamos.
—Os lo agradezco —dijo el indómito joven conmovido, aunque sin demostrarlo, de la admirable llaneza de Felipe—, muchas gracias, nada me hace falta; pero... pero estad cierto que os agradezco la proposición aún más que si la aceptara.
Diciendo esto, saludó al capitán que le contemplaba estupefacto, y corrió a confundirse entre la muchedumbre.
Continuó el hijo del barón inmóvil algunos segundos, cual si no le fuera posible dar crédito a lo que había oído y visto: mas viendo que Gilberto no volvía, montó otra vez a caballo y marchó a colocarse en su puesto.

L

LORENZA FELICIANI

Este estrépito de carruajes, repique de campanas y redobles de tambores; toda esta majestad, reflejo de las majestades del mundo, ya perdido para madame Luisa, se deslizó por su alma y extinguióse como una débil ola junto a los muros de su celda.
Después de la partida del rey y de haber intentado volver a su hija al mundo; luego que María Antonieta, que a primera vista apreció toda la grandeza de alma de su augusta tía, desapareció con su multitud de cortesanos, la superiora mandó quitar las colgaduras, guardar las flores, y desprender los encajes.
La comunidad estaba aún impresionada, y ella sola permaneció tranquilamente, cuando las puertas del convento, abiertas un momento al mundo, giraron pesadamente, cerrándose con estruendo, entre el siglo y la soledad.
Luego llamó a la tesorera y dijo:
—¿En estos días de desarreglo han recibido los pobres sus limosnas?
—Sí, señora.
—¿A los soldados se les habrá dado antes de partir algún refrigerio?
—Todos recibieron el pan y el vino que habíais mandado preparar.
—¿De modo que nadie sufre en esta casa?
—Señora, nadie.
Se aproximó María Luisa a la ventana y respiró dulcemente la frescura embalsamada, que subía del jardín en alas de las brisas de la tarde.
Aguardaba respetuosamente la tornera que la augusta abadesa la despidiese o le diese alguna orden.
Únicamente Dios sabe lo que pensaba la pobre reclusa real en este instante; María Luisa deshojaba las rosas de un alto tallo que subía hasta su ventana y los jazmines que cubrían las paredes del patio.

Una fuerte pisada de caballo conmovió la puerta de las habitaciones generales, e hizo estremecer las de la superior
—¿Algunos de los señores de la corte permanecen en San Dionisio?
—Su Eminencia el cardenal de Rohán, señora.
—¿Están ahí sus caballos?
—Están en el cabildo de la abadía, donde Su Eminencia pernoctará.
—Entonces, ¿qué ruido es ese?
—Ese ruido, señora, es causado por el caballo de la extranjera.
—¿De qué extranjera? —preguntó María Luisa.
—De la italiana que llegó ayer tarde solicitando hospitalidad a Vuestra Alteza Real.
—¡Ah! ¿Dónde se encuentra?
—En la iglesia o en su aposento.
—¿Qué ha hecho desde ayer?
—No ha querido más alimento que el pan, y toda la noche la ha pasado rezando en la capilla.
—¡Indudablemente será alguna grande pecadora! —dijo madame Luisa frunciendo el entrecejo.
—No lo sé, señora; con nadie ha hablado.
—¿Qué clase de mujer es?
—Hermosa, pero sus facciones son dulces y altivas a la vez.
—Esta mañana, ¿dónde ha estado mientras se celebró la ceremonia?
—Cerca de la ventana de su aposento, donde la he visto, oculta detrás de las cortinas, fijar una mirada de ansiedad en cada persona que llegaba, como si en cada una de ellas temiese hallar un enemigo.
—¡Tal vez será alguna mujer de ese pobre mundo en que he vivido y he reinado! Que pase.
La tesorera dio un paso para retirarse.
—¿Se sabe su nombre? —preguntó la princesa.
—Lorenza Feliciani.
—No conozco a nadie que se llame así —dijo madame Luisa pensativa—, pero no importa: introducidla.
Se sentó la superiora en un sillón de encina construido en tiempo de Enrique II y que sirvió de sitial a las nueve últimas abadesas de las carmelitas. Era tribunal formidable ante el cual habían temblado muchas novicias vacilantes entre lo espiritual y lo temporal.

Después de un momento, entró la tesorera conduciendo a la joven del largo velo, a quien ya conocemos.
Madame Luisa, que poseía la mirada penetrante de su familia, clavó sus ojos en Lorenza Feliciani, pero encontró en ella tanta humildad, tanta gracia, tan sublime belleza, y descubrió tanta inocencia en sus rasgados ojos negros anegados en lágrimas, que de hostil que le era al principio, convirtióse en benévola y cariñosa.
—Señora, aproximaos y hablad —la dijo.
Temblando, dio un paso la joven y quiso hincar una rodilla en tierra.
Levantóse la princesa.
—¿Os llamáis Lorenza Feliciani?
—Sí, señora.
—¿Deseáis confiarme algún secreto?
—Señora, lo deseo con toda mi alma.
—Hablad, ¿y por qué no habéis recurrido al tribunal de la penitencia? Yo sólo puedo consolaros: en tanto que un sacerdote consuela y perdona.
Madame Luisa pronunció estas palabras algo conmovida.
—Necesito consuelos por ahora —respondió Lorenza—, y únicamente a una mujer me atrevería yo a decir lo que tengo que revelaros.
—¿Tan singular es la narración que tenéis que hacerme?
—Sí, ¡muy singular! Pero oídme, señora, con paciencia; os repito que sólo con vos puedo hablar, porque sois mujer, porque sois muy generosa y porque necesito un apoyo tan poderoso como el de Dios, un brazo que me defienda.
—¿Os persiguen, acaso, para que os defienda?
—Sí, sí, señora, me persiguen —exclamó la extranjera con indecible espanto.
—Señora, pues entonces, reflexionad una cosa —dijo la princesa—; esta casa es un convento y no una fortaleza, y aquí, no penetran las pasiones de los hombres sino para apagarse; esto es, que aquí no hay ningún poder que pueda resistir al poder de los hombres; éste no es el templo de la justicia, de la fuerza y de la represión, sino solamente el templo de Dios.
—He ahí lo que yo busco precisamente —dijo Lorenza—; sí, la casa de Dios, pues sólo en ella puedo vivir tranquila.
—Si Dios no admite venganzas, ¿cómo pretendéis que os venguemos de vuestro enemigo? Dirigíos a los magistrados.
—Nada pueden hacer los magistrados contra la persona que infunde tanto temor.

—Pero, ¿quién es? —preguntó la abadesa con secreto e involuntario espanto.
Se aproximó Lorenza a la primera, dominada por una misteriosa exaltación.
—¿Quién es? ¡Oh! es, estoy segura, uno de esos malignos espíritus que combaten a los hombres y a quien Satanás ha dotado de un poder sobrehumano.
—¿Qué es lo que decís? —exclamó la princesa, fijando su mirada en su interlocutora para convencerse de que no estaba loca.
—Y yo, yo, ¡desgraciada de mí! —gritó Lorenza torciendo convulsivamente sus brazos que podían servir de modelo a los de una estatua antigua—; yo me encuentro siempre en el camino de ese hombre: y yo, yo estoy...
—Terminad...
Se acercó aún más a la princesa y en voz baja, como espantada de lo que iba a manifestar:
—Yo estoy... ¡hechizada!
—¡Hechizada! —exclamó madame Luisa—: ¿estáis en vuestro juicio? ¿sois acaso...?
—¿Queréis decir loca, eh? ¡Oh! no, no lo estoy, pero podré volverme si me abandonáis.
—¡Hechizada! —repitió la princesa.
—¡Ay! ¡Dios mío!
—Si me lo toleráis, os diré que en vos se advierten todas las circunstancias propias de las criaturas más favorecidas del Señor; pues parecéis rica, sois hermosa, habláis razonablemente y en vuestra fisonomía no se advierte el menor síntoma de esa terrible enfermedad.
—En las aventuras de mi vida, es donde reside el fatal secreto que quisiera poder ocultar hasta a mí misma.
—Explicaos, hija mía. ¿Soy yo, acaso, la primera a quien habéis revelado vuestras desgracias? ¿No tenéis padres ni amigos?
—¡Mis padres!... —repuso la joven cruzando sus manos con dolor—: ¡ay! pobres padres, ¿los volveré yo acaso a ver? ¡Amigos!... ¿tengo algunos, por ventura?...
—Vamos por orden —repuso madame Luisa procurando encauzar las palabras de la extranjera—. ¿Quiénes son vuestros padres, y cómo os habéis separado de ellos?
—Soy romana, señora, y habitaba en Roma con mi familia; mi padre es de la antigua nobleza, pero pobre como todos los patricios de Roma. También

tengo madre, y un hermano mayor. He oído asegurar que en Francia las familias aristocráticas que tienen como la mía un hijo y una hija, sacrifican el dote de ésta para comprar una espada a aquél. Entre nosotros se invierte la dote de la hembra para hacer eclesiástico al barón, de suerte que yo no he recibido ninguna educación, pues ha sido preciso atender a la de mi hermano, que estudia, según decía ingenuamente mi madre, para cardenal.
—Continuad...
—Se impusieron mis padres, señora, toda clase de sacrificios para ayudar a mi hermano, y decidieron hacerme tomar el velo en las carmelitas de Subiaco.
—¿Qué dijisteis vos?
—Señora, nada. Desde mi más tierna juventud, me habían pintado este porvenir como una necesidad. Yo carecía de fuerza y de voluntad. Además, tampoco me consultaban: mandaban y obedecía.
—Sin embargo...
—«Nosotras las romanas, sólo tenemos deseos que nunca satisfacemos, y amamos el mundo como los condenados el paraíso, sin conocerle. Hallábame, además, rodeada de ejemplos que me habrían obligado a resignarme si me hubiese en alguna ocasión ocurrido la idea de resistir: pero no me ocurrió. Todas mis amigas, que como yo tenían hermanos, se habían también visto precisadas a pagar su deuda al lustre de la familia; así es que no tenía razón para quejarme, pues nada me pedían que saliese de la costumbre general, y lo único que hizo mi madre, fue acariciarme un poco más a medida que iba acercándose la hora de separarme de ella.
«Por fin llegó el día en que debía comenzar mi noviciado; mi padre reunió quinientos escudos romanos para pagar mi dote, y marchamos.
»Hay unas ocho o nueve leguas de Roma a Subiaco, pero están tan malos los caminos de la montaña, que a las cinco horas de nuestra partida, no llevábamos andadas más que tres leguas. No obstante, aquel viaje me agradaba a pesar de ser tan penoso. Sonreíale con tristeza como a mi última felicidad, y durante todo el camino me iba despidiendo en voz baja de los árboles, de las zarzas, de los peñascos, y hasta de las hierbas secas.
»En el transcurso de mis meditaciones, y al pasar por entre un bosquecillo y un montón de hendidas peñas, se detuvo el coche de pronto; lanzó un grito mi madre, y mi padre hizo un movimiento para coger sus pistolas. Mis ojos y mis ideas bajaron del cielo a la tierra: estábamos detenidos por unos

bandidos.»
—¡Desgraciada! —dijo madame Luisa a quien iba interesando cada vez más esta relación.
—«¿Os lo debo decir, señora? pues no me asusté mucho, porque aquellos hombres nos detenían para robarnos el dinero, y aquel dinero estaba destinado a satisfacer mi dote en el convento. Faltando la dote, se retrasaría mi noviciado hasta tanto que mi padre buscase otra cantidad igual, y sabía yo el trabajo y el tiempo que le había costado reunir aquellos quinientos escudos.
«Pero cuando después de repartir su botín, vi que aquellos facinerosos, en vez de dejarnos proseguir nuestro viaje, se lanzaban sobre mí; cuando por los esfuerzos que hacía mi padre para defenderme y por las lágrimas con que mi madre les suplicaba, adiviné que una desgracia terrible y desconocida me amenazaba; comencé a gritar pidiendo misericordia, obedeciendo sólo a ese impulso natural que nos incita a pedir socorro, pues no ignoraba que llamaba inútilmente y que nadie podría oírme en aquel desierto paraje.
»De modo que, sordos a mis gritos, a las lágrimas de mi madre y a los esfuerzos de mi padre, los bandidos me ataron las manos a la espalda, y por las ardientes y ansiosas miradas que lanzaban hacia mí, conocí entonces (tanta penetración me infundió temor) la suerte que me aguardaba.
«Entonces, sacando unos dados del bolsillo, se pusieron a jugar sobre un pañuelo.
«Lo que me aterrorizó más, fue que sobre el innoble tapiz no se veía posta de ninguna especie.
«Convulsivo temblor me agitó durante todo el tiempo que estuvieron jugando a los dados, porque comprendí que yo era la cosa que se disputaban.
«Se levantó uno de repente lanzando un rugido de triunfo, y en tanto que sus compañeros blasfemaban rechinando los dientes, precipitóse hacia mí, me cogió en brazos, y juntó sus labios con los míos.
»El contacto de un hierro candente no me hubiera arrancado un grito más doloroso.
"—¡Dios mío! matadme, matadme —grité.
«Se desmayó mi padre, mientras mi madre se arrastraba desesperada por el suelo.
«Sólo me quedaba ya la esperanza de que en un acceso de furor me asesinase uno de los bandidos que habían perdido, con el cuchillo que empuñaban sus crispadas manos, y ya deseaba e invocaba el golpe que debía poner fin a mi

vida, cuando un hombre a caballo apareció en la senda.
«Ciertas palabras que pronunció en voz baja fueron suficientes para que el centinela le dejase pasar, trocando con él una seña.
«Entonces aquel hombre de mediana estatura, rostro imponente y atrevida mirada, continuó avanzando sereno y tranquilo al paso de su cabalgadura, y se paró al llegar frente a mí.
»El que cogiéndome en brazos había ya echado a andar conmigo, volvió la cabeza al primer silbido que dio aquel hombre, con el pito que servía de puño a su latiguillo.
»Tan pronto como le vio me dejó caer al suelo.
»El desconocido le llamó.
»Como el bandido dudase, el recién llegado formó un ángulo con su brazo, y se puso sobre el pecho dos dedos abiertos. El facineroso se aproximó como si aquella seña equivaliese a la orden de un amo omnipotente.
«Inclinóse el desconocido y pronunció en voz baja esta palabra:
"—*Mac*.
»Fue lo único que dijo: puedo asegurarlo, pues yo miraba como se mira la cuchilla destinada a matarnos, y escuchaba como se escucha la palabra que va a darnos o quitarnos la vida.
"—*Benac* —respondió el bandido.
»Y se acercó a mí rugiendo como el león, que se ve vencido, desató el cordel que sujetaba mis muñecas, y marchó a hacer lo mismo con mis padres.
»Llegaron entonces todos a dejar sobre una piedra el dinero que ya se habían repartido. No faltó un solo escudo.
«Volvía yo a la vida entretanto en los brazos de mi padre y de mi madre.
"—Ahora... retiraos —dijo el desconocido a los bandidos.
»Estos obedecieron y desaparecieron, internándose por las malezas del bosque.
«-Lorenza Feliciani —prosiguió nuestro libertador, fascinándome con miradas sobrehumanas—: estás en libertad y puedes proseguir tu viaje.
«Dieron mis padres las gracias a aquel hombre que me conocía y a quien no conocíamos, y subieron al carruaje. Yo les imité como a pesar mío, pues no sé qué fuerza extraña e irresistible me impulsaba hacia mi salvador.
«Éste se quedó inmóvil en su sitio como para continuar protegiéndonos.
«Mientras pude no dejé de mirarlo, y no desapareció
—¿Y quién era ese hombre extraordinario? —preguntó la princesa

conmovida con la sencillez de aquel relato.
—Os suplico me prestéis atención, señora —respondió Lorenza—. ¡Ay! no he terminado todavía.
—Os escucho —dijo madame Luisa.
—«Transcurridas dos horas de este suceso, llegamos a Subiaco. Mis padres y yo, no habíamos hecho más que hablar durante todo el camino acerca de aquel singular salvador que se nos apareciera de pronto, misterioso y potente, como un enviado del cielo.
»Mi padre, menos confiado que yo, sospechaba que fuera jefe de alguna de las partidas, que aunque fraccionadas alrededor de Roma, dependen de la misma autoridad, y son inspeccionadas frecuentemente por el jefe supremo, que revestido de un poder absoluto, premia, castiga y entrega a cada individuo la parte que le corresponde.
»Yo, que no podía luchar en experiencia con mi padre; *yo*, que obedecía a mi instinto, y que sufría el influjo de mi gratitud, no creía, ni podía creer, que aquel hombre fuese un bandido.
»De suerte que en mis plegarias nocturnas a la Virgen, consagraba una frase destinada a invocar las gracias de la madre de Dios para mi salvador desconocido.
»En aquel mismo día ingresé en el claustro. Habíase recobrado mi dote, y nada me impedía entrar en él. Estaba más triste, pero también más conforme que nunca. Italiana y supersticiosa, creía que Dios quería poseerme pura, entera y sin mancha, puesto que me había librado de aquellos bandidos, excitados seguramente por el demonio para mancillar la corona de inocencia que Dios sólo debía desprender de mi frente. Me sometí, por tanto, con todo el ardor de mi carácter a las exigencias de mis superiores y de mis padres, quienes me obligaron a dirigir una petición al soberano pontífice para que me dispensara el noviciado. Yo misma la escribí y la firmé. Había sido redactada por mi padre en los términos de un deseo tan vehemente, que Su Santidad, creyendo ver en esta petición la fervorosa aspiración hacia la soledad de un alma cansada ya del mundo, concedió lo que solicitamos, y el noviciado de un año, de dos años a veces para las demás, por un favor particular, quedó reducido para mí a un mes.
»Esta noticia la recibí sin experimentar dolor ni alegría, y habríase dicho que había muerto para el mundo, y que esperaba sobre un cadáver al que su sombra impasible solamente sobrevivía.

»Quince días me tuvieron cuidadosamente encerrada, temerosos de que el espíritu mundano viniese a acometerme; mas en la mañana del decimoquinto día, recibí orden de bajar a la capilla con las demás hermanas.
»En Italia son iglesias públicas las capillas de los conventos, pues el papa no cree, sin duda, que deba permitirse a un sacerdote confiscar a Dios en ningún sitio donde se manifieste a sus adoradores.
»Cogí mi silla cuando entré en el coro. Entre las colgaduras verdes que cerraban las rejas de aquel coro, o más bien que intentaban cerrarlas, había un espacio que permitía suficientemente descubrir la nave. Vi un hombre que estaba solo de pie en medio de la turba arrodillada, y que me contemplaba con tanta perseverancia que parecía que quería devorarme con los ojos. Sentí entonces aquel extraño y molesto movimiento que ya había sufrido: aquel efecto sobrehumano que me atraía, por decirlo así, fuera de mí misma, como al través de una hoja de papel, de una plancha, y hasta de un plato, había yo visto a mi hermano atraer una aguja hacia un hierro imantado.
«Vencida, subyugada, ¡ay!, sin fuerza contra aquella atracción, me incliné hacia él, junté mis manos como se juntan para adorar a Dios, y con los labios y el corazón al mismo tiempo, le dije:
"—¡Mil gracias!
»Me miraron las religiosas con sorpresa, aunque sin entender mi movimiento ni mis palabras, y siguiendo la dirección de mis manos, de mis ojos y de mi boca, se empinaron sobre sus sillas para mirar hacia la nave.
»Miré otra vez temblando.
«Había desaparecido el extranjero.
»Me interrogaron, pero no hice más que ruborizarme, palidecer y balbucear.»
—Desde entonces, señora —exclamó Lorenza con desesperación— desde aquel momento estoy en poder del demonio!
—No encuentro nada sobrenatural en todo esto: sin embargo, hermana mía —contestó la princesa con amabilidad—, calmaos y proseguid.
—Ah! porque no podéis sentir lo que yo experimentaba.
—Explicadme, ¿qué experimentabais?
—La posesión toda entera; mi corazón, mi alma, mi razón, todo lo poseía el demonio.
—Mucho temo, hermana —dijo madame Luisa—, que el demonio de quien habláis no fuese más que el amor.
—¡Oh! el amor no me habría hecho padecer de aquel modo; el amor no

habría oprimido mi corazón; el amor no habría estremecido mi cuerpo con tanta violencia como el viento de una tempestad estremece los árboles, ni me habría inspirado el mal pensamiento que me dominó en aquel momento.
—Explicadme ese mal pensamiento, hija mía.
—Debería decirlo todo a mi confesor; ¿es verdad?
—Indudablemente.
—¡Pues bien! el demonio que me poseía me invitó por el contrario a guardarle secreto. Acaso no habría una sola religiosa que al penetrar en el claustro no dejara en el mundo que abandonaba algún recuerdo de amor... Muchas invocaban con el nombre de Dios, otro nombre que ocultaban sellado en su corazón, y el confesor estaba acostumbrado a esta clase de revelaciones. Pues bien, yo, tan piadosa, tan tímida, tan inocente y candida; yo, que antes de aquel viaje fatal de Subiaco, nunca había conversado con hombre alguno, a no ser mi hermano; yo, que desde entonces no había cruzado más que dos veces mi mirada con el desconocido, me presumí, señora, que me atribuirían con aquel hombre, alguna de aquellas intrigas que antes de tomar el velo, había tenido cada una de nuestras hermanas con sus llorados amantes.
—En verdad, mal pensamiento —dijo madame Luisa—; pero os repito que es muy inocente el demonio que inspira, a quien posee tales pensamientos. Continuad.
«-Me llamaron al locutorio al día siguiente. Bajé y encontré a una de mis vecinas de la vía Frattina, en Roma, joven que se acordaba mucho de mí, porque todas las tardes hablábamos y cantábamos juntas.
«Detrás de ella, y junto a la puerta, la aguardaba, como hubiera hecho un lacayo, un hombre envuelto en una capa. Este hombre no se volvió hacia mí; pero yo me volví hacia él; no me habló y sin embargo acerté quién era; sí, señora, era mi protector desconocido.
»La turbación misma que ya había sufrido, se apoderó de mi corazón. Me sentí completamente dominada por el poder de aquel hombre, y a no ser por la reja que me retenía, hubiera salido a su encuentro. La sombra de su capa despedía extraños resplandores que me deslumbraban, y en su silencio obstinado, había rumores que yo sola oía, y que me hablaban en un armonioso idioma.
»Revestíme de todo el imperio que sobre mí misma tenía, e interrogué a mi vecina de la vía Frattina, quién era aquel hombre que le acompañaba.
»No le conocía: su marido le debía haber acompañado, pero en el momento

de partir, había entrado con aquel hombre diciéndola:
"—No me es posible llevarte a Subiaco; este amigo te acompañará.
»Tan grande era el deseo de mi vecina en verme, que sin preguntarle más, vino en compañía del desconocido.
»Era una santa aquella mujer: divisó en un rincón del locutorio una Virgen que tenía reputación de ser muy milagrosa, y no consintiendo salir sin dirigirla una oración, se arrodilló delante de ella.
»El hombre entró sin ruido, se acercó después a mí, y desembozándose, clavó sus miradas en las mías cual si fuesen dos rayos ardientes.
«Deseaba yo que hablase, mi pecho se levantaba, por decirlo así, subiendo como una ola al encuentro de su palabra, pero se conformó con extender sus manos por encima de mi cabeza, acercándolas a la reja que nos separaba. Al punto un éxtasis extraño se apoderó de mí; él se sonreía y yo le devolví su sonrisa cerrando mis ojos como abrumada por una inexplicable languidez. Durante este tiempo, como si no hubiese querido otra cosa que asegurarse de su imperio sobre mí, desapareció. A medida que él se alejaba, recobraba yo mis sentidos; sin embargo, aún me encontraba bajo el dominio de aquella singular alucinación, cuando mi amiga, terminada ya su plegaria, se levantó, despidióse abrazándome, y desapareció.
»Por la noche, al desnudarme, hallé en mi toca, un billete que contenía estas tres líneas:
«En Roma, el que ama a una religiosa es condenado a muerte. ¿Daréis la muerte a quien os dio la vida?»
»Desde entonces, señora, fue entero el maleficio porque engañé a Dios, no confesándole que pensaba en aquel hombre casi tanto como en él.»
La misma Lorenza, aterrada de las palabras que acababa de decir, se detuvo para consultar la dulce e inteligente fisonomía de la princesa.
—No veo maleficio hasta ahora —dijo con firmeza madame Luisa de Francia —. Os repito que es una desgraciada pasión, y ya os he manifestado que las cosas del mundo no pueden entrar aquí, sino en estado de remordimientos.
—Señora, esperad hasta el fin —repuso Lorenza—, y creo que no me juzgaréis con demasiada severidad.
—Tanto la indulgencia como la dulzura me están encomendadas, y estoy a las órdenes de todo el que sufre.
—¡Gracias! ¡gracias! Sois, en efecto, el ángel consolador que tanto he anhelado encontrar.

«-Tres veces cada semana bajamos a la capilla, y el incógnito nunca faltó a ninguno de estos oficios. Yo procuraba resistir, diciendo que estaba enferma, había resuelto no bajar. ¡Flaqueza humana! Al llegar la hora, bajaba a pesar mío, como arrastrada por una fuerza superior a mi voluntad, y disfrutaba algunos instantes de calma y bienestar, si él no había llegado todavía; pero así que se acercaba, le iba sintiendo. Fácilmente hubiera podido asegurar: está a cien pasos... en el umbral de la puerta... en la iglesia, sin mirar siquiera hacia estos sitios; mas tan luego como se colocaba en el sitio acostumbrado, aunque tuviera los ojos clavados en un libro de oraciones para la invocación más santa, los separaba para clavarlos en él.»Desde aquel instante, por mucho que durase el oficio, me era imposible leer ni orar. Todo mi pensamiento, toda mi voluntad, mi alma toda, se reconcentraba en las miradas, consagradas solamente a aquel hombre, que yo bien conocía, que luchaba contra Dios por mi posesión.

»Le miré con temor primero, después deseé verle, y por último me lancé a su encuentro con el pensamiento. A veces, como en sueños, me pareció también verle durante la noche en la calle, o sentirle pasar por debajo de mi ventana.

«Comprendiendo mi estado, las compañeras lo dijeron a la superiora, quien lo comunicó también a mi familia. Tres días antes del designado para pronunciar mis votos, vi entrar en mi celda a los tres únicos parientes que tenía en el mundo: mi padre, mi madre y mi hermano.

»La última vez venían a abrazarme, según manifestaban, mas yo comprendí que su objeto era otro, pues mi madre, quedando a solas conmigo, empezó a preguntarme. Fácil es conocer en esta circunstancia la influencia del demonio, pues en vez de confesarlo todo, negué obstinadamente.

»Por extraordinaria lucha combatida me hallé el día en que debía tomar el velo. Deseando y temiendo la hora de consagrarme enteramente al Señor, conocía que si el demonio se decidía a ejecutar en mí alguna tentación suprema, debía ser sin duda en instante tan solemne.»

—¿Volvisteis a recibir alguna otra carta de ese hombre extraordinario? —interrogó la princesa.

—No, señora.

—¿Le habíais hablado?

—A no ser mentalmente, tampoco.

—¿Y escrito?

—Jamás.

—Continuad: hablabais del día en que tomasteis el velo.
—Debía dar fin a mis sufrimientos este día, pues, aunque mezclado de singular dulzura, era un suplicio inconcebible para un alma cristiana aquella obsesión de un pensamiento, de una forma siempre presente, siempre irónica por la oportunidad de sus apariciones, precisamente en los momentos en que luchaba contra ella, y por su obstinación en dominarme entonces invenciblemente. De modo que había ratos en que invocaba con toda mi alma aquella hora santa. Cuando sea del Señor, pensaba, Él sabrá venir en mi socorro como lo hizo cuando nos atacaron los bandidos, y olvidaba que en aquella ocasión me había defendido Dios por la conducta de aquel hombre.
»Por último, llegada que fue la hora de la ceremonia, bajé a la iglesia, pálida e inquieta, pero no tan agitada como de costumbre. Ya había llegado mi familia acompañada de todos nuestros amigos y de los habitantes de los pueblos comarcanos, pues había corrido la noticia de que yo era hermosa, y una víctima, cuanto más hermosa es, según dicen, más grata a los ojos del Señor.
«Comenzaron los oficios.
»Elevaba mis fervientes súplicas al cielo para que terminaran cuanto antes, porque, no estando en la iglesia aquel hombre que me dominaba, me sentía suficiente dueña de mi libre albedrío, y podría pronunciar con libertad mis votos. Ya el sacerdote se volvía hacia mí mostrándome el Crucifijo a quien iba a consagrarme, ya extendía yo mi brazo hacia el único salvador del hombre, cuando empezaron a agitarse mis miembros por el estremecimiento precursor de su llegada, indicándome que acababa de pisar los umbrales de la iglesia, y su atracción irresistible llevó mis ojos hacia el lado opuesto del altar, por más esfuerzos que hacían para permanecer fieles al Cristo.
»Se hallaba de pie mi perseguidor cerca del púlpito, y clavaba en mí su vista con más tenacidad que nunca.
«Quedé enteramente dominada desde entonces; no había ya para mí ni oficio, ni ceremonia, ni oraciones.
»Según creo me hicieron varias preguntas con arreglo al rito, sin que lograse contestarlas. Recuerdo que me tiraron del brazo y que vacilé como una cosa inanimada que mueven en su base. Me mostraron también la fatal tijera, sobre la cual un rayo de sol reflejó su resplandor terrible, sin que lograse atemorizarme, y un momento después sentí en mi cuello el acero frío que rechinaba al cortar mi cabellera.

«Entonces parecióme que me faltaban enteramente las fuerzas, que mi alma se separaba de mi cuerpo para volar a su encuentro, y caí sobre el pavimento, no como desmayada, sino como poseída de un sueño irresistible. Un débil rumor hirió al pronto mis oídos, mas extinguiéndose por grados, quedé sorda, muda e insensible. La ceremonia se suspendió entonces con espantoso tumulto.»

Se compadeció la princesa y juntó sus manos con tristeza.

—¿No es verdad —continuó Lorenza— que es un suceso terrible, y en el cual se reconoce la intervención del enemigo de Dios y de los hombres?

Madame Luisa exclamó con acento de tierna compasión:

—Cuidado, desgraciada joven, creo que os encuentro demasiado inclinada a atribuir a lo maravilloso, lo que sólo es efecto de una debilidad natural. Al ver aquel hombre os desmayasteis, no es otra cosa, proseguid.

—Señora, no digáis eso —exclamó Lorenza—, o al menos esperad a haberlo oído todo para juzgar. ¡Nada de maravilloso! —continuó—, pero si así fuera, ¿no habría vuelto en mí una hora, o dos cuando más, después?

—Sin duda —contestó la princesa—, ¿no pasó así?

La joven, con voz sorda y acelerada, dijo: —Señora, era de noche cuando volví en mí. Un violentísimo estremecimiento dominaba desde algunos momentos antes todo mi cuerpo; alcé mi cabeza presumiendo encontrarme bajo la bóveda de la capilla, y quedé no poco sorprendida al ver árboles, rocas y nubes, y al sentir que un aliento tibio acariciaba mi rostro. Creí que la hermana enfermera me ofrecía sus cuidados y quise darla prueba de mi gratitud... Señora, descansé mi cabeza sobre el pecho de un hombre, y aquel hombre era mi perseguidor. Pálpeme para asegurarme de que vivía, y exhalé un doloroso gemido. Estaba vestida de blanco, y una corona de rosas del mismo color ceñía mi frente como una desposada o como una muerta.

Dio un grito la princesa, y Lorenza dejó caer la cabeza entre sus manos.

—Al otro día —continuó la joven sollozando—, comprobé el tiempo que había trascurrido: era miércoles, por lo tanto, había permanecido tres días sin sentido, durante los cuales ignoro totalmente lo que ocurrió.

LI

TRIUNFO DEL CONDE DE FÉNIX

En el silencio más profundo estuvieron durante algunos instantes ambas interlocutoras; entregada la una a sus dolorosas meditaciones y la otra al asombro que le proporcionara tan rara confesión.
Por fin rompió el silencio madame de este modo:
—¿No hicisteis vos nada para facilitar este rapto?
—Señora, nada.
—¿Tampoco sabéis cómo salisteis del convento?
—No lo sé.
—Bien; pero un convento está siempre bien guardado, tiene rejas en las ventanas, paredes altísimas, y una tornera que jamás deja las llaves. Esto debe suceder también en Italia, pues la regla es aún más severa que en Francia
—Señora, ¡qué puedo contestaros, cuando en vano pretendo yo misma profundizar mis recuerdos desde aquel instante!
—¿Y os quejaríais de tamaña tropelía?
—Claro que sí.
—¿Pero qué os respondió?
—Me dijo que me amaba.
—¿Y qué le dijisteis entonces?
—El miedo que me daba.
—¿Luego vos no le amabais?
—No, ¡oh!, no.
—¿Lo aseguráis?
—¡Señora! era muy raro el sentimiento que aquel hombre me inspiraba... Estando él presente, no soy yo sino *él*; quiero lo que quiere, hago lo que desea, mi alma pierde su fuerza, y mi espíritu su voluntad: su mirada me domina y me fascina. Unas veces parece que introduce en el fondo de mi corazón pensamientos que no son míos; otras que me arranca ideas, tan ocultas hasta entonces para mí misma, que ni aun las había adivinado... ¡Oh! ya veis, señora, que en todo esto hay magia.
—Nunca negaré —repuso la princesa—, que si todo eso no es sobrenatural, es al menos extraño... Pero, ¿cómo permanecíais con ese hombre después de

vuestro rapto.
—Yo recibía pruebas de un vivo cariño, y de la más sincera amistad.
—¿Sería quizá algún ser depravado?...
—No lo parecía, pues, cuando hablaba, sus palabras tenían algo de profético.
—Ea, vamos, decid que le amáis.
—No, señora, no —repuso la joven con dolorosa tenacidad—, no le amo.
—Pues entonces debisteis huir, acudir a las autoridades, solicitar que os volviesen al seno de vuestros padres.
—Me vigilaba tanto, que me era imposible marchar.
—¿Por qué no escribisteis?
—Durante el viaje, siempre nos detuvimos en casas propias suyas al parecer porque en ellas todo el mundo le obedecía. Muchas veces pedí papel, tinta y plumas; pero sin duda estaban prevenidas las personas a quienes me dirigía, pues ni aun siquiera recibía contestación.
—¿En qué forma viajabais?
—Primero en silla de posta, hasta que en Milán la cambiamos por una especie de casa ambulante, en la que seguimos nuestro camino.
—Mas alguna vez, os dejaría sola ese hombre.
—Sí, entonces se acercaba a mí, me decía: *Duerme*, y yo me dormía sin despertar hasta que volvía.
Madame Luisa movió la cabeza, no dando crédito a esto, y dijo:
—No querríais con energía marcharos, si no lo hubierais conseguido.
—¡Señora! a mí me parece que lo quería, pero... acaso estaba fascinada.
—¿Por sus amorosas palabras?... ¿por sus caricias?
—Casi nunca me hablaba de amor, y no recuerdo que me haya acariciado, a no ser un beso que me daba en la frente todas las mañanas y otro todas las noches.
—¡Muy extraño es, en verdad! —murmuró la princesa.
Pero dominada por una sospecha, dijo:
—Vaya, repetidme que no le amáis.
—Lo repito, señora.
—Que no os une a él ningún lazo terrestre.
—Ninguno.
—Que, si os reclama, no podrá hacer valer ningún derecho.
—Os lo aseguro.
—¿Pero cómo habéis venido aquí? —prosiguió la princesa—. Veamos,

porque yo me confundo.
—Aprovécheme de una fuerte tempestad que nos sorprendió más allá de una población que me parece que se llama Nancy. Acababa de separarse de mí, y estaba en el segundo compartimiento del coche, hablando con un viejo que lo ocupaba: salté sobre su caballo, y huí.
—¿Por qué razón disteis la preferencia a la Francia, pudiendo haber regresado a Italia?
«-Comprendí que no podía volver a Roma, donde ciertamente creerían que yo había sido cómplice de aquel hombre, y, como estaba deshonrada, no me hubieran recibido mis padres.
»Decidí, pues, dirigirme a París y vivir oculta, o bien acogerme a otra capital cualquiera donde pudiese sustraerme a todas las miradas, y especialmente a las suyas.
»A mi llegada a París toda la ciudad estaba alterada con la noticia de vuestro retiro a este convento; todos ensalzaban vuestra piedad, vuestro celo para con los enfermos, y vuestra compasión hacia los afligidos. Fue un rayo de luz para mí, pues me convencí de que vos únicamente tendríais bastante generosidad para recibirme y suficiente poder para defenderme.»
—¿Aún apeláis a mi poder, hija mía? ¿Tan grande es el suyo?
—¡Oh! extraordinario.
—Pero, ¿quién es? Hasta ahora no he querido preguntarlo por delicadeza; pero, si he de defenderos, necesario es que sepa contra quién.
—¡Señora! tampoco puedo contestaros con seguridad, pues ignoro completamente quién es, y a qué clase pertenece: lo único que sé es que un rey no infunde más respeto, ni Dios más adoraciones que él a las personas a quienes se digna descubrirse.
—Acaso, ¿no sabéis su nombre?
—Lo he oído designar, señora, con muchos y muy diversos, aunque sólo he podido retener dos en mi memoria. El uno es el que le daba ese anciano de quien ya os he hablado, y que fue nuestro compañero de viaje desde Milán hasta que le abandoné; el otro es el que él mismo se daba.
—¿De qué modo le llamaba el anciano? —Acharat... es nombre anticristiano, ¿no es así, señora?
—¿Cómo se nombraba él a sí mismo?
—José Balsamo.
—¿Y afirmáis...?

—Digo que conoce a todo el mundo, lo adivina todo, es contemporáneo de todas las épocas, ha vivido en todos los siglos; habla... ¡oh Dios mío! perdonadle tamañas blasfemias, habla de Alejandro, de César, de Carlomagno, como si los hubiese conocido, y según tengo entendido murieron hace muchos años; también cita a Caifás, a Pilatos y a Nuestro Señor Jesucristo, en fin, como si hubiese presenciado su martirio.
—¿Quizá sea un charlatán?
—Tal vez, señora, no entiendo yo lo que significa exactamente en Francia la palabra que acabáis de pronunciar; pero puedo asegurar que es un hombre peligroso, terrible, ante quien se doblega, desploma y hunde todo; que parece indefenso y está armado, que creen solo, y hace salir a los hombres de las entrañas de la tierra. Y todo sin esfuerzo, sin violencia, con una palabra, con un ademán... con una sonrisa.
—Bien está —dijo la princesa—: sea quien fuere, sosegaos, hija mía, seréis protegida contra él.
—Señora, ¿por vos?
—Por mí, sí, mientras no renunciéis a esa protección. Pero no creáis, y sobre todo, no pretendáis que yo crea en esas fantásticas y sobrenaturales visiones que ha engendrado vuestra mente acalorada. Las paredes de San Dionisio serán siempre una muralla inexpugnable para el poder infernal, y contra otro, más terrible aún, que es el poder humano. Decidme ahora lo que os proponéis hacer.
—Estas alhajas son mías, y con ellas pienso pagar mi dote en un convento: en éste, si es posible.
Y esto diciendo, colocó Lorenza sobre la mesa unos brazaletes preciosos, unas sortijas de gran valor, un diamante magnífico y unos elegantes zarcillos. Todo podía valer unos veinte mil escudos.
—¿Estas son vuestras joyas? —prosiguió madame Luisa.
—Él me las regaló, señora, y yo las restituyo a Dios. Una cosa nada más deseo.
—La diréis.
—Que *Djerid*, su caballo árabe, instrumento de mi libertad, le sea devuelto, si lo reclama.
—Y vos, ¿no queréis en manera alguna volver a él?
—No le pertenezco.
—Es la verdad, según habéis demostrado. ¿Conque deseáis reanudar en este

convento las prácticas religiosas interrumpidas en Subiaco por el extraño acontecimiento que acabáis de referirme?
—Señora, es mi más fervoroso deseo, y solicito este favor postrada a vuestras plantas...
—Bien, tranquilizaos —dijo la princesa—, desde hoy viviréis con nosotras, y después que nos demostréis cuánto apetecéis este favor, cuando por vuestra conducta ejemplar lo hayáis merecido, enseguida perteneceréis al Señor, y yo os respondo de que nadie os sacará de San Dionisio, velando sobre vos la superiora.
Lorenza se precipitó a los pies de su protectora, prodigándola las más tiernas muestras de gratitud.
Pero de pronto incorporóse a medias, escuchó, perdió el color y exclamó estremeciéndose:
—¡Dios mío! ¡Dios mío!
—¿Qué —preguntó madame Luisa.
—¿Veis cómo se agita mi cuerpo?... ¡ahí ¡viene! ¡ah! ¡viene!
—¿Pero quién?
—El que juró perderme.
—¡Qué decís! ¿ese hombre?
—¡Oh! —exclamó con voz llena de amargura—, ya se acerca, ya se acerca.
—Creo que os equivocáis.
—¡Oh! no, señora, ved cómo a mi pesar me atrae... ¡oh! sujetadme, sujetadme.
—Hija, volved en vos —dijo madame Luisa cogiéndola del brazo—, aun cuando fuera él, estáis aquí segura.
—¡Os digo que se acerca! —gritó la joven atemorizada, con los ojos fijos y los brazos tendidos hacia la puerta.
—¡Qué locura! —exclamó la princesa—: ¡así se entra aquí!... sería necesario que ese hombre trajera una orden del rey mismo.
—¡Señora! ignoro cómo ha entrado —exclamó Lorenza haciéndose atrás—, mas no dudéis que sube la escalera... que está a diez pasos... ¡ya llegó!...
Abrieron la puerta de pronto, y la princesa retrocedió asustada de tan extraña coincidencia.
Se presentó una hermana.
—¿Quién sois? —preguntó madame Luisa.
—Yo, señora: acaba de llegar un caballero que desea hablar a Vuestra Alteza

Real.
—¿Su nombre?
—El conde de Fénix.
—¿Es él? —interrogó la superiora a Lorenza—, ¿conocéis ese hombre?
—No le conozco, pero él es, él es.
—¿Y qué pretende? —preguntó la princesa a la religiosa.
—Es encargado de una misión acerca del rey de Francia, por Su Majestad el rey de Prusia, y solicita conferenciar un momento con Vuestra Alteza Real.
Transcurridos algunos instantes de reflexión, madame Luisa dijo a Lorenza:
—Entrad en ese gabinete.
Obedeció la joven.
—Hermana —continuó la princesa—, decid a ese caballero que pase.
Cerciorada la hija de Luis XV de que estaba bien cerrado el gabinete, se sentó esperando no sin cierta zozobra, el suceso que iba a tener lugar.
Luego volvió la monja precediendo al hombre a quien conocimos el día de la presentación bajo el nombre de conde de Fénix.
El traje que vestía era uniforme prusiano, elegante y majestuoso al mismo tiempo. Sus rasgados y expresivos ojos negros se bajaron a presencia de madame Luisa, pero únicamente para conceder al respeto todo cuanto un hombre, por elevada que sea su posición, debe, como caballero, a una princesa de Francia.
Después los alzó, casi enseguida, como si temiera pecar de humilde, y dijo:
—Agradezco a Vuestra Alteza Real el favor que ha tenido a bien otorgarme; contaba con él de antemano, pues no ignoraba el generoso apoyo que Vuestra Alteza presta a los desgraciados.
—En efecto, caballero, procuro hacerlo así —contestó María Luisa con dignidad, esperando confundir por completo a los diez minutos de conversación, al que con tanta imprudencia reclamaba la protección ajena, después de haber abusado de sus propias fuerzas.
El conde se inclinó sin manifestar que había comprendido el sentido doble de las palabras de la princesa.
—Decidme, ¿qué puedo hacer por vos? —continuó madame Luisa en el mismo tono de ironía.
—Señora, todo cuanto necesito.
—Hablad.
—Me consta que Vuestra Alteza, a quien yo no hubiera venido a molestar sin

graves motivos en la mansión que ha elegido, ha dado, según creo, asilo a una persona que me interesa muchísimo.
—¿Me diréis cómo se llama esa persona?
—Se llama Lorenza Feliciani.
—¿Qué clase de relaciones tenéis con ella? ¿Es deuda, parienta, hermana vuestra?
—Es mi esposa.
—¡Vuestra esposa! —exclamó la princesa levantando la voz para ser oída desde el gabinete—: ¿conque Lorenza Feliciani es condesa de Fénix?
—Sí, señora, Lorenza Feliciani es condesa de Fénix —respondió el conde con la mayor tranquilidad.
—Caballero, no hay ninguna condesa de Fénix en las Carmelitas —contestó secamente la princesa.
—Señora, tal vez —continuó el conde sin darse por vencido—, Vuestra Alteza Real no estará bien persuadida de que Lorenza Feliciani y la condesa de Fénix son una misma persona.
—Debo manifestaros que no lo estoy y que habéis adivinado mi pensamiento —respondió madame Luisa—, no tengo convicción plena sobre este particular.
—Si se digna Vuestra Alteza dar orden de que la traigan a su presencia, no conservará duda alguna. Vuestra Alteza perdone, si insisto; pero siento una gran pasión hacia esa joven, y me atrevo a asegurar que ella misma siente también verse separada de mí.
—¿Habréis creído eso?
—Eso creo, señora, a pesar de mi escaso valor.
—¡Oh! —exclamó interiormente madame Luisa—. Lorenza tenía razón: éste ha de ser un hombre muy peligroso.
Mientras, conservaba el conde una actitud tranquila, encerrándose en los límites de la más estricta política cortesana.
—Intentemos mentir —continuó pensando la hija de Luis XV
—Caballero —dijo—, no puedo entregaros una mujer que no se encuentra en este lugar. No extraño que la busquéis con tanta pertinacia, si, como decís, la amáis de veras; pero, si deseáis tener probabilidades de hallarla, es necesario que os dirijáis a otra parte.
Al entrar había dirigido el conde una rápida ojeada a todos los objetos contenidos en la cámara de la princesa, y sus ojos se habían detenido un

momento, uno solo, pero le había bastado para hacer su examen, en la mesa colocada en un ángulo oscuro del aposento, sobre la cual pusiera Lorenza sus joyas al ofrecerlas como dote para ingresar en la orden de las Carmelitas. Por el resplandor que despedían entre la oscuridad, las había reconocido el conde de Fénix.

—Si tuviese a bien reunir sus recuerdos Vuestra Alteza —insistió el conde—, violencia a que la ruego acceda, haría memoria de que Lorenza Feliciani se hallaba no ha mucho en esta habitación, que dejó sobre esa mesa las alhajas que en ella se ven, y que después de haber tenido el honor de conferenciar con Vuestra Alteza se retiró...

El conde se apercibió, de la mirada que echaba la princesa hacia el gabinete, y agregó: —Entró en ese gabinete.

Se ruborizó la princesa, y el conde continuó: —De manera que únicamente espero la autorización de Vuestra Alteza, para mandar a Lorenza que salga, y estoy persuadido de que obedecerá al instante.

Recordó la princesa que Lorenza se había encerrado por dentro, y que por lo tanto nadie podía obligarla a salir, si no lo hacía por su propia voluntad.

—¿Qué hará si sale? —replicó no queriendo ya disimular el despecho que experimentaba por haber mentido inútilmente en presencia de aquel hombre a quien no era posible ocultar cosa alguna.

—Señora, nada más que afirmar a Vuestra Alteza Real que accede a seguirme en virtud de ser mi mujer.

Tranquilizaron estas últimas palabras a madame Luisa que no había olvidado las protestas de Lorenza.

—¡Vuestra mujer! —repitió—: ¿estáis en lo cierto? Al pronunciar estas palabras se traslucía su indignación.

—Cualquiera diría que Vuestra Alteza no me cree —repuso cortésmente el conde—. No es, sin embargo, cosa tan singular que el conde de Fénix se haya casado con Lorenza Feliciani, y que un marido reclame a su esposa.

—¿Otra vez os atrevéis a afirmar que Lorenza Feliciani es vuestra esposa? —exclamó la princesa con impaciencia.

—Ciertamente —contestó el conde con la mayor naturalidad—, me atrevo a afirmarlo porque es así.

—¿Luego estáis casado?

—Sí, señora.

—¿Con Lorenza?

—En efecto.
—¿De un modo legítimo?
—Señora, no cabe duda, y si insistís en una duda que me ofende...
—Decidme, ¿qué haréis?
—Mostraros el testimonio de mi casamiento perfectamente en regla, y firmado por el sacerdote que legitimó nuestra unión.
Se estremeció la princesa: tanta imperturbabilidad empezaba a quebrantar sus convicciones.
Abrió el conde una cartera y desdobló un papel diciendo:
—Vuestra Alteza puede examinar la prueba de cuanto he dicho, y del derecho que me asiste al reclamar esa mujer: la firma da fe... ¿Quiere Vuestra Alteza comprobar y leer el testimonio?
—¡Una firma! —murmuró la princesa expresando una desconfianza aún más ofensiva que su cólera anterior—; ¿y si es...?
—Es la del cura de la parroquia de San Juan de Estrasburgo, bien conocido del príncipe Luis, cardenal de Rohán, y si se hallara aquí Su Eminencia...
—Sí, lo está —exclamó madame Luisa clavando en el conde miradas ardientes—. Su Eminencia no ha salido de San Dionisio, se halla en este instante con los canónigos de la catedral, y no hay cosa más fácil que hacer ese reconocimiento que proponéis.
—Señora, me alegro muchísimo —replicó el conde guardando flemáticamente su testimonio en la cartera—, pues espero que de ese modo desaparecerán las injustas sospechas que Vuestra Alteza ha concebido contra mí.
—Tanto descaro me molesta —dijo la princesa agitando vivamente la campanilla—. ¡Hermana! ¡hermana!
La religiosa que momentos antes había introducido al conde Fénix, apareció.
—Mi picador que monte a caballo —añadió madame Luisa—, y lleve esta esquela al señor cardenal de Rohán: se encuentra en el cabildo de la catedral, que venga enseguida, pues le estoy aguardando.
Esto diciendo, escribió dos líneas en un papel que entregó a la religiosa, añadiendo en voz baja:
—Ordenad que se aposten dos arqueros en el corredor, y que nadie salga sin mi permiso: id corriendo.
El conde había observado las diferentes fases de aquella decisión de luchar con él, que acababa madame Luisa de adoptar definitivamente, y resuelto sin

duda a disputar la victoria, aprovechó el momento en que estaba la princesa escribiendo, para aproximarse al gabinete y pronunciar en voz baja algunas palabras, con los ojos fijos en la puerta, y agitando las manos con movimiento más ordenado que nervioso.
Al volverse la princesa, le sorprendió en esta actitud.
—Caballero, ¿qué hacéis ahí? —preguntó.
—Señora —contestó éste—, intimar a Lorenza Feliciani que venga a confirmar con sus palabras y voluntariamente, que no soy un impostor ni un falsario, y esto sin perjuicio de las demás pruebas que exija Vuestra Alteza.
—¡Señor conde!
—¡Lorenza Feliciani! —gritó éste dominándolo todo y hasta la voluntad de la princesa—. Lorenza Feliciani, salid de ese aposento y venid aquí, venid.
Permaneció la puerta cerrada.
—Venid —repitió el conde—: yo lo mando.
Se oyó entonces la llave en la cerradura, y con indecible espanto vio la princesa salir a la joven, que clavaba los ojos en el conde, sin manifestar cólera ni rencor.
—Hija mía, ¿qué hacéis? —exclamó madame Luisa—, ¿y por qué queréis volver con un hombre de quien habéis huido? ¿No os dije que estabais aquí segura?
—Señora, también lo está en mi casa —repuso el conde. Y volviéndose hacia la joven, añadió: —¿No es verdad, Lorenza, que estáis segura conmigo?
—Sí —respondió la joven.
Madame Luisa, en el colmo de la admiración, juntó las manos, y se dejó caer en un sillón.
—Y bien, Lorenza —continuó el conde con voz que aunque dulce no carecía de cierto acento imperativo—, ahora se me acusa de haberos hecho violencia: decid, ¿os he violentado yo en alguna cosa?
—Nunca, jamás —respondió la joven con voz clara y precisa, y sin acompañar esta negativa con ningún ademán.
—¿Qué significa esa historia de rapto que me habéis referido? —exclamó la princesa.
Muda permaneció Lorenza y miraba al conde como si la vida y la palabra, que es su expresión, debiesen venirle de él.
—Seguramente Su Alteza desea saber cómo habéis salido del convento. Contad, Lorenza, todo lo que ha sucedido desde que os desmayasteis en el

coro hasta el momento en que despertasteis en la silla de posta. Permaneció silenciosa la joven.
—Referid lo que ha pasado con todos sus detalles —continuó el conde—, os lo mando.
—No recuerdo —contestó Lorenza sin poder reprimir un ligero estremecimiento.
—Pues pensadlo bien y os acordaréis.
—Efectivamente, sí sí —dijo la joven con el mismo acento monótono—, ya recuerdo.
—¡Pues hablad!
—Desmayada que estuve en el instante que las tijeras cortaban mi cabello, me trasladaron a mi celda, y me acostaron. Mi madre permaneció hasta la noche a mi lado, y como no recobraba mis sentidos, enviaron a buscar al cirujano del pueblo; éste me tomó el pulso, puso un espejo delante de mis labios, y observando que mis arterias estaban sin latido, y mi boca sin aliento, declaró que estaba muerta.
—¿Y cómo sabéis todo eso? —preguntó la princesa.
—Quiere saber Su Alteza cómo habéis sabido todo eso —repitió el conde.
—¡Cosa extraña! —continuó Lorenza—, veía y oía; pero no podía abrir los ojos, hablar, ni moverme; estaba aletargada.
—Efectivamente —observó madame Luisa—, Tronchin me ha hablado algunas veces de personas aletargadas que fueron enterradas vivas.
—Proseguid, Lorenza.
«-Se desesperaba mi madre, y no queriendo creer en mi muerte, manifestó que deseaba pasar a mi lado aquella noche y el siguiente día.
»Lo hizo así; pero las treinta y seis horas durante las cuales me estuvo velando, trascurrieron sin que yo hiciese movimiento alguna ni exhalara el menor suspiro.
«Vino tres veces el sacerdote, y otras tantas manifestó a mi madre que era rebelarse contra Dios el empeñarse en retener mi cuerpo sobre la tierra cuando ya tenía mi alma; pues no dudaba, decía, que habiendo muerto con todas las circunstancias necesarias para salvarme, y en el momento de pronunciar las palabras que sellaban mi eterna alianza con el Señor, mi alma habría subido derecha al cielo.
«Insistió tanto mi madre, que consiguió la permitieran velarme durante toda la noche del lunes al martes.

»Y habiendo llegado la mañana de este último día sin que yo diese muestra alguna de vida, mi madre se retiró vencida. Los cirios estaban encendidos en la capilla, donde, según la costumbre, debían depositarme un día y una noche.
«Tenían que amortajarme las hermanas y entraron luego que mi madre salió, y como yo no había pronunciado mis votos, me vistieron de blanco, ciñeron mi frente con una guirnalda de rosas blancas, y cruzaron mis brazos sobre mi pecho. Enseguida pidieron el ataúd.
»Lo trajeron: un frío glacial invadió todo mi cuerpo, porque, os repito, al través de mis párpados cerrados, veía como si hubiese tenido los ojos abiertos.
»Me colocaron, pues, en el ataúd.
»Enseguida, descubierto el rostro, como es costumbre entre nosotras las italianas, me bajaron a la capilla, me depositaron en medio del coro con cirios encendidos alrededor de mi féretro, y pusieron a mis pies un acetre.
»En el transcurso del día no cesaron de entrar en la capilla los vecinos de Subiaco, rezaron por mí, y echaron agua bendita sobre mi cuerpo.
«Habiendo llegado la noche, cesaron las visitas, cerraron por dentro las puertas de la capilla, menos la más pequeña, y la hermana enfermera quedó sola a mi lado.
»Durante mi sueño me agitaba un terrible pensamiento; al día siguiente debía celebrarse el entierro, y conocía que iba a ser sepultada viva, si algún poder desconocido no venía en mi socorro. Oía una tras otra todas las horas: dieron las nueve, las diez, las once, y el triste tañido vibraba en mi corazón, pues también percibía el clamoreo de las campanas anunciando mi muerte.
»Dios solamente sabe los esfuerzos que hice para vencer aquel sueño glacial, y para deshacer los lazos de hierro que me sujetaban al ataúd: pero al fin se compadeció de mí.
«Sonaron las doce.
»Al oír la primera campanada creí que todo mi cuerpo era sacudido por un movimiento nervioso, semejante al que experimentaba siempre que Acharat se acercaba a mí: una violenta sensación asaltó después mi corazón, y enseguida le vi aparecer en la puerta de la capilla.
—¿Sería espanto lo que experimentasteis en aquel momento? —preguntó el conde de Fénix.
—No, no, fue gozo, éxtasis, porque comprendí que venía a librarme de aquella muerte desesperada que tanto temía. Dirigióse lentamente hacia mi

féretro, me miró un instante con sonrisa llena de tristeza, y luego me dijo:
"—Levántate y anda.
»Se rompieron los lazos que sujetaban mi cuerpo; al oír aquella voz poderosa, me levanté y salí del ataúd.
"—¿Deseas vivir? —me preguntó.
"—Sí —respondí.
"—Pues entonces, sígueme.
»La enfermera, habituada al fúnebre oficio que desempeñaba al lado de mi ataúd, se había dormido en su silla.
Pasé por delante de ella y seguí al que por segunda vez me libraba de la muerte.
«Cuando llegué al patio quedé extasiada contemplando otra vez ese cielo tachonado de brillantes estrellas que ya no esperaba volver a ver, y sentí el aire fresco de la noche que me halagaba dulcemente.
"—Antes de abandonar este convento —me dijo—, escoged entre Dios y yo. ¿Queréis ser religiosa, o preferís seguirme?
"—Quiero seguiros —contesté.
"—Entonces, venid.
«Llegamos a la puerta del torno: se hallaba cerrada.
"—¿Dónde están las llaves? —me preguntó.
"—En los bolsillos de la hermana tornera.
"—¿Y dónde están estos bolsillos?
"—Encima de una silla al lado de su cama.
"—Entrad sin ruido en su aposento, tomad las llaves, escoged la de la puerta y traédmela.
«Obedecí, y a los cinco minutos nos encontrábamos en la calle.
»Me apoyé en su brazo y nos dirigimos con precipitación hacia la salida de Subiaco. A cien pasos de la última casa, nos aguardaba una silla de posta. Nos metimos dentro y partió a galope.
—¿Os haría alguna violencia, os haría alguna amenaza, o marchasteis voluntariamente? —preguntó madame Luisa.
No pudo hablar Lorenza.
—Os pregunta Su Alteza Real, si os forcé a seguirme por medio de alguna amenaza o violencia.
—No.
—¿Pero por qué le seguisteis?

—Sí, confesad por qué me habéis seguido.
—Os he seguido porque os amaba —dijo Lorenza.
El conde de Fénix se volvió hacia la princesa sonriendo triunfalmente.

LII

EL CARDENAL DE ROHÁN Y EL CONDE FÉNIX ANTE MADAME LUISA

Lo que ante la princesa sucedía era tan extraordinario que se veía obligada a preguntarse a sí misma si el hombre que tenía delante, no era realmente un mago que disponía de los corazones y de los ánimos a su voluntad.
Quiso llevar más adelante su admiración el conde de Fénix.
—Señora, no es esto todo, Vuestra Alteza no ha oído de los labios de Lorenza más que una parte de nuestra historia, y podría dudar todavía, si de su boca misma no oyese el resto.
Y añadió, volviéndose hacia la joven:
—Querida Lorenza, ¿te acuerdas de todo nuestro viaje, y de que visitamos a Milán, el Lago Mayor, el Oberland, Righi y el Rin caudaloso, que es el Tíber del Norte?
—Recuerdo, sí —dijo la joven con su mismo acento monótono—, sí, Lorenza ha visto todo eso.
—Por este hombre arrastrada, cediendo a una fuerza irresistible de que vos misma no podíais daros cuenta, ¿es cierto, hija mía? —preguntó madame Luisa.
—¿Por qué habéis de creer tal cosa, cuando todo lo que Vuestra Alteza ha oído manifiesta lo contrario? Además, si deseáis una prueba más palpable, un testigo material, he aquí una carta que la misma Lorenza me escribió durante una ausencia que me vi obligado a hacer, dejándola sola en Maguncia. Pues bien, señora, no pudo soportar esta separación, me echaba de menos, deseaba verme cuanto antes, y me escribió este billete que Vuestra Alteza puede leer.
Y ésta leyó lo que sigue:

«Vuelve, Acharat; todo me falta cuando no estás a mi lado. ¡Dios mío!, ¡cuándo seré tuya por toda una eternidad!
Lorenza.»

Se levantó madame Luisa con el rostro encendido de cólera y se aproximó con el billete en la mano a Lorenza, quien permaneció sin hacer movimiento alguno, pues parecía no ver ni oír más que al conde.
—Bien, entiendo —observó vivamente éste, decidido sin duda a ser hasta el fin el intérprete de la joven—; que Vuestra Alteza duda, y desea cerciorarse que el billete es suyo, sea. Ella misma instruirá a Vuestra Alteza. Lorenza, responded: ¿quién ha escrito esta carta?
Y cogió el conde la carta, la colocó en la mano de su mujer, la cual aplicó seguidamente aquella mano sobre su corazón diciendo:
—Lorenza.
—¿Lo que contiene, lo sabe Lorenza?
—No cabe duda.
—Bien, decidlo para que Su Alteza se entere de que no la engaño: decidlo, yo lo mando.
Un esfuerzo hizo la joven al parecer, pero sin desdoblar el papel, ni dirigir los ojos hacia él, leyó:

«Vuelve, Acharat; todo me falta cuando no estás a mi lado. ¡Dios mío!, ¡cuándo seré tuya por toda una eternidad!
Lorenza.»

—No es cierto —prorrumpió la princesa—, y no puedo creeros, porque en esto hay una cosa inexplicable y sobrenatural.
—Esta carta —siguió el conde Fénix como si no hubiese oído a madame Luisa— fue la que me decidió a apresurar nuestra unión. Amaba a Lorenza tanto como ella me amaba: nuestra posición era falsa. Además, en la vida aventurera que llevo, podía ocurrirme una desgracia, podía morir, y si moría, quería que todos mis bienes fuesen de Lorenza: por tanto, al llegar a Estrasburgo nos casamos.
—¿Os casasteis?
—Sí.

—Imposible.
—¿Y por qué, señora? —dijo sonriendo el conde—. ¿Qué hay de particular en que el conde de Fénix se haya casado con Lorenza Feliciani?
—Porque ella misma me ha manifestado que no es vuestra mujer.
Sin contestar el conde a la princesa, se volvió hacia Lorenza y la preguntó:
—¿En qué día nos casamos, recuerdas?
—Me acuerdo que fue el día tres de mayo.
—¿En dónde?
—En Estrasburgo.
—¿En qué iglesia?
—En la catedral misma, en la capilla de San Juan.
—¿Alguna resistencia opondríais a esta unión?
—No, mi dicha era completa.
—Te pregunto esto —continuó el conde—, porque la princesa cree que te han violentado. Le han dicho que me odiabas.
Y al pronunciar estas palabras, el conde tomó la mano de Lorenza.
Se estremeció la joven, y exclamó:
—¡Yo odiarte! ¡Oh!, no; yo te amo. Tú eres bueno y generoso.
—Di, Lorenza, ¿y desde que eres mi mujer, he abusado alguna vez de mis derechos de esposo?
—Siempre me has respetado, y soy tu amiga pura y sin mancha.
El conde se volvió hacia la princesa como para decirla: ¿lo oís?
Ésta, sobrecogida de espanto, había retrocedido hasta los pies de un crucifijo de marfil, colgado en la pared del gabinete sobre un fondo de terciopelo negro.
—¿Todo esto es lo que Vuestra Alteza desea saber? — dijo el conde dejando la mano de Lorenza.
—¡Señor, señor! —exclamó Madame Luisa—, no os aproximéis ni ella tampoco.
En aquel momento se oyó el ruido de un coche que se paraba a la puerta de la abadía.
—¡Ah! —exclamó la princesa—, ya está aquí el cardenal; ahora sabremos a qué atenernos.
Se inclinó el conde de Fénix, dirigió algunas palabras a Lorenza y aguardó con la tranquilidad de un hombre que tuviera el don de dirigir los acontecimientos.

Abrióse la puerta y anunciaron a Su Eminencia el cardenal de Rohán.
La princesa se tranquilizó con la venida de un tercero y volvió a sentarse en un sillón diciendo:
—Haced que pase.
Entró el cardenal; mas apenas hubo saludado a la princesa, cuando distinguiendo a Balsamo exclamó con sorpresa:
—¡Hola!, ¿sois vos?
—¿Conocéis al señor? —preguntó la princesa cada vez más admirada.
—Sí, señora —contestó el cardenal.
—Entonces —siguió madame Luisa—, ¿nos manifestaréis quién es?
—Nada más fácil —dijo el cardenal—; es un hechicero.
—¡Hechicero!... —murmuró la princesa.
—Permitid, señora —interrumpió el conde—, que Su Eminencia se explique ahora mismo, y creo que todos quedaremos satisfechos.
—Hallo tan trastornada a Vuestra Alteza —observó el cardenal—, que no puedo menos de presumirme que este caballero le ha pronosticado ya alguna cosa.
—¡La fe de casado; enseñadla al momento! —gritó madame Luisa.
El cardenal miraba con sorpresa, porque ignoraba lo que aquella exclamación pudiera significar.
—Aquí está —dijo el conde presentándola al cardenal.
—¿Qué es esto? —preguntó M. de Rohán.
—Señor —dijo la princesa—; se trata de saber si esta firma es legítima y válido este documento.
Leyó el cardenal el papel que le dio madame Luisa, y contestó:
—Esta es una partida de matrimonio extendida en regla y firmada por M. de Remy, cura de la capilla de San Juan; ¿pero qué puede interesar esto a Vuestra Alteza?...
—Me interesa mucho, conque la firma...
—La firma es buena; pero no podré asegurar que no ha sido arrancada por la fuerza.
—Bien puede haber sido así —exclamó la princesa.
—Y el consentimiento de Lorenza también, ¿es cierto? —dijo Balsamo con una ironía que se dirigía principalmente a madame Luisa.
—¿Y por qué medios, señor cardenal, por qué medios concebís que haya sido arrancada esa firma? Decidlo si lo sabéis.

—Por medios mágicos; por los que se hallan en vuestro poder.
—¡Mágicos! ¿Con que presumís...?
—El señor es hechicero, lo he dicho, y lo afirmo.
—¿Vuestra Eminencia quiere bromear?
—No, ciertamente, y en prueba de ello, deseo tener con vos una explicación formal en presencia de Su Alteza.
—Justamente iba a pedírsela a Vuestra Eminencia.
—Me alegro; pero no olvidéis que soy yo quien interrogo —dijo el cardenal con altivez.
—Y no olvidéis vos tampoco —replicó Balsamo—, que si lo queréis, voy a contestaros delante de Su Alteza; pero me figuro que no lo desearéis...
—Caballero, sabed —dijo el cardenal sonriendo con desprecio —que el papel de hechicero es muy difícil de hacer en nuestros tiempos. Ya os he visto desempeñarlo, y confieso que conseguisteis un gran triunfo; pero os advierto que no todos tendrán la paciencia, y sobre todo, la generosidad de la señora Delfina.
—¡De la señora Delfina!... —exclamó la princesa.
—Sí, señora —dijo Balsamo—, he tenido la honra de ser presentado a Su Alteza Real.
—¿Cómo habéis pagado ese honor?, decid.
—Más mal de lo que hubiera querido —repuso el conde—, porque yo no odio personalmente a ningún hombre, y mucho menos a ninguna mujer.
—¿Y qué habéis hecho a mi augusta sobrina? —dijo madame Luisa.
—Tuve la fatalidad, señora, de decirle una verdad que me preguntaba.
—Tenéis razón, la verdad —observó M. de Rohán—, la verdad que la hizo desmayar.
—¿Fue culpa mía —replicó el conde con esa voz poderosa que debía atronar algún día—, es culpa mía, si era tan terrible aquella verdad que podía producir semejantes efectos? ¿Busqué yo, por ventura, a la princesa? ¿Soy yo, quien deseó aquella entrevista? No: todo lo contrario, quise evitarla: me llevaron a su presencia casi a la fuerza, y me obligó a que contestara a todas sus preguntas.
—¿Qué verdad tan terrible le dijisteis? —preguntó madame Luisa.
—Fue, señora, el velo del porvenir que rasgué ante su vista.
—¿Del porvenir?
—De ese porvenir que ha parecido tan amenazador a Vuestra Alteza y del

cual ha procurado huir, encerrándose en un claustro para conjurarlo al pie de los altares con sus oraciones y con sus lágrimas.
—¿Qué decís?
—Señora, ¿es culpa mía si ese porvenir que habéis acertado como santa, me ha sido revelado a mí como profeta? ¿Tengo la culpa de que la señora delfina, aterrada de lo que personalmente le amenaza, se desmayara cuando le fue revelado?
—¿Habéis oído? —dijo el cardenal.
—¡Dios mío! —exclamó la princesa.
—Sí —siguió el conde—, porque su reinado está maldito, y será el más fatal y desgraciado de toda la monarquía.
—¡Caballero! —interrumpió madame Luisa.
—Señora, en cuanto a vos —añadió Balsamo—, acaso vuestras plegarias hayan conseguido indulgencia; no llegaréis a presenciar estos desastres, pues para cuando se verifiquen os encontraréis en los brazos del Señor. ¡Orad, señora, orad!
La princesa, dominada por aquella voz profética, tan conforme con los terrores de su alma, postróse de rodillas a los pies del crucifijo y se puso a orar con fervor.
El conde se volvió entonces hacia el cardenal, y encaminándose al alféizar de una ventana, le dijo:
—Señor cardenal, nosotros ahora, ¿qué me queréis?
Éste se dirigió también a la ventana.
Los personajes se hallaban dispuestos del siguiente modo:
Oraba ante el crucifijo con fervor madame Luisa. Lorenza, inmóvil, muda, con los ojos abiertos y fijos como si no viesen, permanecía de pie en medio del aposento. Los hombres estaban junto a la ventana, apoyado Balsamo sobre la falleba, y el cardenal medio oculto detrás de la cortina.
—¿Qué me queréis? repitió el conde—: hablad.
—Saber quién sois.
—Ya lo sabéis.
—¿Yo?
—Sí: ¿no acabáis de decir que era hechicero?
—Es verdad: pero en otra parte os llamaban José Balsamo, y aquí os llaman el conde de Fénix.
—¿Y qué prueba eso? Nada más sino que he cambiado de nombre.

—Ya; ¿pero no sabéis que semejantes cambios en un hombre como vos, darían mucho que pensar a M. de Sartines?
Se sonrió el conde.
—¡Bah! Para todo un Rohán es una guerra muy pequeña. ¡Cómo! ¿es posible que Vuestra Eminencia desee argumentar sobre la palabra *verba et voce* que dice el latín? ¿no tenéis otra cosa peor que echarme en cara?
—¿Habláis con ironía? —dijo el cardenal.
—Es condición de mi carácter.
—Entonces voy a proporcionarme una satisfacción.
—¿Cuál?
—La de haceros bajar el tono.
—Como queráis.
—Sí, pues de ese modo podré complacer a la delfina.
—Y, según creo, no os estará de más, en el estado en que os encontráis con ella —dijo Balsamo con calma.
—¿Qué diríais, señor del horóscopo, si os hiciera prender?
—Señor cardenal, diría que hacíais mal.
—¡De veras! —replicó el cardenal con aire de desprecio—, ¡de veras!, ¿y contra quién?
—Contra vos mismo.
—Pues así voy a dar ahora mismo la orden, y sabremos con seguridad quién es este barón José Balsamo, conde de Fénix, vástago ilustre de un árbol genealógico, cuya semilla no he visto en ningún campo heráldico de Europa.
—Podíais haber pedido informes de mí a vuestro amigo M. de Breteuil.
—M. de Breteuil no es amigo mío.
—Ya no lo será, pero lo ha sido, y de los mejores, pues le habéis mandado cierta carta...
—¿Qué carta? —preguntó el cardenal acercándose sobresaltado.
—Más cerca, señor cardenal; no quiero gritar porque sentiría comprometeros.
El cardenal se acercó más todavía.
—Pero ¿qué carta es ésa? —dijo.
—¡Oh!, bien lo sabéis.
—Sin embargo, decidlo.
—Una carta que escribisteis a París desde Viena con objeto de estorbar el casamiento del príncipe.
No pudo ocultar el prelado un movimiento de temor.

—¿Y esa carta...? —balbuceó.
—La sé de memoria.
—Es una traición de M. de Breteuil.
—¿Por qué?
—Porque se la pedí cuando se decidió el casamiento.
—¿Y qué os contestó?
—Que la había quemado.
—Porque tuvo miedo de deciros que la había perdido.
—¿Perdido?
—Sí... y como ya podéis presumir, una carta perdida... cualquiera puede hallarla.
—¿De manera que la que yo escribí a M. de Breteuil...?
—Sí...
—¿Y él pretende haber quemado...?
—Yo la he hallado por casualidad, pasando por el patio de mármol de Versalles.
—¿Y no la habéis devuelto a M. de Breteuil?
—Al hacerlo hubiera hecho un disparate.
—¿Por qué?
—En mi condición de hechicero, sabía que Vuestra Eminencia, a quien quiero mucho, me odiaba de muerte, y ya comprendéis... un hombre sin armas que sabe que al cruzar un bosque van a atacarle y halla una pistola cargada...
—¿Qué?
—Que sería un necio este hombre si no se apoderase de ella.
Sintiéndose vacilar el prelado, se apoyó en el antepecho de la ventana; pero, después de algunos instantes de perplejidad, durante los cuales pudo el conde ver todas las variaciones de su rostro, dijo:
—Es verdad; pero no se dirá que un príncipe de mi familia se ha atemorizado ante un charlatán. Sí, en efecto, se hubiese perdido esa carta, aunque sea cierto que la habéis hallado, aunque se la presentaseis a la misma princesa, y me perdieseis como hombre político, mantendré mi papel de súbdito leal y fiel embajador. Expondré la verdad, esto es, que me parecía esa alianza perjudicial a los intereses de mi nación, y ella me defenderá, o me compadecerá.
—Y si alguno se presenta diciendo que el embajador, joven, noble y galante,

muy confiado en su nombre de Rohán y en su título de príncipe, no dice eso porque imagine que la alianza austriaca es dañosa a los intereses de la Francia, sino porque recibido afectuosamente por la archiduquesa María Antonieta, ese orgulloso embajador se había jactado de ver en esa afabilidad alguna cosa más que... afabilidad, ¿qué responderá el fiel súbdito, al embajador leal?

—Negará, porque de ese sentimiento que creéis haber existido, no ha quedado prueba alguna.

—Os equivocáis, ¡ah!, sí por cierto; la frialdad de la archiduquesa para con vos. El cardenal dudó.

—Príncipe, creedme —continuó el conde—, en vez de enfadarnos, como ya hubiera pasado a no tener yo más prudencia que vos, seamos buenos amigos.

—¿Buenos amigos?

—¿Por qué no? Los buenos amigos son los que hacen servicios, cuando llega la ocasión.

—¿Yo los he solicitado nunca de vos?

—Esa es la falta que habéis cometido, porque desde hace dos días, que estáis en París...

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Pero por qué queréis ocultarme nada, sabiendo que soy hechicero? Os separasteis de la princesa en Soissons, vinisteis en posta a París por el camino más corto, para solicitar de vuestros amigos favores que os han negado, y después de recibir algunos desaires, capaces de desesperar a cualquiera, fuisteis en posta a Compiègne.

El cardenal no pudo ocultar su turbación.

—¿Qué clase de servicios podíais prestarme, si me hubiera dirigido a vos? —preguntó.

—Los que en su mano tiene el hombre que hace oro.

—¡Diantre! ¿Qué me interesa que hagáis oro?

—¡Diablo!, cuando uno tiene que pagar en el plazo de cuarenta y ocho horas quinientos mil francos... ¿no es esa la cantidad?

—Sí, es esa.

—¿Y preguntáis qué importa tener un amigo que hace oro? ¿Os parece poco que esos quinientos mil francos que no habéis podido hallar en ninguna parte, se encuentren en su casa?

—¿Dónde vive?

—En la calle de San Claudio.
—¿Cómo encontraré su casa?
—Tiene una cabeza de grifo, de bronce, que sirve de llamador a la puerta.
—¿Cuándo podré ir?
—Pasado mañana, monseñor, a las seis de la tarde, y después...
—¿Qué?
—Cuantas veces queráis. Pero mirad, nuestra conversación termina a tiempo, pues la princesa concluye su plegaria.
Viéndose vencido el cardenal, no trató de resistir más tiempo, y acercándose a madame Luisa, dijo:
—Me veo obligado a confesaros, señora, que el señor conde de Fénix tiene mucha razón, que la partida de casamiento que ha enseñado, no puede ser más válida, y en fin, que por las explicaciones que me ha dado, quedo enteramente satisfecho.
—¿Qué manda Vuestra Alteza Real? —preguntó Balsamo haciendo una reverencia.
—Todavía deseo hacer una pregunta a esa joven.
El conde se inclinó otra vez en señal de asentimiento.
—¿Por vuestra propia voluntad dejáis el convento de San Dionisio, en el cual solicitabais hace poco un refugio?
—Su Alteza —replicó vivamente Balsamo—, pregunta si queréis salir por vuestra propia voluntad del convento de San Dionisio al cual llegasteis a pedir un asilo: responded, Lorenza.
—Sí —dijo la joven—, le dejo por mi propia voluntad.
—¿Con objeto de continuar con vuestro marido el conde de Fénix?
—¿Para seguirme? —preguntó éste.
—¡Ay!, sí —dijo la joven.
—Sí así es —siguió la princesa—, no quiero deteneros, porque sería violentar los sentimientos; pero, si en esto hay algo que salga del orden natural de las cosas, que el castigo del Señor venga sobre aquel que en provecho suyo ha interrumpido la armonía de la Naturaleza. Id, señor conde de Fénix, id, Lorenza Feliciani, no quiero deteneros más... pero antes coged vuestras alhajas.
—Señora, son para los pobres —dijo el conde—, y distribuida por vuestra mano esta limosna, tendrá doble mérito a los ojos del Señor. Sólo quiero mi caballo *Djerid*.

—A la salida os lo darán. Id con Dios.
Saludó el conde a la princesa, dio el brazo a Lorenza que lo aceptó enseguida, y salió con él sin decir una palabra.
—¡Señor cardenal! —dijo madame Luisa moviendo tristemente la cabeza—; hay cosas incomprensibles y fatales en el aire que respiramos.

LIII

ALOJAMIENTO DE LOS SEÑORES DE TAVERNEY

Dijimos ya, que, al separarse de Felipe, Gilberto volvió a confundirse entre la multitud.
Pero ahora no se lanzaba entre aquellas oleadas bulliciosas con el corazón palpitante de esperanza y alegría, sino con el alma ulcerada por un dolor que no habían podido calmar la buena acogida y los generosos ofrecimientos de Felipe.
Ni siquiera suponía Andrea que hubiese sido cruel con Gilberto. La hermosa e impasible joven no sabía completamente que pudiese existir entre ella y el hijo de su nodriza punto alguno de contacto, ni para el dolor, ni para la alegría. Elevábase ella sobre las esferas inferiores, destellando sobre ellas su oscuridad o su luz, según la disposición en que su ánimo se hallaba. Esta vez, la sombra de su desdén había helado a Gilberto, mas como hubiese seguido el impulso de su naturaleza, ignoraba que había sido injusta.
Gilberto, como un atleta desarmado, había sentido en medio del corazón todas sus miradas de desprecio y sus palabras soberbias, porque no contaba aún con bastante filosofía para entregarse al consuelo de la desesperación.
Y se confundió en medio de aquel gentío inmenso, reunió sus fuerzas sin cuidarse de caballos ni hombres, y a riesgo de perderse o ser lastimado, se lanzó como un jabalí herido, consiguiendo abrirse paso al través de la multitud. Después de pasar los grupos más espesos del pueblo, empezó a respirar con más libertad, y dirigiendo la vista en torno suyo, vio el campo, la

hierba, la soledad y el agua.
No sabiendo dónde iba, corrió hasta el Sena, y se encontró casi enfrente a la iglesia de San Dionisio. Entonces, cansado no tanto por la fatiga del cuerpo, como por las angustias del alma, dejóse caer sobre la hierba, y escondiendo el rostro entre sus manos, se puso a rugir frenéticamente, como si aquel lenguaje, propio del león, manifestase mejor sus dolores que la palabra y los gritos del hombre.
¿Efectivamente, estaba extinguido todo aquel espíritu vago e indeciso, aquella halagüeña esperanza que hasta entonces había despedido algunos rayos de luz pasajera sobre deseos insensatos de que quería darse cuenta? A cualquier grado de la escala social a que ascendiera nuestro joven a fuerza de ingenio, de ciencia o de estudio, siempre sería Gilberto para Andrea el mismo, es decir, una cosa o un hombre (estas fueron sus propias palabras), del cual no podía hacer caso su padre, pues no le consideraba digno de que descendiese su vista hasta él.
Tuvo por un momento la esperanza de que, al encontrarle en París, al saber que había llegado a pie, y al conocer su resolución de luchar con su suerte hasta vencerla, Andrea ensalzaría sus generosos esfuerzos. Y he aquí que no sólo había faltado el *macte ánimo* al generoso joven, sino que en premio de tantas fatigas y de tan heroica resolución, sólo había alcanzado la desdeñosa indiferencia que siempre había mostrado Andrea hacia el Gilberto del Castillo de Taverney.
Y además, ¿no había estado a punto de enfadarse cuando llegó a saber que había tenido la osadía de dirigir la vista a su cuaderno de solfeo? Si el pobre joven toca sólo con un dedo aquel cuaderno, no hubiera ya sido bueno sino para quemado.
Las decepciones y los engaños, para los corazones pequeños, no son mas que golpes, bajo los cuales sucumbe el amor para resucitar después más firme y perseverante. Manifiestan sus dolores con lamentos y lágrimas, y tienen la resignación del cordero a la vista del cuchillo. Hay más: el amor de estos mártires crece frecuentemente con los dolores que debieran matarlos, pues se dicen y esperan que su dulzura conseguirá su recompensa, y esta recompensa es el objeto hacia que se dirigen, sea bueno o malo el camino, sin más diferencia, que si es malo tardarán más en llegar, pero llegarán.
Seguramente no sucede lo mismo con los corazones altivos, con los temperamentos fuertes y con las organizaciones poderosas, que se irritan al

ver su sangre que corre, y su energía aumenta de un modo tan salvaje, que desde entonces pueden conceptuarse más bien como rencorosos que como amantes. Es preciso, no obstante, disculparlos, porque en ellos el amor y el odio van tan unidos, que casi no sienten la transición del uno al otro.
¿Sabía Gilberto al arrastrarse de aquella manera por el suelo, vencido del dolor, si amaba u odiaba a Andrea? No, sufría sin acertar a explicarse a sí mismo las sensaciones que le agitaban. Mas como no estaba dotado de gran paciencia, trató a poco de distraer su dolor, resuelto a adoptar una decisión enérgica.
—¡Ah! ¡no, me ama! —exclamó—. Hice mal en pensar otra cosa. Sólo debía exigir de ella ese tierno interés que merecen los desgraciados que luchan enérgicamente con su desgracia. Ella no ha podido conocer lo que su hermano, que me dijo: «¡quién sabe si llegarás un día a ser un Colbert o un Vauban!...» Si consigo ser uno u otro, me hará justicia, dándome a su hermana en premio de mi gloria conquistada, como me la habría dado en cambio de mi aristocracia nativa, si mi cuna hubiese sido igual a la suya. Pero para ella, lo sé... Colbert y Vauban serían siempre Gilberto, porque desprecia en mí lo que nada podrá borrar, cubrir, ni dorar... la humildad de mi origen. ¿Y no sabe que para que yo alcance lo que ambiciono, habré de crecer mucho más que si hubiese nacido en su esfera? ¡Oh criatura loca! ¡Oh ser insensato! ¡Oh mujer... mujer! o lo que es igual, ¡oh imperfección!
«Fiaos de esa mirada angelical, de esa frente despejada, de esa sonrisa inteligente, de ese aspecto de reina. Estas son las cualidades de la señorita de Taverney, de esa mujer que por su hermosura parece digna de reinar en todo el globo, pero que no es más que una aldeana poseída de orgullo, remilgada y llena de preocupaciones aristocráticas. ¡Pero si se le acercan esos jóvenes de moda, con su petulancia, calaveras e ignorantes, a pesar de haber tenido en su mano todos los recursos necesarios para instruirse, Andrea los recibirá como iguales y en ellos fijará enseguida toda su atención!... ¡Pero Gilberto!... Gilberto es un perro, menos que un perro, pues se ha acordado de Mahón, y no hubiera pensado, seguramente, en preguntar por él.
»¡Ah! no comprende que soy tan fuerte como ellos: que, cuando mis vestidos sean tan elegantes como los suyos, pareceré tan distinguido como ellos: que poseo además una voluntad inflexible que ellos no tienen, y que si quiero...
Una sarcástica sonrisa que se dibujó en los labios de Gilberto interrumpió la frase.

Luego, con lentitud, y frunciendo el ceño, inclinó su cabeza sobre el pecho. ¿Qué sucedió en este momento en aquella alma oscura? ¿Ante qué terrible idea se inclinó aquella frente pálida por las vigilias, y contraída por la meditación ¡Quien lo dirá! ¿Es el marinero que atravesaba el río en su canoa entonando la canción de Enrique IV? ¿Es la alegre lavandera que regresaba de San Dionisio, después de haber presenciado la entrada de la princesa, y se separaba de su camino tomando tal vez por un ladrón a aquel joven ocioso tendido sobre la hierba en medio de las estacas cargadas de ropa?

Después de media hora de meditación, Gilberto se incorporó resuelto y sereno: bajó al Sena, bebió agua, dirigió la vista en torno suyo y divisó a su izquierda los grupos del pueblo que se alejaban de San Dionisio.

Entre aquella multitud distinguíanse los primeros coches caminando al paso por el camino de Saint-Ouen, obstruido casi enteramente por la concurrencia. Había querido la princesa que su entrada fuese una fiesta de familia; así es que ésta usó del privilegio, y vino a situarse tan cerca del espectáculo regio, que muchos parisienses subieron a los asientos de la servidumbre, y se colgaron, sin que intentasen impedírselo, de las pesadas sopandas de los carruajes.

Gilberto no tardó en distinguir el coche de Andrea. Felipe galopaba o más bien piafaba junto a la portezuela.

—Bueno —dijo—: es necesario que averigüe dónde va, seguiré a cierta distancia.

Debía la princesa ir a cenar a la Muette en compañía del rey, del delfín, del príncipe de Provenza, del de Artois; y necesario es decirlo, Luis XV llevó el olvido de su decoro hasta el punto de entregar a María Antonieta en San Dionisio una lista de los convidados y un lápiz para que borrase los que no le agradaran.

Al llegar la princesa al nombre de madame Du Barry, colocado el último, palidecieron sus labios y comenzaron a temblar convulsivamente; pero, resuelta a seguir las instrucciones de la emperatriz su madre, pidió auxilio a todas sus fuerzas, devolvió la lista al rey diciéndole con sonrisa encantadora, que se consideraba muy dichosa de ser admitida desde luego en la intimidad de su familia.

Ignoraba esto Gilberto, y hasta llegar a la Muette no pudo conocer los coches de la favorita, ni al negro Zamora que iba majestuosamente encaramado sobre su gran caballo blanco.

Afortunadamente había ya anochecido; Gilberto ocultóse tras un árbol y esperó.
Quiso Luis XV que cenaran juntas su nuera y su querida, y se mostró extremadamente alegre cuando vio que la princesa acogía a madame Du Barry con más agrado aún que en Compiègne.
Pero taciturno y pensativo Luis Augusto, retiróse antes de sentarse a la mesa, pretextando un fuerte dolor de cabeza.
Duró la cena hasta las once.
Durante este tiempo, las personas de la comitiva (y forzoso era a la altiva Andrea declarar que era de este número) cenaron entre pabellones, al son de una orquesta que les enviara el rey; mas, como aquellos eran sumamente pequeños, cincuenta caballeros hubieron de cenar en mesas colocadas sobre el césped, servidas por cincuenta criados de palacio.
Gilberto, que continuaba oculto y que nada perdía de aquel espectáculo, sacando de su bolsillo un pedazo de pan que compró en Clichy la Garenne, cenó también sin dejar de vigilar a los que marchaban.
Terminada la cena, la princesa se asomó al balcón para despedirse de sus huéspedes. Colocóse Luis XV a su lado, y madame Du Barry, cuyo tacto admiraban hasta su más encarnizados enemigos, permaneció en el interior de la habitación para no ser vista.
Los individuos todos de la regia comitiva, y multitud de personas deseosas de conocer a María Antonieta, desfilaron por debajo del balcón para saludar al rey y a la princesa que conocía ya a muchos de los que la habían acompañado. Luis XV le nombraba a aquellos que aún no conocía. De vez en cuando salía de sus labios una palabra graciosa, una feliz ocurrencia que llenaba de alegría y orgullo a las personas a quienes se dirigía.
Indignado Gilberto al observar tanta bajeza, dijo para sí: —Más noble soy yo que todos esos, porque no haría lo que hacen por todo el oro del mundo.
Al tocarle el turno a M. de Taverney y a su familia, Gilberto se incorporó apoyándose sobre una rodilla.
—Os autorizo, caballero Felipe —dijo la princesa-, para acompañar a vuestro padre y a vuestra hermana a París. Oyó Gilberto estas palabras.
—Señor de Taverney —agregó María Antonieta—, no puedo hospedaros todavía: partid, pues, con vuestra hija a París, hasta que haya instalado mi casa en Versalles, y vos, amiga mía, acordaos un poco de mí.
Pasó con sus hijos el barón, y siguiéronles otros muchos a quienes la delfina

tenía que decir cosas parecidas a las que había dicho a la familia de Taverney; pero esto importaba muy poco a Gilberto.
Se deslizó fuera de las matas, y siguió al barón en medio de los gritos confusos de doscientos lacayos que corrían detrás de sus amos, de cincuenta cocheros que respondían a los lacayos y de sesenta coches que rodaban por el empedrado como otros tantos truenos.
Acompañado de sus hijos, M. de Taverney montó en su carruaje.
—Mi amigo —dijo Felipe al lacayo que se precipitaba a cerrar la portezuela —, sube al pescante con el cochero.
—¿Por qué? —preguntó el barón.
—No ha descansado en todo el día, y debe hallarse rendido.
Murmuró el barón algunas palabras que Gilberto no pudo oír. El lacayo tomó asiento al lado del cochero; mas en el momento de emprender el camino, se advirtió que uno de los tirantes se había desatado.
Bajó entonces el cochero, y el carruaje permaneció todavía un instante parado.
Gilberto se aproximó.
—Muy tarde es —dijo el barón.
—Estoy tan rendida... —murmuró Andrea—. Quiera Dios que al menos encontremos donde descansar esta noche.
—Así lo espero —contestó Felipe—: he enviado directamente a La-Brie y Nicolasa desde Soissons a París con una carta para un amigo, en la que le recomiendo nos disponga un pabellón que su madre y su hermana habitaron el año pasado. No es lujoso, pero al menos podremos vivir cómodamente.
—Pardiez —observó el barón—, siempre será mejor que Taverney.
—Así es por desgracia, padre mío —contestó Felipe sonriendo con melancolía.
—¿Hay árboles? —preguntó Andrea.
—Muy hermosos, sólo que no disfrutarás de ellos probablemente mucho tiempo, pues serás presentada tan luego como se efectúe el casamiento.
—Nos abandonamos mucho a las ilusiones. Dime, Felipe, ¿diste las señas al cochero?
Al oír Gilberto esta pregunta, escuchó con ansiedad.
—Sí, señor —contestó el joven.
Viendo Gilberto frustrada su esperanza, dijo para sí:
—Y qué importa, los seguiré. Desde aquí a París no hay más que una legua.

Cuando se ató el tirante, volvió el cochero a ocupar su asiento, y el carruaje empezó a rodar.
Pero los caballos del rey corren mucho cuando no necesitan ir en hilera: el pobre Gilberto se acordó más de una vez del camino de La-Chaussée, de su desmayo y de la inutilidad de sus esfuerzos.
Notando que el carruaje se adelantaba, y que le sería absolutamente imposible seguirle hasta París, nuestro joven precipitó cuanto pudo su carrera, y consiguió alcanzar el estribo que había dejado vacante el lacayo fatigado, se agarró a él y se sentó. Mas le ocurrió la idea de que aquel sitio era la trasera del coche de Andrea, y que había ocupado el sitio de un lacayo.
—¡Oh! no, no —murmuró el inflexible joven—: no se dirá que no he combatido hasta el último instante. Mis piernas están ya cansadas, pero mis brazos no lo están.
Y agarrando con ambas manos el estribo sobre el cual había puesto la punta de sus zapatos, se dejó arrastrar debajo del asiento, y a pesar de los vaivenes y sacudidas se sostuvo por el vigor de sus brazos en aquella posición difícil, antes que capitular con su conciencia.
—Yo averiguaré donde vive —murmuró—; pasaré otra mala noche, pero mañana descansaré en mi silla, copiando música. Además, tengo todavía dinero, y si quiero podré dormir dos horas.
En esto pensó, que como París era tan grande, podría fácilmente perderse, pues no le conocía, cuando el barón y sus hijos llegasen a la casa que les había preparado Felipe.
Mientras hacía estas reflexiones, Gilberto observó que cruzaba una gran plaza, en medio de la cual se elevaba una estatua ecuestre.
—¿No es esta la plaza de la Victoria? —exclamó alegre y asombrado a la vez.
Dio una vuelta el coche, y Andrea se asomó a la portezuela.
—Ya hemos llegado —dijo Felipe—: ésa es la estatua del difunto rey.
Bajaron una pendiente muy rápida, donde Gilberto corrió riesgo de caer bajo la rueda.
—Acabamos de llegar —dijo Felipe.
Gilberto se dejó caer al suelo, y se lanzó al otro lado de la calle, escondiéndose detrás de un pilar.
El primero que saltó del coche fue Felipe y recibió a Andrea en sus brazos.
Bajó el último el barón.

—¡Hola! —dijo—: ¿si pretenderán tal vez esos belitres que pasemos aquí la noche?
Enseguida se oyó la voz de La-Brie y Nicolasa, y se abrió una puerta.
Penetraron los tres viajeros en un zaguán oscuro, cuya puerta se cerró al punto tras ellos.
Partieron el coche y los lacayos en dirección de las caballerizas del rey.
La casa en que acababan de entrar los tres viajeros no tenía nada de notable; pero al pasar el coche, alumbró la casa contigua, y Gilberto pudo leer:

Hotel d'Armenonville

Como ignoraba el nombre de la calle, se dirigió hacia el extremo más próximo, y quedó no poco asombrado al hallarse junto a la fuente en donde acostumbraba beber. Anduvo diez pasos por una calle paralela a la que dejaba, y reconoció la casa del tahonera donde compraba el pan.
Todavía vacilaba, y retrocedió hasta el ángulo de la calle. A la luz de un reverbero leyó en una piedra blanca las tres palabras que pocos días antes había leído cuando regresaba de herborizar con Rousseau en los bosques de Meudon:

Calle de Plastrière

Se hallaba Andrea a cien pasos de él, menos lejos que había estado en Taverney del humilde aposento que ocupaba cerca de la reja del castillo.
Encaminóse hacía la casa de su protector, y pronto llegó a su puerta, aguardando que habrían tirado del cordón que levantaba el picaporte interior; mas como la suerte se había propuesto protegerle aquel día, halló el cordón, tiró de él, y enseguida cedió la puerta.
A tientas subió la escalera y sin hacer ruido hasta tocar el candado de su aposento, en el cual Rousseau había dejado por complacencia la llave.
Diez minutos después, el cansancio había vencido sus meditaciones, y se quedó dormido aguardando con impaciencia que el día siguiente llegara.

LIV

EL PABELLÓN Y LA BOHARDILLA

Como se retiró tarde se acostó al momento y enseguida quedó profundamente dormido Gilberto: olvidó poner sobre el ventanillo de su bohardilla el trapo de lienzo, por cuyo medio interceptaba la luz del sol naciente.
Como el sol hería sus ojos, despertó a las cinco de la mañana y se levantó enseguida temeroso de haber dormido demasiado.
Corrió, pues, a consultar su reloj, que era el sol.
Lo opaco de la luz que apenas permitía distinguir las copas de los más elevados árboles le tranquilizó, pues conoció que lejos de haberse levantado tarde, había madrugado demasiado. Comenzó entonces a vestirse junto al ventanillo, meditando en los acontecimientos de la víspera y exponiendo con cierto placer su frente abrasada al fresco ambiente de la brisa matutina, cuando recordó que Andrea vivía en una calle inmediata situada cerca de Armenonville, y procuró ver desde su ventana la casa donde se hospedaba. El follaje que dominaba con la vista le trajo a la memoria las palabras de la víspera.
—¿Hay árboles? —había preguntado Andrea a Felipe.
Gilberto decía para sí:
—¡Oh! ¿Quién sabe si habrá quizás escogido el pabellón inhabitado del jardín?
Por una extraña coincidencia con su pensamiento, un ruido y un inusitado movimiento excitó su atención hacia aquel lado. Una de las ventanas del pabellón, que según todas las apariencias no se había abierto desde mucho tiempo antes, se movió empujada por una mano torpe o débil. Cedían los tableros en la parte superior, pero tal vez detenidos por la humedad sin duda en el borde del antepecho, se resistían a abrirse hacia afuera.
Otro empuje más poderoso hizo en fin rechinar el marco, y estremeciéndose bruscamente ambas hojas dejaron ver a una joven encendida todavía por los esfuerzos que acababa de realizar, y sacudiendo e] polvo de sus manos.
Gilberto exhaló un grito y se retiró hacia atrás. Aquella joven soñolienta aún, y que se esperezaba al aire libre, era Nicolasa.
No debía dudar un momento. Felipe había anunciado la víspera a su padre y a

su hermana que La-Brie y Nicolasa estaban disponiendo su alojamiento. Luego aquel pabellón era el alojamiento preparado: aquella casa de la calle de Coq-Heron, donde habían entrado los viajeros, tenía sus jardines inmediatos a la calle Plastrière.

Fue tan brusco el movimiento del joven, que si Nicolasa, situada a bastante distancia, no hubiera estado tan distraída en aquella indolente contemplación, propia del momento de despertarse, hubiera visto a nuestro filósofo al tiempo de retirarse de su ventana.

Pero éste se había ocultado tan precipitadamente, porque temía que Nicolasa le viese en el ventanillo de un tejado. Si hubiese habitado en un primer piso, y si por su ventana se hubiesen dejado ver ricas colgaduras y suntuosos muebles, acaso no hubiera tenido inconveniente en que le viesen, pero la bohardilla de un quinto piso lo clasificaba demasiado bajo en las inferioridades sociales para que no pusiera el mayor cuidado en esconderse.

Y si Andrea sabía que él se encontraba allí, ¿no bastaría para que variase de casa, o no se pasease por el jardín?

Tal era el orgullo de Gilberto que le hacía excederse a sí mismo. ¿Qué importaba Gilberto a Andrea, y por qué había ésta de dar un paso para acercarse o separarse de él? ¿No pertenecía a esa clase de mujeres que salen del baño delante de un lacayo o de un patán porque no conceptúan a éstos hombres como los demás?

No pertenecía Nicolasa a esta clase, y era preciso no dejarse ver de ella. Por esta razón se retiró con tanta precipitación Gilberto. Sin embargo, como no podía resistir su curiosidad, se volvió a aproximar poco a poco, y aventuró su mirada desde un ángulo del ventanillo.

Situada en el primer piso otra ventana, y precisamente debajo de la primera, acababa de abrirse apareciendo en ella una forma blanca. Era Andrea, que recién despertada, con peinador de mañana, buscaba una chinela que deslizándose de su pie, había desaparecido debajo de una silla.

Aunque siempre que Gilberto veía a Andrea se proponía atrincherarse detrás de su odio, en vez de entregarse a su amor, como la misma causa producía siempre los mismos efectos, tuvo que apoyarse contra la pared, latiéndole tan fuertemente el corazón, como si fuera a escaparse de su pecho. Poco a poco fue calmándose aquella agitación, principió a meditar, y, como deseaba ver sin ser visto, tomó uno de los vestidos de Teresa, lo fijó con un alfiler en una cuerda que atravesaba el ventanillo en toda su extensión, y oculto tras esta

cortina, pudo ver a Andrea sin temor de ser visto.
Imitando a la doncella, la joven estiró sus hermosos brazos, los cuales, al extenderse, dejaron entreabrir el peinador, y se inclinó sobre la barandilla de la ventana, para examinar más a su gusto los jardines contiguos.
Entonces expresó su fisonomía la más completa satisfacción, y la que tan rara vez se sonreía en presencia de los hombres, se sonrió inocentemente a la vista del maravilloso espectáculo de la Naturaleza.
Un instante fijó su vista en las casas que rodeaban al jardín, llamando especialmente su atención la que habitaba Gilberto: mas, como desde el sitio que ocupaba, sólo podían verse las bohardillas, así como sólo desde éstas podía descubrirse su habitación, no detuvo su mirada más que algunos momentos hacia aquel sitio, porque siendo tan orgullosa, ¿qué la importaba la raza que habitaba allá arriba?
Persuadida después de aquel examen de que no podía ser vista, y que en los límites de su apacible morada no aparecía ninguna fisonomía curiosa y alegre de esos parisienses burlones tan temidos de las mujeres de provincia, abrió de par en par su ventana para que el aire matinal refrescase hasta el último rincón de su cuarto; se dirigió hacia la chimenea, tiró del cordón de una campanilla y empezó a vestirse o más bien a desnudarse en la penumbra de la habitación.
Se presentó Nicolasa, desató las correas de una maleta de piel de zapa que databa de la reina Ana, tomó un peine de concha, y soltó los cabellos de Andrea.
En un momento las largas trenzas de sus espesos bucles se esparcieron ondeantes sobre la espalda de la joven.
Prorrumpió Gilberto en un suspiro reprimido: apenas si reconocía aquellos hermosos cabellos de Andrea que la moda y la etiqueta habían empolvado; pero lo que sí reconocía perfectamente, era a Andrea, medio desnuda, cien veces más bella en el traje de mañana que vestía, que con los más lujosos atavíos. Secáronse sus labios, ardieron sus dedos, y su vista se debilitó a fuerza de tenerla fija en un mismo objeto.
Hizo la casualidad que mientras la peinaban, levantase Andrea la cabeza, y se fijasen sus ojos en la bohardilla de Gilberto.
—Sí, sí, mira, mira —exclamó Gilberto—; por más que mires no verás nada, y yo lo veo todo.
Se engañaba Gilberto, pues Andrea veía una cosa, y esta cosa era el vestido

flotante envuelto alrededor de la cabeza del joven a guisa de turbante.
Con el dedo indicó aquel extraño objeto a Nicolasa, quien interrumpió la obra complicada que había empezado, y, señalando con el peine el ventanillo, parecía que preguntaba a su ama si era aquel objeto el que designaba.
Esta telegrafía que seguía Gilberto ávidamente, causándole un placer indecible, tenía, sin que él lo sospechase, un tercer espectador.
De pronto sintió una mano que arrancaba con violencia de su frente el traje de Teresa, y cayó como herido de un rayo al ver a su lado a Rousseau.
—¿Qué diablos hacéis aquí? —preguntó el filósofo frunciendo el ceño y haciendo un gesto desagradable mientras que examinaba con atención el vestido de su esposa.
—Nada absolutamente, señor, nada —repuso el joven esforzándose por apartar del ventanillo la atención de su protector.
—¡Nada! ¿entonces, por qué os ocultabais detrás de este vestido?
—Me molestaba el sol.
—Estamos al poniente, ¿y creéis que el sol os ofenda al tiempo de salir? ¿Tan delicada es vuestra vista?
Balbuceó el joven algunas palabras; pero conociendo que cuanto más hablaba más se condenaba a sí mismo, ocultó la cabeza entre sus manos.
—Mentís y teméis —continuó Rousseau—, luego obrabais mal.
Y después de esta terrible lógica que acabó de trastornar al joven, Rousseau vino a colocarse delante de la ventana.
Por un sentimiento demasiado natural para que sea preciso explicarle, Gilberto, que poco antes temía ser visto en aquella ventana, se lanzó a ella al acercarse Rousseau.
—¡Hola! —exclamó éste con tono que heló la sangre en las venas de Gilberto —, ¡el pabellón está ya ocupado!
El joven no desplegó sus labios.
—Y por personas que conocen mi casa, porque veo que se la enseñan unos a otros.
Conociendo que se había adelantado mucho, hizo Gilberto un movimiento hacia atrás.
Ni este movimiento, ni la causa que lo había producido, escaparon a Rousseau, quien comprendió enseguida que Gilberto temía ser visto.
—No, no —dijo cogiendo al joven por el brazo—, no os separéis, amigo: esta ha de ser seguramente alguna trama, pues señalan vuestra bohardilla:

colocaos aquí si os place.
Y lo condujo delante de la ventana, descubierto y trémulo.
—¡Oh!, ¡no, señor, no!, ¡por piedad! —exclamó Gilberto, realizando los mayores esfuerzos para escaparse.
Pero para escapar, lo que era fácil a un joven fuerte y tan ágil, era necesario que trabase una lucha, y una lucha con Rousseau, una lucha con su Dios; el respeto se lo prohibía.
—¿Conocéis a esas mujeres —preguntó Juan Jacobo—, y ellas también os conocen?
—No, no, no, señor.
—¿Pues si no las conocéis ni ellas tampoco os conocen, por qué no queréis asomaros?
—M. Rousseau, algunas veces habréis tenido secretos en vuestra vida, ¿es cierto? Pues bien, respetad un secreto.
—¡Ah, traidor! —exclamó Juan Jacobo—; sí, conozco los secretos de esta naturaleza: eras partidario de los Grimm, de los Holbah: te han hecho aprender un papel para captar mi benevolencia: te has introducido en mi casa y me vendes. ¡Oh necio de mí! ¡Oh estúpido amante de la Naturaleza! ¡creo proteger a uno de mis semejantes, y traigo a mi casa un espía!
—¡Un espía! —repitió Gilberto indignado.
—Sepamos; ¿cuándo piensas venderme, Judas? —dijo Rousseau cubriéndose con el vestido de Teresa, que había conservado maquinalmente en la mano, y creyendo representar el más sublime dolor, cuando por desgracia sólo estaba ridículo y risible.
—Es una calumnia —interrumpió Gilberto.
—Te calumnio, ¡eh!, víbora —exclamó Juan Jacobo—, cuando te sorprendo con la ocupación de entenderte por señas con nuestros enemigos, y acaso descubriéndoles el asunto de mi última obra.
—Sí a vuestra casa hubiese llegado para vender el secreto de vuestro trabajo, hubiera más bien copiado vuestros manuscritos que están encima del bufete, que contar por señas el asunto de que tratan.
—Perdonadme lo que voy a deciros, caballero: la experiencia me ha hecho muy severo; en mi vida no he visto más que engaños; todos me han sorprendido, todos han maldecido de mí, todos me han vendido y martirizado. Yo soy, bien lo sabéis, uno de esos ilustres desgraciados que los gobiernos pregonan como malhechores. En semejante situación, lícito me

será ser desconfiado y sospechoso. Así que, tengo sospechas de vos, y es necesario que salgáis de mi casa.
El joven no aguardaba esta peroración.
Él, ¡Gilberto, ser echado a la calle!
Cerró sus crispados puños, y una mirada centelleante hizo palidecer a Rousseau.
Mas el rayo que sus ojos fulminaron, pasó instantáneamente y se extinguió sin ruido, pues reflexionó en aquel instante que al partir iba a perder la amistad de Rousseau y la felicidad, tan dulce, de ver a Andrea a cada hora del día; esto era al mismo tiempo una desgracia y una afrenta.
Desde lo alto de su orgullo salvaje cayó, y juntando sus manos, dijo:
—¡Oh!, atendedme una palabra, una sola...
—¡Yo soy implacable! —replicó Juan Jacobo—: los hombres me han enseñado con sus injusticias a ser más feroz que un tigre. Estáis en correspondencia con mis enemigos: id a reuniros con ellos, no os lo privo; ligaos con ellos, no me opongo; pero marchad de mi casa.
—Pero esas dos jóvenes no son enemigas vuestras; son la señorita Andrea y Nicolasa.
—Andrea, ¿quién es esa señorita? —preguntó el filósofo, a quien no era del todo desconocido aquel nombre, pronunciado ya dos o tres veces por Gilberto: ¿quién es esa señorita Andrea? Contestad:
—La hija del barón de Taverney: es, ¡ay!, perdonadme que os cuente tales cosas, pero me obligáis a ello, es la que amo más que habéis amado a la señorita Galley, madame de Warens u otra persona: es la que he seguido a pie, sin dinero, sin pan, hasta que caí en el camino, muerto de cansancio y dolor, es la que ayer he ido a ver en San Dionisio, tras la que he recorrido hasta la Muette, la que volví a seguir sin que me viese desde la Muette hasta la callé vecina a la vuestra, la que he visto por casualidad esta mañana en ese pabellón, y en fin, la misma por quien yo desearía ser un Turena, un Richelieu o un Rousseau.
Comprendía Juan Jacobo el corazón humano y el diapasón de sus voces: sabía que el mejor cómico no podía tener el acento lastimero con que hablaba Gilberto, ni el gesto febril con que acompañaba sus palabras.
—¿De manera que esa joven es la señorita Andrea?
—Sí, señor.
—¿Conque la conocéis?

—Soy el hijo de su nodriza.
—Mentíais, pues, ahora mismo cuando asegurabais no conocerla; luego, si no sois traidor, sois embustero.
—Señor —exclamó Gilberto—, me destrozáis el corazón, y en verdad que me haríais padecer menos matándome.
—¡Bah! fraseología, estilo de Diderot y de Marmontel: sois un embustero.
—Y bien, sí, señor —interrumpió tristemente el joven—, soy un embustero y deploro en el alma que no podáis entender la nobleza que encierra semejante mentira.
—¡Embustero!, ¡embustero!... ¡Ah! parto... ¡quedad con Dios! Parto desesperado, pero mi desesperación recaerá sobre vuestra conciencia.
Se acariciaba la barba Rousseau, contemplando a aquel joven que tenía con él mismo tan admirables analogías.
—He ahí un gran corazón, o un gran pícaro —dijo para sí—; pero si conspiran contra mí, ¿por qué no he de tener en mis manos los hilos de la conspiración?.
Anduvo Gilberto cuatro pasos hacia la puerta, y puesta la mano sobre el picaporte, sólo aguardaba la última palabra que lo despidiera terminantemente, o lo llamase.
—Hijo mío —dijo Juan Jacobo—, olvidemos todo esto. ¡Ay! ¡cuánto os queda que padecer si amáis tanto como habéis demostrado! Vamos, ya es tarde; habéis perdido el día de ayer, y hemos de copiar treinta páginas entre los dos. ¡Alerta, Gilberto, alerta!
Cogió el joven la mano del filósofo, y la llevó a sus labios: seguramente no hubiera hecho aquella demostración de humildad con la mano de un rey.
Mas antes de salir, y mientras Gilberto continuaba junto a la puerta, volvió a aproximarse Rousseau a la ventana, y dirigió su mirada hacia el pabellón.
En aquel momento acababa Andrea de dejar caer su bata, y cogía un vestido de manos de Nicolasa. Mas al ver aquel rostro pálido, aquel cuerpo inmóvil, hizo un movimiento brusco hacia atrás, y ordenó a Nicolasa que cerrara la ventana.
Obedeció la doncella.
—Se han asustado al ver un viejo —dijo Juan Jacobo—, este joven no les habría ciertamente causado tanto temor. ¡Oh hermosa juventud! —añadió suspirando.

O gioventù primavera del etá
O primavera gioventù del anno.

Y prendiendo nuevamente del clavo el vestido de Teresa, bajó melancólicamente la escalera detrás de Gilberto, por cuya juventud hubiera tal vez cambiado en aquel instante su reputación que equilibraba la de Voltaire y partía con ella la admiración de todo el mundo.

LV

LORENZA DUERME

La calle de San Claudio, donde el conde de Fénix había citado al cardenal de Rohán, no se diferenciaba tanto en aquel tiempo de la que hoy existe, que no podamos hallar todavía los vestigios de las localidades que nos proponemos describir.
Como ahora, desemboca en la calle de San Luis y un bulevar, pasando por la misma calle de San Luis, entre el convento del Sacramento y el palacio de Voysins, mientras que hoy divide en su extremo una iglesia y un almacén.
Uníase como hoy al bulevar por una pendiente muy rápida. Tenía quince casas, y siete faroles. Había también en ella dos callejones sin salida, uno a la izquierda, esquina al palacio de Voysins; y otro a la derecha, al que daba el gran jardín del convento del Sacramento.
A este callejón daban sombra por la derecha los árboles del convento, y por la izquierda lo cerraba la gran pared pardusca de una casa que se alzaba en la calle de San Claudio.
Parecido al rostro de un cíclope, esta pared no tenía más que un ojo, o si se quiere una ventana enrejada de espesas barras de hierro, y tapada con una red de alambre presentando un aspecto horriblemente obscuro.
Debajo de esta ventana, que nunca se abría, pues así lo demostraban telarañas que la entapizaban por fuera, había una puerta guarnecida de grandes clavos,

la cual indicaba, no que se entraba, sino que se podía entrar en la casa por este lado.
Nada más dos personas habitaban en esta callejuela: un zapatero de viejo dentro de un cajón de madera, y una calcetera en un tonel, ambos cobijándose bajo las acacias del convento, que desde las nueve de la mañana esparcían grata frescura sobre el empolvado suelo.
Al anochecer se marchaba la calcetera a su domicilio, y el zapatero echaba el candado a su palacio, quedando solamente para cuidar el callejón, el ojo sombrío y tétrico de la ventana de que hemos hablado.
Tenía la casa que procuramos describir lo más exactamente posible, además de la puerta que antes dijimos, otra entrada principal por la calle de San Claudio. Era una puerta cochera con un relieve que traía a la memoria la arquitectura del tiempo de Luis XIII, y se hallaba adornada con el aldabón de cabeza de grifo, que el conde de Fénix había indicado como seña positiva al cardenal de Rohán.
Las ventanas que caían al bulevar, estaban abiertas desde por la mañana para recibir los primeros rayos del sol.
Los habitantes de París, y con distinción los de aquel barrio, gozaban de poca seguridad en aquel tiempo; así es que nadie extrañaba ver las ventanas enrejadas y las tapias erizadas de alcachofas de hierro.
Esta casa, por delante de la cual nadie pasaría hoy sin pararse lleno de curiosidad y de inquietud, no tenía, sin embargo, en 1770 un aspecto muy extraño, pues se encontraba, por el contrario, en la más completa armonía con el barrio, y si los buenos habitantes de las calles de San Luis y de San Claudio, huían de ella y de sus alrededores, era a causa del bulevar desierto de la puerta de San Luis, bastante mal afamado, y del puente de Choux, cuyos arcos, construidos sobre un negro albañal, parecían a todo parisiense algo enterado de las tradiciones, las insuperables columnas de Gades.
El bulevar por este lado, sólo conducía a la Bastilla y apenas si se contaban diez casas en el espacio de un cuarto de legua. Así es que la municipalidad no había aún juzgado a propósito alumbrarle; de modo que al dar las ocho de la noche en el verano y las cuatro de la tarde en el invierno, nadie se atrevía a transitar por él, por ser grandemente peligroso, a causa de los muchos ladrones que lo frecuentaban.
No obstante, vióse un coche cuyas portezuelas estaban decoradas con las armas del conde de Fénix, que lo atravesaba velozmente hacia las nueve de la

noche y tres cuartos de hora después de la visita de San Dionisio.
Seguíale el conde unos veinte pasos, montado sobre *Djerid*, que hacía silbar su larga cola, aspirando al mismo tiempo el polvo que formaba con sus cascos.
En el carruaje, con las persianas echadas, reposaba Lorenza sobre mullidos cojines.
La puerta se abrió como por encanto al ruido de las ruedas, y el coche, después de haberse sepultado en las negras profundidades de la calle de San Claudio, desapareció en el zaguán de la casa que terminamos de describir. Instantáneamente se cerró la puerta.
Diremos ahora algunas palabras acerca del interior de esta casa.
En el patio se hallaban a la derecha las caballerizas, a la izquierda las cocheras, y en el fondo, un pórtico que conducía a una puerta desde donde se subía indistintamente por uno u otro lado, por una doble escalera de doce gradas.
La planta baja de la casa, a lo menos la que era accesible, se componía de una grande antesala, de un comedor notable por los magníficos objetos de plata que contenían sus aparadores, y en fin, de un salón que parecía recién amueblado, y acaso expresamente para recibir a sus nuevos inquilinos.
A la salida de este salón, y al penetrar en la antesala, se encontraba uno frente de una gran escalera que llegaba al primer piso, el cual se componía de tres piezas solamente: pero un geómetra hábil, midiendo con la vista la circunferencia del edificio, y calculando su diámetro, no hubiera podido menos de admirarse de ver tan pocas habitaciones en tal extensión. Sin embargo, su sorpresa cesaría si supiera que en aquella casa aparente existía otra oculta y tan sólo conocida del que la habitaba.
En la antesala, y al lado de una estatua del dios Harpócrates, que con el dedo sobre los labios parecía aconsejar el silencio, de que es emblema, movíase por un resorte una puertecita oculta entre los adornos de la arquitectura. Esta puerta daba acceso a una escalera embutida en un corredor que conducía a un cuartito iluminado por dos ventanas enrejadas, que daban a un patio interior. Este patio era la caja que ocultaba a la vista de todos la segunda caja.
El cuarto adonde llevaba la escalera secreta, era seguramente una habitación. Los guardapiés de las camas y los sillones y sofás, eran de magníficas pieles de leones, de tigres y de panteras con ojos brillantes, y dientes que parecían todavía amenazadores. Las paredes, cubiertas de cuero de Córdoba con

dibujos del mejor gusto, hallábanse adornadas con armas de todas clases: desde el *tomahawk* del hurón, hasta el *cric* del malayo; desde la espada en forma de cruz de los antiguos caballeros, hasta el *canjiar* del árabe: desde el arcabuz incrustado de marfil del siglo xvi, hasta el fusil adamascado de oro del siglo xviii.

Se hubiera buscado inútilmente en aquella habitación otra salida que la de la escalera; quizás existía otra u otras varias, pero ocultas e invisibles.

Un criado alemán, de veinticinco a treinta años, el único que se había visto hacía muchos días andar por aquella gran casa, echó los cerrojos a la puerta de la calle, y abriendo la portezuela del carruaje, en tanto que el cochero impasible desenganchaba ya los caballos, sacó a Lorenza dormida, y la condujo en sus brazos a la antesala; allí la depositó encima de una mesa cubierta con un tapete rojo, y con cierta discreción le cubrió los pies con el gran velo blanco que traía puesto.

Luego salió a encender a la luz de los faroles del coche un candelabro de siete mecheros.

En este corto tiempo Lorenza había desaparecido.

El conde de Fénix había entrado después del ayuda de cámara, y cogiendo a su vez a Lorenza entre sus brazos, la había conducido por la puerta oculta y la escalera secreta al cuarto de armas, dejando con mucho cuidado cerradas tras sí las dos puertas.

Luego tocó un resorte con el pie. Abrióse de repente otra puerta formada con la plancha misma de aquélla, y moviendo sus silenciosos goznes, dio cabida al conde, que pasando por debajo del dintel, desapareció, volviéndose para cerrar con el pie de la misma manera que la había abierto aquella misteriosa puerta.

Junto a la chimenea había otra segunda escalera, y después de subir quince escalones, alfombrados de terciopelo de Utrecht, llegó a una sala elegantemente colgada de raso recamado de flores con colores tan vivos y tan bien dibujadas que parecían naturales.

El mobiliario era de madera dorada: dos grandes armarios de concha incrustados de metal, un clave y un tocador de palo de rosa y una hermosa cama con adornos de porcelana de Sèvres completaban la parte indispensable del ajuar. Varias sillas, sillones y sofás simétricamente colocados en un estrecho de treinta pies en cuadro, adornaban el resto de la habitación, que sólo se componía de un gabinete de tocador y de un retrete inmediato a la

sala.
Daban luz al aposento dos ventanas ocultas con grandes cortinas. Lámparas, en las que ardía un aceite perfumado, alumbraban noche y día, y extraídas por el techo, cuidaban de ellas manos invisibles.
No se percibía ningún ruido en esta habitación que parecía hallarse situada a cien leguas del mundo. Sólo el oro brillaba por todas partes; hermosas pinturas adornaban sus paredes, y grandes cristales de Bohemia, de trasparentes facetas, parecieron iluminarse, cuando después de haber colocado a Lorenza sobre un sofá, el conde, poco satisfecho de la poca luz del retrete, hizo desprender fuego del estuche de plata que tanto había dado que pensar a Gilberto, y encendió sobre la chimenea dos candelabros llenos de bujías color de rosa. Volviéndose al punto hacia la joven e hincando una rodilla delante de ella sobre un almohadón, exclamó:
—¡Lorenza!
Al oír su nombre, la joven se inclinó apoyándose sobre un codo, y sus ojos continuaron cerrados.
—¡Lorenza! —repitió el conde—, ¿dormís con vuestro sueño ordinario, o con el sueño magnético.
—Con sueño magnético —contestó.
—Entonces, ¿podréis contestar si os interrogo?
—Creo que sí.
—Bien está.
Hubo un momento de silencio, y el conde prosiguió:
—Mirad hacia la habitación de madame Luisa que hemos dejado hará tres cuartos de hora, poco más o menos.
—Ya miro —respondió Lorenza.
—¿Veis?
—Sí.
—¿Se encuentra allí el cardenal de Rohán?
—No lo veo.
—¿Qué hace la princesa?
—Reza para acostarse.
—Dirigid la vista por los corredores y patios del convento a ver si veis a Su Eminencia.
—No lo veo.
—Ved si su coche está aún en la puerta.

—Ya no está.
—Recorred el camino que hemos traído.
—Ya lo sigo.
—¿Veis algún coche?
—Sí, sí, varios.
—¿Y al cardenal de Rohán?
—No lo veo.
—Acercaos a París.
—Ya me acerco.
—Acercaos más.
—Bien.
—Más, más.
—¡Ah! ya lo veo.
—¿En dónde está?
—Próximo a la barrera.
—¿Ha entrado?
—En este momento... un lacayo baja detrás del coche.
—¿Le habla?
—Se dirige a hablarle.
—Escucha, Lorenza. Importa mucho que yo sepa lo que el cardenal dice a ese hombre.
—Me habéis mandado escuchar, cuando ya no era tiempo. Pero aguardad, aguardad, el ayuda de cámara habla al lacayo.
—¿Qué le dice?
—Calle de San Claudio, en el Marais, por el bulevar.
—Bien, Lorenza, gracias.
El conde escribió algunas palabras sobre un papel, lo plegó alrededor de una chapilla de cobre, destinada seguramente a darle más peso, tiró del cordón de una campanilla, apretó un botón bajo el cual apareció una abertura, y dejó caer en ella el billete cerrándose enseguida.
Así se comunicaba el conde con Fritz cuando se hallaba encerrado en las habitaciones interiores. Y dirigiéndose otra vez hacia Lorenza: —¡Gracias! —repitió de nuevo.
—¿Estás contento de mí?
—preguntó la joven.
—Sí, querida Lorenza.

—¡Pues bien! dame entonces mi recompensa. Balsamo se sonrió y acercó sus labios a los de Lorenza, cuyo cuerpo se agitó con tan voluptuoso contacto.
—¡Oh!, José, José —exclamó con un suspiro de dolor—; José, ¡cuánto te amo!
Y extendió la joven sus brazos para estrechar a Balsamo contra su corazón.

LVI

AMAR EN SUEÑOS

Retrocedió el conde vivamente: los brazos de Lorenza no cogieron más que el aire, y tornaron a caer cruzados sobre su pecho.
—Lorenza —dijo Balsamo—, ¿deseas hablar con tu amigo?
—¡Ay!, sí —replicó la joven—; pero háblame tú frecuentemente: ¡me agrada tanto tu voz!
—Lorenza, me has dicho muchas veces que serías muy feliz si pudieras vivir conmigo, apartada de todo el mundo.
—¡Oh! ¡sería mi suprema felicidad!
—Pues bien: cumplo tus deseos; en esta estancia nadie puede perseguirnos, nadie puede molestarnos; estamos solos, completamente solos.
—¡Ah! ¡cuánto me alegro!
—Dime si te gusta esta habitación.
—Oblígame a que vea.
—¡Ve!
—¡Oh! ¡qué hermosa es! —exclamó.
—¿Conque te agrada? —preguntó el conde con dulzura.
—Sí, sí, veo mis flores favoritas, mis heliotropos de vainilla, mis rosas purpurinas, mis jazmines de China. Gracias, querido José mío: ¡qué bueno eres!
—Hago lo que me es posible para complacerte, Lorenza.
—¡Oh! haces cien veces más de lo que merezco.

—¿Lo confiesas?
—Sí.
—¿También confiesas que has sido muy ingrata?
—¡Ah!, sí, ¡demasiado ingrata! pero tú me perdonas, ¿es verdad?
—Serás perdonada una vez que me hayas explicado ese extraño misterio contra el cual lucho desde que te conozco.
—Balsamo, escucha: hay en mí dos Lorenzas muy distintas, una que te ama, y otra que te odia, así como hay también dos existencias completamente opuestas, la una, durante la cual absorbo todas las alegrías del Paraíso, y la otra, durante la cual experimento todos los tormentos del infierno.
—Esas dos existencias, son la vigilia y el sueño, ¿es verdad?
—Sí.
—Y cuando duermes me amas, y me detestas cuando velas.
—Sí.
—¿Por qué?
—Lo ignoro.
—Debes saberlo.
—No.
—Reúne bien tus recuerdos, consulta tus ideas, profundiza tu propio corazón...
—¡Ah, sí!... Ahora comprendo.
—Habla.
—Cuando Lorenza vela, es la romana, es la mujer supersticiosa de Italia: cree que la ciencia es un crimen y el amor un pecado. Entonces mira con miedo al sabio Balsamo, al hermoso José. Su confesor le dijo que amándote condenaría su alma, y huirá de ti sin cesar hasta el cabo del mundo.
—¿Y cuando Lorenza duerme?
—¡Oh! entonces es diferente, ya no es romana, ya no es supersticiosa, es mujer: lee en el corazón y en el espíritu de Balsamo, ve que este corazón la ama, comprende que esa inteligencia proyecta cosas sublimes, y conoce, en resumen, cuan superior es a ella. Entonces desea con ardor vivir y morir a su lado, a fin de que la posteridad pronuncie en voz baja el nombre de Lorenza a la vez que pronunciará en voz alta el de... ¡Cagliostro!
—¿Luego bajo ese nombre llegaré a ser célebre?
—Sí, sí, bajo ese nombre.
—¡Querida Lorenza! ¿Conque estarás gustosa en este nuevo aposento?

—Sí, es inmensamente más rico que todos los que hasta ahora me has destinado; pero ésa no es la causa de mi alegría.
—¿Cuál es?
—Que me has ofrecido habitarlo conmigo.
—¡Ah! ¿cuando duermes comprendes que te amo con pasión?
Abrazó la joven convulsivamente sus rodillas, en tanto una pálida sonrisa asomaba a sus labios, y exclamó:
—Sí, sí, lo conozco, y sin embargo —añadió exhalando un suspiro—, hay una cosa que amas aún más que a Lorenza.
—¿Qué cosa? —preguntó Balsamo agitado.
—Tu sueño.
—Di mi empresa.
—Tu ambición.
—Di mi gloria.
—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!
Oprimióse el corazón de la joven, y lágrimas silenciosas corrieron al través de sus párpados cerrados.
—¿Qué ves? —preguntó Balsamo asombrado de aquella lucidez que a veces también a él mismo le espantaba.
—¡Oh! veo tinieblas entre las cuales se deslizan fantasmas: algunas llevan en la mano sus cabezas coronadas, y tú, tú te encuentras en medio de todos como un general en medio de una batalla. Parece que tienes los poderes de Dios; mandas, y te obedecen.
—Bueno —dijo Balsamo con satisfacción—, ¿eso que ves, no te envanece?
—¡Oh! eres muy bueno para elevarte tanto. Además, yo me busco entre toda esa multitud que te rodea, no me hallo. Oh! no podré verte... no podré verte —murmuró tristemente.
—¿Pues dónde estarás?
—Muerta.
—¡Muerta tú, Lorenza mía! —prorrumpió Balsamo estremeciéndose—: no, no, viviremos juntos para amarnos.
—Tú no me amas.
—Sí, sí te amo.
—Pero no mucho —contestó cogiendo con ambas manos la cabeza de José... —no mucho—, agregó apoyando en su frente sus labios enardecidos que multiplicaban sus caricias.

—¿Qué puedes reprocharme?
—Tu frialdad. ¿Lo ves?... te apartas. Mis labios quizá te abrasan puesto que esquiváis mis besos. ¡Oh!... devuélveme mi sosiego inocente, mi convento de Subiaco y las noches de mi celda solitaria. Devuélveme los besos que me enviabas en las alas de las brisas misteriosas y que en mi sueño veía llegar a mí como sílfides con alas de oro, que anegaban mi alma en un mar de delicias.
—¡Lorenza! ¡Lorenza!
—¡Oh! Balsamo, no huyas de mí, te lo ruego; dame tu mano para que la estreche entre las mías; dame a besar tus ojos; ¿no soy tuya?
—Sí, sí, mi Lorenza querida, eres mía, eres mi mujer muy amada.
—Y consientes que viva así a tu lado, inútil, abandonada: ¡tienes una flor casta y solitaria, que te invita con su fragancia, y la rechazas! ¡Ah! nada soy para ti.
—No, en verdad, lo eres todo, Lorenza mía, puesto que sin ti nada podría, tú eres la que me das las fuerzas, el poder, el genio. Deja, pues, de amarme con esa fiebre insensata que perturba la tranquilidad de las mujeres de tu país. Ámame como yo te amo.
—¡Oh! no es amor, no es amor lo que sientes por mí.
—Pero es a lo menos todo cuanto de ti exijo, porque tú me das cuanto yo deseo, y con esa posesión del alma tengo bastante para ser feliz.
—¡Feliz! —exclamó Lorenza con aire desdeñoso—. ¿Llamas a eso ser feliz?
—Sí, porque para mí, ser feliz, es ser grande.
Un suspiro amargo salió del pecho de la joven.
—¡Oh! ¡Lorenza mía! ¡si supieras lo que vale leer en el corazón de los hombres para vencerlos con sus propias pasiones!
—Sí, ya sé que sólo te sirvo para eso.
—Todavía hay más: tus ojos leen para mí en el libro cerrado del porvenir, y lo que no he aprendido en veinte años de trabajos y miserias, tú, mi dulce paloma, inocente y pura, cuando quieres me lo enseñas. Mis pasos, a los que tantos enemigos preparan emboscadas, tú los guías; mi inteligencia, de la que dependen mi vida, mi fortuna y mi libertad, tú la dilatas como el ojo de lince que ve durante la noche. Tus hermosos ojos, al cerrarse a la luz de esta vida, se abren a una claridad sobrehumana, y velan por mí. Tú eres la que me haces libre, rico y poderoso.
—¡Y en cambio tú, me haces desgraciada! —exclamó Lorenza, loca de amor.

Y más apasionada que nunca, rodeó con sus brazos a Balsamo, que dominado también por la llama eléctrica, sólo oponía ya una débil resistencia.
No obstante, hizo un esfuerzo, y logrando desunir aquel lazo vivo que lo encadenaba:
—¡Ay, Lorenza, Lorenza! —exclamó—: apiádate de mí.
—Soy tu esposa —repuso la joven—, ¡y no tu hija! Ámame, pues, como un esposo ama a su esposa, y no como me amaba mi padre.
—Lorenza —repuso Balsamo trémulo y no pudiendo dominar sus deseos—, te suplico que no exijas de mí otro amor que el que puedo darte.
—¡Pero eso no es amor! ¡no es amor! —repitió la joven levantando con desesperación sus brazos al cielo.
—¡Oh! sí es amor... pero amor santo y puro, como el que se debe tributar a una virgen.
La joven, con un brusco movimiento, desató las largas trenzas de su negra cabellera: su brazo tan blanco y nervioso al mismo tiempo se dirigió amenazador hacia el conde.
—¿Qué has dicho? —exclamó con voz breve y desolada—. ¿Por qué me has obligado a abandonar mi patria, mi nombre, mí familia, y hasta mi culto? Porque mi Dios no es el tuyo. ¿Por qué me has acercado a ti y has tomado sobre mí ese imperio absoluto, que me hace tu esclava? ¿Por qué has ligado mi vida a la tuya? ¿Para llamarme después la virgen Lorenza?
No pudo contener Balsamo un doloroso suspiro, que le arrancó el intenso dolor de aquella mujer desesperada.
—¡Ay! —dijo—, cúlpate a ti misma o más bien culpa a la Naturaleza que hizo de ti un ángel cuya mirada infalible somete al Universo. Dotada de extraordinaria lucidez, tú lees en los corazones con tanta facilidad como un libro: eres el ángel de pureza, el diamante sin mancha, y nada puede nublar tu espíritu, porque viendo Dios esta forma tan pura y radiante, se digna dejar descender hasta ella, cuando yo le invoco en nombre de los elementos que ha creado, su santo espíritu, que de ordinario se mece sobre seres vulgares y sórdidos, por no hallar en ellos un sitio sin mancha donde poder posarse. Lorenza: tú, virgen, eres la inspirada de Dios; mujer, no serías más que materia.
—¿Y no prefieres mi amor —preguntó la joven torciendo convulsivamente sus hermosas manos—, y no prefieres mi amor a esos ensueños que ambicionas, y a esas quimeras que crea tu imaginación? ¿Y me condenas a la

castidad de las religiosas, con la tentación del ardor inevitable de tu presencia? ¡Ah! José, José, cometes un crimen.
—No blasfemes, Lorenza mía —replicó Balsamo—, yo sufro como tú. Lee en mi corazón, te lo ordeno y después di que no te amo.
—¿Pues por qué te resistes a ti mismo?
—Porque deseo elevarte conmigo sobre el trono del mundo.
—¡Oh Balsamo! —murmuró la joven—, ¿podrá jamás proporcionarte tu ambición lo que te ofrece mi amor?
Impulsado irresistiblemente por su pasión el conde, y arrastrado por ella, reclinó su cabeza sobre el pecho de Lorenza.
—¡Ah! sí, sí —exclamó ésta—; veo que me prefieres a tu ambición, a tu poder, y a tus esperanzas. ¡Oh! ¡al fin me amas como yo te amo!
Intentó Balsamo sacudir la nube embriagadora que comenzaba a ofuscar su razón, pero su esfuerzo fue inútil.
—¡Un! puesto que me amas tanto —exclamó—, apiádate de mí.
Ya no le oía Lorenza: acababa de formar con sus brazos una de esas cadenas irresistibles, más tenaces que grapas de hierro, y más sólidas que el diamante.
—Como hermana, como virgen, como esposa, como pretendas te amaré, pero dame un beso, uno solo.
Balsamo quedó subyugado. Vencido y enajenado por tanto amor, y sin fuerzas para dominarse más tiempo, con la vista fija, el pecho agitado, y la cabeza trastornada, se acercó a Lorenza tan invenciblemente atraído como el acero por el imán.
Iban ya sus labios a tocar los de la joven, cuando recobró de pronto la razón, y azotando con sus manos el aire impregnado de voluptuosos vapores, exclamó:
—¡Despertad, Lorenza, yo lo mando!
Al momento se soltó aquella cadena que no había podido romper, los brazos que le enlazaban se extendieron, la sonrisa ardiente que entreabría los labios secos de Lorenza desapareció, languideciendo como un resto de vida al postrimer suspiro: abriéronse sus ojos, volvieron a contraerse sus pupilas dilatadas, agitó los brazos con esfuerzo, y haciendo un movimiento de cansancio, cayó de nuevo, pero despierta, sobre el sofá.
Sentado Balsamo a tres pasos de ella, exhaló un profundo suspiro.
—Adiós, sueños dorados —murmuró—, ¡adiós felicidad!

LVII

ODIAR DESPIERTA

Cuando Lorenza recobró su poder, dirigió una rápida mirada a su alrededor, y después de examinar cada cosa sin que ninguna de esas mil coqueterías que alegran a las mujeres desarrugarse al parecer la gravedad de su fisonomía, fijó los ojos en Balsamo con un temblor doloroso.
Estaba sentado el conde a poca distancia de ella, y la observaba con suma atención.
—¡Siempre vos! —exclamó retrocediendo la joven.
Y las señales todas de temor, aparecieron de nuevo en su semblante; sus labios palidecieron, y el sudor brotó a la raíz de su cabello.
Balsamo permaneció silencioso.
—¿Dónde estoy? —prosiguió Lorenza.
—No habréis olvidado de dónde venís, señora —continuó el conde—, y esto debe conduciros naturalmente a comprender donde estáis.
—Sí, tenéis razón en excitar mis recuerdos: ya hago memoria, en efecto. Sé que me habéis perseguido y arrebatado de los brazos de la augusta intercesora que había elegido.
—Pues entonces, sabréis también que esa princesa, a pesar de su poder, no ha podido defenderos.
—Sí, la habéis dominado por medio de alguna violencia mágica —exclamo Lorenza juntando sus manos—. ¡Uh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! libradme de este demonio.
—¿Conque veis en mí un demonio, señora? —dijo Balsamo encogiéndose de hombros—. Os suplico que dejéis esas creencias pueriles y esa infinidad de supersticiones ridículas y absurdas que os han acompañado desde vuestra salida del convento.
—¡Oh! ¡mi convento! ¡Quién volviera a él! —exclamó Lorenza deshecha en lágrimas.
—Es cierto —dijo Balsamo con ironía—: un convento es una cosa digna de

echarse de menos.
Se dirigió Lorenza precipitadamente hacia una de las ventanas, descorrió las cortinas, alzó la falleba, y extendiendo su mano, se cogió a uno de los hierros de la reja cubierta con una red de alambre oculta con flores que la hacían perder mucho de su significación sin quitarle nada de su eficacia.
—Prisión por prisión —exclamó Lorenza—, prefiero la que conduce al cielo, a la que conduce al infierno.
Apoyó con fuerza los puños delicados sobre una de las barras que atravesaban la reja.
—Lorenza, si fuerais más razonable, sólo encontraríais flores en vuestra ventana.
—¿Y no lo era cuando me encerrabais en la otra cárcel ambulante, en compañía de ese vampiro a quien llamáis Althotas? No obstante, no me perdíais de vista; era vuestra prisionera, y cuando os separabais de mí, siempre me dejabais dominada por ese espíritu que me posee y que no puedo combatir. ¿Dónde está ese pavoroso viejo que me hace morir de terror? En algún rincón sin duda, ¿es verdad? Callemos un momento, y oiremos su voz de fantasma salir de las entrañas de la tierra.
—Señora, atormentáis vuestra imaginación —replicó el conde—. Althotas, mi preceptor, mi amigo, mi segundo padre, es un anciano inofensivo que nunca os ha visto, que jamás se ha acercado a vos, y que si se ha acercado, u os ha visto, no ha fijado siquiera la atención, entretenido como se halla en la prosecución de su obra.
—¡Su obra! —murmuró Lorenza—; ¿y qué obra es ésa? decidlo.
—Busca el elixir de vida, que todos los filósofos han buscado desde hace seis mil años.
—Y vos, ¿qué buscáis?
—La perfección humana.
—¡Oh! ¡qué infierno! ¡qué infierno! —exclamó Lorenza alzando las manos al cielo.
—¿Lo veis? —dijo el conde incorporándose—: vuestro acceso os acomete de nuevo.
—¿Mi acceso?
—Sí, vuestro acceso. Ignoráis una cosa, Lorenza, y es que vuestra vida está dividida en dos períodos iguales: durante el uno, sois buena, dulce, razonable, durante el otro, perdéis el juicio.

—¿Y ese vano pretexto de locura es el que alegáis para encerrarme?
—¡Ay! es necesario.
—¡Oh! sed cruel, bárbaro, inhumano, encarceladme, matadme, pero no seáis hipócrita, no finjáis compasión cuando me martirizáis.
—¡Vaya! —dijo Balsamo sin ofenderse, antes bien con dulce sonrisa—: ¿es un martirio vivir en esta estancia elegante y cómoda?
—Rejas, rejas por todas partes, barras de hierro, ningún aire libre.
—Están ahí esas rejas para proteger vuestra vida.
—¡Oh! —dijo—: ¡me condena a morir en fuego lento, y afirma que piensa en mi vida, que se interesa por ella!
Se acercó Balsamo y con un gesto amistoso, quiso tomarle la mano; pero la joven retrocedió como si le hubiese picado una víbora, exclamando:
—¡Oh! no me toquéis.
—¿Conque es decir que me odiáis?
—Preguntad a la víctima si aborrece al verdugo.
—Lorenza, Lorenza, porque no quiero llegar a serlo, os privo en parte de vuestra libertad. ¿Si pudieseis salir y entrar cuando quisieseis, quién sabe lo que haríais en uno de vuestros momentos de locura?
—¡Lo que haría! ¡Oh! que me vea algún día libre y veréis.
—¡Ah! Lorenza, muy mal tratáis al esposo que habéis elegido ante Dios.
—¡Que yo os he elegido! jamás.
—No obstante sois mi esposa.
—Eso es una maquinación infernal.
—¡Pobre loca! —dijo Balsamo con una mirada de compasión.
—¡Ah!... soy romana —murmuró la joven—, y día llegará en que consiga vengarme.
—¿Es verdad que decís eso para asustarme? —preguntó el conde moviendo dulcemente la cabeza.
—No, no, lo haré como lo digo.
—Mujer cristiana, ¿qué decís? —exclamó Balsamo con tono de imperiosa autoridad—. Conque, según eso, vuestra religión, que manda se vuelva el bien por el mal, no es más que una hipocresía, puesto que al mismo tiempo que afectáis cumplirla, volvéis el mal por el bien.
Estuvo Lorenza durante algunos instantes como sorprendida de la fuerza de estas palabras.
—¡Oh! —dijo al fin—, no es una venganza, sino una obligación, denunciar a

la sociedad sus enemigos.
—Si me delatáis por nigromántico, por hechicero, no es a la sociedad a quien ofendo, sino a Dios a quien desafío; y entonces, Dios, que puede con una sola señal confundirme, ¿por qué no se toma el trabajo de castigarme, y deja este cuidado a los hombres débiles, y sujetos al error como yo?
—Porque olvida y tolera —murmuró la joven—, aguardando que os convirtáis.
—Y, sin embargo —añadió Balsamo sonriéndose—, os aconseja que vendáis a vuestro amigo, a vuestro bienhechor, a vuestro esposo.
—¡Mi esposo! A Dios gracias nunca vuestra mano ha tocado la mía sin avergonzarme o estremecerme.
—Y ya sabéis que siempre he procurado generosamente evitaros ese contacto.
—Es cierto: sois casto, y ésta es la única compensación concedida a mis desgracias. ¡Oh! ¡si me viera obligada a soportar vuestro amor!
—¡Oh! ¡misterio, misterio impenetrable! —exclamó el conde, que parecía seguir su pensamiento más bien que responder a Lorenza.
Concluyamos —interrumpió ésta—: ¿por qué me priváis de libertad?
—¿Por qué, después de habérmela sacrificado espontáneamente, pretendéis recobrarla? ¿por qué huís del que os protege? ¿por qué vais a pedir auxilio a una extranjera contra el que os ama? ¿por qué amenazáis constantemente al que nunca os amenaza, con descubrir secretos que no son vuestros, y cuyas consecuencias ignoráis?
—¡Oh! —dijo Lorenza no respondiendo a estas preguntas—, el prisionero que desea firmemente recobrar su libertad, la recobra tarde o temprano, y vuestras barras de hierro no podrán sujetarme más que me sujetó vuestra jaula ambulante.
—Por fortuna para vos, son bastante fuertes —observó el conde con amenazadora serenidad.
—Dios me enviará alguna tempestad como la de Lorena, o algún rayo que las rompa.
—Creedme, Lorenza, pedidle más bien que no suceda así; desconfiad de esas exaltaciones romancescas; os hablo como amigo, oídme.
Tanta cólera había concentrada en la voz de Balsamo, tanto fuego sombrío en sus miradas, y su musculosa mano se crispaba de tan extraño modo a cada una de las palabras que pronunciaba lenta y casi solemnemente, que, aturdida

Lorenza, en lo más fuerte de su rebelión, no pudo menos de escuchar a pesar suyo.
—Hija mía, ya veis —prosiguió el conde sin que su voz hubiese perdido nada de su amenazadora dulzura—, que he procurado hacer esta prisión habitable para una reina, y aunque lo fueseis, nada os faltaría aquí. Calmad, pues, esa exaltación absurda; vivid aquí como hubierais vivido en vuestro convento; habituaos a verme; amadme como a un hermano. Yo tengo grandes pesares, os los confiaré; una sonrisa de vuestros labios me consolará de mis crueles desilusiones. Cuanto más buena, sufrida y resignada os vea, más adelgazaré los hierros de vuestra celda. ¡Quién sabe! Dentro de un año, de seis meses, os veréis tan libre como yo, en términos que ya no trataréis de robarme vuestra libertad.
—¡No, no! —exclamó Lorenza—, basta ya de promesas, basta ya de engaños; me habéis raptado violentamente: yo soy dueña de mi libertad, y ya que no queréis devolvérmela, tolerad al menos que me consagre a Dios. Si he sufrido hasta ahora vuestro despotismo, ha sido porque no olvidaba que me arrancasteis del poder de unos bandidos que iban a deshonrarme; pero ya se debilitó esa gratitud, y si os empeñáis en tenerme algunos días más encerrada en esta prisión, perderé hasta el último vestigio de agradecimiento, y tarde o temprano creeré que teníais relaciones misteriosas con ellos.
—¿Conque seríais capaz de creerme jefe de bandidos?
—¡Quién sabe! sorprendí ciertas señas, ciertas palabras...
—¡Cómo! —interrumpió el conde palideciendo.
—Sí, sí —prosiguió Lorenza—, las sorprendí, las sé, no las desconozco.
—Pero nunca las repetiréis a nadie: las guardaréis para siempre en vuestra memoria.
—¡No; todo lo contrario! —exclamó Lorenza gozosa de encontrar en su cólera el sitio vulnerable de su antagonista—. Conservaré religiosamente en mi memoria esas palabras; me las repetiré a mí misma en voz baja cuando me halle sola, y las pronunciaré en voz alta cuando se presente una ocasión: ya las he dicho.
—¿A quién? —preguntó Balsamo.
—A la princesa Luisa.
—Pues bien, Lorenza, acordaos de lo que vais a oír —dijo el conde cerrando convulsivamente los puños para reprimir su enojo—: si las habéis dicho, no las volveréis a decir; no, porque esas puertas no se abrirán jamás, porque

aguzaré las puntas de esos hierros, porque levantaré, si es necesario, las paredes de ese patio tan altas como las de Babel.
—Os he dicho ya —replicó Lorenza—, que se rompen fácilmente las cadenas, cuando el amor a la libertad se refuerza con el odio que inspira el tirano.
—Está bien, romped las vuestras cuando os acomode, Lorenza; pero escuchad antes lo que os espera: únicamente podréis escapar dos veces de este encierro: la primera, os castigaré tan cruelmente, que derramaréis hasta la última lágrima de vuestro cuerpo; la segunda os castigaré tan inhumanamente, que derramaréis hasta la última gota de sangre de vuestras venas.
—¡Dios mío! ¡Dios mío! será capaz de matarme —exclamó la joven en el último extremo de la cólera, mesándose los cabellos, mientras se arrastraba por la alfombra.
Miróla el conde un momento con cierta mezcla de cólera y compasión; mas la compasión pudo más que la cólera, y dijo:
—Vamos, Lorenza, volved en vos, tranquilizaos, llegará día en que seáis recompensada con usura de lo mucho que habéis sufrido o creído sufrir.
—¡Encerrada! ¡encerrada! —gritó la joven sin escuchar a Balsamo.
—Paciencia.
—¡Castigada!
—Es un plazo de prueba.
—¡Loca! ¡loca!
—Sanaréis.
—¡Oh! ¡dejadme desde luego en un hospital de locos! ¡recluidme de una vez en una verdadera cárcel!
—No lo haré: vos misma me habéis prevenido de lo que haríais contra mí.
—Entonces —exclamó Lorenza—, asesinadme, asesinadme ahora mismo.
Levantóse con la agilidad y la rapidez de una fiera, y se precipitó con ánimo de romperse la cabeza contra la pared.
Balsamo, extendiendo hacia ella su mano, pronunció con la voluntad más que con los labios una sola palabra, que fue suficiente para contenerla. La joven se detuvo súbitamente, vaciló, y cayó dormida en sus brazos.
El misterioso encantador, que dominaba al parecer toda la parte material de aquella mujer, pero que luchaba inútilmente contra la parle moral, la alzó en sus brazos, la llevó a la cama, y estampó un beso en sus labios, corrió las

cortinas y salió.
Un sueño dulce y tranquilo envolvió a la joven como el manto de una tierna madre envuelve al hijo mimado después de haber sufrido mucho y llorado con el mayor desconsuelo.

LVIII

EL CARDENAL DE ROHÁN EN EL DOMICILIO DEL CONDE DE FÉNIX

No se engañaba Lorenza. Después de cruzar la barrera de San Dionisio, y seguir en toda su longitud el arrabal del mismo nombre, un coche, dando la vuelta entre la puerta y el ángulo formado por la última casa, continuaba rodando a lo largo del bulevar.
Iba en el coche, como había dicho Lorenza, M. Luis de Rohán, obispo de Estrasburgo, que impulsado por su impaciencia, venía a ver antes del tiempo fijado, al hechicero en su misterioso domicilio.
El cochero, a quien las muchas y galantes aventuras del buen prelado habían hecho aguerrido contra la oscuridad, los barrancos y los peligros de ciertas calles tenebrosas, no se acobardó en lo más mínimo cuando después de haber seguido los bulevares de San Dionisio y San Martín, todavía poblados e iluminados, le fue preciso entrar en el bulevar desierto y sombrío de la Bastilla.
Detúvose el carruaje en el ángulo de la calle de San Claudio, y según la orden del amo fue a ocultarse bajo los árboles, a veinte pasos de distancia.
M. de Rohán, en traje de seglar, se deslizó entonces en la calle y llamó tres veces a la puerta de la casa que pudo sin dificultad reconocer por la descripción que le había hecho de ella el conde de Fénix.
Se escucharon pasos en el patio, y se abrió la puerta.
—¿No habita aquí el señor conde de Fénix? —preguntó el príncipe.
—Sí, señor —contestó el lacayo.
—¿Se encuentra en casa?.

—Sí, señor.
—Bien, anunciad...
—¿A Su Eminencia el cardenal de Rohán?
Sorprendióse éste, y se miró de pies a cabeza, por si algún indicio revelaba su calidad, bien en su traje, o en su comitiva: pero estaba solo, y vestido de seglar.
—¿Cómo sabéis mi nombre? —preguntó.
—Me ha indicado el amo ahora mismo que esperaba a Vuestra Eminencia.
—Sí, pero mañana, pasado mañana...
—No, señor, esta noche.
—¿Vuestro amo ha dicho que me esperaba esta noche?
—Sí, señor.
—Bien, pues anunciadme —dijo el cardenal colocando dos luises en la mano de Fritz.
—Tened la bondad de seguirme —repuso éste.
Un movimiento de cabeza del prelado indicó que consentía en ello, y el lacayo se dirigió con paso acelerado hacia la puerta de la antesala, alumbrada por un candelabro de bronce.
Admirado y pensativo le seguía el cardenal.
—Amigo mío —dijo parándose en la puerta del salón—, aquí hay sin duda equivocación, y en ese caso no quisiera molestar al señor conde: es imposible que me espere, no sabiendo que debía venir.
—¿No es monseñor, Su Eminencia el cardenal príncipe de Rohán, obispo de Estrasburgo? —preguntó Fritz.
—Sí, amigo mío.
—Pues sois el mismo a quien espera mi amo.
Encendió las bujías de otros dos candelabros, hizo una reverencia y salió.
Transcurridos cinco minutos, durante los cuales sufrió el cardenal una singular emoción, se puso a examinar los muebles elegantes que decoraban aquel salón. Se abrió la puerta, y el conde de Fénix apareció en el umbral.
—Buenas noches, monseñor —dijo sencillamente.
—Hanme dicho que me aguardabais esta noche —exclamó el cardenal sin responder al saludo—: esto me parece imposible.
—Efectivamente, os estaba esperando —contestó el conde—. Acaso dudéis de mis palabras, al comprender el indigno recibimiento que os hago: pero como hace muy pocos días que he llegado a París, no he tenido tiempo de

disponer nada. Ruego, pues, a Su Eminencia se sirva disimularme.
—¡Que me esperabais! ¿y quién os ha participado mi visita?
—Monseñor, vos mismo.
—¿Cómo?
—¿No habéis hecho detener vuestro coche en la barrera de San Dionisio?
—Sí.
—¿Es verdad que llamasteis a vuestro lacayo, y que bajó del coche para recibir vuestras órdenes?
—Es cierto.
—¿No le indicasteis calle de San Claudio, por el arrabal de San Dionisio y el bulevar, cuyas palabras repitió al cochero?
—Sí. ¿Pero me habéis visto? ¿me habéis oído?
—Os he visto, monseñor, os he oído.
—¿Estabais allí?
—No me hallaba allí, monseñor.
—¿Pues dónde os encontrabais?
—Aquí.
—¿Y desde aquí, pudisteis verme y oírme?
—Sí, monseñor
—Bah, no lo creo.
—¿Ignoráis que soy hechicero?
—¡Ah! lo olvidaba, es verdad. ¿Cómo debo deciros, el barón de Balsamo o el conde de Fénix?
—En mi casa me llamo el MAESTRO.
—Sí, ese es el título hermético. Pues bien, señor maestro, ¿conque me esperabais?
—Os esperaba.
—¿Y habíais templado vuestro laboratorio?
—Lo está siempre, monseñor.
—¿Me consentiréis entrar en él?
—Tendré el honor de conducir a Vuestra Eminencia.
—Yo os seguiré, pero con una condición.
—¿Cuál?
—Que me ofrezcáis no ponerme personalmente en relaciones con el diablo. Mucho miedo tengo a Lucifer.
—¡Ah! ¡ah! monseñor.

—Sí, es muy corriente tomar para que hagan las veces de diablos, grandes bribones de guardias franceses reformados, o maestros de esgrima que para representar al natural el papel de Satanás, apagan las luces y martirizan a las gentes con pellizcos y alfilerazos.
—Nunca —repuso Balsamo— olvidan mis diablos que tienen el honor de habérselas con príncipes, y olvidan las palabras de M. de Conde, que ofreció a uno de ellos, si no se estaba quieto, sacudirle tan bien la piel, que tendría que abandonarla o portarse más cortésmente.
—Muy bien —dijo el cardenal—; ya me habéis tranquilizado: entremos al laboratorio.
—¡Si Vuestra Eminencia tiene la bondad de seguirme!
—Vamos.

LIX

LAS BARRAS DE ORO

Subieron el cardenal y el conde por una escalera pequeña que conducía paralelamente desde la principal, a las habitaciones del primer piso. Balsamo abrió una puerta que se hallaba bajo una bóveda, y un corredor sombrío se presentó a los ojos del cardenal, que penetró en él resueltamente.
El conde cerró la puerta.
Al ruido producido, el cardenal se volvió con cierto temor.
—Monseñor, ya hemos llegado —dijo Balsamo—, sólo falta abrir y cerrar esta última puerta, y os prevengo que no os sorprendáis del sonido extraño que haga, porque es de hierro.
El cardenal, a quien el ruido de la primera puerta había hecho estremecer, celebró que le avisaran oportunamente, porque el rechinamiento metálico de los goznes y de la cerradura, hubieran puesto de mal humor a cualquiera, cuyos nervios hubieran sido menos susceptibles que los suyos.
Bajó tres escalones, y entró.

Un grande gabinete con vigas desnudas en el techo, una lámpara, infinidad de libros y de instrumentos de física y química: tal era el aspecto que a primera vista presentaba este nuevo aposento.
Pasados algunos minutos, el cardenal sintió que respiraba con dificultad.
—¿Qué demuestra esto? Aquí se ahoga uno; estoy bañado en sudor. ¿Qué ruido es ése?.
—He aquí la causa, monseñor, como dice Shakespeare —contestó Balsamo, descorriendo una gran cortina de amianto, y poniendo al descubierto un horno de ladrillo, en cuyo centro brillaban dos agujeros como los ojos del león en la oscuridad.
Ocupaba este horno el centro de una segunda pieza de doble tamaño que la primera, y que el príncipe no había podido ver, por estar oculta con la cortina de amianto.
—¡Oh! ¡oh! —exclamó el príncipe retrocediendo—: este es espantoso.
—Monseñor, es un horno.
—Cierto; pero habéis citado a Shakespeare, y yo citaré a Moliere; hay hornos de hornos; éste tiene un aspecto diabólico, y su olor me repugna. ¿Qué se cuece ahí dentro?
—Lo que Vuestra Eminencia me ha pedido.
—¡Cómo!
—No tengo duda de que Vuestra Eminencia me ha hecho el favor de aceptar una prueba de mi ciencia.
Hasta mañana por la noche no debía haberme puesto a trabajar, una vez que la cita que me hicisteis era para pasado mañana: pero como Vuestra Eminencia cambió de parecer, tan pronto le vi en camino para la calle de San Claudio, encendí el horno e hice la mixtión, de modo que de aquí a diez minutos, tendréis oro. Consentidme que abra el ventanillo para establecer una corriente de aire.
—¡Cómo! ¿estos crisoles?...
—En diez minutos nos proporcionarán oro tan puro como los zequíes de Venecia y los florines de Toscana.
—Si es que puede verse, veamos.
—Indudablemente, sólo que es necesario tomar algunas precauciones indispensables.
—¿Cuáles?
—Colocad sobre vuestro rostro esta máscara de amianto con ojos de vidrio,

sin lo cual, podría suceder, que el fuego, que es demasiado activo, os abrasara la vista.
—Cuidado con eso. ¡Cáspita! estimo mucho mis ojos, y no los daría por los cien mil escudos que me habéis ofrecido.
—Yo lo creía así, porque los ojos de Vuestra Eminencia son buenos y hermosos.
La galantería no desagradó al príncipe, en exceso celoso de sus ventajas personales.
—Y bien —dijo colocándose la máscara—: ¿decís que vamos a ver oro?
—Monseñor, así lo espero.
—¿En cantidad de cien mil escudos?
—Sí, señor, y algo más puede ser, porque he hecho una mixtión abundante.
—Cierto que sois un hechicero generoso —dijo el príncipe palpitándose el corazón de contento.
—Os ruego que os separéis un poco, porque voy a abrir el crisol.
Se puso Balsamo una camisa corta de amianto, agarró con brazo fuerte una palanca de hierro, y levantó una cobertura enrojecida por el calor del fuego, quedando descubiertos cuatro crisoles de igual forma. Los unos contenían una mixtura rojiza como bermellón, y los otros, una materia blanquecina ya, pero con un resto de transparencia purpurina.
—¿Ése es el oro? —preguntó el prelado en voz baja, como si tuviera miedo de turbar con una palabra demasiado alta el misterio que se efectuaba a su vista.
—¡Oh! sí, señor; estos cuatro crisoles están colocados por su orden: los unos tienen doce horas de cocción, y los otros once. La mixtión (y este es un secreto que revelo a un amigo de la ciencia), no se arroja en la materia sino en el mismo momento de la ebullición. Pero, como Vuestra Eminencia puede ver, el primer crisol blanquea ya, y podría con facilidad trasegarse la materia que se encuentra en su punto. Haceos atrás, monseñor.
El príncipe obedeció con la misma puntualidad que un soldado la orden de su jefe, y Balsamo, dejando la palanca de hierro ya caliente por el contacto de los crisoles enrojecidos, aproximó al horno una especie de yunque con ruedas, sobre el cual estaban engastados en formas de hierro ocho moldes cilíndricos de igual capacidad.
—Querido hechicero, ¿qué es esto? —preguntó el príncipe.
—Éste es el molde común y uniforme en que voy a colar vuestros rieles.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó el príncipe poniendo toda su atención.
Encima de las losas extendió Balsamo una capa de estopa blanca, como por vía de defensa, y poniéndose entre el yunque y el horno, abrió un gran libro, recitó varilla en mano un encanto, y cogiendo luego unas tenazas enormes, destinadas a encerrar el crisol en sus retorcidos brazos exclamó:
—Monseñor, este oro será de primera calidad.
—¡Cómo! —preguntó el príncipe—: ¿intentáis levantar esa olla de fuego?
—Sí, señor; y pesa cincuenta libras. ¡Oh!, no temáis; pocos fundidores tienen mis fuerzas y mi destreza.
—Ya, pero si el crisol reventase...
—¡Ah! monseñor, así me sucedió una vez en el año de 1399, verificando un experimento con Nicolás Flamel, en su casa de la calle de los Escribanos, junto a la capilla de Santiago. El pobre Flamel estuvo a punto de perder la vida, y yo perdí veintisiete marcos de una substancia más preciosa que el oro.
—¿Pero qué diablos me contáis, señor maestro?
—La verdad.
—¿En 1399 os dedicabais a la gran obra?
—Sí, señor.
—¿Con Nicolás Flamel?
—Justo, con Nicolás Flamel: descubrimos juntos el secreto cincuenta o sesenta años antes trabajando con Pedro el Bueno en la ciudad de Pola. No cerró el crisol con la necesaria ligereza, y tuvo el ojo derecho perdido por espacio de diez o doce años por la evaporación.
—¿Pedro el Bueno?
—El autor de la famosa obra de la *Margarita Pretiora*, que no dudo conocéis.
—Sí, y que lleva la fecha de 1330.
—La misma, monseñor.
—¿Conque conocisteis a Flamel y a Pedro el Bueno?
—He sido discípulo del uno, y maestro del otro.
En tanto que el cardenal espantado se preguntaba si sería aquel hombre Lucifer en persona, y no uno de sus secuaces, Balsamo introdujo en el horno su tenaza de largos brazos.
Fue eficaz y rápida la operación. El alquimista, una vez seguro que tenía bien agarrado el crisol, levantándolo solamente algunas pulgadas, hizo un esfuerzo vigoroso y levantó la espantosa marmita del ardiente hornillo. Las manos de las tenazas se enrojecieron al momento; después se vieron correr sobre la

arcilla incandescentes surcos blancos como relámpagos en una nube sulfurosa; los bordes del crisol tomaron un color rojo oscuro, a la vez que el fondo cónico aparecía aún sonrosado y argentino sobre la penumbra del horno. Por último, el líquido metal sobre el cual se había formado una capa color de violeta, con visos de oro, silbó por la gotera del crisol, cayendo en chorros de fuego en el molde negro, en cuyo orificio apareció furioso y espumante el oro, insultando con su brillo al vil metal que lo contenía.
Pasando a otro molde, dijo Balsamo:
—¡Al segundo!
Y éste se llenó con igual fuerza y destreza.
Bañaba el sudor la frente del alquimista, en tanto el espectador, oculto en la oscuridad, se persignaba de asombro. Ciertamente aquel cuadro inspiraba un horror salvaje y majestuoso. El rostro de Balsamo, alumbrado por los rojizos reflejos de la llama metálica, parecía al de los condenados que Miguel Ángel y Dante sepultan en el fondo de sus calderas.
Balsamo no respiró durante las dos operaciones: el tiempo urgía.
—Alguna merma habrá —dijo una vez llenado el segundo molde—: he dejado hervir la mixtura una centésima parte de minuto más.
—¡Una centésima parte de minuto más! —exclamó el cardenal no pudiendo ya reprimir su asombro.
—Demasiado es esto en alquimia, monseñor —replicó ingenuamente Balsamo—: pero entretanto ahí tiene Vuestra Eminencia dos crisoles vacíos y dos moldes que contienen cien libras de oro fino.
Y cogiendo el primer molde con el auxilio de sus poderosas tenazas, lo introdujo en el agua que humeó e hirvió largo tiempo; después lo abrió y sacó de él un pedazo intachable de la forma de un pan de azúcar aplastado por ambos polos.
—Hemos de aguardar cerca de una hora para los otros dos crisoles —dijo Balsamo—; ¿desea Vuestra Eminencia sentarse a tomar el fresco?
—¿Y esto es oro? —preguntó el cardenal sin contestar a la pregunta del alquimista.
—¿Quizá lo dudáis, monseñor? —repuso Balsamo sonriéndose.
—Como se ha engañado la ciencia tantas veces...
—Ocultáis algo de vuestro pensamiento, príncipe —interrumpió Balsamo— Presumís que os engaño y que os engaño a sabiendas. Si así fuese valdría muy poco a mis propios ojos, porque mi ambición no pasaría de las paredes

de mi gabinete, que os vería salir maravillado, perdiéndose toda vuestra admiración en casa del primer batidor de oro. Vamos, vamos, no forméis tal juicio de mí, príncipe, y creed que si yo tratara de engañar lo haría con más habilidad y con una idea más elevada. Además, ¿sabe Vuestra Eminencia de qué modo se prueba el oro?
—Sí: con la piedra de toque.
—No habrá dejado Vuestra Eminencia de hacer alguna vez la experiencia aun cuando no sea más que en las onzas de España, tan deseadas en el juego por ser del oro más fino que se conoce, pero entre las cuales suelen encontrarse muchas falsas.
—Me ha sucedido ciertamente.
—Pues bien, monseñor, aquí tenéis una piedra y ácido.
—No: estoy convencido.
—Sin embargo, hacedme el favor de aseguraos de que estas barras no son tan sólo de oro, sino de oro sin liga.
No quería el cardenal dar esta prueba de incredulidad; sin embargo, era evidente que no se hallaba convencido.
El conde tocó con su propia mano las barras, y sometió el resultado a la experiencia de su huésped.
—Veintiocho quilates —dijo—: voy a vaciar los otros dos.
Pasados diez minutos se veían las doscientas libras de oro sobre la estopa caliente por el contacto.
—¿Es verdad que Vuestra Eminencia ha venido en coche?
—Sí.
—Podéis mandar que lo acerquen, y mi lacayo colocará en él las barras.
—¡Cien mil escudos! —dijo el cardenal quitándose su máscara como para examinar con sus propios ojos el oro que yacía a sus pies.
—Y conocéis su origen, pues hasta le habéis visto fabricar.
—¡Oh! sí, podré dar fe.
—No, no digáis eso —exclamó vivamente el conde—, porque en Francia se estima poco a los sabios.
—Pues entonces, ¿qué puedo hacer por vos? —dijo el príncipe alzando con trabajo la barra de cincuenta libras en sus manos delicadas.
Le contempló Balsamo atentamente y se echó a reír sin respeto alguno.
—¿Que encontráis de risible en lo que he dicho? —preguntó el cardenal.
—Presumo que Vuestra Eminencia me ofrece sus servicios.

—Así es.
—¿Y no sería más lógico que le ofreciese los míos?
Ofendido el cardenal, contestó:
—Caballero, confieso que os portáis generosamente conmigo, y que debo estaros agradecido; pero si este agradecimiento debe humillarme, no consiento aceptar el servicio que me ofrecéis. Hay todavía en París, a Dios gracias, bastantes usureros que querrán prestarme hasta pasado mañana, mitad por empeño, mitad por mi firma, cien mil escudos; solamente mi anillo episcopal vale cuarenta mil libras.
Y el prelado enseñó su mano tan blanca como la de una mujer, en cuyo dedo anular brillaba un diamante del tamaño de una avellana.
—Príncipe —dijo Balsamo inclinándose—, es imposible que hayáis presumido ni por un instante que mi intención haya sido ofenderos.
Y luego, como si hablara consigo mismo:
—Es raro —continuó—, que la verdad cause tanto efecto a cualquiera que se llame príncipe.
—¿Cómo?
—Sin duda, Vuestra Eminencia me ofrece sus servicios, y yo pregunto, qué género de servicios son los que Vuestra Eminencia puede prestarme.
—Primero, mi crédito en la corte.
—Bien sabéis, monseñor, que ese crédito está ya muy vacilante, y casi me daría igual el de M. de Choiseul, que acaso cesará de ser ministro antes de quince días. En fin, príncipe, respecto a crédito atengámonos al mío y acertaremos. Ved qué hermoso brillante es ese oro. Siempre que a Vuestra Eminencia le sea necesario, se servirá avisarme desde la víspera o en la mañana del mismo día, y le proporcionaré todo el que quiera: con el oro todo se consigue, ¿no es verdad, monseñor?
—En parte —murmuró el cardenal, colocado en el rango de protegido y no pensando siquiera en recobrar su posición de protector.
—¡Ah! seguramente —añadió Balsamo— olvidaba que monseñor deseaba otra cosa que no es oro: un bien más precioso que todas las riquezas del mundo; pero esto no pertenece a la ciencia: es el resorte de la magia. Decid una palabra y el mágico reemplazará al alquimista.
—Gracias, nada más necesito, nada más quiero —repuso con tristeza el cardenal.
—Monseñor —dijo Balsamo aproximándose a él—, un príncipe joven, de

imaginación fogosa, rico, y que se llama Rohán, no puede dar semejante contestación a un mágico.
—¿Y por qué?
—Porque el mágico lee en el fondo del corazón, y comprende lo contrario.
—Nada deseo, nada quiero —repitió el príncipe sobresaltado.
—Por el contrario, yo creía que los deseos de Su Eminencia eran tales, que no se atrevía a confesárselos a sí mismo, comprendiendo que eran deseos de rey.
—Señor —dijo el cardenal temblando—, creo que os referís a ciertas palabras que dijisteis en las carmelitas de San Dionisio.
—Monseñor, es cierto.
—Luego os equivocasteis como ahora.
—¿No recordáis, monseñor, que veo tan claramente lo que sucede en vuestro corazón, como vi salir vuestro coche del convento, pasar la barrera, seguir el bulevar y pararse bajo los árboles a cincuenta pasos de esta casa?
—Explicaos, pues, y reveladme alguna cosa extraordinaria.
—Monseñor, los príncipes de vuestra casa han tenido siempre necesidad de un amor grande y peligroso, y no seréis vos verdaderamente quien degenere.
—No os comprendo, conde.
—Por el contrario, me comprendéis muy bien. Hubiera podido tocar con facilidad muchas cuerdas que vibran en vuestro corazón; pero lo creo inútil, y he preferido atacar desde luego la que estoy seguro que vibra más profundamente.
El cardenal alzó la cabeza, y haciendo el último esfuerzo de desconfianza, consultó las miradas fijas y tranquilas del conde.
Éste se sonreía con tal expresión de superioridad, que el cardenal bajó los ojos con timidez.
—¡Oh! tenéis razón, monseñor, tenéis razón: no me miréis, porque leo con excesiva claridad lo que sucede en vuestro corazón, porque vuestro corazón es como un espejo que conservase la forma de los objetos que reflejara.
—Silencio, conde de Fénix, silencio —dijo el cardenal dominado.
—Silencio, es verdad, porque no ha llegado aún la hora de declarar semejante amor.
—¿Todavía no habéis dicho?
—Todavía no.
—¿De modo que ese amor tendrá un porvenir?

—¿Por qué no?
—¿Me diríais si es tan insensato como yo mismo he creído, como creo todavía, y creeré hasta el momento en que me den una prueba de lo contrario?
—Monseñor, mucho pretendéis y nada puedo deciros sin ponerme antes en contacto con la persona que os lo ha inspirado, o con cualquier otro objeto de su pertenencia.
—¿Qué necesitáis para eso?
—Por pequeña que sea, una trenza de su cabello.
—¡Oh! sí, sois un hombre profundo: sí, lo habéis dicho: leéis en los corazones, como yo lo haría en un libro.
—Lo mismo me decía vuestro pobre tío, el caballero Luis de Rohán, al despedirme de él en la plataforma de la Bastilla, al pie del cadalso, al que subió con tanto valor.
—¿Y os dijo... que erais un hombre profundo?
—Y que leía en los corazones. Sí, porque yo le había pronosticado que el caballero de Préault le vendería. No me dio crédito, y así sucedió.
—¿Qué singular relación halláis entre mi antepasado y yo? —preguntó el cardenal palideciendo a pesar suyo.
—Sirve sólo para recordaros que debéis ser prudente al proporcionaros esos cabellos que será necesario cortar debajo de una corona.
—Eso importa poco; prometo traéroslos.
—Está bien, monseñor: aceptad ahora ese oro; espero que no dudaréis que lo es.
—Dadme una pluma y papel.
—¿Para qué, monseñor?
—Para haceros un recibo de cien mil escudos que con tanta generosidad me prestáis.
—¿En eso pensáis, monseñor? ¡Un recibo! ¿para qué?
—Tomo prestado frecuentemente, querido conde —contestó el cardenal—, pero os advierto que jamás recibo nada regalado.
—Pues como gustéis, querido príncipe.
Éste tomó una pluma y escribió en letras enormes y poco legibles, un recibo cuya ortografía asustaría al alma de un sacristán del día.
—¿Está bien? —preguntó presentándolo a Balsamo.
—Perfectamente —replicó éste guardándolo en el bolsillo sin mirarlo siquiera.

—¿No lo leéis, conde?
—Poseo vuestra palabra, y la palabra de los Rohán es la mejor garantía.
—Señor conde de Fénix —dijo el cardenal haciendo un medio saludo muy expresivo por parte de un hombre de su carácter—, sois un hombre muy galante, y ya que no puedo hacer nada por vos, contad con mi eterna gratitud.
Contestó Balsamo inclinándose, y agitó una campanilla a cuyo llamamiento se presentó Fritz.
Pronunció el conde algunas palabras en alemán.
Se bajó el lacayo, y como un chiquillo que cogiera ocho naranjas, algo embarazado, pero no encorvado ni perezoso, alzó las ocho barras de oro, con sus cubiertas de estopa.
—Es un hércules este mozo —dijo el cardenal.
—Es muy fuerte —respondió Balsamo—, verdad es que desde que está a mi servicio le doy cada mañana tres gotas de un elixir preparado por mi sabio amigo el doctor Althotas: así es que ya empieza a manifestar su aprovechamiento: dentro de un año podrá llevar los cien marcos en una sola mano.
—¡Maravilloso, incomprensible! —prorrumpió el cardenal—, ¡oh! no podré resistir el deseo de hablar de todo esto.
—Monseñor, hacedlo enhorabuena —replicó Balsamo sonriendo—; pero no olvidéis que descubrir lo que habéis visto, es comprometeros de venir a apagar vos mismo la llama de mi hoguera, si acaso cediera el parlamento a la tentación de hacerme quemar en la plaza de Grève.
Y después de acompañar a su ilustre visitador hasta la puerta cochera, se despidió de él saludándolo muy respetuosamente.
—No veo a vuestro criado —dijo el cardenal.
—Ha ido a llevar el oro al coche de Vuestra Eminencia.
—¡Cómo! ¿sabe dónde lo he dejado?
—Debajo del cuarto árbol, a la derecha, volviendo el bulevar: eso es lo que le dije en alemán.
Levantó las manos al cielo el cardenal, y desapareció en la oscuridad.
Después que Balsamo esperó el regreso de Fritz, subió a su habitación, cerrando las puertas detrás de él.

LX

EL ELIXIR DE LA INMORTALIDAD

Al quedarse solo, Balsamo acercóse a escuchar a la puerta de Lorenza que dormía con un sueño igual y tranquilo.
Entreabrió un postiguillo, y la contempló durante algunos momentos con dulce y tierna meditación. Cerrando después el postigo, y cruzando la estancia que hemos descrito, y que separaba la habitación de la joven del gabinete de física, apresuróse a apagar los hornillos abriendo un inmenso conducto, que dio salida al calor por la chimenea, y entrada a un caño de agua de un depósito que había en la azotea.
Enseguida guardó cuidadosamente en una cartera de tafilete negro el recibo del cardenal, diciendo:
—Buena es la palabra de los Rohán, pero para mí únicamente, y me conviene que allá se conozca el empleo que da al oro de los hermanos.
Cuando terminó estas palabras, le hicieron levantar la cabeza tres fuertes golpes dados en el techo.
—¡Hola! ¡hola! Althotas me llama.
Pero como se entretuvo en ventilar el laboratorio y arreglar simétricamente todos los objetos que contenía, se repitieron los golpes.
—¡Ah! se impacienta, buena señal.
Entonces cogió una larga vara de hierro y contestó a su maestro. Desprendió luego de la pared un anillo de hierro, y por medio de un resorte que dio de sí, una trampa se desprendió del techo, descendiendo lentamente hasta el suelo del laboratorio. Situóse Balsamo en el centro de la máquina, la cual, por medio de otro resorte, volvió a subir poco a poco, levantando su carga con la misma facilidad que las glorias de la Ópera se llevan a los dioses y diosas, llegando de esta suerte el discípulo a presencia de su maestro.
Esta nueva habitación del viejo sabio tendría de ocho a nueve pies de altura, por dieciséis de diámetro: recibía luz por la parte superior como los pozos, y estaba herméticamente cerrada por los cuatro costados.
Se conocerá fácilmente que esta habitación era un palacio, comparada con la que ocupaba en el carruaje.
Hallábase el anciano sentado en un sillón, en el centro de una mesa de

mármol, cortada en forma de herradura, y obstruida por todo un mundo, o más bien por todo un caos de plantas, redomas, herramientas, libros, aparatos y papeles llenos de caracteres cabalísticos.
Tan absorto estaba, que no se movió siquiera cuando se presentó Balsamo. La luz de una lámpara, fija en el punto culminante de la techumbre de cristales, reflejaba en su cráneo desnudo y reluciente.
Examinaba entre sus dedos una botella de cristal blanco, cuya transparencia consultaba poco más o menos lo mismo que un ama de gobierno económica que hace la compra por sí misma, examina a la luz los huevos que ha comprado.
Primero lo miró Balsamo en silencio, y pasado un instante dijo:
—Y bien, ¿qué sucede de nuevo?
—Sí, sí, acércate Acharat: estoy encantado, enajenado; ya lo hallé, ya lo hallé...
—¿El qué?
—¡Pardiez! lo que buscaba.
—¿El oro?
—¡Qué oro ni qué calabazas!
—¿El diamante?
—¡Qué insensatez! no son malas gangas el oro y el diamante, ¡y por mi ánima habría de qué alegrarse si hubiese encontrado eso!
—Entonces —preguntó Balsamo—, ¿lo que habéis encontrado es vuestro elixir?
—Sí, es mi elixir, esto es, la vida, ¿qué digo la vida?, la eternidad de la vida.
—¡Oh! ¡oh! —exclamó Balsamo entristecido, porque consideraba aquella investigación como una obra insensata; ¿todavía os ocupáis de ese sueño?
Pero sin escucharle Althotas, continuaba examinando amorosamente su redoma.
—En fin —dijo—, la proporción se ha encontrado: elixir dansteo, veinte gramos; bálsamo de mercurio, quince; precipitado de oro, quince; esencia de los cedros del Líbano, veinticinco.
—Creo, maestro, que ésa era vuestra última combinación, pues solamente habéis añadido el elixir dansteo.
—Es cierto, pero me faltaba además el ingrediente principal, el que liga todos los demás y sin el cual carecen de virtud.
—¿Y lo habéis encontrado?

—Seguramente.
—¿Pero podéis proporcionároslo?
—Con mucha facilidad.
—¿Cuál es?
—Hay precisión de agregar a las materias ya combinadas en esta redoma, las tres últimas gotas de sangre arterial de un niño.
—¿Pero dónde hallaréis ese niño? —dijo Balsamo asustado.
—Tú me lo proporcionarás.
—¿Yo?
—Sí, tú.
—Maestro, ¿estáis loco?
—¿Qué? —preguntó el impasible sabio lamiendo con fruición el exterior del frasco, donde por el tapón mal cerrado, rezumaba una gota de agua—: ¿qué?...
—¿Queréis un niño para coger las tres últimas gotas de su sangre arterial?
—Sí.
—Y para eso será necesario matarlo.
—Claro está, y cuanto más lindo sea mejor.
—No puede ser —dijo Balsamo cada vez más aterrado—, no se cogen así los niños para matarlos.
—¡Bah! —prorrumpió el viejo con una calma atroz—: ¿pues para qué los quieren?
—Para educarlos.
—¿Pues qué, el mundo ha cambiado? Hace tres años que nos ofrecían tantos cuantos queríamos, por un puñado de pólvora, o por media botella de aguardiente.
—Sí pero acordaos que eso ocurrió en el Congo.
—En el Congo. Me es indiferente que sea negro: recuerdo que los que nos ofrecían eran muy lindos, muy rizaditos y muy juguetones.
—Efectivamente —repuso Balsamo—; pero por desgracia ya no estamos en aquel país.
—¡Ah! ¡ya no estamos en el Congo! —exclamó Althotas— ¿pues dónde nos encontramos?
—En París.
—¡En París! Bien, nos embarcaremos en Marsella, y podremos llegar allá dentro de tres semanas.

—En efecto; pero necesito quedarme en Francia.
—¡Quedarte en Francia! ¿y por qué razón?
—Porque tengo que evacuar, algunos asuntos.
—¿Tú?
—Sí, y de mucho interés.
El anciano prorrumpió en una larga y lúgubre carcajada.
—¿Conque tienes que hacer en Francia? —prosiguió—. ¡Ah! sí, es cierto; tienes que organizar ciertos clubs...
—Querido maestro, así es.
—Que urdir conspiraciones.
—Es verdad.
—Y por fin, que evacuar asuntos de mucho interés, como tú dices.
Y el sabio volvió a soltar su carcajada falsa y burlona.
Balsamo se calló, reconcentrando todas sus fuerzas para hacer frente a la tempestad que se aproximaba y que ya oía rugir sobre su cabeza.
—¿Esos negocios en qué estado se hallan? Sepamos —dijo el anciano volviéndose con trabajo en su sillón, y fijando sus grandes ojos pardos en su discípulo.
Balsamo sintió que aquella mirada le penetraba como un rayo luminoso.
—¿En qué estado se hallan?
—Sí.
—He lanzado la primera piedra; el agua se ha enturbiado.
—¿Y qué sedimento has removido?
—El bueno, el sedimento filosófico.
—¿Y vas a poner en juego tus utopías exageradas, tus visiones? ¡Necio! ¡pierdes el tiempo en discutir sobre la existencia o no existencia de Dios, en lugar de ocuparte como yo en hacerte inmortal! Vamos, cuéntame quiénes son esos famosos filósofos con los cuales te has unido.
—Ya tengo al primer poeta y primer ateo de la época: uno de estos días regresará a Francia, de donde está poco menos que desterrado por haberse hecho masón en la logia que organicé en la antigua casa de los jesuitas, calle de Pot-de-Fer.
—¿Y se llama?
—Voltaire.
—No le conozco; ¿y quién más?
—Dentro de poco me pondrán en relaciones con el principal reformador de

las ideas del siglo; con el que ha escrito el *Pacto social*.
—¿Y cómo se llama?
—Rousseau.
—Tampoco sé quién es.
—Lo creo, porque no conocéis más que a Alfonso, a Raimundo Lulio, a Pedro Lulio, a Pedro de Toledo y al gran Alberto.
—Sí, porque esos son los únicos que han vivido realmente, porque ellos únicamente han agitado durante toda su vida esa gran cuestión de ser o no ser.
—Querido maestro, hay dos maneras de vivir.
—No conozco más que una; la de existir. Pero volviendo a tus dos filósofos: ¿cómo has dicho que se llaman?...
—Voltaire y Rousseau.
—Bien, me acordaré de esos nombres. ¿Y supones tú que con el auxilio de esos dos filósofos...?
—Podré apoderarme del presente, y minar el porvenir.
—¡Oh! ¡oh! ¡qué imbéciles son en este país que se dejan manejar con ideas!
—Al contrario: por lo mismo que tienen mucho talento, ejercen las ideas sobre ellos más influencia que los hechos. Además, cuento con un auxiliar más poderoso que todos los de la tierra.
—¿Cuál?
—El tedio. Hay mil seiscientos años que la monarquía dura en Francia, y los franceses están ya hastiados de ella.
—¿Y pretenden derribarla?
—Sí.
—¿Eso crees?
—Seguramente.
—¡Imbécil!
—¿Cómo?
—¿Qué provecho piensas obtener con la caída de la monarquía?
—Yo, nada; pero todos, la felicidad.
—Ea, hoy estoy alegre y quiero perder mi tiempo en oírte. Explícame primero cómo llegarás a la felicidad, y después lo que es esa felicidad.
—¿Cómo llegaré?
—Sí, a la felicidad de todos, o a la caída de la monarquía, lo que es para ti el equivalente de la felicidad general. Ya te escucho.

—El ministerio que hoy existe, es el último baluarte que defiende la monarquía gastada y vacilante, pero ellos me ayudarán a exterminarla.
—¿Quiénes, tus filósofos?
—No, ciertamente, pues ellos lo sostienen.
—¡Cómo! ¿tus filósofos sostienen un ministerio que apoya la monarquía cuando deben ser enemigos de ella? ¡Oh! ¡qué estúpidos son!
—También el ministerio es filósofo.
—¡Ah! comprendo, y ellos gobiernan en las personas de los ministros. Me he equivocado; no son estúpidos, son egoístas.
—No discuto sobre lo que son —repuso Balsamo que empezaba a impacientarse—, porque yo mismo lo ignoro; lo que sé es, que derribado el ministerio, todos clamarán contra el que le substituya.
—Tendrá contra sí este ministerio, en primer término, a los filósofos: después al parlamento. Los filósofos gritarán, gritará el parlamento y el ministerio perseguirá a los filósofos y disolverá el parlamento. Entonces, en la inteligencia y en la materia se organizará una liga sorda, una oposición tenaz y constante, que atacará todo y que minará sin cesar hasta conmover el edificio. A los parlamentos reemplazarán jueces designados por el rey, que se sacrificarán por la monarquía. Se les acusará y con fundamento, de venales y de injustos. En fin, el pueblo se levantará, y la monarquía tendrá en contra suya a la filosofía, que es la inteligencia; a los parlamentos, que son la clase media, y al pueblo, que es el pueblo; esto es esa palanca que buscaba Arquímedes, y con la cual se mueve el mundo.
—Sí, pero cuando hayas levantado el mundo, será necesario que lo dejes caer.
—Ya, pero al caer, se hará mil pedazos el trono.
—Y cuando esté hecho pedazos (veamos, deseo seguir tus imágenes falsas y expresarme en tu lenguaje enfático), cuando esté hecho pedazos ese trono carcomido, ¿qué surgirá de entre sus ruinas?
—La libertad.
—¡Ah! ¿conque los franceses serán libres?
—No puede menos de ocurrir un día.
—¿Libres todos?
—Todos.
—¿Y habrá entonces en Francia treinta millones de hombres libres?
—Sí.

—¿E imaginas que entre esos treinta millones de nombres, no se encontrará uno menos insensato que los demás, y que confisque el día menos pensado la libertad de sus veintinueve millones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve ciudadanos, para gozar él solo un poco más de libertad? ¿Has olvidado el perro que teníamos en Medina, que se comía solo la parte de todos los demás?
—Sí, pero llegó una ocasión en que todos se unieron contra él y lo devoraron.
—Porque eran perros; pero los hombres no hubieran hecho nada.
—¿De suerte que suponéis que la inteligencia del hombre es inferior a la del perro, maestro?
—Ahí tienes mil ejemplos.
—¿Cuáles?
—Paréceme que hubo entre los antiguos un tal César Augusto, y entre los modernos un tal Oliverio Cromwell, que mordieron con ansia la torta romana y la torta inglesa, sin que los mismos a quienes se la arrebataron dijeran ni hicieran la menor cosa contra ellos.
—Muy enhorabuena: suponiendo que surja ese hombre, será mortal, y antes de morir, habrá sido útil a esos mismos a quienes haya oprimido, porque habrá variado la naturaleza de la aristocracia; obligado a sostenerse en alguna cosa, habrá elegido la más fuerte, es decir, el pueblo. A la igualdad que humilla, habrá substituido la igualdad que eleva. La igualdad no tiene barrera fija; es un nivel que sufre la altura del que la hace. Elevando, pues, al pueblo, consagrará un principio desconocido hasta él. La revolución habrá dado la libertad a los franceses, y el protectorado de otro César Augusto o de otro Oliverio Cromwell los habrá igualado.
—¡Qué hombre tan estúpido! —exclamó Althotas haciendo un brusco movimiento desde su sillón—, emplead veinte años de vuestra vida en educar un niño, en procurar enseñarle lo que sabéis, para que luego venga a los treinta a deciros: «los hombres serán iguales...»
—Seguramente, los hombres serán iguales ante la ley.
—Y ante la muerte, imbécil, ante la muerte, esa ley de las leyes, ¿serán iguales cuando uno perece a los tres días y otro a los cien años? ¡Iguales, iguales los hombres mientras no venzan a la muerte! ¡Oh! ¡bruto y más que bruto!
Y se recostó el anciano en su sillón para reír más libremente, en tanto que Balsamo, serio y taciturno, se sentaba con la cabeza baja.

Althotas le miraba con aire de compasión.
—¿Es decir que yo soy igual —añadió— al peón de albañil que roe su mendrugo de pan negro, al niño que mama, al viejo alelado que bebe suero y llora su vista perdida?... ¡oh! pobre sofista, piensa en una cosa, y es que los hombres no serán iguales, sino cuando sean inmortales, porque siendo inmortales serán dioses, y únicamente los dioses son iguales.
—¡Inmortales! —murmuró Balsamar—, es una quimera.
—¡Una quimera! —repuso Althotas—, ¡quimera! sí, quimera como el vapor, quimera como el fluido, quimera como todo lo que se busca, que no se ha descubierto, y que se descubrirá. Remueve conmigo la ceniza de los mundos, descubre una tras otra esas capas sobrepuestas, cada una de las cuales representa una civilización; y en esas capas humanas, en esos despojos de reinos, en esas vetas de siglos, que corta como rebanadas la cuchilla de la civilización moderna, ¿qué hallas? Que en todas las épocas han buscado los hombres lo que busco bajo los diferentes títulos de lo mejor, del bien y de la perfección. ¿Y cuándo buscaban eso? En tiempo de Homero, cuando los hombres vivían doscientos años, en tiempo de los patriarcas, cuando vivían ocho siglos, y no han encontrado esa mejoría, ese bien, esa perfección, porque si lo hubiesen hallado, este mundo decrépito estaría fresco, virgen y rozagante como el alba matinal, cuando en lugar de todo esto solamente hay lágrimas, cadáveres y cieno. ¿Son dulces las lágrimas? ¿Es hermoso un cadáver? ¿Es apetecible el cieno?
—¡Pues bien! —dijo Balsamo respondiendo al anciano, a quien una tosecita seca acababa de interrumpir—, ¡pues bien! decís que nadie ha encontrado aún ese elixir de vida, y yo digo que nadie lo encontrará.
—¡Qué necio eres! Nadie ha dado con tal secreto, luego nadie dará; siguiendo esa lógica, jamás se hubieran hecho descubrimientos. ¿Crees tú que los descubrimientos sean cosas nuevas que se han inventado? No, son cosas olvidadas que se encuentran de nuevo. Y porque se olvidan, ¿se olvidan las cosas una vez halladas? Porque la vida es sumamente corta para que el inventor pueda sacar de su invención todas las deducciones que encierra. Veinte veces ha estado a punto de ser descubierto ese elixir de la vida. ¿Tú crees que la laguna estigia sea una invención de Homero? ¿Supones que ese Aquiles, casi inmortal, puesto que no era vulnerable sino por el talón, es una fábula? No, Aquiles era discípulo de Quirón, como tú lo eres mío. Quirón quiere decir superior o peor: Quirón era un sabio representado bajo la forma

de centauro, porque su ciencia había provisto al hombre de la fuerza y de la ligereza del caballo. ¿Y por qué? Porque también él había hallado el elixir de la inmortalidad; acaso como a mí, no le faltaban más que esas tres gotas de sangre que tú me niegas. La falta de esas tres gotas de sangre dejó a Aquiles vulnerable por el talón; la muerte halló camino y entró. Sí, lo repito: Quirón, el hombre universal, el hombre superior, el hombre peor, no fue más que otro Althotas impedido por otro Acharat, de terminar la obra que hubiera salvado a toda la humanidad arrancándola del efecto de la maldición divina. Y ahora, ¿qué me dirás?

—Digo —repuso Balsamo manifiestamente turbado—, digo que yo tengo mi obra y vos la vuestra. Procure cada uno de nosotros realizar la tarea que se ha impuesto a cuenta y riesgo de su propia persona; pero no pretendáis de mí que os ayude cometiendo un crimen.

—¡Un crimen!

—Sí: ¡y qué crimen! Uno de esos que lanza sobre vos toda una población ofendida; un crimen que os lleva a esa horca infame, de la que vuestra ciencia no ha conseguido todavía librar ni a los hombres superiores ni a los inferiores.

El anciano dio dos fuertes palmadas sobre el mármol.

—Vamos, vamos —dijo—, no seas un imbécil humanitario, la peor raza de imbéciles que existe en el mundo. Ven y hablemos un poco de la ley, de la brutal y absurda ley escrita por animales de tu especie, a quienes irrita una gota de sangre derramada inteligentemente, pero que se recrean con los torrentes de licor vital vertidos en las plazas públicas, al pie de las murallas de las ciudades, en esos llanos que se denominan campos de batalla; de tu ley siempre inepta y egoísta, que sacrifica al hombre del porvenir, al hombre presente, y que ha escogido por divisa: «Vive hoy y muere mañana». Hablemos de esta ley, ¿quieres?

—Hablad lo que gustéis, ya os escucho — contestó Balsamo cada vez más pensativo.

—¿ Tienes un lápiz, una pluma? Vamos a hacer un cálculo?

—Cálculo sin pluma y sin lápiz. Decid lo que necesitéis decir.

—Veamos tu proyecto. ¡Ah! ya me acuerdo... Derribas un ministerio, disuelves los parlamentos, estableces jueces inicuos, produces una bancarrota, fomentas rebeliones, enciendes una revolución, derrocas una monarquía, permites que se levante un protectorado, y precipitas al protector.

»La revolución te habrá dado la libertad.
»La igualdad, el protectorado.
»Y, cuando sean libres e iguales los franceses, habrás realizado tu obra, ¿es verdad?
—Sí; ¿suponéis que no es posible?
—No creo en la imposibilidad. Ya ves que comienzo haciéndote concesiones.
—¡Y bien!
—Calma: en primer término, la Francia no es como la Inglaterra, donde se hace todo lo que se desea; miserable plagiario, la Francia no es un país aislado, donde se pueden derribar ministerios, disolver parlamentos, establecer jueces inicuos, ocasionar bancarrotas, fomentar rebeliones, encender revoluciones, derrocar monarquías, levantar protectorados y precipitar a los protectores, sin que las demás naciones intervengan en estos movimientos; la Francia está unida a la Europa, como el hígado a las entrañas del hombre. En todas las naciones tiene raíces, fibras en todos los pueblos: si intentas arrancar el hígado a esa gran máquina que se llama continente europeo, durante veinte, treinta, cuarenta años tal vez todo el cuerpo se agitará; pero quiero contar por lo más bajo y tomo veinte años, ¿es esto excesivo? responde, sabio filósofo.
—No es excesivo —contestó Balsamo—, pues ni siquiera es bastante.
—Pues yo me conformo con este tiempo. Supongamos veinte años de guerra, de lucha encarnizada, mortal, incesante. Supongamos doscientos mil muertos por año, lo cual no es mucho, cuando se lucha a la vez en Alemania, en Italia, en España, etcétera. A doscientos mil hombres por año, durante veinte años, resultan cuatro millones: concediendo a cada uno diecisiete libras de sangre, que es con escasa diferencia la cuenta de la Naturaleza, y multiplicando diecisiete por cuatro: Veamos... suma sesenta y ocho millones de libras de sangre derramada para conseguir tu objeto, y yo te pido sólo tres gotas. Di: ¿quién es ahora el loco, el salvaje, el caníbal, de nosotros dos? ¿No respondes?
—Sí, por cierto, os contesto que poco importarían esas tres gotas de sangre, si estuviese seguro del éxito.
—Y tú, tú que derramas sesenta y ocho millones de libras, ¿estás seguro, di? Entonces levántate, y puesta la mano sobre tu corazón, contesta: «Maestro, mediante esos cuatro millones de cadáveres garantizo la dicha de la humanidad».

Balsamo repuso eludiendo la respuesta:
—Maestro, en nombre del cielo, hablad de otra cosa.
—¡Ah! ¡no contestas! ¡no contestas! —exclamó Althotas con aire de triunfo.
—Maestro, os equivocáis, sobre la eficacia del medio; es imposible.
—Parece que me aconsejas, creo que me niegas, creo que me desautorizas —gritó el sabio moviendo con fría cólera sus ojos pardos bajo sus cejas blancas.
—Maestro, de ninguna manera, pero reflexiono, porque paso cada uno de mis días en contacto con las cosas de este mundo, en contradicción con los hombres, en lucha con los príncipes, y no como vos, escondido en un rincón, indiferente a todo lo que ocurre, a todo lo que se prohibe y autoriza, pura abstracción del sabio y del dictador; en fin, yo que conozco las dificultades, las indico y nada más.
—Si te lo propusieras, pronto vencería esas dificultades.
—Decid si tuviese fe.
—¿Conque no la tienes?
—No.
—¡Tú me tientas! ¡me tientas! —exclamó Althotas.
—No; yo dudo.
—Vamos a ver: ¿crees en la muerte?
—Creo en lo que es, y como la muerte es...
—¿Y cómo es la muerte? —repitió Althotas—; ¿esta es una cosa sobre la que no disputas?
—Es una cosa infinita, invencible, ¿no es cierto? —añadió el sabio con una sonrisa que estremeció a su adepto.
—¡Oh!, sí, maestro, invencible, infinita sobre todo.
—¿Y en presencia de un cadáver, el sudor baña tu frente, y el terror se apodera de tu corazón?
—El sudor no baña mi frente, porque estoy familiarizado con todas las miserias humanas; tampoco se apodera el terror de mi corazón, porque desprecio la vida; pero digo en presencia del cadáver: «¡Muerte, muerte! ¡eres omnipotente como Dios! ¡reinas soberanamente, y nada prevalece contra ti!»
Escuchó en silencio Althotas a Balsamo, y sin dar otra señal de impaciencia que la de atormentar un escalpelo entre sus dedos. Cuando su discípulo terminó su exclamación dolorosa y solemne, dirigió en torno suyo una mirada, y sus ojos tan ardientes que para ellos no debía guardar secretos la Naturaleza, se fijaron en un ángulo de la sala, donde, acostado sobre un

montón de paja, temblaba un pobre perro negro, único que vivía de tres animales de la misma especie, que el sabio había pedido para sus experimentos, y que Balsamo le había proporcionado.
—Coge ese perro —dijo Althotas—, y ponle sobre esta mesa.
Balsamo obedeció.
El animal, que al parecer tenía el presentimiento de su destino, y que sin duda se había visto ya bajo la mano del experimentista, se puso a temblar, a forcejear y ladrar, tan pronto como sintió el contacto del mármol.
—¡Eh! ¡eh! —dijo Althotas—, debes creer en la vida puesto que crees en la muerte, ¿es verdad?
—Así es, en efecto.
—He aquí un perro que parece estar vivo, ¿eh?
—Sí, puesto que grita, y se resiste.
—¡Qué feos son los perros negros! Otra vez procura buscármelos blancos.
—Así lo haré.
—Vemos, pues, que éste está vivo. Ladra, chiquito, ladra para que el señor Acharat se convenza.
Y le tocó con el dedo ciertos músculos, con cuyo contacto el animal ladró, o más bien exhaló un gemido.
—¡Bravo! Ahora acerca la campana, así... mete debajo al perro...¡Ah!... se me olvidaba preguntarte en qué muerte crees más.
—No entiendo lo que queréis decir; no hay más que una muerte.
—Esa es mi opinión en efecto. Puesto que no hay más que una muerte, haz el vacío, Acharat.
Balsamo hizo girar una rueda para que por su tubo saliera el aire encerrado dentro de la campana con el perro, y poco a poco escapóse el aire con agudo silbido. Se agitó el animal al punto, olfateó, levantó la cabeza con esfuerzo, hasta caer sofocado, hinchado, exánime.
—Este perro ha muerto de apoplejía, ¿no es así? —dijo Althotas—: una muerte excelente, porque no ocasiona mucho padecimiento.
—Sí.
—¿Estás convencido?
—Lo estoy.
—Me parece que no, Acharat.
—Todo lo contrario, sí, lo estoy.
—¡Oh! porque conoces mis recursos, ¿no es verdad? Supones que he

encontrado la insuflación, ¿eh?; ese otro problema, que consiste en hacer circular la vida con el aire en un cuerpo intacto, como pudiera hacerse en cualquier odre no agujereado.
—No, no supongo nada; creo que el perro está muerto, y nada más.
—No importa, para mayor seguridad, vamos a darle muerte dos veces. Levanta la campana, Acharat.
Levantó el discípulo el aparato de cristal: el perro no se movió: sus párpados estaban cerrados: su corazón no latía.
—Toma este escalpelo, y dejándole la laringe intacta, córtale la columna vertebral.
—Lo haré por complaceros.
—Y también para rematar al pobre animal, en el caso de que no esté enteramente muerto —añadió Althotas con esa sonrisa de obstinación característica de los viejos.
Una sola incisión hizo Balsamo con el instrumento cortante, y separando la columna vertebral a dos pulgadas próximamente del cerebelo, abrió una herida sangrienta. El animal, o más bien el cadáver del animal, permaneció inmóvil.
—Está bien muerto, no cabe duda —dijo Althotas—, ni una fibra se estremece, ni un músculo se agita, ni un átomo de carne se subleva contra este nuevo atentado. ¿No es verdad que está muerto, muy muerto?
—Lo reconozco tantas veces como deseéis que lo reconozca —repuso Balsamo con impaciencia.
—He aquí un animal inerte, helado, para siempre inmóvil. Nadie prevalece contra la muerte, has afirmado: ¿nadie tiene poder para volver la vida ni aun aparentemente a ese pobre animal?
—Nadie sino Dios.
—Pero Dios no será tan inconsecuente que lo haga. Cuando Dios mata, como es la suprema sabiduría, es porque tiene una razón para matar. Un asesino, no recuerdo su nombre, decía esto, y estaba muy bien dicho. La Naturaleza tiene un interés en la muerte. Así es que tenemos aquí un perro tan muerto como puede estarlo, y la Naturaleza ha tenido una razón para su muerte.
Y fijó Althotas su penetrante mirada sobre Balsamo; pero éste, cansado ya de sufrir tanto tiempo las chocheces de su viejo maestro, inclinó la cabeza sin responder.
—¿Y qué dirías —continuó Althotas—, si este perro abriese un ojo y te

mirase?
—Me sorprendería mucho —respondió Balsamo sonriendo.
—Te sorprendería, ¿eh?
Al terminar estas palabras con su risa falsa y lúgubre, el viejo acercó al perro un aparato compuesto de piezas de metal, separadas por tapones de paño; el centro de este aparato estaba dentro de una mezcla de agua acidulada, y sus dos extremos o polos, salían de la cubeta.
—¿Qué ojo deseas que abra, Acharat? —preguntó el anciano.
—El derecho.
Las dos extremidades, separadas una de otra por un pedazo de seda, se fijaron sobre un músculo del cuello.
En el momento se abrió el ojo derecho del perro, y miró fijamente a Balsamo que retrocedió espantado.
—¿Quieres que pasemos ahora a la boca?
Balsamo no contestó, dominado por el más profundo asombro.
El sabio tocó otro músculo, y en vez del ojo que se había cerrado otra vez, se abrió la boca, mostrando los dientes blancos y agudos, en cuya raíz temblaban las encías como durante la vida.
—¡Esto es asombroso! —exclamó Balsamo sin poder ocultar su emoción.
—Ya veis cómo la muerte es poca cosa —continuó Althotas con aire de triunfo por la admiración de su discípulo—, puesto que un pobre viejo como yo, que va pronto a pertenecerle, la hace desviar de su inexorable camino.
Y añadió de pronto con risa estridente y nerviosa:
—Cuidado, Acharat, este perro muerto que ahora mismo quiso morderte, va a arrojarse sobre ti, cuidado.
En efecto, el animal, con el cuello cortado, la boca abierta y el ojo tembloroso, se levantó de repente sobre las cuatro patas, con la cabeza horriblemente colgando.
Sintió Balsamo erizarse sus cabellos; su frente se bañó en sudor, y retrocedió hasta la puerta de entrada sin saber si debía huir o quedarse.
—Vamos, vamos, no pretendo hacerte morir de miedo tratando de instruirte —dijo Althotas, rechazando el cadáver y la máquina—, basta ya de experimentos como éste. El cadáver, cesando de estar en relación con la pila, cayó nuevamente pesado e inmóvil como antes.
—¿Pensabas esto de la muerte, Acharat? ¿La creías tan accesible?
—Es extraño, en efecto, muy extraño —contestó Balsamo aproximándose.

—Hijo mío, ya comprendes que es fácil lograr lo que yo te decía, y que se ha dado el primer paso, que consiste en prolongar la vida cuando se ha conseguido anular la muerte.
—Pero todavía se ignora, porque esa vida que le habéis dado es ficticia.
—Encontraremos la verdadera con algún tiempo más. ¿No has leído en los poetas romancescos que Casidea devolvía la vida a los cadáveres?
—En los poetas, sí.
—Amigo mío, recuerda que los romanos los llamaban *Vates*.
—Vamos, decidme no obstante...
—¿Otra objeción?
—Sí. Si vuestro elixir de la vida estuviese compuesto, y lo hicierais tomar a ese perro, ¿viviría siempre?
—Sin duda.
—Decidme, ¿y si cayese en manos de un experimentista como vos que lo degollase?
—¡Bien, bien! —exclamó el anciano alegre y batiendo sus palmas—, he ahí donde te esperaba.
—Pues respondedme.
—Con el mayor gusto.
—¿Ese elixir puede impedir que una chimenea se desplome sobre una cabeza, que una bala atraviese a un hombre de parte a parte, o que un caballo abra de una coz el vientre de su jinete?
Contemplaba el anciano a su discípulo del mismo modo que un espadachín mira a su adversario cuando piensa darle una estocada.
—No, no, no —contestó—: eres verdadero lógico, Acharat. Ni la chimenea, ni la bala, ni la coz podrían evitarse en tanto que haya casas, fusiles y caballos.
—¿Y es verdad que resucitaréis los muertos?
—Por momentos, sí; indefinidamente, no; porque sería indispensable en primer lugar que encontrase el sitio del cuerpo donde se aloja el alma, y podría tardar mucho ese descubrimiento; pero impediré al alma salir del cuerpo por la herida que se haya hecho.
—Cerrándola nuevamente.
—¿Aunque esta herida corte una arteria?
—Sin duda.
—Desearía verlo.

—Pues mira —dijo el anciano.
Y antes que Balsamo hubiera podido impedirlo, se picó la vena del brazo izquierdo con una lanceta.
Tan poca sangre había en el cuerpo del anciano, y circulaba con tanta lentitud, que tardó algún tiempo en llegar a los labios de la herida; pero al fin apareció, y abierto este paso, salió abundantemente.
—¡Gran Dios! —exclamó Balsamo.
—¿De qué te asombras? —dijo Althotas.
—Estáis herido gravemente.
—Puesto que eres como Santo Tomás, y no crees sino viendo y tocando, es necesario hacerte ver y tocar.
Cogió entonces un frasquito que había colocado al alcance de su mano, y derramando algunas gotas sobre la herida:
—Mira ahora —dijo.
Retiróse la sangre al contacto de aquella agua casi mágica, unióse la carne cerrando la vena, y la herida se redujo a una picadura demasiado estrecha para que esa carne líquida, que llamamos sangre, pudiera escaparse por ella.
Balsamo miraba al viejo, asombrado.
—Acabas de ver otra cosa que he descubierto: ¿qué dices ahora, Acharat?
—¡Oh! digo, maestro, que sois el más sabio de los hombres.
—Y que si no he vencido por completo a la muerte, la he dado a lo menos un golpe que será difícil reparar. Oye, hijo mío: el cuerpo humano tiene huesos frágiles y que pueden fracturarse; yo los haré duros como el acero: el cuerpo humano contiene sangre, que al escaparse se lleva consigo la vida; yo impediré que la sangre salga del cuerpo: la carne es delicada y con facilidad se lastima y se hiere; yo la haré invulnerable como la de los paladines de la Edad Media, sobre la cual se embotaba el filo de las espadas y la acerada cuchilla de las hachas. Esto se conseguirá si Althotas vive trescientos años; pues bien, si me das lo que te pido, viviré mil. ¡Oh!, ¡mi querido Acharat!, de ti sólo depende. Devuélveme mi juventud, el vigor de mi cuerpo, la frescura de mis ideas, y verás si temo a la espada, a la bala, a la pared que se desploma. En mi cuarta juventud, Acharat, es decir, antes que haya vivido la edad de cuatro hombres, habré renovado la faz de la tierra, y te lo aseguro, habré organizado para mí y para la humanidad regenerada, un mundo a mi estilo, sin chimeneas, sin espadas, sin balas de mosquete, sin caballos que coceen, porque entonces conocerán los hombres, que vale más vivir, ayudarse

mutuamente y amarse, que aborrecerse y destruirse.
—Es cierto, o al menos muy posible, maestro.
—Pues tráeme el niño.
—Permitidme aún meditar, y reflexionad vos mismo.
—¡Bah!, ¡bah! —dijo Althotas lanzando a su adepto una mirada de desprecio —, yo te convenceré más adelante; y además, la sangre del hombre no es un ingrediente tan prodigioso que no pueda substituirse acaso con otra materia. Buscaré y encontraré: no te necesito; vete.
Apoyó Balsamo el pie sobre la trampa, y descendió al aposento inferior, mudo, inmóvil y humillado en vista de la inteligencia de aquel hombre, que obligaba a creer en lo imposible.

LXI

EL DOMICILIO

Aquella noche la había empleado madame Du Barry en pensar el medio de atraer y amoldar el ánimo y la voluntad del rey a sus miras de política nueva, insistiendo, sobre todo, en el peligro que habría en permitir a los Choiseul ganar terreno en el ánimo de la delfina.
Había respondido Luis XV, encogiéndose de hombros, que María Antonieta era muy niña, y M. de Choiseul un ministro viejo y que por esta razón no había peligro, supuesto que la una no sabría intrigar, ni el otro divertir.
Dada esta respuesta, dio por concluidas sus explicaciones.
Madame Du Barry no quedó satisfecha, pues había creído advertir en el rey cierta distracción.
Era voluble Luis XV. Su mayor placer consistía en dar celos a sus queridas, evitando, no obstante, que estos se convirtieran en disgustos demasiado prolongados.
Madame Du Barry era celosa, primero por amor propio y después por temor. Le había costado muchos sinsabores adquirir su posición, y ésta era

demasiado elevada para que se atreviese, como madame de Pompadour, a consentir otras queridas al rey, y aun a buscárselas cuando Su Majestad se encontraba cansado y lleno de tedio, lo que, como es sabido, le sucedía con frecuencia. Celosa, pues, madame Du Barry, quiso conocer a fondo las causas de la distracción del rey, quien contestó estas palabras memorables:
—Mucho me ocupo de la felicidad de mi nuera, y no sé en verdad si el delfín le proporcionará esa felicidad.
—¿Y por qué no?
—Porque he observado que M. Luis ha mirado en Compiègne, en San Dionisio, y en la Muette, mucho más a las otras mujeres que a la suya.
—Si Vuestra Majestad mismo no me dijese semejante cosa, no lo creería: no obstante, madame la delfina es muy hermosa.
—Pero algo flaca.
—¡Es tan joven!...
—¡Bah! contemplad a la señorita de Taverney: tiene la edad de la archiduquesa.
—¿Y qué?
—Que es una beldad perfecta.
Brilló un rayo en los ojos de la condesa, y el rey, que observó su aturdimiento:
—Pero vos misma, querida condesa —prosiguió vivamente—, vos que habláis estoy seguro de que a los dieciséis años estabais tan gruesa como los pastores de nuestro amigo Boucher.
Esta adulación, aunque ligera, arregló un poco la situación de las cosas; sin embargo, el golpe se había dado.
Y madame Du Barry tomando la ofensiva con interesante desdén:
—¡Hola! —exclamó—: ¿de modo que es tan linda esa señorita de Taverney?
—¿Acaso lo sé yo? —dijo Luis XV.
—¡Cómo! ¿La elogiáis e ignoráis si es bonita?
—Sé que no es falsa, y nada más.
—¿Luego la habéis visto y examinado?
—¡Ah!, querida condesa, tratáis de aturdirme, ¿eh? Bien sabéis que soy corto de vista. Llaman mi atención las cosas en globo, pero no me fijo en los detalles. En madame la delfina he visto huesos, y es lo que puedo deciros.
—En la señorita de Taverney habéis visto cosas en globo, como decís, porque madame la delfina es una beldad distinguida, y la señorita de Taverney es una

beldad ordinaria.
—Pues por esa cuenta, Juana, ¿no seréis una beldad distinguida? Creo que os burláis.
—Un cumplimiento —dijo en voz baja la condesa—; pero por desgracia, este cumplimiento sirve de capa a otro que no se dirige a mí.
Y luego en voz alta añadió:
—Celebraría que madame la delfina eligiese damas de honor a quienes se pudiera mirar con agrado la cara, pues es poco halagüeño ver una corte compuesta de viejas.
—Querida amiga, ¿a quién decís eso? Ayer mismo se lo manifesté yo al delfín; pero a ese marido todo le es indiferente.
—Y bueno sería que para empezar, tomase a esa señorita de Taverney. ¿Qué os parece?
Luis XV respondió:
—Me parece que la tomarán.
—¡Ah! ¿sabéis eso, señor?
—Creo haberlo oído asegurar así.
—Es una joven sin fortuna.
—Sí, pero de buena casa; de esos Taverney Casa-Roja; antiguos y leales servidores.
—¿Quién los protege?
—No sé; pero creo que carecen de fortuna, como vos decís.
—Entonces no será M. de Choiseul, porque disfrutarían de muchas pensiones.
—Condesa, condesa, os ruego que no hablemos de política.
—¿Es hablar de política decir que los Choiseul os arruinan?
—Efectivamente —dijo el rey levantándose.
Una hora más tarde. Su Majestad había vuelto al gran Trianón, alegre y satisfecho de haber inspirado celos, pero diciendo a media voz, como hubiese hecho M. de Richelieu a los treinta años:
—En verdad que importunan las mujeres celosas.
Tan luego como se retiró el rey, se levantó a su vez madame Du Barry, y pasó a su gabinete donde la esperaba Chon, impaciente por adquirir noticias.
—Me parece que has conseguido en estos últimos días un gran triunfo, pues has sido presentada anteayer a la delfina, y admitida ayer a su mesa.
—¡Sí, valiente cosa!

—¡Cómo! ¿Sabes tú que en estos momentos hay cien carruajes, que salen al encuentro de tu sonrisa matutina por el camino de Luciennes?
—Lo siento.
—¿Por qué?
—Porque es tiempo perdido; ni coches, ni gentes, alcanzarán hoy mi sonrisa.
—¡Oh! ¿el tiempo está tempestuoso, condesa?
—Sí; mi chocolate enseguida.
Chon llamó, y acudió Zamora.
—Mi chocolate —dijo la condesa.
Partió Zamora lentamente, y dándose la importancia de un personaje.
—Este pícaro quiere matarme de hambre —gritó la condesa—: cien azotes si no corres.
—Yo no correr, porque yo ser gobernador —replicó majestuosamente Zamora.
—Ah! ¡tú gobernador! —dijo la condesa tomando un latiguillo con puño de plata, destinado a mantener la paz entre sus perros y gatos—: ¡ah! ¡tú gobernador! espera, espera, que yo te haré ver lo que eres.
Al ver Zamora el látigo, echó a correr agitando todas las campanillas, y lanzando grandes gritos.
—Hoy estáis intratable, Juana —dijo Chon.
—Razón tengo para estarlo, ¿no es cierto?
—¡Oh! sí, decías bien, pero os dejo, querida mía.
—¿Por qué causa?
—¿Porque temo que me devoréis?
Sonaron tres golpes en la puerta del gabinete.
—¿Quién llama ahora? —dijo la condesa, impaciente.
—No dejará de ser bien recibido —murmuró Chon.
—Preferible es que yo sea mal recibido —dijo Juan, empujando la puerta con desembarazo regio.
—¿Y qué ocurriría si fueseis mal recibido? porque al fin, sería posible.
—Que no volvería a poner aquí los pies.
—¿Y qué?
—Que perderíais más que yo, en recibirme mal.
—¡Impertinente!
—Bien, soy impertinente porque no adulo. ¿Qué es lo que tiene hoy, querida Chon?

—No lo sé, pero se niega a hablar; está insociable. ¡Ah!, aquí está el chocolate.
—Pues no le hablemos. Buenos días, chocolate —dijo Juan cogiendo la bandeja, que fue a llevar a un rincón y colocó sobre una mesita, delante de la cual se sentó.
—Ven, Chon —dijo—, ven; los que son extremadamente orgullosos no tomarán chocolate.
—Graciosos estáis hoy —dijo la condesa viendo a Chon que hacía señas a Juan, de que podía desayunarse solo—; os hacéis los susceptibles, y no veis que sufro.
—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Chon acercándose.
—No —exclamó la condesa—, no hay uno de ellos que piense en lo que me ocupo.
—¿Pero qué cosa os ocupa, hablad?
Desentendiéndose continuó Juan impávido, untando sus tostadas de manteca.
—¿Necesitas dinero? —preguntó Chon.
—Oh! en cuanto a eso —dijo la condesa—, antes le faltaría al rey.
—Entonces, préstame mil luises —dijo Juan—, los necesito.
—Mil papirotazos en vuestra gorda y colorada nariz.
—¿Conque resueltamente el rey protege a ese maldito Choiseul? —preguntó Chon.
—Buena noticia: ya sabéis que no pueden caer en desgracia.
—¿Conque se ha enamorado de la delfina?
—¡Ah! os acercáis, ¡magnífico!; pero ved ese que se llena de chocolate, y que no mueve ni el dedo meñique para venir en mi auxilio.
Juan no se cuidaba de la tempestad que rugía a su espalda; abrió otro panecillo, lo untó de manteca, y empezó a tomar otra jícara de chocolate.
—¡Cómo! —exclamó Chon—, ¿el rey está enamorado?
La condesa hizo con la cabeza una seña que significaba: «habéis acertado».
—¡Y de la delfina! —continuó Chon juntando las manos—. Debéis tranquilizaros: más vale que se enamore de ésa que de otra cualquiera.
—¿Y si no estuviese enamorado de ésa, sino de otra?
—¡Bueno! —exclamó Chon palideciendo—. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío!, ¿qué me decís?
—Ea, ponte mala, pues es lo único que nos falta.
—¡Ah! —murmuró Chon—, estamos perdidos; ¿y tú lo toleras, Juan? ¿pero

de quién está enamorado?
—Tu hermano te lo dirá porque lo sabe, o por lo menos lo sospecha.
Juan levantó la cabeza.
—¿Me hablan? —dijo.
—Sí, señor diligente, sí, señor utilísimo —respondió Juana—; se os pregunta el nombre de la persona que ocupa al rey.
Juan se llenó la boca herméticamente, y haciendo un poderoso esfuerzo, pronunció estas cuatro palabras:
—¡La señorita de Taverney!
—¡La señorita de Taverney! —exclamó Chon—. ¡Ah! ¡misericordia!
—Lo sabe el verdugo —dijo la condesa recostándose sobre el respaldo de su sillón, y alzando los brazos al cielo—, lo sabe y come.
—¡Oh! —exclamó Chon dejando claramente el partido de su hermano, para trasladarse al campo de su hermana.
—En verdad, no sé —exclamó la condesa—, por qué no le arranco esos ojos, hinchados todavía del sueño perezoso. Ahora se levanta, querida mía, ahora se levanta.
—Os engañáis —dijo Juan—, yo no me he acostado.
—Pues gorrón, ¿qué habéis estado haciendo entonces?
—Diantre, no he cesado de hablar en toda la noche y en toda la mañana.
—Ya lo decía yo... ¡Oh! ¿quién me servirá mejor de lo que me sirven? ¿quién me dirá qué ha sido de esa joven? ¿dónde se encuentra?
—¿Dónde está? —preguntó Juan.
—Sí.
—¡En París!
—¿Pero en qué parte de París?
—En la calle de Coq-Heron.
—¿Quién os lo ha dicho?
—Su cochero, a quien aguardaba yo en las caballerizas y le he preguntado.
—¿Y qué os ha contestado?
—Que ha llevado a todos los Taverney, a una casa de la calle de Coq-Heron, situada en un jardín, y cercana a la casa d'Armenonville.
—¡Ah! ¡Juan! ¡Juan! —exclamó la condesa—: he ahí lo que me reconcilia con vos; pero convendrá saber estos detalles. ¿Cómo vive? ¿qué hace? ¿recibe cartas? Conviene averiguar todo esto.
—Pues se sabrá.

—¿Y cómo?
—Cómo, ¿eh? Yo he hecho mis averiguaciones: haced ahora las vuestras.
—¿Calle de Cop-Heron? —dijo vivamente Chon.
—Así es —contestó Juan con la mayor tranquilidad.
—Pues bien, en esa calle debe haber cuartos que se alquilan.
—¡Oh! magnífica idea —exclamó la condesa—. Ahora mismo es necesario ir a la calle de Cop-Heron, Juan, y alquilar una casa, en la que se ocultará una persona; esta persona verá entrar, verá salir, verá maniobrar: pronto, pronto, al coche, y vamos a la calle de Cop-Heron.
—Pero si es en balde: no hay cuartos desalquilados en ella.
—¿Y cómo sabéis eso?
—¡Toma! porque me he enterado, pero los hay...
—¿Dónde? sepamos.
—En la calle Plastrière.
—¿Qué calle es ésa?
—Una cuyas accesorias dan a la de Coq-Heron.
—Bien, pronto, pronto —dijo la condesa—, arrendaremos un cuarto en la calle Plastrière.
—Está alquilado —dijo Juan.
—¡Hombre sublime! —exclamó la condesa—. Abrázame, Juan, abrázame. Limpióse éste la boca, abrazó a madame Du Barry, y le hizo una ceremoniosa reverencia, prueba de reconocimiento por el honor que acababa de recibir:
—¡Esto es magnífico! —dijo Juan.
—¿Creo que no os habrán conocido?
—¡Quién demonios queréis que me conozca en la calle Plastrière?
—¿Y habéis alquilado...?
—Una habitación en una casa muy oscura.
—¿Os habrán dicho para quién?
—Es natural.
—¿Y qué habéis contestado?
—Que para una señora viuda.
—¿Eres tú viuda, Chon?
—¡Bah! —dijo Chon.
—Perfectamente —continuó la condesa—; Chon será la que ocupe la habitación; Chon será la que espíe y vigile; pero es preciso no perder tiempo.
—Al momento quiero marchar —dijo Chon—. ¡Los caballos!

—¡Los caballos! —gritó madame Du Barry llamando.
La condesa y Juan sabían a qué atenerse respecto de las relaciones amorosas que creían entre el rey y Andrea.
Esta joven había llamado la atención del rey; luego Andrea era peligrosa.
—Esa muchacha —dijo la condesa mientras enganchaban el coche— no sería verdadera provinciana, si desde su palomar no hubiese traído a París algún amante tímido: averigüemos quién es, y enseguida un casamiento. Nada enfriará al rey como un casamiento entre amantes de provincia.
—¡Diantre! todo lo contrario —dijo Juan—; para Su Majestad cristianísima (y vos, condesa, lo sabéis mejor que nadie) es un plato sabroso, una muchacha casada; pero una joven que tuviese amante, disgustaría a Su Majestad.
—El coche está a punto —dijo.
Chon salió de la habitación, luego de haber apretado la mano de Juan y abrazado a su hermana.
—¿Por qué no la lleváis vos, Juan? —dijo la condesa.
—Yo iré solo por otro camino, y seré la primera visita que tendrás en tu nueva habitación.
La joven partió, y Juan se sentó nuevamente a la mesa para tomar la tercera jícara de chocolate.
En primer término trató Chon de afectar todo el aire provinciano que pudiese, a cuyo efecto había cambiado de traje y se había cubierto sus espaldas aristocráticas con una manteleta de seda negra. Pasada media hora subía con Silvia una altísima escalera que conducía al cuarto piso, en el cual se encontraba la habitación alquilada por el vizconde.
Al llegar al tramo del segundo piso se volvió Chon para saber quién la seguía. Era la anciana propietaria que vivía en el piso principal, y que al oír ruido, había salido y se hallaba confusa y sorprendida al ver dos mujeres tan jóvenes y tan lindas penetrar en su casa.
—¡Hola, señoritas!, ¿qué venís a buscar aquí? —preguntó.
—La habitación que mi hermano ha tomado para nosotras, señora —dijo Chon afectando su aire de viuda—: ¿no lo habéis visto o hemos equivocado la casa?
—No hay equivocación, no; es en el cuarto piso —dijo la vieja propietaria—, ¡ah! ¡pobre joven, viuda a vuestra edad!
—¡Ay! —exclamó Chon elevando los ojos al cielo.

—Os encontraréis muy bien en la calle Plastrière; es una calle muy buena, no sentiréis ruido: vuestra habitación da a los jardines.
—Señora, esto es lo que precisamente deseaba.
—Sin embargo, por el corredor podréis asomaros a la calle cuando pasen las procesiones y cuando trabajen los perros sabios.
—Será una gran distracción, señora —suspiró Chon, y continuó subiendo.
La propietaria la siguió con la vista hasta el cuarto piso, y una vez Chon cerró la puerta, dijo:
—Parece una buena mujer.
Lo primero que hizo fue dirigirse hacia las ventanas que daban al jardín.
Juan estaba seguro; casi debajo de la habitación alquilada estaba el pabellón señalado por el cochero.
Hasta la menor duda desapareció, cuando una joven fue a sentarse junto a la ventana del pabellón, con un bordado en la mano: era Andrea.

LXII

ESPIANDO AL FILÓSOFO GILBERTO

Unos minutos hacía que Chon miraba a la joven, cuando el vizconde Juan, que había subido las escaleras de cuatro en cuatro escalones como escribiente de procurador, se presento en el umbral de la habitación de la fingida viuda.
—¿Que hay? —preguntó.
—¡Ah! ¿eres tú, Juan?, me has asustado.
—¿Que dices de esto?
—Que estaré muy bien aquí para verlo todo; pero por desgracia no podré también oír.
—Demasiado exigente eres. A propósito: otra noticia.
—¿Cuál?
—Maravillosa.
—¡Bah!

—Incomparable.
—Este hombre es capaz de matar con sus exclamaciones
—El filósofo...
—Y bien, ¡qué! ¿el filósofo?
—Aun cuando digan...
—El sabio está preparado a todo evento.
—Yo soy muy sabio; pues bien, no estaba preparado a esto.
—Os ruego que terminéis. ¿Os estorba esta muchacha? En ese caso entrad al cuarto inmediato, Silvia.
—¡Oh! de ninguna manera, Silvia, quédate.
El vizconde acarició a la muchacha, cuyo ceño se fruncía ya, al pensar que se iba a decir una cosa que ella no oiría.
—Bueno, que se quede; pero hablad.
—No hago otra cosa desde que estoy aquí.
—Para no decir nada, callaos entonces y dejadme mirar: mejor será esto.
—Tranquilizaos. Cruzaba, pues, por delante de la fuente.
—Precisamente no hablabais de esto.
—Bueno: ¿me interrumpís?
—No.
—Pues pasaba por delante de la fuente y compraba muebles viejos para esta fea habitación, cuando de repente percibo que el agua salpica mis medias.
—¡Todo esto es interesante!
—Tened paciencia, sois en exceso ejecutiva, amiga mía: miro... y veo... ¿acertáis qué?
—No, proseguid.
—A un caballero tapando con un pedazo de pan el caño de la fuente, y produciendo, gracias al obstáculo que oponía al agua, aquella extravasación y aquel surtidor.
—Interesante es lo que me decís —dijo Chon encogiéndose de hombros.
—Escuchad: al sentirme salpicado eché mil maldiciones; el hombre del pan mojado se vuelve y veo... —¿A quién veis?
—A mi filósofo, o mejor dicho a nuestro filósofo.
—¿Quién? ¿Gilberto?
—El mismo, con la cabeza descubierta, la casaca desabrochada y los zapatos sin hebillas: en resumen, en un elegante *negligé*.
—¡Gilberto!..., ¿y qué te dijo?

—Nos reconocemos; me adelanto, retrocede; estiro el brazo, abre las piernas, y corre como una liebre entre los coches y los aguadores.
—¿Y lo habéis perdido de vista?
—No iba yo a correr también.
—No era natural: comprendo; pero lo habéis perdido de vista.
—¡Qué fatalidad! —exclamó Silvia.
—Le debo buena ración de zurras, y si le hubiera echado la mano al cuello, os prometo que no hubiera perdido nada por esperar, pero sin duda acertó mi buena intención, y puso pies en polvorosa. Sin embargo, él está en París, que es lo principal; y en París, por poco amigo que sea uno del subdelegado de policía, se encuentra todo lo que se busca.
—Será necesario...
—Y una vez lo tengamos en nuestro poder le haremos ayunar.
—Será encerrado —dijo Silvia—, sólo que esta vez será preciso elegir un sitio seguro.
—Y Silvia le llevará a ese sitio seguro su pan y su agua, ¿no es cierto, Silvia? —dijo el vizconde.
—No nos riamos, hermano mío —dijo Chon—, ese muchacho vio el lance de los caballos de posta, y si tuviese motivos para odiarnos, podría hacernos daño.
—Por lo mismo, al subir tu escalera —replicó Juan—, he pensado en ir a visitar a M. de Sartines y contarle mi encuentro. Él me contestará que un hombre sin sombrero, con las medias casi caídas, los zapatos en chanclas, y que moja su pan en la fuente, debe vivir muy cerca del sitio donde se le encuentra de este modo pergeñado, y entonces se comprometerá a buscárnoslo.
—Sin dinero, ¿qué puede hacer aquí Gilberto?
—Desempeñar algunas comisiones.
—¡Él!, ¡un filósofo de una especie tan salvaje! ¡Bah! ¡bah!
—Puede ser que haya encontrado —dijo Silvia— alguna beata vieja, parienta suya, que le dará los mendrugos de pan, en exceso duros para su perro.
—Ea, basta, poned la ropa blanca en ese armario viejo, Silvia, y vos, hermano mío, a nuestro observatorio.
Aproximáronse a la ventana con grandes precauciones.
Dejó Andrea su bordado, tendió negligentemente sus piernas sobre un sillón, cogió un libro colocado sobre una silla que estaba a su lado, lo abrió y

empezó una lectura que los espectadores juzgaron ser de las más interesantes, porque la joven continuó inmóvil desde el momento que principió.
—¡Oh! ¡qué estudiosa es! —dijo Chon—, ¿qué leerá?
—Aquí de mi indispensable —continuó el vizconde sacando de su bolsillo un anteojo que alargó y flechó a Andrea, descansándolo para tomar bien la puntería en el ángulo de la ventana.
Chon le miraba con natural impaciencia.
—Y bien, sepamos: ¿es efectivamente linda esa criatura? —interrogó al vizconde.
—¡Es admirable! ¡Oh! Es una joven perfecta: ¡qué brazos!, ¡qué manos!, ¡qué ojos!, ¡qué labios, capaces de tentar al mismo San Antonio!; los pies, ¡oh! ¡los pies divinos!; el tobillo... ¡qué tobillo debajo de aquella media de seda!
—¿A que te vas a enamorar de ella? —dijo Chon—: no nos faltaba otra cosa.
—¿Y qué mal habría en ello, si esa joven me quería? Esto tranquilizaría bastante a nuestra pobre condesa.
—Miremos: dame ese anteojo, y deja por un momento tu charla... Sí, verdaderamente es hermosa esa joven, y es imposible que no tenga amante...; no lee, mirad... el libro se le va a caer de las manos... miradle, miradle cómo se le cae...; cuando yo os decía... Juan, no lee, medita.
—O duerme.
—¿Con los ojos abiertos? ¡Hermosos ojos a fe mía!
—De todos modos —dijo Juan—, si tiene amante, le veremos bien desde aquí.
—Si viene de día, porque si es de noche...
—¡Diablo!, no he pensado en eso, y, sin embargo, es la primera cosa en que debía haber pensado... esto prueba hasta dónde llega mi inocencia.
—Sí, inocente como un procurador.
—¡Bueno! prevenido estoy e inventaré cualquier cosa.
—¡Buen anteojo es éste! —dijo Chon—: leeré casi en el libro.
—Leed, y decidme el título: acaso pueda adivinar algo de esta manera.
Se adelantó Chon curiosamente; pero retrocedió con más ligereza que había avanzado.
—¿Qué es eso? —preguntó el vizconde.
—Hermano mío, mirad con precaución —contestó Chon agarrándole del brazo—, ved quién se asoma a aquella ventana de la izquierda. Cuidado no os vea.

—¡Oh! —exclamó en voz baja Du Barry—, el que me ha mojado las medias. ¡Dios me perdone!
—Se va a tirar abajo.
—No, se coge al alero del tejado.
—¿Pero qué mira con aquellos ojos ardientes y aquella embriaguez salvaje?
—Acecha.
—¡Ah! ¡ah! ya comprendo —exclamó el vizconde dándose una palmada en la frente.
—¿Qué?
—Está acechando a nuestra hermosa dama.
—¿La señorita de Taverney?
—La misma. Ahí tenéis el amante del palomar; ella viene a París y él vuela tras ella. Ella se hospeda en la calle de Coq-Heron, y él huye de nuestro poder para venir a habitar en la calle Plastrière; él la mira y ella medita.
—Es cierto —dijo Chon—: mirad aquellos ojos, aquella fijeza, aquel fuego lívido: está locamente enamorado.
—Hermana mía —dijo Juan—, no cesemos de acechar a la enamorada; el amante hará el gasto. Ahora permitidme pasar e iré a ver a M. Sartines. Pero cuidado no os vea el filósofo, pues ya sabréis si levanta pronto el campo.

LXIII

PLAN DE ATAQUE

A las tres y media de la madrugada volvió a su casa M. de Sartines, rendido, pero muy satisfecho de la fiesta que improvisó al rey y a madame Du Barry. Por la llegada de madame la delfina, el entusiasmo popular había saludando a Su Majestad con muchos gritos de: ¡viva el rey!, pero con alguna templanza desde aquella famosa enfermedad de Metz, durante la cual se había visto toda la Francia en las iglesias o en peregrinación para rogar por la salud del joven monarca, llamado en aquel tiempo Luis XV el muy amado.

Por otro lado, madame Du Barry, que solía ser insultada en público por algunas aclamaciones de género particular, consiguió una favorable acogida contra lo que ella misma esperaba, por parte de muchas filas de espectadores; de manera que satisfecho el rey dirigió una leve sonrisa a M. de Sartines, y éste estaba cierto de un buen agradecimiento.

Así, pues, creyó poder levantarse a las doce del día, cosa que no le había pasado hacía ya mucho tiempo, y había aprovechado al levantarse aquella especie de vacación que él mismo se otorgaba, para probarse una o dos docenas de pelucas nuevas, escuchando a la vez los partes de aquella noche, cuando al encasquetarse la decimasexta peluca, y al llegar a la tercera parte de la lectura, anunciaron al vizconde Juan Du Barry.

—Magnífico —dijo para sí M. de Sartines—, he aquí mi premio. ¿Quién sabe? ¡las mujeres son tan caprichosas! Haced entrar al señor vizconde en el salón.

Cansado de su madrugada se sentó Juan en un sillón, y el subdelegado de policía, que no tardó en presentársele, pudo convencerse de que la conferencia había de ser agradable.

En efecto, Juan parecía hallarse muy contento. Se apretaron la mano los dos hombres.

—Vizconde, ¿qué os conduce tan temprano a mi casa?

—Primero —contestó Juan, acostumbrado ante todas las cosas a lisonjear el amor propio de las personas de quienes necesitaba recibir algún servicio—, vengo a cumplimentaros por la acertada dirección de nuestra fiesta de ayer.

—¡Ah!, ¡gracias! ¿Pero es oficialmente?

—Oficialmente, en cuanto a Luciennes.

—Es cuanto necesito. ¿No es allí donde sale el sol?

—Y donde también se esconde algunas veces. Y soltó Du Barry esa carcajada grosera y estrepitosa que daba a su persona la natural honradez que con frecuencia necesitaba.

—Además de los merecidos elogios que debo tributaros, vengo a pediros un servicio.

—Dos, si puedo hacerlos.

—¡Oh! ante todo, decidme: ¿cuando se pierde una cosa en París, hay confianza de hallarla?

—Si no vale nada o vale mucho, sí.

—No vale gran cosa lo que busco —dijo Juan moviendo la cabeza.

—¿Qué buscáis?
—Un joven de dieciocho años poco más o menos. M. de Sartines alargó la mano hacia un papel, tomó un lápiz y escribió:
—Dieciocho años. ¿Cómo se llama?
—Gilberto.
—¿Qué hace?
—Me figuro que lo menos que puede.
—¿De dónde viene?
—De la Lorena.
—¿Dónde estaba?
—Estaba al servicio de los Taverney.
—¿Lo han traído consigo?
—No; mi hermana Chon lo recogió en el camino desfallecido de hambre, hizo que subiera a su coche, lo llevó a Luciennes, y allí...
—Y bien, ¿qué hizo allí?
—Temo que el bribón abusó de la hospitalidad.
—¿Ha robado?
—No digo eso.
—Pero, en fin...
—Digo que huyó de una manera rara.
—¿Y ahora deseáis verle?
—Sí.
—¿Tenéis idea de dónde puede estar?
—Hoy le he visto en la fuente que forma el ángulo de la calle Plastrière, y me creo que vive en la misma calle; me parece que podría señalar la casa.
—Pues conociendo la casa, nada es más fácil que cogerlo. ¿Qué queréis hacer de él una vez se halle en vuestro poder? ¿Se le encerrará en Charenton o en Bicètre?
—No, de ninguna manera. Ese muchacho agrada a mi hermana, y quisiera tenerlo a su lado, porque es muy vivo. Ahora bien; si con dulzura consiguiéramos atraerlo, sería mejor.
—Intentaremos ese medio. ¿No habéis preguntado nada en la calle Plastrière, para averiguar en qué casa se halla?
—Nada: ya comprenderéis que no he querido hacerme notable ni averiguar su posición, pues si me hubiera visto, habría escapado, como si el diablo lo llevara: y si hubiera sabido que yo no ignoraba su retiro, tal vez lo hubiera

abandonado.
—Es verdad. ¿Habéis dicho que en la calle Plastrière? ¿Al fin, al medio, o al principio de la calle?
—Sobre poco más o menos a la tercera parte de ella.
—Bien, confiad; voy a enviar un hombre diestro.
—¡Ah, querido subdelegado!, un hombre diestro, por mucho que lo sea, hablará siempre algo.
—No; entre nosotros nadie habla.
—El muchacho es fino como el ámbar.
—¡Ah! comprendo: perdonad si no he caído antes en la cuenta; quisierais que yo mismo... porque hay en esto dificultades que no imagináis.
Aunque Juan estaba seguro de que el magistrado trataba de dar mérito a sus servicios, no quiso quitar nada a la importancia de su papel, y añadió:
—Justamente a causa de esas dificultades que presentáis, deseo que vayáis en persona.
M. de Sartines gritó a su ayuda de cámara.
—Que pongan el coche —dijo.
—Yo traigo uno —dijo Juan.
—Gracias; deseo el mío porque no tiene armas y participa de un justo medio entre el fiacre y la carretela. Es un carruaje que se pinta todos los meses, y que por esta razón con dificultad es conocido. Ahora, mientras enganchan permitid que me cerciore si mis pelucas nuevas me caen bien.
—Haced lo que gustéis —dijo Juan.
M. de Sartines llamó a su peluquero, que trajo una verdadera colección de pelucas: se contaban de todas formas, de todos colores y de todas dimensiones: pelucas de golillas, pelucas de abogado, pelucas de asentista, y pelucas de cortesano. M. de Sartines, para hacer sus indagaciones, cambiaba de traje tres o cuatro veces al día, y tenía mucho cuidado en la exactitud del vestido.
Cuando el magistrado se probaba su vigésima cuarta peluca, vinieron a decirle que estaba preparado el coche.
—¿Conoceréis bien la casa? —preguntó.
—¡Pardiez! la veo desde aquí.
—¿Habéis mirado la entrada?
—Es lo primero en que he pensado.
—¿Y de qué forma es esa entrada?

—Hay una alameda.
—¿Decís que hay una alameda, y que la casa estará hacia la tercera parte de la calle?
—Sí, con puerta de secreto.
—¡Con puerta de secreto! ¡Diablo! ¿Sabéis el piso que habita vuestro fugitivo?
—En las buhardillas. Pero ya nos encontramos cerca; veo la fuente.
—Al paso, cochero —dijo el subdelegado.
Obedeció el cochero, y M. de Sartines echó los cristales.
—Es esa casa sucia —dijo Juan.
—¡Ah!, precisamente —exclamó M. de Sartines dando una palmada—; he ahí lo que yo temía.
—¡Cómo! ¿teméis algo?
—Sin duda.
—¿Pues qué teméis?
—¡Qué desgracia!
—Explicaos.
—Esa casa sucia que habita vuestro fugitivo, es justamente la de M. Rousseau, de Ginebra.
—¿Rousseau el escritor?
—El mismo.
—¿Y qué os importa?
—¡Cómo! ¿qué me importa? Se conoce que no sois subdelegado de policía, y que no precisáis habéroslas con filósofos.
—¡Bah! ¡Gilberto en casa de M. de Rousseau! ¿Qué probabilidad hay para que así sea?
—¿No afirmáis que vuestro joven era filósofo?
—Sí.
—Pues bien: Dios los cría y ellos se juntan.
—En fin, supongamos que se encuentra en casa de M. Rousseau.
—Y bien.
—¿Qué sucedería?
—Que no lo cogeréis, pardiez.
—¿Por qué causa?
—Porque M. Rousseau es muy temible.
—¿Por qué no lo encerráis en la Bastilla?

—El otro día lo propuse al Rey, pero no se atrevió.
—¡Cómo! ¿no se atrevió?
—No: ha querido dejarme la responsabilidad de esta prisión, y en realidad, yo no he sido más valiente.
—¿De veras?
—Como os lo digo, se mira uno mucho antes de molestar a esos señores filósofos; ¡diablo! ¡un rapto en casa de M. Rousseau! no a fe mía, amigo mío.
—Querido magistrado, os hallo extrañamente tímido; ¿el rey no es rey, y vos el subdelegado de policía?
—Discurrís de un modo muy particular los que no vivís en medio del laberinto de los negocios. Cuando decís «¿el rey no es rey?» creéis haberlo dicho todo. Os declaro, querido vizconde, que mejor quisiera apoderarme de vos en casa de madame Du Barry que sacar a vuestro Gilberto de la de M. Rousseau.
—¡De veras! Os agradezco la preferencia.
—Sí, por cierto; se gritaría menos, pues no sabéis hasta qué punto es sensible la epidermis de esos letrados; a la menor desolladura, gritan como si los enrodaran.
—Pero no nos forjemos fantasmas. ¿Se sabe de positivo que M. Rousseau haya recogido a nuestro fugitivo? ¿Esta casa de cuatro pisos es suya y la habita solo?
—No tiene nada M. Rousseau, y por lo tanto no posee casa en París; tal vez vivan con él quince o más inquilinos en esta barraca. Pero tomad esto por norma de conducta: siempre que se presenta una desgracia con alguna probabilidad, contad con ella, si es una felicidad no la esperéis, debiendo tener presente que hay noventa y nueve probabilidades para el mal, y una para el bien. Pero esperad: como sospechaba lo que nos ocurre, tomé notas.
—¿Qué notas?
—Mis notas sobre M. Rousseau. ¿Creéis que da un paso sin que se conozca dónde va?
—¿Pero de veras es peligroso?
—No, pero es revoltoso; semejante loco puede romperse a cada instante un brazo o una pierna, y se diría que nosotros éramos los causantes de aquellos accidentes.
—¿Por qué no mandáis que de una vez le aprieten el pescuezo?
—¡Dios nos libre de tamaño atentado!

—Me permitiréis os diga que no comprendo vuestra repugnancia.
—Me explicaré: frecuentemente es apedreado por el pueblo; pero se reserva ese derecho como propio suyo, y si el buen ginebrino recibiese la menor ofensa de nuestra parte, a nosotros dirigiría entonces sus tiros.
—¡Ah!... perdonad; yo ignoraba esas ceremonias.
—Nos valdremos, pues, de minuciosas precauciones. Por ahora nos limitaremos a usar de la única probabilidad que nos queda: la de que no esté en la casa de M. Rousseau. Ocultaos en el interior del carruaje.
Obedeció Juan, y M. de Sartines ordenó al cochero que se internase algunos pasos más en Ja calle. Sacó su cartera y de ella algunos papeles.
—Adelante —dijo—; si vuestro joven vive en compañía de M. de Rousseau, ¿desde qué día está aquí?
—Desde el dieciséis.
—Día diecisiete. Han visto a M. Rousseau herborizar en los bosques de Meudon: estaba solo.
—¡Estaba solo!
—Prosigamos. A las dos de la tarde del mismo día, herborizaba también acompañado de un joven.
—¡Ah! —exclamó Juan.
—De un joven —repitió M. de Sartines—, ¿lo oís?
—Sí, por Cristo, ese es.
—De miserable aspecto.
—Cierto.
—Los dos arrancan plantas que guardan en una caja de hoja de lata.
—¡Cáspita! —exclamó Du Barry.
—Hay más. Oíd: por la tarde se lleva al joven; a media noche éste no ha salido de su casa.
—Bien.
—Día dieciocho. El joven no ha salido, y parece haberse instalado en la casa de M. Rousseau.
—Me queda todavía alguna esperanza.
—Decididamente sois optimista, no importa, comunicádmela.
—Que tenga algún pariente en la casa.
—Está visto, es necesario satisfaceros, o más bien, quitaros toda esperanza.
—Alto, cochero.
Se apeó el subdelegado, y no había dado diez pasos, cuando halló a un

hombre vestido de color oscuro, y de apariencia bastante equívoca, quien al ver al ilustre magistrado se quitó el sombrero volviéndoselo a poner enseguida, sin dar más importancia al saludo, aunque el respeto y la fidelidad brillasen en su mirada.
Hizo una seña M. de Sartines, el desconocido se aproximó, y después de recibir algunas instrucciones, desapareció.
Subió al carruaje el subdelegado, y cinco minutos después volvió a presentarse el desconocido y se acercó a la portezuela.
—Para que no me vean —dijo el vizconde—, volveré la cabeza a la derecha.
Sonrióse el subdelegado, y despidió a su agente tan pronto como recibió la confidencia.
—¿Qué hay? —preguntó Du Barry.
—¡Qué hay! Ya sospechaba yo que teníamos malas probabilidades: vuestro filósofo está instalado en casa de Rousseau. Creedme, desistid de vuestro empeño.
—¡Que desista!
—Y qué hacer. Por un capricho no creo que queráis sublevar contra nosotros todos los filósofos de París. ¿Es cierto?
—¡Qué dirá mi hermana Juana!
—¿Pero tanto quiere a Gilberto? —exclamó el subdelegado.
—Sí, mucho.
—Entonces pensad en medios más suaves: usad de política, halagad a M. Rousseau, y en vez de arrebatar a Gilberto por la fuerza, él lo entregará voluntariamente.
—¡Bah! tanto vale ocuparnos en amansar un oso.
—Tal vez sea menos difícil de lo que suponéis. Ea, no hay que desesperar: a él le agradan las caras bonitas; la de la condesa es de las más lindas, y la de la señorita Chon no es desagradable tampoco. Decidme: ¿será capaz la condesa de hacer algún sacrificio por ese capricho?
—Hará muchos.
—¿Consentirá en enamorarse de Rousseau?
—Si fuese absolutamente preciso...
—Puede ser utilísimo; pero necesitamos un agente intermedio que acerque estos dos personajes. ¿Sabéis de alguno que conozca a Rousseau?
—M. Conti.
—No me agrada: desconfía de los príncipes: conviene servirse de un hombre

de poca nota, de un sabio, un poeta.
—No conozco a ninguno.
—En casa de la condesa, ¿no he visto a M. de Jussieu?
—¿El botánico?
—Seguramente.
—¡Ah! creo que sí. Viene a Trianón, y mi hermana le consiente que destroce las plantas del jardín.
—Esto es lo que necesitamos: Jussieu es además amigo mío.
—Pues somos felices.
—O poco menos.
—¿Y lograré apoderarme de Gilberto?
Después de reflexionar algunos momentos contestó el subdelegado:
—Empiezo a creer que sí, y sin violencia y sin gritos. El filósofo ginebrino os lo entregará sujeto de pies y manos.
—¿Lo esperáis así?
—Estoy convencido.
—Por mi parte, ¿qué debo hacer?
—Muy poca cosa. ¿No poseéis hacia la parte de Meudon o de Marly algún terreno?
—¡Oh! Eso no faltará.
—Pues bien, construid allí, ¿cómo diré yo?, una trampa para filósofos.
—¡Oh! ¿Y cómo se construye eso?
—Descuidad, yo os daré el plan: ahora marchemos, marchemos pronto porque nos observan. Arrima a esta casa, cochero.

LXIV

EL PRECEPTOR DE LOS PRÍNCIPES DE FRANCIA

Los grandes acontecimientos de la historia son para el novelista lo que para el viajero las gigantescas montañas. Las contempla, da vueltas alrededor de

ellas, las saluda al paso, pero no las cruza.
Contemplaremos, pues, dando vuelta a su derredor y saludando, esa ceremonia majestuosa e imponente de la princesa en Versalles. En semejante ocasión conviene consultar el ceremonial de Francia, como única crónica.
No es efectivamente en los esplendores de Luis XV en Versalles, ni en la descripción de los suntuosos trajes de corte, de las libreas y ornamentos pontificales, donde nuestra historia, que modestamente avanza costeando el ancho camino que traza la historia de Francia, puede encontrar su interés y engrandecimiento.
Esperemos que termine la ceremonia a los rayos del ardiente sol de un hermoso día de mayo, y que se retiren alegres los ilustres convidados comentando las maravillas del suceso que acaban de presenciar, y volvamos a nuestros acontecimientos y a nuestros personajes, que no carecen ciertamente de valor histórico.
El banquete, calcado sobre el ceremonial de la comida de boda del gran delfín, hijo de Luis XIV, duró mucho, así es que, cansado el monarca, se retiró a su cámara a las nueve, despidiendo a todo el mundo, excepto a M. de La Vauguyon, preceptor de los príncipes de Francia.
Este duque, gran amigo de los jesuitas, que confiaba en atraerse, gracias al crédito de madame Du Barry, veía terminada parte de su tarea por el casamiento del duque de Berry.
No obstante, no era esta la parte más laboriosa, pues quedábale todavía la de perfeccionar la educación de los condes de Provenza y Artois, que contaban a la sazón quince años el primero, y trece el segundo. Aquél era taciturno e indómito; éste, muy revoltoso y atronado: por otra parte, además de las buenas condiciones que le hacían un discípulo muy apreciable, Luis Augusto era delfín, es decir, el primer personaje de Francia después del rey. M. de La Vauguyon podía, por consiguiente, perder mucho, perdiendo sobre aquel espíritu la influencia que una mujer iba tal vez a conquistar.
Oída la invitación del rey, M. de La Vauguyon pudo abrigar la esperanza de que Su Majestad, comprendiendo aquella pérdida, trataba de indemnizarle por medio de alguna recompensa. Terminada una educación es costumbre gratificar al preceptor, lo cual debió contribuir a redoblar la sensibilidad de M. de La Vauguyon, en extremo exquisita por naturaleza; de suerte que mientras duró la comida llevaba el pañuelo a los ojos, como para manifestar el sentimiento que la pérdida de su alumno le produjera. Prorrumpió en

sollozos después de los postres; pero, al quedarse solo, comenzó a sentirse más tranquilo.
Al llamarle Luis XV sacó el pañuelo, afluyendo a sus ojos nuevas lágrimas.
—Mi pobre La Vauguyon, aproximaos —dijo el rey, instalándose cómodamente en un sillón—, y hablaremos un rato.
—Siempre a las órdenes de Vuestra Majestad —repuso el duque.
—Querido mío, sentaos; os encontraréis muy cansado.
—¡Sentarme yo, señor!
—Sí, sin ceremonia.
Y Luis XV le indicó un taburete colocado de tal modo, que las luces daban de lleno en el rostro del preceptor, dejando el suyo a la sombra.
—¿Conque ya está terminada la educación? —preguntó el rey.
—Sí, señor —repuso el duque.
—¡Una buena educación en verdad! —dijo Luis XV.
—Vuestra Majestad es sumamente bondadoso.
—Y que os honra mucho, duque.
—Me favorecéis demasiado, Majestad.
—Me parece que Luis es uno de los príncipes sabios de Europa.
—Así lo creo yo también, señor.
—¿Buen historiador?
—Excelente.
—¿Geógrafo perfecto?
—El delfín hace él solo planos que con dificultad haría un ingeniero.
—¿Tornea con perfección?
—¡Ah!, señor, ese honor no me pertenece, pues otro ha sido quien le enseñó.
—¿Qué importa? el resultado es que sabe tornear.
—Maravillosamente.
—¿Y en relojería?... ¡eh!... ¡qué destreza!...
—Extraordinaria, señor.
—Hace seis meses que mis relojes andan uniformes como las ruedas de un coche, siendo él sólo quien se cuida de arreglarlos.
—Señor, eso pertenece a la mecánica, y debo también declarar que tampoco he tenido parte en esa enseñanza.
—Sí: ¿pero matemáticas, náutica?
—¡Ah!, señor, he ahí las ciencias que he pretendido enseñarle.
—Y habéis conseguido vuestro propósito: noches pasadas le oí hablar con M.

de Laperouse, de obenques, palo mesana y bergantines.
—Términos propios de marina... sí, señor.
—Y se expresa como un Juan Bart.
—Como es profundo en esa ciencia...
—Ya, pero a nadie, sino a vos, debe esos conocimientos.
—Vuestra Majestad me favorece más de lo que merecen mis méritos, atribuyéndome una parte, por corta que sea, en las provechosas ventajas que el delfín ha sacado del estudio.
—Duque, la verdad: espero que Luis ha de ser, sin duda alguna, buen rey, buen administrador, y buen padre de familia... ¿qué creéis?, ¿será buen padre de familia?...
—¡Oh!, señor —repuso con candidez—, opino que hallándose en germen todas las virtudes en el corazón del delfín, ésta debe estar todavía oculta como las demás.
—No me comprendéis, duque, os pregunto si será buen padre de familia.
—Declaro, señor, que no comprendo a Vuestra Majestad. ¿En qué sentido me hace esa pregunta?
—¿En qué sentido? ¿en qué sentido?... ¿No conocéis la Biblia?
—Sí, señor, la he leído.
—Pues bien, ¿conocéis a los patriarcas?
—Justamente.
—¿Será buen patriarca?
M. de La Vauguyon miró con tanto asombro al rey, como si le hubiese hablado en hebreo, y dando vueltas al sombrero entre sus manos:
—Señor —respondió—, un gran rey lo es todo.
—Perdonad, señor duque —insistió Luis XV—: veo que no nos entendemos.
—Procuro, no obstante, explicarme lo mejor que puedo, señor.
—En fin —continuó el rey—, hablaré más claramente.
Veamos, conocéis el delfín como si fuese hijo vuestro, ¿es verdad?
—¡Oh! seguramente, señor.
—¿Sus inclinaciones?
—También, señor.
—¿Y sus pasiones?
—En cuanto a sus pasiones, ¡oh!, es muy diferente, pues yo las habría radicalmente extinguido, tan pronto como monseñor las hubiese tenido; mas por fortuna no me he visto precisado a tomarme ese trabajo, porque no tienen

imperio alguno en el ánimo de monseñor.
—¿Por fortuna dijisteis?
—¿Y no es una felicidad?
—¿Conque no las tiene?
—No, señor.
—¿Ni una?
—Ni una, puedo asegurarlo.
—Eso es justamente lo que yo temía. El delfín será buen rey, buen administrador; pero buen patriarca, jamás.
—Vuestra Majestad no me ha encargado que educase al delfín para el patriarcado.
—Ciertamente, y reconozco que he obrado mal, pero debía haber tenido presente que habría de casarse algún día. Pero aun cuando no tenga ahora pasiones, ¿no le condenaréis por completo?
—¿Cómo?
—Quiero decir que no le juzguéis incapaz de tenerlas algún día.
—Presumo, señor...
—¡Cómo! ¿qué presumís?
—La verdad, señor —prosiguió el pobre duque con tono lastimero—. Vuestra Majestad me pone en un suplicio.
—Señor de La Vauguyon —prorrumpió el rey, que comenzaba a impacientarse—; os pregunto si, con pasión o sin ella, el duque de Berry será buen esposo. Dejo aparte la calificación de padre de familia, y olvido la de patriarca.
—¡Oh, señor! A eso precisamente es a lo que no puedo responder a Vuestra Majestad.
—¡Cómo ¿que no podéis responder?
—No, señor, pues lo ignoro.
—¡Lo ignoráis! —exclamó Luis XV con un asombro que hizo oscilar la peluca sobre la cabeza de M. de La Vauguyon.
—Señor, el duque de Berry vivía bajo el techo de Vuestra Majestad con la inocencia propia de un niño que estudia.
—¡Eh!, señor duque, ese niño no estudia ya, contrae matrimonio.
—Yo era el preceptor de monseñor...
—He ahí la razón por la que debisteis haberle enseñado todo cuanto era preciso que supiese —contestó el monarca recostándose en su sillón y

encogiéndose de hombros—. Lo sospechaba —añadió después de algunos instantes lanzando un suspiro.
—¡Por Dios, señor!
—¿Sabéis la historia de Francia, señor de La Vauguyon?
—Así lo he creído siempre, y continuaré creyéndolo, a menos que Vuestra Majestad me asegure lo contrario.
—Pues entonces no ignoraréis lo que me ocurrió la víspera de mi boda.
—Lo ignoro, señor.
—¡Oh, Dios mío! ¿Es decir que nada sabéis?
—Si Vuestra Majestad se dignase manifestarme ese punto que desconozco...
—Atended, duque, y que os sirva de lección para los otros dos condes.
—Os atiendo, señor.
—Yo también fui educado según el sistema que habéis practicado con el delfín, y bajo el techo de mi abuelo. Mi preceptor, M. de Villeroy, era un hombre de bien como vos. ¡Ojalá me hubiese permitido más frecuentemente la sociedad de mi tío el regente! Pero no, la inocencia del estudio, como vos mismo habéis dicho, me hizo descuidar el estudio de la inocencia. Me casé, no obstante, señor duque, y el matrimonio de un rey es cosa muy formal en el mundo.
—¡Oh, señor!, ya empiezo a entender.
—Me alegro, y continúo mi relato. Examinó el cardenal mis disposiciones para el patriarcado: estas eran completamente nulas, y mi candor hacía temer que el trono de Francia recayese en la línea femenina. Pero por suerte el cardenal consultó a M. de Richelieu sobre este asunto tan delicado, y como este último se hallaba muy instruido en semejante materia, tuvo una idea luminosa. Conocía a una señorita llamada Lemaure o Lemoure (no recuerdo bien el nombre), que hacía cuadros admirables; le encargó una serie de escenas... ¿adiviináis?
—No, señor.
—¿Cómo me explicaría yo?... escenas campestres...
—¿Semejantes a las de los cuadros de Teniers?
—No, mejores: primitivas.
—¡Primitivas!...
—Naturales. Creo haber por fin encontrado el término: ¿entendéis ahora?
—¡Cómo! —exclamó M. de La Vauguyon ruborizado—: ¡se atrevieron a presentar a Vuestra Majestad...!

—¿Quién dice que me presentaron, duque?
—Pero para que Vuestra Majestad viese...
—Bastaba con que mi majestad mirara.
—¡Y bien!
—Miré.
—¿Y?...
—Y como el hombre es naturalmente imitador... imité.
—Señor, en verdad que el medio es ingenioso, excelente, aunque peligroso para un joven.
El monarca contempló al duque de La Vauguyon sonriéndose con sonrisa que pudiera llamarse cínica, a no haberse deslizado en los labios de Luis XV.
—Por hoy dejemos el peligro, y volvamos a lo que os falta que hacer.
—¡Oh!
—¿Lo sabéis?
—No, señor, y Vuestra Majestad me haría señalada merced en decírmelo.
—Bueno, pues oídme: iréis a buscar al delfín que está recibiendo los últimos cumplimientos de los caballeros invitados, en tanto la princesa se despide de las damas. —Sí, señor.
—Luego tomaréis una palmatoria, y conduciendo aparte al delfín...
—Bien, señor.
—Indicaréis a *vuestro discípulo* —y el rey pronunció con afectación estas dos palabras—, indicaréis a vuestro discípulo que su cámara está situada al fin del corredor nuevo.
—Del cual nadie guarda la llave.
—Porque yo la guardaba, previendo lo que hoy ocurre: aquí la tenéis.
El preceptor la tomó temblando.
—Señor duque, quiero manifestaros —continuó el monarca—, que esa galería contiene unos veinte cuadros que he ordenado que coloquen en ella...
—¡Ah!, señor, sí sí.
—Pues abrazaréis a vuestro discípulo, le abriréis la puerta del corredor, le pondréis la palmatoria en la mano, y cuando le hayáis dado las buenas noches, le diréis que debe emplear veinte minutos en llegar a la puerta de su cámara; minuto por cuadro.
—¡Ah!, señor, comprendo.
—Lo celebro mucho: buenas noches, señor de La Vauguyon.
Y cerró la puerta detrás del ayo.

Entonces tiró Luis XV de su campanilla particular, a cuyo llamamiento acudió Lebel.
—Mi café —dijo el rey—. ¡A propósito, Lebel!
—Señor.
—Cuando me traigas el café, seguirás a M. de La Vauguyon, que ha salido para cumplir ciertos deberes cerca del delfín.
—Voy, señor.
—Pero aguarda que te entere de lo que has de hacer.
—Es cierto, señor; mi celo en obedecer a Vuestra Majestad es tal...
—Bien: seguirás, pues, a M. de La Vauguyon.
—Sí, señor.
—Está tan turbado y triste, que temo se aflija demasiado delante del delfín.
—Y si así sucede, ¿qué debo hacer, señor?
—Venir a comunicármelo.
Salió el ayuda de cámara después de haber dejado el café junto al rey, que comenzó a saborearlo poco a poco.
Transcurrido un cuarto de hora, Lebel volvió a presentarse.
—¿Qué hay? —preguntó Luis XV.
—M. de La Vauguyon ha ido hasta el corredor nuevo, conduciendo a monseñor del brazo.
—Bien, ¿y qué más?
—Lejos de estar tan triste como Vuestra Majestad esperaba, lo hallé, por el contrario, con los ojos muy avispados.
—Bien, prosigue.
—Sacó del bolsillo una llave, que entregó a monseñor, el cual abrió la puerta, y entró en el corredor.
—¿Y después?
—La palmatoria que llevaba el duque la entregó a monseñor, diciéndole en voz baja, pero no bastante que no pudiese yo dejar de oírle:
"—Monseñor, la cámara nupcial se encuentra al fin de esta galería, cuya llave acabo de entregaros. Su Majestad quiere que tardéis veinte minutos en llegar a ella.
"—¡Cómo! —exclamó el príncipe—, ¡veinte minutos cuando apenas necesito veinte segundos!
"—Monseñor —replicó M. de La Vauguyon—; aquí termina mi autoridad, y sólo me resta daros un consejo: mirad con detención las paredes a derecha e

izquierda de esta galería, y afirmo a Vuestra Alteza que encontrará en qué entretener esos veinte minutos.
"—Y no mal.
"—Hizo entonces M. de La Vauguyon un gran saludo, acompañado de miradas tan ardientes, que parecían querer penetrar en el corredor, y se marchó dejando a monseñor en la puerta.
—¿Me figuro que el príncipe entraría?
—Mirad, señor, mirad la luz en la galería. Un cuarto de hora hace ya por lo menos que pasea.
—Ea, ea, ya desaparece —dijo Luis XV después de estar un momento asomado a las vidrieras—. Veinte minutos me dieron a mí también; pero recuerdo que antes de cinco ya me encontraba en la alcoba de mi mujer. Ay! También dirán del delfín, lo que se dijo del segundo Racine:
"—¡Digno nieto de su abuelo!

LXV

LA NOCHE DE BODAS

Luis Augusto abrió la puerta de la cámara nupcial, o, mejor dicho, de la estancia que la precedía.
La archiduquesa, vestida con un largo peinador blanco, aguardaba en el dorado lecho, hundido apenas por el leve peso de su cuerpo débil y delicado.
¡Pero cosa extraña!, si hubiese sido posible leer al través de la nube de tristeza que cubría su frente, se hubiera reconocido, en vez de la dulce esperanza de la desposada, el terror de la doncella amenazada por uno de esos peligros que las naturalezas nerviosas llegan a prever, y sufren a veces con más valor que los han presentido.
Madame de Noailles ocupaba un asiento junto a la cama.
Esperaban las demás camaristas a un extremo de la real cámara, la menor seña de la dama de honor para marcharse.

Ésta, fiel a la etiqueta, esperaba con impaciencia la llegada del delfín.
Pero como si todas las leyes de la etiqueta y del ceremonial tuvieran que ceder en esta ocasión a la malignidad de las circunstancias, resultó que las personas designadas a introducir al joven príncipe en la cámara nupcial, no sabiendo que Su Alteza, según las disposiciones de Luis XV, debía llegar por el corredor nuevo, esperaban en otra antecámara.
La que visitaba el delfín estaba vacía, y la puerta que comunicaba a la cámara, ligeramente entreabierta, resultando que podía ver y oír lo que pasaba en aquella estancia.
Se esperó algunos instantes, mirando a hurtadillas y escuchando furtivamente, oyó pura y armoniosa, aunque algo trémula, la voz de María Antonieta que preguntaba.
—¿Por dónde entrará el delfín?
—Por esta puerta, señora —contestó la duquesa de Noailles, señalando la opuesta a la que ocultaba al príncipe.
—¿Qué se oye por esa ventana? —añadió la delfina—; parece que es ruido del mar.
—Es el rumor de los muchísimos espectadores que están paseando a la luz de la iluminación, aguardando los fuegos artificiales.
—¡La iluminación! —dijo con triste sonrisa María Antonieta—, no estará de más esta noche, ¡el cielo está tan oscuro!... ¿lo habéis visto, señora?
El príncipe, en este instante, cansado ya de esperar, empujó con suavidad la puerta preguntando si podía entrar.
Dio un grito madame de Noailles por no haber desde luego conocido al delfín.
Y la archiduquesa cogió el brazo de madame de Noailles, sobrecogida por las continuas emociones que había sufrido, mientras se hallaba agitada por ese estado nervioso en que generalmente todo nos sobresalta.
—Soy yo, señora —dijo el delfín—, no os asustéis.
—Pero ¿por qué entráis por esa puerta?
—Porque —repuso Luis XV asomando también su cabeza cínica por la puerta entreabierta—, porque M. de La Vauguyon como verdadero jesuita, sabe latín, matemáticas y geografía; pero no sabe lo demás.
Al oír al rey tan inopinadamente, la delfina, se deslizó de la cama y se puso de pies, envolviéndose en su gran peinador que la ocultaba tan herméticamente como la túnica de una matrona romana.

—¡Cómo se conoce que es flaca! —murmuró Luis XV—. Cargue el diablo con M. de Choiseul, que entre tantas archiduquesas fue a elegir precisamente ésta.
—Podrá observar Vuestra Majestad —dijo madame de Noailles— que en la parte que a mí respecta se ha observado estrictamente la etiqueta, a la cual sólo se ha faltado por el señor delfín.
—A mi cargo tomo la infracción —contestó el rey—, es muy justo, pues por mi culpa se ha cometido; mas como las circunstancias eran graves, espero, querida condesa, me perdonaréis.
—No acierto lo que Vuestra Majestad quiere dar a entender.
—Duquesa, nos marcharemos juntos y os lo explicaré. Ahora dejemos a estos jóvenes que se acuesten.
Se alejó un paso de la cama María Antonieta y se apoderó del brazo de madame de Noailles con más terror, tal vez, que la primera vez.
—¡Oh! Por Dios, señora —exclamó—, moriría de vergüenza...
—Señor —dijo la duquesa—, madame, la delfina, os suplica la consintáis acostarse como una simple señora particular.
—¡Cómo! ¿Y vos solicitáis eso? ¿Vos, tan exacta observadora de las leyes de la etiqueta?
—No ignoro, señor, que es contrario al ceremonial de Francia; pero fijaos en la archiduquesa...
Efectivamente, María Antonieta, de pie, pálida y sosteniéndose contra el respaldo de un sillón, hubiera semejado la estatua del Espanto, a no haberse oído el ligero castañeteo de sus dientes, acompañado del sudor frío que inundaba su rostro.
—¡Oh! hasta ese extremo no pretendo violentar a la delfina —repuso Luis XV, príncipe tan enemigo del ceremonial como decidido sectario había sido Luis XIV—, salgamos, duquesa; además, como hay cerraduras en las puertas, será mucho mejor...
Se ruborizó el delfín al oír estas últimas palabras de su abuelo, mas la princesa no las entendió aunque pudo también oírlas.
Luis XV abrazó a su nuera, y salió acompañado de la duquesa de Noailles, riéndose de aquel modo burlón que le era peculiar, y que produce tanta tristeza a los que no participan de la alegría del que se ríe.
Salieron los demás espectadores por la puerta contraria y los dos jóvenes quedaron solos.

Un profundo silencio reinó durante algunos momentos.
En fin, se aproximó Luis Augusto a la princesa: su agitado corazón latía aceleradamente, y sintió agolpársele al pecho y a las sienes la fogosa sangre de la juventud y del amor.
El joven príncipe, tímido y torpe por temperamento, se estremecía sólo al considerar que su abuelo podría estar oculto tras la puerta, y que su cínica mirada penetraba hasta la alcoba nupcial.
—Señora —dijo, al fin, acercándose a la archiduquesa—, ¿os sentís mala? Estáis tan pálida, y me parece que tembláis.
—No procuraré ocultaros —repuso aquélla—, que experimento una agitación extraña: es necesario que haya en el cielo alguna tempestad terrible, y que ejerce sobre mí grande influencia.
—¿Es decir que creéis que nos hallamos amenazados de algún huracán? —preguntó el delfín.
—¡Oh!, sin duda, así os lo aseguro; todo mi cuerpo tiembla, mirad.
En efecto, todo el cuerpo de la pobre archiduquesa parecía estremecerse bajo sacudimientos eléctricos.
Como para justificar sus previsiones, en aquel momento una ráfaga de viento impetuoso, parecido a esos soplos poderosos que arrollan unas olas sobre otras, arrastrando, al parecer, las montañas, y semejante al rugir de la tempestad que avanza, llenó el palacio de tumulto, de ayes y de crujidos horrorosos e intensos.
Las hojas arrancadas de las tronchadas ramas de los árboles, las estatuas arrojadas al pie de sus pedestales, un ensordecedor y prolongado grito de cien mil espectadores esparcidos por los jardines, y el lúgubre clamor que resonaba en las galerías y corredores del castillo, produjeron entonces la más salvaje y tétrica armonía que jamás vibrara en oídos humanos.
Al clamor sucedió un ruido siniestro: eran los vidrios que, rotos en mil pedazos, caían sobre las gradas de mármol y sobre las cornisas, produciendo un sonido seco, y volaban después rechinando por el espacio.
El viento había arrancado además de cuajo una de las persianas mal cerradas que chocó contra la pared, como el ala gigantesca de un pájaro nocturno.
Las luces se apagaron extinguidas por una ráfaga de viento, en todas las habitaciones del castillo donde las ventanas habían quedado abiertas.
El príncipe se acercó a la ventana para cerrar sin duda las persianas; mas se detuvo al oír a la archiduquesa que decía:

—¡Ay! señor, señor, por piedad; si abrís esa ventana, se apagarán nuestras bujías y moriré de miedo.
Desde la ventana cuya cortina descorrió el delfín, se distinguían las copas de los árboles sombríos del parque, agitadas y torcidas, como si el brazo poderoso de algún gigante invisible sacudiera sus troncos en medio de la oscuridad.
Todas las iluminaciones se apagaron, y entonces se vieron en el cielo legiones de espesos y negros nubarrones que rodaban arremolinados como escuadrones lanzados a la carga.
El príncipe, trémulo, permaneció de pie con la mano apoyada en la falleba de la ventana, en tanto su joven esposa cayó sobre una silla lanzando un doloroso suspiro.
—¿Tenéis mucho miedo, señora? —preguntó Luis Augusto.
—¡Ay! sí; pero vuestra presencia me tranquiliza, no obstante, algo: ¡Dios mío! ¡qué tempestad! ¡qué tempestad! Todas las iluminaciones se han apagado.
—En efecto —repuso el delfín—, el viento sopla de sur-sudoeste y es el que anuncia los más fuertes huracanes. Si dura mucho, no sé de qué modo se dispararán los fuegos artificiales.
—¿Por qué se han de disparar? ¿Quién queréis que esté en los jardines con tan desagradable tiempo?
—No conocéis, señora, a los franceses: los fuegos artificiales son para ellos necesarios, y los de esta noche eran extraordinarios: el ingeniero me ha enseñado el plan. ¡Oh! mirad, mirad cómo no me engañaba; ya disparan los primeros cohetes.
En efecto, brillantes como largas sierpes de fuego, los cohetes de anuncio se lanzaron hacia el cielo, pero al mismo tiempo, como si la tempestad tomase estos disparos por un desafío, un solo relámpago, pero que parecía cruzar el cielo, serpenteó entre las piezas de artificio, enlazándose su fuego azulado con la llama rojiza de los cohetes.
—Me parece una impiedad —observó la archiduquesa—, que el hombre se ponga a luchar así con Dios.
Sólo algunos segundos precedieron aquellos cohetes de anuncio a la explosión general; pues el ingeniero, conociendo que era necesario abreviar la función, dio fuego a las primeras piezas, que fueron saludadas por la multitud con un inmenso clamor de alegría.

Mas como si el fuego, la tierra y el cielo, luchasen entre sí, y como si el hombre, según dijera la archiduquesa, cometiera una impiedad contra su Dios, la tempestad irritada confundió con su estruendo terrible el clamor popular, y abriéndose a una vez todas las cataratas del cielo, torrentes de lluvia se precipitaron de las nubes.

El agua apagó los fuegos artificiales con la misma prontitud que antes apagó el viento las luminarias.

—¡Ay! ¡qué desgracia! —exclamó el delfín—, se ha frustrado la función.

—Pero, señor, ¿no se frustra todo desde mi entrada en Francia?

—¿Qué decís, señora?

—¿Visteis a Versalles?

—Sin duda, señora, ¿no os agrada?

—Realmente me agradaría más, si en el día estuviese como lo dejó vuestro ilustre abuelo Luis XIV. ¡Pero en qué estado lo hemos encontrado! por todas partes luto y ruina. ¡Oh!, sí, sin duda, esta tempestad concuerda perfectamente con la fiesta que en obsequio mío se celebra. ¿No creéis conveniente que venga un huracán a disfrazar a nuestro pueblo las miserias de este palacio? ¿No será propicia y bien venida la noche que oculte esas alamedas llenas de hierbas silvestres, esos grupos de tritones cenagosos, esos estanques secos y esas estatuas mutiladas? ¡Oh!, sí, sí; brama, viento del Sur; ruge, tormenta; amontonaos, nubes espesas, y ocultad a la vista de todos los hombres el extraño recibimiento que hace la Francia a una hija de los Césares, el día que entrega su mano a su rey futuro.

Turbado visiblemente el príncipe por no saber qué responder a aquellas reconvenciones, ni a aquella melancolía exaltada, tan contraria a su carácter, lanzó a su vez un profundo suspiro.

Y María Antonieta continuó:

—No obstante, no creáis que me expreso así por orgullo. ¡Oh! no, pues ni siquiera me han mostrado todavía ese Trianón tan risueño, majestuoso y floreciente, cuyos bosques destruye sin compasión la tormenta, y cuyas transparentes aguas enturbia. ¡Me hubiera gustado tanto su murmullo encantador! ¡Las ruinas me horrorizan, repugnan a mi juventud, y sin embargo, cuántas va a ocasionar todavía este espantoso huracán!

Otra borrasca, más terrible aún que la primera, conmovió en este momento las paredes del edificio, y la princesa, levantándose aterrada, exclamó:

—¡Oh! ¡Dios mío! aunque lo haya, manifestadme que no hay peligro... ¡me

muero de miedo!
—Señora, sosegaos. Es plana la construcción de Versalles y no puede atraer el rayo. Y si cayese, sería probablemente sobre la capilla que tiene techo agudo, o sobre el castillo que presenta asperezas. No ignoráis que los puntos elevados atraen el fluido eléctrico, y que los cuerpos planos, por el contrario, lo repelen.
—No, no lo sé, no lo sé.
Cogió Luis la mano de la archiduquesa, que encontró trémula y helada.
Al mismo tiempo un relámpago iluminó la estancia con su luz lívida y violada, y María Antonieta rechazó al príncipe exhalando un terrible grito.
—Pero, señora, ¿qué tenéis?
—¡Ay! —contestó—, os he visto al resplandor de ese relámpago, pálido, desencajado, sangriento. Me ha parecido ver un fantasma.
—Es el reflejo del fuego azufrado —observó el príncipe, y puedo explicaros...
Un trueno espantoso, cuyos ecos se prolongaron gimiendo, y que llegado al punto fulminante empezó a extinguirse a lo lejos, interrumpió la explicación científica que el delfín trataba de dar tranquilamente a su regia esposa.
—Ea, señora —continuó después de un instante de silencio—, animaos: dejad al vulgo esos temores: la agitación física es una de las condiciones de la Naturaleza. No extrañemos esta agitación más que la calma, pues una y otra se suceden con naturalidad. Pero, señora, esto no es más que una tormenta, uno de esos fenómenos más naturales y frecuentes de la creación. No comprendo por qué os alarmáis así.
—¡Oh! acaso aislada no me turbaría; pero una tempestad el día mismo de nuestra boda, ¿no lo consideráis un terrible presagio, unido a los que me persiguen desde mi entrada en Francia?
—¡Cómo, señora! —dijo Luis, sorprendido a pesar suyo de un terror supersticioso—: ¿presagios dijisteis?
—Sí; sí, ¡terribles, sangrientos!
—Señora, explicaos: todos me atribuyen un carácter frío y prudente: tal vez tenga la dicha de combatir y destruir esos presagios que os espantan.
—La primera noche que pasé en Francia, fue en Estrasburgo, donde me instalaron en una gran alcoba y encendieron candelabros. A la luz de sus bujías, distinguí una pared empapada en sangre. Tuve, sin embargo, valor para acercarme a examinar aquellas tintas rojas con más atención, y vi que

estaban estampadas en unas colgaduras que representaban el degüello de los inocentes. Veíanse por todas partes escenas de desesperación, de luto y de muerte; por todas partes veía esgrimir y brillar la espada o el hacha, y creí verdaderamente oír los gritos lastimeros de las madres y los roncos suspiros de agonía, lanzados confusamente de aquella pared profética, que a fuerza de mirarla me parecía viva. ¡Oh! helada de espanto no pude dormir durante aquella noche... ¿No fue éste un triste presagio?

—Tal vez para una mujer de los tiempos pasados, pero no para una princesa de vuestra edad.

—Señor, este siglo está tan preñado de desgracias, como ese cielo que se inflama sobre nuestras cabezas lo está de azufre, de fuego y de destrucción. Así me lo ha asegurado mi madre, y he ahí el motivo por qué tengo tanto miedo, y por qué todo presagio me parece un aviso.

—Señora, ningún peligro puede amenazar el trono a que subimos: nosotros, los reyes, habitamos una región superior a las tempestades. A nuestros pies está el rayo, y cuando cae sobre la tierra, nosotros mismos somos quien lo precipitamos.

—¡Ay! no me han pronosticado eso.

—¿Pues que es, señora?

—Una cosa horrible, espantosa.

—¿Pero qué cosa es ésa?

—O por mejor decir me han hecho ver.

—¡Ver!

—Sí, sabedlo: he visto, y aquella imagen ha quedado grabada en mi alma tan profundamente, que no transcurre un solo día sin que me estremezca al recordarla, ni noche sin que deje de verla en sueños.

—¿Y no podéis decirme lo que habéis visto?... ¿Os han exigido el silencio?

—No, nada me han exigido.

—Pues explicaos, señora.

—No puedo descubrirlo. Era una máquina elevada como un cadalso, a la cual se adaptaban, en apariencia, dos largueros de una escala. Entre estos largueros se deslizaba un cuchillo, un machete y un hacha. Veía yo todo esto, y. ¡cosa extraña! veía también mi cabeza debajo del cuchillo, que deslizándose algunos momentos después entre ambos largueros, separó de mi cuerpo la cabeza que rodó al suelo.

—Exacta alucinación —interrumpió el delfín—; conozco todos los

instrumentos destinados a quitar la vida, y el que habéis descrito no existe: por lo tanto debéis tranquilizaros.
—¡Ay! —exclamó María Antonieta—, no puedo desechar este odioso pensamiento a pesar de mis esfuerzos por alcanzarlo.
—Lo conseguiréis —repuso Luis Augusto acercándose a su esposa—, tenéis a vuestro lado desde este momento, un amigo afectuoso y un protector decidido.
—¡Ay! —exclamó de nuevo la delfina cerrando los ojos y dejándose caer lánguidamente sobre su sillón.
Volvió el príncipe a acercarse a ella, y pocos instantes después sintió María Antonieta en su mejilla el aliento de su marido.
En este momento se entreabrió la puerta que había dado entrada al delfín, y una mirada curiosa atravesó la penumbra de aquella amplia estadía, apenas iluminada por dos bujías colocadas sobre candeleras de plata.
Esta mirada era la de Luis XV, y ya se disponía a pronunciar sin duda en voz baja algunas palabras que alentasen a su nieto, cuando resonó en el palacio un estruendo imposible de describir, acompañado entonces del relámpago que había siempre precedido las anteriores detonaciones. Enseguida una columna de fuego blanquecino se precipitó delante de la ventana, haciendo estallar todos los vidrios y destrozando una estatua situada debajo del balcón, y después de un horrible estampido volvió a remontarse al cielo desvaneciéndose repentinamente como un meteoro.
Las dos bujías se apagaron a causa de aquella bocanada de aire que se coló en la cámara, y el delfín, asustado, vacilante, deslumbrado, retrocedió hasta una pared contra la cual permaneció recostado.
Medio desmayada la archiduquesa, cayó sobre las gradas de su reclinatorio, quedando allí sepultada en un mortal letargo.
Tembloroso Luis XV, pensó que la tierra iba a abrirse bajo sus plantas, y se volvió, seguido de Lebel, a sus habitaciones desiertas.
En el transcurso de este tiempo corría a lo lejos como bandadas de pájaros espantados el pueblo de París y Versalles, que esparramado por los jardines, calles y bosques, era perseguido en todas direcciones por una fuerte y espesa granizada, que deshojaba las flores del jardín, arrancaba las hojas de los bosques y tronchaba las mieses del campo. Las pizarras y las finas esculturas del edificio, agregaban el estrago a la desolación.
Oraba la delfina con fervor apoyada la frente en sus manos, y lanzando

hondos sollozos.
Con aire sombrío contemplaba Luis Augusto el agua que penetraba en la estancia por los vidrios rotos y que reflejaba sobre el pavimento en planos azulados, los relámpagos no interrumpidos durante muchas horas.
Todo este caos se aclaró al rayar el día; los primeros rayos de la aurora pusieron de manifiesto los estragos del huracán nocturno.
Estaba Versalles desconocido.
Había absorbido la tierra aquel diluvio de agua; los árboles habían absorbido aquel diluvio de fuego, y por doquier veíanse árboles arrancados, torcidos o calcinados por esa serpiente abrasadora a que damos el nombre de rayo.
Era tan grande el terror de Luis XV, que no había podido dormir: llamó a Lebel para vestirse apenas rayó el alba. Éste, que no le abandonó ni un momento, volvió por la misma galería donde gesticulaban vergonzosamente a los lívidos reflejos de la aurora, las pinturas de que ya hicimos referencia, y que habían sido colocadas entre flores, cristales y candelabros encendidos.
Luis XV empujó por tercera vez la puerta de la cámara nupcial, y estremecióse al hallar sobre el reclinatorio, trastornada, pálida, con los ojos lívidos como los de la sublime Magdalena Rubens, a la futura reina de Francia, a cuyos tormentos había por fin puesto término el sueño, cuya blanca vestidura azulaba el alba con religioso triunfo.
En un extremo de la estancia y sobre un sillón apoyado en la pared, descansaba con los pies calzados de seda extendidos sobra un charco de agua, el delfín de Francia tan pálido como su joven esposa.
Bañaba un sudor frío la frente de ambos príncipes.
Luis XV frunció el ceño al advertir que el lecho nupcial estaba como lo había visto la víspera, y un dolor que
no había sufrido hasta entonces, abrasó como un hierro candente aquella frente helada por el egoísmo.
Movió su cabeza exhalando un suspiro y volvió a sus habitaciones más triste y espantado tal vez en aquel momento, de lo que había estado durante la noche.

LXVI

LOS FESTEJOS DE LA BODA DEL DELFÍN

A los dos días de aquella noche tempestuosa, es decir, el 30 de mayo, tan fecunda en presagios y avisos, París celebró las funciones del casamiento de su rey futuro. La población entera dirigióse en su consecuencia a la plaza de Luis XV donde debían quemarse los fuegos artificiales, como complemento de toda solemnidad pública que el parisiense considera burlándose, pero del cual no puede privarse sin disgusto.

Con notable acierto se designó aquel sitio, pues hasta seiscientos mil espectadores podían circular por él sin temor de molestarse unos a otros. Rodeando a la estatua ecuestre de Luis XV estaban dispuestos varios tablados circulares, que permitían a todos los espectadores presenciar los fuegos, que se elevaban de diez a doce pies desde el nivel del suelo.

Según costumbre se fueron llegando en grupos los parisienses, e invirtieron mucho tiempo en buscar las mejores posiciones, pues éste es un privilegio inatacable de los primeros concurrentes.

Subíanse los niños a los árboles, los hombres se colocaban en los pilares, y las mujeres en las barandillas de los fosos y andamios movibles levantados al aire libre por los especuladores bohemios que concurren a todas las fiestas de París, y a quienes una fecunda imaginación permite variar de tráfico cada día.

A las siete llegaron, con los primeros curiosos, algunas partidas de arqueros. No se hizo el servicio de vigilancia por los guardias franceses, a quienes la municipalidad no quiso otorgar la gratificación de mil escudos, solicitada por el coronel mariscal, duque de Biron.

Este regimiento era temido y amado al mismo tiempo por el pueblo, que creía ver en cada individuo de este cuerpo un César o un Mandrin. Los guardias franceses, terribles en el campo de batalla, inexorables en el cumplimiento de sus deberes, tenían en tiempo de paz o fuera del servicio espantosa reputación de bandidos: en la formación eran arrogantes, valientes e insociables, y sus evoluciones agradaban tanto a las mujeres, como imponían a los maridos. Y cuando libres de consigna se diseminaban como simples particulares entre la muchedumbre, eran el terror de aquellos mismos que los admiraban la víspera, y perseguían a los que al día siguiente necesitaban proteger. La villa

halló en sus antiguos resentimientos contra aquellos visitadores nocturnos de garitos, un motivo para negar los mil escudos, con la excusa de que en una fiesta de familia, semejante a la que se organizaba, debía bastar la guardia ordinaria de ésta.

Se vio entonces a los guardias franceses mezclarse, fuera del servicio, a los grupos a que hemos hecho referencia, y tan licenciosos como severos habían sido, ocasionar a la multitud, merced a su cualidad de paisanos armados, todos los desórdenes que hubieran reprimido a culatazos y aun con el arresto, si su jefe César Biron hubiese tenido derecho para considerarlos como soldados aquella noche.

La gritería de las mujeres, las amenazas de los paisanos, y las quejas de los bolleros, cuyas tortas se comían gratuitamente, preparaban un falso tumulto antes del verdadero, que ciertamente debía ocurrir, cuando seiscientos mil curiosos se hallaban reunidos en aquel sitio, y animaban la escena de tal modo, que hacia las ocho de la noche semejaba la plaza de Luis XV un verdadero y vasto cuadro de Teniers.

Después que los pillos parisienses, que son a un tiempo los más diligentes y perezosos del mundo conocido, se instalaron o izaron, y el pueblo tomó posición, llegaron los coches de la nobleza y los altos empleados. Mas como no se había marcado de antemano itinerario alguno, desembocaron sin orden por la calle de la Magdalena y San Honorato, conduciendo a las casas nuevas aquellos que habían sido invitados, a las ventanas y balcones del gobernador, desde donde se podían presenciar los fuegos con la mayor comodidad.

Los invitados dejaron sus carruajes en un ángulo de la plaza, y se mezclaron a pie, precedidos de sus lacayos, al numeroso gentío, que, aunque oprimido y molesto, deja siempre sitio al que sabe conquistarlo.

Era digno de contemplar el acierto con que aquellos curiosos dirigían en la oscuridad su ambiciosa marcha, para ocupar algún puesto ventajoso, en aquel desigual terreno. La espaciosa calle, pero todavía sin terminar, que debía llamarse calle Real, estaba interceptada aquí y allí por fosos profundos, en cuyos bordes se habían amontonado escombros y tierra de las excavaciones. Cada eminencia, por pequeña que fuese, estaba ocupada por algún grupo, pareciéndose a una ola más elevada en medio de aquel mar humano.

De intervalo en intervalo, la ola empujada por las demás, se hundía entre las risas de la multitud, todavía no muy apretada, para que pudiera haber peligro en semejante caída, y para que los que cayeran no pudieran levantarse.

Cuando eran las ocho y media, todas las miradas divergentes hasta entonces, empezaron a tomar la misma dirección, y pusieron su atención en el tablado de los fuegos artificiales. Entonces fue cuando los codos, jugando sin descanso, comenzaron a sostener la integridad de la posición del terreno, contra los invasores que sin cesar se reproducían.

Aquellos fuegos artificiales, preparados por Ruggieri, estaban destinados a rivalizar con los que ejecutara la antevíspera en Versalles el ingeniero Torre, que habían tenido tan mal resultado a consecuencia de la tempestad. Se sabía en París que se habían aprovechado poco en Versalles de la liberalidad regia, que había entregado cincuenta mil libras para aquellos ruegos, pues la lluvia había apagado hasta los primeros cohetes, y como la noche del 30 de mayo era espléndida, los parisienses gozaban con anticipación de su triunfo obtenido contra sus vecinos de Versalles.

Por otro lado, París se prometía mucho más de la antigua popularidad de Ruggieri, que de la nueva reputación de Torre.

Menos caprichoso y vago que el de su colega, el plan de aquél revelaba ideas pirotécnicas de un orden muy distinguido, y la alegoría, reina de aquellos tiempos, estaba en combinación con el más elegante gusto arquitectónico. Representaba la armadura ese antiguo templo de Himeneo, que entre los franceses rivalizaba en juventud con el de la gloria. Le sostenía una columna enorme, y le rodeaba de un parapeto, en cuyos ángulos se veían delfines, que con la boca abierta esperaban sólo la señal para arrojar torrentes de llamas. Se elevaban frente a los delfines, majestuosos y erguidos sobre sus urnas, el Loira, el Ródano, el Sena y el Rin, preparados a verter, en vez de sus aguas, fuegos azules, blancos y rosados, tan luego como se encendiese la columnata. Algunas piezas de artificio, que debían incendiarse al mismo tiempo, formarían gigantescas macetas de flores sobre el terrado del palacio de Himeneo.

Por último, sobre aquel mismo palacio destinado a presentar tantas cosas diferentes, se elevaba una pirámide luminosa, rematada por el globo del mundo, el cual, después de haber fulgurado sordamente, estallaría lo mismo que un trueno entre infinitas girándulas de varios colores. La manga de los cohetes voladores, reserva tan preciosa como importante, pues sin ella jamás juzga bien el parisiense de los mejores fuegos, Ruggieri la había separado del cuerpo de la máquina y colocado al lado del río y delante de la estatua, en un bastidor forrado de lienzo, de manera que el golpe de vista debía ser mucho

mejor en aquella elevación de tres o cuatro toesas, que colocaba el pie de la manga sobre un pedestal.
Éstos son los pormenores de que se ocupaba París: por espacio de quince días miraron los parisienses con admiración a Ruggieri y sus ayudantes, vagar como fantasmas a las luces fúnebres de sus armaduras, deteniéndose con gestos extraños para colocar las mechas y afirmar los cebos.
Así es que al aparecer las linternas sobre el terrado de la armadura, indicando que se aproximaba el incendio, ocasionó una viva sensación en los espectadores; y algunas filas de los más intrépidos retrocedieron, causando una larga oscilación hasta los extremos de la multitud.
Los carruajes continuaron llegando. Los caballos casi rozaban con sus cabezas las espaldas de los últimos espectadores, que empezaron a inquietarse con tan peligrosos vecinos. Pronto, detrás de los carruajes se agrupó la muchedumbre, cada vez más crecida, de tal manera que, aun cuando aquellos hubiesen intentado retirarse, no lo hubieran podido realizar, ya encajonados como se hallaban por tan compacta y tumultuosa inundación.
Viéronse entonces guardias franceses, artesanos y lacayos, con ese atrevimiento del parisiense que arrolla, en razón directa de la longanimidad del que se deja arrollar, que subían sobre los imperiales, como náufragos sobre las rocas.
Desde lejos despedía la iluminación de los bulevares, su rojiza luz sobre la cabeza de millares de curiosos, entre los cuales relucían las bayonetas de los arqueros de la villa, tan raras como las espigas que permanecen en pie en un campo recién segado.
A los lados del edificio, hoy palacio Crillon y Guardamueble de la corona, los coches de los convidados, en medio de los cuales no se había adoptado la previsión de facilitar ningún paso, formaron tres filas que se extendían por un lado desde el bulevar a las Tullerías, y por el otro desde el bulevar hasta la calle de los Campos Elíseos, replegándose como una serpiente tres veces sobre sí misma.
A lo largo de esta triple fila de carruajes, vagaban como espectros por las orillas de la laguna Estigia, aquellos convidados a quienes los coches de sus predecesores impedían que llegasen a la gran puerta, y que aturdidos por el ruido, temiendo pisar (las damas sobre todo) aquel suelo tan lleno de polvo, se hallaban oprimidos entre las oleadas del pueblo que se burlaba de su delicadeza, y procurando abrirse paso entre las ruedas de los coches y los pies

de los caballos, se deslizaban como podían hasta su destino, objeto tan codiciado, como lo es el puerto durante una tempestad.
Llegó uno de estos coches a eso de las nueve, es decir, pocos minutos antes de la hora prefijada para disparar los fuegos, tratando como los demás abrirse paso hasta la puerta del gobernador; pero su pretensión, ya tan disputada hacía algún tiempo, llegaba a ser en aquel momento si no imposible, al menos temeraria. Comenzóse a formar una cuarta fila que reforzaba las tres primeras, y los caballos, confundidos e inquietos por la multitud, se habían puesto furiosos, y a la menor irritación, lanzaban a diestro y siniestro tan sendas coces, que ya habían ocasionado algunos accidentes perdidos en medio de aquella tumultuosa multitud.
Un joven, cogido a los muelles de un coche, rechazaba a cuantos intentaban como él utilizarse de aquel locomotor, que al parecer había confiscado en su provecho.
Al detenerse el carruaje, nuestro joven se echó a un lado, sin soltar el muelle protector, y así pudo fácilmente oír por la portezuela abierta, la conversación animada de las personas que venían en él.
Una joven vestida de blanco, y peinada con algunas flores naturales, se asomó a la portezuela. Al momento le gritó una voz:
—Andrea, pareces una aldeana: ¿no comprendes que, asomándote así, te expones a que te abrace el primer palurdo que pase? Es necesario que te cerciores que nuestro coche está entre este pueblo como en medio de un río. Estamos en el agua, querida, y en agua sucia: no nos mojemos.
Ocultóse la joven nuevamente en el interior del coche diciendo:
—Pero, señor, no se ve nada desde aquí: si nuestros caballos pudiesen dar una media vuelta, veríamos por la portezuela, y nos hallaríamos casi tan bien como en la ventana del gobernador.
—Vuelve, cochero —gritó Taverney.
—Señor barón, no puede ser, pues para conseguirlo sería necesario aplastar diez personas.
—Aplástalas, ¡voto a Cribas!
—¡Oh! señor —dijo Andrea.
—¡Padre mío! —exclamó Felipe.
—¿Qué barón es ése que desea aplastar la gente? —gritaron varias voces en tono amenazador.
—Yo —exclamó Taverney inclinándose y mostrando con descuido la banda

encarnada.
Y como todavía en aquel tiempo se respetaba a todos los que llevaban esta distinción, el rumor siguió, pero en un diapasón descendente.
—Aguardad, bajaré —dijo Felipe—, y veré si encuentro manera de pasar.
—Ten cuidado, hermano, no te lastimes: ¿no oyes los relinchos de los caballos que se enfurecen?
—Bien puedes decir los rugidos —repuso el barón—. Vamos a bajar del coche: di que se aparten, Felipe, para que pasemos.
—¡Ah! padre mío —contestó el joven—, ya no conocéis a París. En otra época podía ser bueno ese tono imperativo, pero acaso tendría en el día un resultado contrario al que esperáis, y presumo que no querréis comprometer vuestra dignidad.
—No obstante, cuando esa canalla sepa quien yo soy...
—Hermano —dijo la joven—, ¿no pudiera apoyarme en tu brazo y situarme contigo en medio de la gente?
—Sí, sí, señorita —contestaron muchas voces de hombres llevados a compasión por la hermosura de Andrea—; sí, venid, como no sois gruesa, podremos con facilidad cederos un sitio.
—Vamos, ¿quieres bajar? —preguntó Felipe.
—¿No he de querer? —replicó Andrea saltando con ligereza sin tocar el estribo del coche.
—Bien —dijo el barón—; pero yo, que me río de estas diversiones, os aguardo aquí.
El pueblo, que cuando ninguna pasión le irrita, mira siempre respetuosamente esa reina suprema que se llama hermosura, se abrió para dejar paso a los dos hermanos, y un buen ciudadano, poseedor con su familia de un banco de piedra, hizo separar a su mujer y a su hija para que Andrea pudiera colocarse entre ellas.
Púsose Felipe a los pies de su hermana, y ésta descansó una de sus manos en el hombro del joven.
Gilberto los había seguido, y colocado a cuatro pasos de los dos hermanos, devoraba a Andrea con los ojos.
—¿Estás bien? —preguntó Felipe.
—Muy bien —respondió Andrea.
—Ya ves cuánto vale ser bonita —dijo sonriendo el barón.
—Sí, en verdad, muy bonita —murmuró Gilberto.

Estas palabras las oyó Andrea, pero como si hubiesen salido de la boca de un hombre cualquiera del pueblo, no hizo más caso de ellas que un ídolo de la India del homenaje que deposita a sus pies un pobre paria.

LXVII

FUEGOS DE ARTIFICIO

Tan pronto como los dos hermanos se colocaron en el banco, cuando serpentearon en el aire los primeros cohetes, y un grito de sorpresa salió de la multitud ocupada solamente del golpe de vista que iba a ofrecer el centro de la plaza.

Fue magnífico el principio de los fuegos, y digno en todo de la gran reputación de Ruggieri. Sucesivamente se iluminó la decoración del templo y presentó una fachada incendiada. Los aplausos resonaron; pero éstos se cambiaron en *bravos* frenéticos cuando de la boca de los delfines y de las urnas de los ríos se lanzaron surtidores de llamas, que cruzaron sus cascadas de fuegos de infinidad de colores.

Andrea, transportada de admiración, no intentó siquiera ocultar sus impresiones a la vista de aquel espectáculo, que carece de equivalente en el mundo, el de un pueblo de setecientas mil almas rugiendo de alegría al encontrarse enfrente de un palacio de llamas.

Muy cerca de ella, oculto tras las espaldas hercúleas de un mozo de cordel que alzaba en el aire a su hijo, miraba Gilberto a Andrea, y sólo dirigía su vista hacia los fuegos artificiales, porque ella los miraba.

Gilberto veía de perfil a la señorita de Taverney: cada cohete iluminaba su hermoso rostro y hacía estremecer al joven, imaginándose que la admiración general nacía de la contemplación adorable de aquella divina criatura a quien él idolatraba.

Nunca había visto Andrea a París, ni tanta gente reunida, ni los esplendores de una fiesta: aquella multiplicidad de revelaciones que llegaban a asediar su

espíritu, la aturdía.
De pronto apareció una luz vivísima, lanzándose en diagonal hacia el lado del río. Era una bomba que estalló con estrépito, y cuyos variados fuegos llenaron de admiración a Andrea.
—Mira, mira, Felipe —exclamó—, ¡qué hermoso es eso!
—¡Dios mío! —exclamó el joven atemorizado, y sin contestar a su hermana —: ese último cohete ha sido mal dirigido; ha torcido su camino, pues en vez de describir una parábola, se ha escapado casi horizontalmente.
Manifestada por Felipe aquella inquietud que comenzaba a revelar el gentío con sus oscilaciones y gritos, brotó un torbellino de llamas del bastión sobre el cual se hallaba colocada la manga de cohetes voladores y la reserva de los fuegos artificiales. Un espantoso ruido semejante al de cien truenos cruzándose en todas direcciones, retumbó en la plaza, y como si aquel fuego ocultara una metralla devoradora, puso en derrota a los más próximos curiosos, que sintieron por un instante en el rostro el calor de aquella llama inesperada.
—Los cohetes voladores, ¡ya, ya!... —gritaron los espectadores más distantes —. Todavía no: ¡es bastante pronto!
—¡Ya, ya! —repitió Andrea—. ¡Oh! es demasiado pronto.
—No —repuso Felipe—, no son los cohetes, es una desgraciada ocurrencia, que como las olas del mar, va a poner en desorden en un segundo a todo este gentío que todavía se encuentra tranquilo. Ven, Andrea, vámonos al coche.
—¡Oh! ¡esto es tan hermoso! Felipe, permíteme ver más.
—No perdamos tiempo, Andrea, sígueme. He ahí la desgracia que yo preveía. Un cohete perdido ha pegado fuego al bastión. Allá abajo se está estrujando la gente. ¿Escuchas los gritos? No son gritos de alegría, sino de dolor. Pronto, pronto al coche. Señores, señores, dejadnos pasar.
Y rodeando con su brazo el talle de Andrea, Felipe la condujo hacia el lado de su padre, que, intranquilo y presintiendo por los clamores que oía, un peligro de que no podía darse cuenta, pero cuya existencia estaba demostrada, sacaba su cabeza fuera de la portezuela y buscaba con la vista a sus hijos.
Era ya demasiado tarde, y se confirmaba la predicción de Felipe. La manga, compuesta de quince mil cohetes, se inflamó escapándose en todas direcciones y persiguiendo a los curiosos, como esas banderillas de fuego que se clavan a los toros para excitarlos a la pelea.
Con admiración primero, y con espanto después, los espectadores

retrocedieron con la fuerza de la irreflexión ante aquella retrogresión invencible de cien mil personas; otras tantas ahogadas dieron el mismo movimiento a los que quedaban a su espalda; continuaba ardiendo la armadura; gritaban los niños; las mujeres, sofocadas, alzaban los brazos; los arqueros daban golpes a derecha e izquierda, creyendo callar a los gritadores, y restablecer el orden violentamente. Esta combinación de causas, hicieron que la ola de que hablaba Felipe se desprendiese como una trompa marina sobre el ángulo de la plaza que él ocupaba. Lejos de aproximarse, como esperaba, al coche del barón, fue arrastrado por aquella corriente irresistible, de la que ninguna descripción podría dar una idea, porque las fuerzas individuales, duplicadas ya por el espanto y el dolor, se centuplicaban por la adjunción de las fuerzas generales.

También Gilberto se dejó conducir de la ola que había arrebatado a Felipe y su hermana; pero no había andado veinte pasos cuando volviendo hacia la izquierda, en la calle de la Magdalena, una ola lo empujó rugiendo de desesperación al verse lejos de Andrea.

Ésta, agarrada fuertemente del brazo de su hermano, fue envuelta en un grupo que trataba de evitar el encuentro de un coche arrastrado por dos furiosos caballos.

Felipe lo vio venir hacia él rápido y amenazador; los caballos parecían arrojar fuego por los ojos y espuma por las narices. Hizo extraordinarios esfuerzos para desviarse de su paso; pero no lo consiguió: vio abrirse la multitud detrás de él, percibió las cabezas humeantes de los briosos animales, los vio encabritarse como esos caballos de mármol que aguardan la entrada de las Tullerías, y como el esclavo que quiere domarlos, soltando el brazo de Andrea y rechazándola cuanto le fue posible fuera de la vía peligrosa, se lanzó al freno del caballo que se hallaba a su lado, que se alzó de manos.

Andrea que vio caer al joven que volvió a levantarse, que cayó de nuevo y desapareció, lanzó un grito, extendió los brazos, fue rechazada, y después de un instante se vio sola y arrebatada como la pluma por el viento sin lograr oponer resistencia alguna a la fuerza que la atraía.

Los furiosos gritos, más terribles todavía que los de guerra, el relincho de los caballos, un espantoso ruido de ruedas que tan pronto pisaban el empedrado como los cadáveres, el lívido fuego de las maderas que ardían, el siniestro brillo de los sables que algunos soldados furiosos habían desenvainado, destacándose de todo este sangriento caos la estatua de bronce iluminada con

reflejos rojizos y presidiendo aquella carnicería era más de lo necesario para trabajar la razón de Andrea y quitarle todas sus fuerzas, aun cuando por otra parte hubieran sido impotentes en una lucha semejante: de uno solo contra todos.

Lanzó la joven un grito penetrante: un soldado se hacía paso entre la muchedumbre dando sablazos a roso y belloso.

La espada había brillado sobre su cabeza. Juntó sus manos, como el náufrago cuando cruza la última ola sobre su frente, y gritando ¡Dios mío! se desplomó en tierra.

Cuando uno caía era muerto.

Pero aquel terrible y supremo grito había llegado a los oídos de una persona: esta persona lo había reconocido. Gilberto, arrastrado lejos de Andrea, a fuerza de luchar, había vuelto a acercarse a ella: encorvado bajo la misma ola que había sepultado a Andrea, se enderezó, se lanzó sobre aquella espada que había amenazado a la joven, oprimió la garganta del soldado que iba a herir, lo tiró al suelo: junto al soldado se hallaba tendida una joven vestida de blanco. Gilberto la levantó con la levantó con la facilidad de un gigante.

Al sentir sobre su corazón aquella forma, aquella hermosura, aquel cadáver quizá, un rayo de orgullo iluminó su rostro, y arrojándose con su carga en una corriente de hombres, capaz de derribar un muro en su huida, se vio sostenido, levantado y llevado en volandas por aquel grupo inmenso, y marchó, o mejor dicho rodó durante algunos minutos. El torrente se detuvo de pronto como parado por algún obstáculo: tocaron la tierra los pies de Gilberto, y entonces tan sólo pudo sentir el peso de Andrea. Al momento alzó la cabeza para darse cuenta del obstáculo y se encontró a tres pasos del Guardamueble. Aquella masa de piedras había deshecho la masa de carne.

Mientras duró aquella parada instantánea y llena de ansiedad, tuvo tiempo de contemplar a Andrea dormida con un sueño tan profundo como el de la muerte: su corazón ya no latía; sus ojos estaban cerrados, y su rostro lívido como una rosa blanca que se marchita.

Gilberto la creyó muerta y lanzó un grito; apoyó sus labios sobre el vestido y la mano; luego, estimulado por la sensibilidad, devoró a fuerza de besos aquel rostro frío, aquellos ojos hinchados bajo sus cerrados párpados. Rugió, lloró, intentó hacer pasar su alma al pecho de Andrea, admirándose de que sus besos, que hubieran dado vida a un mármol, careciesen de fuerza y de virtud para aquel cadáver.

De pronto sintió latir su mano el corazón de la joven.
—¡Te has salvado! —exclamó viendo huir aquella turba negra y sangrienta, y oyendo las imprecaciones, los gritos, los suspiros y la agonía de las víctimas —. Se ha salvado y a mí es a quien debe la vida.
El desventurado Gilberto apoyaba su espalda contra la pared, y clavando la vista en el puente, no había mirado a su derecha: delante de los coches, detenidos largo rato por las masas, pero que menos comprimidas, al fin empezaban a moverse, delante de estos coches, decimos, que salieron de repente al galope como si un vértigo general se hubiese apoderado de los cocheros y caballos, huían veinte mil desgraciados, tullidos, heridos y estrujados los unos por los otros.
Continuaba andando instintivamente a lo largo de las paredes contra las cuales quedaban aplastados los más cercanos.
Arrastraba o ahogaba esta masa a cuantos habiendo llegado cerca del Guardamueble, escaparon del naufragio. Un nuevo diluvio de gentío y cadáveres inundó a Gilberto: éste encontró una reja, y se asió fuertemente a sus hierros, y obligado a abandonarla por el ímpetu de los fugitivos, medio ahogado ya, y juntando todas sus fuerzas, rodeó con sus brazos el cuerpo de Andrea, descansando su cabeza sobre el pecho de la joven. Habríase dicho que quería ahogar a la que protegía.
—¡Adiós! ¡adiós! —dijo mordiendo su vestido y elevando al cielo sus ojos, como para implorarle con su última mirada.
Extraña visión presentóse en aquel instante ante su vista. Estaba sobre un guardacantón un hombre de pie, que agarrado con la mano derecha a una argolla fija en la pared, entretanto que con la izquierda parecía organizar un ejército de fugitivos, veía cruzar todo aquel mar furioso a sus pies, ora dirigiendo una palabra, ora haciendo un gesto. A esta palabra, y a este gesto, se veía entonces entre la muchedumbre algún individuo aislado, detenerse, hacer un esfuerzo, luchar y trepar hasta llegar a aquel hombre.
Gilberto, haciendo el último esfuerzo, consiguió levantarse comprendiendo que allí estaba la salvación, porque allí estaba la serenidad y el poder.
Avivándose para morir el último rayo de la llama que despedían los maderos incendiados, iluminó el rostro de aquel hombre. Gilberto lanzó un grito de sorpresa.
—¡Oh! ¡muera yo, muera yo —dijo en voz baja—, pero que viva ella! ¡Este hombre puede salvarla!

Y en un arranque de abnegación, alzando en sus brazos a la joven, exclamó:
—Señor barón de Balsamo, salvad a la señorita Andrea.
Balsamo vio alzarse por encima de aquella ola devoradora una forma blanca; brincó de su guardacantón a tierra gritando: «¡seguidme!» Su cortejo derribó todo lo que le ponía obstáculo, y cogiendo a Andrea, que sostenían aún los desfallecidos brazos de Gilberto e impedido por un movimiento de aquella muchedumbre que había cesado de contener, se la llevó sin tener tiempo para volver la cabeza.
Gilberto procuró hablar, pero no tuvo fuerzas sino para aplicar sus labios al brazo pendiente de la joven y arrancar con su mano crispada un pedazo de vestido de aquella nueva Eurídice que le robaba el infierno. Sólo quedaba a Gilberto la muerte, después de aquel beso supremo, después de aquel postrimer adiós: así es que ni siquiera trató de luchar más tiempo; cerró los ojos y, medio muerto, vino a caer sobre cadáveres amontonados.

LXVIII

TRAS LA TEMPESTAD, LA CALMA

Cerca de las dos de la mañana, una inmensa capa de nubes blancas que se extendía sobre París dibujaba, bajo enérgicas formas y la mezquina luz de la luna que se deslizaba con lentitud, todas las desigualdades de aquel terreno, en cuyos fosos habían encontrado las turbas fugitivas, primero un tropiezo, y la muerte después.
Por doquiera, al resplandor de la luna, encapotada de vez en cuando entre las nubes amontonadas a que nos hemos referido, veíanse en las sinuosidades de los derribos y entre los escombros, infinidad de cadáveres con sus trajes en completo desorden, los miembros estirados y las manos crispadas en señal de terror o de súplica. En medio de aquel espacio, los escombros despedían un humo amarillento e infecto, ocasionado por las maderas incendiadas, que contribuían a dar a la plaza de Luis XV todas las apariencias de un campo de

batalla.
En esta plaza, sangrienta y desolada, se veían también vagar sombras misteriosas, que se detenían mirando espantadas en todas direcciones, se encorvaban y huían. Eran ladrones atraídos por la muerte como aves de rapiña, que no pudiendo despojar a los vivos, acudían a profanar los cadáveres, admirándose de que otros camaradas suyos hubiesen sido más madrugadores, y huían con precipitación descontentos y temerosos al asomar las tardías bayonetas que les amenazaban. Pero entre aquellas largas filas de víctimas, no eran los ladrones ni los individuos de la ronda los que sólo se movían.
Había otros a quienes podría tomarse por curiosos, que recorrían aquel espacio, protegidos por el débil resplandor de sus linternas.
¡Curiosos tristes en verdad! Eran parientes y amigos inquietos que advirtiendo la falta de sus hermanos, compañeros o queridas, llegaban de los barrios más apartados, porque la terrible noticia, desoladora como el huracán, había ya circulado en todo París, y la ansiedad pública se había convertido en amargas pesquisas.
Aquel espectáculo era más terrible, mil veces más desastroso que el de la catástrofe.
Reflejábanse todas las dolorosas impresiones en aquellos rostros pálidos y desencajados, desde la desesperación de los que hallaban el cadáver de una persona amada, hasta el sombrío temor del que, infortunado en sus pesquisas, lanzaba desolado ávidas miradas hacia el Sena, que arrastraba sus aguas murmurando tristemente.
Circulaba la voz de que el prebostazgo de París había ya ordenado arrojar al río gran porción de cadáveres, pues culpable de la imprudencia que le atribuían, trataba de ocultar el inmenso número de víctimas que sus desaciertos habían causado.
Y los desgraciados que se habían empapado inútilmente en la contemplación de aquel espectáculo, después de agotar en balde sus esfuerzos; después de haber metido en el Sena hasta sus rodillas, con el alma desgarrada por la angustia que les ofrecía el rápido curso de aquel río que arrastraba sus más dulces esperanzas, se retiraban con la linterna en la mano a registrar las calles contiguas a la plaza, en las cuales se aseguraba que muchos heridos habían buscado asilo, a fin de proporcionarse algunos recursos y huir del abominable teatro de sus torturas.

Y para calmar su desgracia, al hallar entre los cadáveres el objeto ansiado, mil gritos de dolor sucedían a la fatal sorpresa, y los sollozos de un punto respondían envueltos en tristísimos ayes a los sollozos de otros veinte. Inesperados ruidos resuenan de vez en cuando en la plaza; una linterna cae al suelo y se destroza; el que la llevaba se precipita desesperado sobre un muerto, para abrazarle por la vez postrera.

Pero en aquel vasto cementerio escuchábanse otros clamores que desgarraban el alma.

Magullados algunos infelices por la turba inmensa que había pasado sobre sus mutilados miembros, o heridos sin piedad por el acero, exhalaban gemidos de súplica, o gritos de imprecación. Corren presurosos hacia aquel sitio los que confían encontrar a sus amigos; mas no tardan en alejarse al reconocer su equivocación.

Mientras tanto, hacia un extremo de la plaza, en las inmediaciones del jardín, se organiza con todo el entusiasmo de la caridad popular un hospital militar ambulante. Un joven cirujano, pues así lo revelan los instrumentos que le rodean, ordena que se lleven todos los heridos de ambos sexos, les hace la primera cura, y al vendarles las heridas, les dirige palabras que más bien indican odio a la causa de su infortunio, que compasión por los efectos que ha producido.

Vocifera a sus ayudantes sin cesar, robustos pregoneros de folletos que se han encargado de tan cruenta revista.

—¡Las mujeres del pueblo! ¡Los hombres del pueblo! A éstos debéis preferir: fácilmente podéis conocerlos, pues siempre salen más heridos que los demás, y están bastante peor vestidos.

Al oír estas palabras, repetidas a cada cura con estridente monotonía, un joven pálido, que examinaba los cadáveres con la ayuda de un farol, levanta la cabeza por segunda vez.

De una ancha herida que divide su frente, brotan todavía algunas gotas de sangre: en la levita lleva enrollada una de sus manos, y su rostro cubierto de un frío sudor, revela una emoción profunda.

Levantó, pues, nuevamente la cabeza al llegar a sus oídos la cruel recomendación del facultativo, y mirando con tristeza sus miembros mutilados, que aquél parecía contemplar con delicia, preguntó:

—¿Por qué escogéis entre las víctimas?

—¡Por qué! —repitió el cirujano irguiendo la frente al oír esta interpelación

—, porque nadie se cuidaría de los pobres si yo no me condoliese de ellos, y porque los ricos tienen muchas personas que los busquen. Bajad esa luz, examinad el suelo, y estoy seguro de que en él hallaréis un rico o un noble por cada cien pobres. En esta catástrofe, también por una felicidad que acabará por cansar a Dios mismo, los nobles y los ricos han satisfecho el tributo que ordinariamente se les exige: uno por mil.

Levantó el joven el farol a la altura de su ensangrentada frente, y respondió sin irritarse:

—De manera que yo, extraviado como otros muchos entre la multitud, herido en la frente por la coz de un caballo, y con el brazo izquierdo fracturado por haber caído al foso, soy el único que aquí es rico y noble, según aseguráis. No obstante, ya veis que nadie viene a socorrerme, ya veis que ni siquiera estoy vendado.

—Tendréis algún palacio, sin duda, donde no faltarán médicos que os visiten; buscadlo, ya que podéis andar.

—Vuestro auxilio no ha sido solicitado por mí: busco a mi hermana, hermosa joven de dieciséis años, que habrá seguramente sucumbido, aunque no es hija del pueblo. Llevaba vestido blanco y una gargantilla con su cruz al cuello, y así, aunque mi pobre hermana tenga un palacio y médicos, decidme por caridad: ¿habéis visto esa joven que ando buscando?

—Caballero —replicó el facultativo con vehemencia nerviosa, prueba que las ideas que en aquel instante manifestaba, germinaban mucho tiempo hacía en su corazón—: la humanidad es mi guía, por ella me sacrifico, y al abandonar en el lecho de muerte a la aristocracia para acudir al socorro del pueblo que sufre, obedezco, cumplo la ley verdadera de esa humanidad, que es mi diosa. Las desgracias que lamentamos hoy, provienen de vosotros, de vuestros abusos, de vuestra altanería; sufrid resignadamente sus funestas consecuencias. No, caballero, no he visto a vuestra hermana.

Después de tan terrible apostrofe, el cirujano continuó su tarea, pues acababan de llevarle una pobre mujer a la que una carroza había roto ambas piernas.

—Oídme —dijo persiguiendo a Felipe que se alejaba—: ¿son por ventura los pobres quienes lanzan en medio de los festejos públicos esos carruajes que privan de los miembros a los ricos?

Felipe, cuya nobleza pertenecía a la que produjeron los La Fayette y los Lameth, había muchas veces profesado las mismas máximas, que le

horrorizaban en boca de aquel facultativo, y su explicación cayó sobre su alma como una expiación.
Se alejó, con el corazón traspasado, del hospital militar improvisado, con propósito de proseguir su melancólica exploración, y poco después, cediendo al impulso de su dolor, exclamó, llorando y con desesperado acento:
—¡Andrea! ¡Andrea!
En aquel momento pasaba inmediato a él con precipitados pasos un hombre ya anciano, vestido con levita gris y medias negras, apoyando su mano derecha en un bastón, y sujetando en la izquierda una linterna formada de una mecha de algodón envuelta en un cucurucho de papel untado de aceite.
Al escuchar los sollozos de Felipe, conoció aquel hombre cuan grande debía ser su angustia, y murmuró sin poder reprimirse:
—¡Pobre joven!
Y creyendo que un motivo igual al suyo debía únicamente haberle conducido a aquel lugar, pasó adelante; mas, arrepentido de haber presenciado tan intenso dolor sin haber intentado prestarle el menor consuelo, se detuvo y dijo al joven:
—Me permitiréis que una vuestra pena a la mía, pues los que se ven heridos por un mismo golpe, deben auxiliarse mutuamente para no caer. Además... podéis serme útil. Observo que hace tiempo estáis aquí buscando, porque vuestra luz está ya próxima a extinguirse, y por tanto deberéis conocer los sitios más funestos de esta plaza.
—¡Ah! es desgraciadamente muy cierto, los conozco.
—Yo también busco a una persona.
—Dirigíos entonces al foso grande desde luego, porque en él hallaréis más de cincuenta cadáveres.
—¡Santo cielo! ¡Cincuenta! ¡Tantas víctimas inmoladas en medio de una fiesta!
—¡Ay! ¡señor! ¡Tantas víctimas decís! Ya he alumbrado mil rostros con esta linterna, sin haber podido encontrar a mi hermana.
—¡Vuestra hermana!
—Sí, allá abajo estaba, en aquella dirección, donde la perdí al lado de un banco, y aun cuando he vuelto a él y lo he reconocido, no he podido hallar la menor huella de lo que busco. Voy a comenzar de nuevo mis investigaciones, partiendo del primer bastión.
—¿Hacia qué lado se dirigía la multitud?

—Hacia los nuevos edificios inmediatos a la calle de la Magdalena.
—Es decir, hacia esa parte.
—Sí; pero, aunque la he buscado por ahí, los remolinos y oleadas de la gente han hecho inútiles mis esfuerzos. También me he hecho cargo de que si bien el tumulto ha debido arrebatarla, no es menos cierto que una joven se turba al verse extraviada, desconoce dónde va, y sólo procura huir en todas direcciones.
—No es posible, sin embargo, que haya podido contrarrestar a la muchedumbre: yo voy a recorrer las calles, seguidme, y tal vez unidos logremos hallar...
—¿Y vos, a quién buscáis?... ¿A vuestro hijo por desgracia? —preguntó Felipe tímidamente.
—No señor, a un joven que casi había prohijado.
—¿Cómo le habéis dejado venir solo?
—¡Oh! Cuenta ya de dieciocho a diecinueve años: se empeñó en asistir a la función, y como es dueño de sus acciones, no he podido impedirlo. Por otra parte: ¿quién había de presumir tan horrible catástrofe?... Pero vuestra luz se extingue.
—Es verdad.
—Vamos, seguidme y os alumbraré.
—Gracias sentiría molestaros...
—¡Oh! no, pues yo también necesito hacer pesquisas. Se retiraba el pobre joven con una exactitud escrupulosa —prosiguió el anciano, mientras que se internaba en las calles—; pero esta noche me asaltó una especie de presentimiento: le estaba aguardando, cuando, serían las once, mi mujer se enteró por una vecina de los desastres de la fiesta. Creyendo que volvería a casa, he tenido paciencia hasta las dos, pero desengañado al fin, he considerado que sería indigno de mi carácter acostarme sin saber su paradero.
—¿Conque sois de opinión que nos encaminemos hacia las casas? —interrogó el joven.
—Sí, supuesto que, según habéis dicho, la multitud ha cargado hacia aquel punto; allá habrá también corrido ese desgraciado joven, porque es forastero, y desconoce no sólo las costumbres, sino hasta las calles de París; de modo que se me figura que ésta ha sido quizá la vez primera que ha estado en la gran plaza de Luis XV.
—¡Ah! mi hermana también es de provincia.

—¡Espectáculo horrible! —exclamó el anciano apartando sus ojos de un grupo de cadáveres amontonados.
—Debemos rebuscar entre ellos —observó el joven aproximando con resolución la linterna hacia los muertos.
—Al observar esos horrores tiemblo, porque la destrucción me ha causado siempre una repugnancia que jamás he podido vencer.
—Esta mañana me ocurría lo mismo, pero he concluido por acostumbrarme ya. Ahí tenéis un joven de dieciséis a dieciocho años, que sin duda ha muerto de sofocación, pues no se le ve herida alguna. ¿Es acaso el que buscáis?
—No, no es él: el que busco es más joven, con cabellos negros y el rostro pálido.
—¡Oh! todos son lo mismo esta noche —replicó Felipe.
—Próximo estamos ya al Guardamueble, que ciertamente no ofrece pocos vestigios de la pasada lucha: sangre en los muros, despojos entre los barrotes de hierro, pedazos desgarrados de trajes pendientes de las lanzas del enverjado... Ya no sabe uno dónde encaminarse.
—Por aquí, por aquí estaba el mayor peligro —murmuró Felipe.
—¡Cuánta desgracia!
—¡Ah! ¡Dios mío!
—¿Qué hay?
—Un trozo de tela blanca debajo de estos cadáveres... mi hermana llevaba un traje blanco... Por piedad, dejadme vuestra luz.
En efecto, Felipe se había ya apoderado de un girón de seda blanca, pero tuvo que abandonarlo, pues sólo podía servirse de una mano, y la necesitaba para sostener la linterna.
—Pertenece esto a un vestido de mujer, y está entre las manos de un joven... es muy parecido al traje de Andrea... ¡Dios mío!... ¡Andrea!... ¡hermana mía!...
Y el joven lanzó un grito desgarrador.
Se aproximó entonces el anciano, y exclamó triste y dolorosamente:
—¡Él es!
Estas palabras despertaron la atención del joven.
—¡Gilberto! —gritó Felipe.
—¡Cómo! ¿le conocéis?
—¿Es Gilberto a quien buscáis?
Estas dos palabras se cruzaron a un tiempo en el espacio.

El anciano cogió la mano de Gilberto, pero la halló helada.
Entretanto, Felipe le desabrochaba el chaleco, y poniéndole la mano sobre el corazón:
—¡Pobre Gilberto! —exclamó.
—¡Hijo mío! —exclamó el anciano sollozando.
—¡Oh! aguardad... respira... vive... os digo que vive —interrumpió Felipe.
—¿Estáis seguro?
—Segurísimo: su corazón palpita.
—Es verdad... ¡socorro! ¡socorro! —gritó Rousseau—; allá abajo hay un cirujano.
—Sin perder tiempo auxiliémosle nosotros mismos: ya he acudido a ese hombre, y ha sido en vano.
—Pues os juro que tendrá que curar a mi hijo —gritó el anciano exasperado —. Ayudadme a conducirlo.
—Puedo servirme de un brazo sólo, pero está a vuestra disposición.
—¡Oh! aunque soy muy viejo, confío que el cielo me prestará fuerzas. Vamos.
Juan Jacobo cogió a Gilberto por los hombros, el joven le abarcó con su brazo izquierdo las piernas, y de este modo lo transportaron hasta el grupo que presidía el médico.
—¡Socorro! ¡socorro! —gritó el anciano.
—¡Primero los hombres del pueblo! —contestó el cirujano, fiel a su propósito, y convencido de que al expresarse así, excitaba la admiración de los que le rodeaban.
—Traigo un hombre del pueblo —repuso Juan Jacobo con energía, aunque contagiado hasta cierto punto de la admiración que producía en su rededor el absolutismo del cirujano.
Éste contestó:
—Pues bien, las mujeres primero, porque los hombres tienen más fuerza para resistir el dolor.
—Me parece que bastará una sangría —observó el anciano.
—¡Cómo! ¿todavía estáis aquí, caballero? —preguntó el facultativo, viendo a Felipe antes de fijarse en su compañero.
Guardó silencio el hijo del barón, y el anciano, creyendo que aquellas palabras se dirigían a él, replicó:
—Yo no soy caballero, sino un hombre del pueblo: me llamo Juan Jacobo

Rousseau.
El facultativo exhaló un grito de sorpresa, y haciendo una señal imperativa agregó:
—Paso, paso al observador de la Naturaleza, paso al emancipador de la humanidad, paso al ciudadano ginebrino.
—Gracias, gracias —contestó Rousseau.
—¿Os ha sucedido alguna desgracia?
—A mí no, pero examinad a este joven.
—¡Ah! vos también, lo mismo que yo, representáis la causa de la humanidad.
El anciano se conmovió por aquel inesperado triunfo, y únicamente pudo articular algunas palabras casi ininteligibles, y Felipe, lleno de respeto al verse en compañía del filósofo a quien tanto admiraba, se apartó a un lado.
Gilberto, que seguía privado de la razón, fue colocado sobre una mesa entre Rousseau y otras personas, y el primero empezó entonces a examinar el sujeto cuyos auxilios facultativos había solicitado. Era un joven poco más o menos de la edad de Gilberto, pero sin el menor rasgo que revelase su juventud: su rostro cadavérico estaba tan ajado como el de un viejo; sus párpados sin vigor, encubrían unos ojos de serpiente, y tenía la boca torcida como los epilépticos cuando se encuentran acometidos de su mal.
Con las mangas remangadas hasta los codos y con los brazos llenos de sangre y revueltos en trozos de carne humana, más parecía un verdugo en el ejercicio de sus bárbaras funciones, entusiasmado con su oficio, que un facultativo realizando su triste y santa misión.
Sin embargo, el nombre de Rousseau había ejercido en su ánimo tan poderoso influjo, que por algunos instantes pareció que renunciaba a su brutalidad ordinaria; levantó con suavidad la manga de Gilberto, oprimió su brazo con una venda, y picó la vena. Comenzó a salir la sangre gota a gota, pero al cabo de tres o cuatro segundos brotó ampliamente aquel licor puro y generoso de la juventud.
—Vamos, vamos, se salvará —exclamó el cirujano—, pero es preciso mucho cuidado, porque el pecho ha padecido mucho.
—Ahora únicamente me resta daros las gracias —contestó Rousseau—, y enalteceros, no precisamente por la exclusión que hacéis en favor de los pobres, sino por los cuidados que les prestáis. Todos los hombres son nuestros hermanos.
—¿También los nobles, los aristócratas y los ricos? —respondió el

facultativo con una mirada que hizo brillar sus encendidos ojos a pesar de los pesados párpados que los velaban.
—También los nobles, los aristócratas y los ricos cuando sufren —contestó Rousseau.
—Me dispensaréis, pero he nacido en Baudry, cerca de Neuchâtel soy suizo como vos, y por lo tanto algo demócrata.
—¡Un compatriota! ¡un suizo! —exclamó Rousseau—, ¿cómo os llamáis? decid vuestro nombre.
—Aunque oscuro, pertenece a un hombre modesto dedicado siempre al estudio, aunque espera dedicarse algún día como vos a la dicha de la humanidad: me llamo Juan Pablo Marat.
—Señor Marat, gracias —repuso el anciano—; pero mientras que ilustráis al pueblo acerca de sus derechos, no le excitéis a la venganza, porque si algún día la ejecuta, vos mismo os conmoveréis a la vista de las represalias. Una diabólica sonrisa se dibujó en los labios de Marat, y dijo:
—¡Ay! si llegase ese día viviendo yo... si tuviese la suerte de presenciarlo...
Oyó estas palabras Rousseau, y aterrado del tono con que fueron dichas, como el viajero de los primeros truenos que preceden a la tempestad, cogió a Gilberto entre sus brazos, tratando de llevárselo.
—¡Dos hombres para que ayuden voluntariamente a M. Rousseau! —gritó el cirujano—: ¡dos hombres del pueblo!
—Aquí estamos... aquí... —respondieron diez voces. Rousseau señaló dos mozos robustos que levantaron enseguida a Gilberto.
Luego pasó cerca de Felipe, y dijo: —Tomad esa linterna, caballero, pues ya no la necesito. Felipe le dio las gracias, aceptándola y alejándose con rapidez, mientras el anciano se dirigía a la calle Plastrière.
—¡Pobre joven! —exclamó éste al verle desaparecer en el laberinto confuso de las calles.
Y continuó su marcha lleno de sobresalto, pues aún resonaba vibrante en medio de aquel campo de muerte y desolación la áspera voz del cirujano que gritaba:
—¡Aproximen solamente a los hombres y mujeres del pueblo! Maldición a los nobles, a los aristócratas y a los ricos todos.

LXIX

¡AL FIN, VUELVEN!

En tanto que se producían constantemente mil escenas semejantes a las que acabamos de bosquejar, M. de Taverney escapaba casi milagrosamente de todos los peligros de aquella noche.
Pero tranquilo y experto, aunque incapaz de oponer la menor resistencia física a la fuerza que destruía todo, logró sostenerse en el centro de un grupo que iba arremolinándose en la calle de la Magdalena.
Al tropezar en los parapetos de la plaza, al romperse contra los ángulos del guardamuebles este grupo, dejaba por sus flancos numerosos rastros de heridos y muertos, mas al fin pudo lograr aunque diezmado a cada momento, librarse del peligro conservando el impulso de su centro.
En el instante la multitud que lo componía se esparció por el bulevar, deseosa de respirar un aire puro, y lanzando mil gritos de contento.
M. de Taverney, como cuantos habían llegado sanos hasta aquel punto, se vio por completo fuera de peligro.
Increíble parecía lo que vamos a referir, si no hubiésemos ya dado a conocer con claridad a nuestros lectores el carácter del barón; pero es muy cierto que en medio de los tormentos de tan terrible noche, M. de Taverney (Dios se lo perdone) no pensó más que en sí mismo.
El barón agregaba a su complexión poco sensible el ser hombre de acción, y sabido es que en las grandes crisis de la vida, esta clase de temperamentos se rigen siempre por la máxima de César:. *Age quod agis*.
No diremos, pues, que M. de Taverney se acababa de portar como egoísta, limitándonos, sin embargo, a asegurar que había estado distraído.
Pero cuando ya se vio sobre la tierra firme del bulevar, dueño de sus movimientos, al ver que afortunadamente se había salvado de la muerte para entrar de nuevo en la vida, y que era uno de aquellos a quienes la Providencia había extendido su mano protectora y misericordiosa, el barón lanzó un grito de satisfacción, al cual contestó con otro grito; pero mucho más débil que el

primero, era, a no dudarlo, ocasionado por el dolor. —¡Hija mía!... —exclamó—, ¡hija mía!... Y quedó inmóvil, con los brazos caídos, cabizbajo, fija la vista en el suelo, reuniendo sus recuerdos y pensando en todos los pormenores de tan cruel separación.

—¡Pobre caballero! —exclamaron a su lado algunas compasivas mujeres; y poco después formóse en torno suyo un círculo de desgraciados o venturosos, cuya única ocupación, cuyo más vehemente deseo consistía en quejarse y preguntar.

Como ya sabemos, M. de Taverney no abrigaba instintos populares, y, hallándose mal en medio de aquella muchedumbre quejumbrosa, hizo un esfuerzo para alejarse, y se alejó al fin, aunque no podemos menos de confesar en honor suyo, que dio algunos pasos hacia la plaza.

Pero iban conducidos aquellos pasos por el amor paternal, que nunca se amortigua enteramente en el corazón del hombre, de manera que pocos momentos después, se detuvo aconsejado por la prudencia.

He aquí la marcha progresiva de su dialéctica en el momento de tomar la última determinación.

En primer lugar, la imposibilidad de poner los pies en la plaza de Luis XV, llena de escombros y de cadáveres; por otra parte, la muchedumbre que salía en todas direcciones, y tan absurdo era romper sus oleadas amenazadoras, como insensato para el nadador pretender lanzarse en la presa que baja estrepitosamente desde el Rin a Schaffhouse.

Y aun cuando la mano del Omnipotente le condujese por aquel mar inmenso de cuerpos humanos, ¿cómo encontrar a una mujer entre cien mil mujeres? ¿Para qué exponerse nuevamente y sin esperanza de conseguir cosa alguna a una muerte que milagrosamente acababa de evitar?

A su pecho llegaba después la esperanza, ese divino resplandor que dora siempre a los ojos de los mortales las negras nubes de la más lóbrega noche. ¿Andrea tal vez no se encontraba en compañía de su hermano Felipe, protegida por su brazo y lejos de aquel vasto cementerio, que sólo repetía sollozos y plegarias de los vivos, sirviendo de amplia y funeraria sabana a los muertos?

Que él, hombre débil, vacilante anciano, hubiese cedido al torrente de la multitud, nada tenía de particular; pero Felipe, aquella naturaleza ardiente y vigorosa; Felipe, cuyos músculos eran de acero, que podía conceptuarse como responsable de la vida y la seguridad de su hermana... ¡Oh! era

imposible: Felipe había seguramente luchado y vencido.
A fuer de buen egoísta, el barón creía dotado a su hijo de todas las cualidades de que el egoísmo carece, y que excluye con gusto de la naturaleza de sus propios individuos, conceptuando fuertes, generosos y valientes a los demás: para el egoísta no dejan de serlo también otros, sus adversarios, sus enemigos, todos los hombres que no poseen las mencionadas cualidades, porque se le figura que le arrebatan las ventajas que cree tener él solo derecho a sacar de la sociedad.
Ya tranquilo M. de Taverney por la fuerza de sus propios e interesados raciocinios, dedujo enseguida, naturalmente, que Felipe había salvado a su hermana, que tal vez perdería también algún tiempo buscando a su padre para evitarle aquel infierno; pero que, según todas las probabilidades, habría vuelto a tomar el camino de la calle Coq-Heron acompañando a su hermana, que estaría muy asustada por las ocurrencias de la noche.
Bajando por la calle del Convento de Capuchinos, llegó a la plaza de la Conquista o de Luis el Grande, llamada hoy de las Victorias; mas no bien llegó a veinte pasos de su morada, cuando Nicolasa, que estaba como de centinela en el umbral de la puerta hablando con algunas comadres, exclamó:
—¿Y el señor Felipe? ¿Y la señorita Andrea? ¿Qué les ha sucedido?
Ya todo París sabía, por los primeros fugitivos, la catástrofe de aquella noche, aumentada por el terror.
—¡Dios mío! —exclamó el barón algún tanto conmovido—, ¡pues qué! ¿no han vuelto?
—No, señor, no han vuelto por aquí.
—Habránse visto precisados a rodear por otras calles —repuso el barón cada vez más trémulo, según iban desapareciendo los cálculos de su lógica.
No pudo, por consiguiente, hacer otra cosa que agitarse acompañado de Nicolasa que sollozaba, y de La-Brie que levantaba las manos al cielo.
—¡Ah! ya llega el señorito Felipe —gritó Nicolasa con un acento de terror imposible de describir, observando que el hijo del barón se adelantaba solo, desesperado, muerto de cansancio entre las tinieblas de la noche.
—Mi hermana, ¿ha venido? —preguntó tan pronto como hubo divisado el grupo que obstruía el umbral de la puerta.
—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó con acento lleno de angustia el barón que no acertaba a dar un paso.
—¡Andrea! ¡Mi pobre Andrea! —exclamaba el joven acercándose con

lentitud—, ¿dónde está?
—No la hemos visto, no está con nosotros —contestó Nicolasa llorando con desconsuelo—, ¡querida señorita! ¡Ay qué desgracia!
—¡Y te atreves a presentarte sin ella! —gritó el barón con una cólera tanto más injusta, cuanto que ya conocemos los resultados de su inflexible lógica secreta.
Por única respuesta Felipe se acercó a él y le mostró su rostro ensangrentado y su brazo roto y pendiente de su cuerpo como una rama inútil y muerta.
—¡Cielo santo! —exclamó Taverney—, ¡Andrea! ¡Infeliz Andrea!
Y apenas pudiendo sostenerse, se dejó caer sobre el banco de piedra contiguo a la puerta.
—La encontraré viva o muerta —gritó Felipe con doloroso acento.
Y emprendió nueva marcha con desesperada actividad, intentando ocultar su mano izquierda, ayudándose con la derecha, entre los botones de su levita, pues aquel brazo roto le estorbaba para penetrar de nuevo entre la multitud.
Encontró de nuevo en el funesto campo de los muertos, que ya hemos recorrido, a Rousseau, a Gilberto y al terrible cirujano empapado en sangre, que más se asemejaba a un ser infernal, mensajero de los horrores de aquella noche, que al genio benéfico que acudía al socorro de las víctimas.
El hijo del barón anduvo errante mucho tiempo en la plaza de Luis XV, pues no le era posible separarse de las paredes del guardamueble, en cuyas proximidades había sido hallado Gilberto, ni dejar de contemplar aquel pedazo de vestido blanco que el joven había conservado, y estrechaba angustiosamente contra su pecho.
Últimamente, cuando los primeros resplandores del día comenzaban ya a iluminar el Oriente, extenuado, viéndose expuesto a caer entre los cadáveres que le estorbaban el paso; más pálido que los mismos muertos, sobrecogido de un vértigo extraño y esperando también como había esperado su padre hallar a Andrea en su casa, dirigióse maquinalmente a la calle de Coq-Heron.
Desde lejos divisó en el umbral de la puerta el mismo grupo que allí había dejado, y pronto conoció que Andrea no formaba parte de él.
—¿Qué noticias traes? —preguntó el barón temblando al reconocerle.
—¡Ah! ¡conque es verdad que no ha vuelto! —repuso Felipe.
—No, no, no —contestaron a una voz el barón, Nicolasa y La-Brie.
—Pero ninguna noticia, ninguna información, ninguna esperanza...
—Nada, nada...

Extenuado de dolor y cansancio cayó el joven en el banco de piedra, en tanto que su padre exhalaba una exclamación salvaje.
En este instante un fiacre apareció en la calle, se fue acercando poco a poco, y se detuvo al fin en la puerta de M. de Taverney.
A través de los cristales se divisaba la cabeza de una mujer que parecía desmayada: Felipe, excitado con aquella aparición, se incorporó, abrióse la portezuela del fiacre, y un hombre descendió de él, llevando en sus brazos a Andrea, aparentemente inanimada.
—¡Nos la traen al fin, pero muerta! ¡muerta! —exclamó Felipe cayendo de rodillas.
—¡Muerta! —repitió débilmente su padre—. ¡Ah!, caballero, decidme si es verdad que...
—Señores, no lo creo —repuso tranquilamente el hombre que sostenía a Andrea—, antes bien me parece que esta señorita sólo está desmayada.
—¡Dios mío!, ¡el hechicero! —gritó Taverney.
—¡El señor barón de Balsamo! —exclamó Felipe.
—El mismo, caballeros, y me doy el parabién por haber reconocido a la señorita de Taverney en medio de tan espantoso conflicto.
—¿Dónde la habéis encontrado? —preguntó Felipe.
—Cerca del guardamueble.
—Efectivamente —continuó aquél.
Y, pasando al punto de la alegría a la desconfianza, agregó:
—Muy tarde la devolvéis, señor barón.
—Caballero —repuso éste con tranquilidad—, ya podéis fácilmente suponer el apuro en que he debido encontrarme: ignoraba dónde vivía la señorita vuestra hermana, y la mandé conducir a casa de la señora marquesa de Savigny, que es amiga mía, y habita junto a las caballerizas reales. Allí este mozo que estáis viendo, me ayudaba a sostener a la señorita... aproximaos, Comtois.
Balsamo acompañó sus últimas palabras con una seña, y al punto salió del fiacre un hombre con librea de la casa real.
—Como os decía, allí —prosiguió Balsamo—, este honrado mozo, que pertenece a la real servidumbre, reconoció a vuestra hermana por haberla conducido una noche desde la Muette a vuestro domicilio. A su prodigiosa hermosura debe la señorita este feliz encuentro: la hice colocar a mi lado en el fiacre, y ahora tengo el honor de devolveros con todo el respeto debido a la

señorita de Taverney.
Cuando concluyó de decir estas palabras, depositó a la joven entre los brazos de su padre y de su doncella.
Taverney sintió brotar por primera vez una lágrima de sus ojos, y aun cuando se asombró interiormente de aquel exceso de sensibilidad, la dejó correr con libertad por sus mejillas. Felipe ofreció a Balsamo la única mano de que disponía, diciendo:
—Caballero: ya conocéis mi nombre y no ignoráis dónde vivo: mi mayor deseo es que se presenten ocasiones en que pueda expresaros mi reconocimiento por el singular favor que acabáis de hacer a mi familia.
—He cumplido un deber —contestó Balsamo—, y no olvido que os debía la hospitalidad que me otorgó vuestro padre en Taverney.
Después, saludando a todos, dio algunos pasos para retirarse, sin responder a la oferta que el barón le hacía para que entrase en su casa; pero volviéndose de pronto, añadió:
—Señores, perdonadme si he olvidado dejaros las señas del domicilio de la señora marquesa de Savigny. Vive en la calle de San Honorato, muy cerca de los Fuldenses: digo esto por si la señorita de Taverney considera deber visitarla.
En estas explicaciones, en esta precisión de detalles, en esta infinidad de pruebas, había tanta delicadeza, que Felipe y aun el mismo barón no pudieron menos de advertirla.
—Caballero —contestó el segundo—: mi hija os debe la vida.
—Señor barón, lo sé —repuso Balsamo—, y me considero muy afortunado.
Acompañado de Comtois, que rehusó un bolsillo que le alargó Felipe, montó Balsamo en el fiacre y desapareció.
En aquel momento mismo, como si la partida de su libertador hubiera hecho cesar el desmayo que la sobrecogía, abrió Andrea los ojos, pero continuó por algunos instantes muda, inmóvil, aturdida y sin fuerzas.
—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró Felipe—; ¿es posible que el cielo no nos la devuelva sino para que la lloremos? ¿Se habrá vuelto loca?
Manifestó Andrea comprender estas palabras con un movimiento de cabeza: no obstante, continuó silenciosa, como si la dominase el imperio de un éxtasis extraño.
Entonces estaba en pie, y con un brazo extendido en la dirección de la calle por donde se había alejado Balsamo.

—Vamos, vamos —dijo el barón—, ya es tiempo de que esto termine. Felipe, sostén a tu hermana y entremos.
El joven ofreció a Andrea el brazo que le quedaba útil; ésta se apoyó en Nicolasa, y como si durmiese, se dirigió a su pabellón.
Allí fue donde recobró el uso de la palabra, murmurando:
—¡Felipe! ¡Padre mío!
—¡Ah! ¡ya nos reconoce! —exclamó el primero loco de alegría.
—Sí, sí, os reconozco muy bien: ¡pero Dios mío! ¿qué ha ocurrido esta noche?
Pronunciando estas palabras, cerró de nuevo los ojos, no a causa de un segundo desmayo, sino a impulsos de un sueño apacible y tranquilo.
Nicolasa quedóse con ella en el pabellón, la desnudó, y la acostó en su lecho.
Cuando Felipe entró en su cuarto, halló un médico que el previsor de La-Brie había ido a buscar desde el momento en que desapareció toda especie de inquietud acerca de Andrea.
El doctor examinó el brazo de Felipe, que no estaba precisamente roto, sino desconcertado, de manera que una presión hábilmente dirigida, aunque muy dolorosa, hizo que el eje entrase en la articulación de que había salido.
Concluida esta operación, Felipe, que no se hallaba todavía bastante tranquilo con respecto a su hermana, condujo al facultativo hasta el pabellón en que aquélla descansaba.
El médico tomó el pulso a la joven, y después de observar la respiración, sonrióse diciendo:
—El sueño de vuestra hermana es tan tranquilo y tan puro como él de un niño. Dejad que duerma, caballero, pues es el único remedio que necesita.
En cuanto al barón, bastante satisfecho con la vuelta de sus hijos, hacía mucho rato que dormía tranquilamente.

LXX

EL MÉDICO M. DE JUSSIEU VISITA A GILBERTO

Si volvemos ahora a la casa de la calle Plastrière, donde M. de Sartines enviara a su agente, veremos en la mañana del 31 de mayo a Gilberto tendido sobre un colchón en la habitación de Teresa, y a ésta y Rousseau acompañados de varios vecinos contemplando aquella triste muestra del gran acontecimiento que había estremecido a todo París.

Pálido y ensangrentado, Gilberto abrió los ojos, y, desde el instante en que pudo recobrar su razón, trató de incorporarse para observar cuanto le rodeaba como si aún se encontrase en la plaza de Luis XV.

Al principio expresó su semblante una profunda inquietud, que pronto se convirtió en indefinible alegría; poco después desaparecía ésta bajo una nube de tristeza que nuevamente oscureció su rostro.

—¿Padecéis, hijo mío? —le preguntó Rousseau estrechando su mano con cariñosa solicitud.

—¡Ah! —dijo Gilberto—, ¿quién me ha salvado? ¿quién ha pensado en mí, en un hombre abandonado y solo en el mundo?

—Amigo mío, ¡no habíais muerto, y esto es lo que os ha salvado; ha pensado en vos, aquel que se acuerda de todos.

—Pero no dejaba de ser una imprudencia —murmuró Teresa—, el ir a mezclarse en semejantes barullos.

—Es indudable, sí, es una imprudencia —repitieron en coro los vecinos.

—Poco a poco, señores —replicó Rousseau—; no hay imprudencia en hacer aquello que no ofrece un peligro patente, y no hay peligro patente en ir a ver unos fuegos artificiales. Si en efecto ocurre en tal caso una catástrofe, los hombres sobre quienes recae no son imprudentes, sino infortunados. Yo creo, señores, que nosotros mismos que ahora murmuramos de los demás, hubiéramos hecho otro tanto.

Gilberto tendió la vista en su rededor, y conociendo que se encontraba en el aposento de Rousseau, trató de hablar; mas el esfuerzo que hizo agolpó su sangre a la boca y a las narices, y el infeliz perdió nuevamente el sentido.

Juan Jacobo, que había recibido acerca del caso varias instrucciones del cirujano de la plaza de Luis XV, no expresó la menor sorpresa, pues esperaba aquel resultado, por cuyo motivo había dispuesto que se colocara al enfermo en un colchón sin sábanas.

—Ea —dijo a Teresa—, ya puede acostarse definitivamente este infeliz.

—¿En dónde?

—Aquí mismo, en mi cama.
Fueron oídas por Gilberto estas palabras, pero la debilidad no le permitió contestar a ellas tan pronto como deseaba; hizo sin embargo un violento esfuerzo, y volviendo a abrir los ojos dijo:
—No, no; allá arriba... arriba.
—¿Deseáis volver a la buhardilla?
—Con mucho gusto, si os parece bien.
Y concluyó de manifestar más bien con los ojos que con la lengua este deseo, dictado por un recuerdo más poderoso que el dolor, y que en su ánimo era también mucho más vehemente que el raciocinio.
Rousseau, que participaba de los excesos de la sensibilidad, comprendió aquel deseo, pues contestó al punto:
—Hijo mío, está bien, os conduciremos arriba. Ya ves, Teresa —dijo a ésta —; no quiere incomodarnos.
Con entusiasmo aprobó Teresa la determinación del joven y lo trasladó enseguida a la buhardilla que acababa de solicitar tan explícitamente.
Rousseau, a eso de mediodía, fue a pasar junto a su discípulo el tiempo que otros días solía invertir en el arreglo por colecciones de sus vegetales favoritos, y el joven algo más tranquilo, le refirió con voz baja y fatigosa los detalles de la pública catástrofe de la noche anterior, ocultando, sin embargo, el motivo que le había únicamente conducido a la plaza de Luis XV.
Tampoco podía Rousseau suponer otra cosa sin ser adivino.
Así, que no manifestó a Gilberto la menor sorpresa, limitándose a las preguntas que ya le había hecho y recomendándole la paciencia. Tampoco le habló del pedazo de tela que había hallado en su mano cuando le encontraron, y del cual se había apoderado Felipe.
A pesar de esto, aquella conversación que para los dos se aproximaba tanto al interés real y a la verdad positiva, no era por eso menos amena, y a ella se entregaban con la mayor efusión, cuando sonaron de repente los pasos de Teresa en la buhardilla.
—¡Jacobo! —gritó—, ¡Jacobo!
—¿Qué ocurre?
—Algún príncipe que viene sin duda a visitarme— dijo Gilberto sonriendo con tristeza.
—¡Jacobo! —repitió Teresa.
—Vamos, ya oigo, ¿qué se ofrece?

—Está abajo M. Jussieu —gritó Teresa—, y habiendo sabido que anoche te vieron en la plaza, viene a enterarse si estás herido o lastimado.
—Es un excelente sujeto este caballero —dijo Juan Jacobo—, como todos los que por afición necesariamente se acercan a la Naturaleza, origen de todos los bienes. Permaneced tranquilo, Gilberto, y no os mováis de aquí, que vuelvo pronto.
—Gracias —murmuró el joven en tanto que Rousseau salía de la buhardilla.
Aún no había atravesado el umbral, cuando incorporándose Gilberto del mejor modo que le fue posible, se arrastró hasta el ventanillo, desde el cual se descubría la ventana del pabellón de Andrea.
Era mucho esfuerzo para un joven casi extenuado y sin ideas expeditas encaramarse a un taburete, separar el bastidor del ventanillo, y subir hasta la arista del techo: nuestro joven pudo al fin conseguirlo; pero llegado al punto que deseaba, se le nubló la vista, tembló su mano, humedeciéronse de sangre sus labios, y cayó desplomado sobre el piso de la buhardilla.
Se abrió en este momento la puerta y Juan Jacobo entró seguido de M. de Jussieu, al cual dirigía mil cumplimientos.
—Cuidado, cuidado, querido sabio —le decía—, inclinad un poco la cabeza, porque esta habitación... en fin, ya veis que no estamos en un palacio.
—Muchas gracias, no ignoráis que tengo buenos ojos y mejores piernas — repuso el distinguido botánico.
—¡Gilberto! —gritó Rousseau—, este caballero viene a cumplimentaros. ¡Ah! ¡qué es esto, Dios mío! —añadió el filósofo viendo el lecho vacío—, ¿dónde está? ¡El infeliz se ha levantado!
Y al ver abierto el ventanillo se disponía ya a dirigir a su discípulo un sermón paternal, cuando incorporándose Gilberto trabajosamente, le dijo con apagado acento:
—¡Tenía tanta necesidad de aire!
No tuvo valor Rousseau para reprenderle, porque en su rostro se reflejaba lo mucho que interiormente sufría.
—Efectivamente —observó M. de Jussieu—, aquí hace un calor insoportable, veamos, joven,— veamos; permitid que os tome el pulso, pues también soy médico.
—Y mejor que otros muchos —agregó Rousseau—, porque lo sois del alma y del cuerpo.
—Me honráis demasiado —murmuró el joven débilmente e intentando

ocultarse en su cama a las miradas de sus favorecedores.
—Se ha empeñado M. de Jussieu en visitaros —dijo Rousseau—, y he aceptado su ofrecimiento. Vamos, doctor, ¿qué decías de ese pecho?
Palpó el hábil anatómico los huesos y examinó la cavidad por medio de una observación detenida.
—El interior es bueno —contestó—, ¿pero quién diablos os ha estrechado en sus brazos tan fuertemente?
—¡Ah!, señor —repuso Gilberto—, la muerte.
Juan Jacobo miró al joven con admiración.
—Efectivamente, estáis muy magullado, sí, terriblemente magullado; pero eso desaparecerá con tónicos, con el aire puro y con distracciones.
—Nada de distracciones —replicó Gilberto mirando a Rousseau—, pues no están destinadas para mí.
—¿Qué quiere decir? —interrogó M. de Jussieu.
—Que para el trabajo es incansable este joven —repuso el filósofo.
—Hace bien, pero estos días no se trabaja.
—Es necesario para vivir trabajar siempre —repuso Gilberto.
—¡Bah! muy poco alimento debéis consumir ahora, y las tisanas que necesitaréis no cuestan mucho.
—Aunque cuesten poco, yo no recibo limosna.
—Estáis loco —replicó Juan Jacobo—, y exageráis todas las cosas, por lo cual os advierto que haréis cuanto el señor ordena, pues ha de ser vuestro médico aunque os pese. ¿Creeréis —añadió dirigiéndose a M. de Jussieu—, que me ha rogado que no llame al facultativo?
—¿Por qué?
—Por evitarme ese gasto: es muy orgulloso nuestro enfermo.
—Sin embargo —repuso M. de Jussieu sin dejar de observar con el más vivo interés aquella cabeza inteligente y expresiva de Gilberto—, por orgulloso que sea un hombre, no puede de manera alguna hacer más de lo posible. ¿Os creéis en disposición de trabajar, después de haber caído desplomado por no poderos sostener en un ventanillo?
—Efectivamente, siento mucha debilidad —murmuró el joven.
—Y por lo mismo precisáis indispensablemente algún descanso moral... Vivís en casa de un hombre con quien todo el mundo cuenta menos su huésped.
Reconocido Juan Jacobo a este delicado cumplimiento que le dirigía tan

ilustre personaje, estrechó su mano afectuosamente.
—Además —continuó M. de Jussieu—, en breve seréis objeto de los cuidados paternales del rey y de los príncipes.
—¡Yo! —prorrumpió Gilberto.
—Vos, pobre víctima de tan deplorable acontecimiento. Cuando lo ha sabido el delfín, ha expresado el dolor más profundo y sincero, y la delfina que se preparaba a marchar para Marly, se ha quedado en Trianon con objeto de hallarse más cerca de los desgraciados a quienes ha mandado suministrar eficaces auxilios.
—¿Es verdad lo que decís? —preguntó Rousseau.
—Certísimo mi querido filósofo, y no se habla de otra cosa, sino de la carta que ha dirigido el delfín a M. de Sartines.
—No ha llegado a mi conocimiento.
—Es un acto admirable de caridad. Cada mes recibe el delfín dos mil escudos de pensión, y viendo esta mañana que no se los enviaban, recorría, pensativo y manifestando su disgusto, todas las habitaciones de palacio, hasta que cansado por último de esperar, envió repetidas órdenes al tesorero, quien le llevó la suma mensual que le corresponde. El príncipe, sin perder tiempo, la ha remitido a París con una carta a M. de Sartines, el cual me la ha comunicado enseguida.
—¿Es decir que habéis visto hoy a M. de Sartines? —interrumpió Rousseau.
—Sí, acabo de despedirme de él —repuso M. de Jussieu no sin manifestar alguna turbación—: necesitaba algunas semillas que él puede facilitarme; de modo que la delfina —continuó vivamente—, permanecerá por ahora en Versalles para cuidar de sus enfermos y heridos.
—¡Sus enfermos y heridos!
—¡Oh! sí, pues no es el señor Gilberto el único que ha padecido. ¡Oh! el pueblo sólo ha pagado esta vez una contribución parcial de sangre, y entre los heridos hay muchísimos nobles.
Escuchaba Gilberto con una avidez y una ansiedad inexplicables, pues le parecía a cada momento que el nombre de Andrea de Taverney iba a salir de los labios del famoso naturalista.
M. de Jussieu se levantó.
—¿Es decir, que habéis terminado vuestra visita? —dijo Rousseau.
—Sí, y mi ciencia es por completo inútil para este enfermo, a quien sólo hace falta aire puro, ejercicio moderado, y algunos paseos por el campo. ¡Ah!,

puesto que hablo de campo...
—Pienso hacer mañana un reconocimiento botánico en el bosque de Marly. ¿Os atrevéis a acompañarme, mi ilustre y aventajado compañero?
—¡Oh! —repuso Juan Jacobo—, decid mejor vuestro admirador indigno.
—Y de esta manera se ofrece una ocasión propicia para que venga con nosotros esté joven y se pasee.
—¿Tan lejos?
—Si está muy cerca de aquí: mirad. Iremos en mi carruaje hasta Bougival, nos dirigiremos a Luciennes por el camino de la Princesa y llegaremos al bosque de Marly. Como a fuer de botánicos tendremos que detenernos a cada momento, el joven Gilberto llevará una silla de tijera, y mientras nosotros herborizamos, recuperará él las fuerzas y la vida.
—Sois un hombre admirable, mi querido sabio —dijo Juan Jacobo.
—Dejad que yo obre, pues en ello tengo un interés particular: no ignoro que habéis ya empezado un envidiable y concienzudo trabajo acerca de los musgos, tarea que yo también he emprendido; pero en la cual voy caminando a oscuras. Esto quiere decir que confío en vuestras luces para que me sirvan de guía.
—¡Oh! —exclamó Rousseau, cuya satisfacción brilló en sus ojos, aunque procuró ocultarla.
—También allí tendremos preparado un almuerzo ligero a la sombra de los árboles, y tampoco nos faltarán hermosas flores... Conque... ¿Es cosa hecha?
—Sin duda.
—Corriente; queda dispuesta la partida para el domingo.
—¡Deliciosa partida! Ya me figuro que sólo tengo quince años, pues disfruto de antemano todos los placeres de que espero gozar —contestó Rousseau con una satisfacción infantil.
—Y vos, amigo mío, disponed vuestras piernas para el paseo del domingo.
Murmuró Gilberto algunas palabras como dando las gracias, que M. de Jussieu no pudo oír, y los dos botánicos abandonaron la buhardilla, dejando al joven entregado a sus pensamientos, y, especialmente, a sus temores.

LXXI

PENSANDO EN LA FUGA

En tanto que Juan Jacobo pensaba haber dejado en completa tranquilidad a su enfermo, y su esposa refería a los vecinos que, merced a las prescripciones del sabio facultativo, ya se hallaba Gilberto fuera de peligro inspirando a todos su salud las más halagüeñas esperanzas, el joven se lanzaba en otro peligro mucho mayor que todos los que hasta entonces le habían ocasionado su obstinación y sus incesantes desvaríos.

Sin embargo, Rousseau no abrigaba una confianza tan absoluta, que le cegase hasta el extremo de abandonar todas sus sospechas fundadas en un raciocinio filosófico.

Adivinando que su joven discípulo estaba loco de amor, y habiéndole sorprendido en flagrante delito de rebelión a los mandatos medicinales, creyó desde luego que reincidiría en las mismas faltas, si se le dejaba enteramente libre.

En su consecuencia, y como buen padre de familia, había cerrado cuidadosamente el candado de la buhardilla, permitiéndole, aunque sin decírselo, asomarse al ventanillo, pero sin dejarle el menor recurso para que pudiese franquear la puerta.

Nos parece imposible pintar la rabia y los proyectos que inspiró a Gilberto aquella cariñosa solicitud que convertía en cárcel su buhardilla, pues para ciertas naturalezas la contradicción es fecundísima en recursos.

Desde aquel instante Gilberto no pensó más que en Andrea, en la felicidad de verla y de vigilar, aun cuando fuese desde lejos, los progresos de su convalecencia.

Pero no se asomaba a las ventanas del pabellón la señorita de Taverney. Solamente Nicolasa entraba en él para llevar a la enferma sus tisanas, mientras el barón se paseaba por el jardín tomando tabaco con todas sus fuerzas, como para avivar en su mente pasados recuerdos. Esto es lo que

solamente lograba ver Gilberto cuando examinaba con ansia la profundidad de los aposentos y la espesura de las paredes.
Aquellas dos personas, no obstante, le tranquilizaban en parte, porque su presencia indicaba una enfermedad, y no una muerte.
—Allí —murmuraba el infeliz—, tras aquella puerta, o tras aquella mampara, alienta, suspira y sufre la que yo adoro hasta la idolatría, la que con su sola presencia inunda de sudor mi frente y hace temblar todos mis miembros, la que sujeta mi vida a la suya, y la que respira por mí y por ella cuando yo no puedo respirar.
Entonces, inclinado fuera del ventanillo, y en una posición que hubiera hecho creer a la curiosa Chon, que iba a caer veinte veces en una hora, tomaba el joven con su vista perspicaz medida a los tabiques, a los pisos y a todos los ángulos del pabellón, forjando en su cabeza un plan exacto de las piezas que lo componían. M. de Taverney debía dormir allí; al otro lado estaría la despensa, la cocina y el cuarto de Felipe: inmediatos a éste, el aposento de Nicolasa y el gabinete de Andrea, santuario a cuya puerta desearía él pasar un cuarto de hora de rodillas aunque le costase la existencia.
Con arreglo a las ideas de Gilberto, el tal santuario era una gran pieza correspondiente a la planta baja, precedida de una antesala con puerta vidriera, en la cual se encontraba la cama de Nicolasa, si hemos de atenernos a los cálculos de nuestro enamorado enfermo.
—¡Oh! —exclamaba aquél loco en sus accesos de furor—. Felices los seres que pisan ese jardín que se divisa desde mi ventanillo y desde los de la escalera; dichosos los indiferentes que estropean con sus plantas esos hermosos cuadros de flores, porque pueden escuchar durante la noche los suspiros y las quejas de la señorita Andrea.
Hay gran trecho del dicho al hecho; pero lo aproximan todo las inteligencias privilegiadas, pues siempre hallan medios que obstinadamente se ocultan a las demás, ven la verdad en medio de los mayores imposibles, echan puentes sobre los ríos y escalan las montañas.
Al principio no hizo Gilberto más que desear con todo ahínco la ejecución de un proyecto que todavía no había formado, pero que se creía capaz de obtener, mas a pesar de su decidido empeño, no podía menos de conocer que tendría que luchar con terribles obstáculos, y esto le desanimaba.
Pero poco a poco reflexionó después, que aquellos seres afortunados que tanta envidia le inspiraban, no eran más que simples mortales dotados como

él de piernas para pasear por el jardín, y de brazos para abrir las puertas, imaginando al mismo tiempo la dicha que debía experimentar al introducirse furtivamente en aquella casa vedada y al acercarse su oído a las persianas que daban paso al ruido del interior.

Ya no se contentaba Gilberto con desear, y quería poner prontamente en ejecución sus planes.

Iba además recobrando las fuerzas con rapidez, porque la juventud es rica y abundante en recursos; de modo que al cabo de tres días, y ayudado por la fiebre, nuestro joven se sentía con más vigor que nunca.

Desde luego comprendió que habiéndole encerrado Rousseau, estaba vencida una de las mayores dificultades, la de entrar en casa de la señorita de Taverney por la puerta, pues ésta daba a la calle de Coq-Heron, y encontrándose él encerrado en la de Plastrière, era imposible salir y por lo tanto no tenía necesidad de pensar en puertas.

Únicamente le quedaba la ventana de su buhardilla que caía perpendicularmente al jardín; pero tenía cuarenta y ocho pies de altura. Sólo un borracho o un loco, hubiera tomado la determinación de bajar por ella.

—¡Ah! —exclamaba en su ira—, las puertas son con seguridad una magnífica invención. ¡Y el mismo Rousseau, nada menos que un filósofo me las cierra! Fácilmente conseguiría hacer pedazos el candado; pero tendría entonces que renunciar a volver a esta casa hospitalaria.

»Haber escapado de Luciennes, escaparme de la calle de Plastrière después de haber huido de Taverney, escaparme de todas partes, es ponerme voluntariamente en la situación de no poder mirar a la cara a alma viviente, sin que todos me acusen de ligereza o de ingratitud. No, no, conviene que no se entere mi protector.

Y ya colocado en el ventanillo prosiguió:

—Con las piernas y manos, instrumentos naturales del hombre libre, me sujetaré a las tejas, y siguiendo la canal, muy angosta por cierto, pero recta, y que es por consiguiente el camino más corto de un punto a otro, llegaré, si puedo, a la ventana paralela a la mía que cae a nuestra escalera. Si no consigo llegar a ella caeré al menos al jardín, todo el mundo se alarmará, saldrán del pabellón, correrán en mi auxilio, me reconocerán y moriré noble y poéticamente, porque excitaré la compasión; este medio es excelente.

»Pero si por el contrario llego, como es de suponer, me deslizo por el

ventanillo de la escalera, bajo sin zapatos hasta el piso principal, que también tiene una ventana que da al jardín y que se encuentra a quince pies de altura, desde allí salto, y asunto concluido.

»Pero es lo cierto que se agotarán mis fuerzas y mi agilidad, no le hace, hay una espaldera que me servirá de apoyo... pero podrá fácilmente romperse con el peso de mi cuerpo, porque está carcomida, en cuyo caso me desplomaré, y sin perecer noble y poéticamente, tendré que levantarme cubierto de yeso y de barro, con el vestido desgarrado y lleno de vergüenza como le ocurre al ladrón de fruta cuando cae de un árbol... ¡Oh! esto es terrible. M. de Taverney ordenará que el conserje me solfee la espalda y que La-Brie me estire las orejas.

»¡Oh, no!; aquí tengo veinte pedazos de bramante, o mejor dicho, pediré a la señora Teresa todos sus bramantes por una sola noche, los anudaré, y cuando llegue sano y salvo a la ventana del primer piso, amarraré a ella mi cuerda y descenderé al jardín.

Se afirmó Gilberto cada vez más en su resolución, y después de haber inspeccionado la canal del tejado, medido la cuerda de que hasta entonces podía disponer, y examinado la altura que le separaba del blanco de sus deseos, se puso a trenzar los bramantes a fin de dar consistencia a la cuerda: después ensayó sus fuerzas colgándose de una viga del desván, y viendo que a pesar de los esfuerzos que hiciera, sólo una vez había arrojado sangre, quedó resueltamente decidida en su mente la expedición nocturna.

Con objeto de engañar mejor a Rousseau y a Teresa, fingió que aún se encontraba muy débil y no se levantó hasta las dos, hora en que, después de haber comido, solía salir el filósofo a paseo, del cual no regresaba hasta la noche.

Manifestó Gilberto que tenía tanto sueño, que probablemente no despertaría hasta el día siguiente, a lo cual respondió Juan Jacobo, que debiendo ir a comer fuera de casa, se alegraba mucho de que su joven discípulo se recogiese tan temprano para recuperar sus perdidas fuerzas.

Ambos se separaron muy satisfechos el uno del otro; mas apenas salió Rousseau cuando Gilberto continuó trenzando sus bramantes, tarea que por fin dejó del todo terminada.

Tanteó de nuevo la canal y las tejas, y enseguida se puso a examinar el jardín aguardando que llegase la noche.

LXXII

DESCENSO PELIGROSO

Después que Gilberto hubo preparado su desembarco en la enemiga playa, pues así calificaba el jardín del barón de Taverney, se entretuvo en explorar el terreno desde su ventana con la atención profunda de un hábil estratégico que se dispone a dar una batalla; mas de repente, y con gran admiración suya, se desarrolló una escena que excitó vivamente su atención.
Hendiendo los aires, una piedra pasó por encima de la tapia del jardín y chocó contra un ángulo de la casa.
Gilberto no ignoraba que no hay efecto sin causa, y por lo mismo se dedicó a averiguar la causa, después de haber visto el efecto.
Pero por más esfuerzos que hizo sacando el cuerpo fuera de la ventana, no pudo distinguir la persona que había lanzado la piedra desde la calle.
Lo único que comprendió fue que esta maniobra coincidía exactamente con otra, pues vio que se abría con precaución una de las contraventanas del piso bajo, y que se asomaba la cabeza de Nicolasa.
Cuando la reconoció ocultóse precipitadamente Gilberto para no ser descubierto, pero sin perder de vista los movimientos de la astuta joven.
Examinadas por ésta de hito en hito todas las ventanas, y muy especialmente las de su misma casa, salió de ella dirigiéndose al jardín hacia la parte que ocupaba la espaldera, en la cual había algunos encajes secándose al sol.
Precisamente junto a la espaldera había caído aquella piedra que excitaba la atención de Gilberto y de Nicolasa. El primero observó que la segunda empujaba con el pie aquel objeto de tanta importancia en aquel instante, y que continuaba empujando hasta hacerle llegar al acirate abrigado por la espaldera.
Nicolasa entonces empezó a hacer como que recogía los encajes tendidos, y dejó caer en el suelo uno de ellos que levantó enseguida, cogiendo también al mismo tiempo la piedra codiciada.
Gilberto nada podía comprender aún; mas viendo que la doncella quitaba a la

piedra una cubierta de papel, llegó a convencerse de que el asunto merecía la mayor consideración por su parte.
Nada menos era que un billete que Nicolasa recibía pegado a la piedra.
La taimada poco tardó en desplegarlo, leerlo y ocultarlo en el pecho: terminada esta última operación, nada la detenía ya en aquel sitio, porque ya se habían secado por completo los encajes.
Sin embargo Gilberto movía la cabeza con ese ciego egoísmo del hombre cuando llega a despreciar a una mujer, que Nicolasa era en efecto una criatura viciosa, y que él se había portado muy bien, moral y políticamente hablando, al separarse con tanta ligereza como valor de una joven que recibía billetes por las paredes de los jardines.
Así discurriendo, aquel joven filósofo, que tan perfectamente hablaba de las causas y de los efectos, condenaba con toda su vehemencia, con toda su indignación, un efecto del cual él era tal vez la única causa.
Entró Nicolasa en el pabellón, y volvió a salir con una mano oculta en el bolsillo, del cual sacó al punto una llave, que Gilberto vio brillar entre sus dedos, y la colocó debajo de la puerta del jardín situada al extremo de la pared que comunicaba con la calle, y paralela a la otra puerta por donde entraba y salía la familia de la casa.
—Está bien —dijo Gilberto—: ya lo entiendo todo; tenemos en campaña un billete y una cita: Nicolasa no pierde el tiempo, de lo cual deduzco que ya tiene otro amante.
Y frunció el ceño como un hombre convencido de que la falta de su persona debía causar un vacío irreparable en el corazón de la mujer que había abandonado, y que ve llenarse de repente aquel vacío cuando menos lo espera.
—Esto podría contrariar mis proyectos —continuó el joven que pretendía excusar su mal humor con un motivo cualquiera—. No importa —añadió después de algunos segundos de silencio—: me agradará conocer personalmente al galán que me sucede en el cariño de la señorita Nicolasa.
Pero como tenía Gilberto para ciertas cosas un gran fondo de justicia, calculó enseguida que el descubrimiento que acababa de hacer, circunstancia que hasta los mismos interesados desconocían, le daba sobre Nicolasa una ventaja, de la cual sabría aprovecharse en tiempo oportuno, supuesto que conocía su secreto con detalles que ella nunca se atrevería a negar, al paso que la joven sólo sospechaba el suyo, y no estaba en el caso de presentar la

menor prueba que condenase a nuestro filósofo.
Decidió, pues, Gilberto, no olvidar estas circunstancias cuando llegase ocasión de hacerlas valer.
Por último; entre las idas y venidas de Nicolasa, y las reflexiones de Gilberto, llegó la noche. Pero entonces empezó éste a temer una cosa: el imprevisto regreso de Rousseau a su buhardilla; que el filósofo le sorprendiese escalando el tejado o en medio de la escalera, o que, en fin, llegase a conocer que el pájaro había volado. En cualquiera de estos casos, debía estallar violentamente la cólera del ginebrino, y Gilberto trató de evitarla por medio de un billete que escribió y dejó sobre la mesa dirigido al filósofo.
El referido billete estaba redactado en estos términos:

«Mi querido e ilustre protector:
»No forméis de mí mal concepto por haberme tomado la libertad de salir de casa a pesar de vuestros consejos. No puedo tardar en regresar a ella, si es que no me veo expuesto a alguna nueva desgracia, como la que ya he sufrido; pero aun cuando tenga que arrostrar mayores peligros, preciso dejar mi reclusión por dos horas.»

—No sé lo que dirá después —pensó Gilberto—; pero al menos estoy seguro de que mi protector estará sin inquietud, y que no se molestará mucho conmigo.
Era la noche sombría y sofocante, como ocurre durante los primeros días de la primavera, y el cielo tan oscuro, que la vista más ejercitada nada podía distinguir en el fondo de aquel negro abismo que tan atentamente registraban las miradas de Gilberto.
Entonces y sólo entonces, fue cuando el joven se hizo cargo por primera vez de que respiraba con fatiga, y de que bañaba su frente y su pecho un copioso sudor frío, señal indudable de debilidad y de atonía. Le aconsejaba la prudencia que no se aventurase en semejante situación a una expedición en que necesitaba de todas sus fuerzas, de toda la seguridad de sus miembros y sentidos, no sólo para la consecución de la empresa, sino para la conservación del individuo; pero Gilberto nada escuchó de cuanto le ofrecía a la imaginación su instinto físico. La voluntad moral había ejercido más poder sobre su corazón y el enamorado filósofo obedeció a ciegas sus inspiraciones.
Entretanto llegó la hora, Gilberto rodeó a su cuerpo con doce vueltas la

cuerda que tenía dispuesta, y con el corazón palpitante empezó a escalar el ventanillo; sostúvose con firmeza en el dintel del mismo, y dio su primer paso en la canal del tejado hacia el ventanillo de la derecha, que, como ya dejamos dicho, era el correspondiente a la escalera, y estaba separado del otro por unas doce toesas de distancia.

Introducidos sus pies en un conducto de plomo de unas ocho pulgadas de ancho, que aunque sostenido de trecho en trecho por grapones de hierro cedía sin embargo por su blandura bajo el peso del joven; apoyadas las manos en las tejas que, cuando más, podían servirle de apoyo para mantener el equilibrio, pero en manera alguna de sostén en caso desgraciado, supuesto que las uñas no hacían presa en ellas; tal fue la situación del filósofo Gilberto durante aquella excursión aérea, que duró dos minutos, es decir, dos eternidades.

Gilberto estaba resuelto a no tener miedo, y tal era el poder de su voluntad, que consiguió dominar sus afectos e impresiones. Recordaba haber oído decir a un equilibrista que para andar con acierto por caminos estrechos, es preciso no mirarse los pies, sino dirigir la vista a diez pasos al frente, sin acordarse de que debajo hay un abismo, sino como piensa el águila, esto es, en la convicción de que está en nuestra mano salir con bien de él. Además, Gilberto había ya practicado estos mismos principios en las visitas nocturnas que hiciera en Taverney a Nicolasa, a aquella mujer tan tímida entonces, pues se servía de puertas y llaves, en vez de chimeneas y tejados.

Por fin llegó al puerto de salvación sin temblar una sola vez y no tardó en deslizarse con arrojo y tranquilidad por la escalera. Mas, al llegar a la primera meseta, viose precisado a pararse, porque llegaron a sus oídos confusas voces. Eran la de Teresa y las de algunas vecinas que hablaban del talento de Rousseau, de sus libros y de la sublimidad de su música.

Habían ya leído la *Nueva Eloísa* estas buenas mujeres y declaraban francamente que esta obra no dejaba de ser bastante licenciosa: Teresa les hacía observar, respondiendo a su crítica, que ellas no podían comprender la parte filosófica de tan bellísima producción.

No tenían nada que objetar a esto las vecinas, y desde luego se declaraban incompetentes para dar su dictamen en tan delicada materia.

Esta conversación interesante, tenía lugar desde una meseta a otra de la escalera, pero el fuego de la discusión no era tan activo como el de las hornillas, en las cuales se iban poco a poco disponiendo las sabrosas cenas de

las interlocutoras.
Oía el joven los argumentos, y el chirrido de las carnes colocadas al fuego, pero su nombre, pronunciado en medio del ruido que los primeros producían, le produjo una impresión desagradable.
—Después de cenar —decía Teresa—, iré a ver si nuestro apreciable joven de la buhardilla necesita alguna cosa.
Las palabras *apreciable joven* le ocasionaron menos alegría que terror la amenaza de la visita.
Además, todavía no eran las nueve de la noche, siendo también muy probable que después de cenar cambiase el curso de las ideas de Teresa, y que ésta no volviese a acordarse del apreciable joven.
Sin embargo, el tiempo volaba con no poco disgusto de Gilberto, cuando de pronto empezó a conocerse por el olor, que uno de los asados se quemaba. Al momento resonó un grito terrible, un grito de cocinera asustada, que interrumpió la tertulia mujeril, haciendo que todas las vecinas corriesen con precipitación hacia el teatro de la desgracia.
Se aprovechó nuestro joven de la ocupación culinaria de las vecinas, y llegó, sin que le sintiesen, al primer piso.
Observando allí que el plomo tenía la resistencia necesaria para sostener la cuerda, la ató por medio de un nudo corredizo, y subiendo a la ventana, empezó su descenso.
Suspendido se hallaba entre el plomo y la tierra, cuando resonó en el jardín, debajo de su cuerpo, el ruido de acelerados pasos.
Por fortuna tuvo el tiempo necesario para trepar hasta la ventana, cogiéndose a los nudos de la cuerda, y quiso ver quién era el improvisado paseante.
Un hombre era, y como traía la dirección de la puertecilla del jardín, se convenció Gilberto de que precisamente era el afortunado mortal que Nicolasa esperaba. Observó, por consiguiente, con la más escrupulosa atención, los movimientos de aquel intruso que llegaba a estorbar su peligroso descenso, y por su porte, por la línea de su rostro, que descubría un tricornio, por la inclinación sobre la oreja que dicho tricornio tenía, Gilberto creyó reconocer en aquel personaje al famoso Beausire, el exento con quien Nicolasa había entrado en relaciones en Taverney.
Casi al mismo instante vio que la doncella vería la puerta del pabellón, que salía al jardín, dejándola abierta, y que con la rapidez de una nevatilla, se dirigía al invernadero, es decir, al mismo sitio donde se dirigía exento

Beausire.
Sin duda no era aquella la primera cita que se habían dado, pues ninguno de ellos parecía dudar de que llegarían a reunirse en dicho invernadero.
—Puedo bajar ahora definitivamente— murmuró Gilberto—, porque ya que Nicolasa admite a estas horas a su amante, es prueba de que le sobra tiempo y de que Andrea está sola. ¡Sola, Dios mío! ¡sola!...
En efecto, no se oía ningún ruido, y sólo una luz esparcía un débil resplandor en el piso bajo.
Después que Gilberto bajó sin el menor contratiempo, no quiso cruzar diagonalmente el jardín; costeó la pared, llegó a un bosquecillo, lo atravesó agachándose, y llegó sin ser visto ni sentido a la puerta que Nicolasa había dejado abierta.
Allí, al amparo de un grande arbusto de hojas medicinales que se extendían sobre la puerta, observó que la primera pieza, antesala bastante espaciosa como él se había imaginado, estaba completamente solitaria.
Se comunicaba dicha antesala con el interior por dos puertas, de las cuales una se encontraba solamente abierta. Gilberto conoció que la abierta era la del aposento de Nicolasa.
Silenciosamente se introdujo en esta habitación, extendiendo las manos por delante para no tropezar con los muebles, pues estaba en medio de la oscuridad más absoluta.
Al extremo de una especie de corredor, veíase una puerta vidrera, que al reflejo de la luz de una pieza contigua, dibujaba los objetos que dentro de ésta había: la parte interior de la vidriera estaba cubierta por una cortina.
Al avanzar por el corredor, oyó Gilberto una voz débil que parecía salir de la pieza iluminada.
Era la de Andrea, y toda la sangre de Gilberto se reconcentró en su corazón.
Respondía otra voz a la primera: era Felipe que se informaba con tierna solicitud de la salud de su hermana.
Se adelantó Gilberto algunos pasos con la mayor precaución, y se colocó detrás de una media columna que servía de pedestal a un busto cualquiera, de aquellos que en la época de nuestra historia constituían el adorno principal de las entradas de los salones.
Encontrándose ya en completa seguridad, se puso a escuchar y a mirar, creyéndose tan dichoso, que su corazón se dilataba de contento, y tan conmovido por su misma alegría, que aquel corazón se oprimía hasta el

extremo de reducirse a un punto invisible dentro del pecho.
Así escuchaba y veía el enamorado joven.

LXXIII

EN FAMILIA

Contemplaba a Andrea recostada en su ancha poltrona, con la cara vuelta hacia la puerta vidriera, esto es, hacia él. Aquella puerta estaba ligeramente entornada.
Un velón de ancho platillo, colocado en una mesa próxima cargada de libros, que revelaban la única distracción a que podía entregarse la hermosa enferma, iluminaba la parte inferior del rostro de la señorita de Taverney.
Pero cuando se recostaba algunas veces con el propósito de que su cabeza reposase sobre la cómoda poltrona, la claridad de la luz llegaba hasta su frente, que aparecía blanca y pura bajo su cofia de encaje.
Felipe, sentado junto a la poltrona, daba la espalda a Gilberto: tenía el brazo vendado, y se le había expresamente prohibido que lo moviese.
Era aquella la primera vez que Andrea se levantaba, y la primera también que Felipe salía de su aposento, de modo que estos jóvenes no se habían visto desde la noche de la espantosa catástrofe, pero mutuamente habían recibido noticias diarias acerca de su salud, y sabían ambos que se adelantaba por grados su convalecencia.
Pocos momentos hacía que reunidos conversaban con fraternal franqueza, pues sabían que estaban solos, y que si alguno osaba interrumpirles, les avisaría la campanilla de aquella puerta que sin su conocimiento había dejado abierta Nicolasa.
Por lo mismo que desconocían esta circunstancia, contaban con la campanilla, al paso que, como se deja dicho, Gilberto veía a los dos jóvenes y escuchaba cuanto hablaban, gracias a la indiscreción o descuido de la doncella de la señorita de Taverney.

—Es decir —observaba Felipe a tiempo que Gilberto se ocultaba tras una cortina—, que respiras con más facilidad, querida hermana mía...
—Sí, con más libertad, aunque no dejo de padecer.
—¿Y las fuerzas?
—Estoy todavía muy débil, aunque ya he podido acercarme hoy dos o tres veces a la ventana. El aire y las flores me hacen mucho provecho, y creo que aspirándolas nadie debe morir.
A pesar de esto, Andrea, veo que en efecto estás muy débil.
—Sí, sí, porque la impresión que recibí fue terrible y dolorosa. Te repito, por lo mismo —agregó la joven sonriéndose y moviendo la cabeza—, que ando con mucha dificultad apoyándome en los muebles, pues se me doblan las piernas, y a cada paso me parece que voy a caer.
—Vamos, Andrea, vamos, un poco de valor: el aire y esas hermosas flores de que me has hablado, te animarán y dentro de ocho días estarás en disposición de visitar a la delfina, que, según he sabido, se informa de tu salud con la mayor solicitud.
—Felipe, así lo espero, porque efectivamente, Su Alteza me da mil pruebas de estimación.
Y la joven, al decir esto, recostó la cabeza, apoyó una de sus manos sobre el pecho y cerró los ojos.
Avanzó Gilberto un paso y abrió maquinalmente los brazos.
—Hermana mía, ¿qué tienes? —preguntó Felipe estrechando entre las suyas las manos de Andrea.
—Algunas veces me acometen congojas, y la sangre se me agolpa a las sienes. También suele faltarme la respiración, y se me oprime el pecho.
—¡Oh! —exclamó Felipe algún tanto pensativo—: eso no es extraño, porque has sufrido una gran prueba y te has salvado casi milagrosamente.
—Hermano mío, tienes razón, como por milagro.
—Ahora que hablamos de eso, Andrea —añadió Felipe aproximándose a su hermana con el objeto de dar mayor importancia a sus palabras—: ya sabes que hasta ahora no he podido hablar contigo acerca de la catástrofe.
Se ruborizó Andrea sufriendo cierto malestar inexplicable; pero su hermano no reparó en él, o cuando menos simuló no haberlo notado.
—Yo creía —repuso la joven—, que mi vuelta había sido explicada de una manera capaz de satisfacerte: nuestro padre me ha declarado que no le había quedado recelo alguno.

—Querida Andrea, sin duda, y a juzgar por las apariencias, aquel hombre se ha conducido con la más exquisita delicadeza; pero no obstante, me han parecido sospechosos... sospechosos no, confusos, algunos puntos de su relación.
—¿Con eso qué quieres decir? —interrogó la joven con un candor virginal.
—Ya me has oído.
—Explícate con más claridad.
—Sobre todo hay un punto que no me había llamado la atención al principio, pero que al fin me ha parecido muy extraño.
—¿Cuál? —preguntó Andrea.
—Al modo con que te salvaste se refiere: refiéreme eso.
—¡Ah! Felipe —repuso la joven, haciendo un esfuerzo sobre sí misma—. Ya casi lo he olvidado todo. ¡He sufrido tanto!
—Querida hermana, no importa: refiéreme todo lo que puedas recordar.
«-Pero Felipe, ya sabes que la muchedumbre nos separó a veinte pasos del Guardamueble; vi que el torbellino te arrastraba hacia el jardín de las Tullerías, al paso que a mí me empujaba hacia la calle Real. Volví poco después a divisarte haciendo inútiles esfuerzos para reunirte a mí, y extendí los brazos gritando:
«¡Felipe! ¡Felipe!
«Pero en el momento mismo, quedé envuelta entre el gentío, y arrojada poco después hacia las verjas del edificio; sentía el choque de las oleadas que me arrastraban, al estrellarse contra las paredes, oía los gritos de los que contra ellas se destrozaban y presagiaba que pronto sufriría yo la misma suerte. Casi me encontraba en el caso de calcular los segundos que me quedaban de vida, cuando medio muerta ya y poco menos que loca, levanté los brazos al cielo para dirigirle mi última oración, y vi la mirada de un hombre que dominaba toda aquella inmensa muchedumbre, como si fuese obedecido de ella.»
—¿Y era el barón José Balsamo ese hombre?
—Sí, el mismo a quien ya había visto en Taverney, el mismo que me inspiró tanto terror, y el mismo, en fin, que parece encerrar en su persona alguna cosa extraordinaria, que ha fascinado mis ojos con los suyos, haciendo temblar todo mi cuerpo con el simple contacto de su dedo sobre mi hombro.
—Prosigue, Andrea, prosigue —dijo Felipe con acento sombrío.
—Pues se me apareció ese hombre en medio de la catástrofe como si el dolor le respetase, y al momento leí en sus ojos que quería salvarme. En mí se obró

entonces una revolución extraordinaria, pues a pesar de mi impotencia, a pesar de mi excesiva debilidad, me sentí arrebatar hacia mi salvador, como si una fuerza desconocida, misteriosa e invencible me arrastrara a su encuentro. Parecíame que unos brazos, sacándome de aquel abismo de cadáveres y de cuerpos destrozados, me devolvían el aire y la vida. ¡Ah! Felipe —agregó la joven con exaltación—: estoy segura de que todo era obra de la mirada de aquel hombre que me atraía. Al fin pude estrechar su mano, y me salvé.
—¡Dios mío! —murmuró Gilberto—: no vio más que a él. Y no pudo verme a mí, aunque estaba muriendo a sus pies.
Esto diciendo, enjugó su frente bañada en sudor.
—¿Todo eso es lo que ocurrió? —preguntó Felipe.
—Sí, hasta que estuve fuera de peligro: entonces, sea que toda mi vida se concentrase en el último esfuerzo que había realizado, sea que efectivamente el terror que había sufrido fuese superior a mis fuerzas, me desmayé.
—¿A qué hora crees que perdiste el sentido?
—Diez minutos después de haberme apartado de ti.
—Así debió ser —prosiguió Felipe—, porque no faltaría mucho para las doce de la noche. ¿Pero cómo no viniste a casa hasta las tres de la mañana? Dispensa, querida Andrea, un interrogatorio que puede parecerte ridículo, pero que se funda en algunos motivos.
—Gracias, Felipe, gracias —repuso Andrea estrechando las manos del joven —: no hubiera podido contestarte hace tres días, pero hoy debo decir, aunque te parezca sobrenatural, que mi vista interior es más fuerte, que una voluntad superior a la mía me está ordenando que lo recuerde todo, y en efecto, lo recuerdo.
—Pues habla, Andrea; te escucho impaciente. ¿Ese hombre te sacó en sus brazos del peligro?
—¡En sus brazos!... —contestó la joven ruborizándose—: no me acuerdo bien, y tan sólo sé que me separó del gentío; pero el contacto de su mano me causó el mismo efecto que en Taverney, y apenas lo sentí me desmayé nuevamente, o mejor dicho, volví a quedar dormida, porque el desmayo tiene preludios dolorosos, y yo sólo experimenté las beneficiosas impresiones del sueño.
—Andrea, te aseguro que me parece tan extraordinario cuanto me cuentas, que si lo escuchase de cualquiera otra persona, no podría creerlo. Prosigue, prosigue, hermana mía —añadió con voz más alterada de lo que él hubiese

deseado.
Gilberto, entretanto, devoraba todas las palabras de la relación de Andrea, pues sabía que hasta entonces, sólo decía la verdad.
—Recobré los sentidos, y me desperté en un salón ricamente amueblado. Una señora y su doncella estaban a mi lado, sin que al parecer los ocasionase inquietud mi situación, porque cuando abrí los ojos me acogieron con cariñosas sonrisas.
—¿Puedes indicarme qué hora era?
—Las doce de la noche.
—¡Ah! —exclamó el joven respirando libremente—, bien, bien, Andrea, prosigue tu relación.
—Por los cuidados que me prodigaban, di las gracias a aquellas señoras, pero, suponiendo tu inquietud, las supliqué me permitiesen retirarme sin demora al seno de mi familia: entonces me manifestaron que el barón había vuelto al teatro de la catástrofe para prestar nuevos auxilios a los heridos, pero que no tardaría en presentarse en su coche, y que él mismo quería entregarme a mi padre después que descansase un rato. Efectivamente, a eso de las dos se oyó el ruido de un carruaje, y un estremecimiento análogo a los que ya había experimentado a la proximidad de ese hombre, me sobrecogió nuevamente; caí casi sin fuerzas en un sofá, abrióse la puerta, y a pesar de mi aturdimiento reconocí al que me había salvado, volviendo en aquel mismo momento a perder los sentidos. Entonces fue cuando probablemente me bajaron al fiacre para trasladarme aquí. Es todo cuanto puedo decirte, hermano mío.
Calculó Felipe el tiempo y pudo convenir en que su hermana había sido trasladada directamente desde la calle de Caballerizas del Louvre hasta la de Coq-Heron, del mismo modo que desde la plaza de Luis XV hasta la de Caballerizas, por lo cual, estrechando su mano con paternal cariño, le dijo:
—Querida mía, gracias, gracias; todos esos cálculos corresponden exactamente al mío: me presentaré, pues, en casa de la señora marquesa de Savigny, y le haré presente nuestro agradecimiento. Ahora voy a hacerte otra pregunta de interés secundario.
—Habla.
—¿Recuerdas haber distinguido en medio de la confusión y desorden de la muchedumbre algún rostro conocido?
—No.

—Tal como, por ejemplo, el de Gilberto.
—Sí —contestó Andrea esforzándose por combinar sus recuerdos—, sí, justamente cuando el gentío te separó de mí, se hallaba a unos diez pasos.
—¡Me había visto! —murmuró Gilberto.
—Andrea, te hago esta pregunta, porque cuando te buscaba por la plaza, encontré a ese pobre muchacho.
—¿Entre los muertos? —preguntó la joven con ese acento de interés que los grandes revelan respecto a sus inferiores.
—No, sólo estaba herido: ayudé a sacarle de un hoyo en que había varios cadáveres, y confío en que se habrá salvado.
—¡Oh! me alegro infinito —repuso Andrea—, ¿y qué tenía?
—Le magullaron el pecho.
—Sí, sí, quedó aplastado contra el tuyo, Andrea —exclamó Gilberto entre dientes.
—Pero lo extraño —prosiguió Felipe—, lo que me obliga a hablarte de Gilberto, es que hallé entre sus manos, crispadas por el dolor, un pedazo de tu vestido.
—¡Qué dices! Efectivamente, es muy raro.
—¿No le viste en el último trance poco antes de salvarte?
—En el último trance vi tantos rostros desfigurados por el tormento y el espanto, por el egoísmo, por el amor, por la piedad, por el cinismo y por el crimen, que muchas veces me parece que he pasado un año en el infierno. Entre aquellos rostros que me produjeron el efecto de una revista de condenados por la mano del Eterno, tal vez se presentaría a mis ojos el de ese desgraciado Gilberto; pero puedo asegurarte con toda certeza que no recuerdo haberle visto después que te separaste de mí.
—Sin embargo, no sé lo que deba pensar de ese pedazo de tu vestido hallado en sus manos, y..., no te quede la menor duda, era de tu vestido, pues yo mismo, en compañía de Nicolasa, he comprobado que falta en él.
—¿Y has dicho a Nicolasa el motivo que te inducía a ello? —preguntó Andrea recordando la extraña explicación que tuvo en Taverney con su doncella relativa al mismo Gilberto.
—No por cierto, hermana mía, pero el hecho es que hallé en poder de ese pobre joven el pedazo de tu vestido y no sé cómo explicar esto.
—Muy fácil es —repuso Andrea con una tranquilidad que contrastaba con las angustias que estaba padeciendo Gilberto—: si se encontraba a mi lado

cuando me sentí atraída por las miradas del hombre extraordinario, tal vez se cogería a mi vestido para aprovecharse al mismo tiempo del socorro que me enviaba el cielo, semejante al que se ahoga y oprime con sus brazos el primer objeto que se encuentra.

—¡Ah! —exclamó Gilberto con un acento reconcentrado de desprecio al conocer las ideas de Andrea—, ¡qué desfavorable y orgullosa explicación de mis sentimientos! ¡cómo juzgan esos nobles de los valientes hijos del pueblo! Por fin comprendo que el filósofo Rousseau tiene razón: valemos mucho más que ellos, porque nuestros corazones son más puros y más fuertes.

Dicho esto, hizo un movimiento para continuar escuchando la conversación de Andrea y de su hermano, perdida para él por este incidente, cuando imaginó oír ruido a su espalda.

—¡Dios mío! —murmuró—: alguno hay en la antesala.

Y comprendiendo que se aproximaban los pasos al corredor, se ocultó en la pieza del tocador empujando enseguida la mampara.

—¿Qué es esto? ¿Dónde está esa loca Nicolasa? —preguntó el barón de Taverney que pasó casi rozando a Gilberto, y entró en la habitación de su hija.

—En el jardín seguramente —contestó Andrea con una tranquilidad que demostraba evidentemente que la presencia de una tercera persona no le inspiraba la menor sospecha—. Buenas noches, padre mío.

Levantóse Felipe respetuosamente, pero el barón le indicó que no se molestase, y cogiendo un sillón se sentó entre sus dos hijos.

—Vamos, hijos míos —les dijo—, os aseguro que es larga la distancia desde la calle de Coq-Heron hasta Versalles, cuando en vez de recorrerla en un buen coche de corte, sólo dispone uno de una especie de patache arrastrado por un mal caballo; pero sea de esto lo que quiera, he visto por fin a la delfina.

—¡Ah! —prorrumpió Andrea—, ¿conque llegáis ahora de Versalles?

—Sí, pues la princesa ha tenido a bien llamarme por haber sabido los sobresaltos que hemos pasado.

—Andrea está mucho mejor, padre mío —observó Felipe.

—Lo sé ya, y así lo he manifestado a Su Alteza Real, que me ha prometido llevarla a su compañía tan pronto como se restablezca: de modo que irás a Trianón, residencia que decididamente ha elegido, y que se propone embellecer a su gusto.

—¡Yo a la corte! ¡yo!... —dijo Andrea con timidez.
—Hija mía, pero aquello no es precisamente la corte, porque la delfina tiene gustos sedentarios, y el delfín aborrece también la sujeción, el esplendor y el ruido. Se vivirá en Trianón muy familiarmente aunque, según el carácter que manifiesta la delfina, podrán convertirse esas reuniones amistosas en algo más que tribunales de justicia o estados generales. La princesa es mujer de mucho carácter y el delfín hombre muy inteligente, según se afirma, en muchas materias.
—Sin embargo, hermana mía —observó Felipe con sentimiento—, no por eso dejarás de encontrarte en la corte.
—En la corte —murmuró Gilberto con rabia y desesperación concentradas—, ¡la corte! es decir, una altura a la cual no puedo llegar; un abismo en el cual no puedo precipitarme... ¡Andrea perdida para mí, perdida por completo!...
—No tenemos —repuso Andrea a su padre—, ni la fortuna que permite habitar en tan distinguidos lugares, ni la educación necesaria para alternar con la grandeza que en ellos respira. ¿Qué haré, yo, por ejemplo, sencilla joven, en medio de esas brillantes damas, cuyo mágico esplendor sólo una vez he contemplado, cuyo talento sutil, pero expresivo y picante, he podido ya apreciar? ¡Ah! padre mío, somos muy oscuros para meternos de pronto en el foco de tantas luces...
—¡Abrigas aún semejantes ideas! —exclamó el barón con irritado acento—. No comprendo bien ese empeño que tienen todos los míos en rebajar todo lo que pertenece a mi familia. ¡Oscuros! Por Cristo que parecéis loca, señorita. ¡Oscura una Taverney Casa-Roja! ¡Oscura! ¿Pues quién brillará en la corte si no brillas tú? Has hablado de fortuna como si ignorásemos aquí lo que son fortunas en la corte: el sol de la corona las eclipsa y el mismo sol las hace florecer nuevamente: son el pro y el contra de la Naturaleza. Arruinado estoy, ya lo sabemos: pues bien, volveré a la opulencia y a todos nos convendrá muchísimo.
«Por ventura, ¿el rey no tiene ya dinero para sus fieles servidores? ¿O te figuras que no soy capaz de aceptar para mi hijo único, para el verdadero representante de mi raza, el mando de un regimiento, y una dote para ti? Imaginemos que se me ofrezca también una pensión vitalicia, o que en un almuerzo de Trianón encuentre debajo de la servilleta un contrato de rentas, ¿te supones que despreciaré estas ventajas? Creed, hijos míos, que únicamente los necios y estúpidos tienen lo que ellos llaman miramientos, y

no son otra cosa que preocupaciones hijas de la ignorancia: yo no conozco semejantes vicios, y además, debo hacerme el cargo de que al aprovecharme del viento de la fortuna, no hago más que recuperar lo perdido. Desecha, pues, esos escrúpulos de comedia, porque son altamente perjudiciales en este mundo.

«Ahora nos resta hablar del segundo punto, de tu educación, que también acabas de sacar a plaza, y aquí debo recordarte que tal vez no haya en la corte una señorita que esté educada con el esmero que tú; hay más, supuesto que a la brillante educación de una joven de la primera nobleza, reúnes la instrucción sólida de la clase media, conoces el arte encantador de la música, sabes dibujar paisajes con rebaños de corderos y con vacas, que el mismo Berghem adoptaría por suyos, y no te ocultaré que la delfina es aficionadísima a corderos, a vacas y a las pinturas de Berghem. Además, eres hermosa, circunstancia que no escapa a la observación del rey, y posees el don de la palabra, lo cual encantará al conde de Artois y a M. de Provence; de suerte que no sólo serás bien recibida, sino adorada. Sí, sí —agregó el barón riéndose y frotándose las manos de tan extraña manera, que Felipe contempló a su padre dudando de que aquella risa pudiese salir de una boca humana—, adorada, sí, adorada... he hallado la palabra verdadera.»

Andrea bajó los ojos y Felipe le cogió la mano diciendo:

—No se equivoca el señor barón: eres efectivamente todo lo que ha dicho, un modelo de hermosura y de habilidades, y por consiguiente digna como la que más de figurar en la corte de Versalles.

—Pero viviré de ese modo separada de vosotros.

—Nada de eso —replicó el barón—, porque Versalles, a Dios gracias, es bastante grande querida mía.

—Sí, pero Trianón es pequeño —repuso Andrea, que era poco condescendiente cuando alguno discutía con ella.

—Es siempre Trianón suficientemente grande para que en él no falte una habitación destinada al barón de Taverney: un hombre como yo es siempre admitido en todas partes —agregó con una modestia que significaba: sabe siempre hacerse admitir en todas partes.

Andrea, poco tranquila por lo inmediata que iba a estar a su padre, miró intencionadamente a Felipe.

—Hermana mía —dijo éste—: creo que no formarás parte de lo que, hablando propiamente, se llama corte. En lugar de encerrarte en un convento

y pagar en él tu dote, quiere la delfina colocarte a su lado en prueba del aprecio que la inspiras. Hoy no es tan rigurosa e implacable la etiqueta como en tiempo de Luis XIV, supuesto que hay profusión y largueza en los cargos; servirás, por ejemplo, a la delfina, de lectora o de dama de compañía; ella dibujará contigo, y acaso no te verán los que sean admitidos a su presencia, sin que por eso sea menor que la suya tu influencia inmediata, y sin que dejes de inspirar envidia a los cortesanos. Esto último es lo que temes, ¿eh?

—Sí, hermano mío.

—¡Bah! —exclamó el barón—; no creo que debemos afligirnos por unos cuantos envidiosos más o menos. Restablece pronto tu salud, Andrea, y tendré el placer de presentarte en Trianón como antes, pues tal es la orden que me ha dado la delfina.

—Perfectamente, padre mío: iré.

—A propósito —prosiguió el barón—; ¿cómo estás de dinero, Felipe?

—Si lo necesitáis —repuso éste—, me parece que no tengo el que quisiera para ofrecéroslo; pero si vuestras palabras expresan el deseo de poner fondos a mi disposición, debo manifestaros que todavía tengo para mí lo suficiente.

—No me acordaba de que, en efecto, eres filósofo —dijo el barón sonriéndose maliciosamente—. ¿Y tú, Andrea? ¿Eres también filósofa y nada me pides? ¿Nada necesitas?

—Padre mío, temo desagradaros.

—¡Oh! no lo creas, pues no es lo mismo estar aquí que en Taverney; el rey me ha enviado mil escudos... a cuenta, según ha manifestado Su Majestad. Por lo tanto, piensa en componerte, querida Andrea.

—Gracias, gracias —contestó la joven con alegría.

—¡Hola! ¡hola! —agregó el barón—; he aquí lo que son los extremos; hace poco que nada deseabas y al presente eres capaz de arruinar al emperador de la China. Pero no importa; pide cuanto quieras: el lujo debe sentarte a las mil maravillas.

Esto diciendo, se levantó M. de Taverney, y después de besar a Andrea tiernamente, abrió la puerta de un aposento contiguo al de su hijo, y desapareció murmurando:

—¡Nicolasa maldita! ¿En dónde andará que no viene a alumbrarme?

—¿Queréis que tire de la campanilla, padre mío?

—No, no; por ahí estará La-Brie dormido en algún sillón: buenas noches, hijos míos.

Felipe también estaba ya en pie, y Andrea le dijo:
—Buenas noches, hermano mío: no te ofendas si te despido, pues me siento extremadamente fatigada, como que esta es la primera vez que he hablado tanto desde esa terrible noche.
Al mismo tiempo presentó su mano al joven, quien la besó con fraternal cariño, mezclado de aquel respeto que siempre había profesado a su hermana, retirándose al punto por el corredor y pasando junto a la mampara, detrás de la cual se encontraba Gilberto.
—¿Quieres que llame a Nicolasa? —preguntó a Andrea mientras que se alejaba.
—Yo sola me desnudaré. Felipe, adiós.

LXXIV

LA PREVISIÓN DE GILBERTO

Andrea, sola ya en su aposento, abandonó el sillón que hasta entonces había ocupado, y todos los miembros del pobre Gilberto se conmovieron.
En pie la joven, empezó a desprender con sus manos, blancas como el alabastro, todos los alfileres y cintas de su tocado, mientras que cayendo de sus hombros la ligera bata que la cubría, ponía al descubierto su torneado y gracioso cuello, su pecho palpitante y sus mórbidos brazos, que formando un arco sobre la cabeza, agregaban nuevos encantos a aquella preciosa garganta que ya no temblaba bajo la exquisita batista.
Arrodillado Gilberto y sin respiración, sentía afluir toda su sangre al corazón y a las sienes; un fuego inextinguible circulaba por sus venas, sus ojos se iban nublando poco a poco, y un murmullo febril, desconocido, resonaba en sus oídos; se encontraba efectivamente próximo al furioso delirio que precipita a los hombres en el horrible abismo de la locura, y ya se disponía a penetrar en el aposento de Andrea gritando:
—¡Oh! ¡qué hermosa eres! Pero no envidies tu propia belleza, no la

contemples orgullosa, porque me la debes a mí, porque yo soy quien te ha salvado la vida...
Observó al propio tiempo que un nudo del cordón de la bata empezaba a impacientar a Andrea; se irritó ésta, dio una patada en el suelo, sentóse casi desnuda en un sofá, como si el leve obstáculo que acababa de encontrar hubiese agotado sus fuerzas, y extendiendo el brazo tiró de la campanilla con indecible despecho.
Este ruido hizo que Gilberto volviese en su acuerdo, pues Nicolasa, que había dejado la puerta abierta, podría regresar de un momento a otro.
Adiós, sueños de felicidad; sólo restaban ya de tantos delirios una imagen y un recuerdo eternamente abrasadores para la imaginación e inolvidables y profundos para el alma.
Pretendió lanzarse Gilberto precipitadamente fuera del pabellón, pero el barón había cerrado al retirarse la puerta del corredor, circunstancia que nuestro joven desconocía y que le hizo perder algunos segundos en inútiles esfuerzos.
Al propio tiempo que entraba en el cuarto de Nicolasa, volvía esta al jardín, y Gilberto, que acababa de oír el ruido de sus pasos sobre la arena, sólo tuvo el tiempo necesario de colocarse en la oscuridad para dejar paso a la joven, que cruzó la antesala después de cerrar la puerta, entrando enseguida en el corredor con la ligereza de un ave.
Entonces Gilberto deslizóse hasta la antesala, procurando salir a todo trance.
Pero Nicolasa, al tiempo que entraba, iba diciendo:
—Señorita, aquí estoy, pues únicamente me he detenido para cerrar la puerta.
Y la cerraba, en efecto, con dos vueltas de llave, quitaba ésta de la cerradura en medio de la distracción, y la metía en su bolsillo.
Fueron estériles todos los esfuerzos de Gilberto para abrir aquella puerta, por lo cual no tuvo más remedio que recurrir a las ventanas; éstas, no obstante, tenían fuertes rejas, y todas las investigaciones que practicó le convencieron de que era imposible la salida.
En vista de esto, el joven se acurrucó en un rincón del aposento, resuelto a hacer que la misma Nicolasa le abriese la puerta.
Tocante a la doncella, después de dar a su ausencia el plausible pretexto de haber ido a cerrar el invernadero, para que el aire de la noche no perjudicase a las plantas y flores de la señorita, terminó de desnudar a Andrea y la ayudó a acostarse.

En la voz y en las manos de Nicolasa advertíase un temblor y una agitación que no le eran habituales; hasta en la manera y la prisa con que servía a su ama, había un aturdimiento que revelaba una extraña inquietud y desasosiego; pero arrobada Andrea en sus propios pensamientos, que la hacían remontarse al cielo, pocas veces miraba a tierra, y cuando esto ocurría, aparecían a su vista como átomos los seres inferiores.
Esto quiere decir que no advirtió la turbación de su doncella.
Sufría grandemente Gilberto y se impacientaba al reflexionar que no le quedaba el menor recurso para asegurar su retirada, pues ya sólo aspiraba a volver a su buhardilla con el mayor sigilo.
Por fin despidió Andrea a Nicolasa después de breve conversación, en la cual desplegó ésta todos los medios de adormecer las sospechas, que emplea una mujer coqueta acosada de remordimientos.
Arregló cuidadosamente la colcha de la cama de su señorita, colocó el velón de modo que su luz no le molestase la vista, endulzó la tibia bebida que contenía el cubilete de plata, y después de dar las buenas noches con acento extremadamente cariñoso y tierno a su ama, salió del aposento de puntillas, cerrando la puerta vidriera.
Enseguida se puso a tararear en voz baja una canción para convencerse a sí misma de que tenía el espíritu tranquilo, atravesó su aposento y se dirigió a la puerta del jardín.
Gilberto, que adivinaba la intención de la doncella, se preguntó si en lugar de darse a conocer no le sería posible salir por sorpresa, aprovechando para escapar el momento en que la puerta se entreabriese; pero enseguida quedó convencido de que en tal caso sería visto, aunque no lo reconociesen, y podrían confundirle con un ladrón; Nicolasa daría voces, él no tendría el tiempo necesario para encaramarse por la cuerda, y aun cuando lo consiguiese, se pondría al descubierto en su fuga aérea, lo cual descubriría su vivienda, consiguiendo un escándalo de no poca importancia tratándose de los Taverney, a quienes tan escasas pruebas de cariño tenía que agradecer el pobre Gilberto.
Verdad es que al llegar las cosas a mayores, denunciaría a Nicolasa y quedaría despedida del servicio de Andrea; pero ¿de qué podía servirle semejante determinación? Gilberto perjudicaría a la doncella por un acto de venganza, pero sin el menor provecho propio, y no era tan débil, ni tan pobre de espíritu, que se conformase con una venganza estéril. En efecto, vengarse

sin utilidad era en su concepto más censurable que otra mala acción cualquiera: era una solemne tontería.
No bien llegó junto a la puerta la doncella, salió Gilberto repentinamente de la sombra que lo envolvía y se presentó a la joven en un rayo de luz producido por la claridad de la luna que daba de lleno en los cristales de la estancia.
Iba a gritar Nicolasa, mas confundiendo a Gilberto con otro, le dijo después de hacer un movimiento de sorpresa:
—¡Ah! ¡sois vos! ¡qué imprudencia!
—Sí, yo soy —repuso en voz baja Gilberto—, pero no grites ahora, y trata de portarte como si yo fuese otro.
—¡Dios mío! ¡Gilberto! —exclamó entonces la doncella asustada al reconocer a su interlocutor.
—Te he suplicado ya que no grites —repuso el joven.
—¿Pero qué hacéis aquí? —preguntó Nicolasa ciega de furor.
—Vamos, vamos —interrumpió Gilberto con el mismo sosiego—; hace poco me llamaste imprudente, y acabo de comprender que lo eres mucho más que yo.
—Tienes razón ciertamente: es una tontería preguntarte lo que haces en este sitio.
—¿Pues qué hago?
—Has venido a ver a la señorita Andrea.
—¿A la señorita Andrea? —repitió Gilberto sosegadamente.
—Sí, porque estás enamorado de ella, aunque, por fortuna, ella no te corresponde.
—¿Es cierto?
—Pero señor mío, cuidado —agregó Nicolasa en tono de amenaza.
—¿Yo cuidado?
—Sí.
—¿De qué he de tenerlo?
—De que yo te denuncie.
—¡Tú!
—Yo misma, yo, pues con una voz puedo ocasionarte un mal rato, haciendo que te arrojen de aquí
—Pues hazlo.
—¡Cómo! ¿Me desafías?

—Seguramente.
—¿Y qué sucederá si digo a la señorita, a M. Felipe y al barón que te he encontrado aquí?
—Sucederá como has dicho, no que seré arrojado, porque gracias a Dios ya hace tiempo que dejé de servir a tus amos, sino que seré perseguido como una fiera. A quien sí despedirán, será a Nicolasa.
—¡Cómo a Nicolasa!
—Claro es, a Nicolasa, que espera con tranquilidad las piedras que le arrojan por encima de las paredes del jardín.
—Habéis de saber, señor Gilberto, que en la plaza de Luis XV se encontró en vuestras manos un pedazo de vestido de la señorita.
—¿Lo crees así?
—El señorito Felipe se lo ha manifestado a su padre, y aunque éste nada sospecha hasta ahora, si se le ayuda un poco sospechará.
—¿Y quién le puede ayudar?
—Yo.
—Sabed, señora Nicolasa, que también puede inspirar sospechas la circunstancia de que cuando vais al jardín a ver si están secos los encajes, recogéis cuidadosamente las piedras que os llegan por encima de las paredes.
—No es verdad, no es verdad —interrumpió la doncella—, y además, el recibir billetes no es delito, al paso que lo es y muy grande el introducirse aquí mientras se desnuda la señorita. ¡Ah! ¿qué respondéis a esto, señor Gilberto?
—Responderé, que también comete un gran crimen la joven prudente, como vos, que entrega llaves por debajo de las puertas de los jardines.
Se estremeció la doncella.
Y el joven prosiguió:
—Diré que si yo, a quien ya conocen el barón de Taverney, M. Felipe y la señorita Andrea, he cometido el delito de introducirme en su casa, movido por la inquietud que me inspira la salud de mis antiguos amos, y sobre todo la de la señorita, a quien he intentado hace días salvar de la muerte, como lo prueba el hecho de haber quedado entre mis manos un pedazo de su vestido según refieres tú misma; diré, repito, que si efectivamente se me echa esto en cara como una falta, tú eres culpable del imperdonable crimen de introducir un hombre en casa de tus amos, y de haberle dado cita en el invernadero, donde has estado con él durante una hora.

—¡Gilberto! ¡Gilberto!
—Ahí tienes lo que significa la virtud... es decir, la virtud de Nicolasa. ¡Ah! ¿de modo que te parece mal que yo esté en tu cuarto, mientras que tú estás...?
—¡Señor Gilberto!
—Puedes decir ahora a la señorita que estoy enamorado de ella, pues yo manifestaré que estoy enamorado de ti y me creerá, porque ya en Taverney, tuviste la necedad de confesárselo tú misma.
—¡Gilberto! ¡Amigo mío!...
—Sí, Nicolasa, y os despedirán, y en vez de ir a Trianón acompañando a la señorita, en vez de coquetear con grandes señores y apuestos caballeros, como pudieras hacerlo si continuases en la casa, irás a reunirte con tu amante, con ese señor Beausire, que no es más que un exento, un soldado. ¡Oh! ¡qué caída! no cabe duda de que la ambición habrá influido mucho en la señorita Nicolasa para que se convierta en querida de un guardián francés.
Y al mismo tiempo Gilberto se puso a cantar riéndose a carcajadas:

En guardias fiel servía
Un novio que yo tenía.

—Gilberto, por piedad —repuso la doncella—, no me mires así, porque tus ojos me amenazan y brillan en medio de la oscuridad que nos rodea. ¡Oh! tampoco te marcharás así, porque tu risa me destroza el alma.
—Bien —dijo Gilberto con imperio—, ábreme la puerta, y quédese todo entre nosotros.
Obedeció Nicolasa, pero el temblor que la agitaba era tan violento, que sus hombros se movían fuertemente y se inclinaba su cabeza a derecha e izquierda, como la de una mujer de ochenta años.
Salió el joven con la mayor tranquilidad, y viendo que la doncella pretendía guiarle hacia la puerta del jardín, la dijo:
—Nada de eso; tú tienes tus medios para introducir aquí a quien te acomoda, y yo los míos para salir cuando mejor me convenga. Vete, pues, al invernadero, puesto que tu amante Beausire te espera con impaciencia, y quédate con él diez minutos más de lo que tenías pensado: concedo esta recompensa a tu discreción.
—¡Diez minutos! ¿Y por qué? —interrogó la joven temblando.
—Porque me hacen falta para desaparecer del jardín. Vete, vete, Nicolasa,

que no hagas como la mujer de Loth, cuya historia te refería yo en Taverney cuando me dabas titas en el granero: no vuelvas la cabeza, porque puede ocurrirte alguna cosa peor que quedar convertida en estatua de sal. Adiós, hermosa coqueta, adiós: nada más tengo que encargarte.

La doncella, subyugada por la serenidad de Gilberto que tenía entre sus manos todo su porvenir, encaminóse con la cabeza baja hacia el invernadero, donde efectivamente le esperaba con indecible ansiedad el exento Beausire.

Gilberto, por su parte, adoptando las mayores precauciones por no ser visto, llegó a la pared donde estaba la cuerda, y apoyándose en la cepa de una parra, subió por ella hasta la ventana del primer piso, y pocos momentos después llegó a su escondite.

También quiso su buena estrella que a nadie hallase cuando subía las escaleras hasta el último piso, porque todas las vecinas se habían ya retirado y Teresa permanecía todavía sentada a la mesa.

Estaba Gilberto sumamente exaltado por la victoria que acababa de alcanzar contra Nicolasa para que tuviese miedo de tropezar en la canal del tejado. Al contrario, se sentía muy fuerte, y hubiera andado sobre aquel precipicio aun cuando hubiese tenido media legua de extensión, sin manifestar el más leve indicio de debilidad.

Entró, pues, como hemos dicho en su buhardilla, cerró el ventanillo y rasgó el billete que escribiera para Rousseau.

Hecho esto se acostó blandamente en su cama.

Pasada media hora, Teresa, cumpliendo su palabra, se acercó a la puerta para enterarse de la salud de nuestro joven.

Éste le dio las gracias entre unos cuantos fingidos bostezos para que la buena mujer creyese en su sueño. Deseaba permanecer solo, completamente solo, a oscuras y en silencio, para entregarse con delicia a sus sufrimientos, para analizar con el corazón, con el alma, y con todas sus facultades, las inefables ideas de aquel día memorable.

No tardó mucho en desaparecer todo ante sus ojos: el barón, Felipe, Nicolasa y Beausire huyeron de su mente, y sólo vio en sus recuerdos a Andrea medio desnuda, con los torneados brazos alrededor de su cabeza, desprendiéndose los alfileres que sujetaban su tocado gracioso.

LXXV

HERBORIZANDO

Los referidos sucesos se desarrollaron el viernes por la noche, de modo que sólo faltaba que transcurriese un día para que se efectuase el proyectado paseo al bosque de Luciennes, paseo a que tanta importancia concedía el filósofo Rousseau.

El joven Gilberto, indiferente desde que había sabido la próxima partida de Andrea para Trianón, pasó todo el día reclinado sobre el ventanillo de su pobre buhardilla; también la ventana de Andrea había permanecido constantemente abierta y dos o tres veces se había asomado a ella la hija del barón pálida y débil, como para respirar, pareciendo a Gilberto al verla que se tendría por feliz si el cielo le otorgase la dicha de que Andrea habitase eternamente aquel pabellón, la de no salir él de su aposento y la de contemplar dos veces al día la hermosura de su adorada.

Por fin llegó aquel domingo tan deseado, para el cual había adoptado ya Rousseau sus disposiciones desde el sábado, sacando del armario sus zapatos charolados y la casaca color gris, tan ligera como propia para el abrigo, aunque con gran disgusto de Teresa, que sostenía que una blusa de tela era más que suficiente para la tarea que iba a emprender el filósofo paseante; pero éste, sin replicar palabra, se había despachado a su sabor, y no sólo había arreglado su traje, sino también el de Gilberto con el mayor afán, agregando al de éste medias y zapatos nuevos que le regalaba, proponiéndose sorprenderle.

Rousseau tampoco había olvidado su colección de hierbas y los musgos que en su opinión debían representar aquel día un papel muy importante.

Últimamente, impaciente como un niño, se acercó más de veinte veces a la ventana para observar si alguna de las carrozas que rodaban por la calle era la de M. de Jussieu, hasta que al fin vio una completamente barnizada con caballos enjaezados con lujo, y a un enorme cochero parado delante de la puerta de su casa. Enseguida corrió a buscar a Teresa, y le dijo:

—Ahí está, ahí está. ¡Bravo! Ya lo tenemos seguro. Después gritó a Gilberto:
—¡Daos prisa, que el coche nos espera!
—¡Y qué! —replicó Teresa—, ya que tanto os agrada andar en carruaje, ¿por qué no habéis trabajado para comprar uno, como lo ha hecho M. Voltaire?
—Vamos, vamos —replicó Rousseau.
—Estáis diciendo siempre que tenéis tanto talento como él...
—Yo no he dicho eso —repuso el filósofo amostazado—, lo que digo es... en fin, nada... nada.
Y de pronto toda su alegría desapareció, como le sucedía cuando resonaba en sus oídos el nombre de su rival. Entró por fortuna en aquel instante M. de Jussieu. Presentóse con el pelo rizado y empolvado, tan fresco y amable como la primavera: una casaca habilísamente trabajada de satén doble de la India con cenefas de color gris, calzón de tafetán, color de lila claro, y medias de seda blanca, extremadamente finas, con lazos de oro, componían su elegante atavío.
Al penetrar en el cuarto de Rousseau, lo llenó de un exquisito y variado perfume que Teresa empezó a aspirar con avidez y delicia, sin ocultar su admiración.
—Estáis, a fe mía, muy hermoso —le dijo Rousseau mirando oblicuamente a Teresa, y comparando con la vista su humilde traje y sus voluminosos preparativos de botánico, con el soberbio porte de monsieur de Jussieu.
—¡Oh! no —contestó éste con cierta negligencia—, he temido mucho el calor.
—¿Y la humedad del bosque? Si herborizamos en los pantanos veo que vuestras magníficas medias de seda...
—¡Bah! ya elegiremos el terreno a nuestro gusto.
—¿Y abandonaremos hoy los musgos acuáticos?
—En cuanto a eso, tranquilizaos, mi querido amigo.
—Diría cualquiera que os encamináis a un baile o a una Visita de damas.
—¿Y por qué no hemos de presentarnos con medias de seda a la Naturaleza? —repuso M. de Jussieu con algún empacho—, ¿no es una dama que merece se haga algún gasto en obsequio suyo?
No insistió más Rousseau, pues al oír que M. de Jussieu invocaba a la Naturaleza, convino en su interior en que ésta merecía cuantos honores se la tributasen.
En cuanto a Gilberto, a pesar de su estoicismo, contemplaba a M. de Jussieu

con envidia. Desde que había visto realzadas por los adornos las gracias naturales de tantos jóvenes elegantes, había comprendido la frívola utilidad de la elegancia, y se decía entre dientes que aquella seda, aquella batista y aquellos encajes, sumarían nuevos encantos a los que ya poseía, y que si en lugar de ir vestido como estaba se presentase como M. de Jussieu delante de Andrea, ésta le miraría con toda seguridad.

Los tres partieron al trote de dos buenos caballos daneses, y una hora después se apearon en Bougival, encaminándose al punto al campo hacia la izquierda por el camino de los castaños. Este paseo, bellísimo en el día, era entonces poco más o menos lo mismo, porque la parte del coto que deseaban recorrer nuestros paseantes, convertido ya en bosque en tiempo de Luis XIV, había sido objeto constante de muchas mejoras desde que el soberano prefería a todo la residencia de Marly.

Los castaños de rugosa corteza, de gigantescas ramas y caprichosas formas, que imitan unas veces en sus nudosas vueltas los movimientos de las serpientes enroscándose alrededor del tronco, y otras al toro bravo herido por la cuchilla del matarife y revolcándose en su negra sangre; los manzanos cubiertos de húmedo musgo y los inmensos nogales, cuyas hojas tórnanse durante el mes de junio de verde-amarillas en verde-azules; aquella soledad, aquella pintoresca aspereza del terreno que desde la sombra de los árboles seculares se reflejaba viva y resplandeciente sobre el azul mate del cielo; toda aquella naturaleza exuberante, encantadora y melancólica, abismó a Rousseau en un inexplicable delirio.

Gilberto, sosegado y sombrío, toda su vida reducíase a este pensamiento:

—Andrea va a abandonar el pabellón del jardín para trasladarse a Trianón.

Desde el sitio más prominente del coto, por cuya cuesta caminaban nuestros tres botánicos, se veía el cuadrado edificio de Luciennes.

En presencia de aquel castillo, de donde había huido, cambió el curso de las ideas de Gilberto, recordándole ideas más agradables, exentas de toda clase de temor. En efecto, iba el último de todos, contaba con los dos protectores que le precedían, y se consideraba muy seguro en vista de su apoyo: contempló, pues, a Luciennes como un náufrago contempla desde el puerto el banco de arena contra el cual se ha estrellado el buque que le conducía.

Provisto Rousseau de un azadón de pequeñas dimensiones, empezaba a examinar el terreno, y lo mismo hizo M. de Jussieu, con la diferencia de que el primero buscaba plantas y el segundo ponía especial cuidado en que no se

le mojasen las medias.
—¡Admirable *Lepopodion*! -dijo Rousseau.
—No cabe duda —repuso M. de Jussieu—, continuemos.
—¡Ah! Aquí tenemos la *Lyrimachia Fenella*, y está en buena sazón para cogerla.
—Pues cogedla, si os complacéis en ello.
—¿Pero qué es eso? ¿No herborizamos?
—Sí por cierto... ¡Pues no faltaba más! sólo que se me figura que allá, en la meseta de esa loma, hallaremos cosas mejores.
—Compañero, decís bien, vamos, vamos.
—¿Qué hora es? —interrogó M. de Jussieu—: no he traído el reloj, pues con la prisa de vestirse se me ha olvidado.
Sacó Rousseau del inmenso bolsillo de su calzón un abultado reloj de plata, y contestó:
—Las nueve.
—Podríamos descansar un poco si no os desagrada.
—Amigo mío, sois poco andador: he ahí las consecuencias de herborizar con zapatos finos y medias de seda.
—No, no, lo que sucede es que tengo ganas de almorzar.
—Almorzaremos, pues; la aldea más próxima está a un cuarto de legua.
—Nada de eso. ¿Para qué nos hemos de fatigar tanto?
—¡Toma! ¿Trajiste por ventura almuerzo en el coche?
—Mirad allá abajo, al centro de ese ameno bosquecillo —dijo M. de Jussieu indicando con la mano el punto del horizonte que designaba.
Rousseau se levantó de puntillas y colocó su mano delante de los ojos para que le sirviese de pantalla; enseguida contestó:
—Nada veo.
—¡Cómo! ¿No distinguís una casita rústica?
—No la veo.
—¿Que tiene una veletilla que le sirve de cataviento y paredes de paja blanca y encarnada? En suma, una especie de choza...
—Sí, sí, me parece... efectivamente una casita nueva.
—Eso es, un quiosco.
—¿Y qué tenemos?
—Que en él encontraremos el modesto refrigerio que os prometí el otro día.
—Perfectamente —dijo Rousseau—. ¿Tenéis deseos de almorzar, Gilberto?

Éste, que permanecía indiferente al anterior diálogo, distrayéndose maquinalmente en arrancar florecillas de los matorrales, contestó de pronto:
—Como gustéis.
—Pues adelante, señores, ya que al propio tiempo podemos herborizar andando.
—¡Oh! Vuestro sobrino —observó Rousseau—, es un naturalista más apasionado que vos; he herborizado con él en el bosque de Montmorency, y las horas pasaban tanto para él como para mí agradablemente; observa bien, coge con acierto, y explica con mucho tino y exactitud metódica.
—Consiste eso en que es joven y necesita adquirir reputación.
—¿Por fortuna no cuenta con la de vuestro nombre? ¡Ah, compañero, compañero! Herborizáis hoy como un simple aficionado.
—Ea, señor filósofo, no nos molestemos; ahí tenéis casi a vuestros pies el hermosísimo *Plántago Monanthos*. ¿Contáis con otro semejante en el bosque de Montmorency?
—No, a fe mía —exclamó Rousseau lleno de júbilo—, pues le he buscado mil veces infructuosamente bajo la garantía de Tournefort. ¡Oh, éste es magnífico!
—¡Hermoso pabellón! —dijo al mismo tiempo Gilberto que había pasado de la retaguardia a la vanguardia.
—Tiene hambre Gilberto —repuso M. de Jussieu.
—Caballero, perdonad, puedo esperarme hasta que terminéis vuestra tarea.
—Y haréis bien, pues el herborizar después de comer algo, no es muy saludable para la digestión, prescindiendo de que la vista se fatiga mucho en la elección de las plantas y cuesta más trabajo el bajarse para cogerlas.
—Pues herboricemos un rato —dijo Rousseau—, pero ¿cómo se llama ese pabellón?
—*La Ratonera* —respondió M. de Jussieu acordándose del nombre inventado por M. de Sartines.
—Es un nombre bastante extraño.
—En el campo ya sabéis que todo son caprichos.
—¿A quién pertenecen estas tierras y estos bosques?
—No lo sé.
—Sin embargo, conocéis al propietario, supuesto que disponéis en su casa —observó Rousseau manifestando alguna sospecha.
—No, por cierto, o mejor dicho, conozco en estos contornos a todo el mundo:

los guardabosques que me ven continuamente recorriendo los cotos y que saben o al menos creen que agradan a sus amos cuando me ofrecen una liebre guisada o un salmorejo de chochas, me permiten lo que se me antoja. No sé con seguridad si este pabellón pertenece a madame de Mirepoix o a madame de Egmont, o a otra señora cualquiera, porque lo esencial, mi querido filósofo, y creo que pronto opinaréis como yo, es que en él encontraremos pan, frutas y empanadas.
El sencillo y natural acento con que M. de Jussieu pronunció estas palabras, disipó las nubes que principiaban a amontonarse en la frente de Rousseau. El filósofo sacudió el polvo de sus zapatos, se frotó las manos con el pañuelo, y M. de Jussieu entró sin titubear en el musgoso sendero que a la sombra de los castaños conducía al pintoresco quiosco.
Rousseau le siguió poco a poco sin dejar de examinar el terreno que a sus pies descubría, y por último, Gilberto que había ocupado nuevamente su puesto, cerraba la marcha, pensando en Andrea y en los medios de verla cuando fuese a vivir a Trianón.

LXXVI

EN LA RATONERA

En la meseta de la colina que llegaron a alcanzar no sin trabajo nuestros tres botánicos, se alzaba un pequeño edificio de madera, cercado de nudosas columnas, cuyas paredes terminaban en punta, y cuyas ventanas aparecían tapizadas de enredaderas y de clemátides, verdaderas importaciones de la arquitectura inglesa, o más bien de los jardineros ingleses, los cuales intentan imitar a la Naturaleza, o por mejor decir, inventan una Naturaleza a su capricho, circunstancia que proporciona cierta originalidad a sus caprichos vegetales.
Bastante espacioso aquel pabellón para contener una mesa y seis sillas, se hallaba enlosado de ladrillos cuadrados cubiertos de finísima estera. Las

paredes eran de mosaicos de piedras que había suministrado el ribazo del próximo río y de conchas marinas, porque las playas de Bougival y de Port-Marly no ofrecían a la vista del que contemplaba sus bellezas las conchas de Saint-Jaques, ni las nacaradas que únicamente se encuentran en Harfleur, en Dieppe o en los arrecifes de Sainte-Adresse.

Era de relieve el techo. Pinas, cepas de forma particular que imitaban los más repugnantes rasgos de varios faunos o de diversos animales silvestres, aparecían como suspendidos sobre las cabezas de los que entraban en aquel recinto: veíanse también, al través de los vidrios de colores, ya se contemplase por uno color de violeta, o encarnado, o azul, a un lado la llanura y el bosque de Vesinet envueltos entre tempestuosas nubes, al otro resplandecientes con el aliento caliginoso del sol de agosto, y en distinta dirección fríos y mustios, como si se hallasen bajo la terrible influencia de una helada del mes de diciembre. Se trataba sólo de escoger el vidrio conveniente, es decir, de contentar el deseo y de examinar el horizonte.

Entretuvo mucho a Gilberto aquel espectáculo, que contempló por todas partes el rico panorama que se descubre desde la cumbre de la colina de Luciennes en cuyo centro serpentea el Sena.

Otro espectáculo sumamente interesante, al menos así lo juzgaba M. de Jussieu, era el precioso almuerzo que presentaba la mesa de madera imitando la piedra que se veía colocada en el centro del pabellón.

Crema finísima de Marly, sazonados albaricoques, ciruelas de Luciennes, salchichas aplastadas y empanadas de Nanterre humeantes, en fuentes de porcelana, sin que hubiesen sido servidas por doméstico alguno; sabrosísimas fresas colocadas en un elegante canastillo adornado con hojas verdes de vid, manteca blanca como la nieve, fresca y apetitosa, pan moreno del que come el aldeano, pero dorado y tierno como el que satisface el sibarítico gusto del vecino de la ciudad... He aquí los preparativos que hicieron lanzar un grito de asombro a Rousseau, filósofo, como el que más, pero gastrónomo franco, porque tenía el apetito tan vivo como modestas las inclinaciones.

—¡Qué disparate! —dijo a M. de Jussieu—: el pan y las frutas pase, pues es cuanto precisamos, y aun si me apuráis mucho, debíamos, a fuer de verdaderos botánicos y laboriosos exploradores comer el pan y las ciruelas, sin cesar de escarbar en el bosque y de poner a contribución los ribazos. Gilberto, ¿os acordáis de mi almuerzo de Ples-sis-Piquet, que también fue el vuestro?

—¡Oh! Sí, en efecto: recuerdo aquel pan y aquellas cerezas que tanto me agradaron.
—De este modo almuerzan los verdaderos amantes de la Naturaleza.
—Querido maestro —repuso M. de Jussieu—, si pretendéis censurar mi prodigalidad, hacéis mal, pues este es, en verdad, un obsequio tan modesto...
—¡Señor Lúculo! ¡Cómo así! —prorrumpió el filósofo—. ¿Despreciáis vuestra mesa?
—¡La mía! no por cierto —respondió Jussieu.
—¿Dónde nos encontramos entonces? —añadió Rousseau con una sonrisa que a la vez expresaba empacho y buen humor—, ¿en alguna residencia de encantadores?
—O de hechiceras —murmuró M. de Jussieu levantándose y dirigiendo una mirada hacia la puerta del pabellón.
—¡Hechiceras! —exclamó Rousseau con jovialidad—. ¡Oh! Dios las bendiga ya que son tan hospitalarias. Por Dios, que tengo mucho apetito: ea, Gilberto, almorcemos.
Al decir esto cortó un respetable trozo de pan moreno, y pasó éste y el cuchillo a su discípulo.
Y al mismo tiempo que hincaba el diente en la miga compacta, escogió un par de ciruelas de las más maduras.
Gilberto dudaba aún.
—Vamos, ¿qué hacéis? —le dijo Rousseau—; nuestras hechiceras se ofenderían de vuestra cortedad si la advirtiesen, y tal vez creerían que no os parece completo el desayuno que os ofrecen.
—O que es indigno de vuestro mérito, caballeros —articuló una voz argentina desde la puerta del pabellón, en la que se presentaron del brazo dos jóvenes hermosas haciendo rápidas señas a M. de Jussieu para que moderase sus prolongados saludos.
Volvió Rousseau la cabeza sin soltar de las manos el pedazo de pan y una de las dos ciruelas que había cogido: vio aquellas dos diosas, o al menos tales las creyó por su juventud y belleza, y se quedó asombrado, aunque también las saludó sobrecogido.
—¡Ah, señora condesa! —exclamó M. de Jussieu—. ¡Vos por aquí! ¡Qué sorpresa tan inopinada y agradable!
—Buenos días, querido botánico —dijo una de las damas con gracia y familiaridad verdaderamente reales.

—Me consentiréis que os presente a M. Rousseau —contestó M. de Jussieu apoderándose de la mano del filósofo que todavía no había soltado el pan moreno.
Gilberto también había visto y reconocido a las dos señoras: lo único que hacía era abrir los ojos extraordinariamente; estaba pálido como un muerto y examinaba la ventana del pabellón con la intención de precipitarse por ella.
—Joven filósofo, buenos días —le dijo la otra dama acariciándole la mejilla con sus rosados dedos.
Advirtiólo Rousseau y comprendió todo el misterio; pero faltó poco para que le ahogase la cólera. Su discípulo conocía a las diosas y era conocido de ellas. Respecto a Gilberto, también estuvo a punto de caer privado de sentido.
—¿No habéis conocido a la señora condesa? —preguntó M. de Jussieu a Rousseau.
—No —contestó éste descompuesto—, me parece que esta es la primera vez que...
—Es la señora condesa Du Barry —agregó Jussieu.
Hizo el filósofo un movimiento como si pisase carbones encendidos.
—¡La señora condesa Du Barry! —exclamó.
—Caballero, yo misma —dijo la dama con una gracia encantadora—; y me doy el parabién por haber recibido en una posesión mía y estar tan cerca de uno de los ilustres pensadores de esta época.
—¡La señora condesa Du Barry! —repitió Rousseau sin comprender que su prolongada admiración se convertía ya en una ofensa grave—. ¡Ella! ¡Y seguramente este pabellón es suyo! ¡Y sin duda es ella la que me da hoy de almorzar!
—Mi querido filósofo, lo habéis adivinado; estas dos señoras, esto es, la señora condesa y su hermana os obsequian —replicó M. de Jussieu que no las tenía todas consigo al observar aquel asomo de tempestad.
—¡Su hermana que conoce a Gilberto!
—Caballero, muy íntimamente —contestó la señorita Chon con aquella audacia que ni respetaba el mal humor de los reyes ni los arranques de los filósofos.
Púsose Gilberto a descubrir por todos lados un agujero bastante grande para ocultarse enteramente, porque los ojos de Rousseau brillaban de rabia y de despecho.
—¡Muy íntimamente! —repitió este último—, ¡Gilberto conocía a esa

señorita muy íntimamente y yo nada sabía! ¡Conque se me estaba haciendo traición! Conque se burlaban de mí!
Chon y su hermana se miraron sonriéndose con malicia, y M. de Jussieu hizo añicos una pieza de china que valía lo menos cuarenta luises.
Juntó Gilberto las manos ya para rogar a Chon que callase, ya para pedir a Rousseau que le hablase con más benignidad.
Pero precisamente ocurrió lo contrario, pues Rousseau guardó silencio y Chon soltó la tarabilla.
—Sí, ciertamente —dijo—, Gilberto y yo somos conocidos antiguos, pues ha sido huésped mío. ¿No es cierto, joven? ¿No recuerdas los dulces de Luciennes y los de Versalles?
Rebasó la medida este golpe: los dos brazos de Rousseau se extendieron como impulsados por un resorte, retirándose enseguida violentamente.
—¡Ah! ¡ah! —exclamó mirando al joven de soslayo—, ¿conque todo eso es cierto, desgraciado?
—¡Señor Rousseau, por Dios! —exclamó Gilberto.
—¡Toma! Cualquiera diría que lloras porque mis manos te han acariciado —dijo Chon—. Vamos, ya me parecía que eras un ingrato.
—¡Señorita! —gritó Gilberto con voz suplicante.
—Joven —añadió la condesa Du Barry—, regresa a Luciennes en donde tendrás dulces y te espera Zamora, pues te recibiremos, aunque saliste de allí de un modo bastante singular.
—Señora, gracias —contestó con sequedad Gilberto—, cuando salgo de algún sitio es porque no me agrada.
—¿Y por qué habéis de rehusar los beneficios que se os ofrecen? —replicó Rousseau con amargura—, habéis saboreado el placer de las riquezas, mi querido Gilberto, y debéis volver a ellas.
—Pero cuando os declaro...
—Vamos, vamos, yo no soy amigo de los que se acercan al sol que más calienta.
—Señor Rousseau, veo que no me habéis entendido.
—Sí tal.
—He huido de Luciennes en donde me tenían encerrado.
—¡Falsedad! Y comprendo la malicia de los hombres.
—Pero si os he preferido, si os he aceptado por protector y por maestro...
—¡Hipocresía!

—Tened presente, a pesar de todo, que si me tentase la codicia, aceptaría los ofrecimientos de estas señoras.
—Se me puede engañar una vez, Gilberto, pero dos... nunca, sois libre y podéis ir adonde os plazca.
—¡Gran Dios! ¡adónde! —exclamó Gilberto abismado en su dolor, porque veía para siempre perdidas su ventana y su proximidad a Andrea, porque sufría horriblemente al ver que se le tenía por traidor, y se desconocía su abnegación y la larga lucha que mantenía contra la pureza y los deseos de su edad, a los cuales había dominado hasta allí con tanto denuedo.
—¡Oh! —repuso Rousseau—, por lo pronto os acoge esta señora, que es muy amante y bella.
—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuraba Gilberto mesándose los cabellos.
—Joven, sosegaos —le dijo Jussieu profundamente herido como un hombre de mundo por el epigrama que Rousseau acababa de lanzar contra la condesa —, se os cuidará bien, y se procurará indemnizaros lo que hoy perdéis.
—Ya lo veis —añadió el filósofo con ironía—, M. de Jussieu, un sabio, un admirador de la Naturaleza, uno de vuestros cómplices —continuó haciendo una horrible mueca para reírse—, os asegura bienandanza y fortuna: podéis contar con ambas cosas porque M. de Jussieu es hombre de grande influencia.
Y diciendo estas palabras no pudo contenerse por más tiempo: saludó a las damas y a M. de Jussieu al estilo de Orosma, y sin mirar a Gilberto salió majestuosamente del pabellón.
—¡Jesús! ¡Qué animal tan feo es un filósofo! —dijo Chon con la mayor tranquilidad contemplando al ginebrino que bajaba o más bien huía por el sendero.
—Podéis pedir lo que os acomode —dijo M. de Jussieu a Gilberto que continuaba aún con el rostro entre las manos.
—Sí, sí señor Gilberto —agregó la condesa sonriendo con la mayor amabilidad al discípulo abandonado.
Éste irguió su pálida frente, apartó los cabellos que el sudor y las lágrimas habían pegado a su cara, y respondió algo más sosegado:
—Ya que un empleo se me ofrece deseo entrar en Trianón de ayudante jardinero.
Se contemplaron Chon y la condesa y la primera posó su pequeñísimo pie sobre el de su hermana, haciéndole al mismo tiempo un guiño: la condesa

indicó con un movimiento de cabeza que entendía perfectamente lo que aquellas señas significaban.
—M. de Jussieu, ¿puede hacerse eso? —preguntó a éste—, ya veis que deseo dar gusto a este joven.
—Señora, es cosa resuelta, pues basta conocer vuestra voluntad —contestó el interpelado.
Se inclinó Gilberto respetuosamente y puso la mano en su pecho para reprimir los latidos de su corazón que no podía ocultar la alegría después de la gran tristeza en que había estado sumido.

LXXVII

UN APÓLOGO

Colacionaban en el elegante gabinete de Luciennes, el mariscal Richelieu y la condesa du Barry, donde ya vimos al conde Juan du Barry sorberse con gran descontento de su hermana una enorme cantidad de chocolate. La favorita se recostaba blandamente en un sofá cubierto de seda y recamado de flores de oro, mientras que se extremaba en estirar las orejas a Zamora, al paso que el viejo y astuto cortesano, exhalaba ayes repetidos de admiración a cada nueva actitud de aquella belleza encantadora.
—¡Oh, condesa! —decía con mil ridículos gestos—: vais a despeinaros, y he ahí un broche que se os acaba de soltar. Ah! ya se os ha caído una chinela.
—¡Bah! no hagáis caso de esas nimiedades, duque —contestó la condesa arrancando distraídamente a Zamora un mechoncito de sus crespos cabellos, y cayendo en el sofá más voluptuosa y seductora que Venus en su concha marina.
Poco sensible el negrillo a las coqueterías de su señora, rugió de cólera, pero ella le tranquilizó cogiendo de la mesa un puñado de confites, e introduciéndoselos en los bolsillos.
Zamora, no obstante, no se dio con tanta facilidad a partido, pues hizo una

horrible mueca, volvió sus bolsillos y los vació, derramando los confites por el suelo.
—¡Ah, bribonzuelo! —le dijo la condesa extendiendo una pierna admirablemente formada, cuya extremidad puso en contacto con los fantásticos calzones del negrillo.
—¡Oh! piedad, piedad —exclamó el mariscal— vais seguramente a matarlo.
—¡Ojalá pudiera destrozar hoy todo cuanto me desagrada! —exclamó la condesa—; estoy implacable.
—¡Y qué! —observó el duque—, ¿os disgusto yo por desgracia?
—¡Oh! de ningún modo; sois un antiguo amigo y os adoro; pero en verdad que, según veis vos mismo, estoy medio loca.
—Es indiscutible que los mismos a quienes volvéis locos con vuestras gracias, os habrán comunicado esa enfermedad.
—Cuidado, cuidado, porque me martirizáis horriblemente con esa galantería que no sale de vuestro corazón.
—Ya empiezo a creer, condesa, no precisamente que estáis loca, sino que sois desagradecida.
—No, no, ni loca ni desagradecida; sino que estoy...
—Sepámoslo.
—Rabiando, señor duque.
—¿Es cierto?
—¡Y lo extrañáis!
—No, ciertamente, querida condesa, pues conozco que tenéis graves motivos.
—Eso es lo que me impacienta contra vos, mariscal.
—¿Conque en mí también hay algo que os desagrada?
—Sí.
—Vamos, ¿y qué es? tened la bondad de decirlo; pues, aunque soy demasiado viejo para enmendarme soy capaz de hacer los mayores esfuerzos por agradaros.
—Mariscal, lo que me disgusta es que no sabéis una palabra de la cuestión que me ocupa.
—¡Oh! Sí.
—¿Con que sabéis lo que me tiene desesperada?
—¿Cómo he de ignorarlo? Zamora ha roto la fuente chinesca...
Una imperceptible sonrisa vagó durante un momento por los labios de la joven; pero Zamora que se reconocía en efecto culpable, bajó con humildad

la cabeza, pareciéndole que las nubes del cielo iban a descargar sobre él una horrorosa tormenta de mogicones y papirotazos.
—Sí —repuso la condesa suspirando—; t sí, duque, tenéis razón; eso es, y no hay duda de que merecéis la calificación de hombre fino en política.
—Señora, siempre he oído asegurar eso mismo —replicó Richelieu con la más hipócrita modestia.
—Pues yo no he tenido necesidad de oírlo para conocerlo, y por vuestra parte habéis adivinado el motivo de mi profundo disgusto sin rodeos ni ambigüedades. ¡Es cosa asombrosa!
—Condesa, no hay duda, pero no lo he dicho todo.
—¡Hola! ¿conque sabéis todavía más?
—Sí, he adivinado otra cosa.
—¿De veras?
—Como lo habéis oído.
—¿Y cuál es?
—Que aguardabais anoche a Su Majestad.
—¿En dónde?
—En este sitio.
—¿Y qué más?
—Que Su Majestad no se dignó venir.
Apareció un vivo carmín en las mejillas de la favorita que se incorporó apoyándose en el codo y exclamando levemente:
—Y...
—Y... ya lo sabéis —continuó el duque—; hace poco que ha llegado de París.
—¿Qué demuestra eso?
—Que podía ignorar lo que ha pasado en Versalles; y que sin embargo...
—Duque, mi querido duque, hoy sois el hombre de las reticencias... ¡Qué diablos! Cuando se empieza a decir una cosa se termina.
—Condesa, os despacháis a vuestro gusto, pero yo necesito que me dejéis respirar. ¿En qué quedamos?
—En aquel... y *sin embargo*.
—Efectivamente: pues bien, *y sin embargo*, no sólo sé que Su Majestad no ha venido aquí, sino que sé la causa.
—Siempre os he tenido por brujo, amigo duque, y sólo necesitaba una prueba.

—¿Sí? Pues voy a dárosla.
La condesa, que daba a aquella conversación más importancia de lo que quería demostrar, abandonó la cabeza de Zamora, cuyos ásperos rizos manoseaba con sus blancos y delicados dedos.
—¡La prueba! la prueba, duque —prorrumpió.
—¿En presencia del señor gobernador?
—Vete, Zamora —dijo madame du Barry al negrillo.
Éste dio un brinco y se plantó en la antesala loco de alegría.
—Está muy bien —murmuró Richelieu—, pero, condesa, es necesario que lo sepáis todo.
—¿Conque os estorba ese mico de Zamora?
—Para decir la verdad, siempre me estorba alguno.
—Alguno... ya se supone; ¿pero es Zamora alguno por ventura?
—No es ciego Zamora, ni mudo, ni sordo luego es alguno; porque yo conceptúo así al que es igual a mí en ojos, lengua y oídos, es decir, al que puede ver lo que hago, y oír y contar lo que digo en una palabra, al que puede, si se le antoja traicionarme. Una vez sentada esta teoría, continúo:
—Sí, sí, duque; me daréis en ello mucho gusto.
—Condesa no lo creo, mas no es obstáculo; debo hablar claro. Sabed, pues, que el rey estuvo en Trianón.
—¿En el grande o en el pequeño?
—En el pequeño, y se paseó del brazo con la delfina.
—¡Ah!
—Y la señora delfina, que, como no ignoráis, es muy hermosa, y que, según creo, conoce muy bien sus intereses...
—¡Dios mío!...
—Se mostraba con él tan amable y zalamera, llamándole abuelito por aquí y abuelito por allá, que Su Majestad, cuyo corazón es de oro, no pudo resistir por más tiempo; de modo que al paseo sucedió la cena, y por último los juegos inocentes de costumbre. En fin...
—En fin —repitió la favorita pálida e intranquila—; la verdad es que el rey no ha venido a Luciennes. ¿No es esto lo que queréis decir?
—Eso mismo.
—La cosa es bien clara: Su Majestad tenía allí todo cuanto ama.
—¡Oh! Nada de eso, y estoy seguro de que vos misma no creéis lo que habéis dicho: allí tiene, cuanto más, todo lo que le agrada.

—Duque, peor todavía, y es necesario estar alerta; brincar, conversar, perder el tiempo jugando, he aquí todo cuanto el rey necesita. ¿Y con quién jugaba?
—Con M. de Choiseul.
Hizo la condesa un movimiento que manifestó toda su irritación.
—¿Queréis que no hablemos de estas cosas? —gritó el mariscal.
—Muy al contrario, duque, deseo que nos ocupemos seriamente de ellas.
—Veo que sois tan animosa como inteligente: cojamos, pues, al toro por las astas como dicen los españoles.
—He ahí una frase que M. de Choiseul no os perdonaría.
—Y sin embargo no se le puede aplicar. Decía, pues, condesa, que M. de Choiseul, ya que es forzoso nombrarle, manejaba la baraja con tanta facilidad y destreza...
—Qué ganó.
—Nada de eso; perdió, y Su Majestad ganó mil luises a los ciento, en cuyo juego tiene mucho amor propio, por lo mismo que no lo juega bien.
—¡Oh! ¡Choiseul, Choiseul! —exclamó la favorita—. ¿Y madame de Grammont? Supongo que también estaría...
—Puede asegurarse que estaba, pero como de paso.
—¿La duquesa?
—Sí, y creo que comete una necedad.
—¿Cómo?
—Huye al ver que no la persiguen; y como no la destierran se destierra por sí misma.
—¿Adonde?
—A provincia.
—¿Irá por ventura a intrigar?
—¿Y qué diablos queréis que haga? Antes de su marcha ha querido naturalmente saludar a la delfina, que según parece la estima mucho, y esta es la causa de haberse presentado en Trianón.
—¿El grande?
—Justamente, porque aun no se ha amueblado el pequeño.
—Pues al rodearse de todos los Choiseul, la delfina revela claramente el partido que pretende abrazar.
—Condesa, no: no exageremos las cosas, porque al fin mañana marchará la duquesa.
—¡Y se ha divertido el rey donde no me hallaba yo! —exclamó la favorita

con una indignación que no aparecía exenta de cierto terror.
—¡Dios mío! Es hasta un punto inverosímil, pero por desgracia muy cierto. Vamos, condesa, ¿qué consecuencia sacáis de todo?
—Que estáis bien enterado, duque.
—¿Hay además alguna otra cosa?
—Sí.
—Terminad, pues.
—Deduzco también las consecuencias de que, bien sea por agrado o por fuerza, es necesario librar al rey de las garras de esos Choiseul, pues de lo contrario somos perdidos.
—¡Pobre de mí!
—Dispensad si he hablado en plural, pues ya habréis podido fácilmente comprender que ha sido con aplicación a mi familia.
—Y a vuestros amigos, condesa; por cuya razón me toca alguna parte como poseedor de ese título; de manera que...
—De manera que... ¿Sois amigo mío, duque?
—Condesa, creía habéroslo manifestado ya.
—Pero no basta eso.
—También creo habéroslo demostrado.
—Eso ya vale más. ¿Y me ayudaréis?
—Condesa, con todas mis fuerzas, pero...
—¿Pero qué?
—No debo ocultaros que la empresa es difícil.
—¿Luego los Choiseul han echado raíces que es imposible destruir?...
—Al menos están muy plantados.
—¿Lo creéis así?
—Con toda seguridad.
—De manera que a pesar de cuanto dice La-Fontaine, contra esa encina resultan vanos los esfuerzos del viento y de las tempestades...
—Ese ministro es un hombre grande.
—Perfectamente; ya os estáis expresando como los enciclopedistas.
—¿No pertenezco a la academia?
—¡Pertenecéis tan poco, duque!
—Veo que decís la verdad, pues mi secretario es quien pertenece a ella, y no yo. No obstante, persisto en mi opinión a pesar de todo.
—¿Y opináis que M. de Choiseul sea un genio?

—Sí.
—¿En qué lo revela? Vamos... hablad.
—En que ha embrollado de tal modo a los parlamentos y a los ingleses, que el rey nada puede resolver sin su auxilio.
—¡A los parlamentos! ¿Pues no los alienta contra las prerrogativas reales?
—Sin duda, he ahí su grande habilidad.
—Y al propio tiempo pretende la guerra con los ingleses.
—Es claro: la paz le perdería.
—Duque, eso no es tener genio.
—¿Qué es entonces?
—Ser altamente traidor.
—Y cuando prevalece la alta traición, condesa, se convierte en genio y en genio de primer orden.
—Ya, pero en ese caso conozco a alguno que es tan hábil como M. de Choiseul.
—¡Bah!
—Al menos en el negocio que se relaciona con los parlamentos.
—Ese es el principal de todos.
—Y lo digo porque el hombre a quien me refiero tiene la culpa de la resistencia de los parlamentos.
—Condesa, me volvéis loco.
—¡Qué! ¿Lo desconocéis?
—No por cierto.
—Pues es de vuestra familia.
—¿De veras? ¿En mi familia un genio? ¿Os referís por ventura a mi tío el cardenal?
—No, sino a vuestro sobrino el duque d'Aiguillon.
—¡Ah! efectivamente: él ha dado un verdadero impulso al asunto de la Chalotais. Por Dios vivo que es un excelente muchacho, y ha sabido enredar perfectísimamente el asunto. Vamos, reconoced, condesa, que es hombre digno de que se entienda con él una mujer de talento.
—¿Y suponéis, duque, que no conozco a vuestro sobrino?
—Condesa, ¿habláis formalmente?
—Nunca le he visto.
—¡Pobre joven! Lo cierto es que desde vuestro advenimiento ha vivido constantemente en el fondo de la Bretaña. Señora, cuidado con él, porque no

está habituado a mirar al sol.
—¿Y cómo se conduce entre tantas togas? Porque al fin es hombre de talento y noble por su origen.
—Las indispone, no pudiendo hacer otra cosa mejor, porque cada cual se aprovecha de los placeres que le vienen a mano, y como sabéis, no son éstos muy abundantes en Bretaña. ¡Y qué activo y desenvuelto es! ¡Qué bien serviría al rey si se encontrase a su lado! ¡Oh! yo os aseguro que en tal caso, no serían tan insolentes los parlamentarios. Es un verdadero Richelieu, condesa, y por lo mismo me perdonaréis...
—¿Qué?
—Que cuando llegue os lo presente.
—¿Tiene que venir a París?
—¿Quién es capaz de saberlo, condesa? Quizá permanezca en su Bretaña por espacio de un lustro, como dice ese bribón de Voltaire, o que se encuentre ya de camino; puede estar a doscientas leguas de aquí o en la barrera, de París.
Así hablando el mariscal observó en el rostro de madame du Barry el efecto de sus últimas palabras. La condesa le dijo después de un instante de silencio;
—Volvamos a la cuestión que nos ocupaba.
—Como gustéis, condesa.
—¿En qué quedamos?
—En que Su Majestad se distrae mucho en Trianón acompañado de M. de Choiseul.
—Y en que es necesario derribar a éste.
—Es decir, condesa, que os habéis empeñado en derribarle.
—¡Cómo! ¿Conque ese deseo me obliga a comprometer mi propia existencia, pues moriré si no lo satisfago, y no sois capaz de ayudarme un poco, mi querido duque?
—¡Oh! ¡oh! —exclamó éste arrellanándose—, he ahí lo que en política llamamos una declaración.
—Opinad lo que gustéis, llamad a eso lo que queráis, pero responded categóricamente.
—¡Oh! ¿Quién había de esperar que tan lindos y frescos labios pronunciasen un adverbio tan feo?
—Duque, ¿y pensáis que eso es responder?
—En rigor, no, pues sólo se reduce a meditar mi respuesta.
—¿Está ya meditada?

—Esperad un momento.
—¿Dudáis?
—De ningún modo.
—Pues ya os escucho.
—Condesa, ¿y qué opináis de los apólogos?
—Que son muy antiguos.
—¡Bah! más antiguo es el sol, y sin embargo, no hemos encontrado todavía otra cosa que alumbre más.
—Oigamos, pues, el apólogo; pero supongo que será transparente.
—Lo mismo que el cristal.
—Vamos, pronto.
—Bella condesa, ¿me escucháis ya?
—Ya hace rato que espero que habléis.
—Supongamos, pues... no ignoráis que en los apólogos siempre se supone.
—¡Dios mío! ¡qué pesadez, duque!
—Vos misma no creéis lo que decís condesa, pues jamás habéis prestado mayor atención a las palabras de otro.
—Ya que me he equivocado, callaré.
—Pues supongamos que os encontráis paseando por vuestro hermoso jardín de Luciennes, y que alcanzáis a ver una magnífica ciruela, una de esas preciosas *reinas-Claudias* que tanto os agradan, porque sus colores rosados y purpurinos se asemejan a los vuestros...
—Siempre adulador.
—Encontráis, repito, una de esas ciruelas en la punta de una rama, de la rama más alta del árbol. Entonces, ¿qué haréis?
—Sacudo el árbol; eso es cosa fácil:
—Sí, pero inútilmente, porque el tal árbol es muy grueso, y ha echado hondas raíces que no pueden arrancarse, como no ha mucho decíais: además observáis también que sin conseguir que se mueva os lastimáis esas hermosas manitas contra su corteza. En este caso decís: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuánto daría por encontrar en el suelo esa ciruela!» Y sin embargo, nada adelantáis.
—Es muy natural, duque.
—No afirmaré yo lo contrario.
—Continuad; vuestro apólogo me interesa infinito.
—Supongamos también que al volveros de pronto, como ahora lo hacéis,

encontráis a vuestro amigo el duque de Richelieu que se pasea pensativo.
—¿Y en qué piensa?
—¡Excelente pregunta a fe mía! En vos... Y le decís con ese acento tan halagüeño que tanto hechiza: «¡Eh! ¡duque! ¡duque!»
—Perfectamente.
—Vos que sois hombre... vos que sois fuerte... vos que habéis conquistado a Mahón: vamos, sacudid un poco ese rebelde ciruelo para que yo pueda apoderarme de esa ciruela condenada. ¿Me parece que podemos suponer todo esto?
—En efecto, duque; como que lo estaba yo repitiendo en voz baja mientras me lo estabais diciendo: pero ¿qué me responderíais?
—Respondería...
—Sepámoslo.
—Respondería... Reflexionad un poco, condesa, pues aunque yo también lo deseo, ¿no veis qué sólido es este árbol y cuan fuertes son sus ramas? Yo también pretendo no lastimar mis manos, aun cuando tienen cincuenta años más que las vuestras.
—¡Ah! —exclamó la favorita—, bien, bien entendido.
—Continuad, pues, el apólogo. ¿Qué me decís?
—Os digo...
—Por supuesto con vuestro acento encantador...
—Como queráis.
—Hablad, hablad.
—Os digo así: mi querido mariscal, no contempléis con indiferencia esa ciruela ya que obráis así, porque no es para vos. Amigo mío, deseadla conmigo, apetecedla de veras como yo, y si sacudís el árbol como es conveniente, si la ciruela cae...
—¿Qué sucederá?
—Entre los dos la saborearemos.
—¡Bravo! —exclamó le duque batiendo las palmas.
—¿Os parece bien?
—Ciertamente, condesa, que sois inimitable para dar fin a un apólogo. ¡Por vida de mi abuelo! como decía mi difunto padre, que habéis dado en el hito.
—¿Pues deseáis sacudir el árbol?
—A dos manos y con todo mi corazón.
—¿Y era efectivamente una ciruela Claudia la de la rama?

—No lo juraré.
—¿Pues qué es?
—Me figuro que en el árbol sólo había una cartera.
—Bueno; pero la cartera para los dos.
—¡Oh! no, para mí solo. Y no me la envidiéis, condesa, porque caerán del árbol tantas cosas buenas, que tendréis no poco trabajo en elegir.
—De modo, mariscal, que es negocio concluido.
—¿Obtendré el empleo de M. de Choiseul?
—Si el rey lo dispone...
—¿El rey no dispone todo cuánto vos deseáis?
—Bien veis que no, pues se empeña en conservar a su Choiseul.
—¡Oh! confío en que el rey se acordará al fin de su antiguo compañero.
—¿De armas?
—Sí, de armas, condesa; no se hallan en la guerra los mayores peligros.
—¿Y nada me pedís para el duque d'Aiguillon?
—No, no, ya solicitará por sí mismo el bribonzuelo.
—Y además, vos le serviréis de padrino. Ahora me toca a mí.
—¿A vos? ¿qué os toca?
—Ambicionar.
—Es muy justo.
—¿Y qué me daréis?
—Lo que os agrade.
—Es que yo lo quiero todo.
—Muy razonable sois.
—¿Y lo conseguiré?
—¡Vaya una pregunta! Me parece que quedaréis satisfecho y que nada más me pediréis.
—Nada más que eso y alguna otra cosa.
—Exponedla.
—¿Conocéis a M. de Taverney?
—Cuarenta años hace que somos amigos.
—Pues tiene un hijo.
—Y una hija.
—Efectivamente.
—¿Y qué más?
—Ya lo he dicho todo.

—¡Pues cómo!
—Lo que aún me falta que pediros, no lo sabréis hasta que se presente una ocasión oportuna.
—Muy bien.
—Supongo, duque, que nos hemos entendido.
—Sí, condesa.
—Qué firmamos un pacto.
—Algo más; lo juramos.
—Pues derribad el árbol.
—Tengo medios.
—¿Qué medios son esos?
—Mi sobrino.
—¿Y luego?
—La compañía de Jesús.
—¡Ah! ¡ah!
—Es un plan extraordinariamente divertido que he formado para todo evento.
—¿Lo puedo conocer?
—¡Ah, condesa!
—En efecto, tenéis razón.
—Ya sabéis que el secreto...
—Es la mitad del éxito: me parece que he adivinado vuestra idea.
—Vamos, condesa, sois una mujer adorable.
—Pero yo también deseo sacudir el árbol.
—Perfectamente; sacudid, sacudid, condesa, pues el éxito no puede perjudicar en este caso.
—También tengo un medio.
—¿Y lo creéis bueno?
—No puede ser mejor.
—¿Cuál es?
—Ya lo conoceréis, duque, o por mejor decir...
—¿Qué?
—No, no, no lo veréis.
Y al decir estas palabras con toda la gracia y atractivo de su encantadora boca, la joven condesa, como si volviese en sí de una larga distracción, bajó con precipitación el vestido que durante el pasado acceso diplomático había practicado un movimiento de flujo semejante al del Océano.

El duque, que era algo marino, por cuya razón se había familiarizado con los caprichos del mar, se rió a carcajadas, besó las manos de la condesa, y adivinó (porque para esto era excelente) que la audiencia se había terminado.
—¿Cuándo comenzaréis a derribar, duque? —interrogó la favorita.
—Mañana. ¿Y vos, cuándo empezaréis a sacudir?
En este momento llegó hasta los interlocutores gran estrépito de carruajes en el patio y oyéronse voces que gritaban:
—¡Viva el rey!
—Yo —dijo la condesa mirando por la ventana—, voy a empezar ahora mismo.
—¡Bravo!
—Duque, alejaos por la escalerilla secreta, y esperad en el patio. Antes de una hora os daré la contestación.

LXXIII

LA CONDESA DU BARRY SACUDE EL ÁRBOL

Luis XV no era tan benigno que se pudiese todos los días hablar con él de asuntos políticos, porque le aburrían extremadamente, y en sus ratos de mal humor salía del paso con este argumento, al cual nada había que replicar:
—¡Bah! La máquina durará tanto como yo.
Si las circunstancias eran propicias, se explotaban; pero muy rara era la ocasión en que el monarca dejase de resarcirse en las ventajas que un rato de buen humor le obligaran a perder.
Conocía la favorita con tanta perfección su carácter, que, semejante a los pescadores experimentados, jamás se embarcaba cuando el tiempo amenazaba tempestad.
El momento más oportuno era cuando el rey la visitaba en Luciennes. Su Majestad había obrado mal el día anterior y comprendía que le iban a reñir; por consiguiente debía estar de muy buen talante.

No obstante, por muy confiada que sea la res destinada a caer en la trampa, siempre posee cierto instinto que es preciso no perder de vista, pues de nada le sirve si el cazador sabe tomar bien sus precauciones.
Veamos los medios de que se valió la favorita, respecto a la caza real que quería atraer a sus redes.
Se hallaba, como creemos haberlo ya dicho, en un deshabillé sumamente elegante, parecido al que sirve de adorno a las pastoras de Boucher; pero le fallaba el colorete, porque éste disgustaba en extremo al rey Luis XV.
Pero no bien anunciaron a Su Majestad, cuando la condesa tomó rápidamente sus papelillos color de rosa y comenzó a frotarse las mejillas con desusado empeño. El monarca observó la ocupación de la favorita y dijo después de cruzar la antecámara:
—¡Bribona! ¡Cómo se embadurna!
—¡Ah, señor! Buenos días —murmuró la condesa sin apartar la vista del espejo y sin interrumpir su operación, aun cuando el rey, acercándose, la abrazaba preguntando:
—¿No me aguardabais hoy?
—¿Por qué, señor?
—Porque os desfiguráis el rostro.
—Al contrario, señor; confiaba mucho en que no transcurriría el día sin que tuviese el honor de ver a Vuestra Majestad.
—¡Con qué tono respondéis, condesa!
—¿De veras?
—¡Vaya! si estáis tan seria como Rousseau cuando oye ejecutar alguna melodía que él ha compuesto.
—Señor, consiste en que tengo una cosa muy formal que manifestaros.
—¡Ah! bien; ya os veo venir, condesa.
—¿Lo suponéis?
—Sí, reprimendas...
—Pero... ¿por qué? Vamos, hablad. ¿Porque ayer no vine?
—¡Oh! no dudo que me haréis la justicia de creer que no deseo confesar a Vuestra Majestad.
—Juanita, observo que principias a enfadarte.
—Señor, no por cierto; lo estoy completamente.
—Condesa, oídme, os aseguro que no ha pasado un momento sin que os tuviese presente.

—¡Bah!
—Y que me ha parecido interminable la noche.
—Pero, señor; creo que nada de eso he hablado, Vuestra Majestad pasa las noches donde mejor le acomoda, sin que nadie tenga derecho de meterse en ello.
—En familia, señora, en familia.
—No he procurado informarme, señor.
—¿Por qué?
—Porque, como debéis suponer, era exponerme a que se formase mal juicio de mí.
—Pero, en fin —exclamó Luis XV—, ya que no estáis enfadada conmigo por eso, ¿por qué lo estáis? Condesa, debéis convenir en que es necesario que seamos justos.
—No estoy incomodada con vos.
—Sin embargo, tenéis un humor endemoniado.
—¡Oh! sí; en cuanto a eso no os engañáis.
—Pues explicad por qué.
—Porque soy un plato de segunda mesa.
—¿Vos?
—¡Yo! ¡Yo! La condesa du Barry, la bellísima Juana, la encantadora Juanita, como dice Vuestra Majestad; sí, sí, soy un plato de segunda mesa.
—No adivino en qué os fundáis...
—En que tengo a mi rey, en que poseo a mi amante después que se han hastiado de él madame de Choiseul y madame de Grammont.
—¡Oh!... ¡oh!... condesa...
—Si os desagradan mis palabras, peor para vos: quiero hablar claro. Se asegura como cosa muy positiva que madame de Grammont os ha estado aguardando muchas veces a la entrada de vuestro dormitorio: pues bien, estoy resuelta a hacer precisamente lo contrario, aguardaré a la salida, y el primer Choiseul o la primera Grammont que halle al paso... ¡pobres de ellos!
—¡Condesa! ¡Condesa!
—¿Qué queréis? Soy una mujer mal educada; soy la querida de Blas, la bella Borbonesa, como sabéis.
—Pero los Choiseul se vengarán.
—Si mi venganza precede a la suya, ¿qué me importa?
—Y nos despreciarán.

—Sí; decís verdad.
—¡Oh!
—Tengo un medio maravilloso, y voy a ponerlo en práctica.
—¿Cuál? —preguntó el rey, inquieto.
—El de marcharme enseguida.
Luis XV se encogió de hombros.
—¿No lo creéis?
—No, por cierto.
—Eso consiste en que no os molestáis en raciocinar, y en que me confundís con las otras.
—¿Cómo?
—Seguramente. Madame de Chateauroux quería ser diosa, y madame de Pompadour reina; las demás aspiraban a ser ricas, poderosas, y a humillar con sus favores a las damas de la corte; por mi parte carezco de esos defectos.
—Es cierto.
—Pero en cambio poseo mil prendas estimables.
—Es cierto también.
—Señor, no habláis con franqueza.
—Condesa, nadie puede estar tan persuadido como yo de lo mucho que valéis.
—Bien, pues escuchadme por lo que voy a manifestar no puedo perjudicar a vuestras convicciones.
—Hablad ya.
—Por ahora soy rica y de nadie preciso.
—Condesa, ¿queréis que me arrepienta de ello?
—Además, no envidio lo que tanto seducía a las damas que he nombrado, no deseo lo que ellas ambicionan con tanto ardor: siempre he deseado amar a mi amante con preferencia a todo, ya fuese mosquetero, ya fuese rey. Pero desde que no amo, a nada tengo afición.
—Confío, condesa, que la afición a mi persona no se habrá terminado enteramente.
—Permitid que acabe, señor.
—Bien, proseguid.
—También debo manifestar a Vuestra Majestad que soy joven, que soy bonita, que puedo contar todavía con diez años de hermosura, y que no sólo seré la mujer más feliz del mundo, sino la más apreciada, desde el día en que

deje de ser la querida de Vuestra Majestad. ¿Os sonreís, señor? En tal caso siento infinito verme obligada a deciros que no reflexionáis. Cuando os cansabais de otras favoritas, y el pueblo acababa de aborrecerlas, las despedíais, mi querido rey, y el pueblo, que continuaba odiándolas como antes, os colmaba de bendiciones: podéis estar persuadido de que yo no aguardaré mi licencia. No, dejaré mi puesto, y haré saber a todos que lo he abandonado voluntariamente; daré cien mil libras a los pobres, iré a pasar ocho días de penitencia en un convento, y antes de un mes circulará mi retrato por todas las iglesias haciendo juego con el de la Magdalena arrepentida.

—¡Oh condesa! —dijo el rey—; es imposible que habléis con formalidad.

—Señor, miradme, y mi rostro os revelará si digo lo que siento: os juro que nunca he hablado más seriamente.

—¿Y sois capaz de discurrir de un modo tan mezquino, Juana? ¿No conocéis, señora condesa, que de ese modo me vería en el caso de adoptar un partido?

—De ninguna manera, porque el obligaros a ello, sería deciros, elegid en esto y aquello.

—¿Y vos qué hacéis?.

—Deciros solamente: adiós, señor: todo queda concluido.

Luis XV perdió el color y gritó iracundo.

—Señora, cuidado, si faltáis así a vuestro deber...

—¿Qué haréis?

—Aprisionaros en la Bastilla.

—¿A mí?

—Sí, señora, a vos; y en la Bastilla se aburre uno mucho más que en un convento.

—¡Oh señor! —repuso la favorita juntando las manos—; si efectivamente me otorgaseis esa gracia...

—¿Qué gracia?

—La de encerrarme en la Bastilla...

—¡Qué decís!

—Me colmaríais de júbilo.

—Por Dios que no os entiendo.

—Pues habéis de saber que mi secreta ambición se reduce a hacerme popular, y en esto me parezco a la Chalotais y a Voltaire; para alcanzarlo me falta entrar en la Bastilla: metedme en ella y me hacéis completamente feliz.

Entonces también tendré tiempo para entretenerme en escribir *memorias* en que hable de mí misma, de vuestros ministros, de vuestras hijas y de vos, para que conozca la más remota posteridad las virtudes de Luis el *muy amado*. Vamos, señor, otorgadme la orden de encierro ahora mismo; he aquí tinta y pluma para extenderla. Y pronunciando estas palabras, presentó al rey una pluma y un tintero que estaban sobre el velador.

El monarca, al verse desafiado de aquella manera, meditó un momento y dijo levantándose: —Bien está: quedaos con Dios, señora.

—¡Mis caballos! —gritó la favorita respondiendo al saludo de Luis XV que se dirigía hacia la puerta. —¡Chon! —añadió madame du Barry. Enseguida se presentó su hermana.

—Pronto, pronto: mis maletas y todo lo necesario para el viaje, porque marchamos al momento.

—¡Marcharnos! —repitió Chon con el mayor asombro—. ¿Pues qué ocurre?

—Querida mía; ocurre que si nos detenemos media hora, va a encerrarnos Su Majestad en la Bastilla; ya ves que no debemos perder tiempo; conque apresúrate.

—Estas palabras hirieron vivamente a Luis XV, que se acercó a la condesa y la cogió de la mano diciendo:

—Vamos, perdonad mi ligereza.

—Admirada estoy —replicó la favorita—, de que no me hayáis amenazado con la horca.

—¡Oh! condesa.

—Justamente. ¿No se ahorca a los ladrones?

—¿Y qué?

—¿No estoy robando el puesto a madame de Grammont?

—¡Condesa!

—Señor, ese es mi delito.

—Si queréis ser justa, escuchadme, y conoced que me habéis exasperado.

—¿Y qué más?

—Ambos hemos procedido mal y debemos perdonarnos mutuamente —continuó el monarca.

—¿Deseáis en serio una reconciliación?

—Por mi honor os lo aseguro.

—Chon, retírate.

—¿Y nada dispongo? —interrogó la joven a su hermana.

—Al contrario: dispón todo lo que he mandado.
—¡Condesa!
—Pero aguarda mis últimas órdenes.
—Bien —repuso Chon saliendo de la estancia.
—¿Conque me amáis? —preguntó la condesa al rey.
—Más que a todo el mundo.
—Pensad bien lo que decís, señor.
Efectivamente, Luis XV reflexionó, pero ya no podía volverse atrás, y por otra parte, deseaba conocer hasta qué punto llegarían las exigencias de su vencedora.
—Hablad —la dijo.
—Ahora mismo, y escuchad bien lo que os diga. Ya sabéis que yo iba a partir sin pediros la menor cosa.
—Es verdad.
—Pues bien; si me quedo pediré algo.
—¿Qué pediréis? sepamos.
—Perfectamente lo sabéis.
—No adivino.
—¡Oh! sí: os lo conozco en el gesto.
—¿La caída de M. de Choiseul?
—Justamente.
—Es imposible, condesa.
—Pues entonces mis caballos.
—Pero atendedme, atolondrada...
—O la orden de mi encierro en la Bastilla, o la caída de vuestro ministro.
—Existe un medio entre esos dos extremos.
—Agradezco vuestra clemencia; ya veo que, según parece, podré marchar sin que se me moleste.
—Condesa, sois mujer.
—Afortunadamente.
—Y habláis de política como mujer colérica y revoltosa. No tengo razones para despedir a M. de Choiseul.
—Esto es, al ídolo de vuestros parlamentos, al que apoya su rebelión.
—Además, que no tengo excusa alguna.
—Las excusas son propias de los débiles.
—Condesa, M. de Choiseul es un hombre honrado y éstos escasean mucho.

—Decís bien, es un hombre honrado que os vende a la magistratura, que se va apoderando de todo el oro de vuestro reino.
—Condesa, no extreméis las cosas.
—Si no es todo es la mitad.
—¡Dios mío! —exclamó Luis XV desconcertado.
—Por otra parte —prosiguió la favorita—, confieso que soy muy necia. ¿Qué me importan los parlamentos, los Choiseul y su gobierno? ¿Qué me importa el rey, supuesto que únicamente soy plato de segunda mesa?
—¿Otra vez?
—Siempre, señor.
—Ea, os pido dos horas para reflexionar.
—Sólo diez minutos. Paso a mi gabinete, y me daréis respuesta por debajo de la puerta; ahí tenéis papel, pluma y tintero. Si dentro de diez minutos no me respondéis o no lo hacéis a mi gusto... ¡Adiós, señor!... No debéis pensar más en mí, pues me marcharé. De lo contrario...
—¿De lo contrario?
—Dad vuelta al bastidor y cederá la clavija.
Por mostrar dignidad Luis XV besó la mano de la condesa, que al retirarse le dirigió su más provocativa mirada.
El rey no impidió su salida, y ella se encerró en la habitación inmediata.
Transcurridos cinco minutos, un papel cuidadosamente plegado, rozó el acolchado de seda de la puerta y el estambre del tapiz.
Lo leyó con avidez la condesa, escribió enseguida algunas palabras con un lapicero en un papel, y arrojó éste a M. de Richelieu, que se paseaba en el patio debajo de un tejadillo muy temeroso de que le vieran.
El mariscal desdobló el papel, lo leyó, y sin detenerse un segundo a pesar de sus sesenta y cinco años, se metió en su carroza, y gritó al cochero:
—A escape para Versalles.
El billete que la condesa arrojó por la ventana, decía lo siguiente:
«He sacudido el árbol y ha caído la cartera.»

LXXIX

DEL MODO QUE TRABAJABA LUÍS XV CON SU MINISTRO M. CHOISEUL

Al siguiente día ocurrían muchas novedades en Versalles: todos los que se encontraban se dirigían palabras misteriosas, dándose apretones de mano, o se cruzaban de brazos mirando al cielo y expresando de este modo su pesar y su sorpresa.

M. de Richelieu, con no pocos partidarios suyos, encontrábase a las diez de la mañana en Trianón, en la antecámara del rey.

Emperifollado el conde Juan y resplandeciente con sus bordados, conferenciaba con el anciano mariscal, revelando la mayor satisfacción, a juzgar por su risueño semblante.

A las once pasó el rey a su gabinete por medio de todos sus cortesanos, pero sin hablar con ninguno de ellos. Su Majestad andaba muy de prisa.

A las once y cinco minutos se apeó de su coche M. de Choiseul y cruzó la galería con la cartera debajo del brazo.

Cuando llegó a la antecámara advirtió un gran movimiento: producíalo el empeño de los que aparentaban hablar y volvían las espaldas para no saludar al ministro.

El duque, sin darse por enterado, entró en el gabinete en que el rey se entretenía en registrar un legajo de papeles mientras que tomaba chocolate.

—Duque, buenos días —le dijo el rey amistosamente—, ¿qué tal? ¿venís muy deseoso de trabajar esta mañana?

—Señor, M. de Choiseul siempre está pronto a complacer a Vuestra Majestad; pero el ministro se encuentra muy enfermo, y viene a suplicar a Vuestra Majestad que admita su dimisión. Doy un millón de gracias. a mi rey porque me ha otorgado esta iniciativa; nunca olvidaré este favor que me obliga a un eterno agradecimiento.

—¡Cómo, duque! ¡Vuestra dimisión! ¿Qué significa esto?

—Señor, Vuestra Majestad firmó ayer y puso en manos de madame du Barry una orden por la cual me destituye, y esta noticia se ha esparcido ya en París y en Versalles. El mal está ya hecho, y no obstante, no me ha parecido conveniente para el interés público, abandonar el servicio de Vuestra Majestad antes de recibir dicha orden y la necesaria autorización, pues habiendo sido nombrado oficialmente, únicamente puedo considerarme

legalmente destituido por un acto oficial.
—¡Cómo, duque! —exclamó el rey riéndose, porque la severa y digna actitud de M. de Choiseul le inspiraba respeto—, ¿es posible que poseyendo tanto talento hayáis caído en eso?
—Pero, señor —repuso sorprendido el ministro—, vos habéis firmado...
—¿Qué?
—Una carta que posee madame du Barry.
—¡Ah, duque! ¿nunca habéis necesitado hacer las paces? Soy muy feliz, en efecto, y madame de Choiseul es un modelo.
Ofendido el duque por la comparación arrugó las cejas.
—Vuestra Majestad —contestó— tiene un carácter demasiado elevado y recto para confundir con los negocios del Estado lo que se ha dignado entender por asuntos domésticos.
—Choiseul, es forzoso que os lo refiera todo, pues ha sido cosa divertida; ya sabéis que por allá se os teme.
—Es decir, señor, que se me aborrece.
—Como queráis: la verdad es que esa loca me ha puesto en la alternativa de que la encierre en la Bastilla, o que os dé las gracias por vuestros servicios.
—Pues bien, señor...
—Reconocéis que hubiera sido una gran desgracia perder el golpe de vista que ofrece Versalles esta mañana. Así que, desde ayer me divierto en ver cómo marchan correos en todas direcciones, y cómo se estiran y encogen los rostros de mis cortesanos. Ya lo veis, desde ayer gobierna a Francia Guardapié III, lo cual es en extremo agradable.
—¿Pero el fin de todo eso, señor?
—Él fin, mi querido duque, será siempre el mismo. Me conocéis bien, y no sabéis que aunque siempre aparento ceder, nunca cedo. Tolerad que las mujeres chupen la dedada de miel que les arrojo de vez en cuando, como hacían los que pretendían adormecer a Cerbero, y vivamos nosotros tranquilos, imperturbables y siempre unidos. Sin embargo, ya que hemos llegado por este incidente a la época de las explicaciones, retened en la memoria lo que voy a deciros. Sean cuales fueren los rumores que oigáis, sea cual fuere el contenido de cualquier carta mía que recibáis, no por eso dejéis de venir a Versalles. En tanto que os diga lo que ahora estáis oyendo, seremos buenos amigos.
El rey tendió la mano al ministro, que se inclinó sin manifestar su gratitud ni

su resentimiento.
—Y ahora, duque, trabajemos si gustáis.
—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad —contestó M. de Choiseul abriendo la cartera.
—Y para empezar decidme algo acerca de los últimos fuegos artificiales.
—¡Oh! Han causado lamentables desgracias, señor.
—¿Quién ha tenido la culpa?
—M. de Bignon, preboste de los mercaderes.
—Se habrá escandalizado el pueblo.
—Mucho, señor.
—De suerte que tal vez deberíamos destituir a M. de Bignon.
—El parlamento, uno de cuyos individuos ha estado expuesto a sucumbir en medio del tumulto, tomó la cosa muy a pecho; pero el abogado general Segnier, ha pronunciado un elocuente discurso para demostrar que todas aquellas desgracias han sido obra de la fatalidad. Ha sido aplaudido y la cuestión no ha tenido consecuencias.
—Tanto mejor. Hablemos ahora de los parlamentos y sepamos lo que nos echan en cara.
—Señor, nos echan en cara, que no he defendido a M. de Aiguillon contra M. de Chalotais, pero, ¿quién se ocupa de eso? Los mismos que recibieron con mil aplausos la carta de Vuestra Majestad. Tened entendido, señor, que M. de Aiguillon ha extralimitado sus facultades en Bretaña, que los jesuitas estaban efectivamente desterrados y que M. de Chalotais tenía razón, pues Vuestra Majestad ha reconocido por un acto público la inocencia del procurador general. El rey jamás se desdice; no importa que lo haga cuando habla con su ministro, pero cuando habla con su pueblo...
—Mientras se consideran fuertes los parlamentos.
—Y lo son, en realidad. ¿No sabéis que se prende a sus miembros, que se les veja, que se les multa, y que luego se les declara inocentes? Necesariamente han de ser fuertes. No he acusado a M. de Aiguillon de haber dado principio al asunto de la Chalotais; pero nunca podré perdonarle los errores que ha cometido, esto es, el no haber tenido razón.
—Vamos, duque, el mal está causado; ocupémonos en el remedio. ¿Cómo contendremos a esos insolentes?
—Que concluyan las intrigas del canciller, que falte apoyo a M. de Aiguillon y se apagará la cólera del parlamento.

—Pero eso es ceder por mi parte.
—¿Y quién ostenta la representación de Vuestra Majestad, M. de Aiguillon o yo?
El argumento era contundente y el rey lo conoció.
—Ya sabéis —dijo—, que no deseo disgustar a mis servidores aun cuando conozca que se equivocan. Pero dejemos ya eso, pues el tiempo nos hará justicia a todos, y ocupémonos del exterior... Me aseguran que tendremos guerra.
—Señor, si llega ese caso será una guerra leal y necesaria.
—Con los ingleses... ¡Demonio!
—¿Teme por ventura Vuestra Majestad a los ingleses?
—¡Oh! lo que es en el mar...
—Tranquilícese Vuestra Majestad. El duque de Praslin, primo mío y ministro de marina, os informará que tiene sesenta y cuatro navíos, sin mencionar los que están en los arsenales, así como materiales para construir doce más en un año, con cincuenta fragatas de línea por añadidura, lo cual suma una fuerza respetable para una guerra marítima. En cuanto a la guerra continental estamos mejor, pues tenemos a Fontenoy.
—Duque, perfectamente; pero ¿por qué he de pelear contra los ingleses? Una administración mucho menos hábil que la vuestra, la del abate Dubois, evitó siempre la guerra contra Inglaterra.
—No lo dudo, señor; como que el abate Dubois recibía mensualmente de los ingleses seiscientas mil libras.
—¡Duque! ¡Duque!
—Señor, poseo la prueba.
—Sea así: pero ¿en qué veis motivo para una guerra?
—Aspira Inglaterra a la posesión de toda la India, y he dado a vuestros oficiales órdenes severas y aun hostiles. La primera coalición motivará reclamaciones por parte de Inglaterra, y mi parecer es que no debemos satisfacerlas, pues es forzoso que el gobierno de Vuestra Majestad sea respetado por su fuerza, ya que hasta aquí, sólo lo ha sido por la corrupción.
—Lo prudente es dar tiempo al tiempo, porque, ¿quién puede saber en la India lo que aquí hacemos? ¡Están tan lejos!
El duque se mordió los labios y dijo:
—Hay otro *casus belli* mucho más inmediato para nosotros.
—¿Cuál?

—Pretenden los españoles la posesión de las islas Malvinas y Falkland; los ingleses habían ocupado arbitrariamente el puerto de Egmont; pero los españoles los han arrojado de él violentamente: de ahí proviene el furor de Inglaterra, y al presente amenaza a sus contrarios, si éstos no le dan satisfacción.
—Bien: si los españoles han procedido mal con los ingleses, los dejaremos que se compongan.
—¿Y el pacto de familia? ¿Por qué os habéis empeñado en hacer firmar ese pacto, que liga fuertemente a todos los borbones de Europa contra las empresas de Inglaterra?
El rey inclinó la frente.
—Señor, no os impacientéis —continuó Choiseul—; tenéis un ejército formidable, una marina imponente, y dinero, pues yo sé encontrarlo sin que sufran los pueblos. Si emprendemos una guerra, ella aumentará la gloria del reinado de Vuestra Majestad, pues estoy proyectando un engrandecimiento, cuyo pretexto y excusa nos ofrecen otros.
—Perfectamente, duque; pero siquiera tengamos paz en el interior; no debemos buscar la guerra en todas partes.
—Señor, el interior está pacífico —replicó Choiseul fingiendo que no comprendía.
—No ciertamente, no; vos lo sabéis perfectamente. Vos me amáis y me servís bien; pero hay otros que suponen amarme y que obran de distinto modo que vos: es preciso por lo tanto armonizar estos dos sistemas, a fin de que yo pueda vivir dichoso.
—No dependerá de mí el que vuestra felicidad deje de ser absoluta.
—Eso se llama hablar. Perfectamente, iréis hoy a comer conmigo.
—¿A Versalles, señor?
—No, a Luciennes.
—¡Oh! ¡señor! lo siento con toda mi alma; pero mi familia está muy alarmada con la noticia que ayer se esparció, y me conceptúa caído de la gracia de Vuestra Majestad. Ya veis, señor, que no debo tolerar que padezcan por más tiempo tan buenos corazones.
—¿Creéis, duque, que no padecen las personas de las cuales os hablo? Acordaos de lo bien que vivíamos los tres en tiempo de la pobre marquesa.
Bajó la cabeza el duque, oscureciéndose sus ojos y un suspiro se escapó de su pecho al responder:

—Madame de Pompadour era sumamente celosa de la gloria de Vuestra Majestad y abrigaba profundas ideas políticas. Declaro que su genio simpatizaba con mi carácter, y frecuentemente me he unido a ella para llevar a cabo grandes empresas; os digo, señor, que nos entendíamos.
—Pero se entrometía en la política del gobierno, y todos la censuraban por esto.
—Es verdad.
—La condesa, por el contrario, es humilde como un cordero, y ni siquiera ha solicitado hasta hoy un solo mandamiento de prisión contra los libelistas y cancioneros. Pues bien, duque; a pesar de eso la critican lo mismo que a la otra. Esto me indispone contra el progreso de las ideas. ¿Conque queréis venir a hacer las paces a Luciennes?
—Señor, dispensadme la bondad de decir a la condesa du Barry que la conceptúo una mujer encantadora y digna del amor de un rey; pero...
—¡Vaya un *pero* cruel!
—Pero convencido estoy —confirmó M. de Choiseul—, de que si Vuestra Majestad es necesario a la Francia, más necesario es hoy a Vuestra Majestad un buen ministro que una bellísima amante.
—Dejemos de hablar de este asunto y continuemos siendo buenos amigos. No obstante, lisonjead a madame de Grammont, y haced de modo que no trame alguna cosa contra la condesa, porque las mujeres son capaces de embrollarnos.
—Señor, la falta de madame de Grammont se reduce a desear siempre complacer a Vuestra Majestad.
—Pero incurre en mi desagrado molestando a la condesa.
—Por eso se aleja, señor, y no volverá a la corte; de modo que la condesa tendrá un enemigo menos.
—No es eso lo que debe hacerse, en mi opinión, y veo que lleváis las cosas demasiado lejos. Pero la cabeza me arde, duque, pues hemos trabajado esta mañana como Luis XIV y Colbert, convirtiéndonos en *Siglo grande*, según dicen los filósofos. A propósito, duque, ¿sois filósofo?
—Soy un servidor de Vuestra Majestad —respondió M. de Choiseul.
—Me gustáis sobremanera, y nunca podré recompensaros como merecéis. Vamos, dadme el brazo, porque estoy algo mareado.
El duque apresuróse a obedecer.
Sabía que iban a abrirse las dos grandes hojas de la puerta, y no se le ocultaba

que toda la corte, diseminada en la galería, iba a contemplarle en tan espléndida posición. Después de haber sufrido tanto, no le pesaba mortificar algo a sus enemigos.
En efecto, el ujier abrió la puerta y anunció al rey.
Luis XV, sin cesar de hablar con monsieur de Choiseul, dirigiéndole afectuosas sonrisas y apoyándose en su brazo, cruzó por entre la multitud sin observar, o sin querer advertir, la palidez de Juan du Barry y los colores que cubrían el rostro de M. de Richelieu.
Observó M. de Choiseul aquella diferencia de sentimientos, y pasó con serenidad, con afectada arrogancia, por delante de los cortesanos, que entonces se le aproximaban tanto como se habían separado de él cuando se dirigía al gabinete del rey.
—Aguardadme aquí —le dijo el rey—, pues deseo que me acompañéis a Trianón; acordaos de todo cuanto os he dicho.
—En mi corazón queda grabado —repuso el ministro, reconociendo que esta frase hería profundamente a todos sus contrarios.
Entró el rey al mismo tiempo en sus habitaciones.
M. de Richelieu rompió la fila de cortesanos y se precipitó a estrechar entre sus enjutas manos las del ministro, diciéndole:
—Ya hace mucho tiempo sé que un Choiseul tiene el alma muy pegada al cuerpo.
—¡Gracias! —respondió el duque, que sabía a qué atenerse.
—Pero ese rumor absurdo... —añadió el mariscal.
—Ese absurdo rumor ha entretenido mucho a Su Majestad —repuso Choiseul,
—Hablábase de una carta...
—De una manifestación atribuida al rey—, observó el ministro, lanzando este apóstrofe a Juan du Barry, que no sabía que pensar.
—¡Bravo!, ¡bravísimo! —agregó el mariscal, dirigiéndose al conde, tan pronto hubo desaparecido el duque de Choiseul.
Volvió el rey a salir y dirigióse a la escalera al ministro.
—Pues, señor, nos han ganado la batalla —dijo el mariscal a Juan.
—¿Y a dónde van ahora?
—Al pequeño Trianón, a reírse de nosotros.
—¡Malditos sean! —exclamó Juan—. ¡Ah, dispensad, señor mariscal!
—Ahora me toca a mí —respondió éste en voz baja—, Veremos si mis

recursos son más eficaces que los de la condesa.

LXXX

EL REY Y SU MINISTRO EN EL PEQUEÑO TRIANÓN

Cuando Luis XIV vio concluido el palacio de Versalles y reconoció los inconvenientes de la grandeza; cuando se presentaron a su imaginación aquellos amplios salones llenos de guardias, aquellas antecámaras obstruidas" por un enjambre de cortesanos, aquellos corredores y entresuelos en que apenas podían moverse los lacayos, pajes y comensales, dijo sencillamente que Versalles era lo que él había pretendido hacer, y lo que Mansard, Le Brun y Le Notre habían hecho, es decir, la mansión de un Dios, pero no la residencia de un hombre.

Entonces el gran rey, que era hombre en sus momentos de ocio, construyó a Trianón para poder respirar y esconderse un poco de los escudriñadores de su vida privada. Pero la espada de Aquiles, que había fatigado al mismo Aquiles, debía ser un peso excesivo para un sucesor monicaco.

Trianón, especie de repetición de Versalles, aun pareció a Luis XV excesivamente deslumbrador y espléndido, por lo cual encargó al arquitecto Gabriel que levantase el pequeño Trianón, pabellón de sesenta pies cuadrados.

Levantóse a la izquierda del edificio un espacio paralelogramo sin carácter y sin adornos, dedicado a habitaciones de la servidumbre y comensales. Subdividíase en unos diez aposentos principales, y como cincuenta para la servidumbre, que todavía pueden verse hoy, pues se conservan íntegros. Aquella obra constaba de planta baja, principal y de los altos correspondientes. La planta baja estaba defendida y resguardada por un foso de piedra que le separaba del resto principal de la construcción: todas las ventanas eran de celosía; por la parte de Trianón daban vista a un extenso corredor semejante al de un convento.

Ocho o nueve puertas conducían desde el corredor a los aposentos que constaban de una antecámara con dos gabinetes, uno a derecha y otro a izquierda, y un dormitorio, todos con luces al patio interior del edificio.
Se hallaban las cocinas debajo de este piso, y en la parte alta los cuartos de los criados. Tal era el pequeño Trianón.
Agréguese una capilla dispuesta a unas veinte toesas del palacio, cuya descripción no haremos por creerla innecesaria, y porque el tal palacio sólo servía para hospedar cuando más a una familia, como hoy suele decirse.
De suerte que tenemos la topografía siguiente: un palacio con vista al parque y al bosque, dando la izquierda a las habitaciones de la servidumbre, que únicamente le oponen ventanas con rejas; ventanas de corredores o de cocinas ocultas por espesos emparrados.
Pasábase desde el gran Trianón, mansión solemne de Luis XV, al pequeño, por una huerta que ponía en comunicación las dos residencias a favor de un puente de madera.
Por la expresada huerta, dibujada y dirigida por La Quintinie, llevó Luis XV a M. de Choiseul al pequeño Trianón, después de la trabajosa sesión de que hemos dado cuenta al lector, pues deseaba hacerle ver las mejoras que había introducido en la nueva morada del delfín y de la delfina.
Lo examinaba M. de Choiseul, y comentaba todo con la sagacidad de un cortesano; dejaba que el rey dijese que el pequeño Trianón era de día en día más bello, más encantador, y el ministro agregaba que aquélla era la casa de la familia de Su Majestad.
—La delfina —dijo—, es como todas las jóvenes alemanas, algo brusca: habla correctamente el francés, pero conserva hasta cierto punto el acento austriaco que hiere a los oídos franceses. En Trianón, no hablando más que entre amigos y cuando lo desee, irá desapareciendo ese defecto.
—De lo cual resulta que hablará bien.
—He advertido —dijo M. de Choiseul—, que Su Alteza Real es una dama completa, a la que nada falta para la perfección.
Los dos personajes hallaron al paso al delfín en medio de una praderita, ocupado en tomar la altura del sol.
Le saludó respetuosamente M. de Choiseul; mas como el delfín no le dirigió la palabra, tampoco desplegó los labios.
El rey dijo con voz bastante acentuada para que su hijo lo oyese:
—Luis es un sabio; pero no hace bien en romperse la cabeza con el estudio de

las ciencias, porque su mujer lo pagará.
—No, ciertamente —respondió una vocecilla de mujer que salía de un matorral.
Y al momento se adelantó hacia el rey la delfina, que hablaba con un hombre cargado de papeles, de lápices y de compases.
—Señor —expuso la princesa—: he aquí a mi arquitecto M. Mique.
—¡Ah! —replicó Luis XV—. ¿También tenéis esa enfermedad?
—Señor, es enfermedad de familia.
—¿Conque también os dedicáis a las edificaciones?
—Pienso adornar este extenso parque, en el cual se aburre todo el mundo.
—¡Oh! ¡Oh! ¡Hija mía! Decís eso en tono muy alto: el delfín puede oíros.
—Es cosa decidida entre nosotros.
—¿Habéis convenido en fastidiaros?
—No, sino en divertirnos.
—¿Y Vuestra Alteza Real se complace en esas construcciones?
—Señor duque, deseo convertir este parque en un jardín.
—¡Pobre Le Notre! —dijo el rey.
—Señor, Le Notre era un excelente profesor para lo que entonces se estilaba; mas para lo que yo pretendo...
—¿Y qué pretendéis?
—La Naturaleza.
—¡Ah! como los filósofos.
—O como los ingleses.
—Sí; repetid nuevamente eso delante de Choiseul y tendréis una declaración de guerra. Veréis qué poco tarda en amenazaros con los sesenta y cuatro navíos y las cuarenta fragatas de su primo M. de Praslin.
—Señor, deseo que M. Robert me trace aquí un jardín natural, pues es el hombre más hábil del mundo para esta clase de obras.
—¿Qué entendéis por jardines naturales? —preguntó el rey—. Yo creía que los árboles, las flores y las frutas que he visto al atravesar esas huertas, son las cosas más naturales que pueden hallarse.
—Señor, aunque os ocupaseis paseando cien años consecutivos en ellas, siempre hallaréis guardarrayas en línea recta, o paredes formando ángulos de cuarenta y cinco grados, según dice el delfín, o estanques con orillas cubiertas de césped, con perspectivas más o menos pintorescas, con tres bolillos o terrados.

—¿Y eso no es bonito?
—Al menos no es natural.
—He aquí una joven princesa que con delirio ama a la Naturaleza. Veamos lo que proyectáis hacer de mi Trianón.
—Cascadas, riachuelos, puentes, grutas, rocas, bosques, calzadas, casas, montes y praderas.
—¿Para muñecas? —interrogó el rey.
—No, señor; para reyes como nosotros —replicó la delfina sin observar el color purpúreo que cubrió el rostro de su abuelo, y sin conocer que presagiaba contra sí misma una lúgubre verdad.
—Es decir, que deseáis trastornarlo y destruirlo todo; pero ¿qué edificaréis?
—Yo conservo.
—¡Ah! Al fin tendremos la satisfacción de que en esos bosques y en esos riachuelos no estarán vuestros huéspedes como hurones o como esquimales. En ello nada perderían, pues se hallarían como en su centro, mereciendo que Rousseau les llamase hijos de la Naturaleza. Ejecutad eso, hija mía, y os adorarán los enciclopedistas.
—Mi servidumbre, señor, tendría mucho frío en semejantes habitaciones.
—¿Y en dónde vais a aposentarla si todo lo destruís? Supongo que no será en el palacio, pues apenas cabéis los dos.
—Señor, quiero conservar las habitaciones de la servidumbre como hoy están.
Y al propio tiempo señaló la delfina las ventanas del corredor de que hemos hablado ya.
—¿Qué es lo que veo? —dijo el rey poniendo la mano delante de los ojos para que le sirviese de pantalla.
—Señor, una mujer —contestó M. de Choiseul.
—Una señorita que he recibido a mi servicio —observó la princesa.
—Es la señorita de Taverney —agregó Choiseul.
—¡Ah! —exclamó el rey—. ¿Con que tenéis aquí a los Taverney?
—No, señor: únicamente a la señorita de Taverney.
—¡Encantadora joven! ¿Para qué la destináis?
—Para lectora mía.
—Muy bien —dijo el rey sin apartar la vista de la ventana por la cual miraba hacia el parque, pálida aún de resultas de su enfermedad, la señorita de Taverney, sin suponer que la estaban observando.

—Está muy descolorida —observó monsieur de Choiseul.
—Señor duque, se vio muy expuesta en la noche del treinta y uno de mayo.
—¿Es cierto? ¡Pobre joven! —replicó el rey—. Ya comprendo que M. Bignon merecía ser destituido.
—Pero ya está restablecida —agregó el ministro con viveza.
—A Dios gracias, señor duque.
—¿Qué es eso; se retira?... —exclamó Luis XV.
—Habrá reconocido a Vuestra Majestad, y como es tan tímida...
—¿Hace mucho tiempo que se encuentra en vuestra compañía?
—Señor, desde ayer: la he mandado venir tan pronto como me he instalado.
—Es habitación triste para una joven; el diablo de Gabriel era muy torpe, pues no previo siquiera que creciendo los árboles eclipsarían ese edificio hasta el punto de que no viésemos nada.
—Os aseguro, señor, que los aposentos no son malos.
—Eso no puede ser —repuso Luis XV.
—¿Desea Vuestra Majestad visitarlos? —contestó la delfina deseosa de hacer los honores de su casa.
—Con mucho gusto. ¿Venís, Choiseul?
—Ya son las dos, señor, y a las dos y media debo estar en el parlamento, de modo que sólo me queda el tiempo necesario para regresar a Versalles.
—Bien, bien, duque, marchad y traedme a mandamiento a la gente de toga. Delfina, enseñadme esas habitaciones si os agrada, pues me gustan muchísimo las interioridades.
—Venid, señor Mique —dijo la delfina a su arquitecto—, pues así tendréis ocasión de recibir algunos consejos de Su Majestad que tanto entiende de todo.
Seguido de la delfina empezó a andar el rey, y ambos subieron la gradería que conduce a la capilla, dejando a un lado el camino de los patios.
La puerta de la capilla se encuentra a mano izquierda, y a la derecha la escalera sencilla que conduce al corredor en que están situadas las habitaciones.
—¿Aquí quien vive? —preguntó, Luis XV
—Nadie, señor.
—No obstante, veo una llave colocada en la puerta del primer aposento.
—¡Ah! Es cierto; la señorita de Taverney está amueblando su cuarto.
—¿Es éste? —dijo nuevamente el rey señalando la puerta.

—Sí, señor.
—¿Y se encuentra en él? En ese caso no entremos.
—Ahora mismo ha bajado.
—Pues bien: mostradme un cuarto para distraerme.
—Como gustéis, señor.
Y al decir esto, condujo al rey al único aposento que había, precedido de una antesala y de dos gabinetes.
Unos cuantos muebles arreglados, varios libros y un piano excitaron la atención del Rey, y sobre todo un hermoso ramillete compuesto de las más lindas flores, que la señorita de Taverney había ya colocado en una jarra.
—¡Ah! —exclamó el rey—. Bellísimas flores. ¡Y pretendéis destruir el jardín!... ¿Quién suministra a vuestra servidumbre semejantes flores?... ¿No las tenéis vos?
—En efecto, es lindo ese ramillete.
—Parece que el jardinero se acuerda de la señorita de Taverney. ¿Quién es ese jardinero?
—Lo desconozco: M. de Jussieu me los proporciona.
Examinó el rey con curiosidad la habitación, miró hacia la parte exterior y a los patios y se retiró.
De nuevo cruzó Su Majestad el parque y volvió al gran Trianón, en donde le aguardaban sus equipajes para una cacería que debía durar desde las tres hasta las seis de la tarde.
El delfín continuaba tomando la altura del sol.

LXXXI

CONSPIRANDO

Mientras el rey; con el propósito de tranquilizar enteramente a M. de Choiseul y aprovechar el tiempo, se paseaba en Trianón aguardando la hora de la cacería, Luciennes era el centro de reunión de conspiradores atolondrados que llegaban encogidos a la morada de madame du Barry, lo mismo que los pájaros que huelen la pólvora del cazador.

El mariscal de Richelieu y Juan, después de haberse estado contemplando largo espacio de muy mal talante, fueron los primeros que adoptaron su partido.

Eran los demás favoritos ordinarios, a quienes la desgracia de los Choiseul había hechizado, a quienes había conmovido la vuelta al favor del mismo, y que no pudiendo arrimarse al ministro se encaminaban a Luciennes maquinalmente para ver si el árbol estaba aún bastante fuerte para sostenerlos.

Madame du Barry, después de las fatigas de la diplomacia y del triunfo ficticio que las había coronado, dormía la siesta cuando el coche de Richelieu entró en el patio con el ruido de un huracán.

—Está durmiendo ama du Barry —dijo Zamora sin levantarse.

Juan echó a rodar al gobernador por el suelo de un puntapié que aplicó en los bordados fondillos de su vestido de ceremonia, y el pobre negrillo puso el grito en el cielo.

Al momento se presentó Chon, y dijo a su hermano:

—Eres un hombre brutal, pues siempre te complaces en lastimar a ese pobrecillo.

—Y soy también capaz de exterminarle —contestó Juan mirándole con unos ojos que despedían llamas—, si al momento no despiertas a la condesa.

Pero no había necesidad de hacerlo, porque los gritos del gobernador y las voces de Juan revelaban alguna desgracia a madame du Barry y acudía al lugar de la escena envuelta en una bata.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó asustada al ver que Juan se había tumbado a la larga en un sofá para calmar las agitaciones de su bilis, y que el mariscal no le besaba la mano.

—Hay —respondió Juan—, que con todos los diablos tenemos otra vez y siempre a los Choiseul.
—¡Cómo!
—Más firmes que nunca, condesa; así me parta un rayo.
—Pero ¿qué quieres decir?
—Tiene razón el señor conde du Barry —agregó Richelieu—, tenemos asegurado más que nunca al señor duque de Choiseul.
La condesa sacó del pecho el billete del rey, y preguntó sonriéndose:
—¿Y qué es esto?
—¿Lo habéis leído bien, condesa? —repuso el mariscal.
—Me parece que ya sé leer —respondió madame du Barry.
—Señora, no lo dudo. ¿Me consentís que yo también lo lea?
—Con mucho gusto.
El duque desdobló el billete lentamente y leyó lo siguiente:

«Mañana daré las gracias a M. de Choiseul por sus servicios: me comprometo solemnemente a hacerlo.
Luis.»

—Creo que eso está claro.
—¡Oh! muy claro, condesa —repuso el mariscal haciendo una mueca.
—¿Y qué queréis decir? —refunfuñó Juan.
—Que mañana obtendremos la victoria, y que por lo tanto nada se ha perdido.
—¡Cómo mañana! Si el rey firmó ayer este papel... Ese mañana es hoy.
—Perdonad, señora, como el billete no tiene fecha, mañana será siempre el día siguiente a aquel en que pretendáis derribar a M. de Choiseul. Esto me recuerda que en la Calle de Grange-Batelière, como a unos cien pasos de mi casa, existe un fonducho, en cuya puerta se lee en grandes letras pintadas con almazarrón: *Mañana se fiará aquí*. Es evidente que nunca llega ese mañana.
—El rey se ha burlado de nosotros —dijo Juan.
—Eso es imposible —murmuró la condesa desconcertada—, de todo punto imposible, porque semejante superchería la considero indigna de...
—¡Ah!, señora, Su Majestad es muy dado a bromas — observó Richelieu.
—Me las ha de pagar, duque, me las pagará —añadió la condesa con alterado acento.

—Pero, por otro lado, no tenéis razón para quejaros del rey, ni podéis acusarle de engaño, supuesto que ha cumplido lo que os prometió.
—Vamos, vamos, eso ya pasa de la raya — dijo Juan.
—¿Y qué me prometió? —preguntó madame du Barry—. Dar las gracias a M. de Choiseul por sus servicios.
—Pues bien, se las dio y muy cumplidas, como yo mismo lo he visto. Esa frase, condesa, tiene dos sentidos, y en diplomacia cada cual acepta el que prefiere. Vos habéis elegido uno y el rey otro, de suerte que se ha hecho imposible toda discusión sobre lo que significaban las palabras *dar gracias y* la palabra *mañana*. Pensáis que el rey debía cumplir hoy la promesa que os hizo ayer, y en su opinión la ha cumplido, pues repito que he oído cómo daba las gracias a M. de Choiseul.
—Yo creo, duque, que ésta es muy mala ocasión para bromas.
—¿Y podéis creer que me bromee, condesa? Preguntádselo al conde Juan.
—No, no, por Cristo: no estamos para chanzas esta mañana. M. de Choiseul se ha visto abrazado, adulado, festejado por el rey, y en este momento se pasean ambos de un brazo en Trianón.
—¡Del brazo! —repitió Chon que se presentó en el gabinete alzando las manos al cielo como un nuevo modelo de la Niobe desesperada.
—Sí, me ha engañado —repuso la condesa—, pero nos veremos despacio. Chon, por lo pronto es necesario que no sigan adelante mis preparativos, pues no asistiré a la cacería.
—¡Bueno! —dijo Juan.
—Calma —replicó Richelieu—, no nos precipitemos indiscretamente... ¡Ah! perdonad, condesa, me he tomado la libertad de aconsejaros... perdonad.
—¡Oh!, duque, continuad por Dios, pues podéis y debéis hacerlo, porque se me figura que voy a volverme loca. El hecho es que nunca quiero mezclarme en política, y el día en que por casualidad me veo obligada a hacerlo, el diablo me arroja en medio de ella vestida y calzada. ¿Qué decíais, duque?
—Que no es conveniente vuestra incomodidad, por lo mismo que la situación es difícil. Si el rey insiste en conservar a Choiseul, si la delfina influye poderosamente en él, si se divierte con vos en esa forma, es preciso...
—¿Qué?
—Que seáis más amable de lo que sois, condesa, ya sé que eso es imposible; pero en fin, no desconocéis que debemos hacer imposibles en las presentes circunstancias: procurad, pues, seguir mi consejo.

Madame du Barry se puso a meditar.
—Porque al fin —prosiguió el duque—, no será extraño que el rey adopte las costumbres alemanas.
—¿Y si piensa ser virtuoso? —exclamó Juan poseído de horror.
—¡Quién sabe! La novedad tiene mucho atractivo.
—Respecto a los temores de Juan —respondió la condesa—, se me figura que son infundados.
—Ya se han visto cosas mucho más sorprendentes, condesa, y el ejemplo del diablo convertido en ermitaño... En fin, es necesario no atufarse.
—Pero si me ahoga la cólera...
—Bien lo creo, pero lo que interesa es que el rey, o lo que es igual, M. de Choiseul, no lo conozca: enojaos delante de nosotros, pero respirad tranquilamente en su presencia.
—¿Y debo ir a la cacería?
—Será un golpe hábil.
—¿Y vos, duque, iréis también?
—¡Oh! Iré aun cuando necesite andar con pies y manos.
—No, no, iréis en mi coche —dijo la condesa con el objeto de ver la cara que ponía su aliado.
—Condesa —respondió éste con una zalamería que ocultaba su despecho—, me otorgáis tan grande honor...
—Y lo rechazáis, ¿no es eso?
—¡Yo! Líbrame el cielo de semejante cosa.
—Cuidado que vais a comprometeros.
—No me asusta esa noticia.
—¡Y lo confiesa! ¡Y tiene valor para declararlo! —exclamó madame du Barry.
—¿Por qué no? Estoy convencido de que M. de Choiseul nunca me lo perdonará.
—Eso significa que al presente estáis bien con él.
—También debo contar con el enfado de la delfina.
—¿Queréis, pues, que cada cual prosiga la guerra por su cuenta sin partir con el otro los resultados? Aun estamos a tiempo, pues no os halláis comprometido y podéis retiraos, cuando bien os acomode, de la asociación.
—No conocéis mi carácter, condesa —dijo el duque besándole la mano—. ¿Me visteis dudar por ventura el día de vuestra presentación, cuando se

trataba de proporcionaros un vestido, un peluquero y un coche? Pues tampoco dudaré hoy, porque soy mucho más valiente de lo que imagináis.
—De acuerdo estamos y por consiguiente vamos a la cacería, lo cual nos servirá de excusa para no ver, ni oír, ni hablar a alma viviente.
—¿Ni al Rey?
—Por el contrario; deseo dirigirle mil requiebros para desesperarle.
—¡Bravo! eso pertenece a la buena guerra.
—Pero, Juan, ¿qué piensas, enterrado vivo entre cojines? Vamos, levántate.
—¿Deseas saber lo que pienso?
—Sí, dímelo, pues puede sernos de alguna utilidad.
—En cosas muy graves.
—¿En qué?
—En que todos los copleros de la ciudad y del parlamento nos están poniendo en este instante como ropa de pascua; en que las *noticias del día* nos descuartizan sin piedad; en que el *Gacetero invulnerable* nos asesta su lanza, en que el *Diario de los observadores* nos examina hasta la médula de los huesos, y en que mañana hasta el mismo Choiseul nos mirará con compasión.
—¿Y qué sacas de todo eso?
—Que ahora mismo voy a ir a París a comprar vendas y ungüentos para nuestras heridas. Dadme, pues, algún dinero, hermana.
—¿Cuánto queréis? —dijo la condesa.
—Poca cosa, doscientos o trescientos luises.
—Ya lo veis, duque —replicó la condesa a Richelieu—: empiezo a pagar los gastos de la guerra.
—Condesa, esa es nuestra entrada de campaña; sembrad hoy, mañana podréis recolectar.
Encogióse de hombros la condesa con un movimiento apenas perceptible, se levantó, abrió una gaveta y sacó una porción de billetes de cambio que entregó a Juan sin detenerse a contarlos; Juan, por su parte, los metió en el bolsillo lanzando un profundo suspiro.
Acto seguido se levantó, retiróse, se retorció los brazos como un hombre rendido de fatiga, y dio tres pasos por la habitación.
—¿Es decir —exclamó—, que tú y el duque vais a divertiros en una cacería mientras que yo vuelvo a París como un torbellino?; ¿es decir, que vais a uniros a un enjambre de apuestos caballeros y lindas jóvenes, mientras que yo

contemplo los feos y repugnantes rostros de los embadurnadores de papel? Está probado que no soy más que el perro de la casa.
—Duque, debéis tener por cierto —observó la condesa-que Juan no va a acordarse de nosotros en París, sino a dar la mitad de mis billetes a alguna bribona y a jugar la otra mitad en algún garito. He ahí lo que pretende, después de atolondrarme la cabeza con sus quejas y exclamaciones. Vete, Juan, porque me das miedo.
Juan vació en sus bolsillos tres cajitas de anises y, apoderándose de una figura chinesca que tenía ojos de diamantes, salió corriendo perseguido por las maldiciones de la condesa.
—¡Apreciabilísimo joven! —dijo Richelieu con el tono de un paraíso que ensalza en casa ajena a estos muchachos mal educados, sobre los cuales invoca interiormente la cólera del cielo—. Le estimáis mucho, ¿no es verdad condesa?
—Ya lo veis, descansa en mí porque sabe que mi afecto le renta tres o cuatrocientas mil libras al año.
A la vez sonó la campana del reloj.
—Condesa, las doce y media —dijo el duque—; afortunadamente os encontráis casi vestida: presentaos por un instante a vuestros cortesanos para que no presuman que hay eclipse y subamos pronto al coche. ¿Sabéis cómo debe ordenarse la cacería?
—Ayer convino el Rey conmigo en que iríamos al bosque de Marly, una vez reunidos Su Majestad y yo aquí mismo.
—¡Oh! estoy completamente cierto de que el Rey no habrá alterado el programa.
—Enteradme ahora de vuestro plan, porque os toca la vez, mariscal
—Ayer escribí a mi sobrino, señora, y si he de creer mis pensamientos, debe de estar ya en camino.
—¿M. de Aiguillon?
—Extrañaré mucho que no se encuentre con mi carta no lejos de aquí: como que se me figura que llegará mañana lo más tardar.
—¿Y contáis con él?
—Lo que os aseguro es que tiene recursos en su imaginación.
—El resultado de todo es que estamos en grande apuro: el Rey cedería, pero se asusta al aspecto de los negocios.
—De modo que...

—De modo que me presumo que no sacrificará a M. de Choiseul.
—¿Deseáis que os sea franco, condesa?
—Sí, por cierto.
—Pues bien; yo pienso de la misma manera. El rey hará mil veces lo que hizo ayer, porque es hombre de talento, y además tampoco vos os expondréis a perder su amor por una terquedad inconcebible.
Al decir esto miró detenidamente el mariscal a madame du Barry.
—El asunto —dijo ésta—, debe reflexionarse.
—Condesa, ya veis que tendremos ahí a M. de Choiseul por una eternidad, supuesto que para arrebatarle el puesto no es necesario menos que un milagro.
—Sí, ya lo veo; nada menos de un milagro —repitió Juana.
—Y los hombres, por desgracia, no sabemos hacerlos.
—¡Oh! Conozco un hombre que los hace.
—¿Es posible? ¡Un hombre que hace milagros!
—Sí, a fe mía.
—¡Y no me lo habéis dicho!
—Hasta ahora no lo he pensado.
—¿Y lo consideráis capaz de salvarnos del apuro?
—Lo considero capaz de todo.
—¡Oh! referidme alguno de sus milagros, a fin de que yo pueda juzgar por la muestra.
—Duque —dijo madame du Barry, acercándose a Richelieu, en voz baja—; es un hombre que hace diez años me encontró en la plaza de Luis XV y me dijo que llegaría a ser reina de Francia.
—Milagroso es en verdad, y ya veo que ese hombre es capaz de adivinar que moriré siendo primer ministro.
—Ya se ve que sí.
—No lo dudo. ¿Y cuál es su nombre?
—Su nombre nada os dirá de nuevo.
—¿En dónde está?
—Eso es lo que no sé.
—¡Cómo! ¿No os dijo las señas de su casa?
—No, pues quedó él en venir a buscar su recompensa.
—¿Qué le ofrecisteis?
—Todo lo que me pidiese.

—¿No ha venido todavía?
—No.
—Eso es mucho más milagroso que su predicción. Pues, señor, nos hace mucha falta ese hombre.
—¿Y cómo nos gobernaremos?
—Decidme su nombre, condesa.
—Tiene dos.
—Procedamos con método. ¿Cuál es el primero?
—El conde de Fénix.
—¡Cómo! ¿Aquel sujeto que me indicasteis el día de vuestra presentación?
—Precisamente.
—¿Aquel prusiano?
—Aquel prusiano.
—¡Oh! Ya no confío en él, porque cuantos brujos he conocido, sus nombres terminaban en *i* o en o.
—Perfectamente, duque: su segundo nombre acaba como deseáis.
—¿Y cuál es ese segundo nombre?
—José Balsamo.
—¿Y no contáis con medios de dar con él?
—Duque, me ocuparé de ello, pues creo recordarme de alguno que le conoce.
—Bien; pero daos prisa, condesa, porque son ya los tres cuartos para la una.
—Estoy pronta. ¡Eh! Mi coche.
Pasados diez minutos, corrían al encuentro de los cazadores el duque de Richelieu y la condesa du Barry.

LXXXII

BUSCANDO AL BRUJO

Obstruía una larga fila de carruajes todas las avenidas del bosque de Marly, donde el Rey se divertía cazando, aunque aquello se llamaba propiamente

una cacería de siesta, porque, efectivamente, durante los últimos días de su vida no cazaba Luis XV con escopeta ni redes, sólo se conformaba con ver cazar.

De nuestros lectores, aquellos que hayan leído a Plutarco, recordarán sin duda de aquel cocinero de Marco Antonio, que de hora en hora metía un jabalí en el asador, con el objeto de que entre los cinco o los seis que al mismo tiempo se asaban, hubiese uno siempre en sazón para el momento preciso en que Marco Antonio se sentase a la mesa.

Esto consistía en que Marco Antonio llevaba negocios a manos llenas en el gobierno del Asia Menor; administraba justicia por sí mismo; y como los habitantes de la Cilicia son muy grandes ladrones, según afirma Juvenal, hallábase siempre ocupado. Tenía, pues, siempre, cinco o seis piezas en el asador, para cuando, por casualidad, le permitían comer un bocado sus altas funciones de juez.

A Luis XV le sucedía igual, pues siempre contaba en las cacerías de siesta con dos o tres corzos que se arrojaban al bosque a horas distintas, y con arreglo a la disposición en que se hallaba, escogía para su diversión la pieza más cercana o la que aparecía a mayor distancia.

El día a que nos referimos había manifestado Su Majestad que cazaría hasta las cuatro, por lo cual se había dado suelta a eso de las doce a un venado, que prometía durar hasta la hora señalada.

Madame du Barry, por su parte, había decidido seguir al Rey con tanta fidelidad, como el Rey se había propuesto seguir al venado.

Pero el cazador propone y Dios dispone: una combinación casual desbarató el magnífico proyecto de madame du Barry; de manera que ésta encontró en la casualidad un adversario casi tan caprichoso como ella.

De modo, que a la par que hablaba de política con M. de Richelieu, corría al encuentro del Rey, quien, por su parte, corría detrás del venado, y saludaban el mariscal y la condesa cortésmente a cuantos cazadores iban encontrando, vieron ambos, como a cincuenta pasos del camino, y sobre la hierba de una verde pradera, un pobre y desvencijado calesín roto, cuyas ruedas se habían vuelto al cielo como implorando compasión, en tanto que los dos caballos negros que debieran arrastrarlo, rumiaban tranquilamente, el uno la corteza de los árboles, y el otro la capa de musgo fresco que se extendía a sus pies.

Los caballos de madame du Barry, hermoso tronco que el Rey le regalara, habían aventajado a los demás carruajes, y fueron por consiguiente los

primeros que llegaron a las inmediaciones del calesín hecho pedazos.
—¡Dios mío! Aquí ha pasado alguna desgracia—, dijo con tranquilidad la condesa.
—Sí, a fe mía —añadió el duque de Richelieu flemáticamente, porque en la corte jamás está en boga la sensibilidad—: ese calesín se ha hecho añicos.
—¡Callad! ¿No es un muerto eso que se ve sobre la hierba? —interrogó la condesa—. Mirad, mirad.
—Creo que no, supuesto que se mueve.
—¿Es hombre o mujer?
—No puedo decíroslo, porque soy bastante corto de vista.
—¡Toma! Nos está saludando.
—Lo que prueba que no ha muerto.
Y a la vez se quitó Richelieu su tricornio con la mayor política.
—¡Oh! ¡Oh! ¡condesa! —exclamó enseguida—; me parece...
—Y también a mí.
—Que es Su Excelencia el príncipe Luis.
—El cardenal de Rohán en cuerpo y alma.
—¿Qué diablos hace ahí?...
—Lo sabremos —dijo la condesa—. Champagne, aproxima el coche a ese calesín destrozado.
Entonces el cochero de la condesa dirigió los caballos a la pradera, desviándose por lo tanto del camino.
—No hay duda, es monseñor —dijo Richelieu.
En efecto era él, que se había tendido sobre la hierba aguardando a que pasase por allí algún conocido suyo; de modo que al ver que madame du Barry se dirigía hacia él, se puso de pie.
—Señora condesa, tengo el honor de saludaros —dijo con el mayor respeto.
—¡Cómo! ¡Estáis aquí, cardenal!
—Ya lo veis.
—Pero habéis venido a pie...
—No, señora, sentado.
—¡Os encontráis herido!
—No por cierto.
—¿Y por qué casualidad os halláis de ese modo?
—Por Dios, no me habléis de eso: ese maldito cochero animal con dos patas, si los hay, a pesar de haber llegado de Inglaterra, ha comprendido mis

órdenes al revés, pues en vez de cortar el camino por el campo para dar alcance a los cazadores ha hecho dar al calesín una vuelta tan rápida que lo ha volcado, haciéndome perder todo lo que valía antes de romperse.
—Cardenal, no os quejéis, puesto que un cochero francés os hubiera roto la cabeza contra algún árbol, o las costillas contra un ribazo.
—Puede ser que tengáis razón.
—Consolaos, pues.
—¡Oh condesa! Soy bastante filósofo: lo único que siento es verme obligado a esperar, porque esto es muy cruel.
—¿Cómo esperar? ¿Puede un Rohán estar esperando alguna vez?
—En este caso por ejemplo. ¿Cómo lo he de evitar?
—No será así, pues prefiero bajar de mi carroza, que permitir que sigáis así.
—Señora, por Dios; me ruborizáis.
—Subid, príncipe, subid.
—Señora, os doy mil gracias; pero quiero aguardar a Soubise, que anda corriendo la caza y que no puede tardar en pasar por aquí.
—¿Y si va por otro camino?
—No importa.
—Monseñor, concededme el gusto que os pido.
—Os repito, señora, que quedo muy agradecido a vuestras bondades.
—Mas, ¿por qué me desairáis?
—Porque no consiento molestaros.
—Cardenal, si os obcecáis en desairarme, os juro que me apearé del carruaje, que haré a uno de mis pajes aguantar la cola de mi vestido y echaré a correr por el bosque como una Dríada.
Sonrióse el cardenal; y comprendiendo que se interpretaría mal su obstinada resistencia, optó por aceptar el ofrecimiento que se le hacía.
Había ya cedido el duque su puesto que era el fondo del carruaje colocándose al vidrio, y a pesar de que el cardenal no quería consentir aquel honor, se mantuvo el mariscal inflexible.
Nada tardaron los caballos de la condesa en ganar el tiempo perdido.
—Monseñor, perdonad si os hago una pregunta —dijo la condesa al cardenal —. ¿Os habéis reconciliado ya con la caza?
—¿Por qué así?
—Porque esta es la primera vez que os veo tomar parte en esta distracción.
—Condesa, no lo creáis. Había venido a Versalles para tener el honor de

ofrecer mis respetos a Su Majestad, cuando he tenido noticias que estaba en el bosque de Marly. Por otra parte, necesitaba hablarle de un asunto muy urgente, y he corrido a su encuentro; pero gracias a ese maldito cochero inglés, no sólo no podré hablar al Rey, sino que faltaré a una cita que tengo en la ciudad.
—Condesa, ya lo veis —dijo el duque riéndose—; monseñor os manifiesta claramente las cosas... monseñor tiene una cita.
—Y faltaré a ella sin la menor duda —añadió el cardenal.
—¡Y qué! ¿Puede faltar a nada un cardenal y príncipe? —replicó la condesa.
—Necesario fuera que Dios hiciese un milagro.
La condesa y el duque se contemplaron, porque la palabra milagro les traía a la memoria un recuerdo reciente.
—Ya que habláis de eso —dijo la condesa—, os declaro con la mayor franqueza que me alegro mucho haber encontrado hoy a un príncipe de la Iglesia para interrogarle si cree en ellos.
—¿En qué, señora?
—En milagros —añadió el duque.
—Dicen las Escrituras, que el creer en ellos es artículo de fe —contestó el cardenal procurando aparentar la mayor compostura.
—¡Oh! —exclamó la condesa—, no me refiero a los milagros de aquellos tiempos.
—¿Pues de qué milagros habláis?
—De los modernos.
—Estos son mucho más caros —observó el cardenal—; y con todo...
—¿Qué?
—Cosas he presenciado, que si no eran milagros al menos me han parecido increíbles.
—¿Decís que las habéis visto, príncipe?
—Por mi honor os lo confirmo.
—No ignoráis —dijo Richelieu—, que Su Excelencia tiene fama de estar en relación con espíritus, lo cual no es a la verdad muy ortodoxo.
—Pero debe ser muy cómodo y divertido —indicó la condesa.
—Y qué habéis visto, príncipe.
—He jurado guardar secreto.
—¡Oh! ¡Oh! Esto es más serio de lo que parece.
—Lo es en verdad, señora.

—Pero si habéis jurado guardar secreto acerca de la brujería, no sucederá lo mismo respecto al brujo.
—No.
—Pues bien, príncipe, debo manifestaros que el duque y yo hemos venido a caza de un hechicero, cualquiera que éste sea.
—¿Es verdad?
—Como lo oís.
—Pues cazad al mío.
—Ese es mi deseo.
—Condesa, contadlo a vuestra disposición.
—¿Y también a la mía, príncipe?
—También a la vuestra, duque.
—¿Cuál es su nombre?
—El conde de Fénix.
Madame du Barry y el duque volvieron a mirarse cambiando el color.
—¡Es cosa extraña! —exclamaron a un tiempo.
—¿Acaso le conocéis? —preguntó el cardenal.
—No. ¿Y le tenéis por brujo?
—Por brujo y por archi-brujo.
—¿Le habéis hablado?
—¡Claro que sí!
—¿Y qué os pareció?
—Un hombre completísimo.
—¿Con qué objeto?...
—Para que me dijese la buenaventura.
—¿Y acertó?
—Me contó cosas del otro mundo.
—¿No posee otro nombre que el de conde de Fénix?
—Sí; también creo que se llama...
—¿Cómo? —interrumpió la condesa con impaciencia.
—José Balsamo.
Juntó las manos madame du Barry mirando a Richelieu, y éste se rascó la punta de la nariz mirando a la condesa.
—¿El diablo es muy negro? —preguntó la primera.
—¡El diablo! Nunca lo he visto.
—¿Señora, qué estáis diciendo? —exclamó Richelieu—. ¡No sería mal

hallazgo para un cardenal!
—¡Ah! ¿De manera que os han dicho la buenaventura sin enseñaros el diablo?
—¡Oh! Claro está —contestó el cardenal—: sólo se lo enseñan a la gente de poco más o menos, mas a nosotros...
—Príncipe, por mucho que me digáis, el resumen es que en esos negocios siempre está metido el diablo hasta las orejas.
—Yo creo lo mismo.
—¿Verdes llamas, no es así? Espectros, parrillas infernales y calderas que despiden un olor detestable...
—Nada de eso: mi brujo es hombre de distinguidos modales, de completa educación y recibe en su casa perfectamente.
—¡Y qué! ¿Pensáis ir, condesa, a consultar vuestro horóscopo con ese hechicero? —preguntó el duque.
—Lo deseo en el alma y no puedo ocultarlo.
—Pues a ello, señora.
—Pero ¿adonde he de ir? —preguntó madame du Barry, presumiendo que el cardenal iba a darles las señas de la habitación del brujo.
—Posee un aposento elegantemente amueblado.
—¿Y la casa?
—Aun cuando de arquitectura singular, es decentísima.
La condesa no podía ya reprimirse al ver que no comprendían sus preguntas; pero Richelieu acudió en su ayuda, diciendo al cardenal:
—Monseñor, ¿no comprendéis que la condesa se desespera porque no le decís dónde vive nuestro hechicero?
—¡Ah! ¿Deseáis saber las señas de su casa?
—Sí.
—Eso es otra cosa. Aguardad un poco... No... Sí... No... Es en el Marais, casi junto al bulevar, calle de San Francisco, o de San Anastasio, o de... No... no... Y no obstante, es nombre de santo.
—Vamos, decid qué santo, ya que debéis conocerlos todos.
—No lo creáis, conozco muy pocos; pero vaya, poco importa eso, una vez que el bribón de mi lacayo lo sabe.
—Justamente viene en la trasera dijo el duque—. ¡Eh, Champagne! para, para un instante.
Y el mariscal tiró a la vez del cordón que correspondía al dedo meñique del

cochero. Este paró la carroza al momento.
—Oliva —dijo el cardenal—, ¿estás ahí, pícaro?
—Aquí estoy, monseñor.
—¿En dónde estuvimos una noche hacia el Marais?
El lacayo, que se había empapado perfectamente de toda la conversación, se hizo el desentendido y contestó como si recordase en su memoria:
—En el Marais...
—Sí, junto al bulevar.
—¿Qué día fue, monseñor?
—El día que volví de San Dionisio.
—¿De San Dionisio? —repitió Oliva para hacerse de rogar y simulando la mayor naturalidad.
—Sí, sí; y me esperaste con el coche al lado del bulevar, si mal no recuerdo.
—¡Ah! Ya entiendo, monseñor, por cierto que un hombre metió en el carruaje un bulto muy pesado... Ya, ya estoy.
—Verdad será lo que dices, pero, animal, ¿quién te dice nada de eso?
—Entonces, ¿qué desea monseñor?
—Saber el nombre de la calle.
—Calle de San Claudio, monseñor.
—San Claudio..., Eso es —dijo el cardenal—: hubiera apostado a que tiene nombre de santo.
—¡Calle de San Claudio! —repitió la condesa dando a Richelieu una mirada tan expresiva, que el mariscal, temiendo siempre que se descubriesen sus secretos sobre todo cuando estaba metido en una conspiración, interrumpió a madame du Barry con estas frases:
—Condesa, condesa, el rey.
—¿Dónde está?
—Allá abajo.
—¡El rey! ¡El rey! —gritó Juana—, a la izquierda, Champagne, a la izquierda; que no pueda vernos Su Majestad.
—¿Y por qué, condesa? —dijo el cardenal admirado—. Pues yo presumía que me llevabais a su presencia.
—¡Ah! es cierto. Paréceme haberos oído decir que deseáis ver al rey.
—No he venido con otro objeto.
—Pues bien: mi coche os llevará.
—¿Y vos?

—Aquí me quedaré con el duque.
—A pesar de esto, condesa...
—No os opongáis a ello, príncipe, os lo ruego encarecidamente, supuesto que cada uno debe atender a sus negocios. El Rey está allá abajo, en aquel bosque de castaños y podréis hablarle. ¡Hola, Champagne!
Champagne se paró de nuevo.
—Aguarda que bajemos, y conduce a Su Excelencia hasta encontrar al rey.
—¿Conque al fin he de ir solo?
—¿No tenéis interés de decir al rey algo urgente?
—Es cierto.
—Pues sin testigos se lo diréis.
—Vuestra bondad me encanta, condesa.
Y el prelado besó galantemente al decir esto la mano de madame du Barry.
—¿Y vos en dónde pensáis permanecer? —le preguntó luego.
—Aquí, a la sombra.
—Mucho mejor.
—Es que el rey irá en busca vuestra.
—Y hasta que os halle no estará satisfecho.
—Lo cual le servirá de pesadumbre, que es lo que yo quiero.
—Sois adorable, condesa.
—Justamente eso es lo que el rey me dice después que le atormento.
Champagne, una vez que dejes a Su Eminencia volverás aquí a escape.
—Señora condesa, está bien.
—Adiós, duque —dijo el cardenal.
Este puso pie a tierra con la condesa, ligera como una fugitiva de convento, y la carroza salió a galope hacia el sitio en que el rey buscaba con ávidos ojos aquella maliciosa condesa, que todos, excepto él, habían visto.
Entretanto madame du Barry no perdió el tiempo: se agarró del brazo del duque y le dijo:
—¿Sabéis que no parece sino que el mismo Dios nos ha puesto en el camino hoy al cardenal?
—Sí; por librarse de él —contestó Richelieu—; ya lo entiendo.
—No; ha sido para proporcionarnos los medios de dar con nuestro hombre.
—¿Es decir que hemos de ir a su casa?
—Claro, sólo que...
—Condesa, ¿qué es eso?

—Confieso que siento miedo.
—Miedo, ¿de quién?
—Del brujo. ¡Oh! Yo soy muy crédula.
—¡Diablo!
—¿Y vos? ¿Creéis en hechiceros?
—Soy incapaz de negarlo, condesa...
—Ya veis la historia de mi predicción.
—¡Oh! es un hecho. Y yo mismo —añadió el anciano mariscal tocándose la oreja.
—¿Qué?
—He conocido también a un brujo...
—¡Bah!
—Y puedo afirmaros que me prestó un día cierto servicio muy señalado.
—¿Qué servicio, si puede saberse?
—Me resucitó.
—¡Os resucitó! ¡A vos!
—Lo que digo, supuesto que estaba muerto.
—¡Dios mío! referidme eso, duque.
—Nos pondremos más al abrigo.
—Sois muy cobarde.
—No lo creáis, soy prudente.
—¿Estaremos bien aquí?
—Muy bien.
—Entonces, volvamos a nuestra historia.
—Es como sigue. Me encontraba en Viena; eran aquellos los mejores tiempos de mi embajada; y me dieron una noche a la luz de un reverbero una estocada furibunda que me atravesó de parte a parte. Todo el daño lo hizo una espada de marido, que es la cosa más abominable del mundo; pero yo caí, me alzaron del suelo y vieron que estaba muerto.
—¡Muerto!
—O poco menos. A la vez que pasaba un brujo y, enterado del caso, hizo que se detuviesen los que ya me conducían, derramó tres gotas de un licor sobre la herida y otras tres en mis labios. Al momento se estancó la sangre, empecé a respirar, abrí los ojos y me encontré sano y bien.
—Eso fue, duque, un milagro de Dios.
—He aquí precisamente lo que me asusta a veces, pues a mi se me figura que

fue un milagro del diablo.
—Y puede ser que acertéis, porque parece imposible que Dios quisiese conservar un bribón como vos; a cada uno lo suyo. ¿Y existe aún vuestro brujo?
—No lo creo, a no ser que haya encontrado el secreto del oro potable.
—¿Lo mismo que vos, mariscal?
—¿De modo que creéis que existe?
—Yo creo en todo. ¿Era muy viejo?
—Un Matusalén. Su nombre era griego y expresivo, *Althotas*.
—Nombre terrible, mariscal.
—¡No os lo decía yo!
—Ya vuelve el coche.
—Lo celebro.
—¿Estamos decididos?
—Lo estamos.
—¿Pero vamos a París?
—A París.
—¿Y a la calle de San Claudio?
—Con mucho gusto: pero el rey os espera tal vez.
—Eso me decidiría, si no estuviese ya decidida. Me ha atormentado bien, y justo es que le llegue su San Martín.
—Va a figurarse que os han robado o que os habéis perdido.
—Ya, porque me han visto con vos, mariscal.
—Condesa, yo también deseo ser franco: tengo miedo.
—¿De qué?
—Temo que confiéis a alguna persona lo que vamos a hacer y que se mofen de mí.
—De los dos se mofarán, pues vamos juntos.
—En fin, decidido estoy, condesa, pero, si me hacéis traición, diré...
—¿Qué?
—Que me habéis concedido hoy una cita amorosa...
—Y nadie os dará crédito.
—¡Ah! condesita... Si no se hallase tan cerca Su Majestad.
—¡Champagne, Champagne! Por aquí, por detrás de la maleza para que ninguno nos vea. Abre la portezuela, Germán; ahora, cochero, a París, calle de San Claudio, en el Marais, y a todo correr.

LXXXIII

EL CONTENIDO DE UNA CARTA INTERESANTE

Eran las seis de la tarde.
En el mismo aposento de la calle de San Claudio, que ya han visitado en otra ocasión nuestros lectores, hallábase sentado Balsamo junto a Lorenza, despierta, y procuraba dulcificar por medio del convencimiento aquel espíritu que se mostraba rebelde a todas las súplicas.
Pero la joven le contemplaba de reojo como Dido a Eneas, cuando éste iba a abandonarla; únicamente hablaba para dirigirle reconvenciones y no extendía la mano más que para rechazarle.
Quejábase porque se encontraba presa, porque era esclava, porque no le era permitido respirar, y porque no podía admirar el sol. Por esta razón envidiaba la suerte de las más desdichadas criaturas, de los pájaros y de las flores, y llamaba a Balsamo su tirano.
Después, pasando de las reconvenciones a la ira, hacía añicos las preciosas telas que aquél le había regalado con el objeto de distraer con apariencias de coquetería la soledad que la había impuesto.
Por su parte Balsamo, la hablaba tiernamente y la contemplaba con amor, y se comprendía desde luego que aquella débil e irritable joven ocupaba un lugar muy importante en su corazón, ya que no en su vida entera.
—Lorenza, hija mía —la decía—: ¿por qué ese prurito de hostilidad y de resistencia? ¿Por qué no habéis de vivir conmigo, que os idolatro sobre toda ponderación como una compañera amable y querida? Si eso ocurriese nada tendríais que desear; tendríais libertad para dilatar vuestro ánimo al sol, como esas flores a que hace poco tiempo os referíais, y para extender vuestras alas como esos pájaros cuya suerte envidiáis. Juntos iríamos a todas partes, y veríais no sólo ese magnífico sol que tanto os entusiasma, sino los soles ficticios de los hombres, esas reuniones a que asisten las mujeres de este país;

de este modo seríais feliz, según vuestro gusto, haciéndome dichoso a mi modo. ¿Por qué rechazáis esta ventura, Lorenza, cuando con vuestra hermosura y riqueza podéis excitar los celos de tantas mujeres?
—Porque me causáis horror —contestó la joven.
Lanzó Balsamo una mirada colérica en que se revelaba sin embargo su compasión, y la dijo:
—Pues continuad así, ya que vos misma os condenáis; y supuesto que sois tan fiera no os quejéis.
—Si me dejaseis sola no me quejaría, como tampoco si no me obligaseis a hablaros. Apartaos de mi presencia, o cuando entréis en mi cárcel nada me digáis, y haré lo que hacen esos pobres pájaros del Sur cuando están enjaulados y perecen sin cantar.
Realizó Balsamo un esfuerzo sobre sí mismo y contestó:
—Vamos, Lorenza, algo más de cariño y de resignación: es preciso que leas en mi pecho, en este corazón que te ama sobre todas las cosas. ¿Deseas libros?
—No.
—¿Por qué no? Los libros te distraerán.
—Quiero aburrirme hasta el punto de morir.
Sonrióse Balsamo, o por mejor decir, pretendió sonreírse.
—Estás loca —le dijo—, pues sabes bien que no morirás en tanto que yo esté aquí para atenderte y para curarle, si caes enferma.
—¡Oh! —exclamó Lorenza—, no me curaréis el día en que me encontréis estrangulada con esta banda que ataré a la ventana.
Conmovióse Balsamo.
—Ni el día —prosiguió ella—, en que tome este cuchillo y me lo clave en el corazón.
Pálido y cubierto de frío sudor la contempló Balsamo, y la dijo con amenazador acento:
—Lorenza, dices bien, ese día no te pondré buena, ni trataré de curarte: ese día te resucitaré.
Lorenza arrojó un grito de espanto, pues persuadida de que el poder de Balsamo no reconocía límites, creyó en su amenaza.
Balsamo acababa de salvarse.
En tanto que la joven se abismaba en aquella nueva causa de desesperación que no había previsto, y mientras su razón vacilante veíase reducida a un

círculo de tormentos, que no podía romper, la campanilla, agitaba por Fritz, resonó en los oídos del conde, repitiendo por tres veces otros tantos golpes redoblados.
—Un correo —exclamó enseguida.
Un instante después sonó de nuevo la campanilla y Balsamo murmuró:
—Es urgente.
—¡Ah! —prorrumpió Lorenza—, por fin vais a dejarme...
El conde estrechó su mano y contestó:
—Por última vez te invito a que vivamos en buena inteligencia y confraternidad: ya que la suerte nos ha unido, convirtamos al destino en amigo y no en verdugo.
Nada respondió Lorenza; su mirada fija y triste parecía buscar en lo infinito un pensamiento que siempre huía de su mente y que acaso no le era dado asir por haberlo perseguido con demasiado empeño, como ocurre a las personas cuya vista se empapa repentinamente en luz, después de haber permanecido mucho tiempo entre tinieblas, exponiéndose así a una eterna noche.
Besó Balsamo la mano de Lorenza, sin que ésta diese la menor señal de vida, y al momento se acercó a la chimenea.
Al propio tiempo sacudió la joven aquel entorpecimiento de los sentidos que la embarazaba, y fijó ávidamente sus ojos en él.
—Sí —murmuró el conde—, quieres saber por que sitio salgo, a fin de escaparte algún día detrás de mí; por eso sacudes ese letargo; por eso me persiguen tus miradas.
Y mientras decía esto, pasándose la mano por la frente, como si se impusiese a sí mismo una sentencia penosa, la extendió enseguida hacia la joven, y con acento imperativo la ordenó mirándola con amenazadores ojos:
—Duerme.
No bien pronunció esta palabra, cuando Lorenza se plegó como una flor sobre su tallo; su cabeza, vacilante por un instante, se inclinó, quedando apoyada en los almohadones del sofá, y sus manos, de una blancura mate, cayeron por ambos lados rozando su traje de seda.
Se aproximó Balsamo, y al contemplarla tan bella, imprimió sus labios en su hermosa frente.
Pareció entonces que se evaporaba la sombría nube que hasta entonces había oscurecido la fisonomía de Lorenza, como si un soplo de amor se extendiese sobre su frente: abrióse con estremecimiento su boca; inundáronse sus ojos de

voluptuosas lágrimas, y suspiró como sin duda suspiraron aquellos venturosos ángeles que desde los primeros días de la creación amaron a los hijos de los nombres.
La contempló Balsamo enternecido como si no pudiese separarse de aquella contemplación; pero oyendo nuevamente el sonido de la campanilla, corrió a la chimenea, apretó un resorte y desapareció.
En el salón lo aguardaba Fritz con un hombre en traje de correo, cuyas botas de montar eran enormes, y las espuelas desmesuradamente largas.
La vulgar fisonomía de aquel sujeto revelaba en él a un hombre del pueblo, y únicamente su mirada reflejaba una chispa del sagrado fuego que parecía haberle sido transmitido por una inteligencia superior a la suya.
La mano izquierda la tenía apoyada en el nudoso y corto mango de un látigo, mientras que con la derecha hacía signos que Balsamo reconoció después de un breve examen, y a los cuales respondió, aunque sin hablar palabra, tocándose la frente con el dedo índice.
Entonces la mano del postillón se apoyó en el pecho, trazando al propio tiempo cierto carácter que un profano no hubiera reconocido, pues era semejante al movimiento que hacemos para poner un botón.
A este signo último contestó el maestro mostrando a su mudo interlocutor una sortija que llevaba en el dedo.
Ante aquel terrible símbolo clavó en tierra una rodilla el enviado.
—¿De dónde vienes? —le interrogó Balsamo.
—De Rohán, maestro.
—¿En qué te empleas?
—Soy correo al servicio de madame de Grammont.
—¿Quién te ha facilitado esa colocación?
—La voluntad del gran Copthe.
—¿Qué orden recibiste al entrar en su servicio?
—La de no tener secreto alguno para el maestro.
—¿Adonde te diriges?
—A Versalles.
—¿Qué llevas?
—Una carta.
—¿Una carta para quién?
—Para el ministro.
—Entrégamela.

El correo lo hizo así, entregándole un pliego, que sacó de una bolsa de cuero que llevaba a la espalda, y preguntó:
—¿Debo esperar?
—Ciertamente.
—Ya espero.
—Fritz.
El alemán se presentó enseguida.
—Oculta a Sebastián en el comedor.
—Está muy bien, monseñor.
—¡Conoce mi nombre! —murmuró el adepto con supersticioso terror.
—Todo lo sabe —le repuso Fritz, llevándoselo consigo.
Balsamo quedó solo y examinó el sello lacrado de aquella carta, que una mirada de súplica del correo parecía pedirle que respetase en cuanto fuese posible.
Al instante subió al aposento de Lorenza, pensativo y con lento paso, y abrió la puerta de comunicación.
Aun dormía Lorenza; pero encontrábase fatigada, enervada por la inacción: se apoderó de su mano, que ella estrechó convulsivamente, y colocó sobre su pecho la carta que el correo le había entregado.
Acto continuo la dijo:
—¿Ves?
—Perfectamente —respondió Lorenza.
—¿Qué objeto tengo en la mano?
—Una carta.
—¿Puedes decirme su contenido, leyéndola?
—Puedo.
—Pues lee.
Entonces Lorenza, con los ojos cerrados y la respiración comprimida, pronunció lentamente las siguientes palabras, que Balsamo iba escribiendo a medida que salían de su boca:

«Querido hermano:
«Conforme lo había yo supuesto, mi destierro al menos nos servirá para algo. Hoy me he separado del presidente de Rohán, que es de los nuestros, aunque se manifiesta con cierta timidez; pero en fin, habiendo invocado tu nombre se ha decidido y las representaciones de su gente llegarán a Versalles antes de

ocho días.
«Saldré enseguida para Rennes, con el objeto de que se den prisa Karadeux y La Chalotais, quienes no parece sino que reposan.
«Nuestro agente de Caudebec ha llegado a Rohán y le he visto: Inglaterra no se volverá atrás después de dar los primeros pasos, y prepara una notificación amarga a la corte de Versalles.
»X... me ha interrogado si debe publicarla, y he dado mi autorización para ello. Pronto recibirás los últimos folletos de Thevenot, de Morande y de Delilie contra la du Barry. Son explosivos capaces de hacer volar una plaza fuerte.
»Ha llegado a mis oídos el rumor de una desgracia reciente; pero como nada me has dicho, me he reído de todo. Sin embargo, no me tengas así entre dudas, y contéstame sin perder tiempo. Tu respuesta me encontrará en Caen, en donde también necesito conferenciar con algunos amigos.
«Adiós, te saluda.
La Duquesa de Grammont.»

Lorenza quedó en silencio después de pronunciar estas últimas palabras.
—¿No ves otra cosa? —la interrogó Balsamo.
—Nada más.
—¿No tiene postdata?
—No la tiene.
Balsamo, cuya frente se había serenado desde el momento en que se enteró del contenido de la carta, la cogió nuevamente entre sus manos, y dijo:
—Objeto curioso que algunas personas me pagarían bien. ¡Pero cómo se escriben estas cosas! ¡Oh! No hay duda, las mujeres son constantemente las que pierden a los hombres superiores. Ese Choiseul no ha podido ser derribado por un ejército de encarnizados enemigos, por un mundo completo de intrigas, y basta el soplo acariciador de una mujer para aniquilarlo. Si todos sucumbimos por la traición o por la debilidad de las mujeres, si tenemos un corazón, si en ese corazón hay una sola fibra sensible, estamos perdidos.
Diciendo esto contemplaba con inexplicable ternura a Lorenza que palpitaba bajo el peso de su poderosa influencia.
—¿Es cierto lo que pienso? —la dijo.
—No, no, es verdad —replicó la joven decididamente. Te consta que te amo

muchísimo para perjudicarte como todas esas mujeres sin conciencia ni corazón.
Balsamo se dejó estrechar por los brazos de su encantadora, pero al mismo tiempo se oyó dos veces seguidas la campanilla de Fritz.
—¡Dos visitas! —exclamó el conde.
Otro fuerte campanillazo terminó la frase telegráfica de Fritz.
—¡Importantes! —añadió el maestro.
Y apartándose de los brazos de Lorenza, salió de la estancia, dejando dormida a la joven. Encontró Balsamo al correo que aguardaba sus órdenes y le dijo:
—Ahí tienes la carta.
—¿Qué debo hacer?
—Entregarla a quien va dirigida.
—¿Nada más?
—Nada más.
El adepto examinó el sobre y el sello, y viendo que estaban tan intactos como antes, no pudo reprimir un movimiento de placer y se retiró.
—Es desgracia no poder conservar ese papel autógrafo —exclamó Balsamo —, y mayor desgracia aún la imposibilidad de que pase a poder del rey por manos seguras.
Fritz se presentó enseguida.
—¿Quiénes son? —le preguntó el conde.
—Una mujer y un hombre.
—¿Han estado aquí antes de ahora?
—No.
—¿Sabes quiénes son?
—No.
—¿La mujer es joven?
—Joven y muy linda.
—¿Y el hombre?
—Tendrá unos sesenta o sesenta y cinco años.
—¿En dónde se encuentran?
—En el salón.
Se dirigió Balsamo en su busca.

LXXXIV

LAS BRUJERÍAS DEL BRUJO

Llevaba la condesa completamente cubierto el rostro con un velo, pues tuvo el tiempo suficiente para entrar en su casa de París y ponerse un vestido propio de las señoras de la clase media.
Llegó en un fiacre al edificio de la calle de San Claudio en compañía del mariscal, quien se había vestido de color gris, como un criado principal de una gran casa.
—Señor conde —preguntó madame du Barry—, ¿me reconocéis?
—Perfectamente, señora condesa.
Richelieu continuaba algo apartado y Balsamo añadió:
—Tened la bondad de sentaros, señora, y vos también, caballero.
—El señor es mi mayordomo —dijo la condesa.
—Dispensad, señora —repuso Balsamo inclinándose—, el señor es el mariscal duque de Richelieu, a quien conozco muy bien, y que se mostrará muy desagradecido si me ha olvidado.
—¿Cómo así? —preguntó el duque algo turbado.
—Paréceme, señor duque, que los que nos han salvado la vida tienen algún derecho a nuestro agradecimiento.
—¡Ah! ¡Ah! —exclamó la condesa riéndose—. ¿Lo habéis oído?
—¿Y vos me salvasteis la vida, señor conde?
—Sí, monseñor, en Viena, en 1725, cuando erais embajador.
—¡En 1725! Pero si en esa fecha no habíais nacido...
Sonrióse Balsamo y dijo:
—Me figuro que sí, monseñor, supuesto que os encontré moribundo, o mejor dicho, muerto en una litera: acababais de recibir una estocada que os atravesó el pecho, y por más señas que derramé tres gotas de mi elixir en vuestra herida... Ahí mismo, en ese sitio en que con vuestra mano estrujáis vuestra ropilla de paño de Alenzón, que por cierto es demasiado fina para un mayordomo.

—No obstante, señor conde, lo más que tenéis son de treinta a treinta y cinco años.
—Vamos, vamos, duque —le interrumpió la condesa riéndose a carcajadas —, os olvidáis que conversamos con un hechicero.
—Estoy estupefacto, condesa, pero entonces, el señor conde debe llamarse...
—¡Oh! Ya sabéis, señor duque, que nosotros los brujos variamos de nombre en todas las nuevas generaciones. En 1725, por ejemplo, era la moda que los nombres acabasen en *us*, en *os* y en *as*, de modo que nada tendría de extraño que en dicha época se me hubiese antojado dejar mi nombre para adoptar algún otro griego o latino. Sea esto lo que quiera, estoy a vuestras órdenes, señora condesa, y a las vuestras señor duque.
—Conde, el mariscal y yo deseamos consultaros.
—De lo que resulta para mí un gran honor: y en particular si habéis concebido naturalmente esa idea.
—Tan naturalmente que más no puede ser; suponeos que no puedo olvidar vuestra predicción y que dudo mucho que se realice.
—Jamás dudéis, señora, de las predicciones de la ciencia.
—¡Oh! —murmuró Richelieu—; la corona que habéis ofrecido a la condesa es una cosa muy aventurada, pues no se trata aquí de una herida que puede curarse con tres gotas de elixir.
—Ya lo sé; se trata de un ministro a quien se arrebata con tres palabras —replicó Balsamo—. ¿Qué tal? ¿He adivinado?
—De todo punto —contestó la condesa temblando—. Duque, ¿qué decís a esto?
—¡Oh! No os asombréis por tan poco —prosiguió Balsamo—: quien observa la inquietud de madame du Barry y del duque de Richelieu debe acertar el motivo de ella sin acudir a brujerías.
—De suerte —exclamó Richelieu—, que me obligáis a que os adore si nos indicáis el remedio.
—¿Para la enfermedad que os aqueja?
—Sí, para la enfermedad que se denomina Choiseul.
—¡Oh, gran mágico! Lo habéis acertado.
—Señor conde, me figuro que no nos dejaréis en este atolladero —dijo la condesa—, porque en ello se interesa vuestro honor.
—Estoy resuelto, señora, a serviros lo mejor que pueda; pero quisiera saber si el señor duque no tenía alguna idea fija al venir aquí.

—Lo declaro, señor conde; y por cierto que es un placer encontrar un hechicero a quien se le puede dar el título de conde, porque siempre se encuentra uno en su elemento.
Balsamo le contestó riéndose.
—Vamos, pues, sed franco.
—Eso es lo único que deseo —dijo el duque.
—Deseabais por ejemplo, consultarme respecto a alguna cosa...
—Es verdad.
—¡Ah, taimado! —exclamó la condesa—; y nada me había dicho...
—Sólo al señor conde podía yo confesar eso, y con muchísimo sigilo.
—¿Por qué, duque?
—Condesa, porque os hubierais ruborizado muchísimo.
—¡Oh! decidlo, mariscal, para contentar mi curiosidad; me he puesto colorete y no se conocerá mi rubor.
—Ea, pues, he aquí lo que he pensado —replicó el mariscal—, pero cuidado, condesa; porque tiraré la casa por la ventana.
—Tiradla, duque, tiradla.
—Es que vais a sacudirme una paliza si digo lo que deseo decir.
—¡Oh! Vos no estáis tan habituado a ser tan maltratado por las damas —dijo Balsamo al anciano mariscal que quedó muy agradecido del cumplimiento.
—Corriente, corriente; voy a decirlo aun cuando desagrade a la condesa, y al rey, y a... pero, ¿cómo he de hablar?
—¡Ah! ¡qué pesadez! —dijo la condesa.
—¿Lo deseáis?
—Sí.
—¿De veras?
—Sí, mil veces sí.
—Entonces, pecho al agua. Mucho siento decirlo, señor conde, pero lo cierto es que hoy nada entretiene a Su Majestad. No es mía la idea, sino de madame de Maintenón.
—Duque, nada encuentro en ella que pueda herirme —dijo madame du Barry.
—Mucho mejor, y me felicito por ello; por consiguiente, será necesario que el señor conde que fabrica elixires tan preciosos...
—Hiciese uno —dijo Balsamo—, que despertase en el rey la facultad de poderse divertir.

—Precisamente.
—Vaya, señor duque, eso sería remontarnos a la infancia del arte, al *a b c* del oficio. Cualquier charlatán puede hallar un filtro.
—Cuya virtud —indicó el duque—, pueda ponerse a cuenta del mérito de la condesa.
—¡Duque! —exclamó ésta.
—¡Ah! Ya sabía yo que por fin os habíais de enfadar; pero vos lo habéis querido.
—Monseñor —continuó Balsamo—, habéis tenido razón, la señora condesa se ruboriza, pero como decíamos no hace mucho, aquí no se trata de heridas ni de amor. Creo excusado haceros presente que con un filtro no desembarazaréis a la Francia de la persona de M. de Choiseul. En efecto, aunque el rey amase diez veces más de lo que ama
a la señora condesa, lo cual creo imposible, M. de Choiseul conservaría en su ánimo el prestigio y la influencia que la señora condesa tiene en su corazón.
—Efectivamente —respondió el mariscal—; pero ese era nuestro único recurso.
—¿Lo creéis así?
—¡Y qué! ¿Podéis hallar otro?
—¡Oh! Lo creo como cosa sumamente fácil.
—Ya lo oís, condesa, sumamente fácil; estos brujos de nada dudan.
—¿Y por qué hemos de dudar cuando únicamente se trata de probar al rey que M. de Choiseul le hace traición? Se entiende, en concepto del rey mismo, porque el ministro no cree traicionar a Su Majestad haciendo lo que hace.
—¿Y qué hace?
—Lo sabéis tan bien como yo, condesa: fomenta la rebelión del parlamento contra la autoridad real.
—Ya; pero necesario sería saber por qué medio.
—Por medio de agentes a quienes excita ofreciéndoles completa impunidad.
—¿Y qué agentes son ésos? He ahí lo que precisamos.
—¿Por ventura creéis que madame de Grammont no se ha marchado para exaltar a los decididos y para enardecer a los irresolutos?
—Convencida estoy de que no ha ido a otra cosa —repuso la condesa.
—Ya; pero el rey sólo ve en su viaje un simple destierro.
—También es verdad.
—¿Y cómo hacerle ver que tiene una significación diferente de la que ha

querido dársele?
—Acusando a madame de Grammont.
—¡Ah! ¡si sólo se tratase de acusarla! —exclamó el mariscal.
—Desgraciadamente se trata de demostrar la acusación —añadió la condesa.
—Y si se probase hasta la evidencia esa acusación, ¿pensáis que M. de Choiseul seguiría siendo ministro?
—No por cierto —dijo la condesa.
—Pues bien, la única dificultad consiste en encontrar a mano una traición de monsieur de Choiseul —añadió Balsamo con seguridad—, y de presentarla de un modo preciso y palpable a Su Majestad.
El mariscal se tendió en el sillón riéndose a carcajadas.
—¡Pues es nada menos que una friolera! —repuso—. ¡Y no duda del éxito! ¡Coger a M. de Choiseul en flagrante delito de traición!... ¡Una bicoca que digamos!
Continuó Balsamo impasible y esperó a que pasase el exceso de hilaridad del mariscal.
—Ea —dijo al momento—; hablemos formalmente y recapitulemos.
—Sea así.
—¿No se sospecha que M. de Choiseul mantiene la rebelión del parlamento?
—Convenidos: ¿pero, y la prueba?
—¿No se cree que M. de Choiseul intenta comprometer a la Francia contra la Inglaterra, a fin de reservarse el papel de hombre necesario?
—En efecto, eso se cree; ¿pero, y la prueba?
—Y últimamente, ¿no es M. de Choiseul enemigo declarado de la condesa, aquí presente, y no procura derribarla, por todos los medios, del trono que la he prometido?
—¡Oh! Eso no tiene la mayor duda —exclamó la condesa—; pero también es preciso probarlo... ¡Ah! ¡Si yo pudiera!...
—¿Y para eso qué se requiere? Una miseria.
El mariscal empezó a soplarse los dedos y dijo irónicamente:
—Por supuesto, una miseria.
—Una carta confidencial, por ejemplo —agregó Balsamo.
—Es indudable, nada más que eso.
—Una carta de madame de Grammont, ¿no es cierto, señor mariscal?
—Hechicero mío, mi buen hechicero, procuradme una —exclamó madame du Barry—. Hace cinco años que la estoy buscando; he gastado ciento veinte

mil libras por año y no lo he conseguido.
—Porque no os habéis dirigido a mí —dijo Balsamo.
—¿Qué decís?
—Sin duda; si me lo hubieseis dicho...
—¿Qué?
—Os habría sacado de apuros.
—¿Vos?
—Yo mismo.
—¿Y no es tiempo, conde?
—Sí —dijo éste sonriéndose.
—¡Ah, querido conde! —exclamó la du Barry retorciéndose las manos.
—¿Conque deseáis una carta?
—Sí.
—¿De madame de Grammont?
—Si puede ser.
—Que comprometa a M. de Choiseul sobre los tres puntos que he indicado...
—Por obtenerla daría... mis ojos.
—Eso sería pagarla a un precio exorbitante, tanto más cuanto esta carta...,
—Terminad.
—Os la voy a dar de balde.
Y al decir esto sacó de su bolsillo un papel doblado.
—¿Qué es esto? —preguntó la condesa devorándolo con los ojos.
—Sí, ¿qué es eso? —repitió el duque.
—La carta que queréis.
En medio del silencio más profundo, el conde leyó a sus dos interlocutores asombrados, la copia de la carta que ya conocen nuestros lectores.
Conforme iba leyendo, la condesa abría excesivamente los ojos y empezaba a perder su serenidad.
—¡Demonio! —murmuró al cabo Richelieu—: esa es una fuerte calumnia; condesa, cuidado.
—Señor duque, es la copia sencilla, exacta y literal de una carta de la señora duquesa de Grammont, que un correo, que salió esta mañana de Rohán va a entregar en Versalles al señor duque de Choiseul.
—¡Dios mío! —exclamó el mariscal—. ¿No nos engañáis?
—Yo siempre digo la verdad, monseñor.
—¿Es posible que haya escrito la duquesa esa carta?

—Es posible, señor mariscal, puesto que yo os lo aseguro.
—¡Tanta imprudencia!
—En efecto, parece increíble; pero no cabe duda.
El anciano duque contempló a la condesa, que apenas podía articular palabra.
—A la verdad —dijo por último—, debéis dispensarme, conde, que mi opinión sea semejante a la del duque, pues se me resiste creer que madame de Grammont, que es una mujer de talento, haya comprometido con un paso de esa índole su posición y la de su hermano. Además, para saber el contenido de una carta es preciso haberla leído.
—Es más —agregó el mariscal—; si el conde hubiese leído esa carta, la hubiera conservado en su poder, porque es un tesoro muy valioso.
Balsamo movió la cabeza y repuso:
—El medio, monseñor, es bueno para aquellos que abren la correspondencia a fin de conocer sus secretos, mas no para los que, como yo, las leen al través de los sobres de las cartas. ¡Bah! ¿Y qué interés tengo yo en perder a M. de Choiseul y a madame de Grammont? Venís a consultarme... como amigos, pues no de otro modo puedo suponerlo... y os contesto con igual franqueza; deseáis que os sirva y lo hago así, porque me figuro que no venís a pagarme un precio por la consulta como se hace con los adivinos del muelle de la Ferraille...
—¡Oh, conde! —contestó madame du Barry. —Es verdad que os doy un consejo y parece que no lo comprendéis. Me indicáis el deseo de derribar a M. de Choiseul; procuráis buscar los medios necesarios para ello; os cito uno que aceptáis desde luego; lo pongo en vuestras manos y no creéis en él...
—Conde... conde... por Dios... eso consiste en que...
—La carta se ha escrito, puesto que ésta es la copia.
—Pero, ¿quién diablos os ha enterado? —preguntó Richelieu.
—¡Ah! Este es mi gran secreto... ¡Quién me ha enterado! En, un minuto pretendéis saber tanto como yo, tanto como el operario, tanto como el sabio, tanto como el adepto que cuenta 3.700 años de edad.
—¡Oh! señor conde —dijo Richelieu desanimado—: vais a perder la buena opinión que había formado de vos.
—Duque, no tengo interés en que me creáis, pues no he sido yo quien ha ido a buscaros a la cacería del rey.
—Tiene razón, mariscal —observó la condesa—. Señor conde, os suplico que no os impacientéis.

—Nunca se impacienta, señora, el que cuenta el tiempo por suyo.
—Vamos, sed condescendiente, y agregad este nuevo favor a los que ya me tenéis hechos refiriéndome cómo se os han revelado semejantes secretos.
—No hay razón para ocultarlo —contestó Balsamo con tanta lentitud como si estudiase su respuesta palabra por palabra—: se me ha hecho esa revelación por una voz.
—¡Por una voz! —dijeron a un tiempo el duque y la condesa—. ¡Por una voz que sin duda os lo dice todo!
—Todo cuanto quiero saber.
—¿Y esa voz os ha enterado de que madame de Grammont ha escrito a su hermano?
—Señora condesa, os repito que sí.
—Es prodigioso.
—¿Y no lo creéis?
—No a fe mía, conde —dijo el mariscal—. ¿Cómo diablos pretendéis que crea uno cosas tan extraordinarias?
—¿Y si os digo lo que hace ahora el postillón que lleva la carta al ministro Choiseul?
—Ah! —exclamó la condesa.
—Yo creeré —respondió el duque—, si oigo la voz, aunque ya sé que los hechiceros y nigrománticos se reservan el privilegio exclusivo de ver y oír todo lo que es sobrenatural.
Fijó Balsamo la vista en M. de Richelieu con una expresión extraña que estremeció a la condesa, ocasionando a aquél un frío glacial en la nuca y en el corazón.
—Sí —prosiguió después de bastante silencio—, sólo yo veo y oigo los objetos y a los seres sobrenaturales; pero cuando estoy con personas de vuestra categoría, de vuestro talento, duque, y de vuestra hermosura, condesa, abro mis tesoros y los divido. ¿Os agradaría oír esa voz misteriosa que me revela todo?
—Sí —contestó el mariscal apretando los puños para no temblar.
—Sí —murmuró la condesa temblando.
—Pues bien, vais a oírla. ¿En que idioma deseáis que hable?
—Si os parece bien, en francés —respondió la condesa—, no conozco más que él, y cualquier otro me infundiría miedo.
—¿Y vos, monseñor?

—En el que ha manifestado la condesa, en francés, porque me gustará poder repetir lo que diga el diablo, y juzgar de su instrucción y de si habla correctamente el idioma de mi amigo M. de Voltaire.
Balsamo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se dirigió hacia la puerta del gabinete que, como ya sabemos, se comunicaba con la escalera.
—Me permitiréis —dijo—, que os encierre para no exponeros mucho.
La condesa se puso pálida y se acercó al duque, en cuyo brazo se sostuvo.
Balsamo, casi arrimado a la puerta de la escalera, extendió el brazo hacia el punto de la casa en que se encontraba Lorenza, y en idioma árabe pronunció con sonora voz estas palabras, que traduciremos en idioma vulgar:
—Amiga mía... ¿Me oyes? Si es así, coge el cordón de la campanilla y hazla sonar dos veces.
Aguardó el efecto de sus palabras mirando al duque y a la condesa que prestaban tanta mayor atención cuanto que no podían comprender lo que acababa de decir el conde.
La campanilla sonó de allí a poco dos veces con claridad.
Estremecióse la condesa en el sofá, y el duque se limpió el sudor de la frente con su pañuelo.
—Ya que me oyes —continuó Balsamo en el mismo idioma—, aprieta el botón de mármol que figura el ojo derecho del león que adorna la chimenea y se abrirá la plancha, pasa por ella; cruza mi gabinete, baja la escalera y entra en la habitación contigua a ésta.
Transcurridos pocos momentos, un ruido ligero, semejante al soplo del viento o al vuelo de un fantasma, advirtió a Balsamo que sus órdenes habían sido ejecutadas.
—¿Qué lenguaje es ése? —preguntó Richelieu afectando tranquilidad—, ¿es el cabalístico?
—Sí, monseñor, el dialecto que se emplea para la evocación.
—Pero habéis dicho que lo comprenderíamos.
—Lo que diga la voz, sí; mas no lo que diga yo.
—¿Y ha venido ya el diablo?
—¿Quién os ha hablado del diablo, señor duque?
—Supongo que es el personaje a quien se invoca.
—Puede invocarse a todo ser superior o a todo espíritu sobrenatural.
—Y ese espíritu superior, ese ser sobrenatural...
Balsamo extendió el brazo hacia la tapicería que ocultaba la puerta del

aposento contiguo y contestó:
—Monseñor, está en comunicación directa conmigo.
—Tengo miedo —murmuró la condesa—, ¿y vos duque?
—A la verdad, condesa, os declaro que más quisiera encontrarme en el asalto de Mahón, o en la batalla de Filipsburgo.
—Señora condesa, y vos, señor duque —dijo Balsamo con imponente acento —, hacedme el favor de prestar toda vuestra atención, ya que habéis querido oír.
Y dichas estas palabras volvióse hacia la puerta.

LXXXV

LO QUE DIJO LA VOZ

Después de un instante de solemne silencio, preguntó Balsamo en francés:
—¿Estás ahí?
—Estoy —contestó una voz pura y argentina que atravesando puertas y tabiques llegó a los oídos de los que la escuchaban, más como un timbre metálico que como acentos de voz humana.
—¡Hola! esto va resultando interesante —dijo el duque—, y eso que aquí no hay aparato, ni magia, ni fuegos de Bengala.
—¡Ah! os aseguro que es una cosa terrible —murmuró la condesa.
—Atiende bien a mis preguntas —continuó Balsamo
—Ya atiendo.
—Primeramente, dime cuántas personas están aquí conmigo.
—Dos.
—¿De qué sexo?
—Un caballero y una señora.
—Quiero que leas en mi pensamiento el nombre del caballero,
—El señor duque de Richelieu.
—Ahora el de la condesa.

—La señora condesa du Barry.
—¡Oh! ¡oh! —exclamó el duque—, el asunto es más serio de lo que parece.
—Lo que os digo —repuso la condesa—, es que jamás he visto cosa semejante.
—Bien —agregó Balsamo—, es preciso que leas la primera frase de la carta que tengo en la mano.
Obedeció la voz, y la condesa y el duque se contemplaron con un asombro indecible.
—¿Dónde está el original de esta copia que he escrito porque tú me la has dictado?
—Va ya de camino.
—¿Hacia qué parte?
—Hacia Occidente.
—¿Muy lejos de aquí?
—¡Oh! sí, mucho, mucho.
—¿Quién la conduce?
—Un hombre con traje verde, sombrero de fieltro y botas de montar.
—¿De qué modo va?
—A caballo.
—¿Qué caballo monta?
—Un caballo pío.
—¿En dónde le ves?
Transcurrió un instante de silencio.
—Mira bien —dijo Balsamo con imperio.
—En un camino real con árboles a las orillas.
—Pero, ¿en qué camino?
—No lo sé, porque todos se asemejan.
—¡Cómo! ¿Nada te indica qué camino es ése? ¿Ni una inscripción? ¿Ni una señal cualquiera?
—Aguardad, aguardad: ahora pasa un carruaje al lado del jinete con dirección a París.
—¿Qué carruaje es ése?
—Viene lleno de clérigos y de militares.
—¿Y no tiene rótulo?
—Sí, por cierto.
—Deseo que lo leas.

—En la caja dice: *Versalles*, y las letras, aunque amarillas, están casi borradas.
—Abandona el carruaje y sigue al correo.
—Ya no le veo.
—¿Por qué?
—Porque hay un recodo en el camino.
—Pues bien, sigue el recodo y alcanza al hombre.
—¡Oh! corre a todo escape y mira su reloj.
—¿Qué ves delante de él?
—Una fila de hermosos edificios, una gran ciudad.
—No pierdas de vista al correo.
—Ya le sigo.
—¿Qué es lo que hace?
—Espolea su caballo que está bañado en sudor, y cuyas herraduras, al herir el piso, causan tanto ruido que llaman la atención general. ¡Ah! el correo acaba de entrar en una prolongada calle que forma cuesta: ahora se dirige a la derecha y reprime la carrera de su corcel; ya se ha parado delante de la puerta de un palacio.
—Ahora deseo que le sigas con más atención. ¿Me entiendes?
La voz exhaló un suspiro.
—Estás cansada; ya lo conozco.
—¡Oh! No puedo más.
—Que desaparezca tu cansancio: yo lo mando.
—¡Ah!
—¿Qué sucede?
—Gracias, gracias.
—¿Estás fatigada aún?
—No.
—¿Y ves al correo?
—Aguardad... Sí... sí... Sube por una ancha escalera de piedra precedido de un criado con librea azul bordada de oro, cruza espaciosos salones magníficamente amueblados, y llega a la puerta de un gabinete: el lacayo abre la puerta y se aparta.
—Prosigue.
—El correo saluda.
—¿A quién?

—Aguardad... A un hombre sentado delante de un bufete y que está de espaldas a la puerta.
—¿Qué vestido tiene?
—Muy lujoso: está ataviado como para un baile.
__¿Y sus condecoraciones?
—Sólo una cinta azul en forma de aspa.
—¿Y su rostro?
—No puedo verlo... ¡Ah!
—¿Qué?
—Ha vuelto la cara.
—¿Qué señas tiene?
—Facciones regulares, mirada viva y penetrante y hermosos dientes.
—¿Puedes decirme su edad?
—De cincuenta y cinco a cincuenta y ocho años.
—¡El duque! —dijo la condesa en voz baja al mariscal—: seguramente es el duque.
Contestó el mariscal con un movimiento de cabeza que significaba—: Efectivamente, es el duque; pero escuchemos.
—Prosigue —dijo Balsamo.
—El correo entrega al hombre de la cinta azul...
—Llámale duque, porque ese es su título.
—El correo —repitió la voz obediente—, entrega al duque una carta: el duque la recibe y la lee con grande interés.
—¿Y qué más?
—Toma una pluma, un pliego de papel y escribe.
—¡Escribe! —exclamó Richelieu—. ¡Demonio! ¡Si pudiéramos saber lo que escribe!... Sería una gran cosa.
—Dime lo que escribe —gritó Balsamo.
—No puedo.
—Ya; porque estás lejos. Pues bien entra en su gabinete. ¿Estás ya?
—Ya estoy.
—Inclínate por encima de su hombro.
—Ya lo hago.
—¿No puedes leer ahora?
—Es malísima su letra, y muy desigual.
—No es obstáculo, lee; yo lo mando.

—«Querida hermana» —contestó la voz temblando y anhelante.
—Es la respuesta —dijeron a un tiempo la condesa y el duque de Richelieu.
«-Querida hermana —volvió a decir la voz—, tranquilízate, pues si bien es cierto que hubo crisis, y crisis un poco seria, ha pasado la tempestad. Aguardo el día de mañana con impaciencia, porque cuento con tomar la ofensiva, y todo me induce a confiar en un resultado decisivo. Me agrada lo del parlamento de Rohán, lo de milord X... y lo del petardo.
«Mañana, después que despache con el rey, agregaré una *postdata* a mi carta y te la remitiré por el correo portador de la tuya.»
Hallándose Balsamo con la mano izquierda extendida, parecía como que arrancaba con trabajo a la voz todas estas palabras, mientras que con la derecha iba trazando apresuradamente aquellas líneas que M. de Choiseul escribía en su gabinete de Versalles.
—¿Es eso todo? —preguntó después.
—Todo.
—¿Qué hace ahora el duque?
—Plega el papel escrito y lo guarda en una cartera encarnada que ha sacado del bolsillo izquierdo de su casaca.
—Ya lo oís —dijo Balsamo a la condesa—. ¿Y ahora?
—Hablándole despacha al correo.
—¿Qué le dice?
—He oído únicamente sus últimas palabras.
—¿Cuáles son?
—*A la una en la verja de Trianón*. El correo saluda y se aleja.
—Eso es —dijo Richelieu—, da cita al correo para cuando salga del despacho, como lo explica en su carta.
Balsamo impuso silencio, haciendo un seña con la mano.
—¿Qué más hace el duque? —insistió.
—Se levanta, reteniendo en la mano la carta que acaba de recibir, se dirige hacia su cama, se acerca a la pared, aprieta un resorte que descubre una caja de hierro, guarda en ella la carta y cierra nuevamente el escondite.
—¡Oh! —exclamaron a un tiempo el duque y la condesa—. Parece verdaderamente cosa de magia.
—Señora, ¿sabéis todo lo que deseabais saber? —dijo Balsamo a la condesa.
—Señor conde —contestó madame du Barry acercándose a él con terror—, acabáis de hacerme un servicio que pagaría con diez años de mi vida, o mejor

dicho, que jamás podré pagar. Pedidme lo que queráis.
—¡Oh señora!, acordaos que tenemos ambos una cuenta abierta.
—¡Oh! decidme lo que queréis.
—No es tiempo aún.
—Pues bien, tan pronto como llegue, aun cuando sea un millón...
Sonrióse Balsamo.
—¡Eh! condesa —exclamó el mariscal—; más bien podríais pedir vos ese millón al conde. El hombre que sabe lo que él sabe, y sobre todo, que ve lo que él ve, ¿no es capaz de descubrir el oro y los diamantes en las profundidades de la tierra, como descubre el pensamiento en el corazón y en la mente de los hombres?
—Es cierto, es cierto —respondió la condesa—, conozco mi impotencia.
—Condesa, no lo creáis; algún día me pagaréis deudas, pues os facilitaré la ocasión de hacerlo.
—Conde —dijo el duque a Balsamo—, me confieso subyugado, vencido, aniquilado... En fin, yo creo.
—Cual creyó Santo Tomás, ¿no es verdad? Eso no se llama creer, sino ver.
—Podéis llamarlo como os plazca, pero yo insisto en pagar la culpa, y cuando en lo sucesivo se me hable de brujos, ya sabré lo que he de responder.
Balsamo se echó a reír y dijo a la condesa:
—¿Me consentís hacer una cosa?
—¿Cuál?
—Mi espíritu se halla muy fatigado; dejadme pues que le devuelva su libertad, aprovechándome de una fórmula mágica.
—Hacedlo, conde.
—Gracias, Lorenza —dijo Balsamo en árabe—. Te amo y te amaré siempre: torna a tu estancia por el mismo camino que te ha conducido ahí, y aguárdame en ella. Vete, querida mía, vete y descansa.
—¡Oh! estoy cansada —contestó en italiano la voz, con mucha mayor dulzura que cuando contestaba a las preguntas de Balsamo durante la evocación—. Ven pronto, Acharat.
—Al momento.
Luego se oyeron los pasos de Lorenza que se alejaba.
Balsamo esperó que pasaran algunos minutos para cerciorarse de que la joven había subido a su habitación, y acto seguido saludó profundamente, pero con majestuosa dignidad al duque y a la condesa, los cuales admirados y

confundidos por la multitud de pensamientos distintos que experimentaban, llegaron a su fiacre, más bien como personas faltas de conocimiento, que como seres dotados de razón.

LXXXVI

¡DESTERRADO!

Al día siguiente daban las once en el gran reloj de Versalles, cuando el rey Luis XV salió de su habitación, y cruzando la galería dijo en voz alta:
—¡Señor de la Vrillière!
Se hallaba pálido, y parecía agitado, y cuanto más se esmeraba en ocultar su desasosiego, tanto más se conocía en sus miradas y en la tensión de los músculos, por lo regular impasibles, de su rostro.
Reinó al instante un profundo silencio en los corrillos de los cortesanos, entre quienes se hallaban el duque de Richelieu y el conde Juan du Barry, sumamente tranquilos y simulando la mayor indiferencia e ignorancia.
Se aproximó al rey el duque de la Vrillière, y recibió de sus manos una orden sellada.
—¿Está en Versalles el señor duque de Choiseul? —interrogó Su Majestad.
—Sí, señor, se encuentra desde ayer, pues llegó de París a las dos de la tarde.
—¿Está en su palacio o en la corte?
—Se encuentra en la corte, señor.
—Bien; llevadle esa orden, duque.
Un glacial estremecimiento se apoderó de todos los espectadores, que al momento comenzaron a cuchichear. Frunciendo el ceño el rey, como si procurase hacer aún más imponente aquella escena, tornó a entrar bruscamente en su habitación, acompañado de su capitán de guardias y del comandante del cuerpo de caballería ligera que le seguían a todas partes.
Siguieron todas las miradas los pasos de M. de la Vrillière, quien temiendo por el paso que iba a dar, cruzaba lentamente el patio del palacio,

dirigiéndose a las habitaciones de M. de Choiseul.
Mientras tanto todos hablaban tímida o audazmente en torno del anciano mariscal, que se hacía el admirado, pero en quien los demás no confiaban por la maliciosa sonrisa que animaba su rostro.
Por fin volvió de su comisión M. de la Vrillière y todos lo rodearon.
—¿Qué ocurre? —le preguntaron.
—Nada; una orden de destierro.
—¿Es cierto?
—Ni más ni menos.
—¿La habéis leído, duque?
—Sí por cierto.
—¿Habláis de veras?
—Ahora lo veréis.
Y el duque de la Vrillière articuló las siguientes palabras, que habían guardado en su memoria implacable, como memoria de cortesano:

«Primo mío; el descontento que me causan vuestros servicios me ponen en la necesidad de desterraros a Chanteloup, en donde permaneceréis por el término de veinticuatro horas. Os desterraría más lejos, si no influyese la estimación que profeso a madame de Choiseul, cuya salud me interesa grandemente. Confío en que vuestra conducta no me obligará a tomar otro partido.»

—¿Y qué os ha contestado el ex ministro, señor de Saint-Florentin? —le interrogó Richelieu, no queriendo dar al duque ni su nuevo título, ni su nuevo nombre.
—Me ha dicho: «Señor duque, estoy convencido del placer que sentís al traerme esta noticia».
—Habréis sufrido duro golpe, pobre duque —dijo Juan.
—¿Qué queréis? más grande ha sido el suyo, y no es extraño que desfogase la bilis sobre mí.
—¿Presumís lo que ahora va a hacer? —preguntó Richelieu.
—Obedecerá sin titubear.
—Ya —dijo el mariscal.
—Aquí llega el duque —gritó Juan, que observaba desde la ventana todo lo que sucedía en la parte exterior.

—¿Viene? —exclamó el duque de la Vrillière.
—Ya lo presumía yo, señor de Saint-Florentin.
—¡Como que cruza el patio! —añadió Juan.
—¿Solo?
—Solo, con la cartera debajo del brazo.
—¡Dios mío! — murmuró Richelieu—. ¿Se repetirá hoy la escena de ayer?
—¡Oh! No me habléis de eso —replicó Juan—, porque tiembla todo mi cuerpo.
No había terminado de decir estas palabras, cuando el duque de Choiseul con frente erguida y tranquilas miradas, se presentó en la entrada de la galería, desafiando con su altivez tranquila a todos sus enemigos o a los que iban a declararse tales en caso de desgracia.
Ninguno creía semejante paso después de lo que había sucedido, y por consiguiente nadie se opuso a él.
—¿Estáis bien cierto de haber leído lo que decís? —preguntó Juan.
—¡Bah!
—¿Y tiene valor para presentarse después de haber recibido semejante carta?
—Lo que os digo es que no lo comprendo.
—¡Pero el rey lo va a encerrar en la Bastilla!
—Lo que producirá un nuevo escándalo.
—Lo deploraré infinito.
—Vamos: ya entra en el gabinete del rey.
Efectivamente, el duque haciendo caso omiso de la especie de resistencia que le oponía el ujier, entró en la habitación de Su Majestad que al verle exhaló una exclamación.
Llevaba el duque entre sus manos su orden de destierro y se la enseñó al rey sonriéndose.
—Señor —dijo—, con arreglo a lo que Vuestra Majestad tuvo a bien decirme ayer, en este momento recibo una nueva orden.
—Es verdad —contestó el rey.
—Y puesto que ayer me dijo Vuestra Majestad que no hiciese caso de orden alguna que no fuese ratificada por Vuestra Majestad, vengo a que me deis la explicación verbal que necesito.
—Señor duque, será breve. Lo que es hoy la orden que habéis recibido se encuentra en su fuerza y vigor.
—¡En su fuerza y vigor! ¡Una orden tan ofensiva para un servidor tan leal!

—Un leal servidor no consiente que su monarca represente un papel ridículo.
—Señor —repuso el duque con altivez—; he nacido bastante cerca del trono para saber respetarlo.
—Caballero —dijo el rey—, no consiento manteneros en una incertidumbre penosa. Ayer recibisteis un correo mandado por madame de Grammont.
—Es cierto.
—Y ese correo os dio una carta.
—Señor, ¿está prohibido que una hermana escriba a su hermano?
—Aguardad, aguardad: estoy enterado del contenido de esa carta.
—¡Oh! ¡señor...!
—Aquí lo tenéis... me he tomado la molestia de copiarlo.
Y el rey mostró al duque una copia igual a la carta que éste había recibido.
—¡Señor! ¡Señor...!
—Duque no lo ocultéis: habéis guardado esta carta en una caja de hierro de vuestra misma alcoba.
Quedó lívido el duque como un cadáver.
—Hay más —prosiguió el rey sin compasión—, pues habéis contestado también a madame de Grammont, y sé lo que le habéis escrito: guardáis la carta en vuestra cartera y sólo esperáis el instante de salir de aquí para añadir una *postdata* en ella. Ya veis que estoy bastante instruido.
El duque enjugó su frente bañada de sudor frío, se inclinó sin contestar una palabra, y salió del gabinete, temblando y vacilante, lo mismo que si le hubiese atacado un accidente de apoplejía fulminante.
El fresco de la galería impidió que cayese privado de sentido; pero era hombre de una voluntad de hierro. Caminó entre la muchedumbre de cortesanos con altivez y entró en su despacho para guardar o quemar papeles. Quince minutos después salió del palacio en coche; pero su desgracia fue un rayo que incendió toda la Francia.
En efecto, amparados los parlamentos por la tolerancia del ministro, proclamaron que el Estado había perdido su más fuerte apoyo. La nobleza disponía de él como suyo, y el clero se había visto infinidad de veces lisonjeado por aquel hombre, cuya dignidad personal le daba una especie de sacerdocio en sus funciones ministeriales.
Muy numeroso ya y muy fuerte, el partido enciclopédico o filósofo, porque elegía sus soldados entre los hombres ilustrados e instruidos, se amotinó al ver que huían las riendas del gobierno de las manos del ministro que realzaba

a Voltaire, que pensionaba a la Enciclopedia, y que conservaba, haciéndolas útiles, las tradiciones de madame de Pompadour.
Contaba el pueblo mayor razón que todos los descontentos: se lastimaba también como siempre sin profundizar las cosas; pero lo cierto era que daba en la dificultad, que sentía el mal y quería guardarse de él.
M. de Choiseul, juzgado bajo el punto de vista general, era un ministro malo y un mal ciudadano, pero comparado relativamente era un modelo de virtud, de moralidad y de patriotismo. Referente al pueblo, que se moría de necesidad como de costumbre, oía hablar de las prodigalidades de Su Majestad, de los caprichos ruinosos de madame du Barry, cuando se le mandaban avisos como los del *Hombre de los cuarenta escudos*, o consejos como los del *Contrato social*, o revelaciones como las de las *Noticias del día* y las *Ideas singulares de un buen ciudadano*. Entonces era cuando el pueblo temblaba al presumirse que iba a caer entre las manos impuras de la favorita, y cuando fatigado de tanto sufrir se admiraba inocentemente porque presumía más negro el porvenir que el pasado.
No consistía eso en que el pueblo, disgustado de todo, conservase simpatías. No tenía ciertamente afición a los parlamentos, sus protectores naturales, porque siempre le habían olvidado por cuestiones particulares de egoísmo; porque poco ilustrado en cuanto a la omnipotencia real, comprendía, sin embargo, que los parlamentos se habían creado una especie de aristocracia entre la nobleza y el
pueblo.
No quería tampoco a la nobleza, ni por instinto ni por recuerdo, porque temía la espada como aborrecía a la iglesia. No tenía interés respecto a la caída de M. de Choiseul, pero escuchaba las quejas de la nobleza, del clero y del parlamento, y este ruido en unión con sus propias murmuraciones le embriagaba.
Esta diversidad de sentimientos crearon en M. de Choiseul una especie de popularidad que no debía prometerse. Todo París, pues esta aserción puede afirmarse con pruebas, acompañó al desterrado de Chanteloup.
Se formaba el pueblo al paso de los carruajes, y todos aquellos que no habían tenido la suerte o la desgracia de ser recibidos por el duque, corrieron a saludarle cuando salía de París como si les hubiese otorgado lo que solicitaban o esperasen conseguir su gracia.
Se aglomeró la multitud en la barrera del Infierno que abre paso al camino de

Turena, y tan grande fue la afluencia de gente, que el paso se encontró interceptado por mucho tiempo. Cuando consiguió el duque salir de aquel atolladero se vio rodeado por más de doscientos carruajes.
Acompañaron su marcha mil aclamaciones y suspiros; pero él comprendía demasiado bien la situación para dejar de conocer que todo aquel ruido no demostraba tanto sentimiento por su persona como recelo respecto a los hombres desconocidos que iban a influir en los negocios públicos.
A la vez llegó a todo escape una silla de posta, cruzó por medio de la multitud, y sin un violento esfuerzo del postillón se hubieran precipitado los caballos contra el coche de M. de Choiseul.
Asomóse una cabeza por el ventanillo de aquel carruaje, y también el ex ministro sacó la suya.
Saludó a éste con respeto M. de Aiguillon, y M. de Choiseul se retiró con ligereza, pues un solo momento de amargura terminaba de marchitar los frescos laureles de su caída.
Pero al mismo tiempo, y sin duda como una compensación, un coche con las armas de Francia arrastrado por ocho magníficos caballos hacía el camino de Sèvres a Saint-Cloud, y que ya por coincidencia o por no incomodar a la multitud cruzaba el camino real, pasó asimismo próximo a M. de Choiseul.
Iba en aquel coche la delfina con su dama de honor madame de Noailles, y con la señorita de Taverney.
M. de Choiseul experimentó un vivo placer, y se asomó al ventanillo saludando profundamente.
—Adiós, señora —exclamó con voz entrecortada.
—Señor de Choiseul, hasta la vista —contestó la delfina con afable sonrisa.
—¡Viva el duque de Choiseul! —gritó un hombre entusiasta al oír las palabras de la delfina.
La señorita Andrea volvió al punto la cabeza atraída por el sonido de aquella voz.
—¡Fuera! ¡Fuera! —gritaron los palafreneros de la princesa, forzando a Gilberto a retirarse a pesar de sus deseos de presenciarlo todo.
En efecto, era nuestro héroe filósofo que con entusiasmo imposible de describir continuaba gritando:
—¡Viva! ¡Viva el duque de Choiseul!

LXXXVII

EL SOBRINO DEL MARISCAL RICHELIEU

Así como en París y en el camino de Chanteloup todo se convertía en amenazas y sentimientos, en Luciennes sólo se encontraban rostros alegres y sonrisas encantadoras.
Aquel cambio consistía en que no sólo brillaba en Luciennes la mujer más bella y seductora, como afirmaban los cortesanos y los poetas, sino una verdadera divinidad que gobernaba a la Francia.
También contaba madame du Barry con su policía secreta, y sabía perfectamente por Juan los nombres de todos aquellos señores que se habían apresurado a ofrecer a M. de Choiseul el último testimonio de su adhesión.
Juan, pues, puso al corriente a la condesa de cuanto había pasado, y por consiguiente quedaban excluidos de Luciennes sin ninguna consideración los mencionados nobles, a la vez que el valor que otros habían desplegado contra la opinión pública se hallaba recompensado por la sonrisa protectora de la divinidad del día.
Fuera de los patios todos los coches, empezaron las recepciones particulares.
Richelieu, el héroe de la jornada, héroe secreto, es cierto y sobre todo modesto, vio pasar por su lado aquella muchedumbre de felicitantes y de pretendientes y ocupó el último sillón de la sala de recibo.
—Necesario es confesar —dijo la condesa—, que el conde de Balsamo, o de Fénix, o como os parezca llamarle, mi querido mariscal, es el primer hombre de los tiempos que corremos. Una lástima sería que hoy se quemase a los brujos.
—Sí, condesa, sí; es un grande hombre —contestó Richelieu.
—Duque, y muy amable; os aseguro que me ha encaprichado.
—Condesa, vais a hacerme sentir celos —observó Richelieu sonriéndose, al paso que se hallaba obligado a hablar con seriedad—. No obstante, el tal conde sería un terrible ministro de Policía.
—Lo presumo, pero es un ministro imposible.

—¿Por qué?
—Porque con él serían imposibles sus colegas.
—¿Cómo así?
—No ignoraría nada, estaría al cabo de lo más oscuros manejos.
Se ruborizó el mismo Richelieu, al decir esto, prosiguiendo de esta manera:
—Si yo fuera su colega, por mi parte querría que me fiscalizase, que os hiciera formar parte en todas mis operaciones, porque siempre me veríais de rodillas delante de la dama y fiel adicto a mi rey.
—Sois, duque, el hombre de más talento que he conocido; pero hablemos ya con alguna seriedad de nuestro ministerio... Me presumo que deberíais haber escrito a vuestro sobrino.
—Señora, el duque de Aiguillon ha venido, y en circunstancias al parecer de muchos, sumamente favorables. Como que su carruaje se ha encontrado con el de M. de Choiseul.
—Es un gran agüero. ¿Conque va a venir?
—He creído que la presencia de M. de Aiguillon en Luciennes daría margen a toda clase de comentarios, y por lo tanto le he rogado que se quede en el pueblo hasta que le avise, sujetándome a vuestras órdenes.
—Mariscal, que venga sin tardanza, pues nos encontramos ya solos o poco menos.
—Y lo haré con muchísimo gusto, supuesto que hemos quedado de acuerdo; ¿no es cierto, condesa?
—¡Oh! sí, enteramente convencidos. Vos preferís el ministerio de la Guerra al de Hacienda, ¿no es así? ¿O deseáis tal vez el de Marina?
—Señora, prefiero el de la Guerra, porque en él podré servir con mayor utilidad.
—Muy razonable es, y hablaré al rey en ese sentido. ¿No guardáis antipatías?
—¿Contra quién?
—Contra los colegas vuestros que escoja Su Majestad.
—Condesa, soy hombre que me avengo fácilmente con todo el mundo. Pero permitidme que avise a mi sobrino, ya que le habéis concedido el honor de recibirle.
Se aproximó Richelieu a la ventana cuando los últimos resplandores del crepúsculo iluminaban todavía el patio. Hizo algunas señas a un lacayo que se hallaba en acecho y que al punto echó a correr.
Diez minutos más tarde penetró un carruaje en el primer patio y la condesa

llevó la vista hacia la ventana.
Sorprendió Richelieu aquel movimiento, tomándolo como un pronóstico excelente para los adelantos de M. de Aiguillon, y por lo tanto para los suyos.
—La gusta el tío y comienza a agradarla el sobrino —murmuró entre dientes —, y esto significa que seremos aquí los amos.
Mientras pasaba el rato con tan quiméricas ideas, percibióse ruido hacia la puerta, y un paje de confianza anunció al señor duque de Aiguillon.
Era un caballero de fisonomía agradable, de bastante gracia, y ataviado rica y elegantemente. Pasó ya para él la edad de la fresca juventud, pero pertenecía a ese corto número de hombres que jamás dejan de ser jóvenes.
Los desvelos del gobierno de un Estado no habían impreso la menor arruga en su rostro; no habían conseguido más que agrandar en su frente aquel pliegue natural que en los hombres políticos y en los poetas, es el asilo de las grandes concepciones. Alzaba su hermosa cabeza, pintándose en sus facciones un tinte melancólico, como si no ignorase que pesaba ya sobre ella el odio de diez millones de hombres, pero deseando probar al mismo tiempo que aquel peso no le daba miedo.
Las manos de M. de Aiguillon eran muy blancas y lindísimas; en aquella época se hacía gran caso de una pierna bien formada, y la del duque era un modelo de elegancia nerviosa y de forma aristocrática; en resumen, era dulce como un poeta, noble como un gran señor y robusto como un mosquetero.
Para la condesa eran tres idealidades en una, pues en un solo modelo hallaba tres tipos que aquella hermosura sensual debía amar por instinto.
Por una rara coincidencia, o mejor dicho por un enlace de circunstancias que había combinado la sabía técnica del duque Aiguillon, aquellos dos héroes de la animadversión pública, la cortesana y el cortesano, nunca se habían hallado en la corte frente a frente y con todas sus respectivas ventajas.
Antes de que fuese condesa madame du Barry, antes de que todas las noches manchase con sus impuros labios la corona de Francia, había sido una graciosa, risueña y adorable joven; había sido amada, y esta era una felicidad con que no contaba en adelante, porque todos la temían desde que se hizo llamar la querida del rey.
Entre los muchos jóvenes ricos y poderosos que hicieron la corte a Juana Vaubernier figuró en otro tiempo en primera línea el duque de Aiguillon; pero ya que no tuviese mucho interés, ya que la señorita *Lange* no fuese tan fácil como aseguraban sus detractores, o ya que el amor del rey hubiese

dividido unos corazones próximos a comprenderse, lo cual no redundaría por cierto en descrédito de uno ni de otro, el hecho era que M. de Aiguillon había abandonado de pronto sus versos acrósticos, sus ramilletes de flores y sus preciosos perfumes. También la señorita Lange cerró su puerta de la calle de Petits-Champs, de manera que el duque se dirigió a Bretaña ahogando sus suspiros, y la señorita Lange envió los suyos hacia Versalles al señor barón de Gonnesse, o lo que es lo mismo, al rey de Francia.

Resultó, pues, que la súbita desaparición de M. de Aiguillon ocupó muy poco a madame du Barry, porque temía lo pasado; pero viendo al fin que continuaba el silencio de su antiguo adorador, no pudo menos de reconocer en él a un hombre de muchísimo talento.

Ya era algo por sí sola esta distinción; pero no era toda, y acaso iba a llegar el instante en que juzgaría a Aiguillon como un hombre valiente.

Forzado es convenir en que la pobre señorita Lange tenía sus razones para temer un examen sobre lo pasado. Un mosquetero, amante venturoso en otro tiempo, según se afirmaba, entró un día en el palacio de Versalles para solicitar de la señorita Lange algunos favores parecidos a los pasados; y aunque este rumor esparcido por el mismo pretendiente se sofocó al punto, no dejó de encontrar eco entre las paredes de la real estancia de madame Maintenón.

Ya sabemos que el duque de Richelieu ninguna alusión había hecho al hablar de su sobrino con madame du Barry, a la conducta de Aiguillon con la señorita de Lange y al contrario. Este silencio por parte de un hombre tan acostumbrado a decir las cosas más difíciles, había sorprendido muchísimo y aun inquietado a la condesa.

Esperaba, pues, con impaciencia a monsieur de Aiguillon para saber a que atenerse, y si el mariscal había obrado por discreción o por ignorancia.

En este instante entró el duque.

Lleno de respeto, con desembarazo y bastante seguro de sí mismo para saludar a madame du Barry, ni bien como a reina ni bien como a una mujer vulgar, conquistó con esta delicadeza una protección completa a juzgar lo bueno como perfecto y lo perfecto como maravilloso.

Enseguida M. de Aiguillon estrechó la mano a su tío, quien aproximándose a la condesa la dijo con acento cariñoso:

—Señora, aquí se encuentra ya el duque de Aiguillon: no tengo el honor de

presentaros a mi sobrino, sino a uno de vuestros más apasionados servidores.
Observó la condesa al duque de Richelieu, lo observó como observan las mujeres cuando desconfían, es decir, de un modo propio para que nada se les escape; pero únicamente vio dos frentes inclinadas respetuosamente ante su hermosura, dos frentes que al momento se irguieron tranquilas y serenas.
—Mariscal, ya sé que profesáis el mayor afecto al duque y que al mismo tiempo sois amigo mío. Suplico, pues, al señor de Aiguillon, por deferencia hacia su tío, que imite todo lo que éste haga y que pueda serme agradable.
—Señora, esa es la conducta que me he propuesto seguir —respondió el duque haciendo nueva reverencia.
—¿En Bretaña estaríais muy disgustado? —le preguntó la condesa.
—Extraordinariamente, y creo que cuando vuelva lo estaré más.
—Nada de eso: ahí tenéis a vuestro tío el duque de Richelieu que os va ayudar con todo su poder.
Como sorprendido contempló Aiguillon al mariscal.
—Vamos —continuó la condesa—, ya sé lo que es: como acabáis de llegar a París no ha tenido tiempo sin duda el duque de hablar con vos tan detenidamente como desea. Por lo mismo voy a dejaros, pues conozco que tendréis mil cosas que deciros. Señor duque, ya sabéis que estáis en vuestra casa.
Al terminar estas palabras se retiró la condesa. Pero había meditado un proyecto y así no se separó mucho. Detrás del salón de recibo existía un gabinete, en el que el rey acostumbraba a sentarse cuando iba a Luciennes, entre mil piezas de China de toda especie. Prefería aquel sitio al salón, porque desde él se percibía cuanto en este último se hablaba.
Por lo tanto madame du Barry estaba convencida de que iba a oír toda la conversación entre el duque y su sobrino, y lo deseaba ansiosamente para poder formar definitivamente acerca del último una opinión irrevocable. No obstante, el duque no se dejó engañar, pues conocía perfectamente gran parte de los secretos de cada localidad real o ministerial. Escuchar en tanto que otros hablaban era uno de sus medios, y hablar mientras otros entendían uno de sus ardides.
No olvidemos tampoco que se encontraba muy pagado por el recibimiento que acababa de obtener.
Por lo tanto decidió explotar completamente la mina e indicar a la favorita, suponiéndola ausente, un plan de felicidad doméstica y de gran poder,

complicado de intrigas, doble aliciente al cual pocas veces se resiste una mujer bonita y mucho menos una mujer de corte.
Hizo Richelieu que se sentase su sobrino y le dijo: —Duque, ya observas que me he instalado aquí.
—Efectivamente ya lo veo.
—Me ha cabido la honra de obtener el favor de esta encantadora mujer, que consideramos como reina y que lo es de hecho.
Aiguillon se inclinó.
—Ahora te digo —prosiguió Richelieu—, lo que antes no he podido decirte, a saber, que madame du Barry me ha ofrecido una cartera.
—Eso se os debe en justicia.
—Ignoro si se me debe; pero al fin, aunque tarde, lo consigo, y, como ya me encuentro algo cansado, pienso ocuparme de ti muy seriamente.
—Señor duque, gracias: ya sé que sois un buen pariente, pues de ello he recibido muchas pruebas.
—¿No has pensado en nada, Aiguillon?
—En nada; lo único que deseo es que no me despojen de mis títulos de duque y de par, como lo pretenden los señores del parlamento.
—¿Cuentas con algún apoyo?
—No por cierto.
—De manera que hubieras sucumbido sin esta circunstancia...
—Seguramente.
—Observo que estás hablando como un filósofo, y consiste en que yo no me explayo contigo y en que te hablo más bien como un ministro que como tío.
—¡Oh, tío mío! Vuestra voluntad excita toda mi gratitud.
—Me figuro que habrás conocido que te preparo aquí un buen papel cuando te he hecho venir desde tan lejos y con tanta precipitación. Vamos, dime francamente si has pensado algunas veces en el que ha representado M. de Choiseul durante diez años.
—Sin duda; como que ha sido un papel magnífico.
—¡Magnífico...! Entendámonos: lo era ciertamente cuando unido con madame de Pompadour gobernaba al rey y desterraba a los jesuitas; pero triste y muy triste cuando después de alcanzar la confianza con madame du Barry, que vale mil veces más que la Pompadour, ha conseguido en veinticuatro horas que le despidan. ¡Cómo! ¿Nada me respondes?
—Señor, os escucho y anhelo saber a dónde vais a parar,

—Creo que te agracia el primer papel que ha representado Choiseul.
—Ciertamente.
—Pues bien, amigo mío, he resuelto representarlo yo.
Aiguillon miró fijamente a su tío y le dijo:
—¿Habláis con formalidad?
—¿Por qué no?
—¿Sois amante de madame du Barry?
—¡Diablo! Tú caminas muy ligero; a pesar de eso veo que me has comprendido. ¡Oh! Sí: Choiseul era dichosísimo, pues gobernaba al rey y a la querida de éste, y aun según se dice amaba a madame de Pompadour... En resumen, ¿por qué no he de alcanzar yo lo mismo...? Pero no; yo no puedo ser amante correspondido de madame du Barry, y tu sonrisa burlona me lo está diciendo: ya veo que examinas las arrugas de mi frente, mis dobladas rodillas y mi mano seca, que fue tan bella en otro tiempo, lo cual significa que al hablar del papel de Choiseul, he debido expresar que entre los dos lo representaremos, en lugar de convenir en que yo lo representaré sólo.
—¡Tío!
—No; conozco bastante bien que ella no puede amarme, y te lo digo sin temor porque no puede oírme, yo amaría a esa mujer... pero...
Aiguillon arrugó las cejas y repuso:
—¡Por qué!
—Tengo pensado un plan soberbio, el cual consiste en relegar ese papel, que para mi edad es imposible.
—¡Ah! ¡Ah!
—Efectivamente; alguno de mi familia amará a madame du Barry. ¡Vaya! Es una mujer perfecta. Y te aseguro que no será Fronsad quien tenga esa fortuna, porque es un loco, un degenerado, un imbécil, un cobarde, en una palabra, un bribón. ¿Serás tú, duque, por fortuna?
—¡Yo! —dijo Aiguillon—. ¿Estáis loco, tío mío?
—¡Loco! ¿Cómo no te postras a los pies de quien te da este consejo? ¿Cómo es que no expresas tu alegría? ¿Cómo es que no me manifiestas toda tu gratitud? ¿Cómo es que no estás loco de amor en vista del recibimiento que has obtenido? Vamos, vamos; ya veo que después de Alcibíades sólo ha existido en el mundo un Richelieu y que no habrá otro.
—Tío mío —replicó el duque con una agitación, que si era fingida estaba admirablemente simulada—; concibo perfectamente todo el partido que

podríais sacar de la posición que me brindáis, vos gobernaríais con la autoridad de M. de Choiseul, y yo sería el amante que constituyese dicha autoridad. Es este proyecto, digno del hombre de más talento que hay en Francia; pero al formarlo sólo os olvidasteis de una cosa.

—Dila, pues. ¿Serías capaz de no amar a madame du Barry? ¿Es eso? ¡Ah! Loco... mil veces loco. Habla, desgraciado... ¿Es eso?

—No, no es eso, tío mío —contestó Aiguillon, persuadido de que no pronunciaba sus palabras inútilmente—: madame du Barry, a la que apenas conozco, me parece la más bella y encantadora de todas las mujeres; soy, pues, capaz de amarla locamente, de amarla tal vez demasiado, pero no es esa la cuestión.

—¿Cuál es?

—Es la siguiente: Jamás me amará madame du Barry, y la primera condición de semejante alianza debe estribar en un amor recíproco. ¿Cómo suponer que en medio de esta brillante corte, en medio de esa juventud seductora vaya la hechicera condesa a distinguir precisamente al hombre que carece de todo mérito, al que ya ha dejado de ser joven, al que se oculta a todas las miradas porque sabe que pronto va a desaparecer? ¡Ah! Si yo hubiese conocido a madame du Barry en mi juventud, en la época de mi lozanía, acaso hubiera podido lisonjearme la idea de alcanzar algún recuerdo suyo. ¡Pero ahora! ¿Qué puedo ofrecer a esa perfecta hermosura? Ni pasado, ni presente, ni porvenir. Es, pues, mi deber renunciar a tan lisonjera quimera, asegurándoos que me habéis herido de muerte al presentármela tan dorada y tan bella.

Mientras que el duque de Aiguillon se expresaba de esta manera con todo el ardor de un hombre verdaderamente apasionado, mordíase los labios el mariscal de Richelieu y decía entre dientes:

—Me parece que este bribón adivina que la condesa nos está escuchando. ¡Demonio! Es más cuco de lo que parece y me puede dar quince y raya, por cuya razón debo vivir alerta.

Richelieu tenía muchísima razón; la condesa lo escuchaba todo, y cada frase de Aiguillon penetraba como una saeta en su pecho: bebía insensiblemente el dulce licor de aquella declaración y saboreaba el placer de aquella extremada delicadeza del hombre que, ni aun con un íntimo confidente había hecho traición al secreto de sus pasadas relaciones, acaso por no echar un borrón en el retrato de la que aún amaba.

—De suerte que, según veo, rehúsas mis proposiciones —dijo Richelieu.

—Sí, tío mío, sí; pero solamente porque las veo irrealizables.
—Pero hombre, inténtalo siquiera.
—¿Y cómo?
—Eres ya de los nuestros y podrás ver a la condesa todos los días; procura complacerla, con mil demonios.
—¿Con miras interesadas? No lo esperéis, pues si tuviese la desgracia de que se enamorase de mí, abrigando yo tan pérfido pensamiento, huiría hasta el fin del mundo, porque me sonrojaría de mí mismo.
Richelieu se rascó la barba y dijo:
—O mi sobrino es un idiota, o esto es hecho.
De repente se oyó un gran ruido en el patio y repitieron varias voces:
—¡El rey!
—¡Demonio! —gritó Richelieu—; el rey no debe encontrarme aquí, y por lo mismo me ausento.
—¿Y yo? —dijo el duque de Aiguillon.
—Es cosa muy diferente; conviene que te vea y te ruego que no tires la casa por la ventana.
Enseguida el mariscal se encaminó a la escalera secreta y despidióse de su sobrino, diciendo:
—Hasta mañana.

LXXXVIII

M. DE AIGUILLON SE APROVECHA DE LA PARTE

QUE CORRESPONDE AL REY

Quedóse solo el duque de Aiguillon en la sala de recibo y en una situación algo embarazosa, pues había comprendido perfectamente la proposición de su tío; sabía además que madame du Barry había escuchado toda su conversación con él y no ignoraba que en semejante circunstancia se

precisaba más que regular talento para representar sólo la parte que el anciano duque quería repartir entre dos.
La proximidad del rey interrumpió por fortuna la explicación que por necesidad hubiera resultado de la puritana modestia de M. de Aiguillon.
El mariscal tampoco era hombre que se dejase engañar por mucho tiempo, ni amigo de hacer resaltar exageradamente la virtud de otros a expensas de la suya.
Aiguillon, no obstante, tuvo el tiempo necesario para reflexionar después que su tío le dejó solo.
En efecto, el rey llegaba; ya sus pajes habían abierto las puertas de la antecámara y Zamora corría hacia el monarca pidiéndole golosinas, familiaridad que en sus momentos de humor sombrío recompensaba Luis XV con un papirotazo o un estirón de orejas, cosas ambas muy desagradables para el joven africano.
Pasó el rey al gabinete inmediato, y lo que convenció al duque de Aiguillon de que madame du Barry no había perdido una palabra del diálogo con su tío fue que él mismo se encontró en situación de oír la plática que entablaron de allí a poco la condesa y el rey.
Este último parecía encontrarse fatigado como si hubiera levantado un enorme peso. Atlas era menos impotente después de terminada su tarea, después de haber sostenido el firmamento doce horas sobre sus hombros.
El rey se hizo aplaudir y acariciar por la condesa, la cual le contó la contramina que había producido la desgracia de monsieur de Choiseul, y esto entretuvo infinito a Su Majestad.
Entonces fue cuando se aventuró madame du Barry pues caminaba viento en popa la política, y por otro lado se sentía capaz en aquel instante de revolver las cuatro partes del mundo.
—Señor —dijo con cierta coquetería—, habéis demolido, lo cual no es poco; al presente es necesario edificar.
—Ya está hecho —contestó el rey negligentemente.
—¿Tenéis ya ministerio?
—Ciertamente.
—¡Cómo! Así. ¿De pronto? ¡Sin haber respirado!
—Comprendo que todos los míos han perdido el seso; al fin, condesa, habíais de ser mujer. ¿No me enseñasteis el otro día que antes de despedir al cocinero debía buscarse su sustituto?

—¡Oh! Repetidme nuevamente que en efecto habéis organizado otro ministerio.
Se incorporó el rey un poco en el amplio sofá que le servía más bien de cama que de asiento, y cuyo almohadón principal era un hombro de la condesa.
—Juanita —la dijo—, cualquiera supondría al veros tan inquieta que ya conocéis mi ministerio, supuesto que no os gusta, y que queréis proponerme otro.
—¡Y qué! ¿Sería eso absurdo ni extraño?
—¡Cómo! ¿Tenéis vos un ministerio?
—¡Pues qué! ¿No le tenéis vos también?
—¡Oh! En mí es una cosa precisa. Vamos, decidme vuestros candidatos.
—Nada de eso: sepamos quiénes son los vuestros.
—Con mucho gusto; de esta manera daré el ejemplo.
—Principiemos. ¿Quién substituye en marina a monsieur de Praslin?
—Cosa nueva, condesa, cosa nueva; un hombre famoso, que jamás ha visto un puerto de mar.
—Acabad pronto...
—Es una magnífica invención; voy a adquirir una popularidad grandísima y me van a coronar en los más remotos mares... en efigie, se entiende.
—Pero ese señor, ¿quién es?
—Apostemos a que no lo adiviináis entre mil nombres que os mencione.
—Un hombre cuya elección os haga popular... No ciertamente.
—Un hombre del parlamento, amiga mía, un primer presidente del parlamento de Besanzón.
—¿M. de Boynes?
—El mismo:... ¡Qué lista sois! ¡Cómo se advierte que no se os escapan los hombres de mérito!
—Claro; como que todos los días habláis de parlamentos, Pero ese hombre no sabe lo que es un remo.
—Tanto mejor, pues M. de Praslin conocía muy bien su obligación y me ha obligado a gastar un dineral en construcciones navales.
—¿Y para hacienda?
—Eso ya es distinto; he nombrado a un hombre especial.
—¿Es rentista?
—No, militar, porque hace mucho tiempo que los hombres de negocios son para mí intolerables.

—¿Y para el ministerio de la guerra?
—Estad tranquila, porque elegiré al fin a uno de esos hombres enojosos, a un rentista. Terray, por ejemplo, es tan amigo de engolfarse en operaciones aritméticas, que no dejará de hallar mil errores de cálculo en las cuentas de M. de Choiseul. Tampoco debo ocultaros que he tenido la idea de elegir para el ramo de guerra un hombre maravilloso, esto es, un hombre puro, como ahora se dice; pero únicamente me guiaba el deseo de no descontentar a los filósofos,
—¿Y a quién queríais nombrar? ¿A Voltaire?
—A otro que se le parece: al caballero de Muy... Una especie de Catón.
—¡Dios mío! Me asustáis.
—Estaba ya resuelto; mandé llamarle, sus despachos estaban firmados y aun recuerdo que me daba ya las gracias, cuando mi bueno o mi mal genio (esto lo sabréis vos, condesa) me sugirió la idea de convidarle a cenar en Luciennes esta noche.
—¡Qué horror!
—Justamente es eso lo que el caballero de Muy me ha respondido.
—¿Os ha dicho eso mismo?
—Por supuesto con otras palabras; pero, en fin, me ha significado en resumen que su más ardiente deseo es servir al rey, pero que le es imposible servir a madame du Barry.
—¡Oh! es muy galante vuestro filósofo.
—Condesa, ya comprenderéis que yo le alargaría la mano... Lo hice efectivamente para que me devolviese el nombramiento, que hice pedazos sonriéndome con paciencia: y el caballero se retiró. Luis XIV hubiera encerrado a ese insensato en una torre de la Bastilla; pero yo soy Luis XV y tengo un parlamento que me pone la ley en vez de sufrirla de mi autoridad.
—¿Qué le hace? —dijo la condesa cubriendo de besos la mano del rey—, lo cierto es que sois un hombre completo.
—No afirman eso todos; Terray es odiado por la mayoría.
—¿Y quién no lo es? ¡Ah! ¿Y para los negocios extranjeros?
—A Bertin que es conocido vuestro.
—No es exacto.
—Pues bien, a quien no conocéis.
—¿Entre todos ellos sabéis que no encuentro yo un buen ministro?
—¿De veras? Decidme cuáles son los vuestros.

—Sólo designaré a uno.
—¿Y por qué no le nombráis? ¿Tenéis miedo?
—El mariscal.
—¿Qué mariscal? —interrogó el rey haciendo una mueca.
—El duque de Richelieu.
—¡Ese anciano! ¡Un ave fría!
—¡Vaya! ¡De qué modo tratáis al vencedor de Mahón!
—¡Buen raposo!
—Señor... Vuestro compañero de armas.
—Un hombre sin moralidad que obliga a huir a todas las mujeres.
—Eso consiste en que no hace caso de ellas.
—No volváis a hablarme nunca de Richelieu, porque es una especie de salvaje: ese maldito vencedor de Mahón me ha metido en todos los juegos de pelota de París, en tal extremo, que llegaron a dedicarnos canciones. No, no, mil veces no; sólo el nombre de Richelieu me exaspera.
—¿Conque los odiáis?
—¿De quién habláis?
—De los Richelieu.
—Los aborrezco.
—¿A todos?
—A todos. Ahí tenéis entre ellos al par y duque M. Fronsad, que debía ser castigado diez veces a la pena de la horca.
—Disponed de él lo que os plazca, pero hay otros Richelieu por esos mundos.
—Efectivamente, el duque de Aiguillon.
—¿Y qué?
—Yo debía odiar a ese más que a todos, porque me promueve terribles trapisondas por toda la Francia; pero tengo la debilidad incurable de conocer que es atrevido y así no me desagrada.
—Es hombre de mucho talento —agregó la condesa en voz alta.
—Y de mucho valor y energía cuando se trata de defender las prerrogativas reales. Es un verdadero par.
—Sí, sí, mil veces sí. Debáis hacer algo por él.
Cruzóse de brazos el rey, contempló a la condesa y la dijo:
—¿Cómo os atrevéis a pedirme semejante cosa, cuando toda la Francia está solicitando que degrade y destierre al duque?
También madame du Barry cruzó los brazos y repuso:

—Un momento hace que habéis llamado a Richelieu ave fría, y me parece que tenéis derecho para aplicaros esa calificación.
—¡Oh, condesa...!
—Os halláis muy orgulloso porque habéis destituido a M. de Choiseul.
—La cosa no era sencilla ni fácil.
—Lo habéis hecho y esto es lo importante; pero veo que retrocedéis ante las consecuencias.
—¿Yo?
—Es indudable. ¿Qué habéis hecho con despedir al duque?
—Doy al parlamento una estocada.
—¿Y por qué no le asestáis dos? Vamos, pecho al agua y haceos fuerte de una vez. El parlamento quería conservar a Choiseul, y le habéis echado: el parlamento desea echar a M. de Aiguillon; pues bien, conservadlo.
—Yo no le alejo.
—Os digo que lo conservéis, pero corregido y aumentado grandemente.
—¿Queréis un ministerio para ese botafuego?
—Deseo recompensar al que os ha defendido exponiendo sus títulos y su fortuna.
—Y también su vida, porque el día mejor del año van a apedrear a vuestro duque juntamente con vuestro amigo Maupeou.
—No se puede dudar que inspiráis mucho valor a vuestros defensores: la fortuna es que no os oyen.
—Del mismo modo se conducen ellos conmigo.
—No habréis así, pues los hechos hablan.
—¿Mas por qué ese furor por Aiguillon?
—¡Furor...! Si no le conozco: hoy le he visto y por primera vez le he hablado.
—Eso ya es diferente; quiero decir; que abrigáis convicciones, y yo las respeto todas, por lo mismo que no abrigo una sola.
—Por eso debéis otorgar alguna cosa a Richelieu por el nombre de Aiguillon, ya que a éste no queréis concederle nada.
—¡A Richelieu! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!
—Perfectamente; a M. de Aiguillon, ya que os negáis a lo primero.
—¡Cómo! ¡Una cartera! Es imposible en este instante.
—Ya lo comprendo, pero será más tarde. Es hombre de grandes méritos, de acción, y con Terray, Aiguillon y Maupeou tendréis las tres cabezas del Cerbero. Ya comprenderéis que vuestro ministerio es un ministerio de broma,

que no puede ser duradero.
—Estáis confundida, condesa: durará lo menos tres meses.
—A los tres meses os recordaré vuestra palabra.
—¡Oh, oh, condesa!
—Lo dicho, dicho, pero necesito algo al presente.
—Pero si de nada dispongo.
—Tenéis un cuerpo distinguido de caballería ligera; M. de Aiguillon es un buen oficial, lo que se dice una espada de temple; concededle, pues, el mando de la caballería ligera.
—Bien, lo tendrá.
—Mil gracias —exclamó la condesa llena de alegría.
Y M. de Aiguillon oyó al propio tiempo resonar un beso plebeyo en las mejillas de Su Majestad.
—Condesa, dadme ahora de cenar —dijo el rey.
—Imposible —respondió madame du Barry—; porque nada hay preparado aquí: mis sirvientes se han ocupado de la política palpitante y de los fuegos artificiales, y tienen abandonada la cocina.
—Venid, pues, conmigo a Marly y os convidaré.
—No es posible, porque me duele muchísimo la cabeza.
—¿Tenéis jaqueca?
—¡Oh! no puedo más...
—Pues descansad, condesa.
—Señor, eso es lo que pienso hacer.
—Adiós.
—Hasta la vista, querréis decir.
—Me asemejo algo a M. de Choiseul, me despiden.
—Pero os lisonjeáis; al despediros, os festejan, os acarician —dijo aquella loca sirena, mientras conducía al rey hacia la puerta, hasta que, riéndose a carcajadas, consiguió echarlo fuera de la estancia.
Alumbrábale no obstante con una bujía desde el peristilo: el rey se volvió hacia ella y la dijo:
—Condesa...
—Señor —repuso ella.
—Lamentaría que se muriese el pobre mariscal.
—¿Por qué?
—Por haberle fallado las esperanzas de la cartera.

—¡Oh! Ya veo que sois muy malicioso —exclamó la condesa saludando a su real huésped con otra carcajada.
Y el rey alejóse muy satisfecho de lo que acababa de decir acerca del duque, a quien efectivamente aborrecía.
Cuando volvió al salón madame du Barry halló al duque de Aiguillon de rodillas, con las manos juntas y la mirada fija en su rostro, lo cual la obligó a sonrojarse.
—He hecho ; el pobre mariscal...*fiasco* —dijo ella-
—Sí, lo sé todo —respondió el duque—; pues he oído... Gracias, señora, gracias...
—Creo que os debía eso y algo más; pero alzaos, duque, pues de lo contrario, me haréis creer que tenéis tanta memoria como talento.
—Señora, es muy fácil que adivinéis, pues como mi tío os lo ha dicho, sólo soy un apasionado servidor vuestro.
—Y del rey también, pues desde mañana debéis recibir órdenes de Su Majestad. Pero alzaos, duque.
Y al decir esto le dio la mano, que Aiguillon besó con respeto.
La condesa conmovióse mucho al parecer, pues le fue imposible en un rato pronunciar una sola palabra.
M. de Aiguillon permaneció como ella, turbado y mudo; pero al fin alzó la cabeza madame du Barry y dijo:
—¡Pobre mariscal! Es necesario enterarle de la derrota que acaba de sufrir.
Se imaginó M. de Aiguillon que estas palabras daban por terminada su entrevista con la condesa y se inclinó.
—Señora —respondió—, voy a verle ahora mismo.
—¡Oh! No hagáis tal cosa —replicó madame du Barry—. Las malas noticias deben comunicar lo más tarde posible: podéis hacer otra cosa mejor que ir a ver al mariscal
—¿Cual es?
—Cenar en mi compañía.
—¡Ah! Vos no sois una mujer; sois...
—Un ángel, ¿verdad? —murmuró a su oído la condesa
M. de Aiguillon debió conceptuarse aquella noche muy dichoso porque quitó a su tío la cartera ministerial y se aprovecho de la parte de cena que al rey correspondía.

CXXXIX

SOLICITANDO EL FAVOR

Lo mismo que todos los cortesanos, monsieur de Richelieu, tenía casa en Versalles, casa en París, casa en Marly y casa en Luciennes; es decir, habitación preparada en todos los sitios reales.
Al multiplicar los sitios de residencia, Luis XIV había impuesto a todos los personajes que tenían entrada cerca de su persona, el deber de ser muy ricos, a fin de que imitasen en la debida proporción el tren de su casa y las reglas de sus caprichos.
Residía M. de Richelieu en su palacio de Versalles cuando cayeron el duque de Choiseul y el de Praslin, y allí también fue a pasar la noche después de presentar en Luciennes su sobrino a madame du Barry.
Vieron a Richelieu con la condesa en el bosque Marly; le habían visto nuevamente en Versalles después de la desgracia del ministro, y pocos desconocían su audiencia larga y secreta en Luciennes, y estas circunstancias, a las cuales había de agregarse las indicaciones de Juan du Barry, bastaron para que toda la Corte se creyese obligada a ofrecer al mariscal el homenaje de sus respetos.
El anciano duque iba, pues, a aspirar el perfume de la lisonja, de la adulación y de la bajeza que queman siempre ante los ídolos del día todos los que se sostienen de gracias y mercedes inmerecidas.
Sin embargo, no esperaba M. de Richelieu todo lo que iba a ocurrirle; pero se levantó la misma mañana del día en cuestión con la firme decisión de negar sus narices al perfume, tapándolas como tapaba Ulises sus orejas con cera contra el canto de las sirenas.
Él aguardaba el resultado al siguiente día, porque efectivamente, hasta entonces no debía publicar el rey el nombramiento del nuevo ministro.
Fue grande la extrañeza del mariscal cuando al despertarse a causa del ruido de los carruajes supo por su ayuda de cámara que los patios de su palacio, así como las antecámaras y salones estaban atestados de gente.

—¡Hola! ¡Hola! —dijo enseguida—; parece que hago ruido.
—Señor mariscal, todavía es muy temprano —dijo el ayuda de cámara al ver la precipitación con que su amo se despojaba del gorro de dormir.
—Desde hoy no habrá hora para mí —dijo el duque—, y acuérdate bien de estas palabras.
—Está bien, monseñor.
—¿Qué se ha manifestado a los que vienen a visitarme?
—Que estaba durmiendo, monseñor.
—¿Nada más?
—Nada más.
—Esa es mucha imbecilidad, se ha debido decir que anoche velé hasta muy tarde, o que... ¿Vamos, dónde anda Rafté?
—Durmiendo está, monseñor.
—¡Cómo durmiendo! Que se levante pronto, muy pronto.
—Ea, ea —dijo asomándose al dormitorio un viejo risueño y malicioso—: aquí está Rafté. ¿Para qué se le busca?
Desapareció todo el enojo del duque ante estas palabras:
—¡Ah! Bien decía yo que tú no dormías.
—Y aun cuando durmiese, ¿qué tendría de extraño? Apenas es aún de día.
—Pero, querido Rafté, ya ves que yo no duermo.
—Eso es diferente, porque para eso sois ministro. ¿Cómo habíais de dormir?
—Vamos, me figuro que vas a reñirme —dijo el mariscal haciendo una mueca delante del espejo—. ¡Qué! ¿No estás satisfecho?
—¡Que me interesan todas esas cosas! Al contrario, preveo que os fatigaréis mucho, y veo que vais a enfermar. De aquí resultará que yo seré quien gobierne el Estado, lo cual tiene muy poco de divertido ni de agradable.
—¡Cómo has envejecido, Rafté!
—Monseñor, tengo justamente cuatro años menos que vos. ¡Oh! Es verdad, ya soy muy viejo.
Dio una patada en el suelo el mariscal, y preguntó:
—¿Has pasado por la antecámara?
—Sí, monseñor.
—¿Qué gente espera?
—Medio mundo.
—¿Y qué dicen?
—Habla cada uno de lo que pretenden obtener de vos.

—Es muy natural; pero ¿no has oído hablar de mi nombramiento?
—No me atrevo a contaros lo que acerca de ese particular he oído.
—¿Es verdad? ¿Conque ya empieza la crítica?
—Y los peores son aquellos que más necesitan de vos. ¿Qué harán aquellos de quienes necesitéis?
—¡Ah, Rafté!... —exclamó el mariscal sonriéndose—. ¡Y mis amigos afirman que me adulas!
—Pero, monseñor —dijo Rafté—: ¿por qué diablos os habéis uncido a esa carreta llamada el ministerio? ¿Estáis cansado de ser dichoso y de vivir?
—Amigo mío, de todo he probado en esta vida, pero nunca he sido ministro.
—Tampoco habéis tomado arsénico. ¿Lo deseáis tomar en el chocolate por curiosidad?
—Eres un perezoso, Rafté, pues te parece que como secretario mío vas a tener mucho que trabajar, y eso te asusta. Así, al menos, te has expresado antes.
Al punto el mariscal se hizo vestir con esmero.
—Deseo parecer lo que soy, un militar —dijo a su ayuda de cámara—; ponme, pues, todas mis condecoraciones.
—¿Conque de modo que nos encargamos del ministerio de la guerra? —preguntó Rafté.
—Eso es; así parece.
—Ya; pero aun no he visto el real despacho, lo cual me parece poco regular.
—Tal vez no tardará en venir.
—¡Ah! ¡*Tal vez* es hoy la frase oficial!
—Rafté, la vejez te hace intolerable, porque eres purista y te paras mucho en las formas. A haberlo sabido yo antes, no te hubiera confiado mi discurso de recepción en la academia, porque ese trabajo te ha convertido en pedante.
—Señor, oídme, y ya que formamos parte del ministerio, hablemos por orden. La cosa es efectivamente extraña.
—¡Cómo así!
—Figuraos que he hablado con el señor conde de la Vandraye, y me ha dicho que no hay nada todavía referente a nuevo ministerio.
Contestó Richelieu sonriéndose:
—Razón tiene el conde, pero ¿cómo es eso? ¿Has salido tú tan temprano?
—¿Y qué había de hacer? Ese ruido infernal de carruajes me ha despertado: por consiguiente me he vestido, he endosado también mis condecoraciones, y

he ido a dar un paseo por la ciudad.
—Vamos; eso es decir que te quieres entretener a costa mía.
—Líbreme Dios de tal cosa. Es que...
—¿Qué?
—He hallado a otro sujeto...
—¿A quién?
—Al secretario del abad de Terray.
—¿Y qué?
—Me ha manifestado que su amo iba a ser ministro de la guerra.
—¡Oh! —exclamó Richelieu riéndose a carcajadas.
—¿Qué le parece de eso a monseñor?
—Que si llega a ser ministro de la guerra M. de Terray, no lo seré yo, y que tal vez lo seré si él no lo es.
Había oído lo suficiente para saber a qué atenerse, pues era hombre de inteligencia, atrevido, infatigable, ambicioso y de tanto talento como su amo, aunque siempre se encontraba más preparado que él para todo, porque conocía sus grandes faltas y sus buenas cualidades. Al verle, pues, tan cierto de sí mismo, creyó que nada tenía que temer.
—Monseñor, vamos, daos prisa, y no hagáis aguardar demasiado, porque eso sería de mal agüero.
—Aquí está la lista.
—Al momento estoy; pero deseo saber qué gente hay.
Al mismo tiempo se la presentó al duque, y éste leyó en ella con satisfacción los primeros nombres de la nobleza, de la magistratura y del comercio.
—¡Sí, me haré popular! ¿Qué te parece Rafté?
—Hemos vuelto, monseñor, a la época de los milagros —contestó éste.
—¡Toma! ¡Aquí está Taverney! —añadió el mariscal mirando la lista—. ¿Qué querrá hacer aquí?
—Monseñor, lo ignoro: pero salid, salid.
Y con una especie de autoridad obligó el secretario al duque a pasar al salón principal.
Debió quedar Richelieu satisfecho porque fue recibido con la misma distinción que un príncipe real.
Pero toda la fina, hábil y cautelosa política de aquella época y de aquella sociedad no pudo evitar la mixtificación que amenazaba a Richelieu.
Por interés y por consideración a la etiqueta, se abstuvieron todos los

cortesanos de pronunciar la palabra ministro; algunos llegaron hasta a cumplimentar al duque, aunque convencidos de que esto requería la mayor reserva, una vez que el mariscal no se daba por aludido.
Así, que esta visita de madrugada se consideró por todos como una simple demostración de afecto, o mejor dicho, como la expresión de un deseo, pues, en efecto, hubo cortesanos que se expresaron en este sentido haciendo alarde de sus fundadas esperanzas.
Indicaban unos que el gobierno debía acercarse a Versalles y que pocas manos había como las del duque de Richelieu capaces de empuñar las riendas del Estado.
Afirmaba otro que M. de Choiseul le había postergado tres veces en las promociones de caballeros de tales y cuales órdenes, pero confiaba en el grato recuerdo del mariscal Richelieu, ya que nada se oponía al cumplimiento de la buena voluntad de Su Majestad.
Por último, llegaron a los oídos del mariscal cien peticiones más o menos ambiciosas, aunque expresadas con sumo arte y delicadeza.
Poco a poco se fueron marchando los concurrentes, pues querían, según aseguraban, dejar al señor mariscal dedicado a sus *importantes ocupaciones*.
En el salón permaneció uno solo.
No se había acercado con los otros, nada había solicitado, ni aun se había hecho presente.
Pero cuando se alejaron todos, aquel hombre se acercó al duque con la sonrisa en los labios.
—¡Ah, señor de Taverney! —le dijo el mariscal—. ¡Cuánto me alegro de veros!
—Esperaba la ocasión de darte mi enhorabuena, duque; una enhorabuena positiva, completa y sincera.
—¡Ah! ¿Y qué? —preguntó Richelieu, a quien la reserva de los otros había obligado a mostrarse con reserva y misterio.
—Mariscal, de tu nueva dignidad.
—Silencio... silencio... No podemos hablar de eso, porque nada hay oficial todavía, es un se dice.
—Pero es ya cosa sabida, porque tus salones estaban llenos hace un momento.
—Y verdaderamente, no sé por qué...
—¡Oh! Yo sí.

—¿Por qué? ¿por qué? —Pues por una palabra mía.
—¿Qué palabra?
—Ayer tuve el honor de presentarme al rey en Trianón; Su majestad me habló de mis hijos, y me dijo: ya que conocéis a M. de Richelieu, según tengo entendido, dadle la enhorabuena.
—¡Oh! ¡Si os ha dicho eso Su Majestad,...! —replicó Richelieu con excesivo orgullo, como si las palabras del rey fuesen el despacho oficial que con tanto empeño esperaba Rafté.
—De manera —prosiguió Taverney—, que al punta en tendí de lo que se trataba, cosa no muy difícil a juzgar por el movimiento que reinaba en Versalles. He venido pues, obedeciendo al rey, a darte la enhorabuena, y obedeciendo a mis particulares sentimientos para recordarte nuestra estrecha amistad.
Estaba verdaderamente el duque en un éxtasis delicioso; defecto es éste de la Naturaleza, al cual no es ajeno el más esclarecido talento. Pero al mismo tiempo solo vio en Taverney a uno de esos eternos pretendientes de tercer orden, espíritus pobres a la zaga del favor, inútiles cuando se les ampara, más inútiles cuando se les conoce, y a los cuales se les hace un cargo porque salen de su oscuridad para ir a calentarse al sol de la prosperidad ajena.
—Entiendo de lo que se trata —dijo el mariscal con despego—: se me viene a pedir algo.
—Duque, tú lo has dicho.
—¡Ah! —repuso Richelieu sentándose, o mejor dicho, sepultándose en un sofá.
—Ya te he dicho, si no me equivoco, que tengo dos hijos —añadió Taverney, tanto más empeñado en su pretensión cuanto más frío encontraba a su antiguo camarada.
—¿Sí?... Me alegro.
—Una hija a la cual amo en extremo, y que es un modelo de virtud y de hermosura. Ya está colocada cerca de la delfina, pues esta señora la distingue con su estimación particular. No te hablo, pues, de ella, de mi amada Andrea, porque está en buen camino, es decir, en vísperas de alcanzar su fortuna. ¿No la conoces? ¿No la has visto? ¿No te la he presentado alguna vez? ¿No has oído hablar de ella?
—Pues... no sé... puede ser... —respondió bostezando Richelieu.

—¿Qué importa? Lo cierto es que mi hija está ya colocada. En cuanto a mí nada necesito, porque el rey me ha concedido una pensión.
—¡Hola!...
—Una pensión que es suficiente para todas mis necesidades, y lo único que me falta es lo necesario para habilitar convenientemente mi Casa-Roja, es decir, mi último retiro; pero confío en que con tu crédito y con el de mi hija...
—¡Bah! —dijo Richelieu en voz baja, que nada había oído hasta entonces, pues se hallaba ensimismado en su propia grandeza, hasta que las palabras *el crédito de mi hija* le sacaron de su distracción—. Tu hija!... Sí... ya estoy: es una joven bella, que molesta a la buena condesa... un escorpión que se abriga bajo las alas de la condesa para morder a todos los de Luciennes. Vamos, vamos, amigo mío: es forzoso que no seamos ingratos; y en cuanto a gratitud ya verá si yo puedo faltar a ella la señora condesa que me ha hecho ministro. Proseguid, proseguid, señor de Taverney.
—Me acerco al fin —repuso éste, resuelto a reírse interiormente del ambicioso mariscal, con tal que éste le otorgase lo que apetecía—. Únicamente pienso en mi hijo Felipe, que tiene un nombre ilustre, aunque de nada le servirá esta ventaja si no le favorece alguno. Felipe es valiente y reflexivo, más reflexivo de lo que conviene, Pero ¿qué queréis?, eso lo hace la posición, porque el caballo muy sujeto concluye por bajar la cabeza.
—¿Y qué me importa eso? —pensaba el mariscal, expresando con muestras inequívocas su impaciencia.
—Yo necesitaría un personaje colocado en alto puesto, como tú, por ejemplo, para que Felipe alcanzase una compañía. Al entrar la señora Delfina en Estrasburgo le nombró capitán; pero necesita cien mil libras para obtener una buena compañía en algún regimiento distinguido de caballería... Deseo que consigas eso, amigo mío.
—Poco hace que vuestro hijo, sino me engaño, ha hecho un servicio a la delfina, ¿no es verdad?
—Un gran servicio, pues detuvo para ella los caballos de tiro que violentamente quería llevarse ese du Barry.
—¡Hola! —murmuró entre dientes Richelieu—; sale lo mismo que yo suponía; estos Taverney son los enemigos más implacables de la condesa... Por Dios que ha venido a tiempo el barón; ¡pues no presenta como título de favor unos servicios que le excluyen eternamente de la gracia del rey!...
—Duque, nada me respondes —dijo Taverney algo amostazado al ver que

Richelieu se obstinaba en guardar silencio.
—¿Yo?...
—Sí... Tú...
—No sé, si...
—Vamos, hombre, somos camaradas antiguos, dime algo.
—Ya lo veo.
—Pues bien...
—Digo que todo lo que termináis de exponer será muy cierto —replicó el mariscal levantándose como para indicar que se había acabado la audiencia.
—Pero por Dios, duque...
—Una compañía para vuestro hijo... Imposible.
—¡Cómo imposible!... ¿Qué estáis diciendo? ¿Imposible semejante miseria? ¡Y me lo dice un antiguo amigo!
—¿Por qué no? Los amigos antiguos deben decir constantemente la verdad. ¿Por qué he de hacer yo una injusticia? ¿Por qué habéis de abusar vos de la palabra amistad? Durante veinte años me olvidasteis porque no era nada, pero apenas soy ministro cuando os presentáis.
—Señor de Richelieu, sois injusto en este instante.
—No ciertamente: soy bastante generoso para no consentir que paséis el tiempo haciendo antesalas; soy un amigo verdadero, y por lo tanto...
—¿Qué?...
—Ya lo he dicho.
—¿Pero tenéis algún motivo para desairarme?
—¡Yo!... ¡Un motivo!... ¡Yo!...
—¡Bah! No desconozco que tengo enemigos.
Podía responder el duque lo que pensaba, pero esto equivalía a descubrir lo que le convenía callar; a confesar que era ministro por la influencia de una favorita, y esto nunca lo hubiera declarado por todo el oro del mundo; por consiguiente contestó el barón:
—Querido Taverney, no tenéis enemigos, pero yo sí: otorgar esos favores sin examinar méritos es dar a entender que observo la misma conducta que mi antecesor monsieur de Choiseul.
—¡Y qué!...
—¿Cómo y qué?...
—Pretendo, amigo mío, que mi administración no sea estéril. Veinte años hace que sueño con reformas y con progresos que al fin saldrán a luz, pues si

hasta aquí ha perdido el favor a la Francia, yo deseo ocuparme del mérito. Los escritos de nuestros filósofos son antorchas que han iluminado mi entendimiento; se han evaporado ya las tinieblas en que yacían los siglos pasados, y por Dios que ya era tiempo de que esto ocurriese para bien de la humanidad... Examinaré, pues, los méritos y servicios de vuestro hijo como los de otro cualquiera, y haré este sacrificio a mis convicciones, sacrificio penoso sin duda, pero al cual estoy obligado por mi posición. Si es digno de mi favor vuestro hijo, señor barón de Taverney, lo alcanzará no porque su padre sea mi amigo, no porque lleve su apellido ilustre, sino por sus propios merecimientos. Este es mi plan de conducta.

—Es decir, vuestro curso de filosofía —objetó el anciano barón que se mordía las uñas de rabia.

—Bien, como gustéis, caballero.

—La filosofía nos dispensa muchas cosas buenas, señor mariscal.

—Barón, no sois buen cortesano.

—Es que los de mi nombre sólo acatan al rey.

—Rafté, mi secretario, recibe en mi antesala a más de cien al día que son tanto como vos, amigo mío: todos vienen de provincias; allí no se aprende a vivir.

—¡Bah! Un Casa-Roja que desciende de las Cruzadas no se aviene bien con un Vignerot.

A tal ofensa cualquiera se hubiera alborotado; pero el mariscal demostró más talento que el barón de Taverney, de cuya fatuidad estaba ya más que plenamente persuadido.

Podía disponer que lo arrojasen por una ventana, pero se limitó a encogerse de hombros y responder:

—Observo que vivís muy atrasado, caballero de las Cruzadas, pues sólo habéis leído la calumniosa memoria de los parlamentarios de mil setecientos veinte, y no la respuesta de los duques y pares; podéis pasar a mi biblioteca y Rafté os proporcionará la última.

Diciendo así pretendió despedir a su huésped por libertarse de sus importunidades, pero al mismo tiempo se abrió la puerta y entró otro nuevo personaje gritando: —¿En donde se encuentra mi querido duque?

Aquel amigo, lleno de júbilo, era nuestro buen amigo Juan du Barry.

Taverney al verle se apartó sorprendido y despechado Juan observó el gesto, reconoció a quien lo hacía, y volvió la espalda.

—Ya entiendo —dijo el barón con tranquilidad—, y por lo tanto me retiro, pues dejo al señor ministro muy bien acompañado.
Y con el mayor orgullo, salió enseguida del salón.

XL

¡COMPUESTO... Y SIN CARTERA!

Muy enojado Juan por aquella salida llena de provocación, se hizo atrás como para responder a ella, pero al momento se encogió de hombros acercándose al mariscal.
—¡Hola! —le dijo—. ¿Recibís en vuestra casa a semejantes sabandijas?
—No, ciertamente: las espanto.
—¿Conocéis a ese pelele?
—Mucho.
—¿Pero ignoráis quién es?
—Un Taverney.
—Un hombre que pretende colocar a su hija en el lecho del rey.
—¡Bah!
—Un hombre que aspira a suplantarnos y que recurre a todos los medios para conseguirlo. Pero aquí está Juan, y Juan no se duerme.
—Conque tienes seguridad de que procura...
—Os lo afirmo por difícil que os parezca.
—Se me resiste el creer...
—Y por medio hay un joven decidido a romperse la crisma con cualquiera; un joven que me ha herido... que ha herido al pobre Juan.
—¡A vos! ¿De modo que es un enemigo personal vuestro?
—Sí, fue mi adversario por un momento por causa de la delfina... No lo ignoráis.
—Este es un milagro de la simpatía; pues desconocía por completo este asunto, por más que me digáis, y no obstante, le he desahuciado

completamente; de modo que lo hubiera pasado mucho peor a haber sabido yo...
—Lo que deseo es que a su hijo se le quiten los medios de molestar en un camino real a la gente honrada. Pero... ¡Con mil diablos! Todavía no os he dado la enhorabuena.
—Conque parece ya negocio terminado... ¿eh?
—Completamente terminado. ¿Queréis que os dé un abrazo?
—Con mucho gusto.
—Trabajito ha costado, pero, ¿qué importa si hemos salido con la nuestra? Me figuro que estáis contento...
—¿Queréis que os hable con franqueza? Pues estoy satisfecho porque creo que podré ser útil.
—No hay que dudarlo; pero el golpe es formidable y va a meter ruido.
—¡Pues qué! ¿No me quiere el pueblo?
—¡A vos! Lo ignoro en absoluto, pero él es aborrecido.
Sorprendido Richelieu, exclamó:
—¡Él! ¿Quién es él?
—Ya lo sabéis. ¡Oh! Los parlamentos se van a sublevar como en tiempo de Luis XIV, porque han llevado una buena paliza.
—Explicadme eso.
—Por sí mismo se explica, pues los parlamentos odian al autor de sus persecuciones.
—¡Ah! creéis que...
—Segurísimo estoy como lo está toda la Francia, pero la verdad es que os habéis conducido perfectísimamente haciéndole venir tan oportunamente.
—Pero, señor, ¿de quién habláis? Estoy en brasas y no comprendo una palabra de todo lo que me decís.
—De M. de Aiguillon, de vuestro sobrino.
—¿Y qué?...
—Repito que habéis dispuesto su venida en muy buena ocasión.
—Ya, ya; con eso me dais a entender que me ayudará en muchas cosas.
—A todos nos ayudará. ¿Sabéis que está en grande con Juanita?
—¿Es cierto?
—Lo que os digo. Ya han hablado y se entienden perfectamente.
—¿Lo sabéis?
—¡Vaya!

—¿De qué modo?
—¡Toma! Juanita es sumamente perezosa.
—¡Ah!
—Y jamás se levanta hasta que no son las nueve, o las diez o las once de la mañana.
—Bueno...
—Pero hoy a las seis he visto salir de Luciennes al duque de Aiguillon.
—¡A las seis! —exclamó Richelieu sonriéndose.
—Sí.
—¿Esta mañana?
—Esta mañana, y ya comprendéis que para haber madrugado tanto Juanita debe estar loca con vuestro sobrino.
—Sí, sí —agregó Richelieu frotándose las manos—. ¡A las seis! ¡Bravo Aiguillon!
—La audiencia, ya suponéis que ha debido empezar a
las cinco... ¡Casi de noche!... ¡Es milagroso!
milagroso
—¡Oh! Sí, milagroso en verdad, mi querido conde —replicó el mariscal.
—De modo que os encontráis los tres como Orestes y Pílades y otro Pílades.
En aquel momento apareció el duque de Aiguillon en la estancia de Richelieu.
Saludó el sobrino a su tío con cierto aire de compasión que sobró a Richelieu, si no para comprender toda la verdad, al menos para acertar la mayor parte de ella.
Púsose lívido como si hubiera recibido una herida mortal; pero al fin recordó que en la corte no hay amigos ni enemigos, y que cada uno se gobierna como mejor puede.
—He sido un necio superlativo —murmuró—. ¿Y qué hay, Aiguillon? —añadió en voz alta exhalando un suspiro.
—¿Señor mariscal, qué sucede?
—Un golpe de muerte para los parlamentos —dijo Richelieu pensando en las palabras de Juan. Aiguillon se puso como la grana.
—¡Hola! —repuso—, ¿ya lo sabéis?
—De todo me ha puesto al corriente el conde, hasta de vuestra visita a Luciennes esta mañana: vuestro nombramiento es un triunfo para mi familia.
—Creeréis, señor mariscal, que lo deploro mucho.

—¿Qué diablos está diciendo? —observó Juan cruzándose de brazos.
—Nosotros nos entendemos —interrumpió Richelieu.
—Eso es otra cosa; pero lo que es yo, maldito si os comprendo... ¡Conque lo deplora!... ¡Ah! Ya sé por qué... Porque no va a ser ministro al instante; sí, sí, eso es.
—Si así sucede habrá uno interino —dijo el mariscal, sintiendo que en su corazón penetraba la esperanza, la cual jamás abandona a los hombres ambiciosos o enamorados.
—Seguramente, señor mariscal, habrá uno interino.
—Sí, pero entretanto —exclamó Juan—, no sale mal recompensado, pues le dan el mejor mando de Versalles.
—¡Ah! —dijo Richelieu, sintiendo una nueva herida—. ¿De manera que le dan un mando?
—Exagera las cosas el conde du Barry —repuso el duque de Aiguillon.
—Pero explicadme ¿qué mando es ese?
—El de la caballería ligera del rey. Las mejillas arrugadas de Richelieu se cubrieron más y más de grandísima palidez, y con una sonrisa, cuya expresión sería difícil describir, dijo:
—Sí, es cosa que significa muy poco para un hombre como él, pero ¿qué queréis, duque? Por muy bella que sea una joven, y aun presumiendo que fuese la querida del rey, no podría conceder sino aquello de que puede disponer.
Aiguillon al oír esto se puso pálido; entretanto Juan pasaba el rato mirando los hermosos cuadros de Murillo que poseía el mariscal.
Richelieu dio en el hombro a su sobrino, diciéndole: —Por fortuna os han ofrecido que ascenderéis pronto y yo os felicito por ello con toda mi alma, duque. La astucia y la habilidad que habéis desplegado en las negociaciones, corren parejas con vuestra dicha... Adiós, tengo ocupaciones; no olvidéis, mi querido ministro, que también necesito yo vuestros favores.
Lo único que Aiguillon respondió a esto, fue: —Señor mariscal, vos sois lo mismo que yo, y yo lo mismo que vos.
Y saludando a su tío marchó del aposento, guardando la dignidad natural en él y librándose de una de las posiciones más difíciles en que se había hallado durante su vida llena de tantos obstáculos y escollos.
Cuando Richelieu le vio salir, dijo a Juan que no entendía una palabra de los cumplimientos entre tío y sobrino:

—Lo mejor que tiene es que Aiguillon es un hombre sencillísimo. Dotado de talento y cándido a la vez que conoce la corte, es tan honrado como la doncella más pura.
—Y luego os quiere bien —contestó Juan.
—Ya se ve que sí.
—Como que mejor parece hijo vuestro que M. de Fronsad.
—A fe mía que razonáis, conde.
Y al mismo tiempo que Richelieu decía esto, se paseaba agitado, buscando una cosa que no hallaba, y murmuró:
—¡Ah, condesa! Ya me las pagarás.
—Mariscal —dijo Juan con malicia—; los cuatro vamos a completar el famoso haz de la antigüedad que nadie podía romper.
—Querido amigo, ¿y quiénes son los cuatro?
—El poder lo será mi hermana; Aiguillon la autoridad; vos el consejo, y yo la vigilancia.
—Muy bien, muy bien.
—Y de este modo ya pueden venir a poner trabas a mi hermana. Reto a cualquiera a que lo intente.
—¡Voto a Dios! —dijo Richelieu, cuya cabeza ardía en un volcán.
—Que vengan, que vengan rivales —gritó Juan, ebrio de alegría con sus planes y sus ideas de triunfo.
—¡Oh! —dijo el mariscal pegándose una palmada en la frente.
—Señor duque, ¿qué es eso? ¿qué os sucede?
—Nada; vuestra ocurrencia de formar una liga entre los cuatro me parece admirable.
—¿Es cierto?
—Tanto, que estoy acorde en un todo con vuestra opinión.
—¡Bravo!
—Decidme, ¿Taverney no habita en Trianón con su hija?
—No, que reside en París.
—Querido conde, esa joven es muy hermosa.
—Por más que fuese tanto como Cleopatra o como... mi hermana, no la temo, si es que llegamos a formar la liga propuesta.
—Habéis dicho que Taverney vive en París. ¿Es acaso la calle de Saint-Honoré?
—No, la calle de Coq-Heron. ¿Habéis pensado quizá algún medio para

castigar a Taverney?
—Conde, espero que sí: también creo que he concebido cierta idea...
—Sois un hombre incomparable. Os dejo, porque deseo saber lo que por ahí se dice.
—Adiós, conde... mas, a propósito, no me habéis indicado quienes son los nuevos ministros.
—¡Oh! puede afirmarse que son aves de paso; Terray, Bertin y no se quién más pues lo que es Aiguillon se ha aplazado el tiempo en que debe ser ministro.
—Y para siempre, acaso —pensó el mariscal saludando a Juan con una graciosa sonrisa.
Cuando éste salió, penetró Rafté, quien todo lo había escuchado y sabía a qué atenerse, habiéndose realizado todas sus sospechas; pero nada quiso decir a su amo porque le conocía bien.
No avisó siquiera a un ayuda de cámara, sino que él mismo le desnudó y le llevó al lecho, en el cual se hundió el mariscal tiritando como si tuviese calentura, una vez que tomó una píldora que le dio su secretario.
Éste corrió entonces las cortinas y se encaminó a la antecámara, la cual se hallaba ya llena de criados que habían acudido presurosos y estaban a la escucha. Rafté cogió por el brazo al primero y le dijo:
—Que cuides bien al señor mariscal, pues está enfermo; al parecer, esta mañana ha tenido un gran disgusto: sin duda ha debido desobedecer al rey...
—¡Desobedecer al rey! —exclamó sobresaltado el ayuda de cámara.
—Sí, Su Majestad ha mandado una cartera a monseñor; pero en cuanto éste supo que lo hacía por mediación de la du Barry no quiso admitirla. ¡Oh! Es una acción dignísima, y los habitantes de París deberían levantarle un arco triunfal, pero como el choque que ha tenido que sostener era en exceso violento, se ha puesto malo y es necesario cuidarle bien.
Cuando Rafté terminó estas palabras, comprendiendo de antemano que no tardarían en circular, se dirigió a su habitación, y al cabo de quince minutos todo Versalles sabía la noble conducta y generoso patriotismo del mariscal, quien dormía a pierna suelta sin soñar siquiera con la popularidad que acababa de granjearse, gracias a su secretario.

XCI

LA LECTORA DE LA DELFINA

A las tres de aquel mismo día salió de su aposento la señorita Taverney, a fin de dirigirse a casa de la delfina, quien tenía la costumbre de que le leyesen una hora antes de empezar a comer.
El primer lector de Su Alteza Real, que era el abate, no desempeñaba ya aquel cargo, pues se había dedicado a la política por experiencia desde algunas intrigas diplomáticas en que desplegó el talento propio de un gran hombre de negocios.
Salió bastante adornada la señorita de Taverney para desempeñar su comisión, pero sufría, como todos los que residían en Trianón, las dificultades inherentes a una instalación algo brusca. Sin haber organizado nada, ni aun lo preciso para su servicio, ni la colocación de su escaso ajuar, la había vestido provisionalmente una de las doncellas de la señora de Noailles, camarista a la cual la delfina llamaba la señora Etiqueta.
Llevaba Andrea un traje de seda azul, largo de talle, y de pintitas como el cuerpo de una avispa; abierto por delante, permitía ver una camisola de muselina con tres filas de bordados, y unas mangas cortas, bordadas lo mismo y ahuecadas desde el hombro, completaban en buena armonía con la pañoleta que escondía púdicamente lo que el cuello de la camisola pudiera dejar descubierto en la garganta de la joven. La señorita a quien nos referimos, llevaba sujetos los cabellos con una sencilla cinta azul, y cayendo como le caían sus espesos bucles sobre el cuello y los hombros, proporcionaban al rostro fiero y modesto de aquella joven de tez apagada, pero purísima, mayor realce que las plumas, penachos y encajes.
Por el camino se puso Andrea sus mitones de seda blanca, escondiendo en ellos los dedos más afilados y redondos que podía darse, mientras iba imprimiendo en la arena del jardín la punta del tacón de sus chapines de raso azul de cielo.
Después de llegar al pabellón de Trianón se enteró que había ido a dar un

paseo la señora delfina con su arquitecto y jardinero mayor; pero en el piso superior se escuchaban el ruido del torno en que el delfín se entretenía en hacer una cerradura para un cofre que le gustaba mucho.
Andrea, a fin de reunirse con la delfina, cruzó un cuadro del jardín en que había algunas flores, que, a pesar de lo adelantada que estaba la estación, levantaban su pálida cabeza para aspirar los furtivos rayos de un sol más pálido aún que ellas; y como ya se iba aproximando la noche, pues en esta estación anochece a las seis, unos aprendices de jardinero se entretenían en tapar las plantas más delicadas con campanas de vidrio.
En el ángulo que hacía una calle de verdes árboles que, enlazados en forma de seto y rodeado de rosales de Bengala, iban a parar a un bonito pedazo de terreno cubierto de césped, Andrea divisó de pronto a uno de los jardineros, que así que la vio soltó la azada y la saludó con una política bastante más inteligente que la que usan los hombres del pueblo.
Le miró detenidamente y conoció a Gilberto, cuyas manos estaban bastante blancas, a pesar del trabajo, para no desesperar a Taverney.
Sin darse cuenta se ruborizó Andrea, pareciéndole que el encontrarse Gilberto en aquel lugar se debía a una condescendencia muy singular de la suerte.
Repitió su saludo Gilberto, y Andrea le contestó con otro sin cesar de andar.
Era una criatura en exceso leal y animosa para que fuese a resistir a un impulso del alma y no contestar a lo que lo interrogaba su imaginación.
Volvió atrás, y Gilberto, que había quedado sin color, y la miraba con ojos de mal agüero, recobró de pronto la vida y dio un brinco para reunirse con ella.
—¿Aquí vos, señor Gilberto? —dijo Andrea con indiferencia.
—Señorita, ya lo veis.
—¿Y a qué coincidencia se debe?
—La vida es necesaria, señorita, pero lo es más vivir honradamente.
—¿Sabéis que sois afortunado?
—¡Oh! mucho, señorita —dijo Gilberto.
—¿Me queréis explicar por qué?
—Os repito, señorita, que mi fortuna no puede ser más grande.
—¿Quién os ha colocado aquí?
—M. de Jussieu, que es quien me protege.
—¡Ah! —dijo llena de sorpresa Andrea—. ¿De modo que conocéis a M. de Jussieu?
—Fue amigo de mi primer protector, esto es, de mi amo M. de Rousseau.

—Ea, ánimo, señor Gilberto —dijo Andrea disponiéndose a continuar su camino.
—¿Estáis mejor, señorita? —dijo Gilberto con una voz tan temblona que se veía harto bien lo cansada que salía de su corazón, cuyas vibraciones representaba.
—¿Cómo mejor? —dijo Andrea fríamente.
—Pues... ¿y la desgracia?
—¡Ah! sí... gracias, señor Gilberto, estoy mejor, no fue casi nada.
—¡Oh! faltó poco para que perecieseis —dijo Gilberto en el colmo de la emoción—, el peligro era grande.
Creyó Andrea que era tiempo de abreviar aquella conversación con un trabajador en medio del jardín, y dijo:
—Señor Gilberto, buenas tardes.
—Señorita, ¿consentís en aceptar una rosa? —preguntó Gilberto estremeciéndose y cubierto de sudor.
—Ignoro —respondió Andrea—, si podéis ofrecer una cosa que no es vuestra.
Sorprendido y aterrado Gilberto, nada respondió: lo que hizo fue bajar la cabeza, y viendo que Andrea le miraba con cierta alegría por haber demostrado su superioridad, se levantó, rompió una rama cubierta de flores del rosal más bonito, y se puso a deshojar las rosas con una sangre fría, con una nobleza que llamaron la atención a la joven.
Y como era demasiado justa y bondadosa para no conocer que había ofendido gratuitamente a un joven cogido *in fraganti delito* de urbanidad, estuvo a punto de disculparse o reparar su ofensa; pero continuó su camino sin añadir una palabra, cualidad natural en las personas orgullosas que se consideran culpables.
Gilberto tampoco pronunció una palabra más; tiró la rama del rosal y tornó a coger la azada; pero como era a la vez que arrogante, astuto, se bajó para trabajar, sin duda, más también con la intención de ver alejarse a Andrea, quien al volver la calle le fue imposible dejar de mirarle: ¿qué mucho, si al fin era mujer?
Contentóse Gilberto con aquella debilidad para decirse a sí mismo que en aquella lucha había alcanzado la victoria.
—No posee la fuerza que yo —dijo—, y al fin la dominaré: a pesar de lo orgullosa que está con su hermosura, su nombre y su fortuna que va

creciendo; a pesar de la insolencia con que considera mi amor, que adivina quizá, la desea más y más el pobre trabajador que tiembla con sólo verla. ¡Oh! este temblor, este estremecimiento es digno de un hombre; pero ya me pagará algún día las bajezas que me obliga a cometer... Por hoy —añadió—, basta de trabajar: ya he vencido a mi enemigo, sí, cuando debí haber sido el más débil de los dos, puesto que la amo, me he mostrado cien veces más fuerte que ella...

Estas palabras las repitió con bárbara alegría, llevándose una mano convulsiva a su frente llena de inteligencia, de la que separó su hermosos cabellos negros; clavó con fuerza su azada en el acicate, se arrojó como un ciervo por entre la calle de cipreses y tejas, cruzó ligero corno el viento un bosquecillo de plantas cubiertas con campanas, sin estropear una siquiera, a pesar de la furia con que corría, y fue a colocarse al otro extremo de la diagonal que acababa de describir para tomar la vuelta del camino por donde iba Andrea y que formaba un círculo.

Así fue; allí la vio adelantarse pensativa y casi humillada, inclinados sus hermosos ojos y moviendo con suavidad su blanca mano sobre su traje que crujía con el roce; parapetado detrás del seto de rosales, la oyó suspirar dos veces como si hablase consigo misma; y por fin pasó tan próxima de los árboles, que con sólo alargar el brazo, hubiera podido Gilberto coger el de Andrea según se lo aconsejaba un impulso insensato y calenturiento.

Mas frunció las cejas con un movimiento de voluntad, que se asemejaba a odio, y colocándose en el corazón una mano crispada, dijo allá para sí:

—Vuelvo a ser bajo; ¡pero es tan hermosa! Quizá hubiera estado mucho tiempo Gilberto contemplando a Andrea porque la calle era larga y la joven caminaba con paso lento y acompasado, pero a dicha calle iban a parar otras por donde podía llegar algún importuno, y la casualidad favoreció tan poco a Gilberto que, en efecto, desembocó uno por la primera calle lateral que se hallaba a la izquierda, es decir, casi enfrente del bosquecillo de arbustos en que Gilberto se ocultaba.

Caminaba el susodicho importuno con paso metódico y mesurado, levantada la cabeza, con el sombrero debajo del brazo derecho y la mano izquierda en el pomo de la espada. Por lo demás, vestía un traje de terciopelo bajo una capota de marta cibelina, y alargaba al andar la pierna, hermosa en verdad, luciendo un empeine alto, señal de noble raza.

Al adelantar a aquel señor, divisó a Andrea, y sin duda le agradó el aire de la

joven, pues apresuró el paso cortando oblicuamente, a fin de ir a parar a la línea que seguía Andrea y encontrarla cuanto antes.
Cuando Gilberto vio aquel personaje lanzó sin darse cuenta un grito no muy fuerte, y huyó como un mirlo espantado debajo de los zumaques.
La operación del importuno tuvo feliz éxito, y sin duda estaba habituado a ella, porque a los tres minutos iba detrás de Andrea a quien tres minutos antes seguía a larga distancia.
Al percibir Andrea pasos cerca de sí, se hizo a un lado para que pudiera pasar el que aun no había visto; y así que pasó llevó la vista hacia aquella parte.
También el señor miraba con ansiedad; hasta se separó para ver mejor, y volviéndose al momento dijo con voz muy dulce:
—¿Adonde os dirigís que así corréis, señorita?
Aquella voz le hizo alzar a Andrea la cabeza, y vio a treinta pasos detrás de ella dos oficiales de guardias que caminaban lentamente; vio también bajo la capota de piel de marta del que le hablaba el cordón azul, y sumamente pálida, asustada con aquel tropiezo inesperado y una interrupción tan graciosa, dijo en voz baja inclinándose:
—¡El rey!
—Señorita —replicó Luis XV acercándose—: perdonadme si os digo que tengo tan mala vista que me veo obligado a interrogaros cómo os llamáis.
—Andrea de Taverney —contestó la joven tan confusa y tímida que apenas se oyó su voz.
—¡Ah! es cierto; ¿y a qué feliz casualidad se debe, señorita, el que así viajéis por Trianón?
—Iba en busca de Su Alteza Real la señora delfina, que me está esperando —respondió Andrea.
—En este caso os haré compañía, señorita —prosiguió Luis XV—, pues voy a hacer una visita a mi hija como se acostumbra en el campo entre vecinos; tened la bondad de aceptar mi brazo, una vez que llevamos el mismo camino.
Sintió Andrea que le cruzaba por la vista una especie de nube, y que bajaba en hirvientes olas con toda su sangre hasta el corazón. En efecto, tal honra dispensada a una pobre joven, darle el rey el brazo, tratarla tan amablemente el soberano señor de todos, una gloria tan inesperada como increíble, una gracia en fin que hubiese dado envidia a toda una corte, le parecía así como un sueño.
Ofreció a Andrea su mano, ésta descansó la punta de sus dedos sobre el

guante del rey, y siguieron el camino hacia el pabellón en que habían indicado al rey hallaría a la delfina con su arquitecto y su jardinero mayor.
Se puede afirmar que aunque a Luis XV no le gustaba mucho andar, cogió el camino más largo para conducir a Andrea al pequeño Trianón. El hecho es que los dos oficiales que seguían detrás conocieron el error de su majestad y se quejaron, porque iban vestidos a la ligera y el tiempo estaba bastante frío.
Llegaron tarde, pues no hallaron a la delfina en el punto donde creían se hallaba; María Antonieta se había marchado por no hacer esperar al delfín, a quien gustaba comer entre seis y siete.
Llegó, pues, Su Alteza Real a la hora precisa, y como el delfín era muy exacto, se mantenía ya en el umbral del salón para estar más cerca del comedor cuando llegase el camarero mayor; de suerte que la delfina dio el manto que llevaba puesto a una camarista, se cogió con alegría del brazo del delfín y lo condujo al comedor.
Estaba en disposición la mesa para los dos ilustres anfitriones.
Ocupaban uno y otro el medio de la mesa quedando la parte alta, la cual nunca se ocupaba aun cuando fuesen un gran número los convidados, desde ciertas sorpresas del rey.
Colocado el cubierto del rey con su candado, ocupaba un espacio considerable; pero como el camarero mayor no hacía cuenta con aquel huésped, servía desde aquel sitio.
Detrás de la silla de la delfina, en que había el espacio preciso para que los criados pudiesen pasar, se mantenía la señora de Noailles muy tiesa, pero con la amabilidad en el rostro que se debe tener en una comida.
Tres veces por semana acompañaba a comer la señora de Noailles al delfín y la delfina, pero los días en que no le tocaba se hubiera guardado muy bien de faltar a la comida; entre otras cosas porque aquel era un modo de protestar contra la exclusión de aquellos cuatro días de siete que tiene la semana.
Enfrente de la duquesa de Noailles, a quien como ya hemos indicado llamaba la delfina la señora Etiqueta, se mantenía en una grada casi igual el duque de Richelieu, quien observaba las ceremonias palaciegas; pero su etiqueta era invisible para todos, porque tenía el mérito de ocultarla con una elegancia exquisita y muchas veces con un tono de broma finísimo.
De esta antítesis entre el primer gentilhombre de cámara y la camarera mayor de Su Alteza Real la delfina, resultaba que con frecuencia dejaba la conversación la duquesa de Noailles y la continuaba el duque de Richelieu.

Había viajado el mariscal por todas las cortes de Europa tomando en cada una de ellas el tono de elegancia más adecuado a su índole, de modo que como tenía un tacto admirable y una gran dosis de urbanidad, sabía, a la vez que las anécdotas que podían contarse en la mesa de los tiernos infantes, las que no había dificultad en referir en la mesa de la du Barry.

Vio que la delfina aquella noche, comía con apetito y que el delfín devoraba: y presumiendo que no le ayudarían a sostener viva la conversación, comprendió que sólo se trataba de hacer pasar a la señora de Noailles una hora de purgatorio anticipado.

Empezó, pues, a hablar de filosofía y literatura dramática, doble objeto de conversación, tan antipático el uno como el otro para la venerable duquesa.

Tenía afición a las artes, la delfina, y sobre todo al teatro (como que había enviado un traje completo de Clitemnestra a la Raucour), y así oyó a Richelieu no sólo con indulgencia sino con gusto.

Entonces, sin acordarse de la etiqueta, la pobre camarera mayor, se agitó en su grada, sonó recio y movió su venerable cabeza, sin pensar que con sus movimientos cubría su frente de una nube de polvo, como las bocanadas de aire tapan de nieve la cima del Mont-Blanc.

Pero como todo no se reducía a divertir a la delfina, sino que también era necesario agradar al delfín, Richelieu

abandonó la cuestión teatral, a que el heredero de la corona de Francia nunca había sentido gran simpatía, y empezó a hablar de filosofía humanitaria, empleando a propósito de los ingleses, todo el calor que Rousseau despide como un fluido vivificador sobre el personaje de Eduardo Bomston.

Odiaba la señora de Noailles a los ingleses tanto como a los filósofos, y como una idea nueva era para ella un fastidio y un fastidio turbaba toda su economía animal, comprendiendo que había nacido para conservar y nada más, ladraba a las nuevas ideas como los perros a las máscaras.

Se proponía Richelieu una doble intención con semejante manejo; pues mortificaba a la señora Etiqueta, lo cual agradaba en gran manera a la delfina, y hallaba aquí y allí algunos apotegmas virtuosos, o algunos axiomas de matemáticas que el delfín, amante de las cosas exactas, recogía con alegría.

Hacía la corte a las mil maravillas buscando con la vista a alguien que aguardaba ver allí y no encontraba, cuando llegó a la sonora bóveda un grito dado al pie de la escalera, que repitió una voz colocada en el primer descanso, y al momento otra en el remate de la misma escalera.

—¡Su Majestad el rey!
Tan pronto oyó la señora de Noailles esta mágica palabra, se levantó como si la hubiera hecho saltar sobre su grada un resorte de acero; Richelieu se puso de pie lentamente como hombre acostumbrado a tales sorpresas, y el delfín se limpió con precipitación la boca con la servilleta, quedando en pie delante de su sitio con el rostro vuelto hacia la puerta.
Respecto a la delfina, se aproximó hacia la escalera para encontrarse con el rey más pronto y recibirle dignamente.

XCII

EL CABELLO DE LA DELFINA

Cuando hubo llegado el rey a la meseta de la escalera, todavía conservaba asida de la mano a la señorita de Taverney; pero allí la dejó, saludándola con tanta cortesía, que Richelieu pudo ver bien el saludo, admirar lo gracioso que fue e interrogarse a sí mismo a qué afortunada joven iría dirigido.
No duró mucho su ignorancia, pues el rey cogió a la delfina del brazo, quien todo lo había presenciado, conociendo perfectamente a Andrea, y le dijo:
—Hija mía, vengo sin cumplimiento alguno, a pedirte que me des de comer: para llegar hasta aquí he atravesado todo el jardín, y habiendo encontrado en el camino a la señorita de Taverney la supliqué me hiciera compañía.
—¡La señorita de Taverney! —murmuró Richelieu casi aturdido con aquel golpe imprevisto—. ¡A fe mía que no puedo estar quejoso de la suerte!
—De manera que no sólo no amonestaré a esa señorita por haber tardado —contestó la delfina con tono amable—, sino que le agradeceré el habernos traído a Vuestra Majestad.
Andrea, tan encarnada como una de las cerezas que se hallaban en una frutera en medio de las flores se inclinó sin articular palabra.
—¡Voto al diablo, y qué bella es! —dijo Richelieu allá para sí—, el pícaro de Taverney no hizo el elogio que se merecía.
Devolvió el rey el saludo que le hizo el delfín, sentándose acto seguido a la mesa; y como tenía, lo mismo que su nieto, un apetito excelente, comió de todo cuanto le sirvió el camarero mayor como por encanto.
Sin embargo, aunque tenía la espalda vuelta hacia la puerta, buscaba alguna cosa, o mejor dicho, a alguien.
En efecto, la señorita de Taverney, que no disfrutaba de ningún privilegio, porque aun no se sabía bien la posición que desempañaba al lado de la delfina, no penetró en el comedor, sino que después de hacer su reverencia en contestación a la del rey, se encaminó a la cámara de aquélla, pues ya hemos indicado que la delfina la hacía leer así que se acostaba.
Presumió la delfina que lo que buscaba el rey era su hermosa compañera de camino, y dirigiéndose a un joven oficial de guardias que se hallaba detrás del rey, dijo:

—Señor de Cogny, haced que pase la señorita de Taverney con permiso de la señora de Noailles; por esta noche faltaremos a la etiqueta.
Salió Cogny, y la cabo de un momento volvió con Andrea, quien entró temblando, porque no podía entender de dónde nacía aquella serie de atenciones a que no estaba acostumbrada.
—Colocaos —le dijo la delfina— al lado de la señora duquesa.
Andrea subió la grada con timidez, y estaba tan turbada que tuvo la audacia de colocarse a un pie de distancia únicamente de la camarera mayor.
De manera que ésta le dirigió una mirada tan terrible, que, como si la pobre doncella se hubiese puesto en contacto con una botella bien cargada de Leyden, retrocedió a lo menos cuatro pies.
Luis XV la contemplaba y se sonreía.
—Efectivamente —dijo el duque allá para sí—, que casi no debo tomarme la molestia de mezclarme en nada, pues las cosas marchan, según puedo ver, por sí solas.
Volvióse el rey y vio al mariscal, quien estaba preparado para sostener aquella mirada.
—Señor duque, buenas noches —dijo Luis XV—: ¿os lleváis bien con la señora duquesa de Noailles?
—Señor, la señora duquesa sigue siempre dispensándome la honra de considerarme como un aturdido.
—¿Habéis estado también, duque, en el camino de Chanteloup?
—¡Yo, señor! no a fe mía; Vuestra Majestad concede a los míos demasiados favores para que yo obrase de este modo.
No aguardaba el rey aquel golpe, pues si su intención era mofarse, había quien le saliese al encuentro.
—¿Qué es lo que yo he hecho, duque?
—Señor, Vuestra Majestad ha concedido el mando de su caballería ligera al duque de Aiguillon.
—Es verdad, duque.
—Y era preciso para ello toda la energía, toda la habilidad de Vuestra Majestad; casi es un golpe de Estado, señor.
Estaba la comida para terminarse, y el rey esperó un instante, levantándose enseguida de la mesa.
Para él hubiera podido ser engorrosa la conversación; mas como Richelieu se había decidido a no soltar su presa, cuando el rey entabló conversación con la

señora de Noailles, el delfín y la señorita de Taverney, Richelieu maniobró con tanta maestría que se volvió a entablar la conversación, según su deseo.
—Señor —dijo—, no ignora Vuestra Majestad que el buen éxito da osadía.
—¿Duque, lo decís para demostrarnos que vos sois atrevido?
—Lo digo para solicitar de Vuestra Majestad una nueva gracia, después de la que se ha dignado otorgarme: un buen amigo mío, un anciano servidor de Vuestra Majestad, tiene un hijo en los gendarmes, joven lleno de mérito, pero falto de recursos. Una princesa augusta le ha concedido el despacho de capitán, mas le falta la compañía.
—¿Es mi hija esa princesa? —interrogó el rey volviéndose hacia la delfina.
—Sí, señor —dijo Richelieu—; y el padre de ese joven es el barón de Taverney.
—¡Mi padre!... —exclamó Andrea sin poderse contener—. ¡Felipe!... ¿Es para Felipe, señor duque, para quien solicitáis una compañía?
Después, avergonzada por haber faltado así a la etiqueta, Andrea retrocedió un paso, ruborosa y juntando las manos.
Se volvió el rey para contemplar el rubor y la emoción de la hermosa doncella, y también miró a Richelieu con tanta benevolencia, que el cortesano comprendió cuan grata era su petición a causa del encuentro con Andrea.
—Verdaderamente —dijo la delfina—, ese joven es encantador, y había contraído el compromiso de hacer su fortuna; pero, ¡qué desventurados son los príncipes! Cuando Dios les da buena voluntad, les arrebata la memoria o el raciocinio: ¿por qué no se me había de ocurrir que ese joven era pobre, que no era suficiente darle el empleo, sino que era necesario concederle también una compañía?
—Señora, ¿y de qué modo quería saberlo Vuestra Alteza?
—¡Oh! lo sabía —replicó vivamente la delfina con un gesto que recordó a Andrea la casa tan desnuda y modesta, y no obstante, en que tan dichosa vivió siendo niña—; lo sabía y creí que todo estaba arreglado con dar un grado a Felipe de Taverney... ¿No se llama Felipe, señorita?
—Sí, señora.
Contempló el rey todas aquellas fisonomías tan nobles y francas; al momento fijó la vista en la de Richelieu, en quien también se comprendía un reflejo de generosidad que sin duda tomaba de la augusta persona que tenía próxima, y dijo a media voz:
—Duque, voy a indisponerme con Luciennes.

Y dirigiéndose a Andrea agregó con viveza:
—Decid que eso os causará suma alegría.
—¡Ah! señor —dijo Andrea juntando las manos—, yo os lo suplico.
—Pues concedido —dijo Luis XV—; vos, duque, elegiréis una buena compañía para ese pobre joven, y yo daré los fondos si no está ya completamente pagada y vacante.
Tan digna acción llenó de contento a todos los concurrentes, valiendo al rey una célica sonrisa de Andrea, y a Richelieu las gracias de aquella boca, a que en su juventud hubiera exigido más todavía el ambicioso y avaro mariscal.
Fueron llegando sucesivamente varias visitas, llegando entre otros el cardenal de Rohán, quien desde que la delfina residía en Trianón, le hacía asiduamente la corte.
Durante toda la noche sólo habló el rey con amabilidad a Richelieu: hasta hizo que le acompañase cuando se separó de la delfina para volver a su Trianón, y el anciano mariscal acompañó al rey estremeciéndose de alegría.
En tanto que Su Majestad penetraba con el duque y sus dos oficiales en las sombrías calles que se dirigían al palacio, la delfina despidió a Andrea, diciéndole:
—Podéis marcharos, porque tendréis necesidad de escribir a París esa buena noticia.
Y precedida de un lacayo que llevaba en la mano una linterna, la joven cruzó los cien pasos de la explanada que separaba Trianón del edificio en que habitaba la servidumbre.
También delante de ella saltaba de arbusto en arbusto, entre el follaje, una sombra que seguía con brillantes ojos todos los movimientos de la joven.
Aquella sombra era Gilberto.
Cuando llegó Andrea a la gradería comenzó a subir las escaleras de piedra, el lacayo volvió a las antecámaras de Trianón.
Gilberto entonces, deslizándose al mismo tiempo por el vestíbulo, llegó a los patios de las caballerizas, y por una escalerilla tan recta como una escala, subió a su tejado buhardilla, que se hallaba frente a las ventanas del aposento de Andrea, en un ángulo del edificio.
Desde este sitio vio a Andrea llamar a una criada de la señora de Noailles, que tenía su habitación en el mismo corredor; pero en cuanto aquella joven penetró en el aposento de Andrea, las cortinas de la ventana cayeron como un velo impenetrable entre los vivos deseos del mancebo y el objeto de aquellas

ideas.
Solamente quedaba en el palacio M. de Rohán, aumentando cada vez más su galantería para con la delfina, quien le trataba con bastante indiferencia.
Terminó el prelado por temer no fuese indiscreto, tanto más cuanto que ya había visto al delfín retirarse; y así se despidió de Su Alteza Real con señal del más profundo y tierno respeto.
Al subir a la carroza se aproximó a él una doncella de la delfina, y casi penetró en el carruaje.
—Aquí tenéis eso —dijo.
Y le puso en la mano un papelito doblado con esmero cuyo contacto hizo estremecer al cardenal.
—Tomad —replicó con viveza, entregando a aquella camarista de baja esfera un bolsillo pesado, y que vacío hubiera constituido un buen regalo.
Sin perder tiempo mandó el cardenal al cochero que partiese para París, y que le pidiera órdenes en la barrera.
Durante el trayecto, sin luz en el coche, palpó y besó como un amante enajenado de gozo lo que contenía aquel papelito.
En cuanto llegó a la barrera, dijo:
—A la calle de San Claudio.
Instantes después cruzaba el patio misterioso, y se volvía a hallar en la salita en que se encontraba Fritz, introductor de silenciosos modales.
Balsamo se hizo esperar un cuarto de hora, hasta que al fin apareció, disculpándose con lo avanzado de la hora, pues presumía que ya nadie iría a visitarle.
En efecto, faltaba poco para las once de la noche.
—Es verdad, señor barón —dijo el cardenal—, y os pido perdón por esta molestia; pero recordad que un día me indicasteis que para estar seguro de ciertos secretos...
—Me era necesario el pelo de la persona de quien hablábamos aquel día — interrumpió Balsamo, que ya había visto el papel en manos del sencillo prelado. Efectivamente, señor barón.
—Y vos me traéis ese pelo, monseñor, ¿no es esto?
—Aquí lo tenéis: ¿creéis que sea posible volver a adquirirlo una vez hecho el experimento?
—A no ser que sea preciso aplicar el fuego... en cuyo caso...
—Sin duda, sin duda —dijo el cardenal—, pero entonces conseguiré otro

mechón. ¿Puedo saber lo que deseo?
—¿Hoy?
—No ignoráis mi impaciencia.
Tomó Balsamo el pelo y subió con precipitación al aposento de Lorenza.
—Voy a saber —iba pensando por el camino—, el secreto de esa monarquía; al fin voy a penetrar los ocultos designios de Dios.
Y desde la parte opuesta de la pared, antes de abrir siquiera la puerta misteriosa, adormeció a Lorenza, quien lo recibió con un tierno abrazo.
Con sentimiento se deshizo Balsamo de sus brazos, pues no hubiera sido fácil decir qué apenaba más al pobre barón, si las reconvenciones de la hermosa italiana cuando estaba despierta, o sus caricias cuando dormía. Por fin, consiguió desatar la cadena que los dos brazos de la joven le habían echado al cuello, y colocándole el papel en la mano, le dijo:
—Lorenza mía, ¿te es fácil decirme de quién es este pelo?
Lo cogió Lorenza y lo apoyó, primero contra su pecho, y después contra su frente, pues aunque tenía abiertos los ojos, durante su sueño veía por el pecho y la frente.
—¡Oh! —exclamó—, la cabeza de que se ha quitado es muy ilustre.
—¡Es verdad que sí...! Y feliz, ¿eh?
—Puede serlo...
—Míralo bien, Lorenza.
—Sí, puede serlo, porque aun no tiene su vida mancha alguna.
—No obstante está casada...
—¡Oh! —dijo Lorenza sonriéndose con dulzura.
—¿Qué quiere decir mi Lorenza?
—Que se encuentra casada, querido Balsamo, y sin embargo...
—Y sin embargo, ¿qué?
—Y sin embargo...
Tornó Lorenza a sonreírse y continuó:
—Yo también me encuentro casada.
—Sin duda.
—Y sin embargo...
Balsamo la contempló con profundo asombro, y vio que a pesar de que la joven se hallaba dormida, se extendía sobre su rostro el rubor de la castidad.
—Y sin embargo, ¿qué? —repitió Balsamo—: termina.
Lorenza enlazó otra vez sus brazos al cuello de su amante, y escondiendo la

cabeza en su pecho, dijo:
—Y sin embargo estoy virgen.
—¿Y esa mujer, esa princesa, esa reina —exclamó Balsamo—, sin embargo de estar casada...?
—Esa mujer, esa princesa, esa reina —repitió Lorenza—, está tan pura y virgen como yo; más pura, más virgen que yo todavía, puesto que no ama como yo.
—¡Qué fatalidad! —murmuró Balsamo—. Gracias, Lorenza, ya sé cuanto quería.
La abrazó, se guardó el pelo como un rico tesoro en el bolsillo, y cortando a Lorenza un mechoncito de su negra cabellera lo quemó en las bujías, y guardó las cenizas en el papel donde había traído envuelto el pelo de la delfina.
Bajó entonces nuevamente, y sin cesar de andar despertó a la joven. Aguardaba él prelado lleno de impaciencia y duda.
—¿Qué hay señor barón? —dijo.
—¿Qué queréis que haya, monseñor?
—¿Qué dice el oráculo?
—Que podéis tener esperanzas.
—¿Ha dicho eso? —exclamó el príncipe lleno de alegría.
—Deduciréis lo que os parezca, monseñor; lo cierto es que el oráculo indica que esa mujer no ama a su marido.
—¡Oh! —dijo M. de Rohán en un trasporte de alegría.
—Respecto al pelo —dijo Balsamo—, he necesitado quemarlo para conseguir la revelación por esencia: aquí están las cenizas que os devuelvo escrupulosamente después de haberlas recogido, lo mismo que si cada partícula valiese un millón.
—Gracias, caballero, gracias; jamás podré pagaros lo que os debo.
—Monseñor, no tratemos de eso: lo único que os recomiendo es que no vayáis a tragaros las cenizas en vino, como acostumbran algunas veces los enamorados, porque esto es una simpatía tan peligrosa, que vuestro amor no tendría cura, al paso que el corazón de la mujer amada se enfriaría.
—¡Ah! me guardaré de ello —dijo el cardenal casi asustado—. Adiós, señor barón, adiós.
Transcurridos veinte minutos la carroza de Su Excelencia se encontraba en la esquina de la calle de Petits Champs con el coche de Richelieu, al cual faltó

poco para derribar en un enorme hoyo hecho para establecer los cimientos de una casa que estaban haciendo.
Se conocieron los dos señores.
—¡Hola, príncipe! —exclamó Richelieu sonriéndose.
—¡Hola, duque! —replicó el cardenal de Rohán llevándose un dedo a la boca.
Y corrieron en opuesta dirección.

XCIII

RICHELIEU SE LLEVA A NICOLASA

Marchaba M. de Richelieu en dirección a la casa que ocupaba M. de Taverney en la calle de Coq-Heron.
Pero gracias al privilegio que nos ha concedido el diablo cojuelo de poder entrar en las casas, se encuentren o no cerradas, sabemos nosotros antes que Richelieu, que sentado el barón frente de la chimenea y con los pies sobre unos inmensos morillos, debajo de los cuales se estaba consumiendo un tizón, sermoneaba a Nicolasa, tomándole de vez en cuando la barba, a pesar de las muecas que en señal de rebelión y desprecio le hacía la joven.
No aseguraremos si a Nicolasa hubiese acomodado mejor la caricia sin el sermón que el sermón sin la caricia.
Verdaderamente que la conversación giraba entre amo y criada sobre un punto importante; a saber, que a ciertas horas de la noche no acudía Nicolasa con exactitud al oír la campanilla, que siempre tenía alguna ocupación en el jardín o en el invernáculo, y que todo lo hacía mal, menos en los mencionados dos sitios.
A lo que contestaba Nicolasa volviéndose y revolviéndose con sin igual gracia y suma voluptuosidad.
—¡Tanto peor...! yo me aburro aquí; además, ¿no se me había ofrecido que iría a Trianón con la señorita?

Entonces M. de Taverney creyó caritativamente que debía pasarle la mano por las mejillas y la barba sin duda para entretenerla.
Siguió en sus trece Nicolasa, y rechazando toda clase de consuelos, se quejaba de su desgraciada suerte.
—En verdad —decía gimoteando—, que estoy encerrada entre cuatro pícaras paredes sin tener trato con nadie, y aun sin respirar el aire libre; mas para eso se abrió ante mis ojos mejor perspectiva, haciéndoseme saber que en lo sucesivo iba a divertirme.
—¿Cómo y dónde? —interrogó el barón.
—¿Dónde había de ser? —replicó Nicolasa—; ¡en Trianón! allí hubiera visto gente o hubiera contemplado el lujo; hubiera mirado o me hubieran mirado a mí.
—¡Oh! ¡oh! Nicolasa —dijo el barón.
—Para eso he nacido mujer y valgo como otra cualquiera.
—¡Voto al diablo! Esto sí que se llama hablar; aquí hay vida: hay movimiento. ¡Oh! ¡Si yo me encontrara joven y rico...!
Y no pudo evitar de arrojar una mirada de admiración y codicia a tanta juventud, saber y hermosura.
Poníase pensativa Nicolasa, y de vez en cuando se mostraba impaciente.
—Vamos, señor, acostaos —dijo—, para que yo pueda hacer lo mismo.
—Oye una palabra más, Nicolasa.
De pronto se oyó la campanilla de la puerta de la calle y Taverney y Nicolasa se estremecieron.
—¿Quién será el que ha llamado a las once y media de la noche? —dijo el barón—; ve a verlo.
Abrió Nicolasa, interrogó al visitante cómo se llamaba, y dejó la puerta medio abierta.
Por esta venturosa abertura, una sombra que salía del patio huyó; pero produjo mucho ruido para que el mariscal, pues él era el que había entrado, se volviese y viera la fuga.
Marchaba Nicolasa delante llevando una bujía en la mano y sin encogimiento.
—¡Tate, tate! —dijo el mariscal sonriéndose y siguiéndola al salón—; ese tunante de Taverney sólo me habló de su hija.
Era hombre el duque que no necesitaba mirar dos veces las cosas para verlas, y verlas por completo. La sombra que escapaba le hizo, pues, pensar en

Nicolasa, y Nicolasa en la sombra; acertó en el bello rostro de la joven lo que la sombra había ido a hacer, y así que vio los ojos tan maliciosos, los dientes tan blancos y cintura tan delgada de la criadita, no fue necesario más que conocer su carácter e inclinaciones.

Anunció Nicolasa, no sin que le latiese precipitadamente el corazón, en la entrada de la sala:

—¡El señor duque de Richelieu!

Tal nombre estaba visto que había de causar sensación aquella noche, pues hizo tal efecto en el barón, que se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta, sin poder creer lo que oía.

Antes de llegar a dicha puerta, vio a Richelieu en la penumbra del corredor, y exclamó tartamudeando:

—¡El duque...!

—Sí, querido amigo, el mismo en persona —replicó Richelieu con amable tono—. ¡Oh! esto os asombra después de lo que sucedió en la última visita; pero sin embargo es cierto, ya lo veis. Ahora la mano, si no lo tomáis a mal.

—Señor duque, me honráis en demasía.

—Querido, veo que has perdido el seso —dijo el anciano mariscal entregando el bastón y el sombrero a Nicolasa para sentarse más cómodamente en un sillón—: según parece, chocheas ya y no estás en el mundo.

—Sin embargo, duque, creo —respondió Taverney muy conmovido— que la manera que tuviste de recibirme el otro día era tan significativa que no daba lugar a duda.

—Préstame atención —respondió Richelieu—; el otro día te condujiste como un colegial y yo como un dómine, no habiendo otra diferencia de ti a mí sino la férula. Sé que vas a hablar, pero yo deseo ahorrarte ese trabajo, porque estás en el caso de decir alguna tontería, y yo de contestarte con otra: saltemos pues del otro día a hoy. ¿Sabes con qué fin vengo esta noche?

—Lo ignoro.

—Pues soy portador de la compañía que me pediste anteayer y el rey ha concedido a tu hijo. ¡Qué demonios! así entenderás las diferencias de tiempo y ocasión: anteayer era semi-ministro, y pedir era una injusticia; hoy que he rechazado la cartera, y que soy simplemente el Richelieu de otros tiempos, cometería un absurdo si no pidiese. He solicitado, pues; he alcanzado y traigo.

—¿En verdad, duque? tanta amabilidad de tu parte...
—Es efecto natural de lo que un amigo debe a otro... El ministro negaba, pero Richelieu solicita y da.
—¡Ah! Duque, me encanta tu amistad, ¿conque eres mi leal amigo?
—Pues no lo he de ser, ¡vive Dios!
—Pero el rey, el rey que me otorga tal favor...
—No sabe siquiera lo que hace, o tal vez me engañaré, y lo sepa perfectamente.
—¿Qué es lo que quieres decir?
—Quiero decir, que indudablemente tiene Su Majestad alguna razón en este momento para disgustar a la du Barry y que a este motivo, mucho más que a mi influencia, debes el favor que te otorga.
—¿Lo crees así?
—Seguro estoy de ello, y ayudo por mi parte. ¿Ignoras que por esa pícara no he querido aceptar la cartera?
—Me lo dijeron, pero...
—Pero no lo crees, vamos, habla con franqueza.
—Pues bien, lo confieso.
—Eso quiere decir que me tienes por hombre de escrúpulos, ¿no es cierto?
—A lo menos quiero decir que he visto eres hombre despreocupado.
—Querido, me voy haciendo viejo, y sólo me agradan las mujeres que son para mí... Y luego, tengo acá otras ideas... Pero volvamos a tu hijo: es guapo muchacho, ¿eh?
—Está muy mal con du Barry, quien se encontraba en tu casa cuando incurrí en la torpeza de presentarme en ella.
—Me consta, y he ahí por qué no soy ministro.
—Bueno.
—No lo dudes, amigo.
—¿Conque has rehusado la cartera por no disgustar a mi hijo?
—Si te dijera que sí no lo creerías, y harías bien; no he aceptado porque las exigencias de los du Barry, que empezaban por la exclusión de tu hijo, hubieran ido a parar a toda clase de desatinos.
—¿Pues te habrás indispuesto con esos entes?
—Sí y no: me temen, los desprecio y así les agradezco lo que me dan.
—Eso es una acción heroica, pero imprudente.
—¿Por qué?

—Porque la condesa tiene crédito.
—¡Bah! —dijo Richelieu.
—¿Cómo dices eso?
—Porque conozco la parte débil, y porque a ser preciso, sé colocar el minero en sitio a propósito para volar la plaza.
—Trasluzco la verdad: sirves a mi hijo por molestar a los du Barry.
—En gran parte sí, y no te engaña tu perspicacia: tu hijo es para mí una granada que disparo contra la fortaleza... mas a propósito, barón, ¿no tienes además una hija?
—Sí.
—¿Qué edad tiene?
—Dieciséis años.
—¿Bonita?
—Cual una Venus.
—¿Reside en Trianón?
¿Acaso la conocéis?
—He pasado la noche con ella, y he hablado una hora acerca de ella con el rey.
—¿Con el rey? —exclamó Taverney, cuyas mejillas se tiñeron de púrpura.
—Sí, con el rey.
—¿El rey ha hablado de mi hija, de Andrea de Taverney?
—Y la devora con los ojos, sí, querido.
—¡Ah! ¿Es cierto?
—¿Te contrarío diciéndote esto?
—A mí... no... seguramente... el rey me honra, con contemplar a mi hija... pero...
—¿Pero qué?
—El rey...
—Tiene malos hábitos, ¿no es eso lo que quieres decir?
—Dios me libre de hablar mal de Su Majestad; así como así tiene derecho para proceder como le agrade.
—Pues entonces, ¿qué significa ese asombro? ¿Pretendes acaso que la señorita tu hija no es absolutamente bella, y que por consiguiente no la mira el rey con ojos amorosos?
No contestó Taverney, lo que hizo fue encogerse de hombros y quedarte pensativo, no sin que le persiguiese con su indagadora vista el implacable

Richelieu.
—¿A que adivino lo que dirías si en vez de pensar, hablases en voz alta? —prosiguió el anciano mariscal aproximando su sillón al del barón—; diríais que el rey está acostumbrado a vivir con malas compañías, que desciende de su esfera, como se dice en los *Porchcrons, y* que por lo mismo se abstendrá muy bien de fijar la vista en esa noble joven, de aire casto y amores puros; que por lo mismo no reparará en el tesoro de gracias y encantos... él, que únicamente se enamora de palabras licenciosas, guiñadas libertinas y chanzonetas de mal género.
—Ya se ve que eres un gran hombre.
—¿Y por qué?
—Por haber adivinado lo que estaba pensando —dijo Taverney.
—Barón, confiesa no obstante —prosiguió Richelieu—, que ya era hora de que nuestro soberano no nos obligase a nosotros que somos nobles, pares y compañeros del rey de Francia a que besemos la mano encanallada de una cortesana de esa índole: ya era tiempo de que nos reuniese en nuestra natural atmósfera, y que después de haber pasado de la Chateauroux, marquesa y de condición a propósito para hacer duquesas, a la Pompadour, la du Barry que se llama solamente Juanilla, no pase de la du Barry a alguna Maritornes de cocina, o a alguna labriega. Barón, esto sería una cosa humillante, sí, sería una vergüenza que poseyendo, como poseemos, una corona con casco, bajásemos la cabeza a esas mujercillas...
—¡Oh! ¡qué verdades tan bien dichas! —murmuró Taverney—, ¡y qué verdad es que en la corte es donde se aprende!
—No habiendo reina, no debe haber mujeres, y no habiendo mujeres no hay cortesanos; pero el rey protege y enamora a una *griseta*, y el pueblo se ha sobrepuesto al trono, representándolo Juana Vauvernier, vendedora de lienzos en París.
—Es verdad, pero...
—Oye, barón —interrumpió el mariscal—, ¿sabes que sería un papel brillante el de la mujer de talento que quisiese reinar en Francia hoy?
—No cabe duda —dijo Taverney cuyo corazón palpitaba—, pero desgraciadamente está ocupado el puesto.
—¡Oh! Si hubiese una mujer —continuó el mariscal—, que sin tener los vicios de esas prostitutas, tuviera tanto atrevimiento, cálculo y amplitud de miras como ellas: una mujer que elevara tan alto su fortuna, que se hablase de

ella aun cuando no existiera la monarquía. Barón, ¿tu hija es mujer de talento?
—¡Oh! mucho, y sobre todo muy buen criterio.
—¡Y qué hermosa es!
—¿Lo crees tú así?
—Tiene ese corte voluptuoso y encantador que tanto agrada a los hombres, ese candor, esa flor de virginidad que impone respeto hasta a las mujeres... Amigo mío, es necesario cuidar ese tesoro...
—Me hablas de ella con un calor...
—¡Yo! te digo que estoy locamente enamorado, y que mañana mismo me casaría con ella si no fuera por estos malditos sesenta y cuatro años... ¿Pero está bien colocada en palacio? ¿Tiene siquiera el lujo que conviene a una flor tan linda? Piensa en ello, barón; esta noche ha entrado sola en su gabinete, sin criadas, sin cazador, con sólo un lacayo del delfín que iba alumbrándola delante; esto tiene visos de pobreza.
—¿Y qué pretendes que haga, duque, si ya sabes que no soy rico?
—Querido: rico o no, es necesario a lo menos que tu hija tenga una doncella que la sirva.
Taverney exhaló un suspiro, y repuso:
—Comprendo que la necesita.
—Y qué, ¿no tienes una?
—No —contestó el barón.
—¿Quién es esa bella muchacha —prosiguió Richelieu—, que ha salido a abrirme? A fe mía que es linda y tiene finura.
—Sí, pero...
—¿Pero qué, barón?
—Justamente por eso no puedo enviarla a Trianón.
—¿Y por qué? Al contrario, la considero a propósito para el caso; hará una doncella de mi flor.
—Veo que no la has mirado la cara, duque.
—Precisamente no he hecho otra cosa.
—¿La has mirado, y no has notado a quién se parece de una manera extraordinaria?
—¿A quién?
—A... acuérdate... pero antes mírala despacio... Ven, Nicolasa.
Ésta, que había estado escuchando en la puerta, se acercó.

El duque le cogió las manos y apretó con sus rodillas las de la joven, a quien ni intimidó ni turbó un momento siquiera aquella impertinencia del señorón.
—Sí —dijo—, sí; es verdad que tiene una semejanza.
—Ya sabes con quién, y ves de consiguiente que es imposible exponer el favor de nuestra casa a semejante hazaña de la casualidad. ¿Quién había de decir que Nicolasa tuviese tanto parecido con la dama más ilustre de Francia?
—¡Oh! ¡oh! —respondió en tono agrio Nicolasa, desprendiéndose de manos del duque, para responder mejor a M. de Taverney—; ¿es cierto que me parezco a esa ilustre señora...? Tiene como yo los hombros bajos, vivos los ojos, una pierna redonda y un brazo tan fino como la que tenéis delante? En todo caso, señor barón —concluyó de decir furiosa—, si me despreciáis de este modo es porque no me habéis visto bien.
Nicolasa estaba roja de cólera y por consiguiente extraordinariamente bella.
Volvió el duque a estrechar sus lindas manos, aprisionó nuevamente sus rodillas, y mirándola cariñosamente, dijo:
—Barón, Nicolasa no tiene igual en la corte, o a lo menos así me lo parece. Respecto a la ilustre dama con quien, lo declaro, tiene cierta semejanza aparente, vamos a poner a cubierto el amor propio. Tenéis unos cabellos rubios hermosísimos, Nicolasa, unas cejas y una nariz perfecta; pero con que os sentéis delante de un tocador un cuarto de hora, desaparecerá lo que al señor barón le parecen imperfecciones. Nicolasa, ¿querrías tú ir a Trianón?
—¡Oh! —exclamó Nicolasa, expresando con este monosílabo toda la codicia que encerraba su alma.
—Pues iréis a Trianón, querida; iréis, y allí haréis suerte sin perjudicar a la de los demás. Barón, una palabra y me marcho.
—Decid cuanto os plazca, mi querido duque.
—Hija mía; vete —dijo Richelieu—, y déjanos hablar.
Salió Nicolasa y el duque se aproximó al barón.
—Si insisto en que envíes a tu hija una doncella es porque esto será del agrado del rey. A su Majestad no le gusta la miseria, y las criadas bonitas no le causan miedo. En fin, yo sé lo que me digo.
—Que vaya Nicolasa a Trianón, supuesto que crees agradará esto al rey —replicó el barón sonriéndose.
—Entonces, si me autorizas, yo me la llevaré, y con eso se aprovechará de la carroza.
—¡Sin embargo, el parecido que tiene con la delfina! Es forzoso pensar en

esto, duque.
—He pensado ya en ello: esa semejanza desaparecerá en un cuarto de hora, gracias a Rafté; yo te lo aseguro... Escribe, pues, dos palabras a tu hija, barón, manifestándole lo importante que es para ti que tenga a su lado una doncella, y que esta doncella se llame Nicolasa.
—¿Crees también urgente el que se llame Nicolasa?
—Sí que lo creo.
—¿Y si no se llamara Nicolasa?
—No desempeñaría tan bien sus deberes, yo te lo digo bajo palabra de honor.
—Pues voy a escribir ahora mismo.
Y el barón empezó a escribir una carta que entregó a Richelieu así que la terminó.
—Duque, ¿no instruimos a Nicolasa?
—Ya la instruiré: ¿es muchacha inteligente?
El barón se sonrió.
—Tú me la confías... ¿no es eso? —dijo el duque.
—Sí, a fe mía: el asunto corre de tu cuenta: me la has pedido, y te la entrego; haz de ella lo que puedas.
—Niña —dijo el duque levantándose—, venid conmigo, y pronto.
No aguardó Nicolasa a que se lo repitieran; sin pedir su consentimiento al barón reunió en cinco minutos un lío de ropa, y con tal rapidez que podía decirse que volaba, se sentó junto al cochero del mariscal.
Se despidió Richelieu de su amigo, y éste le dio repetidas gracias por el favor que había hecho a Felipe de Taverney.
No hablaron de Andrea una palabra, silencio que fue mucho más elocuente que cuanto dijesen.

XCIV

METAMORFOSIS DE NICOLASA

Iba Nicolasa extraordinariamente contenta, pues mayor triunfo era para ella dejar a París por Trianón, que lo fue salir de Taverney para trasladarse a París.
De manera que desplegó tal gracia con el cochero de Richelieu, que a la mañana siguiente ya disfrutaba de una gran reputación la doncella en todas las antecámaras un tanto aristócratas de Versalles y París.
Cuando llegaron al pabellón de Hannover, Richelieu cogió a la doncella de la mano y la condujo al piso principal, donde le aguardaba M, de Rafté escribiendo una porción de cartas por cuenta de monseñor.
Entre las atribuciones que tenía el mariscal, la guerra figuraba en primer término, y Rafté se había convertido, a lo menos en teoría, en un guerrero tan hábil, que Polibio y el caballero de Fobard se hubieran tenido por afortunados a haber vivido, de recibir una de las memorias que Rafté escribía todas las semanas acerca de fortificaciones y maniobras.
Estaba, pues, M. de Rafté entretenido en extender un provecto de guerra contra los ingleses en el Mediterráneo, cuando el mariscal entró y le dijo:
—Rafté, contempla a esta muchacha.
Y Rafté la miró, y dijo moviendo los labios del modo más expresivo:
—Es muy guapa, monseñor.
—Sí; pero, ¿a quién se parece...? Yo te pregunto acerca de su parecido.
—Verdad, es, ¡voto al diablo!
—Qué tal, ¿eh?
—Es cosa sorprendente, y, así como puede labrar su fortuna, puede ser causa de su ruina.
—Su ruina desde luego; pero nosotros vamos a procurar impedirlo: ya ves, Rafté, que tiene los cabellos rubios, pero creo que esto no es una dificultad de gran importancia.
—Está reducido todo a que sean negros, monseñor —replicó Rafté, quien había adquirido la costumbre de completar el pensamiento de su amo, y aun frecuentemente de pensar por él.
—Nicolasa, ven a mi tocador —dijo el mariscal—; el señor, que es un hombre de mucha habilidad, va a hacer que seas la doncella más preciosa de Francia.
En efecto, diez minutos después, Rafté, con ayuda de una composición que usaba todas las semanas el mariscal para teñir de negro los. cabellos que se le veían por debajo de la peluca, coquetería que pretendía revelar aún muchas

veces en casa de sus conocidos, tiñó de un negro lustroso los hermosos cabellos rubios de Nicolasa; luego le pasó por sus espesas cejas, también rubias, un alfiler ennegrecido a la luz de una bujía, y dio a su simpática fisonomía un realce tan fantástico, y a sus ojos vivos y claros un brillo tan claro y algunas veces tan sombrío, que podía decirse era un hada evocada de un estuche mágico donde la tenía encarcelada su encantador.

—Querida, mira ahora —dijo Richelieu presentando un espeje a Nicolasa—, lo linda que estás, y sobre todo lo poco que te pareces a la Nicolasa de hace un instante; ya no tienes que temer a una reina sino a hacer fortuna.

—¡Oh!, monseñor —exclamó la joven.

—Sí, y para ello sólo se trata de que nos entendamos. Se ruborizó Nicolasa y bajó la vista, porque la astuta joven esperaba seguramente oír las palabras que tan bien sabía decir el señor de Richelieu.

La comprendió el duque, y para cortar toda mala interpretación dijo:

—Querida, siéntate en ese sillón, al lado de M. de Rafté, y escúchame atentamente... ¡No temas, que M. de Rafté no nos estorba; al contrario, nos dará su parecer! ¿Me habrás entendido, eh?

—Sí, monseñor —contestó Nicolasa tartamudeando, avergonzada de que la hubiese engañado su vanidad de aquella manera.

Duró la conversación de M. de Richelieu con Rafté y Nicolasa una hora larga, después de la cual el duque ordenó a la joven que fuese a acostarse con las criadas de palacio. Continuó Rafté extendiendo su memoria militar, y Richelieu se acostó después de hojear unas cartas en que le participaban todas las intrigas de los parlamentos de provincia contra M. de Aiguillon y la cábala de du Barry.

Al siguiente día por la mañana uno de sus carruajes, aunque sin armas de ninguna clase, llevó a la doncella a Trianón, dejándola cerca de la verja con su paquetito debajo del brazo y desapareció.

Nicolasa, con la frente erguida, libre el ánimo y la esperanza en los ojos, después de informarse llamó a la puerta donde se albergaba la servidumbre.

Ya eran las diez, y vestida Andrea escribía a su padre enterándole del feliz acontecimiento de la víspera, de que Richelieu había sido portador, según ya dijimos.

No habrán olvidado nuestros lectores que por una calzada de piedra se va desde los jardines a la capilla del pequeño Trianón, y que al pie de esta capilla hay una escalera a la derecha, por donde se sube al piso principal, es

decir, a las habitaciones de las damas de servicio, aposentos que están rodeados a manera de una calle de árboles por un largo corredor que mira a los jardines.

La habitación destinada a Andrea era la primera que había a la izquierda en aquel corredor; era bastante espaciosa y muy clara porque caía al patio de las caballerizas, y precedíala un cuartito con dos gabinetes a derecha e izquierda. Era pequeñísima aquella habitación si se tiene en cuenta el tren que por lo regular llevan los empleados de una corte brillante; era una celda encantadora, muy habitable y risueña, como retiro, después de la agitación y bullicio que reinaban en palacio. Allí podía guarecerse un alma ambiciosa para devorar las afrentas y los desengaños que hubiese sufrido durante el día; allí también podía reposar en el aislamiento de las grandezas un alma humilde y melancólica.

Efectivamente, el que atravesaba aquella calzada y subía la escalera de la capilla, olvidaba la superioridad, los deberes y el deseo de figurar. Había allí tanta calma como en un convento, tanta libertad material como en la cárcel, pudiéndose decir que el que era esclavo en palacio, se convertía en amo al entrar en el departamento de la servidumbre.

Sí, desde allí, desde aquel rincón oscuro que sabía era su puesto, la joven veía sin turbarse todas las grandezas que durante el día habían deslumbrado sus ojos, y en medio de sus flores, con su clave, y rodeada de libros alemanes, que son una compañía muy grata para los que leen con el corazón, Andrea retaba a la suerte a que le enviase una pesadumbre, o le quitase un motivo de placer.

Y decía, cuando después de haber desempeñado su cometido se colocaba su peinador de largos pliegues, y respiraba con toda su alma, así como con todos sus pulmones: «aquí tengo, poco más o menos, cuanto he de poseer hasta que muera. Tal vez llegue un día en que sea más rica, pero nunca me veré más pobre, porque siempre ha de haber flores, música y un buen libro que sirvan de distracción a las personas que viven apartadas».

Había conseguido Andrea el permiso para almorzar en su habitación cuando lo quisiera, y este favor lo apreciaba en mucho, porque así podía continuar en su retiro hasta mediodía, a no ser que la delfina la mandase a llamar para que le llevase algo o la acompañase a dar un paseo por la mañana. Cuando se hallaba libre y hacía buen tiempo, salía con un libro y cruzaba los espesos bosques que conducen de Trianón a Versalles, y al cabo de dos horas de

paseo, meditación y pasear la mente por los espacios imaginarios, volvía a fin de almorzar, sin que algunas veces hubiese visto ni a señor, ni a lacayo, ni un hombre, ni una librea.
Si penetraba el calor bajo las frondosas arboledas, para eso tenía Andrea su cuartito tan fresco con el aire que entraba por la ventana y la puerta del corredor. Un sofá con forro de indiana, cuatro sillas semejantes al sofá, su casto lecho de cielo redondo; de donde caían unas cortinas de la misma tela que los muebles referidos, dos vasos de China colocados sobre la chimenea, y una mesa cuadrada con pies de cobre, esto era de lo que se componía aquel universo de reducidas proporciones, y a cuyos confines limitaba Andrea todas sus esperanzas, todos sus deseos.
Hemos dicho que la joven estaba sentada en su habitación y se ocupaba en escribir a su padre, cuando excitó su atención un golpecito dado discretamente en la puerta del corredor.
Al advertir que la puerta se abría, levantó la cabeza y exhaló un grito de asombro cuando apareció el rostro de Nicolasa radiante de alegría.

XCV

ALEGRÍA PARA UNOS, Y DESESPERACIÓN PARA OTROS

—Señorita, buenos días: soy yo —dijo Nicolasa haciendo una alegre reverencia, que no obstante no estaba exenta de inquietud, conociendo como conocía la joven el carácter de su ama.
—¡Vos!, ¿y a qué circunstancia se debe vuestra venida? —dijo Andrea soltando la pluma para seguir mejor la conversación que se entablaba de aquella manera.
—Señorita, vos me habéis olvidado, y yo he venido...
—Si os he olvidado, razones tendría para ello. ¿Quién os ha autorizado para que vengáis?
—El señor barón, señorita —contestó Nicolasa acercando con aire de

descontento las dos hermosas cejas negras que debía a la generosidad de M. Rafté.
—En París os necesita mi padre, y yo para nada os necesito aquí. Podéis volveros, pues hija mía.
—¡Oh! —dijo Nicolasa—, vos señorita, no tenéis cariño a la gente... Yo creía que os habíais aficionado más a mí... ¡Y luego quiera una —agregó filosóficamente Nicolasa—, para que se lo paguen de este modo!
Y sus rasgados ojos hicieron los mayores esfuerzos para procurar atraer una lágrima a los párpados.
Encerraba aquella reconvención demasiada sensibilidad para que no promoviese la compasión de Andrea. Así es que le dijo:
—Hija mía, tengo aquí quien me sirva, y no puedo tolerar que se aumente la carga de la señora delfina con una boca más.
—¡Bien! ¡Cómo si esa boca fuese tan grande! —dijo Nicolasa con una sonrisa muy graciosa.
—Nicolasa, no importa, es imposible que permanezcas aquí.
—¿Por la semejanza? —preguntó la joven—. ¿No habéis visto mi cara, señorita?
—Es verdad que en ti hay alguna alteración.
—Ya lo creo; figuraos, pues, que ayer se presentó en casa un buen señor, el que ha hecho que den un grado al señorito Felipe, y al ver que el señor barón estaba triste porque no teníais una doncella a vuestro lado, le dijo que era muy fácil convertirme de blanca en negra. Me ha traído en su compañía, ha hecho que me adornen de esta manera, y aquí me tenéis.
Andrea se sonrió, y dijo:
—¿Conque tanto me quieres, que a todo trance te pretendes encerrar en Trianón, donde estoy casi como prisionera?
Nicolasa lanzó a cuanto le rodeaba una ojeada rápida, pero inteligente, y repuso:
—Esta habitación no es muy alegre; pero no siempre permaneceréis en ella.
—No, sin duda —replicó Andrea—; pero ¿y tú?
—¿Yo?
—Tú, que no concurrirás al salón, al lado de la señora delfina; tú, que no asistirás ni a juegos, ni a paseos, ni a tertulias; tú, que residirás siempre aquí, te vas a morir de fastidio.
—Señorita —dijo Nicolasa—, no faltará una ventana por donde pueda verse

algo de ese mundo, aunque sólo sea por las rendijas de la puerta. El que ve está expuesto a que le vean, y esto es lo que yo necesito; no os molestéis, pues, por mí.
—Nicolasa, insisto en que no; yo no puedo recibirte sin una orden expresa.
—¿De quién?
—De mi padre.
—¿Es esa vuestra última determinación?
—Sí, mi última resolución.
Sacó Nicolasa de su gorguera la carta del barón de Taverney, diciendo:
—Una vez que ni mis ruegos ni mi cariño os mueven, veamos si tiene poder sobre vos esta recomendación que traigo.
Andrea leyó la carta, que estaba redactada en los siguientes términos:

«Cónstame que se ha notado, querida Andrea, que careces en Trianón del lujo que tu rango exige imperiosamente; te convendría, pues, tener dos doncellas y un lacayo, como a mí me agradaría poseer veinte mil libras de renta; pero lo mismo que yo me contento con mil libras, confórmate tú con Nicolasa, que vale por todas cuantas criadas sean menester.
»Es ágil Nicolasa, inteligente y cariñosa, y en breve adoptará el tono y los modales de estilo, debiendo tú tener cuidado no de estimular sino de encadenar su buena voluntad: guárdala, pues, y no te figures que hago un sacrificio. Si lo crees, recuerda que Su Majestad, que ha tenido la bondad de pensar en nosotros, al mirarte ha reparado (esto me lo dijo en confianza un buen amigo) que te falta el fausto debido. Tenlo presente, porque es muy importante.
»Tu padre que te quiere.»

Fue grande la impresión que esta carta causó a Andrea, al ver que hasta en su nueva prosperidad iba a perseguirla una pobreza que sólo ella creyó no era una falta, cuando todos se la echaban en cara como una mancha.
Por esto.estuvo para tirar la pluma con furia y destrozar la carta empezada, para responder al barón con un magnífico trozo lleno de desinterés filosófico que Felipe hubiera firmado, no con una mano, sino con las dos.
Pero creyó que el barón se sonreiría irónicamente al leer aquel trozo, y enseguida se desvaneció su resolución, limitándose únicamente a responder al alegato del barón con un párrafo anejo a las noticias que le daba de

Trianón.

«Padre querido —añadía—, en este mismo instante acaba de llegar Nicolasa, y la he recibido conforme a vuestro deseo; pero lo que me decís acerca de ella me ha desesperado. ¿Seré menos ridícula teniendo por doncella una muchacha llegada de una aldea, que estando sola en medio de los magnates de la corte? Nicolasa sentirá ver mi humillación, y no me lo perdonará, porque los criados son orgullosos o humildes de por sí, según el lujo o la sencillez de sus amos. Respecto a la observación de Su Majestad, padre mío, permitidme os diga que el rey tiene tanto talento que no puede mirarme mal porque no me es posible echármela de señorona, y además, Su Majestad tiene muy buenos sentimientos para que haya notado y critique mi miseria, en vez de convertirla en un estado de prosperidad que vuestro nombre y servicios legitimarían a los ojos de todo el mundo».

Esta es la respuesta que dio la joven.
Ésta no habló una palabra de Nicolasa; lo que hizo fue retenerla a su lado, de suerte que entusiasmada y alegre ésta, Dios sabe por qué, dispuso al punto una camilla en el gabinete de la derecha que daba a la antecámara, y trató de achicarse haciéndose aérea, por decirlo así, para no estorbar en nada a su señora con su presencia en aquel estrecho albergue.
Salió Andrea para Trianón a eso de la una adornada más pronto y mejor que nunca, porque Nicolasa se excedió a sí misma, sirviéndola con placer, gracia e intención.
Cuando se marchó la señorita de Taverney y Nicolasa se vio dueña de la casa, le pasó revista examinándolo todo, desde las cartas hasta los pequeños objetos del tocador; desde la chimenea, hasta los rincones más ocultos de los gabinetes.
Luego se puso a mirar por la ventana para tomar el aire de la vecindad.
Vio por debajo un gran patio, en el cual estaban los palafreneros limpiando y envolviendo esmeradamente en mantillas los caballos de la delfina.
—¡Palafreneros! —murmuró Nicolasa—, ¡quita allá!
Y volvió la cabeza.
Había a la derecha una fila de ventanas al nivel de la de Andrea, y observando Nicolasa que estaban asomadas a ellas algunas criadas y limpiasuelos, pasó desdeñosa a otro examen.

En frente unos profesores de música hacían repetir en una gran sala a varios coristas e instrumentistas trozos de una misa que había de cantarse en San Luis.
Se divirtió Nicolasa mientras sacudía el polvo, en canturrear allí a su manera de tal suerte, que los profesores se distraían y los coristas daban notas en falso impunemente.
Y como aquella distracción no podía satisfacer las ambiciones de la señorita Nicolasa, así que vio enzarzados a maestros y discípulos sobre si lo hacían bien o mal, pasó revista a la parte alta del edificio.
Las ventanas estaban todas cerradas, además de que eran unas buhardillas, de manera que Nicolasa volvió a emprender su tarea de sacudir el polvo; pero un momento después se abrió una de aquellas buhardillas sin saberse por qué procedimiento, pues nadie se veía allí.
Sin embargo, alguien había abierto aquella ventana y ese alguien había visto a Nicolasa, no parándose a mirarla, lo cual le pareció una cosa impertinente.
Y como todo lo estudiaba Nicolasa, no podía dejar de pretender estudiar el rostro de un impertinente, por manera que apenas daba una vuelta por el aposento de Andrea, volvía a asomarse a la ventana, y dirigía la vista hacia la buhardilla, esto es, hacia el que o la que le faltaba al respeto privándola de su mirada por no tener ojos. Una vez la pareció que había huido una persona al acercarse ella; pero como no era creíble, no lo creyó.
Casi se afirmó otra vez en ello porque vio por la espalda al fugitivo, sorprendido en una vuelta más rápida que lo que pensaba.
Nicolasa se valió entonces de una astucia; ocultóse detrás de la cortina dejando la ventana abierta a fin de no infundir sospecha.
Tuvo que aguardar mucho tiempo, pero por último apareció una cabellera negra, luego unas manos tímidas que sostenían en forma de arco un cuerpo inclinado con precaución, y por fin se descubrió perfectamente la figura de un hombre, cuyo aspecto produjo tal asombro a Nicolasa que desgarró toda la cortina por no caer en el suelo.
Era aquella figura la del señor Gilberto, quien observaba allí desde su elevada buhardilla.
Al ver temblar la cortina, Gilberto comprendió la astucia y no volvió a presentarse.
Hizo más, cerró la ventana.
Indudablemente Gilberto había visto a Nicolasa; su presencia le dejó

estupefacto; quiso cerciorarse de que aquella era su enemiga, y al verse descubierto había huido confuso e iracundo.
Al menos así es como Nicolasa interpretó la escena, y por cierto que tenía razón, así era como convenía interpretarla.
Efectivamente, mejor hubiera querido Gilberto ver al diablo que a Nicolasa; y como la miraba con ojos de envidia desde antaño, como la joven conocía su secreto del jardín de la calle de Coq-Heron, se forjó mil terrores con la llegada de aquel cancerberillo.
Repetiremos que Gilberto huyó confuso, y no sólo confuso, sino colérico, mordiéndose los dedos de rabia.
—Desde hoy, ¡qué me interesa —decía allá para sí—, mi necio descubrimiento de que estaba tan orgulloso!... Aunque Nicolasa tenga un amante, el daño ya está causado, y no por eso la despedirán de aquí, al paso que si ella dice lo de la calle de Coq-Heron, me echarán de Trianón... No soy el que tengo a Nicolasa en mis redes, sino ella la que me tiene a mí en las suyas. ¡Oh rabia!
Y como el amor propio de Gilberto estimulaba su odio, hervía su sangre con una violencia jamás vista.
Comprendió demasiado bien, que tarde o temprano se declararía la guerra entre Nicolasa y él; pero, como Gilberto era un hombre prudente y político, no quería que dicha guerra diese principio hasta no estar en situación de hacerla de un modo enérgico y ventajoso.
Se decidió a hacerse el mortecino hasta que la casualidad le facilitase una ocasión favorable para resucitar, o hasta que por debilidad o precisión diese Nicolasa un paso que le hiciera perder la ventaja.
Y esto es lo que sucedió al cabo de ocho días, pues como Gilberto acechaba por tarde y noche, acabó por entrever al través de las verjas un plumero que no le era desconocido. Dicho plumero distraía a Gilberto constantemente, porque era el de M. de Beausire, quien había seguido a la corte, emigrando de París a Trianón.
Durante mucho tiempo se la echó de cruel Nicolasa; durante mucho tiempo dejó que M. de Beausire tiritase al frío o se derritiese al sol, y aquella virtud desesperaba a Gilberto; pero una noche sin duda traspasó M. de Beausire los límites de la elocuencia mímica y logró persuadir, porque Nicolasa aprovechó un momento en que Andrea se hallaba comiendo en el pabellón con la señora de Noailles, para descender al patio de las caballerizas, y reunirse con M. de

Beausire, quien ayudaba al celador de las mismas a enseñar un potro de Irlanda.
La pareja marchóse del patio al jardín, y del jardín a la sombría calle de árboles que conduce a Versalles.
Siguió Gilberto a los amantes tan alegre como el tigre cuando olfatea la pista de alguna persona, y contó sus pasos y suspiros, aprendiendo de memoria cuanto les oyó decir. En resumen, debemos creer que le satisfizo y mucho el resultado, pues a la mañana siguiente, sin miramiento ninguno, se asomó a la buhardilla canturreando, poco temeroso de que le viera Nicolasa, antes al contrario, como provocando sus miradas.
Zurcía ésta un mitón de seda bordado para su ama; pero así que oyó cantar alzó la cabeza y vio a Gilberto.
Su manifestación primera fue hacerle cierta desdeñosa mueca que olía a vinagre desde muy lejos; pero Gilberto sostuvo aquella mirada y aquella mueca con una sonrisa particular: tan provocadores eran sus ademanes y su modo de cantar, que Nicolasa bajó la cabeza y se ruborizó.
—Me ha comprendido —dijo Gilberto para sí—, y eso era lo que yo deseaba.
Luego dio principio al mismo manejo y Nicolasa tembló hasta el extremo de desear tener una entrevista con Gilberto para aliviar su corazón del peso que en el habían arrojado las miradas burlonas del joven jardinero.
Advirtió Gilberto que le buscaban en las tosecitas que resonaban cerca de la ventana, cuando Nicolasa sabía que se encontraba en su buhardilla, y las idas y venidas de la doncella al corredor cuando suponía que el mancebo iba a bajar o subir.
Un momento hubo en que creyó era una fortuna aquel triunfo, que atribuía por completo a la fuerza de su carácter y a su hábil conducta; y en cuanto a Nicolasa, le acechaba tan bien, que una vez le vio subir la escalera y le llamó, pero el joven no quiso responder.
Llevó la doncella más lejos su curiosidad o temor, pues una noche se descalzó los bonitos chapines que le había regalado Andrea, y se aventuró, aunque temblando, a ir con paso presuroso al cobertizo en cuyo fondo se veía la puerta de Gilberto.
Aun había bastante luz para que, prevenido éste de la proximidad de la doncella, pudiese ver a Nicolasa perfectamente por las junturas, o mejor dicho por la separación que había entre tabla y tabla.
Llamó Nicolasa a la puerta, sabiendo harto bien que Gilberto estaba en su

habitación, pero éste no respondió.
Sin embargo, era peligrosa para él aquella tentación, pues podía humillar a sus anchas a la que de aquel modo iba a solicitar el perdón. Pero como había estado una noche y otra estremeciéndose cuando se acordaba de Taverney, con el ojo aplicado a la puerta, devorando la embriagadora hermosura de su voluptuosa hija, cada vez más excitado por la sensación preliminar de su amor propio, ya iba a alzar la mano para descorrer el cerrojo que había echado para que no le sorprendiesen; pero dijo allá para sí:
—No, no; esa muchacha procede por cálculo: por temor e interés viene a buscarme; de suerte que siempre ganaría algo; ¿y quién sabe si yo perdería?
Y reflexionando de esta suerte dejó caer la mano, por manera que Nicolasa, después de llamar a la puerta varias veces, se alejó frunciendo el entrecejo.
La ventaja toda quedó por Gilberto, y Nicolasa redobló entonces su astucia para no perder por completo la suya.
Por último, tantos proyectos y contraminas se redujeron a estas palabras, que los dos partidos beligerantes cruzaron entre sí una tarde a la puerta de la capilla, donde por casualidad se encontraron;
—¡Hola! buenas tardes, señor Gilberto, ¿vos por aquí?
—¡Hola! buenas tardes, Nicolasita, ¿vos en Trianón?
—Ya lo veis, sirvo a la señorita en calidad de doncella.
—Pues yo soy jardinero.
Nicolasa hizo una bonita reverencia a Gilberto, quien la saludó como hombre de corte y se apartaron.
Iba Gilberto a subir a su buhardilla y simuló que proseguía su camino.
Nicolasa salía de su cuarto y continuó su ruta; pero Gilberto bajó nuevamente con la astucia propia del lobo, y siguió a Nicolasa, figurándose que iba en busca de monsieur de Beausire.
Efectivamente, bajo los árboles había un hombre esperando, y Nicolasa se acercó a él; pero como había ya mucha sombra para que Gilberto conociese a M. de Beausire, no lo conoció. Como llevaba plumero, esto provocó de tal modo la atención al mancebo, que dejó a Nicolasa regresar a su habitación y siguió al hombre de la cita hasta la verja de Trianón.
No era M. de Beausire, sino un hombre de bastante edad, o por mejor decir, de una edad avanzada, modales de gran personaje y aire suelto a pesar de su vejez. Gilberto se aproximó pasando casi bajo las barbas de aquel personaje con tanta audacia como imprudencia, y conoció a M. de Richelieu.

—¡Diablo! —dijo—, después del exento el mariscal de Francia: la muchacha va ganando en grados.

XCVI

DECISIÓN DEL PARLAMENTO

Mientras que bajo los olmos y entre las flores de Trianón salían a luz estas intrigas subalternas, avivando la existencia ya en extremo animada de los oradores de aquel mundo, las grandes intrigas de París, tempestades amenazadoras, abrían sus anchas alas sobre el palacio de Themis, como escribía mitológicamente Juan du Barry a su hermana.

Los parlamentos, aunque menguado resto de la antigua oposición francesa, habían tomado aliento bajo la mano caprichosa de Luis XV, pero luego cayó M. de Choiseul que era su protector, y conociendo que corrían peligro, aprestábanse a conjurarlo con medidas tan enérgicas como consentían las circunstancias.

Así, pues, el rey a quien el parlamento de Bretaña y la Francia entera había inundado con un diluvio de representaciones más o menos sumisas y filiales, acababa, gracias a la du Barry, de dar la razón al feudalismo contra el estado llano, otorgando a M. de Aiguillon el nombramiento de comandante de la caballería ligera.

Formulaba Juan du Barry con exactitud semejante acto, afirmando que era dar un bofetón en la mejilla de sus amados y fieles consejeros que se erigían en tribunal de parlamento.

—¿Cómo se recibiría aquel bofetón? Esta era la pregunta que en la corte y la villa se hacían todos diariamente al despuntar de la aurora.

Los miembros del parlamento tenían no escasa habilidad, penetrando bien a las claras lo que otros no entendían.

Empezaron, pues, por ponerse de acuerdo entre sí acerca de la aplicación y resultado del bofetón, y cuando quedó perfectamente consignado que había

sido dado y recibido el susodicho bofetón, adoptaron la resolución siguiente:

El tribunal del parlamento deliberará respecto a la conducta del ex gobernador de Bretaña y dará su dictamen.

El rey detuvo el golpe intimando a los pares y príncipes la prohibición de que no fuesen a palacio para asistir a deliberación alguna acerca de M. de Aiguillon; y éstos obedecieron al pie de la letra.
El parlamento entonces, resuelto a obrar por sí, dictó una sentencia declarando que en atención a que se acusaba a M. de Aiguillon de hechos que manchaban su honra, se le suspendía en el cargo de par hasta que se vindicase plenamente ante el tribunal de los pares, en la forma y con la solemnidad determinadas en las leyes y ordenanzas del reino, *que con nada podía suplirse*, de las acusaciones y sospechas que empañaban su honra.
No bastaba dictar semejante sentencia delante de los interesados e inscribirla en las actas judiciales, sino que era necesario publicarla, era necesario dar con ella ese escándalo que nadie teme excitar en Francia con jácaras y canciones, motivos porque la canción domina en nuestro país los acontecimientos y a los hombres; era preciso, en fin, elevar la sentencia del parlamento a la esfera de la canción.
Era justa la sentencia; y el parlamento designó una comisión para que la mandara imprimir a vista de todos, tirándose en consecuencia diez mil ejemplares, cuya distribución se organizó enseguida.
Seguidamente, siendo como era ajustado a las fórmulas que el principal interesado conociese lo que el tribunal había hecho con él, la comisión fue al palacio del duque de Aiguillon, quien concluía de apearse en París para acudir a una cita imperiosa.
Dicha cita no era otra cosa sino una explicación clara y leal entre el duque y su tío el mariscal, explicación que cada día iba siendo más necesaria.
Debido a Rafté, todo Versalles supo en una hora la nobleza con que el anciano duque se rebeló contra las órdenes del rey tocante a la cartera de M. de Choiseul; y gracias a Versalles, todo París, y la Francia toda se enteraron de la noticia; de suerte que hacía algún tiempo que M. de Richelieu se hallaba colocado en el pedestal de la popularidad, desde donde hacía muecas, aunque con política, a la du Barry y a su estimado sobrino.
Tal posición no era muy buena para M. de Aiguillon, impopularísimo en

extremo, y el mariscal, tan odiado del pueblo, pero a quien temía, por ser el representante de esa nobleza tan respetada como respetable en el tiempo de Luis XV, el mariscal, tan versátil, que después de escoger partido se sobreponía a él sin contemplaciones, cuando las circunstancias lo toleraban, o podía resultar de ello decir una agudeza; Richelieu, en una palabra, era un enemigo importuno, con tanto mayor motivo, cuanto que siempre reservaba para hacer lo que llamaba sorpresas el peor lado de su enemistad.

Desde la entrevista de Aiguillon con la du Barry, presentaba su coraza dos puntos débiles, y comprendiendo todo el rencor, así como todo el apetito por vengarse, que Richelieu disimulaba bajo las apariencias de un humor siempre igual, hizo lo que se debe hacer cuando sobreviene una tempestad; esto es, deshizo la tromba a cañonazos, seguro de que el peligro sería menor abordándolo de frente.

Dedicóse, pues, a buscar a su tío por todas partes a fin de alcanzar de él una explicación seria; pero nada tan difícil como esto, desde que el mariscal se apercibió de su deseo.

Convertíase todo en marchas y contramarchas, y así que el mariscal veía a su sobrino, por lejos que fuese, le disparaba una sonrisa y se rodeaba enseguida de personas, delante de las cuales no era posible hablar, desafiando desde allí al enemigo, como desde un fuerte irreductible.

Deshizo la tromba el duque de Aiguillon, presentándose pura y simplemente en casa de su tío en Versalles.

Pero encontrábase Rafté de centinela en su ventana, la cuál daba al patio, y conociendo la librea del duque, avisó al punto a su amo.

Entró el duque hasta el dormitorio del mariscal, y allí encontró a Rafté, quien con una sonrisa preñada de confianza, incurrió en la indiscreción de contar al sobrino que el tío había pasado la noche fuera de casa.

Aiguillon mordióse los labios y tocó retirada.

Cuando llegó a su palacio escribió al mariscal solicitando una audiencia.

No tenía, pues, el mariscal, otro remedio sino contestar, y si contestaba no podía negar la audiencia; concedida la cual, no le era posible negarse tampoco a una explicación. M. de Aiguillon se parecía en esto a los espadachines políticos y finos, que ocultando su mala intención bajo la capa de una cortesanía adorable, conducen al terreno de la lucha haciéndole reverencias al hombre que buscan, y allí le degüellan sin piedad.

El amor propio del mariscal no era tan grande que fuera a hacerse ilusiones;

al contrario, sabía lo fuerte que era su sobrino, y que si se colocaba en su presencia, su antagonista le arrancaría o un perdón o una concesión, cuando precisamente jamás perdonaba Richelieu, y tenía muy presente que es un error mortal en política hacer concesiones a un enemigo.
Disimuló, pues, así que recibió la carta de M. de Aiguillon, que había dejado a París por unos cuantos días.
Rafté, a quien consultó acerca de este particular, le dio el siguiente dictamen:
—Estamos en camino de arruinar a M. de Aiguillon, pues los amigos con quienes contamos en el parlamento no se descuidan en su tarea. Si M. de Aiguillon, que lo sospecha, consigue atraparos antes de que se verifique la explosión, hará que le prometáis servirle en caso de una desgracia, pues vuestro resentimiento no será mayor que el interés de familia; pero si al contrario os negáis, M. de Aiguillon irá por ahí diciendo que sois enemigo suyo, os atribuirá el daño, y su alivio se asemejará al del que encuentra la causa de la enfermedad, aun cuando la enfermedad no se haya mejorado.
—Es muy justo todo eso —replicó Richelieu—; pero yo no puedo estar oculto siempre. ¿Cuántos días son necesarios para que dé el estallido?
—Seis.
—¿Eso es seguro?
Rafté buscó en su bolsillo una carta de un consejero del parlamento; carta que sólo contenía los dos renglones siguientes:

«Se ha resuelto dar la sentencia, la cual se dictará el jueves, último plazo que ha fijado la compañía.»

—Pues entonces, nada más fácil —replicó el mariscal—. Devuelve al duque su carta con un billete en estos términos:

«Señor duque:
»Ya conoceréis la salida del señor mariscal para***, pues su médico ha creído que debía mudar de aires, hallándose, como se halla, un tanto fatigado. Sí, como no dudo, conforme habéis tenido la atención de manifestarme el otro día, deseáis hablar con el señor mariscal, puedo asegurar que el jueves en la noche, de regreso ya el señor duque de***, dormirá en París, donde le hallaréis sin falta alguna.»

—Y ahora —agregó el mariscal—, escóndeme en alguna parte hasta el jueves.
Siguió Rafté aquellas instrucciones puntualmente, escribiendo y enviando el billete, y facilitando el escondite; pero fastidiado M. de Richelieu salió una noche de él para ir a Trianón a hablar con Nicolasa, con lo cual nada arriesgaba, o a lo menos así lo imaginaba, sabiendo que el duque de Aiguillon se encontraba en el pabellón de Luciennes.
De esta operación resultó que si M. de Aiguillon sospechó alguna cosa, no pudo parar el golpe que le amenazaba por no hallar la espada de su enemigo. Conformóse, pues, con el plazo del jueves, y cuando llegó este día, salió de Versalles con la esperanza de que al fin iba a encontrarse y a combatir con aquel antagonista impalpable.
Hemos dicho ya que aquel fue el día en que el parlamento lo sentenció.
En las espaciosas calles por donde atravesó la carroza de M. de Aiguillon, reinaba una gran fermentación, sorda todavía, pero muy inteligible para el parisiense que tan bien conoce el nivel de sus ondas.
A nadie llamaba la atención, porque había adoptado la precaución de viajar en un carruaje sin armas y con dos lacayos vestidos de paño pardo, como si saliera a buscar fortuna.
Vio acá y allá grupos de gente que se mostraban un papel, lo leían haciendo grandes gesticulaciones, y se rebullían como las hormigas en derredor de un terrón de azúcar caído en el suelo; pero aquella era la época de las conmociones inofensivas, agrupándose el pueblo del mismo modo por un impuesto sobre el trigo, un artículo de la *Gaceta de Holanda*, una poesía de Voltaire o una canción contra la du Barry o M. de Maupeou.
Se dirigió Aiguillon en derechura al palacio de Richelieu, hallando únicamente en él a Rafté, quien le dijo:
—De un momento a otro se espera al señor mariscal; sin duda se habrá detenido en barreras por alguna tardanza en las postas.
M. de Aiguillon decidióse a aguardarle, manifestando al propio tiempo cierto mal humor contra Rafté, porque atribuyó la disculpa a una nueva derrota.
Peor fue cuando Rafté le manifestó que el mariscal se desesperaría así que llegase y supiera que M. de Aiguillon había tenido que aguardar; que sin duda alguna no volvería solo del campo, y no haría sino cruzar a París para informarse de las novedades que hubiese en casa: y que de consiguiente, haría bien M. de Aiguillon en retirarse a la suya, adonde el mariscal llegaría

de paso.
—Rafté, escuchadme —dijo Aiguillon cada vez más incomodado al oír aquella réplica tan oscura—; vos sabéis cómo piensa y obra mi tío, y desearía me contestaseis como hombre de bien: se están mofando de mí, ¿no es cierto?, y el mariscal no quiere verme... No me interrumpáis, Rafté; infinitas veces habéis sido para mí un buen consejero, y yo fui para vos, como lo seré siempre, un buen amigo; ¿me vuelvo a Versalles?
—Bajo palabra de honor os digo, señor duque, que antes de que haya pasado una hora, irá a visitaros a vuestra casa el señor mariscal.
—Pero en tal caso, puesto que ha de venir, lo mismo es que yo le aguarde.
—He tenido la honra de deciros que acaso no vendrá solo.
—Lo comprendo, y confío en vuestra palabra, Rafté.
Se fue pensativo el duque, pero con un aire tan noble y gracioso como extraña era la figura que sacó el mariscal cuando salió de un gabinete con puerta de cristales al marcharse su sobrino.
Se sonreía el mariscal como uno de los feísimos demonios que Callot ha pintado en su cuadro de las *tentaciones*.
—¿No sospecha? —dijo a Rafté.
—Supongo que no, monseñor.
—¿Qué hora es?
—Nada importa la hora, monseñor; es necesario esperar a que venga a avisarme nuestro procurador del Chatelet, pues todavía continúan los comisionados en la imprenta.
Apenas concluyó de decir estas palabras Rafté, introdujo un lacayo por una puerta secreta a un personaje bastante mugriento, feo y negro; a uno de esos hombres-pluma que inspiraban a M. du Barry tanta antipatía.
Empujó Rafté al mariscal para que se encerrase en su aposento, y con la sonrisa en los labios salió a recibir a aquel hombre, diciéndole:
—¡Ah! ¡Sois vos, maese Flageot!, me alegro mucho de veros.
—Vuestro servidor, señor de Rafté; vengo a deciros que el negocio está ya terminado.
—¿Se ha impreso?
—Una tirada de cinco mil ejemplares; los primeros circulan ya, y los demás se están secando.
—¡Qué desgracia, señor Flageot! ¡Qué desesperación para la familia del señor mariscal!

Por no responder M. Flageot, es decir, por no mentir, sacó una gran caja de plata, y tomó lentamente un polvo de tabaco.
—¿Y qué hay que hacer enseguida? —prosiguió Rafté.
—Señor Rafté, la fórmula: seguros los señores comisionados de que se han tirado y repartido los ejemplares, subirán enseguida en la carroza que les está esperando en la puerta del impresor, e irán a notificar la sentencia a M. de Aiguillon, quien precisamente (ved qué fortuna, es decir, qué desgracia, señor Rafté) se halla en su palacio, de manera que se le va a hacer la notificación personalmente.
De repente hizo Rafté un movimiento y cogió de encima de una mesa un enorme saco lleno de papeles, entregándoselo a maese Flageot, a quien dijo:
—Ahí tenéis las piezas de que os hablé; el señor mariscal confía mucho en vuestras luces, y abandona en vuestras manos este asunto que debe proporcionaros no pocas ventajas. Gracias por la molestia que os tomáis avisándome el deplorable conflicto que ha sobrevenido entre M. de Aiguillon y el omnipotente parlamento de París.
Y suavemente empujó, pero con cierta rapidez, hacia la puerta de la antesala a maese Flageot, sumamente contento con el peso que llevaba a su espalda.
Enseguida sacó al mariscal de su prisión, y le dijo:
—¡Ea, señor, al coche! no hay que perder tiempo, si es que deseáis asistir a la representación. Procurad que vuestros caballos caminen más aprisa que los de los señores comisionados.

XCVII

TÍO Y SOBRINO

Los caballos de M. de Richelieu marchaban con más velocidad que los de los señores comisionados, pues el mariscal llegó antes que ellos al palacio de M. de Aiguillon.
No aguardaba ya el duque a su tío, y se disponía a marcharse de nuevo a

Luciennes, con el propósito de anunciar a la du Barry que el enemigo había arrojado la careta, cuando el conserje fue a avisar la llegada del mariscal, sacando del fondo de su entorpecimiento a aquel espíritu abatido.
Corrió el duque a recibir a su tío, y le cogió las manos simulando tanta ternura como miedo había tenido.
También el mariscal se dejó llevar del cariño, y el cuadro fue interesante; pero se veía no obstante en Aiguillon deseo de entrar en explicaciones, mientras que el mariscal alejaba la ocasión lo mejor que podía, mirando, ora un cuadro, ora una estatua de bronce, ora un objeto de tapicería, y lamentándose de que estaba sumamente cansado.
Cortó el duque la retirada a su tío, le obligó a embutirse en un sillón. Como monsieur de Villars al príncipe Eugenio en Marchiennes, y empezó el ataque diciéndole:
—¿Es cierto, tío, que a pesar de que sois el hombre más agudo de Francia me juzgáis tan mal que creéis seré yo tan egoísta como vos?
Como no existían términos hábiles de poder retroceder, Richelieu adoptó su partido replicando:
—¿Qué es lo que me dices, y en qué ves, querido, que yo te juzgue bien o mal?
—Vos, tío, estáis enfadado conmigo.
—Pero ¿a qué propósito?
—¡Oh! dejémonos de evasivas, señor mariscal, vos os apartáis de mí cuando yo os necesito, y con esto está dicho todo.
—Bajo palabra de honor que no te entiendo.
—Más claro. El rey no ha tenido a bien nombraros ministro, y como yo he aceptado el mando de la caballería ligera, suponéis que os he abandonado y hecho traición, siendo así que esa adorable condesa os quiere de corazón.
Richelieu aplicó el oído, pero no fue solamente a las palabras de su sobrino, y luego agregó:
—¿Conque dices que esa adorable condesa me quiere de corazón?
—Y lo probaré.
—Querido, ¿para qué, si yo no lo dudo?... Yo te hice venir para que me ayudaras a llevar la carga, y como eres más joven, y por lo tanto más fuerte, tú triunfas y yo sucumbo. Esto está en el orden, y a fe que no adivino por qué abrigas esos escrúpulos; si has procedido conforme a mis intereses, apruebo tu determinación una y mil veces, y si has obrado en contra mía te devuelvo

tu reprimenda... ¿Merece esto que medien explicaciones?
—Efectivamente, tío...
—Duque, eres un niño. Tu posición es brillante; siendo como eres par de Francia, duque, comandante de la caballería ligera y ministro de aquí a seis semanas, debes sobreponerte a cosas que nada valen, porque el buen éxito absuelve de culpas, hijo mío. Supón (me gustan mucho los apólogos), supón que nosotros somos las mulas a que se refiere la fábula... ¿Pero qué es lo que oigo por ahí?
—Nada, tío, proseguid.
—Si tal, oigo una carroza que entra en el patio.
—Tío, os ruego que continuéis, porque vuestra conversación me interesa mucho, y también a mí me agradan los apólogos.
—Bien, querido, iba a decirte que mientras estés en prosperidad, nadie te reconvendrá en tu cara ni tendrás que temer el despecho de los envidiosos; pero procura no cojear ni dar tropiezos, porque entonces es cuando embiste el lobo... Bien te decía yo; en la antesala se oye ruido; seguramente vendrán a traerte la cartera... La apreciable condesa habrá trabajado en tu favor desde la alcoba.
Entró el conserje y dijo con cierta zozobra:
—Una comisión del Parlamento.
—¡Toma! —saltó Richelieu.
—¿En mi casa una comisión del Parlamento? ¿Qué me querrán? —respondió el duque poco tranquilo al ver la sonrisa de su tío.
—¡En nombre del rey! —prorrumpió una voz sonora al tin de la antesala.
—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Richelieu.
Se levantó M. de Aiguillon extremadamente pálido, y él mismo fue a introducir a los comisionados, detrás de los cuales estaban dos alguaciles impasibles, y a cierta distancia una legión de criados y lacayos sobresaltados.
—¿Qué sucede? —preguntó el duque con voz conmovida.
—¿Es el señor duque de Aiguillon con quien tenemos el honor de hablar? —preguntó uno de los comisionados.
—Yo soy el duque de Aiguillon, sí, señores.
Hizo el comisionado un cortés saludo, sacó de su cintura un acta en forma y la leyó en voz alta e inteligible.
Era la sentencia circunstanciada, completa y con todos sus detalles en que se declaraba sujeto a graves inculpaciones y sospechas que empañaban su

honor, al duque de Aiguillon, suspendiéndole en su empleo de par del reino.
Oyó el duque aquella lectura como oye el estampido del trueno aquel a quien priva del sentido un rayo: ni siquiera se movió, semejando una estatua sobre su pedestal, y ni extendió la mano para tomar la copia de la sentencia que le presentaba el comisionado del Parlamento.
El mariscal, de pie también, pero con aspecto alegre y vivaracho, cogió el papel, lo leyó y contestó al saludo de los comisionados.
Estos se hallaban ya muy lejos, y el duque todavía continuaba en su estupor.
—El golpe es duro —dijo Richelieu—, ya no eres par de Francia, y esto es una cosa denigrante.
Volvióse el duque hacia su tío como si sólo en aquel momento hubiese recobrado la vida y el pensamiento.
—¿Tú no lo esperabas? —dijo Richelieu en el mismo tono.
—¿Y vos, tío? —preguntó Aiguillon.
—¿Cómo supones que uno sospeche que el Parlamento se proponía descargar un golpe tan fuerte contra el favorito del rey y de la favorita?... Esos hombres desean que se les pulverice.
El duque tomó asiento con la mano en la mejilla, de la cual brotaba fuego.
—Lo peor es que —prosiguió el anciano mariscal hundiendo el puñal en la herida—, que si el Parlamento te degrada del cargo de par porque has sido nombrado comandante de la caballería ligera, ordenará tu prisión y te condenará a morir en una hoguera el día en que seas nombrado ministro. Aiguillon, desconfía de esa gente porque te odia.
Arrostró el duque aquella horrible burla con la constancia propia de un héroe porque su desgracia le engrandecía purificando su alma.
Richelieu pensó que aquella constancia era insensibilidad o falta de inteligencia, y que las picadas no habían sido bastante hondas, por lo cual dijo:
—Menor expuesto estarás al odio de estos golillas no siendo par; refúgiate, pues, en la oscuridad durante algún tiempo; además de que ya ves que esa oscuridad que ha de ser tu salvaguardia se acerca a ti, quieras o no quieras. Degradado del cargo de par, te será más difícil llegar a ser ministro, y esto te librará del apuro, al paso que si quieres luchar, para eso te ama de corazón esa apreciable condesa que es muy buen apoyo.
Alzóse Aiguillon, y ni siquiera miró al mariscal con ojos de furia en cambio de lo que el anciano le estaba mortificando.

—Tío, decís bien —respondió tranquilamente—, conociéndose vuestra prudencia en lo último que me habéis dicho. La señora condesa du Barry, a quien tuvisteis la bondad de presentarme, y a quien hablasteis de mí tan bien y con tanto entusiasmo, que todo el mundo lo puede testificar en Luciennes, me defenderá. Gracias a Dios, me ama, es valiente, y tiene valimiento sobre Su Majestad: os agradezco, pues, vuestro consejo, y me amparo en él como en un puerto de salvación. Bourguignon, prepara caballos y a Luciennes.
Interrumpió el mariscal la sonrisa que brillaba en sus labios, y M. de Aiguillon le saludó ceremoniosamente, dejándole en el salón muy inquieto, y sobre todo, confuso por la crueldad con que había mordido aquella carne viva tan noble.
En parte se consoló el anciano mariscal, al ver el júbilo de los parisienses al leer aquella tarde los diez mil ejemplares de la sentencia que se arrebataban de las manos unos a otros en las calles; pero no pudo menos de suspirar cuando Rafté le interrogó acerca del resultado de su visita.
No obstante, se lo contó todo sin callar nada.
—¿Conque hemos parado el golpe? —dijo el secretario.
—Rafté, sí y no, pues la herida no es mortal; pero tenemos en Trianón una cosa que vale más, y que lamento no haber cuidado exclusivamente. Hemos corrido dos liebres, lo cual es una locura, Rafté.
—¿Por qué, si hemos cogido la buena? —replicó Rafté.
—Acuérdate, querido, de que la buena es con frecuencia la que no se ha cogido, y que por ésta daría uno la otra: es decir, la que ha cogido.
A pesar de que M. de Richelieu discurría con acierto, Rafté se encogió de hombros.
—¿Tú supones que el rey saldrá de ésta, bobo?
—¡Oh! el rey escapa por donde le acomoda; pero no se trata del rey, que yo sepa.
—Por donde se escapa el rey se escapará la du Barry, teniéndole como lo tiene tan sujeto; y por donde se escape la du Barry se escapará también Aiguillon, porque... Pero no entiendes tú de política, Rafté.
—Monseñor, no opina así maese Flageot.
—¡Bien! ¿Y qué es lo que piensa ese señor Flageot? Pero antes dime quién es.
—Es un procurador.
—¿Y qué más?

—Nada, sino que maese Flageot afirma que el rey no saldrá de ésta.
—¡Oh! ¡Oh! ¿Y quién será el que ponga dificultades al león?
—¿Quién ha de ser, señor? ¡El ratón...!
—¿Es decir, maese Flageot?
—Sostiene él que sí.
—¿Y tú lo crees?
—Siempre creo a un procurador que ofrece hacer daño.
—Veremos los medios de que se vale.
—Monseñor, eso es lo que yo me pregunto.
—Pues ven a cenar, que deseo acostarme... Estoy apesadumbrado al ver que mi pobre sobrino no es ya par de Francia, ni será ministro. O es uno tío, o no lo es, Rafté.
M. de Richelieu exhaló un suspiro, y al momento se puso a reír.
—Sin embargo —le objetó Rafté—, tenéis lo necesario para ser ministro.

XCVIII

LA REVANCHA DE M. AIGUILLON

A la mañana siguiente del día en que la terrible sentencia del parlamento puso en conmoción a París y Versalles; cuando todos estaban en expectativa a fin de saber qué consecuencias ocasionaría dicha sentencia, el duque de Richelieu, que se había trasladado a Versalles, entregándose nuevamente a su vida un sí es no es irregular, vio entrar en su aposento a Rafté con una carta en la mano. El secretario olía y pesaba aquella carta con una intranquilidad que no tardó en comunicarse a su amo.
¿Qué es eso, Rafté? —preguntó el mariscal.
—Monseñor, una cosa poco satisfactoria, a lo que imagino.
—¿Y por qué te lo imaginas?
—Porque la carta procede del señor duque de Aiguillon.
—¡Ah!, ¡ah! —dijo el duque—: ¿de mi sobrino?

—En efecto, señor mariscal; al salir del consejo del rey un conserje de cámara ha venido a entregar este pliego para vos; y ya hace diez minutos que le estoy dando vueltas, suponiendo, no sé por qué, que debe encerrar alguna mala noticia.
El duque extendió la mano, diciendo:
—Dame, que yo soy valiente.
—Os prevengo —interrumpió Rafté—, que al tiempo de entregarme el conserje la carta, se rió con toda su alma.
—¡Cáspita!, la cosa es para asustarse, pero dame —replicó el mariscal.
—Y que añadió: el señor duque de Aiguillon encarga que este pliego se ponga enseguida en manos del señor mariscal.
—¡Que no se diga que el dolor me hace mella! —exclamó el mariscal rompiendo el sello con mano firme, y se puso a leer.
—¡Hola! ¡Hola! ¿Hacéis gestos? —dijo Rafté, con las manos detrás de la espalda, como buen observador.
—¡Puede ser! —murmuró Richelieu, prosiguiendo su lectura.
—Según parece es cosa seria, ¿eh?
—Al verte así, cualquiera supondrá que te alegras.
—Me alegro de ver que no me había equivocado.
El mariscal continuó leyendo.
—El rey es muy bondadoso —dijo al cabo de un instante.
—¿Nombra ministro a M. de Aiguillon?
—Más que eso.
—¡Oh! ¡Oh! Pues, ¿qué es?
—Lee y comenta.
Rafté leyó entonces el billete, escrito de puño y letra de M. de Aiguillon y redactado en estos términos:

«Mi querido tío: Ha surtido efecto vuestro consejo, pues habiendo confiado mis pesares a la bondadosa amiga de nuestra familia, a la señora condesa du Barry, ha depositado mi confianza en el seno de Su Majestad. Se ha indignado el rey de la violencia que conmigo usan los señores miembros del Parlamento, a pesar de que con tanta fidelidad sirvo su causa, y en el consejo de hoy mismo ha anulado la sentencia del Parlamento, disponiendo que continúe en mi cargo de par de Francia.
«Como comprendo, querido tío, el placer que os producirá esta noticia, os

envío copia de la decisión de Su Majestad, copia que he mandado sacar a un secretario enseguida para que os enteréis antes que nadie.
»Podéis contar, mi querido tío, con mi ternura y respeto, así como confía en vuestros favores y buenos consejos,
El duque de Aiguillon.»

—No hay más; se mofa de mí —exclamó el mariscal.
—Me parece que sí, monseñor.
—¡El rey! ¡El rey! ¡Cuidado si se mete en el avispero!
—Ayer no lo quisisteis creer.
—No he creído yo que no entraría en él, señor Rafté, sino que saldría... y ya ves como sale.
—Lo cierto es que el Parlamento ha sido derrotado.
—¡Y yo también!
—Lo que es por el pronto sí.
—¡Y para siempre! Ayer lo presentía, y tú me consolaste tanto, que no podía menos de ocurrirme cosas desagradables.
—Monseñor, me parece que os acobardáis demasiado pronto.
—Veo, señor Rafté, que sois un necio; estoy derrotado y pagaré la culpa; vos no comprendéis quizá cuan poco me agrada ser el hazmerreír de Luciennes; a estas horas el duque se burla de mí en brazos de la du Barry; la señorita Chon y el señor du Barry me despellejan a más y mejor, y el negrillo se atraca de bombones, haciendo gestos. ¡Vive Cristo, que a pesar de mi buen carácter, esto me crispa los nervios!
—¿Os ponéis furioso, monseñor?
—Sí, furioso.
—Pues entonces, no debisteis hacer lo que habéis hecho —repuso Rafté filosóficamente.
—Señor secretario, vos me indujisteis a ello.
—¿Yo?
—Sí, vos.
—¿Me diréis, monseñor, qué me interesa a mí que M. de Aiguillon sea o no par de Francia? Creo que vuestro sobrino no me ocasiona ningún agravio.
—Señor Rafté, sois un hombre impertinente.
—Monseñor, ya hace cuarenta y nueve años que me lo llamáis.
—Y os lo repetiré constantemente.

—Lo que me tranquiliza es que no me lo diréis otros cuarenta y nueve años.
—¡Vaya una manera de mirar por mis intereses, Rafté!
—Jamás miraré, señor duque, por los que atañen a vuestras pasioncillas... A pesar de todo vuestro talento, hacéis muchas necedades que yo no perdonaría ni a un galopo como yo.
—Señor Rafté, explicaos, y si me equivoco lo confesaré.
—Necesitabais vengaros ayer, ¿no es cierto?, queríais ver humillado a vuestro sobrino, queríais llevar, en cierto modo, la sentencia del Parlamento, y escuchar los latidos del corazón de vuestra víctima, como dice M. de Crebillon el menor. Pues bien, señor mariscal, esos espectáculos se pagan caro; esas alegrías cuestan mucho... Vos sois rico; pagad, pues, señor mariscal, pagad.
—Vos que tanto sabéis, ¿qué hubierais hecho en mi lugar?
—Nada... hubiera aguardado sin dar señales de vida; pero rabiabais por oponer el Parlamento a la du Barry, desde el instante en que a ésta le pareció M. de Aiguillon más joven que vos.
El mariscal contestó con un gruñido.
—Pues bien —continuó Rafté—, bastante hacíais con excitar el Parlamento a que procediera como ha procedido; pero una vez dictada la sentencia, debisteis ofrecer vuestros servicios al sobrino, quien nada hubiera sospechado.
—Eso todo es muy bueno, pero, admitiendo que me haya equivocado, vos habéis debido advertírmelo.
—¿Estorbar yo que se hiciera daño?... ¿Por quién me tomáis, señor mariscal? A todo yente y viniente repetís que soy hechura vuestra, que me habéis enseñado, ¡y queréis que no me regocijara al ver que se había hecho una tontería, o que había sucedido una desgracia...!
—¿Y ocurrirá una desgracia, señor hechicero?
—Con toda seguridad.
—¿Cuál?
—Que vos os obstinaréis, y que apoyado M. de Aiguillon por la du Barry, el día que caiga el Parlamento será ministro, y vos desterrado... o a la Bastilla.
El mariscal, furioso, vertió en la alfombra todo el tabaco que tenía en la caja.
—¡De modo que a la Bastilla! —dijo encogiéndose de hombros—; ¿Luis XV es acaso Luis XIV?
—No; pero la du Barry, con la ayuda de M. de Aiguillon, valdrá tanto como

madame de Maintenón. Ved lo que hacéis, porque no sé de ninguna princesa que vaya como antiguamente a llevaros a la prisión bombones y los despojos de un ave.
—¡Estos si que son pronósticos! —replicó el mariscal al cabo de un gran rato de silencio—. Seguramente leéis en el libro de lo futuro; pero ¿queréis hablarme de lo presente?
—Señor mariscal, vos tenéis excesiva prudencia para que necesitéis consejos de nadie.
—Decidme, señor tunante, ¿vais también a burlaros de mí...?
—Tened en cuenta, señor mariscal, que confundís las fechas; no se califica de tunante a un hombre que ha pasado de los cuarenta años, y yo tengo ya sesenta y siete.
—¿Qué le hace?... Sácame del apuro... ¡y pronto!... ¡pronto!
—¿Por medio de un consejo?
—Del modo que quieras.
—No es tiempo aún.
—Está visto que te bromeas.
—¡Ojalá!... si me bromeara, sería porque las circunstancias lo mereciesen... y desgraciadamente no es así.
—¿Y por qué no es tiempo?
—Monseñor, os repito que no lo es. Si el decreto del rey hubiese llegado a París, no digo que no...; ¿queréis que enviemos un correo al señor presidente Aligre?
—Para que se mofen más pronto de nosotros...
—¡Qué amor propio tan ridículo tenéis, señor mariscal!, sois capaz de hacer perder la paciencia a uno... Ea, dejadme que termine mi plan de desembarque en Inglaterra, y acabad de anegaros en vuestra intriga de cartera, puesto que la tarea está ya medio hecha.
Conocía el mariscal sobradamente el mal humor de M. de Rafté, y sabía que si le acometía la melancolía no podría sacar a su secretario una palabra ni con pinzas. Así le dijo:
—Vamos, no te incomodes, y si ves que no comprendo, haz que comprenda.
—Monseñor, ¿queréis que os indique un plan de conducta?
—Ciertamente, ya que estás creído que yo no sé gobernarme por mí.
—Pues atended.
—Ya te escucho.

—Enviaréis a M. de Aligre —repuso Rafté en tono áspero—, la cartera de M. de Aiguillon, con el decreto que el rey ha dado en consejo; esperaréis a que el Parlamento se reúna y delibere, lo cual sucederá *in continenti* y acto seguido subiréis a vuestra carroza, e iréis a visitar a vuestro procurador maese Flageot.
—¡De veras! —exclamó Richelieu, a quien este nombre hizo dar un salto lo mismo que la víspera—. Otra vez M. Flageot; ¿qué demonios tiene que ver en esto M. Flageot, y qué haré yo en casa de un hombre que se llama M. Flageot?
—Me ha cabido la honra de indicaros, monseñor, que M. Flageot es vuestro procurador. —Y bien, ¿qué?
—¿Qué? Que siendo, como es, vuestro procurador, posee unos sacos vuestros... unos pleitos de cualquier clase que sean... id a cercioraros en qué estado se encuentran vuestros asuntos.
—¿Mañana?
—Sí, mañana, señor mariscal.
—Pero eso os corresponde a vos, señor Rafté. —No, no... eso estaba bien cuando M. de Flageot era un simple emborronador de papel; en aquel tiempo yo podía tratar con él de igual a igual; pero como desde mañana será M. Flageot un Atila, un azote de los reyes, ni más ni menos, es necesario un duque, un mariscal, un par de Francia que conferencie con él.
—¿Es todo eso formal, o estamos representando una comedia?
—Monseñor, mañana veréis si es serio.
—Pero dime qué es lo que va a ocurrirme en casa de tu maldito M. Flageot.
—Mucho lo siento... pero mañana pretenderíais probarme que lo habíais adivinado de antemano... Señor mariscal, buenas noches, y acordaos de lo que os he dicho, a saber: que mandéis un correo a M. de Aligre, y que mañana hagáis una visita a maese Flageot... ¡Ah! se me olvidaban las señas... pero el cochero las conoce, porque me ha llevado a su casa muchas veces de ocho días a esta parte.

IC

DONDE EL LECTOR ENCUENTRA A DOS ANTIGUOS CONOCIDOS

Seguramente nos preguntará el lector por qué maese Flageo t, que va a hacer un papel importante, se llamaba procurador en vez de abogado; y como el lector tiene razón, vamos a acceder a su deseo.

En aquel tiempo menudeaban las vacaciones en los parlamentos, y los abogados hablaban tan poco que no valía la pena el ocuparse de ellos. Previendo maese Flageot que llegaría una ocasión en que no se defendería ningún asunto judicial de viva voz, hizo ciertos tratos con el procurador maese Guildou, y éste le cedió su estudio y clientela por veinticinco mil libras pagaderas de una vez, con lo cual compró maese Flageot una procuraduría. Si se nos pregunta ahora de qué modo pagó las veinticinco mil libras, responderemos que casándose con Margarita, quien heredó dicha suma a fines de 1770, tres meses antes que M. de Choiseul fuese desterrado.

Ya hacía tiempo que maese Flageot se había dado a conocer por la persistencia con que sostenía el partido de la oposición; pero así que llegó a ser procurador se hizo más violento, no sin que conquistase alguna celebridad. Unida esta celebridad a la publicación de una memoria incendiaria sobre el conflicto habido entre M. de Aiguillon y M. de Chalotais, excitó la atención de M. Rafté, quien necesitaba estar al corriente de los asuntos del Parlamento.

Pero, no obstante, su nueva dignidad, y a pesar de que su importancia iba en aumento, Flageot no dejó la calle de Petit-Lion-Saint-Sauveur, porque hubiera sido una cosa muy amarga para Margarita no oír a sus vecinas llamarle la señora de Flageot y que no la respetaran los escribientes de M. Guildou, que entraron a servir al nuevo procurador.

Fácil es adivinar lo que a M. de Richelieu molestaría el atravesar París, el París nauseabundo de aquella zona, para llegar al hediondo agujero, decorado con el nombre de calle por los ediles parisienses.

Frente a la puerta de maese Flageot, detuvo a la carroza de M. de Richelieu otra que también se detenía.

El mariscal divisó el tocado de una mujer que se apeaba de aquel carruaje, y como sus setenta y cuatro años no le habían hecho desistir de su afición a la galantería, se apresuró a hundir sus pies en el negro barro para ir a ofrecer la mano a aquella dama que iba sola.

El mariscal no estaba de suerte en aquel día, pues conoció que aquella mujer era una vieja, al verla sostener en el estribo una pierna seca y rugosa. Un rostro también arrugado, curtido bajo una línea de encarnado, concluyó de probarle que aquella mujer no sólo era vieja, sino decrépita.
No obstante, el mariscal no podía retroceder; había hecho un movimiento, y este movimiento fue visto, además de que Richelieu tampoco era joven.
Mientras, la pleitista, porque, ¿qué señora de coche hubiera ido a aquella calle a no ser una pleitista? la pleitista, decimos, no imitó la indecisión del duque, sino que puso, con una horrible sonrisa, su mano en la de Richelieu.
—Esta cara la he visto yo en algún sitio —dijo el mariscal en voz baja. Y en alta voz:
—¿Señora, ¿vais también a casa de maese Flageot?
—Sí, señor duque —respondió la vieja.
—¡Oh!, tengo el honor de que me conozcáis —dijo el duque no muy satisfecho, parándose en el umbral del oscuro pasadizo.
—¿Quién no conoce al señor duque de Richelieu? —le respondió—. Sería preciso para ello no ser mujer.
—¡Pues no cree esta tarasca que es mujer! —murmuró el vencedor de Mahón.
Y con suma gracia la saludó, agregando:
—No sé si me atreva a preguntar con quién tengo el honor de hablar.
—Con la condesa de Béarn, servidora vuestra —respondió la vieja haciendo una reverencia de corte sobre el asqueroso entarimado del pasadizo a tres pulgadas de distancia de la trampa de una cueva que se encontraba abierta, y por donde el maligno mariscal esperaba verla desaparecer a manera de escotillón.
—Señora, lo celebro mucho —dijo—, y doy mil gracias a la casualidad que me ha proporcionado el gusto de veros; ¿conque también tenéis pleitos, señora condesa?
—Tengo uno solo, señor conde, pero, ¡qué pleito! Es extraño que vos no hayáis oído hablar de él.
—¡Ah!, sí, ese gran pleito... es cierto; no sé cómo demonios se me había olvidado.
—Contra Saluces.
—Sí, contra Saluces; ese pleito que ha motivado una canción.
—¿Una canción? —preguntó la vieja picada—, ¿y qué canción es?

—Señora, cuidado, que hay aquí un montón de escombros —dijo el duque advirtiendo que la vieja no se hundía en el agujero—; apoyaos en el pasamano... esto es, en la cuerda.
Subió la vieja los primeros escalones, y el duque la siguió.
—Sí, una canción sumamente chusca —dijo.
—¿Una canción bastante chusca acerca de mi pleito...?
—Lo veréis... pero vos debéis conocerla...
—¡Yo! De ningún modo.
—Se canta con la misma música que la *Borbonesa*, y dice:

Mi señora condesa,
no faltéis a la promesa
que me hicisteis tiempo há.

—No olvidéis que la du Barry es quien habla.
—Esa es una insolencia que no merece...
—¡Qué queréis! los cancioneros nada respetan... Pero como esta cuerda no vibra, vos le respondéis:

Soy vieja y testaruda,
señora, prestadme ayuda,
y ganaré quizá.

—Eso es atroz, caballero —exclamó la condesa—, y a una mujer de mi rango no se le ultraja de ese modo.
—Señora, perdonadme si he dado una nota en falso, porque esta escalera me sofoca... ¡Ah! ya estamos arriba, permitidme que llame.
La vieja dejó que pasara el duque.
El mariscal tiró del cordón de la campanilla, y la señora de Flageot, que no por haber llegado a ser procuradora, había cesado en sus servicios de ser portera y cocinera, fue a abrir la puerta.
Fueron introducidos los dos litigantes en el gabinete de maese Flageot, donde se hallaron con un hombre furioso, que con la pluma en la boca se estaba rompiendo la cabeza en redactar un alegato terrible a su primer pasante.
—¿Qué es lo que hay, maese Flageot? —preguntó la condesa, a cuya voz volvióse el procurador.

—¡Ah!, señora, servidor vuestro de todo corazón; una silla para la señora condesa de Béarn. ¿Este caballero viene con vos, señora?... Pero, si no me engaño, es el señor duque de Richelieu: ¡el señor mariscal en mi casa!... Otra silla, Bernadet, trae otra silla.
—¿A qué altura está mi pleito, maese Flageot? —dijo la condesa.
—¡Ah!, señora, precisamente me ocupaba de vos.
—Muy bien, maese Flageot, muy bien.
—Y en tal forma, señora condesa, que espero ha de hacer ruido.
—Cuidado con...
—¡Oh!, señora, no debemos guardar contemplaciones...
—Si os ocupáis de mí podéis dar audiencia al señor duque.
—Señor duque, perdonadme, pero sois en extremo galante para que no comprendáis...
—Comprendo, maese Flageot.
—Ahora soy vuestro.
—Creed que no abusaré: ya supondréis lo que me trae aquí.
—Los sacos que M. Rafté me entregó el otro día.
—Y los cuales contenían algunas piezas relacionadas con mi pleito de... a mi pleito sobre... ¡qué diablos! vos debéis comprender el pleito a que me refiero, maese Flageot.
—Sí, el pleito sobre la pertenencia de la hacienda de Chapenat.
—No digo que no; ¿*y* opináis que ganaré? porque sería una cosa graciosísima.
—Señor duque, ese es un asunto aplazado indefinidamente.
—¿Puede saberse la causa?
—No se verá por lo menos antes de un año.
—La razón, si lo tenéis a bien.
—¡Qué más razón deseáis que las circunstancias, señor duque, las circunstancias? ¿Sabéis el decreto que ha dado Su Majestad?
—Me parece que sí. Pero ¿cuál es? porque Su Majestad da muchos.
—El que anula el nuestro.
—Perfectamente; y ¿qué más?
—Señor duque, contestaremos a él quemando la escuadra.
—¿Quemando la escuadra? ¿Quemaréis la escuadra del parlamento? He aquí una cosa que no entiendo claramente; y hasta desconocía que el parlamento tuviese escuadra.

—¿Quizá se niegue la primera sala, a ver pleitos? —preguntó la señora de Béarn, a quien no distraía en manera alguna del suyo el negocio de M. de Richelieu.
—Más aún.
—¿La segunda también?
—Eso no sería nada... Las dos salas han adoptado la resolución de no ocuparse de ningún negocio hasta que el rey destituya a M. de Aiguillon.
—¡Bah! —repuso el mariscal dando una palmada.
—De no ocuparse... ¿de qué? —preguntó la condesa conmovida.
—¿De qué queréis que sea, señora?, de los pleitos.
—¡Conque no se sentencia mi pleito! —exclamó la señora de Béarn con un terror que ni intentaba disimular.
—Ni el vuestro ni el del señor duque.
—¡Pero eso es infame! ¡Eso es rebelarse contra los mandatos de Su Majestad!
—Señora —replicó el procurador majestuosamente—, el rey se ha extralimitado, y nosotros... hacemos lo mismo.
—Señor Flageot, conseguiréis que os encierren en la Bastilla, yo soy quien os lo digo.
—Señora, iré a ella cantando, y si voy, todos mis colegas me acompañarán con palmas.
—¡Está furioso! —dijo la condesa a Richelieu.
—Lo mismo estamos todos —replicó el procurador.
—¡Oh! ¡oh! —exclamó el mariscal—, esto se va haciendo curioso.
—¿Pero no me manifestasteis hace poco que os ocupabais de mí? —repuso la condesa.
—Lo he dicho, y es verdad... Vos sois, señora, el primer ejemplo que cito en mi narración, y aquí tenéis el párrafo que os concierne.
Tomó el *alegato* empezado de manos de su pasante; colocóse las antiparras, y leyó con voz enfática lo que sigue:

«Su profesión perdida, comprometida su fortuna, despreciados sus deberes... Su Majestad comprenderá cuánto han debido sufrir... Así el exponente corría con un asunto interesante de que depende el caudal de una de las primeras familias del reino; merced a su afanosa solicitud, a su industria y a su talento, llega a decir que el indicado asunto marchaba bien, y el derecho de la muy

alta y poderosa señora Angélica Carlota Verónica, condesa de Béarn, iba a reconocerse y proclamarse cuando, colocándose el soplo de la discordia...»

—Señora, aquí llegaba —dijo el procurador con aire satisfecho—, y supongo que la figura será hermosa.
—Señor Flageot —repuso la condesa de Béarn—, hace cuarenta años que hice oficial por primera vez a vuestro señor padre, hombre digno si los hubo; después he seguido protegiéndoos con mi clientela, de modo que habéis ganado diez o doce mil libras con mis asuntos, y tal vez hubieseis ganado todavía otras tantas.
—Escribid, pues, escribid todo esto —dijo Flageot a su pasante—, pues sirve de testimonio y es una prueba de lo que defiendo: se pondrá en la confirmación.
—Ahora bien —interrumpió la condesa—, os retiro mis legajos, y desde este instante perdéis mi confianza.
Maese Flageot, como si le hubiera herido un rayo, se quedó asombrado por un momento, pero sacudiendo el golpe como un mártir que confiesa a su Dios, dijo:
—¡Corriente! Bernadet, entregad los legajos a la señora, y anotad el hecho de que el exponente prefiere su conciencia al interés.
—Condesa, dispensadme —le dijo el mariscal al oído—, creo que no habéis meditado bien.
—¿Por qué, señor duque?
—¿Qué haréis con esos legajos que habéis arrebatado a tan valiente defensor?
—Entregarlos a otro procurador, a otro abogado.
—¿Pero no comprendéis —prosiguió el mariscal siempre hablándole al oído —, que supuesto que se ha resuelto que las salas no se ocupen de ningún asunto, otro procurador hará con vuestro pleito lo mismo que maese Flageot?
—¿En este caso es una liga la que han formado?
—¿Creéis a maese Flageot tan tonto que haya ido a hacerse protestante de por sí para perder él sólo su estudio, si sus colegas no debiesen conducirse como él, y apoyarle de consiguiente?
—Señor duque, y vos, ¿qué vais a hacer?
—Yo reconozco que maese Flageot es un procurador honradísimo, y que mis legajos están en su casa tan bien como en la mía... Por lo mismo los dejo en su poder, pagándole, por supuesto, como si siguiera trabajando.

—¡Hay razón para decir, señor mariscal, que sois tan magnánimo como generoso! —exclamó maese Flageot—; no dejaré de darlo a la fama, señor duque.
—Señor procurador, me honráis excesivamente —respondió Richelieu inclinándose.
—Bernadet —dijo el procurador entusiasmado a su pasante—, en la peroración haréis el elogio del señor mariscal de Richelieu.
—¡No, no!, os lo suplico, maese Flageot —replicó con viveza el mariscal—, ¿qué vais a hacer? ¡voto al diablo! Me agrada que lo que se llama una buena acción permanezca oculto... Así, pues, no me mencionéis, señor Flageot, pues no transijo en cuestiones de modestia y os desmentiría. ¿Qué decís de esto, condesa?
—Que mi pleito será sentenciado... que necesito una sentencia y la alcanzaré.
—Y yo afirmo que si vuestro pleito se sentencia, será porque el rey haya mandado al tribunal los suizos, la caballería ligera y veinte piezas de artillería —respondió maese Flageot con un aire belicoso que concluyó de consternar a la pleitista condesa.
—¿De manera que pensáis que Su Majestad no puede salir de este atolladero? —preguntó en voz baja Richelieu a Flageot.
—Señor mariscal, no puede ser, porque es un caso nunca visto: el no haber justicia en Francia es lo mismo que si no hubiese pan.
—¿Lo suponéis así?
—Ya lo veréis.
—Pero el rey se molestará.
—¡Estamos decididos a todo!
—Aun a sufrir el destierro.
—No sólo el destierro, sino la muerte, señor mariscal: debajo de la toga alienta un corazón como el de otro cualquiera.
Y maese Flageot se golpeó el pecho fuertemente.
—En efecto —dijo Richelieu a su compañera—, creo que es un caso apurado para el ministerio.
—¡Oh!, sí —respondió la condesa después de un gran rato de silencio—, es muy triste para mí, que yo que no me mezclo en nada de cuanto está ocurriendo, sufro las consecuencias de tal conflicto.
—Señora —dijo el mariscal—, creo que existe en el mundo una persona de influencia que os prestará ayuda en este asunto... ¿Pero querrá hacerlo esa

persona?
—Aunque sea curiosidad, ¿cómo se llama esa persona, señor duque?
—Me refiero a vuestra ahijada.
—¡Oh! ¡oh! ¿A la señora du Barry?
—A la misma.
—Efectivamente; me alegro de que me hayáis despertado esa idea.
Mordióse los labios el duque, y preguntó:
—¿Iríais a Luciennes?
—Sin titubear.
—Pero la condesa du Barry no desarmará la oposición del Parlamento.
—Le diré que deseo que se sentencie mi pleito, y como nada puede negarme de resultas del servicio que le he prestado, manifestará al rey que ese es su gusto. Su Majestad hablará al canciller, y ya sabéis, señor duque, que el brazo del canciller se extiende a larga distancia... Maese Flageot, hacedme el obsequio de estudiar bien mi asunto porque entrará en turno más pronto de lo que creéis; yo os lo aseguro.
Maese Flageot volvió la cabeza con un aire de incredulidad que no hizo modificar su opinión a la condesa.
En este ínterin había reflexionado el duque, y dijo:
—Puesto que os encaminái s a Luciennes, señora, tened la bondad de hacer allí presentes mis respetos.
—Señor duque, con mucho placer.
—Somos compañeros de infortunios, y vuestro pleito está en desgracia lo mismo que el mío; de manera que lo que hagáis por vos lo hacéis por mí... Además, podéis manifestar cuánto siento la terquedad del parlamento, agregando que yo soy quien os ha aconsejado que recurráis a la diosa de Luciennes.
—Lo haré, señor duque. Adiós, señores.
—Hacedme el honor de aceptar mi mano para subir a la carroza. Adiós, maese Flageot, os dejo dedicado a vuestras ocupaciones.
Acompañó el mariscal a la condesa hasta el carruaje, y al momento dijo:
—Tenía razón Rafté: los Flageot van a ocasionar una revolución cuando, gracias a Dios, estoy afiliado en los dos partidos. Soy de la corte y del parlamento: la du Barry va a caer por intervenir en la política; pero si se resiste, en Trianón tengo una mina. Está visto que ese tunante de Rafté pertenece a mi escuela, y el día en que sea ministro será necesario nombrarle

jefe de mi gabinete.

C

SIGUE EL EMBROLLO

Aprovechándose la condesa de Béarn del consejo de Richelieu, a las dos horas de haberse separado del duque hacía antesala en Luciennes, en conversación con M. de Zamora.
Algún tiempo hacía que no se la había visto en casa de la du Barry; de modo que su presencia produjo no poca curiosidad en el gabinete de la condesa cuando se anunció su nombre.
También aprovechó el tiempo M. de Aiguillon, y tramaba un complot con la favorita, cuando Chon fue a solicitar audiencia para la señora de Béarn.
Intentó retirarse el duque, pero la du Barry le detuvo diciéndole:
—Preferiría que permanecieseis aquí, pues si esa vieja pedigüeña viene a solicitar alguna cosa, hallándoos vos presente pedirá menos.
Quedóse el duque y la señora de Béarn con un semblante apropiado a las circunstancias, tomó en frente de la condesa el sillón que ésta le ofrecía, después de hacerse, mutuamente los cumplimientos de rúbrica.
—¿Puede saberse a qué dichosa casualidad se debe vuestra venida? —preguntó la du Barry.
—¡Ah!, señora —contestó la anciana—, a una gran desgracia.
:-¿Pues qué sucede?
—Una noticia que desagradará mucho a Su Majestad.
—Señora, exponedla pronto.
—Los parlamentos...
—¡Ah! ¡ah! —dijo el duque de Aiguillon murmurando.
—Este caballero es el señor duque —se apresuró a decir la condesa presentando su huésped a la señora de Béarn, para evitar cualquiera mala interpretación.

Pero la anciana condesa era tan fina como todos los cortesanos reunidos, y nunca cometía una indiscreción sino a sabiendas, y cuando le parecía útil.
—Ya sé —dijo—, todas las infamias de esos golillas, y la poca consideración con que tratan el mérito y la nobleza de linaje.
Este cumplido, disparado al duque a boca de jarro, le valió un bonito saludo de éste, al que respondió la condesa de Béarn levantándose.
—Pero —continuó—, no se trata del señor duque, sino de la población entera, pues los parlamentos no quieren proseguir desempeñando sus funciones.
—¡Es decir que no tendremos justicia en Francia! —repuso la du Barry recostándose en el sofá—, ¿y qué cambio resultará de ello?
Sonrióse el duque; pero lejos de tomar la cosa a broma la señora de Béarn, dio más ceño todavía a su adusto semblante.
—Señora, ese es un gran desastre —dijo.
—¡Hola!, ¿es cierto? —respondió la favorita.
—Señora condesa, bien se advierte que no tenéis pleitos.
—¡Hum! —dijo el duque para llamar la atención a la du Barry, quien entendió al fin la insinuación de la pleitista condesa.
—¡Ay, señora! —dijo—, es verdad: recuerdo ahora que si yo no tengo pleitos, vos tenéis uno de mucha importancia.
—¡Oh!, sí... y cualquiera tardanza será para mí una ruina.
—¡Pobre señora!
—Señora condesa, es necesario que el rey adopte una resolución.
—A lo que Su Majestad está muy decidido; desterrará a los señores consejeros, y todo está dicho.
—Entonces, señora, se aplaza la vista de mi pleito indefinidamente.
—¿Y qué remedio, señora?, si sabéis alguno indicádnoslo.
Se ocultó la condesa en su toca, como César bajo la toga al tiempo de morir.
—Hay un medio —dijo entonces Aiguillon—; pero tal vez no lo adoptará Su Majestad.
—¿Y cuál es? —preguntó ansiosamente la pleitista.
—El recurso que queda al trono de Francia cuando se ve molestado, esto es, acudir al solio de justicia, y decir: *¡yo lo mando!* cuando los oposicionistas se niegan.
—¡Magnífica idea! —exclamó la señora de Béarn entusiasmada.
—Pero que no debe propalarse —replicó Aiguillon con finura haciendo un

gesto que comprendió la señora de Béarn.
—¡Oh!, señora —replicó entonces la pleitista—, vos, que tenéis tanto valimiento con Su Majestad, conseguid que diga: «mando que se sentencie el pleito de la señora de Béarn». Además, ya sabéis que se me ha prometido hace mucho tiempo.
M. de Aiguillon se puso a pellizcar los labios, saludó con la vista a la du Barry, y salió del aposento, porque acababa de oír en el patio la carroza del rey.
—¡Ahí está el rey! —dijo la du Barry levantándose para despedir a la pleitista.
—¡Oh, señora!, ¿por qué no consentís que me arroje a los pies de Su Majestad?
—Si es para pedirle que decrete haya un solio de justicia, consiento en ello —replicó la condesa con viveza—. Permaneced aquí, señora, puesto que tal es vuestro deseo.
Apenas se arregló la toca la señora de Béarn, entró el rey y dijo:
—¡Ah! ¿Estáis acompañada, condesa?
—Señor, es la señora condesa de Béarn.
—¡Señor, justicia! —dijo la anciana haciendo una profunda reverencia.
—¡Oh, oh! —exclamó Luis XV con un tono chancero incomprensible para el que no le conociese—: señora, ¿os han ofendido?
—Señor, hacedme justicia.
—¿Contra quién?
—Contra el parlamento.
—¡Está bien! —dijo el rey palmoteando; os quejáis de mis parlamentos, y yo deseo que haya quien los haga entrar razón. Yo tengo también que quejarme, y os pido justicia —agregó imitando la reverencia de la anciana condesa.
—Señor, al cabo, sois vos el rey, y como tal, árbitro supremo.
—Rey, sí, pero no siempre árbitro supremo.
—Señor, exponed vuestra voluntad.
—Todas las noches hago eso, señora; pero ellos manifiestan la suya todas las mañanas. Ahora bien; como estas voluntades son totalmente opuestas, hay tanta distancia entre nosotros como del cielo a la tierra, sucediéndonos lo que a la misma tierra y a la luna, que constantemente están corriendo una tras otra, sin que se encuentren nunca.
—Señor, vuestra voz es muy potente para dominar la gritería de esa gente.

—Estáis equivocada, pues ellos son abogados y yo no. Si yo digo que sí, ellos dicen que no; de manera que es imposible que nos entendamos... ¡Ah! si halláis un medio para que cuando yo diga que sí, ellos no digan que no, formo alianza con vos.
—Existe ese medio, señor.
—Decid cuál es enseguida.
—Señor, eso es lo que voy a hacer. Disponed que haya un solio de justicia.
—En buen apuro iba a meterme —dijo el rey—: ¿ignoráis, señora, que un solio de justicia es casi una revolución?
—Es hacer ver a esos rebeldes que vos sois el soberano. Ya sabéis, señor, que cuando el rey manifiesta de este modo su voluntad, sólo él tiene derecho para hablar, y nadie responde. Decidles: *¡yo lo mando!* y bajarán la cabeza...
—Es grandiosa la idea —dijo la du Barry.
—Grandiosa, sí —repuso Luis XV—, pero no buena.
—Sin embargo —prosiguió la du Barry con calor—, debe ser muy bonito el acompañamiento, los gentileshombres, los pares, toda la servidumbre militar del rey, y luego una inmensa multitud, con ese solio de justicia compuesto de cinco almohadones sembrados de flores de lis...
—¿Y lo suponéis así? —dijo el rey, empezando a dudar en sus convicciones.
—¡Y el magnífico traje del rey, la capa forrada de armiño, los diamantes de la corona, el cetro de oro, toda esa magnificencia, en fin, que tan bien sienta a un rostro augusto y bello! ¡Oh! ¡Qué hermoso estaríais así, señor!
—Mucho tiempo hace que no se ha visto un solio de justicia —dijo Luis XV con afectada indolencia.
—Señor, desde que erais niño —repuso la condesa de Béarn—; todos los corazones conservan aún el recuerdo de vuestra deslumbradora belleza.
—Esa sería una oportunidad muy buena —añadió la du Barry—, para que el señor canciller desplegase su ruda y concisa elocuencia, agobiando a esa gente con el peso de la verdad, la dignidad y la autoridad.
—Es preciso aguardar —dijo Luis XV—, a que el parlamento cometa algún desatino, y entonces veremos.
—¿Qué otra cosa puede esperarse, señor, que lo que concluye de hacer?
—¿Pues qué ha hecho?
—¿Lo ignoráis?
—Algún tanto ha porfiado acerca de M. de Aiguillon, y esto no es un delito que merezca pena de horca... Aunque —agregó el rey mirando a la du Barry

—, nuestro caro duque es amigo mío. Ahora bien, si los parlamentos han regateado respecto al duque, yo he reparado su malignidad con mi decreto de ayer o anteayer, no recuerdo el día fijo; de manera que estamos en paz.
—Bien, señor —dijo vivamente la du Barry—, la señora condesa viene a decirnos que esos señores vestidos de negro han hecho una de las suyas.
—Pues ¿cómo? —dijo el rey frunciendo el entrecejo.
—Señora, hablad, que el rey lo consiente —dijo la favorita.
—Señor, los consejeros han decidido que no haya tribunal hasta que Vuestra Majestad no les dé la razón.
—No es posible —dijo el rey—, os equivocáis, señora: eso sería un acto de rebelión, y confío en que mi parlamento no se atreverá a rebelarse.
—Señor, os aseguro...
—¡Oh!, esas son voces que circulan.
—¿Desea oírme Vuestra Majestad?
—Condesa, hablad.
—Pues bien, mi procurador me ha devuelto esta mañana el legajo de mi pleito, manifestándome que como hoy no hay tribunal le es imposible defenderme.
—Repito que no son más que voces para asustar a los tímidos.
Y mientras que decía esto el rey, se paseaba por el retrete muy agitado.
—Señor, ¿da Vuestra Majestad más crédito a M. de Richelieu que a mí? Porque entonces diría que en mi presencia han devuelto al duque sus pleitos, ni más ni menos que a mí, y que el duque se retiró muy enojado.
—Llaman a la puerta —dijo el rey por mudar de conversación.
—Señor, es Zamora.
Zamora entró diciendo:
—Mi ama, traigo una carta.
—¿Me permitís, señor? —preguntó la condesa—. ¡Ay! ¡Dios mío! —dijo de repente.
—¿Qué es eso?
—Es esta carta del señor canciller, que sabiendo que Vuestra Majestad ha tenido la bondad de venir a visitarme, me ruega intervenga para que le concedáis una audiencia enseguida.
—¿Qué más habrá?
—Haced que pase el señor canciller —dijo la du Barry. Se levantó la condesa de Béarn, e intentó despedirse, pero el rey le dijo:

—No estáis de más, señora. Buenos días, señor de Maupeou, ¿qué sucede?
—Señor —dijo el canciller inclinándose-, el parlamento os molestaba, pero ya no existe.
—Pues, ¿cómo, han muerto esos señores? ¿Han tomado arsénico?
—¡Ojalá! No, señor, que viven: pero se niegan a continuar y dimiten de suerte que acabo de recoger una porción de dimisiones.
—Señor, cuando yo os afirmaba que era cosa seria —dijo la condesa a media voz.
—Y sumamente seria —respondió Luis XV—. ¿Y qué habéis hecho, señor canciller?
—Señor, deseo recibir órdenes de Vuestra Majestad.
—Desterremos a esa gente, Maupeou.
—Señor, no porque sean desterrados habrá tribunal.
—Les intimaremos para que continúen sentenciando... ¡Bah! ya hemos apelado a las intimaciones... y también al mandato real.
—¡Ah, señor! esta vez es necesario mostrar carácter.
—Sí, es verdad...
—Valor —dijo en voz baja la señora de Béarn a la du Barry.
—Y presentarse como soberano, después de haber sido tantas veces benigno padre —agregó la condesa.
—Señor canciller —dijo el rey con lentitud—, no conozco más que un recurso, pero grave y eficaz. Deseo que haya un solio de justicia, para que esa gente tiemble de una vez.
—¡Señor, esto sí que se llama hablar! —dijo el canciller—; que bajen la cabeza o que sucumban al peso de la ley.
—Señora —prosiguió Luis XV dirigiéndose a la de Béarn—, si vuestro pleito no se sentencia, ya veis que yo no soy responsable.
—Señor, sois un gran rey.
—¡Oh! sí —exclamaron a un tiempo la condesa, Chon y el canciller.
—No obstante, no es eso lo que dice el mundo —murmuró el rey.

CI

EL SOLIO DE JUSTICIA Y EL DISCURSO DE SU MAJESTAD

Verificóse el famoso solio de justicia con todo el ceremonial que exigían, el orgullo real por una parte, y por otra las intrigas que incitaban al soberano a dar aquel golpe de Estado.

Las tropas pusiéronse sobre las armas, mandándose que una profusión de arqueros vestidos con una ropilla corta, varios soldados de la ronda y muchos agentes de policía, escoltasen al canciller, quien, como un general en un día decisivo, iba a exponer su sagrada persona por el buen éxito de la empresa.

Era profundamente odiado el señor canciller: sabíalo, y si su vanidad podía hacerle temer un asesinato, los hombres mejor informados de los sentimientos del público acerca de él, podían anunciarle sin exageración, que sufriría una buena afrenta, o a lo menos algunos silbidos.

Tan poco honrosa acogida estaba reservada a M. de Aiguillon, a quien el pueblo rechazaba silenciosamente por instinto un tanto perfeccionado con los debates del parlamento.

El rey afectaba serenidad, aunque se hallaba intranquilo; pero se le vio admirarse a sí mismo con su magnífico traje, y no faltó quien hiciera la reflexión de que nada favorece tanto como la majestad. El rey, que no fue otro quien hizo la antedicha reflexión, hubiera podido agregar que el amor de los pueblos; pero esta era una frase que la repitieron tantas veces en Metz cuando estuvo enfermo, que creyó no podía repetirla sin que se le motejara de plagiario.

La delfina, para quien dicho espectáculo era nuevo, y que quizá en el fondo deseaba contemplarlo, tomó su aire dolorido, y así concurrió a la ceremonia, lo cual dispuso la opinión en su favor.

La condesa du Barry era valerosa; animábale la confianza que inspiran la juventud y la hermosura; y como habiéndose dicho tanto de ella, nada podían agregar, se presentó con aire deslumbrador, como si llegase hasta ella un reflejo del esplendor que rodeaba a su amante.

Caminaba el duque de Aiguillon con osadía entre los pares que marchaban delante del rey, sin que revelase su noble y característico semblante rastro alguno de pesar o disgusto. Tampoco alzaba la frente con aire de triunfo, de suerte que al verle marchar de aquel modo, nadie hubiera adivinado la batalla que se había entablado entre el rey y los parlamentos en el terreno de su

personalidad.
Le mostró con el dedo la muchedumbre; de las filas de los parlamentarios salieron contra él miradas terribles; pero a esto quedó todo reducido.
El salón de palacio estaba lleno; pues entre interesados y curiosos había más de tres mil personas.
En las afueras, contenida la muchedumbre por las varas de los alguaciles, los bastones y los arqueros formados en masa, indicaba su presencia con ese murmullo inexplicable, que ni es una voz ni articula nada, pero que se oye, no obstante, y puede llamarse con bastante propiedad el rumor de los fluidos populares.
Cuando ya no se oían los pasos, cuando cada uno ocupó su puesto, y el rey ordenó a su canciller con aire sombrío y majestuoso que tomase la palabra, reinó el mayor silencio en el salón.
Anticipadamente sabían los parlamentarios lo que les estaba reservado con el solio de justicia, y comprendían harto bien para qué se les había convocado, debiendo ser para que escuchasen la voluntad real un tanto templada, pero conocían la longanimidad, por no decir timidez del rey, y si algo temían era, más que la sesión, los resultados que iba a producir el solio de justicia.
Tomó la palabra el canciller; y como hablaba con mucha facilidad, su exordio fue muy hábil, abriendo ancho campo a las observaciones de los aficionados al estilo demostrativo.
No obstante, el discurso degeneró en una fraterna tan dura, que la nobleza se sonrió y los parlamentarios empezaron a no encontrarse muy satisfechos.
Ordenaba el rey por boca del canciller que se abreviasen todos los asuntos de Bretaña, pues ya tenía bastante; que el parlamento se reconciliase con el duque de Aiguillon, cuyos servicios eran de su regio agrado, y que no se interrumpiese la administración de justicia; con lo cual todo pasaría como en la dichosa edad de oro, cuando los arroyos corrían murmurando discursos divididos en cinco puntos y del género deliberativo o judicial, y cuando los árboles se hallaban cargados de costales de pleitos, fruta que tenían derecho a coger los señores abogados y procuradores.
Tales golosinas no bastaron al parlamento para reconciliarlo con M. de Maupeou, ni tampoco con el duque de Aiguillon; pero el discurso estaba pronunciado, y no era posible responder.
Despechados los parlamentarios, todos tomaron, con ese admirable conjunto que da tanta fuerza a los cuerpos reunidos, una actitud pacífica e indiferente,

que desagradó extremadamente a Su Majestad y a la gente aristocrática de las tribunas.
Púsose la delfina pálida de rabia, y como aquella era la primera vez que veía una resistencia por parte del pueblo, calculaba con frialdad adonde llegaba su fuerza.
Asistiendo como asistía al solio de justicia con el propósito de oponerse, en la apariencia a lo menos, a la resolución que allí se iba a adoptar, se sintió poco a poco arrastrar a formar causa común con los individuos de su raza y casta, tanto y tan bien que mientras que los mordiscos del canciller penetraban más y más en la carne parlamentaria, se indignaba en su fiero orgullo de que no tuviese unos dientes más agudos, creyendo que a ella no le hubieran faltado palabras para hacer que aquella asamblea saltase en el salón como un rebaño de bueyes al sentir el aguijón del tábano. Por último, el canciller le pareció en extremo débil, y los parlamentarios sobrado fuertes.
Era Luis XV tan fisonomista como serían todos los egoístas si al mismo tiempo no fueran en ocasiones perezosos; y dirigió la vista en su derredor para observar el efecto que había producido su voluntad expresada por medio de palabras que le parecían elocuentes.
La palidez de la delfina, y el ver que se mordía los labios, le revelaron enseguida lo que pasaba en su alma.
Por otra parte, observó la fisonomía de la du Barry, y en vez de la sonrisa de triunfo que confiaba percibir en su boca, sólo vio el deseo vehemente de atraer a sí las miradas del rey, como pretendiendo conocer su modo de pensar.
El monarca no necesitaba agregar una palabra a las de su canciller, porque ni esto estaba en la etiqueta ni era necesario; pero se apoderó de él en aquella ocasión el demonio malo, y haciendo seña con la mano expresó que quería hablar.
La atención se convirtió en asombro.
Los parlamentarios todos volviéronse hacia el solio de justicia con igual uniformidad de movimiento que una fila de soldados bien instruidos.
Se conmovieron los príncipes, pares y militares, temerosos de que, después de tanto y tan bueno como se había dicho, dijese una gran necedad Su Majestad Católica; pero por respeto no podían calificar lo que dijera el rey con el nombre de necedad, y le llamaron desde luego *una cosa que a nada conduciría*.

El mariscal Richelieu, que había tenido la precaución de mantenerse lejos de su sobrino, se acercó en aquel momento a los parlamentarios más furibundos, contemplándolos con una afinidad misteriosa de inteligencia.
Pero su mirada que principiaba a convertirse en rebelde, tropezó con la de la du Barry, y como Richelieu poseía mejor que nadie el precioso arte de las transiciones, pasó del tono irónico al admirativo, eligiendo a la hermosa condesa como punto de intersección entre las diagonales de aquellos dos extremos.
Dirigió, pues, de paso a la du Barry una sonrisa preñada de felicitaciones y galantería; pero aquella se dejó engañar tanto menos, cuanto que el anciano mariscal, habiendo como había entablado correspondencia con los parlamentarios y los príncipes que militaban en las filas de la oposición, tuvo que continuarla por no parecer lo que era efectivamente.
¡Qué perspectivas en una gota de agua, extenso océano para un hombre observador! ¡Cuántos siglos en un momento, que equivalía a una eternidad imposible de describir! Todo esto ocurrió en el tiempo que empleó Luis XV en prepararse para hablar y abrir la boca.
—Ya habéis oído —dijo con voz entera—, lo que mi canciller os ha expuesto acerca de mi real voluntad: ejecutadla, porque tal es mi intención y jamás varía.
Luis XV pronunció estas últimas palabras con el estruendo y vigor con que se desprende un rayo: de suerte que puede asegurarse con exactitud que toda la asamblea se quedó como si hubiese caído en medio de la sala una centella.
Sintieron todos los parlamentarios un estremecimiento de terror que se transmitió enseguida a la multitud como la chispa eléctrica que corre con rapidez a la punta del cordón. Igual estremecimiento se apoderó, aunque no tanto, de los partidarios del rey, y el asombro y admiración estaban grabados, no sólo en todos los semblantes, sino en todos los corazones.
La delfina dio las gracias maquinalmente al rey con una mirada que se desprendió de sus hermosos ojos.
Electrizada la du Barry no pudo menos de levantarse, y hubiera aplaudido sin el temor bien natural que tuvo, de ser apedreada al salir, o de recibir al día siguiente cien coplas a cual más mortificantes.
Luis XV pudo gozarse desde aquel instante en su triunfo.
Los parlamentarios bajaron la frente siempre con la misma uniformidad de movimiento.

Se levantó el rey sobre sus cojines de flores de lis, y al punto se pusieron en pie el capitán de guardias, la servidumbre militar y todos los gentiles hombres.
Tocaron marcha los tambores, las trompetas sonaron en el exterior, y el rumor casi silencioso que reinó a la llegada de la comitiva se convirtió en un rugido que se iba apagando a lo lejos a medida que los soldados y arqueros rechazaban a la muchedumbre.
Arrogante el rey atravesó la sala sin ver otra cosa a su paso que frentes inclinadas.
M. de Aiguillon iba delante de Su Majestad sin abusar de su triunfo.
Al llegar el canciller a la puerta de la sala contempló a lo lejos a todo aquel pueblo, le atemorizaron las miradas que le dirigían a pesar de la distancia, y dijo a los arqueros:
—Apiñaos en mi derredor.
M. de Richelieu, a quien el duque de Aiguillon, saludó profundamente, dijo a su sobrino:
—¡Cuidado, duque, con que mañana o el otro se alcen esas cabezas que hoy se inclinan tanto!
Pasaba la du Barry en aquel momento por el corredor con su hermano, la mariscala de Mirepoix y varias damas; oyó la frase del anciano mariscal, y como tenía más agudeza que rencor, dijo:
—¡Oh! no hay que temer nada, mariscal, ¿no habéis oído las palabras de Su Majestad? El rey ha manifestado, si no me engaño, que nunca variará.
—En efecto, son palabras muy terribles, señora —respondió el anciano mariscal sonriéndose—; pero por fortuna para nosotros no han visto esos pobres parlamentarios que al mismo tiempo que decía que nunca variaría os miraba el rey.
Y terminó su madrigal con una de esas reverencias que ni aun en el teatro se saben hacer hoy.
Como la du Barry era mujer, y en manera alguna política, sólo vio una lisonja en lo que a M. de Aiguillon le pareció epigrama y amenaza.
De suerte que contestó con una sonrisa, mientras que su aliado se mordía los labios y palidecía al ver que aún duraba el resentimiento del mariscal.
Desde luego el solio de justicia produjo un efecto favorable para la causa del rey; pero por muy grande que sea un golpe, muchas veces no hace sino aturdir, observándose que cuando pasa el aturdimiento, circula la sangre con

más vigor y pureza que antes.
Al menos fue esta la reflexión que hizo al ver salir al rey con su brillante comitiva, un corto grupo de personas vestidas con sencillez y situadas, sin duda para observar, en la esquina del malecón de las Flores y de la calle de la Barillerie.
Aquellas personas eran tres y reunidas en aquel ángulo por casualidad, desde allí habían contemplado, al parecer con interés, las impresiones de la multitud. Aunque no se conocían, una vez puestas en relación por algunas palabras que cruzaron entre sí, diéronse cuenta de la sesión aun antes de que se terminara.
—Están ya bien maduras las pasiones —dijo uno de ellos, que era un anciano de brillantes ojos y honrado semblante—. Un solio de justicia es una gran obra.
—Sí —contestó sonriéndose amargamente un joven—; sí, caso de que la obra corresponda con exactitud a las palabras.
—No me cabe duda —replicó el anciano volviéndose—, que os conozco; según creo os he visto en otra ocasión...
—Efectivamente, señor Rousseau, nos vimos el 31 de mayo por la noche.
—¡Ah! vos sois aquel joven médico, mi compatriota, el señor Marat, en fin.
—Vuestro servidor.
Y se saludaron mutuamente con una reverencia.
No había hablado aún el tercero, que era un hombre joven también y de noble semblante, y que, durante toda la ceremonia, no había hecho otra cosa que contemplar la actitud de la muchedumbre.
El médico fue el primero que desapareció engolfándose en medio de las oleadas del pueblo, quien menos agradecido que Rousseau, le había olvidado ya; pero a cuya memoria aguardaba volver algún día.
El otro joven esperó a que se marchase, y dirigiéndose entonces a Rousseau, le dijo:
—¿Y vos continuáis aquí?
—¡Oh! Ya soy sumamente viejo para ir a meterme en esa barahúnda.
—Entonces, pues —dijo el desconocido bajando la voz—, hasta la noche, en la calle Plastrière, señor Rousseau... No faltéis.
Se estremeció el filósofo como si hubiera visto un fantasma; su tez, que por lo regular era pálida, se puso lívida y quiso contestar a aquel hombre, pero ya había desaparecido.

CII

LA IMPRESIÓN QUE EL DESCONOCIDO PRODUJO

CON SUS PALABRAS EN EL ÁNIMO DE J. J. ROUSSEAU

Al oír aquellas singularísimas palabras dichas por un hombre a quien Rousseau no conocía, cruzó tembloroso las oleadas de gente, y sin fijarse en que era viejo y temía a la multitud, se abrió paso, no tardando en llegar al puente de Ntra. Sra. Mas luego, siempre pensativo y preguntándose a sí mismo, cruzó el cuartel de la Grève por el cual iba a parar más directamente al suyo.

—Conque cualquier desconocido —se dijo—, ¡es poseedor del secreto que todo iniciado viene obligado a guardar bajo pena de vida! Esto es lo que ganan los conciliábulos misteriosos con pasar por el tamiz del pueblo... Hay un sujeto que me conoce y que sabe que no sólo soy consocio suyo, sino cómplice tal vez. Tal situación es intolerable por absurda.

Y murmurando Rousseau estas palabras caminaba de prisa, él que solía ser tan cauto, sobre todo, desde lo que le ocurrió en la calle de Menil Montant.

—Es decir —continuó el filósofo—, que por querer conocer a fondo esos planes de regeneración humana propuestos por ciertos hombres que se creen iluminados, cometiendo la locura de creer que puede salir de las buenas ideas de Alemania, tierra de nieblas y cerveza, iba a comprometer mi nombre con el de algunos tontos o intrigantes para quienes serviría de escudo. ¡Oh!... No ocurrirá así, no; un relámpago me ha mostrado el camino, y no iré a sepultarme a un abismo espontáneamente.

Y Rousseau alentaba apoyándose en su bastón y quedándose parado por un momento en mitad de la calle, de pie e inmóvil.

—Con todo —continuó el filósofo—, era una quimera muy bella; pero eso de establecer la libertad donde sólo hay esclavitud, conquistar el porvenir sin

trastornos ni ruido y tender sigilosamente una red en tanto duermen los que esclavizan al mundo... era demasiado hermoso para que me dejara engañar creyéndolo. Me repugna andar con temores, sospechas y recelos, indignos de una imaginación libre y un cuerpo independiente.

Dicho esto acababa de continuar su correría, cuando la vista de varios agentes de M. de Sartines que miraban acá y allá perpendicularmente asustó su libre imaginación dando tal impulso al cuerpo independiente, que se perdió en lo más profundo de la sombra que formaban los pilares, por debajo de los cuales iba caminando.

No era mucha la distancia de los pilares a la calle de Plastrière, así que Rousseau anduvo aquel espacio rápidamente, subió a sus habitaciones jadeando como un gamo que se ve perseguido, y cayó en una silla sin poder contestar una palabra a cuantas preguntas le hizo Teresa.

Por fin dio cuenta de su emoción, atribuyéndola a lo que había caminado, al calor, la noticia de lo encolerizado que se puso el rey en el solio de justicia, la vista del terror del pueblo y el rechazo de cuanto acababa de ocurrir.

Replicó Teresa refunfuñando que esto no era una causa para que dejase enfriar la comida; además de que el hombre no debía ser un marica que le asustase el menor ruido.

Nada respondió Rousseau a este último argumento que mil veces había proclamado, aunque en distintos términos.

—Esos filósofos —agregó Teresa—, esos hombres de imaginación están cortados por una misma tijera; que en sus escritos no cesan de echársela de fanfarrones; que dicen no temen nada; que Dios y la especie humana son nada para ellos: pero en oyendo ladrar a un perrillo ya piden auxilio; así que les entra una fiebre por leve que sea, exclaman: «¡Dios mío! ¡Me muero!»

Era este el tema favorito de Teresa, en el que desplegaba mayor elocuencia y a que contestaba peor Rousseau, tímido de suyo. Así, al compás de aquella música desagradable, Rousseau daba suelta a su pensamiento, que seguramente valía tanto como el de Teresa, no obstante la crítica de aquella mujer.

—La dicha se forma —decía allá para sí—, de perfumes y murmullos; y como el ruido y el olor son cosas convenidas de antemano, ¿quién será el que diga que la cebolla no huele tan bien como la rosa, y que el pavo real no canta tan bien como el ruiseñor?

Pensando en este axioma, que podía pasar por una bonita paradoja, se sentó a

la mesa.
Después de comer, no se sentó al clave como de costumbre, sino que dio varias vueltas por la habitación, asomándose infinidad de veces a la ventana, para estudiar la fisonomía de la calle de Plastrière.
Acometió entonces a Teresa un arrebato de celos semejantes al de los tacaños, es decir, la gente más envidiosa de la tierra cuando ven que no se les da la razón.
Porque si hay algún sentimiento fingido desagradable, ninguno tanto como el de un defecto que no se tiene; esto dejando a un lado las buenas o malas cualidades.
Teresa, que despreció siempre la virilidad, complexión, talento y costumbres de Rousseau; Teresa, que le veía viejo, achacoso y feo, no temía que le quitasen su marido, porque no podía suponer que las mujeres le mirasen con otros ojos que ella; pero, a pesar de todo, como uno de los suplicios que más apetece una mujer es atormentarse por celos, Teresa se obsequiaba a veces con semejante tormento.
Viendo, pues, que Rousseau se acercaba tantas veces a la ventana pensativo, y que no se estaba quieto en su sitio, le dijo:
—Ya sé de dónde nace toda esa agitación; hace poco que te has separado de alguien.
La miró Rousseau con extraviados ojos, y esto fue para ella una prueba más.
—Alguno a quien deseas volver a ver —continuó diciendo.
—¿Qué es lo que dices? —añadió Rousseau.
—Según veo, tenemos cita, ¿eh?
—¡Oh! —dijo Rousseau adivinando de lo que se trataba—; ¡tú estás loca, Teresa; citas yo!
—Sé bien que sería una locura —dijo—; pero te creo capaz de cometer ésa y otras muchas: anda, anda a hacer conquistas, con ese color de papel mascado, tus palpitaciones de corazón, y esa tosecita seca, que son un buen aliciente para adelantar.
—Pero, Teresa, bien sabes que no hay nada de eso —dijo Rousseau malhumorado—, déjame, pues, tranquilo acá con mis pensamientos.
—Eres un libertino —dijo Teresa con la mayor seriedad del mundo.
Rousseau se abochornó como si concluyeran de decirle una verdad, o hacerle un cumplido.
Teresa entonces se creyó autorizada para presentar un semblante terrible,

trastornar los muebles, dar golpes, y jugar con la tranquilidad de Rousseau como juegan los niños con esos aros de metal que encierran en unas cajas, moviéndolos con gran estrépito.
Retiróse Rousseau a su gabinete, porque aquel tumulto había debilitado algo sus ideas.
Estuvo allí pensando que podía ser arriesgado dejar de concurrir a la misteriosa ceremonia de que el desconocido le habló en la esquina del malecón, diciendo Rousseau para sí:
—Si hay castigos contra los que revelan algo, los habrá también contra los tibios y desconocidos: bien sé que los graves peligros, lo mismo que las grandes amenazas, no son nada, siendo muy extraño que en semejantes casos se impongan penas o que se ejecuten; pero es necesario tener cuidado con las venganzas de poca importancia, los golpes solapados, los engaños y demás moneda de cobre. Un día llegaría en que los masones mis hermanos pagarían mi desprecio tendiendo una cuerda en mi escalera para que me rompiese una pierna, y los pocos dientes que me restan, o bien echarían sobre mi cabeza una piedra cuando pasase junto al andamio de alguna obra. Más todavía; no faltaría entre los francmasones algún escritor que viviese próximo a mí, en mi escalera tal vez y desde sus ventanas escudriñase mi aposento, lo cual puede ser, puesto que las reuniones se celebran en la calle de Plastrière nada menos... Pues bien, ese pícaro escribiría sobre mis sandeces que me pondrían en ridículo en todo París; porque, ¿no tengo enemigos en todas partes?
Pasado un instante cambió Rousseau de pensamiento y dijo:
—El valor, ¿dónde está? ¿dónde la honra? Tengo miedo hasta de mí mismo, y si me viese en un espejo miraría el rostro de un cobarde y un vil... No, no será así, aunque el Universo se coaligue en perjuicio mío, aunque caiga sobre mí una manzana de casas iré... Todo esto que digo es hijo del miedo; desde que habló conmigo ese hombre no hago más que dar vueltas en un círculo de necedades, y dudo hasta de mí mismo. Aquí no hay lógica; me conozco y sé que no soy un hombre entusiasta, de modo que si creí maravillas en la asociación proyectada, es porque las hay. ¿Quién puede asegurar que yo no seré el regenerador del género humano? ¡yo, a quien han buscado, yo, a quien han venido a consultar bajo la fe de mis escritos, los agentes misteriosos de un poder que no tiene límites! ¡Y he de volver atrás cuando se trata de continuar mi obra sustituyendo la práctica a la teoría!
Rousseau iba animándose y continuó:

—¡No hay cosa más hermosa! Las edades caminan, y en su curso los pueblos salen de su embrutecimiento, el paso sigue al paso en la oscuridad, y la mano a la mano en las sombras, elevándose de esta manera la inmensa pirámide, en suya cúspide pondrán los siglos venideros el busto de Rousseau, ciudadano de Genova, que para obrar como ha dicho arriesga su libertad y su vida, en una palabra, ha sido fiel a su divisa: *Vitam impendere vero*.

Embriagado de gozo Rousseau se acercó al clave y acabó de remontarse a las nubes su imaginación con las melodías más retumbantes, largas y guerreras que pudo arrancar a las teclas del sonoro instrumento.

Al anochecer, cansada Teresa de haber atormentado inútilmente a su prisionero, dormía en su silla; y Rousseau, cuyo corazón latía violentamente, se puso su vestido nuevo, como si fuese a buscar fortuna, no sin que antes estudiara al espejo el juego de sus negros ojos, los cuales le parecieron con satisfacción vivos y penetrantes.

Se apoyó en su caña de Indias, y sin despertar a Teresa, se escurrió del aposento.

Pero cuando bajó la escalera y tocó con la mano al resorte de la puerta que daba a la calle, Rousseau empezó por mirar hacia afuera, con objeto de examinar en qué estado se hallaban los transeúntes.

Ningún carruaje pasaba entonces; pero la calle estaba cuajada de ociosos pisaverdes que se miraban mutuamente, como acostumbran, o se paraban a mirar por los cristales de las tiendas a las jóvenes que había en el mostrador. Era casi imposible fijar la atención en un hombre en medio de aquel bullicio, de suerte que Rousseau se precipitó en él, aunque no tenía que andar mucho para llegar a su destino.

En la puerta señalada a Rousseau estaba apostado un músico con un viejo violín, y aquella música, que tanto deleitaba a todo verdadero parisiense, llenaba la calle de ecos que repetían los últimos compases de la canción que ejecutaba el instrumento o entonaba el cantor.

No había nada tan desfavorable para el movimiento circulatorio como la aglomeración de gente en aquel sitio, pues los oyentes formaban un círculo, siendo preciso que los yentes y vinientes diesen la vuelta por la derecha o la izquierda del grupo, siguiendo la calle los de la izquierda, y costeando los de la derecha la casa designada, o viceversa.

Advirtió Rousseau que varias personas se perdieron en el camino, como si se hubiesen caído en alguna trampa, y comprendiendo que llevaban el mismo

objeto que él, decidió imitar su maniobra, lo cual era fácil.
Habiéndose colocado detrás del grupo de oyentes, como si fuera a pararse también, acechó al primero que vio entrar en el pasadizo; pero más tímido que todos ellos, porque seguramente tenía más que arriesgar, esperó a que se presentase una ocasión favorable.
No esperó mucho rato, pues un cabriolé que venía corriendo del otro extremo de la calle, dividió el círculo en dos mitades, haciendo que la gente de ambos hemisferios se agolpase a las casas. Rousseau se aproximó al umbral del pasadizo, y observando que todos los curiosos se habían vuelto de espaldas hacia él por atender al cabriolé, se aprovechó de su aislamiento y desapareció en el fondo del oscuro portal.
Transcurridos algunos segundos percibió una luz, y junto a ella un hombre sentado con tranquilidad, como el mercader después de haber hecho su venta, y que leía o fingía estar leyendo una *Gaceta*.
Al ruido de los pasos de Rousseau, aquel hombre levantó la cabeza y llevóse el dedo al pecho.
Respondió Rousseau a aquel gesto simbólico llevándose un dedo a la boca.
Púsose en pie entonces el hombre, y empujando una puerta situada a su derecha e invisible por lo bien que unía con la pared de madera en que se encontraba, mostró a Rousseau una escalera que terminaba debajo de tierra.
Entró Rousseau, y la puerta se volvió a cerrar.
Apoyándose Rousseau en su bastón bajó los escalones, pareciéndole una cosa no muy agradable que los consocios le impusieran por primera prueba el riesgo de romperse la cabeza y las piernas.
Pero aunque la escalera era empinada, era corta, de suerte que Rousseau contó diecisiete escalones, y al momento se vio invadido por una gran dosis de calor que le dio en los ojos y en el semblante.
Este calor húmedo era el aliento de determinado número de hombres que había reunidos en aquella cueva.
Contempló Rousseau las paredes entapizadas de telas encarnadas y blancas en que aparecían varios instrumentos más simbólicos sin duda que reales y efectivos. De la bóveda colgaba una lámpara que despedía un reflejo siniestro sobre los rostros, bastante honrados sin embargo, de las personas que conversaban entre sí en voz baja, sentadas en bancos de madera.
No había en el suelo entarimado ni tapices, sino una gruesa estera que aminoraba el ruido de los pasos.

Cinco minutos antes nada deseaba tanto Rousseau como semejante entrada, y no obstante, ya sentía haber conseguido también penetrar allí.
En los últimos bancos vio un asiento desocupado, y se instaló en él lo más modestamente que le fue posible, detrás de los demás.

CIII

ROUSSEAU EN LA LOGIA DE LA CALLE DE PLASTRIÈRE

Advirtió Rousseau que las conversaciones entre los concurrentes eran muy discretas y limitadas; muchos ni siquiera movían los labios, y apenas se cruzaban algunas frases en tres o cuatro parejas.
Los que callaban, procuraban ocultar su rostro, lo cual no era muy difícil, gracias a la gran masa de sombras que proyectaba la estrada del presidente a quien esperaban.
Dicha estrada era, pues, un refugio para los tímidos.
Pero en cambio dos o tres individuos de la corporación estaban en constante movimiento para ver si conocían a sus colegas, yendo y viniendo, hablando entre sí y desapareciendo frecuentemente por una puerta disimulada con una cortina negra sembrada de rayas encarnadas.
Oyóse a poco una campanilla y entonces abandonó un hombre pura y simplemente la esquina del banco en que estaba confundido con los demás masones, tomando asiento en la estrada.
Hechos algunos signos con la mano y los dedos, signos que repitieron todos los asistentes, y a los que agregó él otro más explícito que los demás, declaró abierta la sesión.
No conocía Rousseau a aquel hombre que bajo la apariencia de un cortesano acomodado ocultaba mucha presencia de espíritu, ayudada de una elocución tan fácil que la hubiera deseado cualquier orador.
Su discurso fue claro y conciso, en el cual manifestó que la logia se había reunido para proceder a la recepción de un nuevo hermano.
—Nadie se asombre —dijo—, de que no nos hayamos reunido en el local en que se hacen las pruebas, pues los jefes las han considerado inútiles. El hermano que se trata de recibir es una de las lumbreras de la filosofía contemporánea, y un hombre de un talento profundo que se dedicará a la defensa de nuestra causa, no por temor sino por convicción. El que ha

sondeado todos los misterios de la Naturaleza y del corazón humano, no necesita el estímulo que empleamos para con el simple mortal a quien pedimos que nos preste ayuda con su brazo, su voluntad y su dinero. Para que el hombre de un talento tan distinguido y de un carácter tan honrado como enérgico nos dé su cooperación, nos basta su promesa y aquiescencia.
Así fue como acabó el orador su proposición mirando en torno suyo para examinar qué efecto producía.
En Rousseau causó un efecto mágico, pues el genovés conocía los misteriosos preparativos de la masonería, considerándolos con una especie de repugnancia muy natural en hombres ilustrados; aquellas concesiones por completo absurdas, puesto que eran inútiles, que los jefes exigían a los candidatos para infundir miedo, cuando se sabe que nada hay que temer, le parecían el colmo de la puerilidad y una superstición ociosa.
Es más, el filósofo timorato, refractario a las manifestaciones individuales, hubiera mirado como una desgracia tener que presentarse en espectáculo ante personas a quienes no conocía, y que con seguridad se burlaban de él con más o menos buena fe.
Resultó de esto, que al ver que le dispensaban de pruebas se alegró muchísimo, porque conociendo como conocía lo rigurosa que era la igualdad en los principios masónicos, era para él un triunfo, una excepción en favor suyo.
Se disponía, pues, a responder con algunas palabras a la graciosa facundia del presidente, cuando salió una voz del auditorio diciendo:
—Ya que os creéis obligado a tratar como si fuese un príncipe a un hombre como nosotros; ya que le dispensáis de las molestias físicas, como si no fuese uno de nuestros símbolos, buscar la libertad a costa de los sufrimientos del cuerpo, a lo menos esperamos que no iréis a otorgar a un desconocido un título precioso, sin preguntarle con arreglo al rito y conseguir que haga profesión de fe.
Volvióse Rousseau para contemplar el semblante del agresivo personaje que descargaba tan duro golpe en el carro del vencedor.
Conoció entonces con la mayor sorpresa al joven cirujano con quien habló aquella mañana en el malecón de las flores.
El sentimiento de su buena fe, y tal vez un sentimiento de desdén hacia el *título precioso*, le impidió responder.
—¿Habéis oído? —dijo el presidente dirigiéndose a Rousseau.

—Muy bien —contestó el filósofo, quien se estremeció levemente al oír resonar su propia voz en la bóveda de aquella cueva sombría—; lo he oído, pero no me asombro de las interpelaciones cuando veo quien me las hace. ¡Cómo! ¡Un hombre cuyo estado es combatir lo que se llama padecimientos físicos, prestando en esta forma ayuda a sus hermanos, sean o no masones, viene a predicar aquí la utilidad de esos padecimientos!... ¡Buen camino ha elegido para hacer que el hombre sea feliz, y curar las enfermedades!
—No se trata aquí —replicó con viveza el joven—, de éste o del otro, pues ni yo conozco al candidato, ni el candidato debe conocerme a mí. Yo procedo con arreglo a la lógica, sosteniendo que el venerable ha hecho mal en hacer excepción de personas: del mismo modo que yo no veo en ese individuo al filósofo, tenga él la bondad de no ver en mí al cirujano, porque quizá debamos estar juntos toda la vida sin que una mirada ni un gesto descubra jamás nuestra intimidad más estrecha, sin embargo, gracias al vínculo de asociación que une todas las amistades vulgares. Insisto, pues, en que si se ha creído que el que va a entrar en nuestra comunión no debía hacer pruebas, a lo menos debe preguntársele.
No contestó Rousseau, y conociendo el presidente en su semblante que no le agradaba aquella discusión, y que sentía haberse metido en aquella empresa, dijo al joven con tono de autoridad:
—Hermano, tened la bondad de callar cuando el jefe está hablando, y no critiquéis con ligereza sus actos soberanos.
—Tengo derecho para interpelar —repuso el joven con más dulzura.
—Para interpelar sí, pero no para censurar. El hermano que va a ingresar en la asociación es muy conocido para que necesitemos emplear en nuestras relaciones masónicas con él un misterio ridículo e inútil. Todos los hermanos que se encuentran presentes, saben quién es, y su nombre es una garantía; pero como estoy seguro de que también él es amigo de la legalidad, le suplico que se explique acerca de una pregunta que siento únicamente *pro forma*. ¿Qué buscáis en la asociación?
Anduvo Rousseau dos pasos, y separándose de la multitud miró a la reunión con aire pensativo y melancólico.
—Yo busco —dijo—, lo que no hallo; verdades y no sofismas. ¿Por qué me habéis de rodear de puñales que no dañan, de venenos que son agua clara, y de trampas cubiertas por debajo de colchones? Comprendo hasta donde llegan los recursos de las fuerzas humanas; conozco mi vigor físico, y como

si lo debilitarais no valdría la pena que me eligieseis hermano vuestro, porque para nada os serviría muerto, ni deseáis matarme, ni mucho menos herirme, y todos los cirujanos del mundo no harían que considerase buena una ceremonia en que me descoyuntasen un miembro. Más que todos vosotros he aprendido yo a saber lo que son dolores, porque he sondeado el cuerpo y palpado hasta el alma. Si consentí en venir aquí cuando se me instó a ello (y recalcó estas palabras) es porque pensaba que podría ser útil; de suerte que doy en vez de recibir. Antes, ¡ay.! que podáis hacer algo en mi defensa, antes que me deis solamente con recursos vuestros la libertad si me reducen a prisión, pan si me sitian por hambre, y consuelo si me afligen: antes, repito, que seáis algo, el hermano a quien admitís hoy en vuestro seno, si es que el señor lo permite (agregó volviéndose hacia Marat), habrá pagado su tributo a la Naturaleza, porque el progreso está manco, porque la luz es lenta, y ninguno de nosotros le sacará de la fosa en que caiga.

—Engañado estáis, ilustre hermano —dijo una voz suave y penetrante que atrajo con dulzura a Rousseau—; en la asociación que tenéis a bien aceptar, se encierra nada menos que la suerte futura del mundo, y no ignoráis que porvenir es lo mismo que esperanza, lo mismo que ciencia; ya sabéis que el porvenir es Dios, que debe dar su luz al mundo, puesto que ha ofrecido que la dará, y Dios no miente.

Rousseau se sorprendió al escuchar un lenguaje tan elevado, contempló al que hablaba, y conoció al hombre, joven todavía, que le dio la cita aquella mañana en el solio de justicia.

Aquel hombre vestido de negro esmeradamente, y sobre todo con gran distinción, estaba vuelto de espaldas a uno de los frentes laterales de entrada, y su rostro, iluminado por un tenue resplandor, brillaba en toda su belleza, gracia y expresión natural.

—¡Ah! —exclamó Rousseau—; la ciencia es un abismo insondable. Vos me habláis de ciencia, consuelo, porvenir y promesa; pero como otro me habla de la materia, el rigor y la violencia, ¿a quién deberé creer? De suerte que en la asamblea de los hermanos ocurre lo mismo que entre los hambrientos lobos de ese mundo que se agita sobre nuestras cabezas. ¡En todas partes lobos y ovejas!... Escuchad, por lo tanto, mi profesión de fe, supuesto que no la habéis leído en mis obras.

—¡Vuestras obras! —exclamó Marat—; reconozco que son sublimes, pero una pura utopía; vos sois útil bajo el mismo punto de vista que Pitágoras,

Solón, y el sofista Cicerón. Exponéis el bien, pero un bien artificial, inasequible y aéreo, pareciéndose a uno que pretendiese mantener a una muchedumbre hambrienta con bolas de aire más o menos abrillantadas por el sol.
—¿Habéis observado —dijo Rousseau frunciendo el entrecejo—, que las grandes conmociones de la Naturaleza se verifiquen sin anterior preparación? ¿Habéis visto nacer al hombre, suceso sublime aunque vulgar? ¿Habéis visto que nazca sin que haya estado amontonado durante nueve meses en el seno de su madre la sustancia y la vida? ¡Ah! pretendéis que regenere al mundo con actos, y eso no es regenerar, sino hacer una revolución.
—¡Pues entonces —repuso el cirujano con vehemencia—, vos no deseáis que el hombre sea independiente, que sea libre!
—Por el contrario —repuso Rousseau—, porque la independencia es mi ídolo, porque la libertad es mi diosa. No hay más diferencia sino que yo deseo una libertad dulce y radiante, que caliente y vivifique; yo quiero una igualdad que enlace a los hombres por medio de la amistad, no por medio del temor; yo quiero la educación, la instrucción de cada elemento del cuerpo social, como el mecanismo busca la armonía, como el ebanista quiere la ensambladura, es decir, que cada pieza de su trabajo concurra precisamente a formar el todo por medio de una copulación absoluta. Insisto en que lo que yo quiero está consignado en mis escritos, a saber: progreso, concordia y mutuo rendimiento.
En los labios de Marat brilló una sonrisa desdeñosa.
—Sí, los arroyos de leche y miel —dijo—, los campos Elíseos de Virgilio, sueños de un poeta cuya filosofía pretende convertirlos en una realidad.
No replicó Rousseau, pues le parecía excesivamente duro tener que defender su moderación, a pesar de que en toda Europa se le consideraba como un innovador violento.
Se volvió a sentar sin pronunciar una palabra, después de consultar con la vista para tranquilidad de su alma sencilla y tímida, y obteniendo la aprobación, aunque tácita, del personaje que le había defendido hacía poco.
Alzóse el presidente, y dijo dirigiéndose a todos:
—¿Os habéis enterado?
—Sí —contestó la asamblea.
—¿Consideráis digno al hermano a quien vamos a recibir de pertenecer a la asociación? ¿Comprende a vuestro entender los deberes de tal?

—Sí —dijo la asamblea; pero con una reserva que daba a entender poca unanimidad.
—Prestad el juramento —dijo el presidente a Rousseau.
—Deploraría mucho —contestó el filósofo con cierto orgullo—, tener que disgustar a varios individuos de esta asociación, y debo para evitarlo repetir las palabras que pronuncié hace poco, palabras hijas de mi convicción. Si fuera orador, las desenvolvería de una manera que dejase embargados los ánimos; pero mi lengua se rebela, y siempre traiciona a mi pensamiento cuando le pido que lo exprese con rapidez. Digo, pues, que hago más en favor del mundo y por vos, fuera de esta reunión, que si imitara asiduamente vuestras costumbres; y por lo mismo debéis dejarme entregado a mis tareas, debilidad y aislamiento. Repito que me inclino hacia el sepulcro; las pesadumbres, las enfermedades, las calamidades me arrastran a él, y vosotros no podéis retrasar esa gran obra de la Naturaleza. Abandonadme, pues, porque no he nacido para caminar con los hombres a quienes odio y de quienes huyo; no obstante, les sirvo porque también yo soy hombre, y porque sirviéndolos los considero mejores que lo son. Ya sabéis ahora mi manera de pensar, y no diré una palabra más.
—¿Es decir que no queréis prestar el juramento? —preguntó Marat emocionado.
—Me niego rotundamente, y no quiero formar parte de la asociación, porque suficientes pruebas tengo de que sería en ella un hombre inútil.
—Hermano —dijo el desconocido con voz conciliadora—, consentidme que os llame así, pues realmente somos hermanos fuera de toda combinación del espíritu humano. No os dejéis arrastrar de un momento de despecho muy natural por cierto: sacrificad algo de vuestro legítimo orgullo, y haced por nosotros lo que os causa repugnancia. Vuestros consejos, vuestras ideas, vuestra presencia aquí, son para nosotros tan necesarias como la luz, y no consintáis sumirnos en las tinieblas de vuestra ausencia y negativa.
—Estáis equivocado —dijo Rousseau—; nada os quito, puesto que jamás daré más que lo que he dado a todo el mundo, al primer lector que se presente, a cualquiera que interprete las *Gacetas*, si deseáis el nombre y la esencia de Rousseau.
—Lo queremos —dijeron con política muchas voces.
—Pues tomad entonces una colección de mis obras, colocad los tomos en la mesa de vuestro presidente, y cuando se trate de declarar cada uno su

opinión, y me toque a mí manifestar la mía, abrid una obra y no sólo veréis en ella un dictamen, sino una sentencia.
Dio Rousseau un paso como para marchar, pero el cirujano le dijo:
—¡Esperad un momento! Las voluntades son libres, y la del ilustre filósofo idénticamente igual que las de los demás; pero no sería muy natural haber dado entrada en nuestro santuario a un profano, que no estando, como no está, ligado con ninguna cláusula, ni aun tácita siquiera, podría descubrir nuestros misterios, sin que por tal causa dejase de ser un hombre de bien.
Rousseau le devolvió su sonrisa, y dijo:
—¿Deseáis que preste juramento de guardar silencio?
—Claro que sí.
—Pues estoy dispuesto a ello.
—Os ruego leáis la fórmula, hermano venerable —dijo Marat.
El hermano dio lectura a la fórmula:
«Juro delante de Dios grande, eterno y arquitecto del Universo, de mis superiores, y de la respetable asamblea en que me encuentro, no revelar jamás, ni dar a conocer, ni escribir nada de todo lo que pase a mi vista, condenándome a mí mismo si llego a pecar por imprudencia, a que me castiguen con arreglo a las leyes del gran fundador.»
Rousseau se disponía a extender la mano, cuando el desconocido que había escuchado y seguido el debate con una especie de autoridad que nadie le disputaba, aunque estaba confundido entre la multitud, se aproximó al presidente y le dijo al oído unas cuantas palabras.
—Es cierto —replicó el venerable, y añadió—: Sois vos un hombre de bien, no un hermano, sois un hombre de honor, cuya posición en medio de nosotros está reducida a la de un semejante nuestro, y abjuramos por lo tanto nuestra cualidad para suplicaros simplemente os comprometáis bajo palabra de honor que olvidaréis cuanto ha pasado entre nosotros.
—Juro bajo palabra de honor —contestó Rousseau conmovido—, que esto será para mí lo mismo que un sueño que se desvanece al despertar.
Pronunciadas estas palabras, salió de la cueva, siguiéndole varios individuos de la asociación.

CIV

CONTINÚA LA SESIÓN

Con la marcha de los concurrentes de segundo y tercer orden, quedó reducida la reunión a siete, es decir, a los jefes, quienes se dieron a conocer entre sí por medio de signos que probaban su iniciación hasta un grado superior.
Lo primero que hicieron fue cerrar las puertas y acto seguido se mostró a los demás su presidente, presentando una sortija que llevaba grabadas las letras misteriosas de L. P. D.
Tenía dicho presidente la misión de llevar la correspondencia suprema de la orden, y se relacionaba por este medio con los otros seis jefes, los cuales residían en Suiza, Rusia, América, Suecia, España e Italia.
Por este motivo llevaba consigo algunos de los documentos de más importancia que había recibido de sus colegas, con el objeto de dar cuenta de ellos a la junta de iniciados, superiores a los demás e inferiores a él.
El susodicho jefe era Balsamo.
La más interesante carta de todas ellas era una que había escrito desde Suecia, Swerdemborg, y que contenía un aviso amenazador.

«Hermanos —así decía—: vigilad en el Mediodía, porque al abrigo de su influencia se ha creado un traidor, y ese traidor os buscará la perdición.
«Hermano: vigilad también a París, porque el traidor vive ahí, posee los secretos de la orden, y le anima un sentimiento odioso.
»Paréceme escuchar el sordo vuelo y la voz susurrante de la denuncia; pero aunque veo a la vez una venganza terrible, esa venganza llegará quizá demasiado tarde. Entre tanto vigilad, hermanos, vigilad, porque podrá suceder que baste una lengua traidora, aunque mal instruida, para echar a perder enteramente nuestros planes urdidos con tanta habilidad.»

Los hermanos contempláronse con muda sorpresa, contribuyendo no poco a alarmar a la junta que estaba presidida por Balsamo, el lenguaje del feroz iluminado, y su presencia a que daban una autoridad formidable muchos ejemplos dignos de llamar la atención.
Al mismo Balsamo, que tanto creía en la claridad de espíritu de

Swerdemborg, le fue imposible resistir a la grave y dolorosa impresión que se apoderó de él al leer aquella carta, y exclamó:
—Hermanos, muy rara vez se equivoca el inspirado profeta, y por lo tanto debéis vigilar según os lo encarga. Sabéis igual que yo que ahora es cuando la lucha va a empezarse; no nos dejemos vencer por esos enemigos ridículos, cuyo poderío miramos con toda seguridad. No echéis en olvido que tienen a su disposición hombres mercenarios, lo cual es un arma poderosa en este mundo entre las almas cuya vista no alcanza más allá de los límites de la vida terrena. Hermanos, desconfiemos de traidores pagados.
—Creo pueriles esos temores —dijo una voz—, porque cada día adquirimos más fuerzas, y nos guían hombres de brillante ingenio y robustas manos.
Se inclinó Balsamo como para dar las gracias, al que así le ensalzaba.
—Sí, pero como ha indicado con acierto nuestro ilustre presidente, la traición penetra en todos los sitios —replicó un hermano que no era otro sino el cirujano Marat, ascendido no obstante lo joven que era a un grado superior, gracias a lo cual se sentaba por primera vez en la junta consultiva—. No olvidéis, hermanos, que aumentando el cebo, tiene más importancia lo que se coge. Si M. de Sartines puede comprar con un saco de escudos a alguno de nuestros oscuros hermanos para que revele nuestro secreto, el ministro puede comprar también a uno de nuestros superiores con un millón o la esperanza de conseguir una dignidad, y no debemos olvidar que entre nosotros todo lo ignora un hermano subalterno. Lo más que conoce es algunos nombres entre sus colegas, pero estos nombres no representan cosa alguna. Es admirable el orden con que nos hallamos constituidos, pero eminentemente aristocráticos, una vez que los inferiores no saben nada ni tienen ningún poder, a pesar de que concurren a hacer más sólido nuestro edificio con su tiempo y su dinero y se les reúne para que digan o para hacerles decir sendas vaciedades. Recordad esto, hermanos; los trabajadores sólo llevan la piedra y la mezcla, pero ¿podríais hacer la casa sin mezcla ni piedra? Ahora bien: estos trabajadores ganan un corto salario, cuando yo los considero como iguales al arquitecto, cuyo plan crea y vivifica toda la obra, y los miro como iguales a él, porque es hombre y todos los hombres tienen igual valor a los ojos del filósofo, atendiendo a que le toca su parte de miseria y fatalidad como a cualquier otro, y está más expuesto que ninguno a que se le caiga encima una piedra o se rompa un andamio.
—Perdonad que os interrumpa, hermano —dijo Balsamo—, para advertiros

que abandonáis el único asunto de que debemos ocuparnos. Tenéis el defecto, hermano, de exagerar vuestro celo y generalizar las discusiones. Hoy no se trata de averiguar si nuestra constitución es mala o buena, sino de sostener esa constitución en toda su pureza e integridad: si fuera a discutir con vos, contestaría que el órgano que recibe el movimiento no es igual al genio que crea; no, el peón no es igual al arquitecto; no, la cabeza no es igual al brazo.
—Si prende M. de Sartines a uno de nuestros más ínfimos hermanos —exclamó Marat con calor—, ¿dejará de ser encerrado en la Bastilla para que se pudra allí como vos o como yo?
—Bueno; pero el perjuicio será tan sólo para el individuo y no para la orden, que debe ser entre nosotros antes que nada; al paso que si prenden al jefe, se paraliza la conjuración, si no está el general se pierde la batalla. Hermanos, procurad, pues, la salvación de los jefes.
—Sí, pero que ellos cuiden de la nuestra.
—Esa es su obligación.
—Y que a sus faltas se imponga doble castigo.
—Os repito, hermano, que os separáis de los estatutos de la orden; ¿ignoráis que el juramento que liga a todos los individuos de nuestra asociación es el mismo, y que a todos se aplican las mismas penas?
—Siempre los grandes se sustraen a ellas.
—Esa no es la opinión de los grandes, hermano; y si no, atended el final de la carta de nuestro profeta Swerdemborg, uno de los más grandes entre nosotros. He aquí lo que agrega:

«El daño vendrá de uno grande, de uno de los más grandes de nuestra orden, o si no viene directamente de él, a lo menos se le imputará la falta. Acordaos de que el agua y el fuego pueden ser cómplices, produciendo una las relaciones, y proporcionando el otro la luz.
«Vigilad, hermanos, a todos y en todas partes; vigilad.»

—Pues ahora —dijo Marat aprovechándose del discurso de Balsamo y de la carta de Swerdemborg para lograr sus intenciones—, repitamos el juramento que nos liga, y comprometámonos a cumplirlo rigurosamente, sea quien fuere el que haya hecho traición o dé lugar a ella.

«En el nombre del Hijo crucificado juro romper los lazos carnales que me

ligan a mi padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, queridas, reyes, bienhechores y a todo aquel a quien haya prometido fe, obediencia, agradecimiento y obligación.
»Juro descubrir al jefe a quien reconozco con arreglo a los estatutos de la orden, lo que he visto o ejecutado,
leído o comprendido, deducido o adivinado, y aún guardar y espiar lo que no he visto.
«Honraré y respetaré el *agua toffana* como un medio rápido, seguro y necesario de purificar el globo con la muerte o el embrutecimiento de aquellos que pretenden envilecer la verdad o arrancárnosla de las manos.
»Quedo obligado a guardar silencio, consiento en morir con la presteza con que mata el rayo el día en qua merezca ser castigado, y espero sin quejarme el puñal invisible e inevitable que me alcanzará donde quiera que me encuentre.»

Luego los siete individuos de que se componía la junta dijeron palabra por palabra aquel juramento, de pie y con la cabeza descubierta.
Acto seguido, cuando se terminaron las palabras sacramentales, dijo Balsamo.
—Ahora que recíprocamente tenemos una garantía no mezclemos más incidentes en nuestra discusión, porque tengo que dar conocimiento a la junta de los principales sucesos que ha habido en el año. El desempeño de mis asuntos en Francia demostrará algún interés a hombres de un talento tan claro como el vuestro; a hombres de tanto celo como lo sois vosotros.

«Comenzaré, pues:
»Está situada Francia en el centro de Europa, como el corazón se encuentra en medio del cuerpo, de manera que vive y da vida a otras naciones, siendo necesario ir a buscar en sus agitaciones la causa de todo el malestar del organismo en general.
»Pues he venido a Francia y aproximándome a París como el médico se acerca al corazón, consultando, palpando y haciendo experimentos. Al entrar en ella hace un año, la monarquía se hallaba cansada, pero hoy la matan los vicios, vicios que yo he favorecido, adelantando el efecto de esos desórdenes mortales.
»Cruzó un obstáculo en mi camino, y ese obstáculo era un hombre, un

hombre que no era el primero, sino el de más poder del Estado después del rey.

«Favorecido por algunas de esas cualidades que hacen grandes a los demás hombres; demasiado orgulloso, es cierto, pero aplicando a sus obras la palanca de su orgullo, sabía endulzar la esclavitud del pueblo, haciéndole creer y aún ver en ocasiones que es una parte del Estado; y si se le consultaba acerca de sus propias miserias, invocaba el espíritu nacional, estandarte en cuyo derredor siempre se agrupan las masas.

«Odiando y aborreciendo como aborrecía a los ingleses, que son los enemigos naturales de Francia; odiando como odiaba a la favorita, enemiga como es consiguiente de las clases trabajadoras, si ese hombre hubiera sido un usurpador, si hubiese sido hermano nuestro de asociación, yendo por el mismo camino que nosotros, y obrando según nuestras miras, yo le habría respetado, mantenido en el poder y apoyado con todos los recursos que me es dado crear en favor de aquellos a quienes favorezco, pues en vez de enlucir el carcomido trono, lo hubiera derribado con nosotros en el día convenido. Empero pertenecía a la clase aristocrática, estaba habituado a respetar el primer rango a que no aspiraba, y a la monarquía a que no se atrevía a atentar; contemplaba al trono mientras que despreciaba al rey, y hasta servía de broquel a ese trono sobre el cual descargábamos nuestros golpes. A consecuencia de esto, el Parlamento y el pueblo, respetando ese dique que un hombre oponía a las invasiones de la prerrogativa real, se mantenían en los límites de una resistencia moderada, convencidos de que tendrían una ayuda poderosa cuando llegase el momento.

»Imaginé cuál era el estado de las cosas, y me dediqué a derribar a M. de Choiseul.

»Esta gran obra que en el transcurso de diez años ha arrastrado tras sí tantos odios e intereses, la he empezado y terminado en unos cuantos meses por medio que es inútil manifestar. Gracias a un secreto que constituye mi principal fuerza, fuerza tanto mayor cuanto que siempre permanecerá oculta a los ojos de todos y nunca se sentirá sino por el efecto que produzca, he derribado a M. de Choiseul, le he expulsado y hecho que en pos suyo salgan un largo séquito de penas, desengaños, lamentaciones e iracundia.

»Y para que produzca mi trabajo el fruto debido, la Francia entera pide a Choiseul y se levanta tratando de recobrarle, como los huérfanos alzan las manos al cielo cuando Dios les ha arrebatado a su padre.

«Válense los parlamentos del único derecho que les asiste cual es la inercia, esto es, dejar de trabajar; y como en un cuerpo bien organizado, según debe serlo un Estado de primer orden, es mortal la quietud de un órgano esencial, y el Parlamento es para el cuerpo social lo que el estómago para el cuerpo humano; si los parlamentos no actúan, el pueblo, esto es, las entrañas del Estado, no trabajará, y de consiguiente no pagará, faltando a aquéllos oro, es decir, la sangre.

»Indudablemente habrá quien pretenda lucha; pero ¿quién será el que luche contra el pueblo? De ninguna manera el ejército, porque es hijo de ese mismo pueblo, se alimenta con el pan del labrador y bebe el vino del viñero. Quedan, pues, la servidumbre del rey, los cuerpos privilegiados, la guardia, los suizos y los mosqueteros, que apenas forman cinco o seis mil hombres, pero ¿qué hará ese puñado de pigmeos el día en que el pueblo se levante como un gigante?

—¡Que se levante entonces, que se levante! —gritaron varias voces.

—¡Sí, sí, hechos! —exclamó Marat.

—Aun no os he consultado, joven —dijo Balsamo fríamente.

Y prosiguió de este modo:

—Hombres de mezquina solidez de entendimiento, hombres ligeros en el obrar y faltos de experiencia, provocarían desde luego, y aun lograrían con una facilidad que me espanta esa sedición de las masas, esa rebelión de los débiles convertidos en fuertes por su mayor número contra un poderoso que está aislado; pero yo he meditado, yo he estudiado, yo me he confundido en las filas de ese mismo pueblo, y adoptando su traje, su perseverancia y su rudeza, le he visto tan de cerca que he conseguido ser lo que él. Lo conozco, pues, hoy, y no me equivoco al decir que es fuerte, pero ignorante; se irrita con facilidad, pero no tiene rencor; en una palabra: aún no está maduro para la sedición tal como yo la entiendo y como deseo que sea. Carece de instrucción para ver los sucesos bajo el doble punto de vista del ejemplo y la utilidad; carece de memoria para acordarse de su propia experiencia.

»Se asemeja, para que lo entendáis mejor, a esos atrevidos jóvenes que he visto en Alemania en ciertas funciones públicas subir con ardor a la punta de un mástil en que el baile había mandado colocar un jamón y un cubilete lleno de dinero. Poseídos de entusiasmo se arrojan a la cucaña y andan con una rapidez maravillosa; pero así que llegan al punto difícil y con sólo extender el brazo podían alcanzar el premio, les faltan las fuerzas y se dejan caer hasta el

suelo en medio de los silbidos de la muchedumbre.
»Por primera vez les sucedía lo que acabo de decir, y la segunda economizaban las fuerzas y el aliento; pero como empleaban muchísimo tiempo, frustrábase su intento por causa de la lentitud, como antes de la precipitación, hasta que al fin adoptaban un término medio, y sin precipitarse ni ser perezoso en su operación salían bien de su empresa. Este es el plan que yo medito: ensayos, siempre ensayos que nos vayan aproximando al objeto, hasta que llegue el día en que podamos conseguirlo de un modo infalible.
Calló Balsamo y contempló a su auditorio, en el cual hervían todas las pasiones de la juventud y la inexperiencia.
—Podéis hablar, hermano —dijo a Marat que era el que más se agitaba.
—Seré conciso —respondió—; los ensayos adormecen a los pueblos si no los desaniman... ¡Ensayos! Esta es la teoría de M. de Rousseau, ciudadano de Genova y gran poeta, pero genio lento y apocado: ciudadano inútil a quien Platón hubiera arrojado de su República. ¡Aguardar y siempre aguardar! Ya hace siete siglos que estáis esperando, desde la emancipación de los consejos y la insurrección de los mazistas; contad las generaciones que han sucumbido entretanto, y veamos entonces si os atrevéis a tomar aún por divisa para lo futuro la fatal palabra de aguardar. M. de Rousseau nos habla de oposición, como se hacía en ese siglo que se considera grande, como hacían al lado de las marquesas y a las plantas del rey, Moliere con sus comedias, Boileau con sus sátiras y La Fontaine con sus apólogos.
»La oposición, que no ha trabajado porque la causa de la humanidad avance ni poco ni mucho, es pobre, es débil. Los niños recitan esas teorías disfrazadas sin entenderlas, y se duermen en tanto que las recitan. Con arreglo a vuestra cuenta, también Rabelais ha escrito de política; pero es una política que hace reír y que a nadie corrige: y si no, ¿habéis visto que se haya corregido un abuso siquiera de trescientos años a esta parte? ¡Basta de poetas! ¡Basta de teóricos! ¡Lo que se necesita son obras, acciones! Tres siglos hace que Francia está en manos de la medicina, y ya es tiempo de que la cirugía se encargue de ella a su vez y se decida a usar el escalpelo y la sierra. Y pues que la sociedad está gangrenada, contengamos la gangrena con el hierro. Quien puede aguardar es el que se levanta de la mesa para recostarse en blandos cojines, ordenando a sus esclavos que quiten de ellos a soplos las hojas de rosas de que están cubiertos, porque satisfecho entonces el estómago comunica al cerebro estimulantes vapores que lo distraen y pueblan

de pensamientos a cual más risueños; pero el hambre, la miseria, la desesperación no se satisfacen, no se mejoran, no se consuelan con estrofas, sentencias y romances. Grita el pueblo porque sufre: ¡sordo sea el que no oiga sus lamentos! ¡Maldecido el que no conteste a ellos! Una insurrección, aunque fuese sofocada, ilustraría los entendimientos más que mil años de preceptos, más que tres siglos de ejemplos; también enseñaría a los reyes si no los derribaba, y eso es mucho, eso basta.

Salió de algunos labios un murmullo lisonjero, y Marat continuó:

—¿Dónde se hallan nuestros enemigos? En escala superior a la nuestra: puesto que defienden la puerta del palacio y rodean las gradas del trono: Paladión que custodian con más cuidado y temor que lo hacían los troyanos. Ese Paladión que les proporciona poderío, riqueza e insolencia es el trono, al cual no puede llegarse sino hollando los cadáveres de los que lo defienden, como no pueden llegarse al general sino derribando los batallones que le protegen. Pues la historia enseña que desde Darío hasta el rey Juan, desde Régulo hasta Duguesclín, han sido derrotados muchos batallones y apresados gran número de generales.

«Arrollemos nosotros la guardia y llegaremos hasta el ídolo: descarguemos el golpe sobre las centinelas, y llegaremos a descargarlo sobre el jefe. Embistamos primero a los cortesanos, a los nobles, a los aristócratas, y después a los reyes. Contaréis las cabezas privilegiadas que hay, y veréis que apenas suman doscientas mil; paseaos con una cuchilla bien cortante en la mano por ese hermoso jardín llamado Francia, y segad esas doscientas mil cabezas, como hacía Tarquino con las adormideras en el Lacio, y todo está dicho. Entonces quedarán solamente dos poderes que se disputen la supremacía: el pueblo y el trono. Que el trono, que no es más que un emblema, pretenda luchar contra el pueblo que es un gigante, y ya veréis lo que ocurre. Cuando los enanos quieren derribar a un coloso empiezan por el pedestal; cuando los leñadores quieren echar por tierra una encina la cortan por el pie. Pues seamos leñadores: ¡leñadores!, empuñemos el hacha, arranquemos la encina de raíz, y sus soberbias ramas no tardarán en caer al suelo.

—Y seréis aplastado en su caída como un pigmeo, ¡desventurado! —gritó Balsamo con voz de trueno—. ¡Ah! Desatáis vuestra furia contra los poetas, y habláis por medio de metáforas más poéticas y preñadas de imágenes que las que ellos emplean. Hermano, hermano —continuó dirigiéndose a Marat—,

esas frases las habéis tomado de alguna novela que estáis compaginando en vuestra buhardilla; yo soy quien os lo digo.
Ruborizóse Marat y Balsamo prosiguió diciendo:
—¿Sabéis lo que es una revolución? ¿No? Pues yo que he asistido a doscientas, os lo diré; yo que he visto la del antiguo Egipto, la de Asiria, las de Grecia, las de Roma, las del bajo Imperio; yo que he visto las de la Edad Media, cuando los pueblos se lanzaban unos sobre otros, Oriente sobre Occidente, y Occidente sobre Oriente, degollándose por no entenderse. Desde los reyes pastores hasta nuestros días, tal vez habrá habido cien revoluciones; ¡y os quejabais hace poco de que somos esclavos! Las revoluciones no sirven, pues, para nada; ¿pero por qué? porque los que las promovían estaban atacados del mismo vértigo, a saber: de la precipitación, sin tener en cuenta que Dios, que preside las revoluciones del mundo como el genio las de los hombres, no se precipita.
«¡Derribad, derribad la encina!» —gritáis, sin comprender que esa encima, que tarda un segundo en caer, cubre tanto terreno cuando cae como un caballo recorrería a galope en treinta segundos. Ahora bien, los que derribaran la encina por faltarles tiempo para evitar su caída imprevista, quedarían aplastados bajo su inmenso ramaje. ¿Es eso lo que deseáis? Pues no podréis conseguirlo de mí. Yo he sabido vivir, a semejanza de Dios, veinte, treinta, cuarenta edades de hombres, como Dios soy eterno y como Dios seré paciente. En el hueco de esta mano está mi suerte, la vuestra y la del mundo: y nadie me hará abrir esta mano llena de asombrosas verdades que no accedo a mostrar. Sé que encierra el rayo, pero permanecerá en ella como en la diestra de Dios.
—Señores, señores, dejemos esas alturas en extremo sublimes y volvamos a bajar a la tierra.
»Os lo manifiesto, señores, con tanta sencillez como convicción, aun no es hora, el rey que reina en el día es el último reflejo del gran rey a quien todavía venera el pueblo y en esa Majestad que se va disipando hay algo que deslumbra aún para contrabalancear los relámpagos que se desprenden de vuestros resentimientos. El que se sienta hoy en el trono ha nacido siendo rey, y morirá siéndolo, porque viene de una raza insolente pero pura, porque podéis ver su origen en su frente, en un gesto, en la voz; de modo que siempre será rey. Le derribaremos y pasará lo que sucedió con Carlos I, es decir, que sus verdugos se prosternarán ante él, y los cortesanos de su

desgracia besarán lo mismo que lord Capell el hacha con que se haya cortado la cabeza a su soberano.
«Señores, ahora bien, ninguno de vosotros ignora que Inglaterra se apresuró; pues si el rey Carlos I terminó en un cadalso, Carlos II, su hijo, murió en el trono.
»Esperad, señores, esperad, porque los tiempos no han de tardar en ser propicios para nuestro intento.
»Os empeñáis en destruir los lirios, y esa es la divisa de todos nosotros: *Lilia pedibus destrue*; pero es necesario que no quede ni una raíz, pues de otra manera volverá a retoñar la flor de San Luis. Pretendéis destruir el trono, mas con el objeto de que lo sea para siempre es preciso quitarle el prestigio y la esencia; queréis destruirlo, mas para ello debéis aguardar a que no sea un sacerdocio, sino un empleo, y a que no se ejerza en un templo, sino en una tienda. Ahora bien, lo más sagrado que existe en el trono, es decir, la legítima transmisión de la corona autorizada hace muchos siglos por Dios y los pueblos va a perderse para siempre. Hermanos, escuchad: esa barrera imposible de salvar, puesta entre nosotros, que no somos nada, y esas criaturas semidivinas; ese límite que los pueblos nunca se han atrevido a traspasar y se llama legitimidad, esta palabra que brilla tanto como un faro, y que hasta el día ha librado al trono de un naufragio, va a desaparecer barrida por el soplo de la misteriosa fatalidad.
»La delfina, destinada en Francia a perpetuar la raza de los reyes con la mezcla de la sangre imperial, la delfina, casada hace un año con el heredero del trono... Señores, aproximaos, porque temo no traspase estas paredes el ruido de mis palabras.
—Continuad, continuad —dijeron con ansia los seis jefes.
—Pues bien, señores, ¡la delfina se encuentra virgen aún!
De aquel círculo estrecho compuesto de seis cabezas que casi se rozaban, dominadas por la de Balsamo, quien se inclinaba sobre ellas desde lo alto del estrado, salió como un vapor mortal un murmullo siniestro que hubiera puesto en fuga a todos los reyes de la tierra por la rencorosa alegría que revelaba.
—Así las cosas —prosiguió Balsamo—, se presentan dos hipótesis a cual más provechosas para nuestra causa.
»Es la primera, que la delfina continúe siendo estéril, pues entonces se extingue la raza; entonces el porvenir no deja a nuestros amigos ni combates,

ni dificultades, ni desórdenes, y a esa raza señalada de antemano con el signo de la muerte le sucederá lo que le ha sucedido en Francia de tres en tres reyes, lo que sucedió a Luis *el Terco*, Felipe *el Largo* y Carlos IV, hijos de Felipe *el Hermoso* y que sucumbieron sin tener sucesión, después de reinar los tres; lo que sucedió a los hijos de Enrique II, esto es, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, quienes también murieron sin descendencia. El delfín, el conde de Provenza y el de Artois reinarán también, y los tres morirán sin tener hijos porque así lo ha ordenado el Destino.

»Y así como a Carlos IV, que fue el último de la raza de Capeto, sucedió Felipe VI de Valois, colateral de los anteriores reyes; así como después de Enrique III, que fue el último de la rama de los Valois, vino Enrique IV de Borbón, colateral de la raza anterior, después del conde de Artois, designado en el libro de la fatalidad como el último de los reyes de la rama primogénita, vendrá tal vez algún Cromwell o algún Guillermo de Orange, ora sea extraño a la raza, ora trastorne el orden natural de sucesión.

»He aquí lo que se deduce de la primera hipótesis.

»La segunda es que la delfina deje de ser estéril, y este es un lazo en que van a precipitarse nuestros enemigos suponiendo que nosotros caeremos también en él. ¡Oh! si la delfina sale de su estado de esterilidad, si llega a ser madre, cuando todos se regocijen en la corte y crean consolidado el trono de Francia, nosotros podremos alegrarnos también porque poseeremos un secreto tan terrible, que ningún prestigio, ningún poder, ningunos esfuerzos contrarrestarán los crímenes que ese secreto encierra, junto a las desgracias que resultarán de semejante fecundidad para la reina futura, pues el heredero que dé al trono, lo haremos a poca costa ilegítimo declarando adúltera su fecundidad. Pues, la esterilidad hubiera sido un beneficio de Dios comparada con esa dicha ficticia otorgada al parecer por el cielo. He aquí, señores, por qué me abstengo de obrar; he aquí por qué espero, hermanos; he aquí en fin, por qué creo que hoy es inútil agitar las pasiones populares, que emplearé de un modo eficaz cuando sea oportuno.

«Señores, ahora que sabéis lo que se ha trabajado este año, podéis ver si han progresado o no nuestras minas. Convencidos, pues, que no alcanzaremos nuestro objeto sino con el ingenio y valor de unos, que serán los ojos y el cerebro, la persistencia y trabajo de otros, que representaran los brazos, y la fe y abnegación de otros, que serán el corazón.

«Fijaos especialmente en que es preciso obedecer ciegamente para que hasta vuestro jefe se inmole a la voluntad de los estatutos de la orden el día en que así lo exijan.
»Y con esto, señores y carísimos hermanos, terminaría la sesión si no me faltara que hacer un bien e indicar un daño.
»El eminente escritor que se ha hallado entre nosotros, y que sería nuestro a no ser por el celo inoportuno de uno de nuestros hermanos que ha asustado a un alma tímida de suyo; ese gran escritor, repito, ha tenido razón en lo que ha expuesto en nuestra asamblea, y para mí es una desgracia que un extraño tenga razón contra una mayoría de hermanos que conocen muy mal nuestros reglamentos y desconocen en absoluto el objeto que nos guía.
«Triunfando Rousseau, con los sofismas que contienen sus libros de las verdades de nuestra asociación, representa un vicio fundamental que extirparía por medio del hierro y el fuego, si no esperase curarlo por medio de la persuasión. El amor propio de uno de nuestros hermanos se ha desarrollado lastimosamente sobreponiéndose a todo en la discusión; pero jamás volverá a ocurrir un hecho por el estilo o recurriré a las vías de la disciplina.
«Propagad la fe, señores, por medio de la dulzura y la persuasión; indicadla, no la impongáis; no la introduzcáis en las almas rebeldes a martillazos, como hacen los inquisidores con los torniquetes del verdugo. No olvidéis que únicamente seremos grandes cuando se nos tenga por buenos, y que no se nos tendrá por buenos hasta que no parezcamos mejores que todo lo que nos rodea; acordaos también que entre nosotros los grandes, los buenos y los mejores, nada valen sin ciencia, arte y fe; nada, en fin, junto aquellos a quienes Dios ha marcado con un sello particular para que ordenen a los hombres y rijan un imperio.
»Se levanta la sesión»

Seguidamente se cubrió Balsamo la cabeza y se embozó en su capa.
Los iniciados se marcharon uno a uno, y en silencio, para no despertar sospechas,

CV

LA MATERIA Y EL ESPÍRITU

Quedóse con el maestro Marat el cirujano, quien se aproximó con humildad y muy pálido al terrible orador cuyo poder no tenía límites.
—Maestro —le interrogó—, ¿he cometido efectivamente una falta?
—Grande —dijo Balsamo—, y lo más malo es que no creéis haberla cometido.
—Confieso que no sólo no creo que he cometido una falta, sino que me presumo que he hablado como conviene.
—Eso es orgullo —prorrumpió Balsamo—, los hombres combaten la enfermedad en las venas de un enfermo, la peste en las aguas y en los aires: pero consienten que el orgullo eche tan profundas raíces en sus corazones, que no pueden alcanzar a extirparlo.
—¡Oh!, maestro —dijo Marat—, ¡y qué concepto tan triste tenéis formado de mí! ¿Conque es verdad que valgo tampoco que no puedo contarme entre mis semejantes? ¿Tan mal fruto he recogido de mis trabajos, que no soy capaz de decir una palabra sin que se me llame ignorante? ¿Tan débil adepto soy que se sospecha de mis convicciones? Aunque no fuese más que por esto, existo a lo menos por el cariño que profeso a la sagrada causa del pueblo.
—Porque advierto —replicó Balsamo—, que el principio del bien lucha aún en vuestro interior contra el del mal, que algún día se sobrepondrá al otro, voy a ver si consigo corregiros de esos defectos. Si debo conseguirlo, si el orgullo no domina ya en vos a ningún otro sentimiento, lo lograré en una hora.
—¿En una hora? —exclamó Marat.
—Sí, ¿consentís dedicarme esa hora?
—¿Por qué no? —¿Dónde podré veros?
—Maestro, a mí me corresponde acudir al sitio que tengáis a bien indicar a vuestro servidor.
—Pues bien —dijo Balsamo—, acudiré a vuestra casa.
—Pensad en el compromiso que contraéis, maestro, porque vivo en una buhardilla, ya lo oís —dijo Marat simulando sencillez; pero con orgullo y con una fanfarronada de miseria que no se escapó a Balsamo—; entretanto que

vos...
—Yo, ¿qué?
—Habitáis en un palacio, según he sabido. Encogióse de hombros como podía hacer un gigante que desde la cúspide de su elevada estatura midiese la extensión del enojo de un enano.
—Pues bien, corriente —contestó—, iré a veros a vuestra buhardilla.
—¿Qué día?
—Mañana.
—¿A qué hora?
—Por la mañana.
—Es que al amanecer el día me voy al anfiteatro anatómico y desde allí al hospital.
—Es lo que necesito precisamente, y a no habérmelo propuesto vos, yo os lo hubiera pedido.
—Ya os he dicho que muy temprano, porque duermo poco —dijo Marat.
—Y yo no duermo —contestó Balsamo—, así, pues, al rayar el día.
—Bueno, os esperaré.
Dicho esto se separaron, porque llegaban ya a la puerta de la calle, tan sombría y solitaria cuando ellos salieron como poblada y alegre al entrar.
Marchó Balsamo por la izquierda y desapareció rápidamente.
Le imitó Marat dirigiéndose a la derecha con sus largas y delgadas piernas.
Puntual fue Balsamo, pues al día siguiente a las seis de la mañana llamaba ya a la puerta de la escalera, que situada en el medio de un largo corredor con seis puertas a uno y otro lado, formaba el último piso de una casa ya vieja de la calle de Cordeliers.
Comprendíase que Marat lo había arreglado todo para recibir más dignamente a su ilustre huésped, y en verdad, el parco lecho de nogal y la cómoda de madera común, brillaban de puro limpios, merced a lo bien que manejaba una rodilla de lana cierta mujer casera que se afanaba en conservar aseados aquellos roídos muebles.
Marat ayudaba bastante a aquella mujer, regando una maceta de barro azul en que había unas flores pálidas y descoloridas, que eran el mejor ornato de la buhardilla.
Todavía guardaba debajo del brazo una rodilla de hilo, lo cual demostraba que no había tocado a las flores sino después de limpiar un poco los muebles.
Como la llave estaba en la puerta y Balsamo penetró sin llamar, sorprendió a

Marat entretenido en aquella faena.
Al ver Marat al maestro se ruborizó mucho más de lo que convenía a un verdadero estoico, y dijo tirando detrás de una cortina la acusadora rodilla:
—Ya habréis visto que soy hombre casero, y que ayudo a esta buena mujer, pero elijo la faena, como por ejemplo, lo que puede que no sea propio de un buen plebeyo, pero que tampoco lo es del todo de un gran señor.
—Lo es de un joven pobre y amigo del aseo, y esto sobra —dijo Balsamo con frialdad—. ¿Terminái pronto? porque ya sabéis que tengo el tiempo medido.
—Voy a cambiarme de traje... Señora Grivette, mi ropa... Es mi portera, caballero, mi ayuda de cámara, mi cocinera, mi mayordomo, y la pago un escudo todos los meses.
—Es muy hermosa la economía —dijo Balsamo—, ésta es la que constituye la riqueza de los pobres y la prudencia de los ricos.
—El sombrero, el bastón —dijo Marat.
—Extended la mano —dijo Balsamo—, ahí tenéis el sombrero, y creo que el bastón que pedís es ese que está junto a él.
—¡Oh! perdonadme, caballero, estoy aturdido.
—¿Estáis ya?
—Sí; el reloj, señora Grivette.
La señora Grivette se volvió y revolvió, pero no respondió una palabra.
—No se necesita el reloj para ir al anfiteatro y al hospital; además, quizá se tardaría mucho en encontrarlo, y llevamos prisa.
—No obstante, caballero, estimo mucho mi reloj, que es excelente y lo he adquirido a fuerza de economizar.
—La señora Grivette lo buscará —contestó Balsamo sonriéndose—, y como busque bien ya lo tendréis a la vuelta.
—¡Oh! seguramente —dijo la señora Grivette—, que al momento parecerá si es que mi señor no lo ha dejado en otro sitio, porque aquí nada se pierde.
—Ya lo veis —dijo Balsamo—, vámonos, vámonos.
Marat no pudo insistir, y siguió a Balsamo aunque refunfuñando.
Cuando habían llegado a la puerta, dijo Balsamo:
—¿Adonde iremos primero?
—Al anfiteatro si os parece bien, maestro, he designado *un sujeto* que ha debido fallecer esta noche de una meningitis aguda: necesito hacer algunas observaciones sobre su cerebro, y no quisiera que mis compañeros lo cogiesen.

—Pues siendo así vamos allá.
—Es tanto más fácil cuanto que sólo dista dos pasos de aquí; el anfiteatro está unido al hospital, y no hacemos más que entrar y salir: podéis, pues, aguardarme a la puerta.
—Muy al contrario, siento deseos de entrar con vos para que me digáis vuestra opinión acerca del *sujeto*.
—¿Cuando vivía, caballero?
—No, ahora que es un cadáver.
—¡Hola! Mirad —dijo Marat sonriéndose—, que puedo obtener sobre vos una ventaja, porque conozco esta parte de mi profesión, y según cuentan soy un anatómico bastante hábil.
—Orgullo y siempre orgullo —murmuró Balsamo.
—¿Qué decís? —interrogó Marat.
—Digo que ya lo veremos —contestó Balsamo—. Entremos.
Fue Marat el primero que entró en el angosto portal que conducía a aquel anfiteatro, situado al fin de la calle de Hautefeuille.
Le siguió Balsamo sin titubear hasta una sala larga y estrecha donde se hallaban en una mesa de mármol dos cadáveres, uno de mujer y otro de hombre.
Había muerto joven la mujer. pero el hombre era viejo y calvo, encontrándose ambos cuerpos envueltos en un mal sudario que dejaba medio descubierto el rostro.
Los dos estaban tendidos uno junto a otro en aquel frío lecho, cuando quizá nunca se habrían visto en el mundo; y sus almas, que entonces viajaban hacia la región eterna, debían sorprenderse bastante al ver en semejante proximidad su mortal cubierta.
Levantó Marat tan sólo con un movimiento y echó a un lado el tosco lienzo que cubría aquellos dos infelices, a quienes la muerte había igualado ante el escalpelo del cirujano...
Los dos cadáveres estaban desnudos.
—¿Os causan repugnancia los muertos? —dijo Marat con su acostumbrado tono fanfarrón.
—Me entristecen —contestó Balsamo.
—Porque no estáis acostumbrado a ello —dijo Marat—. Yo que veo este espectáculo todos los días no siento ni tristeza ni repugnancia; es cierto que nosotros los practicantes vivimos con los muertos y no interrumpimos por

ellos ninguna de las funciones de nuestra vida.
—Ese es verdaderamente un triste privilegio de vuestra profesión.
—Y después —añadió Marat—, ¿por qué he de entristecerme ni tener repugnancia, si para lo primero cuento con la reflexión, y me guarda de lo segundo la costumbre?
—Me explicaréis esas ideas porque las he entendido mal —repuso Balsamo —. Lo de la reflexión en primer lugar.
—Corriente. ¿Por qué he de asustarme? ¿Por qué ha de darme miedo un cuerpo inerte, una estatua que es de carne como pudiera ser de piedra, mármol o granito?
—Verdaderamente que en un cadáver no hay nada, ¿no es verdad?
—Nada, absolutamente nada.
—¿Lo aseguráis así?
—Estoy cierto de ello.
—¿Y en un cuerpo vivo?
—Hay movimiento —dijo Marat presumiendo que había dicho una cosa soberbia.
—Y el alma, ¿qué decís de ella?
—Nunca la he visto en los cuerpos que he registrado con mi escalpelo.
—Porque solamente habréis registrado cadáveres.
—¡Oh!; sí tal, caballero, pues he operado y bastante en cuerpos vivos.
—¿Y no habéis hallado en ellos algo más que en los cadáveres?
—Sí, he encontrado el dolor; ¿llamáis quizá al alma dolor?
—¿De manera que no creéis en ella?
—¿En qué?
—En el alma.
—Creo, porque estoy en el derecho de llamarle movimiento, si así se me ocurre.
—Magnífico; creéis en el alma, y eso es lo que yo quería, mucho celebro que así sea.
—Maestro, entendámonos, y ante todo no exageremos las cosas —dijo Marat con su sonrisa de víbora—; porque nosotros los practicantes somos algo materialistas.
—Se encuentran muy fríos esos cuerpos, y esa mujer era hermosísima —dijo Balsamo pensativo.
—Sí.

—¡Qué bien hubiera sentado a ese hermoso cuerpo un alma bella!
—Justamente es esa la equivocación de quien la formó, porque cuchilla mala para buena vaina. Este cuerpo, maestro, era el de una pícara que salió de San Lázaro para morir de una inflamación cerebral en el hospital general, y cuya crónica es un si es no es escandalosa. De modo que si llamáis alma al movimiento que hacía obrar a esa criatura, no favoreceréis a nuestras almas, que deben ser de la misma esencia, supuesto que descienden de un mismo origen.
—Alma que ha podido curarse— dijo Balsamo—, y que se ha perdido por no poseer el único médico que es indispensable, esto es, un médico del alma.
—¡Ay!, maestro; esa es una de vuestras teorías, pero teorías solamente. No hay más que médicos para curar el cuerpo —replicó Marat con amarga sonrisa—; y a propósito, maestro; en este instante tenéis en los labios una palabra que Moliere ha empleado muchas veces en sus comedias, y ahora os hace sonreír.
—No —dijo Balsamo—, os equivocáis y no podéis saber de qué me río. Por lo pronto, lo que deducimos es que estos cadáveres están vacíos, ¿no es cierto?
—E insensibles —dijo Marat alzando la cabeza de la joven y dejándola caer con fuerza sobre el mármol, sin que el cuerpo se moviese tan sólo ni hiciese estremecimiento alguno.
—Magnífico, ahora pasemos al hospital.
—Maestro, aguardad un instante. ¿Me permitís que antes separe del tronco esa cabeza que se me ha ocurrido examinar, porque ha sido el punto atacado por una enfermedad muy curiosa?
—¿Por qué no? —dijo Balsamo.
Abrió Marat su estuche, tomó de él un bisturí y cogió de un rincón un mazo de madera en el que se veían algunas manchas de sangre.
Seguidamente con mano hábil hizo una incisión circular que separó todas las carnes y músculos del cuello; luego, así que llegó al hueso, clavó el bisturí por entre dos junturas de la columna vertebral, y con el mazo pegó sobre él un golpe fuerte y seco.
Rodó la cabeza por la mesa, y de la mesa al suelo, teniendo Marat que cogerla con sus manos húmedas.
Se volvió Balsamo con el objeto de no dar al vencedor demasiado regocijo.
—Algún día —dijo Marat, presumiendo ver en el maestro debilidad—, algún

día se cuidará algún filántropo de la muerte, como los demás se ocupan de la vida, e inventará una máquina que corte la cabeza de un golpe, y que reduzca a la nada momentáneamente, lo cual no pasa con los demás géneros de muerte. El descuartizamiento, la rueda y la horca son tormentos propios de pueblos bárbaros y no de unos que se llaman civilizados; una nación tan ilustrada como lo es Francia ha de castigar y no vengarse, pues la sociedad que enrueda, ahorca o descuartiza, se venga del culpable haciéndole sufrir antes de castigarle con la muerte, de lo cual hay mucha diferencia, según mi manera de pensar.

—Y también la mía. ¿Pero de que manera entendéis vos que debe ser ese instrumento?

—Yo creo que debe ser una máquina tan fina e impasible como la ley; porque el hombre que se encarga de ejecutar el castigo se conmueve al ver a su semejante, y algunas veces no acierta el golpe, como aconteció con Chalais y el duque de Montmouth. No sucedería lo mismo con una máquina que tuviese dos brazos de encina, los cuales dieran movimiento, por ejemplo, a una cuchilla.

—¿Y entendéis que porque esa cuchilla pasase más ligera que el rayo entre la base del hueso occipital y los músculos trapecios sería momentánea la muerte y rápido el dolor?

—Sería la muerte instantánea sin contradicción alguna, porque el aparato cortaría de un golpe los nervios, que son los que proporcionan el movimiento; y el dolor sería más rápido, porque ese mismo instrumento separaría el cerebro, que es donde se hallan los sentimientos del corazón, esto es, el centro de vida.

—Señor Marat —advirtió Balsamo—, en Alemania rige el suplicio de la decapitación.

—Es cierto, pero es por medio de la espada, y ya os he dicho que la mano del hombre puede temblar.

—En Italia también existen una máquina parecida; un cuerpo de encina la da movimiento, y se llama *mannaja*.

—¿Y bien, qué?

—Que he visto a condenados decapitados por el verdugo, levantarse sin cabeza del lugar en que estaban sentados e ir a parar dando traspiés a diez pasos de distancia. Yo he recogido varias cabezas que rodaban por debajo de la *mannaja* como esa que suspendéis por los cabellos rodó hace poco de la

mesa de mármol; y pronunciando al oído de las citadas cabezas el nombre con que habían sido bautizadas en vida, he visto que tornaban a abrir los ojos y que éstos giraban en sus órbitas, como si desearan ver quién los había llamado en la tierra durante ese paso del tiempo a la eternidad.
—Eso nace de un movimiento nervioso.
—¿Los nervios, no son los órganos de la sensibilidad?
—Sí, pero ¿qué sacáis de esto?
—Deduzco que sería mejor que en vez de buscar una máquina que matase para castigar, hallase el hombre un medio para castigar sin matar. Debéis creerme, la sociedad que encuentre ese medio será la mejor y más ilustrada.
—Utopía, y siempre utopía —exclamó Marat.
—Quizá tengáis razón —dijo Balsamo—; el tiempo nos sacará de dudas... ¿Pero no me hablasteis del hospital...? Vamos a él, pues.
—Vamos —dijo Marat.
Y guardó la cabeza de la joven en el pañuelo que llevaba en el bolsillo amarrando las cuatro puntas con mucho cuidado.
—Ahora —dijo Marat disponiéndose a salir—, estoy cierto de que mis compañeros sólo dispondrán de lo que yo les dejo.
El practicante y el hombre pensativo emprendieron el camino del Hospital general, yendo el uno al lado del otro.
—Tan diestro como frío habéis cortado esa cabeza —dijo Balsamo—; ¿os conmovéis bastante más cuando se trata de un vivo? ¿Os interesan más los padecimientos que la inmovilidad? ¿Os compadecéis más de los cuerpos que de los cadáveres?
—No, puesto que eso constituiría un defecto; un defecto como lo es en el verdugo el inmutarse. Lo mismo se mata a un hombre amputándole mal la pierna, como cortándole mal la cabeza, y un buen cirujano debe de hacer la operación con la mano y no con el corazón, aun cuando sepa harto bien, allá en el fondo de su alma, que por un padecimiento de un instante proporciona años de vida y salud. Esto es el lado bueno de nuestra profesión, maestre.
—Sí; ¿pero debo pensar que entre los vivos encontraréis el alma?
—Si aseguráis conmigo que el alma es el movimiento o la sensibilidad, sí: la encuentro, y en verdad que es bastante molesta, pues mata muchos más enfermos que mi escalpelo.
A esto llegaban a la puerta del Hospital general, y entraron en el Hospicio, no tardando Balsamo, a quien guiaba Marat siempre con su siniestra carga, en

penetrar en la sala de operaciones, en la que se encontraban el cirujano mayor y los estudiantes de cirugía.
Terminaban de conducir allí los enfermeros un joven a quien hacía una semana había derribado un pesado carruaje, deshaciéndole el pie. Con precipitación le hicieron la primera operación en aquel miembro entorpecido por el dolor; pero como esto no fue suficiente, el mal se había desarrollado con rapidez, siendo urgente proceder a la amputación de la pierna.
El desgraciado, tendido en su lecho de angustia, miraba con un espanto que hubiera emocionado hasta a los tigres, a aquella bandada de hambrientos que estaban espiando el momento de su martirio, y tal vez de su agonía, para estudiar la ciencia de la vida, fenómeno maravilloso tras el cual se veía el sombrío fenómeno de la muerte.
No parecía sino que suplicaba a cada uno de los cirujanos, practicantes y enfermeros un consuelo, una sonrisa, una caricia, pero no veía en todas partes sino indiferencia si miraba con el corazón, y el acero si con la vista.
Seguía mudo por un resto de valor y orgullo, reservando todas sus fuerzas para los gritos que sin tardanza iba a arrancarle el dolor.
No obstante, al sentir en el hombro la mano pesadamente complaciente del que le cuidaba; cuando sintió que los brazos de los ayudantes oprimían su cuerpo como las serpientes de Laocoonte; cuando oyó que decía el que le iba a operar «¡ánimo!» se aventuró el infeliz a romper el silencio y a interrogar con voz lastimera:
—¿Padeceré mucho?
—¡Eh! No, no tengáis temor —respondió Marat con una sonrisa falsa, si amable para el paciente, irónica para Balsamo.
Vio Marat que Balsamo le había entendido, y aproximándose a él le dijo en voz muy baja:
—Es una operación que espanta, porque el hueso está lleno de grietas, y es tan sensible esa parte que da lástima. Así es que morirá, no del daño, sino del dolor; y he aquí de lo que le aprovecha a ese vivo tener alma.
—Y entonces, ¿por qué queréis hacerle la operación? Por qué no le dejáis morir con tranquilidad?
—Porque la obligación del cirujano es intentar la cura, aunque ésta le parezca imposible.
—¿Y decís que padecerá?
—Atrozmente.

—¿La culpa la tendrá su alma?
—Su alma, que tiene demasiado apego a su cuerpo.
—Y entonces, ¿por qué no operáis el alma? La tranquilidad de la una quizá sería la curación de la otra.
—Precisamente es lo que acabo de hacer —dijo Marat, mientras continuaban atando al paciente.
—¿Habéis preparado su alma?
—Sí.
—¿De qué modo?
—Con palabras, naturalmente. He hablado al alma, a la inteligencia, a la sensibilidad, a lo que hacía que el filósofo griego dijese: «Dolor, tú no eres un mal»; y he empleado el "lenguaje conveniente a esa cosa, diciéndole: «no sufriréis». Ahora falta que el alma no padezca, pero esto atañe a ella. He aquí el remedio que se conoce hasta el presente, pues en cuanto a las cuestiones del alma, nada hay de verdad. ¿Por qué, ha de estar unido al cuerpo ese demonio de alma? Cuando ha poco he cortado la cabeza que sabéis, el cuerpo nada dijo, a pesar de que la operación era grave. Pero ¿qué queréis? El movimiento había cesado, la sensibilidad se hallaba extinguida, el alma había volado, como manifestáis vosotros los espiritualistas; y he aquí por qué esa cabeza nada dijo al tiempo de yo cortarla; he aquí por qué ese cuerpo consintió que le decapitara; mientras que este otro, donde aun habita el alma por poco tiempo, es verdad, pero al fin lo habita, va a arrojar gritos espantosos dentro de un momento. Tapaos bien los oídos, maestro, vos que sois sensible a esa conexión de las almas y los cuerpos, que siempre matará vuestra teoría, hasta que esa teoría no consiga separar al cuerpo del alma.
—¿Y creéis que jamás podrá lograrse ese aislamiento?
—Probadlo —dijo Marat—, la ocasión no puede ser mejor.
—Es cierto —dijo Balsamo—, la ocasión es buena y voy a aprovecharla.
—Sí, aprovechadla.
Ya se ve que sí.
—¿Y de qué manera?
—No quiero que sufra ese joven, porque me inspira interés.
—Sois un jefe ilustrado —dijo Marat—; pero ni sois Dios padre, ni Dios hijo, y no podréis impedir que ese buen mozo sufra.
—¿Y si no sufriese, aseguraríais su curación?
—Sería quizá más probable, pero no segura. Dirigió Balsamo a Marat una

mirada de triunfo imposible de explicar, y colocándose delante del enfermo, cuyos ojos encontró que se extraviaban y ya anegados en las angustias del terror.
—Dormid —dijo—, no sólo con la boca, sino también con la vista, con la voluntad, con todo el calor de vuestra sangre, en todo el fluido del cuerpo.
En aquel momento empezaba a tocar el cirujano mayor el muslo dañado, llamando la atención de los discípulos sobre la intensidad del mal.
Pero a consecuencia del mandato de Balsamo, se incorporó en la cama, osciló un instante en brazos de los ayudantes, inclinó la cabeza y cerró los ojos.
—Se está poniendo malo —dijo Marat.
—No es cierto.
—¿Pues no veis que pierde el sentido?
—No; lo que sucede es que se duerme.
—¿Cómo dormirse?
—Lo que oís.
Miraron todos hacia aquel médico extraordinario, que pensaron estaba loco, y en los labios de Marat brilló una sonrisa de incredulidad.
—¿Tiene la costumbre de hablar el que está desmayado? —preguntó Balsamo.
—No.
—Pues interrogadle y veréis como os contesta.
—¡Eh, joven! —gritó Marat.
—No es necesario gritar tanto —dijo Balsamo—: habladle naturalmente.
—Decidnos, pues, algo de lo que os pasa.
—Me han ordenado que duerma, y duermo —respondió el paciente.
La voz demostraba completamente tranquilidad, formando un extraño contraste con la que se había oído algunos momentos antes.
Todos los que se hallaban presentes se miraron entre sí.
—Ahora —dijo Balsamo—, desatadle.
—No es posible —dijo el cirujano mayor—, pues con un solo movimiento que hiciera se echaba a perder la operación.
—No se moverá.
—¿Quién me lo garantiza?
—Primero yo, y al momento él; y si no preguntádselo antes.
—¿Podemos dejaros libre, amigo?
—Sí que podéis.

—¿Y ofrecéis no moveros?
—Lo prometo, si me lo ordenáis.
—Os lo mando.
—Caballero, a fe mía —dijo el cirujano mayor—, que habláis con tal seguridad, que estoy tentado por hacer la experiencia.
—Hacedla, y nada temáis.
—Desatadle —mandó el cirujano mayor.
Obedecieron los ayudantes y Balsamo se aproximó a la cabecera de la cama.
—Desde este momento —dijo—, no os mováis hasta que yo os lo mande.
Una estatua tendida sobre un sepulcro no hubiera estado tan inmóvil como se quedó el enfermo al escuchar aquella intimación.
—Empezad ahora la operación —dijo Balsamo—, el enfermo está completamente dispuesto.
Tomó el cirujano el bisturí; pero titubeó.
—Cortad, cortad —dijo Balsamo con el aire de un profeta inspirado.
El cirujano, dominado de igual modo que Marat, el paciente y todo el mundo, acercó el instrumento a la carne.
Crujió ésta, pero el enfermo no exhaló un suspiro, ni hizo movimiento alguno.
—¿De qué país sois, amigo mío? —interrogó Balsamo.
—Soy bretón —respondió el enfermo sonriéndose.
—¡Y amáis mucho a vuestro país!
—¡Oh! ¡Es tan hermoso, caballero!
Entretanto hacía el cirujano las incisiones circulares que sirven en las amputaciones para poner al descubierto el hueso.
—¿Marchasteis de él siendo joven? —preguntó Balsamo.
—Cuando contaba diez años, caballero.
Hechas las incisiones, el cirujano acercó la sierra al hueso.
—Mi amigo —dijo Balsamo—, cantad la canción que los salineros de Batz cantan al regresar de noche a sus casas después de haber estado trabajando durante el día. Sólo recuerdo el primer verso, el cual decía:

Salve, mi lago celeste,

Mordía el hueso la sierra, pero el enfermo se sonrió y comenzó a cantar de una manera melodiosa, lentamente y extasiado como un amante o una poeta:

Salve, mi lago celeste,
Salve, mi sal espumosa,
Horno de fulgente llama,
Ilusión consoladora.

Ya había caído la pierna sobre la cama y todavía continuaba cantando el enfermo.

CVI

EL ESPÍRITU Y LA MATERIA

Todos contemplaban al enfermo con asombro y al médico con admiración.
No obstante, algunos dijeron que los dos habían perdido el juicio.
Marat también fue de este parecer y dijo a Balsamo.
—Ese desgraciado se ha vuelto loco y por eso no sufre.
—No es eso —respondió Balsamo—, y tan distante está de haber perdido el juicio, que si se le pregunta nos dirá, si es que ha de morir, qué día sucederá esto, y si ha de vivir, el tiempo que durará su convalecencia.
Marat presumió que Balsamo estaba tan loco como el paciente.
En tanto, el cirujano vendaba precipitadamente las arterias, de las que salía la sangre en abundancia.
Balsamo sacó del bolsillo un frasquito, empapó algunas hilas en el agua que contenía, y rogó al cirujano mayor que aplícase aquello a las arterias.
Este lo verificó con alguna curiosidad, porque era uno de los practicantes más célebres de aquel tiempo, apasionado amante de la ciencia, y no despreciaba ninguno de sus misterios, siendo para él la duda por lo menos peor que la casualidad.
Puso, pues, las hilas sobre la arteria, que se estremeció, empezando a hacer borbotones e impidiendo que pasara la sangre sino gota a gota.

Entonces ató la arteria fácilmente.
Balsamo alcanzó con aquello un verdadero triunfo, y todos le interrogaron dónde había estudiado y a qué escuela pertenecía.
—Soy un médico alemán de la escuela de Gottinga —dijo—, y soy autor del medicamento cuyos resultados habéis observado. Deseo, no obstante, queridos colegas, que este invento siga oculto algún tiempo, porque temo a la hoguera, y quizá se decidirá el parlamento de París a actuar una vez siquiera por sentir el placer de quemar vivo a un hechicero.
El cirujano mayor se quedó meditabundo.
Marat meditaba lo mismo.
A pesar de esto, fue el primero que rompió el silencio, diciendo:
—¿No dijisteis antes, que si preguntabais, al enfermo acerca del resultado que tendrá la operación que se le ha hecho, contestaría de un modo cierto, a pesar de que ese resultado está velado aún por las nieblas del porvenir?
—Y sigo sosteniéndolo —dijo Balsamo.
—Pues veámoslo.
—¿Cuál es el nombre de ese desgraciado?
—Havard —contestó Marat.
Balsamo se dirigió hacia el paciente que aun suspiraba las últimas notas de la triste canción.
—Amigo —le preguntó—, ¿qué pensáis del estado del desgraciado Havard?
—¿Qué pienso de su estado? —contestó el enfermo—; aguardad, porque es necesario que vuelva de Bretaña, donde me hallaba, al Hospital general, que es donde él se encuentra.
—Justamente, entrad allí, vedle y decidme la verdad.
—¡Oh! se encuentra muy malo, muy malo; le han cortado una pierna.
—¿Es cierto? —dijo Balsamo.
—Sí.
—¿Y ha salido bien de la operación?
—Perfectamente, pero...
El semblante del paciente se puso triste.
—Pero ¿qué?... —replicó Balsamo.
—Pero tiene —continuó el enfermo—, que sufrir prueba terrible, la fiebre.
—¿Y tardará mucho en darle?
—Esta noche a las siete.
Los presentes se contemplaron unos a otros.

—¿Y qué resultará de la fiebre? —preguntó Balsamo.
—Que se agravará bastante, pero no obstante, por de pronto se librará.
—¿Estáis seguro?
—¡Oh!, sí.
—¿Y libre de la fiebre se salvará?
—¡Ay!, no —dijo el enfermo exhalando un suspiro.
—¿Le acometerá nuevamente la fiebre?
—¡Oh!, sí, y más fuerte que nunca. ¡Pobre Havard —prosiguió—, que tiene mujer e hijos!
Y de sus ojos saltaron dos lágrimas.
—¿Va a enviudar su mujer? ¿Van a quedar huérfanos sus hijos? —interrogó Balsamo. —¡Aguardad! ¡Aguardad!
Y juntó las manos diciendo: —No, no.
Su semblante se llenó de una fe sublime.
—No, su mujer y sus hijos han rezado tanto que han alcanzado que Dios le salve.
—¿Es decir que se pondrá bueno?
—Sí.
—Ya lo oís, señores —dijo Balsamo.
—Preguntadle cuánto tardará —dijo Marat.
—¿En cuánto tiempo?
—Sí, puesto que habéis manifestado que él mismo indicaría las fases y el término de su dolencia.
—No deseo otra cosa; le preguntaré acerca de este particular.
—Hacedlo, entonces.
—¿Y para cuándo pensáis que estará curado Havard? —preguntó Balsamo.
—¡Oh! la convalecencia será larga; aguardad, un mes, seis semanas, dos meses, hace cinco días que ha ingresado aquí, y saldrá a los dos meses y quince días de haber entrado.
—¿Y saldrá bien?
—Sí.
—Pero le será imposible trabajar —replicó Marat—, ni mantener por consiguiente a su mujer y a sus hijos.
Havard juntó otra vez las manos y exclamó:
—¡Oh! Dios es bueno y los protegerá.
—¿De qué modo? —interpuso Marat—. Ya que hoy me ha tocado aprender,

desearía también saber eso.
—El Señor ha mandado a su lecho un hombre generoso que se ha compadecido de él y ha pensado para sí: «No quiero que le falte nada al desgraciado Havard».
Todos los presentes se miraron y Balsamo se sonrió.
—Estamos presenciando un raro espectáculo —dijo el cirujano mayor a la vez que pulsaba al enfermo, auscultaba su pecho y le palpaba la frente—; este infeliz está delirando.
—¿Estáis cierto? —preguntó Balsamo.
Y lanzando sobre el enfermo una mirada llena de autoridad y energía:
—Despertad —le dijo—, despertad.
Havard abrió los ojos esforzándose, y miró sorprendido a todos los que le rodeaban, inofensivos ya para él, cuando poco hacía le parecían amenazadores.
—¿No me han operado aún? —preguntó con dolorido acento—, ¿tendré todavía que sufrir?
Balsamo se apresuró a tomar la palabra, porque temía que la emoción consiguiera afectar al paciente.
Pero no tenía necesidad de apresurarse, pues era excesivamente grande la sorpresa de todos, para que nadie se adelantara a él.
—Ánimo, amigo mío —le dijo—, el señor cirujano mayor ha hecho en vuestra pierna una operación que basta a vuestro estado. Por lo que se ve, pobre mozo, sois algo flaco de ánimo, pues quedasteis desmayado antes del primer ataque.
—Mucho mejor —dijo el bretón con alegría—, nada he sufrido, y he tenido un sueño dulce y reparador. ¡Qué felicidad que me dejen mi pierna!
Pero en aquel instante miró el infeliz la cama, y la vio empapada en sangre y la pierna mutilada sobre ella.
Y lanzando un grito quedó sin sentido.
—Preguntadle ahora —dijo Balsamo con frialdad a Marat—, y veréis si contesta.
Y llamando aparte al cirujano mayor, entretanto que los enfermeros llevaban al pobre Havard a su lecho, le dijo:
—¿Ya habéis oído lo que ha dicho ese infeliz enfermo?
—Sí, señor, que curaría.
—Y a dicho también otra cosa, a saber: que Dios se compadecería de él y le

concedería con qué poder sostener a su mujer e hijos.
—¿Y bien?
—¡Y bien! que ha manifestado la verdad en esto como en todo; sed, pues, vos un intermediario de caridad entre vuestro enfermo y Dios: tomad este diamante que valdrá veinte mil libras poco más o menos; una vez que el enfermo esté bueno, vended ese diamante y dadle su importe. En tanto, como el alma, según me manifestaba con mucho juicio vuestro discípulo Marat, tiene gran influencia sobre el cuerpo, comunicad a Havard, así que recobre el conocimiento, que tiene asegurada su suerte futura y la de sus hijos.
—Pero, caballero —dijo el cirujano dudando si tomar la sortija que le daba Balsamo—, ¿y si no sana?
—Sanará.
—En este caso os daré un recibo.
—¡Caballero!...
—Sólo con esta condición admitiré una joya de tanto valor.
—Como os complazca, caballero.
—¿Tenéis la bondad de manifestarme como os llamáis?
—El conde de Fénix.
El cirujano pasó a la habitación inmediata, mientras que Marat confundido, anonadado pero luchando todavía contra la evidencia, se aproximaba a Balsamo.
Al cabo de cinco minutos regresó el cirujano con un papel que entregó a Balsamo.
Era un recibo redactado en estos términos:

«He recibido del señor conde de Fénix un diamante, que, según él mismo declara, vale veinte mil libras tornesas, y cuyo importe entregaré a un tal Havard el día en que salga del Hospital general.
»Dado a 15 de septiembre de 1771.
Guillotín, D. M.»

Balsamo saludó al doctor, guardó el recibo y salió acompañado de Marat.
—Habéis olvidado la cabeza —dijo Balsamo, para quien la distracción del joven practicante de cirugía era un éxito.
—¡Ah! es verdad —dijo éste.
Y recogió su fúnebre carga.

Una vez en la calle, anduvieron muy ligeros y sin hablar palabra, y al llegar a la calle de Cordeliers subieron juntos la pesada escalera que conducía a la buhardilla.
Marat, a quien no se le había olvidado la desaparición del reloj, se detuvo ante el cuarto de la portera, si es que el agujero donde ésta habitaba merecía el nombre de cuarto, y preguntó por la señora Grivette.
Un chico de siete a ocho años, flaco, raquítico y descolorido le contestó con voz chillona:
—No está mamá; pero ha dicho que si el señor venía le entregásemos esta carta.
—Bien —dijo Marat—, le dirás cuando regrese que me la suba ella.
—Está bien, señor.
Marat y Balsamo continuaron subiendo.
—¡Ah! —dijo Marat indicando un asiento a Balsamo y sentándose él en un banco de madera—, ya veo que el maestre posee muy buenos secretos.
—Eso consiste —respondió Balsamo—, en que quizás habré penetrado antes que otro la Naturaleza y la omnipotencia de Dios.
—¡Oh! —exclamó Marat—, ¡cómo demuestra la ciencia lo poderoso que es el hombre, y qué orgulloso debe estar uno porque lo es!
—Agregad que es un orgullo no sólo ser hombre, sino médico.
—Así es que me vanaglorio de hablar con un hombre tan sabio, maestre.
—Y eso —continuó Balsamo sonriendo—, que sólo soy un pobre médico del alma.
—¡Oh! no hablemos de eso, maestro, pues la sangre que brota de la herida la habéis contenido con remedios materiales.
—Sin embargo, pensaba que mi mejor cura era haber hecho que el amputado no sufriese; es verdad que habéis afirmado que había perdido el juicio.
—Por un momento lo ha perdido, no cabe duda.
—¿A qué llamáis vos locura? ¿No es una abstracción del alma?
—O del entendimiento —repuso Marat.
—No discutiremos sobre este particular; el alma me sirve para designar lo que deseo y en hallando la cosa poco me importa el nombre.
—¡Ah! aquí es en lo que somos de distinta opinión, caballero, pues vos sostenéis que habéis encontrado esa cosa sin buscar el nombre, y yo sostengo que buscáis el nombre y la cosa a la vez.
—Ya hablaremos de eso: ¿de manera que decíais que la locura es una

abstracción momentánea del entendimiento?
—Precisamente.
—Involuntaria, ¿no es así?
—Sí... Yo he visto a un loco en Bicètre que mordía los barrotes de hierro gritando: «cocinero, tus faisanes están tiernos, pero mal guisados».
—Pero, al cabo, admitís que esa locura pasa como una nube por el entendimiento, y así que pasa la nube, el entendimiento recobra su anterior claridad.
—Eso ocurre pocas veces.
—Sin embargo, ya habéis visto que nuestro enfermo recobró completamente la razón al salir de su sueño de loco.
—Lo he visto, pero no comprendía lo que veía, ése es un caso particular, una de esas extravagancias a que los hebreos llamaban milagros.
—Os engañáis, señor Marat —dijo Balsamo—, es solamente la abstracción del alma, el doble aislamiento de la materia y el espíritu; de la materia, masa inerte, polvo que se convertirá otra vez en polvo; del alma, soplo divino, encerrada un instante en esta linterna sorda que se llama cuerpo y que siendo como es hija del cielo volverá a él cuando el cuerpo perezca.
—¿Según eso, habéis sacado momentáneamente el alma del cuerpo?
—Sí, la extraje del golfo de dolor en que la retenía el sufrimiento para hacer que volase por horizontes libres y puros. ¿Y qué es lo que quedó entonces al cirujano? Lo que quedaba en vuestro escalpelo cuando cortasteis a la mujer muerta la cabeza que conserváis ahí: nada más que carne inerte, materia, barro.
—¿Quién os da poder para disponer así de un alma?
—El que creó todas las almas de un soplo, y no sólo las almas de los mundos sino las de los hombres; en nombre de Dios.
—Entonces —dijo Marat—, ¿negáis el libre albedrío?
—¡No! —repuso Balsamo—, por el contrario, ¿qué es lo que hago ahora? Enseñaros por una parte el libre albedrío y por otra la abstracción. Os presento un moribundo abandonado a todos los dolores, y ese hombre tiene un alma estoica, se anticipa a la operación, la provoca, la arrostra, y no obstante sufre. Empero si paso cerca de ese moribundo, yo que soy un enviado de Dios, yo que soy el profeta, yo que soy el apóstol, y si compadeciéndome de ese hombre, porque es mi hermano, separo con el poder que el Señor me ha dado el alma de su cuerpo que padece, ese cuerpo

se convierte para el alma en un espectáculo que contempla con ojos de piedad y misericordia desde su límpida esfera. ¿No oísteis que cuando Havard hablaba de sí propio, decía: «el pobre Havard», y no «yo»? Pues era que el alma nada tenía que ver con ese cuerpo, porque se encontraba a la mitad del camino del cielo.

—Entonces el hombre no es nada —dijo Marat—, y ya no puede decir a los tiranos: «ejercéis el poder sobre mi cuerpo, pero no sobre mi alma».

—¡Ah! de la verdad pasáis al sofisma, pero ya os he dicho que ese es un defecto en vos. Dios presta el alma al cuerpo, es cierto, pero también es verdad que en el tiempo en que el cuerpo retiene al alma, hay unión entre ellos, influencia del uno sobre el otro, supremacía de la materia sobre la idea, o de la idea sobre la materia, según ha consentido Dios por miras que nos son desconocidas, que el cuerpo mande o que mande el alma, también es verdad; pero el aliento que anima al pordiosero es tan puro como el que da la vida al monarca. He aquí el dogma que debéis predicar, vos que os consideráis apóstol de la igualdad.

Marat no sabía qué responder, hasta que al fin murmuró:

—Sí, en esto debe de haber alguna cosa sobrenatural.

—Por el contrario, natural; no llaméis sobrenatural a todo lo que se desprende de las funciones y el destino del alma, porque estas funciones son naturales. Si dijerais que son desconocidas, eso sería diferente.

—No lo son para nosotros, maestro, pero para vos no deben ser un misterio. Los peruanos desconocían el caballo, y no obstante era familiar a los españoles, que lo habían domado.

—Sería orgullo en mí manifestar que sé, y soy más humilde que todo eso, señor Marat: lo que afirmo es que creo.

Y bien, ¿qué pensáis.

—Pienso que la ley del mundo, la principal, la más poderosa de todas, es la del progreso. Pienso que nada ha sido creado por el Hacedor sino con un fin de bienestar y moralidad; pero como quiera que la vida de este mundo no ha sido calculada ni admite cálculo, el progreso es lento.

—¡Ah! —dijo Marat sonriendo con ironía—, ¿quizá llegareis a leer los corazones?

—¿Por qué no?

—¿En este caso mandaréis abrir en el pecho del hombre esa ventana que tanto ansiaban ver los antiguos?

—No es necesario eso; lo que haré será aislar el alma del cuerpo; y el alma, hija pura, hija inmaculada de Dios, me revelará todas las infamias de esa cubierta mortal que se halla condenada a animar.
—¿Podréis revelar secretos materiales?
—¿Por qué no? os repito.
—¿Me diréis, por ejemplo, quién me ha quitado el reloj?
—Colocáis la ciencia a un nivel muy bajo; pero sin embargo, igual prueba la grandeza de Dios un grano de arena que una montaña, lo mismo el arador que el elefante. Sí, os diré quién ha sido el que os ha robado el reloj.
En aquel instante llamaron a la puerta con timidez, no siendo otra la persona que así llamaba que la portera, quien había vuelto, y cumpliendo con el mandato del joven cirujano le llevaba la carta.

CVII

EL RELOJ DE MARAT

La señora Grivette entró.
Vamos a bosquejar su retrato. Era una mujer alta y seca, de treinta y dos a treinta y tres años, de color amarillento, con ojos azules ribeteados de negro, tipo horrible del deterioro que sufren en París, merced a la miseria, a una asfixia constante, a la degradación física y moral, esas criaturas a quienes Dios hizo bellas, y que hubieran sido magníficamente hermosas de haberse desarrollado por completo, como lo son en este caso todos los seres que pueblan el aire, el cielo y la tierra.
Así, pues, la portera de Marat hubiera sido una mujer hermosa si desde la edad de quince años no hubiese vegetado en un zaquizamí sin ventilación ni luz, y si el fuego de sus instintos naturales, sostenido por el calor de aquel horno en el verano, y nevera en el invierno, hubiese ardido siempre con tiento. Por lo demás tenía unas manos largas que el hilo de la costura había llenado de cortaduras, que el agua de jabón del lavadero había agrietado, y

que las brasas del fogón habían tostado y curtido; pero a pesar de todo esto, se adivinaba en las formas de aquellas manos, esto es, en el rastro indeleble del músculo divino, que se habrían llamado manos de reina, si en lugar de las ampollas que deja la escoba hubiesen tenido las que imprime el cetro. ¡Tan evidente es que el pobre cuerpo humano no es sino la insignia de nuestra profesión!

El alma, superior en aquella mujer al cuerpo, velaba como una lámpara, iluminando, por decirlo así, el cuerpo con un reflejo diáfano, y frecuentemente se veía brillar en aquellos ojos entorpecidos y empañados, un rayo de inteligencia, hermosura, juventud, amor y todo lo más exquisito que existe en la naturaleza humana.

La portera entró con la carta en la mano, y con voz apagada, con voz de vieja, porque las mujeres condenadas a vivir en la miseria envejecen a los treinta años:

—Señor Marat —dijo—, aquí os traigo la carta que habéis pedido.

—No deseaba yo precisamente la carta —dijo Marat—, sino hablaros.

—Pues bien, señor Marat, me tenéis a vuestra disposición.

La señora Grivette hizo una reverencia, y continuó:

—¿Qué es lo que queréis?

—Averiguar dónde está mi reloj, como podéis presumiros.

—No sé, ayer lo vi colgado encima de la chimenea.

—Os equivocáis, porque todo el día lo llevé en el bolsillo del pantalón, hasta que al tiempo de salir a las seis de la tarde ante el temor de que me lo quitaran en medio del gentío en que iba a meterme, lo coloqué debajo del candelero.

—Entonces allí estará seguramente.

Y la portera, con una candidez fingida que no presumía era su acusadora, fue a levantar precisamente de los dos candeleros que servían de adorne a la chimenea, aquel en que Marat había escondido el reloj.

—Sí, lo que es el candelero está ahí; ¿pero y el reloj?

—Es cierto que no está, puede ser que no lo hayáis puesto aquí, señor Marat.

—Cuando digo que lo he puesto...

—Buscadlo bien.

—¡Oh! He buscado muy bien —dijo Marat mirándola con enfado.

—Pues lo habréis perdido.

—¿No os he dicho que ayer lo coloqué yo mismo debajo del candelero?

—Entonces habrá entrado alguien aquí. —dijo la señora Grivette —: ¡como

recibís a tanta gente que no conocéis!
—Excusas y nada más que excusas —exclamó Marat incomodándose cada vez más—, bien sabéis que nadie entró aquí ayer. No, no, mi reloj ha emprendido el mismo camino que el puño de plata del último bastón que tuve; la cucharita, igualmente de plata que sabéis, y el cuchillo de seis hojas. Me están robando, y si hasta aquí lo he tolerado ya no quiero sufrirlo por más tiempo; ¡conque cuidado!
—¿Os atreveréis a acusarme, caballero?
—Vos estáis en el deber de tener cuidado de mis cosas.
—Es que yo sola no guardo la llave.
—Pero sois la portera.
—¡Bueno está! Por un escudo todos los meses queréis que os sirvan como si tuvieseis diez criadas.
—No siento yo que me sirvan mal; lo que siento es que me roben.
—Caballero, sabed que soy una mujer honrada.
—Una mujer honrada que entregaré al comisario si en el término de una hora no aparece mi reloj.
—¿Al comisario?
—Sí.
—¿Al comisario una mujer tan buena como yo?
—¿Mujer buena vos? ¿Mujer buena?
—Sí, y de mí nada hay que decir, ¿lo entendéis?
—Basta, señora Grivette, basta.
—¡Ah! ya me presumía yo que sospechabais de mí cuando marchasteis con ese caballero.
—Sospecho desde que me faltó el puño del bastón.
—Pues bien; advierto una cosa, señor Marat.
—Qué cosa.
—Que en el rato que habéis estado en la calle he consultado...
—¿Con quién?
—Con los vecinos.
—¿Y qué?
—Ha sido con motivo de vuestras sospechas.
—Aun ignorabais si sospechaba.
—Pero yo lo comprendía.
—¿Y cuál es la opinión de los vecinos? tengo curiosidad de saber qué dicen.

—Opinan que si sospecháis de mí, y tenéis la desgracia de dar conocimiento a la justicia de vuestras sospechas, sea a quien fuere, será necesario que llevéis las cosas al extremo.
—¿Y qué?
—Que tenéis que probar que se os ha quitado el reloj.
—Se me ha robado, puesto que estaba ahí y ya no está.
—Sí, pero manifestáis que yo lo he cogido, ¿estáis? ¡Ah! ante la justicia es necesario pruebas, porque no os creerán bajo vuestra palabra, señor Marat, que allí sois lo mismo que yo.
Balsamo, tranquilo como siempre contemplaba aquella escena, advirtiendo que aunque Marat no había variado de convicción bajaba el tono.
—De manera —dijo la portera—, que si no hacéis justicia a mi probidad, si no reparáis la injuria que intentáis hacer a mi honra, yo soy quien iré en busca del comisario de policía según me aconsejaba hace poco nuestro casero.
Marat se mordió los labios, porque no ignoraba que en aquello existía para él un peligro real y efectivo. El casero era un anciano mercader que había dejado el comercio y habitaba el tercer piso, y a creer la crónica escandalosa del barrio, diez años antes tuvo amores con la portera, cocinera en otro tiempo de su mujer.
Ahora bien; como Marat sostenía el trato de personas misteriosas; como era un joven poco arreglado; como se ocultaba un tanto; y por último, era algo sospechoso para los agentes de policía, no tenía muchos deseos de habérselas con el comisario, pues hubiera ido a parar a manos de M. de Sartines, a quien agradaba mucho leer los papeles de jóvenes como Marat, y mandar los autores de esos soberbios escritos a esas casas de meditación llamadas Vincennes, la Bastilla, Charenton y Bicètre.
Marat bajó el tono; pero a medida que él lo bajaba la portera levantaba el suyo, resultando que aquella mujer nerviosa e histérica se enfureció de tal manera, que amenazas, injurias, gritos, lágrimas, todo lo empleó, pudiendo afirmarse que aquello fue una tempestad.
Balsamo intervino entonces y dirigiéndose hacia aquella mujer que se hallaba en pie y con aire amenazador en medio de la sala, y mirándola con los ojos chispeantes le presentó dos dedos en el pecho y pronunció con el pensamiento, más que con los labios una palabra que Marat no oyó.
La portera guardó silencio y tambaleándose anduvo hacia atrás, con los ojos horriblemente dilatados, y fue a caer sobre el lecho sin articular ni una

palabra siquiera.
A poco se le cerraron los ojos y tornó a abrirlos; pero no se le veía la pupila; su lengua se movía de una manera convulsiva; el tronco no se movió, y no obstante temblaban sus manos como sacudidas por el frío de la fiebre.
—¡Hum! —exclamó Marat—, igual que el amputado del hospital.
—Sí.
—¿Está durmiendo?
—¡Silencio! —dijo Balsamo a la portera.
Luego, dirigiéndose a Marat:
—Ya ha llegado el instante —le dijo—, de que cese toda vuestra incredulidad; guardad la carta que os traía esa mujer y que ha soltado al tiempo de caer en la cama.
Marat obedeció.
—¿Y ahora? —interrogó.
—Aguardad.
Y tomando la carta de manos de Marat:
—¿Sabéis de quién es esa carta? —preguntó Balsamo a la sonámbula.
—No señor —respondió.
—Balsamo aproximó la carta cerrada a aquella mujer y le dijo:
—Leedla, pues; el señor Marat desea saber su contenido.
—Si no sabe —dijo Marat.
—Sí, pero vos sabéis, ¿no es cierto?
—Cierto.
—Pues entonces, leedla y ella irá leyendo también a medida que las palabras queden grabadas en vuestro espíritu.
Marat abrió la carta y empezó a leerla, mientras que la señora Grivette, de pie y estremeciéndose bajo el dominio de la omnipotente mirada de Balsamo, repetía a medida que Marat las iba leyendo allá para sí, las palabras que siguen:

«Mi querido Hipócrates: Apeles ha terminado de pintar su primer retrato y lo ha podido vender en cincuenta francos; hoy se comen estos cincuenta francos en la taberna de la calle de Santiago; ¿acudirás?
»Te prevengo que también se beberá una parte.
»Tu amigo
L. David.»

Esto era el contenido del billete.
Marat dejó caer el papel y Balsamo le dijo:
—Ya veis cómo la señora Grivette tiene también un alma, y que esta alma vela cuando ella duerme.
—Y un alma bien rara, puesto que sabe leer llevando ventaja en esto al cuerpo.
—Es que el alma no ignora nada.
Marat no sabía qué manifestar; su filosofía materialista se rebelaba dentro de sí, pero no acertaba a contestar.
—Ahora —siguió Balsamo—, pasemos a lo que os interesa más, es decir, a saber el paradero de vuestro reloj.
Y dirigiéndose a la portera le preguntó:
—¿Señora Grivette, dónde se halla el reloj del señor Marat?
—Lo ignoro —contestó.
—No lo ignoráis —insistió Balsamo—, y lo diréis.
Luego, con una voluntad más fuerte todavía, exclamó;
—Decid quien ha robado el reloj del señor Marat.
—La señora Grivette no ha robado el reloj al señor Marat; ¿por qué presume, pues, éste, que ella ha sido la que se lo ha robado?
—Entonces si no ha sido ella, ¿decid quién?
—No lo sé.
—Ya estáis viendo —dijo Marat—, como la conciencia es un refugio impenetrable.
—Puesto que esa es la única duda que os queda —dijo Balsamo—, os voy a convencer.
Y dirigiéndose hacia la portera: —Os ordeno que digáis quién...
—Vamos, vamos —dijo Marat—, no exijáis imposibles.
—Señora Grivette —dijo Balsamo—, ya he mandado que lo quiero.
Entonces al impulso de aquella voluntad imperiosa, la desgraciada mujer comenzó a torcerse las manos y los brazos como una loca: un estremecimiento igual al de la epilepsia se apoderó de todo su cuerpo; su boca tomó una expresión espantosa de terror y debilidad; cayó de espaldas, y se encogieron sus miembros lo mismo que si le hubiera acometido una convulsión.
—No, no —decía—, prefiero morir.

—Pues bien —exclamó Balsamo lleno de ira—, morirás, si es necesario, pero hablarás: ¿quién ha cogido el reloj?
El ataque nervioso alcanzó su colmo; toda la fuerza y poder que tenía la somnámbula, resistía a la voluntad de Balsamo; de su boca partieron gritos inarticulados, y una espuma rojiza manchó sus labios.
—Le atacará la epilepsia —dijo Marat.
—No temáis, eso proviene de que el diablo de la mentira no consiente salir de su cuerpo.
Y volviéndose hacia la mujer, le echó en el rostro todo el fluido que podía contener su mano, y le dijo:
—Hablad; ¿quién ha cogido el reloj?
—La señora Grivette —contestó la somnámbula con voz casi ininteligible.
—¿Cuándo?
—Ayer tarde.
—¿Dónde se hallaba el reloj?
—Debajo del candelero.
—¿Y dónde lo guarda?
—Lo he llevado a la calle de Santiago.
—¿A qué casa?
—Al número veintinueve.
—¿A qué piso?
—Al quinto.
—¿Quién habita allí?
—Un oficial de zapatero.
—¿Cuál es su nombre?
—Simón.
—¿Qué es ese hombre?
La portera no respondió.
—¿Qué es ese hombre?
No obtuvo respuesta.
—¿Qué es ese hombre? —insistió Balsamo.
Continuó el silenció.
Balsamo extendió hacia ella la mano llena de fluido, y aniquilada la infeliz con aquel ataque terrible, sólo le quedaron fuerzas para murmurar:
—Su querido.
Marat exhaló un grito de asombro.

—Callad —dijo Balsamo—, permitid que hable la conciencia.
Y dirigiéndose a la somnámbula que estaba temblando de pies a cabeza, le preguntó:
—¿Y por quién fue inducida la señora Grivette a cometer el robo?
—Por nadie; levantó el candelero por casualidad, vio el reloj y la tentó el demonio.
—¿Lo hacía por necesidad?
—No, puesto que no ha vendido el reloj.
—¿Lo ha regalado?
—Sí.
—¿A Simón?
La señora Grivette hizo un esfuerzo y respondió:
—A Simón.
Y se cubrió la cara con las manos vertiendo un torrente de lágrimas.
Balsamo miró a Marat, quien con la boca abierta, descompuestos los cabellos y dilatados los párpados, contemplaba lleno de asombro aquel espectáculo espantoso.
—Ya habéis presenciado —le dijo—, la lucha entre el alma y el cuerpo; ya veis cómo la conciencia ha cedido. No neguéis, pues, que hay conciencia; no neguéis que hay alma; ¡no neguéis lo que desconocéis, joven! Sobre todo, creed en la fe, que es el poder supremo y, puesto que tenéis ambición, estudiad.
Y luego de decir esto salió de la buhardilla.
Marat no pensó siquiera en ir a despedirle, pero así que se repuso advirtió que la portera seguía dormida.
Aquel sueño le pareció espantoso, y mejor hubiera deseado tener en su lecho un cadáver, aunque M. de Sartines interpretase aquella muerte allá a su manera.
Al contemplar aquella atonía, aquellos ojos del revés y aquellas palpitaciones, sintió miedo, miedo que se aumentó mucho más cuando vio que aquel cadáver con vida se levantaba.
—¿Marchamos, señor Marat? —le decía.
—¿A dónde?
—A la calle de Santiago.
—¿Qué haremos allí?
—Vamos, vamos, pues me manda que os conduzca allá.

Marat se puso de pie.
Entonces la señora Grivette, siempre dormida, abrió la puerta y bajó la escalera a guisa de pájaro o de gata, es decir, sin tocar apenas los escalones.
Marat la siguió, temiendo no cayese.
Una vez que llegó a lo último de la escalera salvó el umbral de la puerta y cruzó la calle, siempre seguida del joven.
Llamó a una puerta.
Un hombre salió a abrir, y en quien Marat reconoció a un obrero de veinticinco a treinta años, que había visto algunas veces en la garita de la portera.
Al ver a la señora Grivette y a Marat quedó sorprendido.
Pero la portera se dirigió a la cama, y sacó de debajo del esmirriado jergón el reloj que dio a Marat.
Apenas tocó la portera la mano de Marat al irle a entregar el reloj, lanzó un profundo suspiro y exclamó:
—Despierto. ¡Oh! despierto.
Así era, aflojáronse todos sus nervios como un cable que se suelta del montón: sus ojos recobraron la vida, y estando como estaba enfrente de Marat, con su mano en la de éste, y teniendo aún el reloj, es decir, la prueba irrecusable del crimen, cayó sin sentido sobre las tablas de aquel zaquizamí.
—¿Será cierto que existe la conciencia? —dijo Marat allá para sí al salir del cuarto con la duda en el corazón.

CVIII

EL FILÓSOFO Y SUS OBRAS

Mientras que Marat filosofaba, J. J. Rousseau, sentado en actitud meditabunda delante de su mesa, reflexionaba.
Ante sí se hallaban abiertas sus obras de política y filosofía, el *Emilio* y el *Contrato social*.

—¡Oh! —exclamó leyendo un párrafo del *Emilio* acerca de la libertad de conciencia—; estas frases son horriblemente subversivas y yo soy el que ataca a Dios, al rey y a la sociedad. No me llama la atención que algunos malvados se hayan aprovechado de mis sofismas despojándoles de las flores de estilo con que las ven.
—Y se levantó muy agitado paseando por la habitación.
Y leyó nuevamente una página de su *Vicario Saboyano*.
—Sí, eso es: *Reunámonos para ocuparnos de nuestra dicha...* ¡Qué esto haya sido escrito por mí! *Demos a nuestras virtudes la fuerza que otros dan a sus vicios*. ¡También he escrito esto!
Y Rousseau se agitó con más desesperación que nunca.
—De manera, que por mi culpa se han reunido los hermanos con los hermanos, y cuando alguna vez sea descubierto e invadido uno de esos subterráneos por la policía, cogerá a toda la bandada de esos hombres que juran comerse unos a otros en caso de traición, y no faltará uno más resuelto que los demás que saque del bolsillo mi libro y diga: «¿De qué os quejáis? Nosotros somos adeptos de M. Rousseau, y seguimos un curso de filosofía». ¡Oh! ¡Cómo se reirá de esto, Voltaire! No haya temor que a este cortesano le atrapen en una madriguera por el estilo.
La idea de que Voltaire se mofaría de él enfureció en extremo al filósofo ginebrino.
En esto entró Teresa, sin que la viese con el desayuno.
Teresa advirtió que leía atentamente un trozo de las *Meditaciones de un Solitario*, y dijo poniendo la leche humeante sobre el mismo libro:
—Bueno, el vanidoso se mira en su propio espejo. El señor Rousseau lee sus obras para admirarse a sí mismo.
—Déjame en paz, mujer.
—¡Oh! sí, eso es magnífico, ¿no es cierto? —dijo burlándose de él—. ¡Estáis extasiado! ¿Cómo es que los autores poseen tanta vanidad, a pesar de sus defectos, y nada nos pasan a nosotras las pobres mujeres? En cuanto se me ocurre mirarme al espejo, ya me está riñendo el caballero y llamándome coqueta.
Y la tomó con este tema, agotando la paciencia a Rousseau, como si éste no hubiese recibido ricos dones de la Naturaleza para poder hacer lo que hacía. Por lo demás, se tomó la leche sin mojar pan, y parecía que rumiaba.
—Bueno —dijo Teresa—, está reflexionando; ¿vas a componer algún otro

libro lleno de picardías?
Rousseau se estremeció.
—Sin duda que estás pensando —le dijo Teresa—, en tus mujeres ideales, y de este modo escribes libros que las jóvenes no se atreven a leer, o alguna profanación que algún día quemará la mano del verdugo.
El mártir volvió a estremecerse, porque el golpe de Teresa había sido certero.
—No —repuso—, nada escribiré ya que dé lugar a que piensen mal... Al contrario, deseo componer un libro que lean con gusto todas las personas honradas.
—¡Oh! ¡oh! —dijo Teresa cogiendo la taza—, tenéis muy llena la imaginación de ideas obscenas para que hagáis eso... El otro día, sin ir más lejos, te oí leer un pasaje de no sé donde, y hablabas de mujeres a quienes adorabas... ¡porque eres un sátiro, un mago!
La palabra mago era una de las ofensas más espantosas del vocabulario de Teresa, y siempre que la usaba se estremecía Rousseau.
—No, amiga, no, voy a escribir un librito para probar que he hallado la manera de regenerar al mundo. Sí, sí, voy a madurar este proyecto. No más revoluciones, Dios mío! ¡Teresa, no quiero más revoluciones!
—¡Hum! allá veremos —replicó Teresa—, pero llaman.
Teresa volvió un instante después con un joven de bella presencia, a quien suplicó esperase en la antesala.
Y entrando en el cuarto de Rousseau, le dijo:
—Esconde pronto esas infames obras, pues está al uno que desea verte.
—¿Quién es?
—Un señor de la corte.
—¿No te ha dicho su nombre?
—Sí, ¡como que yo recibo a gente que desconozca!
—Pues entonces di.
—Es M. de Cogny.
—¡M. de Cogny! —repuso Rousseau—, ¿M. de Cogny, gentilhombre de monseñor el delfín?
—Así es; y por cierto que es un mozo muy guapo y amable.
—Voy allá, Teresa.
El filósofo se arregló un poco y salió al comedor donde el cortesano aguardaba, mirando con curiosidad los vegetales secos que Rousseau había pegado sobre papel y colocado en forma de orlas sobre madera negra.

Al oír la puerta de cristal se volvió, y saludando cortésmente, dijo:
—¿Tengo el honor de hablar con M. de Rousseau?
—Sí, señor —respondió el filósofo con un tono seco que no excluía una especie de admiración a la notable hermosura y elegancia sin afectación de su interlocutor.
En verdad M. de Cogny era uno de los hombres más hermosos y amables de Francia.
Rousseau examinó con detención al joven y ya éste le satisfizo con más amabilidad.
—¿En qué puedo seros útil, caballero? —le dijo.
—Ya os habrán informado que soy el conde de Cogny, y a eso añado yo que vengo de parte de Su Alteza la delfina.
Rousseau hizo un saludo, poniéndose como la grana, y Teresa, que se hallaba en un ángulo del comedor, con las manos metidas en los bolsillos de su traje, contemplaba con halagüeños ojos al simpático mensajero de la princesa más grande de Francia.
—¿Y qué desea de mí Su Alteza Real? —dijo Rousseau—... pero sentaos, si gustáis, caballero.
Rousseau se sentó, y M. de Cogny tomó asiento también, y dijo:
—Comiendo hace días Su Majestad en Trianón elogió vuestra deliciosa música, y Su Alteza, mi señora, que desea agradar a Su Majestad, ha ideado representar en Trianón una de vuestras lindísimas obras.
Rousseau hizo un saludo profundo, y el gentilhombre prosiguió:
—Vengo, pues, a pediros de parte de la señora delfina...
—¡Oh! —interrumpió Rousseau—, mi permiso para nada hace al caso. Mis obras y las arietas que forman parte de ellas, pertenecen al coliseo en que se han representado; de consiguiente a quienes se debe pedir el permiso es a los actores, y estoy segurísimo de que Su Alteza Real no hallará obstáculo alguno a sus deseos, porque para los cómicos de referencia es una fortuna representar y cantar en presencia de Su Majestad y de toda la corte.
—No es eso precisamente lo que estoy encargado de pediros —dijo M. de Cogny—; Su Alteza Real la delfina desea dar al rey una diversión más completa y más rara, sabe todas vuestras óperas...
Rousseau saludó nuevamente.
—Y las canta admirablemente.
Rousseau se mordió los labios, y dijo tartamudeando:

—¡Cuánto honor!
—Además —continuó M. de Cogny—, como hay en la corte varias damas que son excelentes cantantes, y muchos gentileshombres se ocupan de igual modo de música con buen éxito; la ópera que la señora delfina escogiese entre las vuestras sería ejecutada por esa sociedad de señoras y caballeros, cuyos principales actores serían Sus Altezas Reales.
Rousseau dio un salto sobre su silla, y dijo:
—Es muy grande el honor que se me dispensa, y os suplico deis las gracias en mi nombre a la señora delfina.
—Aun hay más —agregó M. de Cogny sonriéndose.
—¡Oh!
—Esa compañía es más ilustre que la otra; pero precisa que el maestro la dé sus consejos, porque es necesario que la ejecución sea digna del augusto espectador que ocupe el palco regio, y del ilustre autor de la obra.
Rousseau se levantó para saludar, porque aquel cumplimiento le había interesado muchísimo; saludó, pues, a M. de Cogny con bastante gracia.
—Por lo tanto —añadió el gentilhombre—, os suplica Su Alteza Real que tengáis la bondad de ir a Trianón para dirigir el ensayo general de la ópera.
—¡Oh! —dijo Rousseau—, Su Alteza Real no lo ha meditado bien... ¡Yo ir a Trianón!
—¿Por qué no? —preguntó M. de Cogny con el aire más natural del mundo.
—Caballero —dijo Rousseau—, vos sois hombre de gusto y de talento; vos tenéis mejor tacto que otros; ahora bien, contestadme con la mano puesta sobre el corazón: Rousseau el filósofo, Rousseau el proscrito, Rousseau el misántropo en la corte, ¿no es para provocar la risa de cuantos le vean y lo sepan?
—¿Y qué puede importarle a un hombre de genio la risa de los necios? Si tenéis esa debilidad, señor Rousseau, escondedla, porque ella sola haría reír a no pocos. En cuanto a lo que os digan, me confesaréis que no debe uno pensar en eso cuando se trata de complacer a una dama como Su Alteza Real la señora delfina, heredera presunta de la corona de Francia.
—¡Oh! sí —dijo Rousseau.
—¿Será acaso —dije M. de Cogny sonriéndose—, que teméis humanizaros porque habéis tratado con dureza a los reyes? ¡Ah! señor de Rousseau, habéis dado lecciones al género humano, y supongo que no le aborreceréis... Por otra parte, ¿no exceptuáis de vuestro odio, caso de que lo tengáis, a una dama

que es de la sangre imperial?
—Caballero, me instáis con mucha gracia, pero reflexionad cuál es mi posición; yo vivo apartado, solo y sufriendo mis achaques.
Teresa hizo un gesto, y murmuró:
—¡Sus achaques!... ¡Vaya si es descontentadizo el señor!
—Por más que haga, siempre aparecerá en mi rostro y modales una huella desagradable a los ojos del rey y las princesas, que sólo buscan la alegría y el placer. ¿Qué diría a esto?... ¿Qué haría?
—Cualquiera dirá que dudáis de vos mismo, ¿pues qué, el que escribió la *Nueva Eloísa* y las *Confesiones*, no demuestra más talento para hablar y obrar que nosotros todos?
—Os digo, caballero, que no me es posible...
—Los príncipes desconocen esa palabra.
—Por eso precisamente me quedaré en mi casa.
—Señor Rousseau, creo que al temerario mensajero que se encarga de satisfacer los deseos de la señora delfina, no le causaréis el disgusto mortal de tener que volverse a Versalles avergonzado y vencido; esto lo sentiría tanto que se desterraría en el acto. Vamos, querido Rousseau, haced por mí, por un hombre que admira todas vuestras obras, lo que vuestro gran corazón negaría a reyes que os lo pidiesen.
—Vuestra extremada delicadeza me encanta, caballero; vuestra elocuencia es irresistible, y tenéis una voz que me conmueve demasiado.
—¿Es decir, que os ablandáis?
—No, no puedo... imposible; mi salud me impide emprender un viaje.
—¡Un viaje! Estáis en un error, señor Rousseau, pues en carruaje se llega en hora y cuarto.
—Para vos, que tenéis caballos magníficos, sí.
—Todos los de la corte son vuestros, señor Rousseau, estoy encargado por la señora delfina de deciros que en Trianón tenéis habitación preparada, porque no quiere que volváis tan tarde a París. Además, el señor delfín, que sabe de memoria todas vuestras obras, ha dicho delante de su corte, que tenía empeño en enseñar en su palacio la habitación que haya servido de albergue al señor Rousseau.
Teresa exhaló un grito de admiración, no por Rousseau, sino por aquel príncipe tan bueno.
Rousseau no pudo resistir a aquella muestra de benevolencia, y dijo:

—Tendré que rendirme, porque jamás he sido atacado con tanto acierto.
—Se necesita atacar a vuestro corazón —replicó M. de Cogny—, porque vuestro entendimiento es inexpugnable.
—Serviré a la señora delfina.
—¡Oh! señor Rousseau, recibid un millón de gracias, por lo que respecta a mí, y por lo que se refiere a la señora delfina, permitidme que no os las dé en su nombre, porque sentiría Su Alteza Real que yo me hubiese anticipado, cuando desea dároslas personalmente. Además, ya sabéis que al hombre toca expresar su gratitud a una mujer joven y adorable que le pide un favor.
—Verdad, caballero —respondió Rousseau sonriéndose—; pero los que somos viejos tenemos el privilegio de que nos rueguen las mujeres bonitas.
—Señor Rousseau, tened la bondad de indicarme a qué hora queréis os mande mi carroza, o más bien, yo vendré por vos para acompañaros.
—A eso no cedo, caballero —dijo Rousseau—. Iré a Trianón; pero permitidme que vaya a mi gusto y como se me antoje; desde este instante no volváis a ocuparos de mí, decidme la hora y esto basta.
—¡Cómo! ¿No queréis que sea vuestro introductor? Es verdad que no soy digno de tamaña honra, y que un nombre como el vuestro se anuncia bien por sí solo.
—Caballero, sé que sois en palacio más que yo en ningún sitio del mundo, y por tanto no rehúso vuestra oferta por lo que atañe a vuestra persona, sino porque deseo obrar a mis anchas; quiero ir a Trianón como si fuese a paseo, y, en fin... tal es mi voluntad.
—Obedezco, pues, y me guardaría muy bien de desagradaros por nada de este mundo. El ensayo es esta tarde a las seis.
—Pues bien, a las seis menos cuarto me hallaré en Trianón.
—¿Y cómo?
—Eso es cosa mía; he aquí mis carruajes.
Y mostró la pierna bien formada todavía, y que calzaba con una especie de pretensión.
—¿Pero vais a andar cinco leguas?-añadió M. de Cogny asombrado—; pensad que os vais a estropear, y pasar una mala noche.
—Es que también poseo carruaje y caballos; carruaje fraternal, carroza popular, que lo mismo es del vecino que mía, como el aire, el sol y el agua; carruaje que cuesta quince sueldos.
—¡Oh! ¡el patache! ¡Me horrorizo al pensarlo!

—Las banquetas que a vos os parecen tan incómodas, son para mí un lecho de sibarita.
M. de Cogny notó que le echaban, y después de repetir las gracias, bajó la escalera, acompañado de Teresa hasta la puerta, y de Rousseau hasta la meseta.
M. de Cogny entró en su coche, que le aguardaba en la calle, y regresó a Versalles, sonriéndose allá para sí.
Teresa cerró la puerta con un humor de todos los diablos, lo cual hizo presagiar a Rousseau la tempestad que se preparaba.

CIX

LA INDUMENTARIA DE ROUSSEAU

Luego que hubo salido el gentilhombre, Rousseau, exhalando un suspiro, se dejó caer en un sillón, y dijo en tono lánguido:
—¡Oh! siempre molestándome la gente con sus persecuciones.
Teresa, que entraba a la razón, cogió estas palabras al vuelo, y poniéndose enfrente de Rousseau, le dijo:
—¡Miren el orgulloso!
—¡Yo orgulloso! —replicó Rousseau sorprendido.
—Sí, orgulloso e hipócrita.
—¿Yo?
—Tú... estás satisfecho porque vas a la corte, y disfrazas tu alegría con una fingida indiferencia.
—Como quieras —añadió Rousseau encogiéndose de hombros, pero humillado al ver que le conocían tan bien.
—Sí, que me vas a hacer creer que no es para ti una honra insigne que el rey escuche las melodías que tocas aquí como un holgazán en tu manicordio.
Rousseau miró a su mujer con ojos encendidos, y le dijo:
—Imbécil: a un hombre como yo, no le honra el presentarse ante un rey. ¿A

qué debe ese hombre el sentarse en el trono? A un capricho de la Naturaleza que ha hecho nazca de una reina, pero yo soy merecedor de ser llamado a presencia del rey para recrearle, y esto es debido a mi trabajo y al talento que he adquirido trabajando.
Teresa no era mujer que se dejara vencer así.
—Debía oírte M. de Sartines razonar de ese modo, que no te faltaría un lugar en Bicètre, o un palco en Charenton.
—Porque ese M. de Sartines —dijo Rousseau—, es un tirano pagado por otro igual, y el hombre que sólo cuenta con su ingenio, no tiene defensa contra los tiranos; pero, si M. de Sartines me persiguiese...
—¿Qué sucedería? —dijo Teresa.
—¡Ah! sí —suspiró Rousseau—; sé que mis enemigos se alegrarían, no lo ignoro.
—¿Y por qué te has creado enemigos? —dijo Teresa—, porque eres un perverso, y porque has molestado a todo el mundo. ¡Ah! ¡M. de Voltaire si que tiene amigos!
—Efectivamente —respondió Rousseau con una sonrisa angelical.
—Y por eso es caballero M. de Voltaire, por eso es amigo del rey de Prusia, y posee caballos, y es rico, y tiene un palacio en Ferney... Y todo esto lo debe a su mérito... Así es que cuando va a la corte, no se la echa de desdeñoso, y está igual que en su casa.
—¿Y piensas tú —dijo Rousseau—, que yo no estaré allí como en la mía? ¿No sé, por ventura, quién paga lo que allí se derrocha y que me dejo engañar por los respetos que allí se rinden al soberano? ¡Pobre mujer, que todo lo juzga al revés, piensa que si me la echo de desdeñoso, es porque miro desdeñosamente, que si miro con desdén el lugar de los cortesanos, es porque han robado ese lujo!
—¡Robado! —dijo Teresa con una indignación que no tuvo límites.
—¡Sí, robado! a ti, a mí, a todo el mundo. Todo el oro que llevan en sus trajes debieran darlo a los que ni aun tienen pan; y aquí tienes por qué yo, que pienso en todo esto, voy con repugnancia a la corte.
—Yo no digo que el pueblo sea feliz —dijo Teresa—, pero al fin el rey es rey.
—Por eso acato sus órdenes: ¿que más desea, pues?
—Las acatas, porque temes; que no se diga, que vas a una parte a disgusto, y que eres un hombre valeroso, porque contestaré que eres un hipócrita, y que

te satisface eso.
—Yo no tengo miedo a nada —exclamó Rousseau con soberbia.
—¡Bueno! ve a decir al rey la cuarta parte de lo que dijiste hace poco.
—Lo haré, seguramente, si lo creo necesario.
—¿Tú?
—Sí, yo; ¿me has visto retroceder jamás?
—¡Bah! Y no tienes valor para quitar a un gato un hueso que esté royendo por miedo de que te arañe... ¿Qué será, pues, cuanto te veas rodeado de guardias, y gente que ciñe espada?... Bien sabes que te conozco como si te hubiera parido... Ahora te pulirás, te perfumarás y te pondrás hecho un Adonis; te calzarás perfectamente, tratarás de mover los ojos de una manera interesante, porque los tienes muy pequeños y redondos, y, si los abrieras, naturalmente se verían, mientras que guiñándolos quieres demostrar que son tan grandes como una puerta cochera; llevarás las medias de seda, y la casaca de color de chocolate con botones de acero, y la peluca nueva; tomarás un faetón, y el grave filósofo irá a hacerse adorar de las damas... y mañana, ¡ah! mañana te encontrarás lánguido, extasiado, porque te habrás enamorado, y escribirás rengloncitos suspirando, y regarás el café con lágrimas. ¡Oh! ¡Qué bien te conozco!
—No lo creas, amiga mía —dijo Rousseau—; ya te he dicho que para mí es un sacrificio tener que ir a la corte. Iré, porque así como así, temo el escándalo, y todo hombre honrado debe temerlo. Por otra parte, yo no soy de los que se niegan a reconocer la supremacía que un ciudadano debe tener en una república; pero en cuanto a adelantarme yo, en cuanto a echármela de cortesano, en cuanto a rozar mi vestido nuevo con las lentejuelas de esos señores mastuerzos, ¡no y no! nunca lo haré, y si me coges en mentira, ríete de mí a tus anchas.
—¿Es decir que no te arreglas? —preguntó Teresa irónicamente.
—No.
—¿Ni llevas la peluca nueva?
—No.
—¿No guiñarás tus ojuelos?
—No, y no. Iré a la corte como un hombre libre, sin afectación y sin temor; iré como iría al teatro, y poco me importa que a los cómicos les parezca bien o mal.
—¿Siquiera te afeitarás? —dijo Teresa—; tienes una barba de medio pie de

largo.
—Te digo que no me cambio de ropa ni de nada.
Teresa prorrumpió en una carcajada que confundió a Rousseau, teniendo que refugiarse en el aposento contiguo.
Para seguir Teresa sus persecuciones sacó del armario el traje de ceremonia, ropa limpia, y los zapatos muy bien lustrados, extendiéndolo todo sobre la cama y las sillas de Rousseau.
Pero éste no puso atención al parecer en aquella maniobra, en vista de lo cual Teresa le dijo:
—Vamos, ya es hora de que te arregles, porque el adornarse para ir a la corte es cosa larga, y si no te das prisa no tendrás el gusto de ir a Versalles a la hora señalada.
—Te repito, Teresa —replicó Rousseau—, que estoy bien así. Este es el vestido con que me presento todos los días delante de mis conciudadanos, y un rey no es más que un ciudadano, ni más ni menos que yo.
—Vamos, vamos —dijo Teresa para tentarle y hacer que accediera a su voluntad—, no te incomodes, Jacobo, ni hagas una tontería... Aquí tienes el traje, y la navaja de afeitar está preparada, y por si estás atacado de los nervios he mandado llamar al peluquero.
—Gracias, amiga mía —respondió Rousseau—: lo único que haré será darme un brochazo y ponerme los zapatos, por no salir con chinelas.
—¿Si tendrá una vez voluntad propia? —dijo Teresa para sí.
Y continuó excitándole unas veces por medio de la coquetería, otras procurando convencerle, y otras violentándole con sus chanzonetas; pero Rousseau la conocía, veía el lazo, y tenía la evidencia de que así que cediese se mofaría de él despiadadamente Teresa. No quiso, pues, ceder, y se abstuvo de mirar las bonitas prendas que realzaban lo que él llamaba su buen aspecto natural.
Teresa estaba espiándole, pues aún le quedaba un recurso, cual era la ojeada que nunca dejaba de echar Rousseau al espejo al tiempo de salir, porque el filósofo era curioso hasta rayar en exceso.
Empero Rousseau continuó a la defensiva, y sorprendiendo la ansiosa mirada de Teresa, volvió la espalda al espejo. Cuando llegó la hora, ya había rumiado el filósofo en su pensamiento todo lo desagradablemente sentencioso que se podía decir a un rey.
En tanto que se ponía las hebillas de los zapatos, recitó algunos trozos allá

para sí, y acto seguido se metió el sombrero debajo del brazo, cogió el bastón, y aprovechándose de un instante en que Teresa no podía verle estiró la chupa y la casaca con ambas manos.
Teresa volvió a entrar y le dio un pañuelo que él metió en su ancha faltriquera, acompañándole después hasta la meseta, donde le dijo:
—Vamos, Jacobo, sé juicioso; así estás atroz, te pareces a un monedero falso.
—Adiós —contestó Rousseau.
—Cuidado, caballero —dijo Teresa—, que os pueden equivocar con un ratero.
—Ten tú cuidado con la lumbre —replicó Rousseau—, y no toques a mis papeles.
—Os aseguro que os semejáis a un policíaco.
Rousseau nada dijo; bajó la escalera, y aprovechándose de lo oscura que estaba, cepilló el sombrero con la manga, sacudió la pechera de la camisa, y se adornó rápidamente, pero con inteligencia.
Cuando llegó abajo, arrostró el barro de la calle de la Plastrière, pero sobre la punta de los pies, y se encaminó a los Campos Elíseos, donde estaban situados esos honrados carricoches a que llamaremos pataches por purismo, y que llevaban o más bien molían, aún hace diez años, de París a Versalles a los viajeros que necesitaban economizar.

CX

ROUSSEAU EN TRIANÓN

No hablemos del viaje; a las cinco y media llegó a Trianón, donde ya se encontraba reunida la corte, y se ocupaba en preludios en tanto que llegaba el rey, pues por lo que hace al autor nadie se preocupaba de él.
Algunos sabían que M. Rousseau, natural de Ginebra, iría a dirigir el ensayo; pero lo mismo les importaba ver a Rousseau que a M. Rameau, o a M. de Marmontel, o a cualquier otro de esos animales curiosos que los cortesanos

pagaban por ver, sea en sus salones, sea en las casuchas que ocupaban aquéllos.
Rousseau fue recibido por el oficial que estaba de servicio, a quien M. de Cogny había recomendado le avisara así que llegase el filósofo.
El gentilhombre se presentó con su acostumbrada urbanidad, y recibió a Rousseau con muestras de aprecio; pero apenas fijó en él la vista se quedó asombrado y no pudo menos que volverle a examinar.
Rousseau estaba cubierto de polvo, ajado, pálido, y con aquella palidez resaltaba todavía más su barba de ermitaño pudiendo asegurarse que ningún espejo de Versalles reflejaba una figura semejante.
Aquel examen disgustó a Rousseau, pero aumentó su disgusto cuando, al acercarse a la sala en que debía darse la función, vio unos trajes tan espléndidos y aquellas telas bordadas de seda, diamantes y cordones azules, que producían sobre el dorado de los salones, el efecto que forma un ramillete de flores en un gran canasto.
Tampoco se encontró Rousseau muy a sus anchas cuando respiró aquella atmósfera llena de ámbar, olor penetrante y que embriagaba los sentidos de un plebeyo.
Pero continuó adelante porque muchos fijaban la vista en él, que deslustraba el brillo de aquella reunión.
Su introductor le acompañó hasta la orquesta, donde le esperaban los músicos.
Allí respiró un tanto, y mientras se ejecutaba su opereta, pensó con seriedad que estaba en lo más fuerte del peligro, que ya no tenía remedio, y que todos los raciocinios del mundo no podían evitarlo.
Su Alteza la delfina estaba ya en el escenario con su traje de Colasa, aguardando a su Colás.
M. de Cogny se hallaba en su cuarto cambiando de traje.
De pronto vio al rey en mitad de un círculo de cabezas profundamente inclinadas.
Luis XV se sonreía y, juzgando por las apariencias, iba de muy buen humor.
El delfín se sentó a su derecha y el conde de Provenza tomó asiendo a la izquierda. Las cincuenta personas de que se componía la reunión, reunión íntima si las hay, se sentaron a una indicación del monarca.
—Y bien, ¿no se, empieza? —preguntó Luis XV.
—Señor —contestó la delfina—, no están vestidos todavía los pastores y

pastoras y estamos esperándolos.
—¿No es lo mismo que sea con el traje ordinario? —preguntó el rey.
—No, señor —replicó la delfina—, porque queremos ensayar con los trajes que hemos de sacar en la ópera para ver el efecto que producen con las luces.
—Lo creo muy justo, señora —dijo el rey—, paseémonos en tanto.
Y Luis XV levantóse para dar una vuelta por el corredor y el escenario, pero bastante intranquilo al ver que no llegaba la du Barry.
Cuando el rey dejó su palco, Rousseau comparó melancólicamente y palpitándole el corazón con violencia, aquella sala vacía y su mismo aislamiento.
Efectivamente, formaba un contraste bien extraño con la acogida que había temido le dispensasen.
Llegó a creer que al verle se abrirían todos los grupos para dejarle pasar, que la curiosidad de los cortesanos sería más molesta y significativa que la de los parisienses, que le harían muchas preguntas, que tendría que presentarse a ésta y a la otra persona, y en vez de ocurrir así, nadie fijaba en él la atención.
Y en el fondo de su alma se consideraba bastante humillado al pensar que allí sólo era un director de orquesta.
De pronto se aproximó a él un oficial y le preguntó si era M. de Rousseau.
—Sí, señor —respondió.
—La señora delfina desea hablaros —le dijo el oficial.
Rousseau se levantó muy conmovido.
Su Alteza le esperaba con la *Arieta de Colasa* en la mano, arieta que empieza:

¡Oh Dios! perdí mi dicha....

Así que vio a Rousseau corrió a él, y el filósofo la saludó humildemente, diciendo allá para sí que saludaba a una mujer y no a una princesa.
La princesa por su parte saludó con amabilidad al silvestre filósofo como podía saludar al caballero más cumplido de Europa.
Enseguida solicitó consejo acerca de la cadencia que debía dar al tercer verso:

No me ama ya Colás...

Rousseau expuso una teoría de declamación y melopea, que fue interrumpida

a pesar de toda su sabiduría por la repentina llegada del rey y algunos cortesanos.
Su Majestad llegó al vestuario, donde el filósofo estaba dando lección de aquel modo.
El primer impulso, el primer sentimiento de Luis XV, al ver el descuido en el vestir de aquel personaje, fue exactamente el mismo que el de M. de Cogny; no existía más diferencia sino que Cogny conocía a Rousseau y Luis XV no.
Examinó, pues, con detenimiento al filósofo, al mismo tiempo que recibía los cumplimientos de la delfina, que le dirigió una penetrante mirada.
Aquella mirada llena de regia autoridad, aquella mirada que no estaba habituada a bajarse ante ninguna otra, causó en Rousseau un efecto indecible, en Rousseau cuyos ojos eran vivos, pero indecisos y tímidos.
La delfina esperó que el rey hubiese terminado su examen, y entonces se puso al lado de Rousseau, diciendo:
—¿Me consiente Vuestra Majestad que le presente nuestro autor?
—¿Vuestro autor? —preguntó Luis XV, haciendo como que recordaba.
Durante este diálogo, Rousseau estaba en ascuas, pues el rey recorrió con la vista y abrasó como el sol debajo del lente aquella barba larga, aquella pechera no muy limpia, aquel polvo y aquella peluca mal peinada del escritor más eminente de su reino.
La delfina se compadeció de este último, y dijo:
—Señor Rousseau, autor de la preciosa ópera que vamos a degollar delante de Vuestra Majestad.
Entonces Luis XV alzó la cabeza, y dijo fríamente:
—¡Ah! saludo al señor Rousseau.
Y siguió mirándole como para demostrarle lo mal vestido que iba.
Rousseau se interrogó a sí mismo cómo se saludaba al rey de Francia sin ser un cortesano, pero también sin pasar por impolítico, puesto que al fin se hallaba en casa de aquel príncipe.
Empero mientras que discurría de este modo, el rey le hablaba con esa facilidad propia de los príncipes que todo lo han dicho cuando dicen una cosa grata o desagradable para su interlocutor.
Rousseau se quedó petrificado, sin articular una palabra, y todas las frases que se había propuesto dirigir al tirano se le borraron de la memoria.
—Señor Rousseau —le dijo el rey, sin dejar de mirar el traje y la peluca—, habéis compuesto una música preciosa, y que me hace pasar ratos muy

agradables.
Y el rey empezó a cantar con la voz más antipática a todo diapasón y melodía que se ha visto:

Si a otros galantes mancebos hubiera escuchado yo,
¡muy fácil hubiera sido robar otro corazón!

—Esto es muy bonito —dijo el rey así que terminó.
Rousseau hizo un saludo.
—Ignoro si cantaré bien —dijo la delfina.
Rousseau se volvió hacía la princesa para darle un consejo acerca de esto; pero el rey se lanzó nuevamente a cantar, entonando la romanza de Colás:

En la miserable choza donde estoy sufriendo penas,
nieves, y vientos fríos a mortificarme llegan.

Su Majestad cantaba infamemente para un músico, y Rousseau, medio lisonjeado con la memoria del monarca, y medio ofendido de su lamentable ejecución, hacía los gestos que hace un mono cuando está royendo una cebolla, es decir, que por un lado llora y por otro se ríe.
La delfina permanecía seria, con esa imperturbable sangre fría que sólo se encuentra en la corte.
El rey, sin apurarse por nada, prosiguió:

Colasa, mi pastora, Ven a vivir en ella,
y tu pastor Colás terminará sus quejas.

Rousseau sintió arder su cara, cuando el rey le dijo:
—¿Es verdad, señor de Rousseau, que os vestís algunas veces de armenio?
Al filósofo se le trabó la lengua en tal forma que ni por un reino hubiera podido hablar en aquel instante.
El rey se puso a cantar de nuevo, sin esperar a que le respondiese:

El ciego amor ignora
aunque haya quien le alabe
a do sus flechas van.

—Según parece, vivís en la calle de Plastrière, ¿no es cierto, señor Rousseau? —dijo el rey.
Rousseau contestó con la cabeza afirmativamente; pero aquella era la última *thule* de sus fuerzas, no habiendo necesitado jamás llamar tantas en su auxilio.
El rey tatareó:

Es un niño... Es un niño...

—Dícese que os lleváis muy mal con Voltaire, señor Rousseau.
Rousseau perdió al oír esto el poco seso que le quedaba y toda su serenidad; pero sin apiadarse de él el rey continuó en su feroz melomanía, cantando al mismo tiempo que se alejaba, con acompañamientos de orquesta capaces de matar a Apolo, como éste mató a Marsyas:

Bailemos bajo los olmos;
a bailar, lindas zagalas.

Rousseau se encontró solo en medio del vestuario, pues la delfina le dejó para ir a dar la última mano a su tocado.
Salió el filósofo con precipitación y llegó al corredor; pero a lo mejor tropezó con una pareja cubierta de diamantes, flores y encajes que llenaba el corredor, aunque el joven estrechaba muy tiernamente el brazo de su compañera.
Ésta, con su precioso traje, su gigantesco prendido, su abanico y sus perfumes estaba tan brillante como un astro, y Rousseau fue a tropezar con ella.
El joven, delgado, de una naturaleza delicada, y luciendo un cordón azul sobre su finísima pechera inglesa, se reía a carcajadas con suma franqueza, y cesaba de pronto para hablar al oído de la dama, quien se reía a su vez manifestando que entre los dos reinaba la más cordial inteligencia.
Rousseau conoció en aquella dama a la du Barry, joven encantadora, y en cuanto la vio, sometiéndose a la costumbre que tenía de absorberse en una sola contemplación, no miró al que la acompañaba.
El joven del cordón azul era el conde de Artois, que jugueteaba muy gozoso con la querida de su padre.
Al ver la du Barry la negra figura que presentaba Rousseau, empezó a gritar:
—¡Ay Dios mío!

—¿Qué sucede? —preguntó el conde de Artois mirando a su vez al filósofo.
Y ya extendía la mano para facilitar el paso a su compañera, cuando la du Barry exclamó:
—¡M. Rousseau!
—¿Rousseau el ginebrino? —preguntó el conde de Artois con el tono de un estudiante a quien se ha dado vacaciones.
—Sí, monseñor —contestó la condesa.
—Muy buenas noches, señor Rousseau —dijo el despierto mozo al ver que Rousseau acababa de adoptar una resolución desesperada como para forzar el paso—; buenas noches... vamos a oír vuestra música.
—Monseñor —murmuró Rousseau viendo el cordón azul.
—Es preciosa música —dijo la condesa—, y muy digna del talento de su autor.
Rousseau levantó la cabeza y su mirada fue a quemarse en los chispeantes ojos de la condesa.
—¡Señora! —dijo con tono malhumorado.
—Yo haré el papel de Colás —exclamó el conde de Artois—, y vos el de Colasa.
—Con mucho gusto, monseñor, pero como no soy artista, jamás me atreveré a profanar la música del maestro.
De buena gana hubiera dado Rousseau su vida por atreverse a mirar de nuevo; pues la voz, el tono, la lisonja, la hermosura, fueron para su corazón otros tantos anzuelos.
Pretendió huir, pero el príncipe le detuvo diciéndole:
—Señor Rousseau, desearía que me enseñaseis el papel de Colás.
—Por mi parte no le pediría consejos para el de Colasa —dijo la condesa afectando timidez, de suerte que concluyó de anonadar al filósofo.
Los ojos de éste, no obstante, preguntaron por qué.
—El señor me aborrece —dijo la condesa al príncipe con su encantadora voz.
—¿Puede ser eso? —exclamó el conde de Artois—, ¿aborreceros a vos, señora?
—Ya lo veis —dijo.
—M. Rousseau es sumamente galante y hace cosas muy lindas para que vaya a huir de una mujer tan hermosa —dijo el conde de Artois.
Rousseau suspiró, como si estuviese para exhalar el alma, y se escabulló por la estrecha abertura que el conde de Artois dejó imprudentemente entre él y la

pared.
Pero estaba escrito que Rousseau no había de tener aquella noche ni un momento de placer, pues no había dado cuatro pasos cuando tropezó con otro grupo.
Componíase de dos hombres, uno viejo y otro joven.
Uno de ellos, esto es, el joven, llevaba el cordón azul, y el otro, que tendría cincuenta y cinco años, estaba vestido de encarnado, siendo pálido a fuerza de querer mostrarse austero.
Aquellos dos hombres oyeron la risa del conde de Artois, quien gritaba con voz alegre:
—¡Ah! señor Rousseau, señor Rousseau, voy a decir que la señora condesa os ha hecho huir, y ciertamente que nadie lo querrá creer.
—¡Rousseau! —murmuraron los dos hombres.
—Sujetadle, hermano —dijo el príncipe sin dejar de reír—; sujetadle, señor de la Vauguyon.
Entonces comprendió Rousseau el peligro en que le había hecho dar su mala estrella, y dijo:
—¡El conde de Provenza y el ayo de los príncipes!
El conde estorbó el paso a Rousseau diciéndole con pedantesco tono:
—Buenas noches, amigo.
Rousseau, medio loco, se inclinó diciendo para sí: —Ahora sí que no salgo.
—¡Ah! celebro mucho hallaros, amigo —dijo el príncipe como un maestro que buscara a un discípulo que hubiese incurrido en una falta y lo hallase al fin.
—También éste se viene con absurdos cumplimientos —pensó Rousseau—. ¡Qué pesados son estos príncipes!
—Amigo, conozco vuestra traducción de Tácito.
—¡Ah! es cierto —dijo Rousseau para sí—; este es un erudito, un pedante.
—¿Sabéis que es muy difícil traducir a Tácito?
—Eso mismo, monseñor, lo he expuesto en un prefacio.
—Sí, ya lo sé; y también decís que sabéis el latín medianamente.
—Y es verdad, monseñor.
—Y siendo así, señor Rousseau, ¿por qué traducís a Tácito?
—Monseñor, por ejercitarme en el estilo.
—¡Ah! señor Rousseau, no habéis hecho bien en traducir *imperatoria breviate* por *un discurso breve* y *conciso*.

Rousseau, molesto, hizo por acordarse.
—Sí —dijo el joven príncipe con el aplomo de un viejo que corrige una falta —; sí, de ese modo habéis traducido. Eso está en el párrafo en que refiere Tácito que Pisón arengó a sus soldados.
—¿Y qué, monseñor?
—¿Y qué, señor Rousseau? Que *imperatoria breviate* significa *con la concisión propia de un general*, o de un hombre habituado a mandar. La concisión del que manda... esta es la expresión: ¿no es cierto, señor de Vauguyon?
—Sí, monseñor contestó el ayo.
Rousseau no replicó, y el príncipe agregó:
—Eso es un contrasentido, señor Rousseau... ¡Oh! ya os cogeré en otro...
Rousseau perdió el color.
—Sí, señor Rousseau, en el párrafo relativo a Cecina. Principia así: *At in superiore Germania...* lo recordaréis, al hacer el retrato de Cecina; y Tácito dice: *cito sermone*.
—Recuerdo muy bien, monseñor.
—Esto lo habéis traducido así: *hablando bien*.
—Cierto, monseñor, y yo creía...
—*Cito sermone* significa que *habla pronto*, es decir fácilmente.
—¿Y yo he dicho *hablando bien?*
—Para eso debió escribir Tácito *decoro u ornato o eleganti sermone*, porque *cito* es un epíteto pintoresco, señor Rousseau. Lo mismo que en la descripción del cambio de conducta de Otón. Tácito dice: «*Delatie voluptate, dissimulata luxuria, cuneta, que ad imperii decorem composita*».
—Que yo traduje: *dejando para otros tiempos el lujo y la molicie sorprendió a todo el mundo y se dedicó a restablecer la gloria del imperio*.
—Muy mal hecho, señor Rousseau, muy mal; porque en primer término habéis formado sólo una frase de tres, lo cual os ha obligado a no traducir *dissimulata luxuria*; en segundo lugar habéis cometido un contrasentido en el último miembro de la frase, pues Tácito no pretendió decir que el emperador Otón se dedicase a restablecer la gloria del imperio, sino que no satisfaciendo sus pasiones y ocultando sus hábitos de lujo, Otón lo acomodaba todo, todo lo aplicaba, hacía que todo redundase... todo, lo oís, ¿señor Rousseau? esto es, sus pasiones y hasta sus vicios en gloria del imperio. Éste es el sentido complejo, en vez del vuestro que es sumamente limitado, ¿no es cierto, señor

de la Vauguyon?
—Sí, monseñor.
Rousseau sudaba con aquella despiadada presión.
El príncipe le dejó respirar un segundo y luego le dijo:
—En la filosofía sois mucho más superior.
Rousseau se inclinó.
—Únicamente que vuestro *Emilio* es un león peligroso.
—¿Qué queréis decir?
—Digo peligroso por las numerosas ideas falsas que imbuirá a los hijos de la clase media.
—Monseñor, desde el instante en que un hombre llega a ser padre, entra en las condiciones de mi libro, sea el primero o el último del reino, porque el ser padre es...
—Decidme, señor Rousseau —preguntó de repente el mal intencionado príncipe—, ¿no es cierto que es un libro muy divertido ese de las *Confesiones?*... Pero vamos, ¿cuántos hijos tenéis?
Rousseau se puso pálido, y alzó la vista para mirar a su joven verdugo con ojos de cólera y asombro, lo cual aumentó el maligno mal humor del conde de Provenza.
No obstante, no pasó más allá, y sin aguardar la respuesta, se alejó el príncipe asido al brazo de su maestro, y prosiguiendo sus comentarios acerca de las obras del nombre a quien había atormentado tan ferozmente.
Rousseau, que sé había quedado solo, salió poco a poco de su aturdimiento al oír los primeros compases de su obertura, que principiaba a tocar la orquesta.
Y se dirigió hacia la orquesta, diciendo al caer agitado en su silla:
—Loco, estúpido, cobarde de mí, que hasta ahora no he dado con lo que debí responder a ese cruel pedantuelo. «Monseñor, debí decirle, es muy poco caritativo en un joven el mortificar a un pobre viejo.»
Aquí llegaba, sumamente contento con su frase, cuando la señora delfina y M. de Cogny empezaron su dúo, teniendo Rousseau que olvidar sus pesares como filósofo, para sentir como músico, porque ya había sufrido el corazón, y ahora le tocaba al oído.

CXI

ENSAYO DE UNA OPERA

Principió el ensayo, y todos se olvidaron de Rousseau, para fijarse en el espectáculo, de manera que el filósofo pudo observarlo todo escuchando los gallos que soltaban gentileshombres vestidos de pastores, y viendo los coqueteos de las damas.
La delfina cantaba bien; pero carecía de ejecución, y además le faltaba voz.
El delfín hacía de apuntador de la ópera, que salía *realmente* mal.
El autor adoptó el partido de no escuchar, pero le fue difícil no oír; sin embargo, le restaba un consuelo, porque acababa de distinguir una figura deliciosa entre los ilustres comparsas, y la aldeana a quien el cielo había dotado de una figura tan interesante, cantaba con una voz que eclipsaba a todas las de la regia compañía.
Rousseau se encontró, pues, contemplando aquella encantadora figura, y se hizo todo oídos, a fin de aspirar toda la melodía de su voz.
La delfina que vio lo atento que escuchaba el autor, se persuadió con facilidad gracias a su sonrisa y a sus moribundos ojos, que le parecía satisfactoria la ejecución de los mejores trozos, y para que la felicitase, porque al fin era mujer, se inclino hacia el pupitre, preguntando:
—¿Qué tal va, señor Rousseau?
Rousseau con la boca abierta y absorto no respondió.
—Lo hacemos mal —dijo la delfina—, y el señor Rousseau no se atreve a decirlo. Yo os lo ruego, señor Rousseau.
Rousseau no dejaba de contemplar a la linda aldeana, que no había advertido la atención de que era objeto.
—¡Ah! —prosiguió la delfina siguiendo la dirección de las miradas de nuestro filósofo—, la señorita de Taverney es la que ha dado una nota en falso.
Andrea se ruborizó, y todos volvieron hacia ella la vista.
—¡No, no! —exclamó Rousseau—; al contrario, canta como un ruiseñor.
La du Barry lanzó al filósofo una ojeada más aguda que un venablo.
En cambio, el barón de Taverney sintió inundado de júbilo su corazón, y dirigió a Rousseau una encantadora sonrisa.

—¿Pensáis que esa joven canta bien? —preguntó la du Barry al rey, a quien las palabras de Rousseau habían producido una impresión visible para todos.
—No lo entiendo —dijo Luis XV— para eso se necesita ser músico.
Mientras Rousseau se agitaba en su orquesta para hacer que cantasen el coro:

Colás vuelve a su cabaña:
Celebremos tal ventura.

Al volverse, después de un ensayo, vio a M. de Jussieu que le saludaba amablemente, siendo un gran placer para el filósofo que le viera regentando la corte un cortesano que había mortificado no poco su amor propio con su superioridad.
Le devolvió, pues, su saludo y se puso a contemplar a Andrea, a quien el elogio había embellecido más y más.
El ensayo prosiguió, y la du Barry se puso de un humor atroz al ver que el rey Luis XV se distrajo dos veces con la función, y no oyó lo que le decía.
Los honores de la función debían ser forzosamente para la bella Andrea, pero esto no impidió que la delfina recogiese buena cosecha de felicitaciones, y se mostrase muy contenta.
El duque de Richelieu giraba como una mariposa en derredor de ella con la rapidez propia de un joven, y había conseguido formar en el fondo del teatro un círculo de personas alegres, cuyo centro era la delfina, y que molestaba furiosamente al partido de los du Barry.
—Parece —dijo en voz alta—, que la señorita de Taverney posee una bonita voz.
—Lindísima —dijo la delfina—, y a no ser por mi egoísmo, ella desempeñaría el papel de Colasa, pero como he escogido ese papel con el propósito de divertirme, no se lo dejo a nadie.
—¡Ah! —dijo Richelieu—, la señorita de Taverney no lo interpretaría mejor que Vuestra Alteza Real, y...
—Esa señorita es una *diosa* —dijo Rousseau entusiasmado.
—Así lo creo —dijo la delfina—; y si he de declarar la verdad, ella es la que me enseña mi papel; y luego baila a las mil maravillas, al paso que yo bailo muy mal.
Supónganse nuestros lectores qué efecto no producirían estas conversaciones en el rey, la du Barry, y sobre todo aquel tropel de curiosos, noveleros

intrigantes y envidiosos, cada uno de los cuales recibía una satisfacción si hacía una herida, o recibía el golpe con tanto bochorno como dolor. Allí no había indiferentes, exceptuando quizá a Andrea.
La delfina, aguijoneada por Richelieu, obligó a Andrea a cantar la romanza:

Perdí mi servidor;
Colás me olvida ya.

El rey siguió la cadencia con la cabeza, con tal júbilo en cada movimiento que hacía, que la du Barry palidecía a pesar del colorete.
El mariscal, que era peor que una mujer, disfrutó su venganza al lado del barón de Taverney, a quien se había aproximado, formando aquellos dos ancianos un grupo de estatuas que podían llamarse la hipocresía y la corrupción tramando un proyecto de maridaje.
Su alegría fue tanto más intensa cuanto que la du Barry iba arrugando el entrecejo poco a poco, hasta que colmó la medida poniéndose de pie con una especie de rabia, en lo cual faltaba a todas las reglas, pues aún estaba sentado el rey.
Los cortesanos sintieron la tempestad como las hormigas, y se apresuraron a buscar un abrigo al lado de los más fuertes; de manera que se vio la delfina más rodeada que antes, de sus amigos, y a la du Barry algo abandonada por los suyos.
Poco a poco se fue apartando de su línea natural el interés del ensayo, y se fijó en otras ideas. Ya no se trataba de Colasa ni de Colás, y muchos concurrentes pensaban que acaso tendría que cantar la du Barry dentro de poco:

Perdí mi servidor;
Colás me olvida ya.

—¿Ves —dijo Richelieu en voz baja a Taverney— qué éxito el de tu hija?
Y lo condujo al corredor empujando una puerta de cristales, con cuyo movimiento dejó caer a un curioso que se había colgado de la balaustrada para ver la sala.
—¡Ah! pillo —exclamó M. de Richelieu cepillándose la manga que se ensució con la resistencia que hizo la puerta, y, especialmente, al ver que el

curioso estaba vestido como los trabajadores de palacio.
En efecto, era un jardinero, que con un canasto de flores debajo del brazo, había logrado izarse detrás de la vidriera, y fijar la vista en la sala, presenciando desde allí toda la función.
Rechazado hacia el corredor, estuvo en poco que no cayese de espaldas; pero si no cayó, derribó el canasto.
—¡Ah! ya conozco a ese pícaro —dijo Taverney mirándole enojado.
—¿Quién es? —preguntó el duque.
—¿Qué haces aquí, tunante? —dijo Taverney.
Gilberto, pues ya habrá supuesto el lector que era él, respondió con orgullo:
—Ya lo veis, mirar.
—En vez de ocuparte en tu faena —dijo Richelieu.
—Ya la he terminado —contestó Gilberto al duque en tono humilde, sin dignarse siquiera mirar a Taverney.
—Es mucho que en todas partes he de hallar a este holgazán —dijo el barón.
—Poco a poco, caballero —interrumpió una voz con dulzura—; mi Gilberto es un buen trabajador, y un botánico muy aplicado.
Taverney se volvió y vio a M. de Jussieu que tomaba la cara a Gilberto, lo cual le enfureció, diciendo al tiempo de alejarse:
—¡Los criados, aquí!
—¡Silencio! —repuso Richelieu—, que también está ahí Nicolasa; mira hacia el rincón de aquella puerta... Desde allí no pierde la pícara ni una ojeada.
En efecto; Nicolasa estaba detrás de otras veinte criadas de Trianón, levantando por encima de ellas su linda cabeza, y parecía que sus ojos, dilatados por la sorpresa y el asombro, todo lo querían devorar.
Gilberto la divisó y echó por otro lado.
—Ven, ven —dijo el duque a Taverney—, me parece que el rey desea hablarte.
Y los dos amigos se alejaron en dirección al palco regio.
La du Barry, de pie, contemplaba a M. de Aiguillon, que también se encontraba de pie, y éste no perdía de vista ningún movimiento de su tío.
Rousseau, que se había quedado solo, admiraba a Andrea, estando ocupado, si se nos permite que empleemos esta expresión, en enamorarse de ella.
Los ilustres actores iban a desnudarse en sus cuartos, donde Gilberto había renovado las flores.
Taverney aguardaba en el pasillo, pues M. de Richelieu había ido en busca

del rey, y tan pronto sentía helársele, como abrasársele el corazón, hasta que por último regresó el duque y se llevó un dedo a los labios.
Taverney palideció de gozo, y salió a recibir a su amigo, que le condujo al palco del rey.
Allí oyeron lo que pocas personas podían oír.
La du Barry preguntó al rey:
—¿Espero esta noche a Vuestra Majestad a la hora de cenar?
Y el rey contestó:
—No, condesa porque estoy cansado.
En aquel momento llegó el delfín, y siguiendo las mismas huellas que la condesa, sin verla al parecer, dijo:
—Señor, ¿nos dispensará Vuestra Majestad el honor de cenar en Trianón?
—Me es imposible, hijo mío; ahora mismo estaba diciendo a la señora que me encuentro fatigado; vosotros con vuestra juventud me aturdiríais, y quiero cenar solo.
El delfín se inclinó y se marchó; la du Barry hizo un profundo saludo y se retiró temblando de rabia.
El rey hizo entonces una seña a Richelieu, y le dijo:
—Deseo hablaros de cierto asunto que os interesa.
—Señor...
—Estoy disgustado... y necesito que me expliquéis... Mirad, puesto que ceno solo, me haréis compañía.
Y a todo esto miraba el monarca a Taverney.
—Duque, ¿es cierto que no conocéis a ese caballero?
—¿Al señor de Taverney? Sí, le conozco, señor.
—¡Ah! es el padre de la bella cantante.
—Sí, señor.
—Oídme, duque.
El rey se bajó para hablar al oído de Richelieu.
Taverney se clavó las uñas en la piel para disimular su emoción.
Al cabo de un momento, Richelieu pasó por delante de él, y le dijo:
—Sígueme sin que lo adviertan.
—¿Adonde? —dijo Taverney con el mismo disimulo.
—Ven y lo veras.
El duque se fue, y Taverney le siguió a distancia de veinte pasos, hasta las habitaciones del rey.

El duque entró en la cámara, y Taverney se quedó en la sala inmediata.

CXII

EL COLLAR

No hacía mucho que Taverney aguardaba, cuando Richelieu salió de la cámara del rey con un bulto que el barón no pudo ver, pues iba cubierto con un paño de seda.
Empero el mariscal sacó a su amigo de su inquietud, conduciéndolo hacia la galería.
—Amigo mío —dijo así que se vio solo con él—; creo que en ocasiones has dudado de la amistad que te profeso.
—Pero no desde que nos reconciliamos —objetó el barón.
—Pero ¿has llegado a dudar que tú y tus hijos haríais fortuna?
—¡Oh! lo que es eso, sí.
—Pues no tienes razón, porque tu fortuna y la de tus hijos crecen con una rapidez asombrosa.
—¡Bah! —dijo Taverney, quien vislumbraba ya parte de la verdad, pero que no se hubiese entregado a Dios, y de consiguiente se abstenía muy bien de entregarse al diablo—. ¿Y en qué se nota que mis hijos adelantan en fortuna?
—A Felipe ya lo tenemos de capitán al frente de una compañía costeada por el rey.
—¡Oh! es verdad y a ti te lo debo.
—De ningún modo. Pronto vamos a ver a la señorita de Taverney siendo marquesa quizá...
—Vamos, y cómo mi hija...
—Óyeme con atención y comprende, Taverney; el rey tiene buen gusto, y la belleza, la gracia y la virtud, cuando van acompañadas de talento, cautivan a Su Majestad... Ahora bien, la señorita de Taverney, reúne todas estas ventajas en grado superlativo... y por lo mismo Su Majestad está entusiasmado con

ella.
—Richelieu —replicó el barón adoptando un aire de dignidad más que grotesco para el mariscal—; ¿qué entiendes tú por *entusiasmo?*
A Richelieu no le agradaban las pretensiones, y así contestó bruscamente:
—Barón, yo no soy muy fuerte en materias de lenguaje, y hasta sé muy poca ortografía; pero la palabra entusiasmo, siempre ha expresado una gran admiración y nada más... Si tú sientes que el rey esté contento con la hermosura, talento y mérito de tus hijos, no necesitas más que hablar. Me vuelvo al lado de Su Majestad.
Richelieu dio una vuelta sobre sus talones con una facilidad propia enteramente de un joven.
—No me has entendido, duque —repuso el barón deteniéndole—. ¡Voto al diablo y qué vivo eres!
—¿Por qué me dices que no estás contento?
—¡Eh! yo no he dicho eso.
—Sí, pero pretendes que yo haga comentarios sobre el gusto del rey... ¡Vaya una tontería!
—Te repito que no he querido decir eso. Estoy contento, sí, muy contento.
—¡Ah! tú... ¿en este caso quién es el que está descontento? ¿tú, hija?
—¡Eh! ¡Eh!
—Querido, a tu hija la has educado a lo salvaje, que es lo que tú eres.
—Querido, la señorita mi hija se ha educado por sí, pues ya supondrás que no era cosa de ir a extenuarme... Bastante tenía con vivir en mi agujero de Taverney; de manera que la virtud ha despuntado en ella no sé por qué.
—Y luego dicen que la gente del campo sabe arrancar la mala yerba. En resumen, tu hija es una gazmoña.
—Te engañas, es una paloma.
Richelieu hizo un gesto.
—Pues trabajo le mando si ha de hallar un marido, porque con ese defecto se le presentarán muy buenas ocasiones de hacer fortuna.
Taverney miró al duque con cierta zozobra y éste continuó:
—Afortunadamente para ella, el rey está tan completamente enamorado de la du Barry que nunca fijará la atención seriamente en otras.
La inquietud de Taverney se convirtió en angustia.
—Así pues —continuó diciendo Richelieu—, puede estar tranquila la virtud de tu hija; voy a hacer a Su Majestad las objeciones necesarias, y el rey no

volverá a acordarse de vosotros para nada.
—Y para qué se ha de acordar, ¡por Dios! —exclamó Taverney poniéndose pálido y agitando el brazo de su amigo.
—Para hacer un obsequio a la señorita Andrea, mi querido barón.
—¡Un obsequio!... ¿y qué es? —dijo Taverney lleno de codicia y esperanza.
—¡Oh! una bagatela —dijo el mariscal afectando indiferencia—, esto, míralo...
Y sacó el estuche de debajo del paño de seda.
—¡Un estuche!
—Una bagatela... un collar que valdrá algunos miles de libras, y que Su Majestad satisfecho de haberla oído cantar su canción favorita, quisiera aceptara la cantante. Esto está muy en el orden; mas puesto que tu hija se espanta, no hablemos más de ello.
—Pero considera, duque, que eso sería ofender al rey.
—Es indudable que sería ofenderle, ¿pero no es propio acaso de la virtud ofender siempre a alguna cosa o persona?
—No pienses, duque —dijo Taverney—, que la niña es tan irracional como todo eso.
—¿Entonces eres tú y no la niña quien habla?
—¡Oh! pero yo sé muy bien lo que hará y dirá.
—¡Qué felices son los chinos! —dijo Richelieu.
—¿Por qué? —preguntó Taverney asombrado.
—Porque en su país hay muchos canales y ríos.
—Duque, veo que varías de conversación; no hagas que me desespere y háblame.
—Ya te hablo barón, y no mudo de conversación.
—¿Entonces por qué me hablas de los chinos, ni qué relación guardan sus ríos con mi hija?
—¡Vaya si la guardan!... Te decía que los chinos tienen la dicha de poder ahogar sin que nadie les diga nada a las hijas que son sumamente virtuosas.
—Pero, querido —dijo Taverney—, es necesario ser justos. Figúrate que tienes una hija.
—Pues no la tengo; ¡voto al diablo!... Y si alguno viene a decirme que es en extremo virtuosa, ese será un pícaro.
—¿Es decir que te agradaría más que fuese tu hija otra cosa?
—¡Oh! yo no me cuido de mis hijos así que cumplen ocho años.

—Pues escúchame a lo menos. Si el rey me encargase que fuese a ofrecer un collar a tu hija, y si tu hija se quejase a ti ¿que harías?
—¡Oh!, amigo mío, el caso no es semejante, porque yo he vivido siempre en la corte, y tú como un hurón, y no es lo mismo. Lo que para ti es virtud, para mí es tontería, y nada tan pobre; es necesario que lo sepas para tu gobierno, ¿cómo decir a la gente: «qué haríais en esta o en otra circunstancia»? Y luego te equivocas en tus comparaciones, porque aquí no se trata de que yo ofrezca un collar a tu hija.
—Tú me lo has dicho...
—No te he dicho semejante cosa. Lo que he hecho ha sido anunciar que el rey me había ordenado tomar de su aposento un cofrecito para la señorita de Taverney, cuya voz le ha gustado; pero no he dicho ni una vez siquiera que Su Majestad me hubiese confiado el encargo de ofrecérselo a esa joven.
—Pues entonces —dijo el barón desesperado—, no sé que pensar, ni entiendo nada de tus enigmas. ¿A qué dar ese collar si no es para ofrecer? ¿A qué te encargas de ello, si tú no lo has de entregar?
Richelieu lanzó un grito como si hubiese visto una araña.
—¡Ah! —exclamó—, ¡fuera el hurón!... ¡Fuera el animalucho!...
—¿De quién hablas?
—De ti, mi buen amigo; de ti, ciudadano de la luna; ¿de dónde has salido, pobre barón?
—Lo ignoro.
—Ya se ve que lo ignoras. Mira, querido, cuando un rey hace un regalo a una mujer, y encarga esta comisión a Richelieu, el regalo es noble y la comisión está bien dada, tenlo entendido... Yo no entrego cofres, querido, pues eso es el cargo de M. Lebel. ¿No conociste a M. Lebel?
—¿Y a quién confías la misión?
—Amigo —dijo Richelieu dando una palmadita en el hombro a Taverney y acompañando aquella manifestación amistosa con una sonrisa diabólica—, cuando tengo que tratar con una virtud tan admirable como la de la señorita Andrea, soy moral como nadie; cuando me acerco a una paloma, como tú dices, nada hay en mí que denuncie al gavilán; cuando se me envía cerca de una señorita, hablo con su padre... Te hablo, pues, Taverney, y te confío el cofre para que lo entregues a tu hija... Quieres...
Y alargó el cofrecito.
—¿O no quieres?

Y retiró la mano.
—¡Oh! —repuso el barón—, dilo de una vez; di que a mí es a quien encarga Su Majestad entregue ese regalo: entonces es una cosa absolutamente paternal, y tiene otro viso.
—Para eso era necesario que sospechases de las intenciones de Su Majestad —dijo Richelieu en tono grave—, y creo que no te atreverías a ello, ¿no es cierto?
—¡Dios me libre pero el mundo... es decir, mi hija...
Richelieu encogióse de hombros.
—¿Lo tomas o no? —dijo.
El barón alargó precipitadamente la mano.
—¿Es verdad que esto es moral? —dijo el barón con una sonrisa, prima hermana de la que Richelieu le había dirigido.
—¿No te parece, barón —dijo el mariscal—, que es de una moralidad muy pura hacer que el padre intervenga, el padre que todo lo purifica, entre el encanto del monarca y los hechizos de la hija? Que el filósofo M. de Rousseau que rondaba hace poco por ahí nos juzgue, y te dirá que San José era impuro comparado conmigo.
Richelieu pronunció estas pocas palabras con una parsimonia, una nobleza, y una afectación, que impusieron silencio a las observaciones de Taverney, y le hicieron creer que debía hallarse convencido.
Cogió, pues, la mano de su ilustre amigo, y estrechándosela, le dijo:
—Gracias a tu delicadeza mi hija podrá recibir este regalo.
—Base de esa fortuna de que te hablé al principio de nuestra enojosa discusión sobre la virtud.
—Gracias, querido duque, te doy las gracias con toda mi alma.
—Óyeme: este favor no debe llegar a oídos de los amigos de la du Barry, porque sería capaz de abandonar al rey y huir.
—¡Y el rey no nos perdonaría!
—No lo sé, pero lo que es la condesa lo tendría presente, y yo me perdería... Guarda, pues, sigilo.
—No tengas cuidado; pero da un millón de gracias al rey en mi nombre.
—Y de tu hija; no dejaré de hacerlo... Pero aun estás de favor... tú eres quien dará las gracias al rey esta noche, querido, porque Su Majestad, te invita a cenar.
—¿A mí?

—A ti, Taverney; estaremos como de casa Su Majestad, tú y yo; así podremos hablar acerca de la virtud de tu hija. Adiós, barón, veo a la du Barry con mi sobrino Aiguillon, y no hay necesidad de que nos vea juntos. Dijo, y tan ligero como un paje huyó por el otro extremo de la galería, dejando a Taverney con su cofre, como un niño sajón que despierta con los juguetes que su madre le ha puesto en la mano, mientras se hallaba durmiendo.

CXIII

DE LA INTERESANTE CONVERSACIÓN QUE SU MAJESTAD

LUÍS XV SOSTUVO CON EL MARISCAL RICHELIEU Y EL CONDE DE TAVERNEY DURANTE LA CENA

El duque fue adonde se encontraba Luis XV rodeado de sus cortesanos que expiaban sus miradas.
Empero Luis XV tenía otra cosa que hacer aquella noche para que fuera a mirar a aquellos señores; de suerte que despidió a todo el mundo manifestando que no cenaría, o que si cenaba sería estando solo. Entonces, viendo todos aquellos huéspedes que se les despedía, y temiendo desagradar al delfín si no concurrían a la función que daba después del ensayo, huyeron como una bandada de pichones parásitos y tendieron su vuelo hacia el que podían ver resueltos a afirmar que desertaban por el salón de Su Majestad.
Luis XV, a quien dejaban tan rápidamente, estaba muy lejos de pensar en ellos, y en cualquier otra circunstancia se hubiera reído de la pequeñez de toda aquella turba de cortesanos; pero en esta ocasión no despertó sentimiento alguno en el monarca, tan burlón, que no dispensaba ninguna enfermedad, ya fuese de espíritu, ya fuese de cuerpo y en su mejor amigo, admitiendo que Luis XV hubiese tenido amigos.
El rey fijaba toda su atención en una carroza que estaba detenida delante de la puerta de los departamentos en que se hospedaba la servidumbre, y cuyo auriga esperaba al parecer para dar de latigazos a sus caballos a que se hiciese sentir en la caja dorada el peso del amo.
Aquel carruaje rodeado de lacayos con hachones encendidos era el de la du Barry.
Ésta, que sin duda se había detenido en los corredores con la esperanza de recibir allí algún mensaje del rey, apareció al fin cogida al brazo de M. de Aiguillon, conociéndose su rabia o su fastidio en la rapidez con que andaba, porque para no perder la cabeza fingía tener demasiada decisión.
El vizconde con lúgubre rostro y el sombrero aplastado por pura distracción debajo del brazo, seguía a su hermana, pues aunque no había asistido a aquel espectáculo, porque al fin se le olvidó convidarle, entró a guisa de lacayo en la antesala, tan meditabundo por lo menos como Hipólito, dejando que la

pechera flotase sobre una chupa bordada de plata, y sin advertir siquiera que llevaba rotos los puños de la camisola, lo cual probaba lo triste de sus pensamientos.
Juan vio que su hermana estaba pálida y conmovida, y de esto dedujo que el peligro era grande, porque Juan era animoso en diplomacia contra los cuerpos, pero nunca contra los fantasmas.
Tras las cortinas vio el rey el aspecto melancólico de esta comitiva, y cuando se extinguió el ruido de la carroza:
—¡Oh! ¡Oh! —dijo el rey—, y sin intentar verme, sin procurar hablarme; ¡la condesa está furiosa!
Y repitió en alta voz:
—¡Efectivamente, la condesa está furiosa!
Richelieu que acababa de deslizarse en la cámara como un hombre a quien aguardan, cogió estas últimas palabras, y dijo:
—Furiosa, señor, ¿y por qué? ¿Porque Vuestra Majestad se divierte un instante? ¡Oh! la condesa hace mal en eso.
—No es verdad, duque —respondió Luis XV—, no me divierto: al contrario, estoy fatigado y procuro sosegarme, porque la música me enerva. Si hubiese dado oídos a la condesa, hubiera tenido que ir a cenar a Luciennes, esto es, a comer y beber, y los vinos de la condesa son malos; yo no sé con que uva están hechos, pero lo cierto es que estropean el gaznate, y lo que es para eso, mejor quiero regalarme aquí.
—Vuestra Majestad tiene muchísima razón —dijo el duque.
—Además, la condesa, se distraerá: ¿soy yo acaso tan buen compañero? Diga lo que diga, no lo creo.
—Permítame Vuestra Majestad que le manifieste que ahora no tiene razón.
—Sí, la tengo, duque, si cuento mis días y reflexiono.
—Señor, la condesa sabe que de cualquier modo no encontraría mejor sociedad, y por esto se pone furiosa.
—En verdad, duque, que no sé cómo os las arregláis para manejar a las mujeres como cuando teníais veinte años. A esa edad, el hombre es quien elige; pero a la mía, duque...
—¿Qué, señor?
—¿Qué? Que la mujer es quien hace cálculos.
El mariscal se echó a reír.
—Esa es una razón más, señor —dijo—, y si Vuestra Majestad supone que la

condesa se distrae, consolémonos.
—Por ahora no sé si se buscará distracciones; pero si no lo hace, lo hará.
—¡Ah! no me atreveré a decir a Vuestra Majestad que han sucedido cosas de esas.
El rey se levantó muy agitado y preguntó:
—¿Qué gente tengo ahí?
—Todos los que se encuentran de servicio, señor.
El rey reflexionó un momento, y luego dijo:
—¿Y vos traéis a alguien?
—A Rafté, mi secretario.
—Bueno.
—¿Qué debe hacer, señor?
—Duque, es necesario que averigüe si la condesa ha regresado efectivamente a Luciennes.
—Me parece que se ha marchado.
—Aparentemente, sí.
—Pero ¿adonde quiere Vuestra Majestad que vaya?
—¿Quién sabe? los celos la trastornan el juicio, duque.
—Señor, ¿no sería más bien Vuestra Majestad?...
—¿Qué?
—El que tiene celos.
—¡Duque!
—En verdad que sería una cosa humillante para todos nosotros, señor.
—¡Yo celos! —repuso Luis XV riéndose, pero con risa fingida—: ¿de veras, duque? ¿habláis en serio?
En efecto, Richelieu no lo creía, y aun es preciso confesar que se acercaba no poco a la verdad pensando, por el contrario, que el rey sólo deseaba averiguar si la condesa se había marchado real y verdaderamente a Luciennes, para quedar tranquilo de que no volvería a Trianón.
—¿Conque envío a Rafté de espía, señor? —dijo el duque.
—Sí, enviadlo.
—Y ahora, ¿qué desea hacer Vuestra Majestad antes de ponerse a cenar?
—Nada, porque cenaremos enseguida. ¿Está prevenida la persona en cuestión?
—Sí, y se encuentra en la antecámara de Vuestra Majestad.
—¿Ha dicho algo?

—Que daba un millón de gracias.
—¿Y la hija?
—Todavía no se la ha hablado.
—Duque, la condesa está celosa y puede volver.
—¡Ah!, señor, eso sería de muy mal gusto, y creo que la condesa es incapaz de incurrir en semejante disparate.
—Duque, cuando está así es capaz de todo, especialmente cuando el rencor se une a los celos. ¿Sabéis que os aborrece?
Richelieu hizo una inclinación.
—Sé que me dispensa ese honor.
—También aborrece a Taverney.
—Si Vuestra Majestad tuviese la bondad de contar bien, estoy seguro de que hallaría a otra persona a quien aborrece mucho más que a mí y al barón.
—¿Qué persona es esa?
—Andrea de Taverney.
—¡Ah! —exclamó Luis XV—, es muy natural.
—Sí, pero esto no quita, duque, que cuidemos que la condesa no escandalice esta noche.
—Todo lo contrario, y eso demuestra lo necesario que es tomar una medida.
—Silencio, que viene el mayordomo mayor; dad las órdenes convenientes a Rafté, y venid a reuniros conmigo en el comedor con la persona consabida.
Luis XV se levantó y pasó al comedor, mientras que Richelieu salía por la puerta contraria.
Después de cinco minutos fue a reunirse con el rey, acompañado del barón.
El rey dio a Taverney las buenas noches con amabilidad.
El barón era hombre de talento, de manera que respondía de ese modo peculiar a ciertas gentes, que hace que los reyes y príncipes los reconozcan por suyos, tratándolos enseguida con llaneza.
Sentáronse los tres a la mesa y empezaron a cenar.
Luis XV era mal rey, pero un hombre encantador, y su compañía, cuando se le antojaba, no carecía de atractivos para los bebedores amigos de conversar y aficionados a la molicie.
En fin, el rey había tomado la vida bajo su aspecto agradable.
Comió con apetito, ordenó que se echase de beber a sus convidados y entabló la conversación sobre la música.
Richelieu no desperdició la ocasión para decir:

—Señor, si la música pone a los hombres de acuerdo, como afirma nuestro bastonero, y piensa, según parece, Vuestra Majestad, ¿se puede decir lo mismo de las mujeres?
—No me habléis de mujeres, duque —dijo el rey—. Desde la Guerra de Troya hasta nuestros días, siempre han causado las mujeres un efecto opuesto a la música. Vos, más que nadie, tenéis que arreglar grandes cuentas con ellas para ir a suscitar semejante conversación; yo conozco a una, y ciertamente que no es la menos peligrosa, que está a matar con vos.
—¡La condesa, señor! ¿Y soy yo culpable?
—Sin duda.
—Supongo que Vuestra Majestad me explicará...
—En dos palabras y con mucho placer —dijo el rey con tono chancero.
—Os escucho, pues, señor.
—Porque os ofreció la cartera de no sé qué ministerio, y vos no habéis querido admitirla, porque, según decís, la condesa no puede ser más impopular.
—¡Señor! —exclamó Richelieu, bastante cortado al ver el giro que tomaba la conversación.
—A lo menos —dijo el rey con esa afectada candidez que le era enteramente particular—, eso se dice. No sé quien me lo ha dicho... seguramente lo habré leído en la *Gaceta*.
—Pues bien, señor —dijo Richelieu aprovechándose de la libertad que concedía a sus convidados el tono alegre y poco natural en su augusto huésped—, confieso que lo es esta vez la voz pública, y aun las *Gacetas*, han referido cosas no tan disparatadas como por lo regular sucede.
—¡Cómo! —exclamó Luis XV—, ¿conque real y verdaderamente habéis rechazado una cartera, querido duque?
La posición del duque era delicada, pues el rey sabía mejor que nadie que no existía tal negativa a admitir la cartera; pero Taverney debía continuar creyendo lo que el mariscal le había contado: tratábase, pues, por parte de éste, de responder con suficiente habilidad para libertarse de la burla del rey, sin exponerse a que el barón le llamara embustero, como lo revelaba su sonrisa y el movimiento de sus labios.
—Señor —repuso Richelieu—, no busquemos los efectos, sino la causa. Que me haya o no me haya negado a admitir la cartera, eso es un secreto de Estado que Vuestra Majestad no puede propalar entre los vasos, sino la causa

por qué hubiera rehusado la cartera si me la hubiesen ofrecido: esto es lo esencial.
—¡Oh! ¡Oh!, duque —exclamó el rey riéndose—; y esa causa no es un secreto de Estado, a lo que parece.
—No, señor, y especialmente para Vuestra Majestad, para mí y para mi amigo el barón de Taverney, en este instante, aunque perdone la divinidad, el anfitrión más mortal y amable que se puede dar. No guardo, pues, secretos para mi rey, y le abro mi alma de par en par, porque no consiento se diga que el rey de Francia tiene un servidor que oculta la verdad.
—Vamos a ver —dijo el rey, mientras que Taverney, bastante inquieto porque temía no hablase Richelieu demasiado, se mordía los labios y modelaba su rostro por el del rey.
—Señor, en vuestro reino existen dos poderes a que debe obedecer un ministro: el primero es vuestra voluntad, y el segundo la de los amigos íntimos que Vuestra Majestad se digna elegir; el primer poder es irresistible, y nadie debe pensar en rehuirle: el segundo es mucho más sagrado, porque impone deberes de corazón a todo el que os sirve. Ese poder es vuestra confianza, y un ministro debe amar si ha de obedecerle al favorito o favorita de su rey.
Luis XV soltó la carcajada, diciendo:
—Duque, esa es una máxima muy buena; y me congratulo mucho que salga de vuestra boca; pero ¿a que no vais a pregonarla con dos trompetas en el Puente Nuevo?
—¡Oh! ya sé —repuso Richelieu—, que los filósofos tomarían al instante las armas; pero creo que ni a Vuestra Majestad ni a mí nos interesan mucho sus gritos; lo esencial es que las dos voluntades preponderantes del reino queden satisfechas. Pues bien, señor, la voluntad de cierta persona, lo digo con valor a Vuestra Majestad, y lo diría aunque debiera ocasionar mi desgracia, esto es, mi muerte, la voluntad de la condesa du Barry, en fin, es tal, que no suscribiría a ella.
El rey nada respondió.
—Me ha ocurrido una idea —continuó Richelieu—, el otro día miraba en torno mío en la corte de Vuestra Majestad, y con verdad declaro que al ver tantas jóvenes bonitas y nobles, tantas señoras radiantes de belleza, si hubiera sido rey, casi me habría sido imposible elegir.
Luis XV se volvió hacia Taverney, quien viendo que poco a poco se entraba

en materia, temblaba de temor y de esperanza, mientras que animaba con la vista y el aliento la elocuencia del mariscal, como si empujase hacia el puerto el buque en que fuera su fortuna.
—Decidme vuestra manera de pensar, barón —dijo el rey.
—Señor —respondió Taverney, con el corazón henchido de orgullo—, creo que el duque está diciendo a Vuestra Majestad excelentes cosas.
—¿Es decir, que opináis como él acerca de las jóvenes bonitas?
—Creo, señor, que en efecto las hay muy bellas en la corte de Francia.
—¿Conque sois de su mismo parecer?
—Sí, señor.
—¿Y me exhortáis como él a que escoja entre las damas de la corte?
—Me atrevería a declarar que pienso lo mismo que el duque, si creyese, señor, que esa es la opinión de Vuestra Majestad.
Al llegar aquí hubo un momento de silencio, durante el cual miró el monarca a Taverney en extremo.
—Señores —dijo enseguida—, sí tuviera treinta años, seguiría, sin vacilar, vuestro dictamen, porque entonces sería fácil de comprender en mí cualquiera inclinación; pero ya soy algo viejo para ser inocente.
—¡Inocente!, señor; ruego a Vuestra Majestad que explique el significado de esa palabra.
—Ser inocente, querido duque, significa creer, y nadie hará que crea ciertas cosas.
—¿Qué cosas?
—Que los viejos puedan inspirar amor.
—¡Ah!, señor —exclamó Richelieu—, hasta ahora había creído que Vuestra Majestad era el caballero más cortés de su reino; pero veo con profundo sentimiento que me había equivocado.
—¿Y por qué? —preguntó el rey riéndose.
—Porque yo soy tan viejo como Matusalén, yo nací en el año noventa y cuatro... No lo echéis en olvido, señor, tengo dieciséis años más que Vuestra Majestad.
No podía ser más astuta aquella manera de adular al monarca, pues Luis XV no cesaba de admirar lo viejo que era el duque, a cuyo servicio habían muerto infinidad de jóvenes. Nada tenía de particular que confiase el rey en vivir tanto como él.
—Convenido —dijo Luis XV—; pero supongo, duque, que no os imaginaréis

que hay quien os ame por vuestro mérito personal.
—Si yo pensase eso, señor, me indispondría con dos mujeres que esta mañana me dijeron lo contrario.
—Veremos, Taverney, veremos duque; los jóvenes rejuvenecen a los viejos, ¿no es verdad?
—Sí, sí, y la sangre noble es una infusión saludable, sin mencionar que en el cambio, un talento tan rico como el de Vuestra Majestad siempre gana y nunca pierde.
—No obstante —observó Luis XV—, me acuerdo que cuando mi abuelo llegó a ser viejo, no cortejó a las mujeres con la misma osadía que antes.
—Vamos, vamos, señor —repuso Richelieu—, ya sabe Vuestra Majestad el respeto que profeso al difunto rey que me envió dos veces a la Bastilla, pero esto no quita que entre la edad madura de Luis XIV y la de Luis XV no quepan comparaciones. ¡Qué diablos! Vuestra Majestad católica, por mucha estima en que tenga el título de hijo primogénito de la Iglesia, no lleva el ascetismo hasta olvidar su humanidad.
—¡Por mi fe! —dijo Luis XV—, lo declaro, puesto que no tengo aquí ni médico ni confesor.
—Pues bien, señor, el rey vuestro abuelo admiraba frecuentemente con su celo religioso y exagerado, y sus mortificaciones que no tenían número, a madame Maintenón de más edad, no obstante, que él. Lo repito señor, ¿cabe comparación entre esas dos Majestades?
El rey aquella noche estaba inspirado y las palabras de Richelieu eran otras tantas gotas de agua desprendidas de la fuente de Juvencio.
Richelieu creyó que ya había llegado el momento oportuno, y tocó con la rodilla a Taverney.
—Señor —dijo éste—, ¿me consiente Vuestra Majestad que le dé las más expresivas gracias por el magnífico regalo que ha hecho a mi hija?
—Eso no vale nada, barón —dijo el rey—, la señorita de Taverney me agrada, porque en su rostro están grabados el pudor y la gracia. Desearía que mis hijas tuviesen que tomar aún alguna dama a su servicio, porque de seguro la señorita Andrea... ¿no es ese su nombre?
—Efectivamente, señor —dijo Taverney enajenado de gozo al ver que el rey sabía el nombre de pila de su hija.
—Precioso nombre. Decía, que seguramente sería la señorita Andrea la primera que se hallase en lista—; pero todos los puestos están ocupados en

mi cámara. Mientras tanto sabed, barón, que esa joven puede contar con mi protección; ¿según creo no tiene muy buena dote?
—Por desgracia.
—Pues bien, yo me ocuparé de buscarle un buen novio.
Taverney hizo un brevísimo saludo.
—Sólo Vuestra Majestad podrá hallarlo, porque confieso que en nuestra pobreza, que raya en miseria...
—Sí, sí, descuidad respecto a ese punto —dijo Luis XV—, pero me parece muy joven, y eso no urge tanto aún.
—Urge tanto menos, señor, cuanto que Vuestra Majestad profesa horror a los matrimonios.
—¿Lo oís? —dijo Luis XV frotándose las manos y mirando a Richelieu—. Pues bien, de todos modos, si os veis apurado, señor de Taverney, elegidme a mí por novio.
Dicho esto se levantó Luis XV, y dirigiéndose al duque le dijo:
—Mariscal.
El duque se aproximó al rey.
—¿Ha quedado satisfecha la chica?
—¿Con qué, señor?
—Con el cofre.
—Dispénseme Vuestra Majestad si le hablo bajo; pero el padre escucha, y no conviene que oiga lo que voy a deciros.
—¡Bah!
—No.
—Pues bien, hablad.
—Señor, la chica odia el casamiento, es cierto, pero aseguro que Vuestra Majestad no le causa horror.
Y esto diciendo, con una familiaridad que agradó al rey por el exceso mismo de la franqueza, el mariscal corrió adonde esperaba Taverney, quien por respeto se había retirado al umbral de la galería.
Los dos se dirigieron a los jardines.
La noche era espléndida; dos lacayos iban delante de ellos, llevando antorchas en una mano y apartando con la otra las floridas ramas de los arbustos; y aun estaban las ventanas de Trianón iluminadas por dentro y empañadas con el aliento inflamado de las cincuenta personas que había invitado la delfina.

La música de Su Majestad animaba el baile.
Tras un frondoso bosquecillo de lilas y abedules, Gilberto arrodillado en el suelo observaba el movimiento de las sombras detrás de las diáfanas tapicerías.
Aunque el cielo se hubiese desplomado, no hubiese sacado de su contemplación a aquel joven.
No obstante, cuando Richelieu y Taverney pasaron rozando por el bosquecillo en que estaba escondido aquel pájaro nocturno, el sonido de su voz y cierta palabra hicieron levantar la cabeza a Gilberto.
El mariscal, apoyado en el brazo de su amigo y hablándole al oído, decía:
—Es necesario enviar a tu hija a un convento.
—¿Por qué? —preguntó el barón.
—Porque apuesto a que el rey —respondió el mariscal—, está locamente enamorado de tu hija.
Estas palabras hicieron palidecer a Gilberto.

LXXV

TRISTE DESPEDIDA

Apenas habían sonado las doce, cuando Nicolasa llamó a su señorita que permanecía aún en su habitación:
—Señorita, señorita, aquí está el señorito Felipe.
Andrea, asombrada, pero alegre al mismo tiempo, se cerró su peinador de muselina y salió a recibir al joven, que en efecto acababa de apearse del caballo en el patio de Trianón y preguntaba a algunos criados a que hora podría ver a su hermana.
Andrea, pues, abrió la puerta y hallóse con su hermano a cuyo cuello se arrojó.
Hasta entonces no notó Andrea que Felipe estaba más serio que de ordinario; que hasta su sonrisa no estaba exenta de tristeza; que llevaba su elegante

uniforme con la más escrupulosa exactitud, y que sostenía en el brazo izquierdo una capa de viaje.
—¿Qué hay, Felipe? —preguntó con ese instinto peculiar de las almas tiernas, para quienes una mirada es una revelación.
—Andrea —dijo Felipe—, esta mañana he recibido la orden de que vaya a incorporarme a mi regimiento.
—¿Y te marchas?
—No puedo hacer otra cosa.
—¡Oh! —dijo Andrea exhalando en aquel grito doloroso todo su valor y parte de sus fuerzas.
Y aunque aquella marcha era naturalísima y debía esperarla, se sintió tan decaída al saberla, que tuvo que apoyarse en el brazo de su hermano.
—¡Dios mío! —preguntó Felipe admirado—, ¿por qué te aflige tanto mi marcha, Andrea? Ya sabes que esto es muy frecuente en la vida de un militar.
—Sin duda —repuso la joven—. ¿Y adonde vas, hermano?
—Mi regimiento está de guarnición en Reims; de suerte que, como ves, no necesito emprender un viaje muy largo. Es verdad que según todas las probabilidades, iremos desde allí a Estrasburgo.
—¿Y cuándo te marchas?
—Se me ha mandado que me ponga en camino enseguida.
—¿Y vienes a despedirte?
—Sí, hermana
—¡A despedirte!
—¿Tienes alguna cosa particular que contarme, Andrea? —preguntó Felipe inquieto con aquella tristeza exagerada y que no podía provenir solamente de su marcha.
Andrea comprendió que estas palabras iban dirigidas a Nicolasa, quien contemplaba aquella escena con una sorpresa que motivaba el dolor exagerado de Andrea.
Efectivamente, la marcha de Felipe, es decir, de un oficial para su regimiento, no era una catástrofe tan grande que impulsara a derramar tantas lágrimas.
Andrea comprendió, pues, al mismo tiempo que el sentimiento de Felipe, la sorpresa de Nicolasa; cogió una manteleta, se la hecho en los hombros, y llevando a su hermano hacia la escalera, le dijo:
—Ven hasta la verja del parque, Felipe, y te llevaré a la calle cubierta, porque necesito contarte muchas cosas, hermano.

Conociendo Nicolasa que esto era mandarle que se fuese se escabulló a lo largo de la pared y entró en el cuarto de su ama, en tanto que ésta bajaba la escalera con Felipe.

Andrea bajó la grada que se extiende a lo largo de la capilla y salió por el pasillo, que aún en el día va a parar al jardín; pero aunque Felipe le preguntaba a cada momento con su inquieta mirada, ella se mantuvo largo tiempo colgada de su brazo, apoyando la cabeza en el hombro sin articular una palabra.

Y desahogó su corazón derramando un raudal de lágrimas.

—Querida hermana, mi buena Andrea —exclamó Felipe—, dime por Dios qué es lo que sucede.

—Amigo mío, mi único amigo —dijo Andrea—, me dejas en medio del mundo en que he entrado ayer, y me preguntas por qué lloro. Este mundo, esta luz me espanta más que la tranquila oscuridad de nuestro viejo castillo.

—Y sin embargo, allí, querida hermana —dijo Felipe con voz triste—, también te encontrabas sola; tampoco estaba yo a tu lado para consolarte.

—Sí, pero a lo menos estaba sola, sola con mis recuerdos infantiles; me figuraba que aquella casa en que había vivido, en que había respirado, en que había muerto mi madre, me debía otorgar la protección natal, si así puede decirse; allí todo era dulce para mí, amigo mío, viéndote partir con calma y regresar con alegría. Empero, ya partieses, ya volvieras, mi corazón no era por completo tuyo, pues se interesaba en aquella casa querida, en mis jardines, en mis flores, y tú formabas únicamente una parte del todo; en vez de que hoy lo eres todo, Felipe, y cuando me abandonas me quedo sin nada.

—Y sin embargo, Andrea —dijo Felipe—, hoy cuentas con una protección mucho más poderosa que la mía.

—Es cierto.

—Y tienes un porvenir brillante...

—¿Quién sabe...?

—¿Por qué lo pones en duda?

—No lo sé.

—Eso es ser ingrata para con Dios, hermana.

—¡Oh! no, gracias al cielo, no soy ingrata para el Señor, y por la mañana y tarde le envío un millón de gracias; pero me parece que en vez de recibirlas, cada vez que me pongo de rodillas oigo una voz que me dice: «¡Ten cuidado, joven, ten cuidado!»

—¡Pero di de qué! Convengo contigo en que te amenaza una desgracia; pero, ¿presientes cual sea? ¿Sabes lo que se ha de hacer para contrarrestarla o evitarla?
—Nada sé, Felipe, sino que, ya lo ves, se me figura que mi vida depende de un hilo, y que para mí no va a lucir un momento de descanso desde que te alejes. Se me figura, en resumen, que estando durmiendo me han empujado hacia la pendiente de un precipicio extremadamente rápido para que me detenga en él al despertar; que despierto; que veo el abismo; que me arrastran a él; y que hallándote tú ausente, no estando aquí para detenerme, voy a desaparecer en él y a estrellarme.
—Hermana mía, mi buena Andrea —dijo Felipe a quien impresionó aquel acento—. Sí, pierdes un amigo pero momentáneamente; no estaré tan lejos que no puedas llamarme en caso preciso; además, piensa que, a excepción de tus quimeras, ninguna cosa te amenaza.
Andrea se paró delante de su hermano, y dijo:
—Pues entonces, Felipe, tú que eres hombre, tú que tienes más fuerza que yo, ¿por qué estás tan triste como yo en este mismo instante? Vamos, hermano, ¿cómo explicas esto?
—Sencillamente, querida hermana —dijo Felipe conteniendo a Andrea que volvía a andar de nuevo—, nosotros no somos únicamente hermanos de alma y sangre, sino también en los sentimientos: de suerte que entre nosotros reinaba una inteligencia que, para mí sobre todo, se ha convertido desde nuestra estancia en París en un hábito muy dulce. Ahora rompo estos lazos, querida amiga, o más bien, los rompen, y el golpe se hace sentir hasta mi corazón. Estoy, pues, triste por el momento, y yo, Andrea, yo me anticipo a nuestra separación, y no creo en una desgracia, sino en que no nos veremos durante algunos meses, durante un año tal vez, pero me resigno y no te digo adiós, sino hasta la vista.
A estas consoladoras palabras Andrea no pudo responder más que con lágrimas.
—Querida hermana —exclamó Felipe al ver la expresión de aquella tristeza que creía incomprensible—, tú no me lo has dicho todo y me ocultas algo: habla, en nombre del cielo, habla.
Y acercándola a sí intentó leer en sus ojos.
—No, no, Felipe, te lo juro; todo lo sabes, porque te he abierto de par en par mi corazón.

—Pues ten valor y no me aflijas de ese modo.
—Es cierto, veo que soy una loca. Escucha: nunca he tenido mucha fortaleza de ánimo; mejor lo sabes tú que nadie, Felipe; siempre he temido, siempre he soñado, siempre he estado suspirando; pero no tengo razón para asociar a mis dolorosas quimeras a un hermano a quien profeso tanta ternura, especialmente cuando me tranquiliza y me demuestra que hago mal en alarmarme. Tienes razón, Felipe, es cierto, muy cierto, aquí nada me falta. Perdóname, pues, Felipe; ya ves que me seco las lágrimas, y que en vez de llorar me sonrío. Hasta la vista, pues, Felipe, y no adiós.
Y abrazándole Andrea dejó caer una lágrima que rodó como una perla sobre la charretera de oro del gallardo oficial.
El joven la contempló con esa ternura suprema, propia al mismo tiempo de un padre y de un hermano.
—Así te quiero. Parto; pero todas las semanas te traerá el correo una carta; haz también, yo te lo suplico, que llegue a mi poder una tuya.
—Sí, Felipe —dijo Andrea—, sí, y esa será mi única alegría. ¿Pero has avisado a papá?
—¿El qué?
—Que te marchas.
—Hermana mía, el barón, por el contrario, ha sido quien me entregó esta mañana la orden del ministro. El señor de Taverney no es como tú, Andrea, y a lo que parece se pasará fácilmente sin mí: cualquiera diría que se alegra de que me marche, y en efecto, tiene razón, pues aquí no adelantaré, mientras que en el regimiento, quizá, se presente alguna buena ocasión.
—¿Papá se alegra de que te marches? —murmuró Andrea—; ¿no te equivocas, Felipe?
—Él te consolará —dijo Felipe sin contestar.
—¿Lo eres así, hermano mío? ¡Pues si jamás me ve!
—Me ha encargado te diga que hoy mismo, después que yo me vaya, vendrá a Trianón. Te ama, créelo; sólo que ama allá a su modo.
—¿Qué te sucede, Felipe? Estás como cortado.
—Querida Andrea, ha dado el reloj; ¿qué hora es?
—La una menos cuarto.
—Pues bien, querida hermana, estoy azorado porque ya hace una hora que debía haberme puesto en camino, y veo mi caballo junto a la verja. Así, pues...

Andrea se armó de valor, y apoderándose de la mano de Felipe, le dijo con un acento bastante firme, para que no hubiese afectación en su voz:
—Adiós, hermano.
—¡Hasta la vista! —replicó el mancebo—, ¡acuérdate de tu promesa!
—¿Cuál?
—De que habrás de escribirme todas las semanas.
—¡Oh! ¡Y me lo pides!
Para pronunciar estas palabras hizo un esfuerzo supremo, pues ya le faltaba la voz a la pobre niña.
Felipe volvió a saludarla con un gesto, y se alejó.
Ella le siguió con la vista, conteniendo el aliento para no suspirar.
Después de montar a caballo Felipe, volvió a decirle adiós del otro lado de la verja, y salió a galope.
Cuando Felipe se hubo alejado, se volvió Andrea y corriendo como una corza herida hacia los árboles, divisó un banco y sólo tuvo fuerzas para llegar a él y caer encima sin pulso, lánguida y casi sin vista.
Enseguida, exhalando de lo más profundo del pecho un gemido prolongado y desgarrador, exclamó:
—¡Oh! Dios mío, ¿por qué me dejáis sola en el mundo?
Y ocultó el rostro entre las manos, dejando escapar entre sus blancos dedos dos lágrimas que no podía reprimir.
En aquel momento percibióse un leve rumor detrás de los hojaranzos, y a Andrea parecióle haber oído un suspiro: se volvió asustada, y vio delante de sí un hombre con el semblante triste.
No es necesario decir quién era aquel hombre. El lector habrá adivinado que no era otro que Gilberto.

CXV

DECLARACIÓN AMOROSA

Estaba Gilberto más pálido y triste que Andrea.
Al ver ésta un hombre desconocido, porque con el velo que las lágrimas extendían delante de sus ojos no lo conoció al principio, se apresuró a enjugarse el llanto, como si a la orgullosa joven le ruborizase que la vieran llorar Al contrario, se revistió de cierta entereza, y sus pálidas mejillas recobraron la inmovilidad, cuando poco antes le temblaban de desesperación.
Gilberto tardó más en reponerse, y sus facciones conservaron la dolorosa expresión que la señorita de Taverney, al momento que alzó los ojos y le conoció, pudo advertir en su actitud y miradas.
—¡Gilberto había de ser! —dijo Andrea con ese tono ligero que adoptaba siempre que lo que ella creía una casualidad le aproximaba al joven.
Gilberto nada contestó, pues aún se hallaba demasiado conmovido para ello.
El dolor que había estremecido el cuerpo de Andrea, sacudió con violencia el suyo.
Andrea fue, pues, quien continuó, porque deseaba saber qué motivaba aquella aparición.
—¿Qué tenéis, señor Gilberto? —interrogó—; ¿qué tenéis que me miráis con ese aire de melancolía? Algo os entristece, y quisiera saberlo, si no es difícil.
—¿Quisierais saberlo? —preguntó en tono melancólico Gilberto, comprendiendo que bajo aquella apariencia de interés se ocultaba la ironía.
—Sí.
—Pues bien; lo que me pone triste es veros sufrir, señorita —replicó Gilberto.
—¿Y quién os ha dicho que yo sufro?
—Yo que lo veo.
—Estáis equivocado, yo no padezco —dijo Andrea volviendo a pasarse el pañuelo por la cara.
Gilberto comprendió que amagaba tormenta, y resolvió alejarla con su humildad.
—Perdonadme, señorita —dijo—, pero os he oído quejar.
—¡Ah! ¿Os hallabais escuchando?
—Señorita —dijo Gilberto tartamudeando, porque sentía tener que decir la verdad—, se debe a la casualidad.
—¡A la casualidad! mucho siento, señor Gilberto, que la casualidad os haya conducido a mi lado; pero, ¿por qué os entristecen mis quejas?
—Porque no puedo ver llorando a una mujer —dijo Gilberto con un tono que

disgustó soberanamente a Andrea.
—¿Y yo soy quizá una mujer para el señor Gilberto? —replicó la altanera joven—. Yo no solicito el interés de nadie, y con menos motivo el del señor Gilberto.
—Señorita —dijo Gilberto moviendo la cabeza—, no hacéis bien en tratarme con tanta rudeza; os he visto triste, y me he afligido; he oído que decíais que marchándose el señorito Felipe os dejaba sola en el mundo, y yo os digo que no, señorita, porque aquí estoy yo, y jamás encontraréis un cariño como el mío. Lo vuelvo a decir, la señorita de Taverney jamás quedará sola en el mundo, mientras mi cabeza pueda pensar, mientras lata mi corazón y pueda extenderse mi brazo.
Aunque al decir estas palabras lo verificó Gilberto con toda la sencillez que exigía un respeto verdadero, el vigor, la nobleza y el cariño dieron belleza a su rostro.
Pero se hallaba escrito que todo cuanto hiciese y dijera el pobre mozo había de disgustar a Andrea, ofenderla y enfadarla hasta el extremo de contestar agriamente, como si cada una de sus respetuosas expresiones constituyesen un insulto, y cada una de sus súplicas una provocación. Al principio intentó levantarse para ver de hallar un gesto más duro, o una palabra más fuerte; pero un estremecimiento nervioso la retuvo en su banco.
—Creo —dijo— que os he dicho, señor Gilberto, que no me agradáis, que vuestra voz me irrita, y vuestros modales filosóficos me dan repugnancia. ¿A qué esa terquedad por hablarme?
—Señorita —dijo Gilberto pálido, pero conteniéndose—; no se irrita a una mujer de bien con demostrarle simpatía. Un hombre honrado es lo mismo que cualquiera otra criatura humana, y yo, a quien maltratáis tan encarnizadamente, merezco quizá, más que alguno, la simpatía que siento no tengáis para mí.
Al escuchar Andrea por dos veces la palabra simpatía, abrió tanto los ojos, y clavó la vista en Gilberto de un modo impertinente.
—¡Simpatía! —exclamó—, ¡yo simpatía al señor Gilberto! En verdad que estaba equivocada, pues os consideraba un insolente, y ahora veo que sois menos que eso; estáis loco.
—Ni lo uno ni lo otro —dijo Gilberto con una calma aparente que debía costar bastante a un hombre cuyo orgullo ya conocemos—. No, señorita, porque la Naturaleza me ha creado igual a vos, y la casualidad ha querido que

debáis estarme obligada.
—¿Otra vez la casualidad? —dijo Andrea con ironía.
—Tal vez he debido decir la Providencia. Por lo demás, nunca os hubiera hablado de tal cosa, si vuestras injurias no me hiciesen tener memoria.
—¡Estaros obligada yo! ¡Obligada yo! ¿Cómo os atrevéis a asegurar tal cosa, señor Gilberto?
—Yo mismo no os abochornaría si os considerara ingrata: y Dios que os ha hecho tan bella, os ha dado, para compensar vuestra belleza, algunos otros defectos para que tengáis también ése.
Andrea no pudo oír esto y se levantó. Gilberto dijo:
—Dispensadme, pero también vos me irritáis algunas veces, entonces no me acuerdo del interés que me inspiráis.
Andrea empezó a reír a carcajadas, para que la rabia de Gilberto llegase a su paroxismo, pero, con bastante admiración suya, el joven no se enfureció. Cruzó los brazos sobre el pecho, conservó la expresión obstinada y hostil de su mirada de fuego, y aguardó con paciencia a que se acabara aquella risa ultrajante.
—Señorita —dijo entonces a Andrea fríamente—, os ruego me contestéis a una sola pregunta: ¿respetáis a vuestro padre?
—¿Os atrevéis a preguntarme eso, señor Gilberto? —exclamó la joven con suprema altanería.
—Sí, respetáis a vuestro padre —siguió Gilberto—, y no a causa de sus cualidades ni de sus virtudes, no, sino sencillamente porque os ha dado la vida. Pues bien, señorita, sentado esto como principio, ¿por qué me insultáis? ¿por qué me rechazáis? ¿por qué me odiáis, cuando os he dado la vida, o, mejor dicho, os la he salvado?
—¿Vos? —exclamó Andrea—: ¿vos me habéis salvado la vida?
—¡Ah! ni tan sólo habéis pensado en ello —dijo Gilberto—, o más bien, lo habéis olvidado, cosa muy natural, porque ya hace un año que sucedió. Pues bien, señorita, necesario es decíroslo o recordároslo. Sí, os he salvado la vida, sacrificando la mía.
—Al menos, señor Gilberto —dijo Andrea muy pálida—, decidme dónde y cuándo...
—El día, señorita, en que se aplastaban cien mil personas unas a otras, huyendo de los fogosos caballos y de los sables que cortaban las cabezas de la multitud y que dejaron en la plaza de Luis XV un reguero de cadáveres y

heridos.
—¡Ah! el 31 de mayo.
—Precisamente, señorita.
Andrea se repuso y volvió a reírse con ironía.
—¿Y habéis dicho que ese día sacrificasteis vuestra vida por salvarnos a mí la mía, señor Gilberto?
—Tengo la honra de repetíroslo.
—¿Conque sois el barón de Balsamo? Perdonadme, pero no lo sabía.
—No, no soy el barón Balsamo —repuso Gilberto con los ojos inflamados y temblándole los labios—, soy un pobre hijo del pueblo; Gilberto, que tiene la locura, la necedad y la desgracia de amaros; que porque os ama como un necio, como un loco, como un condenado, os siguió en medio de la multitud; él fue quien separado de vos por un momento, os conoció por el grito terrible que lanzasteis al caer; él, quien cayó a vuestro lado y os rodeó con sus brazos, hasta que otros veinte mil gravitando sobre él, agotaron sus fuerzas; él, quien se arrojó sobre el pilar de piedra en que ibais a haceros pedazos, para ofreceros el apoyo más blando de su cuerpo; él, que al ver entre la muchedumbre a ese hombre extraño, que al parecer mandaba a los demás, y cuyo nombre acabáis de pronunciar, reunió todas sus fuerzas, toda su sangre, toda su alma, y os alzó en sus moribundos brazos a fin de que aquel hombre os divisase, os cogiese y os salvara; él, en fin, que al cederos a un libertador más feliz que él, sólo conservó un pedazo de vuestro vestido, que llevó a los labios. Y ya era hora, porque la sangre se agolpaba al corazón, a las sienes, al cerebro; la masa de verdugos y víctimas lo cubrió como una ola y lo sepultó, mientras que a semejanza del ángel de la resurrección, vos dejabais aquel abismo por un cielo.
Gilberto acababa de mostrarse tal como era; esto es, salvaje, sencillo y sublime, así en su decisión como en su amor; por manera que Andrea, a pesar de su desprecio, no pudo contemplarlo sin asombro, y él creyó por un instante que su relato era tan irresistible como la verdad y el amor; pero el pobre Gilberto no contaba con la incredulidad, que viene a ser mala fe en el que aborrece. Efectivamente, Andrea, que odiaba a Gilberto, no se dejó llevar de ninguno de los convincentes argumentos de aquel amante desdeñado.
Al principio no contestó; lo que hizo fue mirar a Gilberto, y en su ánimo pasaba algo semejante a un combate.
Así, no satisfecho con aquel silencio tan frío, el joven se vio obligado a

añadir a manera de peroración.
—Ahora, señorita, no me aborrezcáis tanto como lo hacéis, puesto que sería no tan sólo injusto, sino ingrato, como os lo decía no hace mucho, y os lo repito.
Pero Andrea alzó su altanera cabeza al oír esto, y con el tono más cruel, a fuerza de ser indiferente, dijo:
—Señor Gilberto, ¿cuánto tiempo estuvisteis de aprendiz en casa de Rousseau?
—Señorita —respondió Gilberto sencillamente—, creo que tres meses, sin contar el tiempo que estuve enfermo a consecuencia de la sofocación del 31 de mayo.
—Os equivocáis —dijo Andrea—, pues no os pido que me manifestéis si habéis estado o no enfermo... de sofocación... Esto corona tal vez vuestro relato; pero me importa poco. Lo que deseaba deciros, que no habiendo estado más que tres meses en casa del ilustre escritor, los habéis aprovechado muy bien, y aprendisteis a hacer novelas.
Gilberto, que había escuchado con tranquilidad, presumiendo que Andrea iba a contestar a las cosas apasionadas que él había dicho, con otras serias, cayó de todo lo alto de su candidez al ver aquella cruenta ironía.
—¿Una novela? —murmuró indignado—, ¿y creéis que es cosa de novela lo que os he manifestado?
—Sí —dijo Andrea—, novela, lo repito, sólo que no habéis podido obligarme a que la lea, y os lo agradezco, pero desgraciadamente siento no poder pagarla con arreglo a su valor; pues por más que hiciese, vuestra novela no tiene precio...
—¿Me respondéis así? —balbuceó Gilberto con el corazón oprimido y los ojos apagados.
—No os hago ese honor —contestó Andrea rechazándole para pasar por delante de él.
Efectivamente, Nicolasa llamaba a su ama desde el otro extremo de la calle de árboles, con el fin de no interrumpir demasiado bruscamente la conferencia que tenía no sabía con quién, pues no conoció a Gilberto entre la espesura.
Pero al aproximarse vio al joven y se quedó estupefacta, arrepintiéndose entonces de no haber hecho un rodeo, a fin de oír lo que Gilberto decía a la señorita de Taverney.

Ésta, dirigiéndose a Nicolasa dulcemente, para que Gilberto comprendiera mejor la altanería con que le había hablado, le interrogó:
—¿Qué hay, hija mía?
—El señor barón y el señor duque de Richelieu han preguntado por vos, señorita —dijo Nicolasa.
—¿Y dónde se encuentran?
—En vuestra habitación, señorita.
—Ven, pues.
Andrea se marchó, y Nicolasa le siguió, pero no sin lanzar a Gilberto al tiempo de marcharse una mirada irónica: a Gilberto, que pálido, ciego, tendió el brazo en dirección a la calle de árboles por donde se alejaba su enemiga, y murmuró rechinando los dientes:
—¡Oh! ¡Mujer sin corazón, cuerpo sin alma! Te he salvado la vida, he concentrado en ti mi amor, he hecho callar en mí todo sentimiento que pudiera ofender lo que llamaré tu candor, puesto que para mí eras en mi delirio una virgen tan sagrada como la que está en el cielo... Ahora te he mirado de cerca, y no eres sino una mujer y yo un hombre... ¡Oh! Ha de llegar un día en que me vengue. Andrea de Taverney: dos veces has estado entre mis manos, y ambas te he respetado: pero ¡guay de la tercera, Andrea de Taverney!... ¡Hasta la vista, Andrea!
Y se alejó como una fiera herida.

CXVI

PADRE E HIJA

El mariscal y el barón aguardaban al final de la calle de árboles.
Al divisar a Andrea los dos ancianos se alegraron todavía más, y llamáronse la atención uno a otro acerca de aquella radiante hermosura aumentada con la cólera y la rapidez con que había andado aquel trecho.
El duque saludó a Andrea como si se tratase de una madame Pompadour

declarada, cosa que no pasó desapercibida a Taverney, quien se encantó con aquello: pero que sorprendió a Andrea por semejante mezcla de respeto y libre galantería, pues el dinero cortesano sabía dar a sus saludos tantos pormenores como frases francesas daba Covrelle a una palabra turca.
Andrea respondió con una reverencia tan ceremoniosa para su padre como para el mariscal, y seguidamente les invitó con suma gracia a que pasasen a su aposento.
Richelieu admiró aquel aseo elegante, único lujo del mueblaje y la arquitectura del albergue, pues con flores y un poco de muselina blanca, Andrea tenía convertida su triste morada en un nido.
El duque tomó asiento en un sillón persa verde de grandes flores, debajo de un gran jarro de China, de donde pendían racimos perfumados de acacia y arce, mezclados con lirios cárdenos y rosas de Bengala.
Taverney se sentó en otro sillón igual, y Andrea ocupó una silla de tijera, descansando el codo en un clave adornado igualmente de flores puestas en un ancho vaso de Sajonia.
—Señorita —dijo el mariscal—, tengo la honra de venir a felicitaros de parte de Su Majestad por vuestra encantadora voz y vuestro talento de cantante consumada, que ayer, celebraron todos los que asistieron al ensayo. Su Majestad presumió causar envidia si os ensalzaba en voz alta, y ha tenido a bien encargarme os exprese el placer que le habéis proporcionado.
Andrea se ruborizó, aumentando su belleza de tal manera que el mariscal continuó como si hablase por su cuenta:
—Su Majestad me ha asegurado que hasta ahora no había visto en su corte nadie que tuviese como vos, señorita, los dones del entendimiento y los de la hermosura.
—Se te ha pasado por alto decir, y los del corazón —dijo Taverney muy ancho—, pues Andrea es muy buena hija.
El mariscal creyó por un momento que su amigo iba a llorar, y admirado al ver aquel esfuerzo paternal de sensibilidad, exclamó:
—¡El corazón! ¡ay, querido! tú sólo puedes juzgar de la ternura que hay en el corazón de esta señorita. Si tuviera veinte años colocaba a sus pies mi vida y mi fortuna.
Andrea, confundida, sólo respondió con un murmullo sin significación.
—Señorita —dijo Richelieu—, el Rey os ruega le permitáis daros una prueba de su satisfacción, y ha mandado al señor barón, vuestro padre, desempeñe

esta comisión. ¿Qué diré a Su Majestad de parte vuestra?
—Caballero —contestó Andrea, que no vio en el paso que iba a dar sino el respeto que todo súbdito debe a su rey—: haced el favor de decir a Su Majestad que no puede ser más profunda mi gratitud. Manifestad también a Su Majestad que me honra demasiado con ocuparse de mí, y que no soy digna de que un monarca tan poderoso fije en mí la atención.
A Richelieu llenó de entusiasmo al parecer esta respuesta, que la joven pronunció con voz firme y sin ninguna indecisión.
Y besándola con respeto la mano dijo:
—Mano de reina, pie de hada... talento, voluntad, candor... ¡Ah! barón, ¡qué tesoro!... No posees una hija, sino una reina.
Y después de esto se despidió, dejando a Taverney con Andrea, a Taverney, que, sin darse cuenta, se había inflado de orgullo y esperanza.
Si alguien hubiese visto a aquel antiguo filósofo en teoría, a aquel escéptico, a aquel desdeñoso, aspirar con gusto el aire de favor, nada menos que en una sentina, habría creído que Dios había amansado con él mismo el entendimiento y el corazón de Taverney.
Quedó, pues, con Andrea, sentado en su sillón, y algo embarazado, porque la joven, con su inagotable tranquilidad, le atravesaba con sus miradas tan profundas como el mar en su más hondo abismo.
—M. de Richelieu ha manifestado que Su Majestad os ha encargado me deis una prueba de su satisfacción. ¿Queréis decirme qué prueba es?
—¡Ah! —dijo para sí Taverney—, ¿es interesada? Nunca lo hubiera presumido. Tanto mejor, Satanás, tanto mejor.
Sacó con lentitud de la faltriquera el cofrecito que el mariscal le dio la víspera, pareciéndose a esos papas que sacan un cucurucho de bombones o un juguete que los ojos del niño arrancan del bolsillo sin dejar que las manos hayan obrado.
—Mírala —dijo.
—¡Joyas! —exclamó Andrea.
—¿Te agradan?
Era un collar de perlas de gran precio, con doce gruesos diamantes entre ellas; siendo su valor, así como el de una espiga de brillantes, unos pendientes y una hilera de diamantes para la cabeza, de treinta mil escudos por lo menos.
—¡Dios mío! —exclamó Andrea.

—Y bien, ¿qué?
—Esto es excesivamente bello, y el rey se ha equivocado. Me abochornaría de adornarme con eso... ¿Tengo yo trajes que ponerme y que correspondan al valor de esos diamantes?
—Quéjate todavía —dijo Taverney con ironía.
—No me entendéis, siento no poder llevarlas porque son demasiado hermosas.
—El rey, que ha dado el cofrecito, es un señor muy grande para dar igualmente vestidos.
—Pero esa bondad de parte del rey...
—¿Crees que no la merecen mis servicios? —dijo Taverney.
—¡Ah! perdonadme, señor; es cierto —replicó Andrea bajando la cabeza, pero, sin estar convencida.
Después de reflexionar un instante, cerró el cofre, y dijo:
—Yo no llevo esas joyas.
—¿Por qué? —preguntó Taverney intranquilo.
—Porque tanto vos como mi hermano no tenéis nada de lo necesario, y ese lujo superfluo deslumbra mi vista desde que pienso en vuestros apuros.
Taverney le oprimió la mano sonriéndose.
—¡Oh! no te cuides de eso, hija mía, porque el rey ha hecho más por mí que por ti. Estamos en favor, querida, y sería impropio de unos súbditos respetuosos y de una mujer agradecida, que te presentaras delante de Su Majestad sin el adorno que te ha regalado.
—Siendo así, obedeceré, señor.
—Sí, pero es necesario que obedezcas con gusto... ¿No te agrada esta joya?
—No entiendo de diamantes, señor.
—Pues bien, solamente las perlas valen cincuenta mil libras.
Andrea juntó las manos.
—Señor, no me explico por qué Su Majestad me hace a mí semejante regalo, pensadlo bien.
—¿Y qué quieres decir con eso? —dijo Taverney secamente.
—Creed que si llevo estas perlas la gente se admirará.
—¿Y por qué? —dijo Taverney con el mismo tono y una mirada imperativa y fría que hizo a su hija bajar la vista.
—Es un escrúpulo que tengo.
—Señorita, más raro es que vos tengáis escrúpulos, cuando yo no los tengo.

Bien hayan las candidas jóvenes que saben lo que es malo y lo conocen, por ocultado que esté, cuando nadie había dado en ello. ¡Bien haya la doncella sencilla y casta que hace ruborizar a un granadero como yo!
Andrea ocultó su confusión con sus blancas manos, murmurando:
—¡Oh, hermano mío, si no te encontraras tan lejos!
Oyó Taverney estas palabras, o las adivinó con esa maravillosa perspicacia que hemos visto en él. Imposible es saberlo; pero la verdad es que varió de tono al instante, y cogiendo las dos manos de Andrea, dijo:
—Vaya, niña, ¿no es amigo tuyo tu padre?
Una dulce sonrisa rompió las nubes aglomeradas en la hermosa frente de Andrea.
—¡Aquí estoy yo para quererte y darte consejo! ¿No es una honra para ti contribuir a labrar la fortuna de tu hermano y la mía?
—¡Oh! ciertamente —dijo Andrea.
El barón concentró en su hija una mirada llena de caricias, y prosiguió:
—Pues bien, tú serás, como manifestó hace poco Richelieu, la reina de Taverney... El rey te ha distinguido... La delfina también —dijo con viveza —, y con la intimidad de estas augustas personas levantarás el edificio de nuestro porvenir, haciéndolos felices... ¡Qué gloria no te resultará de ser amiga de la delfina... y del rey... Posees un talento superior y una hermosura sin rival; un entendimiento sano, libre de avaricia y ambición... ¡La suerte te ha guardado un brillante papel, hija mía! ¿Te acuerdas de la joven que endulzó los últimos instantes de Carlos VI...? pues su nombre fue venerado en Francia. ¿Te acuerdas de Inés Sorel, que recuperó el honor a la corona de Francia...? pues todos los franceses veneraron su memoria... Andrea, tú serás el báculo de la vejez de nuestro glorioso monarca... Te considerará como si fueses hija suya, y reinarás en Francia por el derecho de la hermosura, el valor y la fidelidad... Y una mirada tuya despedirá a esas mujeres perdidas que deshonran el trono; tu presencia purificará a la corte, y a tu benéfico influjo deberá la nobleza de Francia la vuelta de las buenas costumbres, la política y la perfecta galantería. Hija, tú puedes y debes ser astro regenerador para el país, y una corona de gloria para nosotros.
—¿Y qué debo hacer para eso? —dijo ella asombrada.
El barón meditó algunos instantes, y luego dijo:
—Me habrás oído frecuentemente, Andrea, que en este mundo es preciso forzar a la gente a que sea virtuosa haciendo que ame la virtud. La virtud que

pone mal gesto, la virtud triste, la que a cada instante encaja una sentencia, hace huir a los mismos que con más ardor desean aproximarse a ella. Da a la tuya todo el cebo de la coquetería y aun del vicio, lo cual es fácil a una joven de tanto talento y fortaleza como tú. Hazte tan hermosa que la corte únicamente hable de ti; hazte tan agradable a los ojos del rey que no pueda pasarse sin ti; hazte tan secreta, tan reservada para todos, excepto para Su Majestad, que te atribuyan bien pronto extraordinario poder.
—No comprendo bien este último consejo.
—Yo seré tu guía, y ejecutarás sin comprender, lo cual vale más para una criatura tan inteligente y generosa como tú. A propósito, para ejecutar el primer punto, hija mía, debo surtir tu bolsillo; toma estos cien luises y vístete de un modo correspondiente al rango a que estáis llamada desde que el rey nos ha hecho la honra de distinguirnos.
Taverney dio cien luises a su hija y salió.
Por la rapidez con que atravesó la calle de árboles, no descubrió a Nicolasa en el bosquecillo, en conversación con un señor que le hablaba al oído.

CXVII

DONDE SE ENTERARÁ EL LECTOR DE LO QUE NECESITABA

ALTHOTAS PARA COMPONER SU MARAVILLOSO ELIXIR

Al otro día de la conversación que hemos reproducido, a eso de las cuatro de la tarde, Balsamo estaba ocupado en su gabinete de la calle de San Claudio en leer una carta que le había entregado Fritz.
Aquella carta era anónima, y todo se le volvía darle vueltas entre las manos.
—No me es desconocida esta letra —decía—, larga, irregular, algo temblona y con muchas faltas de ortografía...
Y empezó a leer:

«Señor conde: Una persona que os consultó hace algún tiempo, esto es, antes

de la caída del anterior ministerio, y que ya os había consultado mucho antes, se presentará hoy en vuestra casa para haceros otra consulta. ¿Os permitirán vuestras muchas ocupaciones dedicar a esa persona media hora entre cuatro y cinco de la tarde?»

Después de leer por segunda o tercera vez, Balsamo volvía a querer adivinar de quién era la carta.

—No vale la pena de consultar a Lorenza por tan poca cosa; además, ¿no sé yo adivinar también? La letra es larga, y esto es señal de aristocracia; irregular y temblona, prueba de que la ha hecho un viejo, llena de faltas de ortografía, seguramente es de un cortesano... ¡Tonto de mí! ¡pues si es el duque de Richelieu! Sin duda que os consagraré media hora, señor duque; y una también y hasta un día. Mi tiempo es vuestro y podéis disponer de él. ¿No sois vos, sin conoceros, uno de mis agentes misteriosos, uno de mis demonios familiares? ¿No proseguimos una misma obra? ¿No conmovemos la monarquía con igual empeño siendo vos el alma de ella y yo su enemigo...? Os espero, pues, señor duque, os espero.

Y Balsamo sacó el reloj para ver cuánto tiempo tenía que aguardar todavía al duque.

En aquel momento sonó una campanilla en la cornisa del cielo raso.

—¿Qué ocurrirá? —dijo Balsamo estremeciéndose—, Lorenza me llama, Lorenza quiere verme. ¿Le habrá sucedido algo o bien será uno de esos cambios de carácter de que frecuentemente he sido testigo y aun víctima algunas veces? Ayer estaba muy pensativa, resignada y tranquila; ¡pobre niña! así es como deseo verla. Vamos allá.

Arregló su traje y se encaminó hacia la escalera, después de responder con otro campanillazo al de Lorenza.

Pero, según lo acostumbraba, Balsamo se paró en la habitación contigua a la de la joven, y volviéndose con los brazos cruzados al lado donde suponía debía estar, le ordenó que se durmiese, con esa fuerza de voluntad que no conoce obstáculos.

Después miró por una rendija casi imperceptible del entarimado de madera, como si dudase de sí mismo, o creyese preciso redoblar las precauciones. Lorenza estaba medio dormida sobre un canapé, donde sin duda fue a apoyarse bajo el poder del que así la dominaba, y ni un pintor hubiera conseguido darle una actitud más poética. Atormentada y jadeando bajo el

peso del rápido fluido que Balsamo le había mandado, Lorenza se parecía a una de esas bellas Adrianas de Vanloo, cuyo pecho se levanta, cuyo cuerpo se estremece con suavidad, y cuya cabeza revela desesperación o cansancio. Balsamo entró, pues, por donde acostumbraba y se detuvo delante de ella para contemplarla; pero al momento la despertó porque estaba demasiado peligrosa de aquel modo.

Tan pronto abrió los ojos, se desprendió de ellos una mirada penetrante, y después, como para fijar sus ideas que fluctuaban aún, se alisó el pelo con la palma de la mano, se secó los labios húmedos de amor, y reposando profundamente su memoria, reunió sus recuerdos que andaban diseminados. Balsamo la contemplaba con ansiedad, porque hacía bastante tiempo que tenía la costumbre de verla pasar repentinamente de la dulzura y el amor a un arrebato de cólera y odio, y la reflexión de aquel día, reflexión que no había visto en ella en otras ocasiones, y la sangre fría con que le recibía Lorenza en vez de esos arrebatos de furor, le presagiaban algo más serio quizá que cuanto hasta entonces había visto.

Lorenza se incorporó, movió la cabeza, y fijando su dulce mirada en Balsamo, le dijo:

—Os ruego que os sentéis a mi lado.

Balsamo se estremeció al oír aquella voz llena de una dulzura a que no estaba acostumbrado.

—¿Que me siente? —dijo—, bien sabes, Lorenza mía, que no siento más que un deseo, deseo que se reduce a pasar mi vida prosternado a tus plantas.

—Caballero —continuó Lorenza en el mismo tono—, os suplico que os sentéis, aunque no tengo que hacer un discurso muy largo; pero en fin, me figuro que os hablaré mejor estando vos sentado.

—Ahora y siempre, mi gusto es el tuyo, querida Lorenza.

Y se sentó en un sillón próximo a la joven, que continuó sentada en el mismo sofá.

—Caballero —dijo fijando en Balsamo sus ojos con una expresión angelical —, os he llamado para suplicaros un favor.

—¡Oh! Lorenza mía —exclamó Balsamo cada vez más admirado—, todo lo que quieras; di, pues, ¿qué es lo que deseas?

—Sólo una cosa, pero os advierto que la deseo ardientemente.

—Habla, Lorenza, habla, aunque me debiera costar mi fortuna, aunque me obligara a dar la mitad de mi vida.

—Nada os costará, caballero, o mejor dicho, sólo la pérdida de un minuto —respondió la joven.
Contento en extremo Balsamo al ver el giro pacífico que tomaba la conversación, comenzó a formar en su activa imaginación un programa de los deseos que podía tener Lorenza y más que nada en los que él podía satisfacer.
—Ciertamente —dijo allá para sí—, va a pedirme alguna criada o compañera, pues bien; aunque este es un sacrificio grande, puesto que compromete mi secreto y a mis amigos, lo haré porque la pobre niña se consume en su aislamiento.
Y añadió alzando la voz con una sonrisa llena de amor:
—Habla pronto, Lorenza mía.
—Caballero —dijo ésta—, no ignoráis que me muero de tristeza y fastidio.
Balsamo inclinó la cabeza exhalando un suspiro en señal de asentimiento.
—Mi juventud —siguió Lorenza—, se va consumiendo; mis días son un prolongado gemido, y mis noches un terror continuo, envejeciendo en la soledad y angustia.
—Tú has preferido esa vida, Lorenza —dijo Balsamo—, y de mí no ha dependido el que en vez de ser tan triste como lo es, sea tan feliz como la de una reina.
—Conforme; y por eso yo soy como veis, la que me aproximo a vos.
—Gracias, Lorenza.
—Varias veces me habéis dicho que sois buen cristiano aunque...
—Crees que mi alma está perdida, ¿no es así Lorenza?
—No os fijéis, caballero, en lo que vaya a decir, ni hagáis deducciones, os lo ruego.
—Prosigue.
—Pues bien, en vez de dejarme aquí abismada en la rabia y en la desesperación, concededme, ya que para nada os soy útil...
Al llegar aquí se detuvo para mirar a Balsamo; pero ya tenía recobrado éste el imperio que tenía sobre sí propio y Lorenza sólo halló una mirada fría y un entrecejo arrugado.
Al ver aquellos ojos que amenazaban se animó y continuó de esta manera.
—Concededme, no la libertad, porque sé que Dios, o por mejor decir, vuestra voluntad que considero omnipotente, me tiene condenada a vivir siempre cautiva; pero que vea rostros humanos, que oiga el timbre de otra voz que no sea la vuestra, que ande, en fin, que salga, que dé pruebas de que vivo.

—Había previsto ese deseo, Lorenza —dijo Balsamo tomándole la mano—, y ya sabes que ese es también mi deseo hace bastante tiempo.
—¡Entonces...! —exclamó Lorenza.
—Pero —siguió diciendo Balsamo— tú misma te has anticipado, porque como un loco, y todo hombre que ama lo está, he permitido que penetres mis secretos, acerca de ciencias y de política. Bien sabes que Althotas ha dado con la piedra filosofal y busca el elixir de la vida, cuanto a la ciencia; sabes que mis amigos y yo conspiramos contra las monarquías, por lo que se refiere a la política; y si con lo primero puedes hacer que me quemen por brujo, con lo segundo puedes conseguir que sea condenado, al suplicio de la rueda por delito de alta traición. Y recuerda que me has amenazado, Lorenza; me has dicho que no perdonarías ocasión para ver de recobrar tu libertad, y que si llegabas a alcanzarla, el primer uso que harías de ella sería denunciarme a M. de Sartines. ¿No has dicho eso?
—¡Qué queréis! algunas veces me enfurezco, y entonces... pierdo la razón.
—¿Estás tranquila? ¿Tienes ahora prudencia y podemos hablar?
—Así confío.
—Y en el caso de que te devuelva esa libertad que solicitas, ¿tendré en ti una mujer adicta y sumisa, un alma constante y dulce? Ya sabes, Lorenza, que este es mi deseo más vehemente.
La joven guardó silencio.
—¿Me amarás al fin? —agregó Balsamo.
—Yo sólo ofrezco lo que puedo cumplir dijo Lorenza—, y ni el amor ni el odio dependen de nosotros. Confío en Dios que en cambio de esos favores de vuestra parte se disipará en mí el odio y nacerá el amor.
—Por desgracia no basta tal promesa para que me fíe de ti, Lorenza, y es que es necesario un juramento que te ligue en este mundo y en el otro, que te acarree la muerte en éste, y una condenación en el otro.
Lorenza guardó silencio.
—¿Prestarás ese juramento?
Lorenza dejó caer la cabeza entre sus manos, y su pecho se elevó bajo la presión de sentimientos contrarios entre sí.
—Presta ese juramento, Lorenza, como yo te lo dicte y con la solemnidad que requiere, y quedarás libre.
—¿Qué he de jurar, caballero?
—Jura que jamás, y bajo ningún pretexto, saldrá de tu boca lo que has

averiguado acerca del saber de Althotas.
—Lo juraré.
—Jura que nada de lo que has sorprendido acerca de nuestras reuniones políticas será divulgado por ti jamás.
—Lo juraré igualmente.
—¿Con el juramento y la forma que yo indique?
—Sí: ¿todo se reduce a eso?
—No, falta lo principal, Lorenza, pues de esos juramentos pende solamente mi vida, y del que voy a decirte mi felicidad. Jura que jamás te separarás de mí, sea a instigación de una voluntad extraña, sea a instigación de la tuya propia. Júralo y eres libre.
La joven se conmovió.
—¿Y en qué forma ha de hacerse ese juramento?
—Iremos juntos al templo y comulgaremos con una misma hostia. Antes de que ésta sea partida, jurarás sobre ella no revelar a nadie lo referente a Althotas, no divulgar nada acerca de mis compañeros, ni separarte nunca de mí. Entonces partiremos la hostia en dos mitades, y cada uno de nosotros tomará la mitad, jurando por Nuestro Señor Jesucristo, tú que nunca me traicionarás, y yo que procuraré, porque seas siempre feliz.
—No —dijo Lorenza—, semejante juramento es un sacrilegio.
—Un juramento no es un sacrilegio, Lorenza, repuso Balsamo con tristeza—, sino cuando se presta con intención de no cumplirlo.
—No pronunciaré ese juramento —dijo Lorenza—, porque tendría miedo de perder mi alma.
—Vuelvo a decir —dijo Balsamo—, que no se condena uno por jurar, sino por no cumplir el juramento.
—No, no juraré.
—Pues entonces paciencia —dijo Balsamo sin incomodarse pero con profunda tristeza.
La frente de Lorenza se nubló.
—¿De modo que no accedéis a mi deseo? —preguntó.
—No, Lorenza, si vos no accedéis al mío.
Un movimiento nervioso manifestó cuánta impaciencia necesitó comprimir la joven al oír aquellas palabras.
—Escuchadme Lorenza —dijo Balsamo—, he aquí lo que puedo hacer por vos.

—Decid —respondió la joven sonriendo amargamente.
—Dios, la casualidad o la fatalidad, como os parezca, Lorenza, nos ha unido el uno al otro con lazos indisolubles; no tratemos de romperlos en esta vida, pues sólo puede desatarlos la muerte.
—Ya lo sé —dijo impacientemente Lorenza.
—Pues bien, dentro de ocho días, arriesgando mucho, os traeré una compañera.
—¿Y adonde?
—Aquí.
—¡Aquí! detrás de estos barrotes, detrás de estas puertas inexpugnables, detrás de estas paredes de bronce una compañera de prisión! ¡Oh! no lo habéis pensado bien, y no es eso lo que yo pido.
—Pero es lo que únicamente puedo concederos, Lorenza.
La joven hizo un gesto de impaciencia más visto.
—Reflexionadlo bien y comprenderéis que entre las dos podréis llevar mejor el peso de una desgracia que es necesaria.
—Os equivocáis, hasta ahora sólo he sufrido por mí y no por otro, pero esta es la única prueba que me falta, y nada tiene de nuevo que queráis la sufra. Sí, traeréis a mi lado una víctima como lo soy yo a quien veré sufrir como yo sufro. ¡Oh! ¡no, no y mil veces no! —dijo exaltadísima.
Balsamo intentó calmarla diciendo:
—Vamos, Lorenza, tranquilízate.
—¡Pues no quiere que me tranquilice! Es igual que si el verdugo pidiera a la víctima a quien atormenta que tenga calma, y al inocente a quien martiriza que se tranquilice.
—Sí, deseo que te tranquilices y que tengas calma, porque con la rabia, Lorenza, no mejoras nuestra suerte, sino que la empeoras. Toma lo que te ofrezco, Lorenza, y te daré una compañera, una compañera que ame la esclavitud, porque ella habrá de ser amiga tuya. No verás un semblante triste y lagrimoso como temes, sino al contrario, una sonrisa y una alegría que desarrugarán tu frente. Vaya, mi buena Lorenza, acepta lo que te ofrezco, porque te juro que nada más puedo ofrecer.
—De modo que traeréis a mi lado una mujer mercenaria a quien diréis que se halla aquí una loca, una pobre enferma y condenada a morir, añadiéndole: «Enciérrate con esa loca, sacrifícate, y te pagaré una vez que la loca haya muerto».

—¡Oh! Lorenza, Lorenza —murmuró Balsamo.
—No, me equivoco, no es esto —prosiguió Lorenza con ironía—; he adivinado mal, pero, ¿qué queréis? ¡Soy tan ignorante! ¡Tengo tan poca experiencia del mundo y del corazón de las gentes! Vamos, vamos, lo que diréis a esa mujer es: «Cuidado con esa loca, que es terrible; dime todo lo que haga, todo lo que piense; espía su vida, espía su sueño». Y le daréis todo el oro que desee, porque nada os cuesta el adquirirlo, porque lo hacéis.
—Lorenza, no creas así; por Dios, juzga mejor mi corazón. Ofreciéndote una compañera, amiga mía, comprometo intereses tan grandes, que te estremecerías si no me aborrecieras... ¡darte una compañera! te lo repito, es arriesgar mi seguridad, mi libertad, mi vida; pero no obstante, todo esto lo arriesgo por evitarte un fastidio.
—¡Fastidio! —exclamó Lorenza con risa salvaje—. ¡Pues no llama a esto fastidio!
—Pues bien, le llamaré dolor; sí, tienes razón, Lorenza, es un dolor muy agudo; pero ya te he dicho que tengas paciencia, que ya llegará un día en que ese dolor terminará; y llegará un día en que seas libre y dichosa.
—Vamos —dijo la joven—, ¿me concedéis que me retire a un convento y profesaré?
—¡A un convento!
—Sí, allí pediré a Dios por los dos. Es cierto que estaré encerrada lo mismo, pero tendré un jardín, aire, espacio, y un cementerio para pasearme entre los sepulcros buscando de antemano el lugar donde se ha de colocar el mío. Además tendré compañeras que serán desgraciadas por su propio infortunio y no por el mío. Permitidme que me retire a un convento, y os prestaré todos los juramentos que queráis. Un convento, Balsamo, un convento, os lo ruego con las manos cruzadas.
No podemos separarnos, estamos indisolublemente ligados, Lorenza.
—¿Con que no consentís? —dijo abatida.
—No puedo.
—¿Vuestra determinación es irrevocable?
—Sí, Lorenza.
—Pues bien, otra cosa —dijo sonriéndose.
—¡Oh! mi buena Lorenza, sonríete siempre así, y lograrás que haga cuanto desees.
—Sí, ¿no es cierto que haréis cuanto yo quiera, con tal de que yo haga cuanto

se os antoje?... Pues bien, corriente; haré lo posible por calmarme.
—Habla, Lorenza, habla.
—Hace poco que me indicasteis que llegará un día en que no sufra y sea libre y feliz.
—¡Oh! lo he dicho, y juro por el cielo que espero ese día con la misma impaciencia que tú.
—Pues anticipemos ese día, óyeme.
—Ya te escucho —dijo Balsamo con una turbación inexplicable.
—Terminaré por donde debí haber empezado, Acharat.
—Habla, amiga mía.
—Varias veces he notado, cuando hacéis experimentos en pobres animales, y me manifestabais que estos experimentos eran necesarios para la humanidad, que tenéis el secreto de matar, ya con una gota de veneno, ya abriendo una vena, y que esta muerte era dulce, tan rápida como el rayo, y que esas desventuradas e inocentes criaturas, condenadas como yo a vivir cautivas, se libraban de pronto con la muerte, primer beneficio que gozaban desde que nacieron. Pues bien...
La emoción no la dejaba continuar.
—Prosigue, Lorenza —repitió Balsamo.
—Pues bien, lo que hacéis alguna vez en beneficio de la ciencia con esos inocentes animales, hacedlo conmigo obedeciendo a las leyes de la humanidad; hacedlo con una amiga que os bendecirá con toda su alma, con una amiga que os besará las manos con profunda gratitud si le concedéis lo que os pide. Hacedlo, Balsamo, conmigo, que me prosterno a vuestras plantas; conmigo, que os ofrezco consagraros hasta exhalar el último suspiro, más amor y alegría que el que podéis recibir de mí durante toda mi vida; conmigo, que os ofrezco una sonrisa franca y radiante al tiempo de abandonar la tierra. Balsamo, por el alma de vuestra madre, por la sangre de Nuestro Señor, por todo lo más dulce, grande y sagrado que hay en el mundo de los vivos y en el de los muertos, os ruego que me matéis. ¡Sí, matadme!
—¡Lorenza —exclamó Balsamo, abrazándola—, tú, deliras! Si te matase, moriría yo también, porque tú constituyes mi vida.
Lorenza se deshizo de los brazos de Balsamo por medio de un esfuerzo violento, y se hincó de rodillas, diciendo:
—No me levanto hasta que me des lo que te pido. Mátame sin sacudimiento, sin dolor, sin agonía; concédeme esta gracia, ya que dices que me amas;

adorméceme como me has adormecido tantas veces, pero de modo que no vuelva a despertar.
—¡Lorenza, amiga mía! —dijo Balsamo—, ¿no ves, Dios mío, que estás martirizando mi corazón? Qué, ¿hasta tal punto eres desgraciada? Vamos. Lorenza, cálmate y no te abandones a la desesperación. ¡Tanto me odias, ay de mí!
—Lo que odio es la esclavitud, las molestias, la soledad; y puesto que vos sois quien me hacéis esclava, infeliz y solitaria, os aborrezco, sí, os aborrezco.
—Pero yo te amo mucho, Lorenza, para que quiera verte morir, y no morirás; voy a realizar la cura más difícil de cuantas hasta aquí he hecho, Lorenza mía, voy a hacer que desees la vida.
—¡Oh!
—Lorenza mía, por compasión; yo te prometo que dentro de poco...
—La muerte o la vida —repuso la joven embriagándose gradualmente de rabia.
—La vida, Lorenza mía, la vida.
—Pues entonces, también la libertad.
Balsamo no contestó.
—¿No? Pues entonces la muerte, quiero descansar.
—Y yo que vivas y tengas calma, Lorenza.
Ésta lanzó una carcajada terrible, y dando un salto hacia atrás, sacó del pecho una hoja fina y aguda que brilló en su mano como un relámpago.
Balsamo dio un grito, pero demasiado tarde; pues cuando se arrojó sobre ella y le agarró la mano, la hoja había desgarrado la carne y caído sobre el pecho de Lorenza. Balsamo se quedó deslumbrado al ver brillar el cuchillo, pero quedó sin vista al ver correr la sangre.
Y lanzando un grito terrible, asió a Lorenza con un brazo, y apoderándose del arma que la joven esgrimía de nuevo, le oprimió la mano con toda su fuerza. Lorenza hizo un violento esfuerzo para sacarle el cuchillo, y la cortante hoja se deslizó por entre los dedos de Balsamo.
La sangre saltó a torrentes de su mano mutilada.
Entonces, en vez de continuar luchando. Balsamo extendió hacia la joven su mano llena de sangre, y dijo con voz irresistible:
—Duerme Lorenza, duerme, yo te lo ordeno.
Pero era tan grande la irritación, que la doncella no obedeció con la misma

exactitud que siempre.
—No, no —murmuró Lorenza tambaleándose e intentando volver a herirse —; no, no dormiré.
—Duerme, sí, duerme —exclamó Balsamo aproximándose a ella—; lo mando yo y dormirás.
Aquella vez tuvo tanto poder la voluntad de Balsamo, que venció toda reacción: Lorenza lanzó, pues un suspiro, dejó caer el cuchillo, se tambaleó y fue a caer sobre unos cojines.
Los ojos le quedaron abiertos; pero el fuego que despedían fue apagándose por grados hasta que se cerraron. El cuello, que estaba crispado, se aflojó; la cabeza se inclinó sobre el hombro, como la de un pájaro herido, y un estremecimiento nervioso agitó todo su cuerpo; signos todos que manifestaban que Lorenza estaba dormida.
Balsamo la desabrochó el vestido, y sondeó su herida, que le pareció leve; pero no obstante la sangre salía de ella en abundancia.
Balsamo empujó el ojo de león, giró el resorte, y la plancha se abrió; al momento, quitando el contrapeso que hacía bajar la trampa de Althotas, se puso sobre dicha trampa y subió al laboratorio del viejo.
—¡Ah! ¿eres tú, Acharat? —dijo éste que, como siempre, estaba sentado en su sillón—, ya sabes que dentro de ocho días cumplo cien años, y que de aquí a allá me es necesaria la sangre de un niño o de una virgen.
Pero el discípulo, sin atenderle, corrió al armario en que se hallaban los bálsamos mágicos, cogió una de las redomas, cuya eficacia había probado muchas veces, se volvió a colocar en la trampa, dio una patada y bajó de nuevo.
Althotas empujó su sillón hasta el orificio de la trampa, con intención de cogerle el vestido, y le dijo:
—¿No me oyes, desgraciado? Si de aquí a ocho días no tengo un niño o una mujer que esté virgen para acabar mi elixir, me muero.
Balsamo se volvió fijándose en los ojos del anciano, los cuales chispeaban en medio de su rostro con los músculos inmóviles, pudiéndose asegurar que aquellos ojos eran los únicos que vivían.
—Sí, sí —respondió Balsamo—, no tengas cuidado, que se te dará lo que necesitas.
Luego, soltando el resorte, hizo que subiese la plancha, la cual fue a igualarse con el techo.

Hecho esto, corrió al gabinete de Lorenza, y apenas había entrado en él, cuando resonó la campanilla de Fritz.
—M. de Richelieu —repuso Balsamo—; ¡oh! aunque sea duque y par, tendrá que aguardar a fe mía.

CXVIII

EL MARISCAL RICHELIEU ACTUANDO DE CELESTINA

Hasta las cuatro y media estuvo Richelieu en casa de Balsamo: lo que fue a hacer allí, se explica fácilmente en lo que sigue.
Taverney acompañó a comer a su hija, pues la delfina dejó libre por todo aquel día a Andrea, para que recibiese en su aposento a su padre.
A los postres llegó M. de Richelieu, y como siempre era portador de buenas nuevas, dijo iba a comunicar a su amigo que el Rey había dicho aquella mañana, que ya no se proponía dar a Felipe una compañía, sino un regimiento.
Taverney manifestó su alegría de un modo estrepitoso, y Andrea dio las gracias al mariscal con efusión.
La conversación se redujo a lo que debía reducirse después de lo ocurrido; Richelieu habló siempre del Rey, Andrea siempre de su hermano, y Taverney solamente de Andrea.
Ésta manifestó que se hallaba libre de todo servicio acerca de la delfina, pues Su Alteza Real recibía dos princesas alemanas parientas suyas, y para disponer de algunas horas de libertad que le recordaran la corte de Viena, María Antonieta no había querido retener a su lado a ninguno de la servidumbre, ni siquiera a su camarera mayor, lo que había estremecido de tal manera a madame de Noailles, que había ido a echarse a los pies del Rey.
El barón dijo que estaba en extremo complacido al ver que podía hablar libremente con Andrea de tantas cosas como interesaban a su fortuna y fama, y al oír Richelieu esta observación, expresó su deseo de retirarse para dejar al

padre y la hija en mayor intimidad; pero la señorita de Taverney, no convino en ello y Richelieu se estuvo quieto.
El duque la tomó con la moralidad, y pintó con mucha elocuencia la desgracia en que había caído la nobleza de Francia obligada a soportar el ignominioso yugo de advenedizas cortesanas en vez de tener que incensar a las favoritas de otra época, casi tan nobles como sus augustos amantes, a esas mujeres que reinaban en el ánimo del príncipe por su hermosura y su amor, y en el de los súbditos por su nacimiento, su espíritu y su patriotismo leal y puro.
Andrea se extrañó al ver tanta analogía entre las palabras de Richelieu y las que hacía algunos días pronunciaba el barón de Taverney.
Richelieu se lanzó seguidamente en una teoría de la virtud, teoría tan chispeante, tan pagana, tan francesa, que la señorita de Taverney se vio obligada a convenir en que ella no era en modo alguno virtuosa con arreglo a las teorías de M. de Richelieu; y que la verdadera virtud, a juzgar por lo que decía el mariscal, era la de madame de Châtearoux, la señorita de La Vallière y la señorita de Fousseuse.
De deducción en deducción, de prueba en prueba, Richelieu llegó a hablar tan claro que Andrea no entendió una palabra.
La conversación versó sobre este tema hasta las siete de la noche, hora en que el duque se despidió para ir a Versalles a hacer la corte al Rey.
Al ir y venir por el gabinete para coger el sombrero, se encontró con Nicolasa, quien siempre tenía que hacer alguna cosa donde estaba M. de Richelieu.
—Chica —le dijo éste tocándole el hombro—, acompáñame, porque deseo que me lleves un ramillete que madame de Noailles ha mandado coger en los jardines, para remitirlo a la señora condesa de Egmont.
Nicolasa se inclinó como las alemanas de las óperas cómicas de Rousseau.
Si el lector nos lo consiente, dejaremos que el barón y Andrea hablen del nuevo favor otorgado a Felipe y seguiremos al mariscal, pues este será el medio de que sepamos lo que fue a hacer en la calle de San Claudio, adonde llegó, como también debe recordar el lector, en un momento tan terrible.
Por otra parte, la moral del barón dejaba muy atrás la de su amigo el mariscal, y podría ocurrir que asustase a oídos que por no ser tan puros como los de Andrea entendiesen algo más que esta cándida joven.
Richelieu descendió la escalera apoyado en el hombro de Nicolasa, y así que

llegó con ella al patio, dijo deteniéndose y mirándola de hito en hito:
—¿Conque tienes novio, coquetilla?
—¿Yo, señor mariscal? —exclamó Nicolasa ruborizándose y retrocediendo un paso.
—A no ser que tú no te llames Nicolasa Legay... —dijo el mariscal.
—Así me llamo, señor duque.
—Pues bien, Nicolasa Legay tiene un novio.
—Vaya una aprensión.
—Sí, a fe mía, cierto tunante bastante agraciado a quien recibía en la calle de Coq-Heron y que ha venido siguiéndola hasta cerca de Versalles.
—Señor duque, os juro...
—Una cosa así como exento, que se llama... ¿Quieres que te diga cómo se llama el novio de Nicolasa Legay?
A Nicolasa no le quedaba más esperanza sino que el duque no supiera el nombre de aquel afortunado mortal, de modo que contestó:
—Decidlo, señor mariscal, ya que estáis tan bien informado.
—Se llama Beausire —repuso el mariscal—, y por cierto que no desmiente el apellido que lleva.[13]
Nicolasa juntó las manos afectando una gazmoñería de que el mariscal no hizo ningún caso.
—Y le dais citas en el Trianón, y esto es gravísimo tratándose de un sitio real: muchos han sido expulsados por andarse en estos malos pasos, hija mía, y M. de Sartines manda a la Salpetriere a todas las jóvenes expulsadas de los sitios reales.
Nicolasa empezó a temblar.
—Monseñor —dijo—, os juro que si monsieur de Beausire se jacta de ser mi novio, es un tonto y un pícaro, porque de veras os declaro que no es cierto.
—No digo que no —contestó Richelieu—; pero has dado citas, ¿sí o no?
—Señor duque, una cita nada prueba.
—Has dado citas, ¿sí o no? contesta.
—Monseñor...
—Las has dado, perfectamente; no te critico por eso, hija mía; además, me agradan las chicas que son guapas y hacen brillar su hermosura, y siempre he ayudado lo mejor que he podido a que sean admiradas; pero, como amigo y protector tuyo que soy, te lo advierto por caridad.

—¿Pero me han visto?
—Es indudable, puesto que yo lo sé.
—Monseñor —dijo Nicolasa con tono resuelto—, no puede ser.
—Pues, hija, corre esa voz, y en verdad que no honra mucho a tu ama: así es que tú comprenderás muy bien que siendo como soy amigo de la familia de Taverney y de la de Legay, debo decir dos palabras al barón sobre lo que está ocurriendo.
—¡Por Dios, monseñor! —exclamó Nicolasa asustada—, me perdía si tal hicieseis, pues inocente o no pie echaban.
—Pues bien, pobre niña, te despedirán, porque a estas horas no sé que maligno espíritu ha hecho que te censuren por esas citas a pesar de toda su inocencia y que hayan llegado a oídos de la señora de Noailles.
—La señora de Noailles, ¡gran Dios!
—Sí, ya ves que la cosa urge...
Nicolasa juntó las manos con ademán de súplica.
—Es una fatalidad, ya lo sé —dijo Richelieu—, pero, ¿qué diablos quieres que yo le haga?
—Y vos que habéis dicho hace poco que erais mi protector, vos que me habéis demostrado una vez que lo sois, ¿no podéis protegerme ya? —repuso Nicolasa con la picaresca malicia de una mujer de treinta años.
—Sí que puedo, ¡voto a Cristo!
—Pues protegedme, monseñor...
—Sí, pero no lo haré.
—¡Oh! señor duque.
—Sí, ya sé que eres bonita, y tus hermosos ojos me dicen infinidad de cosas; pero hago que no veo, pobre Nicolasa, y que no comprendo el lenguaje de esos ojuelos. Allá en otro tiempo te hubiera propuesto te refugiases en el pabellón de Hannover; ¿pero de qué serviría esto hoy si ni siquiera se hablaría de ello?
—Sin embargo, ya me habéis llevado a ese pabellón —dijo Nicolasa con despecho.
—Haces mal, Nicolasa, en reconvenirme porque te llevé a mi pabellón, con objeto de prestarte un servicio. Porque al fin, no niegues que, a no ser por el agua de M. Rafté que te ha convertido en una chica guapa, pero morena, no hubieras entrado en Trianón, lo cual valía más que ser expulsada de él. Bien es verdad que ¿para qué diablos das citas a M. de Beausire?

—¿Conque también vos estáis enterado? —dijo Nicolasa conociendo que era indispensable variar la táctica y entregarse al mariscal a discreción.
—¡Vaya si lo sé! y también la señora de Noailles. Mira, para esta noche le tienes citado.
—Es cierto, señor duque; pero os juro a fe de Nicolasa que no asistiré a la cita.
—Es claro, porque estás prevenida, pero como M. de Beausire no lo está, acudirá y me lo sorprenderán. Entonces, como es muy natural que no quiera pasar por un ladrón a quien ahorcan o un espía a quien se da carrera de baquetas, confesará con tanto mayor motivo cuanto que la cosa no es desagradable: «dejadme, que soy el novio de Nicolasita».
—Señor duque, voy a avisarle.
—Es imposible, pobre niña, ¿y por quién vas a hacer eso? ¿Por el que tal vez te ha denunciado?
—¡Ay! es verdad —replicó Nicolasa haciéndose la desesperada.
—¡Qué hermoso es el remordimiento! —exclamó Richelieu.
Nicolasa se tapó el rostro con las manos, dejando pasar bastante luz entre sus dedos para no perder un gesto ni una mirada de Richelieu.
—En verdad que eres adorable —prosiguió el duque, a quien no pasaba ninguna de esas picardigüelas femeninas—; ¡que no tuviera algunos años menos! Pero no importa, ¡voto a cribas! Quiero sacarte del apuro. Nicolasa.
—¡Oh! señor duque, si hacéis lo que decís os estaré en extremo agradecida.
—Nada quiero, Nicolasa; voy a hacerte un servicio sin exigir pago, al contrario.
—¡Ah! eso es muy noble, monseñor, y os doy las gracias con todo mi corazón.
—Tampoco tienes que dármelas; espera, ¡voto al diablo! a saber lo que todavía ignoras.
—Para mí todo está bien, señor duque, con tal que la señorita Andrea no me despida.
—¡Ah! ¿con que tanto interés tienes en continuar en Trianón?
—Muchísimo, señor duque.
—Pues bien, niña bonita, te verás obligada a salir.
—¿Y si no me ven, señor mariscal?
—Véante o no, tendrás que marcharte.
—Pero, ¿por qué causa?

—Voy a decírtelo; porque si te descubre la señora de Noailles, no hay nadie que pueda ampararte, ni aun el mismo rey.
—¡Ah, si yo pudiera ver al rey!
—¡No falta más que eso!... Además, si no te descubren, yo seré quien te haga marchar.
—¿Vos?
—Y al instante.
—En verdad, señor mariscal, que no os entiendo.
—Pues es tan cierto como me llamo Richelieu.
—Pero, ¿no sois mi protector?
—Si no lo quieres, aun es tiempo, di una palabra y se acabó.
—Al contrario, monseñor.
—En ese caso te protegeré.
—¿Y qué?
—¿Y qué? que haré lo que he dicho. Escucha.
—Hablad, monseñor.
—En vez de permitir que te despidan y encarcelen te haré libre y rica.
—¿Libre y rica?
—Sí...
—¿Y qué es preciso hacer para ello? hablad pronto, señor mariscal.
—Poca cosa.
—Pero algo será.
—Lo que voy a mandarte.
—¿Es cosa fácil?
—Sencillísima.
—Con que hay algo que hacer? —dijo Nicolasa.
—¡Es natural, vive Dios! Ya sabes, Nicolasa, que la divisa de este mundo es: amor con amor se paga.
—¿Y lo que hay que hacer es por mí o por vos?
El duque contempló a Nicolasa.
—¡Mucho sabe la tontuela!
—En fin, acabad de una vez, señor.
—Pues bien, es por ti —respondió como un valiente.
—¡Ah! ¡ah! —dijo Nicolasa, quien, adivinando que el mariscal la necesitaba, dejó de temerle, y cuya viva imaginación procuraba descubrir la verdad en medio de los rodeos con que acostumbraba envolverla su interlocutor—; ¿qué

es lo que necesito hacer por mí, señor duque?
—Helo aquí: ¿no tiene que venir M. de Beausire a las siete y media?
—Exactamente, señor mariscal.
—Ya son las siete y diez minutos.
—Es verdad.
—Pues señor, si yo quisiera le detendrían.
—Sí, pero no queréis.
—No: ve a buscarle, y dile...
—¿Qué le digo?
—Contesta antes: ¿quieres a ese muchacho?
—Es claro, cuando le doy citas...
—Eso no es una razón, porque puedes aspirar a casarte con él; ¡tenéis las mujeres unos caprichos tan raros!
Nicolasa soltó una carcajada.
—¡Yo casarme con él! ja, ja, ja.
Richelieu se quedó estupefacto, porque ni en la corte encontró a muchas mujeres tan fuertes.
—Conforme, no le quieres para casarte con él, pero el hecho es que le quieres: mejor que mejor.
—Bien, quede sentado que quiero a M. de Beausire, y continuemos, monseñor.
—¡Caramba y qué ligera eres!
—Como que el asunto me interesa.
—Desde luego digo que aun cuando no le ames, huirás con él.
—¡Demonio! si lo queréis absolutamente, será preciso hacerlo así.
—¡Oh! ¡oh! yo nada quiero, entiéndelo bien, muchacha.
Nicolasa comprendió que había ido muy de prisa, pues ni sabía aún el secreto, ni su rudo antagonista le había dado el dinero que confiaba tomar. Se doblegó, pues, sin perjuicio de levantarse más tarde.
—Monseñor —dijo—, estoy a vuestras órdenes.
—Pues bien, irás en busca de M. de Beausire, y le dirás: «nos han descubierto, pero tengo un protector que nos salva, librándonos de que tú vayas a San Lázaro y yo a la Salpetriere. Huyamos, pues».
Nicolasa miró a Richelieu.
—¿Huyamos? —repitió.
Richelieu comprendió aquella mirada tan penetrante y significativa.

—Se entiende, voto al diablo, que yo costeo los gastos del viaje.
Nicolasa no exigió más aclaraciones, pues, cuando le pagaban, debía saberlo todo en el acto.
Él mariscal adivinó lo que pensaba Nicolasa, se apresuró a decir cuanto tenía que decir, como el jugador se apresura a pagar para no sentir el disgusto de hacerlo después.
—¿Sabes en que estás pensando, Nicolasa? —dijo.
—No, a fe mía —respondió la joven— pero vos que nada ignoráis, apuesto a que lo habéis adivinado.
—Estás pensando —dijo—, en que si te marchas podrá necesitarte tu ama casualmente, llamarte de noche, y alarmar el cotarro no hallándote, lo cual te expondría a ser cogida.
—No —dijo Nicolasa—, no pensaba en eso, porque, reflexionándolo bien, prefiero quedarme aquí, señor mariscal.
—¿Y si sorprenden a M. de Beausire?
—Que lo cojan.
—¿Y si confiesa?
—No importa.
—¡Oh! —dijo Richelieu empezando a alarmarse—, te perdías en ese caso.
—No, porque la señorita es muy buena, y como me estima en el fondo, hablará de mí al rey y aunque hagan algo a M. de Beausire a mí no me ocurrirá nada.
El mariscal se mordió los labios.
—Yo te aseguro, Nicolasa, que eres una necia —repuso el duque—, que la señorita Andrea no está bien con el rey, y que ahora mismo voy a hacer que te echen mano si no me escuchas como pretendo que me escuches: ¿lo oyes, viborezno?
—¡Oh! ¡Oh! monseñor, ved que ni tengo plana la cabeza ni me apuntan cuernos en la frente; escucho, pues, pero con mucha reserva.
—Bien, con eso irás a ultimar tu plan de fuga con M. de Beausire.
—Pero, señor, ¿cómo queréis que huya, cuando vos mismo dijisteis que podía despertar la señorita, preguntar por mí, llamarme, qué sé yo, una porción de cosas que al principio no había pensado, pero que vos habéis previsto; vos, monseñor, que sois hombre experimentado? Richelieu se mordió los labios por segunda vez, pero con más fuerza que la primera.
—Pues bien, picaruela, si he pensado en eso también he pensado en el modo

de evitarlo.
—¿Y cómo evitar que mi señora me llame?
—Impidiendo que se despierte.
—¡Anda! Y despierta diez veces en la noche.
—¿Si tendrá igual enfermedad que yo? —dijo Richelieu con calma.
—¿Qué vos? —dijo Nicolasa sonriendo.
—Sin duda, puesto que también despierto diez veces; sólo que yo poseo un remedio para esos insomnios. Que haga, pues, lo mismo que yo, y si no lo hace, hazlo tú por ella.
—¿Veamos qué remedio es ése, monseñor? —dijo Nicolasa.
—¿Qué toma tu ama por la noche al acostarse?
—¿Que qué toma?
—Sí, hoy está en boga evitar de ese modo la sed, y unos beben naranjada o agua de limón, otros agua de toronjil, otros azahar.
—Mi señorita sólo bebe de noche antes de acostarse un vaso de agua clara; algunas veces azucarada, y cuando está atacada de los nervios le echa unas gotas de azahar.
—Igual que yo —dijo Richelieu—, pues bien, mi remedio le va a sentar a las mil maravillas.
—¿Cómo?
—Sin duda; yo echo una gota de cierto elixir en mi bebida, y toda la noche la paso sin despertar.
—Nicolasa quería adivinar adonde iría a parar el mariscal con aquella diplomacia.
—¿No contestas? —dijo éste.
—Estoy pensando en que mi señorita no tiene vuestro elixir.
—Yo te lo facilitaré.
—¡Ah, ah! —dijo Nicolasa allá para sí, penetrando al fin aquellas tinieblas.
—Como eches dos gotas en el vaso de tu ama, dos gotas, ¿lo oyes? ni más ni menos, dormirá toda la noche y no te llamará, sobrándote tiempo para huir.
—¡Oh! si todo se reduce a eso, es fácil.
—Conque echarás las dos gotas, ¿eh?
—Claro que sí.
—¿Me lo prometes?
—¡No lo he de prometer, si está en mi interés echarlas! —dijo Nicolasa—; y después encerraré además a mi señorita tan bien...

—No —dijo Richelieu precipitadamente—. Eso es precisamente lo que no debes hacer; al contrario, dejarás abierta la puerta de su cuarto.
—¡Ah! —exclamó Nicolasa con una explosión interior.
Conoció al fin de lo que se trataba, advirtiéndolo muy bien Richelieu.
—¿Hay algo más? —preguntó la joven.
—Nada más, ahora ya puedes prevenir a tu novio que líe los bártulos.
—Desgraciadamente, monseñor, no necesito decirle que no se deje la bolsa.
—Eso corre de mi cuenta.
—Sí, recuerdo que monseñor tuvo la bondad...
—Vamos, Nicolasa, ¿qué necesitas?
—¿Por hacer qué cosa?
—Por echar las dos gotas de agua.
—Por eso, nada, monseñor, supuesto que me aseguráis que el echarlas es en interés mío: no sería equitativo, pues, que pagaseis lo que es un favor para mí, pero por dejar la puerta de mi señorita os prevengo, monseñor, que pretendo una cantidad muy decente.
—Pues bien, di cuánto.
—Veinte mil francos, monseñor.
Richelieu se estremeció, y dijo exhalando un suspiro:
—Nicolasa, vete muy lejos.
—Lo haré, monseñor pues empiezo a creer, lo mismo que vos, que correrán tras de mí, pero con esos veinte mil francos se anda mucho camino.
—Avisa a M. de Beausire, Nicolasa, y acto seguido te entregaré tu dinero.
—Monseñor, Beausire es muy incrédulo y no querrá creer lo que le diga si no lo demuestro con pruebas.
Richelieu sacó del bolsillo un puñado de billetes del tesoro, y dijo:
—Toma uno a cuenta, y este bolsillo que contiene cien luises.
—Monseñor hará la cuenta y me entregará lo que me reste tan pronto haya hablado con Beausire.
—No; ¡vive Cristo! que lo voy a hacer en el acto. Eres una chica económica, y no dejarás de ser feliz, Nicolasa.
Richelieu completó la cantidad estipulada, tanto en billetes como en luises y medios luises.
—¿Vamos, está bien así? —preguntó.
—Perfectamente —dijo Nicolasa—. Ahora, monseñor, me falta lo principal.
—¿El elixir?

—Sí, ¿monseñor tendrá seguramente un frasquito?
—Siempre llevo conmigo uno.
Nicolasa se sonrió, y al momento dijo:
—Además, todas las noches se cierra Trianón y no tengo llave.
—Yo sí, como gentilhombre que soy.
—¡Ah! ¿De veras?
—Tómala.
—¡Qué fortuna! —dijo Nicolasa—; ¡vaya una ensarta de milagros! Ahora quedad con Dios, señor duque.
—¿Cómo con Dios?
—Seguramente ya no volveré a veros, monseñor, ya que me iré cuando mi señorita esté en el primer sueño.
—Es verdad: adiós, pues, Nicolasa.
Ésta, riéndose allá para sus adentros, desapareció en la oscuridad que empezaba a condensarse.
—Aun todavía consigo mis intentos —dijo Richelieu—; pero sin duda le voy pareciendo muy viejo a la suerte y me sirve de mala gana. Esa chica me ha batido en brecha; mas, ¿qué importa, si devuelvo los disparos?

CXIX

NICOLASA SE FUGA CON SU NOVIO

Nicolasa quiso ganar a conciencia su dinero, y corrió a la verja donde con exactitud militar aguardaba M. de Beausire.
También M. de Taverney había dejado a su hija, y así que éste se marchó, Andrea se quedó sola; y fue lo primero que hizo entonces, cerrar las persianas.
Gilberto miraba o mejor dicho, devoraba a Andrea como lo tenía de costumbre desde la buhardilla; pero hubiera sido imposible decir si las miradas que fijaba en la joven eran de amor o de odio.

Cerradas las persianas, Gilberto nada podía ver, y en consecuencia se puso a mirar hacia otra parte.
Entonces descubrió el plumero de M. de Beausire, y conoció al exento que se paseaba silbando una canción para engañar el tedio del que espera.
Al cabo de diez minutos asomó Nicolasa, quien habló unas cuantas palabras con M. de Beausire, éste hizo un movimiento de cabeza como diciendo que entendía perfectamente, y se alejó con dirección a la calle de árboles que llevaba al pequeño Trianón.
Nicolasa por su parte se volvió hacia el punto por donde había ido, tan ligera como un pájaro.
—¡Ahí ¡ah! —dijo Gilberto-, el señor exento y la señorita camarera tienen mucho que decir o hacer, y no quieren ser vistos: ¡bueno!
Gilberto no era curioso por lo que respecta a Nicolasa; pero al ver en ella su enemiga natural, hacía lo posible por reunir contra su moralidad una multitud de pruebas con que pudiera rechazar victoriosamente el ataque, si Nicolasa le atacaba.
Una cita, pues, de Nicolasa con un hombre, y además en Trianón, era una de esas armas que un contrario tan inteligente como Gilberto no podía dejar de recoger, sobre todo teniendo como tenía Nicolasa la imprudencia de soltarla a sus pies. Gilberto, pues, se decidió a escuchar, y llegó al jardín que conocía palmo a palmo y se agazapó en un sitio desde el cual podía escuchar a los dos amantes.
Apenas se había instalado Gilberto en su escondrijo, cuando llegó a su oído un ruido argentino, no siendo otro que el que hace el oro sobre la piedra, ese sonido metálico de que nada más que la realidad puede dar una idea exacta.
Y arrastrándose como una culebra, observó a Nicolasa que vaciaba en la piedra el dinero que había recibido del duque de Richelieu.
Los luises brillaban al caer sobre la piedra, y M. de Beausire, con los ojos encendidos y temblándole todo el cuerpo, miraba con atención, a Nicolasa unas veces, y otras las monedas, sin llegar a comprender cómo la una poseía las otras.
Nicolasa fue la primera en hablar, diciendo:
—Muchas veces me has propuesto que me vaya contigo.
—Para casarnos —exclamó el exento entusiasmado.
—¡Oh! en cuanto a este último punto, querido —dijo la joven—, lo trataremos más despacio; por lo pronto, lo principal es huir. Podremos

marcharnos dentro de dos horas.
—Dentro de diez minutos, si tú lo mandas.
—No: antes tengo que practicar algunas diligencias en que invertiré dos horas.
—Ya sabes que siempre estoy a tus órdenes, querida mía.
—Bien; ahí tienes cincuenta luises.
Y la joven entregó esta cantidad a Beausire, que se la guardó en el bolsillo sin contarla.
—Dentro de hora y media —continuó Nicolasa—, ven aquí con un carruaje.
—Pero... —dijo Beausire.
—¡Oh! si es que no quieres, figurémonos que nada hubo entre nosotros, y devuélveme mis cincuenta luises.
—Yo nunca retrocedo, querida Nicolasa, pero temo el porvenir.
—¿Por quién?
—Por ti.
—¿Por mí?
Sí, pues así que se hayan agotado los cincuenta luises, y al fin desaparecerán, te quejarás, echarás de menos a Trianón, y...
—¡Oh! ¡qué meticuloso es el señor, Beausire! vamos, nada temas, pues yo no soy de esas mujeres a quienes un hombre hace infelices, no tengas, pues, escrúpulos: además, cuando se gasten los cincuenta luises, ya veremos lo que hemos de hacer.
Nicolasa hizo sonar los demás luises que llevaba en el bolsillo.
Los ojos de Beausire brillaban como si estuvieran fosforescentes.
—Por ti —dijo—, me echaría a un horno encendido.
—¡Oh! ¡oh! no se os pide tanto, señor de Beausire: así, pues, es cosa hecha; dentro de hora y media la carroza, y dentro de dos horas en marcha.
—Entendidos —exclamó Beausire, cogiendo la mano de Nicolasa y atrayéndola para besarla por entre la verja.
—¡Silencio, pues! —dijo Nicolasa—, ¿pero has perdido el juicio?
—No, pero estoy enamorado.
—¡Hum! —saltó Nicolasa.
—¿Lo dudas, alma de mi alma?
—Sí, te creo: procura que los caballos sean buenos.
—¡Oh! sí.
Y se separaron.

Pero, transcurrido un segundo, Beausire se volvió asustado, diciendo:
—Chits, chits.
—¿Qué quieres? —preguntó Nicolasa, ya bastante distante y tapándose la boca con la mano, a fin de que la voz llegase sin ruido adonde se hallaba su amante.
—¿Y la verja? —preguntó éste—; ¿piensas saltar por encima de ella?
—¡Vaya una estupidez! —murmuró Nicolasa, quien en aquel momento sólo distaba de Gilberto diez pasos.
Y añadió en voz más alta:
—Tengo llave.
Beausire soltó un ¡ah! lleno de asombro y se marchó real y efectivamente.
Nicolasa se volvió al lado de su señorita con la cabeza baja y aligerando las piernas.
Gilberto se quedó solo, haciéndose a sí mismo las cuatro preguntas siguientes:
¿Por qué huye Nicolasa con Beausire, sin amarle, como no le ama?
¿Por qué tiene Nicolasa tanto dinero?
¿Cómo ha logrado Nicolasa la llave de la verja?
¿Por qué pudiendo huir Nicolasa desde luego, torna al lado de su ama?
Gilberto suponía por qué Nicolasa podía tener dinero; pero no lo demás.
Así que al ver que fallaba su perspicacia, se excitó de tal modo su curiosidad natural o su desconfianza adquirida, como se quiera, que a pesar de lo inclemente que estaba la noche, decidió pasarla al aire libre, bajo los húmedos árboles, para presenciar el desenlace de aquella escena, cuyo principio acababa de ver.
Andrea acompañó a su padre hasta las barreras de Trianón el grande, y regresaba sola y pensativa, cuando Nicolasa desembocó corriendo por la calle de árboles que conducía a la famosa verja en que había tomado todas sus medidas con M. de Beausire.
Eran ya las ocho de la noche, y una atmósfera tempestuosa hacía más densa la oscuridad.
Andrea caminaba pensativa hacia su habitación.
Nicolasa se detuvo al ver a su ama, y a una seña que ésta le hizo subió detrás de ella, siguiéndola a su habitación.
Nicolasa se impacientaba al ver la parsimonia con que su señorita subía las gradas del pabellón.

Andrea, al fin, entró en su aposento, y dejándose caer con languidez en un sillón, mandó a Nicolasa que entreabriese las ventanas.
Nicolasa obedeció.
Después, volviendo adonde estaba su ama, le dijo con ese aire de interés que la aduladora sabía tomar tan bien.
—Temo que la señorita esté algo mala esta noche, porque tiene los ojos hinchados y un color subido, a pesar de su brillantez. Necesitáis descansar, señorita.
—¿Lo crees así, Nicolasa? —preguntó Andrea, sin haber oído lo que aquélla le decía.
Y extendió con flojedad los pies sobre un cojín de tapicería.
Nicolasa, interpretando aquello por una orden, comenzó a desatar el peinado de su señorita.
Durante toda aquella tarea, Andrea no articuló ni una palabra, y dueña Nicolasa de su libre albedrío, trabajó a destajo, estirándole a sus anchas la cabellera, sin que Andrea saliese de su mutismo para quejarse una vez siquiera de los tirones que le daba.
Terminado el tocado de noche, Andrea dio algunas órdenes para el día siguiente, diciendo a Nicolasa que por la mañana fuese a Versalles a buscar unos libros que Felipe debía haber, dejado allí para su hermana, y además que avisase a un afinador de pianos que fuese a Trianón para templar el clave.
Nicolasa respondió con tranquilidad que si no la despertaban de noche, se levantaría temprano y evacuaría aquellos encargos antes que la señorita despertase.
—Mañana escribiré también —prosiguió Andrea como hablando consigo misma—; sí, escribiré a Felipe, y esto aliviará un poco mi corazón.
—No seré yo la encargada de llevar la carta —dijo Nicolasa en voz baja.
Pero no pudo decir esto sin sentir remordimientos, y pensó, por primera vez que iba a separarse de aquella excelente señorita tan buena para ella. El recuerdo de Andrea estaba enlazado con tantos recuerdos suyos, que de marchitarse aquél se rompía toda la cadena que subía desde aquel eslabón a los primeros de la infancia.
Mientras aquellas dos jóvenes, tan distintas en condición y carácter, pensaban de este modo, una al lado de la otra, sin que hubiese conexión alguna en sus ideas, transcurrió el tiempo, y el reloj de Andrea, siempre adelantado al de Trianón, daba las nueve.

Beausire debía encontrarse, pues, en el lugar de la cita, y a Nicolasa sólo le quedaba media hora para ir a reunirse con su amante.
Terminó de desnudar a su ama lo más pronto que pudo, no sin exhalar algunos suspiros que ni siquiera llamaron la atención de Andrea, le puso un largo peinador de dormir, y como Andrea permaneciese silenciosa, Nicolasa sacó del pecho el frasquito de Richelieu, echó dos terrones de azúcar en un vaso con el agua necesaria para que se derritiesen, y luego, sin vacilar, y con esa voluntad tan omnipotente ya en aquel corazón tan tierno aún, echó dos gotas del licor que contenía el frasquito en el agua, la cual se enturbió enseguida y tomó un ligero color de ópalo que fue perdiendo después poco a poco.
—Señorita —dijo entonces Nicolasa—, el vaso de agua está listo, el vestido doblado, y la lamparilla encendida. Ya sabéis que mañana necesito levantarme temprano; ¿me voy a acostar?
—Sí —contestó Andrea distraídamente.
Nicolasa hizo una reverencia, exhaló otro suspiro que se perdió inútilmente como los demás, y empujó tras sí la puerta vidriera que comunicaba con la antesalita; pero en vez de entrar en la celda inmediata al corredor, como saben nuestros lectores, y que recibía luz de la antesala de Andrea, huyó acelerada, dejando entornada la puerta del corredor, para cumplir con exactitud las instrucciones que le había dado Richelieu.
Luego, a fin de no despertar la atención de los vecinos, bajó la escalera que conducía al jardín, de puntillas, dio un brinco al otro lado de la galería, y corrió hacia la verja en busca de M. de Beausire.
Gilberto no había dejado su observatorio, pues, como oyó decir a Nicolasa que regresaría dentro de dos horas, estaba esperando. Sin embargo, viendo que habían transcurrido diez minutos más de la hora señalada temió que no volviese.
De repente la vio correr como si la persiguieran.
Nicolasa se acercó a la verja, dio la llave a Beausire por entre los barrotes, éste abrió la puerta, Nicolasa se lanzó de la parte de afuera, y la verja cerróse de nuevo rechinando pesadamente.
El exento tiró la llave entre las hierbas del foso, precisamente por debajo del sitio en que se hallaba Gilberto, quien oyó el ruido apagado que produjo al caer, y reparó donde había caído.
En tanto, Nicolasa y Beausire iban ganando terreno, y Gilberto los oía

alejarse hasta que distinguió bien pronto, no el ruido de una carroza como había pedido Nicolasa, sino las pisadas de un caballo que, al cabo de algunos momentos invertidos seguramente en reconvenciones por parte de Nicolasa, quien quería salir en carroza como una duquesa, golpeó la tierra con sus herrados pies, extinguiéndose el ruido en el silencio de la noche.
Gilberto respiró.
Quedaba, al fin, libre; por fin se había sustraído al yugo de Nicolasa, es decir, de su enemiga, y Andrea se quedaba sola. Quizá también al marcharse Nicolasa, había dejado puesta la llave en la cerradura de la puerta; quizá podía penetrar Gilberto hasta donde se encontraba Andrea.
Esta idea hizo dar un brinco al ardiente joven, animado de todo el furor que producen el temor y la incertidumbre, la curiosidad y el deseo.
Y siguiendo en dirección opuesta al camino que acababa de andar Nicolasa, dirigióse hacia el pabellón que ocupaba la servidumbre.

CXX

LO QUE VIO Y DIJO ANDREA DURANTE SU SUEÑO MAGNÉTICO

Después que salió Nicolasa, Andrea fue saliendo de su éxtasis, y se puso de rodillas para rogar por Felipe, único ser a quien su corazón amaba.
Y oró como oran las almas afligidas, elevando su alma hasta el Señor.
Después cogió a la ventura de su biblioteca un libro, y aproximándose a la luz se absorbió en la lectura o más bien en sus pensamientos, puesto que el libro que había recogido era un diccionario de botánica. Pocos momentos después le sorprendió el sueño, y estirando la cabeza para dar un soplo a la bujía, vio el vaso de agua que Nicolasa había preparado, extendió el brazo, lo tomó con una mano y con la otra cogió una cuchara, revolvió el azúcar medio derretido, y vencida ya por el sueño se llevó el vaso a la boca.
Mas de repente, cuando ya sus labios tocaron el licor, sintió un estremecimiento extraño, cayó sobre su cerebro un peso húmedo y abrasador,

y Andrea conoció, asustada, en los borbotones del fluido que corría por sus nervios, esa invasión sobrenatural de sensaciones desconocidas que en ocasiones había triunfado en sus fuerzas y trastornado su razón.
Tan pronto como dejó el vaso en el plato, sin exhalar más queja que un suspiro que se escapó de su boca entreabierta, perdió el uso de la voz, la vista y la inteligencia, y cayó como si un rayo la hubiese arrojado sobre el lecho, entorpecidos mortalmente sus miembros.
Pero aquella especie de anonadamiento era para pasar instantáneamente de una existencia a otra.
A pesar de que parecía muerta, con los ojos cerrados, al parecer para siempre, se levantó de pronto, abrió nuevamente los ojos fijándolos de un modo espantoso y a manera de una estatua de mármol que desciende del sepulcro, se bajó del lecho vencida por el sueño maravilloso que varias veces había suspendido ya su vida.
Atravesó el aposento, abrió la puerta vidriera y salió al corredor con la actitud rígida y firme de un mármol que estuviese animado.
Teniendo la escalera al frente, la bajó de escalón en escalón, sin titubear, y apareció en la gradería de piedra.
Cuando Andrea ponía el pie en el escalón más alto para bajar, Gilberto ponía el suyo en el más bajo para subir.
El joven vio, pues, a aquella mujer vestida de blanco y con aire solemne andar majestuosamente como si le saliese al encuentro.
Retrocedió, y andando hacia atrás fue a esconderse en un bosquecillo de arbustos.
Entonces recordó que así había visto en otro tiempo a Andrea en el castillo de Taverney.
Los vestidos de Andrea rozaron a Gilberto, y a pesar de ello ésta no le vio.
Gilberto no sabía a qué atribuir aquella extraña salida de Andrea; la seguía con los ojos; pero su razón estaba confundida, la sangre hervía impetuosamente en sus sienes, estaba más cerca de volverse loco, que de adquirir esa sangre fría que tan necesaria es para observar.
Permaneció, pues, acurrucado entre la hierba y en medio de las hojas, espiando como lo hacía desde que había penetrado en su corazón aquel amor funesto.
De pronto, comprendió el misterio de aquella salida, Andrea no estaba loca, ni fuera de sí como pensaba, pues con aquel paso frío y sepulcral iba a una

cita.
A todo esto brilló en el cielo un relámpago. Gilberto, con el auxilio de aquella azulada luz, vio un hombre oculto en la sombría avenida de tilos, y a pesar de la rapidez conque desapareció la fulgúrea llama, vio también destacarse sobre el fondo oscuro su pálido rostro y su traje descompuesto. Andrea dirigíase hacia aquel hombre, quien tenía extendido el brazo como para atraerla a sí...
Gilberto sintió en el corazón como si le clavaran un hierro y levantóse sobre sus rodillas para observar mejor.
En aquel momento volvió a brillar otro relámpago. Gilberto conoció a Balsamo; era hacia él que avanzaba Andrea.
Cuando estuvo a dos pasos de él se paró Andrea. Balsamo le cogió la mano, y todo el cuerpo de la joven se conmovió.
—¿Veis? —le dijo.
—Sí —respondió Andrea—; pero con llamarme de esta manera ha faltado poco para que me matéis.
—Perdonadme, perdonadme —contestó Balsamo—; pero creo que estoy loco, ¡oh! sufro mucho.
—Es cierto, sufrís mucho —dijo Andrea conociendo lo que sufría por el contacto de la mano.
—Sí, sí, sufro y vengo a vos que me consoléis; sólo en vos está mi salvación.
—Preguntadme, pues.
—¿Veis? —volvió a preguntarle.
—Perfectamente.
—¿Podéis venir conmigo a mi casa?
—Si vos queréis llevarme a ella con el pensamiento...
—Venid, pues.
—¡Ah! —dijo Andrea—, entramos en París, seguimos el baluarte, y llegamos a una calle alumbrada únicamente por un farol.
—Eso es: entremos, entremos.
—Estamos en una antesala donde hay una escalera a la derecha; pero me conducís hacia la pared, ésta se abre y se presenta otra escalera.
—Subid, subid —exclamó Balsamo.
—¡Ah! ya nos encontramos en una habitación tapizada de pieles de león y armas. ¡Ah, se abre la plancha de la chimenea!
—Pasemos por esa abertura; ¿adonde estáis?

—En un aposento muy particular que no tiene salida, y cuyas ventanas están enrejadas: ¡Dios mío! todo está en desorden en esta habitación.
—Pero está vacío, ¿no es cierto?
—Sí, vacío.
—¿Podéis ver a la persona que lo ocupaba?
—Si me entregan algo que esa persona haya tocado, que provenga de ella o sea suyo, sí.
—Mirad este mechón de pelo.
Andrea lo tomó, lo acercó a sí diciendo:
—¡Oh! la conozco, y la he visto otra vez huyendo hacia París.
—Decidme, ¿qué hizo hace dos horas y dónde ha ido?
—Aguardad, aguardad; sí, está recostada en un sofá, y tiene medio desnudo el pecho, el cual está herido.
—No la dejéis Andrea, no la dejéis.
—Estaba durmiendo, pero se despierta, ahora busca en su derredor, luego saca un pañuelo, se sube en una, silla; ata el pañuelo a los hierros de la ventana. ¡Oh! Dios mío.
—¿De veras, quiere matarse?
—¡Oh! sí, está decidida a morir pero la aterra ese género de muerte. Entonces deja atado el pañuelo a los hierros y se baja... ¡Ah! ¡infeliz mujer!
—¿Qué hace?
—¡Oh! cómo llora, cómo sufre, cómo se retuerce los brazos! Ahora busca un ángulo de la pared donde estrellarse la frente.
—¡Oh Dios mío, Dios mío! —exclamó Balsamo.
—¡Ah! se arroja contra la chimenea, la cual representa dos leones de mármol; va a romperse la cabeza contra la cabeza del león.
—¿Qué más? ¿Qué más?... quiero que veáis, Andrea.
—Se detiene.
Balsamo respiró.
—Mira.
—¿Qué es lo que mira? —preguntó Balsamo.
—Sangre en un ojo del león; y esa sangre es vuestra.
—Mía —murmuró Balsamo, faltando poco para volverse loco.
—Sí, vuestra, vuestra. Os cortasteis los dedos con un cuchillo, con un puñal, y apoyasteis el dedo ensangrentado en el ojo del león. Os estoy viendo.
—Sí, es cierto; pero, ¿cómo ha huido?

—Esperad, esperad; la veo examinar esa sangre, meditar, y después apoyar su dedo donde vos apoyasteis el vuestro. ¡Ah! el ojo del león cede, muévese un resorte y la plancha de la chimenea gira.
—¡Imprudente de mí! —exclamó—; soy un loco; pues me he perdido a mí mismo. Andrea calló.
—¿Y sale? —continuó Balsamo—, ¿huye?
—¡Oh! Es necesario perdonar a la pobre mujer, porque era muy desgraciada.
—¿Dónde está, a donde se dirige? Seguidla, Andrea, yo lo mando.
—Esperad; se detiene un momento en el cuarto de las armas y pieles; un armario está abierto: sobre una mesa hay una cajita guardada generalmente en aquel armario; la ve y la coge.
—¿Qué hay en esa cajita?
—Papeles vuestros.
—Si la veis, decidme cómo es.
—Está forrada de terciopelo azul, tachonada con clavos de plata, y tanto los goznes como la cerradura son de plata también.
—¡Oh! —dijo Balsamo furioso—, ¿y ha sido ella quien ha cogido esa cajita?
—¡Oh! Sí, ella, ahora toma la escalera que conduce a la antesala, abre la puerta, tira de la cadena con que se abre la puerta de la calle y sale.
—¿Es muy tarde?
—Con seguridad es tarde porque está muy oscuro.
—Tanto mejor, habrá salido poco antes de regresar yo, y acaso tenga tiempo de alcanzarla... Seguidla.
—Así que sale de casa, corre como una loca y llega al baluarte... Y corre... corre sin detenerse.
—¿Hacia qué lado?
—Hacia la Bastilla.
—¿Seguís viéndola?
—Sí, parece una loca, y tropieza con los que pasan por su lado. Al fin se para, desea saber dónde está y pregunta.
—¿Qué dice? Escuchad, Andrea, escuchad y, en nombre del cielo, no perdáis ni una palabra.
—Pregunta a un hombre vestido de negro.
—¿Y qué le pregunta?
—Que dónde vive el comisario de policía.
—¡Oh!... ¿Se lo dicen?

—Sí.
—¿Qué hace entonces?
—Vuelve atrás, toma una calle oblicuamente y sale a una gran plaza.
—La Plaza Real; ese es el camino. ¿Sabéis su intención?
—Corred tras ella, corred, porque va a delataros. Si llega primero que vos y ve a M. de Sartines, sois perdido.
Balsamo lanzó un grito terrible, se arrojó fuera del arbolado, atravesó una puertecilla que abrió y cerró de nuevo, y de un brinco saltó sobre la silla de su caballo *Djerid*, que golpeaba con impaciencia el suelo.
El bruto, aguijoneado al mismo tiempo con la voz y la espuela, partió con la rapidez de un rayo con dirección a París.
En cuanto a Andrea, se quedó fría, muda, pálida y de pie pero como si Balsamo se hubiese llevado su vida, doblóse poco a poco y cayó en tierra.
Balsamo ni siquiera se acordó de despertarla.

CXXI

ANDREA SE ENCUENTRA POR TERCERA VEZ EN PODER DE GILBERTO

Andrea fue doblegándose gradualmente y empezó a agitarse como acometida de un accidente epiléptico.
Gilberto continuaba contemplándola intensamente; pero como desconocía los efectos del magnetismo, no acertaba a explicarse aquello.
No había oído lo que con Balsamo había hablado; lo único que sabía era que Andrea, así en Trianón como en Taverney, había obedecido, a juzgar por las apariencias, al llamamiento de aquel hombre que había adquirido sobre ella una influencia tan terrible como extraña. Para Gilberto, en fin, todo se reducía a lo siguiente: la señorita Andrea tiene, si no un amante, a lo menos un hombre a quien ama y con quien celebra entrevistas de noche.
La conversación entre Andrea y Balsamo, aunque pronunciada en voz baja,

tenía visos de una reyerta amorosa.
Cuando esto pensaba, vio a la joven vacilar, retorcerse los brazos y girar sobre sí misma; después salió dos veces de su pecho un estertor sordo que revelaba lo oprimido que estaba aquél, y se esforzó, no ella, sino la Naturaleza, en arrojar esa masa mal calculada de fluido que durante el sueño magnético le había dado esa doble vista, cuyos fenómenos hemos visto en el capítulo precedente.
En aquella lucha, la Naturaleza quedó vencida, Andrea no pudo sacudir el resto de voluntad que Balsamo dejó por olvido en ella, y exhalando un gemido cayó sobre la arena, en el instante que un rayo cruzaba la atmósfera.
Pero apenas había caído, cuando Gilberto, tan ágil y vigoroso como un tigre, se lanzó hacia ella, la cogió en brazos, y sin advertir que necesitaba sostener una carga pesada, la condujo al aposento que había dejado para obedecer al llamamiento de Balsamo, y en el que todavía continuaba ardiendo la bujía junto al lecho desbaratado.
Gilberto encontró todas las puertas abiertas como las había dejado Andrea.
Al entrar tropezó con el sofá, y como era consiguiente, colocó en él a la joven, fría e inanimada.
El contacto de aquel cuerpo inanimado inflamó la sangre del joven.
Su primera idea, sin embargo, fue casta y pura; era necesario antes que nada volver a la vida aquella hermosa estatua, y buscó con la vista la garrafa para echar a Andrea en el rostro algunas gotas de agua.
Pero en aquel momento, y al tiempo de extender su temblorosa mano para apoderarse de la botella de cristal, le pareció que un paso firme a la par que ligero hacía crujir la escalera de madera y ladrillos, que conducía al aposento de Andrea.
Nicolasa no era, puesto que había huido con M. de Beausire, Balsamo tampoco, pues se había marchado a galope en su caballo árabe.
No podía ser por lo tanto más que una persona extraña.
Si sorprendían a Gilberto sería arrojado de Trianón, pues Andrea era para él como una de esas reinas de España a quienes no pueden tocar los súbditos, aunque sea para salvarlas.
Estás ideas cruzaron rápidamente por la imaginación de Gilberto, que oía acercarse cada vez más aquel paso en medio del fragor de la tormenta, y como estaba dotado de una extraordinaria sangre fría, de una prudencia superior, comprendió que aquel no era su puesto, y que lo que importaba ante

todo era que nadie le viese.
Apagó, pues, la bujía que iluminaba el aposento de Andrea, y se introdujo en el gabinete que servía de dormitorio a Nicolasa; y desde donde distinguía Gilberto, al mismo tiempo que la habitación de Andrea, la antesala.
En esta última pieza había una lamparilla ardiendo y colocada sobre una consola, y a Gilberto se le ocurrió desde luego apagarla como a la bujía, pero no tuvo tiempo, el paso crujió en los ladrillos del corredor, oyóse una respiración algo oprimida, en el umbral apareció la sombra de un hombre, se deslizó tímidamente en el aposento y volvió a empujar la puerta, cuyo cerrojo echó.
Gilberto sólo tuvo tiempo para ocultarse en el gabinete de Nicolasa y tirar hacia sí de la puerta vidriera.
Al momento contuvo el aliento, pegó el semblante a los cristales y aplicó ambos oídos.
La tormenta rugía solemnemente en el espacio; gruesas gotas de agua golpearon los cristales de la ventana de Andrea y los de la del corredor, donde otra que se había quedado abierta rechinaba sobre sus goznes, y rechazada de vez en cuando por el viento que se introducía en el corredor, daba fuertes portazos contra el marco.
Pero ninguno de estos horrores de la Naturaleza hizo que Gilberto apartase su atención del hombre que había entrado.
Éste había atravesado la antesala, pasado por delante de Gilberto, y entrado en el aposento sin titubear.
Gilberto le vio aproximarse a tientas a la cama de Andrea, hacer un gesto de sorpresa al ver que estaba vacía y al mismo tiempo tropezar con el brazo en la bujía que estaba sobre la consola.
La bujía cayó, y Gilberto oyó el ruido que sobre el mármol de la mesa produjo la arandela de cristal.
Entonces, aquel hombre pronunció dos veces con voz ahogada y como llamando:
—¡Nicolasa! ¡Nicolasa!
—¿Cómo Nicolasa? —se dijo Gilberto desde el fondo de su escondite—: ¿por qué llama ese hombre a Nicolasa en vez de llamar a Andrea?
Pero viendo que nadie contestaba, el incógnito alzó del suelo la bujía, y andando de puntillas la encendió en la lamparilla que había en la antesala.
Entonces fue cuando Gilberto concentró toda su atención en aquel extraño y

nocturno visitante; entonces fue cuando sus ojos hubieran atravesado un muro, gracias a la activa voluntad con que procuraban ver.
De pronto se estremeció Gilberto, y a pesar de que estaba escondido dio un paso atrás.
Al combinarse el resplandor de las dos llamas, se estremeció Gilberto, lo repetimos, quedando medio muerto de asombro, porque en el hombre que tenía la bujía en la mano, había conocido al rey.
Entonces todo lo adivinó el mancebo, la fuga de Nicolasa, el dinero que dio a Beausire, el que estuviese la puerta abierta, la conducta de Richelieu, la de Taverney, y esa intriga extraña y tenebrosa de que la joven era el centro.
Pero al pensar lo que el rey había ido a hacer en aquel aposento; al pensar lo que iba a ocurrir en presencia suya, se le subió la sangre a los ojos.
Tuvo deseos de gritar, pero el miedo, ese sentimiento irreflexivo, caprichoso e irresistible, el miedo que le causaba aquel hombre, lleno todavía de prestigio, que se llamaba rey de Francia, le ató la lengua en el fondo de la garganta.
Mientras, Luis XV había entrado en el aposento con la bujía en la mano.
Apenas puso los pies en él, percibió a Andrea envuelta en su peinador blanco de muselina, y más bien desnuda que arropada, con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, descansando una pierna sobre el cojín, mientras que, tiesa y descalza la otra, yacía sobre la alfombra.
El rey se sonrió al verla, y la bujía iluminó aquella lúgubre sonrisa; pero casi al instante brilló en el rostro de Andrea otra sonrisa casi tan fatídica como la del monarca. Éste pronunció algunas palabras que Gilberto interpretó como otras tantas palabras amorosas, y colocando la bujía sobre la mesa, dirigió al cielo, que estaba inflamado, una mirada, yendo al punto a arrodillarse delante de la joven, a quien besó una mano.
Gilberto se limpió el sudor que corría por su frente, y Andrea no se movió.
El rey, que advirtió que estaba fría aquella mano, la cogió entre la suya para calentarla, y envolviendo con el otro brazo aquel cuerpo tan hermoso y delicado, se inclino para decirle al oído algunas de esas ternezas amorosas que dicen los amantes a las jóvenes cuando se encuentran medio dormidas.
En aquel momento acercó su rostro al de Andrea, de suerte que el rostro del rey rozó el de la joven.
Gilberto se palpó, y respiró al sentir en el bolsillo de la chupa el mango de un largo cuchillo que le servía para podar los hojaranzos del seto.

El rostro de Andrea estaba tan frío como su mano.
El rey se levantó y fijó la vista en el desnudo pie de la joven, tan blanco y diminuto como el de Cendrillón. Lo cogió en sus manos y se estremeció, pues aquel pie estaba tan frío como el de una estatua de mármol.
Gilberto, a quien pretendía robar el rey en su regia lujuria tantas bellezas expuestas a sus miradas, rechinó los dientes y abrió el cuchillo cerrado hasta entonces.
Pero ya había soltado el rey el pie de Andrea, como lo hizo con la mano y el rostro, y sorprendido con el sueño de la joven, sueño que atribuyó al principio a gazmoña coquetería, procuraba descubrir de qué provendría aquel frío mortal que había invadido las extremidades de aquel hermoso cuerpo, y se preguntaba si había dejado de latir el corazón cuando la mano, el pie y el rostro estaban tan helados.
Apartó, pues, el peinador de Andrea, descubrió su virgíneo pecho, y con su mano cobarde pero cínica, interrogó el corazón mudo bajo aquella carne tan helada como el alabastro, cuya blancura sus redondas formas tenían.
Gilberto, con los ojos chispeantes y empuñando el ancho cuchillo, salió decidido, si el rey pasaba más adelante, a darle de puñaladas y matarse después.
En aquel instante un trueno espantoso hizo temblar todos los muebles de la habitación y hasta el sofá, delante del cual se encontraba arrodillado Luis XV, y otro relámpago amoratado y sulfúreo arrojó sobre el semblante de Andrea una llama tan azulada y viva, que aterrorizado el rey de aquella palidez, aquella inmovilidad y aquel silencio, retrocedió murmurando:
—¡Está muerta!
Y se le ocurrió la idea de que había abrazado un cadáver, y esta sola idea estremeció todo su cuerpo; fue por la bujía, volvió adonde se hallaba Andrea, y se puso a mirarla al resplandor de la oscilante llama. Al contemplar aquellos labios cárdenos, aquellas orejas, aquellos cabellos sueltos, y aquella garganta que no levantaba ningún aliento, dio un grito, dejó caer la bujía, se tambaleó, y como si estuviese borracho, se dirigió dando traspiés a la antesala, siendo tan grande su espanto que tropezó en el tabique.
Luego se le oyó bajar apresuradamente la escalera. Luego crujir la arena del jardín hasta que entre el ruido de la tempestad se confundió el rumor de los pasos...
Entonces Gilberto, con el cuchillo en la mano, salió mudo y sombrío de su

escondrijo, se adelantó hasta el umbral del aposento de Andrea, y durante algunos segundos contempló a la hermosa joven sumergida en un profundo sueño.
Mientras tanto, la bujía que había caído en el suelo ardía sobre la alfombra, alumbrando el pie delicado y la pantorrilla tan pura de aquel cadáver adorable.
Gilberto cerró poco a poco su cuchillo, y mientras tanto tomaba su rostro insensiblemente el carácter de una resolución inexorable, después de lo cual fue a escuchar a la puerta por donde había desaparecido el rey.
Enseguida hizo lo que había hecho el rey, esto es, cerrar la puerta y correr el cerrojo, y apagó la lamparilla que ardía en la antesala.
Luego, en fin, con la misma lentitud y el mismo fuego sombrío en sus ojos, volvió a entrar en la habitación de Andrea y puso el pie sobre la bujía, que se corría sin llegar al pavimento.
Una oscuridad repentina apagó la sonrisa funesta que se dibujó en sus labios.
—¡Andrea! ¡Andrea! —murmuró—, te prometí que la tercera vez que cayeras en mi poder no te escaparías como las dos primeras. ¡Andrea! ¡Andrea! La novela terrible que según tú había yo compuesto va a tener un desenlace terrible también.
Y dirigiéndose al sofá estrechó entre sus brazos a la joven fría, inmóvil, privada por completo del sentido.

CXXII

LORENZA BUSCA AL TENIENTE DE POLICÍA

Balsamo partió de Trianón arrebatado por el galope impetuoso de *Djerid*, a quien alentaba con sus exclamaciones, y anduvo una legua despidiendo de sus ojos un brillo tal, que semejaba en aquella noche tempestuosa un genio desprendido del rayo.
Así atravesó Versalles, anduvo otra legua, y a pesar de que en las dos

andadas sólo había empleado *Djerid* quince minutos, a él le parecían siglos.
De repente surcó su mente un pensamiento, y entonces paró sobre sus nerviosos jarretes, al corcel, cuyos músculos eran de hierro.
Al detenerse *Djerid*, dobló los cuartos traseros y clavó las manos en la arena.
El jinete y el caballo respiraron un momento.
Al mismo tiempo que respiraba, levantó Balsamo la cabeza.
Después se pasó un pañuelo por las sudorosas sienes, murmurando:
—¡Oh, qué loco soy! ni la rápida carrera de mi caballo, ni lo ardoroso de mis deseos llegarán jamás a ser tan instantáneos como el rayo o la chispa eléctrica, y precisamente esto es lo que se necesita para conjurar la desgracia que se cierne sobre mi cabeza. Necesito un efecto rápido, un golpe inmediato, un choque omnipotente que paralice las piernas, cuya acción temo, y la lengua, cuyo vuelo me hace temblar; necesito producir desde lejos ese sueño con que domino a la esclava que ha roto sus cadenas. ¡Oh! ¡como consiga apoderarme alguna vez de ella...!
Y Balsamo rechinó los dientes, haciendo un gesto desesperado.
—¡Oh! por más que lo desees, Balsamo, por más que corras —exclamó—, Lorenza ya ha llegado y va a hablar, o tal vez ha hablado ya. ¡Oh mujer miserable! Cuantos castigos te imponga serán sumamente suaves.
Siguió arrugando el entrecejo, con los ojos fijos apoyando la barba en la palma de la mano.
—Veamos si la ciencia es una palabra o una realidad, si tiene poder o no lo tiene... Averigüémoslo por vía de ensayo. ¡Lorenza! ¡Lorenza! quiero que duermas; donde quiera que estés duérmete, ¡Lorenza, duérmete, mira que yo lo quiero!
Luego murmuró desanimado:
—¡Oh! no, no, me equivoco; no creo en ello y me atrevo a confiar a pesar de que la voluntad lo es todo. ¡Oh! lo quiero no obstante, lo quiero con todo mi poder. Cruza los aires, voluntad suprema; atraviesa todas esas corrientes de voluntades antipáticas o indiferentes; atraviesa las murallas como una bala de cañón; persíguela a cualquier sitio adonde se dirija; ¡anda, descarga el golpe, destruye! ¡Lorenza, duerme! ¡Lorenza, enmudece!
Y dirigió por algunos momentos su pensamiento hacia el logro de este fin, grabándolo en su cerebro como para darle más vuelo cuando brotase hacia París; y terminada esta operación misteriosa, a que concurrieron seguramente todos los átomos divinos, animados por Dios, soberano señor de todas las

cosas, Balsamo, con los dientes todavía apretados y crispadas las manos, soltó las riendas a *Djerid*, pero sin aplicarle ni la rodilla ni la espuela.
Balsamo quería convencerse a sí mismo. El noble corcel empezó a andar tranquilamente, según el permiso tácito que le concedía su amo, sentando sobre el empedrado del camino con esa delicadeza particular de su raza el pie casi sin producir ruido, a fuerza de ser ligero.
En tanto Balsamo, a pesar de que los hombres superficiales que le hubieran visto en aquella actitud habrían creído que hacía mal en ir tan despacio, combinaba allá para sí todo un plan de defensa, plan que acababa en el mismo instante en que *Djerid* tocaba el empedrado de Sèvres.
Así que llegó frente a la verja del parque se paró y miró en torno suyo; como si aguardara a alguien.
Al punto se destacó un hombre de una puerta cochera y fue donde él se hallaba.
—¿Eres tú, Fritz? —preguntó Balsamo.
—Sí, señor.
—¿Has averiguado?
—Todo cuanto he podido.
—¿Está en París la condesa du Barry o en Luciennes?
—Se encuentra en París.
Balsamo dirigió al cielo una mirada de triunfo.
—¿Cómo has venido?
—En *Sultán*.
—¿Dónde lo has dejado?
—En el patio de esa posada.
—¿Ensillado?
—Y con la brida puesta.
—Perfectamente, en marcha.
Fritz fue a desatar a *Sultán*, que era uno de esos valientes caballos alemanes, dotados de inmejorable carácter,^ que murmuran algo en las marchas forzadas, pero que no por eso cesan de andar mientras les queda un resto de aliento en los ijares, y el jinete tenga espuela.
Fritz volvió a buscar a Balsamo que escribía a la luz de un farol que los señores recaudadores del impuesto sobre los animales semovientes o no semovientes tienen constantemente encendido para sus operaciones fiscales.
—Ve a París —dijo—, y entrega esta esquela a la señora condesa du Barry,

esté donde esté; para ello tienes media hora, y después que lo hayas evacuado volverás a la calle de San Claudio, donde te estará esperando la señora Lorenza, que no puede menos de volver. Déjala pasar sin hablarle, ni ponerle el menor obstáculo; anda y acuérdate sobre todo de que debes desempeñar tu comisión en media hora.

—Perfectamente —dijo Fritz.

Y clavando la espuela en el ijar de *Sultán* que admirado de aquella agresión a que no estaba habituado, echó a correr lanzando un relincho lastimero y se perdió en la oscuridad de la noche.

En tanto Balsamo fue tranquilizándose poco a poco y tomó el camino de París, donde entró al cabo de tres cuartos de hora, con rostro casi fresco y la vista tranquila, o mejor dicho pensativo.

De lo demás Balsamo tenía razón: por muy rápido que anduviese *Djerid*, como hijo que era del desierto, tenía que tardar, y únicamente su voluntad podía caminar tan de prisa como la joven se había escapado de su prisión.

Desde la calle de San Claudio se dirigió Lorenza al baluarte, y torciendo a la derecha no tardó en divisar los muros de la Bastilla; pero, como siempre había estado encerrada, no sabía andar por París.

Acababa, pues, de llegar al barrio de San Antonio turbada y de prisa, cuando se llegó a ella un joven que iba tras ella hacía algunos minutos asombrado. Porque Lorenza, natural de las cercanías de Roma, y que siempre había llevado una vida excepcional, no había seguido los caprichos de la moda, y su traje era más bien oriental que europeo, es decir, siempre holgado, siempre suntuoso, y diferenciándose mucho del de estas bonitas muñecas encerradas como avispas en un largo corsé, y crujiendo trajes de seda y muselina, bajo los que casi es inútil buscar un cuerpo, gracias al afán con que pretenden aparecer como inmateriales.

El Alfeo que perseguía a nuestra Aretusa la alcanzó fácilmente; pues al ver aquellas pantorrillas divinas bajo una saya de raso y encaje, aquella cabellera sin polvos y aquellos ojos que despedían un brillo extraño debajo de una manteleta arrollada a la cabeza y el cuello, creyó que Lorenza era una mujer disfrazada que se dirigía a algún baile de máscaras o a alguna entrevista, la cual debía ser en una casilla del barrio cuando no iba en carruaje.

Se aproximó, pues, a Lorenza y poniéndosele al lado con el sombrero en la mano, dijo:

—Supongo, señora, que no iréis muy lejos con ese calzado que os impide el

andar; ¿permitís que os dé el brazo hasta que encontremos un carruaje, y con eso tendré el honor de acompañaros adonde vayáis?
Lorenza volvió la cabeza con un movimiento repentino, miró profundamente con sus negros ojos al que le hacía su ofrecimiento que a muchas mujeres hubiera parecido una inconveniencia, y deteniéndose:
—Sí —dijo—, acepto vuestra compañía.
El joven le dio el brazo con mucha delicadeza.
—¿Adonde vamos, señora? —preguntó.
—A la tenencia de la policía.
El joven se conmovió.
—¿A casa de M. de Sartines? —dijo.
—No sé si se llama M. de Sartines; lo que deseo es hablar con el teniente de policía.
El joven empezó a meditar, y le pareció sospechosa aquella mujer joven y hermosa, que vestida a la extranjera, recorría las calles de París a las ocho de la noche, con una cajita debajo del brazo, y preguntando por el teniente de policía.
—¡Ah! ¡Diablo! —dijo el joven—, por aquí no se va a la tenencia de policía.
—Pues decidme por dónde.
—Por el barrio de San Germán.
—¿Y por dónde se va al barrio de San Germán?
—Por aquí, señora —contestó el joven con tranquilidad y finura—; y si queréis cuando encontremos un carruaje...
—Sí, eso es, un carruaje, decís bien.
El joven llevó a Lorenza hacia el baluarte, y habiendo encontrado un coche de alquiler lo llamó.
El cochero atendió al llamamiento, y preguntó:
—¿Adonde queréis que os lleve, señora?
—Al palacio de M. de Sartines —dijo la joven.
Su acompañante abrió la portezuela, por un resto de urbanidad, o más bien de admiración, saludó a Lorenza; enseguida la ayudó a subir y la vio alejarse como una visión de esas que aparecen en sueños.
El cochero, muy respetuoso, hacia aquel nombre terrible, dio de latigazos a sus caballos y partió en la dirección indicada.
Entonces fue cuando Lorenza cruzó la Plaza Real, y Andrea la vio y oyó en su sueño magnético, denunciándola a Balsamo.

A los veinte minutos encontrábase Lorenza en la puerta del palacio.
—¿Espero, hermosa señora? —preguntó el cochero.
—Sí —contestó Lorenza maquinalmente.
Y penetró rápidamente en el portal de aquel magnífico palacio.

CXXIII

DELACIÓN

Tan pronto como entró Lorenza en el patio la rodearon una infinidad de polizontes y soldados.
La joven se dirigió al guardia que encontró más a mano, y le rogó la llevase al teniente de policía; aquel guardia la encaminó al portero de estrados, y viendo éste una mujer tan hermosa, tan extraña, vestida con tanto lujo, y con un cofrecillo precioso debajo del brazo, conoció que la visita podría ser interesante, e hizo que subiera por una gran escalera a una antesala, donde todo el que pasaba por el perspicaz registro de aquel portero, podía a cualquier hora del día o de la noche, llevar a M. de Sartines una noticia, una denuncia o una petición.
No es necesario decir que las dos primeras clases de visitantes eran acogidas más favorablemente que la última.
Lorenza, a quien preguntó el portero qué quería, contestó únicamente estas palabras:
—¿Sois M. de Sartines?
El portero se asombró no poco de que hubiera quien confundiese su traje negro y su cadena de acero, con el traje bordado y la oscura peluca del jefe de la policía.
Lorenza viose precisada a sufrir las investigaciones, interrogatorios y sospechas de media docena de secretarios y ayudas de cámara.
Después de todas aquellas preguntas y respuestas se dijo a la joven que M. de Sartines no estaba en casa, y que era necesario que esperase su vuelta.

La joven se sentó en la antesala, y silenciosa esperó hasta que sonó una campanilla y se oyó rodar por el patio un carruaje, y otro portero fue a comunicarle que M. de Sartines la estaba esperando.
Lorenza se levantó y atravesó dos salas llenas de gente de aspecto sospechoso, y trajes aun más extraños que el suyo, hasta que al fin la introdujeron en un gran gabinete de forma octógona, alumbrado por una porción de bujías.
Un hombre de cincuenta a cincuenta y cinco años, envuelto en una bata, y adornado con una gran peluca, pastosa con los polvos y el rizado, trabajaba sentado delante de un mueble alto en su forma, cuya parte superior, que era semejante a un armario, se componía de dos tableros de cristal azogado, en que veía el que allí estuviese trabajando, sin molestarse, a los que entraban en el gabinete, y podía estudiar su rostro antes que tuvieran tiempo de acomodarlo al suyo.
La parte baja de aquel mueble formaba un bufete cuyo fondo estaba provisto de varios cajones, y cada uno de éstos representaba una letra del alfabeto, siendo allí donde M. de Sartines guardaba papeles y cifras que nadie podía leer en tanto que él viviese, pues el mueblecito se abría solo, y que nadie podía descifrar tampoco después de su muerte, a no ser que descubriese el secreto de las cifras en algún cajón más oculto que los demás.
Aquel bufete, o más bien armario, contenía por debajo de los cristales de la parte superior doce gavetas cerradas también por medio de un mecanismo invisible, pues se había mandado construir expresamente para guardar secretos químicos o políticos por el regente, cuyo príncipe lo regaló a Dubois.
Los murmuradores, y en aquella época había buen número de ellos, aseguraban que si hubiera podido leerse a través de los tableros del expresado mueble, de seguro se hubiesen hallado en alguna de sus gavetas, los famosos tratados en virtud de los cuales se ocupaba Su Majestad Luis XV en el agiotaje del trigo, por mediación de su fiel agente M. de Sartines.
El teniente de policía vio, pues, reflejarse en su espejo disimulado el rostro pálido y serio de Lorenza, quien se iba acercando a él con el cofre debajo del brazo.
La joven se detuvo en medio del gabinete.
Aquel traje, aquel rostro, aquel modo de andar, llamaron la atención del teniente.
—¿Quién sois? —preguntó sin moverse, pero mirando en el espejo—; ¿qué

me queréis?
—¿Estoy —contestó Lorenza—, en presencia de M. de Sartines, teniente de policía?
—Sí —respondió éste con voz breve.
—¿Quién me lo asegura?
M. de Sartines se volvió diciendo:
—¿Será para vos una prueba de que soy el hombre a quien buscáis el que os encierre en un calabozo?
Lorenza no replicó.
Lo que hizo fue mirar en derredor con esa dignidad extraña, característica en las italianas, por ver si encontraba la silla que M. de Sartines no le ofrecía.
Aquella mirada fue suficiente para desarmar a éste, pues el conde de Alby de Sartines era hombre bien educado.
—Sentaos —dijo bruscamente.
Lorenza aproximó un sillón y se sentó.
—Hablad pronto —dijo el magistrado—: vamos, ¿qué queréis?
—Caballero —dijo la joven—, vengo a solicitar vuestra protección.
M. de Sartines la miró de un modo camastrón, natural en él.
—¡Ah! ¡ah! —exclamó.
—Caballero —continuó Lorenza—, he sido robada a mi familia, y sometida por medio de un casamiento falso a un hombre que me oprime desde hace tres años, y me mata de sentimiento.
M. de Sartines miró aquella noble fisonomía, y se conmovió al oír una voz tan dulce, que parecía un canto.
—¿De qué país sois? —preguntó.
—De Roma.
—¿Cómo os llamáis?
—Lorenza.
—¿Lorenza qué?
—Feliciani.
—Desconozco a esa familia; ¿sois señorita?[14]
—Soy señorita —respondió Lorenza.
—¿Y qué pedís?
—Justicia contra ese hombre que me ha encarcelado y secuestrado.
—Yo no puedo intervenir en eso —dijo el teniente de policía—; ¿no sois su

mujer?
—Él lo dice, a lo menos.
—¿Qué queréis decir?
—Porque el matrimonio se ha contraído estando yo dormida, y no me acuerdo de haber dado mi autorización.
—¡Vaya un sueño pesado que tenéis!
—¿Qué decís?
—Que no me incumbe eso; dirigíos a un procurador y sentad una demanda, porque a mí no me gusta mezclarme en asuntos de casados.
Y al decir esto M. de Sartines hizo con la mano un gesto de despedida.
Lorenza no se movió.
—¿No habéis oído? —preguntó M. de Sartines asombrado.
—No he concluido —contestó la joven—, y cuando vengo aquí debéis suponer que no será para quejarme de una cosa frívola, sino para vengarme. Ya os he dicho de qué país soy, y ahora agrego que mis compatriotas se vengan y no se quejan.
—Eso es diferente —dijo M. de Sartines—; pero apresuraos, hermosa señora, porque el tiempo es para mí muy precioso.
—Os he dicho que vengo a implorar vuestra protección; ¿me la otorgáis?
—¿Contra quién?
—Contra el hombre de quien deseo vengarme.
—¿Es poderoso?
—Más que un rey.
—Vamos, expliquémonos, señora. ¿Por qué os he de otorgar mi protección contra un hombre más poderoso que el rey, según vos, y por una acción que quizá sea un crimen? Si deseáis vengaros de ese hombre, hacedlo en buena hora, pues a mí me importa poco; no hay más que, sí cometéis un delito, mandaré que os prendan, y después veremos; éste es el procedimiento.
—No —dijo Lorenza—, no mandaréis prenderme, caballero; pues mi venganza es sumamente útil para vos, para el Rey y la Francia. Me vengo descubriendo los secretos de ese hombre.
—¡Ah, ah! ¿Ese hombre tiene secretos? —preguntó M. de Sartines interesado a pesar suyo.
—Lo tiene, y grandes, caballero.
—¿De qué índole?
—Políticos.

—Decidlos, pues.
—Pero en resumen, ¿me protegeréis?
—¿Qué especie de protección queréis que os dé? —dijo el magistrado sonriéndose fríamente—. ¿Pedís dinero o cariño?
—Lo que quiero, caballero, es entrar en un convento, sepultarme en él y vivir allí ignorada. Deseo que ese convento sea para mí un sepulcro, y que nadie en el mundo viole ese sepulcro.
—¡Ah! —dijo el magistrado—, no es exagerada vuestra exigencia. Hablad, que se os dará el convento.
—¿Me lo aseguráis bajo palabra de honor, caballero?
—Os lo prometo.
—Pues entonces —dijo Lorenza—, tomad este cofre que contiene secretos que os atemorizarán por la seguridad del monarca y del reino.
—¿Conocéis vos esos secretos?
—Superficialmente, pero sé que existen.
—¿Y que son de importancia?
—Que son terribles.
—¿Políticos, según decís?
—¿No habéis oído hablar en alguna ocasión de una sociedad secreta?
—¡Ah! ¿La de los masones?
—La de los invisibles.
—Sí, pero dudo que existan.
—Así que abráis ese cofre os convenceréis.
—¡Ah! —exclamó M. de Sartines vivamente—, veámoslo.
Y tomó el cofre de manos de Lorenza.
Pero de repente lo puso sobre el bufete después de reflexionar.
—No —dijo desconfiadamente-, abridlo vos.
—¿Cómo, si no poseo la llave?
—¿Qué no tenéis la llave? ¡Me traéis un cofre en que se encierra la tranquilidad del reino, y se os olvida la llave!
—¿Tan difícil es forzar una cerradura?
—Forzarla, no.
Y luego prosiguió al cabo de un instante:
—Aquí hay llaves para toda clase de cerraduras; se os facilitará un manojo y vos abriréis.
Miró fijamente a Lorenza.

—Está bien —dijo ésta sencillamente.
M. de Sartines entregó a la joven un manojo de llaves de todos tamaños y formas.
Ella lo tomó.
M. de Sartines le tocó la mano y notó que estaba tan fría como el mármol.
—¿Pero por qué no habéis traído la llave del cofre? —preguntó.
—Porque su dueño la lleva siempre consigo.
—¿E insistís en que es más poderoso que un rey? ¿Quién es?
—Lo que es, nadie puede decirlo; el tiempo que ha vivido sólo lo sabe la eternidad los hechos que realiza sólo Dios lo ve.
—Pero, ¿cómo se llama, cómo se llama?
—Le he visto diez veces cambiar de nombre.
—Pero, ¿con cuál le conocéis vos?
—Con el de Acharat.
—¿Y dónde habita?
—En la calle de San...
De repente se estremeció Lorenza, y comenzó a temblar, dejó caer el cofre que tenía en una mano y las llaves que tenía en la otra; hizo un esfuerzo para responder, pero se le torció la boca a causa de una convulsión dolorosa; se llevó las manos a la garganta, como si la ahogaran las palabras que estaban para salir de ella, y después, levantando al cielo sus temblorosos brazos, sin poder articular un solo sonido, cayó con todo el peso de su cuerpo sobre la alfombra del gabinete.
—¡Pobre muchacha! —murmuró M. de Sartines—; ¿qué diablos le habrá ocurrido?... De veras es lindísima. Vamos, vamos, querrá vengarse por celos.
Tocó una campanilla y él mismo alzó a la joven, quien con los ojos espantados y los labios inmóviles, parecía que estaba muerta y que iba a abandonar este mundo.
Dos ayudas de cámara entraron, y el teniente de policía les dijo:
—Conducid esta joven con mucho cuidado a la habitación contigua y procurad que recobre los sentidos, sin emplear para ello medios violentos.
Los ayudas de cámara lleváronse a Lorenza.

CXXIV

EL CONTENIDO DEL COFRE, LA AUDACIA DEL HECHICERO

Y LA SORPRESA DE SARTINES

Luego que M. de Sartines se quedó solo, cogió el cofre y lo examinó atentamente como hombre que sabe apreciar lo que vale un descubrimiento. Y cogiendo las llaves que Lorenza había soltado, las probó todas, pero ninguna le venía.
Después sacó de su gaveta otros tres o cuatro manojos por el mismo estilo. En aquellos manojos habían llaves de todos tamaños, y así de muebles como de cofres, pudiendo asegurarse que M. de Sartines poseía un museo donde figuraban todas las llaves conocidas.
Probó si venían bien al cofre veinte, cincuenta, ciento; pero ninguna dio una vuelta siquiera, de lo cual dedujo el magistrado que aquella cerradura era fingida, siendo por lo mismo sus llaves simulacros de llaves y nada más.
Entonces sacó de la misma gaveta un escoplo pequeño y un martillito, y con su fina mano metida en un ancho manguito de malinas, arrancó la cerradura, fiel guardiana del cofre, y se presentó a su vista un rollo de papeles en vez de máquinas fulminantes que temía encontrar allí, o de los venenos cuyo aroma debía ser mortal y privar a Francia de su magistrado más importante.
El primer papel que el teniente de policía vio, decía:

«Maestre, ya es tiempo de que dejéis el nombre de Balsamo.»

Aquel papel no contenía firma alguna, sino únicamente estas tres letras: L. P. D.
—¡Ah! ¡ah! —exclamó M. de Sartines atusándose los bucles de su peluca—; si no conozco la letra me parece que el nombre no me es desconocido. ¿Balsamo?... Busquemos en la B.
Entonces abrió una de sus ochenta gavetas y sacó de ella un registro en que

estaban inscritos por orden alfabético y con una letra muy pequeña llena de abreviaturas trescientos o cuatrocientos nombres, precedidos, seguidos y acompañados de unas notas que echaban chispas.
—¡Oh! ¡oh! —murmuró—, tenemos tela larga con el tal Balsamo.
Y leyó toda la página con señales nada equívocas de descontento.
Enseguida volvió a colocar el registro en su gaveta, para continuar haciendo el inventario del cofre.
Otro de los primeros papeles era una lista llena de nombres y signos.
Aquella lista le pareció de importancia, pues estaba muy gastada por las márgenes, y tenía muchas señales hechas con lápiz. Entonces tocó la campanilla M. de Sartines y entró un criado.
—Que venga enseguida —dijo— el encargado de la chancillería; pero que pase de las oficinas por medio de la habitación para ahorrar tiempo.
El ayuda de cámara salió.
Dos minutos después se presentó en el umbral del gabinete un empleado, con la pluma en la mano, el sombrero debajo de un brazo, un voluminoso registro debajo del otro y manguitos de sarga negra sobre las mangas de la casaca. M. de Sartines lo vio en su espejo y le tendió el papel por encima del hombro.
—Descifrad eso —le dijo.
—Está bien, monseñor —contestó el empleado.
Aquel adivinador de charadas era un hombre bajo y delgado, de labios fruncidos, arrugado entrecejo a fuerza de investigar, cabeza pálida y puntiaguda de arriba a abajo, barba afilada, frente hundida, juanetes prominentes y ojos apagados, que se animaban por segundos.
M. de Sartines le llamaba Garduña.
—Sentaos —le dijo el magistrado al verle azorado con su capelino, su códice de cifras, su nota y su pluma.
Garduña se sentó modestamente en un taburete, recogió las piernas y empezó a escribir sobre las rodillas, registrando su diccionario y repasando la memoria con una fisonomía impasible.
A los cinco minutos había escrito lo que sigue:

«Orden para reunir tres mil hermanos en Paris «Orden para instalar tres círculos y seis logias.
»Orden para la creación de una guardia que proteja la persona del gran Copto y prepararle cuatro domicilios, debiendo ser uno de ellos un palacio de

propiedad del rey.
»Orden para poner a su disposición quinientos mil francos para una policía.
»Orden para inscribir en el primer círculo parisiense toda la flor y nata de la literatura y la filosofía.
»Orden para tener a sueldo o ganar a la magistratura; pero asegurarse con especialidad al teniente de policía, por medio de la corrupción, la violencia o la astucia.»

Garduña se detuvo un momento, no para meditar, porque esto hubiera sido un crimen en aquel pobre hombre, sino porque habiendo terminado de escribir una cara, y estando todavía fresca la tinta, era preciso esperar a que se secase para proseguir.
M. de Sartines, impaciente, le arrebató la hoja de la mano y se puso a leer.
Al llegar al último párrafo se retrató en todas sus facciones tal terror, que se aumentó su palidez aún más al ver en el espejo de su armario lo pálido que se había quedado.
Por lo demás no devolvió la hoja al empleado en la chancillería, sino que le dio una en blanco.
Éste prosiguió escribiendo a medida que iba descifrando, cuya operación hacía con una facilidad espantosa para los que se ocupaban de escribir en cifra.
Aquella vez M. de Sartines no pudo esperar y leyó por encima del hombro de Garduña.

«Dejar en París el nombre de Balsamo que empieza a ser sumamente conocido, y tomar el de conde de Fe...»

El fin de la palabra estaba sepultado en una mancha de tinta.
En el mismo momento en que M. de Sartines procuraba descubrir las sílabas que debían componer la palabra, sonó la campanilla exterior, y un criado entró anunciando:
—El señor conde de Fénix.
M. de Sartines exhaló un grito y sin reparar en el armonioso edificio de su peluca juntó las manos por encima de su cabeza, apresurándose a despedir a su dependiente por una puerta excusada.
Enseguida volvió a sentarse delante del bufete, y dijo al ayuda de cámara:

—Que pase.
Pocos segundos después M. de Sartines vio en su espejo el severo perfil del conde, a quien ya había conocido en la corte el día que fue presentada la du Barry.
Balsamo entró sin titubear.
M. de Sartines se levantó, hizo al conde una fría reverencia y cruzando una pierna sobre otra se recostó con ceremonia en su sillón.
Enseguida conoció el magistrado la causa y objeto de aquella visita.
Al momento vio también Balsamo la cajita abierta y medio vacía, sobre el bufete de M. de Sartines.
Por rápida que fuese la mirada que Balsamo dirigió al cofre, no le pasó desapercibida al teniente de policía.
—¿A qué debo la honra que me dispensáis viniendo a mi casa? —preguntó M. de Sartines.
—Caballero —contestó Balsamo con una sonrisa amabilísima—, he tenido el honor de ser presentado a todos los soberanos de Europa, a todos los ministros, a todos los embajadores pero no habiendo hallado a nadie que me presentase a vos, vengo a presentarme yo mismo.
—Pues llegáis a tiempo, caballero —dijo el teniente de policía—; hasta me parece que si no hubieseis venido de motu propio, yo habría tenido la honra de llamaros.
—¡Ah! —dijo Balsamo—, ¡qué casualidad!
M. de Sartines se inclinó sonriéndose con ironía.
—¿Será tanta mi fortuna, caballero —prosiguió Balsamo—, que pueda seros útil en algo?
Estas palabras las pronunció sin que apareciese en su risueña fisonomía ni una sombra de impresión o inquietud.
—¿Habéis viajado mucho, señor conde? —interrogó el teniente de policía.
—Mucho, caballero.
—¡Ah!
—¿Deseáis acaso que os dé algunos pormenores sobre algún punto geográfico? Lo digo, porque un hombre de una capacidad como la vuestra no se ocupa únicamente de Francia, sino abarca la Europa, el mundo...
—El punto que deseo saber no es geográfico, señor conde, si dijeseis moral, acertaríais mejor.
—No hay que apurarse, pues lo mismo para ése que para cualquier otro me

encuentro a vuestras órdenes.
—Pues bien, señor conde, figuraos que busco a un hombre extremadamente peligroso a fe mía, a un hombre que es a un mismo tiempo ateo...
—¡Oh!
—Conspirador.
—¡Oh!
—Embaucador.
—¡Oh!
—Adúltero, monedero falso, empírico, parlanchín, jefe de secta: un hombre cuya historia está consignada en mis registros y en esta cajita que veis aquí.
—¡Ah! comprendo —dijo Balsamo—, conocéis su historia pero os falta él.
—Precisamente.
—¡Diablo! pues eso es lo más interesante a mi parecer.
—Seguramente pero vais a ver que estamos abocados a coger a ese hombre. Seguramente no tiene más formas Proteo, ni Júpiter más nombres que ese inexplicable extranjero. En Egipto, se llamaba Acharat; en Italia, Balsamo; en Cerdeña, Somini; en Malta, marqués de Anna; en Córcega, marqués de Pellegrini y por último, conde de...
—¿Conde de qué? —añadió Balsamo.
—Este último nombre, caballero, es el que no he podido entender bien, pero vos me ayudaréis, ¿no es verdad? Estoy seguro de ello, porque nada tiene de particular que hayáis conocido a ese hombre en vuestros viajes en alguno de los países que he citado.
—Dadme más señas de él —dijo Balsamo con tranquilidad—; ya veremos.
—¡Ah! ya entiendo lo que pretendéis es una especie de filiación, ¿no es verdad, señor conde?
—Precisa, caballero, si lo tenéis a bien.
—Es un hombre —dijo M. de Sartines fijando en Balsamo una mirada que quería fuese inquisitorial— de vuestra edad, de vuestra altura y vuestros modales; unas veces derrama el oro a guisa de gran señor, y otras se presenta como un charlatán que descubre los secretos de la Naturaleza; por último, otras aparece afiliado en una asociación misteriosa que prepara en las tinieblas la muerte de los reyes y la caída de los tronos.
—¡Oh! —dijo Balsamo— eso es muy vago.
—¿Cómo muy vago?
—Hay multitud de hombres parecidos a ése cuyo retrato acabáis de hacer.

—¿De veras?
—Sin duda alguna, y así, si queréis que os ayude, haréis muy bien en fijaros un tanto. En primer lugar, ¿sabéis el país en que vive frecuentemente?
—No, porque vive en todos.
—Pero en la actualidad, por ejemplo.
—En este momento reside en Francia
—¿Y qué hace aquí?
—Dirigir una conspiración vastísima.
—¡Ah! éstos ya son detalles, y si sabéis qué conspiración dirige, tenéis un hilo que puede serviros para encontrar vuestro hombre.
—Así lo creo.
—Pues si lo creéis, ¿por qué me pedís consejo? Lo considero inútil.
—Es que estoy indeciso sobre una cosa.
—¿Y cuál es?
—Le mando detener, ¿sí o no?
—Señor teniente de policía, no me explico el *no*; porque al fin si conspira...
—Ya se ve que sí; pero cuenta con la garantía de un nombre y un título.
—¡Ah! ya entiendo; ¿pero qué nombre, qué título es ése? Para prestaros ayuda en vuestras pesquisas, caballero.
—Os digo y repito que sé el nombre con que se oculta; pero...
—Ignoráis el nombre con que se presenta en sociedad, ¿he acertado?
—Precisamente y sin eso...
—No podéis prenderle, pues en caso contrario...
—Le prenderían inmediatamente.
—Pues bien, mi querido Sartines, es una fortuna como dijisteis hace poco, que yo haya venido en este momento, porque voy a prestaros el servicio que me solicitáis.
—¿Vos?
—Yo.
—¿Vais a rebelarme su nombre?
—Sí.
—¿El nombre con que se presenta en el mundo?
—Justamente.
—¿Le conocéis, pues?
—Muy bien.
—¿Y cómo se llama? —preguntó M. de Sartines esperando alguna salida

artificiosa.
—El conde de Fénix.
—¡Cómo! ¿El nombre con que vos os anunciasteis?
—El nombre con que me he anunciado, sí.
—¿Vuestro nombre?
—Mi nombre.
—Pues en ese caso, ese Acharat, ese Somini, ese marqués de Anna, ese marqués de Pellegrini, ese José Balsamo ¿sois vos?
—Yo mismo —contestó bruscamente Balsamo.
M. de Sartines se tomó un minuto para reponerse del asombro que le produjo aquel descaro.
—Sabed —dijo enseguida— que lo había adivinado... os conocía, sabía que ese Balsamo y ese conde de Fénix eran una misma persona.
—¡Ah! sois un gran ministro, lo confieso —dijo Balsamo.
—Y vos muy imprudente —dijo el magistrado acercándose hacia la campanilla.
—Imprudente, ¿y por qué?
—Porque voy a mandaros prender.
—Vaya —dijo Balsamo coleándose entre la campanilla y el magistrado—, ¿creéis que se me prende a mí?
—¡Vive Cristo! ¿Queréis decirme qué haréis para estorbarlo?
—¿Qué haré?
—Sí.
—Señor teniente de policía, romperos la tapa de los sesos.
Y diciendo esto sacó del bolsillo una pistola muy bonita montada sobre granate, y que cualquiera hubiera creído que había sido cincelada por Benvenuto Cellini, pistola que apuntó tranquilamente al rostro de M. de Sartines, quien cayó sobre un sillón sumamente pálido.
—Ahí —dijo Balsamo arrimando otro sillón al del teniente de policía y sentándose—; ahora que nos hemos sentado podemos hablar un poco.

CXXV

EL ACUSADO SE CONVIERTE EN ACUSADOR

M. de Sartines no pudo reponerse al pronto, pues le parecía sentir el frío del cañón sobre su frente.
Al cabo se repuso.
—Caballero —dijo—, me lleváis una ventaja, pues sabiendo la clase de hombre con quien iba a hablar no tomé las precauciones que es costumbre adoptar contra los malhechores de baja ralea.
—¡Oh! —replicó Balsamo—, os enfurecéis y vais a vomitar injurias pero sois injusto, porque he venido a haceros un favor.
M. de Sartines hizo un movimiento.
—Sí, a prestaros un favor, caballero —prosiguió Balsamo—, y os engañáis acerca de mis intenciones, hablándome de conspiradores, precisamente cuando yo venía a denunciaros una conspiración.
Pero por más que Balsamo dijese, lo que es en aquel momento M. de Sartines no prestaba mucha atención a las palabras de aquel visitante peligroso, de suerte qué la palabra conspiración que en épocas bonancibles le hubiera sobresaltado, apenas hizo que aplicase el oído.
—Puesto que me conocéis tan a fondo comprenderéis la misión que me ha traído a Francia. Enviado por Su Majestad Federico el Grande, es decir, embajador más o menos secreto de Su Majestad el rey de Prusia, y decir embajador es lo mismo que decir curioso; en mi calidad de tal, esto es, curioso, sé todo lo que pasa, y una de las cosas que mejor conozco es el monopolio del trigo.
Por muy sencillamente que Balsamo pronunció estas últimas palabras, ejercieron más poder sobre el teniente de policía que habían tenido las demás, pues M. de Sartines prestó atención, levantando, aunque con lentitud, la cabeza:
—¿Qué es eso del trigo? —dijo afectando tanta tranquilidad como Balsamo desplegó al principio de la conversación—; servíos informarme de ese asunto, caballero.
—Con mucho gusto —dijo Balsamo—, he aquí a lo que queda reducido.
—Ya os escucho.
—¡Oh! lo comprendo. Unos especuladores muy astutos han inducido a Su Majestad el rey de Francia a construir graneros donde tener acaparado el trigo

de sus pueblos por si hay una carestía. Los graneros se han hecho sin escasear materiales, y se han hecho grandes, inmensos.
—¿Y qué más?
—Que esos graneros se han llenado de trigo.
—¿Y qué, caballero? —dijo M. de Sartines, no entendiendo aún dónde pretendía ir a parar Balsamo.
—Pues bien, ya comprenderéis que para llenar unos graneros tan grandes habrá habido que acaparar una cantidad grandísima de trigo. ¿No es cierto?
—Sin duda.
—Continúo. El retirar de la circulación mucho trigo es un medio de matar de hambre al pueblo, porque, tenedlo entendido, todo valor que se saca de la circulación equivale a una falta de producto. Mil fanegas de grano encerradas en un granero, son mil fanegas menos que se llevan al mercado, y si estas mil fanegas las multiplicaré, aunque sea sólo por diez, el trigo se aumenta como es natural.
A M. de Sartines le dio un ataque de tos, sin duda de irritación.
Balsamo se detuvo, y esperó con tranquilidad a que se calmase la tos.
—De consiguiente —prosiguió diciendo así que el teniente de policía le dio tiempo—, el especulador en granos se enriquece con el exceso del valor ¿no es esto claro?
—Verdad que sí —dijo M. de Sartines—, pero según veo, caballero, se reduce vuestra pretensión a denunciarme una conspiración o un crimen cuyo autor será Su Majestad...
—Precisamente —contestó Balsamo—, me habéis entendido.
—Sí, que es gran osadía, caballero; y en verdad os digo, que tengo gran curiosidad por saber cómo tomará el Rey vuestra acusación. Mucho temo que el resultado no sea exactamente el mismo que yo me proponía alcanzar con examinar los papeles que contenía este cofre antes de vuestra llegada. Proceded con tacto, caballero, porque siempre iréis a parar a la Bastilla.
—Vamos, ya se ve que no me entendéis.
—¿Cómo que no os entiendo?
—¡Oh Dios! ¡qué mal me juzgáis, y cuánto os engañáis caballero, si me tenéis por tonto! ¡Cómo! ¿Pensáis que voy a atacar al rey, yo, que soy embajador y curioso...? Eso sería una necedad, y os ruego que me oigáis hasta el fin.
M. de Sartines movió la cabeza.

—Los que han descubierto esa conspiración contra el pueblo francés... (perdonadme, caballero, que os haga perder un tiempo precioso, pero veréis que no es absolutamente perdido); los que han descubierto esa conspiración contra el pueblo francés son unos economistas muy laboriosos y aficionados a pormenores, que al descubrir ese monopolio han advertido que el rey no es el único que lo ejerce. Saben muy bien que Su Majestad lleva un registro exacto del grano que se presenta al mercado; saben que su Majestad se restriega las manos de satisfacción cuando el alza le produce ocho o diez mil escudos; pero también saben que cerca de Su Majestad hay un hombre, cuya posición facilita la venta, y que gracias al empleo que ejerce (porque habéis de saber que es empleado, caballero), inspecciona las compras, la llegada de los cargamentos, y la operación de meter el trigo en las sacas; un hombre, en fin, que interviene en todo esto en nombre del Rey. Ahora bien, los economistas, los hombres de vista de lince, como yo les llamo, no atacan al rey, pues no son tan necios como todo eso, sino al hombre, señor mío, al empleado, al agente que ejerce el monopolio con Su Majestad.
M. de Sartines procuró, aunque sin resultado, que su peluca guardase el equilibrio.
—Vamos a la cuestión —prosiguió Balsamo—. Así como vos sabíais, porque tenéis una policía, que yo era el conde de Fénix, yo sé que vos sois M. de Sartines.
—¿Y qué más? —preguntó éste cortado—. Sí, soy M. de Sartines. ¡Vaya una noticia!
—Pero, caballero, entendedme de una vez: ese M. de Sartines es justamente el hombre de los libros de caja, de los monopolios y el tráfico; el que, ya sin saberlo el Rey, ya con su conocimiento, comercia con los estómagos de veintisiete millones de franceses, estómagos cuyas funciones piden ser alimentadas del mejor modo posible. Ahora bien, ¡figuraos qué efecto no producirá semejante descubrimiento! El pueblo no os ama, el rey no es un hombre muy compasivo, y así que los hambrientos pidan a voces vuestra cabeza, a fin de alejar la menor sospecha de connivencia con vos, si es que la hay, o para hacer justicia si no hay complicidad, se apresurará Su Majestad a disponer que os cuelguen, como lo fue Enguerrando de Marigny: ¿lo recordáis?
—No muy bien —dijo M. de Sartines sumamente pálido—, y creo, caballero, que probáis tener poco gusto cuando habláis del patíbulo a un hombre como

yo.
—¡Oh! Si os hablo de ello, caballero —dijo Balsamo—, es porque me figuro que aun estoy viendo a ese pobre de Enguerrando. Os aseguro que era un cumplido caballero de Normandía, descendiente de una familia muy antigua y de una casa muy noble. Era chambelán de Francia, capitán del Louvre e intendente de Hacienda y Marina, y además conde de Longueville, el cual es un condado de más importancia que el vuestro de Alby. Pues bien, caballero, yo lo he visto colgado en la horca de Montfaucon, que él mismo mandó levantar, y, a Dios gracias, no fue por falta de haberle repetido: «Enguerrando, mi querido Enguerrando, cuidado que procedéis en materia de Hacienda con una libertad que no os perdonará Carlos de Valois». No me atendió, caballero, y pereció desgraciadamente. ¡Ay! Si supieseis cuántos prefectos de policía he tratado yo desde Poncio Pilatos, que condenó a Jesucristo, hasta M. Bertin de Belille, conde de Bourdeilhes y señor de Brantoma, antecesor vuestro, que estableció los faroles y prohibió llevar ramilletes de flores!
M. de Sartines levantóse, pretendiendo disimular, aunque inútilmente, la agitación que se había apoderado de él.
—Pues bien —dijo—, acusadme si lo deseáis; ¿qué me importa el testimonio de un hombre como vos que no se apoya en nada?
—Desconfiad, caballero —dijo Balsamo—, que muchas veces los que al parecer no se apoyan en nada tienen datos, y cuando escriba con sus detalles la historia del monopolio del trigo a mi corresponsal o a Federico, que es filósofo, como sabéis; cuando Federico escriba la cosa comentada por él a M. Arouet de Voltaire, cuando éste haga con su pluma, cuya fama conoceréis a lo menos, un cuento satírico del género del hombre de cuarenta escudos; cuando M. de Alembert, ese admirable geómetra, haya calculado que con los granos de trigo arrebatados por vos al alimento público se hubiera podido sostener a cien millones de hombres por espacio de tres o cuatro años; cuando Helvecio haya demostrado que el precio de esos granos, convertidos en escudos de seis libras y colocados en pila podría subir hasta la luna, y en billetes de Banco puestos unos al lado de otros podría extenderse hasta San Petersburgo; cuando este cálculo haya inspirado una obra dramática a monsieur de la Harpe; una conversación entre un padre de familia y sus dos hijos a Diderot; cuando esto se comente en el café de la Regencia, en Palais-Royal, en casa de Audinot y la de los bailarines del Rey, sostenidos como

sabéis por M. de Nicolet, ¡oh!, entonces, señor conde de Alby, llegaríais a ser un teniente de policía más desahuciado de la opinión que jamás lo fue en el patíbulo ese pobre Enguerrando de Marigny, de quien no queréis oír hablar, pues decía que era inocente, y con tan buena fe, que bajo palabra de honor os digo que le di crédito cuando me lo afirmó.
M. de Sartines no pudo oír esto con calma, y se quitó la peluca y se enjugó el cráneo, cubierto completamente de sudor.
—A pesar de eso —dijo—, procederé contra vos; perdedme si es que podéis, pues si vos tenéis pruebas, también las tengo yo. Conservad vuestro secreto, pues, que yo conservaré el cofre.
—Caballero —repuso Balsamo—, éste es otro error en que me admiro incurra un hombre de tanta fuerza de entendimiento. Esta cajita...
—¿Qué hay con esta cajita?
—Que no la retendréis.
—¡Oh! —exclamó M. de Sartines sonriéndose irónicamente—; es cierto se me había olvidado que el señor conde de Fénix es un caballero que acomete a mano armada como los salteadores de caminos. Perdonadme, señor embajador, si no os había visto la pistola que os habéis vuelto a guardar...
—Aquí no se trata de pistolas, señor de Sartines. No creáis voy a trabar con vos una lucha para arrebataros a la fuerza ese cofre, pues aun no habría llegado a la escalera, cuando ya habríais tocado la campanilla y dado la voz de ladrones. ¡No! Cuando afirmo que no conservaréis el cofre, debe entenderse que vais a devolvérmelo vos con mucho agrado.
—¡Yo! —exclamó el magistrado empuñando el cofre, con tanta fuerza que faltó poco para que lo rompiese.
—Sí, vos.
—Podéis mofaros, caballero; pero en cuanto a recobrar esta caja, os digo que para ello precisáis quitarme antes la vida. ¿Qué digo la vida? ¿No la he arriesgado mil veces? ¿No debo derramar hasta la última gota de sangre por servir a Su Majestad? Podéis matarme; pero al ruido acudiría quien me vengase, y no faltaría quien os acusase de todos vuestros crímenes. ¡Ah! ¿Devolveros este cofre? —agregó con amarga sonrisa—; aunque todos los demonios del infierno vinieran a reclamarlo, no lo entregaba.
—Por— esa razón no me valdré de la intervención de ningún poder subterráneo; me basta la mediación de la persona que en este momento llama a la puerta.

En efecto, acababan de resonar tres sonoros golpes.
—Y cuya carroza —prosiguió Balsamo—, acaba de entrar en el patio; ¿no oís?
—¿Es algún amigo vuestro que viene a visitarme?
—Precisamente.
—¿Y le devolveré este cofre?
—Sí, se lo devolveréis, señor de Sartines.
Aun no había concluido de hacer el teniente de policía un gesto de supremo desdén, cuando abrió la puerta presuroso un ayuda de cámara y dijo:
—Monseñor, la señora condesa du Barry solicita hablaros.
M. de Sartines se estremeció y miró estupefacto a Balsamo, quien usaba de todo el poder que tenía sobre sí para no reírse en las barbas del ilustre magistrado.
En aquel instante una dama entró detrás del ayuda de cámara, porque sin duda no necesitaba permiso, y se acercó rápidamente, esparciendo un suavísimo perfume: era la hermosa condesa, cuyo elegante traje crujía suavemente.
—¿Sois vos, señora —preguntó M. de Sartines, quien por un resto de terror había desprendido la mano del cofre y lo apretaba contra su pecho abierto y todo.
—Buenas noches, Sartines —respondió la condesa con su encantadora sonrisa.
Y volviéndose al punto hacia Balsamo, añadió: —Buenas noches, querido conde.
Y extendió la mano a este último, quien se inclinó familiarmente y estampó sus labios en aquella blanca mano en que tantas veces había estampado los suyos el Rey.
Al inclinarse Balsamo, aprovechó la ocasión para decir en voz baja cuatro palabras que no pudo oír M. de Sartines.
—¡Ah! aquí está mi cofre —exclamó la condesa.
—¡Vuestro cofre! —murmuró M de Sartines.
—Sin duda, mi cofre, ¡toma! y lo habéis fracturado; ¡vaya una franqueza!
—Pero, señora...
—¡Oh! ¡Qué buena idea se me ha ocurrido!... Me habían robado este cofre y me dije a mí misma: «Es necesario ir a casa de Sartines, pues él lo encontrará». Pero no habéis atendido a mi reclamación por haberlo hallado

antes; os lo agradezco.
—Ya veis —dijo Balsamo—, que hasta lo ha abierto.
—Sí, ya lo veo... ¿puede darse una cosa peor? Sartines, habéis procedido muy mal.
—Señora, salvo el respeto que os tengo —dijo el teniente de policía—, temo que os dejéis intimidar.
—Intimidar, caballero —dijo Balsamo—. ¿Lo decís tal vez por mí?
—Yo sé lo que me hago —repuso M. de Sartines.
—Y yo, maldito si entiendo nada —dijo la du Barry en voz baja a Balsamo —; vamos, ¿qué hay, querido conde? Habéis exigido que os cumpla la promesa que os hice de otorgaros lo primero que me pidieseis. Yo cumplo mis palabras como un español, y aquí me tenéis. Decidme, ¿qué debo hacer por vos?
—Señora —contestó Balsamo en voz alta—, hace pocos días me entregasteis en confianza esa cajita.
—Es cierto —dijo la du Barry, respondiendo con una mirada a otra que le dirigió el conde.
—¡Es cierto! —exclamó M. de Sartines—: ¿sabéis lo que decís, señora?
—Creo que la señora condesa ha pronunciado estas palabras bien alto y claro para que las hayáis oído.
—¿Un cofre que contiene diez conspiraciones quizás?
—¡Ah! Señor de Sartines, no repitáis esa palabra, porque ya sabéis que no producís efecto con ella. La señora os pide su caja; devolvédsela, y todo se ha terminado.
—¿Insistís en pedírmela, señora? —dijo M. de Sartines temblando de rabia.
—Sí, insisto.
—Pero sabed...
Balsamo miró a la condesa.
—Nada necesito saber que no sepa —dijo la du Barry—; devolvedme el cofre, pues ya comprenderéis que no habré ido a molestarme por una bicoca.
—¡En nombre del cielo, por el interés de Su Majestad, señora!...
Balsamo hizo un gesto de impaciencia.
—Venga el cofre, caballero —repuso la condesa con voz breve—; ¿me lo dais, sí o no? Pensadlo bien antes de decir que no.
—Como gustéis —dijo M. de Sartines humildemente.
Y presentó a la condesa el cofre, en que ya había introducido Balsamo todos

los papeles que estaban esparcidos en el bufete.
La du Barry volvióse hacia éste, y le dijo con una sonrisa encantadora:
—Conde, tened la bondad de conducirme este cofre hasta mi carroza, y dadme el brazo para que no atraviese sola todas esas antesalas en que se ven unos rostros tan raros. Gracias, Sartines.
Y ya se dirigía Balsamo hacia la puerta con su protectora, cuando observó que M. de Sartines se disponía a tirar del cordón de la campanilla.
—Señora condesa —dijo Balsamo deteniendo a su enemigo con la vista—, dignaos decir a M. de Sartines, quien no me perdona el que le haya pedido vuestra cajita, que sentiríais mucho me ocurriera alguna desgracia por culpa del señor teniente de policía, y que tenga a bien no molestarme.
La condesa se sonrió y dijo:
—Querido Sartines, ya oís lo que pretende el señor conde; sí, es la pura verdad; el señor conde es un excelente amigo mío, y yo os tendría un rencor mortal si le desagradaseis en algo. Adiós, Sartines.
Y apoyada en el brazo de Balsamo, quien llevaba el cofre, la du Barry dejó el gabinete del teniente de policía.
M. de Sartines vio cómo se alejaban sin mostrar ese furor que Balsamo esperaba ver estallar.
—Vete —murmuró el magistrado vencido— vete, que si tú te llevas la cajita, aquí tengo a la mujer que la trajo.

CXXVI

M. SARTINES EMPIEZA A CREER EN LAS BRUJERÍAS

DEL CONDE DE FÉNIX Y ÉSTE OFRECE A LA CONDESA DU BARRY REJUVENECERLA

Y descargó su enojo, agitando furiosamente la campanilla.
Al oír el precipitado repiqueteo de la campanilla, acudió un portero.
—¿Y esa mujer? —preguntó el magistrado.

—¿Qué mujer, monseñor?
—La que sufrió aquí el desmayo, y os encargué guardaseis.
—Ya está buena, monseñor.
—Pues bien, traédmela.
—¿Dónde la busco, monseñor?
—¡Toma! en ese aposento.
—Si no está ahí, monseñor.
—¿Pues dónde ha ido?
—Lo ignoro.
—¿Se ha marchado?
—Sí.
—¿Sola?
—Sí, monseñor.
—¿Pues si no podía sostenerse?
—Es verdad, monseñor, y aun continuó algunos instantes desmayada; pero cinco minutos después de haber entrado el señor conde de Fénix en este aposento salió la señora de ese extraño desmayo de que no habíamos podido hacerla volver, ni con esencias, ni con sales. De pronto abrió los ojos, se levantó en medio de todos nosotros, y respiró como con satisfacción.
—¡Proseguid!
—Después se dirigió hacia la puerta, y como monseñor no había ordenado que la detuviéramos, se fue.
—¡Se ha ido! —exclamó M. de Sartines— ¡ah!, desdichados, haré que todos os pudráis en Bicètre. Pronto, pronto, que venga el dependiente mayor.
El portero salió enseguida a cumplir la orden que acababa de recibir.
—Ese miserable es hechicero —murmuró el infeliz magistrado—. Yo soy teniente de policía del rey, pero él lo es del diablo
Seguramente habrá comprendido el lector lo que no podía explicarse M. de Sartines. Después de la escena de la pistola, y mientras que el teniente de policía procuraba tranquilizarse, aprovechándose Balsamo de aquel momento de respiro, se orientó, y volviéndose sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, seguro de hallar a Lorenza en uno de ellos, mandó a la joven que se levantase, saliese y volviera por el mismo camino que había tomado, es decir, la calle de San Claudio.
Al punto que Balsamo formuló en su mente este deseo, se estableció una corriente magnética entre él y la joven, que obedeció el mandato que recibía

por intuición, se levantó y marchó sin que nadie le opusiera obstáculos.
Aquella misma noche se metió en cama M. de Sartines, y se sangró.
Durante este tiempo, Balsamo acompañó a la condesa a su carruaje, y trató de despedirse de ella, pero no era la condesa mujer capaz de dejarle ir de aquel modo sin saberlo todo, o intentar a lo menos enterarse del motivo que había dado lugar al extraño suceso que acababa de ver.
Así, pues, suplicó al conde que subiese con ella al carruaje, y éste obedeció, ordenando a un caballerizo que llevase a *Djerid* de la brida.
—Ya habéis visto, conde, que soy leal —dijo la du Barry—, y que al ofrecer mi amistad, lo hago con la boca y el corazón. Iba a volverme a Luciennes, adonde el rey me ha dicho que irá a visitarme mañana por la mañana; pero recibí vuestra esquela, y todo lo he abandonado por vos. Muchos se hubieran asustado al oír esas palabras de conspiraciones y conspiradores que pronunciaba M. de Sartines; pero os miré antes de obrar y he hecho lo que deseabais.
—Señora —respondió Balsamo—, habéis recompensado con exceso el corto servicio que os hice; pero nada de lo que se haga conmigo es perdido, ya veréis si sé agradecer los favores que se me otorgan. No vayáis a pensar, sin embargo, que soy un criminal o un conspirador, como dice monsieur de Sartines; este amable magistrado recibió de manos de una persona que me ha traicionado este cofre que contiene mis secretos químicos y hermeristas; secretos, señora condesa, que deseo compartáis conmigo, para que conservéis eternamente vuestra espléndida hermosura y esa juventud tan radiante. Ahora bien, al ver las cifras de mis fórmulas, mi querido Sartines llamó en su ayuda a la chancillería, la cual ha interpretado a su modo mis cifras, para no incurrir en falta de inteligencia. Creo, señora, que ya os he manifestado una vez que aun no está libre el oficio que ejerzo de todos los peligros que lo rodeaban en la Edad Media, mirándolo favorablemente sólo los jóvenes de una imaginación tan brillante como la vuestra. En una palabra, señora, me habéis sacado de un apuro, y no sólo os lo agradezco, sino que os demostraré mi gratitud.
—¿Pero qué os hubieran hecho si yo no hubiese venido a auxiliaros?
—Con el fin de jugar una mala obra al rey Federico, a quien aborrece Su Majestad, me hubieran encerrado en Vincennes o en la Bastilla. Sé que hubiera salido de allí, gracias a la facilidad conque deshago las piedras con un soplo; pero con esto perdía mi cofre, el cual guarda, como ya he tenido la

honra de decíroslo, muchas fórmulas curiosas y muy estimables, arrancadas por una feliz casualidad de la ciencia del fondo de las eternas tinieblas.
—¡Ah! conde, me tranquilizáis y encantáis a un mismo tiempo; ¿me ofrecéis darme un filtro para rejuvenecerme?
—¡Oh! no tenemos tanta prisa; dentro de veinte años me lo pediréis, hermosa condesa, pues me figuro que no desearéis volveros ahora una niña.
—Sois un hombre amabilísimo, conde; pero voy a haceros una pregunta y os dejo, porque, según parece, tenéis prisa.
—Os escucho, señora.
—Me habéis dicho que una persona os ha hecho traición. ¿Es hombre o mujer?
—Mujer.
—¡Ah! ¡ahí conde; ¿también tenemos amores?
—¡Ah! sí, acrecentados con unos celos que rayan en furia, y que producen los efectos que estáis viendo. Estoy ligado con una mujer que no atreviéndose a darme una puñalada porque no ignora que soy invulnerable, ha querido enterrarme en un calabozo o arruinarme.
—¿Cómo arruinaros?
—A lo menos así lo pensaba.
—Conde, voy a mandar parar —dijo la du Barry riéndose—, ¿es el azogue que circula por vuestras venas el que os da esa inmortalidad que hace os delaten en vez de mataros? ¿Os apeáis aquí o deseáis que os deje en vuestra casa? Vamos, elegid.
—Sería demasiada bondad de vuestra parte molestaros por mí; además, tengo aquí a *Djerid*.
—¡Ah! ¿ese hermoso caballo que, según afirman, corre tanto como el viento?
—¿Os agrada, señora?
—Sí, es un corcel magnífico.
—Permitidme que os lo regale, pero con la condición de que únicamente vos lo habéis de montar.
—¡Oh! no, gracias; no monto a caballo, o a lo menos lo hago muy tímidamente; pero la intención vale para mí tanto como el regalo. Adiós, conde, no os olvidéis que para dentro de diez años preciso mi filtro regenerador.
—He dicho veinte años.
—Conde, no ignoráis que hay un refrán que dice que más vale pájaro en

mano, etcétera... Y aun si podéis dármelo para dentro de cinco años... Nadie sabe lo que puede ocurrir.
—Cuando gustéis, condesa; estoy a vuestra disposición.
—Otra palabra y concluyo, conde.
—Hablad, señora.
—Preciso es que me inspiréis mucha confianza para ser tan franca.
Balsamo, que se había apeado, dominó su impaciencia y se aproximó a la condesa.
—Se dice —continuó la du Barry—, que al rey le gusta la hija de Taverney.
—¡Ah! señora —dijo Balsamo—, ¿puede ser eso?
—Se asegura que le tiene mucho cariño, y si es cierto es preciso que me lo digáis. No tengáis miramiento, conde; tratadme como una amiga; yo os lo suplico; decidme la verdad sin ambages...
—Más haré, señora —replicó Balsamo—, yo salgo garante de que jamás será querida del rey la señorita de Taverney.
—¿Y por qué, conde? —exclamó la du Barry.
—Porque yo no quiero —contestó Balsamo.
—¡Oh! —dijo la condesa con incredulidad.
—¿Lo ponéis en duda?
—¿No me será acaso permitido?
—Señora, jamás dudéis de la ciencia. Cuando os dije sí, me creísteis; creedme también ahora que os digo que no.
—Pero en fin, ¿disponéis de algún medio para ello?
Y se detuvo sonriéndose.
—Terminad.
—¿Algún medio para anular la voluntad del rey e impedir sus caprichos?
Balsamo se sonrió a su vez, y dijo:
—Yo hago nacer simpatías.
—Sí, no lo ignoro.
—Y no sólo lo sabéis, sino que lo creéis.
—Efectivamente, lo creo.
—Pues bien, del mismo modo crearé repugnancias, y en caso preciso imposibilidades. Así, pues, tranquilizaos, condesa, que yo vigilo.
Balsamo soltaba todas estas palabras con aire tan distraído, que la du Barry no lo hubiera tomado como lo tomó con respecto a la adivinación, si hubiera conocido la sed calenturienta que tenía Balsamo de hallar a Lorenza cuanto

antes.
—Vamos —dijo—, está visto, conde, que no sólo sois mi profeta de buena dicha, sino además mi ángel custodio. ¡Atended bien a lo que os digo, conde, defendedme y os defenderé! ¡Alianza, alianza!
—Perfectamente, señora —replicó Balsamo.
Y volvió a besar la mano de la condesa.
Enseguida, cerrando la portezuela de la carroza que la condesa había mandado detener en los Campos Elíseos, cabalgó sobre *Djerid*, el cual relinchó de alegría y desapareció rápidamente en las sombras de la noche.
—¡A Luciennes! —exclamó la du Barry consolada.
Balsamo lanzó un silbido dulce, apretó levemente las rodillas y al sentirlas *Djerid* salió a galope.
Cinco minutos más tarde hallábase en el vestíbulo de la calle de San Claudio, mirando a Fritz.
—¿Qué hay? —preguntó con ansiedad:
—Lo que anunciasteis, mi amo —contestó el criado que se había acostumbrado a adivinar sus miradas.
—¿Ha regresado?
—Arriba está.
—¿En qué aposento?
—En el de las pieles.
—¿En qué estado?
—¡Oh! muy fatigada; corría tan rápidamente, que aunque la vi venir a lo lejos, porque estaba en acecho, ni siquiera tuve tiempo para salir a recibirla.
—¿Es cierto?
—¡Oh! estoy asustado; entró aquí ligera como un torbellino subió la escalera sin tomar aliento, y al entrar en la habitación cayó de repente sobre la piel del león negro. Allí la encontraréis.
Balsamo subió precipitadamente, y en efecto encontró a Lorenza luchando sin tener fuerzas, contra las primeras convulsiones de una crisis nerviosa. Hacía muchísimo tiempo que pesaba sobre ella el fluido, obligándola a cometer actos de violencia, y manifestaba sus sufrimientos por medio de gemidos, como si sintiera sobre el pecho el peso de una montaña, pero que pretendía quitarse de encima con las manos.
Balsamo la miró un instante chispeándole los ojos de rabia, y cogiéndola en brazos la condujo a su aposento, cuya puerta misteriosa se cerró tras sí.

CXXVII

ALTHOTAS SE LAMENTA DEL ABANDONO EN QUE LO TIENE BALSAMO

Se disponía Balsamo a despertar a Lorenza y recriminarla ásperamente, cuando un triple sonido le hizo comprender que Althotas le llamaba.
No obstante, Balsamo aguardó con la esperanza de haberse equivocado o de que la seña que se había oído fuese puramente casual, pero el impaciente anciano llamó de nuevo, de suerte que Balsamo, temiendo ya verlo bajar como había ocurrido algunas veces, ya que despertase Lorenza por un influjo contrario al suyo y se enterara de alguna nueva particularidad no menos peligrosa para él que sus secretos políticos; de suerte que Balsamo, íbamos diciendo, echó, si así debe decirse, una nueva capa de fluido sobre Lorenza, y salió para ir adonde se encontraba Althotas.
Ya era tiempo de que llegase, pues la trampa se hallaba a la mitad del techo; Althotas había abandonado su sillón que daba vueltas, y apareció acurrucado en aquella parte movible de la plancha que subía y bajaba.
Por lo tanto vio salir a Balsamo de la habitación de Lorenza.
Así acurrucado, presentaba el viejo un aspecto tan terrible como repugnante. Su pálido rostro, o por mejor decir, la parte de cara a que se había refugiado un resto de animación, tenía un color de púrpura producido por la rabia; sus manos largas y nudosas, como las de un esqueleto humano, tiritaban de frío chocándose entre sí; parecía que sus escondidos ojos cavilaban en sus órbitas y en un idioma que ni su mismo discípulo entendía, profería contra él los improperios más violentos.
Habiendo como había dejado su sillón para mover el resorte, parecía que únicamente vivía y se movía con sus largos brazos, delgados y redondos como los de una araña, y habiendo como había salido, según ya hemos dicho, de su cuarto, donde sólo penetraba Balsamo, estaba en camino de trasladarse

a la habitación baja.
Para que aquel decrépito anciano, tan perezoso, hubiese abandonado su sillón, máquina inteligente que le ahorraba tener que cansarse; para que se hubiese fatigado, y salido de sus costumbres, era preciso un grande y extraordinario acontecimiento.
Balsamo sorprendido en cierto modo *in fraganti* delito, mostró asombro al principio y luego zozobra.
—¡Ah! al fin estas aquí, holgazán —exclamó Althotas—, al fin has llegado, desagradecido; al fin te veo, infame.
Balsamo invocó en su auxilio la paciencia, como lo hacía siempre que hablaba con el anciano.
—Paréceme, amigo mío —replicó con dulzura—, que he acudido apenas habéis llamado.
—¡Yo tu amigo! —exclamó Althotas—; ¡yo amigo de un infame! Cuando hablas conmigo te figuras que estás hablando con los de tu ralea. Yo sí que he sido amigo para ti; más que amigo, padre; un padre que te ha alimentado, educado, instruido y dado riquezas. Pero, ¿tú amigo para mí? ¡Oh! no, pues me abandonas, me matas de hambre, me asesinas.
—Vamos, maestro; si os alteráis se os enardece la sangre, vais a poneros malo.
—¡Malo! eso es mofarse de mí. ¿He estado yo nunca malo cuando tú me has hecho participar, a pesar mío, de alguna de las miserias de la asquerosa condición humana? ¡Malo! ¿se te ha olvidado que yo soy quien curo a los demás?
—En fin, maestro —repuso Balsamo con frialdad—, aquí me tenéis; no perdamos el tiempo miserablemente.
—Sí, te aconsejo que me recuerdes eso; el tiempo, el tiempo que me obligas a economizar, cuando en mí no debía tener fin ni límite el término otorgado a todas las criaturas. Sí, mi tiempo se pasa, sí, estoy perdiendo tiempo; sí, mi tiempo, lo mismo que el de los demás, va cayendo en la cima de la eternidad de minuto en minuto, siendo así que yo debía ser tan eterno como la misma eternidad.
—Vamos, maestro —dijo Balsamo con imperturbable paciencia, bajando al mismo tiempo la plancha hasta el suelo, situándose a su lado y moviendo el resorte para volver a colocar al viejo en su habitación—; ¿qué es lo que necesitáis? hablad. Decís que os mato de hambre; ¿pero no estáis todavía en

los cuarenta días de dieta rigurosa?
—Sí, es cierto, hace treinta y dos días que empezó la obra de mi regeneración.
—¿Pues, entonces, de qué os quejáis? Conserváis en las vasijas agua llovediza que es la única que bebéis.
—Sin duda: ¿pero te figuras tú que yo soy algún gusano de seda para efectuar por mí solo la gran obra de rejuvenecerme y transformarme? ¿Te figuras tú que sin fuerzas he de poder componer yo solo mi elixir de la vida? ¿Crees tú que echado sobre un lado y debilitado por las bebidas refrigerantes, que es a lo que se reduce mi alimento, he de tener la imaginación tan despejada, si tu no me ayudas, para hacer, entregado únicamente a mis propios recursos, el minucioso trabajo de mi regeneración, cuando sabes, desdichado, que debe ayudarme y socorrerme un amigo?
—Aquí me tenéis, pues, maestro, aquí me tenéis; vamos, contestad —dijo Balsamo volviendo a instalar, casi a pesar suyo, al viejo en su sillón, como hubiera podido hacer con un niño asqueroso—; vamos, contestad: agua destilada no os ha faltado, puesto que, como yo os dije antes, veo aquí tres garrafas llenas, y por cierto que no ignoráis que esta agua se cogió en el mes de mayo, también tenéis galleta de cebada y ajonjolí, y yo mismo os he administrado las gotas blancas que mandasteis.
—Sí, pero, ¡y el elixir, que no está compuesto! de eso te olvidas. Tu padre era más fiel que tú, de manera que, cuando llegué a mi primera cincuentena, había compuesto el elixir con un mes de anticipación. Para ello me retiré al monte Ararat, y un judío me facilitó, por tanto dinero como pesó, un niño cristiano que todavía mamaba; lo sangré según el rito, recogí las tres últimas gotas de sangre de su arteria, y en menos de una hora confeccioné mi elixir, al cual sólo faltaba este ingrediente. Así, pues, mi regeneración de cincuentena se realizó a las mil maravillas; durante la absorción de aquel elixir afortunado se me cayeron, de resultas de convulsiones, los dientes y el pelo; pero brotaron nuevamente, aunque los dientes bastante mal, porque no tuve la precaución de introducir el elegir en mi garganta por medio de un conducto de oro. Pero el pelo y las uñas volvieron a crecer en esa segunda juventud, y empecé a vivir de nuevo como si tuviera quince años; pero he vuelto a envejecer; he llegado al último término, y si el elixir no está compuesto y encerrado en esta botella, si no dedico toda mi atención a esta obra, perecerá conmigo la ciencia de un siglo, y el secreto, admirable,

sublime, que me propongo descubrir, será perdido para el hombre, que llega en mí y por mí a la divinidad; ¡Oh! si se frustra mi intento, si me engaño, si no salgo adelante, tú serás el culpable, Acharat; y mira que mi cólera será terrible, muy terrible.
Al pronunciar estas palabras, que hicieron brotar de sus mortecinos ojos así como una chispa lívida, acometió al viejo una convulsión, y enseguida un ataque violento de tos.
Balsamo le proporcionó solícitamente los remedios que su estado requería. El anciano volvió en sí, pero su palidez se había convertido en un color amoratado, y aquel breve ataque agotó de tal modo sus fuerzas que cualquiera hubiera creído que iba a perecer.
—Vamos, maestro —le dijo entonces Balsamo—, formulad lo que queréis.
—¿Lo que quiero? —preguntó contemplando fijamente a Balsamo.
—Sí.
—Helo aquí.
—Hablad, que estoy dispuesto a obedeceros si lo que deseáis es posible.
—Posible... posible... —murmuró el viejo desdeñosamente.
—No hay nada que no lo sea.
—Sí, a no dudarlo, con el tiempo y la ciencia.
—Poseo la ciencia, y por lo que se refiere al tiempo, espero vencerlo, pues mi dosis ha hecho que mis fuerzas desaparezcan casi por completo, y mis gotas blancas han provocado la expulsión de la parte de los restos de la naturaleza vieja. La juventud, parecida a la savia de los árboles en mayo, sube por debajo de la corteza, y expele, por decirlo así, la madera antigua. Observa, Acharat, que los síntomas son excelentes: mi voz se ha debilitado, y mi vista ha disminuido en las tres cuartas partes; siento que me va faltando la razón por momentos; la transición del calor al frío no la he sentido, y por lo tanto es urgente para mí terminar mi elixir, a fin de que el mismo día de mi segunda cincuentena pase de cien años a veinte. Todos los ingredientes que se necesitan para este elixir están dispuestos, el conducto ya está hecho, y sólo faltan las tres últimas gotas de sangre que te he dicho.
Balsamo hizo un movimiento de repugnancia.
—Está bien —dijo Althotas— renunciemos al niño, ya que es tan difícil, y mejor prefieres encerrarte con tu manceba que buscármelo.
—Ya sabéis, maestro, que Lorenza no es mi manceba —respondió Balsamo.
—¡Oh! ¡oh! ¡oh! —exclamó Althotas—, eso lo dices tú, creyendo sin duda

que vas a imponerme a mí lo mismo que a la multitud. ¿Inmaculado tú, siendo como eres hombre?
—Os juro, maestro, que Lorenza está tan pura como la sagrada Madre de Dios; os juro que amor, deseos, deleites mundanos, todo lo he sacrificado en bien de mi alma, porque también me ocupo yo en una obra de regeneración; sólo que en vez de aplicármela a mí únicamente, será para el mundo entero.
—¡Pobre necio! —exclamó Althotas—. Capaz es de volver a hablarme de sus cataclismos de oradores, y de sus revoluciones de hormigas; cuando yo le hablo de vida eterna, de eterna juventud.
—Que sólo puede adquirirse a costa de un crimen horroroso, y aun con eso...
—¡Pues no duda el desdichado!
—No dudo, maestro; pero supuesto que renunciáis al niño, según decís, vamos, ¿qué necesitáis?
—Una criatura virgen, sea hombre o mujer.
—Perfectamente, maestro —dijo Balsamo—; veré si lo encuentro.
Otro relámpago más terrible que el primero brotó de los ojos del viejo.
—¡Verás si lo encuentras! —repuso—; ¡oh! Eso es lo que me respondes siempre; es verdad que lo esperaba de ti, y no sé por qué me asombro. ¿Y desde cuándo acá, miserable gusano, habla así la criatura al que la ha formado? ¡Ah! Me ves sin fuerzas, me ves postrado, ves que te suplico, y eres tan tonto que crees que estoy a merced tuya. Dime que sí o que no, Acharat, y no andemos con embustes, ni finjas lo que no sientas, porque te estoy viendo, y penetro en tu corazón; porque te conozco y te perseguiré.
—Mirad, maestro —respondió Balsamo—, que el furor os va a dañar.
—¡Responde, responde!
—Yo no miento a mi maestro: veré si puedo proporcionaros lo que deseáis, sin que a ninguno se nos siga perjuicio, sin perdernos, como podría ocurrir. Buscaré un hombre que nos venda la criatura que necesitáis; pero no cargaré con ese crimen. He aquí lo que puedo deciros.
—¡Vaya una delicadeza! —dijo Althotas con irónica sonrisa.
—Lo digo como lo siento, maestro —repuso Balsamo.
Althotas hizo un esfuerzo tan poderoso, que apoyando sus brazos en los del sillón se levantó.
—Sí o no —dijo.
—Sí, caso de que lo encuentre, maestro, pero no, si no puedo proporcionarlo.
—¿Es decir, infame, que me expones a que muera? Capaz eres de economizar

tres gotas de sangre de un animal inmundo y nulo como lo es la criatura que necesito, y dejar que ruede al abismo eterno una criatura tan perfecta como yo. Oye, Acharat, nada te pido ya —dijo el viejo con una sonrisa que causaba espanto—; no, absolutamente nada te pido: lo que haré será aguardar; pero, si no me obedeces, yo me serviré a mí mismo; si me abandonas, me socorreré yo mismo. Ya lo has oído; ahora márchate.
Balsamo no contestó y puso alrededor del anciano lo que necesitaba para alimentarse.
Bajó la plancha, sin fijarse en la irónica mirada que le dirigía el anciano, y llegó adonde Lorenza continuaba dormida.

CXXVIII

DONDE BALSAMO SE RINDE, POR FIN, AL AMOR

Balsamo se detuvo delante de ella y la contempló con tristeza, porque su visita a Althotas había desvanecido su furor.
—¡Cómo —dijo— veo mi situación! Lorenza me odia, y conoce mis secretos, y siempre que pueda los publicará.
Y esta desgracia nunca vista, esta desgracia que Althotas no puede comprender, siendo esta la causa de que ni siquiera se la haya contado, esta desgracia que mata todas mis esperanzas de hacer fortuna en este país, y por lo tanto en el mundo, cuya alma es Francia, la debo a la criatura que está aquí dormida, a esa hermosa estatua de dulce sonrisa. Sí, a este ángel funesto debo la deshonra y la ruina, hasta tanto que no le deba el cautiverio, el destierro o la muerte.
Es decir —prosiguió animándose—, que la suma del mal ha superado a la del bien, y Lorenza me es perjudicial.
Y sonriéndose de un modo siniestro, Balsamo se acercó con lentitud a la joven, cuyos ojos, cargados de languidez, se fijaban en él a medida que iba aproximándose, como se abren los girasoles y la flor de la enredadera al

lanzar sus primeros rayos el sol naciente.
—¡Oh! —dijo Balsamo—, será necesario que cierre para siempre esos ojos que me están mirando de un modo tan tierno, esos hermosos ojos que despiden rayos cuando no están inundados de amor.
Una dulce sonrisa asomó a los labios de Lorenza.
—Pero matando a la mujer que me odia —continuó Balsamo retorciéndose los brazos—, ¡mato también a la que me ama!
Y su corazón se inundó de profundo sentimiento, mezclado con un deseo vago y extraño.
—No, es imposible, no puedo matarla; pero vivirá sin despertar jamás, en esa vida ficticia en que ahora está.
Y diciendo esto la envolvió en una dulce mirada.
En aquel momento, Lorenza; que parecía que leía en el pensamiento de Balsamo, exhaló un profundo suspiro, se levantó suavemente, y con la graciosa lentitud del que está dormido fue a enlazar sus blancos y torneados brazos al cuello de Balsamo, quien sintió su embriagador aliento a dos dedos de distancia de sus labios.
—No, aparta, esta vida de placer me encadenaría y me vería precisado a renunciar a la gloria, a la inmortalidad.
Balsamo luchó largo rato; por fin murmuró:
—Lorenza, Lorenza, estás predestinada a amar y a morir. ¡Lorenza, Lorenza! en mis manos está tu vida y tu amor.
Por toda respuesta la encantadora joven se levantó, dirigióse derecha hacia Balsamo, cayó a sus pies, y mirándole con ojos inundados de sueño y deleite le cogió una mano que apoyó sobre su corazón.
—¡La muerte! —exclamó—, ¡oh sí! pero la muerte con el amor.
Balsamo retrocedió dos pasos con la cabeza inclinada y cubriéndose los ojos.
Pero la joven le siguió de rodillas
—¡La muerte —repitió con voz dulcísima—, pero, también amor, amor, amor!
Balsamo no pudo resistir más tiempo, porque abrasaba su cuerpo una hoguera.
—¡Oh! —dijo—, no puedo más; he resistido todo lo que puede resistir un ser humano. Demonio o ángel del porvenir, quien quiera que seas, ya estarás contento: bastante tiempo he sacrificado por egoísmo y orgullo todas las pasiones sublimes que arden en mí. No, no, no tengo derecho para rebelarme

de esta suerte contra el único sentimiento humano que fermenta en el fondo de mi corazón. Adoro a esta mujer, la adoro; y este amor apasionado hace contra ella más que el odio por grande que fuese, pues le da la muerte. ¡Oh! ¡qué débil soy, qué loco, qué feroz, cuando ni siquiera sé dominar mis deseos! ¡Cómo! Cuando exhale el último suspiro, cuando me disponga a presentarme delante de Dios, yo que soy un embustero, yo que soy un profeta falso; cuando me despoje en presencia del Supremo juez de la capa del artificio y la hipocresía; no tendré ni una acción generosa que poder confesar, ni una sola dicha cuyo recuerdo venga a consolarme en medio de los sufrimientos eternos... ¡Oh! no, Lorenza, no; sé que con amarte pierdo el porvenir, sé que mi ángel revelador va a elevarse a los cielos así que la mujer descienda a mis brazos. Pero, ¿lo deseas tú, Lorenza, lo deseas?

—¡Amor mío! —suspiró ésta.

—¿Conque aceptas esta vida ficticia, en lugar de la vida real y verdadera?

—Te lo suplico de rodillas, porque vivir así es amar, y con tu amor seré dichosa.

—¿Y te bastará cuando seas mi mujer? Porque ya ves que te amo con vehemencia.

—¡Oh! lo sé; porque penetro tu corazón.

—¿Y me acusarás en alguna ocasión delante de los hombres o de Dios de que he sorprendido tu voluntad, y he engañado tu corazón?

—¡Oh!, nunca; por el contrario, delante de los hombres, en presencia de Dios te daré las gracias, por haberme otorgado el amor, que es la única felicidad, la única perla, el único diamante de este mundo.

—Pero nunca has de sentir haber perdido las alas, pobre paloma, porque es necesario que sepas que de hoy más no irás a buscar para mí en los espacios radiantes, junto a Jehová, el rayo de luz conque en otra época iluminaba la frente de sus profetas. Cuando quiera saber lo futuro, cuando quiera mandar a los hombres, tu voz no me contestará, ¡ay de mí! Hasta aquí he visto en ti la mujer a quien amaba y mi genio auxiliar, pero en lo sucesivo sólo veré uno de los dos, y aun...

—¡Ah! ¿dudas? —exclamó Lorenza—; veo grabada la duda en tu corazón como si fuese una nube negra.

—¿Me amarás eternamente, Lorenza?

—¡Eternamente! ¡Eternamente!

—Pues bien, sea —dijo—. Por otro lado...

Durante un instante permaneció sumido en profunda meditación, y luego continuó diciendo: —Además, ¿es preciso absolutamente que sea ésta? ¿No hay en el mundo ninguna otra? No, no; mientras ésta me hace dichoso, otra seguirá haciéndome rico y dándome poder. Andrea es tan predestinada como tú, y tiene tanto don de entendimiento, tanto don de segunda vista; Andrea, es joven, pura, virgen, y no la amo; y, no obstante, durante su sueño está tan sumida a mi voluntad como tú. Andrea será de consiguiente para mí una víctima que venga a sustituirte, el *ánima vite* del médico, que puede servir para hacer experimentos. ¿Quién sabe si volará tanto o más lejos que tú por las regiones desconocidas? ¡Andrea, Andrea! Tú me darás una corona; y tú, Lorenza, ven a mis brazos porque deseo que seas amante mía, mi querida. Con Andrea seré poderoso, y con Lorenza feliz. Hasta ahora no ha sido mi vida completa; pero, menos en lo referente a la divinidad, ya he realizado el sueño de Althotas; menos en lo inmortal, en todo lo demás me igualo con los dioses.
Y estrechó entre sus brazos a Lorenza, y los dos quedaron enlazados como la yedra y el árbol.

CXXI

PASIÓN AMOROSA

Balsamo se olvidó de ciencia, política, misterios, de todo por completo para entregarse al lado de Lorenza a una vida vehementísima de amor.
Lorenza, en su vida ficticia, veía más que nunca, con respecto a él; sólo una cosa le mortificaba.
Faltaba saber si aquel don de segunda vista era hijo de la simpatía; faltaba que descubrir si fuera de él y de la joven, si más allá del círculo trazado por su amor, y que este amor inundaba de luz aquellos ojos del alma tan penetrantes antes de la llegada de la nueva era, podrían seguir rasgando la oscuridad.

Balsamo no se atrevía a hacer una prueba decisiva; persistía en su esperanza, y esta esperanza era para él una corona de estrellas que iba a alumbrar su dicha.
De vez en cuando le decía Lorenza con acento tan dulce como melancólico:
—Acharat, tú piensas en otra mujer, en una mujer del Norte, que tiene pelo rubio y ojos azules. Acharat, Acharat, esa mujer está fija en tu pensamiento, ni más ni menos que yo.
Entonces la contemplaba Balsamo con ternura, y le decía:
—¿Ves eso en mí?
—¡Oh! Sí, tan claro como en un espejo.
—Entonces sabrás —le decía Balsamo—, si pienso en esa mujer, por qué estoy enamorado de ella. Querida Lorenza, lee en mi corazón.
—Yo —contestaba ésta moviendo su cabeza—, ya sé que no; pero divides tu pensamiento entre las dos, como cuando te atormentaba Lorenza Feliciani, esa pícara Lorenza que está durmiendo, y a quien te niegas a despertar.
—No, amor mío, no —exclamaba Balsamo—; sólo pienso en ti, a lo menos con el corazón; bien sabes que todo lo he olvidado por ti, ya sabes que desde que somos felices, todo lo he descuidado; mis estudios, mis trabajos y hasta la política.
—Pues haces mal —dijo Lorenza—; porque yo puedo ayudarte en esos trabajos
—¿Qué es lo que dices?
—¿No permanecías en otro tiempo muchas horas encerrado en tu laboratorio?
—Sí, pero he renunciado a esos ensayos inútiles, porque mientras tanto no te vería, y esto sería arrebatar algunas horas al curso de mi dulce existencia.
—Yo te acompañaré como en tu amor en tus trabajos. ¿Por qué no he de hacerte poderoso lo mismo que te hago feliz?
—Porque mi Lorenza es hermosa, pero no ha estudiado; porque Dios da belleza y amor, pero la ciencia se adquiere solamente con el estudio.
—El alma sabe de todo.
—¿Pero ves tú con los ojos del alma, real y efectivamente?
—Sí.
—Y dime, ¿podrás ayudarme a descubrir la piedra filosofal?
—Seguramente.
—Pues ven conmigo.

Y ciñendo Balsamo con su brazo la cintura de la joven, la condujo a su laboratorio.
El gigantesco hornillo estaba apagado, porque hacía ya cuatro días que nadie había cuidado de mantenerlo encendido.
Los crisoles se habían enfriado sobre las mismas hornillas.
Lorenza contemplaba todos aquellos extraños instrumentos, últimas combinaciones de la expirante alquimia sin el menor asombro, y al parecer conocía el uso de todos ellos.
—¿Te has propuesto hacer oro? —preguntó sonriéndose.
—Sí.
—¿Contienen estos crisoles preparaciones graduadas de diferente manera?
—Sí, pero todo está paralizado, todo se ha perdido; sin embargo, no lo siento.
—Haces bien, porque el oro que pretendes confeccionar, siempre será para ti mercurio con otro color, quizá conseguirás que sea sólido, pero nunca transformarlo.
—¿Conque es imposible hacer oro?
—Imposible.
—Sin embargo, Daniel de Transilvania vendió a Cosme I, por veinte mil ducados, una receta sobre el modo de transformar un metal en otro.
—Eso quiere decir que Daniel de Transilvania engañó a Cosme I.
—Además, Paken el sajón, a quien condenó a muerte Carlos II, rescató su vida por haber convertido una barra de plomo en otra de oro, de la cual se sacaron cuarenta ducados y una medalla que se acuñó con no escasa gloria del hábil alquimista.
—El hábil alquimista era un buen jugador de manos, y en lugar de la barra de plomo entregó otra de oro. Acharat, el único modo de que hagas oro, es convertir en barras, como lo haces, las riquezas que te traen tus esclavos de las cuatro partes del mundo. Balsamo se quedó pensativo.
—¿Conque es imposible —dijo— transformar unos metales en otros?
—Sí, imposible.
—¿Y el diamante? —se apresuró a decir Balsamo.
—¡Oh! el diamante es diferente —contestó Lorenza.
—¿Se puede hacer diamante?
—Sí, porque para ello no hay que convertir un cuerpo en otro, sino procurar solamente modificar un elemento conocido.
—¿Pero conoces tú los elementos de que está compuesto el diamante?

—A no dudarlo; el diamante es carbonato puro cristalizado.
Balsamo se quedó asombrado; una luz deslumbradora e inesperada brotó de sus ojos y se los cubrió con las manos, como si aquella llama le hubiese dejado ciego.
—¡Oh! —dijo—, esto es excesivo, Dios mío, y algún peligro me amenaza. ¿Cuál será el anillo precioso que puedo lanzar al mar para desarmar tu enojo, Dios del cielo? Basta por hoy, Lorenza, basta.
—¿No te pertenezco? Manda, pues, ordena lo que te plazca.
—Sí, me perteneces, ven conmigo, ven. Y Balsamo sacó a Lorenza del laboratorio, cruzó el cuarto de las pieles, y sin hacer caso de un ruido sordo que oyó sobre su cabeza, penetró con Lorenza en la habitación enrejada.
—Querido Balsamo —interrogó la joven—, ¿estás satisfecho de tu Lorenza?
—¿Qué si lo estoy? —dijo éste.
—Pues entonces, ¿qué es lo que temías? Vamos, habla. Balsamo juntó las manos y contempló a Lorenza con una expresión de terror que apenas hubiera acertado a comprender quien no penetrara su alma.
—¡Oh! —exclamó— ¡y que haya faltado poco para matar a este ángel; que haya estado yo a punto de morir de desesperación antes de resolver el problema de ser a un mismo tiempo feliz y poderoso que me olvidara de que los límites de lo posible traspasan siempre el horizonte trazado por el estado actual de la ciencia, y que la mayor parte de las verdades que se han convertido en hechos, han pasado al principio por visiones; que haya yo creído que todo lo sabía cuando todo lo ignoraba!
La joven se sonreía de un modo divino, y Balsamo siguió diciendo:
—Lorenza, Lorenza, el designio del Creador se ha decidido. Eva ha resucitado para mí; Eva, que no pensará sino en lo que yo piense, y cuya vida pende de un hilo que yo tengo entre mis manos. Esto es excesivo, Dios mío, para una sola criatura, y sucumbo al peso de tus bondades.
Esto diciendo se hincó de rodillas y estrechó en sus brazos con adoración aquella suave beldad que le contemplaba sonriéndose como no se sonríe en la tierra.
—No nos separaremos jamás —dijo—, tú me ayudarás en mis investigaciones, me descorrerás el velo de todos los misterios de la Naturaleza, y seré tan grande como Dios.
Lorenza continuaba sonriéndose, y al mismo tiempo que se sonreía respondía a aquellas palabras con ardorosas caricias.

—A pesar de todo —murmuró como si viera en el cráneo de su amante todos los pensamientos que conmovían las fibras de aquel cerebro inquieto—; a pesar de todo, dudas todavía, Acharat, dudas, según has dicho, que no puedo romper el círculo de nuestro amor y ver de lejos; pero te conformas diciendo que si yo no veo ella verá.
—¿Y quién es ella?
—La mujer rubia; ¿deseas que te diga cómo se llama?
—Sí.
—Espera... Andrea.
—¡Oh! es cierto; sí, penetras mi pensamiento; pero aun temo una cosa. ¿Ves todavía a través del espacio, aunque esté cortado por obstáculos materiales?
—Haz la prueba.
—Dame la mano, Lorenza.
La joven estrechó con pasión la mano de Balsamo.
—¿Puedes seguirme?
—Adonde quieras.
—Ven, pues, conmigo.
Y saliendo Balsamo con el pensamiento de la calle de San Claudio, condujo tras sí el pensamiento de Lorenza.
—¿Dónde estamos? —preguntó Balsamo a Lorenza.
—En un monte —contestó la joven.
—Es cierto —dijo Balsamo estremeciéndose de alegría— pero, ¿qué ves?
—¿Delante de mí, a derecha o a izquierda?
—Enfrente de ti.
—Veo un extenso valle con una selva a un lado, una población a otro, y un río que las separa y se pierde luego en el horizonte costeando la pared de un gran palacio.
—Eso es, Lorenza, la selva es la del Vesinet, la población San Germán, y el palacio el sitio Real de Maisons. Entremos en el pabellón que está situado a nuestra espalda.
—Entremos, pues.
—¿Qué ves?
—¡Ah! en primer término, en la antesala, un negrillo caprichosamente vestido, y que está comiendo confites.
—Es Zamora; sigamos, sigamos.
—Veo un salón solitario, pero amueblado con esplendidez, y encima de las

puertas, pintadas diosas y Cupidos.
—¿No se halla nadie en el salón?
—Nadie.
—Sigamos entrando.
—¡Ah! Ahora nos encontramos en un bonito retrete, cuyas paredes están forradas de raso azul, salpicado de flores de un colorido natural.
—¿Hay alguien en él?
—Sí, hay una mujer recostada en un sofá.
—¿Quién es esa mujer?
—Espera.
—¿No te parece que la has visto antes de ahora?
—Sí, aquí; es la condesa du Barry.
—Eso es, Lorenza, eso es; voy a perder el juicio. ¿Y qué hace esa mujer?
—Está pensando en ti, Balsamo.
—¿En mí?
—Sí.
—¿Puedes adivinar su pensamiento?
—Sí, pues te repito que está pensando en ti.
—¿Y a propósito de qué?
—De una promesa que le has hecho.
—En efecto; ¿y cuál es?
—Has ofrecido darle el agua que Venus dio a Faon por vengarse de Safo, y que conserva la hermosura.
—Justamente, ¿y qué hace al mismo tiempo, qué piensa?
—Toma una resolución.
—¿Cuál es?
—Aguarda, extiende la mano hacia la campanilla, llama y entra otra mujer.
—¿Es pelinegra o rubia?
—Tiene el cabello negro.
—¿Alta o baja?
—Baja.
—Su hermana; escucha lo que dice la condesa.
—Manda que pongan el coche.
—¿Para ir adonde?
—Para venir a esta casa.
—¿Estás segura de ello?

—Así lo ordena a lo menos y le obedecen; veo los caballos y la carroza; dentro de dos horas llegará aquí.
Balsamo se hincó de rodillas exclamando:
—¡Oh! si dentro de dos horas viene, nada más necesitaré pediros. Dios mío, nada más sino que os compadezcáis de mi felicidad.
—¡Pobre amigo mío! ¿Conque temíais?
—Sí, sí.
—¿Y qué podíais temer, si el amor que es complemento de la existencia física ensancha también la existencia moral; si el amor, lo mismo que toda pasión generosa, nos acerca a Dios, y de éste emana la luz?
—Lorenza, Lorenza, me vas a volver loco de alegría.
Y Balsamo recostó la cabeza en el seno de la joven.
—Para ser completamente feliz esperaba que llegase la du Barry.
Las dos horas que tuvo que aguardar fueron cortas, pues para Balsamo había desaparecido enteramente el transcurso del tiempo.
De repente se conmovió la joven, que tenía asida la mano de Balsamo.
—Todavía dudas —dijo—, y quisieras saber dónde se encuentra en este mismo momento.
—Sí —dijo Balsamo—, es verdad.
—Pues bien, va por el baluarte a todo escape, se acerca, entra en la calle de San Claudio, se para a la puerta y llama.
La habitación en que se encontraban Balsamo y Lorenza estaba tan retirada, que no llegó a su oído el golpe del aldabón de bronce.
No obstante, Balsamo escuchó lentamente.
Dos golpes que dio Fritz le hicieron estremecerse, pues recordarán nuestros lectores que aquella señal anunciaba una visita importante.
—¡Oh! —dijo—, ¿conque es cierto?
—Ve a asegurarte de ello, Balsamo, pero vuelve pronto.
Balsamo se encaminó hacia la chimenea y Lorenza le dijo:
—Permíteme que te acompañe hasta la puerta de la escalera.
—Vamos.
Y ambos pasaron al cuarto de las pieles.
—¿No saldrás de esta habitación, es cierto? —preguntó Balsamo.
—No, aquí te esperaré. ¡Oh! descuida, pues ya sabes que la Lorenza que te ama no es la Lorenza a quien temes. Además...
Y se detuvo sonriéndose.

—¿Qué? —interrogó Balsamo.
—¿No penetras mi alma como yo penetro la tuya?
—¡Ay! no.
—Pues bien, ordéname que esté dormida hasta que vuelvas, mándame que permanezca inmóvil en ese sofá.
—Corriente, amada Lorenza, duerme y aguárdame.
Luchando Lorenza con el sueño aplicó sus labios a los de Balsamo, y fue tambaleándose a caer sobre el sofá balbuceando:
—Hasta luego, querido Balsamo, hasta luego.
Balsamo la saludó con la mano, y Lorenza se durmió, pero de una manera tan encantadora que Balsamo se quedó extasiado.
Oyéronse a todo esto dos golpes, lo cual significaba que la dama no tenía paciencia para esperar o que Fritz temía no le hubiese oído su amo.
Balsamo se precipitó hacia la puerta, pero como al cerrarla tras sí oyese un crujido como el que había oído ya, volvió a abrir aquélla y miró en torno suyo; pero nada vio o por mejor decir, únicamente a Lorenza, acostada en el sofá y respirando fuertemente bajo el peso de su amor.
Entonces cerró la puerta y se dirigió al salón sin inquietud; porque era absolutamente feliz.
Balsamo se engañaba, pues no era el amor únicamente el que oprimía el pecho a Lorenza obligándola a respirar con fuerza.
Era una especie de sueño que provenía al parecer del letargo en que se hallaba sumida, letargo que se acercaba y mucho a la muerte.
Lorenza estaba soñando, y en el espantoso espejo de los sueños fatídicos parecíale estarse viendo, en medio de la oscuridad que se iba apoderando de la estancia, abrirse formando un círculo el techo de madera, desprenderse de él una cosa en forma de un gran rosetón, y bajar con un movimiento igual, lento y acompasado, no sin despedir un silbido lúgubre. Luego le parecía que le faltaba el aire poco a poco, como si estuviese a punto de ahogarse, oprimida con el peso de aquel círculo que se movía.
Creía, por último, ver agitarse en aquella especie de trampa una cosa informe como el genio de la tempestad; un monstruo con rostro humano; un viejo que sólo tenía vida en los brazos y los ojos, y que la miraba de un modo espantoso, extendiendo hacia ella sus descaradas manos.
Inútilmente se afanaba la pobre niña en querer huir; pues sin adivinar el peligro que la amenazaba, sin sentir nada, conoció que la sujetaban dos

garfios con vida por una punta de su blanco vestido, la levantaban del sofá la colocaban en la trampa, la cual iba subiendo lenta, lentamente hacia el techo, crujiendo como el hierro que resbala por la superficie de otro pedazo del mismo metal, y que de la horrible boca de aquel monstruo que la elevaba hacia el cielo sin sacudimiento ni dolor se escapaba una risa espantosa por lo horrisonante.

CXXX

LOS EFECTOS DEL FILTRO

La que aguardaba era la condesa du Barry que, mientras llegaba Balsamo, se entretenía hojeando un libro muy curioso sobre la muerte, grabada en Maguncia, y cuyas láminas, dibujadas con un arte prodigioso, presentan la muerte presidiendo todas las acciones de la vida del hombre, aguardándole al salir de un baile en que acaba de estrechar la mano de su querida, atrayéndole al fondo del agua en que se baña, u ocultándose en el cañón de la escopeta con que va a cazar.
La du Barry contemplaba una lámina que representaba una mujer bellísima perifollándose y contemplándose al espejo, cuando Balsamo empujó la puerta y fue a saludarla sonriéndose con el rostro radiante de felicidad.
—Perdonadme, señora, que os haya hecho esperar, pero había calculado mal la distancia o no conocía bien lo que corren vuestros caballos y supuse que aun estabais en la plaza de Luis XV.
—Pues qué —preguntó la condesa—, ¿sabíais que iba a venir?
—Sí, señora, hará dos horas próximamente que os vi en vuestro retrete forrado de raso azul, mandando poner el coche.
—¿Y decís que me encontraba en mi retrete forrado de raso azul?
—Salpicado de flores de un colorido natural. Sí, condesa, y recostada en un sofá. Entonces se os ocurrió una buena idea, y dijisteis: «vamos a visitar al conde de Fénix». Y tocasteis la campanilla.

—¿Y quién entró?
—Vuestra hermana, condesa; ¿no es verdad? Entonces le encargasteis que diera las órdenes oportunas, órdenes que fueron inmediatamente ejecutadas.
—En verdad, conde, que sois brujo. ¿Miráis muchas veces al día lo que pasa en mi retrete? Lo digo porque en tal caso será preciso que esté prevenida.
—¡Ah! no tengáis cuidado, condesa, pues sólo miro cuando las puertas no están cerradas.
—¿Y porque se encontraban abiertas visteis que pensaba en vos?
—Y que vuestra intención era muy buena para mí.
—¡Ah! no os engañáis, querido conde; las intenciones que abrigo con respecto a vos son las mejores del mundo; pero reconoced que merecéis algo más que intenciones por lo bondadoso y útil que sois, porque estáis destinado, según parece, a hacer para conmigo el papel de tutor, esto es, el papel más difícil que conozco.
—En verdad, señora, que me honráis demasiado; ¿conque os he sido útil en algo?
—¡Cómo es eso! ¿Sois adivino y no adiviináis?
—Permitid a lo menos que sea modesto.
—Corriente, mi querido conde, voy, pues, a deciros antes que nada lo que he hecho por vos.
—No lo consiento, señora, al contrario, hablemos de vos, os lo ruego.
—Pues bien, mi querido conde, empezad desde luego por prestarme esa piedra que hace a una invisible, porque en mi viaje creo haber visto, a pesar de la velocidad de mi carroza, a uno de los lacayos de Richelieu disfrazado.
—¿Y qué hacía ese lacayo, señora?
—Seguir mi carruaje con un postillón.
—¿Y a qué atribuís eso? ¿Qué objeto suponéis que tiene el duque al disponer que os sigan?
—Jugarme alguna mala pasada, pues por muy modesto que seáis, señor conde de Fénix, no ignoráis que Dios os ha dotado de bastante mérito personal para poder causar celos a un rey, ora venga yo a veros a vuestra casa, ora vayáis a la mía.
—M. de Richelieu, señora —respondió Balsamo—, no puede ser peligroso para vos en ningún caso.
—Pero lo era, querido conde, antes de suceder lo que ha sucedido.
Balsamo comprendió que aquellas palabras encerraban un misterio que

Lorenza no le había descubierto, y por el cual no quiso engolfarse en un terreno desconocido y se limitó a responder con una sonrisa.
—Sí, lo era —repitió la condesa—, y poco ha faltado para haber sido yo víctima de la intriga mejor urdida que pueda concebirse, intriga en que vos tenéis alguna parte, conde.
—¡Yo intrigas contra vos! ¡Nunca, señora!
—¿No fuisteis vos quien proporcionó el filtro a M. de Richelieu?
—¿Qué filtro?
—Uno que hace enamorarse locamente al que lo toma.
—No, señora, esos filtros los confecciona M. de Richelieu mismo, porque hace mucho tiempo que conoce la receta; lo que yo le he dado es un narcótico y nada más.
—¡Ah! ¿Es cierto?
—Mi palabra de honor.
—¿Y qué día entregasteis al duque ese narcótico? Acordaos —de la fecha, caballero.
—Fue el sábado último, señora, la víspera del día en que tuve el honor de enviaros, por conducto de Fritz, la esquela en que os suplicaba tuvieseis la bondad de ir a buscarme a casa de M. de Sartines.
—La víspera de ese día —repuso la condesa—, fue cuando el rey se trasladó a casa de la chica de Taverney. ¡Oh! todo lo comprendo ahora.
—Entonces sabréis que yo no hice otra cosa sino dar el narcótico.
—Sí, y ese narcótico nos ha salvado.
Balsamo aguardó, porque no sabía de qué se trataba.
—Mucho me alegro, señora —respondió—, de haberos sido útil en algo, aunque sin intención.
—¡Oh! sois para mí un amigo inmejorable; pero aún podéis hacer en mi favor más de lo que hasta ahora habéis hecho. ¡Oh! doctor, poéticamente hablando, he estado muy mala y me cuesta trabajo creer que me encuentro en la convalecencia.
—Señora —dijo Balsamo—, no extrañaréis que el médico, puesto que lo hay, investigue los pormenores de la enfermedad que debe curar. Servíos, pues, informarme exclusivamente de lo que habéis sentido, sin olvidar ningún síntoma, a ser esto posible.
—Eso es muy fácil, querido doctor, o querido hechicero, como os plazca. La víspera del día en que se administró vuestro narcótico, Su Majestad no quiso

acompañarme a Luciennes, alegando para quedarse en Trianón que estaba fatigado; pero después supe que mi mentiroso rey deseaba cenar con el duque de Richelieu y el barón de Taverney.
—¡Ah! ¡ah!
—Vais comprendiendo, ¿no es así? Durante la cena dieron al rey el filtro amoroso, y como sabían que estaba enamorado de la señorita de Taverney y que no iría a verme a la mañana siguiente, es evidente que querían obrase en favor de esa joven.
—¿Y qué más?
—¿Qué más?...
—Que hizo efecto el filtro.
—¿Y qué sucedió entonces?
—Difícil es saberlo de un modo positivo. No obstante, personas bien informadas vieron que Su Majestad se dirigía hacia el departamento de la servidumbre, es decir, hacia el aposento de la señorita de Taverney.
—Sé donde vive: ¿y luego?
—¡Qué ejecutivo sois, conde! Luego... sabed que es peligroso seguir a un rey que se esquiva de las miradas de otro.
—Pero, en fin...
—En fin, sólo he averiguado que Su Majestad en medio de la tormenta espantosa que hizo aquella noche volvió a Trianón pálido, y temblando y con una fiebre que le hacía delirar.
—¿Y suponéis —preguntó Balsamo—, que el rey no sólo tenía miedo de la tormenta y no de alguna otra cosa?
—Sí, porque el ayuda de Cámara le oyó exclamar frecuentemente: «¡estaba muerta, muerta!»
—¡Oh! —dijo Balsamo.
—Sin duda era el narcótico —continuó la du Barry—, y como nada infunde tanto miedo al rey como un muerto y la imagen de un cadáver, encontró a la célica de Taverney dormida de un modo extraño, y creyó que estaba muerta.
—Sí, sí, muerta efectivamente— dijo Balsamo acordándose de que había huido del lado de Andrea sin despertarla—; muerta o a lo menos con todas las apariencias de la muerte. ¿Y qué más, señora, qué más?
—Nadie ha sabido, pues, lo que ocurrió aquella noche, o más bien el principio de ella. Lo cierto es que al rey le entró una calentura muy fuerte y acometiéronle estremecimientos nerviosos que no desaparecieron hasta la

mañana siguiente, cuando la delfina tuvo la idea de mandar abrir las ventanas de la regia estancia, y mostrar a Su Majestad varios semblantes risueños iluminados por un sol hermoso. Entonces desaparecieron las visiones que le habían martirizado durante la noche; a eso del medio día mejoró el rey, tomó un caldo y se comió un alón de perdiz, y por la tarde...

—¿Qué ocurrió por la tarde? —preguntó Balsamo.

—Por la tarde —repitió la du Barry—, no queriendo, sin duda, Su Majestad permanecer en Trianón, donde tanto miedo había pasado la víspera, fue a visitarme a Luciennes, donde conocí aquella noche, querido conde, que M. de Richelieu es casi tan brujo como vos.

El aspecto triunfante de la condesa y el picaresco gesto con que contempló estas palabras, tranquilizaron por completo a Balsamo acerca del dominio que ejercía aún la favorita sobre el rey.

—¿Estáis satisfecha de mí, señora?

—Entusiasmada, conde, os lo juro; he conocido que cuando me hablasteis de crear imposibles decíais la verdad.

Y como para darle las gracias le extendió aquella mano tan blanca, suave y perfumada, que no era tan fresca como la de Lorenza, pero cuyo calor tenía además su poco de elocuencia.

—Ahora toca hablar de vos, conde —dijo.

Balsamo se inclinó como hombre que está decidido a escuchar.

—Si me habéis librado de un gran riesgo —prosiguió diciendo la du Barry—, creo que yo también os he librado de un peligro enorme.

—No necesitaba eso —dijo Balsamo ocultando su emoción—, para estaros agradecido; queréis decirme no obstante...

—Sí, aun andamos con el cofre a vueltas.

—¿Pues qué ocurre señora?

—Que contenía muchas cifras que M. de Sartines ha ordenado traducir a todos sus empleados, los cuales han firmado su respectiva traducción, dando todas ellas el mismo resultado; de suerte que M. de Sartines llegó esta mañana a Versalles, encontrándose yo allí, con las referidas traducciones y el diccionario de cifras diplomáticas.

—¡Ah, ah! ¿y qué ha dicho el rey?

—Al principio se sorprendió, y después se asustó, porque Su Majestad oye fácilmente a cuantos le hablan de peligro, y desde la puñalada de un cortaplumas de Damiens, todo el que dice a Luis XV que se ande con

cuidado, consigue su propósito.
—¿Es decir que M. de Sartines me ha acusado de conspirador?
—Ante todo trató M. de Sartines de hacer que yo saliera; pero me negué a ello, manifestando que, como persona más adicta que nadie al rey, ninguno tenía derecho para hacerme salir cuando se le decía que corría riesgo. M. de Sartines insistió, pero yo me negué, y el rey dijo sonriéndose y mirándome de cierto modo que conozco muy bien: «Dejadla, Sartines, pues hoy nada le puedo negar». Entonces, ya supondréis, conde, que acordándose M. de Sartines de nuestra última despedida, temió desagradarme si os amaba. La tomó, pues, con la mala voluntad que el rey de Prusia tiene a Francia, y acerca de lo dispuestos que se encuentran los ánimos a valerse de cosas sobrenaturales para facilitar la marcha de su rebelión, acusando, para decirlo de una vez, a una porción de gente, y demostrando con las cifras que tenía en la mano, que esa gente es culpable.
—¿Y de qué?
—¿De qué?... Conde, ¿debo descubriros secretos de Estado?
—Esos secretos son nuestros también, señora, y nada arriesgáis a fe mía en revelarlos, porque creo que tendré interés en no hablar de ellos.
—Ya lo sé, conde, y por lo mismo voy a seguir; M. de Sartines quiso demostrar que una asociación poderosa, compuesta de adeptos valerosos, astutos y resueltos, se ocupa en minar sordamente el respeto debido a la Majestad Real, haciendo circular ciertas voces acerca del rey.
—¿Y qué voces son ésas?
—Diciendo, por ejemplo, que Su Majestad pretende matar de hambre al pueblo.
—¿Y qué respondió el rey a eso?
—Lo que responde siempre, una broma.
Balsamo suspiró.
—¿Y a qué se redujo esa broma? —interrogó.
—«Puesto que me acusan de que intento matar de hambre a mi pueblo —dijo el rey—, a esa acusación se contesta alimentándole.»
—«¿Y de qué modo, señor?» —dijo M. de Sartines.
—«Yo tomo a mi cuenta alimentar a los que esparcen esa voz, y me ofrezco también a proporcionarles casa en la Bastilla.»
Balsamo se estremeció, pero se sonrió preguntando:
—¿Y qué más?

—Al momento me miró el rey como pidiéndome consejo, y yo le dije: «Señor, nadie podría hacerme creer que todas esas cifras negras que os trae el señor de Sartines signifique que sois un mal rey». Entonces el teniente de policía hizo un gesto de sorpresa, y yo continué: «Tampoco me harán creer, porque no pueden probármelo, que los empleados en la cancillería saben lo que ahí dice».
—¿Y qué respondió el rey, condesa? —preguntó Balsamo.
—Que quizá tuviera razón, pero que M. de Sartines no había obrado mal.
—¿Y entonces?
—Entonces se extendieron algunos mandamientos de prisión, entre los cuales vi claramente que M. de Sartines intentaba deslizar uno acerca de vos; pero no me doblegué y le contuve con una palabra: «Caballero, le dije, levantando la voz y en presencia del rey: prended a todo París si os parece, porque eso es propio de vuestro empleo; pero cuidado con tocar a ningún amigo mío». «¡Oh! ¡oh! —dijo el rey—; mirad, Sartines, que se va enfadando.» «Pero, señor, el interés del Estado.» ¡Oh! le dije furiosa: os advierto que ni vos sois un Sully, ni yo una Gabriela.» «Señora, se intenta asesinar al rey, como asesinaron a Enrique IV.» El rey palideció, pasándose la mano por la frente. Me creí vencida, y dije: «Señor, dejad al teniente de policía que obre a sus anchas, porque sin duda han leído sus dependientes en esas cifras que yo también conspiro contra Vuestra Majestad». Y me salí; pero como esto pasaba al día siguiente de haber tomado el rey el filtro, prefirió estar conmigo y siguió tras de mí, diciéndome: «¡Ahí No os incomodéis, condesa». «Pues echad de aquí a ese hombre, señor, que apesta a cárcel.» «Vamos, Sartines, marchaos —dijo el rey, encogiéndose de hombros»; y yo añadí: «Os prohíbo, no sólo que os presentéis en mi casa, sino que ni me dirijáis la palabra siquiera». Nuestro magistrado perdió la chaveta; se aproximó a mí y me besó la mano con humildad, diciéndome: «Bien, señora, no hablemos más sobre esto; pero tendréis la culpa de que se pierda el Estado. Ya que os empeñáis en ello, respetarán mis agentes a vuestro protegido». Balsamo se quedó profundamente pensativo.
—¡Cómo! —exclamó la condesa—: ¿no me dais las gracias porque os he evitado que residáis en la Bastilla, lo cual tal vez sería injusto, pero no muy agradable?
Balsamo nada respondió; lo que hizo fue sacar del bolsillo un frasquito lleno de un color encarnado.

—Tomad, señora —dijo—; en cambio de la libertad que vos me concedéis, yo os doy veinte años más de juventud.
La condesa se guardó el frasquito en el seno, y se alejó sumamente contenta.
Balsamo se quedó pensativo, y después dijo:
—Tal vez se hubieran salvado a no ser por la coquetería de una mujer; una cortesana los precipita al abismo con su delicado pie. ¡Dios nos proteja!

CXXXI

ESCENA TRÁGICA

En cuanto se marchó la condesa. Balsamo se dirigió al cuarto de las pieles, impaciente ya por ver a Lorenza, y porque del éxtasis resultaban por lo regular crisis nerviosas que hacían sufrir a la joven atrozmente, si la intervención del fluido reparador no iba a establecer un equilibrio satisfactorio entre las diversas funciones del organismo.
Así que Balsamo penetró en el cuarto, fijó la vista con rapidez en el canapé en que había dejado a Lorenza.
Ésta no se encontraba allí; pero la fina mantela de cachemir bordada de flores de oro, con que se cubría, estaba sobre los cojines para afirmar que su dueño había permanecido en aquel aposento descansando en el sofá.
Balsamo quedó perplejo, con la vista clavada en el canapé, pero pensó que tal vez habría incomodado a Lorenza un olor muy particular que se había esparcido por el aposento después que él se marchó, y que, usurpando por medio de un movimiento maquinal los hábitos de la vida real y efectiva, habría cambiado de sitio por instinto.
La primera idea que se le ocurrió a Balsamo fue que Lorenza había vuelto a entrar en el laboratorio, donde poco hacía estuvo con ella.
Entró, pues, en él, pero a nadie encontró. Sin embargo como podía esconderse con facilidad una persona a la sombra del gigantesco hornillo, o detrás de los tapices que representaban personajes de Oriente, alzó aquéllos y

dio la vuelta alrededor del hornillo; mas en parte alguna halló ni aun señal de haber pasado por allí Lorenza.
Después pensó que estaría en su habitación y corrió a buscarla allí.
Empujó el resorte, pero tan vacía se hallaba aquella habitación como el laboratorio, y, según las trazas, Lorenza no había estado allí.
Entonces se apoderó del poco antes venturoso amante un pensamiento lleno de dolor, que ya había lastimado su corazón, como recordarán nuestros lectores, y que ahora fue a ahuyentar todas las suposiciones.
Lorenza habría disimulado, fingiendo dormir, para alejar toda desconfianza, toda inquietud, toda vigilancia en el ánimo de su esposo; y aprovechándose de la primera oportunidad en que éste la había dejado libre, habría vuelto a escaparse más cierta de lo que debía hacer, habiéndola como debía haberla amaestrado a la primera tentativa de fuga.
Balsamo dio un brinco cuando se le ocurrió esta idea, y llamó a Fritz.
Luego presumiéndose en su impaciencia que éste tardaba, corrió a su encuentro y le encontró en la escalera excusada.
—¿Y la señora? —dijo.
—¿Qué sucede, mi amo? —preguntó Fritz comprendiendo por lo conmovido que se encontraba Balsamo, que había sucedido algo de extraordinario.
—¿La has visto?
—No, señor.
—¿No ha salido?
—¿De dónde?
—De casa.
—La única persona que ha salido es la condesa, y yo mismo he cerrado la puerta,
Balsamo, delirante, registró detenidamente toda la casa llamando a Lorenza, pero el silencio sólo le contestaba.
Por fin salió de aquel estado de alucinación, pero medio loco metió la mano en un vaso de agua fría, se mojó con ella las sienes, y después, apretando las manos una contra otra, como para obligarse a sí mismo a permanecer inmóvil por medio de la voluntad, sintió el ruido importuno de aquel batidero de la sangre contra el cráneo, ruido funesto, constante y monótono, que cuando no se percibe indica vida, con tal que se mueva, pero cuando es perceptible y acelerado indica muerte o locura.
—Vamos —dijo—, pensemos, no hay subterfugios que valgan, Lorenza no

está aquí, y, por lo tanto, ha salido. Sí, salido y muy salido.
Y volvió a mirar alrededor suyo llamándola otra vez. —Nada, ha salido —repitió—, y en vano asegura Fritz que no la ha visto. Ha salido, ha salido. Dos casos se presentan aquí: o ciertamente nada ha visto, lo cual a todo evento es posible, porque el hombre está sujeto a equivocaciones, o bien la ha visto, y Lorenza le ha ganado... ¡Ganar a Fritz!... ¿Y cómo no? En vano aboga en favor de esta suposición su anterior fidelidad, pues Lorenza, si el amor, si la ciencia han conseguido engañar y mentir hasta tal extremo, ¿por qué no ha de engañar también una criatura humana, cuya naturaleza es tan frágil y falible?... ¡Oh, yo lo averiguare todo! ¿No me queda la señorita de Taverney? Sí, por Andrea sabré la traición de Lorenza y de Fritz; y, ¡oh! lo que es esta vez, como el amor no haya sido verdad, como la ciencia haya sido un error, y la fidelidad un lazo tendido a mi confianza, Balsamo castigará sin lástima, sin reserva, como un hombre poderoso que venga, para lo cual desecha la misericordia, y conserva la soberbia... Vamos, todo se reduce a salir cuanto antes, no dejar que Fritz adivine mi intención, y correr a Trianón.
Y cogiendo su sombrero, que se le había caído en el suelo, se dirigió hacia la puerta.
Empero de pronto se detuvo, y dijo:
—¡Oh! mi pobre viejo antes que nada. ¡Dios mío! me había olvidado de él, y es necesario que le vea antes de salir. Durante mi delirio, durante este espasmo de amor, he descuidado al desgraciado Althotas, y esto es una ingratitud, una inhumanidad.
Y Balsamo, con esa actividad febril que daba ánimo a todos sus movimientos desde hacía un momento, se acercó al resorte que servía para mover la báscula del techo.
Éste bajó al instante con rapidez.
Balsamo se colocó en él, y con el auxilio del contrapeso empezó a subir; pero entregado completamente su corazón a lo que acababa de sucederle, y pensando siempre en Lorenza.
Tan pronto llegó al nivel del cuarto de Althotas escuchó la voz de éste, voz que fue a sacarle de su dolorosa distracción.
Empero con gran sorpresa de Balsamo sus primeras palabras no fueron una reconvención como pensaba, sino una franca demostración de alegría.
El discípulo miró a su maestro, lleno de asombro.
El viejo se hallaba recostado en su sillón de resortes, y respiraba con delicia,

como si a cada aspiración recuperara un día de vida, clavando con impertinencia en el que iba a verle unos ojos llenos de un fuego sombrío, si bien es cierto que la alegre sonrisa que brillaba en sus labios disminuía algún tanto su siniestra expresión.
Balsamo procuró tomar fuerzas y coordinar sus ideas para que no comprendiese lo turbado que se encontraba, su maestro, tan poco indulgente con las debilidades de la humanidad.
Durante aquel momento de recogimiento, Balsamo sintió en el pecho una opresión singular, sin duda porque el aire estaba viciado con un olor pegajoso, desabrido, tibio y nauseabundo. Sí, el olor que ya había respirado abajo, pero en menor cantidad, se esparcía por el aire, condensándose y empañando los cristales como esos vapores que se desprenden en el otoño, igual al salir el sol que al ponerse, de los lagos y charcos.
En aquella atmósfera espesa y fuerte se le oprimió a Balsamo el corazón, se le turbó la cabeza, le acometió un mareo y, vio que iban faltándole a la vez la respiración y las fuerzas.
—Maestro —dijo buscando un punto de apoyo sólido en que poder sostenerse e intentando ensanchar el pecho—; no sé como podéis vivir aquí pues esto no es respirar.
—¿Te parece a ti así?
—¡Oh!
—¡Pues no obstante yo respiro divinamente! —contestó Althotas con socarronería—, y ya ves si vivo.
—Maestro, maestro —dijo Balsamo cada vez más mareado—: permitid que abra una ventana, porque no parece sino que de este suelo sale un vapor de sangre.
—¡De sangre! ¡ah! ¿Te huelo a sangre? —exclamó Althotas riendo a carcajadas.
—¡Oh! sí, sí, huelo los miasmas que despide un cuerpo recién muerto; tanto es lo que gravitan sobre mi cerebro y mi corazón, que me atrevería a pesarlos.
—Eso es —dijo el anciano con su irónica sonrisa—, eso es, eso, y ya lo había notado yo; eres muy sensible, Acharat.
—Maestro —dijo Balsamo señalando con el dedo al viejo—, lleváis sangre en las manos, la hay en esa mesa, y en todas partes, hasta en vuestros ojos, que relumbran como dos llamas. Maestro el olor que se respira aquí, el olor que me marca, el olor que me sofoca es un olor a sangre.

—Y bien —dijo Althotas tranquilamente— ¿es esta la primera vez que respiras ese olor?
—No.
—¿No me has visto alguna vez hacer experimentos? ¿No los has hecho tú también?
—¡Pero no con sangre humana! —dijo Balsamo pasándose la mano por la frente cubierta de sudor.
—¡Ah, qué olfato tan delicado posees! —dijo Althotas—; no presumía que pudiera distinguirse la sangre del hombre de la de un animal cualquiera.
—¡Sangre humana! —murmuró Balsamo.
Y al intentar apoyarse, porque se tambaleaba, en algún mueble que estuviese a mano, descubrió horrorizado un gran barreño de cobre, cuyos brillantes bordes reflejaban el color purpúreo de sangre recién sacada.
La enorme vasija se hallaba llena hasta la mitad.
Balsamo retrocedió espantado, exclamando:
—¡Oh! ¿de quién es esa sangre?
Althotas no respondió, pero no se le escapaba ninguno de los movimientos, mareos y terrores de Balsamo.
De pronto exhaló éste un rugido terrible, y bajándose como si quisiera apoderarse de una presa, se dirigió a un punto de la habitación y recogió del suelo una cinta de seda recamada de plata, de la cual pendía una larga trenza de pelo negro, reinando después de aquel grito un silencio supremo.
Balsamo levantó lentamente aquella cinta y examinó estremeciéndose, el pelo, de cuya punta pendía clavado en la seda un alfiler de oro, comprendiéndose que aquel mechón había sido cortado de una cabellera sujeta con una franja, en cuyo extremo se veían manchas encarnadas y espumosas que parecían de sangre.
A medida que Balsamo iba levantando la mano temblaba ésta más y más.
A medida que Balsamo examinaba con más atención aquella cinta manchada, se tornaban sus mejillas amoratadas.
—¡Oh! ¿De dónde proviene esto? —murmuró, pero en tono bastante alto, no obstante, para que sus palabras fuesen una pregunta para cualquier otro que no fuera él.
—¿Eso? —contestó Althotas.
—Sí, esto.
—Es una cinta de seda para el cabello.

—¿De qué está mojado este cabello?
—De sangre, ya lo ves.
—¿Y qué sangre es ésa?
—¡Cuál ha de ser, vive el cielo! La que necesitaba para mi elixir, la que no quisiste darme y me he proporcionado yo mismo.
—Pero, ¿a quién habéis cortado esta, trenza, de quién es esta cinta? Esto pertenece a un niño.
—¿Y quién te ha dicho que he degollado a un niño? —preguntó Althotas tranquilamente.
—¿No os era precisa sangre de un niño para hacer vuestro elixir? ¡Vamos, no me habíais dicho esto!
—O de una virgen, Acharat, de una virgen.
Y Althotas alargó su descarnada mano, cogiendo de encima del brazo del sillón una redoma cuyo contenido saboreó con delicia.
Después, con el tono más natural del mundo, con afectuoso acento, dijo:
—Muy bien, Acharat; obraste con prudencia y previsión colocando a esa mujer debajo de este piso, y casi donde yo pudiera alcanzarla, porque de este modo no tiene de qué quejarse la humanidad, ni que reprender la ley cosa alguna. No has sido tú quien me has dado la virgen sin cuya sangre hubiera muerto tu maestro, que la he tomado yo; gracias, pues, amado discípulo, gracias, mi querido Acharat.
Y volvió a saborear el contenido de la redoma.
Balsamo dejó caer el mechón de pelo que guardaba en la mano, y una luz horrible deslumbró su vista.
Enfrente de él había una gran mesa de mármol que el viejo tenía siempre llena de plantas, libros y redomas; pero a la sazón se hallaba cubierta con un largo paño de damasco blanco, salpicado de flores oscuras, dando en él la rojiza luz que despedía la lámpara de Althotas, la cual dibujaba unas formas siniestras que Balsamo no había visto hasta entonces.
Éste agarró el paño por una punta y tiró con fuerza.
Mas entonces se le erizaron los cabellos, y su boca entreabierta no pudo dejar salir el horroroso grito que se ahogó en el fondo de su garganta.
Bajo aquel sudario encontró el cadáver de Lorenza; de Lorenza, tendida sobre la mesa, con el rostro amoratado, pero risueño aún, y cuya cabeza pendía hacia atrás como arrastrada por el peso de sus luengos cabellos.
Por cima de la clavícula tenía una ancha herida y ni una gota de sangre salía

ya.
Sus manos estaban tiesas y sus ojos cerrados bajo unos párpados de color de violeta.
—Sí, sangre, sangre de virgen, las tres últimas gotas de la sangre arterial de una virgen; esto era lo que me era preciso —dijo el viejo saboreando por tercera vez el contenido de su redoma.
—¡Miserable! —exclamó Balsamo, cuyo desesperado grito se escapó al fin por cada uno de sus poros—; ¡muere, miserable, porque hace cuatro días que era mi querida, mi amante, mi esposa! La has matado para nada, porque no estaba virgen...
Althotas se estremeció al escuchar esto; sus pupilas se dilataron de un modo horrible, sus encías, porque no tenía dientes, rechinaron, y su mano dejó caer la redoma sobre el entarimado, no sin que se hiciese mil pedazos, entre tanto que él, estupefacto, anonadado, herido en el cerebro a la vez que en el corazón, caía con todo el peso de su cuerpo sobre el sillón.
Balsamo se desmayó encima del cadáver de Lorenza.

CXXXII

DONDE BALSAMO SE MIRA EN UN ESPEJO

Y ADVIERTE QUE HA ENVEJECIDO

Corrieron las horas, esas hermanas que corren tan rápidas para el que disfruta, como despacio para el que sufre: pasaron en aquella habitación poblada por la muerte y la agonía.
Balsamo no había vuelto a pronunciar una palabra desde el grito desgarrador que destrozó su garganta.
Desde que salió de su boca la fulminante revelación que disipó el feroz júbilo de Althotas no había hecho Balsamo ni un solo movimiento.
Respecto al horrible viejo, había vuelto violentamente a la vida.

El estupor impreso en aquel semblante lívido y descompuesto demostraba la inconmensurable extensión de su atontamiento.
Ciertamente, ni aun se tomaba Althotas el trabajo de pensar, desde que vio el objeto a que se dirigían sus pensamientos, y que se evaporaban como el humo, siendo así que los creía tan fuertes como una roca.
Su desesperación, triste y silenciosa, tenía algo de embrutecimiento, y aquellos cuya imaginación no estuviese acostumbrada a amoldarse a la suya, hubieran creído tal vez que aquel silencio era una señal de que meditaba lo que había de hacer; mas para Balsamo, que por lo demás ni siquiera le miraba, no era sino la agonía del poder de la razón, de la vida.
Althotas no separaba la vista de aquella redoma destrozada.
Alguna vez también, cuando el dolor que le causaba aquel desengaño era demasiado vivo, fijaba el viejo sus apagados ojos en Balsamo, y después en el cadáver de Lorenza.
Entonces se parecía a estos animales cogidos en una trampa, que el cazador halla por la mañana sujetos por las patas, dándoles de puntapiés durante largo tiempo sin conseguir que vuelvan la cabeza, pero que si se les pincha con la punta del cuchillo de monte alzan oblicuamente sus sangrientos ojos, llenos de odio, venganza, reconvención y sorpresa.
—Parece mentira —decía aquella mirada, tan expresiva aún a pesar de encontrarse en la agonía—, parece mentira que me sobrevengan tantas desgracias y derrotas por culpa de un ser tan pequeño como es ese hombre, a quien estoy viendo hincado de rodillas a cuatro pasos de mí, a las plantas de un objeto tan vulgar como es esa mujer que ya no vive. ¿No es una cosa monstruosa, en fin, que un grano de polvo haya conseguido pasar la rueda de un carro tan soberbio como rápido por su poder y su inmortal vuelo?
En cuanto a Balsamo, se hallaba anonadado, sin voz, sin movimiento y apenas con vida; ningún pensamiento humano había penetrado aún en su cerebro por entre los sangrientos vapores que lo empañaban.
¿Y qué si había perdido para siempre a Lorenza; a Lorenza que era suya, que era su esposa y su ídolo; esa criatura tanto más hermosa cuanto que a la vez era ángel y amante; Lorenza, es decir, el placer y la gloria, lo presente y lo porvenir, la fuerza y la fe; Lorenza, es decir, su alma entera?
Balsamo no lloraba, no gritaba, ni siquiera suspiraba.
Apenas le quedaba tiempo para admirarse de que se hubiera desplomado sobre su cabeza tan grande desgracia, a la manera de esos infelices a quienes

sorprende una inundación encontrándose en el lecho y a oscuras, que sueñan que están rodeados de agua, despiertan, abren los ojos, y viendo que se les viene encima mugiendo una ola espantosa ni aun siquiera les queda tiempo para exhalar un grito en el tránsito de la vida a la muerte.
Durante tres horas se creyó Balsamo sepultado en los profundos abismos de la huesa, y en medio de su inmenso dolor atribuyó lo que le sucedía a uno de esos fatídicos sueños que visitan a los muertos en la eterna y silenciosa noche del sepulcro.
Para él no existía Althotas, es decir, que para él no había ni rencor, ni espíritu de venganza.
Para él no existía Lorenza, es decir, que para él no había tampoco ni vida ni amor.
Así transcurrió el tiempo, lúgubre, silencioso e infinito, en aquella habitación donde la sangre se enfriaba después de enviar su parte fecundante a los átomos que la reclamaban.
De repente sonó tres veces una campanilla en medio del silencio y las tinieblas.
Balsamo sin duda pensaba; pero sin que llamase la atención de Fritz el que su amo se encontrara en la habitación de Althotas, pues en esa misma habitación resonó la campanilla.
La campanilla sonó nuevamente con más fuerza; pero también continuó inmóvil Balsamo.
Después, así que pasó un rato más corto que el que medió entre el primero y segundo tin tin, enojada la campanilla esparció por el cuarto un repiqueteo chillón e impaciente.
Sin estremecerse, Balsamo alzó lentamente la cabeza, y preguntó al espacio, con la fría solemnidad de un muerto que saliese de su sepulcro.
Así debió mirar Lázaro cuando Cristo le llamó tres veces por su nombre.
La campanilla no cesaba de sonar.
Su energía, que cada vez iba en aumento, desperté al fin la inteligencia en el amante de Lorenza.
Entonces apartó su mano de la del cadáver; el calor había abandonado su cuerpo sin pasar al de Lorenza.
—Eso revela una gran noticia o un peligro de gravedad —dijo Balsamo—.
¡Con tal que sea esto último...!
Y se levantó.

—Mas, ¿para qué he de contestar a ese llamamiento? —prosiguió diciendo sin advertir el lúgubre efecto que causaban sus palabras bajo aquella bóveda sombría y en aquella fúnebre estancia—, ¿puede haber en el mundo alguno que me interese o asuste?

La campanilla, como si quisiera responderle, hirió con tal fuerza sus costados de bronce, que la lengüeta de metal se desprendió y cayó sobre una retorta de vidrio la cual se rompió produciendo un ruido metálico, y sembrando el suelo de pedazos.

Balsamo no dudó más, considerando, por otra parte, que importaba que nadie, incluso Fritz, fuese a acosarle donde se hallaba; se aproximó con tranquilo paso hacia el resorte, lo empujó y fue a colocarse sobre la plancha, la cual bajó con lentitud hasta dejarle en medio del aposento de las pieles.

Al pasar junto al sofá, rozó la manteleta que se había desprendido de los hombros de Lorenza cuando el inhumano viejo la alzó en sus brazos, tan impasible como la muerte.

Aquel contacto, más vivo aún que Lorenza, hizo estremecer a Balsamo de una manera dolorosa.

Tomó la manteleta y la besó ahogando sus gritos con la tela misma.

Después fue a abrir la puerta de la escalera.

En los últimos escalones se encontraba Fritz sumamente pálido, respirando agitado, con una antorcha en la mano izquierda y tirando con la derecha del cordón de la campanilla lleno de temor e impaciente.

Al ver a su amo lanzó un grito de alegría, pero enseguida se escapó de su pecho otro de sorpresa y espanto.

No comprendiendo Balsamo de qué provenían aquellos diversos gritos, le preguntó en silencio.

Fritz no contestó nada; pero cogiendo a su amo le llevó delante del gran espejo de Venecia colocado encima de la chimenea que conducía a la habitación de Lorenza.

—¡Oh! mirad —dijo, señalándole su propia imagen en el cristal.

Balsamo se estremeció.

Después brilló en sus labios una sonrisa, una de esas sonrisas hijas de un dolor infinito e incurable una sonrisa mortal, en fin...

Ciertamente, comprendió el espanto de Fritz. Balsamo había envejecido en una hora tanto como en veinte años, y en sus ojos no se veía su anterior brillo; la sangre no circulaba bajo la piel; por todas sus facciones se había

esparcido una expresión de estupor y falta de inteligencia; una espuma sanguinolenta enrojecía sus labios, y en la blanca batista de su camisa se veía un gran salpicón de sangre.
Balsamo se miró a sí mismo durante un instante sin conseguir conocerse, y después clavó con aire resuelto la vista en la del extraño personaje que reflejaba en el espejo.
—Tienes razón, Fritz —dijo—; sí, tienes razón.
Al momento, notando la inquietud de su fiel criado, le preguntó:
—¿Para qué me llamabas?
—Por ellos, mi amo.
—¿Dices que por ellos?
—Sí.
—¿Y quiénes son ellos?
—Mi amo —murmuró Fritz aproximando la boca al oído de Balsamo—, los maestres. Balsamo se puso a temblar.
—¿Todos? —preguntó.
—Sí, los cinco.
—¿Y están ahí?
—Ahí están.
—¿Están solos?
—No, que cada uno de ellos viene acompañado de un criado armado que aguarda en el patio.
—¿Y han venido juntos?
—Sí, mi amo, y viendo yo que estaban impacientes he llamado fuerte muchas veces.
Balsamo, sin esconder siquiera bajo un pliegue de su pechera de encaje la mancha de sangre, ni tratar de arreglar la descompostura de su peinado, se dirigió al salón donde aguardaban los visitantes.
Fritz detuvo a su amo, y le dijo:
—¿Tenéis algo que ordenarme, mi amo?
—Nada, Fritz.
—Vais... —continuó Fritz balbuceando.
—¿Qué dices? —preguntó Balsamo dulcemente.
—¿Que si vais a ir sin armas?
—Pues es claro.
—¿No lleváis siquiera la espada?

—¿Para qué, Fritz?
—Lo ignoro —dijo el fiel criado bajando la vista—, pero pensaba... me figuraba... creía... temo...
—Está bien, vete, Fritz.
Éste dio algunos pasos como para obedecer, pero volvió.
—¿No has oído? —interrogó Balsamo.
—Deseaba deciros, mi amo, que las pistolas de dos tiros están en el cofre de ébano, encima del velador dorado.
—Bien, ya te he dicho que te vayas —contestó Balsamo
Y entró en el salón.

CXXXIII

EL CADÁVER DE LORENZA

Los visitantes de Balsamo no habían ido ciertamente a su casa en son de paz, pues eran cinco hombres a caballo que acompañaban un coche de camino en que habían ido los maestres, y otros cinco hombres de sombrío y altanero rostro y armados de punta en blanco que habían cerrado la puerta de la calle, y la guardaban como si estuviesen aguardando a sus amos.
Hasta el cochero y los lacayos llevaban ocultos bajo sus capas cuchillos de monte y mosquetes todo lo cual demostraba, más bien que una visita, una expedición.
Aquella invasión nocturna de una gente terrible, y el haber como habían tomado por asalto el palacio, infundieron desde luego a Fritz un miedo indecible, y cuando vio por el ventanillo la escolta y las armas, quiso negar la entrada a todo el mundo; pero aquellas poderosas insignias, testimonio irresistible del derecho que asistía a los visitantes, no le dejaron replicar.
Apenas se apoderaron del puesto, colocáronse los advenedizos, a fuer de buenos capitanes, en todas las salidas de la casa, sin tomarse el trabajo de ocultar sus malévolas intenciones.

Colocados los escuderos en el patio y los pasillos, los maestres en el salón, nada bueno demostraba esto a Fritz, y he aquí por qué rompió la campanilla a fuerza de llamar.
Balsamo, sin admirarse ni prepararse, penetró en el salón que Fritz había alumbrado de manera conveniente para honrar como debía a los visitantes que fuesen a ver a su amo.
Los cinco visitantes se hallaban sentados en sillones, y ni uno siquiera se levantó al verle.
El amo de la casa les saludó cortésmente, y ellos se levantaron y correspondieron a su saludo de un modo ceremonioso.
Balsamo se sentó frente a los visitantes, sin notar, o sin dar a entender que notaba, el extraño modo en que estaban colocados; porque los cinco sillones formaban un hemiciclo igual al de los antiguos tribunales, con un presidente asistido de dos asesores, y el sillón de Balsamo, situado frente al del presidente, ocupaba el sitio que se da a los procesados en los concilios o pretorios.
—Hermano —dijo el presidente, o más bien el que ocupaba el sillón del medio—; por lo visto no has comprendido, pues has tardado bastante en venir, y ya estábamos deliberando si debíamos enviar en busca tuya.
—No entiendo lo que decís —fue lo único que contestó Balsamo.
—No lo creía así al ver que has ocupado respecto a nosotros el puesto y la actitud de un reo.
—¿De un reo? —tartamudeó Balsamo vagamente y encogiéndose de hombros—. Repito que no comprendo lo que decís.
—Ya haremos que nos entiendas, y esto será tanto más fácil, cuanto que cualquiera que notase la palidez de tu frente, tus apagados ojos y tu voz temblona, diría que harto nos entiendes.
—Ya se ve que entiendo —contestó Balsamo, moviendo la cabeza como para hacer que se desprendiesen de ella los pensamientos que la tenían sitiada.
—¿Recuerdas, hermano —siguió diciendo el presidente—, que la comisión suprema te avisó en sus últimas comunicaciones que un gran sostén de la orden pensaba hacernos traición?
—Puede... sí... no digo que no.
—Respondes según te dicta una conciencia atropellada y llena de sobresalto; pero no hay que abatirse; cálmate y contesta con la seguridad y precisión que exige la terrible posición en que te hallas; respóndeme con la certeza de que

puedes convencernos, porque ni abrigamos prevenciones, ni nos anima el odio. Somos aquí representantes de la ley, la cual no habla sino una vez que el juez ha oído.
Nada contestó Balsamo.
—Te lo repito, y una vez hecha mi advertencia, ésta será lo mismo que el aviso que se dan entre sí dos combatientes cuando se van a atacar. Yo voy a atacarte con armas leales, pero de mucho poder ¡defiéndete, pues!
Al ver los circunstantes la flema e inmovilidad de Balsamo, se miraron, no sin asombro, y al momento volvieron a fijar la vista en el presidente.
—¿Me has comprendido, no es verdad, Balsamo? —repitió este último.
Balsamo dijo que sí con la cabeza.
—Por lo tanto, como hermano leal y benévolo que soy, te he dado a conocer la causa de mi interrogatorio, y ya estás advertido. Continúo: la junta dio la comisión a cinco individuos de su seno de que siguieran los pasos al que se nos señalaba como traidor, y sabido es que las revelaciones que se nos hacen son infalibles, pues a ti mismo te consta que las adquirimos, ya de agentes adictos por lo que hace a los hombres, ya de indicios ciertos respecto a cosas, ya de síntomas y signos infalibles entre las misteriosas combinaciones que la Naturaleza a ninguno ha revelado hasta ahora sino a nosotros. Ahora bien, habiendo tenido uno de los nuestros una visión con respecto a ti, y sabiendo como sabíamos que jamás se ha engañado, nos pusimos en guardia y te hemos vigilado.
Balsamo oyó impasible todo aquello.
—Era difícil vigilar a un hombre como tú, puesto que entras en todas partes, por efecto de tu misión para su causa. Durante largo tiempo flotamos en un mar de dudas, al ver entrar en tu casa a enemigos como Richelieu, la du Barry y Rohán; además de que en la última reunión que tuvimos en la calle de Plastrière, hiciste un discurso lleno de hábiles paradojas que nos hizo creer seguías un papel de importancia, adulando y frecuentando el trato de esa raza incorregible que se trata de extirpar de la tierra. Durante algún tiempo respetamos, pues, los misterios de tu conducta, aguardando un feliz resultado; pero al fin llegó el desengaño.
Balsamo seguía inmóvil.
—Hace tres días que se prendió a cinco hermanos nuestros, tan fieles como adictos, que viven en París. Unos están en la Bastilla, donde se encuentran en completa incomunicación; otros en Vincennes, sentenciados a reclusión

perpetua, y otro en Bicètre, habiendo ido a ocupar un calabozo cuyo aire es mortal. ¿Tenías noticia de esta circunstancia?
—No —contestó Balsamo.
—Es muy extraño que tal digas cuando estamos enterados de las relaciones que tienes con las personas poderosas del reino. Empero mucho más extraño es lo que voy a decir.
Balsamo escuchó con atención.
—Para mandar prender a esos cinco amigos nuestros, ha necesitado tener a la vista M. de Sartines la única nota en que se contiene de una manera legible los nombres de las víctimas, y esa nota te la dirigió a ti en 1769 el Consejo Supremo, siendo tú quien has debido recibir a los nuevos individuos y darles seguidamente el rango que les había señalado dicho Consejo Supremo.
Balsamo manifestó con un gesto que no recordaba de nada.
—Yo haré que te acuerdes. Las cinco personas de que se trata se hallaban representadas por medio de cinco caracteres árabes, cuyos caracteres correspondían en la nota que se les comunicó a los nombres y cifras de los nuevos hermanos.
—Bueno —contestó Balsamo.
—¿Lo confiesas?
—Como queráis.
El presidente miró a sus asesores para que tomasen acta de aquella confesión.
—Pues bien —prosiguió—; en esa misma nota, que es la única, tenlo presente, que ha podido comprometer a esos hermanos, había además otro nombre; ¿recuerdas?
Balsamo calló.
—Ese nombre era el de *conde de Fénix*.
—Convenidos —dijo Balsamo.
—Y entonces, habiéndose expedido mandamiento de prisión contra esos cinco, ¿por qué es respetado tu nombre, por qué eres bien acogido, por qué se oye pronunciar favorablemente en la corte o en las antesalas de los ministros? Si nuestros hermanos merecieron ser encarcelados, también tú; ¿qué tienes que contestar a esto?
—Nada,
—¡Ah! ya acierto tu objeción; podrás decir que con los medios de que dispone la policía ha podido averiguar los nombres de los hermanos más oscuros; pero que ha tenido que respetar el tuyo, porque eres embajador y

hombre de valimiento; dirás igualmente que no ha podido tener sospechas de ese hombre.
—Yo no digo nada.
—Porque si tu honra ha muerto, tu orgullo vive aún; esos nombres los ha averiguado la policía en la nota confidencial que el Supremo Consejo te remitió, y he aquí cómo la ha leído. La guardabas en un cofre, ¿no es cierto?
—Sí.
—Un día salió de tu casa una señora con ese cofre debajo del brazo, y habiéndola visto nuestros agentes, la siguieron hasta el palacio del teniente de policía en el barrio de San Germán. Nosotros pudimos evitar la desgracia en su origen, pues con apoderarnos del cofre y detener a esa mujer hubiéramos estado tranquilos; pero hemos obedecido los artículos de la constitución, en la cual se dispone respetemos los medios reservados de que se aprovechan ciertos socios para servir a la causa común, aunque estos medios parezcan una imprudencia o un viso de traición.
Balsamo aprobó aquel aserto, pero con un gesto tan poco significado, que a no ser por su anterior inmovilidad, nadie hubiera visto aquel gesto.
—Esa mujer de quien hablaba llegó hasta el teniente de policía —dijo el presidente—, entregó el cofre y todo se descubrió. ¿Es cierto?
—Y tanto como lo es.
El presidente se puso en pie, y exclamó:
—¿Quién era esa mujer?... Hermosa, apasionada, unida a ti por los lazos del cuerpo y del alma, la quieres en extremo, y es tan hábil, tan capciosa y de tanto talento, como uno de esos ángeles que en la oscuridad ayudan al hombre a alcanzar sus malos fines. ¡Esa mujer es Lorenza Feliciani!
Balsamo dejó escapar un rugido de desesperación.
—Confiesas —exclamó el presidente.
—Sacad, pues, vuestras deducciones —dijo Balsamo.
—No he concluido. Al cabo de un cuarto de hora de haber entrado esa mujer en casa del teniente de policía, entraste tú también; porque ella había sembrado la traición y tú ibas a recibir la recompensa; ella había tomado sobre sí, como criada obediente, la perpetración del crimen, y tú ibas a dar la última mano a aquella delación infame. Lorenza salió sola, sin duda renegaste de ella, y no quisiste comprometerte acompañándola: tú saliste triunfante con la du Barry, llamada allí para oír de tu boca los indicios que deseabas te pagasen... Subiste a la carroza de esa prostituta, como el barquero en la

lancha con la pecadora María la Egipciaca, y abandonaste a M. de Sartines las notas que nos perdían; pero te llevaste el cofre que podía perjudicarte ante nosotros. Por fortuna no nos falta para las buenas ocasiones la luz del Señor y hemos visto...

Balsamo se inclinó sin responder.

—Ahora ya puedo hacer deducciones —añadió el presidente—. Para la orden hay dos delincuentes, una mujer cómplice tuya que tal vez inocentemente, pero de hecho, ha causado perjuicio a la causa común, descubriendo uno de nuestros secretos; y tú, el maestre, tú el gran copto, tú el rayo luminoso, que has cometido la infamia de resguardarte con esa mujer para que apareciera tan a las claras la traición.

Balsamo levantó la cabeza y fijó una mirada llena de fuego en los maestres.

—¿Por qué motivo acusáis a esa mujer? —dijo.

—Bien, ya sabemos que procurarás defenderla, porque la quieres y la prefieres a todo; no ignoramos que para ti es un tesoro de ciencia, dicha y fortuna; ya sabemos que para ti es un instrumento más precioso que el mundo entero.

—¿Sabéis todo eso? —preguntó Balsamo.

—Sí, y por lo mismo mayor será el castigo que le impongamos que a ti.

—Terminad...

El presidente se incorporó.

—He aquí la sentencia: José Balsamo es un traidor que ha faltado a sus juramentos; pero como su saber es muy grande, es muy útil a la orden. Balsamo debe vivir para la causa a que ha hecho traición; pertenece a sus hermanos por más que ha renegado de ellos.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo Balsamo con aire feroz y sombrío.

—Una prisión perpetua protegerá a la asociación centra sus nuevas perfidias; a la vez que permitirá a los hermanos recoger de Balsamo la utilidad que tiene derecho a esperar de cada uno de sus individuos. Respecto a Lorenza Feliciani, un castigo terrible...

—Esperad —dijo Balsamo con voz completamente, tranquila—; se os ha olvidado que no me he defendido, y que al reo debe escuchársele antes de sentenciarle. Una palabra me es suficiente, un documento nada más; esperadme un minuto, y os traeré la prueba que he prometido.

Los comisarios consultaron entre sí un momento.

—¡Oh! ¿Teméis no me mate? —dijo Balsamo con amarga sonrisa—. Si

hubiese querido, ya lo hubiera hecho, porque con lo que contiene esta sortija hay para mataros a todos vosotros, como la abriera. Si teméis que huya, comisionad una o más personas que me acompañen.
—Ve —dijo el presidente.
Balsamo desapareció, pero al cabo de un momento se le oyó bajar la escalera con pesadez.
A poco penetró en la habitación llevando al hombro el cadáver tieso, frío y descolorido de Lorenza, cuya blanca mano colgaba hacia el suelo.
—Aquí tenéis —dijo— a esta mujer a quien adoraba, que era mi tesoro, mi único bien, mi vida. Ciertamente, señores, esta mujer ha cometido una traición; os la entrego, pues; Dios no os ha aguardado para castigarla.
Y con un movimiento tan rápido como un relámpago bajó el cadáver del hombro a los brazos y lo tiró sobre el tapiz a los pies de los jueces, a quienes rozaron, causándoles un horror profundo, los fríos cabellos y las manos inertes de la difunta, entretanto que a la luz de las lámparas se veía, en medio de un cuello tan blanco como el del cisne, una larga y profunda herida de un rojo siniestro.
—Sentenciad ahora —agregó Balsamo.
Espantados los jueces, lanzaron un grito terrible, y se apoderó de ellos tal terror, que salieron huyendo en una confusión inexplicable. Al momento se oyó el relincho de los caballos en el patio, rechinó la puerta sobre sus goznes, y enseguida reinó de nuevo un silencio solemne junto a la muerte y la desesperación.

CXXXIV

LA MUERTE DE ALTHOTAS

En tanto que la escena entre los maestres y Balsamo tenía lugar, todo seguía lo mismo en el cuarto de Althotas, que volvió en sí al ver a su discípulo que se llevaba el cadáver de Lorenza, y temiendo quedar abandonado, le llamó

diciendo:
—¡Acharat! ¡Acharat!
Éste era el nombre que le daba cuando Balsamo era niño, y confiaba en que fuese el que más influencia había conservado sobre el que ya era hombre. Pero Balsamo continuaba bajando, sin embargo, y una vez abajo ni siquiera pensó en hacer subir la plancha, y se perdió en las profundidades del corredor.
—¡Ah! —exclamó Althotas—, siempre igual; el hombre es un animal ciego y desagradecido. Acharat, vuelve: ¡ah! ¡prefieres el ridículo objeto llamado mujer a la perfección de la humanidad que yo represento; prefieres la vida, que es un fragmento a la inmortalidad...! Pero ese infame me engaña, no desea que viva, porque como le aventajo tanto en saber, ha querido heredar la obra que casi había llevado yo hasta su fin, y me ha tendido un lazo, a mí que soy su maestro y bienhechor. ¡Oh! Acharat!
Y la cólera del viejo aumentaba por grados y gritaba:
—Vuelve, Acharat, vuelve, piensa lo que haces: ya sabes que poseo conjuros que evocan el fuego y suscitan los espíritus infernales; en los montes de Gad evoqué a Satanás, a quien los magos llamaban Fégor, y por mí salió de los oscuros abismos presentándose a mí vista; en el mismo monte en que Moisés recibió las tablas de la ley he hablado con los siete ángeles ministros de la furia de Dios; mi sola voluntad encendió la gran trípode de siete llamas que Trajano arrebató a los judíos: ¡cuidado, pues, Acharat, mira lo que haces!
Pero nadie le contestaba.
Entonces, turbada cada vez más su razón, decía con voz ahogada:
—¿No ves, desgraciado, que va a sorprenderme la muerte como a una criatura vulgar? Oye, Acharat: bien puedes volver, porque no he de hacerte daño; vuelve, pues, renuncio al fuego, nada tienes que temer del demonio ni de los siete ángeles vengadores: renuncio a vengarme, y eso que puedo darte tal espanto que te volverías idiota, quedándote tan frío como el mármol, porque sé detener la circulación de la sangre, Acharat. Vuelve, pues, que no te ocasionaré ningún daño; al contrario, mira, ¡puedo hacerte tanto bien!... Acharat, no me abandones, vela por mi vida y todos mis tesoros, todos mis secretos serán tuyos; haz que viva, Acharat, haz que viva, y te los enseñaré ¡Mira...! ¡mira...! Y con su dedo descarnado, señalaba los papeles y rollos que había extendidos por aquella habitación.
Luego esperaba, renaciendo, para observar sus propias fuerzas, que se

debilitaban cada vez más.
—¡Ah, ven, me estás matando, insensato! Aun cuando supieras leer los manuscritos que sólo mis ojos han conseguido descifrar; aun cuando el talento te diese mi saber durante una vida, dos y aun tres veces centenaria; aunque te enseñara el uso de todos estos materiales recogidos por mí, no me heredarías, no. Vuelve, Acharat, vuelve, aun cuando no sea más que para presenciar la ruina de toda esta casa, aunque no sea más que para presenciar el hermoso espectáculo que te he preparado. ¡Acharat! ¡Acharat! ¡Acharat!
Mientras, Balsamo mostraba a sus acusadores el cadáver de Lorenza; pero los gritos del viejo eran tan intensos que Balsamo los oyó y con Lorenza en brazos subió nuevamente.
—¡Ah! al fin vuelves —gritó el anciano, lleno de gozo—, ¡sin duda has tenido miedo! Has visto que podía vengarme, y por eso has vuelto: has hecho bien en venir, pues si tardas un instante prendo fuego a esta habitación.
Balsamo hizo un gesto de indiferencia.
—Tengo sed —dijo Althotas—, Acharat, dame agua.
Balsamo no se movió, pero fijaba la vista en el moribundo como si tratara de no perder ni un minuto de su agonía.
—¿Lo oyes, Acharat? —gritó Althotas.
El taciturno espectador conservó el mismo silencio y la misma inmovilidad que antes.
—¿No me oyes, Acharat? —dijo el viejo, desgarrando la garganta para permitir paso a su furia—; ¡mi agua, dame mi agua!
El semblante de Althotas se descomponía rápidamente, se apagó el brillo que despedían sus ojos, y sólo brotaba de ellos un resplandor fatídico e infernal; la sangre no circulaba bajo su piel, no hacía gesto alguno, casi no salía de su boca ningún aliento; sus nervudos y largos brazos, en que había conducido a Lorenza como si fuese una niña, se alzaban todavía, pero inertes y flotantes como las membranas del pólipo; y la ira había gastado las pocas fuerzas que la desesperación resucitó en él por un momento.
—¡Ah! —dijo—, te presumes que no muero tan pronto y quieres que muera de sed. ¡Ah! devoras con la vista mis manuscritos y tesoros, y te figuras que ya los tienes en tu poder... Pues bien, espera.
Y haciendo un esfuerzo supremo sacó de debajo de los almohadones de su sillón un frasquito: enseguida lo destapó y con el contacto del aire salió una llama líquida del recipiente de vidrio, escapándose un espíritu que Althotas

vertió en torno suyo.
El fuego prendió a los manuscritos apilados alrededor del sillón del viejo, a los libros esparcidos por el cuarto, y los rollos de papel sacados con tanto esfuerzo de las pirámides de Cheops y de los primeros registros que se hicieron en Herculano. Un mantel de fuego so extendió sobre el pavimento de mármol.
Althotas esperaba sin duda que Balsamo se precipitase en medio de la llama para ver de salvar aquella herencia que el viejo destruía destruyéndose a sí mismo; pero se equivocaba, pues Balsamo siguió tranquilo, retirándose a la movible plancha a fin de que la llama no le alcanzase.
La llama envolvía a Althotas, pero en vez de asustarse no parecía sino que el viejo se encontraba en su elemento, y que la llama, como sucede con la salamandra esculpida en nuestros desmoronados castillos, le acariciaba en lugar de abrasarle.
Balsamo continuaba mirándole, mientras la llama seguía su curso apoderándose de las maderas y rodeando por completo al viejo; a poco rastreaba al pie del sillón de encina maciza en que aquél se hallaba sentado, siendo lo más extraño que aunque comenzó a devorar la parte baja de su cuerpo parecía que no lo sentía.
Al contrario, con el contacto de aquel fuego purificador, al parecer, se aflojaron los músculos del moribundo gradualmente, y una serenidad asombrosa invadió todas sus facciones, lo mismo que si se hubiera puesto una careta. Aislado del cuerpo en su última hora, parecía que el viejo profeta se disponía para subir al cielo en su carro de fuego; omnipotente en aquella hora suprema, el espíritu se olvidaba de la materia; y, cierto de que nada tenía que aguardar, se trasladaba con energía hacia las esferas superiores a que el fuego parecía querer conducirle.
Desde aquel instante los ojos de Althotas que recobraron la vida, cuando se extendió el primer reflejo de la llama, tomaron como punto de vista una cosa vaga y perdida, que ni era el cielo ni la tierra, sino que pretendía al parecer cruzar el horizonte tranquilo y resignado, analizando las sensaciones y escuchando hasta el menor dolor. Entonces, como si fuera la postrera vez que resonaba en el mundo, el mago se despidió, con sordo acento, del poder, la vida y la esperanza.
—Vamos, vamos —dijo—, muero sin sentimiento, porque todo lo he alcanzado, todo lo he conocido, he podido cuanto es dable que pueda la

criatura, y rayaba en los límites de la inmortalidad.
Una sonora carcajada de Balsamo interrumpió estas palabras del viejo. Entonces le lanzó Althotas, a través de las llamas que le envolvían como un velo, una mirada llena de una majestuosidad feroz.
—Sí —dijo—, tienes razón, hay una cosa que no había previsto; no había previsto que existe un Dios.
Y como si esta palabra poderosa hubiese arrancado de lleno su alma, Althotas se recostó en su sillón y dio su último suspiro a Dios, a pesar de que había aguardado sustraerse a él.
Balsamo exhaló un suspiro, y sin cuidarse de preservar nada de la hoguera preciosa en que se había tendido aquel nuevo Zoroastro para morir, se dirigió al lado de Lorenza y soltó el resorte de la plancha, la cual fue a encajarse en el techo, escondiendo a su vista la inmensa fragua que hervía como el cráter de un volcán.
Toda la noche siguió mugiendo la llama sobre la cabeza de Balsamo, un huracán, sin que éste procurase apagarla o libertarse de ella, porque era insensible a todos los peligros junto al cuerpo también insensible de Lorenza; pero contra lo que esperaba, después que el fuego lo consumió todo; dejando desunida la bóveda de ladrillo, cuyos preciosos adornos había destruido, se apagó, y Balsamo escuchó sus últimos rugidos, que se parecían a los de Althotas, y que degenerando en quejas como las del viejo, acabaron también en suspiros.

CXXXV

EL CONDE DE TAVERNEY SE DESILUSIONA

El mariscal Richelieu tomaba su chocolate de vainilla en su elegante dormitorio de Versalles escuchando con distraimiento las cuentas que le daba M. Rafté, y contemplando su rostro en un espejo.
De pronto anunció una visita cierto ruido de zapatos que crujían en la antesala, y el duque terminó con presteza lo que le restaba del chocolate, mirando con inquietud hacia la puerta.
Había dos horas en que M. de Richelieu, igual que las viejas coquetas, no tenía gusto en recibir a todo el mundo.
El ayuda de cámara anunció al señor de Taverney.
Sin duda iba a contestar el duque por medio de alguna escapatoria, que hubiera dejado para otro día, o a lo menos para otra hora, la visita de su amigo; pero así que se abrió la puerta penetró en la habitación el petulante viejo, dio al mismo tiempo la punta de los dedos al mariscal, y corrió a sepultarse en una butaca, que crujió con el golpe mucho más que con el peso.
Richelieu vio pasar a su amigo a manera de esos hombres fantásticos, en cuya existencia nos ha hecho creer después Hoffman, oyó el crujido de la butaca y un enorme suspiro, y dirigiendo la vista hacia su visitante, le preguntó:
—¿Qué te pasa, barón, que estás más triste que un muerto?
—¿Triste? —dijo Taverney—, ¿triste?
—Sí, pardiez, porque me figuro que el suspiro que acabas de exhalar no es de alegría.
El barón contempló al mariscal con un aire que quería decir que mientras Rafté permaneciese allí no explicaría la causa de aquel suspiro.
Rafté lo entendió sin tomarse el trabajo de volverse, porque también él, igualmente que su amo, miraba de vez en cuando los espejos, y se retiró.
El barón le siguió con la vista, y así que se cerró la puerta tras él, dijo:
—Duque, no me encuentro triste, sino mortalmente inquieto.

—¡Bah!
—Sí, parece que te admiras. Pronto hace un mes que me estás conllevando con palabras vagas, como por ejemplo: «no he visto al rey»; o bien «el rey no me ha visto»; o bien también: «el rey no me pone buena cara». ¡Vive Dios, duque, que no es así como se responde a un amigo antiguo! ¡Es necesario que tengas entendido que un mes es una eternidad!
Richelieu se encogió de hombros.
—¿Y qué quieres que haga yo? —replicó.
—Decirme la verdad;
—Pues ya te la he dicho, ¡voto al diablo! siempre te estoy diciendo al oído la verdad, sólo que tú no quieres creerla.
—¿Cómo quieres que crea que un duque, un par, un mariscal de Francia, y todo un gentilhombre de cámara no ve al rey, puesto que va todas las mañanas a palacio al tiempo de levantarse Su Majestad?
—Lo he dicho y lo vuelvo a decir, y no porque no sea creíble deja de ser menos cierto. Yo, duque y par, yo, mariscal de Francia, yo, gentilhombre de cámara, voy todos los días a palacio cuando se levanta el rey...
—¿Y no te habla —interrumpió Taverney—, ni hablas tú con él? ¡Mira que yo no me paso semejantes bolas!
—Mira, barón, veo que te vuelves un poco impertinente, y me desmientes como sí tuviéramos cuarenta años menos, y nuestra antigua viveza estuviese en su punto.
—¡Pues si es cosa de volverse loco, duque!
—¡Ah! eso es otra cosa, querido, desespérate todo lo que se te antoje, que también me vuelvo loco yo.
—¿Tú?
—Y creo que hay motivo, pues ya te he dicho que desde aquel día no me ha mirado el rey, que Su Majestad me ha vuelto la espalda constantemente, que siempre que he creído debía mostrarle una grata sonrisa me ha contestado con un gesto espantoso, y, en resumen, que estoy cansado de ir a Versalles para que me hucheen. Vaya, ¿qué quieres que haga a esto?
Taverney se mordía cruelmente las uñas durante aquella réplica del mariscal.
—No lo comprendo —dijo por último.
—Ni yo, barón.
—Seguramente, creería cualquiera que el rey se divierte con tus inquietudes, porque al fin...

—Eso es lo que digo, barón. Al fin...
—Salgamos de este apuro, duque, tratemos de apelar a algún medio que nos valga alguna explicación.
—Barón, barón —replicó Richelieu—, cuidado que es peligroso provocar explicaciones por parte de los reyes.
—¿Te lo figuras así?
—Sí. ¿Quieres escucharme?
—Habla.
—Pues bien, desconfío algo.
—¿Y de qué? —interrogó el barón con arrogancia.
—Vuelta a enfadarse.
—Creo que hay motivo.
—Pues entonces no tratemos más de esto.
—Todo lo contrario, hablemos, pero explícate.
—Está visto que el demonio te ha cogido por las explicaciones, y de veras te digo que es una monomanía, Tenlo presente.
—Me encanta tu tranquilidad, duque estás viendo que todos nuestros planes se han paralizado, y que en todos mis asuntos se nota una estancación que no se explica, y me aconsejas que espere.
—¿En qué consiste esa paralización? Sepamos.
—En primer lugar, mira.
—¿Una carta?
—Sí, de mi hijo.
—¿Del coronel?
—Sí, ¡valiente coronel!
—¿Qué tienes que decir sobre esto?
—Que también hace próximamente un mes que Felipe espera en Reims el nombramiento que el rey le ha ofrecido; que este nombramiento no llega, y el regimiento va a salir dentro de dos días.
—¡Diablo! ¿Conque sale el regimiento?
—Sí, a Estrasburgo; de manera que si para dentro de dos días no ha recibido Felipe el real despacho...
—¿Qué pasará?
—Nada, dentro de dos días estará aquí.
—Sí, ya lo comprendo, se han olvidado del pobre muchacho, como suele pasar en las oficinas organizadas como lo están las del nuevo ministerio. ¡Ah!

si hubiese yo sido ministro, ya se habría expedido el despacho.
—¡Hum! —exclamó Taverney.
—¿Qué dices?
—Que no puedo creer nada.
—¿Cómo es eso?
—Si hubieras sido ministro, habrías mandado a Felipe a todos los diablos.
—¡Oh!
—Y a su padre lo mismo.
—¡Oh! ¡oh!
—Y a su hermana igualmente.
—Me agrada hablar contigo, Taverney, porque eres hombre de talento pero pasemos la hoja.
—Harto lo deseo por mí; pero lo que es mi hijo no puede pasarla se halla en muy mala posición. Duque, es necesario absolutamente ver al rey.
—Ya te he dicho que no hago otra cosa.
—Y hablarle.
—Piensa, querido, que no se habla al rey cuando él no nos habla a nosotros.
—Pues obligarle a ello.
—¡Ah! yo soy el Papa para eso.
—Entonces —dijo Taverney—, me determino a hablar a mi hija, porque en todo esto hay algún registro oculto, señor duque.
Estas palabras causaron un mágico efecto.
—No te enfades —dijo—, volveré a dar otro paso; pero necesito un pretexto.
—¿Pues no cuentas con él?
—¿Yo?
—Ciertamente.
—¿Y cuál?
—El rey ha hecho un ofrecimiento.
—¿A quién?
—A mi hijo, y...
—Continúa.
—Puede recordársele esa oferta.
—Es verdad, es un medio. ¿Tienes ahí la carta?
—Sí.
—Pues dámela.
Taverney la sacó del bolsillo y la entregó al duque, recomendándole que

fuese tan atrevido como circunspecto.
—Sí; une el fuego y el agua —dijo Richelieu—: bien se ve que estamos disparatando, pero no importa: el vino está echado y es necesario beberlo.
Esto diciendo tocó la campanilla.
—A vestirme, y que me preparen el coche —dijo el duque.
Enseguida, volviéndose a Taverney preguntó como alarmado:
—¿Vas a presenciar mi *toilette* barón?
Taverney entendió que no daría mucho gusto a su amigo si se quedaba, y así dijo:
—No, querido, me es imposible, porque necesito dar una vuelta por ahí; cítame para alguna parte.
—Bien nos veremos en palacio.
—Está bien.
—Es conveniente que también tú veas a Su Majestad.
—¿Lo crees tú así? —dijo Taverney lleno de gozo.
—No sólo lo creo, sino que lo exijo, porque quiero que te convenzas por ti mismo de la exactitud de mi palabra.
—No dudo, pero, al fin, si tú deseas...
—Te gusta esto más, ¿eh?
—Sí, te lo digo francamente.
—Pues bien, en la galería de los Espejos debes colocarte a las once, mientras yo esté con Su Majestad.
—Corriente, adiós.
—No me tengas rencor, querido —dijo Richelieu, quien tenía empeño en no atraerse un enemigo, que aun no sabía si tendría o no poder.
Taverney entró en su carroza y se marchó solo y pensativo a dar un paseo por el jardín. Mientras el vencedor de Mahon se rejuvenecía en manos de sus ayudas de cámara.
Después del tocador, que duró dos horas, salió el mariscal, y Taverney, que estaba acechando, vio que la carroza de aquél se paraba frente a las gradas de palacio, donde los oficiales que estaban de servicio saludaban a Richelieu, entretanto que los porteros le introducían.
Taverney se perdió suspirando entre la multitud, teniendo, no obstante, la precaución de coger un esquinazo, junto al que debía pasar el mariscal cuando saliese de la regia cámara.
—¡Oh! —murmuraba entre dientes—, ¡que me vea yo confundido con estos

hidalgos pelones y esos oficiales de sucio plumero, yo que comí mano a mano con Su Majestad hará un mes!
Y de su arrugado entrecejo salía más de una sospecha infame que hubiera avergonzado a la pobre Andrea.

CXXXVI

LAS PROMESAS DEL REY LUÍS XV DE FRANCIA

Richelieu se situó donde pudiera verle el rey, a quien ayudaba a vestir M. de Conde.
Cuando el rey vio al mariscal, hizo un movimiento tan brusco, al querer volver la cara a otro lado, que faltó poco para que la camisa cayese al suelo, y el príncipe retrocedió con sorpresa.
—Dispensadme, primo —dijo Luis XV, a fin de demostrar al príncipe que no era por éste aquel brusco movimiento.
Así es que Richelieu vio perfectamente que él era la causa de aquella furia; pero como iba decidido a provocarla, en caso preciso, a fin de tener una explicación formal, varió de aspecto como en Fontenoy, y fue a colocarse en un sitio por donde debía pasar el rey para entrar en su gabinete.
Cuando el monarca ya no vio al mariscal, se puso a hablar libremente y con gracia, vistióse, proyectó una cacería en Marly, y trató acerca de ella largo y tendido con su primo, porque los señores de Conde siempre han pasado por muy buenos cazadores.
Cuando iba a penetrar en su gabinete, vio a Richelieu preparado con gracioso ademán a hacerle la reverencia más bonita que se ha hecho desde Lauzun, quien, como es sabido, saludaba tan bien.
Luis XV se detuvo casi aturullado.
—¿Todavía os encontráis aquí, señor de Richelieu? —dijo.
—Sí, a las órdenes de Vuestra Majestad.
—¿Conque no abandonáis a Versalles?

—En el espacio de cuarenta años, señor, muy pocas veces me he alejado de aquí para otra cosa que no sea el servicio de Vuestra Majestad.
El rey se paró enfrente del mariscal.
—Vamos —dijo—, vos deseáis alguna cosa, ¿no es verdad?
—¡Yo, señor! —dijo Richelieu sonriente— ¿y qué he de querer?
—Pues entonces, ¿por qué me perseguís, duque? Sí, voto al demonio, me estáis persiguiendo.
—Me alegro que lo hayáis conocido, señor; efectivamente, os persigo, pero es con mi cariño y respeto.
—¡Oh! fingís que no me entendéis, pero no es así. Pues bien, entended, señor, mariscal, que yo nada tengo que deciros.
—¿Nada, señor?
—Nada en absoluto.
Richelieu se armó de profunda indiferencia.
—Señor —dijo—, siempre he tenido la suerte de decirme a mí mismo, en mi alma y conciencia, que mi asistencia continúa al lado del rey era sin interés y esto, señor, es de importancia, porque lo mismo ha sido en los cuarenta años de que he hablado a Vuestra Majestad. Así es que jamás dirán los envidiosos que el rey me ha concedido alguna cosa; por suerte lo que es sobre esto tengo mi reputación bien sentada.
—Vamos, duque, si deseáis algo para vos, pedidlo, pero que sea pronto.
—Señor, nada necesito, y por ahora me limito a rogar a Vuestra Majestad...
—¿El qué?
—Que consintáis en que os dé las gracias personalmente...
—¿Quién?
—Señor, un sujeto que os debe un gran favor.
—¿Pero de quién se trata?
—De un sujeto, señor, a quien Vuestra Majestad ha dispensado la insigne honra... ¡Ah! cuando uno ha tenido el honor de sentarse a la mesa de Vuestra Majestad; cuando ha gozado de esa conversación tan delicada, y de esa alegría tan arrebatadora que convierte a Vuestra Majestad en el anfitrión más divino que puede idearse, nunca lo olvida, y se acostumbra a un trato tan dulce...
—Poseéis un pico de oro, señor de Richelieu.
—Señor...
—En resumen, ¿de quién queréis hablarme?

—De mi amigo Taverney.
—¡Vuestro amigo! —repuso el rey.
—Señor...
—¡Taverney! —continuó el monarca con una especie de espanto que causó gran admiración al duque.
—¿Qué queréis, señor? Es un antiguo camarada...
Y se detuvo un momento.
—Hombre que sirvió a las órdenes de Villars conmigo.
Y se detuvo nuevamente.
—Ya sabéis, señor, que en este mundo se llama amigos a cuantos conocemos, o mejor dicho, a cuantos no son enemigos nuestros; pero ésta es una palabra cortesana que muchas veces no significa gran cosa.
—Esa palabra compromete mucho, duque —repuso el Rey con aspereza—, y es conveniente usarla con reserva.
—Los consejos de Vuestra Majestad son preceptos de sabiduría. Por lo tanto M. de Taverney...
—Es un hombre inmoral.
—Pues bien, señor, palabra de caballero que lo había sospechado.
—Un hombre sin delicadeza, señor mariscal.
—En cuanto a su delicadeza, señor, no hablaré de ella en presencia de Vuestra Majestad, porque yo sólo puedo garantizar lo que conozco.
—¡Cómo es eso! ¿Conque no garantizáis la delicadeza de vuestro amigo, de un servidor antiguo, de un hombre que ha servido con vos a las órdenes de Villars, y que me habéis presentado? No obstante le conocéis, ¿no es verdad?
—Verdaderamente que sí, señor, pero no su delicadeza. Sully decía a vuestro abuelo Enrique IV que vio salir su fiebre vestida con un traje verde; mas yo confieso humildemente, señor, que jamás he sabido cómo se viste la delicadeza de Taverney.
—En fin, mariscal, os digo que es un tunante, y que ha desempeñado un papel muy feo.
—¡Oh! si Vuestra Majestad lo dice...
—¡Sí, señor, lo digo yo!
—Pues bien —contestó Richelieu—, con hablar así me saca Vuestra Majestad de un apuro. Sí, lo confieso, M. de Taverney no es un pimpollo de delicadeza, y demasiado lo había conocido; pero, en fin, señor, hasta que Vuestra Majestad no se dignara manifestar su opinión...

—Mi opinión es bien terminante, mariscal; le aborrezco.
—¡Ah! una vez pronunciada la sentencia no hay más que hablar, señor: afortunadamente para ese infeliz —siguió diciendo Richelieu—, influye por él una consideración poderosa.
—¿Qué es lo que queréis decir?
—Que si el padre ha tenido la fatalidad de disgustar al rey...
—Y mucho.
—No lo niego, señor.
—Pues entonces, ¿qué es lo que decís?
—Digo que un ángel de ojos azules y pelo rubio.
—No os comprendo, duque.
—Eso se concibe muy bien, señor.
—Pero desearía entenderos.
—Un profano como yo, tiembla, señor, a la idea de levantar un pico del velo que oculta tantos misterios amorosos y encantadores; pero, lo repito, ¡cuántas gracias no tiene que dar Taverney a la que calma en favor suyo la regia indignación! ¡Oh! sí, la señorita Andrea debe ser un ángel.
—La señorita Andrea es un monstruo de fealdad, lo mismo que su padre lo es de inmoralidad —dijo el rey.
—¡Oh! —dijo Richelieu, cuyo asombro llegaba a su colmo—; todos nos equivocábamos, y aquella apariencia de hermosura...
—Jamás me habléis de esa joven, duque, porque me estremezco tan sólo al pensar en ella.
Richelieu juntó las manos con hipocresía y dijo:
—¡Oh, Dios mío, lo que son las exterioridades! Si Vuestra Majestad, que es el primer apreciador del reino; si Vuestra Majestad, que jamás se equivoca, no me asegurase eso, ¿cómo había de poderlo creer?... ¡Cómo! señor. ¿Conque tanto ha variado?
—No sólo ha cambiado, sino que está atacada de una enfermedad horrible... ha sido una alevosía. Pero, por Dios, no me digáis ni una palabra más respecto de ella, si no queréis que muera.
—¡Cielos! —exclamó Richelieu—, no volveré a nombrarla, señor. ¡Matar a Vuestra Majestad! ¡Oh! ¡Qué tristeza! ¡Qué familia! ¡Qué desventurado debe ser ese pobre mozo!
—¿De quién habláis?
—¡Oh! lo que es ahora de un servidor de Vuestra Majestad, tan fiel y sincero

como adicto. ¡Oh! éste sí que es un modelo, señor, y bien lo ha comprendido así Vuestra Majestad. Lo que es ahora yo respondo de que no han recaído los favores en un mal súbdito.
—¿Pero de quién se trata, duque? Hablad, que llevo prisa.
—Hablo —contestó Richelieu con dulzura—, del hijo del uno, señor, y del hermano de la otra; hablo de Felipe de Taverney; de ese guapo muchacho a quien Vuestra Majestad ha concedido un regimiento.
—¡Yo! ¿Yo he dado un regimiento?
—Sí, señor, un regimiento que Felipe de Taverney aguarda aún a estas horas, es cierto, pero que al fin y a la postre ha dado Vuestra Majestad.
—¿Yo?
—Ciertamente, señor.
—Estáis loco.
—¡Bah!
—Yo no he concedido tal cosa, mariscal.
—¿De veras?
—¿Pero a qué demonios os metéis en esas cosas?
—Señor...
—¿Tenéis algo que ver en esto?
—¿Yo? Absolutamente nada.
—Entonces habéis jurado quemarme a fuego lento con ese haz de espinas.
—¿Qué queréis, señor? Ahora veo que me engañaba; pero me parecía que Vuestra Majestad había ofrecido...
—Eso no es cosa mía, duque; para eso está el ministro de la guerra; yo no concedo regimientos... ¡Un regimiento! ¡Vaya una bola que os han contado! Vamos, está visto que sois el procurador de toda esa carnada: cuando yo decía que no hacíais bien en hablarme; me habéis revuelto toda la sangre.
—¡Oh! señor.
—Sí, revuelto; en todo el día no podré digerir la píldora. ¡Maldito procurador!
Y esto diciendo, el rey volvió la espalda al duque y se metió furioso en su gabinete, dejando a Richelieu agobiado bajo el peso de su desgracia.
—¡Ah! lo que es ahora —pensó el mariscal—, ya sabemos a qué atenernos.
Y limpiándose con el pañuelo, porque en el calor del choque se había empolvado de arriba abajo, se encaminó hacia la galería, en cuyo ángulo esperaba su amigo con devoradora impaciencia.

Apenas apareció el mariscal, cuando del mismo modo que una araña cae sobre su presa, acudió el barón para adquirir noticias nuevas.
Con los ojos avizorados, llevando el corazón en la boca, y formando con los brazos una guirnalda, se presentó a Richelieu interrogándole:
—¿Qué hay de nuevo?
—Lo que hay de nuevo, señor barón —contestó Richelieu irguiéndose, poniendo una boca desdeñosa y dando un ataque despreciativo a la pechera de su camisa, es que os ruego no volváis a dirigirme la palabra.
Taverney miró al duque lleno de admiración.
—Sí, habéis disgustado de un modo atroz al rey —continuó Richelieu—, y el que disgusta al rey me ofende a mí.
Taverney se quedó estupefacto y clavado en el pavimento, como si sus pies hubiesen echado raíces en el mármol.
Entretanto Richelieu continuó su camino. Después, así que llegó a la puerta de la galería de los espejos, donde le aguardaba el lacayo, dijo: —A Luciennes. Y se marchó.

CXXXVII

LA ENFERMEDAD DE LA SEÑORITA ANDREA

Al volver de su sorpresa Taverney, se determinó a tener una conferencia con su hija y se dirigió al aposento de Andrea, que se hallaba acatando su tocador.
Andrea oyó los pasos de su padre en la antesala en el instante en que con su libro debajo del brazo iba a atravesar la habitación.
—¡Ah! buenos días, Andrea —dijo M. de Taverney—: ¿pensabas salir?
—Sí, papá.
—¿Sola?
—Ya lo estáis viendo.
—¿Conque todavía no tienes a nadie?
—Desde que ha desaparecido Nicolasa no he vuelto a tomar doncella.

—Así no puedes continuar, Andrea, porque ni puedes vestirte, ni brillar en la corte; ya sabes que te recomendé otra cosa.
—Perdonadme, papá, pero me esta esperando Su Alteza.
—Te aseguro, Andrea —replicó Taverney, acalorándose a medida que hablaba—; os aseguro, señorita, que con esa sencillez, terminaréis por caer aquí en ridículo.
—Papá...
—El ridículo mata en cualquier parte, pero en la corte mucho más.
—Bien, señor, trataré de aplicar el remedio; pero lo que es en este momento, la señora delfina me dispensará el que no me haya vestido con más elegancia, por la prisa que tengo de ir a su lado.
—Vete, pues, y vuelve así que te veas libre, porque tengo que hablarte de un asunto muy importante.
—Bien, papá —dijo Andrea.
Y trató de continuar su camino.
El barón fijó en ella la vista y exclamó:
—Aguardad, aguardad; así no podéis salir, se os ha olvidado el colorete, señorita, y tenéis una palidez que asusta.
—¿Yo, papá? —dijo Andrea deteniéndose.
—¿En qué pensáis cuando os miráis al espejo? Vuestras mejillas están amarillas como la cera, y tenéis ojeras de una cuarta. Cuando se está así no se sale, señorita, so pena de causar repugnancia a la gente.
—No he tenido tiempo de componerme papá.
—Es una cosa terrible —exclamó Taverney encogiéndose de hombros—; en el mundo no se hallará una mujer parecida, y sin embargo es hija mía. ¡Qué cambio tan atroz! Andrea, Andrea.
Pero Andrea estaba al pie de la escalera.
Desde allí se volvió.
—A lo menos —dijo Taverney—, decid que estáis mala, haceos la interesante, ¡vive Cristo! ya que no deseáis parecer bella.
—¡Oh! en cuanto a eso, papá, es cosa fácil y no mentiré si digo que estoy enferma, porque verdaderamente sufro en este momento.
—Bien —dijo el barón refunfuñando—; sólo nos faltaba que se pusiera mala.
Y agregó entre dientes:
—¡Mal hayan las mujeres gazmoñas!
Y volviendo al gabinete de su hija buscó cuanto pudiera ayudar sus

conjeturas y formar una opinión.
En tanto Andrea cruzaba la explanada y costeaba los jardines, alzando de vez en cuando la cabeza como si quisiera buscar en el aire aspiraciones más fuertes, porque el perfume de las flores penetraba con excesiva violencia en su cerebro conmoviendo todas sus fibras.
Presa de un malestar desconocido, llegó Andrea a las antesalas de Trianón, donde la señora de Noailles, que se encontraba de pie en el gabinete de la delfina, dio a entender desde luego a Andrea que ya era hora y que la estaban aguardando.
Efectivamente, el abate ***, lector en propiedad de la princesa, almorzaba con Su Alteza Real, quien concedía este favor a las personas a quienes trataba con intimidad. En vez de leer hablaba el abate y refería a la delfina todas las noticias de Viena que pudo adquirir en casa de los redactores de gacetas y diplomáticos.
Andrea entró, y como también tenía la delfina días de capricho y dolor de cabeza, el abate le había interesado, molestándole que Andrea llegase con el libro después de aquella conversación.
Por lo tanto dijo a su lectora que hiciese por no faltar otra vez a la hora señalada, agregando que había cosas que eran buenas por la oportunidad con que se hacían.
Llena de vergüenza Andrea, en vez de disculparse, inclinó la cabeza, y como si fuera a morir cerró los ojos y perdió el equilibrio.
A no evitarlo la señora de Noailles hubiera caído al suelo.
—¡Qué poca firmeza de ánimo tenéis señorita! —murmuró la señora Etiqueta. Andrea no respondió.
—Duquesa, se pone enferma —exclamó la delfina, levantándose para acudir a socorrer a Andrea.
—No, no —replicó Andrea con viveza e inundados los ojos de lágrimas—: estoy bien, o mejor dicho me siento mejor.
—Mirad, duquesa, está tan blanca como su pañuelo. Yo tengo la culpa por haberle reñido. ¡Pobre niña! Vamos, tomad asiento.
—Señora...
—¡Cuando yo lo mando!... ¡Abate, dejadme vuestra silla de tijera!
Sentóse Andrea, y bajo la dulce influencia de aquella bondad, poco a poco se serenó su imaginación y sus mejillas recobraron el color.
—¿Y bien, señorita, podéis leer ahora? —interrogó la delfina.

—¡Oh! sí, ciertamente, o a lo menos así lo espero.
Y Andrea abrió el libro por el sitio en que había suspendido su lectura la víspera, y con voz que trató fuese reposada para hacerla más inteligible y grata, comenzó a leer.
No bien habían recorrido sus ojos el contenido de dos o tres páginas, comenzaron a revolotear aquellos átomos negros que tenía a la vista, arremolináronse y no pudo descifrarlos.
Palideció nuevamente, un sudor frío se desprendió de su pecho y subió a la frente, y el negro círculo que Taverney vio en los párpados de su hija se ensanchó, pero de tal manera, que la delfina, a quien la vacilación de Andrea había hecho alzar la cabeza, exclamó:
—¡Otra vez!... duquesa, esta niña está mala; mirad cómo pierde el conocimiento.
Y lo que es aquella vez la misma delfina recurrió a un frasquito de sales que hizo respirar a su lectora. Reanimada Andrea con esto, trató de recoger el libro, pero fue inútil.
—No hay duda, duquesa —dijo la delfina—; Andrea está mala y no consiento que se ponga peor quedándose aquí.
—En ese caso —dijo la duquesa—, será necesario que la señorita se vuelva a su aposento cuanto antes.
—¿Y por qué, señora? —interrogó la delfina.
—¿Por qué? —replicó la camarera mayor haciendo una profunda reverencia —. Porque así comienzan las viruelas.
—¿Las viruelas?
—Sí, por desmayos, síncopes y calofríos.
El abate se vio muy comprendido en el peligro que señalaba la señora de Noailles, porque levantó el campo, y gracias a la libertad que le proporcionaba aquella indisposición de una mujer, se escabulló de puntillas y con tanta destreza que no notaron su desaparición.
Cuando Andrea se vio por decirlo así, en brazos de la delfina, le devolvió las fuerzas, o mejor dicho el valor, la vergüenza que le causaba el haber incomodado hasta tal punto a una princesa tan grande, y se aproximó a la ventana para respirar.
—Así no se toma el aire, querida mía —dijo la delfina—; volved a vuestra habitación, que yo haré os acompañen.
—¡Oh! os aseguro señora —dijo Andrea—, que ya estoy bien, y podré

marchar sola, ya que Vuestra Alteza tiene la bondad de permitirme que me retire.
—Sí, sí, y no tengáis cuidado —siguió la delfina—; otra vez no se os reñirá, puesto que sois tan sensible.
Conmovida Andrea con tanta bondad, propia de una hermana cariñosa, besó la mano a su protectora y salió de la habitación.
Cuando se hallaba al pie de las gradas, le dijo la delfina desde la ventana:
—No entréis enseguida en vuestro aposento, señorita, sino dad un paseo por los jardines, seguramente ese sol os hará mucho bien.
—¡Cuan amable es Vuestra Alteza! —murmuró Andrea.
—Tened la bondad de enviarme el abate, que está allá abajo estudiando botánica en un cuadro de tulipanes de Holanda.
Andrea tuvo que dar un rodeo y cruzar el jardín para ir adonde se hallaba el abate.
No vio a veinte pasos de distancia de donde ella se encontraba dos hombres que se hallaban hablando, y uno de los cuales la seguía con la vista alarmado y confuso. Aquellos dos hombres eran Gilberto y M. de Jussieu. El primero, apoyado sobre su azada, escuchaba al sabio profesor, quien le estaba explicando cómo se riegan las plantas ligeras, de manera que el agua no haga más que pasar por las tierras sin detenerse en ellas.
—Mira, hijo —decía M. de Jussieu—, aquí tienes cuatro clases de terreno, y si yo quisiera podría descubrir otras diez más, mezcladas con esas cuatro principales. Siempre resulta que el florista, ha de probar la tierra como el jardinero la fruta; ¿me has comprendido bien, Gilberto?
—Sí, señor —contestó éste, con los ojos fijos y la boca medio abierta, porque había visto a Andrea, y situado como estaba, podía seguir viéndola sin dar que sospechar al profesor que su demostración no era escuchada y entendida religiosamente.
—Para probar la tierra —dijo M. de Jussieu, creyendo equivocadamente que Gilberto prestaba atención—, se pone un puñado en una coladera; se echa sobre ella con tiento algunas gotas de agua, y se prueba esa agua cuando se filtre por la tierra.
—¡Oh Dios mío! —exclamó Gilberto, extendiendo los brazos hacia adelante.
—¿Qué sucede?
—Que se desmaya, señor, que se desmaya.
—¿Quién? ¿Estás loco?

—Ella, ella.
—¿Ella?
—Sí —dijo, apresuradamente Gilberto—, una dama.
Y su espanto y su palidez le hubieran vendido tanto como la palabra *ella*, si M. de Jussieu no hubiera separado de él la vista para seguir la dirección de su mano.
Mirando en aquella dirección M. de Jussieu divisó a Andrea que había ido arrastrando hasta unos hojaranzos, y que al llegar allí cayó sobre un banco, permaneciendo inmóvil y expuesta a perder el último soplo de vida que le restaba.
Precisamente a aquella hora Luis XV tenía la costumbre de ir a visitar a la delfina, y en aquel momento desembocaba por el huerto, trasladándose de Trianón el grande al chico y llevando en la mano un albaricoque de color de escarlata, lo cual era un milagro de precocidad, si no sería mucho mejor, para dicha de Francia, comerse él aquella fruta, que no la delfina, y se interrogaba a sí mismo, como verdadero rey egoísta.
El afán con que M. de Jussieu corrió hacia Andrea, a quien apenas divisaba el rey, merced a su cortedad de vista, y a quien no conoció absolutamente, así como los gritos sofocados de Gilberto, gritos que expresaban un profundo terror, hicieron que Su Majestad acelerase el paso.
—¿Qué sucede —preguntó Luis XV aproximándose a los hojaranzos.
—¡El rey! —exclamó M. de Jussieu, sosteniendo en sus brazos a la joven.
—¡El rey! —exclamó Andrea, desmayándose del todo.
—¿Quién es? —interrogó Luis XV—, ¡ah!
—Señor, se ha desmayado.
—¡Ah! veamos —dijo Luis XV.
—Ha perdido el conocimiento, señor.
El rey se acercó, conoció a Andrea, y estremecióse.
—¿Otra vez?... ¡Oh! esto es terrible, el que tiene semejantes enfermedades no puede salir de su casa, porque no es decoroso morirse así todos los días delante de la gente.
Y Luis XV deshizo lo andado para dirigirse al pabellón de Trianón el chico, diciendo pestes contra Andrea.
M. de Jussieu, que no sabía los antecedentes se quedó estupefacto por un momento; pero se volvió enseguida, y viendo a Gilberto a diez pasos en la actitud del temor y la ansiedad dijo:

—Ven, Gilberto, lleva a esta señorita.

CXXXVIII

DONDE EL SABIO DOCTOR LUÍS VE Y EL FILOSOFO ADIVINA

—No —exclamó Gilberto—, no la tocaré yo nunca. Y echó a correr pidiendo socorro.
A sus voces llegaron otros dos jardineros que por orden de M. de Jussieu condujeron a Andrea a su habitación.
M. de Jussieu no la abandonó hasta que la dejó al lado del barón que quedó solo con su hija.
—Perdonadme, papá —fue lo primero que dijo Andrea—, pero tened la bondad de abrir la ventana, porque no puedo respirar.
—Es que deseaba hablar contigo algo seriamente, y como esta habitación parece una jaula, hasta el aliento se oye de fuera; pero no importa, hablaré despacio.
Y abrió la ventana.
Al momento volvió a juntarse con su hija.
—En verdad —dijo—, que el rey, que tanto interés nos manifestó en un principio, da muy pocas pruebas de galantería cuando permite que vivas en este zaquizamí.
—Papá —contestó Andrea—, en Trianón no hay donde albergarse, pues ya sabéis que es el defecto que tiene este real sitio.
—Que para otros no hubiera aposentos —dijo Taverney con una sonrisa insinuante—, lo concibo, pero para ti, no lo entiendo.
—Habéis formado de mí una opinión muy favorable, papá —replicó Andrea sonriéndose—, pero desgraciadamente no todo el mundo piensa así.
—No lo creas, cuantos te conocen piensan lo mismo que yo.
Andrea se inclinó como hubiera hecho con un extraño para darle las gracias, porque aquellos cumplidos por parte de su padre comenzaban a causarle

inquietud.
—Presumo —continuó diciendo Taverney en tono almibarado—, que el rey te conoce.
Y mientras hablaba asestó a la joven una mirada cuyo escudriñamiento no se podía sufrir.
—¿El rey? —dijo Andrea con el tono más natural del mundo—. Apenas me conoce, y me figuro soy muy poca cosa para él.
El barón dio un brinco al oír estas palabras.
—¡Poca cosa! —exclamó—, no te entiendo. Conque poca cosa, ¿eh? ¡Vaya un valor que das a tu persona!
Miró Andrea a su padre asombrada.
—Sí, sí —dijo el barón—, lo digo y lo repito, es tanta tu molestia que raya en olvido de la dignidad personal.
—Todo lo exageráis, señor; es cierto que el rey se ha interesado por las desgracias de nuestra familia, y que se ha dignado hacer algo por nosotros; pero hay tantos infortunios cerca del trono de Su Majestad, salen tantas larguezas de su regia mano, que por necesidad debía recaer sobre nosotros el olvido después de hecho el beneficio.
Taverney miró detenidamente a su hija, y no sin cierta admiración al ver su reserva e impenetrable discreción.
—Vamos —le dijo acercándose a ella—, querida Andrea, tu padre va a ser el primer pretendiente que se dirige a ti, y espero que no le desairarás.
Andrea miró entonces a su padre como pidiéndole una explicación.
—Vamos —continuó Taverney—, todo te lo suplico, aboga por nosotros, haz algo por tu familia...
Andrea no podía comprender a su padre, el barón no entendía lo que él presumía que no era más que un exceso de disimulo en su hija, y desesperado ya iba a abordar de frente la cuestión y a preguntar a su hija acerca de la visita del rey, cuando le interrumpió un ruido de pasos que se oyó en la escalera.
El barón calló al momento y corrió al pasamano para ver quien iba a la habitación de su hija.
Andrea observó con asombro que su padre se arrimaba a la pared.
Casi en el mismo instante penetró en el cuarto la delfina, acompañándola un hombre vestido de negro y que se apoyaba en un largo bastón.
—¡Vuestra Alteza aquí! —exclamó Andrea haciendo un esfuerzo para ir a

recibir a la delfina.
—Sí —respondió ésta—, os vengo a consolar y os traigo un médico. Venid, doctor. ¡Ah! señor de Taverney —continuó diciendo la princesa luego que conoció al barón—, vuestra hija está muy enferma y no la cuidáis.
—Señora... —tartamudeó Taverney.
—Venid, doctor —dijo la delfina con aquella bondad encantadora que en tan alto grado poseía—, venid, tomadle el pulso, mirad lo abatido de sus ojos, y manifestadme qué tiene mi ahijada.
—¡Oh! señora, cuan bondadosa sois... —murmuró la joven—, no sé cómo he podido atreverme a recibir a Vuestra Alteza Real.
—En este chiribitil, ¿no es así, querida mía? Tanto peor para mí que os he dado tan mal aposento, pero ya se pondrá remedio. Vamos, hija mía, dad la mano al señor Luis, mi médico-cirujano, y cuidado, porque es un filósofo que adivina, y un sabio que ve.
Andrea tendió la mano al doctor sonriéndose.
Éste, aun joven, y cuya inteligencia fisonomía revelaba cuanto la delfina había dicho de él, no cesaba desde que entró en la habitación, de examinar primero a la enferma, luego la habitación y por último la extraña figura del padre, que no anunciaba inquietud, sino mortificación.
El hombre sabio iba a ver, cuando ya había adivinado tal vez el filósofo.
Consultó el doctor durante largo rato el pulso de la joven, y le preguntó qué era lo que sentía.
—Mucha inapetencia —contestó Andrea—, estremecimientos repentinos, ardores que me suben de pronto a la cara, espasmos, palpitaciones y desmayos.
A medida que Andrea hablaba se ponía más serio el médico.
Por fin, soltó la mano de la joven y separó la vista.
—Y bien, doctor —dijo la princesa—, *¿quid?* como dicen los que preguntan a un médico. ¿Está amenazada esta niña y la sentenciáis a morir?
El doctor volvió a fijar la vista en Andrea, y la examinó nuevamente en silencio.
—Señora —dijo—, la enfermedad de esta señorita no tiene nada de particular.
—¿Pero no es peligrosa?
—Regularmente no —respondió el doctor sonriéndose.
—¡Ah! muy bien —dijo la princesa respirando con más libertad—, no la

atormentéis demasiado.
—¡Oh! podéis estar segura, señora, de que no la atormentaré en manera alguna.
—¿Y no la recetáis?
—Para la enfermedad que sufre ésta señorita no se aplica ningún remedio.
—¿De veras?
—Como lo ha oído Vuestra Alteza.
—¿Ninguno?
—Ninguno.
Y procurando evitar una explicación más larga, el doctor se despidió de la princesa pretextando que tenía que visitar otros enfermos.
—Doctor, doctor —dijo la delfina—, si lo que decís es tan sólo para tranquilizarme, entonces estoy yo más mala que la señorita de Taverney; traedme, pues, sin falta, cuando esta noche vayáis a visitarme, los anises que me habéis ofrecido para conciliar el sueño.
—Señora, así que vaya a casa yo mismo los prepararé.
Y se marchó.
Permaneció la delfina junto a su lectora.
—Querida Andrea, tranquilizaos —dijo con benévola sonrisa—: vuestra enfermedad no debe ser alarmante cuando el doctor se marcha, sin recetaros nada.
—Señora, tanto mejor —replicó Andrea—; con eso nada interrumpirá mi servicio al lado de Vuestra Alteza Real, que es lo que más sentía: sin embargo, diga lo que diga el médico, padezco, señora, os lo juro.
—No será grave ese mal cuando el médico se ríe de él. Acostaos, pues; hija mía, os enviaré una persona que os asista, pues noto que estáis sola. Señor de Taverney, tened la bondad de acompañarme.
Diciendo esto, dio la mano a Andrea y salió después de haberla consolado como ofreció al entrar.

CXXXIX

DONDE GILBERTO SE ENCUENTRA FRENTE AL HERMANO DE ANDREA

Mientras que pasaba esta escena, Richelieu, almorzaba en Luciennes con la condesa du Barry una vez reconciliado con ella, y hablado pestes de los Taverney.

Uno de estos, Felipe, permanecía en Reims, después de haber sido mimado por la fortuna.

No pudiendo soportar por más tiempo su aislamiento y siguiendo los impulsos del corazón que le llamaban hacia su hermana, escribió al barón la carta que ya conocemos, y en que le anunciaba su próximo regreso, carta que no asombró a nadie y mucho menos al barón: al contrario, lo que le admiraba era que Felipe tuviese paciencia para aguardar de aquel modo cuando él estaba en brasas, y hacía quince días que siempre que veía a Richelieu le rogaba apresurase el éxito de la aventura.

No recibiendo Felipe el real despacho en el plazo que él mismo fijó, despidióse de sus oficiales sin notar al parecer su desdén y sarcasmo, aunque es cierto que disimulaban por política, la cual todavía era en aquella época una virtud francesa, y por el respeto que naturalmente inspira un hombre de valor.

Por consiguiente, en la hora en qué había convenido consigo mismo se pondría en marcha, hasta cuya hora estuvo aguardando el despacho con más temor que deseo de que llegase, montó a caballo y tomó el camino de París.

Empleó en el viaje tres días que le parecieron siglos, y llegó encaminándose derecho hacia la verja del parque en que se despidió de Andrea el día de su marcha, cuando la joven sin tener motivo para afligirse, puesto que la prosperidad de la familia llegaba a su colmo, sentía no obstante agolparse a su cerebro los proféticos vapores de una tristeza incomprensible.

De manera que aquel día Felipe se vio asaltado por una credulidad supersticiosa en los pesares de Andrea; pero lentamente la imaginación volvió a enseñorearse de sí misma, sacudió el yugo, y por una extraña casualidad, Felipe era quien, sin razón, así como así, volvía a los mismos sitios presa de la misma inquietud, y sin encontrar, ¡oh Dios!, consuelo probable para aquella tristeza cosa, ¿eh? ¡Vaya un valor que das a tu persona! insufrible que parecía un presentimiento a falta de causa. En el momento en

que su caballo, lanzado a galope sobre los guijarros del empedrado, despedía un reguero de chispas, salió del seto de hojaranzos un joven a quien con seguridad atrajo aquel ruido.
Era Gilberto con una podadera en la mano. El jardinero reconoció a su antiguo amo. Felipe, por su parte, también conoció a Gilberto. Aquel día, como era tan hábil en la realización de sus pensamientos, estaba ocupado en escoger puntos de vista en las calles de árboles desde donde pudiera distinguir el pabellón o la ventana de Andrea, para estar mirando constantemente aquella casa sin que nadie advirtiera su distracción, conmociones y suspiros.
Con la podadera en la mano, para simular que hacía algo, recorría los bosquecillos y acirates, cortando aquí ramos llenos de flores, so pretexto de podar, arrancando allá la corteza sana de tiernos tilos, so pretexto de quitar la resina y la goma, y constantemente escuchando, siempre mirando, deseando y lamentándose.
El joven se había puesto muy pálido en el mes que había transcurrido.
Ya hemos dicho que Gilberto conoció a Felipe, y ahora agregaremos que al conocerle hizo un movimiento para meterse en el bosquecillo.
Pero Felipe dirigió el caballo hacia él, llamándolo:
—¡Gilberto! ¡eh! ¡Gilberto!
Éste quiso huir; pero le detuvo la voz de Felipe que decía dulcemente:
—¿No me conoces, Gilberto?
Acto continuó volviendo atrás, pero poco a poco y con desconfianza, diciendo con voz temblona:
—No, caballero, no os había conocido; al contrario, creí que erais un guarda, y como no estoy cumpliendo con mi obligación, temí que me conocieran y castigaran.
Contentóse Felipe con aquella explicación, echó pie a tierra, se lió en el brazo la brida del caballo, y poniendo la otra mano en el hombro a Gilberto, quien se conmovió de un modo visible, le preguntó:
—¿Qué tienes, Gilberto?
—Nada, señor —contestó éste.
Felipe se sonrió tristemente, y dijo:
—Tú no nos quieres bien, Gilberto.
El mancebo se estremeció de nuevo.
—Sí, lo comprendo —continuó Felipe—, mi padre te ha tratado con tanta

injusticia como dureza, pero, ¿y yo?
—¡Oh! vos... —balbució el mancebo.
—Yo siempre te he querido y siempre te he protegido
—Es cierto.
—Así, olvida el mal por el bien; también mi hermana te ha tratado con bondad.
—¡Oh! no, lo que es eso no —se apresuró a responder Gilberto con una expresión que nadie hubiera podido comprender, porque contenía una acusación contra Andrea, y una disculpa en su favor porque estallaba como el orgullo, al mismo tiempo que gemía como un remordimiento.
—Sí, sí —repuso a su vez Felipe—, sí, comprendo, mi hermana es algo soberbia, pero en el fondo es buena. Oye, Gilberto, ¿sabes dónde está mi hermana Andrea?
Este nombre hirió en el corazón a Gilberto, y respondió con voz ahogada:
—Según creo debe hallarse en su habitación, señor. ¿Cómo queréis que yo sepa?...
—¿Sola como siempre? Eso es muy enojoso. ¡Pobre hermana! —interrumpió Felipe.
—Lo que es ahora debe encontrarse sola, según todas las probabilidades, pues desde que huyó Nicolasa...
—¿Qué dices? ¿Nicolasa ha huido?
—Sí, señor, con su novio.
—¿Con su novio?
—Al menos, según supongo —dijo Gilberto, quien conoció que había andado demasiado lejos—, así se dice entre la servidumbre.
—Ciertamente, Gilberto —dijo Felipe cada vez más alarmado—, que no entiendo nada de todo eso. Vamos, sé un poco amable, porque tienes talento, y no te falta distinción natural: no eches a perder estas buenas cualidades afectando hurañería y usando una rudeza que ni sienta bien en tu condición ni en ninguna.
—Es que yo, señor, no sé todo lo que me preguntáis, y si meditáis veréis que no puedo saberlo. Todo el día estoy trabajando en los jardines, y no sé lo que pasa en palacio.
—No obstante, Gilberto, yo creía que tenías ojos.
—¿Yo?
—Sí, y que te interesabas por los que llevan mi mismo apellido; porque, al

cabo, por mala que fuese la hospitalidad de Taverney, lo cierto es que has disfrutado de ella.
—Por lo mismo, señor Felipe, me intereso mucho por vos —dijo Gilberto con voz chillona y áspera, porque la mansedumbre de Felipe y otro sentimiento que éste no podía adivinar habían suavizado aquel corazón feroz, sí, os quiero, y por eso os digo que la señorita se encuentra muy mala.
—¡Muy mala! ¡Mi hermana muy mala! —exclamó Felipe con arrebato—; ¡muy mala mi hermana, y no me lo has dicho enseguida!
Y abandonando el paso mesurado para tomar el de carrera, preguntó:
—¿Y qué tiene, Dios mío?
—¡Pardiez! —dijo Gilberto—, se ignora.
—¿Pero en resumen...?
—Lo único que hay es que hoy se ha desmayado tres veces en los jardines, y hasta ahora la han visitado el médico de la señora delfina, y el señor barón también.
Felipe no quiso oír más; conoció que sus presentimientos se habían cumplido por desgracia, y al frente del peligro real y efectivo recobró todo su valor. Abandonó el caballo a Gilberto, y corrió con todas sus fuerzas hacia el edificio donde se alojaba la servidumbre.
En cuanto a Gilberto, así que se quedó solo condujo precipitadamente el alazán a las caballerizas, y salió huyendo como esos pájaros dañinos y bravíos que jamás quieren hallarse al alcance del hombre.

CXL

FELIPE DE TAVERNEY SE DECIDE A CONSULTAR AL MÉDICO

ACERCA DE LA EXTRAÑA ENFERMEDAD DE SU HERMANA

Felipe encontró a su hermana reclinada en el sofá con la cabeza inclinada, presa de un general malestar; pero tan inmóvil que únicamente oyendo su

respiración hubiera podido creerse que vivía.
Su hermano permaneció mucho rato contemplándola; pero al ver aquel tan triste y abatido aspecto no pudo reprimir un grito, grito que hizo levantar la cabeza a Andrea.
—¿Tú, Felipe, tú aquí? —dijo—. Y la abandonaron las fuerzas antes de poder continuar hablando.
Por otra parte, ¿qué otra cosa podía decir, si sólo pensaba en eso?
—Sí, sí, soy yo —contestó Felipe abrazándola y sosteniéndola porque conocía que se doblegaba entre sus brazos—; yo que estoy de vuelta y te hallo mala. ¡Ahí ¡pobre hermana! ¿qué tienes?
La risa nerviosa de Andrea afligió a Felipe en vez de tranquilizarle como la enferma hubiera deseado.
—¿Que qué tengo me preguntas? ¿Tengo cara de estar mala, Felipe?
—¡Oh! sí, Andrea, te veo muy pálida, y tiemblas.
—¿Pero en qué lo conoces, hermano? Ni siquiera estoy indispuesta. ¡Dios mío! ¿Quién te ha enterado tan mal? ¿Quién ha cometido la necedad de alarmarte? En verdad que no sé qué es lo que quieres decir, y me siento buena, exceptuando algunos vahídos que me acometen y me desaparecerán con la misma facilidad con que me han acometido.
—¡Oh! pero estás tan pálida, Andrea...
—¿Tengo ordinariamente mucho color?
—No, pero a lo menos tenías vida mientras que hoy...
—No es nada.
—Mira, mira, hace un momento que te echaban fuego las manos, y ahora están más frías que el hielo.
—Es la sensación que tu presencia me ha producido.
—Pero si te tambaleas, y a no ser por mí no te tendrías en pie, Andrea.
—No, lo que hago es abrazarte, ¿no deseas que te abrace, Felipe?
—¡Oh! querida Andrea.
Y estrechó a la joven contra su pecho en tanto que ésta era acometida por un nuevo vahído.
—¿Lo ves, lo ves cómo me engañabas? —exclamó Felipe—. ¡Ah! querida hermana, tú sufres, tú estás mala.
—El frasquito, el frasquito —murmuró Andrea procurando sonreír.
Y con sus apagados ojos y su mano, que casi no podía levantar, mostraba a Felipe un frasquito colocado en el ropero que estaba junto a la ventana.

Lanzóse Felipe hacia aquel mueble, sin apartar la vista de su hermana, a quien dejaba con sentimiento.
Acto seguido abrió la ventana y volvió con el frasco, el cual aplicó a la crispada nariz de la joven.
—Bien, bien —dijo respirando con ansia el aire y la vida—, ya ves que resucito: vamos ¿piensas que estoy muy mala? Habla.
Felipe, por toda respuesta, la miraba fijamente.
Andrea fue restableciéndose lentamente, se enderezó en el sofá, cogió con sus sudosas manos las de Felipe que temblaban, endulzóse su mirada, la sangre volvió a colorear las mejillas, y parecía que jamás había estado tan bonita.
—Ya ves Felipe —dijo—, que todo se ha pasado y nada hubiera ocurrido a no ser por la sensación que me causa verte, a ti, que eres mi vida.
—Sí, todo esto es muy bueno, muy amable, Andrea; pero te suplico que me digas a qué atribuyes esa dolencia.
—Lo ignoro, quizá sea la vuelta de la primavera, el olor sofocante de las lilas persas me atacó a los nervios.
—Sí tienes razón, quizá será eso; las flores son muy peligrosas: acuérdate que cuando yo era niño, se me antojó en Taverney rodear mi cama de una guirnalda de lilas que recogimos en el seto. Los dos decíamos que parecía un altarcillo; pero ya sabes que a la mañana siguiente no desperté; todos suponían que me había muerto, tú que nunca quisiste convencerte de que te hubiese dejado de aquel modo sin despedirme de ti, y únicamente tú, pobre Andrea, fuiste quien (apenas tenías seis años en aquella época) me hiciste recobrar el sentido, a fuerza de besos y lágrimas.
—Y de aire, Felipe, porque lo mejor de todo en tales casos es el aire, y siempre parece que me falta.
—¡Ah! hermana, hermana; si te hubieras acordado de eso, no hubieras traído flores a tu aposento.
—No, Felipe, no; ciertamente que hace quince días que no ha entrado aquí una margarita, y lo más extraño es que a pesar de que tanto me agradaban las flores, ahora las aborrezco; pero dejémonos de flores. El hecho es que he tenido jaqueca, sí, Felipe, la señorita de Taverney ha tenido jaqueca, ¡y, qué dichosa es esa señorita, pues ha alborotado a la corte y la villa por esa jaqueca que ha ocasionado un desmayo...!
—¿Cómo es eso?
—Como lo oyes. La señora delfina se ha dignado venir a visitarme. ¡Oh!

¡Felipe, qué protectora tan buena tengo, y qué amiga tan cariñosa es la señora delfina! Me ha cuidado, me ha mimado, me ha enviado un médico de cámara, y cuando un personaje de tanta gravedad como el doctor, cuyos fallos son infalibles, me tomó el pulso y me examinó los ojos y la lengua, ¿sabes hasta dónde llega mi buena suerte?

—No.

—Pues resultó que no tenía nada.

—El tonto de Gilberto tiene la culpa.

—¡Gilberto! —dijo Andrea haciendo un gesto visible de impaciencia.

—Sí, me ha dicho que estabas muy enferma.

—¿Y has creído a ese idiota, a ese holgazán, que sólo es bueno para hacer daño o decir cosas que incomoden?

—¡Andrea, Andrea!

—¿Qué sucede?

—Te pones pálida otra vez.

—No, sino que ese Gilberto me excita los nervios: no basta hallarse en mi camino, sino que también he de oír hablar de él cuando no está aquí.

—Vamos, está visto que vas a desmayarte de nuevo.

—¡Oh! sí, sí, ¡Dios mío...! Pero es que...

Y los labios de Andrea se volvieron pálidos, paralizándoseles la voz.

—¡Vaya una cosa rara! —murmuró Felipe,

Hizo Andrea un esfuerzo y dijo:

—No, no es nada, no hagas caso de todos estos mareos y vapores; observa cómo me sostengo en pie, Felipe: mira, si me creyeras, iríamos a dar una vuelta juntos, y ya verías cómo a los diez minutos estaba buena.

—Me parece que te equivocas acerca de tus propias fuerzas, Andrea.

—No, tu vuelta me devolvería la salud, aunque estuviera muñéndome. ¿Quieres que salgamos, Felipe?

—De aquí un instante, querida Andrea —dijo Felipe cariñosamente a su hermana—: todavía no te has tranquilizado del todo.

—Corriente.

Andrea cayó otra vez sobre el sofá, arrastrando consigo a Felipe, que la tenía cogida de la mano.

—¿Y por qué —siguió diciendo la joven—, has venido de repente, sin tener ninguna noticia de ti?

—Contéstame antes, querida Andrea, ¿por qué dejaste de escribirme?

—Sí; pero sólo ha sido de algunos días acá.
—Hará unos quince días, Andrea.
La joven bajó la cabeza.
—¡Perezosa! —dijo Felipe en tono de dulce reconvención.
—No. Felipe, sino que estaba mala. Mira, dices bien, mi indisposición se remonta al día en que dejaste de recibir noticias mías; desde ese día empezaron a molestarme las cosas que más quería, sentía hastío.
—A pesar de todo, estoy muy satisfecho por lo que dijiste hace poco.
—¿Qué dije?
—Que eres muy feliz; tanto mejor, pues si a ti te quieren y piensan en ti, no me sucede a mí lo mismo.
—¿A ti?
—Sí, a mí, porque todos me olvidan, incluso mi hermana.
—¡Oh! Felipe.
—¿Creerás, querida Andrea, que desde que marché, a pesar de que se dijeron que corría tanta prisa, no he recibido noticia alguna de ese regimiento de que iba a tomar posesión, y que el rey me había ofrecido por mediación de M. de Richelieu y aun de papá?
—¡Oh! no me admiro de eso —dijo Andrea.
—¿Cómo que no te admiras?
—No. Si tú supieras, Felipe... M. de Richelieu y papá están completamente trastornados, y parecen dos cuerpos sin alma. Ciertamente que no entiendo el modo de vivir de esta gente. Por la mañana va papá en busca de su antiguo amigo, que es como le denomina, le persigue en Versalles, hasta en la cámara del rey, y después vuelve a aguardarle aquí, donde emplea el tiempo en hacerme preguntas que no entiendo. Transcurre el día y no consigue las noticias que desea, y entonces se enfurece papá, diciendo que el duque le hace andar de acá para allá, que le vende. Y yo pregunto: ¿en qué le vende el duque? La verdad es que no sé una palabra, y te confieso que tengo poco empeño en saberlo. Por lo demás, el barón vive como un condenado en el purgatorio, siempre aguardando una cosa que no le traen, o a alguna persona que nunca llega.
—Pero ¿y el rey, Andrea, y el rey?
—¿Cómo el rey?
—Sí, el rey, que tan propicio se mostraba en nuestro favor.
Andrea miró en torno suyo con timidez.

—¿Qué es eso?
—Escúchame. El rey, hablemos bajo, se me figura muy caprichoso, Felipe. Al principio me manifestó Su Majestad, como ya sabes, mucho interés lo mismo que a ti, a papá y a toda la familia, pero de repente se ha enfriado este interés, sin que yo pueda adivinar por qué ni cómo. Lo cierto es que Su Majestad no me mira, hasta me vuelve la espalda, y que ayer, cuando tuve la desgracia de desmayarme en el jardín... Empieza Llaudet.
—¡Ah! ya ves cómo Gilberto tenía razón; ¿conque te desmayaste, Andrea?
—¿Qué precisión tenía ese miserable de Gilberto de decirte eso, y acaso de decirlo a todo el mundo? ¿Qué le importa que me desmaye o no? Bien sé, querido Felipe —agregó Andrea riéndose—, que no es político desmayarse en casa de un rey, pero al fin no se desmaya una por gusto, ni yo lo hice expresamente.
—Pero, ¿quién te lo censura, querida hermana?
—¿Quién ha de ser? el rey. Sí; Su Majestad llegaba de Trianón el grande por el huerto, justamente en el momento fatal. Yo estaba hecha una tonta, una estúpida, tendida en un banco, en brazos del bondadoso M. de Jussieu, quien me socorría lo mejor que le era posible, cuando el rey me divisó. Debes comprender, Felipe, que el desmayo no priva totalmente del conocimiento, y que se acuerda el que lo padece de lo que ha pasado a su alrededor; pues bien, cuando el rey me vio, aunque parecía que yo no sentía nada, advertí que frunció el entrecejo, me miró furioso y dijo entre dientes algunas palabras descorteses. Enseguida se fue Su Majestad muy escandalizado, supongo, de que me hubiese atrevido a ponerme mala en sus jardines, y ya ves, Felipe, que yo no tenía la culpa.
—Pobrecita hermana mía —dijo Felipe estrechando con cariño las manos de Andrea—, ya lo creo que tú no tienes la culpa; ¿y qué más, qué más?
—Nada más, amiguito; el señor Gilberto hubiera hecho muy bien en no hacer comentarios.
—Vaya, de nuevo vuelves a cebarte en ese pobre muchacho.
—Sí, defiéndele; ¡cómo es tan buen sujeto!
—Andrea, te lo suplico por favor, no trates con tanta dureza a ese joven, porque así ajas su amor propio y haces que se vuelva áspero... ¡Oh! ¿qué tienes, Andrea?
Aquella vez Andrea cayó de espaldas sobre los cojines del sofá, sin pronunciar una palabra. Entonces no la hizo volver en sí el frasquito y fue

necesario esperar a que pasase el mareo y se restableciera la circulación.
—Decididamente —murmuró Felipe—, estás mala, hermana, hasta el punto de asustar a hombres más animosos de lo que yo soy cuando se trata de tus padecimientos; dirás lo que quieras, pero creo que esta indisposición no debe ser considerada con la ligereza que afectas.
—Pero si el médico ha dicho...
—Eso no me convence, ni me convencerá nunca. ¡Que no hubiera hablado yo al médico! ¿Dónde podré verle?
—Todos los días viene a Trianón.
—¿A qué hora? ¿Por la mañana?
—Y por la tarde, cuando se encuentra de servicio.
—¿Lo está ahora?
—Sí, y a las siete en punto de la tarde, porque es muy puntual, subirá la gradería de piedra que conduce a los aposentos de la señora delfina.
—Bien, aguardaré en tu habitación.

CXLI

EQUIVOCACIÓN QUE SE ACLARA

Todavía se prolongó mucho más tiempo la conversación de los dos hermanos.
Apenas dieron las siete, cuando Felipe se dirigió hacia el pabellón de la reina, en busca del doctor Luis, cuya figura noble y majestuosa, le había señalado Andrea.
El doctor leía atentamente un grueso libro publicado en Colonia acerca de los padecimientos del estómago, cuando Felipe se acercó a él.
—Perdonadme, caballero —dijo—, ¿tengo el honor de hablar al señor doctor Luis?
—Sí señor —respondió el doctor cerrando su libro.
—Permitidme, pues, que os diga dos palabras.

—Caballero, perdonadme; pero mi servicio exige que vaya a ver a la señora delfina, y como ya es hora, no puedo hacerme esperar.
—Caballero —y Felipe hizo un ademán de súplica para interceptar el paso del médico—, caballero, la persona para quien necesito vuestro auxilio sirve también a la señora delfina, y está muy mala, en tanto que la señora delfina no lo está.
—Ante todo, ¿de quién habláis? —preguntó el doctor.
—De una persona en cuyo aposento fuisteis introducido por la misma delfina.
—¡Ah! ¡ah! ¿Se trata acaso de la señorita de Taverney?
—Justamente, caballero.
—¡Ah! ¡ah! —dijo el doctor levantando apresuradamente la cabeza para examinar al joven.
—Es necesario que sepáis que está muy mala.
—Sí, tiene espasmos, ¿no es verdad?
—Sí, caballero, constantemente se está desmayando; y hoy ha perdido el conocimiento tres o cuatro veces en mis brazos, en el espacio de algunas horas.
—¿Se encuentra peor acaso?
—¡Ay! no lo sé, pero ya comprenderéis, doctor, que cuando se ama a una persona...
—¿Amáis a la señorita Andrea de Taverney?
—¡Oh! más que a mi vida, doctor.
Felipe dijo estas palabras con tal exaltación de amor fraternal, que el doctor Luis interpretó mal su significado.
—¡Ah! ¡ah! —dijo—, conque vos sois...
El médico se detuvo vacilante.
—¿Qué queréis decir, caballero? —preguntó Felipe.
—Que si sois vos...
—¿Qué he de ser yo, caballero?
—¡Qué demonio! el amante —dijo el doctor con impaciencia.
Felipe retrocedió dos pasos, llevándose la mano a la frente y poniéndose más lívido que la muerte.
—Caballero —dijo— ved que ofendéis a mi hermana.
—¿Vuestra hermana? ¿la señorita Andrea de Taverney es hermana vuestra?
—Sí, señor, y creo que no he dicho nada que os haya inducido a cometer una equivocación tan extraña.

—Dispensadme, caballero: la hora en que os habéis aproximado a mí, el aire misterioso con que me habláis... creí, supuse que un interés más tierno que el cariño de hermano...
—¡Oh! no habrá amante ni marido que ame a mi hermana tanto como yo.
—Muy bien: entonces no es extraño que os ofenda mi suposición, y os pido mil perdones; permitidme, caballero...
Y el doctor hizo un movimiento como para pasar.
—Doctor —insistió Felipe—, os ruego que no me dejéis sin tranquilizarme acerca del estado de mi hermana.
—¿Y por qué os habéis alarmado?
—¡Dios mío! por lo que he observado.
—Habréis observado síntomas que anuncian una indisposición...
—¿Grave doctor?
—Según.
—Escuchadme, doctor, aquí sucede algo extraño, y cualquiera diría que no queréis o no os atrevéis a responder.
—Lo que debéis suponer es que me hallo impaciente por trasladarme al lado de la delfina que me espera...
—Doctor, doctor —dijo el joven pasándose la mano por la frente inundada de sudor—, ¿conque me tomasteis por amante de la señorita de Taverney?
—Sí, pero me habéis desengañado.
—¿Es decir que imagináis que la señorita de Taverney tiene un amante?
—Perdonadme, caballero, pero no tengo obligación de comunicaros mi modo de pensar.
—Doctor, tened compasión de mí; doctor, habéis pronunciado una palabra que se ha clavado en mi corazón como la hoja de un puñal que se rompe; doctor, no tratéis de darme una dedada de miel, porque serán inútiles vuestra delicadeza y habilidad: ¿qué enfermedad, pues, es esa de que pensabais hablar a un amante y pretendéis ocultar a un hermano? Respondedme, doctor, yo os lo ruego.
—Y yo os suplico, al contrario, que me dispenséis que no os responda, caballero, pues según el modo con que me hacéis preguntas, veo que estáis acalorado.
—¡Oh Dios mío! ¿no conocéis, caballero, que cada palabra que pronunciáis me arrastra más y más hacia ese abismo que columbro no sin estremecerme?
—¡Caballero!

—Doctor —repuso Felipe con más violencia—, es decir que tenéis que revelarme un secreto tan terrible, que son necesarios para oírlo toda mi sangre fría y todo mi valor.
—Esa es una suposición vuestra, señor de Taverney, porque yo no he dicho eso.
—Vuestro silencio es cien veces peor que decir, pues toleráis que yo crea las cosas. ¡Oh! ¡Eso no es tener caridad, doctor! Ya veis que mi corazón está traspasado, pero oculto mi impaciencia; ya veis que ruego, que suplico; hablad pues, hablad, os juro que tendré sangre fría, que tendré valor... Esa enfermedad, esa deshonra quizá... ¡Oh! Dios mío! ¡Y no me interrumpís, doctor...!
—Señor de Taverney, nada he manifestado, ni a la señora delfina, ni a vuestro padre, ni a vos; conque no exijáis más.
—Sí, sí... pero ya estáis viendo que interpreto vuestro silencio, ya veis que voy con vuestro pensamiento por el camino oscuro y fatal en que se oculta; detenedme a lo menos si es que me extravío.
—Adiós, caballero —contestó el doctor con voz alterada.
—¡Ah! no me dejéis así sin decirme que sí o que no. Una palabra, una sola y no deseo más.
El doctor se detuvo.
—Caballero —dijo—, hace poco, y esto fue causa de la fatal equivocación que os ha molestado...
—¡Oh! dejemos eso, caballero.
—Al contrario, hablemos; hace poco, algo tarde tal vez, me manifestasteis que la señorita de Taverney era hermana vuestra pero antes, con una exaltación que ha producido mi error, me habíais dicho que queríais a la señorita Andrea más que a vuestra vida.
—Es cierto.
—Y si el cariño que la profesáis es tan grande, supongo que os pagará en la misma moneda.
—Andrea me quiere como no quiere a nadie en este mundo.
—Pues bien, siendo así volveos a su lado, y preguntadle, caballero; preguntadle, penetrando en ese camino que yo me veo obligado a abandonaros; y si es que os quiere como vos la queréis a ella, contestará a vuestras preguntas. Hay infinidad de cosas que se comunican a un amigo y no a un médico, y tal vez entonces consienta en deciros a vos lo que no quisiera

haberos dejado entrever, aunque para ello necesitase cortarme un dedo de la mano. Adiós, caballero.
—¡Oh! no, no, eso no es posible —exclamó Felipe, loco de sentimiento y entrecortando las palabras con sollozos—; no, doctor, he entendido mal; no, no podéis haber dicho eso.
Suavemente se deslizó el doctor y luego con una dulzura llena de conmiseración, dijo:
—Haced lo que acabo de indicaros, señor de Taverney, y, creedme, es lo mejor que podéis hacer.
—¡Oh! comprended que creerlo es renunciar a la religión de toda mi vida, acusar a un ángel, tentar a Dios: si exigís que crea, probad a lo menos, probad.
—Quedaos con Dios, caballero.
—¡Doctor! —gritó Felipe lleno de desesperación.
—Ved que si habláis con esa violencia vais a dar a conocer que yo me había propuesto callar a todo el mundo y hubiera deseado ocultaros a vos también.
—¡Ah! tenéis razón, doctor —dijo Felipe con voz tan baja que moría el aliento apenas salía de la boca—; pero al fin la ciencia puede equivocarse: ¿os habéis engañado vos?
—Caballero, rara vez —respondió el doctor—; he hecho unos estudios muy serios, y mi boca no dice que sí sino una vez que mis ojos y mi mente han dicho: «he visto, sé, estoy seguro». Sí, tenéis razón, caballero, alguna que otra vez he podido equivocarme como se engañan todos los hombres; pero, según todas las probabilidades, ahora no. Ea, tranquilidad, y separémonos.
—Voy a suplicaros el último favor, caballero, favor que para mí tiene un valor supremo. Ya veis el estado en que se encuentra mi razón; siento una cosa que se asemeja a la locura, y necesito para saber si debo vivir o morir, ver probada esa realidad que me amenaza. Me vuelvo al lado de mi hermana, y no le hablaré hasta que no la hayáis visto nuevamente, reflexionadlo.
—Vos sois quien debe reflexionar, caballero, porque lo que es por mí no tengo que agregar una palabra a lo que he dicho ya.
—Caballero, prometédmelo: ¡Dios mío! es un favor que ni el verdugo podría negar a su víctima; prometedme que volveréis a ver a mi hermana una vez que visitéis a Su Alteza la señora delfina: doctor, en nombre del cielo, prometedme lo que os suplico.
—No puede ser, caballero; pero ya que os empeñáis en ello, en mi deber está

hacer lo que deseáis; así que salga de la cámara de la señora delfina volveré a ver a vuestra hermana.
—¡Oh! gracias, gracias. Sí, venid, y entonces confesaréis que os habéis equivocado.
—Lo deseo de todo corazón, caballero, y si me he engañado lo confesaré lleno de gozo. Adiós.
Al fin viose libre el doctor marchándose enseguida y dejando a Felipe presa de la mayor agitación y sin saber qué decidir.

CXLII

FELIPE SE TRANQUILIZA RESPECTO A SU HERMANA

Así que Felipe se repuso un poco se dirigió al aposento de su hermana, tan pálido y demudado que al verle ésta exclamó llena de asombro.
—¡Dios mío! hermano, ¿tan mala estoy?
—¿Por qué? —interrogó Felipe.
—Porque la consulta con el doctor Luis te ha asustado mucho.
—No, hermana —dijo Felipe— el doctor no teme nada, y me ha dicho la verdad. Hasta me ha costado sumo trabajo convencerle a que vuelva.
—¡Ah! ¿Va a volver? —dijo Andrea.
—Sí; ¿te contraría esto quizá, Andrea?
Y al tiempo de pronunciar estas palabras Felipe clavó su vista en la de la joven.
—No —respondió ésta con sencillez—, y con tal que esa visita te tranquilice un poco no exijo más; pero entretanto, ¿de qué proviene esa horrible palidez que noto en ti?
—¿Te inquieta mucho, Andrea?
—¡Y me lo preguntas!
—¿Conque me quieres mucho, Andrea?
—¿Qué dices? —preguntó la joven.

—¿Digo, Andrea, si sigues queriéndome como cuando éramos niños?
—¡Oh! ¡Felipe! ¡Felipe!
—¿Es cierto que yo soy para ti una de las personas a quienes más estimas en el mundo?
—¡Oh! la única —exclamó Andrea.
Después, ruborosa y turbada:
—Perdóname, Felipe —dijo—, se me olvidaba...
—Nuestro padre, ¿es verdad, Andrea?
—Sí.
Felipe cogió la mano a su hermana, y mirándola tiernamente:
—Andrea —dijo—, no creas que nunca te reconvendré si en tu corazón se cobijara un cariño que no se pareciera ni al que tienes a padre, ni al que me tienes a mí...
Luego, apoyándose a su lado, siguió diciendo:
—Te encuentro en una edad, en que el corazón de las jóvenes habla con más viveza que lo que vosotras mismas desearais, y ya sabes que hay un precepto divino que ordena a la mujer dejar padres y familia para seguir a sus esposos.
Andrea miraba absorta a su hermano no entendiendo su lenguaje.
Después, riéndose con una sencillez que nada bastaría a describir:
—¡Mi esposo! —dijo— ¿no has hablado de mi esposo, Felipe? ¡Dios mío! ¡Y seguramente no ha nacido, o a lo menos yo no le conozco!
Conmovido Felipe con aquella exclamación tan sincera de Andrea, se aproximó a ella, y estrechando su mano entre las suyas, contestó:
—Antes que tener un esposo, mi buena Andrea, se tiene un novio, un amante.
Andrea volvió a asombrarse.
—Andrea —dijo Felipe—, si ha cambiado en algo nuestro cariño...
—¡Que si ha cambiado! Explícate; porque desde que hablaste con el médico no sé lo que te pasa.
—Sí, Andrea —dijo el joven oprimiéndola contra su pecho—, sí, dulce hermana mía, el cariño infantil han sucedido las pasiones de la juventud, y has presumido que no soy bastante bondadoso o reservado para abrirme tu corazón invadido por el amor.
—Hermano, amigo mío —dijo Andrea cada vez más admirada—, ¿qué es lo que dices? ¿A qué viene hablarme de amor?
—Andrea, entro con valor en una cuestión llena de peligros para ti, y de tormentos para mí. Entiendo que solicitar, o más bien exigir que tengas

confianza en mí en este instante, es lo mismo que perderme en tu imaginación; pero prefiero, y puedes creer que es muy cruel para mí el confesarlo, prefiero saber que me aprecias menos antes que dejarte expuesta a que sufras las desgracias que te amenazan; desgracias espantosas, Andrea, si te empeñas en guardar un silencio que deploro, y de que no te hubiera creído capaz con respecto a un hermano, a un amigo.
—Hermano, amigo mío —dijo Andrea—, te juro que no comprendo tus reconvenciones.
—Andrea, ¿quieres que te las haga entender?
—¡Oh! sí, seguramente que sí.
—Pero entonces, si animado por ti hablo con excesiva claridad; si hago que te avergüences y se aflija tu corazón, a nadie te quejes sino a ti misma, a ti que me has obligado con injustas desconfianzas a penetrar hasta el fondo de tu alma, para arrancar de ella tu secreto.
—Corriente, Felipe; puedes estar cierto que no me resentiré por lo que hagas.
Felipe no sabía qué hacer, y levantándose empezó a pasearse agitadamente hasta que Andrea enlazó con el suyo su brazo, y entonces, mirándola con una ternura inexplicable:
—Escucha, Felipe —dijo—, mírame como yo te miro a ti.
—¡Oh! eso es lo que yo quiero —respondió el joven fijando en ella sus ardientes ojos—; ¿qué es lo que quieres decirme?
—Quiero decirte, Felipe, que siempre fuiste algo celoso de mi amistad, lo cual es lógico, pues yo también por mi parte he sentido celos de tu cariño; pues bien, mírame como te he dicho.
Y la joven se sonrió
—¿Conoces en mis ojos que guardo un secreto? —siguió diciendo.
—Sí, sí —dijo Felipe—; Andrea, tú amas a alguien.
—¡Yo! —exclamó la joven con un asombro tan natural, que la cómica más hábil no hubiera podido ciertamente imitar nunca el acento de aquella palabra.
Y se echó a reír.
—¡Yo, yo amo a alguien! —continuó.
—Entonces te amarán a ti.
—Tanto peor, a fe mía, si esa persona no se ha dado a conocer, y de consiguiente jamás se ha explicado, es un amor perdido.
Felipe quedó convencido de que el doctor se había engañado, e iba a dirigir

nuevas preguntas a su hermana cuando se oyeron pasos en la escalera, y luego apareció en la puerta de la habitación el doctor Luis.
Felipe corrió hasta él.
—Doctor —dijo—, seáis bien venido, y perdonadme mis modales algo bruscos, pues cuando me aproximé a vos hace una hora estaba tan agitado como tranquilo estoy en esté instante.
El doctor cesó por un momento de mirar a Andrea, y dejó caer su observación sobre el joven, cuya sonrisa y expansión de ánimo analizó.
—¿Hablasteis a esta señorita según os indiqué? —preguntó.
—Sí, doctor, sí.
—¿Y os habéis tranquilizado?
—En vez de un infierno que antes tenía en mi corazón, ahora llevo en él un cielo.
Cogió el doctor la mano de Andrea, pulsándola durante un largo rato.
Felipe la miraba y no parecía sino que decía:
—¡Oh! haced lo que queráis, doctor, pues ya no temo los comentarios del médico.
Así es que agregó con aire de triunfo:
—Y bien, ¿qué os parece, doctor?
—Caballero —dijo éste—, tened la bondad de dejarme solo con vuestra hermana.
Estas palabras pronunciadas sencillamente, echaron por tierra el orgullo del joven.
—¡Cómo! ¿todavía? —exclamó.
El doctor hizo un gesto.
—Muy bien, os dejo, caballero —dijo Felipe con aire sombrío.
Y dirigiéndose a su hermana, agregó:
—Andrea, sé franca y verídica con el doctor.
Encogióse de hombros Andrea, como si ni siquiera pudiese entender lo que le querían decir.
Felipe continuó:
—Entretanto te pregunta acerca de tu salud, voy a dar una vuelta por el jardín, y como aun no ha llegado la hora para que he pedido me traigan mi caballo, podré verte antes de marcharme, y hablar todavía otro instante contigo.
Y estrechó la mano de Andrea procurando sonreírse. La joven advirtió en

aquel apretón y aquella sonrisa cierta violencia y contracción.
El doctor acompañó gravemente a Felipe hasta la puerta de entrada, que entornó. Después volvió a sentarse en el mismo sofá en que se hallaba sentada Andrea.

CXLIII

EL DOCTOR REVELA, AL FIN, LA TRISTE REALIDAD

Reinaba un silencio profundo.
De repente, el médico, que no cesaba de mirar a Andrea, examinándola a la luz del velón, le cogió la mano como un amigo o un confesor, y no como un médico que toma el pulso.
—Señorita, ¿habéis querido vos volver a verme, o viniendo aquí no he hecho otra cosa sino acceder a los deseos de vuestro hermano?
—Caballero —contestó Andrea—, mi hermano ha venido a decirme que ibais a volver; pero según lo que tuvisteis la bondad de indicarme esta mañana acerca de lo poco grave que es mi mal, no me hubiera tomado la libertad de molestaros de nuevo.
El doctor se inclinó.
—Vuestro señor hermano, parece que es hombre fogoso, y cuidadoso de su honra e insufrible acerca de ciertas materias, y este debe ser el motivo sin duda de que os hayáis negado a franquearos con él.
Andrea miró al doctor como antes había mirado a Felipe.
—¿Vos también, caballero? —dijo con suprema altanería.
—Dejadme terminar.
Andrea hizo un gesto que indicaba paciencia o más bien resignación.
—Es, pues, muy natural —prosiguió el doctor—, que para ver el sentimiento, y presintiendo la cólera de ese joven, hayáis callado vuestro secreto con obstinación; pero, frente a frente conmigo, señorita, conmigo, que soy, creedlo, médico de las almas igual que del cuerpo; conmigo que veo y sé

conmigo que os ahorro la mitad del penoso camino de las revelaciones, tengo derecho para confiar en que seáis más franca.
—Caballero —contestó Andrea—, si no hubiese visto que el rostro de mi hermano se entristecía y expresaba un grande sentimiento, y si no consultase vuestro venerable exterior y la reputación de gravedad que tenéis, creería que ambos estáis de acuerdo para hacer a costa mía un papel de comedia, a fin de que tome, después de la consulta, alguna medicina muy negra y amarga.
—Señorita, os suplico que os detengáis en el camino del disimulo.
—¡Del disimulo! —exclamó Andrea.
—¿Deseáis mejor que diga hipocresía?
—¡Pero, caballero —exclamó la joven—; pensad que me ofendéis!
—Decid más bien que acierto vuestro modo de pensar.
—¡Caballero!
Andrea se incorporó; pero el médico la obligó con suavidad a volver a sentarse.
—No —continuó diciendo—, no, hija mía; no os ofendo, os presto un servicio y como consiga convenceros os salvaré... Por lo tanto, ni vuestras coléricas miradas, ni la falsa indignación de que os halláis animada, me hará variar de resolución.
—¡Pero, Dios mío! ¿Qué es lo que deseáis? ¿Qué exigís de mí?
—Confesad, o bajo palabra de honor os digo que me haréis formar muy baja opinión de vos.
—Caballero, os lo repito, mi hermano no está aquí para defenderme, y tal vez por eso me insultáis. No os comprendo, y os mando que os expliquéis clara y terminantemente sobre esa soñada enfermedad.
—Por última vez os lo pregunto, señorita —repuso el doctor, lleno de admiración—, ¿deseáis evitarme el sentimiento de tener que avergonzarme?
—No os entiendo, no os entiendo, y no os entiendo —repitió tres veces Andrea, contemplando al doctor con ojos que chispeaban como por una interrogación enérgica, desafío y aun amenaza.
—Pues bien, yo si os entiendo, señorita; dudáis de la ciencia médica, y confiáis poder ocultar vuestra situación a todo el mundo; pero desengañaos, con una palabra voy a abatir vuestro orgullo: ¡estáis en cinta!
Andrea lanzó un grito terrible, y cayó de espaldas encima del sofá.
—A aquel grito siguió el ruido de una puerta empujada con fuerza, y Felipe se presentó de un brinco en medio de la habitación, con la espada en la mano,

ensangrentados los ojos y temblándole los labios.
—¡Mentís, miserable! —dijo al doctor.
Volvióse éste hacia el joven sin soltar el pulso de Andrea que palpitaba medio muerta.
—Caballero, lo dicho, dicho —dijo el doctor con menosprecio—, y no será vuestra espada, ya esté en vuestra mano, ya la tengáis envainada, la que me obligará a mentir.
—¡Perdón, doctor! —murmuró Felipe, dejando caer la espada.
—Deseabais que comprobara con un segundo examen mi primera opinión, y así lo he hecho, ahora la seguridad es fundada y nadie se disuadirá de ello. Lo siento en extremo, joven, pues me inspiráis tanta simpatía como odio me inspira vuestra hermana por la constancia con que miente.
Andrea seguía inmóvil; pero Felipe hizo un movimiento.
—Soy padre de familia, caballero —continuó el doctor—, y no ignoro cuánto sufriréis. Os ofrezco, pues, mis servicios lo mismo que mi discreción; mi palabra es sagrada, caballero, y todo el mundo os manifestará que antes que faltar a ella perdería primero la vida.
—¡Oh! ¡Pero eso no es posible!
—No sé si es posible; pero es cierto. Quedaos con Dios, señor de Taverney.
Volvióse por donde había venido, después de mirar cariñosamente al joven, quien se hallaba agobiado de pena, y que en el mismo instante en que se cerraba la puerta tras el médico, cayó abismado de sentimiento sobre un sillón que había a dos pasos de Andrea.
En cuanto se marchó el médico, Felipe se levantó, cerró la puerta del corredor, la de la sala, las ventanas, y aproximándose a Andrea, que le miraba como atontada hacer todos aquellos preparativos, dijo cruzándose de brazos:
—Me habéis engañado cobarde y neciamente; cobardemente, porque soy vuestro hermano y he tenido la debilidad de amaros, preferiros a todo, estimaros más que nada, y esta confianza debía a lo menos haber movido la vuestra a falta de cariño: y neciamente, porque el infame secreto que causa nuestra deshonra, está hoy en poder de una tercera persona, porque a pesar de vuestra discreción, quizá lo hayan descubierto otros: porque, en fin, si me hubierais confesado desde luego la situación en que os hallabais, hubiera podido evitaros la deshonra, si no por cariño, a lo menos por egoísmo, pues al fin yo también me libertaba de ella. He aquí cómo y en qué habéis faltado: vuestra honra, en tanto que no estéis casada, pertenece de mancomún a todos

aquellos cuyo nombre lleváis, es decir, manchái. De consiguiente, desde este instante dejo de ser hermano vuestro, puesto que habéis desconocido este título; desde este momento soy un hombre interesado en arrancaros por todos los medios posibles el secreto que ocultáis, a fin de que esa confesión obtenga una reparación, cualquiera que sea. Me acerco, a vos furioso, decidido, y os digo: puesto que habéis sido tan infame que habéis confiado en salvaros por medio de una mentira, seréis castigada como se castiga a los menguados. Confesad, pues, vuestro delito, o...

—¡Amenazas! —repuso la orgullosa Andrea—; ¡amenazas a una mujer!

Y levantóse pálida y también en actitud amenazadora.

—Sí, amenazas, no a una mujer sino a una criatura sin fe y sin honor.

—¡Amenazas! —prosiguió Andrea exasperándose poco a poco—; ¡amenazas a mí que no sé nada, que nada entiendo, y que os contemplo a todos como unos locos sanguinarios que pretendéis matarme de pesadumbre, ya que no de vergüenza!

—Pues bien —exclamó Felipe—, muere, ya que no confiesas; muere ahora mismo. Voy a matarte y Dios te juzgará.

Y cogió nerviosamente la espada, apoyando la punta sobre el pecho de su hermana con la velocidad del rayo.

—Bien, matadme —exclamó ésta sin que le asustase el brillo de la hoja, ni intentara evitar el dolor de la herida.

Y se lanzó hacia adelante, llena de pena y dominada por la fiebre; y tan rápido fue su movimiento, que la espada le hubiera atravesado el pecho, a no ser porque a Felipe le acometió de repente un terror inmenso al ver algunas gotas de sangre que mancharon la muselina que su hermana tenía ceñida al cuello.

Sintióse el joven sin bríos ni furor, retrocedió, dejó caer el acero de entre las manos, se hincó de rodillas sollozando, y enlazó con los brazos el cuerpo de la joven.

—¡Andrea! ¡Andrea! —murmuró—; ¡no, no! yo seré el que muera, ya no me quieres, ya no me conoces, y nada tengo que hacer en este mundo. ¡Oh! ¿hasta tal extremo amas a otro que prefieres la muerte a depositar tu secreto en mi seno? ¡Oh! Andrea, no eres tú lo que debe morir, sino yo.

Y ejecutó un movimiento como para retirarse; pero Andrea se asió a su cuello con ambas manos, cubriéndole de besos e inundándole en lágrimas.

—No, no —repuso la joven—, teníais razón en lo que dijiste al principio;

mátame, Felipe, supuesto que afirman que soy criminal. Pero tú, que eres tan noble, tan puro, tan bueno; tú, a quien nadie acusa, vive y tenme compasión en vez de maldecirme.

—Pues bien, hermana, en nombre del cielo y por la amistad que me tenías antes, te suplico que nada temas, ni por ti, ni por el hombre a quien amas: sea quien fuere será sagrado para mí, aunque fuese mi más mortal enemigo, aunque fuese el último de los hombres. Pero yo no tengo enemigos, Andrea, y tu corazón es tan noble, tan delicada es tu manera de pensar, que debes haber elegido un amante digno. Pues bien, iré en su busca, y le llamaré hermano... Mas veo que nada dices a esto: ¿es imposible que os caséis? ¿Es eso lo que quieres significar? Pues bien, corriente, todo el dolor será para mí, y ahogaré la voz imperiosa del honor que pide sangre. Nada exijo ya de ti, ni aun que me declares cómo se llama ese hombre: te ha gustado, y esto basta para que yo le quiera; pero saldremos de Francia y escaparemos juntos. Según me han dicho te ha dado el rey un rico aderezo; lo venderemos, pues, y enviaremos la mitad del importe a papá, viviendo con la otra mitad en un lugar ignorado. Serás para mí, Andrea, cuanto hay en el mundo; séalo yo también para ti, porque yo no amo a nadie, y ya ves que te soy adicto. Andrea, reflexiona lo que hago, ya ves que puedes contar con mi amistad: vamos, ¿me negarás aún tu confianza después de lo que te he dicho? ¿No me llamarás hermano tuyo?

Andrea oyó en silencio cuanto acababa de decir el joven desatinado. Solamente los latidos de su corazón revelaban que tenía vida; solamente su mirada demostraba que no había perdido la razón.

—Felipe —dijo la joven después de un gran rato de silencio—, ¿conque has pensado que ya no te quiero? ¡Pobre hermano mío! ¡Conque supones que amo a otro hombre, y que he olvidado las leyes del honor, yo que soy noble y comprendo todas las obligaciones a que esta palabra me obliga con respecto a deslices!... Amigo mío, te lo perdono; sí, sí, en vano has creído que soy una mujer infame, en vano me has llamado indigna; sí, sí, te perdono, pero no te perdonaré si piensas que soy tan irreligiosa y vil que me atreva a jurar en falso. Felipe, por el Dios que me está oyendo, por el alma de mi madre, que según parece me ha defendido ¡ay de mí! lo bastante; por el cariño que te tengo, en fin juro que nunca ha entretenido mi razón un pensamiento de amor, que nunca me ha dicho hombre alguno: «te amo»; que jamás he sentido un beso en mi mano; que soy tan pura de pensamiento y tan virgen de deseos

como el día en que nací. Ahora, Felipe, mi alma pertenece a Dios, y a ti mi cuerpo.
—Está bien —dijo Felipe después de meditar largo tiempo—, Andrea, te doy las gracias. Ahora veo claramente hasta el fondo de tu corazón. Sí; eres pura e inocente; pero hay bebidas mágicas, filtros ponzoñosos, y alguien te ha tendido un lazo infame; lo que nadie hubiera podido arrebatarte sino con la vida, te lo han robado estando dormida. Has caído en un lazo, Andrea; pero ahora ya estamos unidos, y por lo tanto somos fuertes. ¿Me confías el mirar por tu honra y vengarte?
—¡Oh! sí, sí —dijo Andrea en un sombrío arrebato—; sí, porque si necesito venganza será de un crimen.
—Pues bien —continuó Felipe—. Vamos, ayúdame, sosténme. Averigüemos, recordemos día por día los ya transcurridos; sigamos el hilo de los recuerdos, hasta dar con el primer nudo de esta oscura trama.
—¡Oh! bien —dijo Andrea—, indaguemos.
—¿Has advertido que alguien te siguiera o acechara?
—No.
—¿Te ha escrito alguien?
—Nadie.
—¿No te ha declarado ningún hombre que te ama?
—Ni uno siquiera.
—Las mujeres tienen para esto un instinto maravilloso: a falta de cartas, a falta de declaración, ¿has advertido alguna vez que alguien te... desease?
—Nunca he notado nada por ese estilo.
—Hermana mía, recuerda las circunstancias de tu vida, los detalles más íntimos.
—Guíame tú.
—¿Has dado algún paseo sola?
—Jamás, que yo me acuerde, a no ser para ir a Casa de la señorita delfina.
—¿Y cuando penetrabas en el jardín o en el bosque?
—Siempre iba acompañada de Nicolasa.
—A propósito, ¿fue Nicolasa la que te dejó?
—Sí.
—¿Recuerdas la fecha?
—Creo que el día que tú te marchaste.
—Las costumbres de esa muchacha dan que sospechar. ¿Has averiguado los

pormenores de su fuga?
—No, lo único que sé es que se marcho con un joven a quien amaba.
—¿Cuáles fueron tus últimas relaciones con Nicolasa?
—¡Oh! ¡Dios mío! a eso de las nueve entró en mi cuarto como lo tenía de costumbre, me desnudó, preparó mi vaso de agua y salió.
—¿Advertiste si echó algún licor en el agua?
—No; y esta circunstancia carecería de todo valor, pues recuerdo que cuando me iba a llevar el vaso de agua a la boca, sentí una sensación extraña.
—¿Qué sensación?
La misma que ya había experimentado un día en Taverney.
—¿En Taverney?
—Sí, cuando se hospedó allí aquel extranjero.
—¿Qué extranjero?
—El conde de Balsamo.
—¿El conde de Balsamo? ¿Y cómo era esa sensación?
—¡Oh! algo así como un mareo, como un vahído, y luego perdí todas mis facultades intelectuales.
—¿Y dices que sentiste en Taverney esa extraña sensación?
—Sí.
—¿De qué modo?
—Estaba sentada al piano, y sentí decaimiento; entonces miré hacia adelante, y vi al conde en un espejo. Desde ese instante no me acuerdo de nada, sino que desperté junto al piano, sin poder calcular el tiempo que había estado dormida.
—¿Y es la única vez que has sentido una sensación particular?
—Y también en otra ocasión, el día, o más bien la noche de los fuegos artificiales, arrastrada por el tropel, estaba a punto de ser aplastada, y reunía todas mis fuerzas para luchar: de repente se me aflojaron los brazos y pasó una nube por mi vista, pero en medio de esa nube tuve tiempo para ver a ese hombre.
—¿Al conde de Balsamo?
—Sí.
—¿Y te dormiste?
—Me dormí o me desmayé, no se cual de estas dos cosas sucedió. Por lo demás, ya sabes que me sacó en brazos, y condujo a casa de papá.
—Sí, sí; ¿y esa noche, la noche que se marchó Nicolasa, le viste de nuevo?

—No; pero experimenté los síntomas que anunciaban su presencia: la misma sensación, el mismo vahído nervioso, el mismo encogimiento de miembros y el mismo sueño.
—¿El mismo sueño?
—Sí, un sueño con mareos, cuya influencia conocía mientras que luchaba contra él, hasta que sucumbí.
—¡Gran Dios! —exclamó Felipe—: sigue, sigue.
—Quedé dormida.
—¿Dónde?
—En mi cama, estoy segura de ello, y me desperté en el suelo, sobre el tapiz, sola, dolorida y tan helada como una muerta que concluyera de resucitar. Entonces llamé a Nicolasa, pero inútilmente, pues había desaparecido.
—¿Y ese sueño era el mismo que las anteriores veces?
—El mismo.
—¿El mismo que te acometió en Taverney? ¿el mismo que sentiste el día de las funciones?
—Sí, sí.
—Y las dos veces primeras, antes de dormirte, ¿viste a José Balsamo, al conde de Fénix?.
—Lo vi claramente.
—¿Y la tercera vez no?
—No —dijo Andrea asustada porque empezaba a comprender—; no, pero lo adiviné.
—¡Bien! —exclamó Felipe—; ahora no pases cuidado, tranquilízate, Andrea, y envanécete, porque ya sé el secreto: ¡gracias, querida hermana! ¡Nos hemos salvado!
Felipe cogió a Andrea en brazos, la estrechó cariñosamente contra su corazón, y llevado del ardor de la resolución, se lanzó fuera del aposento, sin esperar ni oír más.
Corrió a las caballerizas, él mismo ensilló su caballo, saltó sobre él, y dirigiéndose a París a todo escape.

CXLIV

LA CONCIENCIA ACUSADORA

Gilberto, oculto en su escondite, observaba todas estas escenas, y su conciencia sufría remordimientos horribles y profunda tristeza al advertir que se marchitaba la hermosura de Andrea.
Un grito acusador sonaba incesantemente en sus oídos, diciendo:
—Tú la perdiste.
Y entonces hubiera dado toda su vida por postrarse un solo instante a los pies de Andrea.
Observó detenidamente cuanto en torno de Andrea pasaba, y desde el momento en que llegó Felipe y celebró la entrevista con el doctor Luis, se creyó perdido y aun decidió morir; pero luego que vio a Felipe adorar como siempre a su hermana, Gilberto adoptó una nueva resolución, y se dijo:
—Puesto que la señorita de Taverney no me acusa, no hay medio de descubrir el delito. Además, yo he visto al rey en el aposento de Andrea, y en caso necesario manifestaré cuanto he presenciado, delante del hermano, y a pesar de la negativa de Su Majestad, me darán crédito... Sí, pero éste sería un partido muy peligroso... Callaré, pues, porque el rey tiene sobrados medios para probar su inocencia o anular mi testimonio. Pero a falta de rey, cuyo nombre no puede ser invocado en todo esto, so pena de prisión perpetua o de muerte, ¿no tengo a ese desconocido, por quien aquella misma noche bajó al jardín la señorita de Taverney?... ¿Cómo se defenderá ése? ¿Cómo han de adivinar quién es, y aun cuando lo adivinen, cómo lo han de hallar? Ése es un hombre ordinario, yo valgo tanto como él y me defenderé en su contra. Por otra parte, ni siquiera se piensa en mí; sólo Dios me ha visto —agregó riéndose con amargura—. Pero ese Dios que tantas veces vio mis lágrimas y pesares sin decir nada, ¿por qué habrá de cometer la injusticia de revelarme en esta ocasión, la única que me ha proporcionado de ser tan feliz?... Y luego, si el delito existe, suyo es y no mío, pues M. de Voltaire demuestra perfectamente que ya no hay milagros. Me he salvado y estoy tranquilo, porque nadie sabe mi secreto. El porvenir es mío.
Después de hacer estas reflexiones, o más bien esta composición con su conciencia, Gilberto encerró sus útiles de labor y fue a tomar con sus

compañeros la especie de cena. Mientras duró se mantuvo alegre, decidor y aun provocativo, pues había tenido remordimientos, había tenido miedo y ésta es una debilidad que un hombre, un filósofo, debe apresurarse a extinguir.
Con todo, el mancebo no contaba con su conciencia, y no durmió aquella noche.

CXLV

PROVOCACIÓN INFUNDADA

Efectivamente, Felipe ignoraba por completo dónde vivía José Balsamo, conde de Fénix.
Pero se acordó de la dama, de la marquesa de Savigny, a cuya casa fue trasladada Andrea el 31 de mayo para ser allí socorrida.
Fue, pues, a casa de aquella dama, y la doncella le indicó las señas de la casa de la calle de San Claudio.
Con profunda emoción tocó el aldabón de aquella casa sospechosa, donde, según todas las apariencias, estaban sepultados para siempre la honra y el reposo de la pobre Andrea. No obstante, invocando en su auxilio de voluntad, pronto dominó la indignación y la sensibilidad, para mantener intactas las fuerzas que creía necesarias.
Felipe entró en el patio conduciendo el caballo de la brida.
Aún no había dado cuatro pasos, cuando Fritz salió del vestíbulo, y apareciendo en el último escalón, fue a detenerle con esta pregunta:
—¿Qué queréis, señor?
Felipe se conmovió como si tropezara con un obstáculo imprevisto.
Miró al alemán frunciendo el entrecejo como si Fritz no cumpliera sencillamente con la obligación de criado.
—Quiero —dijo— hablar al amo de la casa, al conde de Fénix —agregó, atando la brida de su caballo a una argolla y dirigiéndose hacia la casa, en la cual entró.
—Mi señor no está en casa —dijo Fritz, dejando, sin embargo, pasar a Felipe, con la cortesía propia de un criado bien enseñado.
Felipe no había previsto aquella sencilla contestación.
Y quedó como cortado.
—¿Dónde lo encontraré? —preguntó.
—Lo ignoro, señorito.
—Debéis saberlo, sin embargo.
—Dispensadme, pero mi señor no me da cuenta de sus pasos.
—Amigo —dijo Felipe—, es preciso, no obstante, que hable a vuestro amo esta noche.

—Dudo que eso sea posible.
—Pues es forzoso, porque se trata de un asunto de la mayor importancia.
Fritz se inclinó sin responder.
—¿Conque no está en casa? —preguntó Felipe.
—No, señor.
—¿Pero volverá?
—Me parece que no.
—¿Conque os parece que no?
—Sí.
—Perfectamente —dijo Felipe, empezando a acalorarse—, entretanto id a decir a vuestro amo...
—Ya he tenido la honra de deciros —replicó Fritz con calma inalterable—, que mi señor no está en casa.
—Sé lo que valen los mandatos —dijo Felipe—, que se dan a los criados, y el que vos habéis recibido es respetable, amigo mío; pero no puede referirse a mí puesto que vuestro amo no podía prever mi visita, y vengo aquí por una excepción.
—La orden se extiende a todo el mundo —dijo Fritz torpemente.
—Entonces, si hay orden —dijo Felipe—, el conde de Fénix se encuentra en casa.
—Y bien, ¿qué? —dijo Fritz, que empezaba a impacientarse con aquella insistencia.
—Que le esperaré.
—Os digo que mi señor no está aquí: hace algún tiempo que hubo fuego en la casa y de resultas de este incendio se ha puesto inhabitable.
—Sin embargo, tú vives en ella —dijo Felipe incurriendo en una torpeza.
—Vivo en ella en clase de conserje.
Felipe se encogió de hombros, como dando a entender que no creía nada de cuanto le decían.
Fritz comenzaba a incomodarse.
—Por lo demás —dijo—, esté mi señor aquí o no esté, y ya encontrándose presente, ya en su ausencia, nadie está autorizado a entrar en su casa a la fuerza, y si no os conformáis con esta costumbre me veré obligado...
Fritz se detuvo.
—¿A qué? —preguntó Felipe ya exasperado.
—A poneros en la calle —contestó Fritz con tranquilidad.

—¿Tú? —exclamó Felipe chispeándole los ojos de rabia.
—Yo —repuso Fritz recobrando con el carácter distintivo de su nación todas las apariencias de sangre fría, a medida que iba aumentándose su ira.
Y avanzó un paso hacia el joven, quien exasperado, fuera de sí, echó mano a la espada.
Sin inmutarse Fritz al ver el acero, sin llamar aunque es verdad que tal vez estaría solo, cogió de una panoplia una especie de estaca armada de un hierro de corta dimensión, y lanzándose sobre Felipe a guisa de blandedor de palo más bien que de florista, del primer golpe hizo saltar hecho pedazos aquel espadín.
Felipe exhaló un grito de rabia, y arrojándose a su vez hacia el trofeo procuró coger de allí un arma.
Entonces se abrió la puerta del corredor y se presentó el conde destacándose del cuadro sombrío.
—¿Qué ocurre, Fritz? —preguntó.
—Nada, señor respondió éste, bajando la estaca, pero poniéndose como una barrera enfrente de su amo, quien, situado en las gradas de la escalera, le llevaba la mitad del cuerpo.
—Señor conde de Fénix —dijo Felipe—, ¿es costumbre en vuestro país que los criados reciban a un caballero con estaca en mano, o es una consigna particular a vuestra noble casa?
—Detente, Fritz —ordenó Balsamo.
Fritz bajó todavía más la estaca, y a una señal de su amo la dejó en un ángulo del vestíbulo.
—¿Quién sois, caballero? —preguntó el conde, que no veía bien a Felipe a la luz del velón que ardía en la antesala.
—Uno que necesita hablaros a toda costa,
—¿Que necesita?
—Sí.
—Esa palabra disculpa a Fritz, caballero, pues yo nunca deseo hablar a nadie, y cuando estoy en mi casa a nadie reconozco con derecho a necesitar hablarme. Me habéis faltado, pues; pero —agregó Balsamo suspirando—, os lo perdono con tal que os retiréis y no turbéis por más tiempo mi reposo.
—En verdad pega muy bien —exclamó Felipe—, que pidáis reposo cuando me habéis arrebatado el mío.
—¿Yo os he privado del reposo? —preguntó el conde.

—¡Soy Felipe de Taverney! —gritó el joven imaginando que este nombre era la mejor contestación que podía dar a la conciencia del conde.
—¿Felipe de Taverney?... caballero —dijo el conde—, vuestro padre me recibió cortésmente en su casa; sed, pues, bienvenido a la mía.
—¡Ah! es una fortuna —murmuró Felipe.
—Dispensadme el honor de seguirme, caballero.
Balsamo volvió a cerrar la puerta de la escalera excusada, y marchando delante de Felipe le llevó al salón donde hemos visto desarrollarse algunas de las escenas de esta historia, con particularidad la más reciente de cuantas allí se habían verificado, la de los cinco maestres.
El salón estaba alumbrado como si esperaran a alguien; pero era evidente que ocurriría así por una de las lujosas costumbres de la casa.
—Buenas noches, señor de Taverney —dijo Balsamo con un acento dulce y afectado que obligó a Felipe a alzar la vista para mirarle.
Pero al ver a Balsamo retrocedió un paso.
Efectivamente, el conde no era más que una sombra de sí mismo; sus hundidos ojos no despedían ningún brillo; sus mejillas, al enflaquecerse, habían surcado la boca con dos arrugas, y el ángulo facial, desnudo y huesoso, hacía que su cabeza semejase una calavera.
Aterrado Felipe, y al ver Balsamo su asombro brilló en sus labios una sonrisa mortalmente triste.
—Caballero —dijo—, os suplico que me perdonéis por lo que os ha pasado con mi criado; pero obedecía la orden que le había dado, y permitidme que os diga que vos sois el que habéis faltado pretendiendo infringir ese mandato.
—Caballero —dijo Felipe—, ya sabéis que hay en la vida situaciones apuradas, y precisamente me hallaba yo en una de ellas.
Balsamo no contestó.
—Quería veros —siguió diciendo Felipe—, quería hablaros, y hubiera arrostrado la muerte por llegar hasta vos.
Balsamo permaneció callado.
—He conseguido veros —continuó Felipe—, al fin os tengo en mi presencia, y va a mediar entre nosotros una explicación; pero antes dispensadme la bondad de despedir a ese hombre.
Y Felipe señalaba con el dedo a Fritz, que acababa de alzar el tapiz como para pedir a su amo por última vez órdenes respecto a aquel importuno visitante.

Balsamo fijó en Felipe una mirada cuyo objeto era penetrar sus intenciones; pero como el joven se encontraba ya al frente de un hombre a quien igualaba Balsamo en calidad y distinción, había recobrado la calma y la fuerza de ánimo, siendo por lo mismo impenetrable.

Entonces Balsamo despidió con un gesto a Fritz, y aquellos dos hombres tomaron asiento uno en frente del otro; Felipe con la espalda vuelta hacia la chimenea, y Balsamo con el codo apoyado en un velador.

—Hablad enseguida y con claridad, si gustáis, caballero —dijo Balsamo—, pues os escucho por pura condescendencia, y os prevengo que me cansaré pronto.

—Hablaré como debo y según crea conveniente —dijo Felipe—, y con vuestro permiso voy a empezar preguntándoos.

Al oír esta palabra, Balsamo frunció las cejas de un modo tan terrible, que saltó de ellas una chispa eléctrica.

Aquella palabra excitaba en él tales recuerdos, que Felipe se hubiera estremecido si hubiese conocido lo que pasaba en el corazón de aquel hombre.

Al fin recobró su imperio.

—Interrogadme —dijo Balsamo.

—Caballero —respondió Felipe—, nunca me habéis explicado bien en qué pasasteis el tiempo la famosa noche del 31 de mayo desde el instante en que sacasteis a mi hermana de entre los moribundos y cadáveres de que estaba atestada la plaza de Luis XV.

—¿Y a qué viene eso? —preguntó Balsamo.

—Viene, señor conde, para deciros que me parece muy sospechosa la conducta que observasteis aquella noche.

—¿Sospechosa?

—Sí, y muy probablemente no fue propia de un hombre de honor.

—Caballero —dijo Balsamo—, no os comprendo: no olvidéis que mi cabeza está fatigada, débil, y que de esta misma debilidad nacen, como es consiguiente, movimientos de impaciencia.

—¡Caballero! exclamó a su vez Felipe enfadado con el tono altanero y reposado a un mismo tiempo que Balsamo usaba con él.

—Caballero —continuó Balsamo en el mismo tono—, desde que tuve la honra de veros he sufrido una desgracia terrible: parte de mi casa se ha quemado, y el incendio ha destruido varios objetos de valor para mí, ¿lo

entendéis? de donde resulta que el pesar que he sentido ha trastornado un tanto mi razón; sed, pues, muy claro, os lo suplico, o me despediré de vos en este mismo instante.
—¡Oh! no, caballero —dijo Felipe—, no os despediréis de mí tan fácilmente como decís; respetaré vuestros pesares si os compadecéis de los míos, porque yo también. caballero, he sufrido una desgracia bien grande, mucho más que la vuestra, podéis creerlo.
Balsamo se sonrió.
—Yo, caballero —continuó diciendo Felipe—, he perdido el honor de mi familia.
—¿Y cómo puedo yo remediar esa desgracia? —preguntó el conde.
—¿Cómo podéis? —exclamó Felipe lanzando chispas por los ojos.
—Sin duda.
—Podéis devolverme lo que he perdido.
—Vamos, estáis loco —exclamó Balsamo.
Y extendió la mano hacia la campanilla.
Aquel movimiento lo ejecutó con tanta indolencia y con tanta poca ira, que Felipe le detuvo al instante el brazo.
—¿Que estoy loco? —exclamó Felipe con voz ahogada—, ¿pero no sabéis que se trata de mi hermana, a quien tuvisteis desmayada en vuestros brazos el 31 de mayo; de mi hermana, a quien condujisteis a una casa, honrada según vos, y según yo infame; de mi hermana, en una palabra, a quien os exijo, espada en mano, que devolváis su honra?
Balsamo se encogió de hombros.
—¡Bah! —exclamó— ¡cuántos rodeos para llegar a una cosa tan sencilla!
—¡Desventurado! —repuso Felipe.
—¡Qué voz tan desagradable tenéis, caballero! —dijo Balsamo siempre con tanta impaciencia como tristeza—; me dejáis sordo: vamos, ¿no habéis dicho que he insultado a vuestra hermana?
—¡Sí, menguado!
—He ahí un grito y una ofensa inútiles caballero, ¿quién demonios ha dicho que yo he insultado a vuestra hermana?
Felipe vaciló, porque el acento con que Balsamo pronunció aquellas palabras le llenó de asombro: o era el colmo de la imprudencia, o el grito de una conciencia honrada.
—¿Quién me lo ha dicho? —preguntó el joven.

—Eso he preguntado.
—Mi misma hermana, caballero.
—Pues bien, caballero, vuestra hermana...
—¿Qué pretendéis decir? —exclamó Felipe haciendo un gesto amenazador.
—Iba a deciros, caballero, que acabo de formar una opinión muy triste tanto de vos como de vuestra hermana. ¿Sabéis que es una especulación muy vergonzosa la que hacen ciertas mujeres con su deshonra? Sí, vos, como los hermanos barbudos de la comedia italiana, venís a obligarme con la espada o a que contraiga matrimonio con vuestra hermana, lo cual prueba que tiene mucha necesidad de marido, o a que os dé dinero, porque sabéis que hago oro. Pues bien, caballero, os equivocáis sobre estos dos puntos, pues no obtendréis dinero y vuestra hermana se quedará soltera.
—Entonces os arrancaré la sangre que circula por vuestras venas, si es que tenéis sangre —exclamó Felipe.
—No, ni aun siquiera eso, caballero.
—¿Qué decís?
—La sangre que tengo la guardo, y si hubiera deseado verterla he tenido para ello una ocasión más seria que la que vos me proporcionáis. Así, caballero, hacedme el favor de volveros tranquilamente, y si levantáis la voz, como ese ruido me daña la cabeza, llamaré a Fritz, Fritz vendrá, y con una seña os hará dos pedazos como si fueseis una caña. Marchaos.
Entonces Balsamo cogió la campanilla, y como Felipe tratara de impedírselo, abrió un cofre de ébano que estaba sobre el velador y sacó una pistola de dos tiros que amartilló.
—Pues bien, mejor quiero eso —dijo Felipe—, ¡matadme!
—¿Y por qué queréis que os mate?
—Porque me habéis deshonrado.
El joven pronunció estas palabras con tal acento de sinceridad, que Balsamo le miró con dulzura diciendo:
—¿Será posible que procedáis de buena fe?
—¿Dudáis de la palabra de un caballero?
—Bueno, quiero suponer que la señorita de Taverney es la única que ha concebido una idea tan innoble que os ha soliviantado, y siendo así voy a daros una satisfacción. Os juro, bajo palabra de honor, que la conducta que observé con vuestra hermana la noche del 31 de mayo es irreprochable; que ni los hombres de bien, ni los tribunales humanos, ni la justicia divina,

podrían hallar cosa que ofendiese al decoro más delicado; ¿me creéis?
—¡Caballero! —dijo el joven asombrado.
—Ya sabéis que no temo un desafío, porque esto se conoce en los ojos, ¿no es cierto? En cuanto a mi debilidad no hay que engañarse, pues es aparente: verdad es que tengo poca sangre en el rostro, pero mis músculos nada han perdido de su fuerza. ¿Deseáis que os lo pruebe? Mirad.
Y Balsamo levantó con una mano, sin esforzarse, un enorme vaso de bronce que había sobre un mueble de Boulé.
—Pues bien, caballero —dijo Felipe—, os creo en cuanto al 31 de mayo; pero os aprovecháis de un subterfugio, y ponéis vuestra palabra bajo la garantía de un error de fecha. ¡Después habéis vuelto a ver a mi hermana!
Balsamo titubeó a su vez.
—Es cierto que la he vuelto a ver —dijo.
Y su frente, que se había despejado por un instante, se oscureció de un modo terrible.
—¡Ah! ya lo veis —dijo Felipe.
—¿Y qué prueba en contra mía el que haya vuelto a verla?
—Que la sumergisteis en ese sueño inexplicable, cuyos síntomas ha sentido ya tres veces al aproximarse a ella, y que abusasteis de aquella insensibilidad para conseguir que vuestro secreto quedase oculto.
—¿Quién ha dicho eso? —exclamó a su vez Balsamo.
—¡Mi hermana!
—¿Y cómo lo sabe, puesto que se hallaba dormida?
—¡Ah! ¿conque declaráis que la durmieron?
—Hago más, declaro que yo fui quien la durmió.
—¿Vos?
—Sí.
—¿Y con qué intención sino con la de deshonrarla?
—¡Con qué intención! ¡ay de mí! —dijo Balsamo inclinando la cabeza sobre el pecho.
—Hablad, hablad.
—Con el objeto de hacer que revelase un secreto que para mí tenía más valor que la vida.
—¡Oh! ése es un subterfugio, astucia nada más.
—Y esa noche fue cuando vuestra hermana...
—Fue deshonrada, sí, caballero.

—¡Deshonrada!
—¡Mi hermana está en cinta!
Balsamo exhaló un grito.
—¡Oh! es cierto» es cierto —dijo—, ya me acuerdo, me fui sin despertarla.
—¿Al fin confesáis? —exclamó Felipe.
—Sí; y algún infame en aquella noche terrible... ¡oh! terrible para todos nosotros, caballero; algún malvado se aprovecharía de su sueño.
—¡Ah! Queréis mofaros de mí, caballero.
—No; convenceros, sí.
—Difícil será.
—¿Dónde se encuentra en este momento vuestra hermana?
—En el sitio donde vos supisteis descubrirla.
—¿En Trianón?
—Precisamente.
—Pues voy a Trianón con vos.
Felipe quedó inmóvil de asombro.
—He incurrido en una falta, caballero —dijo Balsamo—, pero soy inocente de todo crimen, aunque dejé a esa niña sumergida en el sueño magnético. En compensación de esa falta, que es justo me perdonéis, sabréis quién es el culpable.
—Hablad, hablad.
—Yo lo ignoro —dijo Balsamo.
—Pues entonces, ¿quién lo sabe?
—Vuestra hermana.
—Sí, pero se ha negado a revelármelo.
—Es posible; mas a mí me lo dirá.
—¿Mi hermana?
—¿Si vuestra hermana acusa a alguien, le daréis crédito?
—Sí, porque mi hermana es un ángel de pureza.
Balsamo tiró de la campanilla y se presentó el criado.
—Fritz, una carroza —ordenó Balsamo.
Felipe se paseaba por el salón como un loco.
—¿El culpable? —decía— ¿prometéis comunicarme el nombre del culpable?
—Caballero —dijo Balsamo—, vuestra espada se ha roto, permitidme que os regale otra.
Y tomó de encima de un sillón una magnífica espada con puño de granate

que colocó a Felipe en la cintura.
—¿Pero y vos? —dijo el joven.
—Yo no necesito armas —respondió Balsamo—; mi defensa está en Trianón, y mi defensor lo seréis vos mismo una vez que vuestra hermana haya hablado.
Un cuarto de hora después subieron a una carroza, y Fritz los condujo hacia el camino de Versalles al galope de dos hermosos caballos.

CXLVI

BALSAMO RECURRE AL MAGNETISMO

PARA DEMOSTRAR SU INOCENCIA

Ya eran las tres cuando llegaron nuestros dos hombres a Trianón y la aurora empezaba a teñir de púrpura las columnas y terrados de Versalles.
Cuando llegaron al final de la avenida que conducía a Trianón, Felipe mandó parar el carruaje, y dijo a su compañero:
—Caballero, temo necesitemos esperar aquí algún tiempo. Las puertas no se abren en Trianón hasta las cinco de la mañana, y me figuro que si quebrantamos la consigna, hará sospechar nuestra venida a los vigilantes y guardas.
Balsamo no respondió, sino manifestó con un movimiento de cabeza que aceptaba la verdad de la proposición.
—Por otra parte, caballero —continuó Felipe— esta tardanza me dará tiempo para comunicaros algunas reflexiones que he hecho durante el viaje.
Balsamo fijó en Felipe una mirada vaga, llena de fastidio e indiferencia.
—Como queráis, caballero —dijo— hablad, que os escucho.
—Habéis dicho, caballero —prosiguió Felipe—, que la noche del 31 de mayo dejasteis a mi hermana en casa de la señora marquesa de Savigny.
—Vos mismo os cerciorasteis de ello —dijo Balsamo—, puesto que

visitasteis a esa señora para darle las gracias.
—Añadisteis también que un criado de las caballerizas del rey os condujo desde el palacio de la marquesa hasta nuestra casa, es decir, hasta la calle de Coq-Heron, no habiéndoos hallado, por lo tanto, solo con ella, y os he creído bajo la fe de caballero.
—Habéis hecho perfectamente.
—Pero detenido mi pensamiento en circunstancias más recientes, me he visto obligado a decirme a mí mismo que debisteis entrar en su aposento la noche que conseguisteis introduciros en los jardines de Trianón.
—Jamás he entrado en la habitación de vuestra hermana, caballero.
—¡Escuchad, no obstante...! Mirad que antes de que os presentéis a Andrea es necesario que todo se aclare.
—Aclaradlo, pues, porque eso es lo que yo quiero y a lo que hemos venido aquí.
—Pues bien, esa noche, digo, se acostó mi hermana muy temprano; ¿la encontrasteis, pues, en la cama?
Balsamo con la cabeza indicó que no.
—¡Nada de negar! —dijo Felipe.
—No; niego caballero, me preguntáis y contesto.
—Pues bien, continúo preguntándoos, seguid vos respondiendo.
Balsamo no se incomodó, sino al contrarío, hizo una seña a Felipe de que aguardaba.
—Cuando subisteis a casa de mi hermana —continuó Felipe acercándose cada vez más—, cuando la sorprendisteis y dormisteis por medio de vuestro poder infernal, Andrea se hallaba acostada, leyendo. Enseguida sintió esa pesadez que vuestra presencia le infunde siempre, y perdió el sentido; ahora bien, decís que no hicisteis otra cosa sino interrogarla, añadiendo que os marchasteis, por un olvido, sin despertarla; y sin embargo —añadió Felipe agarrando a Balsamo por la muñeca y apretándole convulsivamente—; sin embargo, cuando volvió en sí a la mañana siguiente, se hallaba, no en su cama, sino al pie del sofá, medio desnuda. Contestad a esta acusación, caballero, y no tergiverséis las cosas.
Durante esta interpelación, Balsamo, como un hombre a quien despiertan, desechaba una a una las negras ideas que nublaban su frente.
—Verdaderamente, caballero —dijo— que no debíais haber vuelto a tocar este asunto y suscitar una larga disputa. Yo he venido aquí por

condescendencia y por el interés que me inspiráis, y me presumo que se os ha olvidado. Como sois joven y oficial, tenéis la costumbre de levantar el grito llevando la mano al pomo de la espada; pero todo esto os hace raciocinar muy mal en una circunstancia tan grave. Hice en mi casa más de lo que debí hacer para convenceros y alcanzar que me dejaseis tranquilo; pero veo que comenzáis de nuevo; mirad, pues, lo que hacéis, porque si me cansáis me adormeceré en lo profundo de mis pesares, comparados con los cuales son los vuestros, os lo juro, pasatiempo infantil; y cuando me duermo de ese modo, caballero, ¡desventurado del que me despierte! No he entrado en la habitación de vuestra hermana, y no puedo deciros más; vuestra hermana fue quien, voluntariamente, en lo cual confieso que tuvo gran parte mi voluntad, salió en busca mía al jardín.

Felipe hizo un movimiento, pero Balsamo le contuvo.

—Os lo probaré ahora mismo. Corriente: entremos en Trianón, lo cual vale más que estar perdiendo el tiempo en cosas inútiles. ¿Deseáis que esperemos? Esperemos, pues, pero en silencio y sin alterarse, si es de vuestro agrado.

Después de decir esto, Balsamo tornó a sumergirse en su profunda meditación.

Felipe lanzó un rugido sordo como una fiera cuando se separa a morder; pero cambiando de pronto de actitud y modo de pensar:

—Es necesario —dijo—, persuadir a este hombre o dominarlo con algún género de superioridad; mas como me faltan medios de dominar o de persuadir, es mejor tener paciencia.

Pero no pudiéndola tener al lado de Balsamo, saltó del carruaje y empezó a pasear por la calle de árboles en que la carroza se había detenido.

Pasados diez minutos, vio Felipe que le era imposible esperar más tiempo. Prefirió, pues, hacer que le abrieran la verja antes de la hora acostumbrada, a riesgo de excitar sospechas.

—Por otra parte —murmuraba Felipe acariciando una idea que ya había tenido varias veces—; por otra parte, ¿podrá sospechar el portero si le digo que la salud de mi hermana me ha obligado a traer un médico de París?

—Sí, caballero —dijo—, tenéis razón, es inútil aguardar más tiempo. Venid, venid.

Pero fue necesario que renovase esta advertencia, y entonces únicamente fue cuando se desprendió Balsamo de la capa en que iba embozado, se abrochó su hopalanda oscura con botones de acero, y saltó de la carroza.

Siguió Felipe una senda que le llevó a la verja del parque, con toda la economía que proporcionan las diagonales.
—Andemos de prisa —dijo Balsamo.
Y su paso era tan veloz, que a Balsamo le costaba trabajo seguirle.
La verja se abrió, Felipe conversó con el portero, y nuestros hombres pasaron.
Después que la verja se cerró tras ellos, Felipe se detuvo otra vez.
—Caballero —dijo—, una palabra. Ya estamos en el último término de nuestro viaje; no sé lo que preguntaréis a mi hermana, y desearía que a lo menos le evitaseis los detalles de la horrible escena que pasó estando dormida. Ya que ha perdido la virginidad del cuerpo, respetad la del alma
—Caballero —contestó Balsamo—, escuchadme: nunca he entrado en el jardín más allá de esos frondosos bosques que veis allí, frente al edificio en que habita vuestra hermana, y de consiguiente jamás he penetrado en la habitación de la señorita de Taverney, como ya he tenido la honra de manifestároslo. En cuanto a la escena que teméis afecte la imaginación de vuestra hermana, sólo os producirá efecto a vos y a una persona dormida, en atención a que desde ahora voy a ordenar a esa señorita que caiga en el sueño magnético.
Balsamo se detuvo, cruzóse de brazos, volvióse hacia el pabellón en que se hallaba Andrea, y quedó extático, frunciendo el entrecejo y con la expresión de una voluntad omnímoda extendida por su rostro.
—Entremos —dijo dejando caer los brazos—, ya debe estar dormida la señorita Andrea.
Felipe dudó.
—¡Ah! ¡No me creéis! —exclamó Balsamo— pues bien, esperad. Para poder convenceros de que no tuve necesidad de entrar en su aposento, voy a mandarle, dormida y todo como se encuentra, que venga a buscarnos al pie de los escalones, en el mismo lugar en que le hablé en mi última entrevista.
—Corriente —dijo Felipe—; una vez que lo vea lo creeré.
—Acerquémonos a esa calle de árboles, y aguardemos detrás de los hojaranzos.
Felipe y Balsamo se colocaron en el paraje designado. Balsamo extendió la mano hacia el aposento que ocupaba Andrea.
Pero tan pronto se colocó en esa actitud, oyóse un ligero ruido en los hojaranzos inmediatos.

—Mirad que hay un hombre —dijo Balsamo.
—¿Dónde? —interrogó Felipe buscando con la vista la persona que le señalaba el conde.
—Allí, en el bosquecillo de la izquierda —respondió éste.
—¡Ah! sí —dijo Felipe—, es Gilberto, un joven que sirvió en nuestra casa.
—¿Tenéis algo que temer de ese joven?
—No, o a lo menos así lo creo; pero sin embargo, deteneos, caballero, pues si Gilberto está levantado, pueden estarlo otros igualmente.
Mientras, Gilberto se alejaba lleno de espanto, pues al ver juntos a Felipe y Balsamo, comprendió por instinto que estaba perdido.
—¿Y bien, caballero —preguntó Balsamo—, a qué os decidís?
—Caballero —dijo Felipe experimentando a pesar suyo el encanto magnético que aquel hombre esparcía en torno suyo—; caballero, si verdaderamente es tan grande vuestro poder que atraeréis a mi hermana hasta aquí, manifestad ese poder de una manera cualquiera, pero no traigáis a Andrea a un sitio descubierto como lo es éste, y donde cualquiera que venga podrá escuchar vuestras preguntas y respuestas.
—Ya era hora —dijo el conde cogiendo al joven del brazo y señalando en la ventana del corredor a Andrea, blanca y severa que salía de su cuarto, y cumpliendo la orden de Balsamo se decidía a bajar la escalera.
—Detenedla, detenedla —dijo Felipe desatinado a la vez que estupefacto.
—Corriente —dijo Balsamo.
Y extendió el brazo en dirección a la señorita de Taverney, quien se detuvo al instante.
Después, como la estatua que se encaminaba al festín del *Convinado de Piedra*, después de permanecer así un instante, dio una vuelta y entró en su habitación.
Felipe se precipitó tras ella, y Balsamo le siguió.
Felipe entró en el aposento casi al mismo tiempo que Andrea, y cogiendo a la joven en brazos la hizo sentar.
Algunos momentos después que Felipe, Balsamo entró y cerró tras sí la puerta.
Por breve que fuese el tiempo que mediase entre la entrada del uno y el otro, un tercer personaje tuvo tiempo para deslizarse por entre aquellos dos hombres y penetrar en el gabinete de Nicolasa, donde se ocultó, comprendiendo que su vida dependía de la conferencia que iba a tener lugar.

Aquel personaje era Gilberto.

CXLVII

DESCUBRIMIENTO DEL CRIMINAL

Mientras Balsamo cerraba la puerta, Felipe contemplaba a su hermana, lleno de terror y curiosidad.
—¿Estáis en disposición, caballero? —le interrogó.
—Sí, sí —tartamudeó Felipe temblando de pies a cabeza.
—¿Es decir que podemos empezar a preguntar a vuestra hermana?
—Como gustéis —dijo Felipe respirando con fuerza como para quitar el peso que agobiaba su pecho.
—Antes que nada —dijo Balsamo—, mirad a vuestra hermana.
—Ya lo veo, caballero.
—¿Creéis que duerme?
—Sí.
—¿Y que por lo tanto no tiene el menor conocimiento de lo que está sucediendo aquí?
Felipe no contestó; pero hizo un gesto que manifestaba duda.
Balsamo se encaminó entonces a la chimenea y encendió una bujía que pasó a Andrea por delante de los ojos sin que la llama le hiciera bajar los párpados.
—Sí, sí, duerme —dijo Felipe—; ¡pero qué sueño tan raro. Dios mío!
—Pues bien —voy a preguntarle —continuó Balsamo—; o más bien interrogadle vos, caballero, que habéis manifestado temor de que haga a vuestra hermana alguna pregunta indiscreta.
—Pero si le he hablado, la toqué hace poco, y ni me ha oído ni sintió que la abrazaba...
—Eso consiste en que no os hallabais en relación con ella; voy, pues, a poneros.
Balsamo cogió a Felipe la mano y la puso en la de Andrea.

Al momento se sonrió la joven, murmurando:
—¡Ah! ¿Eres tú, hermano?
—Ya veis como os conoce —dijo Balsamo.
—¡Sí, qué cosa tan extraña!
—Preguntadle, y os responderá.
—Pero si no se recordaba estando despierta, ¿cómo queréis que se acuerde estando dormida?
—Ése es un misterio de la ciencia.
Y suspirando, Balsamo se sentó en un sillón que había en un rincón.
Felipe quedó inmóvil, con su mano en la de Andrea, y sin saber cómo principiar unas preguntas, cuyo resultado sería para él adquirir la seguridad de su deshonra y la revelación de un delincuente, en quien tal vez no podría recaer su venganza.
Andrea se encontraba en un estado de calma próximo al éxtasis, y su rostro revelaba quietud más bien que cualquier otro sentimiento.
Estremeciéndose, obedeció Felipe a la mirada expresiva de Balsamo que le decía se preparase.
Conforme pensaba en su desgracia, y se nublaba su rostro, cubríase el de Andrea de una nube, y ella fue la que empezó diciéndole:
—Sí, tienes razón, hermano, es una gran desgracia para la familia.
Andrea traducía de esta manera el pensamiento que leía en la mente de su hermano.
Felipe no aguardaba aquel comienzo, y se estremeció.
—¿Qué desgracia? —preguntó, sin saber con exactitud lo que respondía.
—¡Ah! bien lo sabes tú, hermano.
—Obligadle a que hable, caballero, y hablará.
—¿Y de qué modo la obligo?
—Queriendo que hable.
Felipe miró a su hermana formulando una voluntad interior.
Andrea se ruborizó.
—¡Oh! —dijo la joven—, ¡y qué mal haces, Felipe, en pensar que Andrea te ha engañado!
—¿De modo que no amas a nadie? —preguntó Felipe.
—A nadie.
—Entonces no tengo que castigar a un cómplice, sino a un criminal.
—No te comprendo, hermano.

Felipe miró al conde como pidiéndole parecer.
—¿Que la obligue?
—Obligadla —dijo Balsamo.
—Sí, preguntad resueltamente.
—¿Sin respetar el pudor de esta niña?
—¡Oh! no tengáis miedo, pues cuando lo despierte no se acordará de nada.
—¿Pero podrá responder a mis preguntas?
—¿Veis bien? —preguntó Balsamo a Andrea.
Andrea se estremeció al oír aquella voz, y dirigió su mirada sin brillo hacia el sitio donde se encontraba Balsamo.
—No tan bien —dijo—, como si fuerais vos quien me preguntaseis; pero, no obstante, veo.
—Pues bien —dijo Felipe—, si ves, cuéntame, hermana, con todos sus detalles, lo que sucedió la noche que te desmayaste.
—¿No comenzáis por la noche del 31 de mayo, caballero? Me parece que vuestras sospechas se remontaban a esa noche, y ya ha llegado el instante de que todo se aclare a la vez.
—No, caballero —respondió Felipe—, desde hace un momento creo en vuestra palabra. El que dispone de un poder como el vuestro, no se aprovecha de él para conseguir un objeto vulgar. Hermana —agregó Felipe—, refiéreme todo lo que sucedió en la noche que te desmayaste.
—No recuerdo —dijo Andrea.
—¿Oís, señor conde?
—Es necesario que se acuerde y que hable; mandádselo, pues.
—¡Pero si se encontraba dormida!
—El alma velaba.
Levantóse entonces, extendió la mano hacia Andrea, y frunciendo el entrecejo de una manera que indicaba aumento de voluntad y acción:
—Recordad —dijo—, yo lo quiero.
—Ya me acuerdo —dijo Andrea.
—¡Oh! —dijo Felipe enjugándose la frente.
—¿Qué queréis saber?
—¡Todo!
—¿Desde cuándo?
—Desde el instante en que te acostaste.
—¡Os veis a vos misma? —interrogó Balsamo.

—Sí, me veo; tengo en la mano el vaso preparado por Nicolasa... ¡Oh! ¡Dios mío!
—¿Qué? ¿Qué ocurre?
—¡Es una bribona!
—Habla, hermana, habla.
—El vaso contiene un brebaje, y si me lo bebo me pierdo.
—¡Un brebaje! —exclamó Felipe—, ¿y con qué fin?
—¡Espera, espera!
—Primero lo del brebaje.
—Iba a llevárselo a los labios; pero en aquel instante...
—¿Qué?
—El conde me llamó.
—¿Quién es ese conde?
—Él —dijo Andrea extendiendo la mano hacia Balsamo.
—¿Y entonces?
—Solté el vaso y quedé dormida.
—¿Y qué más, qué más? —preguntó Felipe.
—Levánteme, y fui a reunirme con él.
—¿Dónde se encontraba el conde?
—Bajo los tilos, frente a mi ventana.
—¿Y el conde no ha entrado jamás en tu cuarto, hermana?
—Jamás.
Balsamo dirigió a Felipe una mirada que quería decir:
—¿Veis cómo no os he engañado, caballero?
—¿Y fuiste a reunirte con el conde?
—Sí, porque cuando me manda, le obedezco.
—¿Y qué te quería el conde?
Andrea, vaciló.
—Hablad —exclamó Balsamo—, pues haré por no oíros.
Volvió a caer en el sillón, ocultando la cabeza entre las manos como para impedir que llegase hasta él el ruido de las palabras de Andrea.
—Di, ¿para qué te llamaba el conde? —repitió Felipe.
—Para preguntarme...
Paróse de nuevo, de manera que cualquiera hubiese dicho temía desgarrar el corazón del conde.
—Continúa, hermana, continúa —dijo Felipe.

—Por una persona que había huido de su casa, y que (Andrea bajó la voz) después ha muerto.
Por muy bajo que Andrea dijo estas palabras, Balsamo las oyó o las adivinó, pues lanzó un gemido melancólico.
Detúvose Felipe, y durante un instante reinó el silencio más profundo.
—Continuad, continuad —dijo Balsamo—: vuestro hermano necesita saberlo todo, señorita, y es preciso que lo sepa. ¿Qué hizo ese hombre después que adquirió las noticias que deseaba?
—Se marchó —dijo Andrea.
—¿Dejándote en el jardín? —preguntó Felipe.
—Sí.
—¿Y qué sucedió entonces?
—Como se alejaba de mí, llevándose con él la fuerza que me sostenía, caí al suelo.
—¿Desmayada?
—No, dormida; pero con un sueño tan profundo como el plomo.
—¿Podrás acordarte de lo que te ocurrió durante ese sueño?
—Procuraré acordarme.
—Perfectamente, di lo que te sucedió.
—Salió un hombre de un bosquecillo me cogió en sus brazos, y me llevó.
—¿Adonde?
—Aquí, a mi cuarto.
—¡Ah...! ¿y ves a ese hombre?
—Espera... sí, sí... ¡Oh! —prosiguió Andrea haciendo un gesto de desagrado e incomodidad—; ¡Gilberto había de ser!
—¿Gilberto?
—Sí.
—¿Y qué hizo?
—Me acostó en este sofá.
—¿Y luego?
—Espera.
—Ved, ved-dijo Balsamo—, quiero que veáis.
—Escucha... va al otro cuarto... retrocede espantado, y entra en el gabinete de Nicolasa... ¡Dios mío! ¡Dios mío!
—¿Qué ocurre?
—Un hombre le sigue y yo no puedo levantarme, ni defenderme, ni pedir

socorro ¡dormida como estoy!
—¿Quién es ese hombre?
—¡Hermano mío! ¡Hermano!
Y el rostro de Andrea reveló el más profundo dolor.
—Decid quién es ese hombre —repuso Balsamo—, yo os lo mando.
—El rey —exclamó Andrea—, el rey.
Felipe se estremeció.
—¡Ah! —murmuró Balsamo—, lo sospechaba.
—Se acerca a mí —continuó diciendo Andrea—, me habla, me coge en brazos y me abraza. ¡Oh! ¡hermano!
Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de Felipe, mientras de su mano apretaba el puño de la espada que le había dado Balsamo.
—¡Hablad, hablad! —continuó el conde con tono cada vez más imperioso.
—¡Oh! ¡qué felicidad! se turba... se detiene... me mira... tiene miedo... huye... ¡Andrea se ha salvado!
Felipe aspiraba cada una de las frases que salían de boca de su hermana.
—¡Se salva! ¡Andrea se salva! —replicó maquinalmente.
—¡Aguarda, hermano, aguarda!
Como intentando apoyarse, buscaba la joven el brazo de Felipe.
—¿Qué más? ¿qué más? —interrogó éste.
—Se me había olvidado.
—¿El qué?
—Allí, allí, en el aposento de Nicolasa, con un cuchillo en la mano...
—¿Con un cuchillo en la maño?
—Lo veo, está tan pálido como la muerte.
—¿Quién?
—Gilberto.
Felipe contenía la respiración.
—Sigue al rey —continuó Andrea—, cierra la puerta tras sí, apaga con el pie la bujía que estaba ardiendo sobre el tapiz y se acerca hacia mí. ¡Oh!
Levantóse la joven en brazos de su hermano. Y tan tirantes se hallaban todos los músculos de su cuerpo que parecían iban a romperse:
—¡Oh! ¡qué miserable! —dijo por último.
Y volvió a caer sin fuerzas.
—¡Dios mío! —dijo Felipe sin atreverse a interrumpirla.
—Él es —murmuró la joven.

Después, incorporándose hasta llegar al oído de su hermano, chispeándole los ojos de rabia y con las manos crispadas, le preguntó:
—¿Es verdad, Felipe, que le matarás?
—¡Ah! Sí —gritó el joven dando un brinco.
Y tropezó con un velador que estaba detrás de él con varias piezas de porcelana.
Cayó el velador y las piezas se hicieron añicos.
Al ruido se mezcló un sordo rumor, y de pronto se conmovieron las tablas del piso, dominando todo aquello un grito de Andrea.
—¿Qué sucede? —dijo Balsamo—, se ha abierto una puerta.
—¿Nos estaban escuchando? —exclamó Felipe tirando la espada.
—Era él —dijo Andrea—, él.
—¿Pero quién es él?
—¡Gilberto, siempre Gilberto! ¡Ah! ¿es cierto que le matarás, Felipe? ¿no es verdad que le matarás?
—¡Oh! sí, sí, sí —exclamó el joven.
Y se precipitó a la antesala, espada en mano, mientras Andrea volvía a caer sobre el sofá.
Balsamo corrió tras el joven y le sujetó por el brazo, diciéndole:
—Observad, caballero, que lo que ahora es un secreto va a hacerse público: es de día, y en los palacios reales resuena mucho el eco.
—¡Oh! ¡Gilberto, Gilberto! —repetía Felipe—, estaba escondido ahí, nos ha oído y podía haberlo matado. ¡Oh! El cielo confunda a ese miserable.
—Sí; pero silencio, que ya lo encontraréis de nuevo a ese joven; de vuestra hermana es de quien debéis ocuparos, caballero, porque ya podéis ver que empieza a cansarse de tantas emociones.
—¡Ah! es cierto, por lo que yo sufro comprendo lo que ella deberá sufrir: ¡es tan espantosa esta desgracia, tiene tan poco remedio! ¡Oh! caballero, caballero, va a costarme la vida.
—Al contrario, viviréis para ella, pues como no tiene a nadie sino a vos, le sois necesario; amadla, compadecedla, y conservadla a vuestro lado.
—Y ahora —continuó después de guardar silencio unos cuantos momentos —, ¿me necesitáis para algo?
—No, caballero, perdonadme mis sospechas, perdonadme mis ofensas, sin embargo de que el daño proviene de vos.
—Sin que yo intente disculparme, caballero, se os ha olvidado lo que ha

dicho vuestra hermana.
—¿Qué ha dicho? Porque tengo trastornada la cabeza.
—Si yo no hubiera venido, habría tomado el narcótico preparado por Nicolasa y entonces hubiera sido el rey. ¿Sería en tal caso menor la desgracia?
—No, caballero, siempre hubiera ocurrido lo mismo, y ya veo que estábamos condenados. Despertad a mi hermana.
—No, porque me vería, y quizá comprendería lo que ha ocurrido: más vale que la despierte lo mismo que la dormí; esto es, de lejos.
—¡Gracias, gracias!
—Quedad con Dios, caballero.
—Una palabra, conde. ¿Supongo que seréis hombre de honor?
—¡Oh! ¿Queréis decir que guarde secreto?
—Conde...
—Es una recomendación innecesaria: en primer lugar porque soy un caballero, y en segundo porque resuelto como estoy a no tener nada de común con los hombres, voy a olvidaros y a no preocuparme de sus secretos. Sin embargo, contad conmigo si alguna vez puedo seros útil... Pero no, no; ya no soy útil para nada; para nada sirvo ya en el mundo. Adiós, señor.
E inclinándose ante Felipe, Balsamo miró nuevamente a Andrea, quien tenía la cabeza echada hacia atrás con todos los síntomas del dolor y el cansancio.
—¡Oh ciencia —murmuró—, cuántas víctimas para alcanzar un resultado sin valor!
Y desapareció.
Mientras se alejaba fue reanimándose Andrea, quien alzó su pesada cabeza como si fuera de plomo, y mirando a su hermano con ojos de asombro:
—¡Oh Felipe! —murmuró—, ¿qué es lo que acaba de suceder?
Felipe comprimió los sollozos que le ahogaban, y sonriéndose con heroísmo:
—Nada, hermana —respondió.
—¿Nada?
—Sí.
—¡Y no obstante, me parece que he estado delirando, que he soñado!
—¡Soñado! ¿Y qué soñabas, querida Andrea?
—¡Oh! he soñado con el doctor Luis.
—Andrea, eres tan pura como la luz del día; pero todo te acusa, todo te pierde, y sobre los dos ha caído un estigma infamante. Voy en busca del

doctor Luis para que diga a la señora delfina que estás atacada de ese mal inexorable que se apodera del que vive lejos de su patria, y que únicamente puedes curarte residiendo en Taverney. Luego marcharemos, ya al mismo Taverney, ya a cualquier otro sitio del mundo, y aislados allí los dos nos amaremos y nos consolaremos mutuamente.
—Sin embargo, hermano —dijo Andrea—, puesto que soy tan pura como dices...
—Querida Andrea, ya te explicaré todo lo ocurrido; entretanto disponte a marchar.
—Pero, ¿y papá?
—Mi padre —dijo Felipe sombrío—; ¿mi padre? Eso me corresponde a mí, y ya le prepararé.
—¿Es decir que os acompañará?
—¿Quién, ¿mi padre? ¡oh! es imposible, ¡imposible! Nosotros dos, Andrea; ya te he manifestado que nosotros dos solos.
—¡Oh! ¡me asustas, amigo mío! Me espantas, y me haces sufrir mucho.
—Dios vela por todos, Andrea —dijo el joven—: así, pues, valor: corro en busca del doctor, y por lo que hace a ti, Andrea, no olvides que estás mala por el sentimiento que te causa haber dejado a Taverney, sentimiento que ocultabas por la señora delfina. Vamos, vamos, sé fuerte, hermana, porque nos va en ello nuestro honor.
Y Felipe apresuróse a abrazar a su hermana, porque se ahogaba.
Recogió la espada, que había dejado caer, la introdujo en la vaina con mano temblorosa, y se lanzó a la escalera.
Un cuarto de hora más tarde llamaba a la puerta del doctor Luis, que vivía en Versalles todo el tiempo que residía la corte en Trianón.

CXLVIII

EL DOCTOR LUÍS Y FELIPE DE TABERNEY CONFERENCIAN

ACERCA DEL ESTADO DE ANDREA Y CONVIENEN EN LA CONDUCTA QUE HAN DE OBSERVAR

Meditabundo como siempre paseábase en su jardín el doctor Luis, cuando lo vio Felipe.
Al ruido de los pasos alzó el doctor la cabeza y exclamó:
—¡Ah! ¡Ah! ¿Sois vos?
—Perdonadme, doctor, que haya venido de este modo a turbaros en vuestra soledad; pero ha llegado el momento que habíais previsto; os necesito, y vengo a solicitar vuestra asistencia.
—Os prometí que os la daría caballero —dijo el doctor—, y os lo prometo de nuevo.
Felipe se inclinó sumamente conmovido, para entablar él la conversación.
El doctor Luis comprendió su indecisión, y asustado con la palidez de Felipe, temeroso de que hubiese sucedido alguna catástrofe a consecuencia de aquel drama, preguntó:
—¿Cómo se encuentra la enferma?
—Muy bien, a Dios gracias, doctor, y mi hermana es una joven digna y honrada; tan digna y honrada, que sería injusto que sufriese o corriese algún peligro.
El doctor miró a Felipe como para preguntarle, figurándose que volvía a negar como la víspera.
—Pues en ese caso —dijo—, ¿ha sido víctima de alguna sorpresa o de algún lazo?
—Sí, doctor, víctima de una sorpresa jamás vista, de un lazo infame.
El médico juntó las manos, y alzó los ojos al cielo.
—¡Ay! —dijo—, vivimos en una época terrible, y creo que es urgente nazcan médicos que curen a las naciones, como los hay hace tanto tiempo que curan a las personas.
—Sí —dijo Felipe—, que vengan, pues nadie los verá venir con tanta alegría como yo; pero entretanto...
Y Felipe hizo un gesto amenazador.
—¡Ah! —dijo el doctor—, ya veo, caballero, que sois de esos hombres que creen que para reparar un delito se ha de emplear la violencia, y acudir al derramamiento de sangre.
—Sí, doctor —respondió Felipe tranquilamente—, sí, soy de esos hombres.
—Algún desafío —murmuró el doctor—; un desafío no devolverá la honra a vuestra hermana, en caso de que matéis al delincuente, y que la llevará a la

desesperación si él os mata a vos. ¡Ah! caballero, supuse que teníais una imaginación recta, pensaba que teníais un corazón interesante, y se me figuraba haberos oído manifestar deseos de que se guardase secreto sobre esta desgracia.

Felipe apoyó su mano en el brazo del doctor, y le dijo:

—Caballero, os equivocáis de un modo extraño acerca de mí; pienso con bastante rectitud, y mis raciocinios nacen de una convicción profunda, y una conciencia inmaculada; no pretendo hacerme justicia a mí mismo, sino castigar; no quiero exponer a mi hermana a quedar abandonada o a que muera si me matan a mí, sino vengarla matando a un criminal.

—¿Y le mataréis siendo como sois un caballero? ¡Cometeréis un asesinato!

—Ah, si le hubiera visto poco antes de haber cometido el crimen penetrar como un ladrón en un aposento donde no tenía derecho para poner el pie, por su baja condición, y le hubiese matado entonces, todos hubieran dicho que había hecho bien, ¿por qué, pues, le he de perdonar ahora? ¿Se ha de respetar al delincuente?

—¿Es decir que vuestro corazón está decidido a llevar a cabo ese fatal proyecto?

—¡Estoy decidido, resuelto! Algún día le hallaré ciertamente, por más que se oculte, y ese día os lo digo, caballero, sin compasión ni remordimiento, le mataré como un perro.

—Entonces —dijo el doctor Luis—, realizaréis un delito igual al que él ha cometido, o más odioso quizá; porque, ¿quién sabe si una palabra imprudente, o un gesto de coquetería que se escape a una mujer no son suficientes a excitar los deseos del hombre y sus vehementes inclinaciones? Matar, cuando tenéis otros medios de reparación, cuando un casamiento...

Felipe levantó la cabeza.

—¿No sabéis, caballero, que los Taverney Casa-Roja descienden del tiempo de las Cruzadas, y que mi hermana es tan noble como una archiduquesa o una infanta?

—Sí, os comprendo, y el culpable no lo es: será un rústico, un villano, como decís vosotros los hijos de noble raza. Sí, sí —prosiguió sonriéndose con amargura—, sí, es verdad; Dios ha creado hombres de cierto barro inferior para que los maten otros de un barro más delicado. ¡Oh! sí, estáis en lo cierto, matad, matad.

Y volviendo la espalda a Felipe empezó a arrancar la mala hierba de su

jardín.
Felipe se cruzó de brazos.
—Atendedme, doctor —dijo—, no se trata aquí de un seductor a quien una coqueta anima más o menos; no se trata de un hombre, por último, provocado, como decíais, sino de un miserable, criado en nuestra casa, y que después de haber comido durante veinte años el pan de caridad, abusando una noche de un desmayo, de una muerte, por decirlo así, ha manchado traidora e infamemente a la mujer más santa y pura, a quien no se atrevía a mirar a la cara a la luz del día. En un tribunal, de seguro sería sentenciado a muerte ese criminal: pues bien, yo lo juzgaré, yo, tan imparcialmente como un tribunal, y le mataré. Venid ahora, doctor, vos, a quien yo creía tan generoso como grande, venid a proponer que os compre el servicio que solicito de vos, o a imponerme una condición. ¿Procederéis al hacérmelo como los que procuran obligarse y quedar satisfechos obligando a otros? Sí así ocurre, doctor, vos no sois ese sabio a quien he admirado, sino un hombre ordinario, y a pesar del desdén que me manifestasteis hace poco, yo soy superior a vos, que sin segunda intención he descubierto mi secreto.
—¿Decís que el criminal ha huido?
—Sí, doctor; tal vez adivinó la aclaración que iba a tener lugar, oyó que se le acusaba, y al instante emprendió la fuga.
—Bien, ¿y ahora qué es lo que pretendéis, caballero? —preguntó el doctor.
—Que me prestéis vuestro auxilio para sacar a mi hermana de Versalles, y para sepultar en las tinieblas más densas aún el secreto terrible que ocasionará nuestra deshonra si se descubre.
—Voy a proponeros una cosa, y será la única.
Felipe se molestó.
—Escuchadme —siguió diciendo el doctor con un gesto de autoridad que quería decir tuviese calma—. Un filósofo cristiano a quien habéis convertido en confesor, está obligado a exigiros, no una condición en favor del servicio prestado, sino en virtud del derecho de conciencia. La humanidad es un destino, caballero, y no una virtud, y puesto que pretendéis matar a un hombre, yo debo impedíroslo por cuantos medios estén en mi poder, aun por la violencia, como hubiera impedido el crimen realizado contra vuestra hermana. Por esta razón, caballero, os suplico que prestéis juramento...
—¡Oh! nunca, nunca.
—Lo prestaréis —exclamó el doctor Luis con virulencia—; lo prestaréis,

hombre sanguinario: debéis conocer fue la mano de Dios anda en todas partes, y nunca falláis ni el golpe que descarga ni su alcance. ¿No afirmáis que el delincuente ha estado cerca de vos?
—Sí, doctor; con abrir una puerta, si hubiera podido suponer que estaba allí, me habría encontrado frente a frente con él.
—Pues bien, cuando huye es señal de que tiembla, y empieza a sufrir. ¡Ah! ¿Os sonreís? ¿Os parece débil lo que hace Dios? ¿No creéis suficiente el remordimiento? ¡Esperad, esperad, pues! ¡Permaneceréis al lado de vuestra hermana, me prometeréis que nunca perseguiréis al criminal, y si le halláis, es decir, si Dios lo pone en vuestras manos, también soy yo hombre, y ya veréis!
—¿Os burláis, caballero? Pues qué, ¿no huirá de mí constantemente?
—¡Quién sabe, Dios mío! También huye el asesino; también busca donde esconderse; también teme el cadalso, y no obstante, como si la vara da la justicia tuviese imán atrae a ese delincuente, y va a doblegar el cuello bajo la mano del verdugo. Por otra parte, ¿se trata de deshacer lo que habéis empezado a ejecutar con tanto trabajo? Si matáis a ese hombre, por la clase a que pertenecéis y a la cual no podéis explicar la inocencia de vuestra hermana, o por satisfacer a ciertos hombres tan curiosos como holgazanes, sacáis dos veces su curiosidad, primero con la confesión del crimen, y después con el escándalo del castigo. No, no, creedme; guardad silencio y ocultad esa desgracia.
—¡Oh! ¿Quién puede saber, cuando mate a ese miserable, que ha sido por mi hermana?
—Siempre será necesario buscar una causa que justifique ese castigo.
—Está bien, doctor, obedeceré y no perseguiré al culpable, pero Dios hará justicia; ¡oh! sí, Dios emplea la impunidad como un cebo, y me enviará al delincuente.
—Entonces será porque Dios le condene. Dadme la mano, caballero.
—Tomadla.
—¿Qué es necesario hacer por la señorita de Taverney?
—Será necesario, querido doctor, buscar un pretexto para alejarla durante algún tiempo del lado de la señora delfina: el sentimiento de haber dejado nuestro país, los aires, el régimen...
—Eso es fácil.
—Sí, es cosa vuestra, y a vos os lo confío. Entonces llevaré a mi hermana a un rincón cualquiera de Francia, a Taverney, por ejemplo, lejos de todas las

miradas y de todas las sospechas.
—No, no, caballero, eso sería imposible: la pobre niña necesita que la cuiden constantemente y que tenga a su lado quien la consuele; además de que le harán falta los auxilios de la ciencia. Cerca de aquí estaría mejor que en el sitio adonde deseáis llevarla.
—¡Oh! doctor, ¿lo creéis así?
—Sí, lo creo, y con fundamento. La sospecha tiende siempre a alejarse de los puntos céntricos, como se ensanchan los círculos causados por una piedra, y cuando se han borrado las ondulaciones, nadie descubre la causa, sepultada en lo profundo del agua.
—Entonces, doctor, manos a la obra.
—Enseguida, caballero.
—Prevenid a la señora delfina.
—Al momento.
—¿Y acerca de lo demás?
—Dentro de veinticuatro horas recibiréis la respuesta.
—¡Oh! gracias, gracias, doctor, sois un Dios para mí.
—Pues bien, joven, ahora que todo está convenido entre nosotros, cumplid vuestro encargo, volved al lado de vuestra hermana, consoladla y prestadle protección.
—Adiós, doctor, adiós.
Y el doctor, después de seguir a Felipe con la vista hasta que desapareció, prosiguió su paseo, la lectura de pruebas y la limpia del jardín.

CIL

UN PADRE INFAME Y UN HIJO HONRADO

Felipe regresó al lado de su hermana, que estaba agitada e inquieta.
—Amigo —le dijo—, durante tu ausencia he estado meditando en lo que me ha sucedido de algún tiempo a esta parte, y veo un abismo en que va a

sepultarme la poca razón que me queda. Vamos, ¿has visto al doctor Luis?
—Ahora mismo vengo de su casa, Andrea
—¿Ese hombre ha lanzado contra mí una acusación terrible? ¿es justa?
—No se había equivocado, hermana.
Andrea palideció, y un ataque de nervios crispó sus dedos tan blancos y afilados.
—¿Cómo se llama —preguntó entonces—, cómo se llama el menguado que me ha deshonrado?
—Hermana, debes ignorarlo siempre.
—¡Oh! Felipe, tú no me dices la verdad; tú engañas tu propia conciencia... Yo debo saber su nombre a fin de que aunque soy débil, y a pesar de que no tengo otro amparo que la oración, pueda con mis rezos armar contra el delincuente toda la ira de Dios... Felipe, dime cómo se llama ese hombre.
—Hermana, no podemos hablar de esto.
Andrea le cogió la mano y le miró cara a cara.
—¡Oh! —dijo—, ¿eso es lo único que me contesta un joven que ciñe la espada?
Felipe palideció con aquel impulso de rabia, pero reprimiendo enseguida su furia, dijo:
—No puedo decirte lo que yo mismo ignoro. El destino que se ha desencadenado contra nosotros, me obliga a guardar secreto, y este secreto, que se comprometería con un escándalo, al mismo tiempo que se comprometiera nuestro honor, es inviolable para todos, porque Dios nos ha querido otorgar este favor.
—¡Para todos, menos para un hombre, Felipe...; para un hombre que se burla de nosotros y desafía nuestra cólera!... ¡Oh Dios mío: para un hombre que se burla de nosotros de un modo infernal en su tenebroso albergue!
Felipe, crispando los puños, miró al cielo y no contestó una palabra.
—Tal vez conozca yo a ese hombre —exclamó Andrea redoblando su ira e indignación—. Por último, Felipe, permíteme que te haga una pintura de él: ya he indicado el extraño influjo que ejerce en mí, y hasta me parece que te he enviado a él.
—Ese hombre es inocente, le he visto y tengo la prueba de ello. Así, pues, no intentes averiguar, Andrea.
—Felipe, subamos más... Lleguemos hasta el primer escalón de los hombres más poderosos del reino... lleguemos hasta el rey.

Felipe rodeó con sus brazos a aquella pobre criatura, sublime en su ignorancia e indignación...
—Todos los que nombras ahora que estás despierta, los has nombrado cuando estabas dormida, y a quienes acusas con la ferocidad propia de tu virtud, los has justificado cuando veías realizar el crimen, por decirlo así.
—Entonces he designado al culpable —dijo Andrea chispeándole los ojos de rabia.
—No —replicó Felipe—, no. No me preguntes; imítame y sufre el destino, porque la desgracia es irreparable, y para ti se acrecienta con la impunidad del delincuente. Pero espera, espera... Dios lo sabe todo y reserva a los infelices oprimidos una satisfacción, aunque triste, que se llama venganza.
—¡Venganza!... —repitió la joven asustada del tono terrible con que Felipe pronunció aquella palabra.
—Tranquilízate, hermana, y descansa de todos los pesares y afrentas que te ha ocasionado mi insensata curiosidad. ¡Oh! si yo hubiera sabido...
Y se tapó la cara con las manos extraordinariamente desesperado. Después, levantándose de pronto.
—¿Por qué he de quejarme? —dijo sonriéndose—; mi hermana está pura, me ama, y nunca ha faltado a la confianza ni a la amistad. Mi hermana es joven, lo mismo que yo, tan buena como yo, y viviremos unidos, llegaremos a viejos... Los dos solos seremos más fuertes que el mundo entero...
Conforme el joven hablaba de consuelo, se oscurecía el semblante de Andrea, inclinaba hacia el suelo su frente cada vez más pálida, y tomaba la actitud de la melancólica desesperación que Felipe concluía de desechar con tanto valor.
—Siempre hablas de nosotros dos únicamente —dijo fijando sus ojos azules y penetrantes en la fisonomía de su hermano, que a cada segundo variaba de aspecto.
—¿Y de quién he de hablar, Andrea? —dijo el joven comprendiendo aquella mirada.
—Tenemos un padre... ¿y cómo tratará a su hija?
—Ayer te dije —respondió Felipe fríamente—, que olvidases todas las pesadumbres y temores, arrojando lejos de ti, como el viento el vapor de la mañana, cualquier recuerdo y cariño que no recayese sobre mí... Realmente, querida Andrea, nadie, sino yo, te quiere en el mundo, y nadie me quiere a mí sino tú. Siendo pobres huérfanos abandonados, ¿por qué hemos de sufrir ningún yugo de ingratitud o parentesco? ¿Recibimos beneficios, hemos

conocido la protección de un padre?... ¡Oh! —agregó sonriéndose— con amargura—; ya conoces a fondo mi corazón y mi modo de pensar... Si fuera necesario que quisieras a ese hombre, te diría: «¡quiérele!» Pero supuesto que me callo, abstente de amarle, Andrea.
—Entonces, hermano, será forzoso que crea...
—Hermana, en los grandes infortunios, el hombre oye involuntariamente resonar estas palabras que no entendía bien, siendo niño: «¡Teme a Dios!...» ¡Oh! hermana, la mayor prueba de respeto que le puedes dar a tu padre, es olvidarlo.
—Conque, ¿era cierto? —murmuró Andrea con aire sombrío, dejándose caer en su sillón.
—No perdamos el tiempo en palabras inútiles; reúne todas tus cosas, pues el doctor Luis, va a ver a la señora delfina y a comunicarle tu marcha. Las razones que para ello alegará ya las sabes... que es necesario varíes de aires, porque estás muy mala. Prepárate, pues, y dispón lo necesario para la marcha.
Andrea se puso de pie.
—¿Empaqueto los muebles? —dijo.
—¡Oh! Eso no; solamente la ropa blanca, los trajes y las joyas.
Andrea obedeció.
Arregló en primer lugar los cofres de los armarios, los trajes que estaban en el guardarropa donde se escondió Gilberto, y al momento cogió unos cofrecitos para guardarlos en el baúl principal.
—¿Qué es eso? —dijo Felipe
—El cofre que encierra el aderezo que Su Majestad me regaló cuando fui presentada en Trianón.
Felipe palideció al ver la riqueza del regalo.
—Con estas joyas —dijo Andrea— podemos vivir honradamente en cualquier sitio; pues he oído asegurar que sólo las perlas valen cien mil libras.
Felipe cerró el cofrecito.
—Efectivamente, son muy preciosas —dijo.
Y volviendo a tomar el cofrecito de manos de Andrea, agregó.
—Hermana, aun debe haber otras joyas.
—¡Oh! querido amigo, no merecen compararse con éstas; no obstante, con ellas se adornaba nuestra buena mamá hace quince años... El reloj, los brazaletes, y los pendientes están guarnecidos de brillantes, y también tenemos el retrato. Papá había pensado enajenarlo todo porque decía que

ninguna de esas joyas era de moda.
—Sin embargo, a esto se reduce todo lo que nos queda —dijo Felipe—, y es el único recurso de que disponemos.
Mira, hermana, mandaremos fundir de oro y venderemos las piedras preciosas del retrato, con lo cual reuniremos veinte mil libras, cantidad bastante para unos infelices como nosotros.
—¡Si estas perlas son también mías! —dijo Andrea.
—Nunca las toques, Andrea, porque te abrasarían. Esas perlas son de una naturaleza extraña, hermana, y manchan la frente que tocan.
Andrea se conmovió.
—Me guardo este cofrecito, hermana, para devolverlo a quien corresponde de derecho. Ya te he dicho que esto no es nuestro, no; y no deseamos que lo sea, ¿es cierto?
—Como gustes, hermano —respondió Andrea sumamente abochornada.
—Querida hermana, vístete por última vez para ir a visitar a la señora delfina; sosiégate y muéstrate muy respetuosa, manifestando sentimiento por tener que separarte de tan noble protectora.
—¡Oh! sí, lo siento mucho en medio de mi desgracia.
—En cuanto a mí, voy a París, y regresaré esta tarde; así que llegue te llevaré conmigo. Paga, pues, todo lo que debas.
—Nada debo, pues tenía a mi servicio a Nicolasa y ya sabes que se fugó.
¡Ah! se me olvidaba Gilberto.
Estremecióse Felipe y sus ojos se encendieron de cólera.
—¿Debes a Gilberto? —exclamó.
—Sí —dijo Andrea naturalmente—, pues me ha estado proporcionando flores desde que empezó la primavera. Además, tenías razón cuando me dijiste que he sido injusta en tratar ásperamente a ese muchacho que, así como así es atento... Le recompensaré de otro modo.
—No busques a Gilberto —murmuró Felipe.
—¿Por qué? Debe hallarse en los jardines; y, si no, le mandaré llamar.
—¡No, no! que sería perder un tiempo precioso... Cuando yo cruce las calles de árboles me lo encontraré, le hablaré y... le pagaré.
—Siendo así está bien.
—Sí; adiós, hasta la tarde.
Felipe abrazó a su hermana y se fue en busca de su padre a la calle de Coq-Heron.

El ruido de la campanilla le estremeció y él mismo salió abrir.
Como no esperaba a nadie, aquella visita imprevista era para él una esperanza, pues el desdichado desde su caída se agarraba a cualquier cosa por no caer completamente.
Recibió a Felipe con despecho y una curiosidad impenetrable.
Apenas miró el rostro de su hijo, aquella palidez sombría, aquella contracción de líneas, y la crispatura de la boca, paralizaron el raudal de preguntas que se disponía a dirigir.
—¡Tú aquí! —fue lo único que dijo—, ¿a qué circunstancia se debe esto?
—Ya tendré la honra de explicároslo —dijo Felipe.
—¡Bueno! ¿es asunto grave?
—Sumamente grave, sí, señor.
—Este muchacho tiene unos modales tan ceremoniosos que alarman...
Vamos, ¿es una desgracia o una fortuna de lo que vienes a hablarme?
—Una desgracia —dijo Felipe con gravedad.
El barón titubeó.
—¿Nos hallamos solos? —preguntó Felipe.
—Sí.
—¿Queréis que entremos en casa?
—¿Y por qué no hemos de hablar al aire libre, bajo estos árboles...?
—Porque hay cosas que no se dicen a la luz del cielo.
El barón contempló a su hijo, afectando impasibilidad, hasta sonriéndose, le siguió a la sala baja, cuya puerta ya había franqueado Felipe.
Así que estuvieron las puertas perfectamente cerradas, Felipe esperó un gesto de su padre para empezar la conversación, y así que lo vio sentado con comodidad en el mejor sillón que había en la sala:
—Señor —dijo Felipe—, vengo en mi nombre y en el de mi hermana a despedirme de vos.
—¡Cómo es eso! —dijo el barón sorprendido— ¿te alejas?... ¿Y el servicio?
—Para mí ya no le hay, pues ya sabéis que las promesas del rey no se han realizado... por fortuna.
—He aquí una fortuna que no entiendo.
—Señor...
—Explícamela. ¿Cómo es para ti una fortuna no ser coronel de un brillante regimiento? Porque sería llevar demasiado lejos la filosofía.
—Lo que esto significa es que no quiero mi prosperidad a costa del honor.

Pero no entremos en consideraciones de esta clase...
—No entremos, ¡vive Dios!...
—Os lo ruego —replicó Felipe con una firmeza que significaba ¡no quiero!
El barón frunció el entrecejo.
—¿Y tu hermana? ¿Abandona también sus deberes? ¿Y su servicio al lado de...?
—Esos deberes tiene que subordinarlos a otros, señor.
—¿Y de qué índole son, si no lo llevas a mal?
—Son hijos de una necesidad imperiosa.
El barón se levantó.
—Nunca he visto gente más necia —dijo refunfuñando— que la que se entretiene en forjar enigmas.
—¿Es un enigma para vos todo cuanto he dicho?
—Sí —dijo el barón con un aplomo que dejó asombrado a Felipe.
—Me explicaré, pues: mi hermana se ausenta, porque se ve obligada a huir para evitar la deshonra.
El barón no pudo contener una carcajada.
—¡Vaya unos hijos que tengo! —exclamó— ¡por Cristo que son unos modelos! El varón se quedó sin la esperanza de alcanzar el mando de un regimiento porque teme deshonrarse, y la hembra se queda sin una plaza de dama de honor porque tiene miedo a la deshonra. En verdad que vivimos en los tiempos de Bruto y Lucrecia. Allá en mi tiempo, pero sin duda era muy malo y no vale tanto como los venturosos días de la filosofía, cuando un hombre veía venir a lo lejos un motivo de deshonra, y ceñía espada como tú, y cuando lo mismo que tú había recibido lecciones de dos maestros y tres ayudantes de esgrima, ensartaba la deshonra en la punta de la espada.
Felipe limitóse a encogerse de hombros.
—Sí, lo que estoy diciendo es demasiado pobre para un filántropo a quien repugna ver correr sangre; pero, en fin, los oficiales no han nacido precisamente para ser filántropos.
—Señor, lo mismo que vos conozco las necesidades que impone a la honra, pero con verter sangre no se repara.
—Ésas son frases... ¡frases de filósofos! —exclamó el anciano enfadado hasta tal extremo que adquirió majestad—. Creo que iba a decir que también lo son de cobardes.
—Pues hacéis bien en no decirlo —replicó Felipe pálido y estremeciéndose.

El barón sostuvo con altanería la mirada terrible y amenazadora de su hijo.
—Decía —prosiguió—, y mi lógica no es tan mala como pretendían hacerme creer, decía que la deshonra procede en este mundo, no de una acción, sino de un dicho. ¡Ah! y esto es lo que sucede... ¿El que incurre en un delito delante de personas sordas, ciegas o mudas, queda deshonrado? Me responderás con este verso estúpido:

No deshonra el cadalso, sino el crimen.

—Pero esto es bueno para dicho a chiquillos o a mujeres, mas no a un hombre, ¡vive Dios! Con él se emplea otro lenguaje... Ahora bien, yo creí que había formado un hombre... Ahora, si el ciego ve, si el sordo oye, o el mundo habla, empuña la espada y se saca los ojos a uno, se rompe el tímpano al otro y se corta la lengua al último. ¡He aquí cómo responde a un ataque de deshonra un caballero que se llama Taverney Casa-Roja!
—El caballero que lleve ese nombre, señor, sabe siempre que entre las cosas que necesita hacer, es la primera no cometer ninguna acción deshonrosa, y por esto no respondo a vuestros argumentos. Sin embargo, de vez en cuando que el oprobio nace de una desgracia inevitable, y éste es el caso en que nos encontramos mi hermana y yo.
—Voy a ocuparme de tu hermana. Si según mi sistema el hombre no debe huir jamás de una cosa que puede combatir y vencer, también la mujer debe aguardar a pie firme. ¿De qué sirve la virtud, señor filósofo, sino para rechazar los ataques del vicio? ¿Y en qué estriba el triunfo de esa misma virtud sino en derrotar el vicio?
Y Taverney volvió a reírse.
—La señorita Andrea ha tenido demasiado miedo, ¿no es cierto?... Eso significa que se siente débil, y entonces...
Acercándose Felipe de repente:
—Señor —le dijo—, ¡la señorita Andrea no ha sido débil sino vencida! ¡Ha sucumbido porque le han preparado un lazo!
—¿Un lazo?
—Sí; conservad, pues, un poco de ese calor que os animaba hace poco, para vituperar la conducta de los miserables que han tramado cobardemente la ruina de ese honor inmaculado hasta ahora.
—No te entiendo.

—Ya me entenderéis... Os digo que un miserable ha introducido a otro en el aposento de la señorita de Taverney.
El barón se puso pálido.
—Un infame —continuó diciendo Felipe— ha querido que el apellido de Taverney... el mío, el vuestro, señor, tenga una mancha indeleble... Vamos, ¡decidme ahora dónde se encuentra la espada que ceñíais siendo joven para derramar una poca de sangre! ¡Creo que la cosa vale la pena!...
—¡Felipe!...
—¡Ah! nada tenéis que temer, pues ni acuso a nadie ni, a nadie conozco... El delito se ha tramado en la oscuridad, en la oscuridad se ha ejecutado, y deseo que también queden ocultos los resultados, porque yo entiendo a mi manera la gloria de mi raza.
—¿Pero cómo sabes...? —exclamó el barón, a quien sacó de su asombro el cebo de una ambición inicua, de una esperanza innoble—; ¿en qué lo conoces?
—Señor barón, nadie preguntará eso de los que puedan ver a mi hermana, a vuestra hija, pasados unos meses.
—Pero en este caso, Felipe —exclamó el barón con ojos alegres—, no se ha perdido la fortuna ni la gloria de la familia, ¡ése es un triunfo para nosotros!
—Veo que efectivamente sois el hombre que me había figurado —dijo Felipe con extraordinaria repugnancia—, vos mismo os habéis vendido, y estáis revelando falta de talento ante un juez, después de haber demostrado delante de vuestro hijo que os falta razón.
—¡Insolente!
—¡Basta! —replicó Felipe—, temed no se despierte, si habláis tan alto, la sombra en extremo insensible ¡ay de mí! de mi madre, que si viviese, hubiera mirado por la honra de su hija.
El barón, no pudiendo sufrir la brillante claridad que despedían los ojos de su hijo bajó los suyos.
—Mi hija —dijo después de un instante— no me dejará sin consentimiento mío.
—Mi hermana —dijo Felipe— desea no veros jamás, padre.
—¿Ha dicho ella eso?
—No sólo lo ha dicho, sino que me encarga que así os lo manifieste.
El barón se secó, temblándole la mano, sus labios blancos y húmedos.
—¡Está bien! —dijo.

Luego, encogiéndose de hombros:
—He tenido desgracia con estos hijos —exclamó—, el uno es un imbécil y la otra una bruta.
Felipe no contestó.
—Bueno, bueno —siguió diciendo Taverney—, para nada te necesito ya. Vete, si es que has concluido de... recitar la tesis.
—Aún necesito deciros dos cosas.
—Dilas, pues.
—La primera es ésta; el rey os ha entregado un aderezo de perlas...
—A mí, no, que fue a tu hermana.
—A vos, señor... Por otra parte, esto importa poco... Mi hermana no se pone joyas que tengan semejante origen, porque la señorita de Taverney no es una prostituta. Os suplico, pues, que devolváis este cofrecito a quien lo ha dado, o que si tenéis el temor de disgustar a Su Majestad que tanto ha hecho por nuestra familia, lo guardéis en vuestra casa.
Felipe dio el cofre a su padre, y éste lo tomó, lo abrió, miró las perlas, y lo puso sobre un ropero.
—¿Y qué más? —preguntó.
—Ahora, como no somos ricos, porque habéis empeñado o gastado hasta el caudal de nuestra madre, por lo cual jamás os reconvendré, ni lo permita Dios...
—Mejor sería —dijo el barón rechinando los dientes.
—En fin, como sólo os queda de esa módica herencia Taverney, os suplicamos que elijáis, o esta posesión o el palacio en que estamos. Vivid en una de estas dos casas y nosotros nos encerraremos en la otra.
El barón estrujó la pechera de encajes con una furia que sólo se manifestó por medio de la agitación de sus dedos, el sudor de la frente y el temblor de los labios; pero ni siquiera lo advirtió Felipe, porque había vuelto la cabeza.
—Mejor quiero a Taverney —dijo el barón.
—¿Entonces nos quedamos con el palacio?
—Como queráis.
—¿Y cuándo os vais?
—Está misma tarde... No, al momento.
Felipe se inclinó.
—En Taverney —continuó el barón—, parece uno un rey con tres mil libras de renta, y lo que es yo seré dos veces rey.

Y extendió la mano al ropero para coger el cofrecito, que se guardó en el bolsillo.
Acto continuo se dirigió hacia la puerta.
De repente retrocedió, y con una sonrisa atroz dijo:
—Te permito que pongas nuestro apellido al primer libro de filosofía que publiques, y en cuanto a Andrea... con respecto a su primera obra... debes aconsejarle que la bautice con el nombre de Luis o Luisa, porque es un nombre muy regio.
Y salió sonriéndose con socarronería.
Felipe con los ojos ensangrentados y echándole fuego la frente, apretó el puño de la espada exclamando:
—¡Dios mío! ¡dadme resignación; concededme poder olvidar!

C L

BALSAMO PROPORCIONA A GILBERTO UN MEDIO DE REPARAR

EL DAÑO OCASIONADO POR ÉSTE A LA SEÑORITA ANDREA

Aunque M. de Girardin había ofrecido a Rousseau un asilo en los hermosos jardines de Ermenonville, dudando éste si debía o no someterse a la esclavitud de los grandes, como decía en su misantrópica monomanía, vivía aún en la casa de la calle de Plastrière, que nos es conocida.
Por su parte, Teresa había terminado sus quehaceres y acababa de coger la cesta para ir a la compra.
Eran las nueve de la mañana.
El ama de casa fue como acostumbraba, a preguntar a Rousseau qué quería comer aquel día.
Rousseau salió de sus meditaciones, alzó lentamente la cabeza, y miró a Teresa como un hombre a medio despertar.
—Todo lo que quieras —dijo—, siempre que haya cerezas y flores.

—Veremos si no está caro —dijo Teresa.
—Se entiende —respondió Rousseau.
—Porque al fin —continuó diciendo Teresa—, no sé si tus trabajos valen algo, pero me parece que no te pagan como antes.
—Te equivocas, Teresa, pues me pagan al mismo precio; es que me voy cansando y trabajo menos: además de que mi librero se ha retrasado en medio tomo.
—Ya verás cómo quiebra también.
—Confío en que no, porque es un hombre de bien.
—Un hombre de bien, un hombre de bien... con decir eso supones que lo has dicho todo.
—A lo menos he dicho mucho —replicó Rousseau sonriéndose—, porque no lo digo de todo el mundo.
—¡Eso no es de extrañar, porque eres tan tosco!
—¡Teresa! que nos separamos de la cuestión.
—Sí, lo que tú deseas es que te traiga cerezas, glotón; que te compre flores, sibarita.
—¿Cómo ha de ser, amiga mía? —contestó Rousseau con la paciencia de un ángel—; tengo tan malo el corazón y la cabeza, que como me es imposible salir, a lo menos me serviría de recreo ver algo de lo que Dios arroja a manos llenas en los campos.
En efecto, Rousseau estaba pálido y encogido, y hojeaba con perezosa mano un libro que no leía.
Teresa movió la cabeza.
—Bueno, bueno —repuso—, me marcho por una hora, acuérdate de que pongo la llave debajo de la estera, y que si la necesitas...
—¡Oh! no saldré —respondió Rousseau.
—Ya sé que no saldrás, porque no puedes tenerte en pie; pero te lo digo para que atiendas a las personas que puedan venir, y abras, si llaman; si ocurre esto último, está seguro que no seré yo.
—Gracias, buena Teresa, gracias, vete.
Salió el ama refunfuñando como de costumbre, pero durante mucho tiempo se oyeron todavía en la escalera sus tardos y perezosos pasos.
Tan pronto como se cerró la puerta, Rousseau se aprovechó de su aislamiento para arrellanarse tranquilamente en su silla, miró los pájaros que picoteaban en la ventana unas migas de pan, y respiró todo el sol que penetraba por entre

las chimeneas de las casas contiguas.
No bien se sintió libre su juvenil y rápido pensamiento, cuando abrió las alas como los gorriones así que concluyeron su alegre comida.
De pronto rechinó sobre sus goznes de la puerta de entrada, y fue a sacar al filósofo de su dulce somnolencia.
—¡Cómo! —se dijo a sí mismo—, ¿ya he vuelto?... ¿Me habré dormido cuando creía que no hacía sino meditar?
Abrióse con lentitud la puerta del gabinete.
Rousseau, vuelto de espaldas hacia aquella puerta, y convencido de que Teresa era quien entraba, ni siquiera se molestó.
Hubo un instante de silencio.
—Perdonadme, señor —dijo una voz que hizo estremecer al filósofo.
Rousseau se volvió rápidamente.
—¡Gilberto! —dijo.
—Sí, Gilberto; vengo a pediros perdón, señor Rousseau.
Rousseau se quedó con la vista fija en el joven.
Era Gilberto.
Pero Gilberto, pálido y con el cabello desgreñado, ocultando mal, bajo un vestido que se hallaba en completo desorden, sus miembros demacrados y temblorosos; Gilberto, en resumen, cuyo aspecto hizo estremecer a Rousseau, arrancándole una exclamación de piedad que se asemejaba a inquietud.
Gilberto miraba de un modo fijo y luminoso como las aves de rapiña hambrientas, y una sonrisa de fingida timidez que en él se advertía, contrastada con aquella mirada lo mismo que la parte alta de la grave cabeza de un águila con la parte baja y burlona de un lobo.
—¿Qué venís a hacer aquí? —se apresuró a decir Rousseau, a quien no agradaba el desorden, y que en otro lo tenía por indicios de malos designios.
—Señor —contestó Gilberto—, tengo hambre.
Se estremeció Rousseau al oír el tono con que aquella voz profería la palabra más terrible que existe en el idioma de los hombres.
—¿Y cómo habéis entrado aquí, si la puerta estaba cerrada? —preguntó.
—Señor, sabiendo que la señora Teresa suele poner la llave debajo de la estera, esperé a que saliese, pues no me quiere bien, y quizás se hubiera negado a verme o a introducirme hasta vos. Entonces, suponiendo que estabais solo, subí, saqué la llave del escondite, y aquí estoy.
Incorporóse Rousseau apoyándose en los brazos de su sillón.

—Escuchadme un instante —dijo Gilberto—, nada más que un momento, pues os juro, señor Rousseau, que merezco que se me oiga.
—Ya escucho —respondió Rousseau asombrado al ver aquella figura que nada tenía de común con los sentimientos que revela la fisonomía de la generalidad de los hombres.
—Principiaré diciéndoos que me hallo en un apuro tan grande que no sé si robar, matarme, o hacer otra cosa peor.
Al oír estas palabras, Rousseau se levantó, colocándose detrás de su bufete como si fuera una muralla.
—Nada temáis, vos que sois mi maestro y bienhechor —dijo Gilberto con voz sumamente dulce—, pues, reflexionándolo, creo que no tendré necesidad de matarme, y que sin esto moriré, porque hace ocho días que me escapé de Trianón, y desde entonces he vagado por los bosques y las llanuras sin comer otra cosa que legumbres verdes o alguna fruta silvestre que he cogido en las selvas. No tengo, pues, fuerzas, y me estoy cayendo de cansancio e inanición. En cuanto a robar, no lo intentaré en vuestra casa, porque la quiero en extremo, señor Rousseau; y para realizar lo otro...
—Y bien —dijo Rousseau.
—Me es necesaria una decisión que vengo a buscar.
—¿Estáis loco? —exclamó Rousseau.
—No señor, pero soy muy desgraciado, estoy desesperado, y esta mañana me hubiera precipitado al Sena sino me hubiese ocurrido una reflexión.
—¿Y cuál es?
—Que vos habéis escrito lo siguiente: «El suicidio es un robo hecho al género humano».
Rousseau contempló al joven como diciéndole:
—¿Y tenéis el amor propio de suponer que al escribir eso pensaba en vos?
—¡Oh! ya entiendo —murmuró Gilberto.
—Me parece que no —dijo Rousseau.
—Queréis decir: «¿Acaso sería un acontecimiento la muerte de un hombre tan mísero como vos, que no sois nada, que nada poseéis, y que no tenéis quien depende de vos?»
—No se trata de eso —dijo Rousseau avergonzado de que le adivinasen—; pero creo que teníais hambre.
—Sí, ya lo he dicho.
—Pues bien, una vez que sabíais dónde se encuentra la puerta, también sabéis

donde están los comestibles, id al armario, coged pan y marchaos.
Gilberto permaneció quieto.
—Si no es pan lo que os hace falta sino dinero creo que no llegará vuestra maldad hasta el punto de maltratar a un anciano que fue vuestro protector, en la misma casa que os ha servido de asilo; conformaos, pues, con este poco Tomad.
Y registrándose el bolsillo le presentó unas monedas.
Gilberto le contuvo la mano, diciéndole con tanto dolor como amargura:
—¡Oh! no se trata ni de dinero ni de pan, y no comprendisteis lo que quería decir cuando hablé de matarme. Si no me mato es porque quizá pueda ser útil mi vida a alguien, porque mi muerte sería un robo para alguien, señor. Vos que conocéis todas las leyes sociales y las obligaciones que impone la Naturaleza contestadme: ¿hay en este mundo un lazo que pueda atraer a la vida al hombre que desee morir?
—Hay muchos —dijo Rousseau.
—¿Ser padre —exclamó Gilberto—, es uno de esos lazos? Miradme al tiempo de contestar, señor Rousseau; que yo vea la contestación en vuestros ojos.
—Sí —dijo Rousseau tartamudeando—, sí, seguramente. ¿Pero a qué viene hacerme semejante pregunta?
—Vuestras palabras, señor, van a ser una sentencia para mí —dijo Gilberto —: medidlas, pues, bien, os lo ruego; señor, soy tan desgraciado que quisiera matarme; pero... ¡pero tengo un hijo!
Asombrado Rousseau, saltó sobre su sillón.
—¡Oh! no os moféis de mí, señor —dijo Gilberto con humildad—, pues si presumís que sólo arañáis mi corazón, yo os aseguro que lo desgarráis como un puñal: os repito que tengo un hijo.
Le miró Rousseau sin contestarle.
—A no ser así, ya habría puesto fin a mi existencia —siguió diciendo Gilberto—; y en esta alternativa he dicho acá para mi, que vos me daríais un buen consejo, siendo esta la razón porque he llegado hasta aquí.
—¿Y por qué he de tener yo que daros consejos? —interrogó Rousseau—, ¿me consultasteis cuando cometisteis la falta?
—Señor, esa falta...
Y Gilberto se acercó a Rousseau con una expresión extraña.
—Y bien, ¿qué? —dijo éste.

—Hay gentes —continuó Gilberto—, que tienen por un delito esta falta.
—¡Un delito! ¡Motivo más para que no me habléis de ello, porque yo soy un hombre igual que vos y no un confesor! Por otra parte, lo que me decís no me admira, pues siempre he creído que vendríais a parar en mal, porque tenéis una índole perversa.
—No, señor —contestó Gilberto moviendo la cabeza con melancolía—; no, señor, os engañáis; tengo una imaginación falsa, o mejor dicho, la han falseado; he leído varios libros en que se predica la igualdad de castas, el orgullo de la mente y la delicadeza de los instintos, y esos libros, señor, están firmados con nombres tan ilustres, que un pobre campesino como yo ha podido muy bien extraviarse... Me he perdido, pues.
—¡Ah! ¡ah! ya presumo adonde queréis venir a parar, señor Gilberto.
—¿Yo?
—Sí, acusáis mi doctrina; pero, ¿no carecéis de libre albedrío?
—Señor, yo no acuso, lo que digo es que he leído, mi incredulidad es lo que acuso; creí y he pecado; pero mi delito proviene de dos causas: vos sois la primera, y por eso he venido a vos antes que a nadie, enseguida iré a la segunda, pero por su turno y cuando sea hora.
—En fin, vamos, ¿qué es lo que deseáis?
—Ni beneficios, ni asilo, ni pan siquiera, aunque me hallo abandonado, desnudo y hambriento: no, lo que solicito de vos, es apoyo moral, pido que sancionéis vuestra doctrina, que me devolváis con una palabra las fuerzas, pues las he perdido completamente, no por inanición en los brazos y piernas, sino porque se ha apoderado la duda de mi corazón y de mi mente. Señor Rousseau, os conjuro para que digáis si lo que estoy sufriendo de ocho días a esta parte es el dolor que causa el hambre en los músculos de mi estómago, o el martirio del remordimiento en los órganos de mi cerebro. He engendrado un hijo, señor, cometiendo un crimen: manifestadme ahora, pues, si debo arrancarme los cabellos desesperado, y arrastrarme por el suelo gritando: «perdón» o reírme como la mujer de la Sagrada Escritura diciendo: «hice lo mismo que hace el mundo; si hay entre los hombres uno que sea mejor que yo, que me apedree». Para acabar, señor Rousseau, vos que habéis debido sentir lo mismo que yo siento, contestad a esta pregunta; decid, decid, ¿es natural que un padre abandone a su hijo?
Apenas había pronunciado Gilberto estas palabras, cuando Rousseau se puso aún más pálido que aquél lo estaba, y perdiendo por completo la serenidad:

—¿Con qué derecho me habláis así? —dijo tartamudeando.
—Porque hallándome en vuestra casa, señor Rousseau, en la buhardilla donde me recogisteis, he leído lo que habéis escrito sobre este punto; porque manifestáis que los hijos que nacen en la miseria son del Estado y éste debe cuidar de ellos, porque, en fin, siempre os habéis tenido por hombre de bien, aunque abandonasteis a los hijos que os dio Dios.
—¡Desgraciado! —dijo Rousseau—, ¿has leído mi libro y vienes a hablarme con semejante lenguaje?
—¿Por qué no?
—Porque eres una mala cabeza, y posees un corazón perverso.
—¡Señor Rousseau!
—¡Mis libros los has leído mal como lees mal igualmente en la vida humana; sólo has visto la superficie de las hojas, del mismo modo que sólo ves la del rostro! ¡Ah! imaginas que me haces partícipe de tu falta, citándome los libros que he compuesto, y diciéndome: «vos confesáis que habéis hecho esto, y por lo tanto también puedo yo hacerlo». Pero lo que no sabes, desventurado; lo que no has leído en mis libros; lo que no has acertado es que la vida entera de aquel a quien tomaba por ejemplo, esa vida de miseria y padecimientos podía cambiarla por una existencia regalada, voluptuosa y llena de fausto y placer. ¿Poseo menos talento que Voltaire? ¿no podía escribir tanto como él? Si me aplicara más que lo hago, ¿no me sería fácil vender mis obras tan caro como él vende las suyas, y obligar al dinero a que estuviese rodando por mi cofre, teniendo siempre a disposición de mis libreros un baúl lleno hasta la mitad? ¿No sabéis que el oro llama al oro? También hubiera tenido un palacio, magníficos caballos, un carruaje para pasear a una querida joven y hermosa, sin que ese lujo, puedes estar cierto, hubiera agotado en mí el raudal de la poesía. Dime, ¿carezco yo de pasiones? Mira bien mis ojos que a los sesenta años que tengo despiden aún brillo de la juventud y el deseo: tú que has leído o copiado mis libros, ¿no recuerdas que a pesar de que mi vida va declinando, y de que padezco males de gravedad, parece que mi corazón, siempre joven, ha heredado para sufrir todas las energías del resto de mi organización? Lleno de achaques que me impiden andar, me hallo con más vigor, y más vida para absorber el dolor, que tuve nunca en la flor de mi edad para acoger las pocas facilidades que me ha concedido la Providencia.
—Nada de eso ignoro, señor —dijo Gilberto—; os he tratado de cerca y os he conocido.

—Entonces, si me has tratado de cerca, si me has conocido, ¿no tiene para ti mi vida una significación que no tiene para los demás? Esta abnegación extraña que es impropia de mi índole, ¿no te demuestra que he querido expiar?...
—¿Expiar? —murmuró Gilberto.
—¿No has entendido —dijo el filósofo—, que he castigado mi espíritu con la humillación? Porque mi espíritu sobre todo era el que tenía la culpa; mi espíritu, que había recurrido a paradojas para justificarse, en tanto que por otra parte castigaba mi corazón perpetuando el remordimiento.
—¡Ah! —prorrumpió Gilberto—, ¡así es cómo me contestáis! ¡Así es como vosotros los filósofos, que escribís preceptos para el género humano, os sumergís en la desesperación, condenándoos si os hacemos enfadar! ¿Y qué me importa a mí vuestra humillación, si nadie la sabe, vuestro remordimiento, si permanece oculto? ¡Oh! ¡Desgraciado, desgraciado de vos! Ojalá recaigan sobre vos los crímenes realizados en vuestro nombre!
—¿Por qué no decís que recaerán sobre mí no sólo la maldición sino el castigo? ¡Oh! ¡eso sería mucho! Y vos que habéis pecado igualmente que yo, ¿os condenáis con la misma severidad que yo?
—Aún con más rigor —dijo Gilberto—, pues mi castigo será terrible: ahora que no creo en nada, dejaré que me mate mi contrario, o mejor dicho mi enemigo; suicidio que me aconseja mi miseria, y me perdona mi conciencia; desde este instante mi muerte no es un robo hecho a la humanidad, y habéis escrito una frase en cuya verdad no teníais fe.
—Infeliz, detente —dijo Rousseau—, detente; ¿no te has hecho bastante daño con tu imbécil credulidad, que así pretendes aumentarlo con el estúpido escepticismo? ¿No me has manifestado que eres o que vas a ser padre?
—Lo he dicho, sí —repitió Gilberto.
—¿Y sabes tú lo que significa —murmuró Rousseau bajando la voz— arrastrar consigo, no a la muerte, sino a la vergüenza, a unas criaturas que nacieron para respirar el aire libre y puro de la virtud con que Dios dota a todos los hombres al salir del seno de su madre? Oye cuan horrorosa es mi situación: cuando dejé abandonados a mis hijos comprendí que la sociedad, a quien ofende cualquier clase de superioridad, iba a lanzarme a la cara esta injuria como una reconvención infamante, y entonces conseguí justificarme con paradojas, entonces empleé diez años de mi vida en dar consejos a las madres sobre la educación de sus hijos, yo que no supe ser padre, y a la patria

sobre el modo de formar ciudadanos fuertes y honrados, yo que había sido un hombre débil y corrompido. Llegó luego un día en que, no pudiendo apoderarse de mí el verdugo que venga a la sociedad, a la patria y al huérfano, apoderóse de mi libro y lo destruyó, porque ese libro deshonraba al país, cuyo aire había emponzoñado. Escoge, adivina y juzga: ¿hice bien en obrar de aquella manera? ¿Hice mal en dar aquellos preceptos? Veo que no contestáis; Dios mismo se encontraría apurado para ello; Dios que tiene en su mano la balanza inflexible de lo justo y lo injusto. Pues bien, yo tengo un corazón que la cuestión resuelve, y este corazón me dice, acá en el fondo de mi pecho: «¡Desgraciado de ti, padre desnaturalizado, que has abandonado a tus hijos; infeliz de ti si te encuentras con una joven prostituta que se ríe imprudentemente por las noches en algún rincón de una encrucijada, pues tal vez sea la hija a quien dejaste, y que el hambre conduce a la infamia; infeliz de ti si tropiezas en la calle con un ladrón a quien han cogido, abochornado aún de haber cometido el hurto, pues tal vez sea el hijo a quien abandonaste, y que el hambre ha inducido a cometer un delito!»

Pronunciando estas palabras, Rousseau, que se había incorporado, volvió a caer en su sillón, diciendo:

—Y no obstante: yo no he sido tan culpable como pudiera creerse, pues al ver que una madre sin entrañas, cómplice mía a medias, olvidaba a sus hijos, como ocurre entre los animales, me dije a mí mismo: «cuando Dios ha permitido que una madre olvide, será porque debe olvidar». Pues bien, me engañé en aquel momento; y hoy, que me has oído decir lo que jamás he dicho a nadie, no tienes derecho para seguir en tu engaño.

—¿Conque —preguntó el joven arrugando el entrecejo—, si hubierais tenido dinero para alimentar a vuestros hijos, no los hubierais abandonado?

—Teniendo, aunque no fuera más que lo necesario, no, jamás, lo juro.

Y Rousseau extendió solemnemente la mano hacia el cielo.

—¿Son suficientes veinte mil libras —preguntó Gilberto—, para mantener a un hijo?

—Sí —dijo Rousseau.

—Perfectamente —dijo Gilberto—, gracias, señor, ahora ya sé lo que tengo que hacer.

—Y en todo caso, como sois joven, trabajando podréis mantener a vuestro hijo —dijo Rousseau—. Pero ahora recuerdo que habéis hablado de crimen: ¿os buscan, os persiguen quizá?

—Sí, señor.
—Pues bien, aquí os quedaréis, hijo mío, porque la buhardilla sigue desocupada.
—Sois un hombre a quien quiero bien, maestro, y el ofrecimiento que me hacéis me llena de júbilo: efectivamente; sólo os pido un asilo, pues en cuanto a mi sustento, yo me lo proporcionaré, porque ya sabéis que no soy holgazán.
—Pues bien —dijo Rousseau con inquietud—, si estamos conformes, subid allá arriba, no os vea aquí mi señora. Como desde que os marchasteis nada encerramos en la buhardilla, la señora nunca sube a ella, y aun está allí vuestro jergón; colocaos, pues, del mejor modo posible.
—Gracias, señor; siendo así, voy a ser más afortunado que lo que merezco.
—¿Queréis alguna cosa más? —dijo Rousseau empujando con la vista a Gilberto fuera del cuarto.
—No, señor, pero escuchadme una palabra más.
—Decid.
—En Luciennes me acusasteis una vez de que os había traicionado; pero no falté entonces, señor, pues lo que hacía era seguir a mi amada.
—No hablemos de eso; ¿era lo único que teníais que manifestarme?
—Sí; y ahora, señor Rousseau, ¿cuando se ignoran las señas de uno que vive en París, es posible adquirirlas?
—Con seguridad, siendo conocida la persona a quien se busca.
—La que yo quiero buscar es muy conocida.
—¿Cuál es su nombre?
—El conde de Balsamo.
Se estremeció Rousseau, porque no se le había olvidado la sesión que celebraron en la calle de Plastrière.
—¿Para qué queréis a ese hombre? —preguntó.
—Es cosa muy sencilla. No ignoráis que os acusaba a vos, que habéis sido mi maestro, de ser también moralmente causa de mi crimen, una vez que creía no haber hecho sino obedecer a la ley natural.
—¿Y os he desengañado? —exclamó Rousseau temblando al reflexionar acerca de aquella responsabilidad.
—Me habéis ilustrado al menos.
—Y bien, ¿qué es lo que queréis decir?
—Que mi falta, no sólo ha tenido una causa moral, sino una física.

—Y el conde de Balsamo es la causa física, ¿no es verdad?
—Sí. He copiado ejemplos, he aprovechado una ocasión, y ahora entiendo que en esto he obrado como un animal salvaje, y no como hombre. Vos sois el ejemplo, y la ocasión el conde de Balsamo. ¿Sabéis dónde reside?
—Sí.
—Pues siendo así, dadme las señas.
—Calle de San Claudio, en el Marais.
—Gracias, voy a visitarle ahora mismo.
—Mirad, hijo mío —advirtió Rousseau deteniéndole—, que es un hombre tan poderoso como profundo.
—No tengáis cuidado, señor Rousseau, estoy resuelto, y vos me habéis enseñado a dominarme.
—Pronto, pronto, marchaos arriba —exclamó Rousseau—, pues oigo cerrar la puerta del pasadizo, y sin duda será la señora que vuelve de la compra: ocultaos en la buhardilla hasta que esté aquí, y al instante saldréis.
—¿Me hacéis el favor de darme la llave?
—En la cocina está colgada en un clavo, como de ordinario.
—Adiós, señor, adiós.
—Tomad pan, y ya os daré trabajo para esta noche.
—¡Gracias!
Y Gilberto, se escabulló tan ligero, que se hallaba en la buhardilla antes que Teresa hubiese subido al primer piso.
Provisto de las precisas señas que le había proporcionado Rousseau, Gilberto no tardó mucho en practicar su proyecto.
En efecto, apenas cerró la puerta Teresa, el joven, que había visto desde la buhardilla todos sus movimientos, bajó la escalera con tanta ligereza como si no estuviera debilitado por un largo ayuno. Por lo demás, llevaba llena la imaginación de ideas de esperanzas y rencor, y detrás de todo, divisaba una sombra vengadora que le aguijoneaba con sus quejas y acusaciones.
De manera que llegó a la calle de San Claudio en un estado difícil de descubrir.
Al llegar al patio de aquel palacio, Balsamo salía a acompañar hasta la puerta al conde de Rohán, que había ido a visitar a su generoso alquimista por un deber de atención.
Ahora bien, cuando el príncipe salió, deteniéndose por última vez para dar nuevamente las gracias a Balsamo, el pobre muchacho cubierto de harapos se

deslizó como un perro, no atreviéndose a mirar a su alrededor por temor de deslumbrarse.
La carroza del príncipe Luis le esperaba en el baluarte, y el prelado atravesó con ligereza el espacio que le separaba de su coche, el cual salió rápidamente así que se cerró la portezuela.
Le miró Balsamo de un modo melancólico, y una vez que el carruaje desapareció se volvió hacia la gradería de piedra.
Se encontraba allí una especie de mendigo en ademán suplicante.
Balsamo se aproximó a él, y aunque no desplegó los labios, su expresiva mirada era interrogante.
—Concededme quince minutos de audiencia, señor conde —dijo el joven de destrozados vestidos.
—¿Quién sois, amigo? —interrogó Balsamo con suprema dulzura.
—¿No me conocéis? —preguntó Gilberto.
—No, pero no importa, venid conmigo —respondió Balsamo sin fijarse en el extraño semblante de aquel joven, ni en sus vestidos, ni en su importunidad.
Y andando delante de él le hizo entrar en la primera sala, donde se sentó, sin cambiar de tono ni de aspecto.
—¿Me preguntabais si os conozco? —dijo.
—En efecto, señor conde.
—Me parece que os he encontrado en alguna parte.
—En Taverney, caballero, cuando llegasteis allí la víspera del día en que pasó la delfina.
—¿Y qué es lo que hacíais allí?
—Residía allí.
—¿Estabais al servicio de la familia?
—No, era comensal.
—¿Y habéis dejado a Taverney?
—Sí, señor, pronto hará tres años.
—¿Y habéis venido...?
—A París, donde primero estudié en casa de M. Rousseau, y luego fui colocado en los jardines de Trianón en clase de aprendiz de jardinero y florista por influencia de M. Jussieu.
—Amigo, citáis nombres excelentes, ¿y qué deseáis?
—Voy a decíroslo.
Y haciendo una pausa, lanzó a Balsamo una mirada que no carecía de

firmeza.
—¿Recordáis —continuó diciendo—, de que el viernes hará seis semanas fuisteis a Trianón una noche que hizo una gran tormenta?
Balsamo estaba serio; pero tomó un aspecto sombrío.
—Sí me acuerdo —dijo—, ¿me visteis casualmente?
—Os vi.
—Pues así, ¿veneréis a que os pague porque guardéis secreto? —dijo Balsamo con tono amenazador.
—No, caballero, porque yo tengo más necesidad que vos de guardar ese secreto.
—¿Sois, pues, uno que se llama Gilberto? —preguntó Balsamo.
—El mismo, señor conde.
Balsamo envolvió con su profunda y devoradora mirada al joven cuyo nombre arrastraba consigo una acusación tan terrible.
Y él, que tanto conocía a los hombres, se sorprendió al ver la serenidad de su rostro y la dignidad de sus palabras.
—En vuestra serenidad comprendo —dijo Balsamo—, lo que venís a hacer aquí; estáis enterado de que la señorita de Taverney ha lanzado sobre vos una delación terrible con el auxilio de la ciencia que la ha obligado a decir la verdad, y venís a reconvenirme por este testimonio, ¿no es verdad?
Gilberto se conformó con mover la cabeza.
—Haríais mal con todo —prosiguió Balsamo—, pues, en el supuesto que yo hubiera querido acusaros sin que me obligase a ello mi propio interés, porque a mí se me acusaba; en la suposición que yo os hubiera tratado como a un enemigo, y que os hubiera atacado mientras que me contentaba con defenderme; aun suponiendo, digo, todo esto, no tenéis razón para decir nada, porque efectivamente habéis cometido una acción infame.
Gilberto se clavó con rabia las uñas en el pecho, pero nada contestó.
—Os perseguirá el hermano, y la hermana os mandará matar —continuó Balsamo—, si cometéis la imprudencia de andar paseándoos por las calles de París.
—¡Oh! en cuanto a eso, nada me importa —dijo Gilberto.
—¿Cómo que os importa poco?
—Sí; amaba a la señorita de Taverney, la amaba como nadie la podrá amar en el mundo, pero me despreció, a mí, que la miraba con tanto respeto; a mí, que dos veces la había tenido ya en mis brazos sin propasarme siquiera a aplicar

mis labios a la orla de su vestido.
—Efectivamente, y le habéis hecho pagar caro ese respeto; os habéis vengado de sus desprecios, ¿por qué medios? Por medio de una felonía.
—¡Oh! no, no, la felonía no ha nacido de mí, pues me han proporcionado la ocasión de ejecutar el delito.
—¿Y quién os la ha proporcionado?
—Vos.
Se incorporó Balsamo como si le hubiera picado una víbora.
—¡Yo! —exclamó.
—Vos; sí, señor, vos —volvió a decir Gilberto—: caballero, vos dormisteis a la señorita Andrea y luego marchasteis a escape; a medida que os ibais alejando le faltaban las fuerzas hasta que cayó en tierra. Entonces la cogí en mis brazos para llevarla a su habitación, sentí su carne sobre la mía, y un mármol hubiera sentido lo que yo sentí... Cedí... entonces, pero cedí a la fuerza del amor. ¿Soy tan criminal como dicen, caballero? Os lo pregunto a vos que sois la causa de mi desgracia.
Balsamo clavó en Gilberto una mirada triste y compasiva.
—Tenéis razón, joven —dijo—, yo soy la causa de vuestro crimen y del infortunio de esa doncella.
—Y en vez de poner remedio, siendo como sois tan poderoso, y debiendo ser tan bueno, habéis agravado la desgracia de la joven suspendiendo la muerte del criminal.
—Es verdad —contestó Balsamo—, habláis con acierto. Mirad, joven, de algún tiempo a esta parte soy una criatura maldecida, y todos mis designios toman al salir de mi cerebro formas siniestras y perjudiciales. Esto depende de desgracias que yo también he sufrido y que no comprendéis. No obstante, esta no es una razón para que yo haga sufrir a los demás: vamos, ¿qué es lo que deseáis?
—Os pido el medio de repararlo todo, señor conde, lo mismo la falta que la desgracia.
—¿Amáis a esa joven?
—¡Oh, muchísimo!
—Hay varias clases de amor: ¿de que clase, pues, es el vuestro?
—Antes de poseerla la amaba con delirio, pero ahora la amo con remordimiento, con furor. Me moriría de pena si me recibiese furiosa, y de contento si me permitiera besarle los pies.

—Es noble, pero pobre —exclamó Balsamo reflexionando.
—Sí.
—Sin embargo, su hermano es un hombre poco encaprichado con el vano privilegio de la nobleza. ¿Qué ocurriría si le pidieseis a su hermana en casamiento?
—Me mataría —contestó Gilberto fríamente—; sin embargo, como más bien ansío la muerte que la temo, si me aconsejáis que dé ese paso lo daré.
Balsamo empezó a reflexionar.
—Sois hombre de espíritu —dijo—, y hasta puede decirse que de corazón, aunque vuestros actos sean, criminales, dejando aparte mi complicidad. Pues bien, id al encuentro, no de Felipe de Taverney, sino de su padre el barón, y decidle que el día que os consienta casaros con su hija, llevaréis una dote a la señorita Andrea.
—Señor conde, yo no puedo decir tal cosa, porque nada tengo.
—Pues yo os digo que le llevaréis en dote cien mil escudos que os entregaré para reparar la desgracia y el crimen, como dijisteis hace poco.
—No me creerá, porque sabe que soy pobre.
—Pues bien, si no os cree le mostraréis estos billetes de Banco, y al verlos no dudará.
Al decir estas palabras, Balsamo abrió la gaveta de una mesa y contó treinta billetes de a diez mil libras cada uno, dándoselos a Gilberto.
—¿Y esto es dinero?
—Leed.
—¿Será posible...? —exclamó—. Pero no, semejante generosidad sería excesivamente sublime.
—Sois desconfiado —dijo Balsamo—, hacéis bien; pero acostumbraos a saber de quién debéis desconfiar. Tomad esos cien mil escudos y marchad a casa de M. de Taverney.
—Caballero —dijo Gilberto—, mientras que semejante cantidad se me dé sencillamente de palabra, no podré creer en la realidad de este regalo.
Balsamo tomó la pluma y escribió:

«Doy en dote a Gilberto el día en que firme su contrato matrimonial con la señorita Andrea de Taverney, la suma de cien mil escudos que le he entregado adelantados en la creencia de una negociación venturosa.
José Balsamo.»

—Tomad este papel, id y no vaciléis.
—Caballero —dijo—, como llegue a deberos semejante felicidad seréis el Dios a quien adoraré en la tierra.
—Solamente hay un Dios a quien es necesario adorar —respondió Balsamo con voz grave—, y ese Dios no soy yo.
—Voy a suplicaros otro favor, y será el último.
—Decidlo, pues.
—Que me entreguéis cincuenta libras.
—¿Me pedís cincuenta libras disponiendo de trescientas mil?
—Estas trescientas mil libras no serán mías —dijo Gilberto—, hasta que la señorita Andrea consienta en ser mi esposa.
—¿Y qué queréis hacer con esas cincuenta libras?
—A comprar un traje decente conque poderme presentar.
—Tomad, amigo, aquí tenéis —dijo Balsamo. Y después de entregarle las cincuenta libras lo despidió.

CLI

GILBERTO IMPLORA EL PERDÓN DE ANDREA

Cuando Gilberto llegó a la calle de Pastourel, se sentó en un guardacantón, y tendiendo la vista a su alrededor para convencerse de que nadie le espiaba, sacó del bolsillo los billetes del banco, arrugados a fuerza de apretarlos en la mano.
—Veamos —dijo mirando los billetes— si ese hombre me ha engañado. He oído asegurar que circulan muchos billetes falsos con que los calaveras de la corte engañan frecuentemente a las actrices del teatro de la Ópera.
Y sacando del paquete un billete de diez mil libras, entró en casa de un mercader y preguntó, mostrando el billete, dónde vivía un banquero que se lo cambiase, según le había encargado su amo.

El mercader cogió el billete, le dio muchas vueltas, asombrándose de tenerlo en la mano, porque la cantidad era pomposa y su tienda bien modesta, y enseguida indicó, en la calle de Santa Avoya, el capitalista que Gilberto precisaba.
El billete era bueno.
Gilberto, con una alegría inusitada, dio al instante rienda suelta a su imaginación, lió con más cuidado que antes el paquete en su pañuelo, y percibiendo en la calle de Santa Avoya un prendero, cuya muestra le sedujo, compró en veinticuatro libras un traje completo de paño color de castaña, cuya limpieza le agradó mucho, un par de medias de seda negra bastante descoloridas, y zapatos de relucientes hebillas, completando una camisa de lienzo bastante fina, el traje, más decente que rico, con que Gilberto se gustó a sí mismo al dirigirse una ojeada en el espejo del prendero.
Dejó allí sus harapos para completo de las veinticinco libras, guardó el valioso pañuelo en el bolsillo, y pasó de la tienda del prendero a la de un peluquero.
Concluidas todas estas operaciones, Gilberto entró en casa de un panadero que vivía cerca dé la plaza de Luis XV, y compró un panecillo que le costó dos sueldos, y que se comió con avidez siguiendo el camino de Versalles.
Al llegar a la fuente de la Conferencia, se detuvo a beber.
Luego continuó su camino, rehusando las proposiciones de los conductores de vehículos, que no comprendían cómo un hombre vestido tan aseadamente, economizaba quince sueldos a costa del betún.
Anduvo en dos horas y media más de cuatro leguas, sin notar la distancia, ni sentir la menor fatiga, gracias a su poderosa organización.
Formados todos sus planes, convino en el siguiente modo de formar su petición.
Emprender un ataque al barón de Taverney con palabras pomposas, y después que tuviese su autorización, embestir a la señorita Andrea con discursos tan elocuentes, que no sólo otorgase el perdón, sino concibiese respeto y cariño hacia el autor de la patética arenga que había preparado.
La esperanza dominó el temor, y a Gilberto le parecía imposible que una joven que se encontraba en la situación de Andrea no aceptase la reparación que le ofrecía el amor, cuando este amor se ofrecía con la cantidad de cien mil escudos.
Al formar Gilberto todos estos castillos en el aire, era tan humilde y honrado

como un hijo de los patriarcas, y si olvidó todo el daño que había causado, era porque tal vez tenía un corazón mejor que lo que se cree.
Dispuestas todas las baterías, llegó con el corazón oprimido al territorio de Trianón, y una vez allí, estaba resuelto a todo.
En efecto, aunque Gilberto había vivido muy lejos de la sociedad en que se agitaba, adivinaba por instinto que trescientas mil libras en el bolsillo son una coraza muy segura. Lo que más temor le infundía era ver sufrir a Andrea.
Entró, pues, en los jardines, mirando, no sin orgullo, que sentaba bien a su fisonomía, a todos aquellos obreros, ayer compañeros suyos, y hoy inferiores a él.
La primera pregunta recayó sobre el barón de Taverney, para lo cual se dirigió, como era consiguiente, al joven que estaba de servicio en el departamento de la servidumbre.
—No está el barón en Trianón —contestó éste.
Gilberto titubeó un momento.
—¿Y el señorito Felipe? —preguntó.
—¡Oh! se ha marchado con la señorita Andrea.
—¡Marchado! —exclamó Gilberto espantado.
—Sí.
—¿Conque la señorita Andrea se marchó?
—Hace cinco días.
—¿A París?
El muchacho hizo un movimiento que significaba:
—¡Yo qué sé!
—¡Cómo que no lo sabes! —exclamó Gilberto—. ¿Se ha ido la señorita Andrea sin que se sepa adonde? No obstante, no se habrá ido sin motivo.
—¡Vaya una brutalidad! —respondió el muchacho sin respetar el traje color de castaña de Gilberto—; ya se ve que no se ha marchado sin motivo.
—¿Y por qué se ha ido?
—Por variar de aires.
—¿Por variar de aires? —repitió Gilberto.
Inútil era preguntar más, siendo indudable que el muchacho había dicho cuanto sabía acerca de la señorita de Taverney.
Y no obstante, estupefacto Gilberto, no podía dar crédito a lo que oía, de suerte que corrió al cuarto de Andrea, pero halló la puerta cerrada.
Trozos de cristal, montones de paja y heno, y el hilo con que se cosen los

jergones, de todo lo cual estaba lleno el corredor, revelaban que los vecinos del cuarto se habían mudado.
Entró Gilberto en su buhardilla, la cual se encontraba en el mismo estado en que la dejó.
Estaba abierta la ventana de Andrea para que se ventilase la habitación, de manera que Gilberto pudo penetrar con la vista hasta la antesala.
Todo estaba absolutamente vacío.
Después, como un loco, se lanzó de la buhardilla, bajó la escalera como si tuviese alas, penetró en el bosque tirándose de los cabellos, y exhalando gritos e imprecaciones se dejó caer en medio de la maleza, maldiciendo la vida y a los que se la habían dado.
—¡Oh! se acabó, se acabó —decía—. Dios no consiente que vuelva a encontrarla, sino que me muera de remordimiento, de desesperación y de amor. Así es cómo expiaré mi delito; así es cómo podré vengar a la que he ultrajado... ¿Pero dónde estará? ¿En Taverney? ¡Oh! Iré allá, iré. Iré hasta el fin del mundo y subiré hasta las nubes si es necesario. ¡Oh! ya daré con sus huellas y la seguiré, aunque me quede en el camino muerto de hambre y de cansancio.
Aliviado poco a poco de su dolor con la explosión de ese mismo dolor, se incorporó Gilberto, respiró con más libertad, miró en torno suyo con aire no tan esquivo y emprendió a paso lento el camino de París.
Invirtió cinco horas en andar el camino.
—El barón —decía para sí con cierto viso de razón— tal vez no haya dejado París y le hablaré. Respecto a la señorita Andrea, se ha ido porque no podía permanecer en Trianón; pero cualquiera que sea el sitio adonde haya marchado, su padre lo sabrá; una palabra suya me indicará su rastro; y después, si consigo vencer su avaricia, ya llamará a su hija.
Con este nuevo pensamiento entró en París a las siete de la tarde, es decir, en el instante en que el frescor atraía a los paseantes a los Campos Elíseos.
A consecuencia de la resolución tomada, se dirigió con derechura a la puerta del palacio de la calle de Coq-Heron, y llamó sin vacilar un momento.
Redobló los aldabonazos, pero sin que el último tuviese mejor éxito, que el primero.
Perdió aquel último medio, en que confiaba, y, loco furioso, mordiéndose las manos para martirizar su cuerpo porque no padecía tanto como su alma, Gilberto revolvió bruscamente la calle, empujó el pestillo de la casa de

Rousseau y subió la escalera.
El pañuelo en que guardaba los treinta billetes de Banco encerraba también la llave de la buhardilla.
Gilberto precipitóse en él como se hubiera precipitado en el Sena, si hubiese corrido por aquel lugar.
Luego, como la noche era hermosa y las nubes como otros tantos copos de nieve se movían en azulado cielo, como se desprendía un olor suave de los tilos y castaños de Indias a favor del crepúsculo de la tarde, y el murciélago golpeaba con sus silenciosas alas los vidrios de la ventanilla, vuelto a la vida Gilberto con todas estas sensaciones se acercó a aquélla, y al ver blanquear en medio de los árboles el pabellón del jardín en que en otro tiempo halló a Andrea, a quien creía perdida para siempre, sintió destrozado su corazón y cayó casi exánime sobre el borde de la ventanilla, sumergido en una contemplación vaga y estúpida.

CLII

EN QUE GILBERTO COMPRENDE QUE ES MAS FÁCIL

COMETER UN DELITO QUE VENCER UNA PREOCUPACIÓN

Conforme iba disminuyéndose la sensación dolorosa que se había apoderado de Gilberto, eran más claras y terminantes sus ideas.
Recordó que una noche, en épocas más felices, había tratado de adquirir noticias de Andrea, verla y aun oírla, y que con peligro de su vida, cuando aun no se hallaba repuesto de la enfermedad que siguió al 31 de mayo, se deslizó por las canales desde el piso principal hasta abajo, esto es, hasta el bienaventurado suelo del jardín.
—Veamos, pues —dijo para sí—, si voy a buscar recuerdos por última vez al lugar en que estuve presente; sí voy a buscar nuevamente de rodillas, en la arena de las calles de árboles, la huella adorada que han debido dejar impresa

los pasos de mi querida.
Suspendió Gilberto su monólogo para fijar una mirada profunda en el sitio en que debía estar el pabellón.
Después de un momento de silencio e investigación:
—No parece —agregó— que el pabellón esté habitado por otros inquilinos; ni se ve luz, ni se oye ruido, ni hay ninguna puerta abierta; ¡vamos, pues!
Abrió la puerta de su buhardilla, descendió a tientas como una sílfide por delante de la puerta de Rousseau, y así que llegó al piso principal se agarró con valor al canalón de plomo y se dejó deslizar hasta abajo, a riesgo de echar a perder aquellos calzones, tan rozagantes por la mañana.
Llegó a la espaldera y sintió de nuevo todas las emociones que sintió la primera vez que visitó el pabellón; crujió la arena bajo sus pies y reconoció la puertecilla por donde introdujo Nicolasa a M. de Beausire.
Al fin se dirigió a la gradería para aplicar sus labios a la manecilla de cobre de la persiana, porque sin duda la habría estrechado con frecuencia Andrea.
El delito de Gilberto había convertido, pues, su amor en una especie de religión.
De repente hizo estremecer al joven un ruido interior débil y sordo, como si alguien pisara el suelo con leve paso.
Gilberto retrocedió.
Tornóse lívido su rostro, y tan trastornado estaba hacía ocho días, que al percibir una luz que penetraba por entre la puerta, creyó que la superstición, que es hija de la ignorancia y el remordimiento, encendía en sus ojos una de sus fatídicas antorchas, y que esta antorcha era la que se transparentaba en las hojas de las persianas.
Seguían aproximándose los pasos y la luz, y Gilberto oía y veía sin dar crédito a sus ojos y oídos; pero la persiana abrióse de repente cuando el joven se aproximaba para mirar a través de las hojas, y con el choque fue a parar a la pared, lanzando un grito y cayendo de rodillas.
Lo que así le prosternaba no era solamente el choque, sino también la vista, pues en aquella casa que creía desierta y a cuya puerta había llamado sin que le abriesen acababa de ver aparecer a Andrea.
La joven, pues efectivamente era ella y no una sombra, también exhaló un grito; pero luego, menos asustada, porque sin duda aguardaba a alguien:
—¿Qué pasa? —preguntó—, ¿quién sois? ¿qué es lo que queréis?
—¡Oh! perdón, perdón, señorita —dijo Gilberto con el rostro humildemente

inclinado hacia el suelo.
—¡Gilberto! ¡Gilberto aquí! —exclamó Andrea con una sorpresa extraña al miedo y de furor—; ¡Gilberto en este jardín! ¿Qué venís a hacer aquí, amigo mío?
Estas palabras vibraron dolorosamente hasta el fondo del corazón del joven.
—¡Oh, señorita! —dijo con voz conmovida—, no me agobiéis, sed misericordiosa, porque he padecido tanto...
Andrea miró a Gilberto con asombro y como mujer que no entendía en absoluto a qué venía aquella humildad.
—Ante todo —dijo—, alzaos y explicadme cómo es que os encontráis aquí.
—¡Oh! señorita —exclamó Gilberto—, no me levantaré hasta que me hayáis perdonado.
—¿Qué habéis hecho contra mí para que os perdone? —preguntó—. Explicaos: en todo caso —siguió diciendo con melancólica sonrisa—, como la ofensa no puede ser grande, el perdón no será difícil. ¿Ha sido Felipe el que os ha entregado la llave?
—¿La llave?
—No cabe duda, pues teníamos convenido que no abriría a nadie estando él ausente, y para que vos hayáis entrado es necesario que sea él el que os ha facilitado los medios, a no ser que hayáis entrado por encima de las paredes.
—¿Vuestro hermano, el señorito Felipe? —dijo Gilberto balbuceando—. No, no, no ha sido él; pero no se trata de vuestro hermano, señorita: ¿de modo que no os habéis marchado? ¿Conque no habéis abandonado a Francia? ¡Oh! qué dicha tan inesperada.
Se apoyó Gilberto sobre una rodilla, y con los brazos abiertos daba gracias a Dios con extraordinaria buena fe.
Inclinóse Andrea hacia él, y contemplándole con inquietud:
—Señor Gilberto —le dijo—, habláis como si estuvierais loco, y vais a estropearme el vestido; soltad, pues, y pongamos fin a esta comedia.
Gilberto se incorporó.
—Os habéis incomodado —dijo—, pero no tengo de qué quejarme, porque harto lo he merecido: sé que no debí presentarme de esta manera; ¿pero qué queréis? No sabía que vivíais en este pabellón: lo creía vacío, solitario, y venía a buscar en él recuerdos vuestros, nada más... Sólo la casualidad... Efectivamente no sé lo que digo, dispensadme: primero quería dirigirme a vuestro señor padre, más igualmente había desaparecido.

Andrea hizo un movimiento.
—¡A mi padre! —dijo—; ¿con qué objeto?
Se engañó Gilberto con aquella respuesta.
—¡Oh! porque os temo demasiado —dijo—; y no obstante, ya sé que más vale que todo pase entre nosotros, pues esta es la manera más fácil de que todo quede reparado.
—¡Reparado! explicadme, ¿qué es lo que debe repararse?
La miró Gilberto con ojos llenos de humildad.
—¡Oh! no os irritéis —dijo—, comprendo que soy un temerario, repito que es una temeridad alzar los ojos tan alto; pero ya está consumada la desgracia.
Andrea hizo un movimiento.
—El delito, si así lo deseáis —siguió diciendo Gilberto—, el delito, porque efectivamente es un delito muy grande. Pues bien, acusad a la fatalidad, señorita, pero jamás a mi corazón...
—¡Vuestro corazón, vuestro delito, la fatalidad!... Estáis loco y me dais miedo.
—¡Oh! es imposible que pueda inspiraros otro sentimiento que no sea compasión, cuando os muestro tanto respeto y remordimiento; cuando os hablo con la frente inclinada y juntando las manos. Señorita, oíd lo que voy a deciros, que es un compromiso que contraigo en presencia de Dios y de los hombres. Quiero que toda mi vida esté consagrada a expiar el error de un instante; quiero que vuestra dicha venidera sea tan grande que borre todos los dolores pasados, señorita...
Gilberto vaciló.
—Transigid, señorita, con un matrimonio que santifique una unión criminal.
Andrea se hizo atrás un paso.
—No, no —dijo Gilberto—, no estoy loco; no intentéis huir, no me arranquéis estas manos que estrecho en las mías; por caridad, por compasión... consentid en ser mi esposa.
—¡Vuestra esposa! —exclamó Andrea, presumiendo que ella era la que iba a volverse loca.
—¡Oh! —continuó Gilberto lanzando abrasadores gemidos—, ¡oh! decid que me perdonáis, esa noche horrible, decid que mi delito os causa horror, pero que me perdonáis al ver mi arrepentimiento; decid que mi amor comprimido tanto tiempo justificaba mi delito.
—¡Miserable! —gritó Andrea con inmensa furia—, ¿conque fuiste tú? ¡Oh,

Dios mío, Dios mío!
Apretó Andrea la cabeza entre sus manos, como para dificultar que huyera su indignado pensamiento.
Retrocedió mudo y petrificado Gilberto ante aquella hermosa y pálida cabeza de Medusa, que dejaba ver a un mismo tiempo terror y asombro.
—¡Esto es lo único que me faltaba. Dios mío! —exclamó la joven, de quien se apoderó una exaltación que crecía por momentos—, ¡mi nombre está doblemente deshonrado! ¡deshonrado por el delito y por el criminal! ¡Responde, infame! ¡Responde, miserable! ¿Conque fuiste tú?
—¡No lo sabía! —dijo Gilberto estupefacto.
—¡Socorro! ¡socorro! —gritó Andrea entrando en su cuarto—. ¡Felipe, Felipe, ven acá!
Seguíala Gilberto sombrío y profundamente desesperado, miró en torno suyo por ver si encontraba un sitio en que caer con nobleza a los golpes que aguardaba, o un arma con que defenderse.
Nadie acudió a los gritos de Andrea porque estaba sola en su habitación.
—¡Sola! ¡oh! ¡estar sola! —exclamó la joven con rabia—, ¡sal de aquí, miserable! ¡No provoques la ira de Dios!
Gilberto levantó la cabeza con dulzura.
—Vuestra furia —murmuró—, es para mí más temible que todo lo demás; no me abruméis, pues, señorita, ¡tened compasión de mí!
Y juntó las manos en actitud suplicante.
—¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino! —gritó la joven.
—¿Pero no queréis oírme? —exclamó Gilberto—: oídme al menos, y haced que me maten al punto si queréis.
—¡Que te oiga! ¡También este suplicio! Vamos, ¿y qué es lo que tienes que decirme?
—Lo que ha poco dije; que he cometido un delito, delito bien disculpado para el que penetre mi corazón, y que deseo reparar ese delito.
—¡Oh! ahora conozco el significado de esa palabra que me causaba horror aún antes de comprenderla... un matrimonio. ¿Creo que habéis pronunciado esta palabra?
—¡Señorita! —balbuceó Gilberto.
—¡Un matrimonio! —prosiguió la altiva joven exaltándose cada vez más—. ¡Oh! no es furor lo que siento hacia vos, sino desprecio, odio, y con este desprecio viene a mezclarse un sentimiento tan bajo y terrible, que no

comprendo cómo hay quien soporte sin morirse su expresión tal como os la arrojó a la cara.
Gilberto palideció; dos lágrimas de rabia brillaron en sus párpados, y sus labios se adelgazaron quedándose tan blancos como dos hilos de nácar.
—Señorita —dijo tembloroso—; no valgo tan poco que no pueda servir para reparar la pérdida de vuestra honra.
Andrea se levantó.
—Si se tratase de honra perdida —dijo con orgullo—, sería la vuestra y no la mía. Tal como estoy, mi honra se halla intacta, y sólo casándome con vos me deshonraría.
—Nunca pude creer —contestó Gilberto con tono seco y penetrante— que para una mujer que va a ser madre hubiese en el mundo otra consideración que la suerte futura de su hijo.
—Y yo no podía imaginar que os atreveríais a ocuparos de esto —repuso Andrea, cuyos ojos chispeaban de rabia.
—Por el contrario, me ocupo de ello, señorita —respondió Gilberto empezando a incorporarse bajo el encarnizado pie que le hollaba—; me ocupo de ello, porque no quiero que ese niño se muera de hambre, como sucede frecuentemente en las casas de los nobles, cuyas hijas entienden el honor allá a su modo. Los hombres se sirven entre sí, y algunos que valían más que los otros han proclamado esta doctrina. Comprendo que no me améis porque no veis mi corazón, y que me despreciéis, porque no sabéis lo que pienso; pero jamás comprenderé que me neguéis el derecho de ocuparme de mi hijo. ¡Ay! Al tratar de casarme con vos no era por la satisfacción de un deseo, una pasión, una ambición, sino por cumplimiento de un deber, y me condenaba a ser esclavo vuestro dándoos mi vida. ¡Dios mío!, aunque nunca hubieseis llevado mi nombre, si queríais, aunque hubierais continuado tratándome como al jardinero Gilberto, esto habría sido justo; pero no debíais sacrificar a vuestro hijo. He aquí trescientas mil libras con que me ha dotado un protector generoso que me ha juzgado de distinto modo que vos. Si me caso con vos, este dinero es mío: ahora bien; por lo que hace a mi, señorita, únicamente necesito un poco de aire que poder respirar, si vivo, y un sepulcro donde descanse mi cuerpo, si muero. Lo demás que poseo, es para mi hijo; mirad, aquí están las trescientas mil libras.
Y colocó sobre la mesa el fajo de billetes, casi junto a la mano de Andrea.
—¡Estáis en un error gravísimo —dijo ésta—, pues no tenéis tal hijo!

—¡Yo!
—¿De qué hijo habláis entonces? —preguntó Andrea.
—Del que encierra vuestro seno. ¿No declarasteis delante de dos personas, esto es, delante de vuestro hermano y del conde de Balsamo, que os hallabais en cinta, y que yo fui? ¡yo, desventurado!
—¡Ah! ¿Conque lo habéis oído? —exclamó Andrea—: pues bien, tanto mejor: en ese caso, ésta es mi respuesta: me habéis forzado de un modo infame; me habéis poseído estando dormida; me habéis disfrutado por medio de un delito, y estoy en cinta, realmente; pero mi hijo sólo tiene madre, ¿lo oís? ¡Es cierto que me habéis violado, pero no sois padre de mi hijo!
Y cogió los billetes y los tiró desdeñosamente fuera de la habitación de tal modo, que rozaron al esparcirse el semblante pálido del infortunado Gilberto. Sintió entonces un impulso de rabia tan atroz que el ángel custodio de Andrea debió temblar por ella otra vez.
Pero aquella furia se refrenó por su misma violencia, y él joven pasó por delante de Andrea sin dirigirle siquiera una mirada.
Cuando traspuso el umbral, la joven se lanzo tras él y cerró puertas, persianas, ventanas y celosías, como si con aquella acción violenta pretendiera interponer el Universo entre lo presente y lo pasado.

CLIII

DEL MODO QUE GILBERTO DECIDE

CASTIGAR EL ORGULLO DE ANDREA

Cuando llegó el día, Gilberto sintió vehementes deseos de escribir a Andrea, comunicándole los argumentos tan sólidos y llenos de probidad que la noche hizo brotar de su cerebro; pero comprendió que no le quedaba ninguna esperanza. Además, escribir era conceder lo que repugnaba a su orgullo, y pensando que su carta sería arrugada, tirada, quizá, sin ser leída;

imaginándose que sólo serviría para que le siguiese la pista una traílla de enemigos encarnizados e ignorantes, varió de opinión decidiendo no escribirle.
Pensó Gilberto entonces que el paso que diera podía ser recibido de un modo más favorable por el padre, que era un avaro y un ambicioso, o por el hermano, que era un hombre de muy buen corazón, y de quien sólo podía temerse el primer ímpetu.
—Pero —se dijo a sí mismo—, ¿de qué me serviría que me apoyara M. de Taverney o su hijo Felipe, si Andrea me perseguirá con su constante «no os conozco?»
Luego añadió allá para sí:
—Está bien, nada me une ya a esa mujer, pues ella misma ha tenido cuidado de romper los lazos que nos unían.
Así que el sol penetró en la buhardilla, Gilberto se levantó tambaleándose con la esperanza de hallar a su enemigo en el jardín o hasta en el pabellón.
En medio de su desgracia, era esto un placer.
Pero de pronto fue a anegar su pensamiento una ola amarga de despecho, remordimiento e ira: recordó todos los disgustos y desprecios que le había hecho sufrir la joven, y deteniéndose en medio del zaquizamí, porque así lo mandó severamente la materia a la voluntad, dijo:
—¡No! ¡no!; no irás a mirar a esa ventana, no te infiltrarás ya el veneno con que te complaces en matarte. Es una cruel, es una criatura sin honra ni religión la que niega al hijo su padre, que es un sostén natural, y condena a la pobre criatura al olvido, la miseria o quizá la muerte, en atención a que ese hijo deshonra las entrañas en que ha sido engendrado. Pues bien, Gilberto, por muy criminal que hayas sido, por muy enamorado y cobarde que seas, te prohíbo que te vayas hacia la claraboya y que dirijas una mirada siquiera al pabellón; te prohíbo que te compadezcas de la situación de esa mujer, ni que debilites los resortes de tu alma pensando en lo ocurrido. Consume la vida como el bruto, trabajando y satisfaciendo las necesidades materiales; gasta el tiempo que va a transcurrir entre el oprobio y la venganza y acuérdate siempre de que el único medio de respetarte todavía y hacerte superior a esos nobles orgullosos, estriba en ser más nobles que ellos.
Tembloroso, pálido, impulsado por el corazón hacia la ventana, obedeció, sin embargo, el mandato del espíritu, pudiendo vérsele poco a poco, como si sus pies hubiesen echado raíces en el cuarto, dirigirse hacia el lado de la escalera.

Al fin salió para encaminarse a casa de Balsamo. Pensando otra cosa:
—¡Soy un loco! —dijo—, ¡qué cabeza tan destornillada tengo! Hablaba de vengarme, y no sé qué venganza elegir. ¿Mataré a esa mujer? ¡Oh! no, pues al caer se tendría dichosa con ajarme con una injuria más. ¿La deshonro públicamente? ¡Oh! ¡eso es propio de un menguado!... Hay un punto sensible en el alma de esa criatura en que mi alfilerazo descargue un golpe tan sensible como una puñalada... Necesita que la humillen, sí, porque todavía es más orgullosa que yo... ¿Humillarla yo? ¿Y cómo? Nada poseo, nada soy, y sin duda va a desaparecer. Es seguro que con mi presencia, si me presentara a menudo, y le dirigiera una mirada de desprecio o provocación, la provocaría dolorosamente. Yo bien sé que esa madre sin entrañas sería una madre sin corazón, y me enviaría a su hermano a que me matase; pero, ¿quién me impide que yo también aprenda a matar a un hombre lo mismo que he aprendido a reflexionar o a escribir? ¿quién evita que derribe al suelo a Felipe, que le desarme, y me ría en las barbas del vengador, burlándome al mismo tiempo de la mujer ofendida?... No, este medio es propio de comedia. Yo solo, yo, con mi brazo desarmado, con un raciocinio despojado de ideas imaginarias, con la fuerza extraordinaria que la Naturaleza me ha dado, y mi vigoroso pensamiento, desbarataré los proyectos de esos desgraciados... ¿Qué es lo que quiere Andrea? ¿qué posee?, ¿qué pone por delante para defenderse y conseguir mi oprobio?... Lo veremos.
Después, en el borde de la parte saliente de la pared, encorvado y con los ojos clavados en el suelo, se puso a meditar profundamente.
—Lo que puede desear Andrea —dijo—, es lo que yo aborrezco: es necesario, pues, destruir todo lo que aborrezco... ¡Destruir! ¡Oh! no... ¡Que no me lleve a proceder mal mi deseo de venganza! ¡Que jamás me obligue a valerme del acero o el fuego! ¿Qué me queda entonces? Helo aquí: investigar la causa de la superioridad de Andrea; ver por medio de qué cadena va a aprisionar a un mismo tiempo mi corazón y mi brazo... ¡Oh! ¡Dejar de verla... ¡Pasar sin que ella me mire!... ¡Pasar, digo, a dos pasos de esa mujer, cuando sonriéndose con su insolente hermosura conduzca de la mano a su hijo, su hijo que jamás me conocerá!... ¡Malditos sean el cielo y la tierra! Y acentuó esta frase dando furioso un puñetazo en la pared, y lanzando un apostrofe más terrible todavía, que voló hacia el cielo.
—¡Su hijo! He aquí el secreto. ¡Es preciso que nunca posea ese hijo, a quien enseñaría a aborrecer el nombre de Gilberto; es preciso, al contrario, que sepa

que ese hijo crecerá aprendiendo a odiar el nombre de Andrea! En resumen, ese hijo a quien ella no querrá, a quien tal vez atormentaría, porque tiene mal corazón, ese hijo con que me estaría castigando perpetuamente, es necesario que jamás lo vea Andrea, y que exhale, cuando lo haya perdido, rugidos semejantes al de la leona cuando le quitan sus cachorros!

Se incorporó Gilberto hermoseado por la ira y una alegría bárbara.

—Esto es —dijo extendiendo el puño hacia el pabellón de Andrea—; me condenas a la vergüenza, a la soledad, al remordimiento y al amor, y yo te condeno a sufrir inútilmente, a vivir aislada, a la afrenta, al terror y a un odio sin venganza. Me buscarás, pero en vano, porque habré huido; llamarás al niño, aunque sea para despedazarle si le encuentras, pero a lo menos habré encendido en tu alma un volcán de furiosos deseos; habré clavado en tu corazón una hoja sin puño... ¡Sí, sí, el hijo! Y lo tendré, Andrea; no tu hijo, como dices, sino el mío. Gilberto se apoderará de su hijo, hijo noble por parte de madre... ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Y cobró animación insensiblemente hasta inundarse de gozo.

—¡Velaré, pues, Andrea! —dijo en tono solemne aproximándose a la ventana —; velaré de día y de noche, y no harás un movimiento sin que yo lo espíe. ¡Andrea, eres presa mía; una parte tuya es mi bien, y desde hoy vigilo, sí, vigilo!

Acercóse entonces a la claraboya y vio abrir las persianas del pabellón, deslizándose la sombra de Andrea sobre las cortinas y sobre el pavimento del cuarto, reflejada indudablemente por algún espejo.

Luego llegó Felipe, que se había levantado más temprano, pero que había estado escribiendo en su cuarto, situado detrás del de Andrea.

Notó Gilberto cuan animada era la conversación de los dos hermanos, y con seguridad hablaban de él, de la escena de la víspera, pues Felipe se paseaba con una especie de perplejidad. Quizá había modificado la llegada de Gilberto los proyectos de instalación, y acaso iban a buscar en otro sitio la paz, las tinieblas y el olvido.

Cuando Gilberto concibió esta idea, convirtiéronse sus ojos en rayos luminosos que hubieran incendiado el pabellón y penetrado hasta el centro del mundo.

Pero en aquel momento entró por la puerta del jardín una criada de servir, provista de una recomendación. Andrea la admitió, pues instaló su paquete de ropa en la habitación que Nicolasa ocupó en otro tiempo: pronto varias

compras de muebles, utensilios y provisiones, confirmaron al vigilante Gilberto en la certeza de que los dos hermanos pensaban habitar allí tranquilamente.
Examinó Felipe, y mandó examinar con el mayor cuidado, las cerraduras de la puerta del jardín, lo cual probó más que nada a Gilberto que suponían que había entrado con una llave falsa que quizá le había dado Nicolasa. Así es que hallándose Felipe delante, mudó un cerrajero las guardas de la cerradura.
Aquella fue la primera alegría que Gilberto sintió después de todos los sucesos narrados. Se sonrió irónicamente murmurando: —¡Pobre gente! poco peligro me puede venir de ella: ¡la emprenden con la cerradura, y ni siquiera sospechan que he tenido fuerzas para escalar las paredes! ¡Qué idea tan pobre tienen de ti, Gilberto! Tanto mejor. Sí, orgullosa Andrea —agregó—; a pesar de las cerraduras de tu puerta, podría penetrar en tu casa si quisiera... Pero no —continuó con amargura—... ¡esto es más digno de mí, y ya no os quiero!... Descansad en paz, pues no necesito poseeros para atormentaros a mis anchas; dormid!
Abandonó la claraboya, y después de echar una ojeada a su traje, bajó la escalera para encaminarse a casa de Balsamo.

CLIV

PASAJERO PARA EL «ADONIS»

Fritz condujo a Gilberto a la presencia de Balsamo.
Descansaba el conde en un sofá, como la gente rica y ociosa, de la fatiga de haber dormido toda la noche: a lo menos, esto es lo que supuso Gilberto al verlo tendido de aquel modo a semejante hora.
Al entrar en el salón, Balsamo se incorporó levemente recostándose en el codo, y cerró un libro que tenía abierto aunque no leía.
—¡Oh! ¡oh! he aquí un joven que va a casarse —dijo.
Gilberto permaneció en silencio.

—Bien —siguió el conde volviendo a tornar su postura indolente—, sois dichoso, y por eso sois casi agradecido. Esto es muy hermoso; pero venís a darme las gracias, y esto es superfluo; dejadlo, Gilberto, para cuando lo necesitéis. Idos, mi amigo, idos.
En aquellas palabras había una cosa tan profundamente siniestra, que fue para Gilberto una tacha y una revelación.
—No —dijo—, os engañáis, caballero, pues no hay tal casamiento.
—¡Oh! pues entonces, ¿qué es lo que hacéis?... ¿qué ha ocurrido?
—Que me han negado mi petición —contestó Gilberto.
El conde se volvió del todo.
—No habréis entendido bien, caballero.
—Sí, caballero, o al menos, así lo creo.
—¿Quién os ha desairado?
—La señorita.
—Eso era de esperar: ¿y por qué no os dirigisteis a su padre?
—Porque la fatalidad no ha querido.
—¡Ah! ¿conque somos fatalistas?
—No tengo razón para tener fe.
Balsamo frunció el entrecejo y miró a Gilberto con una especie de curiosidad.
—¿Por qué hablar así de lo que desconocéis? —le dijo—; pues en un hombre es una necedad, y en un niño inútil jactancia. Os consiento que tengáis orgullo, pero no que seáis tan imbécil: decidme que no tenéis por qué ser un tonto y os daré la razón. En resumen. ¿Qué habéis hecho?
—Helo aquí. He pretendido, como los poetas, soñar en vez de obrar; he querido irme a pasear por calles de árboles en que había hallado placer meditando amorosamente, y sin estar preparado se ha presentado de pronto a mi vista la realidad, dejándome muerto en el sitio.
—También se os emplea, Gilberto, porque el hombre que se encuentra en la situación en que vos os halláis, se asemeja a los exploradores de un ejército, los cuales no deben caminar sino con el mosquete en la mano derecha y una linterna sorda en la izquierda.
—Últimamente, caballero, he fracasado, pues la señorita Andrea me ha llamado asesino e infame, asegurándome que mandará que me maten.
—Bueno, pero, ¿y su hijo?
—Sostiene que es suyo y no mío.
—¿Y qué más?

—Nada; al oír esto me retiré.
—¡Ah!
Gilberto levantó la cabeza.
—¿Qué hubierais hecho vos? —dijo.
—Todavía lo ignoro: decidme lo que vos vais a hacer ahora.
—A castigarla por las humillaciones que me ha hecho sufrir.
—Ésas no son más que palabras.
—No; es una decisión que he tomado.
—¿Pero os habéis dejado arrancar vuestro secreto... vuestro dinero acaso?
—Aun me pertenece mi secreto y no dejaré que nadie se apodere de él; en cuanto al dinero, era vuestro y aquí lo tenéis.
Se desabrochó la chupa y sacó los treinta billetes de banco, los cuales contó minuciosamente, colocándolos sobre la mesa de Balsamo.
El conde los tomó y dobló, sin dejar de observar a Gilberto, cuyo rostro no reveló la menor emoción.
—Conserva la honra, y no es codicioso; aquí hay espíritu y firmeza... éste sí que es un hombre —pensó allá en sus adentros.
—Señor conde —dijo Gilberto—, ahora tengo que daros cuenta de los dos luises que me entregasteis.
—Jamás exageréis nada —repuso Balsamo—, pues si es una cosa magnífica devolver cien mil escudos, es una puerilidad entregar cuarenta y ocho libras.
—No pretendo devolvéroslas, sino participaros lo que he hecho con esos dos luises, a fin de que supieseis oportunamente que necesito otros.
—Eso es diferente. ¿Conque pedís más?
—Pido...
—¿Y para qué?
—Para hacer una cosa con lo que manifestasteis hace poco que no eran más que palabras.
—Corriente; ¿tratáis de vengaros?
—Sí, y me parece que noblemente.
—Lo creo, pero de un modo cruel, ¿no es verdad?
—Sí.
—¿Cuánto dinero necesitáis?
—Veinte mil libras.
—¿Y no tocaréis a esa joven? —dijo Balsamo, pensando atajar a Gilberto con esta pregunta.

—No la tocaré.
—¿Ni a su hermano?
—Ni tampoco a su padre.
—¿No la calumniaréis?
—Jamás abriré la boca para pronunciar su nombre.
—Ya os comprendo, pero lo mismo es matar a una mujer con un puñal que matarla con constantes bravatas... Sin duda queréis desafiarla presentándoos a su vista, siguiéndola y abrumándola con sonrisas llenas de insultos y aborrecimiento.
—Estoy tan lejos de querer hacer eso que decís, que vengo a pediros, para en caso de que se me antoje dejar a Francia, que me facilitéis los medios de atravesar el mar sin que me cueste nada.
Balsamo dejó escapar una exclamación.
—Señor Gilberto —dijo con su voz áspera a la par que cariñosa, que no contenía sin embargo ni dolor ni gozo—; señor Gilberto, me parece que no sois consecuente con vuestro alarde de desinterés. Me pedís veinte mil libras; pues qué, ¿no podéis tomar de esa cantidad mil que os costarán los gastos de embarque?
—No, caballero, por dos motivos.
—Veamos cuáles son.
—Es el primero, que el día en que me embarque no poseeré un sueldo, pues tened en cuenta que lo que pido no es para mí, sino para reparar la falta que he cometido por haberme vos facilitado la ocasión.
—¡Ah! ¡qué tenaz sois! —dijo Balsamo con la boca crispada.
—Porque tengo razón... Os digo que necesito dinero para reparar una falta, y no para vivir o consolarme: ni un sueldo de esa cantidad entrará en mi bolsillo, pues está destinada.
—Sí, ya lo veo; para vuestro hijo.
—Sí, señor, para mi hijo —contestó Gilberto con cierto orgullo.
—¿Pero y vos?
—Yo soy robusto, libre e inteligente, y siempre tendré con qué mantenerme, porque quiero, ¡quiero vivir!
—¡Oh! ¡viviréis! Nunca da Dios tanta fuerza de voluntad a almas que deban abandonar prematuramente la tierra; Dios, así como viste con eficacia las plantas que tienen que arrostrar los largos inviernos, da una coraza de acero a los corazones que necesitan sufrir amargas y duras penas. Pero creo que

habéis dicho teníais dos motivos para no conservar mil libras: en primer lugar por delicadeza.
—Y en segundo por prudencia. El día en que salga de Francia, tendré que ocultarme, y esto no lo conseguiré yendo a buscar a un capitán en un puerto, y entregándole dinero, pues supongo que esto es lo que se hace en esos casos.
—¿Suponéis, pues, que yo pueda ayudaros a que os salven?
—Sé que es posible hacerlo.
—¿Y quién os lo ha dicho?
—¡Oh! disponéis de muchos medios sobrenaturales para que no tengáis también todo un arsenal de recursos naturales.
—Gilberto —dijo Balsamo de repente extendiendo la mano hacia el joven—, sois hombre dotado de un espíritu aventurero y atrevido; en vos reside el bien y el mal como en una mujer, y sois estoico y probo sin afectación. Quedaos conmigo, y haré que seáis hombre grande: os conceptúo capaz de ser agradecido; quedaos aquí, os digo, pues este palacio es un asilo seguro: además, dentro de algunos meses salgo de Europa, y me acompañaréis.
Gilberto escuchó con atención, y luego dijo:
—Transcurridos algunos meses no diría que no; pero lo que es hoy, debo daros las gracias, señor conde: vuestra proposición es muy brillante para un desgraciado, pero no la acepto.
—Observad que la venganza de un momento no vale tal vez tanto como un porvenir de cincuenta años.
—Caballero, mi antojo o mi capricho, valen siempre para mí más que todo el Universo en el instante que tengo ese antojo o ese capricho. Por otra parte, además de la venganza necesito cumplir con un deber.
—Ahí tenéis vuestras veinte mil libras —contestó Balsamo sin titubear.
Gilberto tomó dos billetes de banco, y mirando a su protector:
—¡Favorecéis como pudiera hacerlo un rey! —dijo.
—¡Oh! algo más —dijo Balsamo—, pues ni siquiera pido que el sujeto a quien favorezco me dedique un recuerdo.
—¡Bien! Pero yo soy agradecido, como dijisteis hace poco, y cuando haya realizado mi tarea, os pagaré veinte mil libras.
—¿De qué modo?
—Poniéndome a vuestro servicio durante el tiempo que sea menester a un criado para pagar veinte mil libras a su amo.
—Volvéis a ser ilógico, Gilberto, pues hace un instante manifestasteis que

debía daros veinte mil libras que habéis pedido.
—Es cierto, pero habéis ganado mi corazón.
—Lo celebro —dijo Balsamo—. ¿Conque seréis mío si yo quiero?
—Sí.
—¿Qué es lo que sabéis hacer?
—Muy poco; pero a todo me atrevo.
—Es verdad.
—Pero deseo tener en el bolsillo un medio para dejar a Francia en el plazo de dos horas si fuese necesario.
—¡Ay! ya no tenemos servicio.
—Volveré.
—Y yo os buscaré. Vamos, terminemos de una vez, por que me molesta hablar tanto tiempo. Acercad esa mesa.
—Aquí está.
—Entregadme los papeles que están en ese cuaderno sobre el ropero.
—Aquí lo tenéis.
Cogió los papeles y leyó a media voz las líneas siguientes en uno de ellos que contenía tres firmas, o más bien tres cifras extrañas.

«El día 15 de diciembre, del Havre, para Boston, P.— J. el *Adonis*.

—¿Qué opinas de América, Gilberto?
—Que no es Francia, y con mucho gusto viajaré por mar, en un momento determinado, con dirección a cualquier país que no sea en el que estamos.
—¡Bien! ¿es tiempo oportuno... para el 15 de diciembre?
Gilberto contó por los dedos mientras reflexionaba.
—Precisamente.
Balsamo cogió una pluma y se limitó a escribir en una hoja en blanco estas palabras:

«Admitid en el *Adonis* un pasajero.
José Balsamo.»

—Pero es peligroso este papel —dijo Gilberto examinándolo—; y cuando trato de buscar un asilo, bien podría ser que diese con la Bastilla.
—El excesivo talento te hace parecer tonto —dijo el conde—. El *Adonis*,

señor Gilberto, es un buque mercante, cuyo principal armador soy yo.
—Señor conde, perdonadme —dijo Gilberto inclinándose—: efectivamente soy un miserable, y algunas veces pierdo la cabeza, pero nunca dos veces seguidas; perdonadme, pues, y creed en mi agradecimiento.
—Idos, amigo mío.
—Señor conde, quedad con Dios.
—Hasta la vista —dijo Balsamo retirándose.

CLV

LA DELFINA CONCEDE UNA AUDIENCIA A FELIPE DE TAVERNEY

En noviembre, Felipe de Taverney. salió muy temprano dada la estación que era; es decir, al rayar el día, de la casa en que habitaba con su hermana.
Se apresuró a atravesar el cuartel populoso y atestado de gente en que vivía, para encaminarse a los Campos Elíseos, completamente desiertos.
Felipe iba vestido como los hijos de la clase mejor acomodada de París, con una chupa de faldones anchos, calzón y medias de seda; ceñía espada, y su peinado revelaba que había estado durante mucho tiempo, antes que amaneciera, entregado en manos del peluquero, recurso supremo de la hermosura en aquella época.
Próximo ya a los Campos Elíseos, una carroza gastada, sin color ya, medio rota y arrastrada por una yegua flaca, empezaba a andar la ruta, y el cochero, con ojo vigilante aunque mustio, buscaba a lo lejos un viajero por entre los árboles, lo mismo que Eneas uno de sus buques en las ondas del mar Tirreno.
Al divisar a Felipe, el automedonte pegó un latigazo más fuerte a su yegua de manera que la carroza alcanzó al viajero.
—Arreglaos de manera —dijo Felipe—, que a las nueve en punto me encuentre en Versalles, y os daré medio escudo.
En efecto, a las nueve iba Felipe a tener una audiencia con la delfina, pues ésta había empezado a concederlas por la mañana. Solícita, y dejando a un

lado las leyes de la etiqueta, la princesa acostumbraba a visitar los trabajos que mandaba ejecutar en Trianón, y hallando al paso a los pretendientes a quienes había concedido una conferencia, terminaba rápidamente con ellos con una presencia de ánimo y una amabilidad que no excluían la dignidad, y aun de vez en cuando la altanería si notaba que se engañaban acerca de sus actos de delicadeza.

Felipe determinó al principio andar el camino a pie, porque se veía reducido a la más estrecha economía; pero el amor propio, o quizá únicamente un respeto que los militares no pierden nunca acerca de la decencia con que deben presentarse a sus superiores, decidió al joven gastar los ahorros de un día para presentarse en Versalles decentemente vestido.

Felipe resolvió regresar a pie, de suerte que aunque partiendo de dos puntos opuestos, hallábanse, como se ve, en la misma grada de la escala Felipe el noble y Gilberto el plebeyo.

Vio nuevamente con el corazón oprimido todo aquel Versalles lleno de magia todavía, y en el que le habían encantado con sus promesas tantos sueños dorados y de color de rosa. También vio de nuevo con el corazón traspasado a Trianón, recuerdo de desgracia y afrenta, y a las nueve en punto costeaba, provisto de su tarjeta de audiencia, el jardincillo que rodeaba el pabellón.

Percibió desde allí, a cien pasos de distancia, poco más o menos, a la princesa, que conversaba con su arquitecto, envuelta en pieles de marta, aunque no hacía frío. La joven delfina, con un sombrerillo como el que usan las damas de Wateau, destacábase entre las filas de los verdes árboles.

Algunas personas, favorecidas lo mismo que Felipe, fueron llegando una tras otra a la puerta del pabellón, a cuya antesala iba a buscarlas por turno un portero de estrados.

Situadas al paso de la princesa, cada vez que venía en dirección contraria con Mique, aquellas personas recibían una palabra de María Antonieta y aun el favor especial de algunas frases dichas de un modo afable. Luego esperaba la Princesa a que llegase otra visita. Felipe se quedaba para el último.

El portero fue por último a preguntarle si no se presentaba también, pues la señora delfina no debía tardar en retirarse, y entonces a nadie recibía.

Se acercó Felipe, pues, y la delfina no le perdió de vista durante el tiempo que invirtió en salvar aquella distancia de cien pasos, escogiendo él el momento más propicio para hacer su respetuoso saludo.

Volviéndose la delfina hacia el portero:

—¿Quién es la persona que me ha saludado? —dijo.
El portero leyó en la tarjeta de audiencia:
—M. Felipe de Taverney.
—Es cierto —dijo la princesa.
Y fijó en el joven una mirada sostenida y curiosa.
Felipe esperaba medio encorvado.
—Buenos días, señor de Taverney —dijo María Antonieta—, ¿cómo se encuentra Andrea?
—Muy enferma, señora, y agradece extraordinariamente el interés que os dignáis tomar por ella.
No respondió la delfina; pero había conocido que las facciones pálidas y demacradas de Felipe expresaban mucho sentimiento, y le costaba trabajo conocer, bajo el modesto traje del paisano, el gallardo oficial que fue el primero que le sirvió de guía en el territorio francés.
—Señor Mique —dijo aproximándose al arquitecto—, quedamos en cómo ha de ser el adorno de la sala de baile y en que se hará el plantío del bosque que está inmediato. Perdonadme que os haya tenido al frío tanto tiempo.
Esto era despedirle; de suerte que Mique hizo una reverencia y se fue.
Enseguida saludó la delfina a todas las personas, que esperaban algo apartadas, y éstas se retiraron inmediatamente. Felipe creyó que también iba a alcanzarle aquel saludo como a los demás, y ya empezaba a afligirse su corazón, cuando la princesa pasó, junto a él diciéndole:
—Dijisteis que vuestra hermana está enferma, ¿no es verdad?
—Señora, si no enferma —se apresuró a contestar Felipe—, a lo menos achacosa.
—¡Achacosa! —exclamó la delfina interesándose— ¡y teniendo como tenía tan buena salud!
Se inclinó Felipe, y la joven princesa le asestó una de esas miradas escudriñadoras que un hombre de su alcurnia hubiera dicho era mirada de águila. Luego, después de una pausa:
—Me permitiréis que ande un poco —dijo—, porque el viento que corre es frío.
Y adelantó algunos pasos, permaneciendo Felipe en su sitio.
—¡Cómo! ¿no me seguís? —le preguntó María Antonieta volviéndose.
Felipe se puso a su lado en dos brincos.
—¿Por qué causa no me habéis dicho antes el estado en que se halla Andrea,

por quién me interesaba?
—¡Ay! —dijo—. Vuestra Alteza acaba de decirlo: ciertamente que se interesaba por mi hermana... pero ahora...
—Aún me intereso, a no dudarlo... Sin embargo, me parece que la señorita de Taverney dejó mi servicio demasiado pronto.
—Señora, la necesidad —dijo Felipe en voz baja.
—¡Cómo! esa palabra es espantosa: ¡la necesidad!... ¿Queréis explicarme esto, señor de Taverney?
Felipe no respondió.
—El doctor Luis —continuó diciendo la delfina—, me contó que los aires de Versalles eran fatales para la salud de esa señorita, y que se restablecería viviendo en la casa paterna... A esto se reduce lo que me han dicho; y vuestra hermana, sólo me visitó una vez antes de marcharse: por cierto que estaba pálida y triste: pero debo decir que me manifestó mucho cariño en aquella entrevista, pues derramó copiosas lágrimas.
—Señora, lágrimas sinceras —dijo Felipe, cuyo corazón palpitaba fuertemente—; lágrimas que aún no se han agotado.
—He creído traslucir —prosiguió la princesa—, que vuestro señor padre obligó a su hija a que viniese a la corte, y que seguramente esa niña echaba de menos vuestro país, o algún cariño...
—Señora —apresuróse a contestar Felipe—, a nadie echa de menos mi hermana sino a Vuestra Alteza.
—¿Y sufre?... Vaya una enfermedad extraña, que debían curar los aires patrios, y lejos de ello la agravan.
—No deseo engañar por más tiempo a Vuestra Alteza —dijo Felipe—; la enfermedad de mi hermana es un pesar profundo que la ha conducido a un estado próximo a la desesperación. No obstante, a nadie quiere en el mundo sino a Vuestra Alteza y a mí; pero empieza a preferir a Dios sobre todas las cosas, y la audiencia que he tenido el honor de solicitar, señora, tiene por objeto reclamar vuestra protección acerca del deseo de mi hermana.
La delfina levantó la cabeza.
—Quiere ser religiosa, ¿no es verdad?
—Sí, señora.
—¿Y lo autorizaréis, amando como amáis a esa niña?
—Comprendo perfectamente su situación, señora, y ese consejo se lo he dado yo. A pesar de todo, amo lo bastante a mi hermana para que mi consejo no

sea sospechoso, y la gente no lo atribuya a avaricia. No gano nada conque Andrea sea monja, pues ni uno ni otro poseemos nada.
Detúvose la delfina, y volviendo a mirar a hurtadillas a Felipe:
—He aquí lo que yo decía hace poco, cuando no quisisteis entenderme; ¿no sois rico?
—Señora...
—No hay que abochornarse; se trata de la dicha de esa pobre joven, y debéis contestarme con sinceridad, como hombre honrado que sois, estoy segura de ello.
Los ojos brillantes y leales de Felipe, tropezaron con los de la princesa sin bajarse.
—Señora, responderé —dijo.
—Pues bien, ¿desea dejar el mundo vuestra hermana por necesidad? ¡Que hable! ¡Dios mío! ¡Cuan desgraciados son los príncipes! Dios les ha dado un corazón para que se compadezcan del infortunio; pero les ha negado esa penetración suprema que adivina la desgracia bajo el velo de la discreción. Contestad, pues, francamente; ¿es eso?
—No, señora —dijo Felipe con firmeza—, no, no es eso: sin embargo, mi hermana quiere ingresar en el convento de San Dionisio, y sólo poseemos la tercera parte de la dote.
—Éste importa sesenta mil libras —exclamó la princesa—; ¿conque es decir que sólo tenéis veinte mil?
—Poco más o menos, señora; pero sabemos que con una palabra de Vuestra Alteza, y sin necesidad de dote puede entrar en ese convento en clase de pensionista.
—Ciertamente que sí.
—He aquí, pues, el favor único que me atrevo a solicitar de Vuestra Alteza, si es que no ha prometido a alguien interceder para con la augusta señora Luisa de Francia.
—Coronel, me sorprendéis grandemente —dijo María Antonieta—; cómo, ¡tan cerca de mí anda la miseria unida con la nobleza! Coronel, no es bueno haberme engañado así.
—Señora, no soy coronel —repuso Felipe con dulzura—, no soy otra cosa que un servidor adicto a Vuestra Alteza.
—¿Decís que no sois coronel? ¿y desde cuando acá?
—Señora, jamás lo he sido.

—¡Pues el rey os ofreció en mi presencia un regimiento...!
—Sí, pero nunca me entregó el Real despacho.
—Además, vos teníais una graduación...
—Qué abandoné, señora, por haber caído en desgracia del rey.
—¿Y por qué?
—No lo sé.
—¡Oh! —dijo la delfina con profunda tristeza—; ¡lo que es la corte!
Felipe se sonrió entonces melancólicamente.
—Sois un ángel bajado del cielo, señora —dijo—, y siento mucho no servir a la casa de Francia, para tener ocasión de morir por Vuestra Alteza.
Miró la delfina al joven con un brillo tan ardiente y vivo, que Felipe se cubrió el rostro con las manos. La princesa ni siquiera procuró consolarle o sacarle del pensamiento que le dominaba en aquel momento.
Muda, y respirando con dificultad, deshojaba unas rosas de Bengala que cortó de su tallo con mano impaciente y nerviosa.
Felipe volvió en sí.
—Tened la bondad de dispensarme, señora —dijo.
La delfina no contestó a estas palabras.
—Desde mañana, si gusta —dijo con febril vivacidad—, puede ingresar vuestra hermana en San Dionisio, y vos estaréis dentro de un mes a la cabeza de un regimiento. —Señora —respondió Felipe—, ¿deseáis tener la bondad de oír mis últimas explicaciones?... Mi hermana acepta el favor de Vuestra Altera Real, pero yo no debo aceptarlo.
—¿Que no aceptáis?
—No, señora... he recibido una ofensa de la corte, y los enemigos que me han afrentado hallarán medio de descargar sobre mí un golpe más funesto si me vieran en mayor elevación.
—¡Cómo! ¿Y aun protegiéndoos yo?
—Señora, por eso mismo —dijo Felipe resueltamente.
—¡Es verdad! —murmuró la princesa poniéndose pálida.
—Y además, señora; no... se me olvidaba, se me olvidaba al hablaros que ya no hay felicidad para mí en la tierra... se me olvidaba que después de volver a la oscuridad, no debo salir de ella: en la oscuridad, el hombre que tiene corazón reza y se acuerda.
Pronunció Felipe estas palabras con un acento tal que hizo estremecer a la princesa.

—Día llegará —dijo ésta—, en que tenga derecho para decir lo que en este instante sólo puedo pensar. Caballero, vuestra hermana puede entrar en San Dionisio cuando guste.
—Gracias, señora, gracias.
—En cuanto a vos... deseo que me pidáis algo.
—Pero, señora...
—¡He dicho que lo deseo!
Felipe vio bajarse hacia él la mano de la princesa, y aquella mano permanecía colgando como si aguardara: quizá sólo expresaba la voluntad.
Arrodillóse el joven, cogió aquella mano, con lentitud, con el corazón lleno de vanidad, palpitando, y aplicó a ella sus labios.
—Veamos qué es lo que solicitáis —dijo la delfina tan conmovida que no retiró la mano.
Felipe inclinó la cabeza, y una ola de sombríos pensamientos le inundó como al náufrago en una tempestad... durante unos cuantos segundos permaneció mudo e inmóvil, y alzándose después descolorido y con los ojos apagados:
—Un pasaporte para abandonar a Francia —dijo—, el día en que mi hermana ingrese en el convento de san Dionisio.
Retrocedió la delfina como espantada, y luego, al ver aquel dolor, que seguramente comprendió y del que quizá participaba, no se le ocurrió decir otra cosa que estas palabras ininteligibles:
—¡Está bien!
Y alejóse por una calle de cipreses, únicos árboles que habían conservado intactas sus eternas hojas, adorno de los sepulcros.

CLVI

EL HIJO DEL CRIMEN

Se acercaba el día de pena y afrenta, y a pesar de las visitas, cada vez más frecuentes, del bondadoso doctor Luis, a pesar de los afectuosos cuidados y los consuelos de Felipe, Andrea se afligía de hora en hora, como los condenados a muerte a medida que va acercándose el momento postrero.
El infeliz hermano encontraba algunas veces a Andrea pensativa y temblorosa; sus ojos estaban enjutos, y pasaba días enteros sin pronunciar una palabra. Luego se levantaba de pronto y daba dos o tres vueltas con precipitación por su aposento, intentando como Dios libertarse de sí misma, es decir, del dolor que la estaba matando.
Por fin llegó una tarde en que, al verla más pálida, inquieta y nerviosa que de costumbre, Felipe envió a buscar al doctor para que fuese aquella misma noche.
Era el 29 de noviembre, y Felipe había tenido la habilidad de que Andrea permaneciese levantada hasta muy tarde, suscitando una conversación triste y reservada acerca de lo que temía la joven, como teme el herido que pongan la mano en su herida fuertemente o con poca maña.
Sentados estaban a la lumbre, y al irse la criada a Versalles en busca del médico, se le había olvidado cerrar las persianas, de manera que el reflejo del velón, y aun él de la lumbre, iluminaba suavemente la alfombra de nieve que los primeros fríos del invierno había extendido sobre la arena del jardín.
Esperó Felipe que llegase el momento en que empezaba a tranquilizarse el ánimo de Andrea, y después, sin andar con preámbulo:
—Querida hermana —dijo—, ¿has tomado al fin una decisión?
—¿Acerca de qué? —respondió Andrea exhalando un hondo suspiro.
—Acerca de... tu hijo, hermana. Andrea se estremeció.
—El momento se aproxima —siguió diciendo Felipe.
—¡Dios mío!

—Y no sería extraño que mañana...
—¿Mañana?
—Y tal vez hoy.
Se puso Andrea tan pálida, que alarmado Felipe la cogió la mano y se la besó. La joven se repuso enseguida.
—Hermano —dijo—, no usaré contigo esa hipocresía con que se deshonran las almas vulgares.
—Andrea, digas lo que digas y hagas lo que hagas, siempre serás para mí la mujer a quien más amo y respeto en el mundo.
—Gracias, hermano; me atrevo a decir que no soy indigna de lo que me ofreces. Estoy en cinta, Felipe; pero Dios ha querido, a lo menos así lo creo —añadió ruborizándose—, que la maternidad sea en la criatura un estado semejante al de la fructificación en la planta. El fruto no nace sino después de la flor, y durante la florescencia se separa, se transforma la planta, siendo según opino, la expresada florescencia lo mismo que el amor.
—Tienes razón, Andrea.
—Yo —prosiguió la joven con viveza—, yo no he conocido ni preparación, ni mudanza; yo soy una anomalía, yo no he amado ni sentido deseos; mi espíritu y mi corazón están vírgenes como mi cuerpo... Y, sin embargo, en mí se ve un triste prodigio, mandándome Dios lo que no he deseado, aquello en que ni siquiera he soñado, y eso que Dios jamás da frutos al árbol que ha creado estéril..., ¿Dónde se hallan para mí la aptitud, los instintos, los recursos siquiera?... La madre que sufre los dolores del parto, conoce y aprecia su suerte; pero yo nada sé, yo tiemblo si me pongo a reflexionar, yo me aproximo a este momento supremo como si fuera al patíbulo... ¡Felipe, estoy maldecida!...
—¡Andrea, hermana mía!
—Felipe —continuó con inexplicable vehemencia—, conozco que aborrezco a ese niño... ¡Oh!, sí, le aborrezco; toda mi vida me acordaré, si es que vivo, Felipe, del día en que por primera vez concibió mi seno el mortal enemigo que llevo en mis entrañas; aun me estremezco cuando recuerdo que ese movimiento tan dulce para una madre, de esa inocente criatura, produjo en mi sangre una fiebre de rabia, e hizo que blasfemaran mis labios, tan puros hasta aquel momento. Felipe, ¡soy una mala madre y estoy maldecida!
—Andrea, sosiégate por el amor de Dios... No dejes que se extravíe ni tu corazón ni tu entendimiento. Ese hijo es tu vida y la sangre de tus entrañas, y

yo le amo porque es cosa tuya.
—¡Que le amas! —exclamó furiosa y amoratada—, ¿y te atreves a decirme que amas mi deshonra y la tuya? ¡Te atreves a manifestarme que amas lo que recuerda un delito, lo que representa al infame delincuente!... Pues bien, Felipe, ya te he confesado que no soy ni hipócrita ni vil: aborrezco a ese hijo porque no es mío ni yo le he llamado. ¡Lo aborrezco porque acaso se parecerá a su padre! ¡Su padre! ¡Oh! ¡Un día me muero al tiempo de pronunciar esta palabra terrible! ¡Dios mío! —dijo arrodillándose sobre el pavimento—, no puedo matar a esa criatura porque vos la habéis animado; tampoco he podido matarme a mí misma mientras la llevaba en mí seno, porque habéis prohibido el suicidio y el asesinato; pero os ruego, os suplico, os conjuro, si sois justo, Dios mío, si os cuidáis de las miserias de este mundo y no habéis determinado que me muera de desesperación después que he vivido en el oprobio y entre lágrimas, a que os llevéis a ese niño. ¡Dios mío, arrebatadle la vida! ¡Dios mío, libertadme de él y vengadme!
Su cólera, su unción sublime espantaban, y a pesar de los esfuerzos que hacía Felipe por contenerla estrechándola entre sus brazos, golpeábase la frente contra las jambas de mármol.
De pronto se abrió la puerta y entró la criada con el doctor, quien a la primera ojeada adivinó toda la escena.
—Señora —dijo con esa tranquilidad propia de los médicos que impone siempre a unos sujeción y a otros obediencia—, señora, no exageréis en vuestra imaginación los dolores que vais a sufrir.
Después, dirigiéndose a la criada:
—Preparad —le dijo— todo lo que os he encargado por el camino.
Al momento se volvió hacia Felipe:
—Tened vos más juicio que esta señora, y en vez de participar de sus temores o debilidades, unid vuestras súplicas a las mías.
Se levantó Andrea casi abochornada, y Felipe la colocó en un sillón.
Entonces se vio a la enferma ruborizarse y caer de espaldas con una contracción dolorosa, sus crispadas manos se asieron a los brazos del sillón, y de sus amoratados labios salió el primer quejido.
—Ese dolor, esa caída, esa furia, han precipitado la crisis —dijo el doctor—, retiraos a vuestro cuarto, señor, y valor.
Felipe, con el corazón angustiado, se arrojó hacia Andrea, quien había oído, estaba temblando, y levantándose, a pesar del dolor, enlazó sus brazos al

cuello de su hermano.
Lo estrechó enérgicamente, aplicó sus labios a la fría mejilla del joven, y le dijo en voz baja:
—¡Adiós...!, ¡adiós...!, ¡adiós...!
—¡Doctor! —exclamó Felipe con desesperación—, ¿oís?
Separó el médico a los dos desventurados con fuerza, pero con dulzura; volvió a colocar a Andrea en el sillón, condujo a Felipe a su aposento, pasando los cerrojos de la habitación de Andrea, y cerrando las puertas y echando las cortinas, sepultó en aquel cuarto toda la escena que iba a desarrollarse entre el médico de la delfina, una joven y Dios.
A las tres de la madrugada abrió el doctor la puerta, detrás de la que lloraba e imploraba Felipe.
—Vuestra hermana ha dado a luz un niño —dijo.
Felipe juntó las manos.
—No entréis —dijo el médico—, pues se encuentra dormida.
—¿Durmiendo? ¡Oh! ¿Es cierto que duerme, doctor?
—Si así no fuese, caballero, os diría: «Vuestra hermana ha dado a luz un niño, pero este niño ha perdido a su madre...» Además, mirad.
Alargó Felipe la cabeza.
—Escuchad su respiración:
—¡Oh!, sí, sí —exclamó Felipe abrazando al médico.
—Ahora ya sabéis que hemos ajustado una nodriza. Al pasar por la Punta del Día, que es donde habita esa mujer, le avisé que estuviese preparada... Pero nadie más que vos debe conducirla aquí, ni es preciso que vea a nadie más... Aprovechaos, pues, del sueño de la enferma, y partid en el carruaje que he traído.
—¿Pero y vos, doctor?
—En la Plaza Real tengo un enfermo casi desahuciado. Quiero terminar la noche a la cabecera de su cama, a fin de presenciar el uso de los remedios y su resultado.
—Cuidado con el frío, doctor.
—He traído capa.
—¿Y mañana, doctor?
—A las ocho estaré aquí. Adiós.
El médico indicó a la criada lo que tenía que hacer, disponiendo que se separase poco del lado de la enferma, pues quería colocar al hijo cerca de la

madre; pero acordándose Felipe de lo que últimamente le había manifestado su hermana, le rogó lo alejase.
El doctor colocó al niño en el cuarto de la criada, y después se escabulló por la calle de Montorgueil, mientras el fiacre conducía a Felipe hacia la parte de Roule.
Se durmió la criada en el sillón junto a su ama.

CLVII

¡EL RECIÉN NACIDO DESAPARECE!

Tan pronto como cobró Andrea el sentimiento de la vida, abrió los ojos y vio a su lado a la criada, la cual dormía. Enseguida oyó el alegre chisporroteo de la lumbre, y se admiró del absoluto silencio que reinaba en la habitación, donde todo descansaba lo mismo que ella...
Aquella inteligencia no era consecuencia de que estuviese enteramente despierta, ni tampoco provenía del sueño, y Andrea tenía gusto en prolongar aquel estado de indecisión y suave somnolencia, permitiendo que las ideas fuesen renaciendo una tras otra en su cansado cerebro, como si temiera la repentina invasión de todo su conocimiento.
De pronto llegó a su oído, a través del tabique de madera, un vagido lejano y apenas perceptible.
Aquel ruido hizo que Andrea sintiese nuevamente los estremecimientos que tanto le habían hecho ya sufrir.
Desde entonces se concluyó para Andrea el sueño y reposo, pues se acordaba y aborrecía.
Jamás repugna tanto el mal que se desea a una criatura, como el espectáculo de este mismo mal; de manera que a pesar de que Andrea aborrecía a aquel niño invisible, a aquel idealismo, y ansiaba que se muriese, sintió oír gritar al desventurado.
—Tal vez padece —pensó allá para sí.

Pero enseguida se respondió a sí misma:
—¿Y por qué me he de interesar por sufrimientos de nadie, cuando yo soy la criatura más infortunada del Universo?
Lanzó el niño otro grito más articulado y lastimero, y entonces advirtió Andrea que aquella voz despertaba al parecer en ella otra voz inquieta; entonces sintió atraído su corazón por un lazo invisible hacia el ser abandonado que gemía de aquella suerte.
Se efectuó lo que había presentido la joven; la Naturaleza realizó una de sus preparaciones, y el dolor físico, ese poderoso atractivo, soldó el corazón de la madre con el más mínimo movimiento de su hijo.
—Es preciso —pensó Andrea—, que ese pobre huérfano que está gritando en este momento, no pida venganza contra mí al cielo. ¡Dios ha dado a esas criaturas, apenas salidas a luz, una voz muy elocuente!
Andrea levantó la cabeza y quiso llamar a su criada; pero su débil voz no pudo despertar a la robusta aldeana; además de que el niño había cesado de gemir.
—Quizá —pensó Andrea—, ha llegado la nodriza, pues oigo la puerta principal... Alguien anda en la habitación contigua, y la criatura no se queja... es que ya se extiende sobre ella una protección extraña, y tranquiliza su informe inteligencia. ¡Oh! ¡Seguramente es la madre que cuida del niño por unos cuantos escudos...! ¡Sí, el hijo salido de mis entrañas, encontrará una madre; y más tarde, cuando pase cerca de mí, que tanto he sufrido, y que le he dado vida a costa de la mía, ese niño no se morirá, y llamará madre a una mujer mercenaria, más generosa con su interesado cariño, que yo con mi justo resentimiento! ¡Esto no será así... he sufrido, he comprado el derecho de mirar a esa criatura a la cara, y lo tengo para obligarla a que me ame por los cuidados que le prodigué, y a que me respete por mis sacrificios y mis dolores!
Y con un movimiento más acentuado, reunió sus fuerzas y se puso a llamar:
—¡Margarita! ¡Margarita!
Despertó la criada pesadamente, y sin moverse de su sillón, en que la tenía clavada un entorpecimiento casi letárgico.
—¿No me has oído? —preguntó Andrea.
—¡Sí, señora, sí! —dijo Margarita, que acababa de comprender. Y se acercó a ella.
—¿Deseaba beber, señora?

—No...
—¿Queréis, acaso, saber qué hora es?
—No, no...
Y no apartaba la vista de la puerta del aposento contiguo.
—¡Ah! ya entiendo; ¿queréis saber si ha vuelto el señorito?
Se veía a Andrea combatir contra su deseo con toda la energía de un corazón vehemente y generoso.
—Quiero... —articuló al fin— quiero... Abre esa puerta, Margarita,
—Bien, señora... ¡Ah! ¡Qué frío hace ahí fuera...! ¡Qué aire, señora, qué aire!
En efecto, el viento llegó hasta el dormitorio de Andrea, agitando la llama de las bujías y de la lamparilla.
—La nodriza habrá dejado abierta alguna puerta o ventana... Margarita, ese niño debe sentir frío...
La criada se dirigió hacia el cuarto inmediato.
—Voy a taparle, señora —dijo.
—¡No... no! —murmuró Andrea con voz breve y entrecortada—; tráemelo.
Se paró Margarita en mitad del cuarto.
—Señora —dijo dulcemente—, el señorito Felipe encargó mucho que dejase allí al niño... por miedo sin duda de incomodaros o causaros alguna emoción.
—¡Tráeme a mi hijo! —exclamó la madre con una explosión que debió destrozar su alma, pues de sus ojos, que habían permanecido secos aun en medio de sus sufrimientos, saltaron dos lágrimas, a cuya vista debieron sonreírse allá en el cielo los ángeles que protegen a los niños.
Penetró Margarita en la habitación, y Andrea, reclinada como estaba sobre las almonedas, se tapó el rostro con las manos.
La criada volvió al momento asombrada.
—¿Qué sucede? —dijo Andrea.
—Señora, alguien ha venido.
—¿Cómo alguien?
—Señora, el niño no se encuentra ahí...
—Efectivamente —dijo Andrea—, hace poco que oí ruido y como pasos... Habrá venido el ama entretanto tú dormías y no habrá querido despertarte... Pero ¡y mi hermano! ¿dónde está? Mira en su habitación.
Fue Margarita al aposento de Felipe; pero no halló a nadie...
—¡Es muy raro —dijo Andrea palpitándole el corazón— que mi hermano haya vuelto a marchar sin verme!

—¡Ah!, señora —exclamó al momento la criada.
—¿Qué hay?
—¡Acaba de abrirse la puerta de la calle!
—Ve quién es.
—El señorito Felipe... ¡Pasad, señorito, pasad!
En efecto, el que llegaba era Felipe, acompañándole una aldeana envuelta en un tosco mantón de lana rayada, mostrando esa sonrisa benévola con que las personas asalariadas saludan a sus nuevos amos.
—Hermana, hermana, ya estoy aquí —exclamó Felipe entrando en el cuarto.
—¡Hermano mío...! ¡Cuántas fatigas, cuántas penas te ocasiono! ¡Ah! ¿De modo que ésa es el ama...? Temía se hubiese ido...
—¿Ido...? pues si llega en este instante.
—Querrás decir que vuelve... Sí, aunque andaba muy despacio, la oí no hace mucho.
—No entiendo lo que quieres decir, hermana, pues nadie...
—¡Oh, te doy las gracias, Felipe —dijo Andrea atrayéndole a sí y recalcando sus palabras—; te doy las gracias por lo bien que auguraste de mí, puesto que no has querido llevarte a ese niño sin que yo lo vea... y le estreche en mis brazos!... Felipe, conocías muy bien mi corazón... Sí, sí, descuida, que amaré a mi hijo.
Felipe le cogió la mano y se la llenó de besos.
—Di al ama que me lo dé —agregó la madre.
—Pero, señorita —contestó la criada—, ya sabéis que el niño no está ahí.
—¡Cómo! ¿Qué es lo que dices? —replicó Felipe.
Miró Andrea a su hermano con ojos espantados.
Corrió el joven hacia la cama de la criada, buscó en ella, y no hallando nada, lanzó un grito terrible.
Seguía Andrea sus movimientos en el espejo, y al ver que volvía pálido y con los brazos inertes, comprendió la verdad en parte; entonces, contestando con un suspiro, como si fuera un eco, al grito de su hermano, se dejó caer sin sentido sobre la almohada. Felipe no esperaba, ni aquella nueva desgracia, ni aquel dolor tan grande, pero reuniendo toda su energía consiguió volver a Andrea a la vida a fuerza de caricias y consuelos.
—¡Mi hijo! —sollozaba Andrea—, ¡mi hijo!
—Salvaremos a la madre —dijo Felipe para sus adentros—. Hermana, mi buena hermana, no parece sino que todos estamos locos cuando hemos

olvidado que el doctor se llevó consigo al niño.
—¡El doctor! —exclamó Andrea con el padecimiento de la duda, y la alegría que infunde la esperanza.
—Sí, sí. ¡Ah! Aquí pierde uno el juicio.
—Felipe, ¿me lo juras?
—Hermana mía, tú tienes tan poco juicio como yo... ¿Cómo quieres que ese niño... haya desaparecido?
Y mostró una sonrisa falsa que ganó a la nodriza y a la criada.
Andrea se reanimó.
—No obstante —dijo—, yo he oído...
—¿Qué?
—Pasos.
Felipe se conmovió.
—No es posible, pues te encontrabas dormida.
—No, no, que estaba bien despierta: ¡te aseguro que he oído pasos!
—Pues bien, seguramente era el buen doctor que habrá vuelto por el niño así que yo me marché, temeroso por su salud... Además, me había hablado de ello.
—Me tranquilizas.
—¿Y cómo no te habías de tranquilizar siendo una cosa tan sencilla?
—Y entonces —contestó la nodriza—, ¿qué es lo que yo hago aquí?
—Es cierto... El doctor os espera en vuestra casa.
—¡Oh!
—Pues entonces en la suya. Esta Margarita dormía con un sueño tan profundo, que nada habrá oído de lo que decía el doctor... o éste no habrá querido decirle nada.
Cayó Andrea en un estado más sosegado después de aquella sacudida terrible.
Felipe despidió a la nodriza y despachó a la criada.
Luego cogió un velón, examinó con cuidado la puerta inmediata, halló abierta una puerta que daba al patio, vio huellas en la nieve, y fue siguiendo el rastro hasta la entrada del jardín, que era adonde aquéllas iban a parar.
—¡Son pasos de hombre! —exclamó—: ¡oh! ¡Qué desgracia! Se han llevado al niño!

CLVIII

COMO SE EFECTUÓ EL RAPTO

Aquellos pasos grabados en la nieve eran de Gilberto, quien desde la última entrevista que tuvo con Balsamo comenzó a realizar su tarea de vigilancia, disponiendo lo preciso para vengarse.
Esto nada le costó, pues a fuerza de palabras dulces, y complacencias de poca monta, alcanzó, no sólo que le admitiese, sino que le tomara cariño la mujer de Rousseau. El medio de que se valió es muy sencillo: de los treinta sueldos diarios que Rousseau pagaba a su copista, el sobrio Gilberto tomaba una libra tres veces a la semana, y la empleaba comprando algún regalillo para Teresa.
Esto demuestra que el filósofo ginebrino había logrado que su señora consintiera sentar a la mesa a su joven protegido, y gracias a esto, Gilberto reunió en los dos últimos meses dos luises, que añadió a su tesoro, el cual dormía debajo de su jergón, al lado de las veinte mil libras que le regaló Balsamo.
¡Pero qué vida la suya! ¡Qué constancia de conducta! ¡Qué voluntad tan continua! Levantábase al amanecer y empezaba a examinar con su infalible vista la situación de Andrea, para reconocer hasta el menor cambio que pudiera haberse introducido en la vida tan melancólica como regular de la reclusa.
También halló medio para interpretar todos los pasos de Felipe, y como sabía calcular con perfección, no se equivocaba acerca de la intención cuando se iba, y del resultado cuando volvía.
Llevó la minuciosidad hasta seguir a Felipe una tarde que fue a Versalles en busca del doctor Luis... Aquella visita al expresado sitio, turbó algo las ideas del vigilante joven; pero cuando observó, al cabo de dos días, que el doctor entraba furtivamente en el jardín por la calle de Coq-Heron, pudo comprender lo que la antevíspera fue para él un misterio.
Sabía Gilberto las fechas y no ignoraba que se acercaba el instante de realizar todas sus esperanzas, habiendo tomado tantas precauciones como eran

precisas para asegurar el buen éxito de una empresa erizada de dificultades.
De aquí de qué manera combinó su plan.
Le aprovecharon los dos luises para alquilar en el barrio de San Dionisio un cabriolé con dos caballos, carruaje que debía estar a su disposición el día que lo quisiese.
Además exploró Gilberto las proximidades de París, para lo cual se tomó tres o cuatro días de licencia, y durante esos tres o cuatro días se marchó a una aldea de Soissons situada a dieciocho leguas de París y rodeada de una inmensa selva.
Aquella pequeña población llamábase Villers-Cotterets, y así que llegó a ella se encaminó en derechura a casa del único fiel de fechos que había allí y que se llamaba M. Niquet.
Se presentó Gilberto al referido escribano, diciendo era hijo del administrador de un grande, y que este grande deseaba hacer bien al hijo de una aldeana, por lo cual había encargado a Gilberto buscase una ama que criase al mencionado niño.
Según todos los antecedentes, la munificencia del grande no debía reducirse a pagar un salario al ama, sino que además pondría en manos de M. Niquet una cantidad para el niño.
El escribano cartulario, que tenía tres guapos chicos, le indicó en una aldehuela llamada Haramont y que distaba una legua de Villers-Cotterets la hija de la nodriza de sus hijos, quien luego de haberse casado legítimamente en su estudio, se dedicaba al mismo oficio que su señora madre.
Aquella buena mujer se llamaba Magdalena Pitou, tenía un hijo de cuatro años el cual tenía todos los síntomas de una buena salud, y además acababa de volver a parir, de manera que podía estar a disposición de Gilberto el día en que dispusiese llevar o enviar su cría.
Tomadas estas disposiciones, Gilberto, siempre exacto, volvió a París dos horas después de haber terminado su licencia, no teniendo nada de particular que ya que está de vuelta nos digan los lectores por qué escogió Gilberto, con preferencia a cualquier otro punto, la aldea de Villers-Cotterets.
Era bajo la influencia de Rousseau.
Éste nombró una vez el bosque de Villers-Cotterets, como uno de los más ricos en vegetación que existían, diciendo que en él había tres o cuatro aldeas escondidas como nidos en lo más hondo de la espesura.
Y por lo tanto, no era posible fuesen a descubrir el hijo de Gilberto en una de

aquellas aldeas.
Gilberto oyó contar al filósofo los detalles de las costumbres de los habitantes de las cabañas, y trasladar con esos rasgos de fuego con que animaba a la Naturaleza desde la sonrisa del ama de cría hasta el balido de la oveja, desde el sabroso olor de la sopa de ajos hasta los perfumes de las moreras silvestres y los morados brezos.
—Iré allá —dijo Gilberto—, y mi hijo crecerá a la sombra de las arboledas en que el maestro ha tenido deseos y exhalado suspiros.
Inmenso, fue, pues, su júbilo cuando adelantándose a sus deseos M. Niquet le nombró a Haramont como una aldea que se amoldaba perfectamente a sus intenciones.
De regreso a París se cuidó Gilberto del cabriolé.
Su proposición no inspiró sospechas al conductor del carruaje, pues era la época de las confidencias entre la gente del pueblo y los nobles, y se recibía el dinero con cierta gratitud y sin pedir informes.
Además, dos luises valían por cuatro en aquella época, y en nuestros días nunca sienta mal ganar cuatro luises.
Se comprometió el conductor, pues, con tal que le avisasen con dos horas de tiempo, a poner su carruaje a disposición de Gilberto.
Llegó por fin el día fatal, después de otros diez días que Gilberto vivió entre angustias, y diez noches que permaneció sin dormir. A pesar del rigor del frío se acostaba con la ventana de par en par, y cada movimiento que hacía Andrea o Felipe, correspondía con su oído como corresponde la campanilla con la mano que tira del cordón Aquel día vio a Felipe y Andrea conversando junto a la chimenea, y a la criada salir presurosamente para Versalles, no acordándose cerrar las persianas, Al momento corrió a avisar a su cochero, y permaneció delante de la cuadra todo el tiempo que empleó en la operación de enganchar, mordiéndose los puños y crispando sus pies sobre el empedrado para reprimir su impaciencia. Por último, montó a caballo el postillón, y Gilberto subió al cabriolé, al cual mandó detener en la esquina de una callejuela desierta, situada en las cercanías de la alhóndiga.
Volvió luego a casa de Rousseau y escribió una carta de despedida al bondadoso filósofo, dando las gracias a Teresa, manifestando que una corta herencia lo llamaba al Mediodía; pero que volvería aunque sin hacer indicaciones terminantes. Después, con su dinero en el bolsillo y un puñal en el seno, pensaba escurrirse a lo largo del canalón, cuando lo detuvo una idea.

¡La nieve!... Absorto Gilberto hacía tres días, no había pensado en esto; pero entonces comprendió que sus pisadas quedarían grabadas en la nieve, y como estas pisadas irían a parar a la pared de la casa de Rousseau, sin duda mandarían hacer averiguaciones Felipe y Andrea, descubriéndose todo aquel secreto por la conciencia del rapto con la desaparición de Gilberto.
Era, pues, preciso dar la vuelta por la calle de Coq-Heron y penetrar por la portezuela del jardín para lo cual hacía un mes que Gilberto se había hecho con una llave maestra, advirtiendo que desde aquella puerta comenzaba una senda empedrada, de manera que no podía quedar rastro alguno de pisadas.
Sin perder tiempo emprendió su caminata, llegando precisamente en el momento en que el fiacre que había conducido al doctor estaba situado delante de la entrada principal del palacio.
Gilberto abrió la puerta con cautela, y no viendo a nadie, fue a ocultarse en el ángulo del pabellón cerca del invernáculo.
Fue terrible aquella noche, pues todo lo escuchó, los gemidos y los gritos que arrancaban a la madre sus dolores, y los primeros vagidos del hijo.
Al fin salió el doctor, luego de hablar con Felipe unas cuantas palabras.
Se aproximó entonces Gilberto a la persiana, dejando señaladas sus huellas en la alfombra de nieve, en la cual se hundía hasta el tobillo. Vio a Andrea durmiendo en su lecho, a Margarita aletargada en el sillón, y buscando al hijo junto a la madre no lo halló.
Comprendió al momento en qué consistía, se dirigió hacia la puerta de la gradería de piedra, la abrió no sin hacer ruido, lo cual le llenó de miedo, y penetrando hasta el lecho que fue de Nicolasa, puso a tientas sus helados dedos sobre el rostro del infeliz niño, a quien arrancó el dolor los gritos que oyó Andrea.
Después, abrigando al recién nacido en una mantilla de lana, se lo llevó consigo, dejando la puerta entornada para no volver a hacer aquel ruido tan peligroso.
Un minuto más tarde abandonaba el jardín y salía a la calle, yendo en busca de su cabriolé. Despertó al postillón que dormía envuelto en su capote, y corrió la cortina de cuero, mientras que el cochero volvía a montar a caballo.
—Medio luis para ti —le dijo—, si dentro de un cuarto de hora hemos pasado la barrera.
Los caballos, que estaban muy bien herrados, partieron a galope.

CLIX

MAGDALENA PITOU Y FAMILIA

Durante el viaje todo asustaba a Gilberto, presumiendo que el ruido de los coches que seguían o dejaban atrás al suyo, y los suspiros del viento entre las secas ramas de los árboles, eran una persecución organizada, o gritos exhalados por aquellos a quienes había robado el niño.
Ningún peligro le amenazaba, y el postillón cumplió debidamente con su obligación, llegando los dos caballos, que despedían humo por todas partes, a Dammartín, a la hora que Gilberto había señalado, es decir, antes que clareara el día.
Gilberto entregó un medio luis, mudó de postillón y caballos, y siguió su viaje.
En la primera parte del camino, el niño, perfectamente abrigado con la mantilla de lana y resguardado por Gilberto mismo, no tuvo frío ni lanzó un grito tan sólo; y así que amaneció el día, al ver a lo lejos la campiña. Gilberto se mostró con más ánimo, entonando, para dominar los quejidos que el niño comenzaba a soltar, una de las canciones que cantaba en Taverney, cuando volvía de sus cacerías.
De manera que este último conductor no sospechó siquiera que Gilberto llevaba consigo un niño en el cabriolé.
Delante de Villers-Cotterets recibió, como habían convenido, el precio del viaje, y además un escudo de seis libras, y tomando Gilberto su carga con cuidado envuelta en los dobleces de la manta, volvió a entonar su canción con la mayor seriedad posible, se alejó de repente, saltó un barranco y huyó por una senda llena de hojas que bajaba dando vueltas, a la izquierda del camino hacia la aldea de Haramont.
El aire tan sutil, el perfume de la esencia de los robles, las heladas perlas suspendidas en las puntas de las ramas, toda aquella libertad, toda aquella poesía hirieron vivamente la Imaginación de nuestro joven.
Con paso rápido y orgulloso se encaminó hacia una pequeña torrontera sin

tropezar ni engañarse, pues buscaba con la vista en medio de los árboles el campanario de la aldea y el humo azulado de las chimeneas que penetraba por entre la red que formaban las ramas. Después de media hora corta cruzó un arroyo, cuyas orillas estaban cubiertas de yedra y barro amarillo, y pidió en la primera cabaña a los hijos de un labrador, que le acompañasen a casa de Magdalena Pitou.

Mudos y atentos, sin ese aire atontado ni permanecer inmóviles como acontece a otros chicos del campo, levantáronse, y mirando de frente al forastero, le condujeron ambos, cogidos de la mano, a una choza bastante grande y no de mal aspecto, situada en la orilla del arroyo que costeaba casi todas las casas de la aldea.

Uno de los muchachos que le habían servido de guía, mostró con la cabeza a Gilberto que allí habitaba Magdalena Pitou.

—¿Allí? —repitió Gilberto.

El joven bajó la cabeza sin pronunciar una palabra.

—Pregunta por Magdalena Pitou —dijo Gilberto al chico.

Y como reiterase este su muda afirmación, Gilberto pasó el puentecillo y empujó la puerta de la cabaña, mientras los jóvenes, que habían vuelto a cogerse de la mano, miraban detenidamente lo que iba a hacer en casa de Magdalena aquel señor con traje morado y zapatos de hebillas.

En cuanto se abrió la puerta se presentó a la vista de Gilberto un cuadro lleno de encanto para todo el mundo en general, y para un aprendiz de filósofo en particular.

Una aldeana robusta amamantaba a un bonito niño de algunos meses, mientras, arrodillado delante de ella, otro niño de cuatro a cinco años, rezaba en alta voz.

En un ángulo de la chimenea, junto a una ventana, o más bien un agujero abierto en la pared y cerrado con un vidrio, hilaba lino otra aldeana de treinta y cinco a treinta y seis años, con su torno a la derecha, un taburete de palo a sus pies, y un perro de aguas sobre el mencionado taburete.

Cuando el perro vio a Gilberto, empezó a ladrar de un modo bastante hospitalario y atento, justamente lo preciso para manifestar su vigilancia. El niño que se hallaba rezando se volvió suspendiendo el Padre Nuestro, y las dos mujeres soltaron una especie de exclamación, que expresaba sorpresa a la vez que alegría.

Empezó Gilberto por mostrar una sonrisa al ama.

—Buenos días, señora Magdalena —dijo.
La aldeana dio un salto.
—¿Conque sabéis cómo me llamo, señor?
—Ya lo veis; pero os suplico no suspendáis vuestros quehaceres. En efecto, en vez de un niño que criar, vais a tener dos.
Y colocó en la tosca cuna del niño campesino el niño de la ciudad que llevaba consigo.
—¡Oh! ¡Qué hermoso es! —dijo la aldeana del torno.
—Sí, hermana Angélica, es muy bonito —dijo Magdalena.
—¿Esta señora es hermana vuestra? —interrogó Gilberto señalando a la hilandera.
—Sí, señor, mi hermana —contestó Magdalena—, pues lo es de mi marido.
—Sí, mi tía, mi tía Gélica —murmuró con una voz de bajo el monigote que se mezcló en la conversación sin que nadie lo llamara.
—Calla, angelito, calla —dijo la madre—, no interrumpas al señor.
—Lo que voy a proponeros es muy sencillo, señora Magdalena. El niño que veis aquí es hijo de un arrendador de mi amo... de un arrendatario arruinado... y mi amo, que es padrino de ese niño, desea que se críe en el campo y que llegue a ser un buen labrador... con buena salud e inmejorables costumbres... ¿Queréis haceros cargo de él?
—Pero, señor...
—Nació anoche y todavía no ha mamado —dijo Gilberto interrumpiéndole —. Por otro lado, éste es el niño de que ha debido hablaros M. Niquet, escribano de Villers-Cotterets.
Magdalena cogió al niño y le dio de mamar con una impetuosa generosidad que enterneció profundamente a Gilberto.
—No me han engañado —dijo: ya veo que sois una excelente mujer. Os confío, pues, este niño en nombre de mi amo: sé que aquí será feliz, y deseo que traiga a esta cabaña la dicha, en cambio de la que en ella halle. ¿Cuánto os daba al mes M. Niquet por criar sus hijos?
—Señor, doce libras; pero M. Niquet es rico y agregaba, ya en esta cosa, ya en la otra, algunas libras para comprarles golosinas.
—Señora Magdalena —repuso Gilberto con orgullo—, el niño que veis aquí os pagará veinte libras al mes, o lo que es igual, doscientas cuarenta por año.
—¡Jesús María! —dijo Magdalena—: gracias, señor.
—Aquí está el primer año —dijo Gilberto poniendo sobre la mesa diez

hermosos luises, que hicieron abrir tanto ojo a las dos mujeres, y hacia los cuales extendió su devastadora mano el chico de Pitón.
—Pero ¿y si muriese el niño? —objetó la ama de cría tímidamente.
—Sería una gran desgracia, una desgracia que no acontecerá. Ya está arreglado lo de los meses; ¿estáis satisfecha?
—¡Oh! Sí, señor.
—Perfectamente, pasemos entonces al pago de una pensión respecto a los demás años.
—Pues qué, ¿se quedará con nosotros el niño?
—Probablemente.
—En ese caso, señor, ¿seremos nosotros sus padres?
Gilberto palideció.
—Sí —dijo muy emocionado.
—Conque este pobre niño no tiene a nadie, señor?
No esperaba Gilberto aquella impresión ni aquellas preguntas; pero se repuso sin embargo.
—No os lo he revelado todo —añadió—: su padre ha muerto de pena.
Las bondadosas mujeres, juntaron las manos de un modo expresivo.
—¿Y la madre? —preguntó Angélica.
—¡Oh! La madre... La madre —contestó Gilberto respirando dificultosamente... —Nacido y por nacer, nunca debía contar con ella su hijo.
A este punto llegaban de su conversación cuando volvió del campo Pitou, sosegado y alegre. Por lo demás, era uno de esos hombres honrados y bonachones, atestados de dulzura y de salud, como los que ha pintado Greuze en sus excelentes cuadros.
Algunas palabras le pusieron al corriente; además de que comprendía las cosas por amor propio; pero sobre todo las que no comprendía.
Explicó Gilberto que la pensión del niño debía pagarse hasta que fuese hombre capaz de mantenerse por sí solo con el auxilio de su razón y sus brazos.
—Está bien —dijo Pitou—, creo que llegaremos a querer a este niño, porque es muy lindo.
—¡También él! —dijeron Angélica y Magdalena—: lo mismo hemos dicho nosotras.
—Pues acompañadme a casa de M. Niquet, y depositaré allí el dinero necesario, a fin de que estéis contentos y el niño pueda ser feliz.

—Ahora mismo —contestó Pitou.
Y se levantó.
Se despidió Gilberto de aquellas buenas mujeres y se acercó a la cuna, en la que ya habían colocado al recién nacido, con perjuicio del hijo de la casa. Inclinóse sobre la cuna con aire sombrío, y miró por primera vez el rostro de su hijo, notando que se parecía a Andrea.
Destrozó esto su corazón, viéndose obligado a clavarse las uñas en la carne para reprimir una lágrima que subía de aquel corazón herido a sus párpados. Besó tímidamente, y hasta temblando, la fresca mejilla del recién nacido, y retrocedió, tambaleándose.
Ya estaba Pitou en el portal, con un palo en la mano y su anguarina a la espalda, que era su distintivo de nobleza.
Dio Gilberto medio luis al robusto muchacho que andaba rodando entre sus piernas, y las dos mujeres le suplicaron les concediese la honra de abrazarle con la interesante familiaridad propia del campo.
Tantas emociones abrumaron a aquel padre de dieciocho años, no faltando nada para que sucumbiese. Pálido, atacado de los nervios, comenzaba a perder la cabeza, cuando dijo a Pitou:
—Marchemos.
—Señor, cuando queráis —contestó el campesino abriendo la marcha.
Y efectivamente se marcharon.
De pronto se puso a gritar Magdalena desde el portal:
—¡Señor! ¡Señor!
—¿Qué sucede? —dijo Gilberto.
—¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama? ¿qué nombre deseáis que le demos?
—¡Gilberto! —respondió el joven con orgullosa altivez.

CLX

PREPARANDO EL VIAJE

Muy pronto se arregló el asunto en casa del escribano, en cuyo poder dejó Gilberto bajo su nombre las veinte mil libras, menos unos cuantos centenares, cantidad que destinaba a subvenir a los gastos que originasen la educación y sostenimiento del niño, como también para proporcionarle elementos agrícolas luego que llegase a ser hombre.

Contrató Gilberto la educación y mantenimiento en la cantidad de quinientas libras al año por espacio de quince años, y determinó que con el resto del dinero se formara una especie de dote para adquirir fincas y lo demás necesario.

Habiendo pensado en el niño, pensó Gilberto en sus padres, disponiendo que cuando aquél tuviera dieciocho años, entregara a Pitou dos mil cuatrocientas libras; pero hasta este tiempo sólo debía suministrar M. Niquet la cantidad anual juntamente con las quinientas libras.

Por lo que al escribano se refiere, debía percibir el interés del dinero en premio de sus trabajos.

Hizo Gilberto que le dieran un recibo en regla, Niquet del dinero y Pitou del niño, para lo cual comprobó Niquet la firma de Pitou tocante al niño, y Pitou la de Niquet respecto a la suma.

No obstante, confiando en sus propias ideas y sus propias fuerzas, Gilberto tuvo fuerzas para desprenderse de los brazos de M. Niquet, quien se había hecho muy amigo suyo y siguió acompañándole, no sin tentarle con mil seducciones.

Cuando se vio solo, Gilberto en la linde del bosque volvió a mirar al rojizo horizonte en que se perdía todo Haramont, excepto la torre, y aquel cuadro arrebatador de ventura y tranquilidad le sumergió en una meditación llena de delicias a la vez que de sentimiento.

—¡Qué loco soy! —dijo allá para sí—, ¿adonde voy si Dios no separa de mí los ojos enojados en lo profundo del cielo? ¡Cómo! se me ocurre una idea, una circunstancia favorece su realización; un hombre, suscitado por Dios para causar el daño que ha hecho, consiente en reparar este daño y hoy cuento con un tesoro y un hijo... Con diez mil libras, pues las otras diez mil son para el niño, puedo vivir aquí trabajando la tierra entre estos buenos aldeanos y en el seno de esta naturaleza sublime y fecunda. Sí, puedo sepultarme para toda mi vida en un estado de felicidad, trabajar y pensar, no acordarme del mundo y obligar a que el mundo me olvide, educar yo misino a ese niño, lo cual es una felicidad inmensa, y gozarme de esta manera en mi obra... ¿Y por qué no?

¿No es Dios quien me envía una compensación de todo lo que hasta ahora he sufrido? ¡Oh! sí, puedo vivir como he dicho; sí, puedo entrar a tomar parte en la obra de criar a ese niño, a quien yo mismo daré educación, ganando así el dinero que ha de darse a gente asalariada. Lo mismo puedo confesar a M. Niquet que soy su padre.

Y fue llenándose su corazón de una alegría indecible, de una esperanza que no saboreó ni aun en las alucinaciones más risueñas de sus ilusorios pensamientos.

Despertó de repente el gusano que dormía en el fondo de aquella hermosa fruta y enseñó su asquerosa cabeza. Este gusano era el remordimiento, la vergüenza, la desgracia.

—No puedo —dijo Gilberto tornándose pálido—, he robado el niño a esa mujer después de robarle su honra; también he robado el dinero a ese hombre haciéndole creer que era para reparar mi falta. No tengo, pues, derecho para labrar con él mi felicidad, ni mucho menos para quedarme con el niño, puesto que otra persona se quedará también sin él. Ese niño es de los dos o de ninguno.

Y pronunciando estas palabras, que dolían tanto como una herida, se levantó lleno de desesperación, expresando su rostro las pasiones más sombrías y rencorosas.

—¡Bien! —dijo—, seré desgraciado, padeceré, careceré de todo, pero la parte que deseaba tomar en el bien la tomaré en el mal. Desde este instante es mi patrimonio la venganza y la desgracia... Nada temas, Andrea, pues la compartiré fielmente contigo.

Penetró en los bosques, donde anduvo todo el día dirigiéndose hacia el camino de Normandía, que calculaba debía encontrar a los cuatro días de marcha.

Ascendía su capital a nueve libras y algún sueldo, su aspecto era honrado, sus ademanes tranquilos y reposados, y con un libro debajo del brazo se asemejaba mucho a un estudiante que volvía a la casa paterna.

Adquirió la costumbre de andar de noche por los caminos y descansar de día en los prados al sol. Sólo dos veces le incomodó tanto la brisa, que necesitó entrar en una cabaña, donde se durmió en una silla al pie de la lumbre, con tanto deseo que le sorprendió así la noche.

Los campesinos no demostraban la menor sospecha, pues un libro daba entonces un aspecto respetable.

Pasaron así ocho días, durante los cuales vivió Gilberto como un hombre del campo, gastando diez sueldos al día y caminando diez leguas de terreno, hasta que en efecto llegó a Rohán, donde no necesitó ya orientarse ni buscar camino.

El libro que llevaba Gilberto era un ejemplar de la Nueva Eloísa, artísticamente encuadernado, que Rousseau le regaló escribiendo su nombre en la primera hoja.

Reducido Gilberto a cuatro libras y diez sueldos, rompió aquella hoja, que guardó cuidadosamente, y vendió la obra a un librero por tres libras.

De esta manera el joven pudo llegar al cabo de otros tres días, a la vista del Havre, y descubrió el mar al esconderse el sol.

Se encontraban sus zapatos en un estado poco decente para un almibarado joven que se ponía de día medias de seda para atravesar las poblaciones; y también se le ocurrió una idea. Vendió sus medias de seda, o más bien las cambió por un par de zapatos, magníficos en cuanto a fuertes; pero respecto a elegancia, lo mejor es no decir nada.

Pasó aquella noche en Harfleur, gastando en hospedaje y cena dieciséis sueldos, y allí comió ostras por la primera vez en su vida.

—Este manjar es de gente rica —dijo allá para sí—, pero lo come en este instante el hombre más pobre del mundo; tan verdad es que Dios no hace más que bien entretanto que los hombres han inventado el mal, según máxima de Rousseau.

A las diez de la mañana del 13 de diciembre entró Gilberto en el Havre, y al momento divisó el *Adonis*, bonito brick de trescientas toneladas que se mecía en la rada.

Estaba la bahía desierta y Gilberto entró en una barca de pasaje, no sin que le interrogase un grumete qué era lo que deseaba.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó Gilberto.

Hizo una seña al grumete en el entrepuente, y luego gritó una voz desde abajo:

—Que desembarque.

Se trasbordó Gilberto al buque y lo llevaron a un camarote construido con madera de caoba y amueblado con sobria sencillez.

Un hombre de unos treinta años, pálido, nervioso y de mirar inquieto, leía una gaceta en una mesa de caoba lo mismo que la tablazón.

—¿Qué deseáis? —dijo a Gilberto.

Este le hizo una indicación para que alejase al grumete, y el muchacho se fue en efecto.
—Caballero, ¿sois el capitán del *Adonis?* —dijo Gilberto al momento.
—Sí, señor.
—Entonces este papel es para vos.
Y dio al capitán la esquela de Balsamo.
Al instante que vio la letra se incorporó el capitán y
dijo con precipitación a Gilberto sonriéndose de una manera afable:
—¡Ah! vos también... ¡y tan joven! ¡Bien! ¡bien! Gilberto se conformó con inclinarse.
—¿Adonde os dirigís? —dijo el marino.
—A América.
—¿Y cuándo partís?
—Cuando vos.
—Pues entonces tardaremos unos ocho días.
—¿Y qué voy a hacer durante ese tiempo, capitán?
—¿Tenéis pasaporte?
—No
—Entonces esta noche mismo vais a regresar a bordo después que os hayáis paseado durante el día por las afueras de la población, en Santa Adresa, por ejemplo. No habléis con nadie.
—Deseo comer y no tengo dinero. —Vais a comer aquí y a la noche también cenaréis aquí. —¿Y luego?
—Una vez embarcado no volveréis a tierra sino que permaneceréis oculto, teniendo que marchar sin haber vuelto a ver la luz del cielo... Cuando estemos en alta mar y a veinte leguas de la costa, tendréis completa libertad para hacer lo que gustéis.
—Bien.
—Haced, pues, hoy lo que tengáis que hacer.
—Tengo que escribir una carta.
—Hacedlo, pues.
—¿Dónde?
—En esta mesa: aquí tenéis pluma, tinta y papel: el correo está en el arrabal, y el grumete os conducirá a él.
—Capitán, gracias.
Cuando Gilberto se vio solo, escribió una carta muy corta y la puso esta

dirección:

«A la señorita Andrea de Taverney, calle de Coq-Heron, núm. 9, primera puerta cochera entrando por la calle de Plastrière—. París».

Todo el día pasó el tiempo Gilberto en mirar el mar desde la costa brava. Después metió la carta en el bolsillo, comió lo que le sirvió el capitán, y siguió al grumete, quien le llevó al correo donde depositó la carta.
Cuando llegó la noche se volvió al buque, a cuyo bordo le recibió el capitán que estaba acechando.

CLXI

CARTA DE DESPEDIDA

Pasó Felipe una noche terrible, pues las pisadas impresas en la nieve demostraban de un modo tangible que alguien se había introducido en casa para robar al niño; pero, ¿a quién podía acusar sí ningún otro indicio atestiguaba sus sospechas?
No obstante, conocía tan bien a su padre, que no dudó estaba mezclado en aquel negocio, pues como M. de Taverney creía que Luis XV era el padre del niño, debía dar gran interés a la conservación de aquel testimonio real y verdadero de la infidelidad del Rey para con la du Barry. También debía creer el barón que tarde o temprano recurriría Andrea al favor, rescatando entonces muy caro el principal medio de su futura suerte.
Estas reflexiones basadas en el conocimiento que aún no hacía mucho tiempo había adquirido Felipe del carácter de su padre, le calmaron un tanto, creyendo sería posible volver a conquistar aquel niño, una vez que conocía a los raptores.
Esperó, pues, a que volviese el médico a las ocho y saliéndole al encuentro en la calle, le refirió paseándose con él de arriba abajo, el horrible

acontecimiento que había ocurrido aquella noche.
Era el doctor muy buen consejero, y después de observar las huellas que había en el jardín y reflexionar un momento, dedujo que las suposiciones de Felipe podían ser acertadas.
—Conozco bien al barón —dijo—, para que no le considere capaz de haber cometido esta mala acción; pero, con todo, ¿no sería posible que ese rapto se hubiese verificado por un interés más inmediato?
—¿Y cuál puede ser ese interés, doctor?
—El del verdadero padre.
—¡Oh! —exclamó Felipe—, por un momento se me ha ocurrido esto mismo; pero el desgraciado no tiene pan, ni siquiera para él, y es un loco, un exaltado, que a estas horas debe andar huyendo porque sentirá miedo hasta de mi sombra... Doctor, desengañémonos, el miserable ha cometido este delito valiéndose de una ocasión; pero ahora que no estoy tan furioso como al principio, aunque odio al delincuente, creo que evitaría su encuentro por no matarle. Pienso que debe sufrir remordimientos que serán para él un tormento, y que el hambre y la vagancia han de vengarme tan eficazmente como mi espada.
—No hablemos de eso —dijo el doctor.
—Lo que deseo, querido amigo, es que consintáis en mentir por última vez, pues lo preferible a todo es tranquilizar a Andrea. Manifestadle que inquieto ayer por la salud del niño, volvisteis anoche para llevarlo a casa de la nodriza. Esta es la primera fábula que me ha venido a mi imaginación y que he improvisado con respecto a Andrea.
—Diré eso; ¿y vos mientras buscaréis al niño?
—Un medio tengo de buscarle. Estoy decidido a dejar a Francia; Andrea ingresará en el convento de San Dionisio, y entonces yo iré a ver a mi padre, a quien diré que todo lo sé, obligándole, considerándole un extraño para mí, a que me descubra el paradero del niño. Si se resiste le amenazaré con revelarlo públicamente y ponerlo en conocimiento de la delfina.
—¿Y qué haréis con el niño encontrándose vuestra hermana en el convento?
—Lo daré a criar en casa de la mujer que vos me recomendéis; luego en el colegio, y cuando sea grande me haré cargo de él, si es que aún existo.
—¿Y presumís que la madre consentirá, sea en dejaros, sea en dejar a su hijo?
—Consentirá Andrea en adelante en cuanto yo quiera; además no ignora que

he dado un paso con la señora delfina, cuya palabra tengo, y no me expondrá a que falte al respeto a nuestra protectora.
—Veamos cómo está esa infeliz madre —dijo el doctor.
Y penetró en efecto en el aposento de Andrea, quien estaba medio dormida, consolada con los cuidados de Felipe.
La primera palabra fue hacer una pregunta al médico, quien ya había respondido a ello con lo risueño de su semblante.
Cobró Andrea desde aquel momento una calma completa, que aceleró de tal manera su convalecencia, que a los diez días se levantaba y podía andar por el invernáculo a la hora en que daba el sol en los cristales.
El día mismo de aquel paseo, Felipe, que había estado ausente algunos días, volvió a la casa de Coq-Heron con un rostro tan sombrío, que al abrirle la puerta el doctor presintió una gran desgracia.
—¿Qué pasa? —preguntó—; ¿se niega vuestro padre a entregar el niño?
—Mi padre —dijo Felipe—, ha sufrido unas calenturas que le pusieron en la necesidad de guardar cama tres días después de haberse marchado de París, y se encontraba muy malo cuando yo llegué. Imaginé que aquella enfermedad era un ardid, una excusa, que probaba más y más su participación en el rapto, e insistí, hasta llegué a amenazarle, pero mi padre ha jurado por Jesucristo, que no entendía lo que quería decirle.
—¿De manera que volvéis sin noticias?
—Sí, doctor.
—¿Y convencido de la veracidad del barón?
—Casi convencido.
—¿Conque ha sido más listo que vos, y no ha revelado el secreto?
—Le amenacé con referirlo a la señora delfina, y se puso pálido; pero me dijo: «piérdeme si lo deseas, deshonra a tu padre, deshónrate a ti mismo, será una locura que quieres decirme.»
—¿De modo que...?
—Vuelvo desesperado.
Al momento oyó Felipe la voz de su hermana que gritaba:
—¿No es Felipe el que ha entrado?
—¡Gran Dios! ¡ya está aquí!... ¿Qué voy a decirle? —murmuró Felipe.
—¡Silencio! —dijo el doctor.
Penetró Andrea en el cuarto y fue a abrazar a su hermano con tal ternura y tanta alegría que helaron el corazón del joven.

—¿De dónde vienes? —le preguntó.
—En primer lugar de casa de padre, según te dije.
—¿Está bien papá?
—Sí, Andrea; pero no es esta la única visita que he hecho, sino también he visto a algunas personas para arreglar tu entrada en San Dionisio. Gracias a Dios, todo se encuentra ya dispuesto, y ahora que ya te hallas buena puedes ocuparte de tu porvenir con inteligencia y firmeza.
Se aproximó Andrea a su hermano, y sonriéndose con ternura:
—Querido hermano —le dijo—, mi porvenir no me inquieta ya, ni debe inquietar a nadie... Yo no tengo otro porvenir que el de mi hijo, y quiero consagrarme de hoy más a criarlo y educarlo. Esta es mi resolución, tomada, irrevocablemente desde el momento en que, habiendo recobrado las fuerzas, no he dudado de la fortaleza de mi espíritu. Vivir para mi hijo, vivir, entre privaciones, hasta trabajar, si es preciso, pero no abandonarle ni de día ni de noche; este es el porvenir que me he trazado. ¡Se acabó el convenio; no más egoísmo; pertenezco a un ser, y Dios quiera que sea para él!
Miró el doctor a Felipe como diciéndole:
—¿No os lo previne?
—Hermana —exclamó el joven—, ¿qué es lo que dices?
—Felipe, no me acuses, pues no es un capricho de una mujer débil y vana; además, no le molestaré ni perjudicaré en nada.
—Pero yo, Andrea, no puedo seguir en Francia y quiero dejarlo todo, porque tampoco poseo bienes ni porvenir. Podré, pues, consentir en abandonarte al pie del altar; ¡pero en el mundo, en la miseria y el trabajo!... piensa lo que haces, Andrea.
—Lo he previsto todo, te quiero con sinceridad, Felipe; pero si me abandonas devoraré mis lágrimas e iré a refugiarme junto a la cuna de mi niño.
El doctor se acercó.
—Eso es una exageración y una locura —dijo.
—¡Ah! doctor, ¿qué queréis?... El ser madre es un estado de demencia; pero Dios me ha enviado esa demencia, y mientras ese niño me necesite persistiré en mi resolución.
Felipe y el doctor se miraron rápidamente.
—Hija mía —dijo el doctor—, yo no soy un predicador muy elocuente, pero recuerdo que Dios prohíbe a las criaturas amar con demasiado ardor.
—Sí, hermana —agregó Felipe.

—Pero creo, doctor, que no prohíbe a una madre que ame a su hijo con demasiada ternura.
—Hija mía, perdonadme que el filósofo, el médico, intente medir el abismo que abre el teólogo para las pasiones humanas. Buscad la causa, no sólo moral, porque algunas veces es una sutileza de la perfección, sino física, de todo mandato que emane, de Dios, y aplicadla a la maternidad. Dios prohíbe a una madre que ame a su hijo con exceso, porque el niño es una planta tierna, delicada, propensa a todos los males, expuesta a toda clase de padecimientos, y amar con ardor a una criatura efímera es exponerse a tener que desesperarse.
—Doctor, ¿por qué me decís eso? —murmuró Andrea—. Y tú Felipe, ¿por qué me contemplas con esa pasión... y esa palidez?
—Querida Andrea —respondió el joven—, sigue mi consejo, que es de un amigo cariñoso, y puesto que se ha restablecido tu salud, ingresa cuanto antes en el convento de San Dionisio.
—¡Yo!... Ya te he dicho que no abandono a mi hijo.
—Mientras le hagáis falta —dijo el doctor con dulzura.
—¡Dios mío! ¿Qué hay? Hablada, alguna cosa triste y cruel ha debido suceder.
—Mucho cuidado-dijo el doctor a Felipe al oído—; se encuentra aún muy débil para sufrir un golpe decisivo.
—¿No me contestas, hermano? Vamos, explícate.
—Ya sabes, querida hermana, que al regresar de mi viaje he pasado por la Punta del Día, que es donde se está criando tu hijo.
—Sí... ¿y qué?
—Pues bien, el niño se halla enfermo.
—¡Enfermo mi querido hijo! Margarita, Margarita, al momento, un carruaje, que quiero ir a ver a mi hijo.
—¡No puede ser! —exclamó el doctor—, pues ni os halláis en situación de poder salir ni de ir en carruaje.
—Pues esta mañana me asegurasteis que sí y que luego qué regresara Felipe iría a ver al niño.
—Auguraba mejor de vos.
—Lo qué habéis hecho fue engañarme.
El doctor no contestó.
—Margarita —repitió Andrea—, obedéceme y ve por un carruaje.

—¿Pero no comprendes que puedes morirte? —dijo Felipe.
—¡Pues bien, me moriré!... ¡Como me importa tanto la vida...!
Esperaba Margarita, mirando unas veces a su ama, otras a su amo y otras al doctor.
—¡Hola! ¡Cuando yo ordeno una cosa se me obedece!...; —gritó Andrea, cuyas mejillas se riñeron de púrpura.
—¡Querida hermana!
—Nada oigo, y si no me dan un carruaje iré a pie.
—Andrea —dijo de pronto Felipe cogiéndola en sus brazos—, no irás porque no necesitas ir.
—¡Mi hijo ha muerto!-articuló la joven fieramente, dejando caer los brazos a lo largo del sillón en que Felipe y el doctor acabaron de sentarla.
Sólo contestó Felipe besando una de sus manos frías e inertes.
Poco a poco fue perdiendo su tirantez el cuello de Andrea, dejó caer la cabeza sobre el pecho y derramó abundantes lágrimas.
—Dios ha querido —dijo Felipe—, que suframos esta nueva desgracia; Dios que es tan omnipotente como justo; Dios que tal vez tenía otros designios acerca de ti; Dios en fin, que sin duda juzgaba que la presencia de ese niño a tu lado era un castigo que no merecías.
—Por fin —dijo la pobre madre suspirando—, ¿por qué ha hecho Dios sufrir a esa criatura?
—Dios no lo ha hecho sufrir, hija mía —advirtió el doctor—, pues murió la misma noche que nació... No lo sintáis, pues, sino como una sombra que pasa y se evapora.
—¿Conque los gritos que yo oí?...
—Fueron para despedirse de la vida.
Cubrióse Andrea el rostro con las manos, mientras que confundiendo el médico y Felipe su manera de pensar en una elocuente mirada, felicitábanse allá para sí de su piadoso embuste.
De repente entró Margarita con una carta... Esta carta iba dirigida a Andrea, y el sobre decía:

«A la señorita Andrea de Taverney, calle de Coq-Heron, núm. 9, primera puerta cochera entrando por la calle de Plastrière. — París.

La mostró Felipe al doctor por encima de la cabeza de Andrea, quien absorta

en su dolor había cesado de llorar.
—¿Quién le escribirá? —pensó Felipe—; nadie conoce las señas de esta casa, y la letra no es de nuestro padre.
—Entregádsela —dijo el doctor suspendiendo su mental monólogo—, pues le servirá de distracción sacándola de esa meditación profunda que me alarma mucho.
—Mira Andrea —dijo Felipe—, aquí hay una carta para ti.
Andrea sin meditar, sin resistirse, sin manifestar asombro, rompió el sobre, y enjugándose las lágrimas desdobló el papel para leerla; pero tan pronto como recorrió con la vista los tres renglones de que se componía aquella carta, exhaló un grito espantoso, se levantó como una loca, y encogiéndosele los brazos y los pies, de una contracción terrible, cayó en brazos de Margarita, que se precipitó a sostenerla, Felipe recogió la carta y leyó:

«En el mar, 15 de diciembre de 17...
«Supuesto que me habéis arrojado de vuestro lado, me marcho, y nunca me veréis, pero me llevo conmigo a mi hijo, quien jamás os llamará madre. — Gilberto.»

Arrugó Felipe el papel exhalando un grito de rabia.
—¡Oh! —dijo rechinando los dientes—, casi había perdonado el delito debido a la casualidad; pero lo que es el realizado a sabiendas será castigado... Andrea sobre tu cabeza juro que la primera vez que se me presente delante ese miserable, le mataré. Dios quiera que lo halle, porque ha colmado la medida... doctor, ¿volverá en sí Andrea?
—¡Sí! ¡sí!
—Es preciso que mañana entre en el convento de San Dionisio, y que yo esté pasado mañana en el puerto de mar más próximo... El cobarde ha huido; pero le seguiré... además necesito ese niño... ¿Cuál es el puerto que está más próximo, doctor?
—El Havre.
—Está bien, dentro de treinta y seis horas estaré en el Havre —respondió Felipe.

CLXII

NAVEGANDO

Desde aquel momento quedó en silencio y tan triste como una tumba, la casa en que habitaba Andrea.
Quizá le hubiera privado de la vida la noticia de la muerte de su hijo, porque este es uno de los dolores sordos y lentos que minan la existencia; pero la carta de Gilberto fue un golpe tan brusco que excitó en el alma generosa de Andrea cuantas fuerzas le restaban, cuantos sentimientos ofensivos abrigaba. Al volver en sí buscó con la vista a su hermano, y al ver la rabia que despedían sus ojos, esto fue para ella un nuevo raudal de valor.
Cuando recobró sus fuerzas, cogió a Felipe de la mano diciéndole:
—Amigo mío, esta mañana me hablaste del convento de San Dionisio, donde se me ha concedido una celda por influencia de la señora delfina.
—Sí, Andrea...
—¿Quieres conducirme a él hoy mismo?
—¡Oh! sí; y gracias, hermana.
—En cuanto a vos, doctor —siguió diciendo Andrea—; no puedo recompensar suficientemente vuestras bondades, vuestro cariño, y vuestra claridad. Vuestra recompensa, doctor, no puede encontrarse en la tierra.
Aproximóse a él y le dio un abrazo.
—Este medallón —dijo—, contiene mi retrato, que mi madre mandó hacer cuando yo contaba dos años, y debe parecerse a mi hijo; conservadle, doctor, para que os recuerde en alguna ocasión el niño a que habéis dado la vida y la madre a quien habéis salvado con vuestros cuidados.
Dijo esto sin enternecerse, acabó sus preparativos de viaje, y a las seis de la tarde cruzaba, sin atreverse a levantar la cabeza, el postigo del locutorio de San Dionisio, en cuyo enverjado se despidió de ella, quizá para siempre, Felipe, quien no pudo disimular su emoción.
De improviso abandonaron las fuerzas a la pobre Andrea y corrió nuevamente adonde estaba su hermano con los brazos abiertos. Este la tendió

los suyos, y a pesar de interponerse la fría verja, se hallaron, confundiéndose sus lágrimas en sus ardientes mejillas.
—¡Adiós! ¡adiós! —murmuró Andrea, cuyo dolor rompió en sollozos.
—¡Adiós! —contestó Felipe sofocando su desesperación.
—Si hallas alguna vez a mi hijo —dijo Andrea en voz baja—, no consientas que me muera sin haberle abrazado antes.
—Descuida... y ¡adiós! ¡adiós!
Se separó Andrea de los brazos de su hermano, y sostenida por una hermana lega se adelantó sin dejar de mirarle en la tétrica oscuridad del convento. Mientras Felipe pudo verla, le hizo señas con la cabeza y luego con un pañuelo que agitaba en el aire hasta que al fin recogió el adiós postrero que Andrea le dirigió desde el fondo de aquel camino oscuro. Entonces se interpuso entre ellos una puerta de hierro, resonando de un modo lúgubre, y todo terminó.
Tomó Felipe la posta de San Dionisio mismo, y con su maleta en la guipa corrió toda la noche y el día siguiente, llegando al Havre aquella noche. Descansó en la primera posada que encontró al paso, y al amanecer estaba ya preguntando en el muelle qué buques saldrían antes para América.
Le dijeron que aquel mismo día se hacía a la vela para Nueva York el brick *Adonis, y* enseguida fue en busca del capitán, quien terminaba sus últimos preparativos. Admitido como pasajero, para lo cual pagó el precio del viaje, escribió por última vez a la delfina manifestándole su respetuoso cariño, su inefable gratitud, mandó su equipaje a bordo y se embarcó a la hora de la marea.
Sonaban las cuatro en la torre de Francisco I cuando el buque salió del canal con sus masteleros y trinquete. El mar tenía un color azul oscuro, el cielo mostraba un horizonte rosado. Apoyados los codos en el filarete, después de saludar a sus compañeros de pasaje, Felipe se puso a mirar las costas de Francia, las cuales adquirían un tinte de un vapor amoratado a medida que, desplegando más vela el brick, dirigía el rumbo hacia la derecha y penetraba en alta mar.
La noche lo ensombreció todo entre sus negras alas y Felipe fue a encerrarse en su camarote para leer la copia de la carta que había dirigido a la delfina.

«Señora, así decía la carta, un hombre que se ve sin esperanza ni apoyo, se aleja de vos con el pesar de haber hecho tan poco por la futura reina de

Francia: sí, mientras vos quedáis sometida a los peligros y tempestades que rodean al trono, yo busco las tempestades del mar. Siendo como sois joven, hermosa y adorada, viéndoos como os veis rodeada de amigos respetuosos e idólatras servidores, olvidaréis al hombre a quien vuestra regia mano se dignó levantar de entre la muchedumbre; pero yo no os olvidaré, y voy a pensar en un nuevo mundo en los medios que debo adoptar para servir con más eficacia a vuestro trono.
»Os lego a mi hermana, pobre flor abandonada, que no recibirá más rayos de sol que el de vuestra brillante mirada; dignaos de vez en cuando bajar hasta ella los ojos y en medio de vuestros goces y de vuestra omnipotencia, entre el concierto de unánimes votos, os ruego que contéis con la bendición de un desterrado, a quien no oiréis, y que acaso no vuelva a veros.»

Al terminar su lectura se le oprimió a Felipe el corazón, siendo necesario confesar que el melancólico ruido que hacía el buque al balancearse y el estrépito de las olas que iban a estrellarse contra la porta, hubieran entristecido imaginaciones más alegres que la suya.
Larga, dolorosa fue la noche para el joven, sin que calmara su ánimo la visita que a la mañana siguiente le hizo el capitán, quien le manifestó que la mayor parte de los pasajeros tenían miedo al mar y no salían de su cámara, y que la travesía prometía ser corta, pero fatigosa, a causa de lo impetuoso del viento.
Felipe contrajo el hábito de comer con el capitán y hacer que le sirvieran el almuerzo en su cámara; y como no se sentía muy fuerte contra las molestias del mar, acostumbraba pasar algunas horas en el combés, embozado en su capa y tendido.
El resto del tiempo lo empleaba en trazarse un plan de conducta para lo sucesivo, y sostener su espíritu en sólidas lecturas. Algunas veces se encontraba con sus compañeros de viaje, que eran dos señoras que iban a recoger una herencia en la América del Norte, y cuatro hombres, uno de los cuales, que ya era viejo, iba acompañado de dos niños. Éstos eran los pasajeros de la cámara de popa, y en cuanto a los de proa, Felipe divisó una vez algunos hombres vulgarmente vestidos, y nada advirtió en ellos que excitase su atención.
A medida que con la costumbre se disminuían sus sufrimientos, Felipe iba adquiriendo tranquilidad lo mismo que el cielo, pues hubo unos cuantos días hermosos, puros y sin tormenta, que anunciaron a los pasajeros que se

aproximaban a latitudes templadas. Entonces permanecían más tiempo en el puente; y hasta de noche, Felipe, que se había propuesto no tratarse con nadie, y que había ocultado su nombre al capitán por no tener conversación acerca de ninguno de los extremos que tanto temía, oía desde su cámara pasos sobre su cabeza, y aun la voz del capitán, quien se paseaba con algún pasajero. Como esto era una razón para no subir, abría su porta para respirar un poco de fresco, y aguardaba a que fuese de día.

Sólo una noche que advirtió que todo estaba en silencio subió al puente. La noche era calurosa, el cielo nublado, y detrás del buque, en la estela que iba dejando, se veían brotar en medio del torbellino de espuma millares de ráfagas fosforescentes.

Sin duda pareció aquella noche a los pasajeros demasiada oscura y tempestuosa; pues a nadie encontró Felipe en la toldilla; únicamente en la proa, inclinada sobre el bauprés, dormía o meditaba una figura negra, que Felipe percibió con trabajo en medio de la oscuridad; algún pasajero de cámara de proa, seguramente, algún pobre desterrado que miraba hacia delante, deseando el puerto americano, en tanto que Felipe echaba de menos el puerto francés.

Durante mucho tiempo estuvo contemplando Felipe a aquel viajero, inmóvil en su actitud; pero como el frío de la mañana iba haciéndose demasiado penetrante, se disponía a entrar en su camarote. Entretanto el pasajero de proa examinaba también el cielo que empezaba a blanquear, y Felipe se volvió al oír que se aproximaba el capitán.

—¿Estáis tomando el fresco capitán? —le dijo.

—No, que me he levantado ahora.

—Pues, amigo, vuestros pasajeros os han ganado por la mano.

—Sólo vos, porque los oficiales son tan madrugadores como los marinos.

—¡Oh! no lo digo por mí únicamente —contestó Felipe—, mirad allá abajo aquel hombre que tan pensativo está: es también pasajero, ¿no es cierto?

Miró el capitán hacia proa, y se quedó admirado al parecer.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Felipe.

—Un... mercader —dijo el capitán con manifiesto embarazo.

—¿Y va tras de la fortuna? —murmuró Felipe—, poco debe adelantar para él el brick.

En lugar de responder, el capitán se dirigió en busca de aquel pasajero, al cual dijo algunas palabras, y Felipe le vio alejarse por el entrepuente.

—Habéis interrumpido su meditación —dijo Felipe al capitán cuando éste volvió a reunirse con él—; y no obstante, a mí no me molestaba.
—No, lo que he hecho ha sido indicarle que el frío de la mañana es peligroso en estos parajes, porque los pasajeros de cámara de proa no tienen como vos buenas capas.
—¿Dónde nos encontramos, capitán?
—Ya veremos mañana las islas Azores, y en una de ellas haremos aguada, porque hace un calor excesivo.

CLXIII

FRENTE A FRENTE

A la hora que el capitán designó, divisaron los pasajeros hacia proa y bañadas por un sol espléndido las costas de algunas islas situadas al NE.
Aquéllas eran las islas Azores.
Soplaba el viento hacia aquel sitio y el brick andaba bien, de suerte que llegaron a la vista de las islas a eso de las tres de la tarde.
Cuando se encontraron a tiro de cañón de la primera de aquellas islas, el brick se puso al pairo y la tripulación preparó los medios de desembarque para hacer aguada, según había ordenado el capitán.
Los pasajeros todos pensaban hacer una excursión a tierra.
—Señores —dijo el capitán a los pasajeros creyéndolos vacilantes—, tenéis cinco horas para ir a tierra, y así, aprovechad la ocasión, pues los naturalistas encontrarán en ese islote, que está completamente deshabitado, manantiales de agua hirviendo y de agua helada, y los cazadores conejos y perdices coloradas.
Cogió Felipe su escopeta, balas y municiones.
—Pero y vos, capitán —dijo—, ¿continuáis a bordo? ¿por qué no venís con nosotros?
—Porque allá abajo —contestó el capitán señalando al mar—, se ve un buque

que me inspira sospechas; un buque que hace cuatro días me viene siguiendo; un buque de mal cariz, como nosotros decimos, y deseo observar qué hace.
Quedó satisfecho Felipe con aquella explicación, saltó al último bote y marchó a tierra.
Algunos no quisieron desembarcar y aguardaban su vuelta.
Se vieron alejar las dos lanchas con los alegres marinos y los pasajeros mucho más alegres todavía.
Lo último que dijo el capitán fue:
—Señores, a las ocho irá en busca vuestra una lancha, debiendo tener presente que el que tarde se quedará en tierra.
Cuando naturalistas y cazadores desembarcaron, los marineros bajaron a una cueva situada a cien pasos de la orilla, y que formaba un recodo como para evitar los rayos del sol.
Detuviéronse allí los marineros y llenaron sus toneles, poniéndose enseguida a conducirlos rodando hasta la orilla.
Felipe se quedó solo, y se dejó arrastrar lentamente por el encanto de aquella soledad y el torbellino de sus pensamientos: se tendió en la mullida arena, apoyó la espalda en las rocas tapizadas con hierbas aromáticas, y se puso a meditar.
Así pasaron las horas sin que se acordara para nada del mundo; a su lado descansaba sobre la piedra su escopeta, y para poder acostarse cómodamente había sacado del bolsillo las pistolas que jamás abandonaba.
Su vida pasada se presentó a su espíritu lenta y solemnemente como una enseñanza o una reconvención.
En tanto que Felipe reflexionaba de este modo, sin duda había quien meditase también, se riese y esperara a cien pasos de él, pues lo conocía aunque vagamente, y más de una vez creyó oír el remo de las lanchas que conducían a la playa o trasladaban a bordo pasajeros, unos cansados ya de disfrutar y otros deseosos de gozar a su vez la satisfacción de pisar tierra.
Pero nadie había ido a turbarle en su meditación, ya porque los unos no descubriesen la entrada de la cueva, ya porque los otros no se dignasen entrar en ella.
Se interpuso de pronto entre la luz y la gruta una sombra tímida y vacilante, y Felipe vio a uno andar, con las manos hacia delante y la cabeza inclinada en dirección al manantial; pero se le resbaló el pie en la hierba y tropezó de una vez en las rocas.

Se levantó entonces Felipe y fue a ofrecer la mano a aquella persona para ayudarle a seguir el verdadero camino. En aquel impulso de urbanidad, sus dedos hallaron la mano del viajero en medio de las tinieblas.
—Por aquí —dijo en tono afable—; por aquí se va al manantial.
Al oír aquella voz el desconocido levantó precipitadamente la cabeza y se disponía a contestar al descubierto su rostro en la azulada penumbra de la gruta.
Pero Felipe, lanzando de repente un grito de horror, dio un brinco hacia atrás. El desconocido, por su parte, lanzó un grito de espanto y retrocedió.
—¡Gilberto!
—¡Felipe!
Estos dos nombres sonaron a un mismo tiempo.
En este momento sólo se oyó el ruido de una especie de lucha, pues Felipe agarró con las dos manos por el cuello a su enemigo, y lo atrajo al fondo de la cueva.
Gilberto se dejó llevar sin exhalar ni una queja, hasta que pegado a las rocas no podía ya retroceder.
—¡Miserable! al fin caíste en mis manos —dijo Felipe rugiendo como un león—. ¡Dios te conduce a mi presencia, porque Dios es justo!
Estaba pálido Gilberto, y sin hacer un gesto siquiera dejó caer los brazos.
—¡Oh! tan cobarde como infame —dijo Felipe—: ni aun tiene el instinto de la fiera que se defiende.
Gilberto respondió con dulzura:
—¡Defenderme! ¿y para qué?
—Es verdad, porque sabes que estás en mi poder, y eres digno del castigo más horroroso. Tus delitos están probados; has envilecido a una mujer por medio de la afrenta, y la has asesinado, porque eres un inhumano. Era poco para ti manchar la castidad de una virgen, y has querido matar a una madre.
Gilberto nada respondió, y Felipe, que iba acalorándose insensiblemente con el calor de su propia ira, le acometió nuevamente con furia; pero Gilberto no opuso la menor resistencia.
—Tú no eres hombre —dijo Felipe sacudiéndole con furor—, y sólo tienes de tal el rostro... ¡Cómo! ¿Ni resistes siquiera? ¿Pero no ves que te voy a ahogar?... ¡Defiéndete, cobarde, cobarde, asesino!...
Gilberto sintió que se clavaban en su garganta los acerados dedos de su enemigo: entonces se enderezó, y tan vigoroso como un león, lanzó a Felipe

lejos de sí con un movimiento de hombros que hizo, y al momento se cruzó de brazos.
—Ya veis —dijo—, que podría defenderme si lo deseara; pero, ¿para qué?... Ahora cogéis la escopeta; prefiero morir de un tiro que desgarrado por vuestras uñas, o de golpes que deshonran.
Efectivamente, Felipe había cogido su escopeta; pero al oír estas palabras la rechazó.
—No —exclamó.
Luego en voz alta:
—¿Adonde vas?... ¿Cómo te encuentras aquí?
—Me he embarcado en el *Adonis*.
—Pues habrás estado oculto, y debes haberme visto.
—Ni siquiera sabía que os encontrabais a bordo.
—Mientes.
—No miento.
—Y entonces, ¿cómo es que yo no te he visto?
—Porque únicamente salía de mi cámara de noche.
—¡Ya ves cómo te escondes!
—Indudablemente.
—¿Por mí?
—Ya os he dicho que no: voy a América con una comisión, y nadie debe verme, siendo ésta la causa de que el capitán me haya alojado aparte.
—Te repito que te escondes por no encontrarte conmigo, y sobre todo para ocultar el niño que has robado.
—¡El niño! —dije Gilberto.
—Sí, has robado y llevas contigo ese niño para convertirle algún día en un arma que te proporcione alguna ganancia, porque eres un infame.
Gilberto movió la cabeza.
—Ese niño lo he recogido —dijo— para que nadie le enseñe a vilipendiar o renegar de su padre.
Felipe tomó aliento, y luego dijo:
—Si fuese cierto eso, si yo pudiera creerlo, serías menos infame de lo que yo he imaginado; pero un hombre que roba, ¿cómo no ha de mentir?
—¿Yo he robado, yo?
—En efecto, has robado un niño.
—¡Ese niño es mi hijo y me pertenece! El que recobra lo suyo no roba.

—Escucha —dijo Felipe rugiendo de ira—; hace poco se me ocurrió la idea de matarte, pues lo había jurado, y tenía derecho para ello.
No respondió Gilberto.
—Dios me ilumina ahora, Dios que te ha puesto en mi camino como para decirme: «La venganza es inútil; sólo debe vengarse aquél a quien haya abandonado Dios...» No te daré muerte, pues, pero destruiré el edificio de desgracia que has levantado. Ese niño con que cuentas para lo futuro, vas a devolvérmelo enseguida.
—¿Y si no lo tengo? —dijo Gilberto—. No se trae al mar un niño de quince días.
—Forzoso es que le hayas buscado una ama; ¿y por qué no ha de venir acompañándote?
—Os aseguro que no traigo conmigo el niño.
—En ese caso lo habrás dejado en Francia; ¿en qué sitio lo has dejado?
Gilberto se calló.
—Contesta. ¿Dónde le has puesto a criar y con qué dinero?
Gilberto continuó callando.
—¡Ah! miserable, me desafías —dijo Felipe—; ¿no temes que despierte mi cólera?... ¿Quieres decirme dónde has dejado el hijo de mi hermana? ¿Quieres devolverme ese niño?
—Mi hijo me pertenece —murmuró Gilberto.
—¡Malvado! ¡Está visto que deseas morir!
—Lo que quiero es no entregar mi hijo.
—Escúchame, Gilberto, pues te hablo con dulzura; intentaré olvidar lo pasado, y aun perdonarte, ya ves mi generosidad, Gilberto... ¡Te perdono!... Perdono la afrenta y las desgracias que has traído a nuestra casa, lo cual es un sacrificio enorme, pero devuélveme ese niño. ¿Quieres que trate de vencer la repugnancia tan legítima de Andrea, quieres que interceda por ti? Pues bien, lo haré, pero entrégame el niño... Una palabra más: Andrea ama a su hijo, al tuyo, frenéticamente, y la conmoverá tu arrepentimiento; te lo ofrezco y me obligo a ello; pero devuélveme ese niño, Gilberto, devuélvemelo.
Cruzó los brazos Gilberto, arrojando a Felipe una mirada llena de un fuego sombrío.
—Vos no me habéis creído —dijo—, y yo tampoco os creo; no porque dejéis de ser hombre honrado, sino porque he sondeado el abismo de las preocupaciones de raza. No es posible ya retroceder, y por lo tanto no hay

perdón. Somos enemigos mortales, y puesto que vos sois más fuerte, sed el victorioso... Yo no os pido vuestra arma, conque no me pidáis vos la mía...
—¿Es decir que confiesas que es un arma?
—¡Sí, contra el desprecio, contra la ingratitud, contra la afrenta!
—Te lo repito, Gilberto —dijo Felipe, arrojando espuma por la boca—; ¿quieres o no?
—No.
—Piensa lo que haces.
Felipe miró con iracunda saña a Gilberto.
—Bien lo sé.
—No deseo asesinarte, sino que tengas probabilidades de matar al hermano de Andrea, y así cometes otro delito más. ¡Ah! ¡ah! eso debe tentarte... Coge esta pistola, y he aquí otra: contemos cada uno tres pasos y disparemos.
Hubo un instante de silencio.
Y arrojó una de las pistolas a los pies de Gilberto.
El joven continuó inmóvil.
—¿Un desafío? —dijo—; precisamente lo rehúso.
—¿Prefieres que te mate? —preguntó Felipe loco de rabia y de desesperación.
—Prefiero que me matéis.
—Reflexiónalo, porque pierdo la cabeza y no respondo de lo que pueda hacer contigo.
—Reflexionado está.
—Reflexiona que estoy en mi derecho y que Dios debe absolverme.
—Ya lo sé... matadme.
—Por última vez: ¿te niegas a batirte? Dilo de una vez, desgraciado.
—Sí.
—¿Y no quieres defenderte?
—No.
—¡Pues muere como un malvado de que libro a la tierra, muere como un sacrílego, como un infame, muere como un perro!
Y disparó Felipe su pistola a boca de jarro contra Gilberto.
Éste extendió los brazos, se inclinó primero hacia atrás, después hacia delante, y cayó de cara sin exhalar un grito.
Felipe sintió impregnarse la arena bajo su pie de una sangre caliente.
Perdida por completa la razón, se arrojó fuera de la cueva.

Hallábase la playa delante de él.
Una lancha estaba aguardando, pues se había anunciado a bordo la hora de marchar para las ocho, y ya eran algunos minutos más.
—¡Ah! al fin os hallamos, caballero —dijeron los marineros—. Vos sois el último, pues todos se encuentran ya a bordo... ¿Qué habéis matado? —preguntaron con curiosidad después que vieron el rostro desencajado de Felipe.
Al oír Felipe esta palabra perdió el conocimiento, y en tal estado lo trasladaron al buque, que empezaba a aparejar.
—¿Han venido todos? —preguntó el capitán.
—Éste es el último pasajero que quedaba en tierra —contestaron los marineros—; y sin duda ha dado alguna caída, porque acaba de desmayarse.
Acudieron a socorrerle.
Ordenó el capitán una maniobra decisiva y el brick se alejó rápidamente de las islas Azores, precisamente en el instante en que el buque desconocido que le había inquietado durante tanto tiempo, tomaba puerto bajo el pabellón americano.
El capitán del *Adonis* cambió una señal con aquel buque, y tranquilo, a lo menos aparentemente, continuó su rumbo hacia Occidente. A los pocos momentos alejábase el buque en las sombras de la noche.
Hasta la mañana siguiente no notaron que faltaba un pasajero a bordo.
¿Qué misteriosos secretos tenía aquella embarcación?
Si se escribiese la historia de cada uno de los hombres que iban a su bordo, dramáticos episodios y escenas terribles podían coleccionarse.
Felipe se había olvidado de que existía, desde el instante en que dejó tendido a Gilberto.
¡Qué pensamientos le asaltaron!
¡Qué fantasma se alzaba en su conciencia, a pesar de creer que cumplía con su misión!

Epílogo

¡EL REY HA MUERTO! ¡VIVA EL REY!

Un espectáculo tan curioso como interesante ofrecía Versalles a eso de las ocho de la noche del día 9 de mayo de 1774.
Atacado el rey Luis XV, desde el primer día del mes, de una enfermedad terrible, cuya gravedad no se atrevían a declarar los médicos, guardaba cama, y empezaba a buscar con la vista, a su alrededor, la verdad o la esperanza.
Bordeu, uno de los médicos, observó en el rey unas viruelas excesivamente malignas, y la Martinière, que así se llamaba el otro médico, notó lo mismo que su compañero, opinando que debía decírsele al rey, a fin de que adoptase, espiritual y materialmente, como monarca cristiano, las medidas que contribuyesen a la salvación de su alma y a la del reino.
—Debe-decía—, administrarse la extremaunción al rey cristiano.
La Martinière representaba el partido del delfín, esto es, la oposición; pero Bordeu representaba el partido de la du Barry, y sostenía que confesar al rey cuan grave era su mal, era lo mismo que matarle, y que él por su parte no estaba propicio a cometer un regicidio.
Conviene saber que llamar la religión a la cámara regia, era arrojar a la favorita, pues cuando Dios entra por una puerta, es forzoso que Satanás salga por otra.
Ahora bien: durante las divisiones intestinas de la facultad médica, la familia Real y los partidos, la enfermedad alojábase a sus anchas en aquel cuerpo envejecido, gastado y consumido con los desórdenes, fortificándose en él de tal modo, que no pudieron expulsarla ni con remedios ni con prohibiciones.
Así que se advirtieron los primeros síntomas del mal, el rey, por una infidelidad que cometió con la du Barry, infidelidad a que se prestó la condesa con gusto, el rey vio reunirse en derredor de su lecho a sus dos hijas, la favorita y los cortesanos más favorecidos; pero todavía protegíanse unos a otros y se mostraban risueños.
De pronto apareció en Versalles la figura austera y fatídica de Luisa de Francia, quien abandonó su celda para ir también a consolar y cuidar a su padre.
Entró en la cámara pálida y sombría como la estatua de la fatalidad, y no como una hija que visita a su padre, no como una hermana que va a abrazar a sus hermanos. Se asemejaba a las profetisas antiguas que, en los días

lúgubres de la adversidad, iban a gritar a los desventurados reyes: «¡Infeliz de ti! ¡infeliz de ti!»
Entró en Versalles en el momento en que Luis besaba las manos a la du Barry, y se las llevaba, acariciándolas blandamente, ora a su frente pálida y descolorida, ora a sus mejillas.
Al verla huyeron todos; sus hermanas se ocultaron trémulas en la cámara inmediata; la du Barry dobló la rodilla y corrió a su gabinete; los cortesanos privilegiados retrocedieron hasta las antesalas, y sólo quedaron junto a la chimenea los dos médicos.
—¡Mi hija! —murmuró el rey abriendo los ojos, que le obligaban a mantener cerrados el dolor y la calentura.
—Sí, vuestra hija, señor —dijo la princesa.
—Que llega...
—¡De parte de Dios!
Incorporóse el rey procurando sonreírse.
—Sí —prosiguió diciendo Luisa—, no os acordáis de Dios.
—¡Yo!...
—Y deseo que no sea así.
—Hija mía, me parece que no me encuentro tan cerca de la muerte que necesite que me exhorten a bien morir. Mi enfermedad es leve: un catarro, una inflamación.
—Señor, vuestra enfermedad —interrumpió la princesa—, es de aquellas que sujetándose a la etiqueta, deben reunir a la cabecera de Vuestra Majestad los grandes prelados del reino. Cuando una persona de la familia Real es atacada de las viruelas, debe administrársele al instante.
—¡Señora! —exclamó el rey muy pálido e impresionado—, ¿qué es lo que decís?
—¡Señora! —dijeron también los médicos aterrados.
—Digo —continuó la princesa—, que Vuestra majestad está atacado de las viruelas.
El rey lanzó un grito.
—Los médicos no han dicho eso —replicó.
—Porque no se atreven; pero yo veo para Vuestra Majestad otro reino mejor que el de Francia. Aproximaos a Dios, señor, y pasad revista a los años que habéis vivido.
—¡Las viruelas! —exclamaba Luis XV—, ¡una enfermedad mortal!...

¡Bordeu, La Martinière! ¿Es eso verdad?
Los médicos inclinaron la cabeza.
—Entonces estoy perdido —murmuró el rey cada vez más espantado.
—Señor, todas las enfermedades tienen cura —dijo Bordeu tomando la iniciativa—, sobre todo cuando el enfermo conserva la presencia de ánimo que se necesita.
—Dios da calma al espíritu y salud al cuerpo —contestó la princesa.
—Señora —dijo Bordeu con osadía aunque bajando la voz—, ¡vos sois quien matáis al rey!
La princesa no quiso contestar; se acercó al enfermo, y cogiéndole la mano se la llenó de besos diciéndole:
—Señor, olvidaos de lo pasado y dad buen ejemplo a vuestros pueblos. Como ninguno os advertía la gravedad del caso, corríais el peligro de perderos por toda una eternidad; pero ahora prometedme que viviréis como cristiano, si vivís, y que moriréis como cristiano también, si Dios os llama a su seno.
En cuanto terminó, estas palabras tornó a besar la regia mano y tomó a paso lento el camino de las antesalas. Dejó caer su velo negro, bajó solemnemente los escalones, y subió a su carroza, dejando tras sí un asombro, un espanto de que nadie podría dar una idea.
Luis XV sólo recobró el ánimo a fuerza de preguntar a los médicos; pero estaba herido de muerte.
—No quiero —dijo—, que se repitan las escenas que tuvieron lugar en Metz con la duquesa de Chateauroux: que avisen a la señora de Aiguillon y que tenga la bondad de conducir a Rueil a la señora du Barry.
Tal orden fue un trueno que a todos puso en movimiento. Bordeu intentó decir algunas palabras, pero el rey le impuso silencio, además veía que su compañero estaba decidido a referirlo todo al delfín, no ignoraba cual iba a ser el resultado de la enfermedad del rey, y sin luchar más tiempo abandonó la regia cámara para noticiar a la du Barry el golpe que iba a sufrir.
Aterrada la condesa al ver el aspecto insultante que ofrecían ya todos los rostros, se apresuró a desaparecer, y pasada una hora se hallaba fuera de Versalles, conduciéndola la duquesa de Aiguillon, amiga tan fiel como agradecida, al castillo de Rueil, que le pertenecía por haberlo heredado del gran Richelieu.
Por su parte, Bordeu, cerró la puerta del rey a toda la familia Real, con la excusa de que podía contagiarse, y desde entonces Luis XV quedó

amurallado en su cámara donde sólo debía entrar la religión y la muerte.
El rey fue administrado aquel mismo día, y esta noticia corrió por París, en cuya población se sabía ya repitiéndose por todos la desgracia de la favorita.
La corte entera fue a visitar al delfín; pero éste cerró su puerta y no quiso recibir a nadie.
Al día siguiente se sintió mejor el rey y mandó al duque de Aiguillon a que felicitase a la du Barry.
Aquel día era el 9 de mayo de 1774.
La corte abandonó, al saberlo, el pabellón del delfín y se trasladó a Rueil, donde habitaba la favorita, no habiéndose visto el destierro de M. de Choiseul a Chanteloup una fila tan grande de carrozas.
¿Viviría el rey, y la du Barry continuaría siendo reina?
¿O tal vez moriría aquél y ésta no sería más que una cortesana execrable y deshonrada?
A estas causas se debía que ofreciera Versalles el día 9 de mayo de 1774 a las ocho de la noche un espectáculo tan interesante como curioso.
En la plaza de armas, y frente a palacio, formáronse algunos grupos benévolos y ansiosos de adquirir noticias.
Poco a poco fuéronse deshaciendo aquellos grupos: los vecinos de París tomaron asiento en los pataches para retirarse tranquilamente a sus casas, y los habitantes de Versalles, en la certeza de que ellos serían los primeros que supiesen cualquier noticia, regresaron también a sus domicilios.
Tan sólo quedaron en la población unas cuantas patrullas que hacían el servicio algo más descuidadamente que de costumbre, y ese mundo gigantesco, llamado palacio de Versalles, fue sepultándose lentamente en las sombras y el silencio como el mundo algo más grande en que está encerrado.
En el ángulo de la calle rodeada de árboles que da frente al palacio, se hallaba sentado aquella noche en un banco de piedra bajo las ya frondosas ramas de los castaños de Indias, un hombre de avanzada edad, con el rostro vuelto hacia el noble edificio, y apoyadas las manos en su bastón, sobre cuyo puño reclinaba su cabeza pensativa y poética.
No obstante, era un anciano encorvado y achacoso, pero cuyos ojos despedían brillo todavía, y cuyo pensamiento brillaba bastante más que sus ojos.
Abstraído en su meditación y sus suspiros no percibió al otro lado del mismo sitio otro personaje que, después de mirar con curiosidad a las verjas y

preguntar a los guardias de corps, cruzó la explanada y se aproximó al banco con idea de sentarse en él a descansar.
Aquel personaje era un hombre joven, de pómulos abultados, frente hundida, nariz aguileña y torcida, y risa irónica, como que sin dejar de andar se reía, aunque estaba solo, reflejando su risa algún oculto pensamiento.
A tres pasos del banco vio al anciano y se apartó, aunque procurando conocerle con su mirar oblicuo; sólo que temía no fuese interpretada como quería su mirada.
—¿Estáis tomando el fresco? —dijo aproximándose de pronto.
El anciano alzó la cabeza.
—¡Hola! —exclamó el joven—, ¡pues si es mi ilustre maestro!
—Y vos mi joven cirujano —dijo el viejo.
—¿Me permitís que tome asiento a vuestro lado?
—Con mucho gusto.
Y el anciano hizo sitio al recién llegado.
—El rey está mejor y eso los tiene contentos —dijo el joven soltando una carcajada.
El anciano guardó silencio.
—Todo el día —continuó diciendo el joven—, han corrido las carrozas de París a Rueil y de Rueil a Versalles, porque en cuanto se ponga bueno el rey se casa con la du Barry.
Y terminó su frase con otra carcajada más estrepitosa que la primera.
Tampoco contestó el anciano.
—Perdonad si me río de esta manera —dijo el joven con un movimiento de irritación nerviosa—, todo buen francés quiere bien a su rey, y como está mejor...
—No os moféis así sobre este particular, caballero —dijo el anciano dulcemente—, porque si bien es una desgracia para algunos la muerte de un hombre, algunas veces es un gran percance para todos el fallecimiento de un rey.
—¿Y el de Luis XV también? —interrumpió el joven con ironía—, ¡oh, apreciable maestro! ¿vos que sois un filósofo tan grande, sostenéis una tesis como ésa?... Demasiado sé lo hábil y enérgico que sois en materia de paradojas; pero lo que es ésta no os la perdono.
El anciano meneó la cabeza.
—¿Y quién piensa —añadió el joven—, en la muerte del rey? ¿Quién se

ocupa de tal cosa? Que tiene las viruelas; ya sabemos lo que es eso; además, para eso se encuentran a su lado Bordeu y La Martinière, que son hombres que lo entienden... Apostaría, mi querido maestro, a que Luis, nuestro amado rey, se salva de ésta; sólo que el pueblo no se agolpa a las iglesias como sucedió en la primera enfermedad para hacer novenas... ¡Ya se ve cómo todo se gasta!...

—¡Silencio! —dijo el anciano conmoviéndose—, ¡silencio! y no habléis así de un hombre sobre quien Dios extiende en este instante su mano...

Sorprendido el joven con aquel lenguaje extraño, miró de soslayo a su interlocutor, quien no cesaba de mirar a la fachada de palacio.

—¿Conque tenéis noticias más positivas? —interrogó.

—Ved —dijo el anciano señalando a una ventana de palacio—, ¿qué veis allí?

—Una ventana que está iluminada, ¿no es eso?

—Sí, pero iluminada cómo.

—Por una bujía colocada en un farolillo.

—Verdaderamente.

—¿Y qué?

—¿Y qué? joven, ¿comprendéis lo que representa la llama de esa bujía?

—No, por cierto.

—Pues representa la vida del rey.

Miró el joven detenidamente al anciano como para cerciorarse de que no había perdido la razón.

—Mi amigo M. de Jussieu —siguió diciendo el anciano—, ha colocado allí aquella bujía, que estará alumbrando mientras viva el rey.

—¿Conque es una señal?

—Sí, una señal que el sucesor de Luis XV devora con la vista, detrás de alguna cortina. Es señal, que anunciará a los ambiciosos el instante en que empiece su reinado, previene a un pobre filósofo como yo el momento en que Dios hunde un siglo y una existencia.

Se conmovió el joven a su vez y se acercó a su interlocutor.

—¡Oh! —dijo el anciano—, contemplad bien esta noche, joven: ved cuántas nubes, cuántas tempestades encierra. Sin duda veré yo la aurora que va a suceder a esta noche, porque no soy tan viejo que no pueda ver el día de mañana; pero tal vez empiece un siglo que vos veréis hasta el fin, y que encierra misterios que yo no veré. No carece, pues, de importancia para mí la

luz de esa bujía, cuyo sentido acabo de explicaros.
—Cierto es —murmuró el joven—, es cierto, maestro.
—Luis XIV —continuó diciendo el anciano—, reinó sesenta y tres años, ¿cuántos reinará Luis XV?
—¡Ah! —dijo el joven dando un grito y señalando con el dedo la ventana que acababa de sepultarse de repente en la oscuridad.
—¡El rey ha dejado de existir! —dijo el anciano levantándose con una especie de terror.
Y los dos guardaron silencio por espacio de algunos minutos.
En aquel momento salió a galope del patio de palacio una carroza arrastrada por ocho caballos, yendo delante con antorchas dos picadores.
Iban en aquella carroza el delfín. María Antonieta y madame Isabel, hermana del rey.
La luz de las antorchas despedía un resplandor fatídico sobre sus pálidos rostros, y la carroza pasó a diez pasos del banco de piedra en que se encontraban los dos hombres.
—¡Viva el rey Luis XVI! ¡viva la reina! —vociferó el joven como si insultara en vez de saludarla a aquella nueva Majestad.
Saludó el delfín, la reina mostró su semblante triste y severo, y la carroza se alejó.
—Mi querido señor Rousseau, —dijo entonces el joven—, ya se ha quedado viuda la condesa du Barry.
—Y mañana saldrá desterrada —contestó el anciano—. Adiós, señor Marat.

FIN

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web

Notas a pie de página

[1] Las tres letras L. P. D. eran realmente la divisa de los iluminados.
[2] Vale veinte francos en Francia cada luis.
[3] Montesquieu.
[4] Helvecio.
[5] Juan Jacobo Rousseau.
[6] Lo he encontrado.
[7] Nombre que se daba a una congregación de señoritas que había en otros tiempos en Francia.
[8] Dialecto que habla el vulgo en algunos departamentos.
[9] Tratamiento que se daba a la hija primogénita del rey de Francia o a la esposa de *Monsieur*, que era el del hermano mayor de éste.
[10] Este nombre se da a algunos templos orientales.
[11] En Francia al príncipe heredero se le daba este tratamiento.
[12] Hospital de locos en París.
[13] Significa *hermoso señor*.
[14] En aquella época se denominaban señoritas las hijas de familias nobles.